

se

ANTÓN P.

CHÉJOV

CUENTOS COMPLETOS

[1880-1885]

EDICIÓN DE PAUL VIEJO



Lectulandia

El padre del cuento. Un punto de partida para la literatura. Antón Pávlovich Chéjov y su universo. Por primera vez en español cuidados volúmenes reunirán toda la narrativa breve del maestro ruso universal. Una selecta traducción realizada por los mejores traductores y una rigurosa edición a cargo de Paul Viejo, que servirá para conocer de principio a fin y cronológicamente la obra del autor de *La dama del perrito*. Un primer volumen donde confluyen sus cuentos iniciales, humorísticos y paródicos, junto a obras maestras como *El camaleón*, *Se fue* o *Flores tardías*. El camino se abre aquí a una obra de referencia para la modernidad. El camino de Chéjov. Chéjov completo.

Lectulandia

Antón Chéjov

Vol. 1 (1880-1885)

Cuentos completos de Chéjov - 1

ePub r1.3

Titivillus 27.07.16

Antón Chéjov, 2013
Edición: Paul Viejo
Retoque de cubierta: Wake

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN



I

CONOCER A CHÉJOV

Conocemos a Chéjov. Conocemos a Chéjov y lo reconocemos, además. Sabemos —aunque no lo hayamos leído incluso— quién es y dónde situarlo, junto a quién, contra quién. Qué fácil y qué rápido lo situamos ahí arriba, justo al lado de Poe, justo al lado de Maupassant, justo en esa puerta medio abierta que lleva hasta el cuento moderno, como si tuviéramos ya claro qué es un cuento «moderno» y cuál se ha quedado viejo, anticuado, limitado.

Conocemos a Chéjov. Y lo reconocemos, porque sabemos lo grande que es —con lo pequeño que lo hacía todo—, y no es difícil encontrarse en medio de alguna polémica, del tipo Chéjov contra Tolstói, Chéjov contra Dostoievski, Chéjov contra Gorki, contra Gógol. Contra Turguéniev, Léskov, Gonchárov, Bulgákov. Contra toda la literatura rusa, si hace falta, porque sabemos que bastan las pocas páginas de un cuento como «La dama del perrito» para salvarlo. Que basta una ilusión como «Flores tardías» para salvarnos.

Conocemos a Chéjov, y sabemos que además de cumplir con la imagen que tiene que dar, la del escritor perfecto, la del nunca sobra nada, mira cómo insinúa, y también la del escritor de éxito, sabemos bastantes cosas de su vida —porque «basta el espacio de una lápida para dejar encuadrada en musgo la vida de un hombre», ya lo dijo Nabokov—, como que no fue sólo escritor, a quién se le ocurre, sino que fue también médico. Sabemos lo de que estudió medicina en Moscú, y que ejerció como médico, y como médico rural, y como médico retirado después, igual que sabemos lo de que nació en Taganrog en 1860, o lo de que compatibilizó la literatura y la medicina dentro de una metáfora de amantes y esposas que él mismo se inventó. Sabemos, igual, lo de sus mil seudónimos, lo de las revistas y los periódicos, lo de la tuberculosis y los cientos de relatos, lo de sus viajes a Sajalín, a Yalta, a todas las partes de Rusia; sabemos lo de sus problemas de dinero, y lo del fracaso inicial de sus obras de teatro, y lo del amor último con la actriz Knipper; sabemos incluso lo de su muerte en Badenweiler con sólo 44 años, un escritor joven, igual que sabemos lo de la copa de champán y lo del *ich sterbe*, y sabemos incluso —aunque depende del cuento que nos cuenten, la versión puede cambiar— lo del tren que transportaba ostras y otras cosas y el cuerpo de Chéjov hasta Moscú, para que descansara tranquilamente después de todo lo que había hecho, lo que había escrito para nosotros. Y si no lo sabemos, cada vez es más fácil. Y si no hemos acudido a esa lápida biográfica de las enciclopedias digitales, podemos —si queremos, no siempre es necesario— acudir al *Chekhov: A life* de Donald Rayfield, que lo tiene todo o casi todo sobre su vida, o acudir al *Cechov* de la italiana Ginzburg, que no contiene nada o casi nada, pero es simplemente delicioso, como un relato del propio Antón.

Conocemos a Chéjov, sobre todo, porque lo hemos leído. Porque hemos tenido — los lectores en español— la suerte enorme e inmensa de haberlo visto publicado desde hace ya casi un siglo, de tener varias versiones de sus mejores relatos, de todos los que son imprescindibles y alguno de los que menos, antologías grandes y antologías de bolsillo, monjes negros y pabellones del 6, damas, señoras, doncellas y señoritas con perro y con perrito y con cachorro, coristas, amores, grosellas. No nos podemos quejar, porque hemos leído —si hemos querido— lo más grande y mejor de Chéjov y por eso sabemos que él mismo es grande y el mejor, o de los mejores.

Conocemos a Chéjov, porque tenemos miles de detalles como los apuntados en estas líneas. Muchos más, y con eso nos basta, o nos debería bastar. Pero a veces creemos conocer de más, y reconocemos con exageración, aunque todavía queden huecos por completar, espacios por rellenar. Y en parte por eso, casi solo, tiene sentido editar los *Cuentos completos* de Chéjov, y en parte por eso, casi solo, tiene sentido esta edición y es su propósito. Ofrecer, reunida por completo en cuatro volúmenes, la obra de Chéjov después de ya haber leído sus mejores relatos, sus cuentos más valiosos, puede tener poco sentido salvo para esa función necesaria — tan necesaria como todo lo que tenga que ver con la literatura— que es conocer (ahora sí) a Chéjov desde el principio hasta el final, ordenado, dejando claro y evidente y a veces incluso con sonrojo cómo se inicia un escritor que acabará siendo un genio, qué poco redondos son algunos cuentos suyos que casi ni parecen cuentos, y qué arriesgados o modernos o vanguardistas son otros, cuántos tópicos se rompen (¿cómo que no sobra ninguna palabra?, ¿dónde, por qué no va a sobrar ninguna palabra si nos las pagan al peso?) si uno recorre, en la lectura, el mismo camino que Chéjov, y cuántas sorpresas también al paso, porque intuíamos que sus primeros cuentos eran de risa —para reír, perdón— y muy graciosos, y que los últimos eran muy tristes y muy largos y cuánta melancolía, cómo conoce este hombre el alma humana, y de repente nos encontramos en medio de lo gracioso una cosa triste, tristísima, y en medio de los cuentos menos buenos (o más ligeros) joyas, obras maestras que parecen de la última época y que nosotros no distinguíamos mezclados como estaban entre tantas antologías.

Conoceremos a Chéjov en cuatro volúmenes ordenados cronológicamente, que empiezan en este mismo con la «Carta a un vecino erudito» que fue el primero de los cuentos suyos, y terminan allí a lo lejos, en el cuarto, con «La novia» que fue el último, y cuando éste acabe vendrán un buen número de inconclusos, inéditos y dudosos, atrapados en un apéndice. Cuatro volúmenes que reunirán no sólo todos los cuentos, sino también a todos los traductores, o casi todos, que se han ocupado de Chéjov, los que mejor conocen a Chéjov, de varias generaciones, de varios acentos, de español variado y ruso variado, como el de Chéjov. Cuatro volúmenes donde se irá apuntando la historia de estos cuentos, todos los datos, todas las fechas, casi todas las anécdotas, y pequeñas introducciones que nos vayan explicando cómo se publicaron los cuentos, qué pasó con sus libros, cuáles las revistas, dónde los éxitos, hasta qué

II

1880-1885

Este primer volumen de los *Cuentos completos* de Chéjov contiene lo que en la nomenclatura tradicional de la obra chejoviana se ha venido llamando relatos, cuentos, piezas humorísticas y parodias, todos correspondientes al periodo comprendido entre 1880 y parte de 1885. La mayoría de ellos aparecieron por primera vez en revistas y publicaciones periódicas, sujetos a las habituales correcciones tipográficas y la enmienda de erratas. Varios de los relatos (como «Una vida en preguntas y respuestas», «Flores tardías», «El fin de un idilio», «Definiciones filosóficas de la vida», «El espejo torcido», «Dos novelas» o «Carta a la redacción») se han recuperado, sin embargo, desde los originales autógrafos que se han conservado en los archivos de Moscú y Taganrog.

Un buen número de estas historias tempranas de Chéjov fueron corregidas por su autor en varias ocasiones para su publicación en dos colecciones de relatos: *Travesura* (1882), que permanecería inédito, y *Cuentos de Melpómene*^[1] (1884). «El espejo curvo» aparecería por primera vez tan sólo en la edición de las *Obras completas*^[2] que Adolf Marx publicó entre 1899 y 1903, y que Chéjov se encargó de preparar y seleccionar, mientras que otros relatos, como «Juicio sumarísimo» o «Imprudencia», tuvieron que ser recuperados a partir de las galeras dispuestas para esa misma edición.

En los diferentes archivos donde se conserva la obra de Chéjov permanecen numerosos recortes de las revistas donde se fueron publicando, copias manuscritas y apuntes que el autor utilizó para seleccionar aquellos que se incluirían en sus obras completas (o que Chéjov descartaba añadiendo una anotación: «N. B.: No incluir en obras completas»), pero también para enmendar algunos de los recortes que estos relatos humorísticos iniciales habían sufrido por parte de la censura que permitía su publicación en las revistas, como en el caso de «Carta a un vecino erudito» o «El pecador de Toledo».

El primer volumen de cuentos de Antón Chéjov iba a llamarse *Travesura*, y estuvo preparando su publicación a mediados de 1882, para incluir los doce cuentos que se señalan en los apartados siguientes. Sin embargo, esta primera antología no llegó a ver la luz nunca. En la Casa Museo Chéjov de Moscú se conservan dos copias (sin portada, índice de títulos y algunas de las páginas finales) de 112 y 96 páginas respectivamente. En una de las copias figura la inscripción «Edición del autor, 188 —», mientras que en la segunda una anotación manuscrita decía que las páginas supervivientes de este libro, perteneciente a A. Chéjov, y que todavía no habían visto la luz, pasaron a formar parte de su próximo libro, *Cuentos de Melpómene*. La nota

estaba firmada por I. Chéjov en marzo de 1931, y además añadía: «Ilustraciones de su fallecido hermano Nikolái».

Mijaíl Chéjov en sus memorias, *Alrededor de Chéjov*^[3], habla de este libro inédito: «Estaba ya impreso, encuadernado y sólo le faltaba la cubierta... No sé por qué no fue nunca publicado ni cuál fue su destino». Y aunque sí se conservan documentos relativos a la censura administrativa y la entrega del material, ni el propio Chéjov dejó más información escrita sobre esta primera colección de cuentos.

El verdadero «primer libro» de Chéjov fue por tanto *Cuentos de Melpómene. Seis cuentos*, de A. Chejonté, publicado en Moscú, por cuenta propia, en 1884. La aparición de su ópera prima provocó diversas reacciones en la prensa que transitaban desde las positivas «humor dickensiano» o «se leen con interés. El autor tiene un indudable sentido del humor», hasta algunas menos complacientes como la que apareció ya en 1885 en *El observador* donde se decía que, aunque interesantes, «estas historias están mal escritas».

En 1900, la editorial que publicaba la revista *La libélula*^[4] decidió lanzar una antología titulada *En un mundo de risas y bromas*, donde reuniría algunas de las historias, poemas, piezas humorísticas y caricaturas que habían visto la luz en sus páginas. De Chéjov publicaron varios de los textos aparecidos en 1880, mientras colaboró con ella: «A la americana», «Papá», «Antes de la boda», «Por unas manzanas» y «¿Qué es lo que más se da en las novelas, relatos, etcétera?».

Todos los cuentos y piezas cómicas que Chéjov publicó entre 1880 y 1882 salieron bajo seudónimo o sin firma, como damos cuenta en las siguientes páginas. La primera que se reconoce como auténticamente chejoviana es una simple firma «...v'», en el primero de sus cuentos publicados, mientras que el más frecuente y que usó con más insistencia fue «Antosha Chejonté», o variaciones como «Antón Ch.», «Chejonté», «An. Ch.», «Antón W***», «Don Antonio Chejonté», etcétera, o completamente diferentes como «El hombre sin bazo», «Un poeta prosaico» o «G. Baldastov».

Ni siquiera Chéjov, mientras preparaba la edición completa para Marx, pudo localizar todos los textos que escribió a lo largo de veinte años de creación: «están repartidos por todo el mundo», dejó escrito. Un buen número de textos publicados en estas fechas, de forma anónima o con diversos seudónimos, se perdieron en los propios fondos de las revistas donde fueron publicados y, sólo algunos de ellos, recuperados en épocas recientes, a través de sistemáticos estudios y pruebas. También la atribución o las dudas respecto a la autoría han dado un buen número de textos «dudosos» que, a modo de apéndice, se suelen reunir en las ediciones chejovianas.

Desde finales de 1882 Chéjov comenzaría a colaborar en la revista *Fragmentos*^[5], a cargo del editor Nikolái Leikin, y con esto se iniciaría uno de los periodos más prolíficos de su carrera. Entre principios de 1883 y principios de 1884 se pueden rastrear ciento treinta cuentos, de diferentes géneros, extensiones e intenciones, de los

cuales, sin embargo, tan sólo veintiséis acabarían formando parte de las *Obras completas*, algo que puede llegar a decir mucho de la exigencia de Chéjov, o de sus gustos o necesidades en cada época. La estrecha colaboración entre Leikin y Chéjov, además de exitosa, les proporcionaba a ambos una gran satisfacción. Si Chéjov sentía que podía desarrollar más su faceta literaria que lo que había podido hacer en las revistas moscovitas en las que colaboraba previamente, Leikin por su parte admiraba el ritmo y el número de contribuciones de Chéjov, hasta que enseguida se convirtió en el principal colaborador de *Fragmentos*. Hasta tal punto fue estrecha su colaboración que hoy sabemos que algunos de los cuentos de Chéjov sufrieron una intensa intervención por parte del editor, muchas veces sin consultarlo previamente. En ocasiones el objetivo era evitar la censura o enmendar los textos de la forma en que ésta proponía (como en «Un esclavo jubilado»), pero también únicamente por problemas de espacio («De paseo en landó», «Un liberal»), y poder adaptarse a las cien o ciento cincuenta líneas que el diseño de la revista permitía. El propio editor, para no excederse en esas funciones, le recomendó a Chéjov tenerlo en cuenta, y así sabemos que gran parte de lo que hoy se reconoce como rasgo importantísimo de su estilo compositivo se debe a esta razón, que condicionaba por completo la escritura, y que historias tan valiosas como «La cerilla sueca» y «La muerte de un funcionario», u obras maestras de la brevedad lacónica y el subtexto como «Se fue» o «Un trágico» se beneficiaron de este tipo de «censura». Lo único que en ocasiones Chéjov reprochaba era que la revista no pudiera publicar todo aquello que él enviaba, y que muchos de los cuentos se retrasaran considerablemente o incluso no llegaran a ver la luz.

Por ello, desde ese momento se hacen frecuentes las colaboraciones con otras revistas. Breves fueron las colaboraciones con la *Hojilla satírica rusa*, editada por Abram Lipskerov, donde aparecerían «La venganza de las mujeres» y «El vanka», y con *Noticias del día*, donde aparecieron «Un examen» y «¡Oh, las mujeres, las mujeres!».

En 1883 aparecería, por fin, el primer relato de «Antón Chéjov», es decir, firmado con su propio nombre, «En el mar», hecho que se volvería a repetir en «La cerilla sueca». Los editores de *Noticias del día* y *La hoja moscovita* también colocaron deliberadamente la firma «A. Chéjov», sin consultarlo, al pie de los relatos «Un examen» y «Un hombre orgulloso». Pero la cuestión del nombre todavía sería un tema peliagudo.

Ni siquiera en la primera edición de su segundo libro de cuentos, *Relatos abigarrados*^[6], de 1886, figuraba de tal forma, sino que todavía se mantuvo el habitual «A. Chejonté». Sólo en siguientes ediciones, guiado por los consejos del escritor Dmitri Grigórovich y el editor Alekséi Suvorin, aparecería su nombre entre paréntesis y seguido del seudónimo. *Relatos abigarrados* contenía setenta y siete relatos aparecidos entre 1883 y 1886, de los cuales cuarenta y siete se publicaron durante esta etapa de colaboraciones con *Fragmentos*, incluidos sin apenas

rectificaciones (salvo una excepción importante en el relato «El gordo y el flaco»). Más significativas serían ya las revisiones a partir de la segunda edición, reducida a cuarenta y un cuentos, cuya estructura se mantuvo hasta la sexta edición (1895), para volver a modificarse en la décima (1897) y duodécima (1898). *Relatos abigarrados* sería la primera obra que por fin proporcionó a Chéjov visibilidad y numerosas menciones en prensa, reconociendo que los relatos incluidos (es decir, un gran número de los que se recogen en este libro) demostraban que el autor «era capaz de combinar la facilidad y elegancia de sus formas, con la gravedad de los contenidos», como se publicó anónimamente en la revista *El despertador*. Hasta finales de la década de 1890, cuando se iniciara la publicación de sus *Obras completas*, no se volvería a dar una situación tan positiva, en número y contenido, en la recepción de las obras de Chéjov y el renacimiento del interés por el autor.

En 1884 Chéjov era ya, desde luego, alguien a quien se leía con atención y cuyas colaboraciones eran reclamadas desde distintas editoriales, lo que provocó no pocos desencuentros con el editor de *Fragmentos*. Sus diferentes participaciones en otras publicaciones, como la retomada con *El despertador* o las que se iniciarán con *Entretenimiento*, *El provecho ruso* o *Noticias del día*, permitirán a Chéjov algo a lo que cada vez le dará más importancia: no limitarse a textos breves de carácter humorístico, sino poder experimentar con extensiones, puntos de vista y enfoques diversos. Habrá que considerar estos años, 1884 y principios de 1885, como una de las primeras bisagras hacia la obra mayor de Chéjov, como ya adelantan algunos de los cuentos. Dos de ellos, de entre los incluidos aquí, se publicaron en el siguiente libro de cuentos de Chéjov, *Discursos inocentes* (de A. Chejonté), publicado en 1887: «La noche antes del juicio» y «Una noche de espanto».

Este volumen se detiene justo ante un relato mayor, tanto en su extensión como en su calidad, «Un drama de caza», prácticamente una novela policiaca, con el que se abre la segunda parte de esta edición y que incluye muchos de los cuentos que acabarían formando parte, ya sí, de la colección que le daría el renombre definitivo y la fama merecida, *En el crepúsculo*^[7].

III

NOTAS, HISTORIA Y REFERENCIAS DE LOS CUENTOS PUBLICADOS

3000 VOCABLOS EXTRANJEROS INCORPORADOS A LA LENGUA RUSA. — «3000 иностранных слов, вошедших в употребление русского языка» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 23 de julio de 1883, en el número 30 de la revista *Fragmentos*. En la publicación no aparecía firma alguna, pero se estableció su autoría a partir de la mención a «El hombre sin bazo» en el propio texto.

A CUAL MEJOR. — «Оба лучше» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 30 de marzo de 1885, en el número 13 de la revista *Fragmentos*, con el subtítulo «Relato» y la firma «A. Chejonté». Sin el subtítulo se incluyó en la primera edición de *Relatos abigarrados* (1886). Inmediatamente después de su publicación en el libro, la crítica lo destacó como uno de los mejores cuentos de la colección. Otros títulos en español: «Ambos son mejores».

A LA AMERICANA. — «По-американски» (Traducción: René Portas) se publicó el 7 de diciembre de 1880, en el número 49 de *La libélula*, con la firma «Antosha Ch.». Este cuento volvería a publicarse el 15 de abril 1886 en el número 4 de la revista *Entretenimiento*.

ADIVINOS Y ADIVINAS. — «Гадальщики и гадальщицы» (Traducción: René Portas) es el tercero de los relatos que aparecieron en el número 1 de la revista *El espectador*, en enero de 1883, y también iba firmada como «El hombre sin bazo». Apareció con el subtítulo de «Escenitas navideñas».

AGUINALDOS. — «Праздничные» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 23 de marzo de 1885 en el número 12 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo». Otros títulos en español: «Los festivos».

ALEGRÍA. — «Радость» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó, con el seudónimo «A. Chejonté», en el número 3 de la revista *El espectador*, en enero de 1883. Apareció con un título diferente, «Un gran honor», al que adquiriría definitivamente tras las numerosas correcciones de Chéjov para su publicación en las *Obras completas* editadas por Marx. En vida de Chéjov fue traducido al búlgaro, alemán, polaco, serbocroata y checo.

ALGO. — «Кое-что» (Traducción: René Portas) apareció en junio de 1883 en las páginas de *El despertador*, número 24. La firma utilizada fue «El hermano de mi hermano».

AMOR NO CORRESPONDIDO. — «Отвергнутая любовь» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 16 de enero de 1883, en el número 2 de *El provecho mundano*, dentro de la sección «Tornillo del n.º 1». La firma en esta ocasión fue

«Tuerca del n.º 6», y llevaba el subtítulo «(Traducción del español)». Otros títulos en español: «El amor rechazado».

ANSIEDAD. — «Пережитое» (Traducción: Luis Abollado) fue la primera colaboración de Chéjov en la revista *El espectador*. Fue en su número 1, de enero de 1883, y apareció bajo la firma de «Antón Chejonté». Otros títulos en español: «Lo sobrevivido (Esbozo psicológico)».

ANTES DE LA BODA. — «Перед свадьбой» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 12 de octubre de 1880. En el número 41 de *La libélula*, con la firma «Antosha Chejonté». El texto original incluía un subtítulo, «Dedicado a un dulce corazón», que eliminó de la versión que se iba a publicar en el volumen *Travesura*.

ANUNCIOS EQUIVOCADOS. — «Перепутанные объявления» (Traducción: René Portas) se publicó en el número 2 de la revista *Fragmentos*, bajo la firma «El hombre sin bazo», que apareció el 14 de enero de 1884. Sin embargo, a juzgar por la correspondencia de Chéjov con Leikin, editor de *Fragmentos*, se desprende que su escritura es anterior a agosto de 1883 y que su publicación tuvo que ser pospuesta.

BIBLIOGRAFÍA. — «Библиография» (Traducción: René Portas) se publicó en *El provecho mundano*, número 2, del 16 de enero de 1883. Salió dentro de la sección «Tornillo del n.º 1», pero en una parte de la tirada original aparecía la firma «Champagne», en otra «Tuerca del n.º 8». A finales de 1882, Chéjov escribió un texto titulado «Promociones y anuncios», que acabaría siendo esta «Bibliografía» tras correcciones no posteriores al 14 de enero, según las fechas de aprobación de la censura.

BLANDURA. — «Размазня» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 19 de febrero de 1883 en el número 9 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté». El cuento, con pocos cambios de puntuación, se publicó en la primera edición del libro *Relatos abigarrados* (1886). En vida de Chéjov se tradujo al rumano, serbocroata y eslovaco. Otros títulos en español: «La calzonazos».

BODA POR INTERÉS. — «Брак по расчету» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 8 de noviembre de 1884 en el número 43 de la revista *Entretenimiento*. Lo firmaba «El hombre sin bazo» y su título completo era «Boda por interés, o Para gente que teme (Novela en dos partes lamentables)». En 1886, Chéjov lo incluyó en su libro *Relatos abigarrados*, y también en 1903 se publicó en un cuadernillo sin autorización. En 1899 Chéjov lo recopiló, con el título y subtítulo definitivos, en el primer volumen de sus *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, rumano, serbocroata y checo. Otros títulos en español: «Matrimonio de conveniencia», «Matrimonio por interés».

BREVE ANATOMÍA HUMANA. — «Краткая анатомия человека» (Traducción: René Portas) se publicó el 20 de agosto de 1883, en el número 34 de *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo».

BUENA COLECCIÓN. — «Коллекция» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 18 de febrero de 1883 en el número 13 de la revista *El espectador*, bajo el seudónimo de «El hombre sin bazo». En el cuento aparece «el periodista Misha Krovov», que sería uno de los seudónimos utilizados por Chéjov para escribir varios artículos en *El espectador*. Otros títulos en español: «La colección».

CABALLEROS SIN MIEDO Y SIN TACHA. — «Рыцари без страха и упрека» (Traducción: Luis Abollado) se publicó con el seudónimo de «A. Chejonté» en el número 14 de la revista *Fragmentos*, que salió el 2 de abril de 1883. Durante la preparación de sus *Obras completas* en la edición de Adolf Marx, el autor anotó en su copia: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Otros títulos en español: «Caballero sin miedo ni reproche».

CALENDARIO EL DESPERTADOR DE 1882. — «Календарь Будильника на 1882 год» (Traducción: René Portas) se publicó entre marzo y abril de 1882, en los números 10, 11 y 12 de *El despertador* bajo la firma de «Antosha Chejonté» y en el número 14 como «G. Baldastov», con la intención de parodiar a partir de hechos reales los habituales «Calendarios» que las revistas, incluida *El despertador*, publicaban en sus páginas. Las «Anotaciones al calendario», que en ocasiones se colocaban en una línea ideológica contraria a la propia revista, provocaron fuertes críticas por su cantidad de alusiones y críticas, o ataques casi explícitos a escritores como Saltikov-Schedrín o la literatura realista.

CANTORES. — «Певчие» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 25 de febrero de 1884, en el número 8 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo de «A. Chejonté». Se incluyó en las diferentes ediciones de *Relatos abigarrados*, desde la primera de 1886, y en el tomo tercero de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al serbocroata. Otros títulos en español: «Cantantes».

CARTA A UN REPORTERO. — «Письмо к репортеру» (Traducción: Paul Viejo) apareció en el número 23 de la revista *Fragmentos*, del 9 de junio de 1884, con la firma en el texto.

CARTA A UN VECINO ERUDITO. — «Письмо к ученому соседу» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó por primera vez el 9 de marzo de 1880, en el número 10 de la revista *La libélula*, bajo el seudónimo «... v'». Su título original era «Carta del terrateniente Don Stepán Vladimirovich N. a su vecino erudito el doctor Friedrich» y se le ofreció un pago de cinco kopeks por línea. En 1882 Chéjov lo incluyó en *Travesura*, el primer libro que reuniría sus relatos, pero que nunca vio la luz. Otros títulos en español: «Carta a un vecino científico», «Carta a un vecino ilustrado».

CIRUGÍA. — «Хирургия» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) fue escrito, probablemente, el 4 de agosto de 1884, según una carta de Leikin, el editor, a Chéjov. Se publicó el 11 de ese mismo mes en el número 32 de la revista *Fragmentos*, con el subtítulo «Escena» y la firma de «A. Chejonté». Sin el subtítulo se incluyó en la

primera edición de *Relatos abigarrados* (1886) y, con algunos cambios y recortes, en el segundo tomo de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, polaco y serbocroata. Otros títulos en español: «La cirugía».

COMO EL ABUELO. — «Весь в дедушку» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 18 de junio de 1883 en el número 25 de la revista *Fragmentos*. Usó el seudónimo «A. Chejonté». Para la edición de Marx de sus *Obras completas*, Chéjov corrigió galeras, pero finalmente no se incluyeron los cambios en el tomo II donde apareció. Otros títulos en español: «Igualito al abuelito».

CONFESIÓN, U OLIA, ZHENIA, ZOIA. — «Исповедь, или Оля, Женя, Зоя» (Traducción: James y Marian Womack) se publicó en el número 12 de *El despertador*, en marzo de 1882, y sin firma. El nombre que figura al final del relato no se corresponde con el autor, sino con un personaje que reaparecerá más adelante, en abril del mismo año, en las «Observaciones al calendario de *El despertador*». Chéjov lo incluyó en su recopilación *Travesura*, y durante las correcciones añadió la firma y el subtítulo «(Carta)», además de ciertas correcciones de estilo.

CONGRESO DE NATURALISTAS DE FILADELFIA. — «Съезд естествоиспытателей в Филадельфии» (Traducción: René Portas) apareció el 30 de abril de 1883, en el número 18 de la revista *Fragmentos*. Utilizó el seudónimo «El hombre sin bazo». Según su correspondencia, Chéjov lo escribió entre el 16 y el 20 de abril.

CONSEJOS PARA AUTORES NOVELES. — «Правила для начинающих авторов» (Traducción: Luis Abollado) aparece en marzo de 1885, en el número 12 de la revista *El despertador*, que estaba dedicado al vigésimo aniversario de la revista. El cuento se presentaba con un regalo conmemorativo. El 18 de julio de 1904, tras el obituario a Chéjov, se volvió a publicar, junto con los dos «Brindis». Otros títulos en español: «Reglas para autores principiantes».

CONTRATO DEL AÑO 1884 CON LA HUMANIDAD. — «Контракт 1884 года с человечеством» (Traducción: René Portas) se publicó el 14 de enero de 1884, en el número 2 de la revista *Fragmentos*, con la firma en el propio texto.

¿CUÁL DE LOS TRES? — «Который из трех?» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 13 de julio de 1882 en el número 14 de la revista *Sputnik*, con el seudónimo de «Antosha Chejonté». El mismo seudónimo fue utilizado por Chéjov en el cuento «Confesión, u Olia, Zhenia, Zoia», con tratamiento muy diferente. Incorpora el subtítulo «Historia vieja, pero siempre nueva».

CUENTO DIFÍCIL DE TITULAR. — «Рассказ, которому трудно подобрать название» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 12 de marzo de 1883 en el número 11 de la revista *Fragmentos*. Lo firmaba «A. Chejonté» y en vida de Chéjov se tradujo al polaco.

DE CAZA. — «На охоте» (Traducción: René Portas) apareció en febrero de 1884, en el número 6 de la revista *El despertador*, con la firma de «A-n Ch-té». El

título original con el que fue publicado en la revista era «Un tío y un perro (Con motivo de una exhibición de perros)». En abril de 1899 lo corrigió, y cambió el título, para su inclusión en las *Obras completas* que editaría Adolf Marx. Pero el cuento no llegó a salir en esa edición, por decisión de Chéjov.

DE MAL EN PEOR. — «Из огня да в полымя» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó el 20 de septiembre de 1844, en el número 37 de la revista *Entretenimiento*, con la firma «A. Chejonté». Mientras preparaba, en 1899, el primer volumen de sus *Obras completas*, solicitó el recorte de la revista donde apareció porque había recordado este cuento. Sin embargo, lo rechazó, y no fue hasta el segundo volumen cuando, enmendado, lo incluyó en la recopilación. En vida de Chéjov se tradujo al alemán, serbocroata, polaco, eslovaco y checo. Otros títulos en español: «De la sartén al fuego».

DE MAL HUMOR. — «Не в духе» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó el 29 de diciembre de 1884, en el número 52 de la revista *Fragmentos*. Lo firmaba «A. Chejonté» y figuraba el subtítulo «Relatillo». En 1899 Chéjov lo incluyó en el primer tomo de sus *Obras completas*, y en vida se tradujo al búlgaro, serbocroata y checo.

DE PASEO EN LANDO. — «В ландо» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 24 de septiembre de 1883, en el número 39 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté». El final del relato no es el original, que no se conserva, sino una intervención del editor, Leikin, que lo recortó tal como le explica a Chéjov en una carta de octubre de ese mismo año. Otros títulos en español: «En landó».

DE PASEO EN SOKÓLNIKI. — «На гулянье в Сокольниках» (Traducción: Luis Abollado) se publicó originalmente con el título «En Sokólniki», en el número 17 de *El despertador*, en mayo de 1885. Lo firmaba «El hermano de mi hermano». Chéjov corrigió el cuento en 1899, cambiándole entre otras cosas el título, para incluirlo en el primer volumen de sus *Obras completas*, pero en el último momento decidió descartarlo. Ya no se volvería a reimprimir hasta 1929.

DEFINICIONES FILOSÓFICAS DE LA VIDA. — «Философские определения жизни» (Traducción: R. Portas) se publicó en el número 1 de la revista *El espectador*, en diciembre de 1883, con la firma de «Antosha Chejonté». Se conserva una variante previa a su publicación donde figuraba bajo la cabecera de «Propagandas y anuncios cómicos», parodiando la publicación de un libro reciente titulado *Razonamientos*. En el original manuscrito la firma que figuraba al pie era la de «El hombre sin bazo».

DEL DIARIO DE UN AYUDANTE DE CONTABLE. — «Из дневника помощника бухгалтера» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 18 de junio 1883, en el número 25 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo». Chéjov utilizó el recurso del «diario» en tres ocasiones durante este mismo año: en «Veintiséis» y en «Del diario de una señorita», además de éste, que fue

incluido en la edición de A. Marx de sus *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, polaco, serbo— croata y checo.

DEL DIARIO DE UNA SEÑORITA. — «Из дневника одной девицы» (Traducción: Paul Viejo) apareció con el seudónimo de «El hombre sin bazo» en el número 44 de la revista *Fragmentos*, el 29 de octubre de 1883.

DISFRACES. — «Ряженые» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en enero de 1883, en el número 2 de la revista *El espectador*, con la firma «El hombre sin bazo». Sobre el mismo tema y con el mismo título, Chéjov escribió en 1886 otro cuento humorístico que, aunque se diferencia en gran medida estilísticamente, comparte la misma intención. Otros títulos en español: «Los disfrazados».

DIVAGACIONES DE UN LECTOR. — «Мысли читателя газет и журналов» (Traducción: Luis Abollado) apareció el 15 de enero de 1883, en el número 3 de la revista *El espectador*, firmado por «El hombre sin bazo». Otros títulos en español: «Las ideas del lector sobre los periódicos y revistas», «Pensamientos del lector de periódicos y revistas».

DOS CARTAS. — «Два письма» (Traducción: René Portas) se publicó el 10 de marzo de 1884, en el número 10 de la revista *Fragmentos*. Aparecía la firma «Con auténtica veracidad, El hombre sin bazo». No apareció en las *Obras completas* que Chéjov pudo preparar en vida para el editor A. Marx, sino posteriormente en el tomo XIX de 1911.

DOS EN UNO. — «Двое в одном» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 3 de *El espectador*, en enero de 1883. El seudónimo utilizado fue «A. Chejonté». Por el tipo de protagonista, este relato siempre se relaciona con otro de 1883 titulado «La pura verdad». El texto original, como se puede comprobar en el manuscrito conservado, tenía un estilo mucho más hiperbólico que aquel que apareció finalmente tras las correcciones.

DOS ESCÁNDALOS. — «Два скандала» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 46 de *El provecho mundano*, el 16 de diciembre de 1882. Lo firmó como «A. Chejonté», y en 1884 Chéjov lo dispuso para su publicación en el volumen *Cuentos de Melpómene*, para el que apenas realiza cambios estilísticos.

DOS NOVELAS. — «Два романа» (Traducción: Luis Abollado) fue publicado el 8 de enero de 1883, en el número 2 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo». Se sabe que se escribió con seguridad en diciembre de 1882, por una carta de su editor, Leikin, fechada el 31 de ese mes, en la que le comunicaba la decisión de publicarla en el número 2 del año siguiente. En la copia manuscrita se puede comprobar que la «Novela de un periodista» antecede a la «Novela de un médico». Otros títulos en español: «Dos historias de amor».

EJERCICIOS VERANIEGOS DE LA COLEGIALA NADIENKA N. — «Каникулярные работы институтки Наденьки N» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 15 de junio de 1880, en el número 24 de *La libélula*, con el

seudónimo «Chejonté» que ya figuraba en el propio texto.

EL ABETO. — «Елка» (Traducción: Paul Viejo) se publicó, con el seudónimo «El hombre sin bazo», el 27 de diciembre de 1884, en el número 50 de la revista *Entretimiento*.

EL ÁLBUM. — «Альбом» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) parece estar escrita, según su correspondencia con el editor Leikin, a finales de abril de 1884. Se publicó el 5 de mayo de ese mismo año, en el número 18 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «A. Chejonté», y posteriormente fue editada por A. Marx en el primer tomo de sus *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, polaco, serbocroata, checo, sueco y japonés.

EL ALEMÁN AGRADECIDO. — «Признательный немец» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 1 de octubre de 1883, en el número 40 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo».

EL BANQUETE. — «Закуска» (Traducción: Luis Abollado) apareció publicado, con el subtítulo «Recuerdo grato», en el número 17 de la revista *Fragmentos*, publicado el 23 de abril de 1883. Según su correspondencia, Chéjov lo escribió entre el 16 y el 20 de abril, y firmó como «El hombre sin bazo». Durante la preparación de las obras completas para Adolf Marx, decidió excluirlo de éstas, dejando anotado: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Otros títulos en español: «El fiambre (Recuerdo agradable)».

EL BARÓN. — «Барон» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 47 de *El provecho mundano*, el 20 de diciembre de 1882, con la firma de «A. Chejonté». Fue incluido en el libro *Cuentos de Melpómene*, aunque reducido significativamente, lo que contribuyó a que en la historia adquiriera mayor importancia el amor por el teatro.

EL BENEFICIO DEL RUISEÑOR. — «Бенефис соловья» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 21 de mayo de 1883, en el número 21 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo de «A. Chejonté». Al preparar la reunión de todos sus cuentos, Chéjov escribió «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

EL BRINDIS DE LOS PROSISTAS / EL BRINDIS DE LAS MUJERES. — «Тост прозаиков / Женский тост» (Traducción: René Portas) se publicaron, ambos, en marzo de 1885, en el número 12 de la revista *El despertador*, que estaba dedicado al vigésimo aniversario de la revista, donde, junto a numeroso material extra, se describía la cena de celebración y los diferentes «brindis» que en ella tuvieron lugar.

EL BUEN CONOCIDO. — «Добрый знакомый» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 25 de diciembre de 1882, en el número 52 de la revista *Fragmentos*. Parte de esta historia humorística ya había sido abocetada en la pieza humorística «Esto y aquello. Poesía y prosa» de 1881. La firma utilizada en esta ocasión fue «El hombre sin bazo».

EL CABALLERO Y LA SEÑORITA. — «Баран и барышня» (Traducción: Luis Abollado) apareció el 18 de febrero de 1883, en el número 8 de la revista *Fragmentos*. Lo firmaba «El hombre sin bazo» y figuraba el subtítulo «Episodio de la vida de los *muy señores míos*». Otros títulos en español: «El camero y la señorita».

EL CAMALEÓN. — «Хамелеон» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó el 8 de septiembre de 1884, en el número 36 de la revista *Fragmentos*, con el subtítulo «Escena» y el seudónimo «A. Chejonté». El subtítulo se descartó en la primera edición de *Relatos abigarrados* (1886) y sucesivas, además de en el segundo tomo de *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, polaco, serbocroata, finlandés y checo.

EL CARBÓN RUSO. — «Русский уголь» (Traducción: René Portas) se publicó en el número 30 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté», que apareció el 28 de julio de 1884. Después sería incluido en la primera edición de la recopilación *Relatos abigarrados*.

EL CERTIFICADO. — «Справка» (Traducción: René Portas) se publicó, con la firma de «A. Chejonté», el 3 de septiembre de 1883, en el número 36 de la revista *Fragmentos*, con el título original de «El error». Además de revisarlo sustancialmente, fue durante la revisión del cuento para incluirlo en sus *Obras completas* cuando cambió el título. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, polaco, serbocroata, eslovaco y checo.

EL CÓMICO. — «Комик» (Traducción: René Portas) se publicó el 28 de enero de 1884, con la firma «A. Chejonté», en el número 4 de la revista *Fragmentos*. En 1886 se incluiría en la primera edición del libro *Relatos abigarrados*.

EL CORRESPONSAL. — «Корреспондент» (Traducción: Luis Abollado) apareció en los números 20 y 21 de *El despertador*, a lo largo de mayo de 1882, con el seudónimo de «Antosha Chejonté».

EL DELEGADO O ¡ADIÓS, VEINTICINCO RUBLOS! — «Депутат, или Повесть о том, как у Дездемонова 25 рублей пропало» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 28 de mayo, en el número 22 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo de «A. Chejonté». Decidió no incluirlo en sus obras completas, anotando en la copia de la revista que usaba para la revisión: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». El cuento está dedicado al poeta Liódor Palmin, con quien Chéjov mantuvo estrecha amistad, durante los años en que ambos colaboraron en las mismas revistas (*La libélula*, *El despertador*, *Fragmentos*, etcétera).

EL DEMONIO INGENUO. — «Наивный леший» (Traducción: René Portas) se publicó el 18 de febrero de 1884 en el número 7 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo».

EL DÍA DE SAN PEDRO. — «Петров день» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 29 de junio de 1881, en el número 26 de la revista *El despertador* con el seudónimo de «Antosha Ch.». En él aparecía aún el subtítulo «Una broma» y la

dedicatoria «Dedicado con placer a los señores cazadores que tienen mala puntería y no saben disparar». Ambos paratextos los retiró de cara a su publicación en el libro *Travesura*.

EL DISCURSO Y LA CORREÍTA. — «Речь и ремешок» (Traducción: René Portas) fue la primera colaboración de Chéjov en la revista *Fragmentos*. Se publicó en el número 44, con fecha 24 de noviembre de 1884, y la firma «A. Chejonté». En un recorte de la revista *Fragmentos* donde aparecía el relato, figura la inscripción autógrafa «N. B.: No incluir en las obras completas. A. Chéjov». En una carta del editor Leikin a Chéjov queda claro que la historia se escribió antes del 11 de noviembre de 1882, pero que por problemas con la censura acabó retrasándose su publicación dos años.

EL DOTE. — «Приданое» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó, con el subtítulo «Historia de una obsesión», en julio de 1883, en el número 30 de la revista *El despertador*, con la firma «A. Chejonté». Se publicó, reducido significativamente, en el primer volumen de sus *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al italiano y al búlgaro. Otros títulos en español: «La dote».

EL ECLIPSE DE LUNA. — «Затмение Луны» (Traducción: René Portas) se publicó el 29 de septiembre de 1884 en el número 39 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo de «El hombre sin bazo».

EL ENCUENTRO DE LA PRIMAVERA. — «Встреча весны» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó en marzo de 1882, en el número 12 de la revista *Moscú*, con el subtítulo «Razonamiento», acompañado por ilustraciones del pintor I. Klang. Chéjov utilizó el seudónimo «El hombre sin bazo».

EL ESPEJO TORCIDO. — «Кривое зеркало» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció, con el subtítulo «Historia fantástica de Navidad», en enero de 1883, dentro del número 2 de *El espectador*, con la firma «A. Chejonté». Con seguridad fue escrito antes de 1883 y aunque su publicación estaba destinada a un número de la revista con tema navideño, fue pospuesta por razones desconocidas. Nikolái Chéjov realizó una ilustración para este relato. «El espejo torcido» fue incluido en las *Obras completas* editadas por Marx, pero Chéjov modificó el subtítulo suprimiendo la palabra «fantástica».

EL ESPIGÓN VERDE. — «Зеленая коса» (Traducción: Luis Abollado) apareció en los números 15 y 16 del «Suplemento literario» de la revista *Moscú*, en abril de 1882. Chéjov utilizó la firma «Antosha Chejonté» y se publicó con el subtítulo «Pequeña novela». Junto al relato se incluyó un dibujo de Nikolái Chéjov titulado «Después del encuentro (en el cuento “El espigón verde”)».

EL FIN DE UN IDILIO. — «Идиллия — увы и ах!» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 51 de la revista *Fragmentos*, el 15 de diciembre de 1882, firmado como «Antosha Chejonté», reducido respecto a la copia manuscrita que se conserva. Existe un recorte de la revista donde Chéjov anotó: «N. B.: No

incluir en las obras completas. A. Chéjov». Otros títulos en español: «El idilio, ¡ah y ah!».

EL GATO. — «КОТ» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 14 de mayo de 1883, en el número 20 de la revista *Fragmentos* con el seudónimo de «A. Chejonté». No fue incluido en sus obras completas, dejando escrito Chéjov: «N. B.: no incluir en las obras completas».

EL GORDO Y EL FLACO. — «ТОЛСТЫЙ И ТОНКИЙ» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó el 1 de octubre de 1883, en el número 40 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «A. Chejonté». Se incluyó en la primera edición de *Relatos abigarrados* (1886), con cambios significativos, y en el primer tomo de las *Obras completas*, editadas por A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, polaco, serbocroata, finlandés y checo.

EL HERMANITO. — «Братец» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 12 de marzo de 1883 en el número 12 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo de «A. Chejonté». Otros títulos en español: «El hermano».

EL HOMBRE ORGULLOSO. — «ГОРДЫЙ ЧЕЛОВЕК» (Traducción: René Portas) se publicó el 24 de abril de 1884 en el número 112 de *La hoja moscovita*. Y, pese a las discrepancias del autor, apareció con la firma «A. Chéjov».

EL HOMBRE Y EL PERRO. — «Разговор человека с собакой» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 9 de marzo de 1885 en el número 10 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo». Chéjov lo incluyó en la primera edición de su libro *Relatos abigarrados* (1886), pero lo descartó para su posterior reunión, con una nota en la copia conservada de la revista: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». En vida del autor se tradujo al serbocroata. Otros títulos en español: «Conversación de un hombre con un perro».

EL JEFE DE ESTACIÓN. — «Начальник станции» (Traducción: René Portas) se publicó el 5 de noviembre de 1883, en el número 45 de la revista *Fragmentos*. Apareció con la firma de «A. Chejonté». Durante su revisión, Chéjov dejó anotado: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

EL JOVEN. — «Молодой человек» (Traducción: René Portas) se publicó el 4 de febrero de 1884, en el número 5 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo de «El hombre sin bazo».

EL LETRERO. — «Вывеска» (Traducción: René Portas) se publicó, con la firma en el texto, el 27 de octubre de 1884, en el número 43 de la revista *Fragmentos*.

EL LIBRO DE RECLAMACIONES. — «Жалобная книга» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó el 10 de marzo de 1884 en el número 10 de la revista *Fragmentos*. Figuraba el subtítulo «Copia» y la firma era la de «A. Chejonté». Para publicarlo en el primer tomo de sus *Obras completas*, Chéjov corrigió y redujo considerablemente el texto. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro y al checo. Otros títulos en español: «El libro de quejas».

EL MONTECILLO ROJO. — «Красная горка» (Traducción: René Portas) se publicó en el número 13 de la revista *Fragmentos*, el 30 de marzo de 1885, con el seudónimo «El hombre sin bazo».

EL NABO. — «Репка» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 19 de febrero de 1883 en el número 9 de la revista *Fragmentos*, con la firma «El hombre sin bazo» y el subtítulo «Traducción del lenguaje infantil». Otros títulos en español: «El nabito».

EL PATRIOTA DE SU PATRIA. — «Патриот своего отечества» (Traducción: René Portas) se publicó en *El provecho mundano*, número 8, el 27 de febrero de 1883. El seudónimo utilizado fue «H. S. B.», siglas de «El hombre sin bazo». La revista debía haber aparecido a mediados de enero, pero problemas con la censura retrasaron su publicación con la revista ya impresa: toda la sección «Tomillo del n.º 1» fue prohibida, hasta que, entre otras cosas, se modificó la cabecera por «Historias de humor». Con alguna corrección significativa, fue incluido en el libro *Relatos abigarrados* (1886) pero, sin embargo, durante la preparación de sus obras completas, Chéjov anotó en el recorte de la revista: «N. B.: no incluir en las *Obras completas*».

EL PECADOR DE TOLEDO. — «Грешник из Толедо» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en los números 25 y 26 de *El espectador*, en diciembre de 1881, con la firma de «Antosha Ch.». Como en otros de los cuentos de Chéjov que figuran como «traducciones», esta «Traducción del español» sirve para perfilar personajes y temas rápidamente. En 1882 quiso incluirlo en el volumen *Travesura*.

EL PERDÓN. — «Прощение» (Traducción: René Portas) se publicó en el número 7 de la revista *Fragmentos*, aparecida el día 18 de febrero de 1884. Se utilizó el seudónimo «El hombre sin bazo».

EL PÍCARO. — «Хитрец» (Traducción: René Portas) se publicó en el número 13 de la revista *Fragmentos*, que apareció el 26 de marzo de 1883. La firma utilizada fue «A. Chejonté».

EL PROCESO DEL AÑO 1884. — «Дело о 1884 году» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 1 de la revista *Fragmentos*, del 5 de enero de 1885, con el seudónimo «El hombre sin bazo» y el subtítulo «De nuestro corresponsal». Otros títulos en español: «La causa del año 1884».

EL REPETIDOR. — «Репетитор» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció el 11 de febrero de 1884, con el subtítulo «Escena», en el número 6 de la revista *Fragmentos*. Lo firmaba «A. Chejonté», y se incluyó tanto en la primera edición de *Relatos abigarrados* (1886), como en el primer tomo de sus *Obras completas*, y no tuvo, en general, una buena recepción crítica. Parece estar claro que parte de lo que cuenta está basado en sus propias experiencias como tutor en Taganrog y, al llegar a Moscú, a tenor de lo contado por su hermano Mijaíl en sus memorias *Alrededor de Chéjov* y otros testimonios directos. En vida del autor se

tradujo al búlgaro, alemán y eslovaco. Otros títulos en español: «El tutor» (no confundir con el cuento de 1883).

EL SAUCE. — «Берба» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 9 de abril de 1883, en el número 15 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «A. Chejonté». Fue incluido en la primera edición del libro *Relatos abigarrados* de 1886. Durante la preparación de sus *Obras completas* en la edición de Adolf Marx, el autor anotó en su copia: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Cuando Chéjov lo envió a la redacción de la revista, el editor N. Leikin le escribió que tanto «Un ladrón» o «El sauce» eran «un poco serios para *Fragmentos*».

EL SIGNO DE LOS TIEMPOS. — «Знамение времени» (Traducción: Paul Viejo) apareció con la firma de «El hombre sin bazo» el 22 de octubre de 1883, en el número 43 de la revista *Fragmentos*.

EL SUEÑO DEL REPORTERO. — «Сон репортера» (Traducción: René Portas) se publicó en febrero de 1884, en el número 7 de *El despertador*, con la firma «A. Chejonté». Para su publicación en las *Obras completas*, Chéjov reescribió este cuento, eliminando sobre todo aquellas referencias que ya no eran de actualidad, como queda constancia en la correspondencia con su editor, Marx. Sin embargo, el relato no llegó a incluirse en dicha edición.

EL TABERNERO COMPASIVO. — «Добродетельный кабатчик» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 6 de agosto de 1883, en el número 32 de la revista *Fragmentos*, firmado por «A. Chejonté», y con el subtítulo «Llanto de un arruinado». En 1886, Chéjov lo incorporó a la primera edición de su libro *Relatos abigarrados*, pero durante la preparación de sus *Obras completas* indicó «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Otros títulos en español: «El tabernero virtuoso (El llanto de un depauperado)».

EL TRÁGICO. — «Трагик» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 8 de octubre de 1883, en el número 41 de la revista *Fragmentos*, con el subtítulo «Historieta» y la firma «A. Chejonté». Se incluyó en la recopilación de 1884 *Cuentos de Melpomene*, y también en el segundo volumen de las *Obras completas* de Chéjov, sustancialmente revisado. En vida de Chéjov se tradujo al serbocroata. Otros títulos en español: «El actor trágico».

EL TRIUNFO DEL VENCEDOR. — «Торжество победителя» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó con la firma de «A. Chejonté» y el título, en plural, de «El triunfo de los vencedores». Apareció en el número 9 de *Fragmentos*, el 26 de febrero de 1883, y Chéjov lo incluiría más tarde en el segundo volumen de las *Obras completas*, editadas por Adolf Marx. Es al preparar esta edición cuando se añade el subtítulo «Retrato de un legislador colegiado en retiro». En vida de Chéjov se tradujo al polaco y eslovaco.

EL TUTOR. — «Опекун» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 43 de la revista *Fragmentos*, el 22 de octubre de 1883, con el seudónimo de «A.

Chejonté». Se conserva la nota que Chéjov escribió durante su revisión: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Otros títulos en español: «El preceptor».

EL ÚNICO REMEDIO. — «Единственное средство» (Traducción: Luis Abollado) se publicó, con el subtítulo de «A propósito del proceso de la Sociedad de crédito mutuo de San Petersburgo», en el número 4 de la revista *Fragmentos*, el 22 de enero de 1883. Lo firmaba «A. Chejonté» y se incluyó en su primera edición de *Obras Completas*. Chéjov lo envió a la revista junto a dos cuentos más: «Manías» y «En la noche oscura», además de una carta en la que se lamentaba de la poca extensión —100 líneas— que le concedían. Otros títulos en español: «El único medio (À propos del proceso...)».

EL VANKA. — «Ванька» (Traducción: René Portas) se publicó el 9 de febrero de 1884 en el semanario *La hojilla satírica rusa*, en su número 5, con el seudónimo de «A. Chejonté». Chéjov decidió no incluirlo en sus *Obras completas* editadas por Adolf Marx, y dejó escrito: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». No confundir con el cuento de 1886 titulado «Vanka». Otros títulos en español: «El cochero».

EL VEINTINUEVE DE JUNIO. — «Двадцать девятое июня» (Traducción: Luis Abollado) publicado el 29 de junio de 1882 en el número 12 de la revista *Sputnik*, con la firma de «Antosha Chejonté» y el subtítulo «Relato de un cazador que nunca dio en el blanco».

EL VODEVIL. — «Водевиль» (Traducción: René Portas) apareció el 30 de junio de 1884 en el número 26 de la revista *Fragmentos*, firmado como «A. Chejonté». Chéjov anotó en su copia de la revista: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

ÉL Y ELLA. — «Он и она» (Traducción: Luis Abollado) se publicó por primera vez en *El provecho mundano*, número 26, del 23 de julio de 1882. Lo firmó como «A. Chejonté» y recibió numerosas menciones en los medios de la época destacando el gran interés de Chéjov en el teatro, la psicología y las escenas cotidianas. Durante la segunda mitad de ese mismo año, entregaría nuevos cuentos donde mostraba su familiaridad con la vida teatral, como «Dos escándalos», «El barón» o «Vil venganza». Chéjov incluyó este relato en su primer libro, *Cuentos de Melpómene*, que apareció en 1884.

EN EL CEMENTERIO. — «На кладбище» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 6 de octubre de 1884, en el número 40 de la revista *Fragmentos*, con la firma de «A. Chejonté», y se sabe que fue escrito a finales de septiembre, entre el 23 y el 26. En 1897 apareció, revisado en una antología benéfica, con el seudónimo de «Laertes» y, finalmente, publicado en el primer tomo de las *Obras completas* de 1899. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, finlandés y sueco.

EN EL CLAVO. — «На гвозде» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el

número 6 de la revista *Fragmentos*, el día 5 de febrero de 1883, firmado como «A. Chejonté». Fue incluido sin cambios en el tercer libro de Chéjov, *Relatos abigarrados*, en su primera edición de 1886.

EN EL DEPARTAMENTO DE CORREOS. — «В почтовом отделении» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 29 de octubre de 1883, con la firma de «A. Chejonté», en el número 44 de la revista *Fragmentos*. Se incluyó en el primer volumen de las *Obras completas* editadas por A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, serbocroata, finlandés, checo y sueco. Otros títulos en español: «En la oficina de correos», «En la administración de correos».

EN EL HOSPICIO DE ANCIANOS Y ENFERMOS INCURABLES. — «В приюте для неизлечимо больных и престарелых» (Traducción: René Portas) se publicó, con el seudónimo de «A. Chejonté», el 27 de octubre de 1884, en el número 43 de la revista *Fragmentos*. Chéjov decidió no incluirlo en sus *Obras completas* editadas por Adolf Marx, y dejó escrito: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

EN EL MAR. — «В море» (Traducción: Luis Abollado) apareció por primera vez el 29 de octubre de 1883 en el número 40 de *El provecho mundano*, con la firma «A. Chéjov», sin el subtítulo «Relato de un marino». En 1901, a petición del escritor Iván Bunin, se publicó en la antología *Flores del norte*, que éste preparó para la editorial Escorpión. Apareció con un título diferente «Polla noche», con el nombre del autor completo, y se produjo una curiosa confusión mientras la editorial lo publicitaba, al intercambiar el título del cuento con el de la antología. En 1899, Chéjov se lo había enviado ya al editor de sus *Obras completas*, Adolf Marx, para su publicación. Sin embargo, no llegaría a aparecer ni en el primer tomo ni en los siguientes, y hubo que esperar hasta la segunda edición de 1903 para su incorporación. En vida de Chéjov este cuento se tradujo al búlgaro.

EN EL SALÓN. — «В гостиной» (Traducción: Paul Viejo) apareció originalmente con el título «Ironía del destino», con la firma «A. Chejonté», en el número 48 de *Fragmentos*, el 26 de noviembre de 1883. Chéjov cambió el título e hizo algunas correcciones para su publicación en las *Obras completas*, pero finalmente nunca se incluyó en la edición.

EN EL VAGÓN. — «В вагоне» (Traducción: René Portas) se publicó en el número 9 de la revista *El espectador*, en septiembre de 1881, con un título diferente: «Extracto de un registro de viaje» y la firma «Antosha Ch.». Sin embargo, para su publicación en *Travesura*, Chéjov no sólo modificó el título sino que cambió y eliminó numerosos detalles y personajes que aparecieron en la versión original.

EN ESTE SIGLO PRÁCTICO. — «Жених» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 5 de marzo de 1883 en el número 10 de *Fragmentos*, firmado por «A. Chejonté». Cuando Chéjov recopilaba sus cuentos para la publicación en las *Obras completas*, numeró este relato como el 154. Fue en ese momento cuando cambió el

título por el de «Un novio».

EN LA BARBERÍA. — «В цирюльне» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó en el número 10 de la revista *El espectador*, el 7 de enero de 1883. Su título original era «Drama en la barbería» y lo firmaba «El hombre sin bazo». Las numerosas correcciones y cambios, incluido el título, se realizaron de cara a la publicación en sus *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al húngaro, alemán, polaco, serbocroata, finlandés, checo y sueco. Otros títulos en español: «En la peluquería».

EN LA NOCHE OSCURA. — «Темною ночью» (Traducción: René Portas) se publicó en el número 4 de la revista *Fragmentos*, el 22 de enero de 1883, con el seudónimo de «A. Chejonté». En 1886 fue incluido, sin correcciones, en la primera edición de *Relatos abigarrados*, el tercero de los libros de Chéjov.

EN LAS HABITACIONES NUMERADAS. — «В номерах» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 18 de marzo de 1885 en el número 20 de la revista *Fragmentos*. Lo firmaba «A. Chejonté». Para su publicación en el primer tomo de sus *Obras completas* (1899), Chéjov lo reescribió concienzudamente, cambiando incluso los nombres de los personajes y su forma de hablar. En vida del autor se tradujo al búlgaro, alemán, serbocroata, checo y sueco.

EN LOS BAÑOS PÚBLICOS. — «В бане» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) es la combinación de dos relatos, «En los baños» y «Acerca de los pretendientes», que Chéjov unió en una sola historia para su publicación en 1899 en el primer volumen de sus obras completas. El 9 de marzo de 1885, aparece en el número 10 de la revista *Fragmentos* con el título «En los baños» y firmado por «A. Chejonté», mientras que, previamente, se había publicado «Acerca de los pretendientes», con la misma firma, en el número 42 de *El despertador*, de octubre de 1883. Apareció también en la antología de varios escritores *Homenaje a Belinski*, publicada en 1899. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, serbocroata y sueco. Otros títulos en español: «En los baños».

EN MOSCÚ EN LA PLAZA TRÚBNAYA. — «В Москве на Трубной площади» (Traducción: René Portas) se publicó en la sección «Caleidoscopio» de la revista *El despertador*, en su número 43 de noviembre de 1883. Posteriormente fue incluido en el segundo volumen de las *Obras completas* editadas por A. Marx.

EN OTOÑO. — «Осенью» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en septiembre de 1883, en el número 37 de la revista *El despertador*, con la firma «A. Chejonté». Se incluyó en la primera edición del libro *Relatos abigarrados* (1886). La historia fue la base para una de sus piezas teatrales breves, *En el camino real*, escrita entre 1884 y 1885, pero prohibida por la censura.

ENCAJE DE BOLILLOS. — «Канитель» (Traducción: Paul Viejo) apareció publicado el 27 de abril de 1885 en el número 17 de la revista *Fragmentos*, con la firma de «A. Chejonté». Chéjov lo recopiló, desde 1886, en todas las ediciones de su

Relatos abigarrados, y en 1900 lo corrigió para su inclusión en el segundo volumen de las *Obras completas* editadas por Adolf Marx.

ENTREVISTA VANA. — «Свидание хотя и состоялось, но...» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 17 de la revista *Moscú* en mayo de 1882, con el título «Una historia de vacaciones» y la firma de «Antosha Chejonté». Chéjov le puso al cuento la numeración «I», que no continuó.

ESCENAS DEL PASADO RECIENTE. — «Картинки из недавнего прошлого» (Traducción: René Portas) se publicó el 1 de diciembre de 1884, en el número 48 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté».

ESCULAPIOS RURALES. — «Сельские эскулапы» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 18 de junio de 1882 como primera colaboración en la revista *Luz y sombras* (número 178). En el relato figuraba la firma «Antosha», mientras que en el índice de la revista aparecía «Antosha Ch.».

ESTO Y AQUELLO. — «И то и се» (Traducción: René Portas) fue publicado en dos partes. «Poesía y prosa» en el número 16 de *El espectador* (octubre de 1881), mientras que «Cartas y telegramas» apareció en los números 24 y 25 de la misma publicación (diciembre de 1881), ambos firmados como «Antosha Ch.».

EXAMEN DE ASCENSO. — «Экзамен на чин» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció publicado el 14 de julio, con la firma «A. Chejonté» y el subtítulo «Una historia», en el número 28 de la revista *Fragmentos*. Se incluyó, sin el subtítulo, en la recopilación *Relatos abigarrados* de 1886, y algo reducido en el primer volumen de las *Obras completas* de 1899. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro y al serbocroata. Otros títulos en español: «Exámenes para ascender de grado».

EXAMEN IDEAL. — «Идеальный экзамен» (Traducción: René Portas) se publicó en junio de 1884, con la firma de «A. Chejonté», en el número 23 de la revista *El despertador*. Chéjov decidió no incluirlo en sus *Obras completas* editadas por Adolf Marx, y dejó escrito: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

FECHA SOLEMNE. — «Мой юбилей» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 6 de julio de 1880, en el número 27 de *La libélula*, firmado como «Un poeta prosaico». Chéjov recibió por él veintisiete rublos y treinta y dos kopeks. Otros títulos en español: «Mi jubileo», «Mi aniversario».

FELICITACIONES. — «Лист» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 16 de la revista *Fragmentos*, el 16 de abril de 1883, con el seudónimo de «El hombre sin bazo». Otros títulos en español: «La hojita (Algo navideño)».

FERIAS. — «Ярмарка» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en julio de 1882, en el número 28 de la revista *Moscú*, utilizando el seudónimo «Antón Chejonté».

FLORES TARDÍAS. — «Цветы запоздалые» (Traducción: Fernando Otero

Macías) se publicó en los números 37-39 y 41 de la revista *El provecho mundano*, entre el 10 de octubre y el 11 de noviembre de 1882, bajo el seudónimo «A. Chejonté». Se conservan dos copias manuscritas de este cuento, una únicamente con el primer capítulo de la historia, mientras que en la otra aparece el subtítulo «Pequeña novela», además de percibirse los numerosos cambios que Chéjov incorporó de cara a la publicación en revista.

FRUTOS DE LARGAS REFLEXIONES. — «Плоды долгих размышлений» (Traducción: Paul Viejo) apareció el 14 de abril de 1884, en el número 15 de la revista *Fragmentos*. El seudónimo utilizado fue «El hombre sin bazo».

GOZO EN LA DACHA. — «Дачное удовольствие» (Traducción: Paul Viejo) apareció en el número 24 de la revista *Fragmentos*, del 16 de junio de 1884, con la firma «El hombre sin bazo».

GRATITUD. — «Благодарный» (Traducción: Luis Abollado) se publicó, con el subtítulo «Estudio psicológico», en el número 7 de la revista *Fragmentos* el 12 de febrero de 1883, aunque Chéjov lo había enviado antes y no salió en el número previo por problemas de espacio. Lo firmaba «A. Chejonté». Otros títulos en español: «El agradecido».

¿HABLAR O CALLAR? — «Говорить или молчать?» (Traducción: Paul Viejo) apareció con el subtítulo de «Cuento popular», en el tomo 1 de *Archivo rojo*, en 1925, porque la censura detuvo su publicación, en abril de 1884, en *Fragmentos*. Lo firmaba «El hombre sin bazo».

HASTA LA PERFECCIÓN DEBE TENER LÍMITES. — «И прекрасное должно иметь пределы» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 3 de noviembre de 1884. Apareció en el número 44 de *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo».

HEROÍNAS. — «Герой-барыня» (Traducción: Luis Abollado) apareció el 4 de junio de 1883, en el número 23 de *Fragmentos*. Firmó como «A. Chejonté» y lo incluyó en la primera edición de *Relatos abigarrados*, su libro de 1886. Sin embargo, en la copia de la revista aparece la anotación: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». En vida del autor se tradujo al finlandés. Otros títulos en español: «La señora héroe».

HIPNOTISMO. — «На магнетическом сеансе» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 7 de *El espectador*, el 24 de enero de 1883. Firmaba «El hombre sin bazo». La razón inmediata para la escritura de este cuento fue una sesión de un hipnotizador apellidado Robert sobre la que habían escrito unos días antes en las revistas *El provecho mundano* y *Luz y sombras*. Otros títulos en español: «En la sesión magnética».

HISTORIA DE UN MATRIMONIO. — «О том, как я в законный брак вступил» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 11 de junio de 1883, en el

número 24 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «A. Chejonté». La historia fue remitida a la redacción el 25 de mayo; el día 26 Leikin, su editor, le respondía: «Hoy he recibido en un sobre el cuento “De cómo me casé”, lo señalo para copiar y mandar a imprenta mañana». En vida de Chéjov el relato se tradujo al eslovaco.

HISTORIA RUIN. — «Скверная история» (Traducción: Juan López-Morillas) se publicó en los números 179 y 180 de la revista *Luz y sombras*, entre junio y julio de 1882. Utilizó el seudónimo «Antosha Chejonté». Otros títulos en español: «Una historia fea».

IDEAS IMPROPIAS. — «Несообразные мысли» (Traducción: René Portas) se publicó el 12 de mayo de 1884, en el número 12 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo de «El hombre sin bazo».

IDILIO. — «Идиллия» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 25 de agosto de 1884 en el número 34 de la revista *Fragmentos*, con la firma «El hombre sin bazo».

IMPOSTORES A LA FUERZA. — «Мошенники поневоле» (Traducción: Luis Abollado) se publicó, como el cuento anterior, en el número 1 de *El espectador*, en enero de 1883, pero con el seudónimo «El hombre sin bazo» y el subtítulo «Historieta de año nuevo». Un fragmento de este texto, el que habla de señores y señoras que juegan a la lotería y el pequeño sin un kopek, servirá para desarrollar un relato en 1886, «Los niños».

IMPRUDENCIA. — «Нарвался» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 20 de noviembre de 1882, en el número 47 de la revista *Fragmentos*, con el subtítulo «De los anales del banco Ligovsky-Chemorechensk» y con el seudónimo «A. Chejonté». Chéjov cobró este relato a ocho kopeks la línea y, aunque trabajó en él para la preparación de su obra en la edición de Adolf Marx, finalmente escribió en un recorte de la revista: «N. B.: No incluir en las obras completas. A. Chéjov». Otros títulos en español: «Se la buscó».

JUICIO SUMARÍSIMO. — «Суд» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en octubre de 1881, en el número 14 de *El espectador*. Llevaba el título: «Estampas rurales: a) Un juicio», debido a que la idea era realizar una serie continuada en esa publicación, que finalmente no se llevó a cabo. Lo firmó como «Antosha Chejonté». Después revisaría todo el texto de nuevo para su inclusión en la edición de Adolf Marx de sus *Obras completas*. Otros títulos en español: «El juicio».

JUNTO A LA CAMA DEL ENFERMO. — «У постели больного» (Traducción: René Portas) apareció el 1 de diciembre de 1884, en el número 48 de la revista *Fragmentos*, con la firma «El hombre sin bazo».

LA BODA CON EL GENERAL. — «Свадьба с генералом» (Traducción: René Portas) se publicó el 15 de diciembre de 1884, aunque según su correspondencia Chéjov ya lo habría terminado a principios de noviembre. Apareció en el número 50 de la revista *Fragmentos* con la firma «A. Chejonté».

LA CALUMNIA. — «Клевета» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó

el 12 de noviembre de 1883 en el número 46 de la revista *Fragmentos*, firmado por «A. Chejonté». Se incluyó en todas las ediciones de *Relatos abigarrados* desde su primera edición en 1886, así como en el segundo volumen de las *Obras completas* de Adolf Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, serbocroata, eslovaco y checo.

LA CERILLA SUECA. — «Шведская спичка» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó en enero de 1884 (aunque por su correspondencia se desprende que este relato fue escrito entre el 7 y el 20 de agosto de 1883) en el *Almanaque de La libélula del año 1884*, firmado como «A. Chéjov». En 1886 lo incluyó en la primera edición de *Relatos abigarrados* y, aunque lo retiró de la segunda edición, lo mantuvo en las sucesivas. También lo recopiló para el segundo volumen de sus *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al danés, alemán, polaco, rumano y checo.

LA CONVERSACIÓN. — «Разговор» (Traducción: René Portas) se publicó el 26 de marzo de 1883, en el número 13 de la revista *Fragmentos*. Utilizó el seudónimo de «A. Chejonté» y su título original era «Los benefactores». Chéjov lo modificó mientras preparaba su publicación para las *Obras completas* editadas por Adolf Marx, aunque finalmente no se incluyó en ellas.

LA CRONOLOGÍA VIVIENTE. — «Живая хронология» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó en el número 8 de la revista *Fragmentos*, del 23 de febrero de 1885, firmado por «A. Chejonté». Apareció en el libro *Relatos abigarrados* (1886), con algunas modificaciones en las nuevas reimpresiones de la colección. Algún cambio más se incluyó en el segundo volumen de sus *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al húngaro, danés, alemán, polaco y serbocroata. Otros títulos en español: «Cronología viva».

LA CRUZ. — «Крест» (Traducción: René Portas) se publicó el 12 de febrero de 1883 en el número 7 de la revista *Fragmentos*, bajo el seudónimo de «El hombre sin bazo».

LA HIJA DE ALBIÓN. — «Дочь Альбиона» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó en el número 33 de la revista *Fragmentos*, el 13 de agosto de 1883, con el seudónimo de «A. Chejonté». Chéjov lo incluyó en la primera edición de *Relatos abigarrados* (1886) y lo mantuvo en las sucesivas, además de recopilarlo para el segundo volumen de sus *Obras completas*, sin apenas cambios. En vida del autor se tradujo al húngaro, alemán, polaco, rumano, serbocroata y checo.

LA HIJA DEL CONSEJERO COMERCIAL. — «Дочь коммерции советника» (Traducción: René Portas) se publicó el 15 de octubre de 1883, con la firma «A. Chejonté» y el subtítulo «Novela», en el número 42 de la revista *Fragmentos*.

LA LECTURA. — «Чтение» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 24 de marzo de 1884 con un título diferente: «¡Atención con el fuego! (Cuento de “un viejo pájaro”)». Apareció en el número 12 de la revista *Fragmentos*, y posteriormente

fue incorporado al primer tomo de sus *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, serbocroata y checo.

LA LENGUA TE LLEVA HASTA KÍEV. — «Язык до Киева доведет» (Traducción: René Portas) se publicó, con el seudónimo «El hombre sin bazo», en el número 41 de la revista *Fragmentos*, que apareció el 13 de octubre de 1884.

LA MARISCALA. — «У предводительши» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció el 9 de febrero de 1885, en el número 6 de *Fragmentos*. Llevaba el subtítulo «Relato» y la firma de «A. Chejonté». Ya sin el subtítulo, Chéjov lo incorporó a su libro *Relatos abigarrados*, realizando todavía alguna corrección en la segunda y en la decimosexta edición. La censura lo calificó, a raíz de este libro, como «No apto para la lectura popular». Se incluyó en el tercer volumen de las *Obras completas* editadas por Adolf Marx. En vida de Chéjov se tradujo al húngaro, alemán, serbocroata, francés y checo.

LA MÁSCARA. — «Маска» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció el 27 de octubre de 1884 con un título diferente, «Noli me tangere», en el especial aniversario de la revista *Entretenimiento*, con el seudónimo «A. Chejonté». Éste es uno de los cuentos que el escritor Lev Tolstói seleccionó para su lista de «los mejores» cuentos chejovianos. Durante la preparación de sus *Obras completas*, Chéjov reescribió por completo el relato, que aparecería en el segundo de los volúmenes editados por A. Marx. En vida del autor se tradujo al búlgaro y checo.

LA MUJER DESDE EL PUNTO DE VISTA DE UN BORRACHO. — «Женщина с точки зрения пьяницы» (Traducción: René Portas) se publicó en mayo de 1885, en el número 17 de la revista *El despertador*, con el seudónimo «El hermano de mi hermano».

LA NOCHE ANTERIOR AL JUICIO. — «Ночь перед судом» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 1 de febrero de 1886, pero fue escrito durante la primera mitad de noviembre de 1884. Chéjov lo había enviado a la redacción de *La libélula*, pero finalmente no fue publicado hasta años más tarde en el número 5 de *Fragmentos*. En 1887 Chéjov lo incluyó, con el subtítulo definitivo («Relato de un acusado»), en su nuevo libro de relatos *Discursos inocentes*, publicado por la editorial de la revista *El grillo* en Moscú. También apareció recogido en el primer volumen de sus *Obras completas* (1899). En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, polaco, serbocroata y checo. Otros títulos en español: «La víspera de un juicio (Memorias de un reo)».

LA NOVELA DE UN ABOGADO. — «Роман адвоката» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 5 de febrero de 1883, dentro del número 6 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo de «El hombre sin bazo». Este cuento está concebido como continuación de los publicados en la misma revista el mes anterior, «La novela de un doctor» y «La novela de un periodista», juntos en «Dos novelas». Otros títulos: «El amor de un abogado».

LA NUEVA ENFERMEDAD Y EL VIEJO MEDIO. — «Новая болезнь и старое средство» (Traducción: René Portas) apareció por primera vez en el cuarto tomo de las *Obras completas*, pero fue escrito, con seguridad, en septiembre de 1883 —según la correspondencia con el editor— aunque la censura impidió su publicación.

LA OBCECACIÓN. — «Самообольщение» (Traducción: René Portas) se publicó, con el seudónimo de «el hombre sin bazo», el 19 de mayo de 1884 en el número 22 de la revista *Fragmentos*.

LA OFICINA DE ANUNCIOS DE ANTOSHA CH. — «Контора объявлений Антоши Ч.» (Traducción: René Portas) se publicó en octubre de 1881, en el número 15 de la revista *El espectador*, que ya incluía la firma en la propia cabecera del texto, para parodiar el popular género de los «anuncios», como los muy similares que firmaba «Ukradulev» para la revista *Entretenimiento*.

LA PURA VERDAD. — «Сущая правда» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 9 de julio de 1883, en el número 28 de la revista *Fragmentos*. Chejov usó el seudónimo de «A. Chejonté». Cuando preparaba las *Obras completas* y recopilaba sus relatos, decidió no incluirlo y anotó: «N. B.: no incluir en las obras completas».

LA SEÑORA. — «Барыня» (Traducción: Luis Abollado) se publicó por entregas en los números 29, 30 y 31 de la revista *Moscú*, durante los meses de julio y agosto de 1882. Aunque en el número 29 apareció sin firmar, el seudónimo utilizado en el resto fue «Antón Chejonté».

LA SUEGRA ABOGADA. — «Теща-адвокат» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 18 de la revista *Fragmentos*, que salió el día 30 de abril de 1883, con la firma de «A. Chejonté». Al preparar la reunión de todos sus cuentos, Chéjov escribió «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

LA «SUMA» DE LA FERIA. — «Ярмарочное “итого”» (Traducción: René Portas) se publicó en el número 36 de la revista *Entretenimiento*, el 13 de septiembre de 1884, con la firma en el texto.

LA TONTA, O EL CAPITÁN RETIRADO. — «Дура, или Капитан в отставке» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 17 de septiembre de 1883, en el número 38 de la revista *Fragmentos*, firmado como «A. Chejonté». Buena parte de las situaciones paródicas y algunas expresiones serían reutilizadas parcialmente en la primera parte del relato «Un buen final», de 1887.

LA VENGANZA DE LAS MUJERES. — «Мечь женщины» (Traducción: René Portas) se publicó el 2 de febrero de 1884, en el número 4 de *La hojilla satírica rusa*, con el seudónimo de «Anché», usado por primera vez.

LA VERANEANTE. — «Дачница» (Traducción: René Portas) apareció el 2 de junio de 1884 en el número 22 de la revista *Fragmentos*, con la firma de «A. Chejonté». Se publicó, en 1886, en la primera edición del libro *Relatos abigarrados*.

LA VIDA ES BELLA. — «Жизнь прекрасна!» (Traducción: Luis Abollado)

se publicó, bajo el seudónimo de «El hombre sin bazo» y con el subtítulo «Consejo para suicidas», en el número 17 de la revista *Fragmentos*, que apareció el 27 de marzo de 1885.

LAS ISLAS VOLADORAS. — «Летающие острова» (Traducción: Sebastián Castro) se publicó por primera vez en marzo de 1883, en el número 19 de *El despertador* y con la firma «A. Chejonté». Sin embargo, su escritura es anterior, porque, en junio de 1882, Chéjov ya lo había incluido para su publicación en el volumen *Travesura*, con el subtítulo «Obra de Julio Verne (Parodia)». En su copia de la revista Chéjov anotó «N. B.: no incluir en las obras completas. A. Chéjov». A principios de 1883 también se lo envió, para su publicación, a la redacción de la revista *Fragmentos*, pero su director, Leikin, lo rechazó y devolvió el manuscrito. Otros títulos en español: «Las islas voladoras».

LAS LÁGRIMAS INVISIBLES DEL MUNDO. — «Невидимые миру слезы» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó el 25 de agosto de 1884, y parece estar claro que fue escrito antes del día 11 según una carta de Chéjov a Leikin, el editor de la revista *Fragmentos* en cuyo número 34 aparecería publicado con la firma «A. Chejonté».

MIL Y UNA PASIONES O UNA NOCHE TERRIBLE. — «Тысяча одна страсть, или Страшная ночь» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 27 de julio de 1880, en el número 30 de *La libélula*, con la firma «Antosha Ch.». Decidió incluirlo en el volumen *Travesura*, de 1882, momento en el cual modificó el subtítulo por «Tímida imitación de Victor Hugo». Del manuscrito de *Travesura*, sin embargo, sólo se ha conservado una página de este relato.

LIBRO PARA NIÑOS. — «Сборник для детей» (Traducción: René Portas) se publicó en los números 49 y 50 de la revista *Fragmentos*, los días 3 y 10 de diciembre de 1883, con el seudónimo de «A. Chejonté».

LISTA DE CONDECORADOS... — «Список экспонентов, удостоенных чутунных медалей по русскому отделу на выставке в Амстердаме» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 15 de octubre de 1883, con el seudónimo «El hombre sin bazo», en el número 42 de la revista *Fragmentos*. El «Boletín Oficial del Estado» publicó el 23 de septiembre la verdadera lista de condecorados en Ámsterdam que Chéjov parodia en este cuento.

LOS TEMPERAMENTOS. — «Темпераменты» (Traducción: René Portas) se publicó el 17 de septiembre de 1881 en el número 5 de la revista *El espectador*, con la firma «Antosha C***». En 1882 lo preparó para su futura publicación en *Travesura*, momento en el que eliminó algunos fragmentos (por ejemplo, el perteneciente al «colérico-melancólico») por petición directa de la censura.

MANÍA GRANDIOSA. — «Случаи» (Traducción: Luis Abollado) se publicó, con el subtítulo de «A la atención del periódico *El médico*», el 22 de enero de 1883 en la revista *Fragmentos*, número 4. Lo firmaba «El hombre sin bazo», y Chéjov lo

envió a la redacción junto a los cuentos “El único remedio” y “En la noche oscura”. Otros títulos en español: “Casos de manía grandiosa”.

MAYONESA. — «Майонез» (Traducción: Luis Abollado) apareció con el seudónimo de «El hombre sin bazo» el 17 de septiembre de 1883, en el número 38 de la revista *Fragmentos*.

MEDIDAS SANITARIAS. — «Надлежащие меры» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció en el número 38 de la revista *Fragmentos*, el 22 de septiembre de 1884, con el subtítulo «Escena» y la firma de «A. Chejonté». En la primera edición de *Relatos abigarrados* (1886), donde se incluyó, se retiró el subtítulo, y así se mantuvo hasta su inclusión en el primer tomo de sus *Obras completas* con algunos cortes y modificaciones. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, polaco, serbocroata, checo y sueco. Otros títulos en español: «Medidas oportunas».

MERCANCÍA VIVA. — «Живой товар» (Traducción: Fernando Otero Macías) se publicó en los números 28, 29, 30 y 31 de *El provecho mundano*, entre el 6 y el 27 de agosto de 1882. Firmó el cuento como «A. Chejonté».

MI CONFESIÓN. — «Исповедь» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en la revista *El espectador*, en el número 5 del 19 de enero de 1883. El seudónimo utilizado fue «A. Chejonté». Otros títulos en español: «Confesión» (No confundir con el relato de «Confesión, u Olia, Zhenia, Zoia»).

MI NANA. — «Моя Нана» (Traducción: René Portas) apareció el 21 de mayo de 1883, en el número 21 de la revista *Fragmentos*. Chéjov utilizó el seudónimo «El hombre sin bazo», pero lo descartó al reunir sus obras completas, indicando en una copia de la revista «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

MIS DEFINICIONES INGENIOSAS Y MIS DICHOS. — «Мои остроты и изречения» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 15 de octubre de 1883, con el seudónimo «El hombre sin bazo», en el número 42 de la revista *Fragmentos*.

MIS RANGOS Y TÍTULOS. — «Мои чины и титулы» (Traducción: René Portas) apareció el 10 de septiembre de 1883, en el número 37 de *Fragmentos*, y aunque se publicó sin firma, en el texto aparece uno de los seudónimos habituales de Chéjov, «El hombre sin bazo».

MUERTE DE UN FUNCIONARIO. — «Смерть чиновника» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó, con la firma de «A. Chejonté», en el número 27 de *Fragmentos*, el día 2 de junio de 1883. Se incluyó tanto en las *Obras completas* editadas por A. Marx, como en la primera edición de *Relatos abigarrados* (1886) y sucesivas, recibiendo siempre muy buenas críticas. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, polaco, rumano, serbocroata, eslovaco, finlandés y checo.

MUJER SIN PREJUICIOS. — «Женщина без предрассудков» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 10 de febrero de 1883 en el número 11 de la revista *El espectador*, bajo la firma de «A. Chejonté».

NOTAS DEL SERVICIO. — «Служебные пометки» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 2 de marzo de 1885 en el número 9 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo». Otros títulos en español: «Acotaciones del servicio».

NOVÍSIMO EPISTOLARIO. — «Новейший письмовник» (Traducción: René Portas) apareció el 1 de diciembre de 1884, en el número 48 de la revista *Fragmentos*, con la firma «El hombre sin bazo».

¡ОН, MUJERES, MUJERES! — «О женщины, жен-щины!» (Traducción: René Portas) se publicó en *Noticias del día*, número 45, el 15 de febrero de 1884, y apareció firmado como «Anché».

OSTRAS. — «Устрицы» (Traducción: James y Marian Womack) se publicó en diciembre de 1884, en el número 48 de la revista *El despertador*, con el subtítulo «Un bosquejo» y la firma «A. Chejonté». Sin el subtítulo, y con algunas modificaciones, Chéjov lo incluyó en su libro *Relatos abigarrados* (1886), y vio la luz también, en 1895, en la compilación *Destellos. Antología de autores rusos*. Con nuevas correcciones y recortes se publicó también en el tercer volumen de las *Obras completas* editadas por Adolf Marx. Para el escritor Iván Bunin este relato era, junto con «El libro de quejas», «los mejores, en mi opinión, de las obras de Chéjov». En vida del autor se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, polaco, rumano, serbocroata, eslovaco, finlandés, checo y sueco.

PÁGINA DE LA CRÓNICA JUDICIAL. — «Случай из судебной практики» (Traducción: Luis Abollado) apareció, con el subtítulo «Historia penal», el 17 de marzo de 1883, en el número 20 de la revista *El espectador*. Lo firmaba «A. Chejonté», y en 1886 se recogió en la primera edición de *Relatos abigarrados*, en una versión recortada. En vida de Chéjov se tradujo al serbocroata. Otros títulos en español: «Un caso de la rutina judicial», «Un caso en la rutina de los juzgados».

PALABRAS, PALABRAS Y PALABRAS. — «Слова, слова и слова» (Traducción: Luis Abollado) apareció el 23 de abril de 1883, en el número 17 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté». Por una carta de su editor parece que el relato fue escrito entre marzo y la primera semana de abril. Al preparar la recopilación de todos sus cuentos, Chéjov escribió «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

PAPÁ. — «Папаша» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 29 de junio de 1880, en el número 26 de *La libélula*. Utilizó la firma de «An. Ch.» y lo incluyó en el volumen *Travesura*, versión que retocó estilísticamente y en la que añadió algún pasaje nuevo. Como figura en su correspondencia con el editor, también en esta ocasión recibió «los honorarios normales de cinco kopeks por línea».

PARA LAS CARACTERÍSTICAS DE LOS PUEBLOS. — «К характеристике народов» (Traducción: René Portas) se publicó el 17 de noviembre de 1884 en el número 46 de la revista *Fragmentos*. Lo firmaba «El

hombre sin bazo».

PENSAMIENTOS NADA PERNICIOSOS. — «Не тлетворные мысли» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 16 de marzo de 1885, con el seudónimo «El hombre sin bazo», en el número 11 de la revista *Fragmentos*.

PERPETUUM MOBILE. — «Perpetuum mobile» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 17 de marzo de 1884, en el número 11 de *Fragmentos*, firmado como «A. Chejonté». Aunque se escribió, casi con seguridad, en enero de 1884, Chéjov tuvo que reescribir este cuento porque era demasiado extenso para la revista. En 1899 lo incluyó en sus *Obras completas*, donde volvió a hacer cambios y recortes. En 1903, el Ministerio de Educación consideró este cuento «no apto para la lectura de los estudiantes de las escuelas secundarias». En vida de Chéjov se tradujo al serbocroata y al checo.

PLEGARIAS MODERNAS. — «Современные молитвы» (Traducción: René Portas) se publicó en el número 10 de *El espectador*, dentro de la sección «Esto y lo otro», el 7 de febrero de 1883. Aparecía la firma «H[ombre] sin b[azo]».

POR UNAS MANZANAS. — «За яблочки» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 17 de agosto de 1880, en el número 33 de *La libélula*, con el seudónimo de «Chejonté».

PREGUNTAS ADICIONALES... — «Дополнительные вопросы...» (Traducción: René Portas) se publicó en enero de 1882, en el número 5 de *El despertador*, después de que se celebrara un «censo estadístico» en Moscú entre los días 23 y 25.

PROPAGANDAS Y ANUNCIOS CÓMICOS. — «Комические рекламы и объявления» (Traducción: René Portas), parodiando el estilo y contenido de anuncios reales que habían aparecido en los periódicos moscovitas, se publicó en el número 7 de *El despertador*, en febrero de 1882.

PROTECCIÓN. — «Протекция» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 35 de la revista *Fragmentos*, el 27 de agosto de 1883, utilizando la firma de «A. Chejonté». Junto al original de la revista se conserva una nota de Chéjov donde excluye este relato de sus *Obras completas*: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

¿QUÉ ES LO QUE MÁS SE DA EN LAS NOVELAS, RELATOS, ETCÉTERA? — «Что чаще всего встречается в романах, повестях и т.п.?» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 9 de marzo de 1880, en el número 10 de la revista *La libélula*, con el seudónimo «Antosha».

¿QUÉ ES MEJOR? — «Что лучше?» (Traducción: Luis Abollado) apareció en el número 6 de la revista *Fragmentos*, el 5 de febrero de 1883, con el seudónimo de «El hombre sin bazo». Incluía el subtítulo «Divagaciones ociosas del cadete Krokodilov».

REGLAS DE DISCIPLINA CARNAVALESCA. — «Масленичные правила

дисциплины» (Traducción: René Portas) se publicó en el número 4, de enero de 1885, de la revista *El despertador*, con el seudónimo «El hermano de mi hermano».

REGLAS VERANIEGAS. — «Дачные правила» (Traducción: René Portas) se publicó el 26 de mayo de 1884, en el número 21 de la revista *Fragmentos*. Lo firmaba «A. Chejonté» y, según sabemos por una carta al editor Leikin, su título original era «Higiene veraniega».

SALON DES VARIÉTÉS. — «Салон де варьете» (Traducción: René Portas) se publicó en octubre de 1881, en el número 11 de la revista *El espectador*, y le acompañaban ilustraciones independientes realizadas por el hermano de Chéjov, Nikolái. En el libro de memorias *Alrededor de Chéjov*, de Mijaíl P. Chéjov, se recuerdan las visitas de Antón y Nikolái al salón de variedades, muy popular en su momento, y sobre el que Chéjov escribiría unas pequeñas crónicas, entre 1883 y 1884, para el periódico *Fragmentos de la vida moscovita*.

SE ESTROPEÓ EL ASUNTO. — «Пропащее дело» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 22 de junio de 1882 en el número 11 de la revista *Sputnik*. Lo acompañaba el subtítulo «Caso digno de un sainete».

SE FUE. — «Ушла» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó el 29 de enero de 1883, en el número 5 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté», y se incluyó posteriormente en sus *Obras completas*. El nombre de uno de los personajes —Tramb— se repetirá en otro cuento de 1883, «Una vez al año». Otros títulos en español: «Se marchó».

¡SE OLVIDÓ! — «Забыл!!» (Traducción: René Portas) se publicó en febrero de 1882, como primera colaboración de Chéjov en la revista *Moscú* (número 8). En este cuento utilizó por primera vez el seudónimo «El hombre sin bazo».

SE PELEÓ CON LA ESPOSA. — «С женой поссорился» (Traducción: René Portas) se publicó el 9 de junio de 1884 —aunque por la correspondencia editorial se desprende que fue escrito a principios de mayo— en el número 23 de la revista *Fragmentos*.

SEMBLANZA DE LAS CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS. — «Жизнеописание достопримечательных современников» (Traducción: René Portas) apareció en marzo de 1884 en el número 12 de *La ola*. A partir de su correspondencia se deduce que Chéjov preparaba varias biografías de sus contemporáneos, aunque sólo una apareció.

SETENTA Y CINCO MIL. — «75 000» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en enero de 1884, con la firma «A. Chejonté», en el número 2 de *El despertador*. Al preparar su recopilación, Chéjov dejó escrito: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

SIN REMEDIO. — «Безнадежный» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 15 de la revista *El despertador*, de marzo de 1885, con la firma «A. Chejonté» y el subtítulo «Esbozo». Otros títulos en español: «El desesperado».

SOBRE EL DRAMA. — «О драме» (Traducción: René Portas) se publicó, con el seudónimo de «A. Chejonté», el 3 de noviembre de 1884, en el número 44 de la revista *Fragmentos*. Chéjov decidió no incluirlo en sus *Obras completas* editadas por Adolf Marx, y dejó escrito: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

SOBRE MARZO, ABRIL, MAYO... — «О марте. Об апреле. О мае...» (Traducción: René Portas) se publicó entre 16 de marzo y el 24 de agosto de 1885 en la revista *El despertador* (números 14, 18, 30 y 34), con la indicación «Notas filológicas» y bajo el seudónimo «El hombre sin bazo».

SUEÑO. — «Сон» (Traducción: Luis Abollado) apareció con el subtítulo «Cuento de Navidad» el 25 de diciembre de 1885, pero se sabe con seguridad que la historia estaba escrita y preparada para su publicación exactamente un año antes y que fue enviada a la redacción de *Fragmentos*. Su publicación se pospuso y apareció, finalmente, en *La Gaceta de San Petersburgo*, número 354, un año después.

SUPER-EXTRAS. — «Обер-верхи» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 9 de abril de 1883, en el número 15 de la revista *Fragmentos*, bajo el seudónimo de «El hombre sin bazo». Otros títulos en español: «Los super-colmos».

TAREAS DE UN MATEMÁTICO LOCO. — «Задачи сумасшедшего математика» (Traducción: René Portas) se publicó en febrero de 1882, en el número 8 de la revista *El despertador*, con el seudónimo «Antosha Chejonté», tal como figura en el propio texto.

TESTAMENTO DEL VIEJO AÑO 1883. — «Завещание старого, 1883-го года» (Traducción: René Portas) apareció en el número 1 de *El despertador*, en enero de 1884, con la firma que se muestra en el propio texto. Se conserva una copia con la anotación: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

TRIBUTOS. — «Праздничная повинность» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 1 de enero de 1885, en el número 1 de la revista *Entretimiento*, con la firma «A. Chejonté». Otros títulos en español: «La obligación festiva».

UN ADICTO. — «Ревнитель» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 15 de febrero de 1883 en el número 12 de la revista *El espectador*, bajo el seudónimo de «El hombre sin bazo».

UN CASO VENENOSO. — «Ядовитый случай» (Traducción: René Portas) se publicó en el número 14 de *El espectador*, el 22 de febrero de 1883. Lo firmaba «El hombre sin bazo».

UN CONSEJO. — «Совет» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 12 de febrero de 1883 en el número 7 de la revista *Fragmentos*, bajo el seudónimo de «El hombre sin bazo». Se conserva la copia de la revista donde Chéjov anotó «N. B.: No incluir en las *Obras completas*». Otros títulos en español: «El consejo».

UN DVORNIK INTELIGENTE. — «Умный дворник» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó inicialmente con el título de «Moral» en el número 16 de *El espectador*, el 3 de marzo de 1883. Lo firmaba «A. Chejonté». Se incluyó en el

primer volumen de sus *Obras completas*, y en vida de Chéjov fue traducido al búlgaro, rumano y checo. Otros títulos en español: «El portero inteligente».

UN ESCLAVO JUBILADO. — «Отставной раб» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 10 de septiembre de 1883 en el número 37 de la revista *Fragmentos*, firmado como «A. Chejonté». Se incluyó, desde la primera edición de 1886, en todas las ediciones de *Relatos abigarrados*. Se han conservado las galeras que Chéjov corrigió para su publicación en las *Obras completas* editadas por A. Marx —con diferencias respecto a la 14.^a edición del libro— aunque, en una carta de 1901 al editor, Chéjov le indica que no será incluido en la recopilación. En vida de Chéjov se tradujo al húngaro, alemán y serbocroata. Otros títulos en español: «El esclavo retirado».

UN EXAMEN. — «Экзамен» (Traducción: Paul Viejo) se publicó con el nombre completo de Antón Chéjov el 25 de diciembre en *Noticias del día*, un diario fundado en Moscú a mediados de ese mismo año. Apareció con el subtítulo «De una conversación entre dos personas muy inteligentes».

UN FILÁNTROPO. — «Филантроп» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 14 de marzo de 1883, en el número 19 de *El espectador*, con el seudónimo «El hombre sin bazo».

UN LADRÓN. — «Вор» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 16 de la revista *Fragmentos*, el 16 de abril de 1883. Firmaba «Antosha Chejonté». Con algunas pequeñas reducciones, fue incluido en la primera edición de *Relatos abigarrados* en 1886. «El ladrón» es el primer cuento de Chéjov donde todo se relata desde el punto de vista del protagonista de principio a fin, lo que se convertiría con el tiempo en uno de los rasgos compositivos del autor. Otros títulos en español: «El ladrón».

UN LIBERAL. — «Либерал» (Traducción: Luis Abollado) apareció el 7 de enero de 1884, en el número 1 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté». Se sabe que la historia está escrita después del 25 de diciembre de 1883 («Tengo exámenes», le decía Chéjov a su editor en una carta, excusando su retraso) y no la envió a la redacción hasta el día 31. Chéjov decidió no incluirlo en sus *Obras completas* editadas por Adolf Marx, y dejó escrito: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

UN NIÑO MALIGNO. — «Злой мальчик» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) fue publicado el 23 de julio de 1883, en el número 30 de la revista *Fragmentos* con la firma de «A. Chejonté». Apareció posteriormente en sus *Obras completas*, edición de A. Marx, con notables cambios estilísticos y varias reducciones. En vida de Chéjov se tradujo al alemán, búlgaro, serbocroata, checo y sueco. Otros títulos en español: «Un niño malo», «Un chico malo», «Un muchacho protervo».

UN PARTE. — «Донесение» (Traducción: Luis Abollado) apareció, sin título y

en la sección «Curiosidades», en el número 13 de la revista *Fragmentos*, que se publicó el 30 de marzo de 1885. Lo firmaba «El hombre sin bazo». Otros títulos en español: «El informe».

UNA CONDECORACIÓN. — «Орден» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció el 14 de enero en el número 2 de la revista *Fragmentos*, firmado por «A. Chejonté». Además de en el segundo volumen de sus *Obras completas*, este cuento se recogió en la primera edición de *Relatos abigarrados*, de 1886. A raíz de esta publicación, el relato despertó numerosas críticas de todo tipo: desde «un talento indudable» a «carente de interés» o «una creatividad deficiente». En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, polaco, serbocroata, finlandés y checo. Otros títulos en español: «La orden».

UNA CONVERSACIÓN ENTRE GANSOS. — «Гусиный разговор» (Traducción: Paul Viejo) apareció en el número 40 de la revista *Fragmentos*, el 6 de octubre de 1884, firmado con el seudónimo «El hombre sin bazo».

UNA DE DOS. — «Козел или негодяй?» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 30 de la revista *Fragmentos*, que apareció el 23 de julio de 1883, bajo la firma de «A. Chejonté». Otros títulos en español: «Cabrón o canalla».

UNA ENIGMÁTICA CRIATURA. — «Загадочная натура» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó el 19 de marzo de 1883 en el número 12 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo de «A. Chejonté». En 1886 Chéjov lo incluyó en el volumen de cuentos *Relatos abigarrados* y más adelante en sus *Obras completas*. Para preparar esa edición Chéjov hizo numerosas correcciones reforzando el tono irónico. En vida del autor fue traducido al búlgaro, alemán, polaco, serbocroata, checo, finlandés y sueco. Otros títulos en español: «Una naturaleza enigmática», «Un carácter enigmático».

UNA JURISTA. — «Юристка» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 29 de octubre de 1883, en el número 44 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo». Se conservan las pruebas con correcciones que Chéjov preparó para sus *Obras completas*, pero finalmente el cuento no fue incluido en ellas.

UNA NOCHE DE ESPANTO. — «Страшная ночь» (Traducción: S. Ximénez) se publicó en la revista *Entretenimiento*, número 50, el 27 de diciembre de 1884, con el subtítulo «Historia navideña» y la firma «Primero Ch. Jonte, y después A. Chejonté». Se incluyó, sin el subtítulo, en el libro de relatos de 1887 *Discursos inocentes*, y en el primer volumen de las *Obras completas* (1899), edición para la que cambió el final de la historia. En vida de Chéjov se tradujo al inglés, alemán, polaco, serbocroata, eslovaco y checo.

UNA VEZ AL AÑO. — «Раз в год» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en la revista *La libélula*, en su número 25 del 19 de junio de 1883. El subtítulo era «Cuento» y lo firmaba «A. Ch.». La publicación de este cuento en *La libélula* le llevó a una pequeña disputa por carta con N. Leikin, editor de *Fragmentos*, donde estaba

publicando regularmente. Con algunos cambios mínimos, Chéjov lo incluyó en su colección de 1886, *Relatos abigarrados*, y en las sucesivas, aunque ya con más modificaciones. En 1899 comenzó a corregirlo en profundidad para publicarlo en las *Obras completas* editadas por A. Marx. Sin embargo, sólo llegó a tiempo de corregir la primera parte de la historia y decidió eliminarla, tachando todo el texto ya en las galeras. En vida de Chéjov se tradujo al alemán, húngaro, serbocroata y checo.

UNA VIDA EN PREGUNTAS Y EXCLAMACIONES. — «Жизнь в вопросах и восклицаниях» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en febrero de 1882 en el número 9 de la revista *El despertador*, con el seudónimo «Antosha Chejonté». En la copia manuscrita que se conserva-muy corregida estilísticamente para su posterior publicación— hay una anotación: «Novela». Durante la preparación de sus *Obras completas* en la edición de Adolf Marx, el autor anotó en su copia: «N. B.: no incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

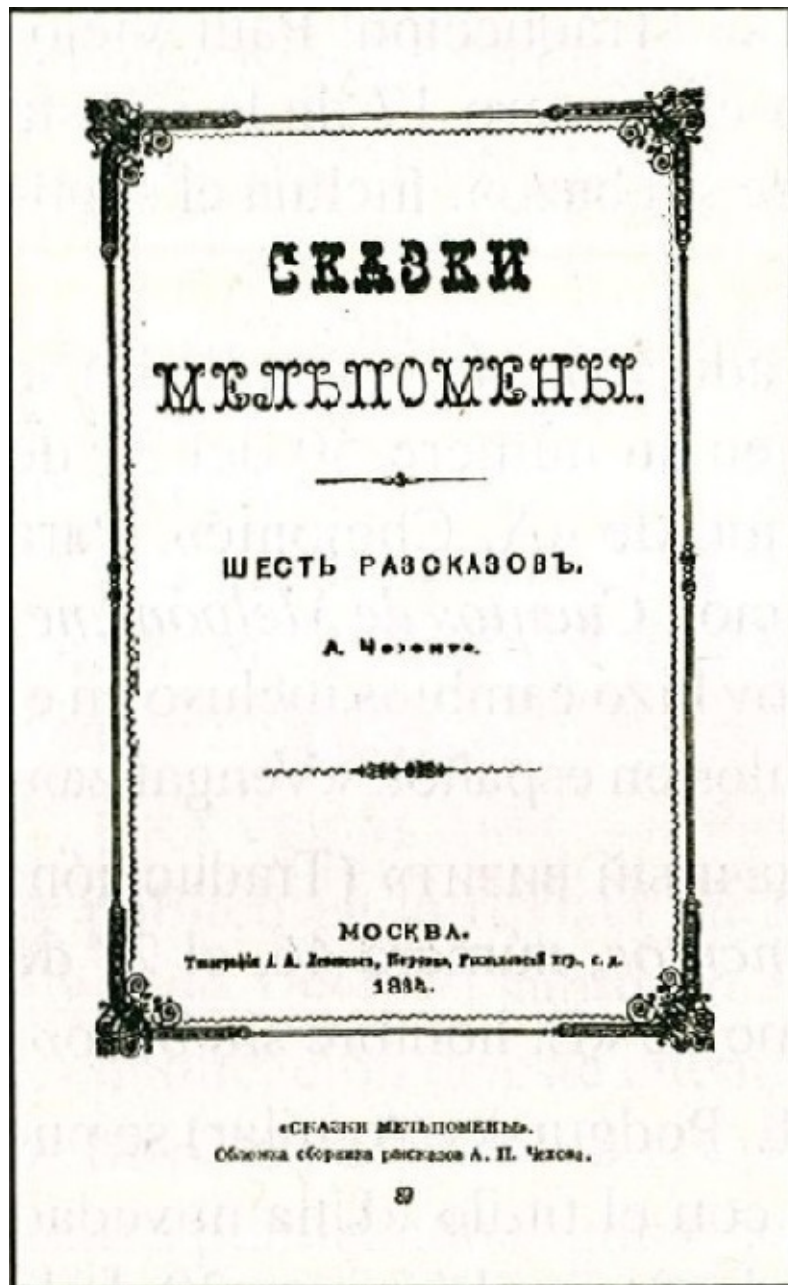
VARIAS IDEAS SOBRE EL ALMA. — «Несколько мыслей о душе» (Traducción: René Portas) apareció el 14 de abril de 1884, en el número 15 de la revista *Fragmentos*. El seudónimo utilizado fue «El hombre sin bazo».

VEINTISÉIS. — «Двадцать шесть» (Traducción: Paul Viejo) apareció el 23 de abril de 1883, en el número 17 de la revista *Fragmentos*, con la firma «El hombre sin bazo». Incluía el subtítulo «Extractos de diario».

VIL VENGANZA. — «Мечь» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en *El provecho mundano*, en su número 50 del 31 de diciembre de 1882, con el seudónimo de «A. Chejonté». Para publicarlo en 1884 dentro de la colección *Cuentos de Melpómene*, además de cambios estilísticos, Chéjov hizo cambios incluso en el tono del relato y en el final. Otros títulos en español: «Venganza».

VISITA INFORTUNADA. — «Неудачный визит» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en *Fragmentos*, número 46, el 27 de noviembre de 1882, con el seudónimo de «El hombre sin bazo».

WHIST. — «ВИНТ» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 29 de septiembre de 1884, con el título «Una novedad (A la atención de los jugadores de whist)», en el número 39 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté». En 1886, Chéjov lo incluyó en su libro *Relatos abigarrados*, momento en el que cambió el título, que se mantendría ya en las sucesivas ediciones, hasta recopilarlo en el segundo volumen de sus *Obras completas*. El cuento recibió numerosas críticas positivas y alabanzas, y en vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, polaco, serbocroata y checo. Otros títulos en español: «El vint».



Portadas de la primera edición de Cuentos de Melpomene.

НЕВИННЫЯ РѢЧИ

А. ЧЕХОНТЕ

(А. П. Чехова)



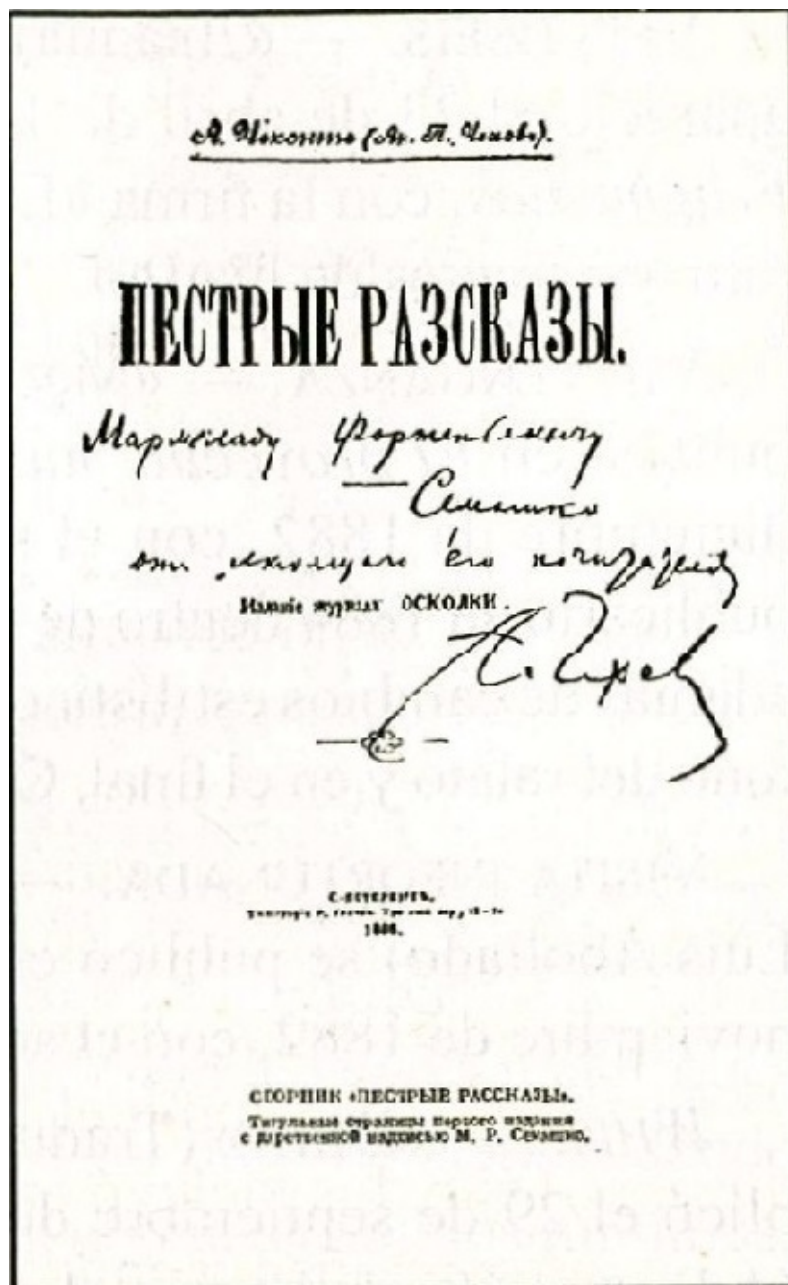
Издание журнала „СВЕРЧОКЪ“.



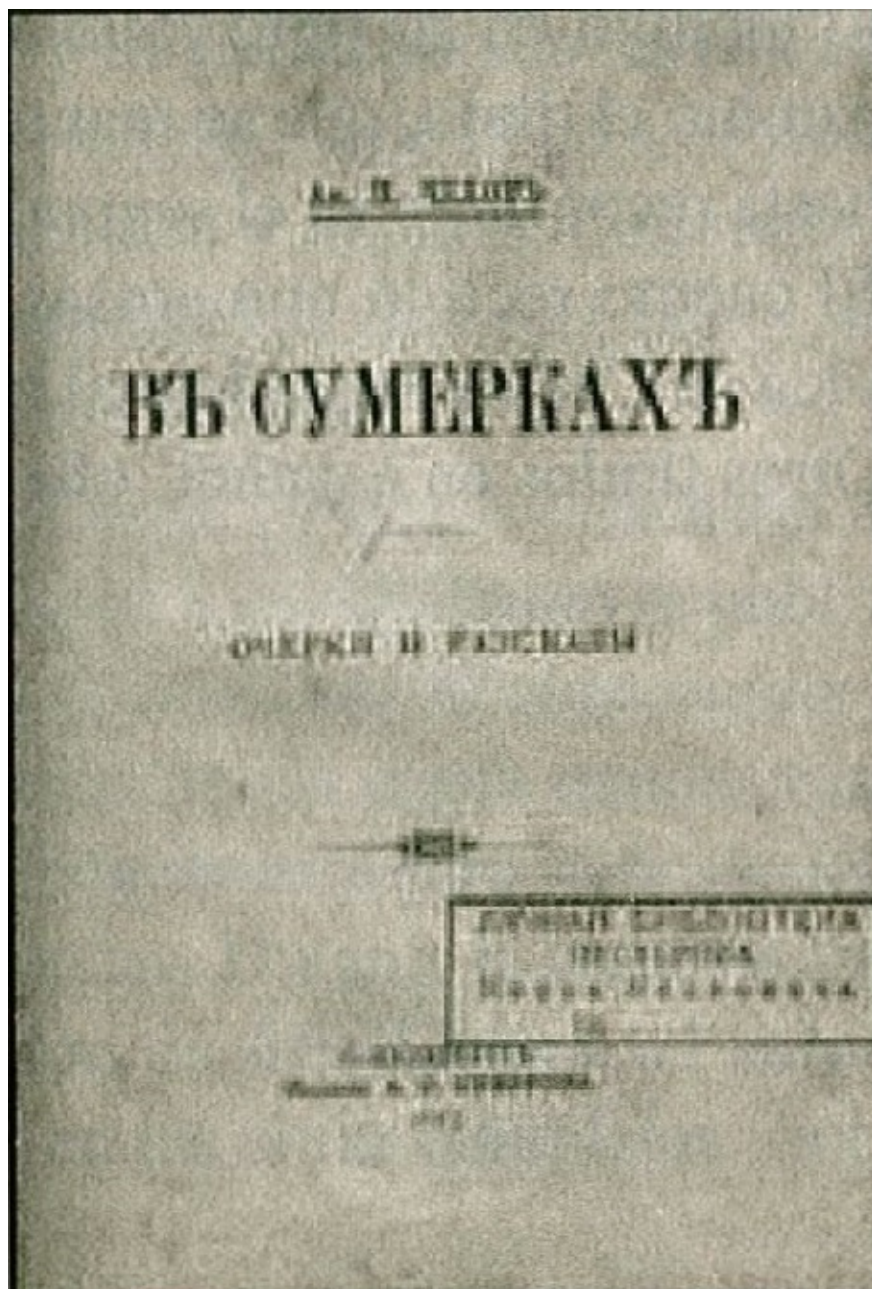
МОСКВА.

Типографія бр. Вермеръ, Арбатъ, домъ Каринской.
1887 г.

Portada de la primera edición de Relatos abigarrados.



Portada de la primera edición de Discursos inocentes.



Portada de la primera edición de En el crepúsculo.

IV

RELACIÓN DE TRADUCTORES, FECHAS Y PUBLICACIONES DE LOS CUENTOS

Para facilitar la consulta y la ordenación de los datos de los cuentos incluidos en el presente volumen, se ha confeccionado una tabla donde se recogen los nombres de los diferentes traductores que han participado en esta edición, la fecha de publicación original de los cuentos —que es el criterio por el que están ordenados en el interior del libro—, la revista o periódico donde se publicaron originalmente, así como el título del libro o antología donde el propio Chéjov los incluyó en vida.

Se proporcionan a continuación las claves de las diferentes abreviaturas utilizadas en el listado.

Revistas

DESP — El despertador
ENTR — Entretenimiento
ESPE — El espectador
FRAG — Fragmentos
GAZP — Gaceta de San Petersburgo
HOJA — Hoja moscovita
LAOL — La ola
LIBE — La libélula
LUZY — Luz y sombras
MOSC — Moscú
NOTI — Noticias del día
PROV — El provecho mundano
SATI — Hojilla satírica rusa
SPUT — Sputnik

Libros

ABIG — Relatos abigarrados (Пестрых рассказов), 1886
INOC — Discursos inocentes (Невинные речи), 1887
MELP — Cuentos de Melrómene (Сказки Мельпомены), 1884
TRAV — Travesura (Шалость) [No publicado], 1882

Traductores

[ABOL] — Luis Abollado Vargas
[CAST] — Sebastián Castro
[GGAB] — Jesús García Gabaldón
[MORI] — Juan López-Morillas
[OTER] — Fernando Otero Macías
[PODG] — E. Podgursky / A. Aguilar
[PORT] — René Portas
[VGAL] — Víctor Gallego Ballesterero
[VIEJ] — Paul Viejo
[WOMA] — James y Marian Womack
[SXIM] — S. Ximénez

Título	Traductor	Fecha	Libro	Revista
3000 vocablos extranjeros	[VIEJ]	1883	FRAG	
A cual mejor	[ABOL]	1885	[AB1G]	FRAG
A la americana	[PORT]	1880	LIBE	
Adivinos y adivinas	[PORT]	1883	ESPE	
Aguinaldos	[ABOL]	1885	FRAG	
Alegría	[PODG]	1883	ESPE	
Algo	[PORT]	1883	DESP	
Amor no correspondido	[ABOL]	1883	PROV	
Ansiedad	[ABOL]	1883	ESPE	
Antes de la boda	[ABOL]	1880	[TRAV1]	LIBE
Anuncios equivocados	[PORT]	1883	FRAG	
Bibliografía	[PORT]	1883	PROV	
Blandura	[ABOL]	1883	[ABIG]	FRAG
Boda por interés	[PODG]	1884	[ABIG1]	ENTR
Breve anatomía humana	[PORT]	1883	FRAG	
Buena colección	[ABOL]	1883	ESPE	
Caballeros sin miedo y sin tacha	[ABOL]	1883	FRAG	
Calendario <i>El despertador</i>	[PORT]	1882	DESP	
Cantores	[PODG]	1884	[ABIG]	FRAG
Carta a un reportero	[VIEJ]	1884	FRAG	
Carta a un vecino erudito	[GGAB]	1880	[TRAV]	LIBE
Cirugía	[VGAL]	1884	[ABIG]	FRAG
Como el abuelo	[ABOL]	1883	FRAG	
Confesión, u Olia, Zhenia, Zoia	[WOMA]	1882	ÍTRAV1	DESP
Congreso de naturalistas	[PORT]	1883	FRAG	
Consejos para autores noveles	[ABOL]	1885	FRAG	
Contrato del año 1884	[PORT]	1884	FRAG	
¿Cuál de los tres?	[ABOL]	1882	SPUT	
Cuento difícil de titular	[ABOL]	1883	FRAG	
De caza	[PORT]	1884	DESP	
De mal en peor	[VGAL]	1884	ENTR	
De mal humor	[VGAL]	1884	FRAG	
De paseo en landó	[ABOL]	1883	FRAG	
De paseo en Sokólniki	[ABOL]	1885	DESP	
Definiciones filosóficas de la vida...	[PORT]	1883	FRAG	
Del diario de un ayudante de contable.	[PODG]	1883	FRAG	
Del diario de una señorita	[VIEJ]	1883	FRAG	
Disfraces	[ABOL]	1883	ESPE	

Divagaciones de un lector	[ABOL]	1883	ESPE	
Dos cartas	[PORT]	1884	FRAG	
Dos en uno	[ABOL]	1883	ESPE	
Dos escándalos	[ABOL]	1882	[MELP]	PROV
Dos novelas	[ABOL]	1883	FRAG	
Ejercicios veraniegos	[ABOL]	1880	LIBE	
El abeto	[VIEJ]	1884	ENTR	
El álbum	[PODG]	1884	FRAG	
El alemán agradecido	[ABOL]	1883	FRAG	
El banquete	[ABOL]	1883	FRAG	
El barón	[ABOL]	1882	[MELP]	PROV
El beneficio del ruiñeñor	[ABOL]	1883	FRAG	
El brindis de las mujeres	[PORT]	1885	DESP	
El brindis de los prosistas	[PORT]	1885	DESP	
El buen conocido	[PORT]	1882	FRAG	
El caballero y la señorita	[ABOL]	1883	FRAG	
El camaleón	[VGAL]	1884	[ABIG]	FRAG
El carbón ruso	[PORT]	1884	[AB1G]	FRAG
El certificado	[PORT]	1883	FRAG	
El cómico	[PORT]	1884	[ABIG]	FRAG
El corresponsal	[ABOL]	1882	DESP	
El delegado o ¡Adiós, veinticinco rublos!...	[ABOL]	1883	FRAG	
El demonio ingenuo	[PORT]	1884	FRAG	
El día de san Pedro	[ABOL]	1881	[TRAV]	DESP
El discurso y la correíta	[PORT]	1882	FRAG	
El dote	[PODG]	1883	DESP	
El eclipse de luna	[PORT]	1884	FRAG	
El encuentro de la primavera	[GGAB]	1882	MOSC	
El espejo torcido	[PODG]	1883	ESPE	
El Espigón Verde	[ABOL]	1882	MOSC	
El fin de un idilio	[ABOL]	1882	FRAG	
El gato	[ABOL]	1883	FRAG	
El gordo y el flaco	[GGAB]	1883	[ABIG]	FRAG
El hermanito	[ABOL]	1883	FRAG	
El hombre orgulloso	[PORT]	1884	HOJA	
El hombre y el peno	[ABOL]	1885	[ABIG]	FRAG
El jefe de estación	[VIEJ]	1883	FRAG	
El joven	[PORT]	1884	FRAG	
El letrero	[PORT]	1884	FRAG	
EL libro de reclamaciones	[GGAB]	1884	FRAG	

El Montecillo Rojo	[PORT]	1885	FRAG	
El nabo	[ABOL]	1883	FRAG	
El patriota de su patria	[PORT]	1883	[ABIG]	PROV
El pecador de Toledo	[ABOL]	1881	[TRAV]	ESPE
El perdón	[PORT]	1884	FRAG	
El pícaro	[PORT]	1883	FRAG	
El proceso del año 1884	[ABOL]	1885	FRAG	
El repetidor	[PODG]	1884	[ABIG]	FRAG
El sauce	[ABOL]	1883	[ABIG]	FRAG
El signo de los tiempos	[VIEJ]	1883	FRAG	
El sueño del reportero	[PORT]	1884	DESP	
El tabernero compasivo	[ABOL]	1883	[ABIG]	FRAG
El trágico	[PODG]	1883	[MELP]	FRAG
El triunfo del vencedor	[PODG]	1883	FRAG	
El tutor	[ABOL]	1883	FRAG	
El único remedio	[ABOL]	1883	FRAG	
El <i>vanka</i>	[PORT]	1884	SATI	
El veintinueve de junio	[ABOL]	1882	SPUT	
El vodevil	[PORT]	1884	FRAG	
Él y ella	[ABOL]	1882	[MELP]	PROV
En el cementerio	[PODG]	1884	FRAG	
En el clavo	[ABOL]	1883	[ABIG]	FRAG
En el departamento de correos	[PODG]	1883	FRAG	
En el hospicio de ancianos y	[PORT]	1884	FRAG	
En el mar	[ABOL]	1883	PROV	
En el salón	[VIEJ]	1883	FRAG	
En el vagón	[PORT]	1881	[TRAV]	ESPE
En este siglo práctico	[ABOL]	1883	FRAG	
En la barbería	[VGAL]	1883	ESPE	
En la noche oscura	[PORT]	1883	[ABIG]	FRAG
En las habitaciones numeradas	[VIEJ]	1885	FRAG	
En los baños públicos	[PODG]	1885	FRAG	
En Moscú en la Plaza Trúbnaya	[PORT]	1883	DESP	
En otoño	[ABOL]	1883	[ABIG]	DESP
Encaje de bolillos	[VIEJ]	1885	[ABIG]	FRAG
Entrevista vana	[ABOL]	1882	MOSC	
Escenas del pasado reciente	[PORT]	1884	FRAG	
Esculapios rurales	[ABOL]	1882	LUZY	
Esto y aquello (poesía y prosa)	[PORT]	1881	ESPE	

Esto y aquello (cartas y telegramas).	[PORT]	1881	ESPE	
Examen de ascenso	[PODG]	1884	[ABIG]	FRAG
Examen ideal	[PORT]	1884	DESP	
Fecha solemne	[ABOL]	1880	LIBE	
Felicitaciones	[ABOL]	1883	FRAG	
Ferías	[ABOL]	1882	MOSC	
Flores tardías	[OTER]	1882	PROV	
Frutos de largas reflexiones	[VIEJ]	1884	FRAG	
Gozo en la dacha	[VIEJ]	1884	FRAG	
Gratitud	[ABOL]	1883	FRAG	
¿Hablar o callar?	[VIEJ]	1925 ^[8]	ARCH	
Hasta la perfección debe tener límites.	[VIEJ]	1884	FRAG	
Heroínas	[ABOL]	1883	[ABIG]	FRAG
Hipnotismo	[ABOL]	1883	ESPE	
Historia de un matrimonio	[ABOL]	1883	FRAG	
Historia ruin	[MORI]	1882	LUZY	
Ideas impropias	[PORT]	1884	FRAG	
Idilio	[VIEJ]	1884	FRAG	
Impostores a la fuerza	[ABOL]	1883	ESPE	
Imprudencia	[ABOL]	1882	FRAG	
Juicio sumarísimo	[ABOL]	1881	ESPE	
Junto a la cama del enfermo	[PORT]	1884	FRAG	
La boda con el general	[PORT]	1884	FRAG	
La calumnia	[PODG]	1883	[ABIG]	FRAG
La cerilla sueca	[VGAL]	1883	[ABIG]	LIBE
La conversación	[PORT]	1883	FRAG	
La cronología viviente	[PODG]	1885	[ABIG]	FRAG
La cruz	[PORT]	1883	FRAG	
La hija de Albión	[VGAL]	1883	[ABIG]	FRAG
La hija del consejero comercial	[PORT]	1883	FRAG	
La lectura	[PODG]	1884	FRAG	
La lengua te lleva hasta Kiev	[PORT]	1884	FRAG	
La mariscala	[PODG]	1885	[ABIG]	FRAG
La máscara	[PODG]	1884	ENTR	
La mujer desde el punto de vista	[PORT]	1885	DESP	
La noche anterior al juicio	[PODG]	1886 ^[9]	[INOC]	LIBE
La novela de un abogado	[ABOL]	1883	FRAG	
La nueva enfermedad y el viejo medio	[PORT]	1883	COMP	
La obcecación	[PORT]	1884	FRAG	

La oficina de anuncios de Antosha Ch.	[PORT]	1881	ESPE	
La pura verdad	[ABOL]	1883	FRAG	
La señora	[ABOL]	1882	MOSC	
La suegra abogada	[ABOL]	1883	FRAG	
La «suma» de la feria	[PORT]	1884	ENTR	
La tonta o El capitán retirado	[ABOL]	1883	FRAG	
La venganza de las mujeres	[PORT]	1884	SATI	
La veraneante	[PORT]	1884	FRAG	
La vida es bella	[ABOL]	1885	FRAG	
Las islas voladoras	[CAST]	1882	[TRAV]	DESP
Las lágrimas invisibles del mundo	[GGAB]	1884	DESP	
Las mil y una pasiones o Una noche terrible	[ABOL]	1880	[TRAV]	LIBE
Libro para niños	[PORT]	1883	DESP	
Lista de condecorados	[VIEJ]	1883	FRAG	
Los temperamentos	[PORT]	1881	[TRAV1]	ESPE
<i>Mania grandiosa</i>	[ABOL]	1883	FRAG	
Mayonesa	[ABOL]	1883	FRAG	
Medidas sanitarias	[PODG]	1884	[ABIG1]	FRAG
Mercancía viva	[OTER]	1882	PROV	
Mi confesión	[ABOL]	1883	ESPE	
Mi Nana	[PORT]	1883	FRAG	
Mis definiciones ingeniosas	[VIEJ]	1883	FRAG	
Mis rangos y títulos	[PORT]	1883	FRAG	
Muerte de un funcionario	[GGAB]	1883	[ABIG]	FRAG
Mujer sin prejuicios	[ABOL]	1883	ESPE	
Notas del servicio	[ABOL]	1885	FRAG	
Novísimo epistolario	[PORT]	1884	FRAG	
¡Oh, mujeres, mujeres!	[PORT]	1884	NOTI	
Ostras	[WOMA]	1884	[ABIG]	DESP
Página de la crónica judicial	[ABOL]	1883	[ABIG]	ESPE
Palabras, palabras y palabras	[ABOL]	1883	FRAG	
Papá	[ABOL]	1880	[TRAV]	LIBE
Para las características de los pueblos ...	[PORT]	1884	FRAG	
Pensamientos nada perniciosos	[VIEJ]	1885	FRAG	
<i>Perpetuwn mobile</i>	[PODG]	1884	FRAG	
Plegarias modernas	[PORT]	1883	ESPE	
Por unas manzanas	[ABOL]	1880	LIBE	
Preguntas adicionales	[PORT]	1882	DESP	
Propagandas y anuncios cómicos	[PORT]	1882	DESP	
Protección	[ABOL]	1883	FRAG	

¿Qué es lo que más se da en las novelas?	[VIEJ]	1880	LIBE	
¿Qué es mejor?	[ABOL]	1883	FRAG	
Reglas de disciplina carnavalesca	[PORT]	1885	DESP	
Reglas veraniegas	[PORT]	1884	FRAG	
<i>Salon des variétés</i>	[PORT]	1881	ESPE	
Se estropeó el asunto	[ABOL]	1882	SPUT	
Se fue	[GGAB]	1883	FRAG	
¡Se olvidó!	[PORT]	1882	MOSC	
Se peleó con la esposa	[PORT]	1884	FRAG	
Semblanza de las celebridades	[PORT]	1884	LAÓL	
Setenta y cinco mil	[ABOL]	1884	DESP	
Sin remedio	[ABOL]	1885	DESP	
Sobre marzo, abril, mayo	[PORT]	1885	FRAG	
Sobre el drama	[PORT]	1884	DESP	
Sueño	[ABOL]	1885	GAZP	
Super-extras	[ABOL]	1883	FRAG	
Tareas de un matemático loco	[PORT]	1882	DESP	
Testamento del viejo año 1883	[PORT]	1884	DESP	
Tributos	[ABOL]	1885	ENTR	
Un <i>dvornik</i> inteligente	[PODG]	1883	ESPE	
Un adicto	[ABOL]	1883	ESPE	
Un caso venenoso	[PORT]	1883	ESPE	
Un consejo	[ABOL]	1883	FRAG	
Un esclavo jubilado	[ABOL]	1883	[ABIG]	FRAG
Un examen	[VIEJ]	1883	NOTI	
Un filántropo	[ABOL]	1883	ESPE	
Un ladrón	[ABOL]	1883	[ABIG]	FRAG
Un liberal	[ABOL]	1884	FRAG	
Un niño maligno	[PODG]	1883	FRAG	
Un parte	[ABOL]	1885	FRAG	
Una condecoración	[PODG]	1884	[ABIG]	FRAG
Una conversación entre gansos	[VIEJ]	1884	FRAG	
Una de dos	[ABOL]	1883	FRAG	
Una enigmática criatura	[GGAB]	1883	[ABIG]	FRAG
Una jurista	[VIEJ]	1883	FRAG	
Una noche de espanto	[SXIM]	1884	[INOC]	ENTR
Una vez al año	[ABOL]	1883	LIBE	
Una vida en preguntas y exclamaciones	[ABOL]	1882	DESP	
Varias ideas sobre el alma	[PORT]	1884	FRAG	

Veintiséis	[VIEJ]	1883	FRAG	
Vil venganza	[ABOL]	1882	[MELP]	PROV
Visita infortunada	[ABOL]	1882	FRAG	
<i>Whist</i>	[PODG]	1884	[ABIG]	FRAG

NOTA A LA EDICIÓN

Para llevar a cabo esta edición se ha tomado como referencia la que todavía hoy sigue siendo la edición canónica de la obra chejoviana, Полное собрание сочинений и писем: В 30 т (*Obras completas y cartas en 30 tomos*), Moscú, Editorial Nauka, 1974-1983. Es en esa publicación donde se fijan definitivamente los textos y, sobre todo, se determinan cuáles de las colaboraciones de Chéjov son cuentos y cuáles no, algo que se ha respetado aquí. El mismo criterio cronológico de escritura es el que hemos mantenido, con las pocas excepciones que no se incluyen aquí y que se recogen en el último de los cuatro volúmenes, dentro de un apéndice que reunirá inéditos, dispersos, inconclusos y atribuciones dudosas aún a día de hoy. Se ha consultado también la reedición actualizada de la citada anteriormente, Собрание сочинений в 15 томах (Obra en 15 tomos) editada por el Club del Libro de Moscú en 2010, así como Полное собрание: повестей, рассказов и юморесок (Obra completa: relatos, cuentos y piezas humorísticas), publicada en dos tomos por Alfa-Kniga en 2010. Imprescindible para seguir las últimas actualizaciones de los textos y recopilar mucha de la información ofrecida ha sido la Фундаментальная электронная библиотека “Русская литература и фольклор” (Biblioteca electrónica fundamental “Literatura y folclor ruso”, www.feb-web.ru) y su fondo de obras digitalizadas.

A esta edición le acompaña en cada uno de los volúmenes un apartado explicativo sobre la procedencia de cada cuento publicado, con todos los detalles que se hayan podido recabar, así como varias tablas e índices en los que poder consultar toda la información posible: fechas, títulos originales, revistas donde aparecieron publicados, libros en los que se incluyó y, por supuesto, el nombre del traductor que se ha encargado de volcarlo al español. En muy pocos casos, cuando la traducción ya había sido publicada anteriormente, se han enmendado títulos o se han añadido subtítulos que por diversas razones se habían omitido, aunque se ha querido mantener los rasgos característicos y particularidades de cada uno de los traductores; y se ofrece en las notas títulos alternativos con los que el lector en español ha podido conocer esos mismos relatos, para evitar confusiones o facilitar la localización.

Paul Viejo

Antón P. Chéjov
Cuentos completos
(1880-1885)



CARTA A UN VECINO ERUDITO

(Письмо к ученому соседу)

Aldea de Bliny-Siédeny

Querido vecino:

Maxim... (he olvidado su apellido paterno, tenga la bondad de excusarme por ello). Excuse y perdone a este viejo viejales y a esta absurda alma humana por atreverse a importunarle con sus lamentables balbuceos epistolares. Hace ya un año que tuvo usted a bien fijar su residencia en esta parte del orbe, en vecindad con este hombre menudo que sigue sin conocerle, y a esta deplorable libélula a la cual usted no conoce.

Permita, distinguido vecino, que aunque sea mediante estos seniles *jeroglifos*, le conozca, bese mentalmente su erudita mano y salude su llegada desde San Petersburgo a este indigno continente, habitado por *muzhiks* y campesinos, esto es, por elementos plebeyos. Ha tiempo que buscaba la ocasión de conocerle, la ansiaba, puesto que la ciencia en cierto modo es nuestra madre natural, al igual que la *civilización*, y puesto que respeto cordialmente a las personas cuyo nombre y título ilustres, coronados por la aureola de la gloria popular, por los laureles, los timbales, las órdenes, las condecoraciones y los diplomas, retumban como el trueno y el relámpago por todas las partes de este orbe visible e invisible, es decir, sublunar. Amo apasionadamente a los astrónomos, a los poetas, a los metafísicos, a los profesores asociados, a los químicos y a otros sacerdotes de la ciencia, entre los cuales se cuenta usted por sus inteligentes hechos y ramas de la ciencia, esto es, por sus productos y sus frutos. Dicen que usted ha publicado muchos libros en el curso de su labor intelectual en compañía de probetas, termómetros y un montón de libros extranjeros con atractivos dibujos.

Hace poco recibí en mis modestas posesiones, en mis ruinas y escombros, la visita del *pontifex maximus*^[10] local, el padre Guerásim, y con el fanatismo propio de él, criticó y censuró sus pensamientos e ideas sobre el origen del hombre y otros fenómenos del mundo visible, y se indignó y acaloró contra su propia esfera intelectual y su horizonte mental lleno de astros y *aeroglitos*. No estoy de acuerdo con el padre Guerásim en lo que respecta a sus ideas, porque sólo vivo y existo para la ciencia, que la Providencia concedió a la especie humana para la extracción desde las profundidades del mundo visible y del invisible de metales preciosos, metaloides y brillantes. Sin embargo, perdone a este insecto apenas visible, si me permito refutar, al modo de los viejos, algunas de sus ideas concernientes a la esencia de la

Naturaleza.

El padre Guerásim me ha comunicado que usted ha escrito una disertación en la que se permite exponer ideas nada sustanciales sobre los hombres, su estado primitivo y su modo de vida antediluviano. Se permite escribir que el hombre procede de la raza simiesca de los macacos, orangutanes, etcétera. Perdone a este anciano, pero *respeto* a este punto no estoy de acuerdo con usted y puedo refutárselo a mi modo. Pues, si el hombre, el soberano del universo, el más inteligente de los seres vivos, procediera de un simio tonto e ignorante, tendría rabo y una voz salvaje. Si procediéramos del mono, los gitanos nos llevarían para mostrarnos por las ciudades y pagaríamos dinero por exhibirnos bailando a las órdenes de un gitano o metidos en una jaula de fieras. ¿Acaso estamos completamente cubiertos de pelo? ¿Acaso no vamos vestidos y los simios no van desnudos? ¿Acaso amaríamos y no desdeñaríamos a una mujer que olera, aunque sólo fuera un poco, como la mona que vemos cada martes en casa del Decano de la Nobleza? Si nuestros antepasados procedieran de los monos, no les habrían enterrado en un cementerio cristiano. Por ejemplo, mi tatarabuelo Ambrosi, que vivió en tiempos remotos en el reino de Polonia, no fue enterrado como un simio, sino junto al abate católico Yoakim Shostak, cuyas notas sobre los climas templados y el uso desmedido de bebidas ardientes conserva mi hermano Iván (que es comandante). Abate quiere decir pope católico. *Discupe* al ignorante que soy si me inmiscuyo en sus asuntos científicos e interpreto las cosas como un anciano y le impongo mis ideas silvestres y un tanto chapuceras, las cuales consideran los eruditos y la gente *civilizada* que residen más en el estómago que en la cabeza. No puedo callar y no soporto cuando los sabios razonan altivamente y no puedo no contradecirle a usted.

El padre Guerásim me ha comunicado que usted tiene ideas equivocadas sobre la luna, es decir, el astro que reemplaza al sol en las horas de oscuridad y tiniebla, cuando la gente duerme, y que usted lleva la electricidad de un lugar a otro y fantasea. No se ría de este anciano por escribir de manera tan tonta. Usted escribe que en la luna, es decir, en ese astro, viven y residen gente y pueblos. Eso nunca puede suceder, porque si viviera gente en la luna nos tapanían la luz mágica y fantástica con sus casas y sus fértiles pastizales. Sin la lluvia, la gente no puede vivir, y cuando llueve, el agua cae hacia abajo, a la tierra, y no hacia arriba, a la luna. La gente que viviera en la luna se caería abajo, a la tierra. Y eso no sucede. Las basuras y las aguas residuales caerían en nuestro continente desde la luna habitada. ¿Puede vivir gente en la luna si ésta sólo existe de noche y de día desaparece? Y los gobiernos no pueden permitir que se viva en la luna, porque, debido a su larga distancia y a la imposibilidad de llegar hasta ella, se podría escapar fácilmente de las obligaciones. Usted se ha equivocado un poco.

Usted ha escrito e impreso en su sabia disertación, como me ha dicho el padre Guerásim, que sobre la faz de la más grande luminaria, el sol, hay pequeñas manchas negras. Eso no es posible, porque nunca será posible. ¿Cómo podría ver usted

manchas en el sol, si no se puede mirar al sol con los simples ojos de los hombres? ¿Y para qué sirven esas manchas, si se puede pasar sin ellas? ¿De qué cuerpo húmedo están hechas esas manchas si no brillan? ¿Quizás es que, según usted, viven peces en el sol? Perdone a este bruto por haber hecho una broma tan tonta. Soy un devoto acérrimo de la ciencia. El rublo, esa gran vela del siglo XIX, no tiene para mí ningún valor, la ciencia lo ha eclipsado, a mi modo de ver, con sus velas ulteriores. Cada descubrimiento me tortura como un clavo en la espalda. Aunque soy un ignorante propietario chapado a la antigua, sin embargo, este viejo pillo cultiva la ciencia y realiza descubrimientos con sus propias manos, y llena su disparatada cabecita, su cráneo salvaje, con pensamientos y una serie de conocimientos sublimes.

La madre Naturaleza es un libro que hay que leer y ver. He realizado muchos descubrimientos con mi propia inteligencia, los cuales no han sido inventados aún por ningún reformador. Diré, sin vanagloriarme de ello, que no soy uno de los últimos en lo que respecta a la erudición, extraída de los callos y no de la riqueza de los padres, esto es, padre y madre o tutores, que arruinan a sus hijos por medio de la riqueza, el lujo y las viviendas de seis pisos con esclavos y timbres eléctricos. He aquí lo que ha descubierto mi insignificante cerebro. He descubierto que nuestra gran y radiante clámide de fuego, el sol, en el día de la Santa Pascua juega de manera curiosa y pintoresca con los colores multicolores y produce con su asombroso centelleo una viva impresión. Otro descubrimiento: ¿Por qué en invierno el día es corto y la noche larga, y al contrario en verano? El día invernal es corto porque, de modo similar a como ocurre con los demás objetos visibles e invisibles, se contrae con el frío y por eso se pone el sol tan pronto, mientras que la noche se dilata con el calor de candiles y farolas. También he descubierto que en primavera los perros comen hierba como las ovejas y que el café es perjudicial para las personas que tienen mucha sangre, porque produce vértigos en la cabeza y nubla la vista, entre otras cosas. He hecho muchos otros descubrimientos, aun cuando no poseo certificados ni diploma alguno. Visíteme cuando quiera, querido vecino. Descubriremos alguna cosa juntos, haremos literatura, y usted me instruirá un poco sobre diversos cálculos.

Recientemente he leído en un sabio francés que el morro de los leones no se semeja en nada al rostro humano, como creen los eruditos. También podremos hablar de eso. Venga a verme, se lo ruego. Venga, aunque sea, por ejemplo, mañana. Ahora observamos la Cuaresma, pero para usted prepararemos otra comida con carne. Mi hija Natáshenka le pide que traiga consigo algunos libros inteligentes. Es una muchacha emancipada, cree que todos son imbéciles y que sólo ella es inteligente. La juventud de hoy —le diré— manifiesta sus ideas. ¡Que Dios la guarde! Dentro de una semana vendrá a mi casa mi hermano Iván (que es comandante), un buen hombre, aunque entre nosotros le diré que no le gusta el *bourbon* ni la ciencia. Esta carta debe entregársela en mano mi encargado Trofim a las ocho en punto de la tarde. Si llega más tarde, dele un cachete, como hacen los profesores, con esta gente no hay que andarse con ceremonias. Si se la lleva más tarde, quiere decir que el anatema ha ido a

la taberna. La costumbre de visitar a los vecinos no la hemos inventado nosotros y no se acabará con nosotros. Por eso, es indispensable que se traiga sus máquinas pequeñas y sus libros. Yo iría de buen grado a visitarle, pero soy demasiado tímido y no me atrevo a hacerlo. Disculpe a este pillo por la molestia.

Respetuosamente queda a su disposición,

Vasili Semi-Bulátov

Suboficial de los Cosacos del Don y Decano de la Nobleza.

¿QUÉ ES LO QUE MÁS SE DA EN LAS NOVELAS, RELATOS, ETCÉTERA?

(Что чаще всего встречается в романах, повестях и т.п.?)

Un conde, una condesa con señales de la belleza que tuvo alguna vez, un vecino barón, un escritor liberal, un noble arruinado, un músico extranjero, unos sirvientes poco avisados, unas niñeras, institutrices, un administrador alemán, un *squire* y un heredero de América. Rostros feos pero simpáticos y atractivos. Un héroe que salva a una heroína de un desbocado corcel, brioso y resuelto a mostrar la fuerza de sus puños cuando se presenta la ocasión.

Alturas celestiales, una lejanía impenetrable, enorme... inconmensurable, en una palabra: ¡la naturaleza!

Amigos rubios y enemigos pelirrojos.

Un tío rico, liberal o conservador, dependiendo de las circunstancias. Sus enseñanzas no le son tan útiles al héroe como lo es su muerte.

Una tía en Tambov.

El doctor con el semblante preocupado, que da esperanzas durante una crisis; habitualmente tiene calvicie y un bastón con pomo. Y donde hay un doctor, también hay reuma por trabajos duros, migrañas, derrames cerebrales, curas a un herido por duelo, y el inevitable consejo de ir a los baños.

Un sirviente que ya sirvió a los antiguos señores, preparado a meterse en lo que sea por ellos, incluso en el fuego. Bastante ingenioso.

Un perro al que sólo le faltaría hablar, un loro y un ruiséñor.

Una dacha en los alrededores de Moscú y una hacienda hipotecada en el sur.

Electricidad, en la mayoría de los casos encendida sin sentido.

Un billetero de piel rusa, porcelana china, una silla de montar inglesa, un revólver que no falla, una condecoración en el ojal, pifias, champán, trufas y ostras.

Grandes descubrimientos conseguidos por escuchar algo inintencionadamente.

Una cantidad incalculable de interjecciones e intentonas de dejar caer un tecnicismo.

Sutiles insinuaciones sobre situaciones bastante densas.

Muy a menudo, ausencia de final.

Los siete pecados capitales al inicio y una boda al final.

Un final.

EJERCICIOS VERANIEGOS DE LA COLEGIALA NADIENKA N.

(Каникулярные работы институтки Наденьки N.)

LENGUA RUSA

a) Cinco ejemplos de unión de oraciones:

1. Recientemente, Rusia tuvo guerra con el extranjero, y fueron muertos muchos turcos.
2. El ferrocarril chirría, lleva gente y está hecho de hierro y materiales.
3. La carne de sopa es de vaca o de buey, y la de los pinchos morunos, de oveja y carnero.
4. A papá le han *echo* un feo en la oficina y no le han concedido una condecoración, pero él se ha enfadado y ha pedido la jubilación por motivos familiares.
5. Adoro a mi amiga Duna Peshemoreperejadieschenskaia por lo aplicada que es durante las lecciones y por lo bien que sabe representar al húsar Nikolai Spiridonich.

b) Régimen de palabras:

1. Durante la Cuaresma, los popes y los diáconos se niegan a celebrar casamientos.
2. Los *muzhiks* viven en casas de campo en invierno y en verano y pegan a las bestias, pero están horriblemente sucios a causa de la brea y de que no tienen criadas ni porteros.
3. A los padres les gusta casar a sus hijas con militares que disponen de una fortuna y de casa propia.
4. Niño: respeta a tu papá y a tu mamá; si así lo haces, serás un niño modelo y te amarán todos tus conocidos.
5. Antes de que se diera cuenta se le *hecho* el oso encima.

Composición:

¿Cómo he pasado las vacaciones?

Apenas aprobé mis exámenes, me marché con mi madre, con los muebles y con mi hermano Iván, estudiante de tercer grado de bachillerato, a una casa de campo. Se vinieron con nosotros Katia Kuzevich con su papá y su mamá, Zina, el pequeño Yegórushka, Natasha y muchas otras amigas mías que paseaban y bordaban conmigo al aire libre.

Había muchos hombres, pero las chicas nos manteníamos apartadas de ellos y no les prestábamos la menor atención. Yo leí una infinidad de libros de Mescherski, de

Maikov, de Dumas, de Livanov, de Turguéniev y de Lomonósov. La Naturaleza estaba en su apogeo. Los árboles jóvenes crecían muy juntos; ningún *acha* había tocado todavía sus esbeltos troncos. Una sombra no muy oscura, pero casi completa, formada por las hojas, caía sobre la yerba, blanda y fina, toda salpicada de doradas cabecillas de hemeralopia, de blancas campanillas y de crucecillas escarlata, de clavellinas silvestres (copiado de *Quietud*, de Turguéniev). El sol salía y se ponía. Por la parte donde apuntaba el alba, *bolaba* una bandada de pájaros. Un pastor apacentaba sus *revaños* en el campo, y unas nubecillas flotaban un poco más abajo del cielo. Me gusta la naturaleza una barbaridad.

Mi papá se ha pasado todo el verano con una gran preocupación: al maldito Banco, sin encomendarse a Dios ni al Diablo, se le ocurrió intentar vender nuestra casa, y mamá iba siempre detrás de papá no fuera a ser que tratara de suicidarse. Total, que si he pasado unas buenas vacaciones, ha sido porque me he portado bien y me he dedicado a las ciencias.

ARITMÉTICA

Problema.— Tres comerciantes han aportado a un negocio un capital que al cabo de un año proporciona un beneficio de 8000 rublos. ¿Cuánto corresponderá a cada uno de ellos si sabemos que el primero aportó 35 000 rublos, el segundo 50 000 y el tercero 70 000?

Solución.— Para resolver este problema ha de saberse cuál de ellos aportó más; para ello hay que restar las tres cifras entre sí, y sabremos que el tercer comerciante aportó más que ninguno porque no puso 35 000 ni 50 000, sino 70 000. Ahora procuraremos conocer cuánto recibió cada uno. Para ello dividimos 8000 en tres partes de modo que la mayor corresponda al tercero, 8 entre tres, a 2 ($3 \times 2 = 6$). Muy bien. Restamos 6 de 8 y nos quedan 2. No nos llevamos nada. Restamos 18 de 20 y otra vez nos da 2. No nos llevamos nada, y así hasta el fin. Obtenemos un resultado de 2666 con $\frac{2}{3}$, que es lo que se trataba de demostrar, es decir, que cada comerciante recibió 2666 rublos con $\frac{2}{3}$, y el tercero, probablemente, un poco más.

Certifica su autenticidad,
Chejonté

PAPÁ

(Папаша)

Mamá, seca como una sardina, entró en el gabinete de papá, gordo y redondo como un escarabajo, y tosió, para dar cuenta de su presencia. Al entrar ella, la criada saltó de las rodillas de papá y se escondió tras una cortina. Mamá no le prestó la menor atención: estaba acostumbrada a las pequeñas flaquezas de papá y las miraba desde el punto de vista de una esposa inteligente, que sabe comprender a un marido moderno.

—Papaíto —dijo, sentándosele en las rodillas—: Vengo a pedir tu consentimiento, querido. Límpiame los labios, que quiero darte un beso.

Papá pestañeó, sorprendido, y se limpió la boca con la manga.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Pues verás, papaíto: ¿qué vamos a hacer con el niño?

—¿Sucedé algo?

—¿Y no lo sabes? ¡Dios santo, qué despreocupación la de los hombres! Pues bien podías cumplir tu papel de padre, ya que no quieres..., no puedes cumplir el de marido.

—¿Otra vez con lo mismo? Ya lo he oído mil veces.

Papá se removió inquieto, y mamá estuvo a punto de caerse de sus rodillas:

—Todos los hombres sois iguales. No os gusta que os digan la verdad.

—¿A qué has venido tú? ¿A hablar de la verdad o de tu hijo?

—Bueno, bueno, me callaré... Papaíto, tu hijo ha vuelto a traer malas calificaciones del instituto.

—Está bien. ¿Y qué?

—¿Cómo que qué? No le permitirán presentarse a exámenes. Y no podrá pasar al cuarto curso.

—Pues que no pase. No se va a hundir el mundo. Lo que hace falta es que estudie y que no dé mucha guerra en casa.

—Pero, papaíto, ¡si tiene quince años! ¿Cómo va a continuar en el tercer curso con esa edad? Ya lo ves: ese miserable del profesor de aritmética ha vuelto a ponerle un dos. ¿Qué te parece?

—Lo que me parece es que el niño se merece una buena tunda.

Mamá pasó el dedo meñique por los carnosos labios de papá, y le pareció haber fruncido las cejas con un gesto de coquetería:

—¡No, papaíto! ¡No me hables de castigos! Nuestro hijo no tiene ninguna culpa... Aquí hay una intriga... El niño, modestia aparte, posee tales dotes que es imposible que no sepa cosas tan simples como la aritmética. De fijo que la sabe. Estoy segura.

—No es más que un charlatán. Si jugara menos y estudiara más... Haz el favor de sentarte en una silla... No creo que estés muy cómoda en mis rodillas.

La madre abandonó las rodillas del padre y, con paso que a ella le pareció de cisne, se dirigió a una butaca.

—¡Dios mío, qué falta de sensibilidad! —murmuró, sentándose y cubriéndose los ojos con la mano—. ¡No, tú no quieres a tu hijo! ¡A un hijo tan bueno, tan listo, tan hermoso!... ¡Intriga, intriga! ¡No, no debe repetir el curso! ¡Yo lo impediré! ¡No lo permitiré!

—Lo permitirás, porque el muy granuja estudia mal... ¡Ay, las madres! Bueno, márchate con Dios. Tengo que hacer unas cosillas...

Papá se volvió hacia la mesa, se encorvó sobre un papel; y, con el rabillo del ojo, miró hacia la cortina como un perro a un plato de carne.

—Papaíto, no me voy, no me voy... Ya veo que te estorbo, pero has de aguantarte. Debes ir a ver al profesor de aritmética y ordenarle que ponga buenas calificaciones al niño... Tienes que decirle que nuestro hijito conoce bien la aritmética; pero está delicado de salud y por eso no puede satisfacer a todos. Oblígale. ¿Cómo va a estar un hombre hecho y derecho en el tercer curso? ¡Muévete, papaíto! ¿Querrás creerlo? Sofía Nikoláievna encuentra a nuestro hijo un parecido con Paris...

—Lo celebro mucho, pero no pienso ir. No puedo perder el tiempo yendo y viniendo de un lado para otro.

—¡Irás, papaíto!

—De ningún modo... Lo dicho, dicho está. Bueno, anda, márchate, alma mía... Mira que tengo aquí unos asuntillos que resolver...

Mamá se levantó y alzó el tono:

—¡He dicho que irás!

—¡Ni hablar de eso!

—¡Irás! —gritó ella—; y si no vas, si no tienes compasión de tu único hijo...

Pronunció las últimas palabras como un alarido; y, con un gesto de trágica teatralidad, señaló a la cortina... El papaíto, desconcertado y confundido, se puso a cantar, muy a despropósito, por cierto; y se quitó la levita. Se aturdía, convirtiéndose en un idiota rematado, cada vez que la mamaíta le señalaba la cortina, y capituló. Llamaron al niño y le exigieron un juramento. El angelito se enojó, arrugó el ceño, puso una cara muy seria; y declaró que sabía más aritmética que el profesor y que él no tenía la culpa de que en este mundo las calificaciones de sobresaliente fueran tan sólo para las señoritas, los ricos y los aduladores. Dicho esto, rompió a llorar; y, acto seguido, indicó la dirección del profesor de aritmética, con todos sus detalles. El papaíto se afeitó, se pasó el peine por la calva, se vistió lo mejor que pudo y se fue a «tener compasión de su único hijo».

Siguiendo la costumbre de la mayoría de los papás, entró a ver al profesor sin anunciarse. ¡Y qué cosas se ven y se oyen cuando uno no se anuncia! El papá oyó al

profesor decir a su mujer: «Me cuestan muy cara, Ariadna... Tus caprichos no tienen límite». Y vio cómo la mujer se lanzaba al cuello del marido diciendo: «¡Perdóname! Tú me sales muy barato, pero te aprecio muchísimo». El papá encontró muy bella a la señora del profesor, y pensó que de haber estado totalmente vestida no le hubiera parecido tan hermosa.

—Buenos días —dijo avanzando con desenvoltura hacia el matrimonio y arrastrando un poco los pies. El profesor se sorprendió por un instante, y la señora, ruborizada, huyó a la habitación contigua, con celeridad de relámpago.

—Usted perdone —comenzó el papá sonriendo— Quizá..., quizá les haya importunado... Me hago cargo... ¿Qué tal la salud?... Tengo el honor de presentarme a usted... Como verá, no soy del todo desconocido... Funcionario también... ¡Ja, ja, ja! Pero no se moleste...

El profesor, por puro decoro, sonrió y le ofreció una silla. El papá giró sobre una pierna y tomó asiento.

—He venido a hablar con usted —continuó, mostrando al profesor su reloj de oro—. Sí, señor. Discúlpeme, por favor... No soy un maestro en el arte de expresarse. Ya sabe usted que los de nuestro gremio somos gente sencilla. ¡Ja, ja, ja! Usted habrá estudiado en la universidad.

—Pues sí, señor.

—Ya, ya... Naturalmente... ¿Sabe que hoy hace calor?... Pues verá, Iván Fiódorich: ha puesto usted unos cuantos doses a mi hijo... ¡Ejem!... Sí, señor... Pero la cosa carece de importancia... A cada cual lo que se merece... Para él será una lección, un favor... ¡Je, je, je! Sin embargo, sabe usted, resulta desagradable. ¿Tan mal comprende el chiquillo la aritmética?

—¿Qué quiere que le diga? No es que la comprenda mal; pero no estudia. Efectivamente, sabe muy poco.

—¿Y eso, por qué?

El profesor puso ojos de asombro.

—¿Cómo que por qué? Pues porque sabe muy poco y no estudia.

—Perdone usted, Iván Fiódorich. Mi hijo estudia admirablemente. Yo mismo le dirijo... Se pasa las noches enteras con los libros... Lo sabe todo a las mil maravillas. Y en cuanto a que retoce un poco..., son cosas de la juventud. ¿Quién de nosotros no ha sido joven? ¿Le molesto?

—¡Ni mucho menos! Hasta le agradezco esto... Ustedes, los padres, son nuestros huéspedes con tan poca frecuencia... Por otra parte, ello da idea de la confianza que tienen ustedes depositada en nosotros. Y la confianza es esencialísima en todas las cosas.

—Evidentemente... Lo principal es no entrometerse... ¿Quiere decirse que mi hijo no pasará al cuarto curso?

—No, señor. No pasará. Tenga en cuenta que no sólo en aritmética le han puesto un dos.

—Habrá que visitar a los restantes profesores. Pero en lo que se refiere a la aritmética...  Ejem!  Lo arreglar  usted?

—Imposible, señor —sonrió el profesor—. No puedo. Yo deseaba que su hijo pasase. Hice lo que pude; pero el chico no estudia, es insolente... He tenido varios disgustos con él.

—Cosas de chiquillos,  qu  se le va a hacer! Pero usted cambie el dos por un tres.

—No puedo, no.

— Tonter as!  Me lo va a decir a mí? Como si yo no supiera lo que se puede y lo que no. Usted puede arreglar eso, Iván Fiódorich.

—De ningún modo.  Qu  dirán los otros suspendidos? M rese por donde se mire, es una injusticia. De veras que no puedo.

El papá hizo un guiño maligno.

— Ya lo creo que puede usted, Iván Fiódorich!  Iv n Fiódorich! No perdamos el tiempo hablando. No es cosa de estar dándole a la lengua tres horas... Dígame;  qu  es lo que usted, como profesor, considera justo? Ya conocemos la justicia de ustedes.  Je, je, je! Bien podía usted hablar sin equívocos, Iván Fiódorich. Usted le ha puesto al chico un dos con toda intención...  Qu  justicia es  sa?

Al profesor se le desorbitaron los ojos... y nada más.  Por qué no se enfadó? Esto será siempre para mí un secreto del corazón del profesor.

—Con toda intención —prosiguió el papá— Esperaba usted esta visita,  je, je, je! Bueno, bueno, de acuerdo. Un tributo es un tributo... Como ve, comprendo las cosas. Por mucho que busquen ustedes el progreso..., a pesar de todo..., sabe, las viejas costumbres son las más útiles... Lo que hay le ofrezco.

El papá, entre resoplidos y jadeos, sacó la cartera del bolsillo; y un billete de veinticinco rublos buscó la mano del profesor.

—Tenga, por favor.

El profesor enrojeció, arrugó el entrecejo... y nada más.  Por qué no le mostró al papá la puerta? Esto será siempre para mí un secreto del corazón del profesor.

—No se avergüence —continu  el papa ito— Lo entiendo todo muy bien... Quien dice que no acepta, acepta...  Hay alguien que lo rechace? No es posible rechazarlo, amigo mío...  No está usted acostumbrado todavía? Ande, t melo.

—No, por Dios...

— Le parece poco? Pues no puedo ofrecer más.  Lo acepta usted?

—Perdóneme...

—Bueno, pues all  usted... Pero rectifique el dos. Si viera cómo est  la madre... Lloros, palpitaciones y mil cosas más.

—Lo siento en el alma por su esposa, pero no puedo.

— Qu  va a ser de nosotros si él no pasa al cuarto curso?  Se imagina? Pero usted har  que pase...

—De buena gana le ayud a; pero es imposible.  Quiere un cigarrillo?

—*Grande merci*...  Qu  bien estaría que lo pasara!  Y cuál es el rango de usted?

—Consejero titular..., aunque ocupo un cargo de octava clase. ¡Ejem!

—Vaya, vaya... Usted y yo haremos trato... De un plumazo, ¿oh?, ¿vale? ¡Je, je, je!

—¡No puedo! ¡Aunque me maten!

El papá guardó un breve silencio, meditó un poco y reanudó su ofensiva. Los ataques continuaron largo tiempo. El profesor hubo de repetir alrededor de veinte veces su invariable «no puedo». Por último, el visitante se puso pesado: trató de besar al profesor, pidió que lo examinara de aritmética *a él*; y llegó, incluso, a contar algunos chistes subidos de tono. Al profesor le daban mareos.

—¡Vania, ya es hora de que te marches! —gritó su esposa desde la habitación vecina. El papá, adivinando la maniobra, interpuso su gruesa humanidad entre el profesor y la puerta. Iván Fiódorich, exasperado, comenzó a quejarse. Y, por último, creyó haber encontrado una salida genial.

—Mire usted —dijo al papaíto—: sólo le rectificaré la calificación a su hijo cuando los demás profesores le pongan un tres en sus asignaturas.

—¿Palabra de honor?

—Palabra. Si mis compañeros lo hacen, yo también lo haré.

—¡Trato hecho! ¡Venga esa mano! ¡No es usted un hombre, sino un tesoro! Les diré que usted ha rectificado ya la calificación. Tras la sogá vendrá el caldero. Le debo una botella de champaña. ¿A qué hora suelen estar los profesores en sus casas?

—Quizá ahora.

—Magnífico. Y en cuanto a nosotros, seamos amigos. ¿Pasará usted por nuestra casa? Sin cumplidos.

—Con mucho gusto. Que le vaya bien.

—*Au revoir*. ¡Je, je, je! ¡Adiós, mi joven amigo! Por supuesto, transmitiré un saludo de usted a sus señores colegas. Lo haré sin falta. A su esposa preséntele de mi parte un respetuoso *resumé*. Pasen a vernos...

El papaíto dio la vuelta, se puso el sombrero y salió a escape.

«Un tipo simpático —pensó el profesor, al verlo salir—. Un tipo simpático. Dice lo que piensa y no tiene pelos en la lengua. Se ve que es bueno y sencillo. Me gusta esta clase de gente».

Aquella misma tarde, mamá estaba sentada en las rodillas de papá (después le llegaría el turno a la criada); y papá le aseguraba que «el niño» pasaría al cuarto curso y que a los científicos no es tan fácil doblegarlos con dinero como con un trato agradable y un cortés asedio en regla.

FECHA SOLEMNE

(Мой юбилей)

¡Jóvenes amables!

Hace tres años sentí el calor de este fuego sagrado por el que Prometeo fue encadenado a la roca... Y hace tres años que, con mano generosa, envío a todos los rincones de mi inmensa patria mis obras literarias, que han pasado por el purgatorio del fuego a que acabo de hacer alusión. He escrito en prosa, he escrito en verso, he escrito en todos los estilos, maneras y dimensiones, de balde y con esperanza de sacar dinero; y he escrito a todas las revistas; pero ¡ay!, los envidiosos han considerado necesario no publicar mis creaciones, y si alguna vez las han sacado a la luz ha sido en la sección *Cartas de los lectores*.

Habré gastado medio centenar de sellos de correos en escribir a *Niva*, un centenar entero en escribir a *Neva*, una decena en escribir a *La llama* y cerca de quinientos en escribir a *La libélula*. Resumiendo: desde el comienzo de mi labor literaria he recibido exactamente *dos mil* respuestas de diferentes periódicos y revistas. Ayer me llegó la que redondeaba la cifra y que, por su contenido, era análoga a las demás. Ni una sola de estas contestaciones contenía ni siquiera una remota alusión a un sí.

Muchachas y muchachos:

Económicamente cada envío a una redacción me ha costado, por lo menos, diez kopeks. Quiere decirse que los devaneos literarios me han salido por doscientos rublos. ¡Y por doscientos rublos se puede comprar un caballo! ¡Además, mis ingresos anuales no pasan de ochocientos francos, fijaos bien! O sea, que he tenido que pasar hambre por cantar la Naturaleza, el amor y los ojos de las mujeres, por lanzar flechas envenenadas contra la codicia de la soberbia Albión y por compartir mi fuego con..., con los señores que me enviaban las contestaciones.

¡Sí, dos mil respuestas, doscientos rublos y pico, y ni un solo sí! ¡Puf! Y, además, una experiencia aleccionadora. ¡Jóvenes amables! Hoy celebro la recepción de la respuesta número dos mil. Brindo por la terminación de mis actividades literarias y me echo a dormir sobre los laureles. Indicadme alguien que en tres años haya recibido tantos *noes* como yo o erigidme una estatua sobre un pedestal incommovible.

Un poeta prosaico

LAS MIL Y UNA PASIONES O UNA NOCHE TERRIBLE

(NOVELA EN UN ACTO Y EPÍLOGO)

(Тысяча одна страсть, или Страшная ночь. Роман в одной части с эпилогом)

A Victor Hugo

En la torre de los Ciento Cuarenta y Seis Santos Mártires dio la medianoche. Yo temblé. Había llegado la hora. Agarré febrilmente de un brazo a Teodoro y salí a la calle con él. El cielo estaba negro como tinta china. La oscuridad era mayor que dentro de un sombrero puesto. Una noche tenebrosa es un día metido en una cáscara de nuez.

Nos arrebujaamos en las capas y nos pusimos en camino. El fuerte viento nos calaba hasta los huesos. La lluvia y la nieve —estas hermanas húmedas— azotaban con furia nuestros rostros. Aunque era en invierno, los rayos surcaban el cielo en todas las direcciones. El trueno —temible y majestuoso compañero del relámpago, bello como el parpadeo de unos ojos azules y rápido como el pensamiento— conmovía terriblemente el aire. Las orejas de Teodoro se iluminaron con una luz de eléctrico resplandor. Sobre nuestras cabezas volaban, fragorosos, los fuegos de Santelmo. Miré adelante y me estremecí. ¿Quién no se estremece ante la magnificencia de la naturaleza? Pasaron por el cielo varios fulgurantes meteoros. Los conté; y resultaron ser veintiocho. Se los mostré a Teodoro. «Mal augurio», murmuró, pálido como una estatua de mármol de Carrara. El viento gemía, aullaba, sollozaba... El sollozo del aire es el de la conciencia hundida en un mar de horribles crímenes. A corta distancia de nosotros, un rayo destruyó y quemó una casa de ocho pisos. Oí los alaridos que provenían de ella. Pasamos de largo. ¿Qué me importaba a mí que ardiera una casa, cuando en mi pecho ardían doscientas? En un lugar impreciso tañía una campana lentamente, con sonido melancólico y monótono. Era una lucha de elementos. Diríase que unas fuerzas ignotas elaboraban la horrible armonía de la Naturaleza. ¿Qué fuerzas eran? ¿Llegaría a conocerlas el hombre?

¡Medrosa, pero osada ilusión!

Llamamos a un cochero. Subimos al coche y nos lanzamos. Un cochero es un hermano del viento. Volamos como vuela un pensamiento audaz por las

circunvoluciones del cerebro. Puse en la mano del cochero un bolsillo de oro. El oro ayudó al látigo a duplicar la velocidad de las patas de los caballos.

—¿Adónde me llevas, Antonio? —gimió Teodoro—. Tienes la mirada de un genio maligno... En tus ojos negros relumbra el infierno... Me va entrando miedo...

¡Vil cobardía! Yo guardé silencio. Él *la* amaba, *ella* también le quería fervorosamente. Yo debía matarle a él; porque la amaba más que a mi vida. La amaba a *ella* y le odiaba a él. Teodoro debía morir aquella horrible noche y pagar su amor con la vida. En mi interior hervían el amor y el odio. Eran mi segunda existencia. Estos dos hermanos, nacidos en la misma entraña, lo devastan todo a su paso. Son vándalos espirituales.

—¡Para! —grité al cochero, cuando llegamos al lugar fijado. Teodoro y yo nos apeamos. Velada por las nubes, la luna nos echó una mirada fría. La luna es testigo silencioso e indiferente de los dulces momentos del amor y de la venganza. Ahora debía serlo de la muerte de uno de los dos. Ante nosotros se abría un precipicio, un abismo sin fondo, como los toneles de las criminales hijas de Danao. Nos hallábamos al borde del cráter de un volcán apagado. Un volcán del que cuenta la gente aterradoras leyendas. Hice un movimiento con la rodilla; y Teodoro se precipitó en la espantosa sima. El cráter de un volcán son las fauces de la Tierra.

—¡Maldición! —gritó en respuesta a la maldición mía. Un hombre vigoroso arrojando a su enemigo a un volcán por los ojos adorables de una mujer, constituye un cuadro soberbio, grandioso e instructivo. ¡Sólo faltaba que hubiese lava!

¿El cochero? Un cochero es una estatua erigida por los hados a la ignorancia. ¡Fuera rutinas! El cochero siguió el mismo camino que Teodoro. Noté que en mi pecho quedaba tan sólo amor. Me postré en tierra y lloré de júbilo. Las lágrimas de júbilo son el resultado de una reacción divina en el interior de un corazón amante. Los caballos relincharon alegres. ¡Qué duro es no ser hombre! Yo los liberé de su existencia, animal y sufrida. Los maté. La muerte es un grillete y es también la liberación de los grilletes.

Entré en la hostería del *Hipopótamo Violeta*; y me tomé cinco vasos de buen vino.

Tres horas después de haberme vengado, llegué a la casa de ella. El puñal, amigo de la muerte, me ayudó a abrirme paso hasta su puerta por encima de los cadáveres. Puse oído. *Ella* no dormía.

Estaba entregada a sus ensueños. Permanecía en silencio. El silencio duró cuatro horas. Cuatro horas, para un enamorado, son cuatro siglos diecinueve. Por último llamó a la doncella. La doncella pasó ante mí. Le lancé una mirada demoníaca; y ella la captó. Perdió el juicio. La maté. Más vale morir que vivir en la demencia.

—¡Anetta! —gritó *ella*—, ¿Qué pasará que no viene Teodoro? La tristeza me agobiaba el corazón. Me ahogaba un horrible presentimiento. ¡Ay, Anetta! Ve por él. De seguro que estará divirtiéndose con ese terrible ateo de Antonio.

En este momento penetré en la estancia. *Ella* palideció.

—¡Fuera! —me gritó. Y el terror deformó sus rasgos faciales, nobles y bellos.

La miré. La mirada es el machete del alma. Se estremeció: había visto en mi mirada la muerte de Teodoro, la pasión demoníaca y mil deseos humanos... Mi postura era soberbia. En mis ojos brillaba la electricidad. Mis cabellos, de punta, se movían. Ella vio ante sí al demonio con envoltura terrenal. Noté que me contemplaba admirada. Cuatro horas duró el silencio de tumba y la mutua contemplación. Resonó un trueno; y *ella* cayó sobre mi pecho. El pecho del hombre es la fortaleza de la mujer. La estreché en mis brazos. Los dos exhalamos un grito. Sus huesos crujieron. Una corriente galvánica pasó por nuestros cuerpos. Un beso ardiente...

Ella amó en mí al demonio. Yo quise que amase en mí al ángel.

—Doy a los pobres millón y medio de francos —le dije.

Y amó en mí al ángel. Y rompió a llorar. Yo también lloré. ¡Qué lágrimas fueron aquéllas! Un mes más tarde se celebró la solemne ceremonia nupcial en la iglesia de San Tito y Santa Hortensia. Me casé con *ella*. Y *ella* se casó conmigo. Los pobres nos bendecían. *Ella* me pidió que otorgase mi perdón a mis enemigos, a los que maté antes. Yo los perdoné. Luego me marché a América con mi joven esposa. Mi joven y amante esposa fue un ángel en las selvas vírgenes americanas; un ángel ante el que se inclinaban los leones y los tigres. Yo era un joven tigre. A los tres años de nuestra boda, el viejo Sam andaba ya jugando con un nene de ensortijados cabellos. El niño se parecía a su madre más que a mí; y esto me disgustaba. Ayer nació mi segundo hijo... y me ahorqué de alegría...

Mi segundo hijo extiende sus manitas hacia los lectores y les pide que no crean a su papá, porque su papá no sólo no tuvo hijos, sino ni siquiera mujer. Su papá le tiene al casamiento más miedo que al fuego. Mi nene no miente. Es un querubín. Créanle. La edad infantil es una edad santa. Nada de esto sucedió jamás... Buenas noches.

POR UNAS MANZANAS

(За яблочки)

Entre el Ponto Euxino y Solovki, a los grados de longitud y latitud correspondientes, vive desde hace tiempo, en su finca de tierras negras, el señor Trifón Semiónovich. El apellido de Trifón Semiónovich es más largo aún que el vocablo «naturalista», y procede de una sonora palabra latina con la que se designa una de las innumerables virtudes humanas. El número de *desatinas* de su propiedad alcanza a tres mil. Su hacienda —pues se trata de una verdadera hacienda y de un verdadero terrateniente— está hipotecada y en venta. Venta que se inició cuando Trifón Semiónovich no era calvo todavía y que, gracias a la credulidad del banco y a las artimañas de Trifón Semiónovich, no acaba de cuajar y dura hasta el presente. El banco en cuestión quebrará algún día, porque Trifón Semiónovich, a imitación de sus semejantes, cuyos nombres forman legión, recibió los rublos y no paga los réditos; y si alguna vez los paga, lo hace con la misma ceremonia con que las almas piadosas ofrecen un kopek en su propio sufragio o para la construcción de un templo. Si este mundo no fuese este mundo y llamar las cosas por su nombre, Trifón Semiónovich no se llamaría Trifón Semiónovich, sino de alguna otra manera: se llamaría como suelen llamarse los caballos o las vacas. Francamente hablando, Trifón Semiónovich es una bestia de tomo y lomo. Le invito a él mismo a darme la razón. Si llega hasta sus dominios esta invitación —él lee algunas veces la *La libélula*—, creo que no se enfadará, pues, como persona comprensiva, coincidirá plenamente conmigo: y hasta puede que, llevado de su generosidad, me mande una docena de manzanas «Antonovka» en atención a que, por esta vez, no he dado a la publicidad su interminable apellido, limitándome a su nombre y su patronímico. No voy a describir todas las virtudes de Trifón Semiónovich: es asunto largo. Para meterle en un libro a todo él, con piernas y brazos, habría que estar escribiendo por lo menos tanto como estuvo Eugenio Sue con su grueso y largo *Judío Errante*. No me referiré a sus trampas jugando a *préférence*, ni a su política, que le permite evitar el pago de deudas y réditos, ni a las trastadas que juega al pope y al sacristán, ni a sus paseos ecuestres por el pueblo en el traje de los tiempos de Caín y Abel. Me conformaré con una escena que da idea de su aprecio por la gente, en honor de la cual, su ingenio septuagenario ha compuesto la siguiente sentencia: «Los *muzhiks*, chuscos y tontos, se pierden jugando al tonto».

Una mañana de fin de verano, magnífica en todos los sentidos, Trifón Semiónovich se paseaba por los senderos de su frondoso jardín. Todo cuanto suele inspirar a los señores poetas le rodeaba en profusa abundancia y parecía decirle: «Toma, hombre, disfruta antes que llegue el otoño». Mas Trifón Semiónovich no disfrutaba, porque distaba mucho de ser poeta y porque, además, aquella mañana su

alma estaba saboreando con fruición un sueño, despierta, como hacía siempre que su amo había perdido en el juego. Tras de Trifón Semiónovich iba su fiel sicario Karpushka, un vejete de unos sesenta años, mirando a su alrededor. El tal Karpushka llegaba casi a superar en virtudes a Trifón Semiónovich. Limpia las botas que es una bendición; todavía mejor ahorca perros; roba a diestro y siniestro; y como espía no tiene igual. Toda la aldea, por obra y gracia del escribano, le llama el «Oprichnik^[11]». Raro es el día en que los *muzhiks* y los vecinos no se quejan de los desmanes de Karpushka a Trifón Semiónovich; pero todas las quejas quedan sin efecto; porque Karpushka es elemento indispensable en los dominios de aquél. Siempre que Trifón Semiónovich sale de paseo, lleva consigo al fiel Karpushka; así va más seguro y más alegre. Karpushka encierra en su persona un manantial inagotable de chascarrillos, chistes y fábulas; y posee la virtud de no saber callar. Eternamente está contando algo, y sólo calla cuando oye una cosa que le interesa. Aquella mañana, iba nuestro hombre detrás de su señor, contándole una larga historia: dos estudiantes tocados con gorras blancas pasaron a caballo cerca del huerto y le pidieron que los dejase entrar para cazar, ofreciéndole incluso un *poltínnik*; pero él, sabiendo a quién sirve, rechazó indignado el dinero y les azuzó a Kasthán y a Seriock. Terminado el relato, se puso a describir con tintas muy cargadas la escandalosa vida del practicante del pueblo; mas no pudo terminar el cuadro, porque llegó a sus oídos un sospechoso rumor procedente del huerto de manzanos y perales. Al oírlo, Karpushka contuvo la lengua, aguzó el oído y puso atención. Convencido de que el rumor existía y de que era un rumor sospechoso, tiró de una manga a su amo y salió como una flecha en aquella dirección. Trifón Semiónovich, presintiendo un pequeño pasatiempo, se estremeció; y, dando rápida cuerda a sus seniles piernecillas, corrió en pos de Karpushka. Y había motivo para correr.

A un extremo del huerto, bajo un viejo y frondoso manzano, una moza aldeana estaba comiendo; junto a ella, de rodillas, un zagal fornido recogía las frutas derribadas por el viento, arrojando las verdes a unos arbustos cercanos y ofreciendo las maduras a su Dulcinea en su ancha mano, de un color grisáceo. Dulcinea, por lo visto, no temía empacharse. Devoraba las manzanas con apetito envidiable; y el mozo, olvidado por completo de sí mismo, le ofrendaba todo cuanto recogía.

—¡Arranca del árbol! —le animó la muchacha en voz baja.

—Tengo miedo.

—¿De qué? El *oprichnik* estará en la taberna...

El zagal se incorporó, dio un salto, arrancó una manzana del árbol y se la ofreció a la chica. Pero esta manzana fue para ellos tan funesta como la de Adán y Eva. La moza le pegó un bocado y dio al muchacho el trozo cortado; mas apenas habían notado ambos el agrio sabor del fruto, cuando sus rostros se contrajeron, y los dos se quedaron pálidos como la cera. Y no fue porque la manzana estuviese muy agria, sino porque acababan de ver ante sí la rígida fisonomía de Trifón Semiónovich y la jeta de Karpushka, que sonreía maliciosamente.

—Buenos días, tortolitos —dijo el terrateniente acercándose—. Qué, ¿comiendo manzanas? ¿No os molesto?

El muchacho se quitó la gorra y bajó la cabeza. La moza se puso a mirar a su delantal.

—¿Qué tal ya esa salud, Grigori? —dirigióse Trifón Semiónovich al chico—. ¿Cómo estás, hombre?

—No he cogido más que una —murmuró el muchacho—. Una y, además, del suelo...

—Bueno, ¿y tú, qué tal, paloma? —preguntó Trifón Semiónovich a la mozuela. Ésta continuó con más ahínco la inspección de su delantal.

—Qué, ¿todavía no os habéis casado?

—No, señor... Verá, señor, le juro por Dios que no he cogido más que una, y además...

—Muy bien, muy bien, bravo. ¿Sabes leer?

—No, señor... Pero, por Dios, señor, no hemos cogido más que una, del suelo.

—Leer no sabrás, pero robar sí que sabes. Bueno, algo es algo. El saber no ocupa lugar. ¿Y hace mucho tiempo que te dedicas al robo?

—Pero ¿es que yo he robado algo?

—¿Y qué le pasa a tu novia, que está tan pensativa? —preguntó Karpushka— ¿Le has dicho que no la quieres?

—Calla, Karpushka —le ordenó el amo—. A ver, Grigori, cuéntanos un cuento... Grigori tosió y sonrió:

—No sé cuentos, señor. ¿Acaso necesito yo sus manzanas? Si quiero comer las compro.

—Me alegro mucho, querido, de que tengas tanto dinero. Bueno, cuéntanos algún cuento. Te oiré yo, te oirá Karpushka y también te oirá tu novia. No te amilanes, hombre, adelante. Un ladrón debe ser valiente. ¿No es cierto, amigo?

Y Trifón Semiónovich le clavó la mirada. Al chico se le llenó la frente de sudor.

—Mejor sería que cantara, señor —intervino Karpushka con desagradable voz temblona y atiplada—. ¿Cómo va a saber cuentos un tonto como éste?

—Cállate, Karpushka. Que cuente primero un cuento. A ver, querido: te escuchamos.

—No sé.

—¿Que no sabes? Pero robar sí sabes. ¿Qué dice el séptimo mandamiento?

—¿Por qué me pregunta eso? ¡Qué sé yo! Por Dios le juro, señor, que nos hemos comido solamente una manzana, y que la recogimos del suelo...

—¡Cuenta un cuento!

Karpushka comenzó a arrancar ortigas. El muchacho sabía que eran para él. Trifón Semiónovich, a semejanza de sus semejantes, sabe tomarse la justicia por su mano de manera muy elegante. Si atrapa a un ladrón, lo encierra en la cueva por un día, o lo manda azotar con enormes ortigas, o lo pone en libertad... después de

dejarlo como vino al mundo... ¿Les parece una novedad? Pues hay gente y hay lugares para los cuales esto es más viejo que andar para adelante. Grigori miró de reojo las ortigas, se encogió, tosió y se puso no a contar un cuento, sino a balbucear una invención. Carraspeando, sudando, tosiendo y sonándose a cada instante, contó cómo los héroes rusos vencieron a los brujos y se casaron con hermosas princesas. Trifón Semiónovich le oía sin quitarle el ojo de encima.

—Basta —dijo cuando el zagal, embrollado, empezó a soltar cosas sin ilación—. ¡Qué buen narrador eres! Pero el robar se te da mejor aún. Bueno, mocita —volvióse hacia la muchacha—. Dinos el Padre Nuestro, guapa.

La guapa enrojció; y, respirando a duras penas, recitó el Padre Nuestro con un hilo de voz.

—Muy bien, muy bien. ¿Y cómo es el séptimo mandamiento?

—¿Cree usted que cogimos muchas manzanas? —intervino el mozo agitando desesperadamente las manos—. Por esta cruz que no miento.

—Está muy mal, queridos, que no sepáis los mandamientos. Hay que enseñaros. Guapa, ¿ha sido éste quien te ha enseñado a robar? ¿Por qué callas, querubín? Debieras contestar. ¡Habla! ¿Callas? El que calla otorga. A ver, guapa, dale unas bofetadas a tu adorado por haberte enseñado a robar.

—No quiero —susurró ella.

—Anda, pégale un poquito. A los tontos hay que enseñarlos. Pégale, paloma. ¿No quieres? Bueno, pues mandaré a Karpushka y a Matvei que te den un repaso con ortigas... ¿Le pegas?

—No.

—¡Karpushka, acércate!

La muchacha corrió hacia el mozo y le dio una bofetada. El chico sonrió de un modo estúpido y a renglón seguido se echó a llorar.

—¡Muy bien, guapa! ¡A ver, agárralo ahora de los pelos! ¡Agárralo, palomita! ¿No quieres? ¡Karpushka, ven aquí!

La moza agarro del pelo al novio.

—¡Pero no te quedes quieta! ¡Tírale, para que le duela!

Ella empezó a tirarle. Karpushka, muerto de risa, temblaba todo él.

—Basta —ordenó Trifón Semiónovich— Muchas gracias, paloma, por haberlo castigado. Y ahora te toca a ti dar una lección a tu tórtola —dirigióse al muchacho—. Antes te ha pegado ella. Pégale tú ahora...

—Por Dios, señor... ¿Por qué voy a pegarle?

—¿Cómo que por qué? ¿No te ha pegado ella a ti? Pues pégale tú a ella. Le servirá de provecho. ¿No quieres? Te arrepentirás. Karpushka, llama a Matvie.

El mozo escupió, carraspeó, agarró a la novia por el cabello y comenzó a «castigar el mal». Castigando el mal, se abstraigo hasta extasiarse, imperceptiblemente para él mismo, olvidando que el objeto del castigo era su novia y no Trifón Semiónovich. La muchacha gritó, y no sé cómo hubiera terminado aquella historia si

en aquel momento no aparece tras los arbustos la guapa Sashenka, hija de Trifón Semiónovich.

—¡Papaíto, a tomar el té! —le gritó. Y luego, al ver la ocurrencia del papaíto se echó a reír a carcajada limpia.

—Basta ya —concluyó el terrateniente—. Podéis marcharos, tortolitos. Adiós. Para la boda os mandaré unas manzanas.

Así diciendo, Trifón Semiónovich hizo una profunda reverencia a los castigados.

El mozo y la moza se arreglaron el pelo y la ropa y se marcharon. Él tiró hacia la derecha, ella hacia la izquierda y... hasta hoy no han vuelto a verse. Y menos mal que apareció Sashenka, pues de otro modo, el chico y la chica hubieran probado las ortigas...

Así se divierte, a la vejez, Trifón Semiónovich. Y su familia no se queda muy atrás. Sus hijitas tienen la costumbre de colgarles cebollas en los gorros a los huéspedes «de rango inferior»; y a los huéspedes borrachos, de este mismo rango, les escriben con tiza en las espaldas, en letras muy grandes: «Vurro» y «Tonto». Su hijo Mitia, alférez retirado, superó en una ocasión al propio Trifón Semiónovich: auxiliado por Karpushka, embadurnó de brea las puertas de la casa de un viejo soldado porque éste se negó a regalarle un perro lobo y porque previno a sus hijas contra los dulces y los caramelos del señor alférez retirado...

Después de esto, a ver si hay manera de llamar Trifón Semiónovich a Trifón Semiónovich.

ANTES DE LA BODA

(Перед свадьбой)

El jueves de la semana pasada, los padres del *registrador colegiado*^[12] Nazariev pidieron para su hijo la mano de la señorita Podzatlilkina, ceremonia que tuvo lugar en casa de la novia. El acto se celebró con entera normalidad. Se vaciaron dos botellas de champaña y cubo y medio de vodka. Las señoritas tomaron agua mineral. Los padres y las madres de los novios lloraron; se besaron éstos; un alumno del octavo grado del liceo pronunció un fino brindis diciendo: *O tempora, o mores!* y *Salvete, boni futuri conjuges!* Vanka Smislomalov, un mozo pelirrojo que se pasa la vida sin hacer nada, en espera de lo que la suerte le depare, fingió un arrebató trágico en el momento más oportuno —o «muy a pelo», como suele decirse—: revolvió el cabello de su enorme cabeza, se descargó un puñetazo en la rodilla y gritó: «¡Voto a mil diablos, la amaba y la amo!», con lo que causó inmenso regocijo a las señoritas presentes.

La señorita Podzatlilkina tiene como rasgo distintivo el de no distinguirse en nada. Nadie ha visto ni conoce su inteligencia. Por consiguiente, nada se dice al respecto. Su figura es de lo más corriente; la nariz, del padre; la barbilla, de la madre; los ojos, de un gato; y el busto, regular. Toca el piano, pero de oído; ayuda a su madre a cocinar; nunca va sin corsé; no puede probar otros platos que los de carne; ve el principio y el fin de la sabiduría en ciertas reglas ortográficas; y lo que más le gusta son los hombres altos y el nombre de Rolando.

Su novio, el señor Nazariev, es de mediana estatura, cara blanca e inexpresiva, pelo ondulado y nuca plana. Es funcionario, cobra un sueldo que apenas le basta para tabaco, huele siempre a jabón al huevo y a fenol, se considera a sí mismo un calavera horrible, habla muy alto, parece admirarse de todo lo que oye o ve; y cuando conversa salpica de saliva al que está enfrente. Presuntuoso, mira a sus padres por encima del hombro; y no habla con una sola señorita a la que no diga: «¡Qué ingenua es usted! Debiera leer literatura». Lo que más ama en el mundo es su caligrafía, la revista *Razvlechenie*^[13], las botas con chirrido y, sobre todo, su propia persona, particularmente cuando, en compañía de señoritas, toma té y niega la existencia del demonio.

Así son la señorita Podzatlilkina y el señor Nazariev.

Al día siguiente de la petición de mano, la señorita Podzatlilkina fue llamada por la cocinera, nada más levantarse por la mañana, para que compareciese ante su madre. La mamá, tendida en la cama, le echó el siguiente sermón:

—¿A santo de qué te has puesto hoy el vestido de lana? Bien podías arreglarte con el de percal. ¡Qué horror, cómo me duele la cabeza! Ayer, a ese ceporro calvo de

tu padre le dio por bromear. ¡Estoy harta de sus bromas idiotas! Me trae una copa y me dice: «Tómate esto». Yo, creyendo que sería vino, ¡zas!, me la bebo, y resulta que era una mezcla de vinagre y aceite de sardinas fritas. ¡Ahí tienes las bromas que gasta el muy borracho! ¡No sabe más que fastidiar, el asqueroso! Me asombra mucho, y me sorprende, que estuvieras alegre ayer y no llorases. ¿De qué te alegrabas? ¿Te encontraste una cartera con dinero? ¡Es inaudito! Cualquiera pensaría que te alegras de abandonar la casa paterna. Es lo que viene a resultar. ¿Cómo? ¿El amor? ¡Qué amor ni qué niño muerto! No te casas por amor. Lo que te encandila es el rango. ¿Qué dices? ¿Que no es verdad? ¡Vaya si lo es! Pues a mí, hijita, no me gusta ni chispa tu adorado. Me parece muy altivo y presuntuoso. Ya te encargarás tú de domarlo. ¿Cómooo? ¡Ni lo pienses!... Al mes estaríais tirándoos los trastos a la cabeza. Sois igualitos los dos... El casamiento no gusta más que a las señoritas, y no tiene nada bueno. Por experiencia lo sé. Y tú lo sabrás con el tiempo. No te muevas de ese modo, que siento mareos. Los hombres son todos unos imbéciles, y se hace trabajoso vivir con ellos. También tu novio es un idiota, por muy estirado que vaya. No le obedezcas en muchas cosas, ni le llesves en todo la corriente, ni le guardes demasiado respeto: no hay ningún motivo. Pregunta siempre a tu madre. Apenas te suceda algo, ven a verme. Dios te guarde de hacer nada sin tu madre. Tu marido no te aconsejará nada bueno ni te enseñará cosas de provecho. Se dedicará a animar el ascua a su sardina. Tenlo en cuenta. Tampoco hagas mucho caso a tu padre. No se te ocurra decirle que se vaya a vivir contigo que puedes dar un traspié. Estará deseando sacaros algo. Se pasará días enteros en vuestra casa. ¿Y con qué fin? Os pedirá para vodka y se fumará el tabaco de tu marido. Es un malvado, un hombre dañino, aunque sea tu padre. Con esa cara de mosquita muerta que tiene el muy tuno, es un alma del diablo. Si os pide dinero prestado, no se lo des, que es un granuja, pese a su rango de consejero titular. ¡Ahí está gritando! Te llama. Ve, pero no le digas lo que hemos estado hablando, ¡pues buena la armaría ese enemigo de la cristiandad! Anda, vete antes que se me salte el corazón. ¡Sois mis enemigos! ¡Cuando me muera, os acordaréis de mis palabras! ¡Torturadores!

—Hija mía —le dijo el padre—. Me alegra mucho que desees unírte a un caballero tan inteligente como el señor Nazarev. Lo celebro infinito y apruebo el enlace. Cástate sin miedo, hija mía. Este matrimonio es una cosa tan solemne, que... ¡bueno, para qué vamos a hablar! Vive, crece y multiplícate. Dios te bendecirá. Yo..., yo... estoy llorando. Pero las lágrimas no conducen a nada. ¿Qué son las lágrimas humanas? Cobardía y nada más. Escucha mi consejo, hija mía. ¡No olvides a tus padres! El marido no será para ti mejor que ellos. De ningún modo. A tu marido le gusta únicamente tu belleza material, mientras que a nosotros nos gustas toda tú. ¿Por qué va a quererte tu marido? ¿Por tu carácter? ¿Por tu bondad? ¿Por tus sentimientos? No, hija, no. Te querrá por tu dote. ¡Que no es un kopek, sino mil rublos! Compréndelo así. El señor Nazarev es un caballero magnífico; pero no le tengas más afecto que a tu padre. Se arrimará a ti, pero no será nunca un amigo verdadero. Habrá

momentos en que él... Pero no, más vale que me calle, hija. En cuanto a tu madre, alma mía, oye su consejo; mas ten precaución. Es buena persona, pero hipócrita, librepensadora, frívola, afectada. Aunque es honesta y noble... ¡bueno, que se vaya a la porra! Ella no puede aconsejarte lo que tu padre, autor de tus días. No te la llesves a tu casa. Los maridos tienen poco apego a las suegras. Yo tampoco se lo tenía a la mía. La cosa llegó hasta el punto de echarle en el café corcho quemado, con lo cual le salían unos posos estupendos para adivinar. Por su culpa fue procesado el alférez Ziumbumbumchikov. ¿No te acuerdas? Claro, cómo te vas a acordar si aún no existías... Pues bien: lo principal es que en todo tengas presente a tu padre. Sólo a él debes obedecer. Además, hija mía..., la civilización europea ha despertado entre las mujeres un movimiento de oposición. Se dice que cuantos más hijos tiene una señora, tanto peor. ¡Mentira! ¡Cuento! Cuanto mayor es el número de hijos, tanto mejor para los progenitores. ¡Aunque no! No es eso... Al contrario. Me equivocaba, querida: cuantos menos hijos, mejor. Lo leí ayer en una revista. Expresiones de un tal Malthus. Sí, sí. Parece que llega un coche... ¡Ah, tu novio! ¡Viste con elegancia el canalla! ¡Qué hombre! ¡Un auténtico Walter Scott! Atiéndelo, hijita, mientras me visto.

Llegó el señor Nazarev. La novia le recibió:

—Siéntese, sin cumplidos.

Nazarev dio dos taconazos con el pie derecho y tomó asiento junto a la novia.

—¿Qué tal está usted? —preguntó con su acostumbrada desenvoltura—. ¿Ha dormido bien? Yo, sabe usted, me he pasado sin dormir la noche entera, leyendo a Zola y pensando en usted. ¿Ha leído usted algo de Zola? ¿De veras que no? ¡Ay, ay, ay! Es un crimen. A mí me lo ha prestado un funcionario. ¡Escribe estupendamente! Ya se lo traeré. ¡Oh, entonces podrá usted comprender!... Yo *siento sentimientos* que usted no ha *sentido* jamás. Permítame uno solo.

El señor Nazarev se levantó un poco y dio un beso en los labios a la señorita Podzatilkina.

—¿Y sus padres? —continuó, con más desenvoltura todavía—. Necesito verlos. A decir verdad, estoy un poco enfadado con ellos. Me han dado buen chasco. Fíjese: su papá me dijo que era consejero palatino, y resulta que sólo es consejero titular. ¡Ejem! ¿Habrase visto? Además... prometieron una dote de mil quinientos rublos, y ayer va su mamá y me dice que no cobraré más que mil. ¿No es una trastada? Los circasianos, con lo sanguinarios que son, no se portan así. ¡No permitiré que me la den con queso! ¡Cualquier cosa menos tocarme el amor propio! ¡Eso no es humano! ¡No es racional! ¡Soy un hombre honrado y por eso no me gustan los que no lo son! Aguanto lo que sea, pero no admito malas pasadas ni malas intenciones, sino que exijo conciencia humana. Eso es. Hasta tienen cara de ignorantes. ¡Hay que ver qué caras! ¡Si no son caras! Perdóne usted, pero sus padres no me inspiran sentimientos familiares. En cuanto nos casemos los meteremos en cintura. ¡Odio el desparpajo y la grosería! Aunque no soy un escéptico ni un cínico, sé lo que es la educación. ¡Ya los haremos andar derechos! Mis padres hace tiempo que no se atreven a abrir la boca.

¿Ya se han desayunado ustedes? ¿No? Pues entonces me quedo a desayunar. Haga el favor de traerme un cigarrillo, que me he olvidado el tabaco en casa.

La novia salió.

Esto, antes de la boda... Lo que vendrá después, no hace falta ser profeta para suponerlo.

ALA AMERICANA

(По-американски)

Teniendo la fortísima intención de ingresar al más legalísimo matrimonio, y recordando que ningún matrimonio se las arregla sin una persona del sexo femenino, tengo el honor, la dicha y el placer de rogar muy humildemente a las viudas y las señoritas, prestar su benévola atención a lo siguiente:

Yo soy un hombre, eso ante todo. Eso es muy importante para las señoritas, por supuesto. De 2 *arhíns*^[14] y 8 *viershóks*^[15] de estatura. Joven. Los años maduros me quedan lejos, como *al chorlito el día de Petróv*. Ilustre. No bonito pero no feo, y tanto no tan feo que en la oscuridad, con reiteración, por error, fui tomado por un bonito. Los ojos los tengo castaños. En las mejillas (¡ay!) no tengo hoyuelos. Dos dientes molares están arruinados. De maneras elegantes no puedo jactarme, pero de la fortaleza de mis músculos no le permito dudar a nadie. De guantes uso el n.º 7 $\frac{3}{4}$. Excepto unos padres pobres pero nobles, no tengo nada. Por lo demás, tengo un futuro brillante. Soy un gran aficionado a las bonitas en general, y a las sirvientas en particular. Creo en todo. Me dedico a la literatura, y tan exitosamente, que raras veces derramo lágrimas sobre el buzón de correo de *La libélula*. Intento escribir en el futuro una novela, en la que la heroína principal (una hermosa pecadora) será mi esposa. Duermo doce horas al día. Como bárbaramente, mucho. El vodka lo bebo sólo en compañía. Tengo buenos conocidos. Conozco a dos literatos, un versificador y dos parásitos que aleccionan a la humanidad en las páginas de *La gaceta rusa*^[16]. Mis poetas preferidos son Pushkarióv^[17], y a veces yo mismo. Soy enamorado y no celoso. Quiero casarme por razones conocidas sólo de mí y de mis acreedores. ¡Así soy yo! Y miren cómo debe ser mi novia:

Viuda o señorita (eso, como a ella le plazca), no mayor de treinta y no menor de quince años. No católica, o sea, sabedora de que en este mundo no hay impecables, y en todo caso no hebrea. La hebrea siempre va a preguntar: «¿Y por qué escribes en renglones?». «¿Y por qué no fuiste a ver a *pápienka*, él te enseñaría a acumular dinero?», y a mí eso no me gusta. Rubia de ojos azules, y (por favor, si se puede) de cejas negras. No pálida, no rosada, no delgada, no rolliza, no alta, no baja, simpática, no poseída por los demonios, no pelada, no habladora ni hogareña. Ella debe:

Tener buena letra, porque yo necesito una copista. Trabajo de copista hay poco.

Amar las revistas en las que yo colaboro, y atenerse en su vida a la tendencia de éstas.

No leer *Entretenimiento*, el *Semanario de Tiempo nuevo*, *Nana*^[18], no conmoverse con los editoriales de *Las noticias moscovitas*, y no caer desmayada con tales artículos de *La orilla*.

Saber: cantar, bailar, leer, escribir, cocinar, freír, asar, ser cariñosa, hornear (pero no jurar), prestarle dinero al esposo, vestirse con gusto por *sus propios medios* (NB) y vivir en absoluta sumisión.

No saber: molestar, susurrar, chillar, gritar, morder, enseñar los dientes, golpear la vajilla y hacerle ojitos a los amigos en casa.

Recordar que los cuernos no sirven de adorno al hombre, y que mientras más cortos sean éstos, tanto mejor y seguro para ése, que va a pagar por los cuernos con gusto.

No llamarse Matrióna, Akulína, Avdótia ni por otros nombres vulgares semejantes, sino llamarse de algún modo más noble (por ejemplo, Ólia, Liénochka, Marúska, Kátia, Lipa y por el estilo).

Tener a su *mámienka*, es decir, a mi profundamente estimada suegra, a treinta y nueve leguas de mí (si no, en caso contrario, no respondo de mí) y

Tener *minimum* 200 000 rublos de plata.

Por lo demás, el último punto se puede cambiar, si le place a mis acreedores.

EL DÍA DE SAN PEDRO

(Петров день)

Llegó la mañana del ansiado día, la fecha tanto tiempo anhelada; llegó, ¡hurra, señores cazadores! el veintinueve de junio, el día en que se olvidan las deudas, los hogares, las comidas succulentas, las suegras y hasta las jóvenes esposas; el día en que al señor alguacil puede hacérsele la higa veinte veces, si prohíbe cazar.

Palidieron las estrellas y se cubrieron de leve neblina. Oyéronse voces en algunos puntos. Un humo azulino comenzó a salir de las chimeneas del pueblo. En el gris campanario de la iglesia apareció el sacristán, adormilado todavía, y tocó a misa. Sonaron los ronquidos de un guarda nocturno acostado bajo un árbol. Despertaron los vencejos y, en nutrida bandada, se pusieron a volar de un extremo al otro del huerto, con su estridente y fastidioso pitido. Una oropéndola cantó en un endrino. Sobre la cocina revolotearon estorninos y abubillas. Empezó el concierto gratuito de la mañana...

Dos *troikas* se detuvieron ante el porche semiderrengado, pintorescamente circundado de ortigas, de la casa del antiguo portaestandarte Yegor Yegórich Optemperanski. En la casa y en el patio se levantó un enorme revuelo: todo ser viviente comenzó a correr y a trajar, armando gran ruido en las escaleras, en los cobertizos y en las cuadras. Hubo que cambiar uno de los caballos de varas. A los cocheros les volaron las gorras de las cabezas; alguien le hizo al criado Katkin un rojo cardenal bajo la nariz; se prodigó el calificativo de «brujas» a las cocineras; y sonó el nombre de Satanás y el de sus ángeles multitud de veces. En cosa de cinco minutos, los coches se llenaron de alfombras, mantas, cartuchos de provisiones, escopetas enfundadas.

—¡Listo! —anunció el cochero Avvakum, con su voz de bajo.

—¡Tengan la bondad, todo está listo! —gritó, meloso, Yegor Yegórich, a cuya invitación apareció en el porche un grupo numeroso.

El primero en saltar a un *tarantás*^[19] fue el joven doctor, tras el cual subió a duras penas Kuzma Bolva, un viejo de Arjanguelsk, con botas sin tacones, chistera rojiza y escopeta de dos cañones y veinticinco libras, que tenía salpicado de pecas verdosas todo el cuello. Bolva era plebeyo; pero los señores terratenientes, en atención a su avanzada edad (nació a fines del siglo pasado) y a su formidable puntería, que le permitía hacer blanco en una moneda de veinte kopeks lanzada al aire, no reparaban en lo bajo de su linaje y le admitían en sus partidas de caza.

—Haga el favor de pasar, excelencia —dirigióse Yegor Yegórich a un señor gordo, pequeño y canoso, vestido con guerrera blanca, de botones claros, que lucía, colgada al cuello, una cruz de Santa Ana—. Haga sitio, doctor.

El señor en cuestión, general retirado, carraspeó, puso una pierna en el estribo, no sin que le sostuviera Yegor Yegórich, empujó con el vientre al doctor y se sentó pesadamente junto a Bolva. Tras el general subió su perro *Tschetmi*, seguido del pachón *Musikant*, perteneciente a Yegor Yegórich.

—¡Ejem! Pues... Vania —dijo el general a su sobrino, un joven estudiante de bachillerato, que llevaba a la espalda una larga escopeta de un cañón—. Puedes sentarte aquí, a mi vera. ¡Ven aquí! Eso es... Aquí. No juegues, amigo, que puede espantarse el caballo.

Después de echar la última bocanada de humo de tabaco a los hocicos de la bestia, Vania montó de un salto en el *tarantás*, apartó un poco a Bolva del general y, dando media vuelta, se sentó. Yegor Yegórich se santiguó y tomó asiento junto al doctor. En el pescante, al lado de Avvakum, se acomodó el largo y flaco señor Mangé, profesor de Matemáticas en el Liceo donde estudiaba Vania.

El primer *tarantás* estaba lleno. Comenzó la carga del otro.

—¡Listo! —gritó Yegor Yegórich una vez que en el segundo se instalaron las restantes ocho personas y tres perros, no sin que antes se produjeran discusiones y ajetreos.

—¡Listo! —gritaron también los huéspedes.

—¿De modo que podemos arrancar, excelencia? Que Dios nos bendiga. ¡Adelante, Avvakum!

Tras un leve balanceo, el primer *tarantás* salió andando. El segundo, que llevaba a los cazadores más empedernidos, hizo el mismo balanceo, emitió chirridos horribles, viró un poco hacia un lado y, adelantando al primero, rodó en dirección a la salida. Los cazadores rieron todos a una y tocaron palmas de contento. Sentíanse en el séptimo cielo; pero ¡oh veleidades de la fortuna!, aún no habían salido del patio cuando se produjo un incidente inesperado.

—¡Alto! ¡Espera! ¡Espera! —resonó tras los coches un grito penetrante.

Los cazadores miraron hacia atrás y palidecieron. En seguimiento de ellos venía corriendo el hombre más inaguantable del mundo, el capitán de fragata, retirado, Mijei Yegórich, hermano de Yegor, famoso por sus escándalos en toda la provincia, que avanzaba agitando los brazos desesperadamente. Uno de los dos coches se detuvo.

—¿Qué quieres? —le preguntó su hermano.

Mijei Yegórich corrió hasta el *tarantás*, se subió al estribo y alzó el puño como para pegar a Yegor Yegórich. Los cazadores se alborotaron.

—¿Qué pasa? —inquirió Yegor Yegórich enrojeciendo.

—¡Lo que pasa —vociferó el hermano— es que eres un judas, un bicho, un cerdo! ¡Es un cerdo, excelencia! ¿Por qué no me has despertado? ¡Te pregunto por qué no me has despertado, zoquete, canalla! Permítanme, señores: no crean que lo único que quiero es darle una lección... ¿Por qué no me has despertado? ¿No deseas llevarme contigo? ¿Te estorbo? ¡Anoche me emborrachó creyendo que me iba a

quedar dormido hasta las doce! ¿Han visto ustedes qué listo? Permítame, excelencia: permítame que le dé aunque sólo sea una vez...

—¿Qué hace usted? —gruñó el general, abriendo los brazos—. ¿No ve que no hay sitio? Esto es ya demasiado.

—Tus bufidos no vienen a cuento, Mijeí —explicó Yegor Yegórich—. No te desperté porque no tenías por qué venir con nosotros... No sabes tirar. ¿A qué ibas a venir, pues? ¿A estorbar? ¡Si no sabes tirar!

—¿Que no sé? ¿Que no sé tirar? —gritó Mijeí Yegórich con tanta fuerza, que hasta Bolva se tapó los oídos—. En ese caso, ¿a qué diablos va el doctor, que tampoco sabe? ¿O es que tira mejor que yo?

—Lleva razón, señores —corroboró el doctor—. No sé tirar, ni tan siquiera tener la escopeta en las manos... Me fastidian las detonaciones... No sé a qué me llevan ustedes. ¿Por qué demonios me llevan? ¡Que Mijeí Yegórich ocupe mi sitio! Yo me quedo. Aquí tiene un asiento, Mijeí Yegórich.

—¿Lo oyes, lo oyes? ¿Por qué lo llevas?

El doctor se levantó con visible intención de salir del *tarantás*. Yegor Yegórich, asiéndole de la chaqueta, tiró hacia abajo para que se sentara.

—¡Eh, no me rompa la chaqueta! ¡Que vale treinta rublos! ¡Suélteme! Y, además, señores, les ruego que no me den hoy conversación... Estoy de mal humor y puedo cometer una insolencia contra mi voluntad. ¡Suélteme, Yegor Yegórich! ¡Me voy a dormir!

—Debe usted venir, doctor —rogó Yegor Yegórich sin soltarle la chaqueta—. Dio usted palabra de venir...

—Di palabra, pero fue por compromiso. ¿Para qué voy a ir, para qué?

—¡Para que no se quede usted con la mujer de él! —carraspeó Mijeí Yegórich— ¡Para eso! Tiene celos de usted, doctor. ¡No vaya, amigo! ¡Para que se fastidie! Tiene celos. Por Dios que no miento.

Yegor Yegórich enrojeció hasta las orejas y apretó los puños.

—¡Eh, Mijeí Yegórich! —llamaron desde el otro *tarantás*—. ¡Déjese de tonterías y véngase para acá, que hay sitio!

Mijeí Yegórich sonrió con soma:

—¿Qué dices ahora, tiburón? ¿Quién ha quedado por encima? Hay sitio, ¿lo has oído? ¡Voy para que te fastidies! Molestaré cuanto pueda. Palabra de honor que me dedicaré a molestar. ¡No matarás ni un grillo! Y usted, doctor, no vaya. A ver si este revienta de celos.

Yegor Yegórich se levantó crispando los puños y con los ojos inyectados en sangre.

—¡Infame! —apostrofó al hermano—. ¡Tú no eres hermano mío! ¡Por algo te maldijo nuestra difunta madre! ¡Y nuestro padre murió en la flor de la vida por culpa de tu conducta inmoral!

—Caballeros... —intervino el general—. Creo que... basta con esto. Son ustedes

hermanos, hermanos legítimos...

—Éste es un burro legítimo, excelencia, y no un hermano. ¡Quédese, doctor, quédese!

—¡Arread las bestias, mal rayo os parta! ¡Oh, maldito diablo! ¡Arrea! —vociferó el general asestando un puñetazo en la espalda de Avvakum—. ¡Arrea!

Avvakum dio un latigazo a las bestias, y el coche arrancó. En el segundo *tarantás*, el escritor y el capitán Kardamonov colocó sobre sus rodillas dos perros y en su lugar sentó al empecinado Mijej Yegórich.

—Por suerte para él —dijo éste—, se ha encontrado un sitio, porque si no, la que le armo... ¡Escriba usted algo sobre ese bandido, Kardamonov!

El aludido había mandado el año anterior a la redacción de *Niva* un artículo titulado «Interesante caso de fecundidad entre la población campesina»; y aunque recibió una respuesta poco grata para el autor, cosa que no dejó de conocerse entre los vecinos, pasaba por escritor.

De acuerdo con un plan trazado de antemano, resolvieron ir primeramente a cazar codornices a un henar situado a cosa de siete verstas de la hacienda de Yegor Yegórich. Una vez allí, los cazadores descendieron de los coches, dividiéndose en dos grupos: uno, encabezado por el general y por Yegor Yegórich, torció hacia la derecha; y el otro, con Kardamonov al frente, hacia la izquierda. Bolva se rezagó y quedó solo, pues estando de cacería le gustaba el silencio. *Musikant* exhaló unos ladridos, emprendió una carrera y al instante levantó una codorniz. Vania le disparó y falló el tiro.

—¡He tirado más alto de la cuenta, diablo! —murmuró.

Tschetni, un joven cachorro al que llevaban a enseñar y que oía un disparo por primera vez en su vida, lanzó unos ladridos lastimeros y, rabo entre piernas, corrió a refugiarse en los coches. Mangé tiró a una alondra y la mató.

—¡Cómo me gusta este pájaro! —dijo al doctor, mostrándoselo.

—¡Váyase a la porra! —repuso el médico—. Le ruego que no me dé conversación... Estoy de mal humor. Retírese.

—Es usted un escéptico, doctor.

—¿Yo? ¡Ejem! ¿Y qué significa eso?

Mangé vaciló:

—Pues escéptico significa mis..., mis..., misántropo.

—No, señor. No emplee palabras que no comprenda. Retírese. Involuntariamente puedo causarle un disgusto. No estoy de genio...

Musikant alzó las orejas. El general y Yegor Yegórich palidecieron y contuvieron la respiración.

—¡Yo disparo! —musitó el general—. ¡Tenga la bondad, disparo yo! Para usted, la segunda...

Pero se trataba de una alarma infundada. El doctor, aburrido, arrojó una piedra a *Musikant* y le acertó entre las orejas. El chucho exhaló un aullido y pegó un salto. El

general y Yegor Yegórich volvieron la cara. Oyose un ruido entre la hierba, y levantó el vuelo una avutarda. En el segundo grupo alborotaron señalando al ave. Apuntaron el general, Mangé y Vania. Este último disparó y falló; a Mangé no le salió el tiro. Era tarde: la avutarda voló sobre un montecillo y se posó en un campo de centeno.

—Me parece, doctor, que... no es el mejor momento para bromear —amonestó el general al médico—. ¡No es el momento!

—¿Qué?

—Que no es momento para bromas.

—Yo no bromeo.

—Está mal, doctor —observó Yegor Yegórich.

—Pues no haberme traído. ¿Quién les pidió que lo hicieran? Además..., me molestan las explicaciones. No estoy de humor hoy...

Mangé mató otra alondra. Vania levantó un grajo, le tiró y falló.

—¡Demasiado alto, diablo! —refunfuñó. Oyéronse dos detonaciones consecutivas: era Bolva que, después de matar dos codornices más allá de la colina, con su pesada escopeta de dos cañones, se las metió en un bolsillo. Yegor Yegórich disparó contra una codorniz. El ave, tocada, cayó sobre la hierba. Yegor, triunfante, la recogió y se la mostró al general:

—En un ala, excelencia; todavía está viva.

—Sí, está viva. Hay que darle pronta muerte.

Dicho esto, el general se llevó la codorniz a la boca y le cortó el cuello con los dientes. Mangé mató su tercera alondra. *Musikant* volvió a levantar las orejas. El general se quitó la gorra, apuntó y, ¡pil!, salió volando una gruesa codorniz, pero... ¡aquel canalla del doctor se acababa de poner delante del cañón de la escopeta!

—¡Apártese! —gritó el general.

Obedeció el doctor; disparó su excelencia y, claro, los perdigones no llegaron a tiempo.

—¡Es una bajeza, joven! —rugió el militar.

—¿Qué? —preguntó el médico.

—¡Que no estorbe usted! ¡El diablo le trae a molestar! ¡Por su culpa acabo de marrar un tiro!

¡Habrase visto cosa igual! ¡Esto es el acabose!

—¿A qué vienen esos gritos? ¡Puff! No crea que le temo. No tengo miedo a los generales, excelencia, y menos aún a los retirados. Haga el favor de hablar más bajo...

—¡Esto es el colmo! ¡Va de aquí para allá molestando a todo el mundo! ¡Como para acabar con la paciencia de un ángel!

—No grite, general; no grite, por favor. Grítele a ése, a Mangé, que se asusta de los generales. A un buen cazador no hay nadie que le estorbe. Mejor será que confiese que no sabe tirar...

—¡Basta! ¡Por cada palabra mía suelta usted diez!... Vania, dame la canana —

dirigiose el general a su sobrino.

—¿Cómo se te ha ocurrido invitar a este Borbón? —preguntó el médico a Yegor Yegórich.

—Es que, hermano, era imposible no invitarlo. Le debo... ocho mil rublos. ¡E-je-je, hermano! Si no fuera por estas malditas deudas...

Yegor Yegórich, sin terminar la frase, agitó la mano con desaliento.

—¿Es cierto que tienes celos? —inquirió el doctor.

Yegor giró en redondo y apuntó a un milano que volaba en las alturas.

—¡La has perdido, mocoso! —tronó la voz del general—. ¡La has perdido! ¡Y vale cien rublos, so marrano!

Yegor Yegórich se acercó al general con ánimo de aclarar la causa de aquellos rugidos. Era que Vania había perdido la canana de su tío. Comenzó la búsqueda, suspendiéndose la caza. Tardaron hora y cuarto en encontrar el objeto perdido. Y tras esta operación, los cazadores acamparon para reposar.

Tampoco en el segundo grupo había sido muy feliz la cacería de codornices. En este grupo, Mijej Yegórich hizo el mismo papel que el doctor en el primero, si no peor. Quitaba las escopetas a los cazadores, blasfemaba, pegaba a los perros, tiraba la pólvora... En una palabra, hacía mil diabluras. Después de errar varios tiros contra las codornices, Kardamonov se puso a perseguir con sus perros a un milano joven, al que hirió de un tiro, mas no pudo encontrarlo después. El capitán de fragata mató un citilo de una pedrada.

—Caballeros, vamos a anatomizar a este animal —propuso el señor Nekrichijvostov, escribiente del jefe de la nobleza local.

Los cazadores se sentaron en el suelo, sobre la hierba, requirieron los cortaplumas y empezaron la operación anatómica.

—No encuentro nada en él —dijo Nekrichijvostov cuando el citilo fue cortado en varios trozos—. Por no tener, no tiene ni corazón. En cambio, tripas le sobran. ¿Saben una cosa, señores? ¡Vámonos a los pantanos! ¿Qué podemos matar aquí? Las codornices no son caza. En cambio, las chochas, las becadas... ¿Eh, nos vamos?

Levantáronse los cazadores y se encaminaron, cansinos, a los coches. Cerca ya de ellos, dispararon contra una bandada de palomos caseros, abatiendo a uno.

—¡Excelencia! ¡Yegórich! ¡Excelencia! ¡Yegórich! —gritó el segundo grupo al ver al primero—. ¡Eh, eh!

El general y Yegor Yegórich volvieron la cabeza. El segundo grupo les hacía señas con las gorras.

—¿Qué hay? —gritó Yegor Yegórich.

—¡Un asunto! ¡Hemos matado una avutarda! ¡Vengan enseguida!

Aunque los del primer grupo no se creyeron lo de la avutarda, se dirigieron hacia los coches. Una vez acomodados en ellos, los dos grupos decidieron dejar tranquilas a las codornices y, de acuerdo con el itinerario prefijado, avanzar otras cinco verstas en dirección a los pantanos.

—Cuando voy de caza soy muy vehemente —explicó el general al doctor cuando se hubieron alejado del henar cosa de dos verstras—. De una vehemencia horrible. Ni a mi propio padre le guardo consideraciones. Así que... dispense usted a este viejo.

—¡Ejem!

—¡Qué suavcito se ha vuelto el muy tuno! —cuchicheó Yegor Yegórich al oído del doctor—. ¡Como ahora está de moda casar a las hijas con médicos!... Su excelencia es un pícaro. ¡Je je, je!

—Vamos más holgados que antes —observó Vania.

—Pues es verdad.

—¿A qué será debido? Sobra sitio.

—Señores, ¿dónde está Bolva? —alarmose Mangé.

Los cazadores se miraron los unos a los otros.

—¿Dónde está Bolva? —repitió Mangé.

—Debe de ir en el otro *tarantás*. Señores —gritó Yegor Yegórich—: ¿Va Bolva con ustedes?

—¡No, no! —respondió Kardamonov. La ansiedad se hizo general.

—¡Bueno, pues que se vaya al diablo! —decidió el general—. ¡No vamos a dar la vuelta para ir en su busca!...

—Pues tendríamos que darla, excelencia. Es persona muy débil. Sin agua puede morirse. No tendrá fuerzas para regresar.

—Si quiere, regresará.

—Se morirá el pobre viejo... ¡Son noventa años!

—Tonterías.

Al llegar a los pantanos nuestros expedicionarios alargaron las caras: toda la zona estaba infestada de cazadores. Ni siquiera valía la pena bajar de los coches. Después de un breve conciliábulo, acordaron andar otras cinco verstras y encaminarse a los bosques comunales.

—¿Qué van ustedes a cazar allí? —preguntó el doctor.

—Tordos, águilas..., urogallos.

—Estupendo. ¿Qué estarán haciendo mis infelices pacientes? ¿Por qué me ha traído usted, Yegor Yegórich?

El doctor suspiró y se rascó la cabeza. Cuando llegaron al primer bosquecillo, salieron todos de los coches y se pusieron a discutir quién tiraría hacia la derecha y quién hacia la izquierda.

—¿Saben una cosa, caballeros? —intervino Nekrichijvostov—. En virtud de..., cómo es eso..., en virtud, por así decirlo, de una ley natural, que dice que..., que la caza no puede escapársenos..., ¡ejem!, la caza no se nos escapará, señores. ¡Ante todo, vamos a animarnos un poco! ¡Vengan para acá el vino, la vodka, el caviar..., el esturión!... Aquí mismo, en la hierba. ¿Cuál es su opinión, doctor? Usted debe saberlo mejor, como médico que es. ¿Verdad que conviene fortalecerse un poco?

La propuesta fue aprobada. Avvakum y Firs extendieron dos alfombras y

colocaron a su alrededor los cartuchos de las provisiones y numerosas botellas. Yegor Yegórich cortó mortadela, queso, esturión acecinado... Nekrichijvistov descorchó las botellas. Mangé hizo rajas el pan... Y todos los cazadores se tendieron con la boca hecha agua.

—¡Excelencia, una copita!...

Bebieron todos y la emprendieron con los bocadillos. El doctor se llenó inmediatamente la segunda copa y se la tomó. Vania siguió su ejemplo.

—Aquí es de suponer que habrá hasta lobos —observó pensativo Kardamonov mirando de reojo a los árboles.

Los reunidos meditaron, discutieron y, al cabo de diez minutos, determinaron que, al parecer, no había lobos.

—Qué, ¿otro traguito? ¡Vamos por él! ¿Qué mira usted, Yegor Yegórich?

Se tomaron el segundo trago.

—Oiga, joven —dirigiose Yegor Yegórich a Vania—: ¿Qué es lo que piensa usted?

Vania movió la cabeza.

—Estando yo, puedes beber —le animó el general—. No estando yo, no bebas, pero si yo estoy... ¡Bebe un poco!

Vania se llenó la copa y se la tomó.

—¿Qué le parecería la tercera, excelencia?

Se bebieron la tercera. El doctor iba ya por la sexta.

—¡Oiga, joven!

Vania tornó a mover la cabeza.

—Beba usted, Amfiteatrov —le dijo Mangé en tono tutelar.

—Estando yo, puedes probarlo, pero no estando... ¡Anda, bebe un poco!

Vania vació la copa.

—¿Por qué estará hoy el cielo tan azul? —pregunto Kardamonov.

Lo pensaron, lo discutieron y al cuarto de hora reconocieron no saber por qué razón estaba tan azul el cielo.

—¡¡Una liebre..., una liebre..., una liebre!! ¡¡¡Por ella!!!

Tras un montículo apareció una liebre. Dos podencos salieron en su persecución. Los cazadores se pusieron en pie inmediatamente y echaron mano a las escopetas. La liebre pasó al vuelo y se internó en el bosque llevando tras de sí a los podencos, a *Musikant* y a otros perros. *Tschetni*, reacio, miró al general con aire desconfiado y terminó echando a correr también detrás de la liebre.

—¡Qué grande era!... Si la hubiéramos atrapado... ¿Cómo no nos dimos cuenta antes?

—Sí, sí, desde luego... ¿Qué hace aquí esta botella? ¿De modo que no ha bebido su excelencia? ¡Ay, ay, ay! ¿A nosotros con ésas? Bue-noooo...

Se tomaron la cuarta copa. El doctor, que había llegado ya a la novena, carraspeó y se dirigió al bosque. Allí eligió un lugar bien sombreado, se tendió en la hierba con

la levita por almohada y a poco tardar ya estaba roncando. Vania se destapó: después de apurar otra copa de vodka la emprendió con la cerveza, y se sintió inspirado; arrodillándose, declamó veinte versos de Ovidio.

El general comentó que el latín se asemejaba mucho al francés... Yegor Yegórich asintió, añadiendo que para estudiar éste convenía saber aquél, por ser muy parecido. Mangé discrepó de Yegor Yegórich, señalando lo inoportuno de hablar de idiomas en presencia de un físico-matemático y de tantas botellas y agregando que su escopeta valía mucho en otros tiempos, que ahora era imposible encontrar un arma decente y que...

—¿Tomamos la octava, caballeros?

—¿No será demasiado?

—¿Demasiadoooo? ¡Qué dice! ¿Ocho copas demasiado? Usted no ha debido de beber nunca...

Se tomaron la octava.

—¡Oiga, joven!

Vania movió la cabeza.

—¡Vamos, hombre, como un militar! Con lo bien que tira usted...

—¡Beba, Amfiteatrov! —le incitó Mangé.

—Estando yo, puedes; pero no estando... ¡Anda, bebe un poco!

Vania dejó a un lado la cerveza y apuró otra copa de vodka.

—¿Vamos por la novena, señores? ¿Cuál es su opinión? Odio el número ocho. Un día ocho murió mi padre... Oiga, Fiador..., es decir, Iván..., Yegor Yegórich: llene las copas.

Se bebieron la novena.

—Hace calor...

—Cierto, pero eso no nos impedirá ir por la décima.

—Es que...

—¡Al diablo el calor! ¡Caballeros, demostremos a la Naturaleza que no le tememos! ¡Joven, dé usted el ejemplo! ¡Avergüence a su tío! No tememos al frío ni al calor...

Vania se bebió otra copa. Los demás le saludaron con un ¡hurra! y siguieron su ejemplo.

—Podemos atrapar una insolación —insinuó el general.

—Imposible.

—Imposible. ¿Con nuestro clima? ¡Ejem!

—Pues ha habido casos... Mi padrino murió de eso...

—¿Qué opina usted, doctor? ¿Puede producirse, con nuestro clima, una insolación? ¡Doctor!

La pregunta quedó sin respuesta.

—¿No ha tenido usted casos de insolación? Estamos hablando de las insola... ¡Doctor! ¿Dónde está el doctor?

—¿Dónde se ha metido el doctor? ¡Doctor!

Miraron en derredor suyo y no lo encontraron.

—¿Dónde estará el doctor? Se habrá derretido. Como la cera con el fuego. ¡Ja, ja, ja!

—¡Se ha ido a buscar a la mujer de Yegor! —saltó Mijei Yegórich.

Yegor Yegórich palideció y derribó una botella al removerse.

—¡Se ha ido a ver a la mujer de éste! —repitió Mijei Yegórich sin dejar de comer esturión.

—¿Por qué miente? ¿Le ha visto usted? —protestó Mangé.

—Sí, señor, le he visto. Pasó un *muzhik* con una carreta, y él se subió y se fue. Se lo juro. ¿La undécima, caballeros?

Yegor Yegórich se levantó blandiendo los puños.

—Yo le pregunté adónde iba —continuó Mijei Yegórich su relato—. Me contestó que iba por fresas, pero luego dijo: «Voy a afilar los cuernos. Los he puesto ya, y ahora hay que afilarlos. Adiós, querido Mijei Yegórich. Salude a su hermano Yegor». Y terminó guiñándome un ojo. Que le aproveche... ¡Je, je, je!

—¡Venga ese coche! —gritó Yegor Yegórich y corrió tambaleándose hacia el *tarantás*.

—¡Corre, que llegas tarde! —le acució, maligno, su hermano.

Yegor Yegórich llevó a empellones a Avvakum hasta el pescante, se metió en el coche de un salto y, amenazando con el puño, voló hacia su casa.

—¿Qué significa esto, señores? —preguntó el general cuando la gorra blanca de Yegor Yegórich se perdió de vista—. Se ha marchado... ¿Cómo me voy yo ahora, malditos diablos? ¡Se ha llevado mi *tarantás*! Es decir, no el mío, sino el que me llevaría a mí... Me extraña mucho... ¡Ejem! ¡Es una insolencia por su parte!...

Vania se sintió mal. El vodka, mezclado con la cerveza, le hizo el efecto de un vomitivo. Había que conducirlo a su casa. Después de la decimoquinta copa, los cazadores decidieron ceder al general el único *tarantás* que les quedaba, con la condición de que, al llegar a su casa, enviase coches por el resto del grupo.

El general se despidió:

—Díganle, señores, que..., que eso no lo hacen más que los cerdos.

—¡Protéstele las letras, excelencia! —le aconsejó Mijei Yegórich.

—¿Cómo? ¿Las letras? S-s-sí... Ya es hora de que... Hay que tener un poco de decoro... He estado espera que te espera, pero, por fin, me he cansado de esperar... Díganle que le protestaré... ¡Adiós, señores! Espero la visita de ustedes. Pero él es un cochino...

Los cazadores se despidieron del general y le ayudaron a acomodarse en el *tarantás* al lado de Vania.

—¡Adelante!

Vania y el general se marcharon.

Después de la copa número dieciocho, los expedicionarios penetraron en el

bosque, tiraron un poco al blanco y se tendieron a dormir. Cerca ya del crepúsculo, vinieron por ellos los coches del general. Firs entregó a Mijeí Yegórich una carta para «su hermanito» en la que se le conminaba a pagar, amenazándole con el Juzgado. Una vez apurada la tercera copa (después de dormir abrieron cuenta nueva), los cocheros del general cargaron a los cazadores, como costales de harina, en los carruajes y se los llevaron a sus respectivos domicilios.

Yegor Yegórich, al llegar a su casa fue recibido por *Musikant* y *Tschetni*, que aprovecharon la aparición de la liebre como un pretexto para escaparse. Luego de lanzar a su mujer una mirada terrible, Yegor Yegórich inició la búsqueda: miró en los depósitos, en los armarios, en los baúles, en las cómodas... y no encontró al doctor. Al que encontró fue a otro: debajo de la cama de su mujer se había refugiado el sacristán Fortunatov...

Cuando el médico despertó era ya de noche. Después de errar un rato por el bosque, recordó que había estado de cacería, soltó una blasfemia y se puso a dar voces. Por supuesto, no obtuvo contestación, en vista de lo cual decidió marcharse hasta su casa a pie. El camino era llano, tranquilo, claro. Recorrió las veinticuatro versts en cosa de cuatro horas, llegando al amanecer al hospital rural. Allí se despachó a su sabor riñendo a los practicantes, a la partera y a los enfermos, y luego se sentó a escribir una carta interminable a Yegor Yegórich. En ella le exigía «una explicación de su incalificable proceder», despotricaba contra los maridos celosos y juraba no volver a salir de cacería jamás. ¡Jamás! Ni siquiera el veintinueve de junio.

LOS TEMPERAMENTOS

(SEGÚN LAS ÚLTIMAS CONCLUSIONES DE LA CIENCIA)

(Темпераменты. По последним выводам науки)

EL SANGUÍNEO. Todas las impresiones repercuten en él de modo ligero y rápido: de aquí, dice Hufeland^[20], procede la ligereza... En la juventud es un bebé y un *spitzbube*^[21]. Le dice groserías a los maestros, no se pela, no se afeita, usa lentes y mancha las paredes. Estudia mal, pero termina los cursos. No obedece a los padres. Cuando es rico es un petimetre, siendo ya pobre vive como un cerdo. Duerme hasta las doce, se acuesta a una hora indefinida. Escribe con faltas. La naturaleza lo trajo al mundo sólo para el amor: sólo a eso se dedica, a amar. Nunca está en contra de chupar hasta la pérdida del sentido; tras embriagarse por la noche hasta los diablitos verdes, se levanta por la mañana animado, con una pesadez en la cabeza apenas notable, sin necesitar de la «*similia similibus curantur*»^[22]. Se casa sin intención. Lucha con la suegra eternamente. Se pelea con la parentela. Miente a lo loco. Ama terriblemente los escándalos y los espectáculos aficionados. En la orquesta es el primer violín. Siendo ligero, es liberal. O nunca lee nada en absoluto, o lee con pasión. Le gustan los periódicos, y él mismo no está en contra de ser un poco periodista. El buzón de correo de las revistas humorísticas ha sido inventado, exclusivamente, para los sanguíneos. Es constante en su inconstancia. En el servicio es un funcionario de encargos especiales, o algo semejante. En el gimnasio enseña literatura. Rara vez sirve hasta consejero civil activo; si sirve hasta eso, se hace flemático y a veces colérico. Los granujas, los bribones y los tunantes son sanguíneos. Dormir en una habitación con un sanguíneo no se recomienda: cuenta chistes toda la noche, y si no hay chistes censura a los allegados o miente. Muere de enfermedad de los órganos de digestión y de extenuación prematura.

La mujer-sanguínea es la mujer más tolerable, si no es estúpida.

EL COLÉRICO. Bilioso y de rostro amarillento-grisáceo. La nariz un poco torcida, y los ojos le dan vueltas en las órbitas, como los lobos hambrientos en la jaula estrecha. Irritable. Por la picada de una pulga o el pinchazo de un alfiler, está dispuesto a hacer trizas todo el mundo. Cuando habla salpica y muestra sus dientes café o muy blancos. Está profundamente convencido de que en invierno «sabe el diablo qué frío hace...», y en verano «sabe el diablo qué calor hace...». Cambia de cocinera cada semana. Al almorzar se siente muy mal, porque todo está refrito, resalado... En su mayor parte es soltero, y si está casado, pues encierra a la mujer

bajo llave. Es celoso hasta el diablo. No entiende las bromas. No puede soportar todo. Lee los periódicos sólo para injuriar a los periodistas. Ya en el vientre de la madre, estaba convencido de que todos los periódicos mienten. Como marido y amigo es imposible, como subordinado apenas es pensable, como jefe es insoportable y bastante indeseable. No raras veces, por desgracia, es pedagogo: enseña matemática y lengua griega. Dormir con él en una habitación no lo aconsejo: tose toda la noche, gargajea y maldice en voz alta a las pulgas. Al oír por la noche el canto de los gatos o los gallos, tose y, con una voz trémula, manda al lacayo al tejado a agarrar y, sea como sea, ahorcar al cantor. Muere de tuberculosis o enfermedad del hígado.

La mujer-colérica es un diablo en falda, un cocodrilo.

EL FLEMÁTICO. Es un hombre gentil (hablo, se entiende, no del inglés, sino del flemático ruso). El aspecto más ordinario, grosero. Siempre está serio, porque le da pereza reírse. Come cuando sea y lo que sea; no bebe, porque le teme a la apoplejía, duerme veinte horas al día. Miembro seguro de todas las comisiones, asambleas y reuniones urgentes posibles, en las que no entiende nada, dormita sin escrúpulo de conciencia y espera el final con paciencia. Se casa a los treinta años con la ayuda de los tíos y las tías. Es el hombre más cómodo para el casamiento: conviene con todo, no murmura entre dientes y es complaciente. A la mujer la llama almita. Le gusta el cerdo con rábano, las canoras, todo lo amarguito y friecito. La frase «Vanitas vanitatum et omnia vanitas» (Tontería de tonterías, todo es una tontería) fue inventada por un flemático. Se enferma sólo entonces, cuando lo eligen para jurado. Al divisar a una mujer gorda, grazna, mueve los dedos e intenta sonreír. Se suscribe a la *Niva*^[23] y se enfada, porque en ésta no colorean los cuadritos y no escriben nada cómico. Considera a los escritores las personas más inteligentes y, al mismo tiempo, más perniciosas. Lamenta que no zurren a sus hijos en el gimnasio, y él mismo no está en contra de cortarlos. En el servicio es dichoso. En la orquesta es el contrabajo, el fagote, el trombón. En el teatro es el cajero, el lacayo, el apuntador y a veces, *pour manger*^[24], el actor. Muere de parálisis o hidropesía.

La mujer-flemática es la alemana llorona, de ojos saltones, gorda, granujosa, ensaimada. Parecida a un saco de harina. Nace para hacerse suegra con el tiempo. Ser suegra es su ideal.

EL MELANCÓLICO. Los ojos grises-azules, dispuestos a lagrimear. En la frente y junto a la nariz las arrugas. La boca un poco torcida. Los dientes negros. Propenso a la hipocondría. Siempre se queja de la punzada de hambre, la punzada en el costado y la mala digestión. La ocupación preferida: pararse frente al espejo y examinar su lengua flácida. Piensa que es débil de pecho y nervioso, y por eso toma a diario, en lugar de té, *decoct*^[25], y en lugar de vodka, elixir vital. Asegura a sus allegados, con pesar y lágrimas en la voz, que las gotas de lauroceraso y de valeriana ya no le ayudan... Supone que no molestaría tomar un purgante una vez a la semana. Hace

tiempo ya que decidió que los doctores no lo entienden. Los curanderos, las curanderas, los cuchicheros, los enfermeros borrachos, a veces las comadronas, son sus primeros bienhechores. Se pone la pelliza en septiembre, se la quita en mayo. Sospecha que cada perro tiene rabia, y desde que su amigo le informó, que el gato está en condición de ahorcar a una persona dormida, ve en los gatos a los enemigos implacables de la humanidad. El testamento espiritual hace tiempo ya que lo tiene preparado. Jura y rejure que no bebe nada. Rara vez toma cerveza caliente. Se casa con la huérfana. A la suegra, si la tiene, la llama la señora más hermosa y sabia; escucha sus sermones callado, ladeando la cabeza; besar sus manos rollizas, sudorosas, olorosas a pepino en salmuera lo considera su más sagrada obligación. Mantiene una activa correspondencia con los tíos, las tías, la madrina y los amigos de la infancia. No lee los periódicos. Leyó alguna vez *Las noticias moscovitas* pero al sentir, durante la lectura de ese periódico, pesadez, palpitación y una nebulosa en los ojos, lo dejó. Lee calladito a Debay^[26] y a Jozan^[27]. Durante *la peste del sauce* ayunó cinco veces. Sufre de lagrimeo y pesadillas. En el servicio no es dichoso en particular: más allá de ayudante de jefe de despacho no llega. Le gusta la *Luchínushka*^[28]. En la orquesta es la flauta y el violonchelo. Suspira día y noche, y por eso dormir con él en una habitación no lo aconsejo. Presiente los diluvios, los terremotos, la guerra, la caída definitiva de la moralidad y su propia muerte de alguna enfermedad terrible. Muere de una lesión de corazón, de la cura de una curandera y a menudo de hipocondría.

La mujer-melancólica es el ser más insoportable, inquieto. Como mujer conduce al embrutecimiento, la desolación y el suicidio. Sólo es buena en que no es difícil librarse de ella: dele dinero y mándela a peregrinar.

EL COLÉRICO-MELANCÓLICO. En sus días juveniles era sanguíneo. Un gato negro cruzó corriendo el camino, el diablo le pegó en la nuca, y se hizo colérico-melancólico. Hablo del conocidísimo, inmortalísimo vecino de la redacción de *El espectador*. El noventa y nueve por ciento de los esclavófilos son colérico-melancólicos. El poeta no reconocido, el *pater patriae*^[29] no reconocido, el Júpiter y Demóstenes no reconocido... y demás. El marido cornudo. En general, cualquier voceador, pero no fuerte.

EN EL VAGÓN

(В вагоне)

El tren de correo número tal corre a todo trapo desde la estación Vesiólii Traj hasta la estación Spasáisia. La locomotora silba, chima, jadea, resopla... Los vagones tiemblan y, con sus ruedas no engrasadas, aúllan como lobos y gritan como lechuzas. En el cielo, la tierra y los vagones: la tiniebla. «¡Algo-va-a-pasar!, ¡algo-va-a-pasar!», golpetean los vagones trémulos de edad avanzada... «¡Ojojo-jojo-o-o!», respalda la locomotora... Por los vagones, junto a los amantes de los bolsillos, pasean las corrientes de aire. Da miedo... Yo asomo mi cabeza por la ventana, y miro sin objetivo la lejanía infinita. Todas las luces son verdes: el escándalo, se debe suponer, no será pronto aún. El disco y las luces de la estación no se ven... La tiniebla, la angustia, la idea de la muerte, los recuerdos de la infancia... ¡Dios mío!

—¡Pecador! —susurro—. ¡Oh, qué pecador!

Alguien busca en mi bolsillo trasero. En mi bolsillo no hay nada, pero de todas formas es horrible... Me volteo. Ante mí un desconocido. Lleva un sombrero de pajilla y una blusa gris oscuro.

—¿Qué se le ofrece? —le pregunto, tanteando mis bolsillos.

—¡Nada! ¡Miro por la ventana! —responde, retirando la mano con brusquedad y tocando mi espalda.

Se oye un silbido afónico, estridente... El tren empieza a ir más lento y, finalmente, se detiene. Salgo del vagón y voy al bufé a beber, para darme valor. En el bufé se amontona el público y la brigada del tren.

—Hum... ¡Vodka, y no es amargo! —dice el respetable conductor, dirigiéndose a un señor gordo. El señor gordo quiere decir algo y no puede: se le atragantó en la boca de la garganta un bocadito avejentado.

—¡Gendarme! ¡Gendarme! —grita alguien en la plataforma con la voz con que gritaban, en los tiempos de Maricastaña, antes del diluvio, los mastodontes, los ictiosaurios y los plesiosaurios hambrientos... Voy a echar una mirada, ¿de qué se trata? Junto a uno de los vagones de primera clase, está parado un señor con una cucarda, y le señala sus pies al público. Al infeliz, mientras estaba dormido, le sacaron las botas y las medias...

—¿En qué voy a ir ahora pues? —grita—. ¡Yo tengo que ir hasta Rivélia! ¡Ustedes deben mirar!

Ante él está parado el gendarme, y le asegura que «aquí no se puede gritar»... Voy a mi vagón n.º 224. En mi vagón es lo mismo: la tiniebla, el resoplido, los olores a tabaco y a fusel, huele a espíritu ruso. Junto a mí resopla un detective judicial pelirrojo, que va de Riazán a Kiev... A dos o tres pasos del detective dormita una muchacha bonita... Un campesino con sombrero de pajilla jadea, resopla, se voltea

hacia todos lados, y no sabe dónde poner sus piernas largas. Alguien en un rincón come y masculla a oídos de todos. Abajo de los bancos, el pueblo duerme el sueño de los héroes. Una puerta chirría. Entran dos viejecitas arrugadas con morrales a la espalda...

—¡Nos sentamos aquí, madre mía! —dice una—. ¡Qué oscuridad pues! Una tentación, y solamente... Por poco piso a alguien... ¿Y dónde está Pajóm?

—¿Pajóm? ¡Ah, padrecitos! ¿Dónde está él pues? ¡Ah padrecitos!

La viejecita se revuelve, abre la ventana y escudriña la plataforma.

—¡Pajóm! —temblequea— ¿Dónde estás? ¡Pajóm! ¡Estamos aquí!

—¡Tengo una desgracia! —grita una voz tras la ventana—. ¡No me dejan entrar a la máquina!

—¿No te dejan? ¿Quién no te deja? ¡Escupe! ¡Nadie puede no dejarte, si tienes un billete verdadero!

—¡Ya no venden billetes! ¡Cerraron la caja!

Por la plataforma alguien lleva un caballo. Trote y bufido.

—¡Ve atrás! —grita el gendarme—. ¿Adónde te metes? ¿Por qué armas escándalo?

—¡Petróvna! —gime Pajóm.

Petróvna se despoja del hatillo, agarra con sus manos una gran tetera de hojalata, y sale corriendo del vagón. Toca la segunda llamada. Entra un conductor pequeño, de bigotitos negros.

—¡Si comprara el billete! —se dirige a un anciano, sentado frente a mí—. ¡El inspector está aquí!

—¿Sí? Hum... Eso no es bueno... ¿Cuál? ¿El príncipe?

—Bueno... Al príncipe, aquí, no lo traes ni a palos...

—¿Entonces, quién es pues? ¿De barba?

—Sí, de barba...

—Bueno, si es ése, pues no es nada. Es un buen hombre.

—Como quiera.

—¿Y van muchas liebres^[30]?

—Unas cuarenta almas.

—¿Pero? ¡Bravos! ¡Ay de los comerciantes!

El corazón se me encoge. Yo también voy de liebre. Siempre voy de liebre. En las vías férreas llaman liebres a los señores pasajeros que dificultan el cambio de dinero no de los cajeros, sino de los conductores. ¡Es bueno ir de liebre, lector! A las liebres les corresponde una tarifa no publicada aún en ningún lugar, un 75% de descuento, no tienen que amontonarse alrededor de la caja, sacar el billete del bolsillo a cada instante, los conductores son más amables con ellos y... ¡todo lo que quieran, en una palabra!

—¿Que yo pague alguna vez algo?! —farfulla el anciano—. ¡Pues nunca! Yo le pago al conductor. ¡El conductor tiene menos dinero que Poliakov^[31]!

Tintinea la tercera llamada.

—¡Ah, *mátushkas*! —se preocupa una viejecita—. ¿Dónde está Petróna? ¡Pues ya es la tercera llamada! Un castigo de Dios... ¡Se quedó! Se quedó, la pobre... Y sus cosas están aquí... ¿Qué hacer pues con las cosas, con la bolsa? ¡Mis carnales, pues ella se quedó!

La viejecita se queda pensativa por un instante.

—¡Deja que se quede con sus cosas! —dice, y arroja la bolsa de Petróna por la ventana.

Vamos hacia la estación Caldeado, y en la guía es Fosa común. Entran el inspector y el conductor con una vela.

—¡Sus billetes! —grita el conductor.

—¡Sus billetes! —se dirige el inspector a mí y al anciano.

Nos ovillamos, encogemos, escondemos las manos y clavamos los ojos en el rostro vivificante del conductor.

—¡Reciba! —le dice el inspector a su guía, y se aparta. Estamos salvados.

—¡Su billete! ¡Tú! ¡Su billete! —empuja el conductor a un tipo dormido. El tipo se despierta y extrae de su gorro un billete amarillo.

—¿Adónde vas pues? —dice el inspector, volteando el billete entre sus dedos—. ¡Tú no vas allá!

—¡Tú, alcoroque, no vas allá! —dice el conductor—. ¡No tomaste ese tren, cabeza! ¡Te hace falta a Árbol vivo, y nosotros vamos a Caldeado! ¡Toma! ¡Y nunca hace falta ser un imbécil!

El tipo parpadea con esfuerzo, mira de modo estúpido al público sonriente y empieza a frotarse los ojos con la manga.

—¡No llores! —le aconseja el público—. ¡Tú mejor ruégale! ¡Un imbécil tan grandote, y llora! Seguro estás casado, tienes hijos.

—¡Su billete! —se dirige el conductor a un segador con cilindro.

—¿Sí?

—¡Su billete! ¡Voltéate!

—¿El billete? ¿Acaso hace falta?

—¡El billete!

—Entendemos... ¿Por qué no dárselo, si hace falta? ¡Se lo damos! —el segador con cilindro se busca en su seno y, a una velocidad de dos *viershóks*^[32] y medio por hora, saca de ahí un papel mugriento y se lo entrega al conductor.

—¿A quién le das? ¡Esto es el pasaporte! ¡Tú dame el billete!

—¡No tengo otro billete! —dice el segador, visiblemente alarmado.

—¿Cómo pues viajas, cuando no tienes billete?

—Pero yo pagué.

—¿A quién le pagaste? ¿Por qué mientes?

—Al conductor.

—¿A quién?

—¡Y el diablo sabe a quién! Al conductor, eso es todo... No compres el billete, me dice, te vamos a llevar así... Bueno, y no lo compré...

—¡Pues tú y yo vamos a hablar en la estación! ¡*Mesdame*, su billete!

La puerta chirría, se abre y, para nuestro asombro general, entra Petróvna.

—A la fuerza encontré el vagón, madre mía... ¿Quién los entiende?, todos son iguales... Y a Pajóm pues, no lo dejaron entrar, áspides... ¿Dónde está mi bolsa?

—Hum... Una tentación... ¡Te la tiré por la ventana! ¡Pensaba que te habías quedado!

—¿Adónde la tiraste?

—Por la ventana... ¿Quién te conocía pues^[33]?

—Gracias... ¿Quién te mandó? ¡Pero qué bruja, perdona Señor! ¿Qué hacer ahora? La tuya no la tiraste, bellaca... ¡Mejor hubieras tirado tu morro! Aaah... ¡que se te salgan!

—¡Va a haber que telegrafiar desde la próxima estación! —aconseja el público riéndose.

Petróvna empieza a vociferar y maldice de modo sacrílego. Su amiga aguanta su bolsa y llora asimismo. Entra el conductor.

—¿De quién son estas cosas? —grita, llevando en sus manos las cosas de Petróvna.

—¡Bonita! —me susurra un anciano vis-a-vis, señalando con la cabeza a la bonita—. Hum-m-m... bonita... ¡Qué diablo, no hay cloroformo! ¡Le daría a oler un poco, y bésala a todo trapo! ¡Bueno que todos están dormidos!

El sombrero de pajilla se voltea y se enoja, a oídas de todos, con sus piernas desobedientes.

—Científicos... —farfulla—. Científicos... ¡Seguro no irás, contra la esencia de las cosas y los objetos! Científicos... hum... ¡Seguro no hacen así, que se pueda desatornillar y atornillar las piernas a voluntad!

—Yo ahí no tengo que ver... ¡Pregúntele al ayudante del fiscal! —delira mi vecino detective.

En un rincón lejano, dos alumnos de gimnasio, un oficial y un joven de lentes azules, a la luz de cuatro cigarrillos, juegan a las cartas...

A mi derecha está sentada una señora alta, de la raza de las «se entiende por sí mismo». Apesta a polvos y a suciedad.

—¡Ah, qué encanto este camino! —le susurra al oído cierto ganso, le susurra de modo empalagoso, hasta lo repulsivo, articulando de modo afrancesado las letras *e*, *n* y *s*—. ¡En ningún lugar se da un acercamiento tan rápido y agradable, como en el camino! ¡Te amo, camino!

Un beso... otro... ¡El diablo sabe qué! La bonita se despierta, recorre con los ojos el público y, de modo inconsciente, pone su cabeza en el hombro del vecino, un sacerdote de Temis^[34]... ¡y el imbécil duerme!

El tren se detiene. El apeadero.

—El tren se detiene por dos minutos... —farfulla un bajo afónico, cascado, fuera del vagón. Pasan dos minutos, pasan dos más... Pasan cinco, diez, veinte, y el tren aún está parado. ¿Qué diablo es esto? Salgo del vagón y me dirijo a la locomotora.

—¡Iván Matvéich! ¿Tú pronto pues, finalmente? ¡Diablo! —grita el conductor hacia abajo de la locomotora.

De abajo de la locomotora, el maquinista sale arrastrándose bocabajo, rojo, mojado, con un trozo de hollín en la nariz...

—¿Tú tienes Dios, o no? —se dirige al conductor—. ¿Tú eres hombre, o no? ¿Por qué me empujas? ¿No ves, o qué? Aah... ¡que se les salga a todos!... ¿Acaso esto es una locomotora? ¡Esto no es una locomotora, sino un trapo! ¡No puedo llevar en ésta!

—¿Qué hacer pues?

—¡Haz lo que quieras! ¡Dame otra, en ésta no voy a ir! Pero ponte en la situación...

Los ayudantes del maquinista corren alrededor de la locomotora incorregible, golpetean, gritan... El jefe de estación, con una visera roja, está parado al lado, y le cuenta a su ayudante chistes de la muy alegre vida hebrea... Llueve... Me dirijo al vagón... Por mi lado corre el desconocido con el sombrero de pajilla y la blusa gris oscuro... En sus manos una maleta. Esa maleta es la mía... ¡Dios mío!

SALON DES VARIÉTÉS

(Салон де варьете)

—¡Cochero! ¡Duermes, diablo! ¡Al *Salon des variétés*!

—¿A la guarida picante? ¡Treinta kopeks!

La entrada y el solitario alguacil parado en la entrada iluminados por los faroles. Un rublo veinte por la entrada y veinte kopeks por el cuidado del abrigo (lo último, por lo demás, no es obligatorio). Usted pone un pie en el primer peldaño, y ya le dan los fortísimos olores del *boudoir*^[35] barato y el vestuario de baño. Los visitantes levemente bebidos... *A propos*: no vaya al *Salon* si usted, éste, no... Estar un poquito «achispado» es más que obligatorio. Es un principio. Si el visitante entrante sonríe y parpadea con ojos aceitosos, pues es un buen signo: no morirá de tedio, e incluso probará cierta beatitud. ¡Pena pues para él si está sobrio! No le gustará el *Salon des variétés* y, al llegar a la casa, zurrará a los niños para que ellos cuando crezcan no vayan al *Salon*... Los visitantes levemente bebidos renquean hacia arriba por la escalera, entregan a la perversa sus billetes, entran a la habitación, decorada con las imágenes de los grandes, se desperezan y, valientemente, se precipitan en la vorágine. Por todas las habitaciones deambulan, hacia atrás y adelante, de puerta en puerta, los ansiosos de sensaciones fuertes; deambulan, se aglomeran, se recuestan de rincón en rincón, como si buscaran algo... ¡Qué mezcla de tribus, rostros, colores y olores! Las damas son rojas, azules, verdes, negras, multicolores, abigarradas, como las xilografías de tres kopeks...

A estas damas las vimos aquí el año pasado, y el antepasado. Ustedes las verán aquí el año próximo. Escotes no hay ni uno: y no tienen vestidos, y... no tienen pechos. Y qué nombres sublimes: Blanche, Mimi, Fanny, Emma, Isabella y... ¡ni una Matrióna, Mávra, Pelaguéya! ¡Un polvo terribilísimo! Partículas de rubor y de polvo, vapores de alcohol suspendidos en el aire... Es penoso respirar, y se quisiera estornudar...

—¡Qué descortés es usted, hombre!

—¿Yoo? ¡Ah... hum... así! ¡Permítame expresarle en prosa, que nosotros entendemos muy bien sus ideas femeniles! ¡Permítame proponerle la manita!

—¿Eso a santo de qué? Usted primero preséntese... ¡¡Convide primero con algo!!

Llega volando un oficial, toma a la dama por los hombros y la voltea de espalda hacia el joven... Al último eso no le gusta... Tras pensar un poco, se da por ofendido, toma a la dama por los hombros y la voltea hacia sí...

A través de la multitud se abre paso un alemán enorme, con una fisonomía estúpida, borracha; sufre de eructación a oídos de todos; tras él anda a pasitrote un pequeño hombrecito picado de viruela, que aprieta su mano...

—¡E... ek! ¡Gek!

—¡Agradezco humildemente por el humilde eructo! —dice el hombrecito.

—No es nada... ¡E... ek!

Junto a la entrada de la sala la multitud... En la multitud dos jóvenes mercaderes gesticulan con las manos afanosamente, y se odian el uno al otro. Uno está rojo como un cangrejo, el otro pálido. Ambos, por supuesto, están borrachos como una cuba.

—¿Y si por la jeeeta?

—¡¡Asno!!

—Y si... ¡Tú eres el asno! ¡¡Filántropo!!

—¡Degenerado! ¿Por qué gesticulas con las manos? ¡Momio! ¡Y tú eres un momio!

—¡Señores! —se oye desde la multitud una voz femenina—. ¿Acaso se puede maldecir así delante de las damas?

—¡Y las damas, a los cerdos! ¡El diablo calvo para mí, tus damas! ¡A miles así les doy de comer! ¡Tú, Kátka, no este... no te metas! ¿Para qué él me ofendió? ¡Pues yo no lo toqué!

Hacia el joven mercader pálido se acerca volando un petimetre con una corbata enorme, y lo toma por el brazo.

—¡Mítia! ¡Papá está aquí!

—¿Nnno?

—¡Por Dios! ¡Con Sónka, está sentado a una mesa! ¡Por poco no me vio con sus ojos! Diablo viejo... ¡Hay que irse! ¡¡Pronto!!

Mítia lanza su última, penetrante mirada al enemigo, lo amenaza con el puño y se esfuma...

—¡Zvierintiólkin! ¡Ve allá! ¡Ahí Ráiza te busca!

—¡Al diablo con ella! ¡No deseo! Un picaporte parece... Yo otra *madame* me elegí... ¡Luisa!

—¿Qué te pasa? ¿El cañón ese?

—En eso pues y está, hermano, toda la esencia, en que es un cañón... ¡Al extremo una mujer! ¡No la abarcas!

La *fraulein*^[36] Luisa está sentada a la mesa. Es alta, gorda, sudorosa y pesada, como una babosa... Ante ella, en la mesa, una botella de cerveza y el gorro de Zvierintiólkin... Los contornos del corsé se destacan en su enorme espalda

groseramente. ¡Qué bien hace ella en esconder sus pies y sus manos! Sus manos son grandes, rojas y callosas. Aún el año pasado vivía en Prusia, donde lavaba los pisos, cocinaba para el *herr* pastor la *Biersoupe*^[37] y hacía de niñera de los pequeños Schmidts, Millers y Schults... Pero al destino le plugo perturbar su sosiego: ella se enamoró de Fritz, Fritz se enamoró de ella... Pero Fritz no se puede casar con una pobre, ¡él se llamaría a sí mismo imbécil, si se casara con una pobre! Luisa le juró a Fritz amor eterno, y se fue de la querida *vaterland*^[38] a las frías estepas rusas, a ganar la dote... Y ahora ella cada noche va al *Salon*. De día hace cajitas y teje un mantel. Cuando se reúna la sabida suma, ella se irá a Prusia y se casará con Fritz...

—*Si vous n'avez rien à me dire*^[39] —se difunde desde la sala...

En la sala es el vocerío... Aplauden a todo el que aparezca en la escena... El cancanito es pobrecito, malito, pero en las primeras filas hay una salivación de placer... Échenle una mirada al público en el momento que vociferan: «¡Abajo los hombres!». ¡Denle en ese momento al público una palanca, y éste volteará la tierra! Gritan, vociferan, chiflan...

—Sssh... sh... sh... —sisea un oficialito a cierta señorita en las primeras filas...

El público protesta frenético contra el siseo, y con los aplausos se estremece toda la Gran Dmítrovka. El oficialito se levanta, levanta la cabeza y, con importancia, entre murmullos y rumores, sale de la sala. ¡La dignidad, entonces, la mantuvo!

Truena la orquesta húngara. ¡Qué pitusos son todos estos húngaros, y qué mal tocan! ¡Confunden a su Hungría!

Tras el bufé están parados el mismo señor Kuznietzów y una *madame* de cejas negras; el señor Kuznietzów está de copero, la *madame* recibe el dinero. Las copitas son tomadas con arrebató.

—¡Una cooopita de vodka! ¡Escuche! ¡De vodka!

—¿Arañamos Kólia? ¡Toma, Mujtár!

Un hombre de cabeza pelada mira la copita estúpidamente, se encoge de hombros y, con exasperación, se traga el vodka.

—¡No puedo, Iván Ivánich! ¡Yo tengo una lesión de corazón!

—¡Déjalo! ¡No le va a pasar nada a tu lesión si tomas!

El joven con la lesión de corazón bebe.

—¡Otra copita!

—No... Yo tengo una lesión de corazón. Yo, así, ya me tomé siete.

—¡Déjalo!

El joven bebe...

—¡Hombre! —suplica una muchacha de barbilla afilada y ojos de conejo: ¡convídemme con una cena!

El hombre hace melindres...

—¡Quiero comer! Una sola ración...

—Te pegaste... ¡Mozo!

Es servido un pedazo de carne... La muchacha come y... ¡cómo come! Come con la boca, con los ojos, con la nariz...

En el tiro al blanco hay un tiroteo encarnizado... Las tirolesas, sin descansar, cargan las armas... Y dos tirolesas no son tan feas... A un costado está parado un pintor que pinta a una tirolesa a bocamanga.

—Hasta pronto... ¡Que estén saludables! —gritan las tirolesas.

Dan las dos... En la sala los bailes. Ruido, vocerío, gritos, chillido, cancán... Un bochorno terrible... Los descargados se cargan de nuevo en el bufé, y hacia las tres ya está listo el barullo.

En los gabinetes separados...

¡Por lo demás, vámonos! ¡Qué agradable es la salida! Si yo fuera el dueño del *Salon des varietés*, cobraría no por la entrada, sino por la salida...

JUICIO SUMARÍSIMO

(CyA)

La isba del tendero Kuzmá Yegórov. Hace calor y bochorno. Los condenados mosquitos y las moscas se amontonan, fastidiosos, junto a los ojos y las orejas... Hay una nube de humo de tabaco; pero no es a tabaco a lo que huele, sino a pescado en salmuera. Aburrimiento en el ambiente, en las caras, en el zumbido de los mosquitos...

Una gran mesa. Sobre ella, un platillo con cáscaras de nuez, unas tijeras, un bote de ungüento verde, gorras de visera, jarras vacías. Alrededor están sentados el propio Kuzmá Yegórov, el alcalde, el practicante Ivanov, el sacristán Feofan Manafuilov, el bajo Mijailo, el compadre Parfenti Ivanich y el guardia Fortunatov, que ha venido de la ciudad y es huésped de su tía Anisia. A cierta distancia de la mesa se encuentra Serapion, hijo de Kuzmá Yegórov, que trabaja de barbero en la ciudad y ha llegado a pasar las fiestas con su padre. Siente una gran desazón, y con mano temblorosa se pellizca el bigotillo. La isba de Kuzmá ha sido arrendada temporalmente para instalar en ella una enfermería; y en el zaguán esperan ahora los pacientes. Acaban de traer una aldeana con una costilla rota [...]. Tendida a la entrada de la isba, gime y aguarda a que el practicante se digne prestarle atención. Bajo las ventanas se agolpan los curiosos que han acudido a ver a Kuzmá azotar a su hijo.

—Todos ustedes dicen que miento —declara Serapion—, y por eso no pienso hablar demasiado. En el siglo diecinueve, papaíto, las palabras valen poco, porque la teoría, según saben ustedes, no puede existir sin la práctica.

—¡A callar! —le ordena, riguroso, el padre—. Déjate de cuentos y di dónde has metido mi dinero.

—¿Su dinero? ¡Ejem!... Usted es lo bastante discreto para comprender que no he tocado su dinero. No es para mí para quien guarda sus billetes. Y no me gusta pecar...

—Debiera usted ser franco, Serapion Kuzmich —le alecciona el sacristán—. ¿Por qué cree que le interrogamos? Queremos convencerle, colocarle en el buen camino... Su papá no desea otra cosa que su beneficio... Por eso nos ha pedido que vengamos... Sea sincero. ¿Quién no ha pecado en este mundo? ¿Ha cogido usted los veinticinco rublos que su padre tenía en la cómoda, o no los ha cogido?

Serapion escupe hacia un lado y no dice una palabra.

—¡Habla! —vocifera Kuzmá Yegórov descargando un puñetazo en la mesa—. ¡Dinos de una vez si has sido tú o no has sido!

—Como ustedes quieran. No voy a meterme en discusiones...

—En *discursiones* —le corrige el guardia.

—Bueno, pues en discursiones. Quedaré yo por ladrón. Pero hace usted mal en

gritarme de esa manera, papaíto. Tampoco hay razón para aporrear la mesa: por mucho que le pegue usted no conseguirá hundirla en tierra. Nunca he cogido dinero suyo, y si alguna vez lo cogí fue por necesidad... Soy una persona viviente, un sustantivo animado, y necesito dinero. No soy una piedra.

—Si necesitas dinero, ve y gánalo en vez de quitarme el mío. No eres mi único hijo. ¡Sois siete!

—Lo comprendo sin que me lo diga; pero, como muy bien sabe usted, no puedo ganar lo necesario a causa de mi poca salud. Tendrá usted que responder ante Dios Nuestro Señor por haberme echado en cara un mendrugo de pan.

—¿Poca salud, dices? Para el oficio que tienes... Pelar cabezas y rapar barbas... Pero tú hasta de eso huyes.

—¿Qué oficio es el mío? ¿Es acaso, una profesión? Ni es oficio ni beneficio. Y mi propia educación no me permite vivir de él.

—Se equivoca usted, Serapion Kuzmich —replica el sacristán—. Su trabajo es respetable y tiene mucho de espiritual, porque lo realiza en una capital de provincia, pelando y afeitando a personas instruidas y nobles. Hay hasta generales que no desprecian su oficio...

—De los generales, si ustedes quieren, puedo contarles yo mismo más de cuatro cosas.

El practicante Ivanov está bebido.

—Según nuestro criterio médico —interviene—, tú eres una friega de aguarrás y nada más.

—Ya conocemos la medicina de usted... Permítame que le pregunte: ¿quién fue el que el año pasado estuvo a punto de hacerle la autopsia a un albañil borracho en lugar de hacérsela a un cadáver? Si no se despierta, lo abre usted en canal... ¿Y no es usted quien mezcla el aceite de castor con aceite de linaza?

—En la medicina, es imprescindible...

—¿Y por qué se fue Malania al otro mundo? Le dio usted un purgante, luego un tónico y después otro purgante. Ni que decir tiene: reventó la pobre. Usted no debiera curar personas, sino perros. Y perdone la franqueza.

—A Malania, que Dios la tenga en su santa gloria —le ataja el padre—. Que Dios la tenga en su gloria. No fue ella la que robó el dinero, ni estamos hablando de ella. A ver, dime tú: ¿se lo has llevado a Aliona?

—¡Ejem!... ¿A Aliona? Vergüenza debiera darle mentarla en presencia del clero y del señor gendarme.

—Muy bien, muy bien, pero dime: ¿te llevaste el dinero o no te lo llevaste?

El alcalde se levanta, enciende un fósforo sobre su rodilla y lo acerca respetuosamente a la pipa del guardia.

—¡Puuuf! —se enoja éste—. Me has llenado de azufre la nariz...

Después de encender, el mantenedor del orden se levanta de su asiento, se aproxima a Serapion, y, mirándole fijamente, lleno de cólera, le grita con voz de

trueno:

—¿Quién eres tú? ¿Qué viene a ser esto? ¿Por qué sales con ésas? ¿Eh? ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué no contestas? ¿Insubordinación? ¿Te apoderas del dinero ajeno? ¡Silencio! ¡Contesta! ¡Habla! ¡Responde!

—Si puede...

—¡A callar!

—Si puede... ¡hable más bajo! Si acaso... ¡No crea que le temo! ¡Presume usted demasiado y no es más que un imbécil! Si acaso mi padre quiere martirizarme, estoy dispuesto... ¡Tortúrenme! ¡Azótenme!

—¡Silencio! ¡¡A caaa-llar!! Ya sé lo que piensas. ¿Eres un ladrón, o qué eres? ¡Silencio! ¿Delante de quién estás? ¡Cállate esa boca!

—Conviene aplicarle un castigo —suspira el sacristán—. Ya que no quiere aliviar su culpa confesando, habrá que azotarle, Kuzmá Yegórov. Creo que es necesario.

—Zurradle —interviene el bajo Mijailo con voz tan lúgubre que todos se asustan.

—Por última vez: ¿has sido tú, o no? —le pregunta Kuzmá Yegórov.

—Como ustedes quieran. Atórménenme. Aquí me tienen dispuesto...

—¡Azotadlo! —dicta Kuzmá su sentencia y, rojo como la grana, sale de detrás de la mesa.

El público se agolpa sobre las ventanas. Los enfermeros se apiñan junto a la puerta alargando el cuello. Hasta la mujeruca de la costilla quebrada levanta la cabeza.

—Tiéndete —ordena Kuzmá Yegórov a su hijo.

Serapion se despoja de la chaquetilla, se persigna y, resignado, se tiende en el banco.

—Martirícenme —dice.

Kuzmá Yegórov se quita el cinturón, contempla al público unos instantes, como en espera de que alguien le ayude, y acto seguido comienza el castigo.

—¡Uno, dos, tres! —Mijailo va contando los azotes—. ¡Ocho, nueve!

El sacristán, de pie en un rincón, los ojillos fijos en el suelo, hojea un libro.

—¡Veinte, veintiuno!

—¡Basta! —decide Kuzmá Yegórov.

—¡Más, más! —gruñe el guardia Fortunatov—. ¡Dale más! ¡Zúrrale fuerte! ¡Así, así!

—Creo que debieran darle unos azotes más —opina el sacristán, dejando de hojear el libro.

—¡Hay que ver! ¡Ni una queja! —se asombra el público.

Los enfermos abren paso. La mujer de Kuzmá Yegórov penetra en la habitación. Crujen, al andar, sus enaguas almidonadas.

—Kuzmá —se dirige al marido—, ¿qué dinero es este que he encontrado en tu bolsillo? ¿No será el que buscabas?

—El mismo... Levántate, Serapion. Ha aparecido el dinero. Me lo metí ayer en el

bolsillo, y luego se me olvidó...

—¡Dale más! —sigue mascullando Fortunatov— ¡Zúrrale! ¡Así!

—El dinero ha aparecido. Levántate.

Serapion se incorpora, se pone la chaquetilla y se sienta junto a la mesa. Sigue un largo silencio. El sacristán, desconcertado, se suena en el pañuelo.

—Dispensa por lo ocurrido —murmura Kuzmá Yegórov dirigiéndose a su hijo—. No lo tomes a mal... ¿Quién diablos iba a imaginarse que aparecería? Perdona...

—No tiene importancia... Ya estamos acostumbrados... No se apuren... Siempre me verán dispuesto a soportar cualquier tormento...

—Toma, bebe un poco... Te aliviará...

Serapion bebe, levanta orgulloso su naricilla y sale de la isba como un héroe. Y el guardia Fortunatov, rojo, con los ojos saltones, sigue largo tiempo dando vueltas por el patio y repitiendo:

—¡Dale más! ¡Zúrrale! ¡Así!

LA OFICINA DE ANUNCIOS DE ANTOSHA CH.

(Контора объявлений Антоши Ч.)

Para comodidad de los sres. que publican alquiló en *El espectador*, por 1881, una sección para la inclusión de propaganda y publicaciones de diverso género.

El ^[40]artel de revendedores teatrales

Por medio de ésta tiene el honor de informar que, para comodidad del público, escogió como sede una taberna, cerca del teatro. En vista de la próxima llegada de la célebre Sarah Bernhardt, hizo un acuerdo con quien se debe, y presta servicios.

Doctor Chertolóbov

Especialista en afecciones femeninas, masculinas, infantiles, de pecho, de columna, de cuello, de nuca y muchas otras. Recibe diariamente desde las 7 de la mañana hasta las 12 de la noche. A los pobres los cura el 30 de febrero, 31 de abril y 31 de junio gratis, y el 29 de febrero con gran descuento. Molchánovka, pas. Gávrikov, casa propia.

En la librería *Tiempo nuevo* salieron a la venta los siguientes libros:

En estado interesante, novela en 4 p., de Marskói ^[41]. Precio 5 r. 23 k. *En memoria del doc. Debay* ^[42], folleto, de él mismo.

Pocilga de puercos, instalación de ésta y de sus habitantes, obr. del rétor Ev. Lvov ^[43].

Yo no estuve en el aniversario, poema lírico de él mismo. ¡*Hacia allá le es el camino!*, oda del jesuita Tarakánchik y de su pipiólo Zitósich ^[44]. P. 30 k.

En las nubes, novela de Andréi Piechérskii en 14 p. (Continuación de *En las montañas* y *En los bosques*).

Los gaceteros y el compadreo, obr. de un redactor quemado. *Diccionario eslavófilo-ruso*. 40 000 palabras necesarias para la lectura de Rusia ^[45].

¡¡¡Diez por ciento!!!

de los 10 000 de ganancia anual de los sres. médicos, deseosos de entrar conmigo en comisión.

Maestro de oficios sepulcrales Chérievov

Se tienen listos ataúdes de todas las clases posibles. Para los moribundos al por mayor hay descuento. Ruego a los sres. moribundos protegerse contra las falsificaciones.

Se necesita cocinera

sobria, que sepa lavar, y que solo no colabore en *La hojita*. Gran Ordínka, pas. Zamoskvoriétzkii, c. del alférez Niegodiáev.

Triquina sin embutido

se puede adquirir en el almacén del mercader Majamiétov, en cualquier hilera.

Abogado judicial I. N. Moshénnikov

lleva causa. En caso de sentencia acusatoria propone fianza. Perdida toda esperanza de casarme vendo mi dote. ¡Yegómshka!, ¡ven, tóname! Señorita Nievínnova.

Vidente del bulevar Zvietnói

tiene el honor de informar a los sres. redactores que ella sabe cuántos suscriptores tiene y cuántos tendrá cualquier revista en el próximo año 1882. Pago por palabra: un rublo.

Ejecutores testamentarios del mercader Visliáev

tienen el honor de informar que los 10 rublos, dejados por el finado para entrega a aquél, que escriba una comedia imposiblemente estúpida, han sido entregados el 15 de noviembre al autor de la comedia *La ciudad se anula*^[46].

Los mil ciento cuarenta y cuatro editores de *La gaceta rusa* informan con profundo pesar a sus tíos, tías, lectores y colaboradores sobre la irreversible defunción de su amada criatura, *La gaceta rusa*^[47], ocurrida tras larga y penosa corrupción. Funerales, por carencia de benefactores, no habrá. El cuerpo de la finada ha sido entregado al anfiteatro anatómico. La autopsia reveló atrofia del cerebro y muerte por inanición. Los despojos mortales han sido mojados en alcohol y enviados, como preparado, a la sección secreta del museo de Winkler, en el bulevar Zvietnói.

En el museo de Winkler^[48], en el bulevar Zvietnói,

además de toda clase de tonterías de los países del Viejo y el Nuevo mundo, se exponen aun las siguientes rarezas:

1) *Carroza teatral*, construida en 1343. Incluye 26 bailarinas, 8 padres nobles y 5 viejas cómicas. No sirve para nada, pero es majestuosa. La parte superior la rompió la semana pasada, antes del ensayo, un gorrión que se posó en la carroza, para aprovecharse de la guata que cae del gorro del cochero.

2) *Dos caballos teatrales*, enganchados a la mencionada carroza, de pelaje indefinido, sin crin, sin cola, con patas de tornillo. Uno tiene 84 años, el otro 67. En uno de ellos, en 1812, fue hecho prisionero el general francés, marqués *Blanmange*^[49]. Se alimentan de paja y malas hierbas. Dicen que son los mejores caballos teatrales. Para las carreras apenas sirven... Aman el asunto teatral, y (*¡¡oh*,

equina simplicitas!!)^[50] se consideran miembros activos de la corporación artística.

3) *Retrato del jesuita Zitóvich con ropa de monje*. La boca abierta y la mano derecha imponentemente levantada. Bajo él la inscripción: «Veni, vidi, non vinci^[51]», agarré y... por supuesto, me fui. «Homo maximissimus^[52]».

4) *Apolo del Belvedere*. Joya del arte. Adquirido por 10 000 rub. Tomando en cuenta que nuestro museo es visitado por *mesdames*, *mesdemoiselles* y jóvenes menores de 25 años, nosotros, en vista de la moralidad, por consejo del sr. inspector de la escuela de pintura, vestimos la estatua de frac. Vistió Age, cilindro de Posch y calzado de Lvov.

5) *Red*, con la que sedujo el perverso Antonio a la hermosa Cleopatra.

6) *Rata blanca (stultum animal^[53])*, de 1 ¼ pies de tamaño. Raro ejemplar. Hallado en 1880 en un bollo horneado por Filippov^[54]. Preparado en alcohol. Novedad para los zoólogos jóvenes.

Dentista Lampenmac

Enseña al público los dientes. Pas., Ajajáevskii, casa n.º 35 ½.

ESTO Y AQUELLO

(POESÍA Y PROSA)

(И то и се. Поэзия и проза)

Un hermoso mediodía helado. El sol juega en cada copo de nieve. No hay nubes ni viento.

En un banco del bulevar está sentada una pareja.

—¡Yo la amo! —susurra él.

En las mejillas de *ella* juegan cupidos rosados.

—¡Yo la amo! —continúa él...—. ¡Al verla por primera vez, entendí para qué vivo, y conocí el fin de mi vida! ¡La vida con usted, o la inexistencia absoluta! ¡Querida mía! ¡María Ivánovna! ¿Sí o no? ¡María! María Ivánovna... La amo... Mániechka... ¡Responda, o moriré pues! ¿Sí o no?

Ella levanta hacia él sus ojos grandes. Le quiere decir «sí». Abre su boca.

—¡Ah! —grita ella.

Por los cuellos blancos como la nieve de *él*, pasándose la una a la otra, corren dos grandes chinches... ¡¡Oh, horror!!

«Querida *mámienka* —escribía cierto pintor a su *mámienka*—. ¡Voy a verla! ¡El jueves por la mañana voy a tener la dicha de apretarla contra mi pecho lleno de amor! Para alargar la dulzura del encuentro llevo conmigo... ¿A quién? ¡Adivine! ¡No, no adivinará, *mámienka*! ¡No adivinará! ¡Yo llevo conmigo al milagro de la belleza, a la perla del arte humano! Llevo (veo su sonrisa) ¡al Apolo del Belvedere!».

«¡Querido Kóliechka! —respondió la *mámienka*—. Me alegro mucho de que vengas. ¡Que Dios te bendiga! ¡Ven solo, y al señor del Belvedere no lo traigas contigo, para nosotros mismos no hay qué comer!».

El aire está lleno de fragancias que disponen a la ternura: huele a lila, a rocío, canta el ruiseñor, brilla el sol... y demás.

En el jardín urbano, en un banquito, bajo una ancha acacia, está sentado un estudiante de gimnasio de octavo grado, con un uniforme nuevecito, los lentes en la nariz y los bigotitos. A su lado una bonita.

El estudiante la tiene de la mano, tiembla, palidece, se sonroja y susurra palabras

de amor.

—¡Oh, yo la amo! ¡Oh, si usted supiera cómo la amo!

—¡Y yo lo amo! —susurra ella.

El estudiante la toma por el talle.

—¡Oh vida! ¡Qué buena eres! ¡Me ahogo, me asfixio de felicidad! Tenía razón Platón, al decir que... ¡Sólo un beso! ¡Olía! ¡Un beso, y nada más en el mundo!

Ella, con languidez, baja los ojos... ¡Oh, y ella ansía un beso! Los labios de él se acercan a los labios rosados de ella... El ruiseñor canta aún más fuerte...

—¡Vaya a clase! —se oye un tenor trémulo sobre la cabeza del estudiante.

El estudiante levanta la cabeza, y por ésta se desliza el kepis... Ante él está el inspector...

—¡Vaya a clase!

—Gulp... ¡Ahora es el recreo grande, Alexándér Fiódorovich!

—¡Vaya! ¡Usted ahora tiene lección de latín! ¡Se quedará hoy por dos horas!

El estudiante se levanta, se pone el kepis y va... va y siente en su espalda los ojos grandes de ella... Tras él va a pasitrote el inspector...

En la escena dan Hamlet.

—¡Ofelia! —grita Hamlet—. ¡Oh, ninfa!, recuerda mis pecados...

—¡Se le desprendió el bigote derecho! —susurra Ofelia.

—Recuerda mis pecados... ¿Ah?

—¡Se le desprendió el bigote derecho!

—¡Maaaldición!, en tus santas plegarias...

Napoleón I invita a la marquesa de Schally a un baile en palacio.

—¡Yo vendré con mi esposo, su alteza! —dice *Madame* Schally.

—Venga sola —dice Napoleón—. A mí me gusta la buena carne sin mostaza.

ESTO Y AQUELLO

(CARTAS Y TELEGRAMAS)

(И то и се. Письма и телеграммы)

Telegrama

Toda la semana bebo a la salud de Sara. ¡Maravilloso! Parada, se muere. Lejos están los nuestros de los parisinos. Estás sentado en la butaca como en el paraíso. A Mánka una reverencia. Petróv.

Telegrama

Al teniente Yegórov. Ve y toma mi billete. No iré más. Una tontería. Nada particular. Sólo se perdió el dinero.

Del doctor en medicina Klopson al doctor en medicina Ferfluchterschwein

¡Colega! Ayer vi a S. B. Su pecho está paralítico, plano. Sus esqueletos óseo y muscular están desarrollados no de modo satisfactorio. Su cuello es hasta tal punto largo y delgado, que se ven no sólo las *venae jugulares*, sino hasta la *arteriae carotides*. Los *musculi sterno-cleido-mastoidei* apenas se advierten. Sentado en la segunda fila, oía los ruidos anémicos de sus venas. Tos no tiene. En la escena la arroparon, lo que me dio motivo para concluir que tenía fiebre. Constató *anaemia* y *atrophia musculorum*. Es notable. Sus glándulas lacrimosas responden a los estímulos de la voluntad. Las lágrimas goteaban de sus ojos, y en su nariz se advertía la hiperemia cuando, de acuerdo a las leyes teatrales, tenía que llorar.

De Nadia N. a Katia J.

¡Querida Katia! Ayer estuve en el teatro y vi allí a Sara Bimar. ¡Ah Kátiechka, cuántos brillantes tiene! Yo toda la noche lloré por la idea de que nunca tendré tantos brillantes. Sobre su vestido lo transmitiré en palabras... Cómo quisiera ser Sara Birnar. ¡En la escena bebían champán verdadero!, muy extraño Katia, yo hablo francés perfectamente, pero no entendía nada de lo que hablaban los actores en la escena, hablaban como que distinto. Yo estaba sentada... en la galera, mi anormal no pudo conseguir otro billete. ¡Anormal!, lamento que el sábado estuve fría con S., él me

hubiera conseguido en la platea. S., por un beso, está dispuesto a todo. Para hacer rabiar al anormal, mañana mismo vendrá a casa S., nos conseguirá billete a ti y a mí.

Tuya, N.

Del redactor al colaborador

¡Iván Mijáilovich! ¡Pero esto es una puercada! Andorrea cada noche al teatro con el billete de la redacción, y al mismo tiempo no aporta ni una línea. ¿Qué espera pues? Hoy Sarah Bernhardt es la sensación del día, hoy hay que escribir sobre ella. ¡Apúrese, por Dios!

Respuesta: Yo no sé qué escribirle. ¿Elogiarla? Esperemos por ahora a ver qué escriben los otros. El tiempo no se irá.

Suyo, J.

Estaré hoy en la redacción. Prepare el dinero. Si le da lástima el billete, pues mande por éste.

Carta de la Sra. N. a ese mismo colaborador

¡Usted es una almita, Iván Mijáilich! Gracias por el billete. A Sara me cansé de verla, y le ordeno elogiarla. ¿Pregunte en la redacción, si mi hermana puede ir hoy al teatro con los billetes de la redacción?! Muchísimo me obligará.

Reciba, y demás.

Suya, N.

Respuesta: Se puede... con pago, por supuesto. El pago no es grande: permiso para presentarme en su casa el sábado.

De la esposa al redactor

Si no me envías hoy el billete para Sarah Bernhardt, pues no vengas a casa. Para ti, entonces, tus colaboradores son mejores que tu esposa. ¡Que esté yo hoy en el teatro!

Del redactor a la esposa

¡Mátushka! ¡Siquiera tú no te metas! ¡Yo sin ti no tengo adonde voltear la cabeza con esta Sara!

Del librito de apuntes del acomodador

Ahora dejé entrar a cuatro. Catorce rub.

Ahora dejé entrar a cinco. Quince r.

Ahora dejé entrar a tres y a una *madame*. Quince rub.

... Bueno que no fui al teatro y vendí mi billete. Dicen que Sarah Bernhardt actuó en lengua francesa. De todas formas, no hubiera entendido nada...

Mayor Kovaliów

¡Mítia! Hazme el favor, ruégale de algún modo más suave a tu esposa para que, al sentarse con nosotros en el palco, se maraville en voz más baja con los vestidos de Sarah Bernhardt. En el pasado espectáculo susurraba en voz tan alta, que yo no oía de qué se hablaba en la escena. Ruégale, pero más suave. Muchísimo me obligarás.

Tuyo, U.

Del esclavista J. al hijo

¡Hijo mío! Yo abrí mis ojos y vi el signo de la perversión... Miles de personas rusas, ortodoxas, que hablaban de la unión con el pueblo, iban en multitudes al teatro y ponían su oro a los pies de la hebrea... Liberales, conservadores...

¡Almita! Aunque me polvorees la ranita con azúcar, de todas formas no me la voy a comer...

Sobakiévich.

EL PECADOR DE TOLEDO

(TRADUCCIÓN DEL ESPAÑOL)

(Грешник из Толедо. Перевод с испанского)

«A la persona que indicare el paradero de la bruja llamada Maria Espalanzo o la presentare viva o muerta ante el Tribunal, le será concedida indulgencia plenaria».

Así rezaba un anuncio firmado por el obispo de Barcelona y por cuatro jueces en uno de aquellos días lejanos que han dejado huellas imborrables en la historia de España y acaso de la humanidad entera.

Toda Barcelona leyó el anuncio. Comenzaron las pesquisas. Fueron aprehendidas sesenta mujeres, que tenían algún parecido con la «bruja» en cuestión. Se dio tormento a los familiares de todas ellas... Existía la creencia, hoy ridícula, pero entonces profunda, de que las brujas poseían la facultad de convertirse en gatos, en perros y en otros animales, siempre de color negro. Se contaba que, a menudo, algún cazador que llevaba como trofeo la garra de un animal que le había atacado, llegaba a casa y, al abrir el zurrón, encontraba una mano ensangrentada en la cual reconocía la de su mujer. La población de Barcelona exterminó a todos los gatos y perros negros; pero entre sus inútiles víctimas no apareció María Espalanzo.

Era María hija de un gran comerciante barcelonés. De su padre, francés de origen, había heredado la despreocupación gala y la infinita alegría que tanto adorna a las francesas; y de su madre, hispana, un cuerpo típicamente español. Hermosa, siempre contenta, inteligente, dedicada por entero a la jovial ociosidad de su tierra y a las artes, no había derramado una lágrima a los veinte años. Era feliz como un niño. El mismo día en que cumplió la veintena se casó con el marino Espalanzo, conocido en toda Barcelona, muy guapo y, al decir de la gente, uno de los nombres más instruidos de España. Se casó por amor. Su marido, que le había jurado matarse si no la hacía feliz, la amaba con locura.

Un día después de la boda, la suerte de la joven fue decidida.

Al atardecer salió de su nueva casa, para ir a la de su madre; y se perdió en la ciudad. Barcelona es grande; y no todos sus vecinos sabrían indicar el camino más corto de un punto a otro. María se tropezó con un joven fraile.

—¿Me hace el favor de decirme cómo se va a la calle de San Marcos? —le preguntó.

El fraile se detuvo y, con aire pensativo, se puso a mirarla... Ya se había ocultado el sol. La luna lanzaba sus fríos rayos sobre el bello rostro de la joven. ¡Por algo los poetas, cantando a las mujeres, recuerdan a la luna! Bañada por su luz, una cara femenina es mil veces más bonita. La abundante cabellera negra de María caía sobre

sus hombros y sobre su pecho, jadeante por el rápido andar. Al tratar de recogerse el pelo en el cuello, María mostró el antebrazo hasta el codo...

—¡Por la sangre de San Jenaro, juro que eres una bruja! —exclamó el fraile inopinadamente.

—Si no fueses un religioso, creería que estabas borracho —replicó ella.

—¡Tú eres bruja!

Y el fraile murmuró entre dientes misteriosos exorcismos.

—¿Dónde está el perro que acaba de pasar ante mí? —continuó—. Ese perro se ha convertido en ti. ¡Yo lo he visto!... Aunque no tengo aún veinticinco años, he descubierto ya a cincuenta brujas. Tú haces cincuenta y una. Soy Agustín...

Dicho esto, se santiguó; y, dando la vuelta, se perdió de vista.

María tenía noticia de Agustín... Sus padres le habían hablado mucho de él. ¡Se le conocía como el más celoso exterminador de las brujas y como autor de un libro muy sabio en el que maldecía a las mujeres y abominaba de los hombres por haber nacido de ellas. Cosa de quinientos metros más adelante, María volvió a encontrarse con Agustín. Del portal de una gran casa que ostentaba un largo letrero en latín, salieron cuatro figuras negras, que la dejaron pasar y la siguieron. Una era la de Agustín. Las cuatro sombras fueron tras ella hasta su propia casa.

A los tres días, un hombre vestido de negro, carirredondo y afeitado, probablemente juez, se presentó en casa de Espalando y ordenó al marino que compareciese sin dilación ante el obispo.

—Tu mujer es bruja —declaró éste.

Espalanzo palideció.

—Da gracias a Dios —prosiguió el obispo—. Un ser que posee el precioso don de descubrir en la gente el espíritu del mal nos ha abierto los ojos a nosotros y a ti. Vio a tu mujer convertirse en un perro negro y al perro convertirse luego en tu mujer...

—¡No es una bruja! ¡Es... mi esposa! —tartamudeó Espalanzo completamente abatido.

—¡Ésa no puede ser la esposa de un católico! ¡Es la esposa de Satanás! ¿No has advertido hasta ahora, infeliz, que te ha traicionado en más de una ocasión para entregarse al espíritu maligno? Corre a tu casa y tráenosla...

El obispo era persona sumamente docta. Descomponía la palabra *femina* en dos vocablos latinos: *fe* y *minus*, haciendo resaltar que la mujer tiene menos *fe*...

Espalanzo, lívido como un cadáver, salió del palacio episcopal mesándose los cabellos. ¿Dónde y cómo iba a demostrar ahora que María no era bruja? ¿Quién se atrevería a contradecir lo que asegurasen los frailes? Toda Barcelona se convencería de que su mujer era una bruja. ¡Toda Barcelona! No había cosa más fácil que hacer creer un infundio a la gente ingenua. Y todos los españoles, a juicio de Espalanzo, eran de una gran ingenuidad.

—No hay gente más cándida que los españoles —le había dicho su padre, médico

de profesión, en el momento de morir—. No les hagas caso ni creas en lo que creen ellos.

Espalanzo creía lo mismo que los españoles; pero no dio crédito a las palabras del obispo. Conocía perfectamente a su esposa y sabía que si las mujeres se hacían brujas, esto era tan sólo en la vejez...

—¡Los frailes quieren quemarte, María! —anunció a su mujer, apenas llegó a casa—. Dicen que eres bruja y me han ordenado que te lleve *allí*... Escucha, amor mío: si verdaderamente eres lo que afirman, conviértete en gato negro y márchate con Dios. Y si no encierras en tu cuerpo el espíritu del mal, ¡no te entregaré a los frailes! Te cargarían de cadenas y no te dejarían dormir hasta que hicieras una declaración falsa contra ti misma. ¡Si eres bruja, huye!

María no se convirtió en gato negro ni huyó... Hecha un mar de lágrimas, se puso a implorar el auxilio de Dios.

—Oye, María —dijo el marino a su joven esposa—: Mi difunto padre decía que pronto llegará la hora en que la gente se reiría de quienes creen en la existencia de las brujas. Mi padre era ateo; pero nunca mintió. Por eso creo que lo procedente es ocultarte en algún sitio y esperar que llegue esa hora... Es muy sencillo: en el puerto están reparando el barco de mi hermano Cristóbal. Te esconderé allí; y no saldrás hasta que llegue la época de que hablaba mi padre... Él aseguraba que sería pronto.

Por la tarde ya estaba María oculta en la bodega del barco; y, temblando de frío y de miedo, ponía oído al rumor de las olas y esperaba ansiosa el imposible milagro del advenimiento de la hora prometida por su suegro.

—¿Dónde está tu mujer? —preguntó el obispo a Espalanzo.

—Se volvió gato y huyó de mi casa —mintió aquél.

—Lo esperaba y lo predije. Pero no importa. La encontraremos. Es muy grande la virtud de Agustín. ¡Una gracia milagrosa! Vete con Dios y no se te ocurra volver a casarte con una bruja. Ha habido casos en que los espíritus malignos se han trasladado de las mujeres a los maridos... El año pasado quemamos a un católico piadoso que, por contacto con una mujer impura, entregó su alma a Satanás... Puedes marcharte.

María permaneció mucho tiempo en el barco. Su marido la visitaba todas las noches y le llevaba lo necesario para subsistir. Pasó un mes, pasaron dos, tres... Y la ansiada época sin llegar... Llevaba razón el padre de Espalanzo; pero unos cuantos meses son poca cosa para desterrar los prejuicios que, por estar muy arraigados, necesitan siglos. María, acostumbrada ya a su nueva vida, comenzaba a reírse de los frailes, a los que llamaba cuervos... Y hubiera vivido mucho más, e incluso se hubiera ido con el buque reparado —como proponía Cristóbal— a cualquier otro país, lejos de la obcecada España, de no haber ocurrido una desgracia horrible e irreparable.

El anuncio del obispo, que corría de mano en mano por Barcelona y había sido pegado en todas las plazas y en los mercados, llegó también a poder de Espalanzo,

que quedó meditabundo al leer la promesa de una indulgencia plenaria.

—¡Qué felicidad poder lograrla! —suspiró.

Espalanzo se consideraba un gran pecador. Pesaban sobre su conciencia numerosos delitos por los cuales habían muerto en la hoguera o en el tormento muchos católicos. Había vivido en Toledo siendo joven. Por aquel entonces, era Toledo el punto de atracción de magos y hechiceros... En los siglos XII y XIII, las matemáticas florecían allí más que en ninguna parte de Europa. De las matemáticas a la magia sólo había un paso en las ciudades españolas... Espalanzo, dirigido por su padre, también se había dedicado a la magia: disecaba animales y recogía hierbas enigmáticas... Una vez machacó algo en un almirez; y, de pronto, salió de él, con gran estruendo, el espíritu del mal en forma de llama azulina. La vida en Toledo consistía en una sucesión constante de pecados parecidos. Espalanzo, que se marchó de aquella ciudad al morir su padre, no tardó en experimentar horribles remordimientos de conciencia. Un viejo y docto monje le advirtió que semejantes faltas sólo podrían perdonársele mediante alguna proeza extraordinaria. Por lograr el perdón, librando su alma del recuerdo de la bochornosa vida de Toledo y salvándose del infierno, Espalanzo hubiera hecho cualquier cosa: hubiera dado la mitad de su hacienda si se hubieran vendido indulgencias en la España de entonces; y hubiera hecho una peregrinación a los Santos Lugares, de no habérselo impedido sus negocios.

«Si no fuera mi mujer, la entregaría», pensó al leer el anuncio del obispo.

La idea de que le bastaba pronunciar una palabra para obtener la indulgencia no se le iba del cerebro, produciéndole una desazón continua, día y noche... Amaba a su mujer; la amaba con pasión... A no ser por aquel amor, por aquella flaqueza tan despreciada por los monjes y aun por los doctores de Toledo, quizá se decidiera a delatarla... Espalanzo mostró el anuncio a su hermano Cristóbal.

—Yo la entregaría —dijo éste— si fuera bruja y no fuese tan hermosa... Evidentemente, la indulgencia supone una gran cosa. Pero tampoco perderemos nada si esperamos a que María se muera y entonces les damos su cadáver a esos cuervos. Que la quemen muerta. Así no sufrirá. Ella morirá cuando seamos viejos. Y, precisamente, en la vejez es cuando necesitaremos el perdón de los pecados...

Así diciendo, Cristóbal soltó una carcajada y dio a su hermano una fuerte palmada en el hombro.

—Es que yo puedo morirme antes que ella —objetó Espalanzo—. ¡Por Dios que la entregaría si no fuese su marido!

Una semana después, Espalanzo se paseaba por la cubierta del barco murmurando entre sí:

—¡Oh, si estuviera muerta! ¡Viva no la entregaré jamás! Pero muerta sí que la entregaría... Engañaría a todos esos cuervos viejos; y me darían la absolución...

Y el estúpido de Espalanzo envenenó a su pobre esposa...

El cadáver de María fue conducido ante los jueces y quemado en la hoguera.

Espalanzo consiguió el perdón de los pecados de Toledo... Le perdonaron el haber aprendido a curar a los hombres y el haberse dedicado a una ciencia que, posteriormente, recibió el nombre de química. El obispo elogió su proceder y le regaló un libro del que era autor. El sabio prelado decía en su obra que los demonios preferían introducirse en las mujeres de pelo negro porque el negro era el color de los demonios.

PREGUNTAS ADICIONALES

(PARA LAS TARJETAS PERSONALES DEL CENSO ESTADÍSTICO, PROPUESTAS POR ANTOSHA CHEJONTÉ)

(Дополнительные вопросы к личным картам статистической переписи,
предлагаемые Антошей Чехонте)

16) ¿Es usted una persona *inteligente* o *estúpida*?

17) ¿Usted es una *persona honrada*?, ¿un *estafador*?, ¿un *bandido*?, ¿un *canalla*?, ¿un *abogado* o?

18) ¿Qué folletinista le viene más de alma? ¿Suvórin? ¿Búkva^[55]? ¡Amicus^[56]!
¿Lukín^[57]? ¿Yúlii Shreyer^[58] o?

19) ¿Es usted Josefo^[59] o Calígula^[60]? ¿Susana^[61] o Nana^[62]?

20) ¿Su esposa es *rubia*?, ¿*trigueña*?, ¿*castaña*?, ¿*pelirroja*?

21) ¿Le *pega* a usted su esposa o *no*? ¿Usted le *pega* o *no*?

22) ¿Cuántas libras pesaba usted cuando tenía diez años?

23) ¿Bebidas alcohólicas, consume?, ¿*sí* o *no*?

24) ¿En qué pensaba usted la noche del censo?

25) ¿A Sarah Bernhardt, *la vio*?, ¿*no*?

PROPAGANDAS Y ANUNCIOS CÓMICOS

(INFORMÓ ANTOSHA CHEJONTÉ)

(Комические рекламы и объявления. Сообщил Антоша Чехонте)

Declaración del dentista Walter

A mi conocimiento ha llegado que mis pacientes toman al recién llegado dentista Walter por mí, y por eso tengo el honor de informar que yo vivo en Moscú, y ruego a mis pacientes no mezclarme con Walter^[63]. No es él Walter^[64], sino soy yo Walter. Pongo dientes, vendo una tiza triturada inventada por mí para la limpieza de los dientes, y tengo el letrero más grande. Las visitas las hago de corbata blanca.

Dentista junto a la casa de fieras de Winkler, *Walter*.

En la librería de Léujin se venden los siguientes horribles libros:

Manual autodidáctico de amor ardiente, o ¡Ah, tú, cerdo! Obra de Idiótov, precio 1 r. 80 k.

Cartas completas. Obra del doctor en blasfemia, Mierzávziev, p. 4 r.

Secretos secretos del amor secreto, o Cartera de placeres amorosos, p. 5 r.

Diccionario de todas las palabras indecentes usadas en todos los países del mundo, p. 7 r.

Apuntes de un calcetín femenino, o ¡Ay de la inocencia! p. 1 r. 50 k.

Método para pervertir, seducir, corromper, encender y demás. Libro de cabecera para jóvenes. Precio 6 r. por 4 tomos.

Los secretos de la naturaleza o ¿Qué es el amor? Libro para niños menores de edad con *polytypages*^[65] en el texto, p. 3 r. 50 k.

A los dados de alta un 25% de descuento. Los compradores por más de 50 r., reciben gratis 50 tarjetitas fotográficas y una llavecita de reloj con panorama.

Abierta la suscripción del año 1882

para el gran semanal, político, literario, comercial y asombroso periódico.

La gaceta de las novedades y de la bolsa

editada por los accionistas de la sociedad, con un capital básico de 3 000 000 de mar. fin. o cerca de 1200 r., repartidos en 3000 acciones de 1000 m. f. cada una.

La gaceta de las Novedades tiene:

dos fábricas de papel propias, un redactor muy ingenioso propio^[66], una tipografía propia, una librería propia

y desde el año 1882 va a tener:

una casa propia, un establo propio para los burros propios, una casa propia para los dementes, una sección de deudas propia y una taberna propia.

La gaceta se imprime con las acciones de la sociedad antes recordada.

Se escaparon los suscriptores:

Quien los encuentre, que los entregue a la redacción de *El minuto*.

Recompensa: un apretón de manos del redactor^[67].

Salieron a la venta las siguientes obras del abogado Smirnov^[68]:

El derecho del puño. Traducción del tártaro. Para estudiantes de derecho, p. 1 r.

¿Pegar o no pegar? p. 3 r.

Fisiología del puño. p. 1 r.

A los libreros y abogados: descuento.

A Moscú llegaron:

La súbdita francesa *Nana Sujoróvskaya*^[69], de Petersburgo. Se hospedó en las Líneas Petróvskii.

De Moscú salieron:

El corresponsal Molchánov^[70] y el Polo sur.

Ciento cuarenta y cinco abogados a Taganrog^[71].

Velada musical-cantoral-literaria-bailable

con la participación de

la sra. Nana Sujoróvskaya

a favor de los habitantes de Herculano y Pompeya víctimas del Vesubio, en el Bazar eslavo.

29 de febrero.

Programa:

¡Hace frío, peregrinos, hace frío^[72]! Llorará el sr. Ivánov-Koziélskii^[73].

¡¿Y dónde están nuestros talentos?! ¡Qué diablos! Se indignará el sr. Avérkiev^[74].

La cabeza a la cabeza con la cabeza la cabeza le rompió. Silbará el redactor Lánin^[75].

Soy culpable acaso yo...^[76]. Cantará m-me Briénko^[77].

La pobreza saltará, la pobreza danzará... Baile gitano, ejecutarán artistas del Teatro pushkiniano.

Y pues finado Nikolai, pero yo... Obertura, ejecutará el sr. Shostakóvskii^[78].

¡No todo pobre está en cueros!, cantará, bailando, la sra. Nana Sujoróvskaya.

¿Para qué ser modesto? Pushkin primero, Lérmontov segundo, y yo, Vielichkov, tercero... Por el sr. Vielíchkov^[79], que no sabe leer, leerán sus amigos.

Mañana, mañana, no hoy, ¡así hablan los perezosos! Cantará el redactor de El ciego^[80].

Inicio a las 7.30 horas.

Para caso de desmayo por bochorno (45 ° R), se cuenta con médico y alcohol de amoniaco gratis.

TAREAS DE UN MATEMÁTICO LOCO

(Задачи сумасшедшего математика)

1. Me perseguían 30 perros, de los cuales 7 eran blancos, 8 grises y los restantes negros. Se pregunta: ¿en qué pierna me mordieron los perros, en la derecha o en la izquierda?
2. Autolimio^[81] nació en el 223, y murió tras vivir 84 años. Una mitad de la vida la pasó en viajes, un tercio lo gastó en placeres. ¿Cuánto vale una libra de clavos y estuvo acaso casado Autolimio?
3. En el año nuevo, de la mascarada del teatro Bolshói fueron sacados 200 hombres por pelea. Si los que peleaban eran doscientos pues, ¿cuántos eran los injuriosos, los borrachos, los levemente borrachos y los que deseaban, pero no hallaban ocasión de pelear?
4. ¿Qué se obtiene tras la suma de esas cifras?
5. Se compraron 20 cajas de té. En cada caja había 5 *puds*, cada *pud* tenía 40 libras. De los caballos que cargaban el té, dos se cayeron en el camino, uno de los cocheros se enfermó y 18 libras se derramaron. La libra tiene 96 *zolotniks* de té. Se pregunta, ¿qué diferencia hay entre el pepino en salmuera y la perplejidad?
6. La lengua inglesa tiene 137 856 738 palabras, la francesa 0,7 más. Los ingleses se juntaron con los franceses y unieron ambas lenguas en una. Se pregunta, ¿qué vale el tercer papagayo y cuánto tiempo se necesitó para subyugar a esos pueblos?
7. El miércoles 17 de junio de 1881, a las 3 de la madrugada, debió salir el tren de la estación A por la vía férrea, para llegar a la estación B a las 11 de la noche pero, antes de la misma partida del tren, se recibió la orden de que el tren llegara a la estación B a las 7 de la noche. ¿Quién ama más prolongado, el hombre o la mujer?
8. Mi suegra tiene 75 años y mi esposa 42. ¿Qué hora es?

Informó Antosha Chejonté

¡SE OLVIDÓ!

(Забыл!!)

Alguna vez un mañoso teniente, bailador y faldero, y ahora un hacendado gordito, bajito y ya dos veces enfermo de parálisis, Iván Prójorich Gauptvájtov, extenuado y torturado con las compras de la esposa, entró a un gran almacén musical a comprar unas notas.

—¡Saludos! —dijo entrando al almacén—. Permítame...

Un alemán pequeño, parado tras el mostrador, estiró el cuello a su encuentro, y mostró en el rostro un sonriente signo inquisitivo.

—¿Qué ordena?

—Permítame... ¡Hace calor! ¡Un clima tal, que no puedes hacer nada! Permítame... Mmmm... me... Mm... Permítame... ¡¡Me olvidé!!

—¡Acuérdese!

Gauptvájtov puso el labio superior sobre el inferior, arrugó su frente pequeña como un ovillo, levantó los ojos y se quedó pensando.

—¡¡Me olvidé!! ¡Qué, perdona Señor, memoria de demonio! Mire, este... éste... Permítame... Mm... ¡¡Me olvidé!!

—Acuérdese...

—Le dije a ella: ¡apúntamelo! Pues no... ¿Por qué no me lo apuntó? No puedo yo pues recordarlo todo... ¿Y puede ser, usted mismo sabe? Una pieza extranjera, se toca así, alto... ¿Ah?

—Nosotros tenemos tanto, sabe, que...

—Bueno sí... ¡Se entiende! Mm... Mm... Déjeme acordarme... Bueno, ¿cómo hacer pues? Y sin la pieza no se puede ir; Nádia se atormenta, mi hija, o sea; la toca sin notas, sabe, es embarazoso... ¡no sale eso! Ella tenía las notas pero yo, confieso, sin querer, las manché de queroseno, y para que no hubiera gritos, las tiré detrás de la cómoda... ¡No me gustan los gritos de las mujeres! Me mandó a comprarlas... Bueno sí... Fff... ¡Qué gato importante! —Y Gauptvájtov acarició a un gran gato gris, que estaba tumbado sobre el mostrador... El gato empezó a ronronear y se estiró con apetito.

—Bueno... ¡Un canalla, a saber, siberiano! De raza, el bribón... ¿Es gato o gata?

—Gato.

—Bueno, ¿qué miras? ¡Jeta! ¡Imbécil! ¡Tigre! ¿Cazas ratones? ¿Miau, miau? ¡Qué memoria de anatema! ¡Grande, el bribón! ¿Un gatito de él, aquí, no se puede conseguir?

—No... Hum...

—Si no, lo compraría... Mi esposa, es un horror cómo quiere al prójimo de éste, ¡a los gatos! ¿Cómo hacer ahora pues? Todo el camino lo recordé, y ahora lo

olvidé... ¡Perdí la memoria, *shabbath*! Me puse viejo, pasó mi tiempo... Es hora de morir... Se toca así alto, con trucos, solemnemente... Permítame... Ujum... La canto, puede ser...

—Cante... *oder... oder*^[82]... ¡o chíflela!

—Chiflar en un local es pecado... Mire, en nuestro país, Sidiélnikov chifló, chifló, y se rechifló... ¿Usted es alemán o francés?

—Alemán.

—Así así, yo por el semblante lo advierto... Bueno que no es francés... No me gustan los franceses... Jriú, jriú, jriú... ¡una puercada! Durante la guerra comían ratones... Chiflaba en su tienda desde la mañana hasta la noche, ¡y rechifló todo su abarrote por una tubería! Está lleno de deudas ahora... Y me debe doscientos rublos... Yo, a veces, la cantaba para mí, con la nariz... Hum... Permítame... La voy a cantar... Espere. Ahora... Ujum... La tos... Me pica la garganta...

Gauptvájtov, tras chasquear tres veces con los dedos, cerró los ojos y empezó a cantar en falsete:

—To-to-ti-to-tom... Jo-jo-jo... Me sale tenor... En casa yo más, siempre, como un tiple... Permítame... Tri-ra-ra... Ujum... En los dientes, se me trabó algo... ¡Tfú! Una semillita... O-to-o-o-uu... Ujum... Me resfrié, debe ser... Tomé cerveza fría en la taberna... Tru-ru-ru... Todo así, arriba... y después, sabe, abajo, abajo... Entra así de costado, y después se toma una nota alta, así, desparramada... to-to-ti... muu. ¿Entiende? Y ahí, en ese momento, se toman los bajos: gu-gu-gu-tutu... ¿Entiende?

—No entiendo.

El gato echó una mirada a Gaupvájtov con asombro, se empezó a sonreír, debe ser, y se bajó del mostrador con pereza.

—¿No entiende? Lástima... Por lo demás, yo no lo canto así... ¡Me olvidé por completo, qué fastidio!

—Tóquelo en el piano de cola... ¿Usted toca?

—No, no toco... Toqué el violín alguna vez, en una sola cuerda, y eso así... a lo imbécil... No me enseñaron... Mi hermano Nazár toca... A ése le enseñaron... El francés Rocat, puede ser que lo conozca, Benedict Francish, le enseñó... Un francesito gracioso... Le decíamos Bonaparte... Se enojaba... «Yo, dice, no soy Bonaparte... Yo, soy de la república francesa»... Y su morro, a decir verdad, era republicano... Un morro de perro por completo... A mí, mi finado padre no me enseñó nada... A tu abuelo, decía, le pusieron Iván, y tú eres Iván, y por eso tú debes parecerle a tu abuelo en todas tus acciones: ¡a lo militar, bellaco! ¡¡A la pólvora!! Unas ternuras hermano... hermano... Yo, hermano... ¡Yo, hermano, las ternuras no te las permito! El abuelo, en cierto sentido, comía tasajo, ¡y tú come eso! ¡La montura póntela debajo de la cabeza, en lugar de la almohada! ¡Me va a tocar ahora en la casa! ¡Me van a comer! Sin las notas no se permite llegar... ¡Adiós, en ese caso! ¡Disculpe la molestia! ¿Cuánto vale ese piano de cola?

—¡Ochocientos rublos!

—Fu-fu-fu... ¡Padrecito! Eso se llama: ¡cómprate un piano de cola y anda sin pantalones! ¡Jo-jo-jo! ¡¡¡Ochocientos rub... blos!!! ¡El labio no es tonto! ¡Adiós! ¡*Sprechensie! Gebensie*^[83]... Yo almorcé, sabe, una vez, en casa de un alemán... Después del almuerzo, le pregunto a un señor, alemán también, cómo decir en alemán: «¡Le agradezco humildemente por el pan, por la sal!». Y él me dice... y me dice... Permítame... Y dice: *Ich liebe dich von ganzem herzen!* ¿Y eso qué significa?

—¡Yo... yo te amo —tradujo el alemán, parado tras el mostrador—, con todo el corazón!

—¡Ahí tiene! Yo me acerco a la hija de la ama, y le digo así directo... Le entra una confusión... Casi hasta la histeria llegó el asunto... ¡Una comisión! ¡Adiós! Por la mala cabeza duelen los pies... Así a mí... Una desgracia con la memoria imbécil: ¡unas veinte veces vienes! ¡Que esté saludable!

Gauptvájtoy abrió la puerta con cuidado, salió a la calle y, tras dar cinco pasos, se puso el sombrero.

Reprendió a su memoria y se quedó pensando...

Se quedó pensando en cómo llegaría a su casa, cómo se levantarían a su encuentro su esposa, su hija, sus niñitos... Su esposa examinará las compras, lo reprenderá, lo llamará como algún animal, burro o buey... Sus niñitos se lanzarán sobre los dulces y, con exasperación, empezarán a estropear sus ya estropeados estómagos... Saldrá a su encuentro Nádia, con un vestido celeste y una corbata rosada, y le preguntará: «¿Compraste las notas?». Tras oír «no», reprenderá a su viejo padre, se encerrará en su habitación, empezará a sollozar y no saldrá a almorzar... Después, saldrá de su habitación y, llorosa, muerta de dolor, se sentará al piano de cola... Tocaré al principio algo lastimero, cantará algo, tragando las lágrimas... Al atardecer, Nádia se pondrá más contenta y, finalmente, tras suspirar profundo, por última vez, tocará su preferido: to-to-ti-to-to...

Gauptvájtoy se golpeó la frente y, como un loco, corrió de vuelta hacia el almacén.

—¡To-to-ti-to-to, ésa! —empezó a vociferar, entrando corriendo al almacén—. ¡¡Me acordé!! ¡Esa misma! ¡To-to-ti-to-to!

—Ah... Bueno, ahora se entiende. Ésa es la rapsodia de Liszt, la número dos... La *Hongroise*...

—Sí, sí, sí... ¡Liszt, Liszt! ¡Que me pegue Dios, Liszt! ¡La número dos! Sí, sí, sí... ¡Hijito! ¡Esa misma es! ¡Amigo!

—Sí, a Liszt es difícil cantarlo... ¿A usted cuál pues, la *original* o la *facilité*?

—¡Alguna! ¡Sólo que sea la número dos, Liszt! ¡Vivaracho ese Liszt! To-to-ti-to... ¡Ja-ja-ja! ¡A la fuerza me acordé! ¡Asimismo!

El alemán tomó un cuaderno del anaquel, lo envolvió con un montón de catálogos y anuncios, y le entregó el envoltorio al solicitante Gaupvtvájtoy. Gaupvtvájtoy pagó ochenta y cinco kopeks y salió silbando.

UNA VIDA EN PREGUNTAS Y EXCLAMACIONES

(ЖИЗНЬ В ВОПРОСАХ И ВОСКЛИЦАНИЯХ)

Infancia. ¿Qué nos ha dado Dios, un hijo o una hija? ¿Será pronto el bautizo? ¡Qué niño más hermoso! ¡Ten cuidado, mamita, no se te caiga! ¡Ay, ay, que lo tiras! ¿Que le han salido ya los dientes? ¿Es escrofulosis lo que tiene? ¡Quítenle ese gato no le vaya a arañar! ¡Tírale del bigote al tío! ¡Así! ¡A ver si paras de llorar! ¡Que viene el coco! ¡Ya sabes andar solo! ¡Llévenselo de aquí! ¡Está muy mal educado! ¿Qué es lo que le ha hecho? ¡Pobre chaqueta! ¡No importa, la secaremos! ¡Ha tirado la tinta! ¡Duerme, angelito! ¡Pero si habla ya! ¡Qué alegría! ¡A ver, dinos algo! ¡Por poco lo atropella el carro! ¡Hay que despedir al aya! ¡Quítate de la corriente! ¡Debiera darle vergüenza pegarle a un nene tan pequeño! ¡No llores! ¡Dele un bollo!

Adolescencia. ¡Ven aquí, que le voy a dar unos azotes! ¿Dónde te has roto la nariz? ¡Deja en paz a tu mamita, que no eres tan pequeño! ¡No te acerques a la mesa! ¡A ti te tocará después! ¡Lee! ¿No te sabes la lección? ¡Pues al rincón! ¡Suspense! ¡No te metas clavos en los bolsillos! ¿Por qué no obedeces a mamá? ¡Come como Dios manda! ¡Deja de hurgarte la nariz! ¿Has sido tú quien ha pegado a Mitia? ¡Granuja! ¡Léeme *La Sopa de Demián*! ¿Cómo es el nominativo plural? ¡Suma y resta! ¡Fuera de la clase! ¡Te quedas sin almorzar! ¡A dormir, que son las nueve! ¡Éste no se pone caprichoso más que cuando hay huéspedes! ¡Mentira! ¡Péinate esos pelos! ¡Fuera de la mesa! ¡A ver, enséñanos las calificaciones! ¿Y si has destrozado las botas? ¡Es vergonzoso llorar a tus años! ¿Dónde te has manchado el uniforme? ¡No gana uno para vosotros! ¿Otro suspense? ¿Cuándo voy a poder dejar de castigarte? ¡Como te vea fumando te echo de casa! ¿Cuál es el superlativo de *facilis*? ¿*Facilissimus*? ¡Miente usted! ¿Quién se ha bebido el vino? ¡Muchachos, han traído un mono al patio! ¿Por qué ha dejado usted a mi hijo para el segundo año? ¡Ha venido la abuela!

Juventud. ¡Es pronto para que te pongas a beber vodka! ¡Explíqueme la sucesión de tiempos gramaticales! ¡Pronto empieza usted, joven! ¡A sus años, yo no sabía nada de eso! ¿Sigues sin atreverte a fumar delante de tu padre? ¡Qué vergüenza! ¡Recuerdos de Ninochka! ¡Abran el libro de Julio César! ¿Hay aquí *ut consecutivum*? ¡Qué guapa estás, chiquilla! ¡Déjeme, señorito... o se lo digo a su padre! ¡Habrá bribona! ¡Magnífico, me está saliendo el bigote! ¿Dónde? ¡Eso es que te lo has pintado! ¡*Nadine* tiene una barbilla encantadora! ¿En qué grado está usted? ¡Papá, reconozca que no puedo seguir sin dinero para gastos menudos! ¿Natasha? ¡La conozco! ¡He estado en su casa! ¿De modo que eras tú? ¡Pues mira qué mosquita muerta! ¡Dadme lumbre! ¡Si supieses lo que la quiero! ¡Es una divinidad! ¡En cuanto

termine la carrera me caso con ella! ¡A usted no le importa, *maman*! ¡Le dedicaré a usted unos versos! ¡Déjame la colilla! ¡Me mareo a la tercera copa! ¡Bis, bis, bravo! ¿De veras que no has leído a Born? ¡No es el coseno, sino el seno! ¿Dónde está la tangente? ¡Sonka tiene unas piernas feísimas! ¡Un beso! ¿Bebemos? ¡Hurra, he terminado la carrera! ¡Apúntemelo a mí! ¡Présteme veinticinco rublos! ¡Me caso, padre! ¡Pero si he dado mi palabra!... ¿Dónde has pasado la noche?

Entre veinte y treinta años. ¡Présteme cien rublos! ¿Qué Facultad? ¡Me da lo mismo! ¿A cómo vale la conferencia? ¡Pues no es caro! ¡Al Strelna, ida y vuelta! ¡Bis, bis! ¿Cuánto le debo? ¡Venga mañana! ¿Qué ponen hoy en el teatro? ¡Oh, si usted supiese cómo la amo! ¿Sí o no? ¿Sí? ¡Oh amor mío! ¡Mozo! ¿Le gusta el jerez? ¡María, danos unos pepinillos en salmuera! ¿Está en casa el redactor jefe? ¿Que no sé escribir? ¡Me extraña! ¿De qué voy a vivir? ¡Présteme cinco rublos! ¡Al salón! ¡Señores, está amaneciendo! ¡La he dejado! ¡Présteme el frac! ¡La amarilla al rincón! ¡Ya estoy borracho sin necesidad de beber más! ¡Me muero, doctor! ¡Préstame algo de dinero para medicinas! ¡Por poco me muero!

¿He adelgazado? ¿Nos vamos al cabaré Yar? ¡Vale la pena! ¡Deme usted trabajo, por favor! ¡Es usted... un vago! ¿Por qué ha tardado tanto? ¡No es por dinero! ¡Sí, sí es por dinero! ¡Me pego un tiro! ¡Se acabó! ¡Que se vaya al diablo! ¡Adiós, vida miserable! ¡Pero... no! ¿Eres tú, Lisa? ¡*Maman*, estoy en las últimas! ¡Mi vida toca a su fin! ¡Déjeme sitio, tío! ¡*Ma tante*^[84], el coche espera! ¿Verdad que he cambiado, *mon oncle*^[85]? ¿Me encuentra más ladino? ¡Ja, ja! ¡Firme este papel! ¿Casarme yo? ¡Jamás! ¡Ella, ay, está casada! ¡Excelencia! ¡Preséntame a tu abuela, *Serge*! ¡Es usted encantadora, princesa! ¿Vieja? ¡Qué barbaridad! ¡Lo que busca usted es que la lisonjeen! ¡Deme una butaca de segunda fila!

Entre los treinta y los cincuenta. ¡Todo ha fracasado! ¿Hay alguna vacante? ¡Nueve sin triunfos! ¡El siete de corazones! ¡*Votre excellence* la da! ¡Es usted terrible, doctor! ¿Que tengo adiposidad hepática? ¡De ninguna manera! ¡Cuánto cobran estos médicos! ¿Cuál es la dote de ella? ¡Si ahora no la ama, la amará con el tiempo! ¡Que sea enhorabuena ese matrimonio! ¡Alma mía, me es imposible no jugar! ¿Catarro gástrico? ¿Niño o niña? ¡Un retrato de su padre! ¡Te aseguro que no la conozco! ¡Desecha esos celos! ¡Vámonos, Fanny! ¿El brazalete? ¡Champán! ¡Le felicito por su ascenso! *Merci*! ¿Qué conviene hacer para adelgazar? ¿Estoy calvo? ¡No me dé la lata, querida suegra! ¿Niño o niña? ¡Estoy borracho, Karolinchen! ¡Permíteme que te dé un beso, alemanita de mi vida! ¡Ya está ese canalla otra vez con mi mujer! ¿Cuántos hijos tiene usted? ¡Ayude a este infeliz! ¡Qué hija tan encantadora la suya! ¡Los muy tunantes, lo han publicado en los periódicos! ¡Ven que te dé unos azotes, so granuja! ¿Eres tú quien me ha estropeado la peluca?

Vejez. ¿Iremos al balneario? ¡Cásate con él, hija mía! ¿Que es un imbécil? ¡No

importa! ¡Baila mal, pero hay que ver qué pantorrillas! ¿Cien rublos por [...] un beso? ¡Ay, diablilla! ¡Je, je, je! ¿Quieres que pidamos faisán, nena? ¡Hijo mío, te veo hecho... un trонера! ¡No olvide ante quién se halla, joven! ¡Ps, ps, ps! ¡Cómo me gusta la música! ¡Mozo, cham... cham... champaña! ¿Estás leyendo *El Bufón*? ¡Je, je, je! ¡Les llevo caramelos a mis nietos! ¡Mi hijo es guapo, pero yo lo fui más! ¿Dónde están aquellos tiempos? ¡No te he olvidado en mi testamento, Emochka! ¡Para que veas cómo soy! ¡Papaíto, dame el reloj! ¿Hidropesía? ¿Será posible? ¡Dios de los cielos! ¡Llora la familia? ¡Le va bien el luto! ¡Cómo huele el cadáver! ¡Que tus restos descansen en paz, honrado trabajador!

CONFESIÓN, U OLIA, ZHENIA, ZOIA

(CARTA)

(Исповедь, ши Оля, Женя, Зоя. Письмо)

Usted, *ma chère*, mi querida e inolvidable amiga, en su última y dulce carta me preguntaba, junto con otras cuestiones, por qué no me he casado todavía, a pesar de mis treinta y nueve años de edad.

Querida amiga, amo la vida familiar con toda mi alma, y no estoy casado porque el cruel destino no me lo ha permitido. En cinco ocasiones he deseado contraer matrimonio, y no he llegado a hacerlo porque todos los asuntos de este mundo, y en particular mi vida, se encuentran dirigidos por la casualidad, esa déspota. Le ofrezco unos cuantos ejemplos de cómo me ha conducido hasta ahora a llevar una vida ridículamente solitaria...

Ejemplo uno

Era una maravillosa mañana de junio. El cielo estaba tan despejado como una límpida acuarela añil. El sol jugueteaba en el río y se deslizaba sobre la hierba cubierta de rocío. El río y la hierba relucían de tal forma que daban la impresión de encontrarse recubiertos por diamantes. Los pájaros cantaban como si todos siguieran la misma partitura... Nos adentramos por un callejón salpicado por aquel sol amarillo, y con el corazón dichoso nos embriagamos del aroma de aquella mañana de junio. Los árboles nos contemplaban y con dulzura nos murmuraban palabras llenas de bondad... Las manos de Olia Gruzдовskaia —ahora está casada con el hijo del jefe de policía en tu distrito— reposaban con sosiego sobre mi mano, y su pequeño dedo meñique acariciaba mi pulgar... Sus mejillas ardían, y sus ojos... Oh, *ma chère*, eran unos ojos maravillosos. Tanto encanto, tanta verdad, tanto candor, tanta felicidad, tanta inocencia aniñada centelleaba en aquellos ojos azules. Yo estaba enamorado de sus hermosas trenzas y de las pequeñas huellas que sus diminutos pies dejaban sobre la arena...

—Olga Máximovna, he dedicado toda mi vida a la ciencia —susurré, temeroso de que su dedo meñique resbalase de mi pulgar—. El futuro contiene una silla de catedrático para mí. Mi conciencia se encuentra llena de preguntas... Científicas... La vida es complicada, llena de trabajo, trabajo que es tan significativo como las preguntas... Bueno, en una palabra, voy a ser catedrático... Soy honesto, Olga Máximovna... No soy rico, pero... Necesito una compañera que con su presencia... —Olia se avergonzó y bajo su mirada el dedo meñique comenzó a temblar—. Que con su presencia... ¡Olia! ¡Mira hacia el cielo! Es tan límpido... Mi vida es igual de

despejada, y desprovista de límites...

Mi lengua no había sido capaz de salir del laberinto en el que se había enredado cuando Olia levantó la cabeza, retiró su mano y aplaudió. Un grupo de gansos y sus bebés se dirigía hacia nosotros. Olia corrió hacia ellos y, riéndose con estruendo, extendió sus manos hacia ellos... ¡Oh, qué manos poseía, *ma chère*!

—¡*Rac, rac, rac!* —dijeron los gansos, extendiendo sus cuellos y mirando a Olia.

—¡Gansitos, gansitos! —gritó mi amada, extendiendo las manos hacia las crías.

Pero aquellos bebés poseían una sabiduría adelantada a su tierna edad. Una de ellas se alejó a toda prisa de las manos de Olia en dirección a su progenitor, un ganso muy grande y estúpido, para quejarse. El ganso extendió sus alas. La traviesa Olia se acercó a otra cría, y algo horrible ocurrió. El ganso bajó su cuello hasta el suelo y, silbando igual que una serpiente, se dirigió amenazante hacia Olia. Olia emitió un chillido lastimero y comenzó a retroceder. El ganso la persiguió. Olia se giró, pero al verlo no pudo evitar un grito aún más agudo, mientras que la palidez se imponía en su rostro, su rostro hermoso de niña, distorsionado ahora por el terror y la desesperación. Se comportaba como si la persiguieran trescientos demonios.

Yo corrí a ayudarla, y golpeé al ganso en la cabeza con mi bastón. No obstante el malévolo animal consiguió atrapar con su pico el dobladillo del vestido de Olia. Con los ojos muy abiertos y un rostro aterrorizado, temblando por todas partes, Olia hundió la cara en mi pecho...

—Eres una cobarde —dije.

—¡Golpea a ese ganso! —gritó, rompiendo a llorar.

No había nada inocente o infantil en aquel rostro aterrorizado; ¡lo único que había era estupidez! *Ma chère*, no puedo soportar la debilidad. No puedo imaginarme casado con una mujer cobarde y de corazón débil.

Los gansos lo echaron todo a perder. Calmé a Olia y me marché a casa, y su carita, apocada hasta el punto de la idiotez, no se me quitaba de la cabeza... Olia había perdido todo su encanto para mí. La abandoné.

Ejemplo dos

Amiga mía, conoces de sobra mi condición de escritor. El Señor ha iluminado una llama en mi alma, y no creo que tenga derecho a no usar mi pluma. Soy un sacerdote de Apolo... Todo, desde cada latido de mi corazón o cada bocanada que respiro, en otras palabras, todo lo que es mío, lo deposito en el altar de mi musa. Escribo, escribo, escribo... Quitadme mi pluma, y moriré. Te ríes, no me crees... Juro que es la verdad.

Pero tú lo sabes, *ma chère*: esta bola terrestre no es un buen lugar para un artista. El mundo es extenso y nos concede variados frutos, pero no es un lugar para que un escritor exista en él. Un escritor es un huérfano eterno, un exiliado, una cabeza de turco, un niño sin protección. Divido la humanidad en dos partes: los escritores y los que los envidian. Los primeros escriben, y los segundos se mueren de envidia, y

construyen trampas de lo más variadas para los primeros. He sido destruido, de continuo se me destruye, y siempre seré destruido por las personas que envidian. Destruyen mi vida. Ellos han reunido en sus manos todos los instrumentos del oficio de escritor, se llaman a sí mismos «editores», «críticos», y con toda su fuerza intentan destruir a nuestros hermanos. ¡Malditos sean!

Escucha...

Durante algún tiempo salí de paseo con Zhenia Pshíkova. No dudo que recuerdes a esa chica de cabello castaño, dulce y pensativa... Ahora está casada con tu vecino Karl Ivánovich Wantse —à propos: Wantse en alemán significa «chinche», pero no se lo digas a Zhenia, se enfadará—. Zhenia amaba al escritor dentro de mí. Ella creía tan profundamente como yo mismo en mi vocación. Mis esperanzas la hacían vivir. Pero era joven. No podía comprender la división expuesta anteriormente de la humanidad en dos grupos. Ella no creía en la misma, y un buen día alcanzamos una catástrofe.

Me encontraba visitando la dacha de los Pshikov. Me consideraban el novio, y a Zhenia la novia. Yo escribía, ella leía. ¡Qué crítica era, *ma chère*! Era tan justa como Aristides, y tan estricta como Catón. Le dedicaba toda mi obra a ella... Zhenia amaba en especial una de mis piezas. Zhenia quería verla publicada. La envié a una de las revistas humorísticas. La envié el primero de julio, y esperé una respuesta durante dos semanas. El quince de julio llegó. Zhenia y yo recibimos la revista que habíamos estado esperando. Pasamos las páginas en estado de excitación, y a continuación leímos la carta que la acompañaba. Ella se puso colorada, yo me puse blanco. El sobre contenía la siguiente nota dirigida a mí:

Aldea de Shléndovo. Al señor M. B.

Usted no posee ningún talento. ¡Sólo Dios lo sabe cuál es el tema del relato! No desperdicie sellos en vano y déjenos en paz. Intente hacer algo distinto.

—¡Valiente tontería...! Estaba claro que la carta estaba escrita por idiotas.

—Mmm... —murmuró Zhenia.

—¡Canallas! —murmuré entre dientes—. Y bien, Yevgenia Márkovna, ¿te atreverás ahora a reírte de mi división del mundo?

Zhenia lo pensó durante un minuto, y respondió soltando un tremebundo bostezo.

—En fin —dijo al cabo—, tal vez sea cierto y no poseas ningún talento. Ellos entienden de estos temas mejor que tú. El año pasado Fiódor Fedoséievich se pasó todo el verano pescando conmigo, y todo lo que haces tú es escribir, escribir... Resulta de lo más tedioso.

¿Cómo? Y esto después de nuestras noches en vela, pasadas en mutua compañía leyendo y escribiendo, tras nuestros mutuos sacrificios a las musas... No entendía nada. Zhenia se volvió fría, primero hacia mi escritura, y después conmigo. Nos separamos. No podría haber sido de otra manera...

Ejemplo tres

Ya sabes, mi inolvidable amiga, que soy un auténtico melómano. La música es mi pasión, mi elemento... Los nombres de Mozart, Beethoven, Chopin, Mendelssohn, Gounod... ¡No son nombres de hombres, sino de gigantes! Adoro la música clásica. Rechazo las operetas, igual que rechazo el vodevil. Soy uno de los auténticos *habitués* de la Ópera. Jojlov, Kochetova, Bartsal, Usatov, Korsov... ¡Son seres maravillosos! ¡Cuánto me entristece no conocer a ningún cantante! Si conociera a alguno, le regalaría mi alma en señal de gratitud. El invierno pasado asistí a la ópera con asiduidad. No iba solo, sino con los Pepsinov. Es una pena que tú no conozcas a esta tierna familia. Cada invierno, los Pepsinov reservan un palco. Se entregan a la música con toda su alma... Y la joya de esta querida familia es la hija del coronel Pepsinov, Zoia. ¡Qué muchacha, mi querida amiga! Sus labios rosados por sí solos podrían volver a alguien como yo loco. Posee una dulce figura, es hermosa, inteligente. Yo la amaba... La amaba con locura, con pasión, con un amor sin igual. Mi sangre hervía cada vez que me sentaba a su lado. Puedes sonreír, *ma chère*... ¡Vamos, sonríe! No sabes cuán diferente es el amor de un escritor... El amor de un escritor es Etna más el Vesubio. Zoia me amaba. Sus ojos siempre miraban dentro de los míos, y los míos no dejaban de buscar dentro de los suyos... Éramos felices. Sólo quedaba dar un paso antes de casarnos...

Pero nos separamos.

Estaban representando *Fausto*. *Fausto*, querida mía, fue escrita por Gounod, y Gounod es un gran músico. Al entrar en el teatro decidí que me declarararía a Zoia durante el primer acto, ya que nunca lo he comprendido. El gran Gounod escribió el primer acto en vano.

La representación comenzó. Zoia y yo nos escapamos al vestíbulo. Se sentó a mi lado, temblando con expectación y felicidad, jugueteando de forma mecánica con su abanico. En la luz de la noche, *ma chère*, era hermosa, muy hermosa.

—La obertura —comencé a explicar mis sentimientos— me ha llevado a ciertas reflexiones, Zoia Yégorovna... Tantos sentimientos, tantos... La escuchas y sueñas con... Sueñas con algo, y la escuchas...

Hipé, y continué hablando:

—Algo especial... Sueñas con algo que no sea de este mundo... ¿El amor? ¿La pasión? Sí, debe de ser eso... El amor... —hipé de nuevo—. Sí, el amor...

Zoia sonrió y se avergonzó, y se abanicó con más animación. Volví a hipar. No puedo soportar el hipo.

—Zoia Yégorovna, dígame, se lo ruego, ¿conoce usted este sentimiento? —volví a hipar—. Zoia Yégorovna, espero su respuesta.

—Yo... Yo... No le entiendo...

—Tengo hipo... Se me pasará. Le hablo sobre ese sentimiento universal, el cual... —hipé—. ¡Maldición!

—Debería beber agua.

«Me declararé, y luego iré al bufé», pensé, y continué hablando:

—Seré breve, Zoia Yégorovna... Por supuesto se habrá dado cuenta de que...

Volví a hipar, y tanto me enojé que me mordí la lengua.

—Por supuesto, se habrá dado usted cuenta —volví a hipar—. Me ha tratado durante un año... Mmm... Soy un hombre honesto, Zoia Yégorovna. Soy muy trabajador... No soy rico, eso es cierto, pero...

Volví a hipar y me levanté.

—Debería beber agua —me aconsejó Zoia.

Di unos cuantos pasos alrededor del diván, me golpeé el cuello con el dedo y volví a hipar. ¡*Ma chère*, me encontraba en la más terrible de las situaciones! Zoia se puso de pie, y se dirigió hacia el palco. La seguí. Después de que la hubiera escoltado hasta el palco, hipé y salí a toda prisa hacia el bufé. Bebí unos cinco vasos de agua, y el hipo pareció calmarse un poco. Fumé un cigarrillo y regresé al palco. El hermano de Zoia se levantó y me cedió su sitio, el que estaba justo cerca de ella. Me senté y, de inmediato... ¡Volví a hipar! Transcurrieron cinco minutos y volví a hipar, esta vez de una forma algo peculiar. Me levanté y me dirigí hacia la puerta del palco. *Ma chère*, es mejor hipar cerca de la puerta que en la oreja de la mujer que amas. Volví a hipar. Un colegial en el palco contiguo me observaba y comenzó a reírse de forma que todos le oían. ¡Con qué alegría se reía el pequeño rufián! ¡Y con cuánta alegría le habría arrancado la oreja! Se rió, justo mientras cantaban la gran aria de *Fausto* en el escenario. ¡Blasfemia! No, *ma chère*, cuando nosotros éramos niños nos comportábamos con mucho más decoro. Insultando al colegial maleducado volví a hipar... En los palcos cercanos todo el mundo se rió.

—¡*Bis!* —dijo el colegial en un susurro audible.

—¿Qué demonios ocurre? —murmuró en mi oído el coronel Pepsinov—. Podría haber hipado en su casa, señor.

Zoia se puso colorada. Volví a hipar una vez más y, con furia, apretando los puños, salí del palco. Comencé a recorrer el pasillo arriba y abajo. Anduve sin parar, y aun así continuaba hipando. Me lo comí todo, me lo bebí todo. Al principio del cuarto acto, lo tiré todo por la borda y me marché a casa. Y por supuesto tan pronto como llegué dejé de hipar... Me golpeé en la sien, y exclamé:

—¡Hipa! ¡Ahora puedes hipar, ahora, novio bobo expulsado del escenario! No, no te echaron del escenario, ¡te hiparon fuera del escenario!

Al día siguiente me dirigí como era mi costumbre a la casa de los Pepsinov. Zoia no bajó a almorzar, y me envió un mensaje diciendo que estaba enferma y no podía verme, y Pepsinov no dejaba de hablar sobre cómo ciertos jóvenes no sabían cómo comportarse en público... ¡Idiota! No sabe que los órganos que causan el hipo no están sujetos a control voluntario.

Un estímulo, mi querida, es algo que obliga a que otra cosa se mueva.

—¿Y le daría su hija, si es que tuviera tal cosa, a alguien que se permitiera eructar

en público? —me soltó Pepsinov tras el almuerzo—. Dígame. ¿Lo haría?

—Sí, lo haría... —murmuré.

—¡Pues eso estaría mal!

Así fue como Zoia terminó para mí. Ella no podía perdonarme mi hipar, de manera que morí a sus ojos.

¿Quieres que te explique otros doce ejemplos?

Lo haría, pero ya es suficiente. Las venas se han hinchado en mi frente, mis lágrimas están cayendo, y mi hígado se encuentra agitado... Oh, mis hermanos escritores, sólo el destino conoce lo que nos espera. *Ma chère*, permítame que te desee todo lo mejor. Te acaricio la mano, y envío mis respetos a tu Paul. Me han llegado rumores de que es un buen esposo y un buen padre... ¡Dios le bendiga! Es una pena que beba tanto —esto no es una crítica, *ma chère*—. Que tengas buena salud, querida mía, sé feliz, y no olvides que tienes un servidor de lo más fiel,

Makar Baldástov

EL ENCUENTRO DE LA PRIMAVERA

(RAZONAMIENTO)

(Встреча весны. Рассуждение)

Los bóreas cambiaron el céfiro. Sopla una brisa que no viene del oeste ni del sur (estoy desde hace poco en Moscú y aún no conozco bien este lugar del mundo), sopla levemente, que apenas levanta las faldas... No hace frío, de tal manera no hace frío que uno puede atreverse a pasear con sombrero, abrigo y bastón. Incluso no hiela de noche. La nieve se derritió, volviéndose agua turbia, que fluye rumorosamente desde las colinas y los cerros hasta los sucios canales; únicamente no se derritió en las calles estrechas y en las callejuelas donde sosegadamente yace amontonada bajo una capa de tierra y así permanecerá hasta mayo... En los campos, en los bosques y en los bulevares tímidamente brota la hierba verde... Los árboles aún están completamente desnudos, pero parece como si estuvieran animados. El cielo es bonito, puro, luminoso; sólo raras veces pasan nubes que dejan caer a la tierra pequeñas gotas... El sol brilla tan espléndido, tan cálido y tan tierno, que parece haber bebido y comido hasta saciarse, como si hubiera visto a un viejo amigo... Huele a hierba joven, estiércol, humo, moho, a todo tipo de basura, a la estepa y a algo muy particular... Allá donde mires, en la naturaleza todo son preparativos, labores, guisos sin fin... En esencia, llega la primavera.

El público, que ya se hartó terriblemente de gastar dinero en leña, de andar con pesadas pieles y gruesos chanclos, de respirar aire helado, húmedo y viciado, impetuosa, alegremente extiende los brazos para saludar la llegada de la primavera. La primavera es una invitada deseada, pero ¿acaso es buena? ¿Cómo les diría? Para mí, no se trata de que sea demasiado buena, y no se puede decir que sea demasiado mala. Sea como fuere, se la espera con impaciencia.

Los poetas, viejos y jóvenes, mejores y peores, dejan por un tiempo en paz a cajeros, banqueros, ferroviarios y maridos cornudos, dejan correr la pluma para componer madrigales, ditirambos, odas laudatorias, y demás obras poéticas, cantando en ellas todos los encantos primaverales... Cantan habitualmente con poca fortuna (no hablo de los presentes). La luna, el aire, la bruma, la lejanía, los deseos, «ella» está en ellos en primer plano.

Los prosistas también propenden a la armonía poética. Todos los folletines, alabanzas y vituperios comienzan y terminan con la descripción de sus propios sentimientos, a propósito de la inminente primavera.

Las señoritas y los caballeros... sufren mortalmente. Su corazón late a 190 pulsaciones por minuto, la temperatura es ardiente. Los corazones están llenos de

dulces presentimientos... La primavera lleva consigo el amor, y el amor lleva consigo «¡Tanta felicidad, tanto sufrimiento!». En nuestro dibujo la primavera mantiene a los enamorados en la cuerda floja. Y hace bien. También en el amor hace falta disciplina, ¿qué sucedería si ella dejara caer el Amor, le diera, canalla, libertad? Yo soy un hombre más bien serio, pero también a mí en virtud de los aires primaverales, acuden a mi cabeza toda clase de diabluras. Escribo, y ante mis ojos hay paseos umbríos, fuentes, pájaros, «ella» y todo lo demás. La suegra empieza a mirarme de manera sospechosa, y la mujer se deja ver junto a la ventana...

Los médicos son gente muy seria, pero tampoco ellos duermen tranquilos... Tienen pesadillas y les invaden los sueños más seductores. Las mejillas de los doctores, los practicantes y los boticarios arden sonrosadas y febriles. Y no sin motivo. Sobre las ciudades se extienden nauseabundas nieblas, y esas nieblas están compuestas de microorganismos que producen enfermedades... Duele el pecho, la garganta, los dientes... Se despiertan viejos reumatismos, gotas, neuralgias. Los tísicos tosen sin parar. En las farmacias hay terribles tumultos. El pobre boticario nunca puede comer ni tomar té. El clorato potásico, los polvos de Doverov, los ungüentos para el pecho, el yodo y estúpidos productos para los dientes se venden a montones. Escribo y escucho cómo en la farmacia vecina resuenan las monedas de cinco kopeks. Mi suegra tiene flemones en los dos carrillos: un monstruo monstruoso.

Los pequeños comerciantes, las cajas de ahorro, los caníbales prácticos, los judíos y los campesinos bailan la cachucha de la alegría. También para ellos la primavera es una bendición. Miles de abrigos de pieles van a las casas de empeños para dar de comer a los hambrientos. Toda la ropa de invierno que aún tiene valor se lleva para bendición de los judíos. Si no llevas el abrigo de piel a la casa de empeños, te quedas sin ropa de verano y te pavonearás en la casa de campo con pieles de castor y mapache. Por mi abrigo de piel que vale como mínimo 100 rublos, me dieron 32 en la casa de empeños.

En las ciudades de Berdichev, Zhitomir, Rostov, Poltava, el fango llega a las rodillas. Es un fango pardo, viscoso, fétido... Los transeúntes se sientan en casa y no asoman la nariz a la calle por si se hunden en el diablo sabe qué. Te dejas en el fango no sólo los chanclos, sino incluso las botas y los calcetines. Sal a la calle en caso de necesidad, o descalzo o en zancos, pero lo mejor es que no salgas en absoluto. En Moscú, a decir verdad, no se deja uno las botas en el fango, pero es más seguro llevar chanclos. Uno puede despedirse de los chanclos para siempre en muy pocos lugares (a saber: en la esquina de las calles Kuznetski y Petrovka, en Truba y casi en todas las plazas). De una aldea a otra no puedes ir.

Todos se disponen a pasear y regocijarse, excepto los adolescentes y los jóvenes. No se ve a la juventud por los exámenes de primavera. Todo el mes de mayo pasa obteniendo sobresalientes y suspensos. Para los suspensos la primavera no es un huésped deseado.

Aguarden un poco, dentro de cinco o seis días, como mucho dentro de una

semana, los gatos maullarán más fuerte bajo las ventanas, la hierba rala se hará espesa, en las aldeas los brotes se harán vellosos, la hierba crecerá por todas partes, el sol calentará y la primavera será primavera de verdad. De Moscú saldrán convoyes con muebles, flores, colchones y doncellas. Pulularán hortelanos y jardineros... Los cazadores comenzarán a cargar sus escopetas.

Aguarden una semana, tengan paciencia, y mientras tanto pongan resistentes vendas en su pecho, para que no salgan de él sus desenfrenos, las impacientes demoras del corazón...

Por cierto, ¿cómo desean representar en el papel la figura de la primavera? ¿De qué manera? En tiempos antiguos, la dibujaban en forma de una bella doncella, tendida en un campo de flores. Las flores son sinónimo de alegría... Ahora son otros tiempos, hay otros gustos, y otra primavera. También se dibuja como una joven dama. No está tendida en las flores, puesto que no hay flores, y tiene las manos metidas en los manguitos. Haría falta representarla demacrada, delgada, esquelética, tísica, pero que sea *comme il faut*^[86]. Le haremos esa concesión sólo porque es una dama.

CALENDARIO *EL DESPERTADOR* DEL AÑO 1882

(Календарь «Будильника» на 1882 год)

OBSERVACIONES AL CALENDARIO

1) Todos los calendarios mienten^[87], con excepción del nuestro.

2) El calendario se va a extender durante todo el año 1882. Lo empezamos desde el 8 de marzo, porque previmos que en enero, febrero y principios de marzo, resueltamente, no sucederá nada, excepto los martes, los jueves y demás, que cansaron a todos. Por motivos ignorados por el jefe del calendario, en el corriente febrero no hubo incluso días 29 y 30.

3) Sería deseable efectuar lo más rápido posible, en alguna ciudad, un congreso de calendarios, para que en éste:

a) esté presente por parte de Rusia el señor Stálskii. Este último señalará al congreso los motivos por los que él, Stálskii, fechó uno de los números del difunto *Járvov*, en 1880, 30 de febrero^[88];

b) estarían presentes los nacidos el 29 de febrero, para conocer del congreso si una persona noble puede, acaso, no celebrar el día de su cumpleaños anualmente. El congreso otorgará el derecho a existencia anual de las fechas recordadas, o señalará la fecha en que los nacidos el 29 de febrero podrían celebrar el día de su cumpleaños anualmente.

4) Los que encuentren en nuestro calendario alguna mentira, o los deseosos de compartir con nosotros los frutos de su capacidad de predecir y presagiar, sírvanse dirigirse con sus indicaciones (por escrito) a la redacción de *El despertador*, al nombre del jefe del calendario.

5) Para la confección del calendario se han alquilado dos profesores de magia negra y un profesor de magia blanca. Con el mismo objetivo, el jefe del calendario busca una sonámbula o una clarividente. El salario de la última 1200 rublos al año.

Antosha Chejonté, Jefe del calendario *El despertador*.

OBSERVACIONES AL CALENDARIO II

1) Hechos diarios: la mañana, el mediodía, la noche, los conciertos, los envenenados con pescado, el incendio, el escándalo con el tranvía de caballos, los editoriales, las brillantes funciones del circo, el proceso de intendencia y la agudeza plana del pr. Mieschérskii.

2) A la señora Olga Molojóvietz: usted nos escribe que nuestros almuerzos son simplemente una delicia, y nos ruega que le permitamos reimprimir esos almuerzos

en su *Regalo para las amas de casa jóvenes*. ¡Haga el favor!

3) Los que encuentren en nuestro calendario alguna mentira, o los deseos de compartir con nosotros los frutos de su capacidad de predecir y presagiar, sírvanse dirigirse con sus indicaciones (por escrito) a la redacción de *El despertador*, al nombre del jefe del calendario.

4) Petersburgo. Redacción de *El bonachón*. Al cocinero principal: No sirve para nada. Demasiado insípido, podrido e indigesto. Échele sal y reduzca el ajo.

5) A la redacción de *Russie. Merci*: El *kvas* es estupendo. Lo vamos a recomendar. Usted escribe que el *kvas* sin cucarachas es algo alienígena. No estamos de acuerdo. Es necesario colarlo. Ordene lavar los bidones: ¡el olor de éstos es más putrefacto que el de Occidente!

Antosha Chejonté, Jefe del calendario *El despertador*.

OBSERVACIONES AL CALENDARIO III

1) Los colaboradores de *El despertador*, en prevención de las equivocaciones que pueden producirse, tienen el honor de informar con esta que ellos se van a besar tres veces sólo con las bonitas, y el jefe del calendario exclusivamente con las rubias.

2) En la semana corriente, combates entre españoles y austríacos no habrá.

3) Al señor N. N.: Usted escribe que el cachalote relleno no se acomoda en la mesa. ¿Pues qué? ¡Cómprase una mesa más grande!

4) Petersburgo, redacción de *Novedades*. Los días de carne son pronto. Críe patos.

5) ¡Tales asuntos pues, lector!

Antosha Chejonté, Jefe del calendario *El despertador*.

OBSERVACIONES AL CALENDARIO IV

1) En el número pasado no hubo calendario por gentileza de nuestros profesores de magia negra, que estaban borrachos.

2) El jefe del calendario invita al continuo garabateo de papeles a un historiador gran conocedor, sobrio y bien pensado. El historiador que acepte la invitación, sírvase dirigirse por escrito al nombre del director. Por cada hecho informado por él: *un quinto* en moneda sonante.

3) Señora N. N.: Usted pregunta ¿qué puede hacer, para que su esposo no esté plantado constantemente en la cocina, y no la moleste al cocinar? Mire lo que hará: despida a la cocinera... ¿Seguro que ella no es bonita?

G. Baldástov, por el Jefe del calendario *El despertador*.

EL ESPIGÓN VERDE

(PEQUEÑA NOVELA)

(Зеленая коса. Маленький роман)

I

A la orilla del mar Negro, en un lugar que en mi diario y en los de mis héroes y heroínas figura con el nombre de *Espigón Verde*, hay una dacha preciosa. Acaso desde el punto de vista de un arquitecto, de los aficionados a todo lo grave, a lo acabado y a lo estilístico, la dacha en cuestión no valga nada, pero en opinión de un poeta o de un pintor es una divinidad. A mí me cautiva por su humilde belleza, porque su hermosura no ahoga la hermosura circundante y porque no exhala la frialdad del mármol ni posee la soberbia de las columnas. Tiene un aspecto atractivo, seductor, romántico... Sus torretas, sus agujas, sus paredes almenadas y sus astas asoman como un recuerdo del medievo entre los esbeltos y plateados álamos. Al mirarla me vienen a la memoria las novelas sentimentales alemanas: caballeros, castillos, doctores en filosofía y condesas misteriosas... La casa se alza sobre una colina. La rodea un frondosísimo jardín con avenidas, surtidores e invernaderos; y a sus pies se extiende el mar, severo y azul... Una brisa juguetona y húmeda sopla a menudo; múltiples voces de pajarillos acarician el oído; el cielo se mantiene siempre claro, y el agua, transparente. ¡Qué rincón tan maravilloso!

La dueña de la casa, María Yegórovna Mikshadze, dama de unos cincuenta años, alta, gruesa, que seguramente fue muy hermosa en otros tiempos, estuvo casada no sé si con un georgiano o con un reyezuelo circasiano. Es bondadosa, simpática y hospitalaria, aunque rígida en demasía. Mejor dicho, más que rígida es caprichosa... Nos daba de comer y de beber magníficamente y nos prestaba dinero a discreción; pero, al mismo tiempo, nos martirizaba de un modo horrible. La etiqueta era una de sus dos manías; la otra, su matrimonio con un «príncipe». Sustentando su conducta sobre estos dos pilares, la señora Mikshadze lo exagera todo siempre. No sonríe nunca, considerando, quizá, que esto constituye un desdoro para ella y, en general, para las *grandes-dames*. Cualquiera que tenga un año menos que ella es un mocoso. En su opinión, el linaje es virtud frente a la cual todas las demás no valen un ochavo. María Egorovna odia la frivolidad y la ligereza, ama el silencio, etcétera. A veces, nos veíamos y nos deseábamos para aguantarla. A no ser por su hija, no creo que ahora nos deleitase el recuerdo del *Espigón Verde*. La bondadosa dueña representa la mancha más gris en nuestra memoria. Quien verdaderamente engalanaba la dacha era Olia, la hija de María Yegórovna, una guapa muchacha de diecinueve años, pequeña,

esbelta y rubia. Olia es diligente y lista, dibuja con primor, se dedica a la botánica, habla muy bien el francés y muy mal el alemán, lee mucho y baila como la propia Terpsícore. Ha estudiado en el Conservatorio y toca muy aceptablemente. Los hombres amábamos a aquella chica de ojos azules; digo que la amábamos, no que nos hubiéramos «enamorado» de ella. La teníamos por algo propio, familiar... No nos imaginamos el *Espigón Verde* sin ella. Quitando a Olia, la poesía de aquel lugar no sería completa. Era una bella figurita femenina sobre un primoroso paisaje; y a mí no me agradan los cuadros sin imágenes humanas. El chapoteo del mar y el murmullo de los árboles son muy placenteros por sí; pero si se les añade la voz de soprano de Olia acompañada por las nuestras, de tenores y bajos, y por el piano, el mar y el jardín se convierten en el paraíso terrenal. Profesábamos un gran afecto a la princesita; y le dábamos el nombre de hija de nuestro regimiento. También Olia nos quería. Sentíase atraída hacia nosotros, hombres, y sólo entre nosotros se encontraba en su elemento. Cuando no estábamos cerca de ella, adelgazaba y dejaba de cantar. Nuestra tertulia se componía de huéspedes veraniegos del *Espigón Verde* y de algunos vecinos. Entre los primeros figuraban el doctor Yakovkin, el periodista de Odesa Mujin, el licenciado en Física Fiveigki, hoy catedrático, tres estudiantes, el pintor Chejov, un barón de Jarkov, abogado de profesión, y yo, antiguo maestro particular de Olia, que le enseñé a hablar horriblemente el alemán y a cazar jilgueros. Llegábamos en mayo y ocupábamos durante el verano las habitaciones vacías del castillo medieval y todas las galerías. En marzo recibíamos dos cartas invitándonos a ir al *Espigón Verde*: la primera, de la princesa, era grave, seria, llena de admoniciones; la segunda, larguísima, graciosa, con mil proyectos diferentes, procedía de la princesita. Solíamos permanecer allí hasta septiembre. Entre los vecinos, que nos visitaban a diario, estaban el joven Yegórov, teniente de Artillería retirado, que se había presentado a examen en la Academia dos veces, fracasando en los dos intentos, pese a ser un muchacho muy listo y muy leído; el estudiante de Medicina Korobov, con su esposa Ekaterina Ivanovna; el hacendado Aleutov, y un sinnúmero de terratenientes y de militares, retirados y sin retirar, alegres y aburridos, tunos y bonachones... Toda esta banda se pasaba el verano entero, día y noche, comiendo, bebiendo, jugando, cantando, encendiendo fuegos artificiales y bromeando. Olia se volvía loca: gritaba, bullía y alborotaba más que nadie; era el alma del grupo.

Todas las tardes, la princesa nos reunía en la sala y, con el rostro encendido, nos reprochaba nuestro comportamiento «insolente», nos avergonzaba y juraba que por culpa nuestra le dolía la cabeza. Gustaba de echar sermones; y lo hacía sinceramente, convencidísima de que nos serían de provecho. A quien más reñía era a Olia, considerándola culpable de todo. La hija temía a la madre, la creía una diosa y escuchaba sus amonestaciones de pie, en silencio, ruborizada. María Yegórovna tenía a Olia por una niña: la mandaba ponerse en un rincón o la dejaba sin desayuno o sin almuerzo para castigarla. Y salir a defenderla hubiera significado echar leña al fuego. De haber podido, la princesa nos hubiera puesto en el rincón también a nosotros. Nos

enviaba a vísperas, nos ordenaba leer en voz alta a Cheti-Miney, contaba nuestra ropa interior y se inmiscuía en todos nuestros asuntos. Nosotros, a veces dejábamos sus tijeras en cualquier parte, olvidábamos dónde estaba su alcohol o no podíamos encontrar su dedal.

—¡Pasmado! —exclamaba ella—. ¡Pasas por delante, tiras las cosas y no las recoges! ¡Recoge eso inmediatamente! ¡Qué castigo me ha enviado Dios con vosotros! ¡Retírate! ¡No estés en la corriente!

En ocasiones, por pura broma, alguno de nosotros era acusado de cualquier falta y tenía que comparecer ante la vieja.

—¿Has sido tú quien ha pisado el arriate? —comenzaba el juicio—. ¿Cómo te has atrevido?

—Lo he hecho sin querer...

—¡Calla! ¡Te pregunto cómo te has atrevido!

El proceso terminaba con la absolución del acusado, con un beso en la mano de la acusadora con una carcajada homérica al salir el reo de la audiencia. Nunca fue cariñosa con nosotros la princesa. Dejaba las palabras afables tan sólo para las ancianas y los niños.

Jamás la vi sonreír. Ella aseguraba a un viejo general, que acudía los domingos a jugar a las cartas, que todos nosotros, los doctores, los licenciados, los barones, los pintores y los escritores, pereceríamos si no fuera por sus consejos... Por nuestra parte, no tratábamos de persuadirla, de lo contrario. Que presumiera. La princesa habría sido soportable si no nos hubiera exigido que nos levantásemos no más tarde de las ocho y nos acostásemos antes de las doce. La pobre Olia se recogía siempre a las once sin que fuera posible protestar. Por estos atentados a nuestra libertad, le tomamos el pelo a la vieja en más de una ocasión. Íbamos en cola a pedirle perdón; le componíamos versos laudatorios al estilo de Lomonósov; dibujábamos el árbol genealógico de los príncipes Mikshadze... Ella lo admitía todo como moneda de ley, y nosotros nos reíamos. María Yegórovna nos quería. Suspiraba profunda y sinceramente al compadecernos por no ser príncipes. Se había acostumbrado a nosotros como si fuésemos hijos suyos.

Al único a quien no quería era al teniente Yegórov. Le odiaba con toda el alma, profesándole una antipatía rayana en el absurdo. Le recibía en su casa por mera etiqueta y porque mediaban intereses económicos. En otros tiempos, el teniente fue su preferido. Es apuesto, ingenioso, sabe callar y es militar, circunstancia de gran valor para la princesa. Pero, a veces, tiene manías: se sienta, apoya la barbilla en los puños y se pone a murmurar horriblemente de todos y de todo, sin respeto a vivos ni a muertos. Cuando Yegórov se daba a la maledicencia, la princesa se ponía fuera de sí y nos echaba a todos de la habitación.

Una vez, mientras almorzábamos, Yegórov apoyó la cabeza en las manos; y, sin venir a cuento, sacó a colación a los «príncipes» caucasianos, tras de lo cual extrajo de su bolsillo un número de *Sterkoza* y tuvo el atrevimiento de leer lo siguiente en

presencia de la princesa Mikshadze: «Tiflis es una hermosa ciudad. Entre las notabilidades de esta villa admirable, donde hay “príncipes” barriendo las calles y limpiando zapatos en los hoteles...», etcétera. La princesa se levantó de la mesa y salió sin pronunciar palabra. Su aversión por Yegórov subió de punto cuando a éste se le ocurrió escribir nuestros apellidos en el cuaderno de María Yegórovna, donde sólo constaban nuestros nombres de pila. Y este odio era tanto menos deseable y tanto más a despropósito cuanto que el teniente aspiraba a casarse con Olia y Olia estaba enamorada del teniente. Yegórov soñaba, aunque desconfiaba de ver realizados sus anhelos. Ella le amaba en secreto, a hurtadillas, para sí, tímidamente, de modo apenas perceptible. Su amor era para ella un contrabando, un sentimiento sobre el que pesaba un riguroso veto. No se le permitía amar.

II

En aquel castillo medieval estuvo a punto de desarrollarse uno de los estúpidos episodios del medievo.

Siete años antes, aún en vida del príncipe Mikshadze, llegó invitado al *Espigón Verde* el príncipe Chaijidzev, un hacendado de Ekaterinoslav, amigo del dueño de la casa. Era el huésped un señor muy rico; tanto, que a pesar de haberse pasado la vida en medio de francachelas desenfrenadas, fue un ricachón hasta el fin de sus días. Mikshadze había sido compañero suyo de jaranas. Entre los dos raptaron a una muchacha que, posteriormente, había de ser la princesa Chaijidzev. Esta circunstancia había unido a ambos príncipes con sólidos lazos de amistad. Chaijidzev llegó con su hijo, un estudiante de ojos saltones, pecho enjuto y pelo negro. Los viejos amigos, para recordar tiempos pasados, comieron y bebieron a su sabor; y el muchacho se puso a galantear a Olia, que a la sazón tenía trece años. El galanteo no pasó inadvertido. Los padres se hicieron un guiño y comentaron que los hijos no harían mala pareja. Incitados por la embriaguez, los obligaron a besarse; y, después de estrecharse las manos, se besaron ellos también. Mikshadze llegó a derramar lágrimas de ternura.

—Dios lo ha querido así —dijo Chaijidzev—. Tú tienes una hija, y yo un hijo... Dios lo ha querido así...

Dieron un anillo a cada uno de los hijos y los fotografiaron juntos. El retrato estaba colgado en la sala y durante mucho tiempo sacó de quicio a Yegórov, pues era objeto de innumerables burlas y punzadas. La princesa María Yegórovna bendijo solemnemente a los futuros esposos. Por puro aburrimiento acabó aprobando la idea de los padres. Un mes después de la partida de los Chaijidzev recibió Olia por correo un valiosísimo regalo. Luego fueron llegándole cada año obsequios similares. El joven Chaijidzev había tomado el asunto mucho más en serio de lo que fuera de esperar. Cabeza de poco entendimiento, iba cada año al *Espigón Verde*, donde se pasaba una semana entera sin despegar los labios ni dejar de mandar a Olia, desde su

habitación, cartas de amor. La chica las leía y se asombraba. Su discreta imaginación no podía concebir que una persona tan mayor escribiese tales bobadas. Porque eran verdaderas estupideces las que escribía. Mikshadze murió dos años antes de la época en que transcurre la presente historia. A punto de expirar dijo a Olia: «Ten cuidado, no vayas a casarte con un idiota. Cásate con Chaijidzev. Es un muchacho inteligente y digno». Y aunque ella sabía hasta dónde alcanzaba la inteligencia del mozo, no contradijo a su padre. Le dio palabra de casarse con él.

—¡Es la voluntad de mi padre! —nos decía, no sin cierto orgullo, como quien realiza una enorme proeza. Sentíase satisfecha de que su padre se hubiese llevado a la tumba su promesa. ¡Era una promesa tan extraordinaria y tan romántica!

Sin embargo, la naturaleza y la razón iban imponiéndose: el teniente Yegórov la rondaba a diario; mientras que Chaijidzev le parecía cada año más imbécil...

Una vez que Yegórov se atrevió a insinuarle que la amaba, Olia le rogó que no volviera a hablarle de amor; le recordó la promesa hecha a su padre, y se pasó la noche llorando. La princesa escribía todas las semanas a Chaijidzev, que estudiaba en la Universidad de Moscú, apremiándole para que terminase la carrera. «Entre mis huéspedes los hay mucho más jóvenes que tú y, sin embargo, han terminado ya sus estudios», le advertía. Chaijidzev contestaba muy respetuosamente, en papel rosado; y en los dos pliegos de que constaba la carta se esforzaba por demostrarle que los cursos no podían acabarse antes de un plazo determinado. También le escribía Olia. Sus cartas a mí son mucho más afectuosas que las que le dirigía a su prometido. La princesa estaba segura de que su hija se casaría con Chaijidzev. De no ser así, jamás le hubiera permitido salir de paseo y «hacer tonterías» con gente como nosotros: peleones, alocados, ateos y sin «sangre de príncipes». En su cerebro no había lugar para la duda. La voluntad del marido constituía un mandato sagrado... Y también Olia creía que, andando el tiempo, se llamaría Chaijidzeva...

Mas no estaba escrito que así fuera. La idea de los dos padres se truncó en el mismo instante de su ejecución. Fracasó la novela de Chijidzev, llamada a terminar como un folletín.

Chaijidzev llegó al *Espigón Verde* a últimos de junio del año pasado. Y llegó ya como estudiante veterano. La princesa le acogió con un abrazo solemne y con un larguísimo sermón. Se había puesto, para recibir al novio, un elegante vestido hecho al efecto. Trajeron champaña de la ciudad, se encendieron fuegos artificiales: y, a la mañana siguiente, todo el *Espigón Verde* hablaba de la boda que, al decir de la gente, había sido fijada para fines de julio. «¡Pobre Olia!», cuchicheábamos nosotros, yendo de un rincón a otro y mirando con ojos rencorosos a las ventanas de la habitación de aquel oriental odiado, que daban al jardín. Verdaderamente, había motivo para exclamar: «¡Pobre Olia!». Pálida, delgada, medio desfallecida, paseaba, triste, por el jardín. «Así lo han querido papá y mamá», decía cuando la abordábamos con nuestros consejos amistosos. «¡Pero si es una idiotez, una brutalidad!», le gritábamos. Ella se encogía de hombros y ocultaba la cara, llena de dolor. El novio, desde su habitación,

enviaba a Olia con un criado cartas amorosas y, asomado a la ventana, se asombraba de la desenvoltura con que hablábamos y tratábamos a su futura esposa. No salía de su habitación más que para comer. Comía en silencio, sin mirar a nadie, respondiendo secamente a nuestras preguntas. Tan sólo una vez se atrevió a contar un chiste que resultó viejo y manido. Después de almorzar, la princesa lo sentaba a su lado y le enseñaba a jugar a los naipes. Chaijidzev jugaba en serio, pensando mucho, sudando y con el labio caído. Su actitud en el juego agradaba sobremanera a la princesa.

Una vez, después del almuerzo, el novio se escabulló de la partida de cartas y siguió a Olia, que se había dirigido al jardín.

—¡Olga Andreievna! —le dijo—. Sé que no me quiere usted. El arreglo de nuestra boda ha sido, ciertamente, extraño y estúpido. Pero yo... Espero que me querrá alguna vez.

Habló completamente turbado. Y se apresuró a retirarse del jardín a su habitación.

El teniente Yegórov permanecía recluido en su finca, sin visitar a nadie. No podía ver a Chaijidzev ni en pintura.

Un domingo (el segundo después de la venida del novio), creo que era precisamente el cinco de julio, muy de mañana se presentó en nuestros dormitorios un estudiante, sobrino de la princesa, con una orden de ella: al atardecer debíamos estar de punta en blanco, es decir, con traje negro, corbata blanca y guantes; serios, ingeniosos, ocurrentes, sumisos y rizados como *lulús*; nada de armar ruido; orden ejemplar en los cuartos. Iba a celebrarse algo por el estilo de unas amonestaciones. Llegó de la ciudad un aprovisionamiento de vinos, vodkas distintas y bocadillos. Los criados a nuestro servicio fueron incorporados, por aquel día, a la cocina. Terminado el almuerzo comenzaron a llegar los invitados, que siguieron presentándose hasta bien entrada la tarde. A las ocho, después de un paseo en barcas, empezó el baile.

Los hombres habíamos celebrado reunión con anterioridad, acordando por voto unánime librar a Olia de Chaijidzev aun a riesgo de provocar un escándalo mayúsculo. Levantada la sesión, corrí a buscar al teniente Yegórov, que vivía en su finca, a cosa de veinte verstas del *Espigón Verde*. Llegué y le encontré. ¡Pero cómo le encontré! Borracho como una cuba y dormido como un tronco. Lo zarandeeé, lo levanté, lo lavé, lo vestí y, pese a su resistencia y a sus gruñidos, me lo llevé al *Espigón Verde*.

A las diez de la noche, la fiesta se hallaba en su apogeo. Se bailaba en cuatro salas a los acordes de magníficos pianos de cola. En el jardín tocaba otro piano. Hasta la misma princesa quedó admirada de nuestros fuegos artificiales. Los encendimos en el jardín, en la orilla y mar adentro, sobre barcas. Bengalas multicolores, ardiendo en el cielo sobre el techo del castillo, iluminaban todo el *Espigón*. Se bebía en dos *ambigús*, instalado el uno en el jardín y el otro en la casa. A lo que parecía, la velada era en honor de Chaijidzev. Con la cara moteada de rojo, la nariz sudorosa y el cuerpo enfundado en un estrecho fraque, aquél bailaba con Olia, sonriendo, cohibido y notando lo desairado de su papel. Saltaba a la vista que todos sus pasos constituían

una preocupación para él. Ansiaba brillar por algo; mas no lo conseguía. Posteriormente, Olia me contó que aquella noche tuvo lástima del infeliz príncipe. Le parecía tan cuitado... Daba la impresión de saber que le iban a quitar la novia, la muchacha en que pensaba durante las lecciones, al acostarse y al despertar. Cada vez que nos miraba, sus ojos tenían una expresión de súplica. Dijérase que veía en nosotros rivales poderosos e implacables.

Por la preparación de las copas más altas para brindar, y por las miradas de la princesa al reloj dedujimos la proximidad del minuto solemne, con toda seguridad, al dar las doce, le sería permitido a Chaijidzev besar a su prometida. Había que darse prisa, a las once y media me empolvé para aparentar palidez, me ladeé la corbata, me revolví el cabello y, con cara de preocupación, me acerqué a Olia:

—Olga Andreievna —me dirigí a ella agarrándola del brazo—. ¡Por el amor de Dios!

—¿Qué sucede?

—Por Dios, no se asuste, Olga Andreievna... no podía ser de otro modo. Era cosa de esperar...

—Pero ¿qué pasa?

—No se asuste... Pues sucede que... ¡Por Dios, querida mía!... Evgraf.

—¿Alguna desgracia?

Olia palideció y fijó en mí sus hermosos ojos, llenos de amistosa credulidad.

—Evgraf está a punto de morir... —dije.

Ella se tambaleó y se pasó la mano por la lívida cara.

—Ha sucedido lo que yo esperaba —proseguí—. Se está muriendo. ¡Sálvelo, Olga Andreievna!

Su mano oprimió la mía.

—¿Dónde..., dónde... está?

—En un cenador del jardín. ¡Algo horrible, querida! Pero... nos están mirando. Venga a la terraza... Él no la culpa a usted... Sabía que usted le...

—Pero ¿qué le ha sucedido?

—¡Algo espantoso!

—¡Vamos! Tengo que verle... No quiero que por culpa mía..., que por culpa mía...

Salimos a la terraza. A Olia se le doblaban las piernas. Fingí limpiarme una lágrima... Por nuestro lado pasaban, una y otra vez, miembros de nuestra pandilla, pálidos, inquietos, con cara de preocupación y de susto.

—La hemorragia ha cesado —me susurró un licenciado en Física, de modo que lo oyera Olia.

—¡Vamos! —exclamó ella cogiéndome del brazo.

Descendimos por la escalera de la terraza. La noche era clara y serena... Los acordes del piano, el rumor de los oscuros árboles y el canto de los grillos acariciaban el oído. Abajo chapoteaba dulcemente el mar.

Olia caminaba con dificultad. Las piernas, que apenas la sostenían, se le enredaban en el vestido, largo y pesado. Estremecida y temerosa, se apretaba contra mi brazo.

—¿Qué culpa tengo yo? —musitaba—. Le juro que soy inocente. Así lo quiso mi padre... Él debiera comprenderlo. ¿Es grave?

—No sé... Mijail Pavlovich ha hecho todo lo posible. Es buen médico y amigo de Yegórov... Estamos llegando, Olga Andreievna...

—¿No... no veré algo horrible? Tengo miedo... No puedo verlo. ¿Por qué se le ha ocurrido tal disparate?

La pobre rompió a llorar a lágrima viva.

—Yo no tengo la culpa... Él debiera darse cuenta... Procuraré explicárselo...

Íbamos llegando al cenador.

—Aquí es —dije.

Ella cerró los ojos, y sus dos manos se aferraron a mi brazo.

—No puedo...

—No se asuste... Yegórov, ¿no te has muerto aún? —grité.

—Todavía no... ¿Por qué?

A la entrada del cenador, iluminado por la luna, apareció el teniente despeinado, pálido por la embriaguez, con el chaleco desabrochado.

—¿Por qué? —repitió su pregunta.

Olia levantó la cabeza y vio a Yegórov... Me miró a mí, luego a él, después otra vez a mí... y se echó a reír, resplandeciente el rostro. Exhaló un grito de alegría y dio un paso adelante. Creí que iba a enfadarse con nosotros. Pero aquella chica no sabía enfadarse. Dando otro paso, quedó indecisa un momento y se lanzó hacia Yegórov, que se apresuró a abrocharse el chaleco y abrió los brazos. Olia fue a caer sobre su pecho. El teniente rió satisfecho, volvió la cara para no respirar junto a la muchacha los vapores del alcohol y masculló no sé qué tontería.

—No tiene usted derecho —murmuró Olia—. Yo no soy culpable. Así lo han dispuesto mi padre y mi madre...

Yo giré sobre mis talones y eché a andar rápidamente hacia el castillo iluminado.

Mientras tanto, los huéspedes se preparaban a dar la enhorabuena a los novios, mirando, impacientes, al reloj. En los recibidores se agolpaban los camareros con bandejas atestadas de botellas y copas. Chaijidzev, como sobre ascuas, se estrujaba la mano derecha con la izquierda, buscando con los ojos a Olia. También la buscaba por todos los aposentos la princesa para instruirla acerca de cómo portarse en el solemne instante, qué contestar a las palabras de la madre, etcétera. Nuestra pandilla reía.

—¿Dónde está Olia? —me preguntó la princesa.

—No sé.

—Búscala.

Salí al jardín y di dos vueltas a la casa con las manos atrás. Nuestro pintor tocó dos veces la trompeta. Esta señal quería decir: «¡No la dejes salir!». Yegórov le

contestó desde el cenador imitando el graznido de la lechuza, que significaba: «Está bien. No la dejo».

Tras deambular un poco por el jardín, regresé a la casa. Los camareros habían colocado las bandejas sobre las mesas y, con cara de perplejidad, miraban a los invitados. Éstos, a su vez, miraban, confusos, el reloj, que marcaba ya las doce y cuarto. Callaban los pianos. En todas las habitaciones imperaba un silencio profundo, agobiador y sordo.

—¿Dónde está Olia? —tomó a preguntarme la princesa, con el rostro purpúreo.

—No lo sé... En el jardín no está.

María Yegórovna se estremeció inquieta.

—¿Acaso no sabe que es hora hace ya un buen rato? —inquirió, tirándome de una manga.

Yo me encogí de hombros. La princesa se apartó de mí y cuchicheó unas palabras al oído de Chaijidzev. El mozo levantó también los hombros y la dueña le dio el mismo tirón de manga que a mí.

—¡Im-bé-cil!! —rugió furiosa, y se puso a recorrer a toda prisa la casa entera.

Las doncellas y los estudiantes, parientes estos últimos de la princesita, bajaron estruendosamente las escaleras y corrieron al jardín en busca de la novia desaparecida. Yo también salí al jardín. Temía que Yegórov fuese incapaz de retener con él a Olia, estropeando con ello el escándalo proyectado. Me encaminé al cenador. ¡Vanos temores los míos! Olia, sentada junto al teniente, agitaba los dedos ante sus ojos y hablaba con un susurrante cuchicheo... Al terminar ella empezaba él, inculcando a la chica lo que la princesa llamaba «ideas»... Acompañaba sus palabras con besos a cada segundo; pero, no obstante, procuraba alejar la boca para que ella no advirtiese el olor a vodka. Abstraídos ambos en su felicidad, parecían haberse olvidado del mundo entero y no darse cuenta del correr del tiempo. Permanecí de pie un momento a la puerta del cenador. Satisfecho por lo que sucedía y a fin de no alterar aquella calma dichosa, volví al castillo.

María Yegórovna, fuera de sí, aspiraba alcohol de un frasco. Hecha un mar de dudas, estaba furiosa y avergonzada ante los huéspedes y ante el novio. Infringiendo su costumbre de no pegar a nadie, dio una bofetada a una doncella que le informó que la princesita no aparecía por ninguna parte. Los invitados, sin esperar el champaña y el momento de las enhorabuenas, sonrieron, murmuraron un poco y reanudaron el baile.

Sonó la una sin que Olia apareciese. La cólera de la madre no tenía fin.

—¡Esto es una jugada vuestra! —gruñía al pasar cerca de alguno de nosotros—. ¡Ya verá la que le cae encima! ¿Dónde está?

Por fin, salió un alma compasiva que declaró dónde se hallaba la muchacha. El alma en cuestión fue un estudiantino de bachillerato, minúsculo y panzón, que era sobrino de la dueña. El mozo llegó del jardín corriendo como una exhalación, se lanzó hacia la princesa, sentose en las rodillas de ésta, atrajo la cabeza de ella hacia

su boca y le susurró algo al oído... María Yegórovna livideció y se mordió el labio, hasta hacerse sangre.

—¿En el cenador? —inquirió.

—Sí, sí.

La princesa se levantó; y, con una mueca semejante a una sonrisa oficial, anunció a los huéspedes que a Olia le dolía la cabeza, que les pedía perdón y todo cuanto se acostumbraba en tales casos. Los invitados expresaron su pesar, cenaron a la carrera y comenzaron a despedirse...

A las dos de la madrugada (Yegórov puso más empeño de la cuenta en su cometido y retuvo a la chica hasta las dos), yo estaba a la entrada de la terraza, tras un macizo de adelfas, esperando el regreso de Olia. Quería ver su cara. Me gustan las caras felices de mujer. Sentía curiosidad por comprobar cómo se reflejaban en un mismo semblante el amor a Yegórov y el miedo a su madre y qué destacaba con más fuerza: el amor o el miedo. No tuve que pasar mucho tiempo oliendo las adelfas. Olia tardó poco en aparecer. Mis ojos se clavaron en su rostro. Venía despacio, levantándose ligeramente el vestido y mostrando sus pequeños zapatos. Iluminaban sus facciones los rayos de la luna y los farolillos pendientes de los árboles, cuyas oscilaciones alteraban la luz lunar. Venía seria, pálida. Una leve sonrisa se insinuaba en sus labios. Los ojos, pensativos, miraban al suelo; con tales ojos suelen resolverse los grandes problemas. Cuando puso el pie en el primer escalón, sus pupilas se movieron, inquietas: acababa de acordarse de su madre. Olia se pasó ligeramente la mano por la desordenada cabellera, permaneció indecisa cierto tiempo en el primer escalón; y, sacudiendo la cabeza, avanzó, audaz, hacia la entrada... ¡Qué cuadro tuve ocasión de presenciar! Abrióse la puerta de par en par y el pálido semblante de la joven se iluminó intensamente. Olia tembló, retrocedió un paso y se agachó un poco, como si algo la empujase... En el umbral se hallaba la princesa, erguida la frente, roja, temblando de ira y de vergüenza... El silencio duró cosa de dos minutos.

—¿La hija de un príncipe y novia de un príncipe acepta citas con un teniente? —profirió María Yégorovna—. ¿Con Evgrashka^[89]? ¡Infame!

Olia se encogió y, trémula toda ella, se escurrió como una culebra, pasando junto a su madre y corriendo a buscar refugio en su alcoba. Una vez allí, sentose en su cama y así permaneció la noche entera, sin apartar de la ventana sus ojos, horrorizados e inquietos...

A las tres de la madrugada, nuestra pandilla celebró su segunda reunión. Allí nos reímos a placer de Yegórov, embriagado de felicidad; y decidimos enviar al barón-abogado de Jarkov a hablar con Chaijidzev. El príncipe estaba despierto aún. Nuestro emisario debía explicarle «amistosamente» lo delicado de su situación, rogándole que, como persona instruida, tuviera a bien explicarse a sí mismo esta circunstancia y pidiéndole que, también como persona instruida, nos perdonase «amistosamente» por nuestra intromisión... Chaijidzev respondió que «lo comprendía todo muy bien», que no atribuía la menor importancia al testamento de su padre; pero que impulsado por

su amor a Olia había insistido tanto en su propósito... Estrechó con calor la mano del barón y prometió marcharse al día siguiente.

Por la mañana, Olia se presentó a desayunar pálida, demacrada, llena de temor y de vergüenza. Pero su rostro resplandeció al oírnos hablar en el comedor. Toda nuestra pandilla, de pie ante la princesa, gritaba en desacompasado coro. Despojados de nuestras caretas, exponíamos a la vieja señora «ideas» muy parecidas a las que Yegórov inculcara a Olia el día anterior. Le hablamos de la personalidad de la mujer, del derecho a la libre elección, etcétera. María Yegórovna nos escuchaba en silencio, con ceño hosco, leyendo a fragmentos una carta enviada por Yegórov, pero redactada por toda la cuadrilla y llena de giros como: «a causa de nuestros pocos años», «por nuestra inexperiencia», «con la bendición de usted» y otros semejantes. Ella nos oyó hasta el fin, terminó de leer la carta y dijo:

—Unos mocosos como vosotros no tienen nada que enseñar a una anciana como yo. Sé muy bien lo que hago. Desayunaos y marchaos a revolucionar cabezas en otro sitio. No podéis vivir con una vieja de mi estilo. Sois listos, y yo soy tonta... ¡Adiós, caballeritos! Les estaré agradecida eternamente.

Nos echó a todos. Le escribimos una carta de gratitud, le besamos la mano; y, con gran dolor de nuestro corazón, nos fuimos aquel mismo día a la finca de Yegórov. Chaijidzev salió a la vez que nosotros. En la finca nos dedicamos a divertirnos y a consolar al teniente por la ausencia de Olia, a la que todos añorábamos. Pasamos allí cosa de dos semanas. Un buen día, el barón-abogado recibió una carta de la princesa, rogándole que fuese al *Espigón Verde* para hacer unas escrituras. Marchose el barón, y a los tres días de su partida fuimos también nosotros con el pretexto de recogerle. Llegamos poco antes de la hora del almuerzo. Sin entrar en la casa, nos pusimos a dar vueltas por el jardín mirando a las ventanas. Y al asomarse una vez, María Yegórovna nos vio.

—¿Vosotros aquí? —exclamó.

—Sí, señora.

—¿Qué os ha traído?

—Llevamos al barón.

—El barón no tiene tiempo para perderlo con unos romeras como vosotros. Está escribiendo.

Nos descubrimos todos y nos acercamos a la ventana.

—¿Cómo se encuentra, princesa? —pregunté.

—¿Qué hacéis ahí? Pasad —respondió ella.

Entramos y, como cohibidos, nos sentamos. A la princesa, que añoraba profundamente nuestra compañía, le gustó nuestra compostura. Como premio, nos retuvo a almorzar. Mientras comíamos, llamó descuidado a uno de nosotros a quien se le cayó la cuchara; y nos reprochó a todos no saber comportarnos en la mesa. Dimos un paseo con Olia, nos quedamos a pasar la noche, pasamos luego otra... y no nos fuimos ya hasta septiembre. La paz se hizo de por sí sola.

Ayer recibí carta de Yegórov. Dice que ha estado el invierno entero «trabajando» a la princesa y que ha conseguido trocar su cólera en indulgencia. María Yegórovna afirma que este verano habrá boda.

Pronto recibiré dos cartas: una, severa y oficial, de la princesa; otra, larga, alegre y llena de proyectos, de Olia. En mayo me voy al *Espigón Verde*.

ENTREVISTA VANA

(Свидание хотя и состоялось, но...)

Después de examinarse, Gvozdikov tomó un coche (él siempre iba «montado») y por seis kopeks fue hasta el extremo de la ciudad. Desde allí hasta la dacha, cosa de tres verstas, hizo el camino a pie. A la entrada de la casa le recibió la dueña, una señora joven a cuyo hijito daba Gvozdikov clases de aritmética, a cambio de lo cual recibía manutención y alojamiento, más cinco rublos mensuales.

—¿Qué tal? —le preguntó la dueña, tendiéndole la mano—. ¿Ha salido bien el examen? ¿Aprobado?

—Aprobado.

—¡Estupendo, Yegor Andreievich! ¿Qué calificación?

—Como siempre... Cinco... Sobresaliente... ¡Ejem!...

No era cinco lo que había obtenido, sino tres y medio, pero... ¿por qué no mentir habiendo posibilidad? Los estudiantes mienten con la misma fruición que los cazadores. Al entrar en su cuarto, Gvozdikov encontró sobre la mesa una cartita y un comprimido rosa. La carta olía a reseda. El mozo rasgó el sobre, se tragó el comprimido y leyó:

«Acepto. A las ocho en punto, vaya a la zanja en que se le cayó ayer el sombrero. Le esperaré en el banco que hay debajo del árbol. Le amo, pero no sea usted tan torpe. Hay que ser más despabilado. Ansío que llegue la tarde. Le amo locamente. Suya,

S.

P. S.: *Maman* se ha marchado. Podemos estar juntos hasta medianoche. Mi abuelita, dormida, no se dará cuenta».

Cuando leyó la esquila, Gvozdikov sonrió complacido; dio un brinco de alegría y recorrió en triunfo la habitación.

—¡Me quiere, me quiere, me quiere! ¡Qué felicidad, diablo! ¡Tru-la-la! ¡Tru-la-la!

Volvió a leer el papel, lo besó, lo dobló cuidadosamente y lo guardó en la mesa. Le trajeron el almuerzo. Gvozdikov, embriagado por la carta y olvidándose del mundo entero, se comió todo cuanto le sirvieron: la sopa, la carne, el pan. Y después de almorzar, se tendió y se puso a pensar en mil cosas: en la amistad, en el amor, en el trabajo... La imagen de Sonia no se apartaba de su imaginación.

«¡Qué lástima no tener reloj! —pensó nuestro hombre— Si lo tuviera podría contar lo que me falta hasta las ocho. El tiempo pasa con una lentitud desesperante. Ni que lo hiciera adrede».

Harto de estar tendido y de pensar, se levantó, dio un paseo por el cuarto y mandó

a la cocinera por cerveza.

«Mientras llega el momento —se dijo a sí mismo— conviene alegrarse un poco. Así parecerá que el tiempo pasa antes».

Trajéronle la cerveza. Gvozdkov se sentó, colocó en fila las seis botellas; y, contemplándolas amorosamente, empezó a beber. A los tres vasos sintió como si le hubieran encendido una vela en la cabeza y otra en el pecho: ¡qué calorcito, qué luz, qué alegría!

«¡Ella será mi felicidad! —pensó al comenzar la segunda botella—. ¡Es... es, precisamente, la mujer de mis sueños! ¡Sí, lo es!».

Vaciada la segunda botella, notó como si le hubieran apagado la vela que ardía en su cabeza, de la que empezó a apoderarse la oscuridad. Pero, en cambio, ¡qué contento se puso! ¡Qué bien se vive en el mundo después de tomarse dos botellas! Al descorchar la tercera, Gvozdkov y agitó una mano, se juró a sí mismo que no había en el mundo persona más dichosa que él; y creyó su juramento a pies juntillas.

—Sé muy bien qué es lo que le gusta de mí —farfulló—. ¡Lo sé! Le gusta el hombre extraordinario. Eso es... Sabe de quién hay que enamorarse y por qué hay que enamorarse... ¡Ama al hombre extraordinario! ¡Yo no soy un cualquiera...! No soy un... Soy Gvozd... Yo...

Cuando metió mano a la cuarta botella, exclamó:

—¡Sí señor! ¡No soy un cualquiera! ¡Lo que ella ama es mi genio! ¡Mi genio! ¡Un genio universal! ¿Quién soy yo? ¿Y qué soy? ¿Creen ustedes que soy Gvozdkov? ¡Sí, lo soy! Pero ¿qué Gvozdkov? ¿Qué se figuran ustedes?

Mediada la cuarta botella, descargó un puñetazo en la mesa y, revolviéndose los cabellos, vociferó:

—¡Ya les enseñaré a todos quién soy yo! ¡Apenas termine la carrera, lo verán! ¡No necesito más, que dedicarme a ello! ¡Soy un sacerdote de la ciencia! Por eso me quiere ella. ¡Y demostraré que lleva razón! ¿No me creéis? ¡Pues fuera de aquí! ¿Tampoco ella me cree? ¿Ella? ¿Sonia? ¡Pues que se vaya también ella! ¡Yo lo demostraré! ¡Ahora mismo comienzo los estudios! Pero antes me beberé otro vaso... ¡Todos ustedes son unos canallas!

Enojándose más y más, apuró el vaso; cogió del estante las conferencias, abrió el cuaderno por la mitad y se puso a leer.

«El moti... el motivo de la dislocación del maxilar inferior puede ser también una caí..., una caída... o un golpe con la boca abierta...».

—Idioteces —comentó—. El maxilar... El golpe... Todo es pura tontería.

Gvozdkov cerró el cuaderno de conferencias y la emprendió con la quinta botella. Apurado que hubo la quinta y la sexta, se acongojó pensando en la insignificancia del universo en general y del hombre en particular... Mientras así pensaba, ponía maquinalmente el corcho sobre el gollete de una botella y, dándole un papirotazo, trataba de alcanzar una mancha verde que sus ojos velan a poca distancia. Muchas motas negras, verdes y azules pasaron raudas ante él cuando logró acertar

con el tapón en la mancha verde. Una de las motas, de color rojizo, con rayos verdes, voló, sonriente, hacia sus ojos y expelió una sustancia parecida a la cola... Gvozdkov notó que se le pegaban los párpados...

«Algo me... escuece en los ojos —pensó—. Si no salgo al aire libre, me quedaré ciego... Hace falta pa..., pasear un poco. Aquí hace bochorno. Siguen encendiendo la estufa. ¡Bo-rrri-cos! ¡Chillan y encienden la estufa! ¡Imbéciles!».

Encasquetándose el sombrero, salió de la casa. Fuera remaba ya la oscuridad. Eran más de las nueve. En el cielo relampagueaban las estrellas. No había luna, y la noche prometía ser oscura. El estudiante aspiró la fragancia primaveral del bosque. Le rodeaban todos los elementos de una cita amorosa: el susurro del follaje, el canto del ruiseñor y... hasta «ella», una blanca figura pensativa en medio de las tinieblas. Sin darse cuenta siquiera, Gvozdkov fue a parar al sitio que se mencionaba en la esquila.

«Ella» se levantó del banco y corrió a su encuentro.

—George —le llamó con la respiración contenida—. Estoy aquí.

Detúvose el galán, puso oído y miró hacia las copas de los árboles, creyendo que era desde arriba desde donde le habían llamado.

—George, soy yo —repitió ella, acercándose más.

—¿Eh?

—Soy yo...

—¿Cómo? ¿Quién es? ¿A quién busca?

—Soy yo. George... Venga... Siéntese aquí...

George se restregó los ojos y la miró fijamente.

—¿Qué quiere?

—¡Ay, qué gracia! ¿Es que no me reconoce? ¿Será posible que no vea usted nada?

—¡Aaaah! Por favor... ¿Qué derecho tiene usted, qué de-rrrecho tiene... a andar por un jardín ajeno, de noche y en la oscuridad? ¡Caballero! ¡Responda usted, caballero! De lo contrario, le voy a sol..., le voy a soltar en la je..., en la je...

George alargó la mano y asió del hombro a la mujer.

—¡Qué gracia tiene usted! —dijo ésta—. ¡Ja, ja, ja! ¡Hace tan bien el papel!... Bueno, vamos... Charlemos un rato...

—¿Qué es eso de charlar? ¿Cómo? ¿Por qué usted? ¿Y por qué yo? ¿Me está tomando el pelo?

Ella arreció en su risa, cogió del brazo a George y trató de llevárselo. Él, en cambio, tiró hacia atrás; semejaban el caballo delantero de un carro que quiere avanzar mientras el caballo de varas recula.

—Tengo..., tengo sueño... Déjeme —masculló Gvozdkov—. No quiero ocuparme de tonterías...

—Bueno, bueno, se acabó. ¿Por qué ha tardado tanto en venir? ¿Ha estado estudiando?

—Sí, sí... Yo siempre estoy estudiando... El motivo de la dislocación del..., del maxilar inferior puede ser una caída, un golpe con la boca abierta. Donde más maxilares se dislocan es en las posadas y en las tabernas. Quiero cerveza... marca «Las Tres Montañas»...

A duras penas llegaron al banco y tomaron asiento. Gvozdikov apoyó la cabeza en las manos y los codos en las rodillas y exhaló un fuerte resoplido. El sombrero se le cayó de la cabeza y fue a parar a manos de ella, que, agachándose un poco, miró a la cara del mozo.

—¿Qué le pasa? —inquirió.

—¿Y a usted... qué le importa? Nadie tiene derecho a meterse en mis asuntos... Todos son unos idiotas, y usted también...

Después de una breve pausa, el estudiante añadió:

—Y yo también soy un idiota...

—¿Recibió usted la carta? —preguntó ella.

—La recibí... La carta de Son..., de Sonia... De Sonia... ¿Usted es Sonia? Bueno, ¿y qué? Una idiotez... Impaciencia no se escribe con ene en la primera sílaba, sino con eme. ¡Qué gramático estoy hecho! ¡Váyase al diablo de una vez!

—Pero ¿está usted borracho?

—¡Nooo! Pero soy justo. ¿Qué derre..., qué derrecho?... Nadie se emborracha con cerveza, ¿verdad? ¿Cómo?

—Y si no está usted borracho, ¿por qué suelta esa sarta de estupideces, sinvergüenza?

—¡Pues no! Nominativo, a mí; genitivo, a ti; dativo, nominativo... *Processus condyloideus et musculus sterno-cleido-mastoideus*^[90]

Gvozdikov soltó una carcajada y agachó la cabeza hacia las piernas.

—¿Está usted durmiéndose? —alarmose ella.

Mas como no obtuvo respuesta, rompió a llorar desconsolada.

—¿Duerme usted, Yegor Andreievich? —repitió su pregunta. Por toda contestación oyó un ronquido sordo, imponente. Sonia se levantó.

—¡Infame! —rugió—. ¡Canalla! ¡Habrase visto tipo igual! ¡Pues toma, toma, toma!

Y Sonia, con su manecita, «acarició» cinco o seis veces la nuca de Gvozdikov. La acarició no sin dejar huella. Y sus pies pisotearon el sombrero del galán. ¡Vengativas que son las mujeres!

Al día siguiente, Gvozdikov envió a Sonia esta carta:

«Discúlpeme. Ayer no pude acudir por hallarme muy enfermo. Concédame otra cita, incluso esta misma tarde. La ama,
Yegor Gvozdikov».

La respuesta decía:

«Su sombrero está tirado en el suelo, cerca del cenador. Puede recogerlo allí. Como beber cerveza es más agradable que amar, siga bebiendo. No quiero estorbarle. Ya no es suya,

S.

P. S.: No me conteste. Le odio».

EL CORRESPONSAL

(Корреспондент)

Los músicos eran ocho. Al director, Guri Maximov se le dijo que si la orquestina no tocaba sin interrupción, los músicos no catarían ni una copa de vodka y se les regatearían los honorarios.

Comenzó el baile a las ocho en punto de la noche. A la una, las señoritas se enfadaron con los jóvenes caballeros; y los caballeros, medio embriagados, se enojaron también con las señoritas. Estropeose el baile. Los invitados se dividieron en dos grupos. Los viejos ocuparon el salón donde había una mesa con cuarenta y cuatro botellas y otros tantos platos; las señoritas se congregaron en un rincón, se pusieron a murmurar, criticando la incorrección de los caballeros; y trataron de hallar respuesta a una pregunta: ¿a qué se debía que la novia empezara a tutear al novio desde el principio mismo? Los jóvenes ocuparon otra mesa, hablando todos a un tiempo y cada cual de lo suyo. Guri, primer violín —mal violín, por cierto— y director, atacó, al mando de sus siete satélites, la marcha de Cherniaiev. Tocaba sin cesar, deteniéndose tan sólo para beber vodka o para subirse los pantalones. Estaba enfadado. El segundo violín —que era el peor—, borracho como una uva, desentonaba diabólicamente, y el clarinete, a quien se le caía el instrumento a cada instante, no miraba la partitura y se reía sin el menor motivo.

Se levantó un estruendo espantoso. De la mesa pequeña tiraban botellas. Alguien le acertó con una en las espaldas al alemán Karl Kárlovich Funf. Varios hombres de caras amoratadas salieron gritando y riendo del dormitorio, seguidos de un criado, inquieto y nervioso. El diácono Manafuilov, para dárseles de gracioso ante aquel público ebrio y respetable, le pisó el rabo a un gato y lo tuvo así hasta que un criado le sacó de debajo del pie al enronquecido animal, haciéndole saber que aquello era «una mentecatez». Al alcalde le pareció que se le había perdido el reloj; terriblemente asustado, sudando a chorros aseguraba que el reloj en cuestión valía cien rublos. A la novia le entró dolor de cabeza. En el recibidor acababan de tirar, con gran estrépito, alguna cosa pesada. Los viejos, en el salón, no se portaban muy a tono con su edad: recordando sus años mozos, decían un sinfín de barbaridades: contaban chistes, referían las aventuras amorosas del anfitrión, bromeaban y reían. Y el dueño de la casa, satisfecho, por lo visto, replicaba desde el sillón donde se había repantigado:

—También vosotros sois buenos, hijos de perra. Os conozco bien; y les he hecho más de cuatro regalos a vuestras queridas.

Dieron las dos. Guri tocó por séptima vez la *Serenata española*. Los viejos se animaron.

—Oye, Yegori —masculló un vejete, dirigiéndose al dueño y señalando a un rincón—. ¿Quién es aquel mozuelo?

En el rincón, junto a un estante de libros, sentado sobre las piernas a la manera turca, estaba tranquilamente un anciano de levita verde oscura, bastante usada con botones claros, y quizá aburrido de no hacer nada, hojeaba un libro. El anfitrión miró al rincón, pensó un momento y sonrió.

—Es un periodista, hermanos —respondió—. ¿No le conocéis? Una persona admirable. Iván Nikitich —dijo al viejo de los botones claros—, ¿qué haces ahí? Acércate, hombre.

Iván Nikitich se estremeció, levantó los ojos azules, y se azaró, incomprensiblemente.

—Señores, se trata de un escritor, de un periodista —prosiguió el dueño—. Nosotros, aquí bebiendo, y él, ahí lo tenéis: acurrucado en un rincón, piensa que te piensa en cosas elevadas y mirándonos con sorna. Avergüénzate, hermano. Ven a beber con nosotros. Cometes un pecado no haciéndolo.

Iván Nikitich se levantó, llegase reposadamente a la mesa y se sirvió una copa de vodka.

—Que Dios les... —murmuró, mientras apuraba lentamente la copa—, que todo... marche bien..., sin novedad...

—¡Un aperitivo, hermano! Come algo...

El viejo pestañeó y se comió una sardina en conserva. Un señor gordo, con una medalla de plata al cuello, se le acercó, por detrás, y le echó en la cabeza un puñado de sal, diciendo:

—Estará más salado y no le saldrán gusanos.

Una carcajada general apremió la ocurrencia. Iván Nikitich movió la cabeza y enrojeció intensamente.

—No te enfades —le acució el gordiflón—. ¿Qué se gana con ello? Es una broma... No seas chusco. Fíjate yo también me echo...

Uniéndolo a la acción a la palabra, agarró el salero y se vertió sal en la cabeza.

—Y si quieres, también le echo a él. Para que no te enfades —continuó el gordo, espolvoreando de sal la cabeza del anfitrión, entre las carcajadas de la concurrencia. Iván Nikitich sonrió también y se comió otra sardina.

—¿Qué haces que no bebes, politicastro? —le acució el dueño—. ¡A beber! ¡Conmigo! ¡No, conmigo solo, no; con todos!

Los viejos se levantaron y rodearon la mesa. Llenáronse de coñac las copas. Iván Nikitich tosió y cogió una copa cuidadosamente.

—A mí me basta con esto —profirió, dirigiéndose al dueño—. Me basta, porque ya estoy medio borracho. Bueno, que Dios le dé, Yegor Nikífovich..., que todo..., que todo... le salga bien y a pedir de boca. ¿Por qué me miran así? ¿Tan raro me encuentran? ¡Ji, ji, ji! ¡Que Dios los ampare! Yegor Nikíforich, tenga la bondad de ordenar a Guri que Grigori deje de tocar el tambor. Me tiene atormentado el muy tuno. Con ese redoble hasta le revuelve a uno las tripas... ¡A la salud de ustedes!

—Que siga tocando —objetó el anfitrión—. ¿Tú has visto alguna vez tocar la

música sin el tambor? No comprendes ni eso, y te metes a escribir. Bueno, ahora bebe conmigo.

Iván Nikitich eructó y removió las piernecillas. El dueño llenó dos vasos:

—Bebe, amigo, y no eurras el bulto. Si se te ocurre escribir que en casa de L. todos los invitados estaban borrachos, tendrás que incluirte a ti mismo. A tu salud. ¡Venga, venga, talentudo! ¡No te achiques, hombre! ¡A beber!

Iván Nikitich tosió, se sonó y chocó su vaso con el del dueño.

—Les deseo que tengan todas las desgracias del mundo... lo más lejos posible —bromeó un comerciante. El hijo mayor del amo de la casa soltó la carcajada.

—¡Viva el periodista! —gritó el gordiflón, abrazando a Iván Nikitich y levantándolo en vilo. Los otros carcamales acudieron, y el pobre Iván Nikitich se vio sobre las cabezas y los hombros de los respetables y ebrios intelectuales de T***.

—¡Tiradlo por alto! ¡Tirad al tuno! ¡Llevaos al truhán! —gritaron los vejestorios, llevándose a Iván Nikitich a la sala, donde se les unieron los caballeros jóvenes; y entre todos se pusieron a lanzar al periodista hasta el propio techo una y otra vez. Las señoritas hicieron palmas; callaron los músicos, colocando los instrumentos en el suelo; y los lacayos, traídos del club para dar bombo a la fiesta, se asombraron de la «incorrección» y rieron de un modo estúpido ahogando la risa en sus retocadas manos. A Iván Nikitich se le cayeron dos botones de la levita y se le desató el cinturón. El viejo jadeaba, carraspeaba, chillaba y sufría, pero... sonreía satisfecho: no esperaba tanto honor para «un gusano, apenas visible entre las personas», según se expresaba él.

—¡Ja, ja, ja! —soltó el novio una risotada estruendosa; y, borracho como una cuba, asió de las piernas a Iván Nikitich. Éste se balanceó, escapó de las manos de la intelectualidad de T*** y se agarró al cuello del gordinflón de la medalla de plata.

—¡Que me mato! —suplicó—. ¡Qué me estrello contra el suelo! ¡Déjenme! Un momento... así... ¡No, así no!

El novio soltó de pronto las piernas de Iván Nikitich, que quedó colgado del cuello del gordinflón. Pero el gordiflón sacudió la cabeza, y nuestro periodista cayó al suelo, exhaló un quejido y se levantó con una risilla falsa. Las carcajadas eran generales. Incluso los civilizados lacayos de club incivil arrugaron, condescendientes, la nariz, en una sonrisa contrahecha. La cara de Iván Nikitich resplandeció de felicidad; sus húmedos ojos azules centellearon, y toda su boca se ladeó, siendo de notar que el labio superior se torció hacia la derecha y el inferior hacia la izquierda.

—Respetables señores —comenzó a hablar con débil acento de tenor, abrochándose el cinturón y abriendo los brazos—. Respetables señores: ojalá Dios se digne concederles todo cuanto de Dios esperan. Quiero dar las gracias a mi bienhechor..., a Yegor Nikíforich... No ha tenido reparo en invitar a un hombrecillo insignificante. Nos encontramos anteayer en el callejón Griazni y me dice: «Ven a la boda, Iván Nikitich. No dejes de venir. Estará la ciudad entera. Así que acude también tú, murmurador de todas las Rusias». No lo ha tenido a menos, Dios le dé

salud. Usted, Yegor Nikíforich, me ha hecho feliz con su sincera amabilidad; no se ha olvidado de este periodista, de este viejo desaharrapado. Gracias. Y ustedes, respetables caballeros, no se olviden de los de mi gremio. Somos seres minúsculos, es cierto; mas nuestras almas no son maliciosas. No desprecien al periodista, no le desdeñen, porque lo notará. Entre los hombres, parecemos pequeños y pobres, pero somos la sal de la tierra; Dios nos ha creado para utilidad de la patria; a todos enseñamos, enaltecemos el bien y condenamos el mal...

—¿Qué bobadas estás diciendo? —le gritó Yegor Nikíforich—. ¡Menudo embrollo nos has colocado, payaso Ivanovich! ¡Mejor será que pronuncies un discurso!

—¡Un discurso, un discurso! —pidieron, alborotando, los huéspedes.

—¿Un discurso? Bueno... ¡Ejem!... Déjenme pensar un poco...

Iván Nikitich quedó en actitud pensativa. Alguien le puso en la mano una copa de champaña. Después de una breve meditación, el periodista levantó la copa y dejó oír el flautín de su voz, dirigiéndose al dueño de la casa:

—Mis palabras, señoras y señores míos, serán breves; y su brevedad no concordará con la grandeza del acontecimiento que celebramos, verdaderamente emotivo para todos nosotros. ¡Ejem!... Un gran poeta dijo: «Bienaventurado el que fue joven en su juventud». No pongo en duda el acierto de estas palabras; es más: creo que no me equivoco si a ellas añado mentalmente y reproduzco oralmente un llamamiento a los jóvenes culpables de la presente ceremonia. Sed jóvenes no sólo ahora, cuando lo sois por imperativo físico y natural, sino también en vuestra vejez, pues bienaventurado el que fue joven en su juventud, pero cien veces más bienaventurado el que conserva su juventud hasta la tumba. Que los culpables de mi actual efluvio oral sean, en su ancianidad, viejos de cuerpo y jóvenes de alma, es decir, de espíritu. Que hasta la propia tumba se mantengan vivos sus ideales, auténtica dicha de los humanos. Que sus vidas se fundan en un todo puro, generoso y elevado. Que la amantísima esposa sea..., ¡ji, ji, ji!, por así decirlo, la octava de su marido, de ese marido tan fuerte en ideas, y que ambos compongan una melodiosa armonía. ¡Hurra, hurra, hurra!

Iván Nikitich apuró el champaña, dio un taconazo en el suelo y miró con aire de triunfo a los circunstantes.

—¡Muy bien, muy bien! —aplaudieron todos.

El novio, haciendo eses, se aproximó al orador y trató de hacerle una reverencia, pero estuvo a punto de caerse. Agarrando de la mano a Iván Nikitich, le dijo:

—*Beaucoup...*, *beaucoup merci*. Su discurso ha sido... muy bueno... y hasta con... cierta tendencia...

Iván Nikitich dio un salto, abrazó al novio y le besó en el cuello. El novio se turbó, y, para ocultar su confusión, se puso a abrazar al suegro.

—Se da usted buena maña para expresar sus sentimientos —felicitó al orador el gordiflón de la medalla—. Tiene usted una figura que... no lo esperaba...

Discúlpeme...

—¿Maña? —chilló el periodista—. ¿Maña? ¡Je, je, je! Ya lo sé. Lo que me falta es fuego; pero ¿de dónde voy a sacarlo? Ahora los tiempos son otros, respetables señores. Antes decía uno o escribía cualquier cosa, y se enterneceía admirado de su propio talento. ¡Ay, qué tiempos aquéllos! ¡Bebamos, *fra Diavolo*, por aquellos tiempos! ¡Bebamos, amigos! ¡Qué delicia de tiempos!

Los huéspedes se acercaron a la mesa y cogieron una copa cada uno. Iván Nikitich, transformado, no se llenó una copa, sino un vaso.

—Bebamos, honorables caballeros —continuó—. Ya que han sido tan amables conmigo, rindan tributo también a la época en que yo era un personaje. ¡Glorioso período! *Mesdames*, hermosas señoras, brinden ustedes con este áspid, con este basilisco que admira su belleza. ¡Chok! ¡Je, je, je! Amorcitos míos: ¡hubo otros tiempos, *sacramento*! Amé y sufrí, vencí y fui vencido muchas veces... ¡Hurraaa!

Todos corearon.

—Hubo otros tiempos —prosiguió Iván Nikitich, sudoroso y alterado—. ¡Hubo otros tiempos, señores! Ahora tampoco son malos; pero los de entonces eran mejores tiempos para nosotros, los periodistas, por la sencilla razón de que los hombres poseían más fuego y más verdad. Antes cualquier escritorzuelo era un paladín, un caballero sin miedo y sin tacha, un mártir, una criatura sufrida y verdadera, ¿y ahora? ¡Tierra de Rusia, mira a tus hijos escritores y sonrójate! ¿Dónde estáis vosotros, los literatos genuinos, los publicistas y otros combatientes y trabajadores de la... —ej..., ejem...—, de la divulgación? ¡¡En ninguna parte!! Hoy escribe todo el mundo. Al primero que se le antoja se pone a escribir. Aquellos que tienen el alma más sucia y más negra que mis botas, aquéllos cuyo corazón no se creó en las entrañas de su madre, sino en una fragua, aquellos que tienen tanta verdad como yo casas, se atreven a penetrar en el camino de los elegidos, en la senda exclusiva de los profetas, de los que aman la verdad y de los que odian el dinero. Queridos señores míos: este camino es hoy más ancho, pero no hay quien pase por él. ¿Dónde están los verdaderos talentos? Por más que uno los busque, no los encuentra. Todo se ha vuelto caduco y mísero. Si queda vivo alguno de los bravos de antaño, se ha convertido en un pobre de espíritu y en un fracasado. Antes se luchaba por la verdad; hoy no se busca sino la grandilocuencia y el kopek, que Dios confunda. Reina un espíritu extraño. ¡Maldición, amigos míos! También yo, condenado de mí, busco la palabra altisonante, sin respeto para mis propias canas. Apenas veo una rendija, meto algún gazapo en la crónica. Gracias al Señor, creador del cielo y de la tierra, no soy avaricioso ni me atrevo a escribir por hambre. Hoy, todo aquel que tiene el estómago vacío agarra la pluma y escribe lo que le viene en gana, con tal de que tenga algún viso de verdad. ¿Quiere usted sacarle el dinero a la redacción? ¿Sí? Pues escriba que tal y tal día hubo un terremoto en nuestra ciudad de T*** y que la aldeana Akulina..., y perdonen ustedes, *mesdames*, a este libertino..., parió seis chiquillos de una sola vez... Se han sonrojado ustedes hermosas señoras. ¡Disculpen generosamente a este

ignorante! Soy doctor en maledicencia, y en otros tiempos defendí mi tesis de esta asignatura en tabernas y posadas, y vencí en mil controversias a los truhanes más distinguidos. ¡Perdónenme, amigos! ¡Jo, jo, jo, jo! De modo que ya se sabe: escribe lo que se te antoje que tendrá aplicación. Antes no era así. Si soltábamos una mentira, lo hacíamos por simpleza o estupidez; pero no esgrimíamos la falsedad como arma, porque considerábamos nuestra profesión un sacerdocio y la venerábamos como una reliquia.

—¿Por qué usa usted botones claros? —le interrumpió un pisaverde con cuatro pelos en la cabeza.

—¿Botones claros? En efecto, son claros... Pues los uso por costumbre... En la antigüedad o sea, hace veinte años, encargué a un sastre una levita. Y el sastre, por equivocación, le puso los botones blancos en lugar de ponérselos negros. Me acostumbré a los botones claros porque llevé la levita en cuestión siete años seguidos... De modo que ya ven, señores míos, cómo era la vida de entonces... Me están oyendo estas guapas señoritas. Son tan simpáticas que se ponen a oír a un viejo como yo... ¡Ji, ji, ji! Que Dios les dé salud, lindas muñecas sobrenaturales. De haber vivido ustedes hace cuarenta años, cuando yo era joven y capaz de encender el fuego del amor en los corazones, sería su esclavo, hermosas doncellas, y de tanto estar arrodillado me haría agujeros en las rodillas... ¡Se ríen, los capullitos! ¡Oh, mis...! Gracias por haber honrado a este viejo con su atención.

—¿Está usted escribiendo algo ahora? —preguntó una señorita de nariz respingona, animada por la desenvoltura de Iván Nikitich.

—¿Que si estoy escribiendo algo? ¿Cómo no? Reina de mi alma; no voy a enterrar mi talento hasta la propia tumba... ¡Claro que escribo! ¿No ha leído usted nada mío? ¿De quién era la crónica que se publicó en *Golos* el año setenta y seis? ¿De quién? ¿No la leyó usted? ¡Pues menuda crónica! El setenta y siete volví a escribir para *Golos*; pero la redacción del respetable periódico encontró violento publicar mi artículo... ¡Je, je, je! Violento... Pero así fue. Y es que el articulejo tenía su poco de pimienta, tiraba a dar. «Hay entre nosotros —decía— patriotas insignes; mas lo difícil está en saber si su patriotismo se asienta en el corazón o en el bolsillo». ¡Je, je, je! Había intención... Y seguía: «Ayer se celebró un funeral religioso por el alma de los caídos en Plevna. Asistieron todas las autoridades y ciudadanos excepto el señor jefe de Policía de T***, que brilló por su ausencia, debido a que consideró más interesante terminar su partida de naipes que compartir el sentimiento de los ciudadanos de Rusia». ¡Una buena estocada! ¡Ja, ja, ja! No lo publicaron. ¡Y anda que no bregué yo por conseguirlo, amigos! El pasado año setenta y nueve mandé una información al diario *Russki Kurier*, de Moscú. Hablaba, amigos míos, de las escuelas de nuestro distrito. El periódico la publicó, y desde entonces recibo gratis el *Russki Kurier*. ¡Para que vean! ¿Los admira? A los genios deben admirar, y no a las nulidades. Yo soy una nulidad. ¡Je, je! Escribo muy de tarde en tarde, respetables señores, muy de tarde en tarde. Nuestra humilde ciudad de T*** es pobre en

acontecimientos dignos de que se relaten, y no quiero ponerme a publicar menudencias por amor propio y por miedo a los remordimientos de mi conciencia. Los periódicos son leídos en toda Rusia, y ¿para qué necesita Rusia a T***? ¿Para qué vamos a fastidiarla con las trivialidades de aquí? ¿Qué necesidad tiene de saber que en nuestra posada encontraron a un hombre muerto? Pero antes, ¡cómo escribía yo antes, en otros tiempos! Colaboraba en la *Severnaia Pchelá*, en *Syn Otechestva*, en *Moskovskie*... Fui contemporáneo de Belinski, y una vez dediqué un paréntesis punzante a Bulgarin... ¡Je, je, je! ¿No lo creen? Pues lo juro. Compuse unos versos sobre la bravura militar. Lo que tuve que aguantar en aquellos tiempos, sólo Jehová lo sabe. Al acordarme de mi situación de entonces, no puedo por menos de enternecerme. ¡Qué intrépido y qué bizarro era! Sufrí y fui perseguido por mis ideas. Padecí martirios por defender el trabajo noble y generoso. El año cuarenta y seis, por una crónica publicada en *Moskovskie Vedomosti*, me dieron tal paliza unos cuantos vecinos de T***, que me pasé tres meses en el hospital, casi a pan y agua. Es de suponer que mi enemigo pagase bien a los desalmados que me apalearon. Lo hicieron de modo que hasta hoy puedo mostrar las huellas. Otra vez, en el año cincuenta y tres, me llama el alcalde, Sisoï Petrovich... Ustedes no se acuerdan de él, y más vale así. El recuerdo de aquel hombre es el más amargo de todos los recuerdos. Me llama y me dice: «¿Qué calumnias son esas que has publicado en la *Pchela*?». ¿Y cuáles eran las calumnias? Yo denunciaba que se había formado una banda de malhechores cuya guarida estaba en la fonda de Guskov. Hoy no existe ya la tal fonda. La quitaron en el año sesenta y cinco; y en ella puso su tienda de ultramarinos el señor Lubtsovatski. Al final de la crónica se me ocurrió tirar una puntada: «No estaría de más, por consiguiente, que la Policía prestase atención a la fonda del señor Guskov». Sisoï Petrovich me dio mil gritos, pataleando furiosamente en el suelo: «¿Acaso no sé yo lo que conviene hacer? ¿Vas a permitirte darme indicaciones, mamarracho? ¿Quieres meterte a mentor mío?». Después de mucho vociferar ordenó encerrarme en el calabozo. Yo estaba tiritando. Me pasé recluso tres días con sus noches. Me acordé de Jonás y de la ballena. Aguanté las mayores humillaciones... No lo olvidaré hasta que se me nuble la memoria. Ni una chinche, ni un piojo..., y perdonen ustedes..., ni un insecto apenas visible habrá sufrido jamás las ofensas que me infirió a mí Sisoï Petrovich, a quien Dios tenga en su gloria. ¿Pues y lo que me sucedió con el reverendo padre Pankrati, a quien yo llamaba mentalmente *padre de vía estrecha*? No sé dónde, leyó ciertas alusiones a un reverendo; y se le metió en la cabeza que el aludido era él y que el autor del escrito era yo, aunque en verdad ni se aludía a él ni yo había escrito aquello. Pues bien: voy una vez andando junto a una valla, cuando alguien me empuja por la espalda y me suelta un garrotazo en la cabeza, seguido de otro y de un tercero... ¡Qué espanto! ¿Por qué me lloverían aquellos palos? Me vuelvo y veo al padre Pankratov, a mi confesor... ¡Públicamente! ¿Por qué? ¿Cuál era mi delito? Pues todo lo soporté con resignación... Hube de padecer mucho, queridos amigos...

El comerciante Grízhev, que se hallaba al lado, sonrió y dio una palmada en un hombro a Iván Nikitich.

—Escribe —le dijo—. Escribe. ¿Por qué no vas a escribir, si puedes hacerlo? ¿Y en qué periódico escribirás?

—En *Golos*, Iván Petrovich.

—¿Me lo darás a leer?

—¡Je, je, je! Sin falta.

—Veremos qué milagros eres capaz de hacer. Dime: ¿de qué piensas escribir?

—Pues si Iván Stepanovich hace alguna donación para el instituto, escribiré una crónica sobre eso.

Iván Stepanovich, un mercader rasurado, sin la larga levita típica, sonrió y enrojeció:

—Bueno, escribe. Haré la donación. ¿Por qué no? Daré mil rublos...

—¿Mil?

—Sí, hombre. Puedo darlos.

—¡Qué va!

—¿Que no? Claro que puedo.

—¿No es broma, Iván Stepanovich?

—Es en serio... Pero... Mmm... ¿Y si entrego el dinero y después no escribes nada?

—¿Cómo podría hacer eso? ¿Palabra de honor, Iván Stepanovich?

—¡Pues sí...! ¡Ejem!... ¿Y cuándo lo escribirás?

—Muy pronto, señor, muy pronto... ¿No lo dice usted en broma, Iván Stepanovich?

—¿Qué necesidad tengo de bromear, si no vas a pagarme nada por las bromas? ¡Ejem!... ¿Y si luego no escribes?

—Escribiré, Iván Stepanovich. Que Dios me castigue si no cumplo mi palabra.

Iván Stepanovich amigó la frente, ancha y brillante, y quedó pensativo. El corresponsal movió las piernecillas, exhaló un eructo y clavó los resplandecientes ojillos en el comerciante. Éste insistió:

—Verás, Nikita... Nikitich... ¿O es Iván como te llamas? Verás: estoy dispuesto a dar..., a dar dos mil rublos de plata y después... quizá algo por el estilo... Pero a condición, hermano, de que escribas de verdad... un artículo...

—¡Por Dios le juro que sí! —cacareó Iván Nikitich.

—Lo escribes, y antes de mandarlo al periódico me lo enseñas. Entonces daré los dos mil rublos si está bien escrito...

—Muy bien. ¡Ek!... ¡Ek-ejem!... Acepto y comprendo, señor generoso y magnánimo. Iván Stepanovich: sea usted lo bastante amable y condescendiente para no dejar incumplida su promesa, permitiendo que se convierta en papel mojado. ¡Iván Stepanovich, bienhechor del prójimo! Respetables caballeros: aunque borracho, mi entendimiento se hace cargo de todo. ¡Tenemos ante nosotros al más humano de los

filántropos! ¡Lo juro! ¡Sigán su ejemplo! ¡Cooperen a la instrucción del pueblo, demuestren su generosidad! ¡Oh Dios mío!

—Bueno, bueno... Ya me verás...

Iván Nikitich se agarró al faldón de Iván Stepanovich:

—¡Oh señor magnánimo! —soltó la trompetilla de su voz—. Una su mano a las manos de los grandes... Vierta aceite, en el fuego que ilumina al universo... Permítame que brinde por su salud, ¡Voy a brindar, caballero, voy a brindar! ¡Viva!...

Tras sufrir un golpe de tos, apuró la copa de vodka. Iván Stepanovich miró a los que lo rodeaban, hizo un guiño, indicando a Iván Nikitich y se fue al salón. El periodista permaneció meditativo unos segundos; se pasó la mano por la calva y, con grave continente, se dirigió a la sala, pasando entre las parejas que bailaban.

—Que usted siga bien —dijo al anfitrión con una reverencia—. Gracias por su amabilidad, Yegor Nikiforovich. Nunca lo olvidaré.

—Adiós, hermano. Llégate por aquí de cuando en cuando. O pasa por la tienda, si tienes tiempo: tomarás té con algunos buenos mozos. Si quieres venir, estás invitado al santo de mi mujer. Ven y pronuncia un discurso. Bueno, adiós, amigo.

Iván Nikitich, emocionado, estrechó la mano que se le tendía, hizo una profunda reverencia y se fue presuroso hacia el vestíbulo, donde, entre tanto abrigo de piel y de paño, se perdía el suyo, pequeño y raído.

—¡Una propina, caballero! —le rogó, servicial y amable, el lacayo encargado del guardarropa.

—¡Para mí la quisiera, amigo mío...!

—Aquí tiene su abrigo. ¿Es el suyo, semicaballero? ¡Está como para sembrar trigo en él! No es un abrigo para acudir a fiestas, sino para meterse en una zahúrda.

Confuso y aturdido, Iván Nikitich se puso el abrigo, se subió los pantalones, salió de la casa del ricachón L*** y se dirigió, chapoteando en el fango, a su domicilio.

Vivía en la calle principal, en una buhardilla, por la que pagaba sesenta rublos anuales a los herederos de una tendera. Estaba su tugurio en un rincón de un enorme patio cubierto de cardos borriqueros, y se asomaba entre los árboles con la misma timidez con que únicamente pudiera asomarse Iván Nikitich. Después de echar el cerrojo al portalón del patio, y sorteando hábilmente los cardos, nuestro hombre se encaminó a su morada, gris y triste. Un perro le gruñó y le ladró, no se sabe desde dónde.

—¡*Stameska*, soy yo, *Stameska*! —murmuró Iván Nikítioh.

La puerta de la casilla estaba abierta. Limpiándose las botas con un cepillo que allí había, Iván Nikitich penetró en su guarida. Una vez dentro, carraspeó, se quitó el abrigo, musitó una oración ante el icono y atravesó sus *apartamentos*. En la segunda y última habitación volvió a orar ante el icono y, andando de puntillas, se dirigió a una cama. En ella dormía una joven agraciada, de unos veinticinco años.

—¡Manechka! ¡Manechka! —se puso a despertarla Iván Nikitich.

—Beeee...

—Despierta, hijita...

—Yo..., yo..., a mí...

—¡Manechka, Manechka, despierta!

—¿Qué pasa? ¿Eh?...

—Despiértate, ángel mío. Levántate, bien de mi vida, alegría de tu padre. Manechka, hija mía...

Manechka dio la vuelta y abrió los ojos:

—¿Qué pasa?

—Haz el favor de darme dos pliegos de papel, hijita.

—¡Acuéstese a dormir!

—¡Hija mía no me los niegues!

—¿Para qué los quiere?

—Para enviar una crónica a *Golos*.

—Déjeme en paz y acuéstese a dormir. Allí tiene la comida que le he guardado.

—¡Amiga mía única!

—¿Está borracho? Estupendo... Déjeme dormir.

—Dame papel. ¿Qué te cuesta levantarte y hacer caso a tu padre? Amiga mía, ¿quieres que te lo pida de rodillas?

—¡Oh, qué diablo! ¡Vayase de aquí!

—Ahora mismo.

Iván Nikitich dio dos pasos atrás y ocultó la cabeza tras un biombo. Manechka saltó de la cama cuidadosamente envuelta en la manta.

—¡Siempre vagando! —gruñó—. ¡Vaya un castigo! Madre de Dios, ¿cuándo se acabará todo esto? No me deja tranquila ni de día ni de noche. ¡No tiene usted conciencia!

—¡Hija, no insultes a tu padre!

—Nadie le está insultando. Tome.

Manechka sacó de su cartera dos pliegos de papel y los tiró sobre la mesa.

—*Merci*, Manechka. Perdona por la molestia.

—Bueno, bueno...

La joven cayó en la cama, tapose con la manta, se encogió y se durmió inmediatamente.

Iván Nikitich encendió una vela y se sentó a la mesa. Después de meditar un instante, mojó la pluma, se persignó y comenzó a escribir.

A las ocho de la mañana del día siguiente, Iván Nikitich estaba ya a la puerta de la casa de Iván Stepanovich, tirando de la campanilla con mano temblorosa. Tiró cosa de diez minutos, y en este espacio de tiempo le faltó poco para morirse de miedo por su atrevimiento.

—¿Qué quieres? ¿Por qué llamas así? —le preguntó un lacayo, abriendo la puerta y restregándose con el faldón de la vieja levita, de color marrón, los ojos soñolientos

e hinchados.

—¿Está en casa Iván Stepanovich?

—¿El señor? ¿Pues dónde va a estar? ¿Qué quieres?

—Quiero... verle.

—¿De Correos? Pues está durmiendo.

—No, no vengo de Correos, sino por mí mismo... Propiamente hablando...

—¿Eres funcionario?

—No, pero... ¿podría esperar?

—Claro que sí. Ahí, en el recibidor...

Iván Nikitich penetró, cohibido, en el recibidor, y tomó asiento en un diván sobre el que se veían todos los arreos del lacayo.

—¡Aukrrrrmm! ¡Kgmbrrr! ¿Quién anda por ahí? —llegó un rugido desde el dormitorio de Iván Stepanovich—. ¡Seriozhka, ven aquí!

El lacayo pegó un salto y corrió como un desesperado hacia el dormitorio del amo, mientras Iván Nikitich, aterrado, se abrochaba y desabrochaba, nervioso, los botones del abrigo.

—¿Cómo? ¿Quién? —oyó vociferar en el dormitorio—. ¿A quién? ¿Es que no tienes lengua, so bestia? ¿Cómo? ¿Del banco? ¡Pero habla de una vez! ¿Un viejo, dices?

A Iván Nikitich le martilleó el corazón. Sus ojos se nublaron y se le enfriaron los pies. ¡Se aproximaba el momento crucial!

—Llámalo —resonó en el dormitorio.

Apareció Seriozhka sudoroso, con una mano en la cara, y condujo al visitante al dormitorio del señor. Iván Stepanovich acaba de despertarse. Acostado en la ancha cama, sacaba la cabeza desde debajo de la manta. Junto a él, cubierto con la misma manta, roncaba el gordiflón de la noche anterior. Éste, al acostarse, no había considerado necesario desnudarse. Las puntas de sus botas asomaban entre las sábanas, y la medalla de plata, desprendida del cuello, yacía sobre la almohada. En el aposento, lleno de humo de tabaco, hacía calor y bochorno. Trozos de un quinqué roto, un reguero de petróleo y jirones de una falda de mujer cubrían el suelo.

—¿Qué te trae por aquí? —inquirió Iván Stepanovich, mirando fijamente a Iván Nikitich y arrugando el ceño.

—Perdone la molestia —redondeó el periodista las palabras, extrayendo el papel del bolsillo—. Respetabilísimo Iván Stepanovich, permita...

—Oye, oye, no me vengas con cuentos, que en esta casa no se leen. Dime qué es lo que quieres.

—Pues he venido con el fin de..., ¡ejem!..., con el fin de presentarle, de la manera más respetuosa...

—Pero, bueno, ¿quién eres tú?

—¿Yooo? Pues..., verá..., ¡ejem!... ¿Se ha olvidado de mí? Soy el corresponsal...

—¿Cómo? ¡Ah, ya caigo! ¿Y a qué has venido?

—Deseaba presentarle la crónica que le prometí, para que la lea...

—¿Ya la has escrito?

—Sí, señor.

—¿Tan pronto?

—¿Pronto? Si he estado escribiendo hasta ahora mismo...

—¡Ejem!... Pues no... No me parece bien... Tenías que tardar más tiempo. ¿Para qué las prisas? Anda, hermano, vete y escribe más.

—Iván Stepanovich: ni el lugar ni el tiempo pueden coaccionar el talento. Aunque me dé usted un año entero, no escribiré nada mejor. ¡Por Dios que no!

—A ver, a ver, trae para acá.

Iván Nikitich desdobló el pliego y, con las dos manos, lo acercó a la cara de Iván Stepanovich.

Cogió el comerciante el papel, entornó los ojos y se puso a leer: «En nuestra ciudad de T*** se construyen anualmente varios edificios, a cuyo fin se contratan arquitectos en la capital, se encargan al extranjero materiales de construcción y se invierten enormes capitales. Todo ello —hay que reconocerlo— con fines mercantiles...

Y es una lástima. T*** tiene más de veinte mil habitantes, existe desde hace varios siglos y erige nuevos y nuevos edificios. Pero no hay ni una mala cabaña donde pueda albergarse esa fuerza que corta las hondas raíces de la ignorancia. La ignorancia...». ¿Qué dice aquí?

—¿A ver? ¡Ah!, dice *horribile dictu*^[91].

—¿Y qué significa eso?

—Dios sabrá lo que significa, Iván Stepanovich. Yo sólo sé que cuando se escribe algo malo o espantoso, se pone al lado, entre paréntesis, esa expresión.

—«La ignorancia...». ¡Ejem!... «va depositándose en gruesas capas y goza de pleno derecho de ciudadanía en todos los sectores de nuestra sociedad. Pero ¡por fin!, nos ha llegado el aire que respira toda nuestra Rusia instruida. Hace un mes nos concedió el ministro autorización para abrir en nuestra ciudad un Instituto de segunda enseñanza. La noticia fue acogida aquí con júbilo sincero.

Y ha habido personas que no se han limitado a expresar su satisfacción, sino que han querido demostrar prácticamente su amor a la cultura. Nuestros comerciantes, que nunca rehúsan colaborar en cualquier empresa noble, tampoco ahora han negado su óbolo...». ¡Diablo de hombre! ¡Aunque lo ha escrito a la carrera, qué bien le ha salido! Vaya, vaya, te felicito... «Me creo en el deber de citar los nombres de los que más han contribuido. Helos aquí: Gurí Petróvich Grízhev, 2000 rublos; Piotr Semiónovich Alebastrov, 1500; Aviv Inokentievich Petroshílov, 1000; Iván Stepanovich Trambonov, 2000. El último ha prometido...». Oye, tú, ¿quién es el último?

—¿El último? Pues usted...

—¿De manera que a mí me tienes por el último?

—El último... Quiero decir... ¡ej..., ejem!..., en el sentido de...

—¿Así que yo soy el último?

Iván Stepanovich se levantó rojo de cólera:

—¿Quién es el último? ¿Yo?

—Usted, señor; pero sólo en el sentido de...

—¡En el sentido de que eres un idiota! ¿Me entiendes? ¡Un idiota! Toma tu crónica.

—Excelen... Señor... Padrecito Iván... Iván...

—¡De modo que yo soy el último! ¡Sanguijuela, ganso!

De la boca de Iván Stepanovich salió un raudal de expresiones gruesas, a cual menos adecuada para la publicación. Iván Nikitich, loco de terror, cayó sobre una silla temblando convulsivamente.

—¡Cerdo inmundo! ¿Yo el último? ¡Iván Stepanovich Trambonov nunca ha sido ni será el último! ¡El último eres tú! ¡Fuera de aquí, y que no vuelva a verte ni en pintura!

El comerciante estrujó enfurecido la crónica y, hecha una bola, se la arrojó a la cara al corresponsal de los periódicos de Moscú y de San Petersburgo. Iván Nikitich, colorado hasta las orejas, se levantó de la silla y, braceando para darse prisa, huyó del dormitorio. Al llegar al recibidor encontró a Seriozhka que, con una sonrisa estúpida en la estúpida cara, le abrió la puerta. Ya en la calle, Iván Nikitich, pálido como la cera, echó a andar por el barro en dirección de su casa. Dos horas después Iván Stepanovich, al salir de su casa, vio en la ventana del recibidor la gorra olvidada por Iván Nikitich.

—¿De quién es esto? —preguntó a Seriozhka.

—De aquel pobre diablo que usted echó antes a la calle.

—Pues tíralo. No va a quedarse aquí emporcándolo todo.

Seriozhka cogió la gorra y, saliendo a la calle, la arrojó al lugar más fangoso.

ESCULAPIOS RURALES

(Сельские эскулапы)

Un hospital rural por la mañana.

A falta del médico, que se ha ido de caza con el jefe de los alguaciles, la consulta corre a cargo de dos practicantes: Kuzmá Yegórov y Gleb Glebich. Hay unos treinta enfermos. Kuzmá Yegórov, mientras inscriben a todos los que desean ser recibidos, está sentado en el gabinete tomando café con achicoria. Gleb Glebich, que no se ha lavado ni peinado desde que nació, apoya el pecho y la barriga en la mesa, mientras inscribe a los pacientes para la consulta. Tiene un humor de perros. El minucioso registro se lleva a cabo por razones de estadística. Se apunta el nombre, el patronímico, la procedencia social, el domicilio, la edad y el grado de instrucción; y después de la consulta se anota, asimismo, la enfermedad y la medicina recetada.

—¡Malditas plumas! —gruñe Gleb Glebich, mientras dibuja en un libro grande y en pequeñas hojitas monstruosos garabatos—. ¿Qué tinta es ésta? Más bien parece brea. ¡Qué gracia tiene el Ayuntamiento! Ordena que se lleve un registro de los enfermos y asigna dos kopeks anuales para tinta. ¡Venga, acércate!

Se acercan un *muzhik*, con la cara vendada, y «el bajo» Mijaílo.

—¿Cómo te llamas?

—Iván Mikulov.

—¿Eh? ¿Cómo? ¡Habla en ruso!

—Iván Mikulov.

—¡Iván Mikulov!... No es a ti a quien pregunto. Retírate. A ver, tú, ¿cómo te llamas?

Mijaílo sonríe:

—¿Es que no me conoces?

—¿De qué te ríes? Si serán malditos... Con la prisa que tiene uno y con lo que vale el tiempo, se ponen a gastar bromas. ¿Cómo te llamas?

—Pero ¿no me conoces? ¿Te has vuelto loco?

—Te conozco, pero debo preguntar lo que pregunto, porque así está ordenado. Y para volverme loco no tengo motivo. Ni soy tan borracho como su merced, ni solemos beber para emborracharnos. ¿Nombre y apellido?

—¿Para qué voy a decírtelo si lo sabes? Cinco años lo has sabido. No lo vas a olvidar al sexto.

—No lo he olvidado; pero hay que guardar las formas. ¿Me entiendes? ¿O es que no comprendes el ruso? ¡Las formas!

—Bueno, pues si tanta importancia tienen las formas, escribe y vete al diablo: Majado Fedotich Izmuchenko.

—No Izmuchenko, sino Izmuchenkov.

—Bueno, pues Izmuchenkov... Pon lo que quieras. Con tal de que me cures..., como si se te antoja ponerme Payaso Ivanich. Me da lo mismo.

—¿Clase social?

—Bajo.

—¿Edad?

—Vete tú a saber. No estuve en el bautizo. No lo sé.

—¿Llegarás a los cuarenta?

—Puede que llegue y puede que no. Pon lo que se te ocurra.

Gleb Glebich examina un momento a Mijaílo, hace un cálculo y escribe treinta y siete años, pero luego, como si lo hubiera pensado mejor, lo borra y pone cuarenta y uno.

—¿Sabes leer?

—¿Puede haber un cantante que no sepa? ¡Qué cabeza!

—Mientras estemos en público tienes que tratarme de usted y no gritar de esa manera. ¡El siguiente! ¿Cómo te llamas?

—Mikífor Pugolova, de Jlapova.

—Aquí no atendemos a los de Jlapova. A ver, el siguiente.

—Hágame ese favor, por el amor de Dios. Tenga usía en cuenta que he venido andando veinte verstas...

—Aquí no se asiste a los de Jlapova. Venga otro. Apártate. ¡Está prohibido fumar!

—Si no estoy fumando, Gleb Glebich...

—¿Y qué es lo que tienes en la mano?

—El dedo vendado, Gleb Glebich.

—¿No es un cigarro? ¡No hay consulta para los de Jlapova! Venga el siguiente.

Gleb Glebich termina la inscripción. Kuzmá Yegórov apura su «café», y comienza la consulta. El primero se hace cargo de la sección farmacéutica y se marcha al botiquín: el segundo, de la terapéutica, y se pone una especie de delantal de hule.

—María Zaplaxina —llama Kuzmá Yegórov a la primera de la lista.

—Aquí estoy, padrecito.

Entra una viejecita, rugosa y apergaminada, tan pequeña que diríase aplastada hacia el suelo por algún espíritu maligno. Después de persignarse, hace una profunda reverencia al aprendiz de Esculapio.

—¡Hummm!... Cierra la puerta. ¿Qué te duele?

—La cabeza, padrecito.

—Vaya, vaya... ¿Toda o parte de ella?

—Toda, padrecito. Tal como es...

—No te la envuelvas de ese modo... Quítate ese trapo. La cabeza debe estar al fresco, los pies al calor y el cuerpo a una temperatura media... ¿Tienes trastornos de vientre?

—Sí, padrecito...

—Bueno... A ver, tírate del párpado hacia abajo. Está bien, basta. Tienes anemia... Te daré unas gotas. Te tomas diez por la mañana, otras diez con el almuerzo y otras diez por la noche.

Kuzmá Yegórov se sienta y escribe la receta:

«*Rp. Liquor ferri*. Tres gramos del que está en la ventana. El del armario no permite que Iván Yakovlich se destape sin estar él. Diez gotas, tres veces al día, a María Zaplaxina».

La vejuca pregunta en qué debe tomar las gotas, se inclina y sale. Kuzmá Yegórov pasa la receta al botiquín por un ventanuco abierto en el tabique y llama al enfermo de tumo:

—¡Timofei Stukotei!

—Presente.

Penetra en el gabinete un individuo flaco y larguirucho, de cabeza tan gorda, que desde lejos parece un bastón con una porra en lo alto.

—¿Te duele algo?

—El corazón, Kuzmá Yegórov.

—¿En qué parte?

Stukotei señala la parte baja del pecho.

—¿Y hace mucho tiempo?

—Desde el día de la Patrona. He venido andando y he tenido que sentarme lo menos diez veces... Me entran unos escalofríos... Y me da fiebre, Kuzmá Yegórov.

—¡Ejem!... ¿Te duele algo más?

—A decir verdad, Kuzmá Yegórov, me duele todo el cuerpo; pero usted cúreme solamente el corazón y no se preocupe de lo demás. Ya me lo curarán las mujeres... Recéteme algún alcohol u otra bebida para que el corazón ande bien. A veces me da unos vuelcos que parece que se para, y luego siento unas agarradas en esta parte que... Hasta la rabadilla me coge... La cabeza se me pone como una piedra... Y toso una barbaridad...

—¿Tienes apetito?

—¿Apetito? Ninguno.

El practicante se acerca al paciente, le hace doblar el cuerpo y le aprieta con el puño en el pecho.

—¿Te duele así?

—¡Huuuh, ay... qué dolor!

—¿Y así?

—¡Oooh! ¡Como para morirse!

Kuzmá Yegórov le hace varias preguntas, queda pensativo un momento y llama en su ayuda a Gleb Glebich. Comienza el consejo médico.

—A ver la lengua —dice Gleb Glebich al enfermo.

Este abre la boca y saca la lengua.

—Ábrela más.

—No puedo, Gleb Glebich.

—Todo es posible en este mundo.

El matasanos contempla al paciente cierto tiempo, como torturado por su meditación; se encoge de hombros y, sin pronunciar palabra, sale del gabinete.

—¡Debe ser un catarro! —grita desde el botiquín.

—¡Dele usted *olium ricini* y amoníaco! —le grita, a su vez, Kuzmá Yegórov—. Que se dé friegas en el vientre por la mañana y por la noche. ¡El siguiente!

El enfermo sale del gabinete de consulta y se dirige a la ventanilla del botiquín que da al pasillo. Gleb Glebich le entrega como la tercera parte de un vaso con aceite de ricino. Stukotei se lo bebe pausadamente, se relame los labios; cierra los ojos y frota un dedo sobre otro, como hacen los bebedores pidiendo un aperitivo.

—Y aquí tienes las friegas —le explica Gleb Glebich dándole un frasco de amoníaco—. Te frotas el vientre con un trapo por la mañana y por la noche. Tienes que devolverme el frasco. Puedes marcharte.

Se acerca a la ventanilla la cocinera del padre Grigori, Pelagia. Llega risueña, cubriéndose la cara con la toquilla.

—¿Qué desea? —le pregunta Gleb Glebich.

—Decirle que Lisaveta Grigorievna le envía un saludo y le ruega que le mande unas pastillas de menta.

—Con mil amores... Siempre estoy dispuesto a servir a los buenos ejemplares del bello sexo.

El practicante saca del armario un bote de pastillas de menta y echa la mitad en la toquilla de Pelagia.

—Dígale que Gleb Glebich no cabía en sí de gozo mientras le daba las pastillas. ¿Ha recibido mi esquila?

—La ha recibido y la ha roto. Lizaveta Grigorievna no es amiga de amoríos.

—¡Qué fierecilla! Dígale de mi parte que es una fierecilla.

—¡Mijaílo Izmuchenkov! —llama Kuzmá Yegórov.

Entra en el gabinete el «bajo» Mijaílo.

—Mijaílo Fedotich, nuestro más profundo respeto. ¿Qué le pasa?

—Me duele la garganta, Kuzmá Yegórich. He venido, propiamente hablando, para que usted tenga a bien, respecto a mi salud... El mal no es tan doloroso como perjudicial. Por la maldita enfermedad no puedo cantar, y el director del coro me descuenta cuarenta kopeks por cada misa. Por no haber cantado en la víspera de ayer tarde me quitó veinticinco kopeks. Hoy ha habido un funeral; cada cantante ha ganado tres rublos; y yo, por estar enfermo, me he quedado sin nada. Con su permiso, le participo que tengo dolor y carraspera. Parece como si en la garganta tuviera un gato y que con las uñas..., ras, ras...

—¿No será a causa de las bebidas fuertes?

—No se lo puedo decir de seguro; pero, con su permiso, debo comunicarle que las bebidas alcohólicas influyen en los tenores, pero en los bajos, ni pizca. La voz del bajo se hace más sorda y más imponente con la bebida. Lo que fastidia a los bajos son los resfriados.

Por el ventanuco asoma la cabeza de Gleb Glebich.

—¿Qué le doy a la vieja? El frasco que había en la ventana se ha terminado. Voy a destapar el del armario.

—¡No, no! ¡Iván Yakovlich lo ha prohibido! Puede enfadarse...

—Y, entonces, ¿qué le doy?

—Dale cualquier cosa.

«Cualquier cosa», en boca de Glebo Glebich, quiere decir bicarbonato.

—No le convienen las bebidas fuertes.

—Pero si hace ya tres días que no las pruebo... Debe de ser cosa de un resfriado... Efectivamente, la vodka enronquece la voz; pero, con la ronquera, como usted bien sabe, Kuzmá Yegórov, la octava sale mejor. Los de mi gremio no podemos arreglárnoslas sin beber vodka. ¿Qué clase de cantante es el que no la toma? Más que un cantante es... un hazmerreír. A no ser por mi profesión, no probaría esa maldita bebida. La vodka es la sangre de Satanás.

—Bueno, le voy a recetar unos polvos. Disuélvalos en una botella y haga gárgaras por la mañana y por la noche.

—¿Pasa algo si me los trago?

—No.

—Pues estupendo. No me gusta que no pueda uno tragárselos. Después de gargarizar y gargarizar, da lástima tirarlos. Y ahora verá usted lo que deseaba preguntarle. Como no ando muy bien del vientre, por lo cual me hago una sangría todos los meses y tomo unas hierbas, ¿me conviene contraer matrimonio?

Kuzmá Yegórov reflexiona un buen rato y responde:

—No; no se lo aconsejo.

—Se lo agradezco en el alma... Es usted un médico de los que no hay, Kuzmá Yegórov. Mejor que todos los doctores. ¡Lo juro por Dios! ¡Cuántas almas ruegan por usted al cielo! ¡Ooooh! ¡Es magnífico!

Kuzmá Yegórov baja los ojos con modestia y escribe resueltamente la receta: bicarbonato.

SE ESTROPEÓ EL ASUNTO

(CASO DIGNO DE UN SAINETE)

(Пропащее дело. Водевильное происшествие)

¡Qué gana tengo de llorar! Creo que si rompiera en sollozos me aliviaría algo.

Era una noche admirable. Me puse de punta en blanco, me peiné, me perfumé un poco y salí hecho un don Juan, camino de la casa de ella. Vive en una dacha de Sokólniki. Es joven, hermosa, recibirá una dote de treinta mil rublos, tiene cierta instrucción y me amaba con ceguera de topo.

Al llegar a Sokólniki, la encontré sentada en nuestro banco favorito, al pie de altos y esbeltos abetos. Resplandeció al verme y, levantándose con rapidez vino a mi encuentro.

—¡Qué cruel es usted! —me reprochó—. ¡Mire que tardar tanto, sabiendo cómo anhelo verle! ¡Ay, qué hombre!

Besé su primorosa mano y, trémulo me fui con ella al banco. Palpitante y angustiado, sentía inflamarse mi corazón y temía que me estallase dentro del pecho. Mi pulso tenía latido de fiebre.

¡Y era natural! ¡Como que yo había ido a decidir para siempre mi destino! ¡A jugarme el todo por el todo! De aquella tarde dependía mi suerte.

Hacía un tiempo espléndido; mas ¿qué me importaba a mí el tiempo? Ni siquiera hacía caso de un ruiñón, que cantaba sobre nuestras cabezas, pese a que, como es sabido, en cualquier cita, por poca que sea su importancia, hay que escuchar a los ruiñones.

—¿Por qué calla usted? —preguntó ella, mirándome a los ojos.

—Pues... Hace una noche tan bella... ¿Qué tal se encuentra su *maman*?

—Bien, gracias.

—¡Ejem!... Me alegro... Pues verá usted, Varvara Petrovna: quiero hablarle de un asunto... He venido exclusivamente para eso... Hasta ahora he callado, pero ya... este servidor suyo no puede seguir guardando silencio.

Varia^[92] agachó la cabeza y estrujó una florecilla entre sus dedos temblorosos. Sabía cuál era el tema de que iba a hablarle. Proseguí:

—¿Para qué callar? Por más que uno se cohíba y se retraiga, tarde o temprano tendrá que dar rienda suelta... a sus sentimientos y a su lengua. Quizá usted se enfade..., acaso no me comprenda, pero...

Me detuve un instante: había que buscar una frase a propósito.

«¡Pero habla ya de una vez! —protestaron sus ojos—. ¡Cobardón! ¿Por qué me

martirizas?».

—Usted se habrá dado cuenta hace tiempo —continuó— de por qué vengo a diario y la molesto con mi presencia. ¿Cómo no va a haberlo adivinado? De seguro que, con su sagacidad característica, habrá usted advertido en mí un sentimiento que... (*Pausa*), ¡Varvara Petrovna!

Varia se inclinó más aún. Sus dedos temblaban.

—¡Varvara Petrovna!

—¿Qué?

—Yo... ¡Bueno, para qué vamos a hablar si está a la vista! Yo la amo... Eso es todo... ¿Qué otra cosa puedo decirle? (*Pausa*). ¡La quiero con locura! Mi amor es tan grande que... Mire: coja todas las novelas que se han escrito en el mundo, lea todas las declaraciones de amor que en ellas se contienen, todos los juramentos, todos los sacrificios y... todo junto le dirá lo..., lo que ahora se alberga en mi pecho... ¡Varvara Petrovna! (*Pausa*). ¡Varvara Petrovna! ¡¿Por qué calla usted?!

—¿Qué quiere que le diga?

—¿Va a decirme... que no?

Varia levantó la cabeza y sonrió.

«¡Qué demonio!», pensé. Ella sonrió de nuevo, movió los labios y emitió un susurro casi inaudible:

—¿Por qué voy a decirle que no?

Me apoderé de su mano como un loco, como un loco la besé y como un loco busqué la otra mano. Ella, ¡qué adorable!, mientras yo estaba entretenido con sus manos apoyó la cabeza en mi hombro; y por primera vez advertí la esplendorosa exuberancia de su cabellera.

Besé su cabeza, y sentí en mi pecho el mismo calor que si me hubieran puesto dentro el samovar. Varia alzó la cabeza, y no me quedó otra cosa que besarla en los labios.

Pero he aquí que cuando ella estaba ya en mis manos decididamente, cuando la resolución de que me diesen los treinta mil rublos se hallaba ya presta para la firma, cuando tenía ya casi en mi poder una esposa guapa, un dinero nada deleznable y una buena carrera, se le ocurrió al diablo tirarme de la lengua.

Quise presumir ante mi futura esposa, blasonar de escrupuloso y jactarme de mis principios. No me explico yo mismo con qué fin lo hice. Pero lo cierto es que no pudo salir peor.

—Varvara Petrovna —le dije, después del primer beso—. Antes que me prometa ser mi mujer, creo que es un deber sagrado decirle unas palabras para evitar posibles equívocos. Seré breve. ¿Sabe usted, Varvara Petrovna, quién soy yo y qué soy yo? Ciertamente, soy honrado... Soy trabajador... Soy..., soy altivo. Es más: incluso tengo un porvenir... Pero soy pobre... Carezco de todo...

—Lo sé —replicó ella—. Pero la felicidad no reside en el dinero.

—Cierto, cierto... ¿Quién ha hablado de dinero? Yo... me enorgullezco de mi

pobreza. Los céntimos que me proporcionan mis actividades literarias no los cambiaría por los miles de rublos que..., por los miles de rublos que...

—¡Le entiendo, le entiendo! Pero...

—Estoy acostumbrado a la pobreza. Es mi compañera inseparable. Puedo pasarme una semana sin comer... Pero usted..., ¡usted! ¿Es que usted, habituada a no dar dos pasos sin tomar un coche, a estrenar un vestido cada día, a tirar el dinero; usted, que nunca ha conocido la necesidad y para quien una flor que no esté de moda es ya una gran desgracia accederá a renunciar a todos los bienes de la tierra con tal de vivir conmigo? ¡Ejem!

—Yo tengo dinero. Recibiré una dote...

—¡Tanto como nada! Para gastarse diez o veinte mil rublos bastan unos cuantos años... ¿Y qué es lo que nos espera después? ¿Necesidades? ¿Lágrimas? Crea usted en mi experiencia, querida mía. Sé muy bien lo que digo. Lo sé. Para batirse contra la miseria hace falta una voluntad firme, un carácter sobrehumano.

«¡Hay que ver la sarta de tonterías que estoy soltando!», dije para mí; pero continúe:

—¡Piénselo, Varvara Petrovna! ¡Medite el paso que va a dar! ¡Es un paso definitivo! Si se siente con fuerzas para seguirme, sígame; en caso contrario, rechácame. ¡Oh, prefiero quedarme sin usted antes que privarla de su tranquilidad! Los cien rublos mensuales que me proporciona la literatura son una insignificancia. Con eso no hay para vivir. ¡Piénselo antes que sea tarde!

Al terminar esta parrafada, me puse en pie de un salto:

—Reflexione. La impotencia va siempre acompañada de lágrimas, de reproches, de canas prematuras... Deseo advertirla porque soy honrado. ¿Se considera lo bastante fuerte para compartir conmigo una vida que, en lo exterior, es tan distinta de la suya y tan ajena a usted? (*Pausa*).

—¡Pero es que tengo mi dote!

—¿Cuánto? ¿Veinte mil rublos? ¿Treinta mil? ¡Ja, ja, ja! ¿Un millón? Y, por otra parte, ¡cómo voy a permitirme disponer de lo..., de lo que!... ¡No! ¡Jamás! ¿Y mi orgullo?

Di unas cuantas vueltas al lado del banco. Varia se había puesto pensativa. Yo estaba lleno de júbilo: su ensimismamiento era una prueba de respeto para mí.

—Escoja, pues, entre las privaciones de la vida conmigo y la riqueza sin mí... Elija: ¿tiene usted la fuerza necesaria? ¿Tiene mi Varia esa fuerza?

Seguí hablando largo rato en el mismo estilo. Sin advertirlo yo mismo, me subí a las nubes. Hablaba y al mismo tiempo notaba una duplicidad en mis pensamientos. La mitad de mi persona se dejaba llevar por lo que decía. La otra soñaba: «Aguarda, amiga. Con tus treinta mil rublos nos vamos a dar una vida imponente. Nos sobra para mucho tiempo».

Varia me escuchaba en silencio. Por último se levantó y me tendió la mano:

—Se lo agradezco mucho —me dijo en un tono que me hizo estremecerme y

mirarla a los ojos.

En sus ojos y en sus mejillas brillaban las lágrimas.

—Muchas gracias. Ha hecho muy bien en haber sido tan franco... Yo soy muy delicada... No podría... No haría pareja con usted...

Y rompió a llorar. A mí se me pusieron los pelos de punta. Siempre me desconcierta una mujer llorando. Tanto más en aquella ocasión. Mientras tanto, ella reprimió los sollozos y se enjugó las lágrimas.

—Lleva usted razón —siguió diciendo—. Si me caso con usted, le engañaré. No soy la mujer que necesita. Soy rica, mimosa, me gusta ir en coche, comer becadass y pasteles caros. Nunca pruebo en el almuerzo ninguna sopa. Mi madre me lo reprocha a menudo. Pero es que no puedo. ¡Yo ir a pie de un sitio a otro! Me cansaría... Y, además, los vestidos... Todo tendría que costearlo usted... ¡No! ¡Adiós!

Y con un ademán trágico exclamó, muy a despropósito, por cierto:

—¡No soy digna de usted! ¡Adiós!

Después de lo cual giró en redondo y se marchó.

¿Y yo? Yo me quedé pasmado como un imbécil, sin pensar en nada, viéndola alejarse y creyendo que la tierra se abría bajo mis pies. Cuando me recobré y me di cuenta de dónde estaba y de la grandiosa trastada que me había jugado mi lengua, me puse a dar alaridos. De Varia no quedaba ya ni rastro cuando se me ocurrió gritarle: «¡Espere!».

Abochornado y contrito, emprendí el camino de vuelta. En el extremo de la ciudad no había ningún coche. Como, por otra parte, tampoco tenía dinero para pagarlo, tuve que regresar a pie.

Tres días más tarde fui otra vez a Sokólniki. En la dacha me dijeron que Varia enferma, se preparaba para marcharse a Petersburgo en compañía de su padre, a casa de su abuela. No conseguí otra cosa.

Y ahora, tendido en mi cama, muerdo la almohada y me doy de puñetazos en la cabeza. Siento como si cien cuchillos me atravesaran el corazón...

¿Cómo arreglar el asunto, lector? ¿Cómo desdecirse de lo dicho? ¿Qué le digo o qué le escribo a Varia? ¡Imposible imaginarlo! Se estropeó el asunto. ¡Y de qué manera tan estúpida!

LAS ISLAS VOLADORAS

**(UN RELATO DE JULIO VERNE
TRADUCIDO POR A. CHEJONTÉ)**

(Летающие острова. Соч. Жюль Верна. Перевод
А. Чехонте)

I. LA CONFERENCIA

—¡He terminado, caballeros! —dijo Mr. John Lund, joven miembro de la Real Sociedad Geográfica, mientras se desplomaba exhausto sobre un sillón. La sala de asambleas resonó con grandes aplausos y gritos de ¡bravo! Uno tras otro, los caballeros asistentes se dirigieron hacia John Lund y le estrecharon la mano. Como prueba de su asombro, diecisiete caballeros rompieron diecisiete sillas y torcieron ocho cuellos, pertenecientes a otros ocho caballeros, uno de los cuales era el capitán de La Catástrofe, un yate de 100 000 toneladas.

—¡Caballeros! —dijo Mr. Lund, profundamente emocionado—. Considero mi más sagrada obligación el darles a ustedes las gracias por la asombrosa paciencia con la que han escuchado mi conferencia de una duración de 40 horas, 32 minutos y 14 segundos... ¡Tom Grouse! —exclamó, volviéndose hacia su viejo criado—. Despiértame dentro de cinco minutos. Dormiré, mientras los caballeros me disculpan por la descortesía de hacerlo.

—¡Sí, señor! —dijo el viejo Tom Grouse.

John Lund echó hacia atrás la cabeza, y estuvo dormido en un segundo.

John Lund era escocés de nacimiento. No había tenido una educación formal ni estudiado para obtener ningún grado, pero lo sabía todo. La suya era una de esas naturalezas maravillosas en las que el intelecto natural lleva a un innato conocimiento de todo lo que es bueno y bello. El entusiasmo con el que había sido recibido su parlamento estaba totalmente justificado. En el curso de cuarenta horas había presentado un vasto proyecto a la consideración de los honorables caballeros, cuya realización llevaría a la consecución de gran fama para Inglaterra y probaría hasta qué alturas puede llegar en ocasiones la mente humana.

«La perforación de la Luna, de uno a otro lado, mediante una colosal barrena». ¡Éste era el tema de la brillantemente pronunciada conferencia de Mr. Lund!

II. EL MISTERIOSO EXTRAÑO

Sir Lund no durmió siquiera durante tres minutos. Una pesada mano descendió

sobre su hombro y tuvo que despertarse. Ante él se alzaba un caballero de un metro, ocho decímetros, dos centímetros y siete milímetros de altura, flexible como un sauce y delgado como una serpiente disecada. Era completamente calvo. Enteramente vestido de negro, llevaba cuatro pares de anteojos sobre la nariz, un termómetro en el pecho y otro en la espalda.

—¡Sígame! —exclamó el calvo caballero con tono sepulcral.

—¿Dónde?

—¡Sígame, John Lund!

—¿Y qué pasará si no lo hago?

—¡Entonces me veré obligado a perforar a través de la Luna antes de que lo haga usted!

—En ese caso, caballero, estoy a su servicio.

—Su criado caminará detrás de nosotros.

Mr. Lund, el caballero calvo y Tom Grouse abandonaron la sala de asambleas, saliendo a las bien iluminadas calles de Londres. Caminaron durante largo tiempo.

—Señor —dijo Grouse a Mr. Lund—, si nuestro camino es tan largo como este caballero, de acuerdo con la ley de la fricción, ¡gastaremos nuestras suelas!

Los caballeros meditaron un momento. Diez minutos después, tras decidir que el comentario de Grouse tenía mucha gracia, rieron ruidosamente.

—¿Con quién tengo el honor de compartir mis risas, caballero? —preguntó Lund a su calvo acompañante.

—Tiene el honor de caminar, hablar y reír con un miembro de todas las sociedades geográficas, arqueológicas y etnográficas del mundo, con alguien que posee un grado *magna cum laude* en cada ciencia que ha existido y que existe en la actualidad, es miembro del Club de las Artes de Moscú, fideicomisario honorífico de la Escuela de Obstetricia Bovina de Southampton, suscriptor del *The Illustrated Imp*, profesor de magia amarillo-verdosa y gastronomía elemental en la futura Universidad de Nueva Zelanda, director del Observatorio sin Nombre, William Bolvanus. Lo estoy llevando, caballero, a...

(John Lund y Tom Grouse cayeron de rodillas ante el gran hombre, del que tanto habían oído, e inclinaron sus cabezas en señal de respeto).

—... Lo estoy llevando, caballero, a mi observatorio, a treinta y dos kilómetros de aquí. ¡Caballero! El silencio es una bella cualidad en un hombre. Necesito un compañero en mi empresa, la significación de la cual será capaz de comprender con tan sólo los dos hemisferios de su cerebro. Mi elección ha recaído en usted. Tras su conferencia de cuarenta horas, es muy improbable que desee entablar conversación conmigo, y yo, caballero, no amo a nada tanto como a mi telescopio y a un silencio prolongado. La lengua de su servidor, empero, será detenida a una orden suya. ¡Caballero, viva la pausa! Lo estoy llevando... Supongo que no tendrá nada en contra, ¿no es así?

—¡En absoluto, caballero! Tan sólo lamento que no seamos corredores y, por otra

parte, el que estos zapatos que estamos usando valgan tanto dinero.

—Le compraré zapatos nuevos.

—Gracias, caballero.

Aquellos de mis lectores que estén sobre ascuas por el deseo de tener un mejor conocimiento del carácter de Mr. William Bolvanus pueden leer su asombrosa obra: *¿Existió la Luna antes del Diluvio?*; y, si así fue, *¿por qué no se ahogó?* A esta obra se le acostumbra a unir un opúsculo, posteriormente prohibido, publicado un año antes de su muerte y titulado: *Cómo convertir el Universo en polvo y salir con vida al mismo tiempo*. Estas dos obras reflejan la personalidad de este hombre, notable entre los notables, mejor que pudiera hacerlo cualquier otra cosa.

Incidentalmente, estas dos obras describen también cómo pasó dos años en los pantanos de Australia, subsistiendo enteramente a base de cangrejos, limo y huevos de cocodrilo, y sin hacer durante todo este tiempo ni un solo fuego. Mientras estaba en los pantanos, inventó un microscopio igual en todo a uno ordinario, y descubrió la espina dorsal en los peces de la especie Riba. Al volver de su largo viaje, se estableció a unos kilómetros de Londres y se dedicó enteramente a la astronomía. Siendo como era un auténtico misógino (se casó tres veces y tuvo, como consecuencia, tres espléndidos y bien desarrollados pares de cuernos), y no sintiendo deseos ocasionales de aparecer en público, llevaba la vida de un esteta. Con su sutil y diplomática mente, consiguió que su observatorio y su trabajo astronómico tan sólo fuesen conocidos por él mismo. Para pesar y desgracia de todos los verdaderos ingleses, debemos hacer saber que este gran hombre ya no vive en nuestros días; murió hace algunos años, oscuramente, devorado por tres cocodrilos mientras nadaba en el Nilo.

III. LOS PUNTOS MISTERIOSOS

El observatorio al que llevó a Lund y al viejo Tom Grouse... (sigue aquí una larga y tremendamente aburrida descripción del observatorio, que el traductor del francés al ruso ha creído mejor no traducir para ganar tiempo y espacio). Allí se alzaba el telescopio perfeccionado por Bolvanus. Mr. Lund se dirigió hacia el instrumento y comenzó a observar la Luna.

—¿Qué es lo que ve, caballero?

—La Luna, caballero.

—Pero ¿qué es lo que ve cerca de la Luna, caballero?

—Tan sólo tengo el honor de ver la Luna, caballero.

—Pero ¿no ve unos puntos pálidos moviéndose cerca de la Luna, caballero?

—¡Pardiez, caballero! ¡Veo los puntos! ¡Sería un asno si no los viera! ¿De qué clase de puntos se trata?

—Esos puntos tan sólo son visibles a través de mi telescopio. ¡Pero ya basta! ¡Deje de mirar a través del aparato! Mr. Lund y Tom Grouse, yo deseo saber, tengo

que saber, qué son esos puntos. ¡Estaré allí pronto! ¡Voy a hacer un viaje para verlos! Y ustedes vendrán conmigo.

—¡Hurra! —gritaron a un tiempo John Lund y Tom Grouse—. ¡Vivan los puntos!

IV. CATÁSTROFE EN EL FIRMAMENTO

Media hora más tarde, Mr. William Bolvanus, John Lund y Tom Grouse estaban volando hacia los misteriosos puntos en el interior de un cubo que era elevado por dieciocho globos. Estaba sellado herméticamente y provisto de aire comprimido y de aparatos para la fabricación de oxígeno^[93]. El inicio de éste estupendo vuelo sin precedentes tuvo lugar la noche del 13 de marzo de 1870. El viento provenía del sudoeste. La aguja de la brújula señalaba oeste-noroeste. (Sigue una descripción, extremadamente aburrida, del cubo y de los dieciocho globos). Un profundo silencio reinaba dentro del cubo. Los caballeros se arrebujaban en sus capas y fumaban cigarros. Tom Grouse, tendido en el suelo, dormía como si estuviera en su propia casa. El termómetro^[94] registraba bajo cero. En el curso de las primeras veinte horas, no se cruzó entre ellos ni una sola palabra ni ocurrió nada de particular. Los globos habían penetrado en la región de las nubes.

Algunos rayos comenzaron a perseguirles, pero no consiguieron darles alcance, como era natural esperar tratándose de ingleses. Al tercer día John Lund cayó enfermo de difteria y Tom Grouse tuvo un grave ataque en el bazo. El cubo colisionó con un aerolito y recibió un golpe terrible. El termómetro marcaba -76°.

—¿Cómo se siente, caballero? —preguntó Bolvanus a Mr. Lund el quinto día, rompiendo finalmente el silencio.

—Gracias, caballero —replicó Lund, emocionado—; su interés me conmueve. Estoy en la agonía. Pero ¿dónde está mi fiel Tom?

—Está sentado en un rincón, mascando tabaco y tratando de poner la misma cara que un hombre que se hubiera casado con diez mujeres al mismo tiempo.

—¡Ja, ja, ja, Mr. Bolvanus!

—Gracias, caballero.

Mr. Bolvanus no tuvo tiempo de estrechar su mano con la del joven Lund antes de que algo terrible ocurriese. Se oyó un terrorífico golpe. Algo explotó, se escucharon un millar de disparos de cañón, y un profundo y furioso silbido llenó el aire. El cubo de cobre, habiendo alcanzado la atmósfera rarificada y siendo incapaz de soportar la presión interna, había estallado, y sus fragmentos habían sido despedidos hacia el espacio sin fin.

¡Éste era un terrible momento, único en la historia del Universo!

Mr. Bolvanus agarró a Tom Grouse por las piernas, este último agarró a Mr. Lund por las suyas, y los tres fueron llevados como rayos hacia un misterioso abismo. Los globos se soltaron. Al no estar ya contrapesados, comenzaron a girar sobre sí

mismos, explotando luego con gran ruido.

—¿Dónde estamos, caballero?

—En el éter.

—Hummm. Si estamos en el éter, ¿qué es lo que respiramos?

—¿Dónde está su fuerza de voluntad, Mr. Lund?

—¡Caballeros! —gritó Tom Grouse—. ¡Tengo el honor de informarles que, por alguna razón, estamos volando hacia abajo y no hacia arriba!

—¡Bendita sea mi alma, es cierto! Esto significa que ya no nos encontramos en la esfera de influencia de la gravedad. Nuestro camino nos lleva hacia la meta que nos habíamos propuesto. ¡Hurra! Mr. Lund, ¿qué tal se encuentra?

—Bien, gracias, caballero. ¡Puedo ver la Tierra encima, caballero!

—Eso no es la Tierra. Es uno de nuestros puntos. ¡Vamos a chocar con él en este mismo momento!

¡¡¡Boom!!!

V. LA ISLA DE JOHANN GOTH

Tom Grouse fue el primero en recuperar el conocimiento. Se restregó los ojos y comenzó a examinar el territorio en el que Bolvanus, Lund y él yacían. Se despojó de uno de sus calcetines y comenzó a dar friegas con él a los dos caballeros. Éstos recobraron de inmediato el conocimiento.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lund.

—¡En una de las islas que forman el archipiélago de las Islas Voladoras! ¡Hurra!

—¡Hurra! ¡Mire allí, caballero! ¡Hemos superado a Colón!

Otras varias islas volaban por encima de la que les albergaba. (Sigue la descripción de un cuadro comprensible tan sólo para un inglés). Comenzaron a explorar la isla. Tenía... de largo y... de ancho (números, números, ¡una epidemia de números!). Tom Grouse consiguió un éxito al hallar un árbol cuya savia tenía exactamente el sabor del vodka ruso. Cosa extraña, los árboles eran más bajos que la hierba (?). La isla estaba desierta. Ninguna criatura viva había puesto el pie en ella.

—Vea, caballero, ¿qué es esto? —preguntó Mr. Lund a Bolvanus, recogiendo un manojo de papeles.

—Extraño... sorprendente... maravilloso... —murmuró Bolvanus.

Los papeles resultaron ser las notas tomadas por un hombre llamado Johann Goth, escritos en algún lenguaje bárbaro, creo que ruso.

—¡Maldición! —exclamó Mr. Bolvanus—. ¡Alguien ha estado aquí antes que nosotros! ¿Quién pudo haber sido? ¡Maldición! ¡Oh, rayos del cielo, machaquen mi potente cerebro! ¡Dejen que le eche las manos encima, tan sólo dejen que se las eche! ¡Me lo tragaré de un bocado!

El caballero Bolvanus, alzando los brazos, rió salvajemente. Una extraña luz brillaba en sus ojos.

Se había vuelto loco.

VI. EL REGRESO

—¡Hurra! —gritaron los habitantes de El Havre, abarrotando cada centímetro del muelle. El aire vibraba con gritos jubilosos, campanas y música. La masa oscura que los había estado amenazando durante todo el día con una posible muerte estaba descendiendo sobre el puerto y no sobre la ciudad. Los barcos se hacían rápidamente a mar abierto. La masa negra que había ocultado el sol durante tantos días chapuzó pesadamente (*pesamment*), entre los gritos exultantes de la multitud y el tronar de la música, en las aguas del puerto, salpicando la totalidad de los muelles. Inmediatamente se hundió. Un minuto después había desaparecido toda traza de ella, exceptuando las olas que cruzaban la superficie en todas direcciones. Tres hombres flotaban en medio de las aguas: el enloquecido Bolvanus, John Lund y Tom Grouse. Fueron subidos rápidamente a bordo de unas barquichuelas.

—¡No hemos comido en cincuenta y siete días! —murmuró Mr. Lund, delgado como un artista hambriento. Y relató lo sucedido.

La isla de Johann Goth ya no existía. El peso de los tres bravos hombres la había hecho repentinamente más pesada.

Dejó la zona neutral de gravitación, fue atraída hacia la Tierra, y se hundió en el puerto de El Havre.

CONCLUSIÓN

John Lund está ahora trabajando en el problema de perforar la Luna de lado a lado. Se acerca el momento en que la Luna se verá embellecida con un hermoso agujero. El agujero será propiedad de los ingleses.

Tom Grouse vive ahora en Irlanda y se dedica a la agricultura. Cría gallinas y da palizas a su única hija, a la que está educando al estilo espartano. Los problemas científicos todavía le preocupan: está furioso consigo mismo por no haber pensado en recoger ninguna semilla del árbol de la Isla Voladora cuya savia tenía el mismo, el mismísimo sabor que el vodka ruso.

HISTORIA RUIN

(A MODO DE NOVELA)

(Скверная история. Нечто романообразное)

La cosa empezó ya en el invierno.

Hubo un baile. Tronaba la música, ardían los candelabros, los caballeros no perdían el arrojo y las damas gozaban de la vida. Se bailaba en los salones, se jugaba a las cartas en los gabinetes, se bebía en el ambigú, y en la biblioteca se hacían frenéticas declaraciones de amor.

Lelia Aslovskaya, una rubia regordeta y sonrosada de grandes ojos azules, cabello largo y con el número 26 en su tarjeta de identidad, se había sentado aparte y renegaba de todo, de todos y hasta de sí misma. Una pena le roía el alma. Lo que pasaba era que los hombres se portaban odiosamente con ella. Sobre todo en los últimos dos años ese comportamiento había sido atroz. Había notado que ya no se fijaban en ella. La sacaban a bailar con desgana. Más aún, si pasaba algún sujeto junto a ella, el muy sinvergüenza ni siquiera la miraba, como si ya hubiera perdido su belleza. Y si por casualidad alguno ponía en ella los ojos, así de sopetón, lo hacía, no con asombro ni platónicamente, sino como el que tiene apetito mira una empanadilla de carne o un cochinitillo asado antes de la comida. Mientras que en años anteriores...

—¡Y así todas las *soirées*, todos los bailes! —rezongaba Lelia, mordiéndose los labios—. Sé muy bien por qué no se fijan en mí. Quieren vengarse. Quieren vengarse de mí porque los desprecio. Pero ¿cuándo voy a casarme por fin? ¿Es que una puede llegar a casarse así? Porque el tiempo no espera. ¡Canallas, más que canallas!

En la noche a que nos referimos el destino tuvo a bien apiadarse de Lelia. Cuando el teniente Nabrydlov, en vez de bailar con ella la prometida cuadrilla, cogió una borrachera de marca mayor y al pasar a su lado chasqueó los labios para mostrar que no se le daba un ardite, ella no pudo ya contenerse. Su cólera llegó al colmo. Se le nublaron los ojos azules y le empezaron a temblar los labios. La llantina estaba en puertas. Para que los profanos no la vieran llorar se volvió hacia las ventanas empañadas y oscuras, y ¡oh, momento milagroso! en una de ellas vio a un guapo mozo que no le quitaba los ojos de encima. El joven formaba un cuadro delicado que al punto quedó clavado en el corazón de Lelia. El chico tenía un porte elegante, los ojos llenos de amor, de sorpresa, de preguntas, de respuestas, el rostro melancólico. Lelia se reanimó al instante. Adoptó la postura oportuna y se puso a observar según convenía. Vio que el joven no la miraba casualmente, así como así, sino fijamente, con deleite y admiración.

«Dios mío —pensó Lelia—. ¡Ojalá que a alguien se le ocurra presentármelo!

Éste, por las trazas, es un chico nuevo. Me ha echado el ojo enseguida».

Poco después el joven dio media vuelta, cruzó los salones y empezó a importunar a varios caballeros.

«Quiere ser presentado. Está pidiendo que me lo presenten», pensaba Lelia con un nudo en la garganta.

En efecto, diez minutos más tarde un aficionado a las tablas con cara de granuja bien afeitado se lo presentó a Lelia. El joven resultó ser «nuestro Nogtev», un artista con más talento que el mismísimo diablo. Nogtev tenía veinticuatro años, era moreno, de ojos ardientes, meridionales, y mejillas pálidas. Un bigotillo gracioso le adornaba el labio. Nunca había pintado nada, pero era artista. Llevaba el cabello largo, perilla, un dije de oro en forma de paleta colgado de la cadena del reloj, gemelos de oro también en forma de paleta, guantes hasta el codo y tacones de una altura inverosímil. Buen chico, pero bastante ganso. Tenía un papá bien nacido, una mamá por el estilo y una abuela rica. Era soltero. Estrechó con recelo la mano de Lelia, se sentó tímidamente y, una vez sentado, se puso a devorar a la moza con sus ojos grandes. Hablaba despacio y con titubeos. Lelia no daba paz a la lengua, mientras que él sólo decía «sí..., no..., yo, sabe usted...». Hablaba sin apenas respirar, respondía sin venir a cuento y, de vez en cuando, por turbación, se frotaba ligeramente el ojo izquierdo.

Lelia aplaudía con entusiasmo. Había decidido que el artista estaba chalado por ella, lo cual la invitaba a cantar victoria.

Al día siguiente del baile Lelia, sentada a la ventana de su cuarto, vigilaba triunfante la calle. Nogtev se paseaba por delante de la casa, asaeteando las ventanas con los ojos. Tenía el aspecto de alguien a punto de morir: melancólico, lánguido, delicado, calenturiento. Dos días después del baile pasó dos cuartos de lo mismo. El tercer día llovió y el joven no apareció ante la casa (alguien dijo que a la figura de Nogtev no le iba bien el paraguas). El cuarto día decidió venir de visita a casa de los padres de Lelia. Las relaciones quedaron ligadas con un nudo gordiano imposible de deshacer.

Un mes más tarde hubo otro baile. Nogtev, apoyado en el quicio de la puerta, devoraba a Lelia con los ojos. Ella, queriendo darle celos, coqueteaba desde lejos con el teniente Nabrydlov, que esta vez estaba, no borracho del todo, sino sólo achispado.

El papá de la niña se acercó a Nogtev.

—¿Usted pinta? —preguntó el papá—. ¿Le interesa a usted el arte?

—Sí.

—¡Ah! Cosa bonita, el arte... Ojalá, ojalá... Claro que Dios ha distribuido tanto talento... Sí, cada cual tiene su talento...

Tras un breve silencio continuó:

—Mire, joven, lo que debe hacer puesto que es usted pintor. Venga a visitarnos en nuestra casa de campo la primavera próxima. Hay sitios muy amenos allá. Una barbaridad de vistas, créame. Ni Rafael pudo pintarlas como éstas (pronunciaba *Rapael*). Nos dará usted un alegrón. Como, además, usted y mi hija... se han hecho

tan amigos... ¡Ah, los jóvenes, los jóvenes...! Je, je, je.

El artista hizo una reverencia y el primero de mayo de ese año se trasladó a la casa de campo de los Aslovsky con sus bártulos. Éstos se componían de una innecesaria caja de pinturas, un chaleco de piqué, una cigarrera vacía y un par de camisas. Fue recibido con los brazos abiertos. Pusieron a su disposición dos habitaciones, dos lacayos, un caballo y todo lo que pidiera por aquella boca, con tal que diera esperanzas. Sacó toda la ventaja posible de su nueva situación: comía como un tragaldabas, bebía como una esponja, dormía a pierna suelta, admiraba la naturaleza y no quitaba los ojos de Lelia. Ésta rebosaba de felicidad. Él estaba cerca, era joven, guapo y tímido... ¡Y amaba tanto! Era tan apocado que no sabía cómo llegarse a ella. Ahora más que nunca la observaba desde lejos, desde detrás de las cortinas o de los arbustos.

«¡Amor tímido!», pensaba Lelia, suspirando.

Una hermosa mañana el papá y Nogtev conversaban sentados en un banco del jardín. El papá hablaba con viveza de los encantos de la vida de familia, pero Nogtev escuchaba con impaciencia y buscaba con la mirada el torso de Lelia.

—¿Es usted hijo único? —preguntó el papá entre otras cosas.

—No. Tengo un hermano, llamado Iván. Buen muchacho. Un encanto de hombre. ¿Le conoce usted?

—No tengo el honor...

—Lástima que no se conozcan ustedes. Es un soltero empedernido, ¿sabe usted? Un tipo alegre, estupendo. Hace literatura. Todas las redacciones se lo disputan. Colabora en *El Bufón*. ¡Lástima que no se conozcan ustedes! Oiga, ¿quiere usted que le escriba diciéndole que se reúna con nosotros? De veras que se alegrará.

Ante tal propuesta se le encogió el corazón al papá, pero ¿qué se le iba a hacer? Era preciso decir «con mucho gusto».

Nogtev dio una zapateta en el aire para mostrar lo que le agradaba la cosa y al instante envió la invitación a su hermano. Éste no tardó en presentarse, pero no solo, sino en compañía de su amigo el teniente Nabrydlov y de un perro viejo, enorme y desdentado, llamado Turka. Dijo que los había traído consigo para impedir que le atacaran los ladrones por el camino y para tener a alguien con quien beber. Les dieron tres habitaciones, un lacayo por barba y un caballo para los dos.

—Ustedes, señores míos —dijo Iván a los dueños de la casa—, no tienen por qué ocuparse para nada de nosotros. No necesitamos cuidados ningunos. No nos hacen falta colchones de plumas, ni salsas, ni pianos. Ahora bien, si son generosos con la cerveza y el vodka ¡eso ya es otra cosa!

Si el lector puede imaginarse a un individuo de treinta años, enorme y hocicudo, con una perilla sarnosa y ojos saltones, vestido con una blusa de lino y con el cuello de la camisa ladeado, me ahorrará el trabajo de describirle a Iván. Era el hombre más insoportable de la tierra. Cuando no estaba bebido todavía podía pasar.

Cuando estaba ebrio era, sin embargo, tan inaguantable como sentarse en un

cardo. Entonces hablaba sin parar, decía groserías, sin mirar si había mujeres o niños delante. Hablaba de piojos, de chinches, de braguetas, y de sabe Dios qué otras cosas. El papá, la mamá y Lelia quedaban perplejos y avergonzados cuando Iván, durante la comida, empezaba a soltar agudezas.

Por desgracia, durante el tiempo que pasó con los Aslovsky, Iván no dejó de estar ebrio un solo momento. También es verdad que Nabrydlov, el teniente pequeño y raquítico, no le iba muy en zaga.

—Nosotros no somos artistas —decía—. ¡Claro que no! ¡Nosotros somos hombres de pelo en pecho!

Iván y Nabrydlov, para empezar, se trasladaron de la casa principal, que a ellos se les antojaba sofocante, a la dependencia en que vivía el intendente, quien no sentía empacho de emborracharse con gente educada. Más tarde se quitaron las levitas y en mangas de camisa desfilaban por el patio y el jardín. Lelia tropezaba a cada instante con el uno o el otro holgazaneando en *déshabillé* a la sombra de un árbol. Ambos bebían, comían, daban de comer hígado al perro, hacían chistes a costa de los dueños de la casa, perseguían a las cocineras por el patio, tomaban baños con mucha algazara, dormían como lirones y daban gracias al destino por haberles deparado la venida a este sitio donde se les trataba a cuerpo de rey.

—Oye, tú —dijo una vez Iván al artista, guiñando un ojo ebrio en dirección a Lelia—. Si vas tras ella, allá tú. Nosotros no te lo impedimos. Tú llegaste primero y sabes lo que traes entre manos. ¡Que aproveche! Nosotros, con nobleza, te deseamos buena suerte.

—No te la quitamos, no —afirmó Nabrydlov—. Sería una cochinada si lo hiciéramos.

Nogtev se encogió de hombros y volvió a posar sus ojos ávidos en Lelia.

Cuando fastidia el silencio se anhela el jaleo. Cuando se cansa uno de estar sentado con decoro y compostura se busca el alboroto. Cuando Lelia se hartó de amor tímido comenzó a darse a todos los diablos. El amor tímido es una fábula para ruiseñores. Lo peor de todo era que el artista venía a ser tan tímido en junio como lo había sido en mayo. En la casa grande confeccionaban el ajuar de la novia. El papá, día y noche, pensaba en el préstamo que tenía que pedir para la boda, pero mientras tanto las relaciones entre Lelia y el artista seguían siendo indecisas. Lelia obligaba al mozo a pasar con ella el día entero, pescando. Pero esto tampoco daba resultado. El joven permanecía junto a ella con la caña en la mano, sin decir esta boca es mía, devorándola con los ojos... y nada más. Ni una sola de esas palabras que son a la vez dulces y terribles. Ni una sola declaración.

—Llámame... —le dijo una vez el papá— Llámame..., perdona que te hable de tú... Yo, cuando le cobro afecto a alguien... Llámame papá. Eso me gusta.

El artista, tontamente, empezó a llamarle papá, pero ni por esas. Seguía tan mudo como antes. Era cosa de quejarse a los dioses por haber dado al hombre sólo una lengua en lugar de diez. Iván y Nabrydlov pronto advirtieron la táctica de Nogtev.

—¡Que el diablo te entienda! —murmuraban—. Estás como el perro del hortelano. ¡Qué bestia! ¡Trágate lo que se te viene por sí solo a la boca, so alcorcho! Si tú no quieres, aquí estamos nosotros. ¡Pues sí!

Mas todo llega a su fin en este mundo, y a su fin llegará esta historia. Llegaron a su fin hasta las indecisas relaciones entre el artista y Lelia. El desenlace del asunto ocurrió a mediados de junio.

Era un anochecer tranquilo. Había algo aromático en el aire. Los ruiseñores cantaban estrepitosamente. Susurraban los árboles. El ambiente rezumaba deleite, para decirlo con la lengua larga de los literatos rusos. Por supuesto, había también luna. Para completar este cuadro poético y paradisíaco sólo faltaba el señor Fet quien, escondido tras un arbusto, hubiera leído en alta voz sus seductoras estrofas.

Lelia, sentada en un banco, envuelta en un chal, miraba el riachuelo a través de los árboles.

«Pero ¿es que soy tan inaccesible?», pensaba. Y en su fantasía se veía a sí misma como mujer majestuosa, orgullosa, arrogante. La llegada del papá interrumpió sus reflexiones.

—Bueno, ¿qué? —preguntó papá—. ¿Sigue todo lo mismo?

—Lo mismo.

—¡Demontre! ¿Cuándo acabará esto? Porque, hija, cuesta caro dar de comer a estos haraganes. Quinientos rublos al mes. No es una broma. Sólo el perro se come treinta kopeks de asadura al día. Si de pedir la mano se trata, que la pida, y si no, que se vaya a freír espárragos con el hermano y con el perro. ¿Dice algo, por lo menos? ¿Habla contigo? ¿Da explicaciones?

—No. ¡Ay, papá, es un chico tan apocado!

—Apocado... ¡Ya vamos conociendo su apocamiento! Nunca mira de frente. Espera, que te lo mando aquí enseguida. Termina con él, niña. No hay que andarse con remilgos. Y en cuanto a maña, me parece que te la das muy buena.

Se fue el papá. Unos diez minutos después apareció tímidamente el artista entre una mata de lilas.

—¿Me ha llamado usted? —preguntó a Lelia.

—Sí, acérquese. Basta ya de rondarme. Siéntese.

El artista, casi a hurtadillas, se acercó a Lelia y, casi a hurtadillas, se sentó en el borde del banco.

«¡Qué guapo que está en la oscuridad!», pensaba Lelia; y, volviéndose hacia él, dijo:

—Cuénteme algo. ¿Por qué es usted tan poco comunicativo, Fiodor Pantaleich? ¿Por qué está siempre callado? ¿Por qué no me abre nunca su corazón? ¿Qué he hecho para merecer de usted tal desconfianza? Me duele mucho, se lo aseguro... Se diría que no somos amigos. Vamos, hable.

El artista carraspeó, respiró entrecortadamente y dijo:

—Necesito decirle muchas cosas, pero muchas.

—¿De qué se trata?

—Temo que se ofenda usted, Yelena Timofeyevna. ¿No se ofenderá usted?

Lelia rió nerviosamente.

«Ha llegado el momento —pensaba—. ¡Hay que ver cómo tiembla! Estás cogido, amigo».

Empezó a ponérsele carne de gallina y sentía ese estremecimiento tan bienquisto de los autores de novelas.

«En diez minutos empiezan los abrazos, los besos y los juramentos... ¡Ay, ay!». Soñaba ya, y para echar más leña al fuego rozó al artista con el codo cálido y desnudo.

—Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó—. No soy tan quisquillosa como usted se figura... (*Pausa*). Hable, pues. (*Pausa*). Ande, hombre.

—Verá usted..., yo, Yelena Timofeyevna, no amo en el mundo nada tanto como el arte, quiero decir, como las artes plásticas. Mis camaradas aseguran que tengo talento y que puedo llegar a ser un artista estimable.

—¡Oh, sí! ¡Qué duda cabe!

—Bien, pues... adoro el arte... Quiere decir que... Prefiero la pintura de género, Yelena Timofeyevna. El arte, ¿sabe usted?... Qué noche tan maravillosa.

—Sí, noche singular —dijo Lelia; y, enroscándose como una serpiente, se envolvió en el chal y cerró los ojos a medias. (Las jovencitas, cuando se trata de cosas de amores, son terriblemente jóvenes).

—Yo, verá usted —prosiguió Nogtev, casi quebrándose los dedos—, me proponía hablarle desde hace ya tiempo, pero... tenía miedo. Pensaba que iba usted a enfadarse... Pero si me comprende usted bien, no se enfadará. A usted también le encanta el arte.

—¡Ah sí! ¡Cómo no! ¡El arte, no digamos!

—¡Yelena Timofeyevna! ¿Sabe por qué estoy aquí? ¿No sospecha usted?

Lelia quedó desconcertada y, como por descuido, puso la mano en el codo de él.

—Es verdad —continuó Nogtev después de un breve silencio— que hay algunos sinvergüenzas entre los artistas... Es verdad. No aprecian en nada el pudor femenino. Pero yo... yo no soy de éstos. Yo tengo el sentimiento de la delicadeza. El pudor femenino es un... un pudor tal que... no es posible menospreciarlo.

«¿Por qué me dirá esto?», pensaba Lelia, ocultando los codos en el chal.

—No soy como éstos... Para mí la mujer es algo sagrado. Así, pues, no tiene usted nada que temer. Yo no soy de éstos; yo no me permito hacer tonterías... Yelena Timofeyevna, ¿me da usted su venia? Entonces, escuche. Yo, se lo juro solemnemente, no vivo para mí mismo, sino para el arte. Para mí lo primero es el arte y no la satisfacción de los instintos animales.

Nogtev le cogió una mano. Ella se inclinó un poquito hacia él.

—¡Yelena Timofeyevna! ¡Ángel mío! ¡Encanto!

—¿Sí...?

—¿Puedo pedírselo?

Lelia volvió a reír nerviosamente. Sus labios se prepararon para el primer beso.

—¿Puedo pedírselo? Se lo ruego. Es para el arte, se lo juro. Me gustaría tanto, tanto. Es usted precisamente lo que me falta. ¡Que las otras se vayan a paseo! Yelena Timofeyevna, amiga mía, sea usted...

Lelia se irguió, lista para el abrazo. El corazón le latía con fuerza.

—Sea usted mi...

El artista se apoderó de la otra mano. Ella, sumisa, inclinaba la cabeza hacia el hombro de él. Lágrimas de felicidad le brillaban en las pestañas...

—Querida mía, ¡sea usted mi... modelo!

Lelia levantó la cabeza.

—Su... ¿qué?

—¡Sea usted mi modelo!

Lelia se levantó.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Mi modelo. Séalo usted.

—¡Ah...! ¿Sólo eso?

—Le quedaría muy agradecido. Me daría usted ocasión de pintar un cuadro... ¡y qué cuadro!

Lelia se puso pálida. Las lágrimas de amor se trocaron de repente en lágrimas de desolación, de cólera y de otros malos sentimientos.

—De modo que... ¿era esto? —logró articular, toda temblorosa.

¡Pobre artista! Una roja oleada cubrió una de sus blancas mejillas y el sonido de una sonora bofetada, mezclado con el de su propio eco, repercutió por el jardín oscuro. Nogtev se frotó la mejilla y quedó estupefacto, presa de un pasmo. Sentía como si se lo tragara el universo... Le saltaban relámpagos de los ojos...

Lelia, temblando, aturdida, pálida como una muerta, dio un paso adelante tambaleándose. Sentía como si una rueda le hubiera pasado por encima del cuerpo. Sacando fuerzas de flaqueza, tomó el camino de casa con paso inseguro y penoso. Se le doblaban las piernas, echaba chispas por los ojos, se llevaba las manos al pelo con intención evidente de arrancárselo...

Sólo le faltaban unos cuantos metros para llegar a casa cuando una vez más tuvo motivo para ponerse pálida. En el camino, junto al cenador cubierto de espeso parral, estaba el hociquido Iván, ebrio, con los brazos desmesuradamente abiertos, el cabello en desorden y el chaleco desabotonado. Clavó los ojos en el rostro de Lelia, se sonrió sardónicamente y profanó el aire con una carcajada mefistofélica. Cogió a Lelia de la mano.

—¡Largo de aquí! —bramó la joven, y retiró bruscamente la mano...

¡Historia ruin!

EL VEINTINUEVE DE JUNIO

(RELATO DE UN CAZADOR QUE NUNCA DIO EN EL BLANCO)

(Двадцать девятое июня. Рассказ охотника, никогда в цель не попадающего)

Eran las cuatro de la madrugada.

El sol bañaba con sus primeros rayos dorados la espaciosa estepa que, cubierta de rocío, refulgía como salpicada de diminutos brillantes. La niebla, ahuyentada por la brisa matutina, se había detenido al otro lado del río, formando una muralla plomiza. Las espigas de centeno, las cabezas de los cardos y los botones de los rosales silvestres se erguían, quietos y apacibles, meciéndose y susurrando entre sí muy de tarde en tarde. Sobre los campos, por encima de nuestras cabezas, aleteando serenamente, volaban milanos, azores y lechuzas. Estaban cazando...

Akim Petrovich Otletaiev, el juez de paz, el médico del pueblo, el yerno de Otletaiev, apellidado Predpolozhenski; el alcalde, que se llamaba Kozoiedov, y yo, íbamos de caza en el coche de Otletaiev. Tras nosotros, con la lengua fuera, corrían cuatro perros. El médico y yo éramos delgados, pero los demás, en cambio, parecían barriles; por eso, aunque el carruaje era ancho, íbamos apretados como sardinas. Yo metía a menudo el codo y la culata de mi escopeta en la barriga de Kozoiedov. Todos nos empujábamos, jadeábamos, nos dábamos a los demonios y nos odiábamos con toda el alma, ansiando poder salir del coche. Queríamos internarnos en la estepa para matar perdices, codornices; aves acuáticas y, si la fortuna nos era propicia, incluso avutardas. Nos acaudillaba Otletaiev, dueño del coche y de los caballos, y gracias al cual se había organizado la partida. Por oprimidos que lleváramos los cuerpos, nuestras almas estaban henchidas de las más placenteras alegrías.

Quien no haya salido nunca de cacería no puede comprender nuestro regocijo de entonces. Con las escopetas entre las manos, las mirábamos con el mismo amor con que las madres miran a los hijos más prometedores.

—¿Qué camino vamos a tomar? —pregunté cuando nos alejamos unas diez verstas de la casa de Otletaiev.

—Ahora nos dirigimos a Elánchik, a tirarles a las becasas —respondió Otletaiev—. Está a cosa de ocho verstas de aquí. También tendremos ocasión de matar alguna codorniz en el mijo... Después de cazar codornices, haremos noche, y mañana, apenas amanezca, comenzará el tiroteo de veras.

—A ver, señores —dije señalando con el dedo a un milano que se balanceaba en la azul lejanía del cielo—. ¿Creen ustedes que se le puede acertar desde aquí? ¿Le acertarían ustedes?

—¡Ni hablar! —contestó Otletaiev—. Está demasiado lejos. Aunque quizá con mi escopeta...

—Ni con su escopeta ni con ninguna —replicó Predpolozhenski.

—Se le puede dar. Con perdigones no, pero con bala es casi seguro...

—Ni con bala.

—Eso, permítame decirle que es cosa mía. Usted no conoce mi arma como la conozco yo... Como en su vida no ha visto una escopeta decente, se le antoja todo difícil. Pues sepa que he dado en blancos más lejanos aún.

Predpolozhenski echó la cabeza hacia atrás y soltó la carcajada.

—¿De qué te ríes? —continuó Otletaiev—. ¿Es que no me crees?

—Pues claro que no.

—¡Ejem! Quiere decirse que no conoces mi escopeta. Es algo formidable. Con decirte que me ha costado seiscientos rublos...

—¿Cuán... to? —asombróse Predpolozhenki, y alargó el cuello—. ¿Cuánto? Repítalo, papaíto...

—Seiscientos rublos. ¿De qué te ríes? Antes de abrir la boca, fíjate en la escopeta...

—No, si ya la estoy viendo... ¿De qué fábrica es?

—De Marsella. Fábrica de Lepelier.

—¿Lepelier? Es la primera vez que lo oigo. Una escopeta de lo más corriente. Valdrá alrededor de cien rublos. Me disgusta que mienta usted, querido suegro. ¿Para qué mentir? No me cabe en la cabeza la necesidad de decir mentiras.

—La escopeta es buena —observó el juez—, pero no vale seiscientos rublos. Le cobraron de más, Akim Petrovich.

—Ni de más ni de menos —acaloróse Predpolozhenski—. ¡Es todo mentira! ¡Miente más que habla!

Otletaiev dio la vuelta y enrojeció.

—No soy un mentiroso —protestó—. Para que lo sepas. Tú, en cambio..., ¡tú sí que eres embustero! Sí, sí. No haces más que molestar con tus infundios. ¡Como para ir contigo! No sé por qué se me ocurre traerte.

—Pues no haberme traído... ¡Mira que la manía de mentir! Miente como un bellaco.

—El bellaco lo serás tú. El bellaco y el cerdo.

Todos nos pusimos a reprochar a Predpolozhenski por su actitud.

—¡Que deje de decir mentiras! —trató de justificarse el rebelde yerno—. Se me revuelve el alma al oír a un embustero. Además, que no me llame cerdo. ¡Él sí que está hecho un cochino de marca! Y si no le gusta que yo venga, que se vaya a la porra. Ni falta que me hace.

—Bueno, basta. Akim Petrovich no quería ofenderle. ¿Van ustedes a armar una bronca por un quítame allá esas pajas?

Predpolozhenski se infló como un pavo harto de maíz, y guardó silencio.

—¡No está bien! —dirigióse Kozoiedov a Predpolozhenski, al cabo de un rato—. No está bien, no. Él es para usted un segundo padre. Es su suegro, y usted, sin embargo, le sale con esas groserías... Es una falta grave...

El yerno miró despectivo al alcalde y sonrió lleno de ironía.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro? —replicó—. ¿Te han preguntado a ti algo? Pues cierra el pico... Zapatero, a tus zapatos. ¡Un segundo padre! No tiene ni idea de lo que dice; pero no puede no meterse donde no le llaman. ¡Hocico de pe...! ¡Paleto!

—¿Se da cuenta de cómo es usted? No le gusta ver a la gente en calma. Pues, aunque soy de condición humilde y puede decirse que no he recibido ninguna instrucción, llevo en el pecho, y en el corazón, y en el alma, toda clase de sentimientos, mientras que usted no los lleva a pesar de toda su ciencia y de su carrera. Eso es.

—¡Basta, señores! —intervine yo—. A ver si acaban de echarse sermones mutuamente. A callar todo el mundo.

Otletaiev, resoplando, sacó de un bolsillo lateral una gruesa y manoseada pitillera y metió en ella sus carnosos dedos. El médico y el juez también alargaron las manos.

—¡No, no, perdón! —pronunció con severidad Otletaiev—. En la amistad como hermanos, y en las cuentas como gitanos. Me van a faltar cigarrillos... El camino es largo, y no traigo más que cuarenta.

El médico y el juez, para ocultar su corrimiento, se hicieron los desentendidos y se pusieron a silbar un aire de opereta.

Otletaiev era más bruto que un cerrojo y más ignorante que la ignorancia misma. Ninguno de nosotros le podía aguantar. El médico, avergonzado, encendió un cigarrillo de los suyos propios y comenzó a contar chascarrillos. Contó lo menos veinte, de los cuales sólo uno no era verde; los demás nos hacían enrojecer.

—Es usted un maestro, amigo —le dije—. No me imaginaba que tuviese tal humor...

—Pues sí, señor... Sabemos algunas cosillas. Si yo quisiera colaborar en periódicos y revistas, tendría millones. Ganaría más que usted.

—No lo dudo... ¿Y por qué no colabora?

—Porque no quiero.

—¿Y a qué se debe eso?

—Sencillamente, no quiero. Soy persona de conciencia. ¿Cree que un hombre de conciencia podría escribir en estas revistas? ¡Jamás! Ni siquiera leo los periódicos. Y hasta considero idiotas a los que se gastan el dinero en ellos...

—Yo, en cambio —repuso el juez—, tengo por idiotas a los que no los compran.

—El doctor no está de buenas hoy —traté de mediar—. Dejémosle tranquilo...

—¿Quién le ha dicho que no estoy de buenas? ¡Vaya si lo estoy! Usted defiende a los periódicos porque escribe en ellos, pero, a mi modo de ver, ¡puf!, no valen un comino. Todo lo que ponen es mentira. Son los mayores embusteros e intrigantes del

mundo.

—Los periodistas pueden equipararse a los abogados... Mienten a sabiendas y no tienen conciencia.

—Yo fui abogado —observó el juez— y siempre he tenido conciencia.

Predpolozhenski y Kozoiedov intercambiaron una mirada y sonrieron burlones.

—No me refiero a usted... Hablo en general... Como regla general, son unos truhanes... Lo mismo los periodistas, que los abogados y que los demás...

Yo, en lugar de callarme, seguí defendiendo a los periodistas. El juez continuó, por su parte, defendiendo a los abogados... Y en el coche se trabó una discusión.

—Pues anda que la medicina... —contraataqué yo—. ¿Qué vale la medicina? ¿Es que no mienten ustedes, los médicos? Lo que mejor saben hacer es sacar dinero. ¿Qué es un médico? El preludio de un enterrador. Eso y nada más. Pero no sé para qué discuto con usted. ¿Tiene usted alguna lógica? Por más que se haya graduado en la Universidad, razona como un zapatero...

—Haga el favor de no acalorarse. Me parece que se puede hablar sin ofender.

—Criticamos a los periodistas y a los abogados —sonó la voz cavernosa de Predpolozhenski—, y no vemos la verdadera mentira... Hablen ustedes con mi suegro y verán: en lo referente a mentir deja a cualquier abogado a la altura de una babucha...

Y así sucesivamente. Palabra tras palabra, mueca tras mueca y chisme tras chisme, la cosa llegó el diablo sabe adónde.

Comenzamos a sacar de dentro todos los rencores acumulados durante el invierno. Dejamos muy atrás a las solteronas más chismosas.

Pero mientras nosotros, soñolientos y medio borrachos, nos desollábamos mutuamente, el sol se había remontado más y más. Disipóse la niebla y se abrió paso el día estival... En derredor todo respiraba paz y sosiego...

Sólo nosotros alterábamos el silencio.

Descendimos en el primer pantano que se nos presentó y, refunfuñones y malhumorados, nos dispersamos en distintas direcciones. Kozoiedov decidió restablecer la concordia: lanzando al aire una moneda de tres kopeks, disparó y acertó a darle. Recogimos la moneda, contamos en ella los impactos de perdigones y nos pusimos a hacer comentarios.

Predpolozhenski levantó un rascón y lo mató. Le felicitamos todos y hasta lanzamos un ¡hurra! en su honor. A no ser por el médico, la concordia hubiera sido restablecida. Mientras felicitábamos a Predpolozhenski por el primer triunfo, el doctor se llegó hasta el coche, desató el envoltorio de las provisiones y comenzó a regalarle con unos bocadillos.

—¿Qué hace usted ahí, doctor? —le gritó Otletaiev.

—Estoy tomando un trago y un bocado.

—¿Y qué derecho tiene a disponer de todo eso?

—¿Por qué lo dice?

—¿Cree que es todo para usted? No me cabe en la cabeza tal desvergüenza, y perdone la expresión. ¿No ha podido esperar? ¿Y qué botella es la que ha descorchado? ¡Dios mío, pero si es mi licor! ¿Quién le ha dado permiso, caballero?

—¡Haga el favor de no gritar! Hable más bajo.

—¡Ese licor lo había traído yo para mí! Me va muy bien para mi enfermedad, y él coge y se lo bebe. ¡Ha descorchado mi botella! Envuelva ese esturión...

—¡No me da la gana de envolverlo! Usted, grosero e incorrecto, debe enterarse de que cuando se va de caza todo es de todos... ¡Qué ignorante es usted, y perdone la expresión!

El doctor se tomó una copa del licor y, para dar rabia a Otletaiev, cortó un enorme trozo de esturión. Predpolozhenski corrió al coche y, con ánimo de fastidiar a su suegro, cogió la botella y, bebiendo del gollete, la dejó medio vacía. A Otletaiev se le saltaron las lágrimas.

—¿Lo hacen ustedes para enfurecerme? —murmuró—. Muy bien, magnífico. De modo que esas tenemos... *Merci beaucoup*.

El juez, desconocedor del motivo de la disputa, se acercó al coche.

—¡Ah, de manera que están matando el gusanillo! —exclamó—. ¿No creen que es demasiado pronto? Aunque, en verdad, no vendrá mal un traguillo. A la salud de ustedes.

Así diciendo, se llenó una copa y se la tomó.

—¡Magnífico, estupendo! —gritó Otletaiev.

—¿Qué es lo magnífico? —inquirió el juez.

—Nada, nada.

Otletaiev subió al coche, arrojó al suelo el envoltorio de las provisiones, nos hizo una reverencia burlona y dio un golpe al cochero en la espalda.

—¡Arrea! —le ordenó.

—¿Adónde va? —nos sorprendimos.

—Si les soy tan antipático..., y si les parezco tan ignorante... ¡Eh, Kozoiedov! Sube, amigo. Los *muzhiks* no debemos salir de caza con los señores ilustrados. Librémosles de nuestra presencia. Vente, amigo...

—Pero ¿adónde va usted? ¿Qué tontería se le ha ocurrido?

—Si soy tonto, ¿por qué se inquietan? Bueno, yo seré todo lo tonto que ustedes quieran... Adiós... Me voy a mi casa.

—¿Y cómo nos vamos a ir nosotros?

—Como les parezca... El coche es mío.

—Pero, suegro, ¿qué mosca te ha picado? —le gritó Predpolozhenski.

Kozoiedov sentóse en el coche junto a Otletaiev y se quitó el sombrero con aire pacífico.

—¿Te has vuelto loco? —arreció Predpolozhenski en sus recriminaciones—. ¡Baja del coche!

—No lo esperes. Adiós, yerno... Tú eres persona instruida, humanitaria,

civilizada... Yo, en cambio..., ¿qué soy?

—Un idiota. ¿Qué ha sucedido, señores? ¿Quién le ha sacado de sus casillas? ¿Ha sido usted, doctor? Usted, el diablo le lleve, siempre tiene que meter su nariz científica en donde no le llaman.

—Cuidado, que yo no soy su suegro... Haga el favor de no vociferar —enojose el médico—. Como levante usted la voz, me voy.

—Váyase. Menuda pérdida... Hay que ver...

El médico encogió los hombros, suspiró y subió al coche. Por su parte, el juez hizo un ademán despectivo y siguió su ejemplo.

—Es la eterna canción —suspiró—. Nunca nos sale nada bien.

—¡Arrea! —gritó Otletaiev al cochero.

Piotr emitió un chasquido con los labios, tiró de las riendas y el coche arrancó. Predpolozhenski y yo nos miramos.

—¡Para! —grité, y corrí tras el carruaje—. ¡Para!

—¡Deteneos! —vociferó Predpolozhenski—. ¡Parad, animales!

El coche se detuvo, y subimos a él.

—¡Ésta me la pagarás! —dijo Predpolozhenski con los ojos refulgentes de odio, amenazando a su suegro con el puño—. Todo me lo pagarás. Me acordaré de este día hasta que me muera.

Fuimos callados hasta la propia casa. Las grandes alegrías de nuestras almas dejaron paso a los sentimientos más negros. Nos hubiéramos vapuleado mutuamente, y no lo hicimos por no saber por dónde empezar. Cuando nos aproximamos a la casa de Otletaiev, vimos a su mujer tomando café en la terraza.

—¿Ya están ustedes aquí? —asombrose—. ¿Cómo tan temprano?

Descendimos del coche y, silenciosos, nos dirigimos al portalón de salida del patio.

—¿Adónde van ustedes, señores? —extrañose *madame* de Otletaiev—. ¿No van a tomar café ni a almorzar? ¿Qué prisa tienen?

Nos volvimos hacia el porche y, silenciosamente, con ceño de rabia, amenazamos con nuestros enormes puños. Predpolozhenski escupió en dirección al porche, soltó una blasfemia y se fue a dormir a la cuadra.

Un par de días más tarde, Otletaiev, Predpolozhenski, Kozoiedov, el juez, el médico y yo nos encontrábamos en casa del primero jugando a las cartas. Y mientras jugábamos, nos hubiéramos devorado los unos a los otros.

A los tres días tuvimos un altercado mayúsculo, y a los cinco quemamos una traca en amor y compañía...

Nos peleamos, nos desollamos vivos, nos odiamos y nos despreciamos los unos a los otros, pero no podemos separarnos. No se extrañe ni se ría, lector. Vaya a la aldea de Otletaievka, pase en ella un invierno y un verano y comprobará lo que digo.

Un villorrio no es como la capital. En Otletaievka el cangrejo es pez. Fomá es persona y una pelea es un coloquio...

¿CUÁL DE LOS TRES?

(HISTORIA VIEJA, PERO SIEMPRE NUEVA)

(Который из трех? Старая, но вечно новая история)

En la terraza de la vieja y lujosa dacha de Maria Ivanovna Langer, viuda de un consejero civil, se encontraba su hija Nadia con Iván Gavrilovich, hijo de un renombrado comerciante moscovita.

Era una tarde soberbia. Si yo fuese maestro en la descripción de la Naturaleza, hablaría de la luna que, contemplando el paisaje desde detrás de las nubes, bañaba con su luz bruja el bosque, la dacha y la carita de Nadia; y del leve rumor de los árboles, y del canto de los ruiseñores, y del apagado chapoteo del surtidor...

Nadia, apoyando la rodilla en el borde de una butaca, estaba asida con una mano a la barandilla de la terraza. Sus ojos lánguidos, aterciopelados y profundos, miraban, inmóviles, el bosque verdioscuro. Sobre su cara pálida, iluminada por la luna, resaltaba el rojo color de las mejillas. Iván Gavrilovich, de pie tras ella, se arañaba, con mano nerviosa y temblona, la poco poblada perilla. Cuando se cansaba de hacer este movimiento, se ponía a alisarse con la otra mano la papada, voluminosa y deforme. Iván Gavrilovich era feo, parecido a su madre, que tenía tipo de cocinera de pueblo. Su frente, baja y estrecha, parecía achatada; su nariz, respingona y aplastada, mostraba un entrante en lugar de caballete; su pelo era estropajoso; y sus ojos, pequeños y estrechos como los de un gato recién nacido, miraban a Nadia interrogativamente.

—Perdone usted —tartamudeaba, repitiéndose y suspirando como jadeante—. Perdóneme que le hable de mis sentimientos... Pero la quiero tanto, que no sé si estoy en mis cabales o no... Llevo en el pecho un amor hacia usted, que no es posible expresarlo. Apenas la vi, Nadiezhda Petrovna, en seguida me colé, es decir, me enamoré. Perdóneme, pero es que... (*Pausa*) ¡Qué tiempo más agradable!

—Sí, es magnífico...

—Pues con este tiempo que usted ve, es mucho más agradable amar a una mujer tan agradable como usted. Pero yo soy un desgraciado.

Iván Gavrilovich suspiró y se pegó un tirón de la perilla.

—¡Soy muy desgraciado! Con lo que yo la quiero, y usted, en cambio... ¿Acaso podría usted sentir un sentimiento favorable para mí? Usted es una joven instruida, educada..., noble... ¿Y yo? Un *kupets* y nada más. Lo que se dice nada... Mucho dinero, pero ¿para qué me sirve si no me da la felicidad? Sin felicidad, ese dinero es sólo una perdición, vanidad pura. Comes bien... No tienes que andar a pie... Una vida completamente vacía... ¡Nadiezhda Petrovna!

—¿Qué pasa?

—No, nada... Quería molestarla un instante.

—¿Qué necesita?

—¿Podría usted llegar a quererme? (*Pausa*) He ofrecido a su madre de usted mi corazón y mi mano para usted, y me ha dicho que todo depende de usted... Puede usted decidir sin consultar a sus padres. ¿Qué me responde usted?

Nadia permaneció callada. Miró al bosque verdioscuro donde apenas se distinguían los contornos de los troncos y el encaje de las ramas. La intrigaban las negras sombras movibles de los árboles con las cimas ligeramente mecidas por el viento. Su silencio abatía a Iván Gavrilovich que, lleno de pena, estaba a punto de echarse a llorar. «¿Y si me dice que no?», pensaba, y esta triste idea hacía correr un escalofrío por sus anchas espaldas.

—Hágame el favor, Nadiezhda Petrovna —profirió—. No me martirice, pues si la molesto es porque la quiero... Porque... (*Pausa*) Porque sí... (*Pausa*) Si no me responde usted, me da igual morirme.

Nadia se volvió hacia el pretendiente y sonrió. Tendiéndole la mano, le habló con una voz que resonó en los oídos del comerciante moscovita como el canto de una sirena:

—Se lo agradezco mucho, Iván Gavrilovich... Sé desde hace tiempo que me quiere usted, y sé cómo me quiere. Pero es... que... yo... Yo también le quiero, Jean. No es posible no tenerle afecto por la bondad de su corazón y por su fidelidad...

Iván Gavrilovich abrió desmesuradamente la boca, echose a reír y, lleno de felicidad, se pasó la mano por la cara: ¿no sería un sueño?

—Sé que si me caso con usted —prosiguió Nadia— seré feliz... Pero ¿sabe, Iván Gavrilovich? Espere un poco... Ahora no le puedo responder afirmativamente. Debo pensar bien ese paso... Tengo que reflexionar... Espere un poco.

—¿Mucho?

—No, todo lo más un día o dos.

—Bueno...

—Márchese, y recibirá la respuesta por correo... Váyase ahora y déjeme pensar... Adiós. Dentro de un par de días...

Nadia le tendió la mano, que Iván Gavrilovich se apresuró a besar. Ella le hizo un saludo con la cabeza, echó un beso al aire y escapó de la terraza, desapareciendo. Iván Gavrilovich permaneció dos o tres minutos indeciso y pensativo y, por último, atravesando unos jardincillos y un soto cercano, se dirigió a su coche, que le esperaba en el camino. Iba trastornado de puro feliz, y tan lánguido como si le hubieran tenido un día entero en un baño caliente. Mientras caminaba, reía de felicidad.

—¡Tronfim! —despertó al cochero, que dormitaba en el pescante—. Despierta y vamos. Habrá buena propina. ¿Me entiendes? ¡Ja, ja, ja!

Entre tanto, Nadia atravesó a la carrera todas las habitaciones hasta llegar a la otra terraza, descendió de ella y, abriéndose paso entre los árboles, los arbustos y los

matorrales, corrió al otro camino. Allí la esperaba un amigo de su infancia, el barón Vladimir Schtral, joven de unos veintiséis años. Schtral era pequeño y gordo, un alemancillo rechoncho con una calva ya visible. Terminados sus estudios en la Universidad, iba hacia su hacienda de Jarkov y había venido a despedirse. Estaba un poco bebido y, recostado en un banco, silbaba *La Flechita*.

Nadia corrió hacia él y, jadeante, fatigada por la carrera, se arrojó a su cuello. Riendo estruendosamente y agarrándose a la garganta, a los cabellos o al cuello de la camisa del alemán, le llenó de besos el rostro adiposo y cubierto de sudor.

—Hace ya una hora que te espero —dijo el barón, cogiéndola por la cintura.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien.

—¿Sales mañana?

—Sí.

—¡Antipático! ¿Vuelves pronto?

—No sé...

El barón besó a Nadia y, quitándosela de las rodillas, donde estaba sentada, la colocó en el banco.

—Bueno, basta de besuqueos —dijo ella—. Después tendremos tiempo de sobra. Ahora, hablemos en serio. (*Pausa*) ¿Has pensado, Volodia?

—Sí.

—Muy bien. ¿Y qué has decidido? ¿Cuándo será la boda?

El barón torció el gesto.

—¡Otra vez con lo mismo! —respondió—. ¿No te di ayer una contestación... definitiva? Ni hablar de casarse. Ayer te lo dije. ¿Para qué hablar de lo que ya ha sido tratado y requetetratado?

—Pero, Volodia, nuestras relaciones deben tener un fin... ¿Cómo no te das cuenta? El fin tiene que llegar.

—Deben tener un fin, pero no será la boda... Te lo repito por centésima vez, Nadine: eres más inocente que una niña de tres años. La inocencia les va bien a las mujeres bonitas; pero no en este caso, paloma.

—¡De manera que no quieres casarte! ¿Es así? Habla claro, alma sin conciencia, habla claro. ¿No quieres casarte?

—No. ¿Qué necesidad tengo yo de estropear mi carrera? Aunque te quiero, sé que serás mi perdición si me caso contigo. No puedes darme ni una fortuna ni un nombre. El matrimonio, amiga mía, es la mitad de la carrera, pero tú... Dejémonos de lloriqueos. Hay que razonar serenamente. Los matrimonios por amor nunca traen consigo la felicidad y terminan siendo un fracaso...

—¡Mentira! ¡Embustero!

—Cásate y luego muérete de hambre, engendra mendigos... Hay que tener cabeza.

—¿Y por qué no la tuviste entonces? ¿Te acuerdas? Entonces me diste palabra de

casarte conmigo, ¿verdad?

—Te la di; pero ahora mis planes han cambiado. ¿Verdad que tú no te casarías con un pobrete? ¿Por qué, entonces, quieres que yo me case con una pobre? Desde luego, no pienso hacerme a mí mismo tal jugada. Tengo un porvenir, del cual he de responder ante mi conciencia.

Nadia se enjugó las lágrimas con el pañuelo y, de repente, de la manera más inesperada, volvió a arrojarse al cuello del alemán ortodoxo. Apretándose a él, le llenó la cara de besos.

—¡Cásate conmigo! —le suplicó—. ¡No me abandones! ¡Si supieras cómo te quiero, tesoro! Sin ti no podría vivir, encanto mío. Si te apartas de mí, me matarás. ¿Verdad que vamos a casarnos?

El alemán meditó un instante y respondió en tono concluyente:

—No puedo. El amor es una gran cosa, pero no la primera en este mundo.

—¿De modo que no quieres casarte conmigo?

—No, no puedo.

—¿No quieres? ¿De verdad que no?

—No puedo, Nadine.

—¡Canalla, infame, falsario, alemán! ¡No puedo ni verte! ¡Te odio, te desprecio! ¡Eres repugnante! Y nunca te he querido. Si me entregué a ti aquella tarde, fue porque te creía persona decente y pensaba que te casarías conmigo... Pero tampoco entonces te podía aguantar. Quería casarme contigo porque eres barón y rico.

Nadia, accionando con los brazos, retrocedió unos pasos, dirigió a Schtral unos cuantos insultos más y se marchó a la casa.

«Más me hubiera valido no venir a verle —pensó por el camino—. Bien sabía yo que no querría casarse. ¡Habría canalla! Y yo, ¡qué imbécil fui aquella tarde! De no haber cometido aquel desliz, no hubiera tenido necesidad de humillarme ahora ante ese maldito tudesco».

Al llegar al patio de la dacha, no entró en ella. Después de vagar un poco por los alrededores, se detuvo ante una ventana débilmente iluminada. En aquella habitación vivía como inquilino, durante el verano, un joven violinista recién graduado en el Conservatorio: Mitia Gusev. Nadia miró adentro por la ventana. Mitia, un apuesto y fornido galán de rizada cabellera rubia, se hallaba en casa. En mangas de camisa y chaleco, tendido en la cama, estaba leyendo una novela. Nadia permaneció un momento junto a la ventana y, tras pensar un poco, llamó a los cristales. El violinista levantó la cabeza:

—¿Quién es?

—Soy yo, Dmitri Ivanich... Abra un momentito.

Mitia se puso la chaqueta presuroso y abrió un postigo.

—Venga, salga, por favor —le rogó ella.

Mitia apareció en la ventana y segundos más tarde ya estaba al lado de Nadia:

—¿Qué desea?

—Venga un momento conmigo —le dijo ella, y le cogió del brazo.

—Pues verá usted, Dmitri Ivanich: haga el favor de no escribirme más cartas de amor. Tenga la bondad de no escribirme. No me quiera ni me diga que me quiere.

Las lágrimas afloraron a sus ojos y corrieron por sus mejillas y por sus hombros.

Eran lágrimas verdaderas, ardientes, gruesas...

—¡No me quiera, Dmitri! ¡No toque el violín para mí! Soy repugnante, malvada. Merezco que me desprecien, que me aborrezcan, que me peguen...

En este punto rompió a llorar y apoyó la cabeza en el pecho de Mitia.

—Soy la más vil de las mujeres; y mis pensamientos son también viles, y mi corazón...

Mitia, desconcertado, murmuró cualquier tontería y besó a Nadia en la cabeza...

—Usted es bueno, amable... Le doy mi palabra de que le quiero... Pero usted no debe quererme. Mi mayor ilusión es el dinero, el lujo, los coches... Me muero al pensar que no tengo dinero. Soy ruin, egoísta... Aborrézcame, amable Dmitri Ivanich. No me escriba. Me voy a casar con..., con Gavrilich... ¡Fíjese cómo soy! Y usted me quiere, a pesar de todo. Adiós. Seguiré amándole aunque esté casada con otro... Adiós, Mitia.

Así diciendo, abrazó repentinamente a Gusev, le dio un beso en el cuello y huyó hacia la salida.

Ya en su habitación, sentose a la mesa y, llorando amargamente, escribió:

«Querido Iván Gavrilovich: Soy suya. Le amo y deseo ser su esposa. Nadia».

Acto seguido entregó la carta a la doncella y le ordenó que la llevase a su destino.

«Mañana..., Dios dirá...», se dijo a sí misma, y suspiró profundamente.

Este suspiro marcó el fin de su llanto. Sentada a la ventana durante un rato, se tranquilizó, luego se desnudó; y exactamente a medianoche el lujoso edredón de bordados y encajes cubrió el cuerpo de la víbora viciosa, joven y guapa.

También a medianoche Iván Gavrilovich soñaba en voz alta, dando vueltas por su habitación. Sus padres, que estaban presentes, oyéndole soñar, sentíanse felices ante la felicidad del hijo.

—La chica es guapa, de familia noble —comentaba el padre—. Hija de un consejero civil y muy bonita. No tiene más que un defecto: ese apellido alemán... Va a creer la gente que te has casado con una alemana...

ÉL Y ELLA

(ОН И ОНА)

Son como nómadas. Solamente a París le conceden meses. A otras capitales como Berlín, Viena, Roma, Madrid o San Petersburgo les escatiman el honor de su presencia. En París se sienten *quasi* como en casa: es para ellos la capital, mientras que el resto de Europa no pasa de ser una provincia aburrida y sin gusto, a la que sólo se puede mirar por una rendija de las cortinas de cualquier *Grand Hôtel* o desde el proscenio.

Todavía no son viejos, pero ya han tenido ocasión de visitar dos o tres veces todas las capitales europeas. Hartos de Europa, comienzan a hablar de un viaje a América y seguirán hablando hasta que alguien les convenza de que la voz de ella no es tan notable como para mostrarla en dos hemisferios.

Verlos no resulta cosa fácil. En la calle, imposible, porque van siempre en coche y sólo salen cuando está oscuro, por la tarde o por la noche. Hasta la hora de comer, duermen. Suelen despertarse de mal humor y no reciben a nadie. Únicamente de cuando en cuando, a horas indeterminadas, entre bastidores o mientras están cenando, acceden a hablar con alguien.

La cara de ella aparece en las postales. Pero en las postales parece guapísima, y la realidad es que nunca ha sido guapa. No deis crédito a las fotografías: es una mujer feísima. La mayor parte de la gente la ve en escena. Pero en escena está desconocida: los polvos, los coloretes, los afeites y los cabellos ajenos ocultan su cara como un antifaz. Y en los conciertos, igual.

En el papel de Margarita, esta mujer de veintisiete años, rugosa, torpona, de nariz cubierta de pecas, parece una doncellita de diecisiete, esbelta y adorable. Cuando se halla en escena es cuando menos se asemeja a sí misma.

Si queréis verles, lograd acceso a algún banquete de los que se le ofrecen o de los que ella ofrece antes de partir de una capital para otra. A simple vista, parece muy fácil lograr tal acceso, pero sólo personas muy selectas consiguen llegar hasta la mesa... Entre los escogidos se encuentran los señores críticos, los pillos que se las dan de críticos, los cantantes indígenas, los directores de orquesta y de coro y los aficionados de relucientes calvas que han adquirido categoría de asiduos del teatro y de los banquetes, gracias al oro, a la plata y a los parientes. Estos banquetes no resultan aburridos; para un observador representan un buen punto de mira. Vale la pena asistir a un par de ellos.

Las figuras célebres (entre los comensales hay muchas) comen y hablan. Su postura es libre y desenvuelta: el cuello para un lado, la cabeza para otro, y un codo apoyado en la mesa. Los viejos hasta se escarban en los dientes.

Cerca de ella se sientan los periodistas, casi todos ellos borrachos, que se

conducen con la misma desenvoltura que si la conocieran hace un siglo. A poco más llegarían a permitirse con ella familiaridades excesivas: bromean a gritos, beben, se quitan la palabra los unos a los otros (eso sí, sin olvidar el consabido *Pardon*), pronuncian estrepitosos brindis y, al parecer, no temen al ridículo. Algunos, inclinándose ceremoniosamente, a lo *gentleman*, le besan la mano.

Los pseudocríticos conversan, doctorales, con los aficionados y los entendidos. Los aficionados y los entendidos callan: envidian a los periodistas, sonríen beatíficos y sólo beben vino tinto, que suele ser de excelente calidad en estos convites.

Ella, la reina de la fiesta, va ataviada sencillamente, aunque lo que lleva ha costado un dineral. Un grueso brillante asoma por el escote de encaje. En cada brazo, una pulsera maciza. El peinado es de lo más discutible: a las damas les gusta, y a los caballeros no. Su rostro resplandece y regala la más amplia de sus sonrisas a los hermanos comensales. Ella sabe sonreír a todos a la vez, hablar con todos a la vez y asentir graciosamente con la cabeza a todos a la vez. Observad su cara y creeréis que sólo la rodean amigos a los cuales profesa profundísima simpatía. Al final del banquete, la reina reparte fotos a determinadas personas, escribiendo al dorso el nombre del afortunado y poniendo su autógrafo. Por supuesto, habla en francés, y al terminar el ágape, incluso en otros idiomas. Pronuncia el inglés y el alemán ridículamente mal, pero a ella le sale la mar de gracioso. Al verla tan simpática, olvida uno que es la fealdad misma.

¿Y él? Él, *le mari d'elle*, sentado a cinco o seis sillas de distancia, bebe mucho, come mucho, calla mucho, hace bolitas de pan y relee las etiquetas de las botellas. Su figura denota aburrimiento, pereza, fastidio...

Es rubio, con una calva que surca su cabeza a modo de senderos. Las mujeres, el vino, las noches de insomnio y el largo deambular por esos mundos de Dios han pasado por su cara como un rastrillo, dejando impresas en ella profundas arrugas. Aunque no rebasa los treinta y cinco años aparenta muchos más. Tiene la cara como empipada de *kvas* y los ojos hermosos, pero abúlicos. En tiempos no fue muy feo, mas ahora lo es. Sus piernas son zambas, sus manos terrosas y su cuello peludo. A causa de sus encorvadas piernas, de sus extraños andares, en toda Europa le llaman «el carromato». Vestido de frac recuerda una chova mojada con la cola seca. Los comensales no le hacen el menor caso, y él les paga con la misma moneda.

Id a uno de estos banquetes, ved a los dos esposos, observadlos y decidme qué es lo que ha vinculado y qué es lo que vincula a estas dos personas.

Al verlos diréis, aproximadamente, lo que sigue:

—Ella es una cantante célebre; él no pasa de ser el marido de una cantante célebre o, dicho en términos usados entre la farándula, el marido de su mujer. Ella gana alrededor de ochenta mil rublos al año; él no hace nada; es decir, que le queda tiempo para ser el criado de ella. Ella necesita un cajero y un apoderado que trate con empresarios y se ocupe de formalizar los contratos. Ella sólo conoce y trata al público que aplaude; la caja y todos los accesorios prosaicos de su vida no merecen su

atención. Por consiguiente, él le hace falta; le hace falta como apéndice, como lacayo... Le despediría si supiera administrarse ella misma. Él cobrando un saneado salario de ella, que no da valor al dinero, la roba en complicidad con las criadas, despilfarra el dinero de ella, anda siempre de francachela, puede que hasta guarde dinero para días peores; y se encuentra tan a sus anchas como el gusano que ha conseguido meterse en una buena manzana. De no tener ella dinero, él la abandonaría.

Así piensan y dicen quienes les observan durante los banquetes. Piensan y dicen eso porque, imposibilitados de penetrar en el fondo del asunto, tienen que hacer un juicio superficial. A ella la miran como a una diosa y de él se apartan como de un pigmeo con viscosidad de rana; y, sin embargo, la *vedette* europea está ligada al insignificante renacuajo por vínculos envidiables y generosos.

Mirad lo que escribe él:

«Me preguntan por qué amo a esta furia. Verdaderamente, no merece que se la quiera. Ni tampoco que se la odie. Lo único que merece es que nadie repare en ella, que todo el mundo ignore su existencia. Sólo puede amarla un loco. Un loco o yo, lo que, en realidad, viene a ser lo mismo.

»Es fea. Cuando nos casamos era un monstruo; tanto más ahora. No tiene frente. En lugar de cejas lleva sobre los ojos dos rayas apenas visibles, y sus ojos son dos hendiduras poco profundas en las que no resplandece nada: ni inteligencia, ni deseos, ni pasiones. Por nariz luce una patata. Aunque tiene la boca pequeña y bonita, se la afean sus horribles dientes. No hay en su cuerpo ni pechera ni cintura. Este último defecto se oculta un poco por su diabólica habilidad para ponerse el corsé, arte para el que posee una mano maestra. Es chica y gorda, de una gordura fofa. *En masse*, todo su cuerpo adolece de un defecto que yo considero capital: su absoluta falta de feminidad. No creo femeninas la palidez del cutis ni la flacidez muscular: en eso discrepo de muchos. No es una dama ni una señorita, sino una tendera de ademanes burdos: al andar bracea desmesuradamente; sentada cruza las piernas y se balancea con todo el cuerpo hacia adelante y hacia atrás; cuando está tendida levanta las piernas, etcétera.

»Es descuidada. Sus maletas constituyen el mejor ejemplo de ello: la ropa limpia está revuelta con la sucia, los puños con los zapatos y con mis botas, los corsés nuevos con los rotos... Nunca recibimos visitas a causa del eterno desorden y la suciedad reinantes en nuestras habitaciones de los hoteles. Pero, en fin, ¿para qué vamos a extendernos? Fíjense en ella al mediodía, cuando, levantándose de la cama, sale perezosamente de debajo de la manta: no reconoceréis a la mujer de voz de ruiñón. Despeinada, con el cabello revuelto, con los ojos soñolientos y aceitosos, desgarrada la camisa por los hombros, descalza, medio bizca, envuelta en las nubes de humo del tabaco fumado la noche anterior, ¿creéis que tiene alguna semejanza con un ruiñón?

»Bebe. Bebe como un húsar: lo que se le antoja y cuando se le antoja. Bebe hace

mucho. Si yo bebiera, estaría por encima de la Patti o, al menos, a su misma altura. Se ha bebido ya la mitad de lo que ha ganado, y muy pronto se beberá la otra mitad. Los malditos alemanes le han enseñado a tomar cerveza, y ahora no se acuesta nunca sin vaciar dos o tres botellas antes de dormirse. A no beber no padecería el catarro gástrico que padece.

»Es poco amable, de lo que pueden dar fe los estudiantes que a veces la invitan a participar en sus conciertos.

»Le gusta la publicidad. El reclamo nos cuesta anualmente varios miles de francos. Yo odio los anuncios con toda mi alma. Por cara que sea esta publicidad estúpida, nunca llegará a valer lo que vale su voz. A mi mujer le gusta que le hagan zalemas y le desagrada que digan de ella la verdad, si esta verdad no parece un elogio. Tiene en más aprecio un beso de Judas comprado que una crítica sin comprar. ¡Ausencia absoluta de dignidad!

»Aunque es inteligente, le falta desarrollo mental. Su cerebro ha perdido la elasticidad hace tiempo y, envuelto en grasa, ha terminado por aletargarse.

»Es caprichosa, inconstante, sin ningún criterio sólido. Ayer afirmó que el dinero era una trivialidad; hoy, en cambio, actúa en cuatro funciones porque se ha convencido de que no hay en el mundo nada mejor que el dinero; y mañana volverá a decir lo que dijo ayer. No quiere saber nada de la patria, ni reconoce personajes políticos, ni tiene un periódico preferido, ni admira a ningún escritor.

»Pese a su riqueza, no ayuda a los pobres. Es más: a veces no paga como es debido a modistas y peluqueros. No tiene corazón.

»¡Es una mujer mil veces perversa!

»Sin embargo, observadla cuando, pintada, maquillada, erguida, avanza hacia el proscenio para competir con los ruseñores y los jilgueros que saludan al alba en mayo. ¡Qué empaque imponente y qué encanto en sus andares de cisne! Observadla, os lo suplico, y poned atención. Cuando levanta la mano y abre la boca por primera vez, las dos mirillas de su cara se convierten en dos ojos llenos de brillo y de pasión. En ninguna parte hallaréis ojos tan seductores. Cuando comienza a cantar, cuando sus primeros trinos se expanden por el aire y yo siento dulcificarse mi alma inquieta, fijaos en mi cara y se os revelará el secreto de mi amor.

»—¿Verdad que es hermosa? —pregunto entonces a mis vecinos de asiento.

»Me contestan que sí, pero ello no me basta: en esos momentos aniquilaría a quien osase pensar que esa criatura extraordinaria no es mi mujer. Entonces olvido todo lo pasado y vivo sólo del presente.

»¡Mirad qué artista! ¡Cuánto sentido se encierra en cada uno de sus movimientos! Ella lo interpreta todo: el amor, el odio... el alma humana... Por algo el teatro se viene abajo aplaudiendo.

»Al terminar el último acto, la saco del teatro pálida, exhausta, como si en una velada hubiese vivido toda una existencia. Yo también voy pálido y rendido de fatiga. Cogemos un coche y nos dirigimos al hotel.

»Una vez allí, ella se tiende en silencio, sin desnudarse. Yo, igualmente silencioso, me siento en el borde de la cama y le beso la mano. En estas ocasiones no me rechaza ni me aparta de ella. Nos dormimos juntos, dormimos de un tirón hasta la mañana siguiente y nos despertamos para mandarnos al diablo el uno al otro...

»¿Saben ustedes cuándo la amo también? Cuando asiste a bailes o banquetes. Me encanta la magnífica actriz que lleva dentro. Porque, en verdad, hay que poseer un gran genio artístico para imponerse a la Naturaleza de la manera que ella sabe hacerlo...

»No la reconozco en los banquetes. De una gallina desplumada se transforma en un pavo real.

Esta carta está escrita con mano ebria y letra apenas legible. Ha sido escrita en alemán y contiene faltas de ortografía a montones.

He aquí lo que escribe ella:

»Me preguntan ustedes si quiero a este muchacho. Pues sí, le quiero a veces... ¿Por qué? Sabe Dios...

»Verdaderamente, es feo y antipático. Las criaturas de su estilo no nacen con derecho a ser correspondidas en el amor. Los hombres como él no pueden hacer otra cosa que comprar el amor porque no pueden conseguirlo de balde. Juzguen ustedes mismos.

»Igual de día que de noche, está borracho como una cuba. Le tiemblan las manos, produciendo una sensación muy desagradable. Cuando está embriagado vocifera y arma camorra. Me pega incluso a mí. Y si no se encuentra bajo los vapores del alcohol, se tira en cualquier parte, donde primero se le ofrece, y no despegga los labios.

»Va siempre harapiento, aunque no le faltan medios para vestirse mejor. La mitad de mis ganancias se evapora, pasando por sus manos, sin que nadie pueda saber adónde va a parar.

»Nunca consigo imponerle un freno. Las infelices artistas casadas tienen unos cajeros horriblemente caros: los maridos se llevan la mitad de la caja.

»Y no se lo gasta en mujeres, lo sé muy bien: las desprecia.

»Es vago. Jamás le he visto ocupado en nada. Lo único que hace es beber, comer y dormir.

»No ha hecho ningún estudio. Le expulsaron del primer curso de la Universidad, por insolente.

»No desciende de familia hidalga; y, lo peor de todo, es alemán.

»Me disgustan los alemanes. De cien alemanes hay noventa y nueve idiotas y un genio. Esto me lo dijo un príncipe que era alemán, aunque con forro francés.

»Fuma un tabaco repugnante.

»Sin embargo, posee buenas cualidades. Más que a mí, ama mi noble arte. A veces, cuando, antes de iniciarse la función, anuncian que yo no puedo cantar por enfermedad (es decir, porque se me ha metido en la cabeza algún capricho), él va y

viene como abatido, apretando los puños.

»No es cobarde ni teme a nadie. Es lo que más me gusta en las personas. Les contaré un pequeño episodio de mi vida. Fue en París, un año después de graduarme en el Conservatorio. Yo era entonces muy joven y sólo empezaba a aprender a beber. Todas las noches corría una juerga que duraba cuanto duraban mis fuerzas, juveniles y frescas. Huelga decir que las orgías las realizaba acompañada. En una de ellas, mientras chocaba mi copa con uno de mis ilustres admiradores, se acercó a la mesa un muchacho feo y desconocido que, mirándome directamente a los ojos, me preguntó:

»—¿Por qué bebe usted?

»Nos echamos a reír, pero el muchacho no se turbó. Su segunda pregunta fue todavía más osada, con un comentario que le salía del alma:

»—¿De qué se ríen? Los canallas que ahora la emborrachan no le darán ni un ochavo cuando, a fuerza de beber, se le estropee a usted la voz y se encuentre en la miseria.

»¿Qué les parece la insolencia? Mis acompañantes armaron gran alboroto. Yo, en cambio, senté al muchacho a mi lado y pedí vino para él. Resultó que el amigo de la abstinencia bebía como el que más. *À propos*^[95], le llamo “muchacho” solamente porque tenía unos bigotillos muy pequeños.

»Le pagué su osadía casándome con él. Habla poquísimo. Suele decir una sola palabra; la pronuncia con voz cavernosa, trepidante la garganta y convulsivo el rostro. Cuando más la repite es cuando se halla rodeado de gente, en banquetes o en bailes... Si alguien, sea quien fuere, miente, él levanta la cabeza y, sin mirar a nadie ni reparar en nada, replica:

»—¡Mentira!

»Es su palabra predilecta. ¿Qué mujer puede resistir el fulgor de ojos con que se pronuncia esta palabra? A mí me encanta la palabra misma, y el brillo de sus ojos, y el temblor convulsivo de su cara. No todo el mundo sabe emplear este término saludable y audaz; mi marido, en cambio, lo suelta siempre y en cualquier parte.

»Le amo a veces, y este “a veces”, según recuerdo, coincide con los momentos en que pronuncia esa excelente palabra. Aunque, en realidad, Dios sabe por qué le querré. Entiendo muy poco de psicología y, al parecer, éste es un asunto psicológico...».

Esta carta está escrita en francés, con una letra magnífica, casi masculina. En ella no hallaréis ni una sola falta de ortografía.

FERIAS

(Ярмарка)

Es un villorrio pequeño, apenas visible. Se llama ciudad, pero se parece a una ciudad lo que una pulga a un elefante. Un cojo con muletas le daría la vuelta entera en diez minutos o un cuarto de hora, si no en menos. Sus casuchas son míseras y vetustas. La mejor de ellas se vendería por cinco *altines*^[96] en tres plazos. Sus vecinos pueden ser contados con los dedos: el alcalde, el inspector, el cura, el maestro, el diácono, el vigía de incendios, el sacristán, dos o tres buenos burgueses, dos gendarmes y... pare usted de contar. Abunda el bello sexo, pero las estadísticas, en la mayoría de los casos, no lo toman en consideración, pues los estadísticos saben que ni la gallina es ave, ni la yegua caballería, ni la mujer de un oficial, señora^[97].

Hay muchísimos forasteros: hacendados, veraneantes, tenientes de una batería provisionalmente acantonada allí, el greñudo diácono de la aldea vecina, con su sotana lila, su voz de hipopótamo, etcétera. El tiempo, ni fu ni fa. De cuando en cuando, una lluvia que produce consternación entre los que venden y los que compran. El aire, magnífico. Nada recuerda los olores de Moscú. Huele a bosque, a muguetes, a brea y hasta un poco a establo. De todos los rincones, garitas y rendijas llega el hálito del comercio. A cada paso, un puesto. Dos filas de tenderetes se extienden por la calle principal, de un extremo a otro, formando un verdadero amontonamiento en la plazoleta donde desemboca la calle. Junto a la verja de la iglesia venden pipas unas mujerucas. En la plaza no cabe ya ni un alfiler.

¡Da miedo ver tanto carro, tanto caballo, tanta vaca, tanto becerro y tanto cochinito! Los *muzhiks* son pocos, pero las aldeanas, ¡las aldeanas!... Todo lo llenan ellas, ataviadas, sin excepción, con vestidos rojos y blusas negras plisadas. Tantas son y se apretujan tanto, que el parque de bomberos en pleno podría pasar sobre sus cabezas para ir a apagar un fuego.

Los borrachos, ¡oh milagro!, son pocos. Flota en el aire un estruendo continuo de voces, chillidos, chirridos, crujidos, balidos y mugidos. Un alboroto como si estuvieran edificando la segunda torre de Babel.

Todas las ventanas están abiertas. Dentro de las casas se ven samovares, teteras con el pitorro quebrado, caras de narices rojas. Bajo las ventanas, las conocidas de los vecinos, que acaban de hacer sus compras, se quejan del tiempo. El diácono de sotana lila, con briznas de paja en el cabello, estrecha a todos las manos y abre el altavoz de su boca: «¡Mis respetos! Tengo el honor de felicitarles con motivo de la festividad... A... ¡Gm!...».

El género masculino se agrupa en torno a los caballos y a las vacas. Se hacen transacciones de decenas y hasta de cientos de rublos. Por lo que respecta al ganado

caballar, llevan la voz cantante los gitanos; juran por Dios y se desean las peores calamidades si su mercancía no es la mejor. Cualquier caballería vendida se entrega al comprador cogiendo el cabestro con el faldón de la casaca^[98], de donde parece deducirse que quien no lleve faldones está incapacitado para vender y comprar. Casi todas las bestias que se venden son de labor, es decir, plebeyas.

En cuanto al género femenino, éste se concentra junto a los trapos de colorines y a los puestos de bollos. El tiempo, implacable, ha impreso su sello en los bollos en cuestión, que aparecen revestidos de una especie de verdín dulce. Si compra usted uno procure mantenerlo lo más lejos posible de la boca, a menos que quiera cometer un suicidio. Lo mismo puede decirse de las peras secas y de los caramelos. Las infelices rosquillas están cubiertas con una estera, pero también están cubiertas de polvo. Sin embargo, a las mujeres no les importa: la panza no es un espejo.

Nunca llegarían las moscas a asediar un panal de miel con el tesón que los chiquillos ponen en rodear la tienda de los juguetes.

No tienen ni un ochavo. Lo único que hacen es devorar con los ojos los caballitos, los soldados de plomo y los revólveres. Los ven, pero no los catan. Algún osado llega a coger una trompetilla, le da vueltas en las manos, la toca, la vuelve a colocar en su sitio y, muy satisfecho, se limpia la nariz. No hay puesto de juguetes que no esté rodeado por veinte o treinta chicuelos, que permanecen allí dos o tres horas seguidas, con una paciencia verdaderamente infernal. Cómprele usted a Fediushka, o a Piotr, o a Vasiutka, una pistola o un león con cabeza de vaca y rayas negras en el lomo, y llenará su corazón de una alegría inmensa.

Por entre los chiquillos asoman sus cabezas las niñas. Se interesan también por los caballos, pero ante todo por las muñecas, con falditas de gasa. Son igualmente acosados por la chiquillería los heladeros, que venden unos sorbetes «de azúcar» abominables. Quien tiene un kopek, toma su helado de una copa verde. Lo toma lentamente, paladeándolo, saboreándolo, temeroso de que se le escape un instante de placer, chasqueando la lengua, relamiéndose y chupándose los dedos. Mientras éste se toma el sorbete, los veinte o veinticinco que no poseen un kopek le contemplan en posición de firmes, mirando con envidia la boca del dichoso. Y el dichoso se ufana...

—Piotr, dame una cucharadita —suplica una chicuela, sin quitar la vista de la mano derecha del afortunado.

—¡Apártate! —la repele éste, y aprieta con más fuerza la copa verde.

—Piotr —casi solloza un zagal que lleva puesta la enorme gorra de su padre, con visera de celuloide—. Dame un poco...

—¿Qué dices?

—Que me des un poco de helado. (*Pausa*) ¿Me lo das? Nada más que una cucharada. Yo te daré cinco mariposas.

—Vete —replica el dichoso.

Y, después de apurarlo todo, se relame largamente los labios y guarda mucho tiempo en la memoria el dulce recuerdo del helado «de azúcar».

¡Ay, quién tuviera dinero! ¿Dónde os habéis metido las monedas de tres y de cinco kopeks? No hay martirio mayor ni más desesperante que el de vagar por la feria con la gorra del padre, ver y oír, oler y tocar, pero no gustar nada por no llevar encima ni un simple céntimo. ¡Cuán feliz es, en cambio, Fediushka o Egorka, que puede tomarse un helado de a kopek, tirar estruendosamente con pistola y comprar un caballito de cinco kopeks! Hasta unos placeres tan sencillos son inaccesibles.

Los chanceros, los borrachos y los ociosos se sienten atraídos por los teatros ambulantes. Hay dos. Levantados en mitad de la plaza, están juntos y tienen un aspecto gris. Se componen de tablas rugosas, carcomidas, húmedas y viscosas recubiertas o adornadas de harapos. En los techos, remiendo sobre remiendo y costura sobre costura. Una pobreza sobrecogedora. Encima de unos travesaños y de unas tablas que simulan una terraza exterior, dos o tres payasos divierten al público, reunido abajo. Es un público del peor gusto posible. No se ríe porque los payasos le hagan gracia, sino porque al ver a un payaso lo natural es reírse. Los payasos guiñan, contraen la cara y hacen otras mil tonterías; pero ¡ay!, los predecesores de todas nuestras escenas, pushkinianas y no pushkinianas, hace ya tiempo que caducaron y que prestaron su servicio. Antaño eran sus cerebros los portadores de la sátira más cáustica y de las verdades transoceánicas; ahora sus chistes producen perplejidad, y la pobreza de su talento corre parejas con la del teatro en que actúan. Oírlos da náuseas. No son artistas ambulantes, sino lobos bípedos hambrientos. Es el hambre, y nada más que el hambre, la que les ha hecho recurrir a las musas. ¡Tienen un hambre atroz! Famélicos y harapientos, estragados, con caras flacas y enfermizas, se contorsionan en la terraza y tratan de poner gesto de idiotas para engatusar a los incautos y ganar diez kopeks más. Pero el gesto que ponen no es de idiotez, sino de ramplonería: una mezcolanza de abulia con una mueca afectada, ordinaria e inexpresiva. Guiños, bofetadas, puñetazos en las espaldas, diálogos desenfadados con el público, frases grandilocuentes..., y nada más. No les escuchen. Los artistas a la fuerza no hablan por inspiración ni con arreglo a un programa meditado. Sus palabras carecen de sentido. Se pronuncian haciendo morisquetas, y acaso por esto se las premia con risas.

—Estate derecho...

—Yo no soy María Petrovna, sino Iván Fedoseiev.

Éste es un ejemplo de su gracia. «Los payasos y los niños dicen a veces la verdad», reza el adagio. Pero, por supuesto, también se requiere vocación para ser payaso, a fin de no soltar siempre sandeces y decir la verdad alguna vez...

El respetable público les mira embobado y se ríe, cosa, por otra parte, perdonable, ya que no ha visto nada mejor y tiene gana de divertirse. A los horribles bollos y al ocio les viene bien una ración de risa, y el menor impulso basta para provocarla.

Como dijimos antes, los teatros son dos. Cada uno de ellos da una brillante función de quince en quince minutos. Por la noche, funciones especiales. Describiré una de ellas.

La más importante tuvo lugar la víspera de la partida de la compañía, o sea, el primer domingo después de terminada la feria. El día antes del espectáculo los *clowns* colocaron por la ciudad y repartieron anuncios escritos a mano, uno de los cuales me fue entregado a mí. He aquí lo que decía:

En la ciudad de NN.

Con permiso de la autoridad, en la plaza de N. se celebrará un gran Espectáculo Innástico y Acrobático a cargo de la *Troupe* de Artistas bajo la dirección de N. G. B., que se compone de Números ginnásticos y acrobáticos, coplas, excenas y pontomimas en dos partes.

1. Dibersos trucos asombrosos y divertidos de Magia Blanca o Prestigitación. Cerca de veinte serán ejecutados con el clown Uroberto.
2. Saltos mortales en el aire que los dará el Clown Doberto y los niños de corta edá Andrias Ivanson.
3. El inglés sin guesos (o Caucho Man), que tiene todos los miembros como si fueran de goma.
4. *Couplet* cómico de Ivanso Teroj, que egecutará un niño de corta edá. (Y el resto, por el estilo).

A las nueve de la noche precio
De los asientos

1 asiento	50 kopeks
2 asientos	40 kopeks
3 asientos	30 kopeks
4 asientos	20 kopeks
Gallinero	10 kopeks

He quitado algunas cosas, pero no he añadido nada de mi parte.

A la función de marras asistió la aristocracia local en pleno: el inspector de policía y su familia, el juez de paz y la suya, el médico, el maestro... Diecisiete personas de las fuerzas vivas en total. Los intelectuales regatearon y consiguieron pagar tan sólo veinticinco kopeks por los asientos de la primera fila.

Expendía las localidades el propio dueño, un personaje bastante típico. Pagamos, entramos y ocupamos los primeros puestos.

El público alborotaba. Estaba el local de bote en bote. El interior del teatrillo ofrecía un aspecto de lo más mísero. Por todo telón, un pedazo de percal de unos dos metros cuadrados, que hacía también las veces de bastidores. Las arañas del alumbrado eran cuatro velas. Los artistas, complacientes en extremo, cumplían, además de sus papeles, los de acomodadores y guardas. Eran, como suele decirse,

maestros de todos los oficios.

Pero lo mejor de todo era la orquesta, que ocupaba un banco a la derecha del escenario. La componían cuatro músicos: el uno manejaba el arco del violín como un serrucho; el segundo tocaba el acordeón; el tercero el violonchelo, con tres cuerdas de contrabajo, y el cuarto la pandereta.

Lo que más tocaban era *Strelochka*^[99], entonces muy en boga. Y la ejecutaban maquinalmente, cometiendo pifias horribles.

El de la pandereta era sencillamente admirable. Golpeaba el instrumento con la mano, con el codo, con la rodilla y no sé cómo no llegaba a darle hasta con el talón. Parecía cumplir su cometido con deleite, con sentimiento, oyéndose y alabándose a sí mismo. Su mano se deslizaba por la pandereta con una destreza rayana en lo sobrenatural, produciendo en ella, con los dedos, tales acordes que no sería capaz de lograrlos ni un violinista en su instrumento. Creyérse que movía la mano en torno a un eje longitudinal y transversal.

Antes de comenzar la función entra en la sala un *muzhik* de largo caftán, se persigna y toma asiento en la primera fila. En seguida, acude un *clown*:

—Haga el favor de marcharse a general —le dice—. Éstas son las primeras butacas.

—¡Largo de aquí!

—¿Por qué se ha sentado como si fuera un oso? Márchese. Éste no es su sitio.

El palurdo no se aviene a razones. Bajándose la visera hasta los ojos, se niega en redondo a abandonar el sitio en que está sentado.

Comienzan los juegos de mano. El *clown* pide al público un sombrero, y nadie se lo da.

—Bueno, pues no habrá juegos de mano —advierte el artista, pero prosigue—: Caballeros, ¿tiene alguno de ustedes una moneda de cinco kopeks?

El palurdo de antes ofrece una. El *clown* realiza un juego de manos y, haciendo ademán de devolver la moneda a su dueño, la oculta en la manga cuando el *muzhik* va a cogerla.

—Oye, oye, dámela. Déjate de trucos, hermano, y dame mi dinero.

—¿Hay alguien que desee afeitarse, caballeros? —pregunta el *clown*.

De entre el público salen dos chiquillos. Les envuelven en una manta sucia y les embadurnan las caras: al primero con hollín, y al segundo, con engrudo. «¡Es una falta de respeto al público!», protestan algunos.

—¡Qué público es éste! —se justifica la dueña—. Son unos arrapiezos.

Terminados los malabarismos, comienzan los ejercicios «acrobáticos» con saltos mortales nunca vistos, y la actuación de la «señorita Hércules», que levanta con las trenzas una enormidad de kilos. Mediado el espectáculo se viene abajo una pared del teatro, y al finalizar es todo el tinglado el que se derrumba.

En fin, una impresión nada lisonjera. Los compradores y los vendedores perderían bien poco si no hubiera en la feria teatro alguno. El artista ambulante dejaría de ser

artista y de charlatanear.

Junto a los teatros hay varios columpios. Por cinco kopeks le suben a uno por encima de las casas cinco o seis veces y le bajan otras tantas. A las señoritas les dan mareos, pero las criadas se sienten en el séptimo cielo. *Suum cuique*^[100].

LA SEÑORA

(Барыня)

I

Un coche con dos hermosos caballos de Viatka llegó hasta la isba de Maxim Zhurkin produciendo un leve roce sobre la hierba seca y polvorienta. Iban en él la señora Elena Yegórovna y su apoderado Félix Adamovich Rzhevetski. Éste saltó, diestro y ágil, al suelo, aproximose a la isba y llamó, golpeando el cristal de la ventana con el dedo índice. Dentro de la casa se encendió una luz.

—¿Quién es? —preguntó la voz de una vieja, y por la ventana asomó la cabeza la mujer de Maxim.

—Sal aquí, abuela —le ordenó la señora.

Un instante después salían de la isba Maxim y su mujer. Deteniéndose a la puerta, hicieron silenciosas reverencias a la señora y al apoderado.

—Haz el favor de decirme qué significa todo esto —dirigióse Elena Yegórovna al viejo.

—¿Qué es todo eso?

—¿Y me lo preguntas? ¿Acaso no lo sabes? ¿Está en casa Stepán?

—No, señora. Ha ido al molino.

—¿Qué manías son las tuyas? No comprendo a ese hombre. ¿Por qué se ha marchado de mi casa?

—No lo sabemos, señora. ¿Qué podemos saber nosotros?

—Es una jugada muy fea por su parte. ¡Dejarme sin cochero! Por culpa suya, Félix Adamovich tiene que enganchar los caballos y conducir el coche. ¡De lo más estúpido! Ya comprenderéis que es una situación ridícula. ¿Le parecía poco lo que ganaba?

—Dios sabrá lo que le parecería —respondió el viejo, observando de reojo al apoderado, que se había puesto a mirar por la ventana al interior de la isba—. Ni nos dice nada ni podemos adivinar lo que piensa. Lo único que dice es que se ha ido, y se acabó. ¡Cualquiera lo sujeta! Seguramente le parecería poco lo que ganaba.

—¿Y quién es el que está tendido en aquel banco, bajo los iconos? —inquirió Félix Adamovich mirando por la ventana.

—Es Semión. Stepán no está en casa.

—Ha cometido conmigo una insolencia —prosiguió la señora encendiendo un cigarrillo—. *Monsieur* Rzhevetski, ¿cuánto ganaba Stepán en nuestra casa?

—Diez rublos al mes.

—Si le parecía poco, yo hubiera podido subirle hasta quince. Pero irse sin decir palabra... ¿Es honrado eso? ¿Es decente?

—Bien que le dije, en más de una ocasión, que no debe haber contemplaciones con esta gente —observó Rzhevetski redondeando cada sílaba y procurando no convertir en llanas todas las palabras, como hacen los polacos—. Ha mimado usted a estos zánganos más de la cuenta. Nunca se debe pagar todo el salario de una vez y por adelantado. ¿A qué conduce eso? Además, ¿por qué subir el sueldo? Déjelo, que ya volverá. Sin necesidad de subírselo. Aceptó un convenio y tendrá que cumplirlo. Dile que es un cochino —dirigióse el polaco a Maxim—. Y nada más.

—*Finissez, done*^[101].

—¿Te enteras, *muzhik*? Quien se ha contratado no puede marcharse cuando le dé la gana, diablo. ¡Como no venga mañana, ya le enseñaré yo a desobedecer! Y a vosotros os caerá también la helada. ¿Me oyes, vieja?

—*Finissez*, Rzhevetski.

—Todos llevaréis vuestro merecido. ¡No se te ocurra aparecer más por mi despacho, viejo perro! ¡No es posible tener contemplaciones con vosotros, ni trataros como a las personas, porque no entendéis las buenas palabras! Sólo os entran las cosas en la cabeza cuando os atizan pescozones que os escuecen. ¡Que no deje de presentarse mañana!

—Ya se lo diré... ¿Por qué no voy a decírselo? Claro que se lo puedo decir...

—Y dile que le subo el sueldo —le interrumpió Elena Yegorovna—. No voy a estar sin cochero... Cuando yo encuentre otro, que se vaya, si se le antoja. ¡Que mañana por la mañana le vea yo allí! Decidle que me ha ofendido mucho su descortesía. Y usted, abuela, dígaselo también. Espero que acudirá por sí solo y que no tendremos que mandar por él. Acércate, abuela. Toma, simpática. Será difícil gobernar a unos hijos tan grandes, ¿verdad? Ten ahí, simpática.

La señora sacó del bolsillo una artística pitillera, extrajo de debajo de los cigarrillos un papel amarillento: y se lo alargó a la anciana.

—Si no se presenta —agregó la señora—, tendremos pleito, lo que sería muy lamentable. Pero confío en que... Aconsejadle bien. Vámonos, Félix Adamich. Adiós.

Rzhevetski subió de un salto al coche, cogió las riendas, y el carruaje echó a rodar por el blando camino.

—¿Cuánto te ha dado? —preguntó el viejo.

—Un rublo.

—Tráelo para acá.

El marido se apoderó del billete, lo alisó entre las dos manos, lo dobló cuidadosamente y se lo metió en el bolsillo.

—¡Ya se ha ido, Stepán! —anunció entrando en la isba—. Le he dicho que te habías marchado al molino. ¡Qué enfadada está!

Apenas el coche se perdió de vista, Stepán se asomó a la ventana. Tembloroso, pálido como un muerto, sacó afuera medio cuerpo y levantó su enorme puño amenazando a un huerto que negreaba en lontananza: el huerto del ama. Después de

levantar el puño seis o siete veces, refunfuñando amenazador, volvió a desaparecer en el interior de la casa y cerró ruidosamente el postigo.

Media hora después de la marcha de la señora, la familia de Zhurkin estaba cenando. En la cocina, junto al horno, sentados tras una mesa grasienta, se hallaban el cabeza de familia y su mujer. Frente a ellos comía el hijo mayor, Semión, venido del Ejército con permiso. Tenía la cara colorada, alcohólica, la nariz larga, roída por la viruela, y los ojos aceitosos. Parecíase a su padre, aunque no era canoso ni calvo, ni tenía los ojos pícaros de aquél, que eran ojos de gitano. Junto a Semión se encontraba el segundo hijo, Stepán. Éste no comía; apoyando en el puño su hermosa cabeza rubia, miraba al techo ahumado, con aire pensativo. Servía la mesa su mujer, María. Comieron la sopa en silencio.

—Recoge esto —ordenó Maxim cuando hubieron terminado.

María retiró de la mesa la sopera vacía, pero no llegó con ella hasta el horno, pese a encontrarse muy cerca, porque se tambaleó y cayó sobre un banco, abandonando la sopera, que se deslizó desde sus rodillas hasta el suelo. Resonaron sollozos.

—¿Está llorando alguien? —inquirió Maxim.

María arreció en su llanto. Transcurrieron dos o tres minutos. La vieja se levantó y sirvió unas gachas. Stepán carraspeó y se levantó.

—¡Cállate! —murmuró.

María continuó llorando.

—¡Te he dicho que te calles! —le gritó Stepán.

—Me revientan los lloros de mujer —gruñó Semión rascándose la cabeza—. Se pone a llorar y ni ella misma sabe por qué. Con decir que es una mujer está dicho todo. Bien podía irse al patio a lloriquear, si es que tiene gana.

—Las lágrimas de mujer son gotas de agua —sentenció Maxim—. Menos mal que no cuestan dinero. ¿Por qué lloras? ¡Vaya, acaba de una vez! Nadie se llevará a tu Stepán de tu alma. ¡Qué antojadiza y qué mimosa te has vuelto! Anda, ven a comer gachas...

Stepán se inclinó hacia María y le dio un leve empujón en el brazo.

—Basta, cállate. ¡Te estoy diciendo que te calles! ¡Valientes canallas!

Stepán volteó el brazo y asestó un puñetazo en el banco donde estaba tendida María. Por su mejilla corrió una gruesa y brillante lágrima; se la secó, sentose a la mesa y se puso a comer gachas. María se levantó y, gimiendo, se refugió tras el homo, todo lo lejos que pudo.

Al terminar de comer las gachas, el viejo gritó:

—¡Eh, María, trae *kvas*! Hay que estar más atenta a todo, mozuela. Además, debiera darte vergüenza llorar a moco tendido, que no eres una niña.

María, pálida y llorosa, salió de su escondrijo y, sin mirar a nadie, alargó al viejo un cazo con *kvas*, que pasó de mano en mano. Semión lo cogió, santiguose, bebió y se atragantó, riendo.

—¿De qué te ríes?

—De nada... Es que... me he acordado de una cosa la mar de graciosa.

Semión echó la cabeza hacia atrás, abrió su enorme boca y emitió una risilla hueca.

—¿Ha estado aquí la señora? —preguntó mirando de reojo a su hermano—. ¿Qué dijo? ¿Eh? ¡Ja, ja, ja!

Stepán le miró y se puso más rojo que la grana.

—Ha ofrecido pagarle hasta quince rublos —dijo el padre.

—¡Vaya, hombre! Le daría hasta cien si éste quisiera. Apuesto la cabeza a que se los daría.

Semión guiñó un ojo y se desperezó:

—¡Lástima que no me caiga a mí una como ésa! —prosiguió—. ¡La iba a despellejar a la muy ladina! ¡Cómo la exprimiría! ¡Uuu!

Así diciendo, se encogió, dio una fuerte palmada a Stepán en el hombro y soltó una carcajada:

—¡Sí, hombre, sí! Eres demasiado corto, y esa cortedad no nos va a nosotros. ¡Qué tonto eres, Stepán, qué tonto!

—¡Tonto de remate! —recalcó el padre.

Volvieron a oírse gemidos.

—Ya está otra vez lloriqueando tu mujer. Se ve que es celosa y teme a las de su casta. Me molestan los lloros de mujer. Es como si me cortasen con un cuchillo. ¡Ay, mujeres del diablo! ¿Para qué os habrá creado Dios? ¿Para qué? *Merci* por la cena, respetables señores. Ahora no estaría mal una copita para soñar cosas buenas. Supongo que tu señora tendrá vino hasta dejárselo de sobra.

—Tienes menos sentimientos que un animal, Senka.

Dicho esto, Stepán suspiró, cogió un jergón y salió al patio. Semión le siguió.

En el patio se iba imponiendo dulcemente la plácida noche estival de Rusia. La luna asomaba tras las lejanas colinas. A su encuentro salían nubecillas desgarradas, de argénteos contornos. El horizonte había palidecido, y en toda su extensión aparecía cubierto de un grato matiz verdiblanco. Disminuyó el fulgor de las estrellas que, como asustadas de la luna, contraían sus diminutos rayos. Una humedad acariciante se expandía desde el río en todas direcciones. En la isba del padre Grigori, el reloj dio las nueve, que se oyeron en todo el pueblo. Un tabernero judío cerró ruidosamente las ventanas y colgó sobre su puerta un ahumado farolillo. Ni en la calle ni en los patios había un alma ni un sonido... Stepán extendió el jergón sobre la hierba, santiguose y se acostó, poniéndose el codo por almohada. Semión carraspeó y se sentó a sus pies.

—¡Sí, hombre, sí...! —dijo, a modo de introducción.

Después de un breve silencio, se acomodó mejor en el suelo, encendió su corta pipa y comenzó a hablar:

—Hoy he estado en casa de Trofim... Bebí cerveza. Tres botellas. ¿Quieres fumar, Stiopa?

—No.

—Pues es muy buen tabaco. ¡Qué bien sentaría ahora un poco de té! ¿Has tomado té alguna vez en casa de la señora? ¿Es bueno? ¡Debe ser estupendo! De fijo que lo compran de a cinco rublos la libra. Lo hay hasta de cien rublos. Te lo juro. Aunque no lo he probado, lo sé. Lo vi cuando estuve de mayordomo en la ciudad. Lo bebía una señorona... ¡Sólo el aroma valía un capital! Daba gusto olerlo. ¿Vamos mañana a casa de la señora?

—Déjame en paz.

—¿Por qué te enfadas? No he dicho nada malo, y no hay por qué enfadarse. Pero ¿qué te impide que vayas, ridículo? No lo comprendo. Buenos dineros, buena comida, y bebida en abundancia... Fumarás los puros de ella y tomarás té del mejor...

Semión hizo una pausa y continuó:

—Además, está muy hermosa. Liarse con una vieja sería una calamidad, pero con esa... (Semión escupió). Es puro fuego. Una llama continua. Y tiene una garganta tan llenita...

—¿Y si condena uno el alma por ese pecado? —le atajó, inesperadamente, Stepán tornándose hacia él.

—¿Por qué pecado? ¿Dónde está el pecado? Los pobres no pecan.

—Hasta los pobres van a parar a las calderas del diablo si... Además, yo no soy ningún pordiosero.

—Pero, hombre, ¿qué pecado puede haber en todo esto? No eres tú quien la busca, sino ella a ti. Eres un espantapájaros.

—Al ladrón, razones de ladrón...

—¡Eres un idiota! —suspiró Semión—. Idiota perdido. No te das cuenta de tu misma conveniencia. No la sientes. Por lo visto, debes de tener mucho dinero y no necesitas más.

—Lo necesito, pero no ajeno.

—No se lo vas a robar: ella misma, con su propia mano, te lo va a meter en el bolsillo. Pero es inútil explicar las cosas a un imbécil. Como pedir peras al olmo. Lo único que consigues es hacer el tonto.

Semión se levantó y se desperezó:

—Cuando quieras arrepentirte será tarde. Se pierden hasta las ganas de hablar contigo. No eres mi hermano. Vete al diablo. Sigue paciende con esa vaca estúpida que tienes por mujer...

—¿A María la llamas vaca?

—Sí.

—Pues tú no sirves ni para limpiar las zapatillas a esa vaca. ¡Largo de aquí!

—Tú saldrías ganando y nosotros también. ¡Idiota!

—¡Largo de aquí!

—Sí, me voy por no verte... ¡Lástima de paliza!

Semión dio la vuelta y se encaminó a la isba silbando. Minutos después se oyeron pisadas en la hierba. Stepán levantó la cabeza. Era María. Acercándose al marido permaneció de pie junto a él un instante, para terminar tendiéndose a su lado.

—¡No vayas, Stiopa! —musitó—. ¡No vayas, marido mío! ¡Ésa te perderá! La muy tuna no tiene bastante con el polaco; ahora te necesita también a ti. No vayas, Stepán.

—¡Déjame en paz!

Sobre el rostro de Stepán llovieron las lágrimas de su mujer:

—¡No me mates, marido mío! ¡No eches ese pecado sobre tu alma! Quiéreme a mí sola, y huye de las demás. Conmigo te casaste ante Dios; vive sólo conmigo. Mira que soy una pobre desamparada, que no tengo a nadie más que a ti.

—¡Déjame tranquilo, por Satanás! ¡He dicho que no voy!

—Así, así. No vayas, querido mío. Mira que sufro mucho, Stepán. Pronto tendremos hijos... No nos abandones, que Dios te castigará. Tu padre y Semión quieren que vayas a buscarla, pero tú no irás, ¿verdad? No les hagas caso. Más que personas, son fieras...

—Duérmete.

—Ahora mismo me duermo, Stiopa, ahora mismo.

—¡María! —resonó la voz de Maxim—. ¿Dónde te has metido? Ven, que te llama la madre.

María se levantó de un salto, arreglose el cabello y corrió a la isba. Maxim se acercó lentamente a su hijo. Iba ya en paños menores, lo que le daba un aspecto de cadáver insepulto. La luna hacía relucir su calva y sus ojos de gitano viejo.

—¿Cuándo vas a volver a casa de la señora, mañana o pasado? —preguntó.

Stepán guardó silencio.

—Ya que has de ir, conviene que vayas mañana, lo más temprano posible. De seguro que habrá que lavar los caballos. Y no olvides que te ha prometido pagarte quince rublos. Por diez no te quedas.

—No iré ni por diez ni por quince.

—¿Y eso por qué?

—Porque no quiero.

—Pero ¿por qué?

—Por lo que usted bien sabe.

—Vaya, hombre... Cuidado, Stiopa, no vaya a tener que sentarte la mano a mis años.

—Pégueme si quiere.

—¿Dónde se ha visto contestar así a un padre? ¿Con quién crees que estás hablando? ¡Mucho cuidado! Todavía no has salido del cascarón y ya estás diciendo groserías a tu padre.

—Lo que digo es que no voy. Tanto ir a la iglesia y no teme usted al pecado.

—Sólo busco tu conveniencia, pedazo de bruto. ¿Necesitamos o no necesitamos

hacer una isba nueva? ¿Qué crees tú? ¿A quién le vamos a pedir la madera? ¿No será a la Strelchija^[102]? ¿Y a quién le vamos a pedir el dinero? ¿Se lo pediremos a ella, o no? Pues ella nos daría madera y dinero, para corresponder.

—Que corresponda con otros. Yo no lo necesito.

—¡Vas a ganarte una paliza!

—¡Pégume, pégume!

Maxim sonrió y adelantó la mano, en la que llevaba un látigo:

—Mira que vas a probarlo, Stepán.

Stepán cambió de costado como dando a entender que no le dejaban dormir.

—¿De modo que te niegas? ¿Lo dices en serio?

—Como lo oye. Que Dios condene mi alma si voy.

Maxim volteó el brazo, y el hijo, al sentir en la espalda y la cara un dolor intenso, como una quemadura, se levantó como enloquecido.

—¡No me pegues, padre! —gritó—. ¡No me pegues! Te digo que no me pegues.

—¿Que no?

Maxim pensó un instante y descargó a Stepán dos latigazos más:

—Obedece lo que tu padre ordene. ¿Irás, bandido?

—¡Te digo que no me pegues!

Stepán rompió a llorar y se dejó caer rápidamente sobre el jergón:

—Está bien, iré. Iré, pero acuérdate de lo que te digo: ¡no sacarás ningún provecho! Maldecirás esta hora.

—Por tu bien irás, no por el mío. La isba nueva no va a ser para mí, sino para ti. Te dije que era capaz de pegarte, y ya lo has visto.

—Iré, iré... Pero te acordarás de este látigo.

—Bueno, bueno, no me vengas con amenazas.

—Está bien, iré...

Stepán dejó de sollozar, pero, tendiéndose boca abajo, continuó su llanto apagado.

—¡Hay que ver cómo tiembla y lloriquea! Chilla más, si quieres. Mañana te marchas temprano. Cóbrale un mes por adelantado. Y que te pague también los cuatro días que no has ido. Con ello podrás comprarle una toquilla a esa yegua. No te enfades por los latigazos. Por algo soy tu padre: si quiero te azoto, y si no, te perdono. Así debe ser. Duerme.

Maxim se pasó la mano por la barba y se volvió a la isba. A Stepán le pareció que en el momento de entrar dijo: «Le he zurrado». Y acto seguido se oyó la risa de Semión.

En la isba del padre Grigori sonó, lastimero, el desafinado piano: a partir de las ocho, la mujer del pope solía dedicarse a tocar. Los acordes, apagados y extraños, se expandieron por la aldea. Stepán se levantó, saltó la cerca de ramas y echó a andar calle adelante, en dirección al río. El agua brillaba como el azogue, reflejando en su espejo la luna y las estrellas. Reinaba un silencio de cementerio. Ni un roce, ni un movimiento. Sólo de tarde en tarde cantaba un grillo... Stepán sentóse en la orilla,

muy cerca del agua, y apoyó la frente en las manos. Los pensamientos más lúgubres se agitaban en su cabeza.

A la otra orilla se erguían los altos y elegantes álamos que circundaban el jardín señorial. A través de los árboles se distinguía la luz de la casa, señal de que la dueña no dormía. Stepán estuvo cavilando junto al río hasta que las golondrinas comenzaron a volar sobre él. Cuando se levantó, no era ya la luna la que proyectaba su redondel sobre las aguas, sino el sol. Stepán se lavó, rezó de cara al Este y se encaminó hacia el vado con paso rápido y decidido. Atravesando el río, puso rumbo a la casa de la señora.

II

—¿Ha vuelto Stepán? —preguntó Elena Yegórovna al despertarse al día siguiente.

—Sí, señora —le respondió la doncella.

La señora resplandeció:

—¡Aaaah! ¡Qué bien! ¿Y dónde está?

—En la cuadra.

Elena Yegórovna abandonó el lecho, vistiose a toda prisa y se dirigió al comedor para desayunarse.

Parecía más joven de lo que era. Solamente sus ojos denunciaban haber pasado la treintena. Los tenía pardos, profundos, suspicaces, antes de hombre que de mujer. Sin ser guapa, podía gustar. Su cara era llena, simpática y lozana, y su garganta, a la que se refirió Semión, sencillamente soberbia, igual que su pecho. Si Semión hubiera sabido apreciar las piernas y las manos femeninas, no hubiera regateado el elogio para las de la señora. Llevaba ropa sencilla, ligera, veraniega, y su peinado no encerraba artificio alguno. Perezosa por naturaleza, Strelkova no gustaba de perder el tiempo en acicalarse. La hacienda pertenecía a un hermano soltero, residente en San Petersburgo, que jamás se acordaba de la finca.

Elena Yegórovna habitaba allí desde el momento en que se separó del marido. Éste, el coronel Strelkov, bellísima persona, vivía también en San Petersburgo y pensaba en su mujer menos que su cuñado en la hacienda. Elena Yegórovna dejó a su marido antes de llevar un año casados; le engañó a los veinte días de la boda.

Mientras se desayunaba, mandó llamar a Stepán. Presentose éste y se quedó, irresoluto, junto a la puerta. Pálido y despeinado, tenía la mirada de un lobo recién caído en la trampa: fiera y sombría. La señora le miró y se ruborizó levemente.

—Buenos días, Stepán —dijo, sirviéndose una taza de café—. Haz el favor de decirme por qué te portas tan mal. ¿Por qué te marchaste? A los cuatro días de estar aquí, coges y te vas. Además, sin permiso. Debiste pedir autorización.

—La pedí —mugió Stepán.

—¿A quién?

—A Félix Adamich.

Elena Yegórovna guardó un breve silencio para preguntar a continuación:

—¿Estás enfadado, Stepán? ¡Stepán, contesta! ¡Te pregunto si te has enfadado!

—Si usted no hubiera dicho lo que dijo, no me hubiera ido. Yo estoy aquí para llevar el coche y cuidar los caballos, pero no para...

—Dejemos eso a un lado. Lo que pasó fue que me entendiste mal. No hay por qué enfadarse. No te dije nada de particular. Y si se me escapó alguna cosa que tú consideres ofensiva para ti... haz el favor de... Al fin y al cabo, yo... tengo derecho a decir ciertas cosas... ¡Gm!... Te aumentaré el sueldo. Y espero que ya no habrá entre nosotros ningún recelo.

Stepán dio un paso atrás, como para retirarse.

—Aguarda, aguarda —le detuvo la dueña—. Aún no te lo he dicho todo. Verás, Stepán: tengo para ti un nuevo uniforme de cochero; pónelo y tira ése, que no vale para nada. Es un uniforme muy bonito el que quiero darte. Te lo mandaré con Fiodor.

—Está bien.

—¡Pero hay que ver qué cara tienes! ¿Todavía sigues enojado? ¿Tan grande fue la ofensa? Vamos, hombre, acaba ya de una vez... Yo no soy tan mala... Aquí vivirás a gusto. De nada te quejarás. No te enfades. ¿Verdad que se te ha pasado ya?

—Nosotros no tenemos derecho a enfadarnos.

Stepán hizo un ademán de indiferencia, parpadeó como si fuera a romper en llanto y se volvió.

—¿Qué te sucede, hombre?

—Nada, nada... ¿Es que nosotros podemos enfadarnos? Ni a eso tenemos derecho...

La señora se levantó, puso cara de preocupación y se acercó al cochero:

—¿Estás llorando, Stepán?

Y le cogió de un brazo:

—¿Qué te pasa, Stepán, qué te pasa? Habla de una vez: ¿te ha ofendido alguien?

Las lágrimas asomaron a los ojos de la señora:

—¡Habla de una vez!

Stepán, agitando las manos, pestañeó más aún y prorrumpió en sollozos:

—¡Señora! —murmuró—. Haré lo que quieras, seré tu amante. ¡De acuerdo! Pero no les des nada a esos malditos. ¡Ni un kopek, ni una astilla! Conforme con todo. Le vendo mi alma al diablo, pero a éstos no les des nada...

—¿A quiénes?

—A mi padre y a mi hermano. ¡Ni una astilla! Que se mueran de rabia los condenados.

Elena Yegórovna sonrió, enjugose las lágrimas y rompió en una risa ruidosa.

—Está bien —accedió—. Anda, puedes marcharte. Ahora te mando el uniforme.

Stepán salió.

«¡Qué bien que sea tan inocente! —pensó la señora siguiéndole con la vista,

admirada de aquellos hombros gigantescos—. Me ha librado de hacerle la declaración... Él mismo lo ha arreglado todo...».

Al atardecer, cuando el sol del ocaso teñía de púrpura el cielo y de oro la tierra, el coche de la hacienda corría como alocado por la carretera que conducía de la aldea al remoto horizonte, por la inmensa estepa. El carruaje botaba como una pelota, hollando, implacable, el centeno que arqueaba sus pesadas espigas sobre la carretera. Stepán, sentado en el pescante, fustigaba, frenético, a los caballos y parecía como si quisiera romper las riendas en mil pedazos. Iba de punta en blanco. Notábase que no se había escatimado ni dinero ni tiempo para acicalarlo. El uniforme, de rico terciopelo, sentaba admirablemente a su recia figura. Del pecho le pendía una cadena con dijes. Las botas, con caña como el fuelle de un acordeón, eran lustrosas y brillantes. El sombrero, adornado con una pluma de pavo real, apenas rozaba sus cabellos, rubios y rizosos. Llevaba dibujadas en el rostro una resignación absurda y una cólera reconcentrada, cuyas víctimas eran los caballos... Repantigada en el interior del coche iba la señora aspirando, ansiosa, el aire vivificador en su turgente pecho. La sangre joven le coloreaba la cara... Elena Yegórovna sentía en aquellos instantes el deleite de la vida.

—¡Muy bien, Stepán, estupendo! —gritaba al cochero—. ¡Así! ¡Arrea, vuela!

De haber sido un camino de piedras, las ruedas las hubieran hecho centellear. Alejábase la aldea más y más. Desaparecieron las isbas, los graneros de la hacienda... Pronto se perdió de vista hasta el campanario. Por último, la aldea se convirtió en una línea vaporosa que se ocultó en el horizonte. Y Stepán, fustiga que fustiga a las bestias. Temeroso del pecado, parecía querer alejarse de él. Vano empeño: lo llevaba tras de sí, dentro del coche. Stepán no pudo huir de él. Aquella tarde, la estepa y el cielo fueron testigos de cómo vendió su alma.

Pasadas las diez, el carruaje regresaba a la carrera. Uno de los caballos cojeaba, y el otro llevaba la boca cubierta de espuma. La señora, acurrucada en un rincón y cubierta con su chal, llevaba los ojos entornados y una sonrisa de satisfacción en los labios. ¡Con qué suavidad respiraba! ¡Qué sosiego! Stepán, en cambio, creía morir. Tenía la cabeza como embotada y llena de niebla, y el remordimiento le roía el corazón...

Todas las tardes sacaban caballos frescos de la cuadra. Stepán los enganchaba en el coche y se iba a la cancela del jardín. La señora, resplandeciente, salía, tomaba asiento en el coche, y comenzaba la desenfrenada carrera. No pasaba día que no salieran. Por desgracia para Stepán, no hubo una sola tarde de lluvia que lo impidiera.

Después de uno de estos viajes, Stepán fue a dar una vuelta por la orilla del río. La niebla seguía ensombreciendo su cerebro, ajeno a todo pensamiento, y en su pecho reinaba una tristeza horrible. Era una noche serena y apacible. La brisa, saturada de suaves aromas, le acariciaba el rostro. Stepán se acordó de la aldea, que negreaba al otro lado del río, ante sus ojos; recordó la isba, el huerto, su caballo, el camastro en que dormía con su mujer, tan a gusto... Y una amargura incomparable se apoderó de

él...

—¡Stiopa! —oyó una voz apagada.

Stepán volvió la cara. Era María. Acababa de atravesar el vado y traía los zapatos en la mano:

—Stiopa, ¿por qué te viniste?

El marido la miró como pasmado y le volvió la espalda.

—Stiopa, ¿por quién me has cambiado, dejándome desamparada?

—¡Apártate!

—Dios te castigará, Stiopa. ¡Te castigará! Te mandará la muerte sin confesión. Acuérdate de lo que te digo. El tío Trofim vivía con una *soldatka*^[103]. ¿Lo recuerdas? ¿Y recuerdas cómo murió? ¡No lo permita el Señor!

—¿Por qué has venido a darme la lata?

Stepán dio dos pasos como para retirarse, pero María le agarró por el caftán con las dos manos:

—¡Soy tu mujer, Stepán! ¡No puedes abandonarme de esta manera! ¡Stepán!

La voz de María se tornó implorante:

—¡Querido mío! Seré capaz de lavarte los pies y beberme después el agua. Vete a casa...

Stepán, obcecado, descargó a María un puñetazo; no fue impulsado por la cólera, sino por la pena. El puño cayó sobre el vientre de la infeliz que, exhalando un ¡ay!; llevose las manos al sitio dolorido y se sentó en el suelo.

—¡Ay! —volvió a gemir.

Stepán pestañeó, se llevó las manos a la cabeza sin volver la cara: se metió en el patio.

Cuando llegó a la cuadra, desplomose sobre el camastro, se puso la almohada sobre la cabeza y se mordió la mano hasta hacerse sangre. Entre tanto, la señora, sentada en su dormitorio, estaba tratando de adivinar si al día siguiente haría bueno. Las cartas decían que sí.

III

Por la mañana temprano, Rzhevetski regresaba de casa de un vecino donde había estado de visita. Aún no había salido el sol, pues no eran más de las cuatro. La cabeza del apoderado iba llena de ruidos. Mientras guiaba el carricoche, Rzhevetski se tambaleaba ligeramente. Más de la mitad del camino tuvo que ir atravesando bosques.

«¿Qué diablos será eso? —pensó al llegar a los límites de la finca de que era apoderado—. ¿Estarán cortando árboles?».

De la espesura llegaba hasta sus oídos el golpear de un hacha y el crujir de las ramas. Rzhevetski puso atención, soltó una blasfemia, descendió dificultosamente del cochecillo y se internó en la arboleda.

Semión Zhurkin, sentado en el suelo, estaba cortando ramas verdes. A su lado yacían tres alisos recién talados. A poca distancia, un caballo enganchado a un carro, comía hierba. Ver a Semión y pasársele a Rzhevetski la embriaguez y modorra fue todo uno. Pálido de ira, corrió hacia Semión.

—¿Qué haces aquí? —le gritó.

—¿Qué haces aquí? —repitió el eco.

Pero Semión no contestó. Encendiendo la pipa continuó su faena.

—¡Te pregunto qué haces aquí, canalla!

—¿Pues no lo ves? ¿Se te ha caído algún tornillo?

—¡Có-moo! ¿Qué has dicho? ¡Repítelo!

—Lo que he dicho es que sigas tu camino.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo?

—Que te vayas. Que no ganas nada con gritar.

El polaco enrojeció y encogió los hombros sorprendido:

—¿Qué dices? ¿Cómo te atreves?

—Como ves. Pero, a todo esto, ¿quién eres tú? No creas que me asusto. Sois muchos... Si a todos tuviéramos que dar gusto, tendríamos demasiado trabajo...

—¿Cómo te atreves a cortar árboles que no son tuyos?

—Tampoco son tuyos.

Rhevetski levantó el látigo y no lo descargó sobre Semión porque éste le hizo una señal mostrándole el hacha.

—Pero ¿tú sabes, granuja, de quién es este bosque?

—Lo sé, *pane*^[104]. Es de la Strelchija, y con ella me entenderé. Como el bosque es suyo, a ella le responderé de lo que hago. Pero a ti... ¿Quién eres tú? Un lacayo, un camarero. Contigo no quiero tratos. Sigue tu camino. ¡*March!*

Semión dio unos golpes con la pipa sobre el cabo del hacha y sonrió sarcástico.

Rzhevetski corrió al coche, agitó las riendas y voló hacia la aldea como una flecha. Una vez allí buscó a los jurados y regresó con ellos al lugar del hecho, donde encontraron a Semión dedicado su tarea. El revuelo fue en aumento. Acudieron el alcalde, el teniente alcalde, el escribano, los alguaciles. Escribieron varios papeles: firmó Rzhevetski y obligaron a firmar a Semión. Pero éste se reía.

Poco antes de la hora del almuerzo, Semión se presentó ante la señora, que ya conocía lo sucedido. Sin saludar siquiera, comenzó diciendo que no se podía vivir, que el polaco pegaba, que sólo había cortado tres arbolillos...

—¿Y cómo te atreves a cortar árboles ajenos? —se acaloró la señora.

—Ese hombre nos martiriza —mugió Semión admirado del arrebato de ella y tratando de hacer al polaco todo el daño posible—. No dice una palabra sin acompañarla con una bofetada. ¿Cómo es posible aguantar tanto? Todo son puñetazos en la cara. No hay derecho... Nosotros también somos gente...

—¡Lo que te pregunto es cómo te atreves a cortar mis árboles, infame!

—Le ha mentado a usted, señora... Yo, verdaderamente..., corté algunos... Lo

confieso... Pero ¿qué derecho tiene él a pegar?

El genio señorial de Elena Yegórovna salió flote. Olvidando que Semión era hermano de Stepán y dejando a un lado la educación y las conveniencias, le dio una bofetada en la cara:

—¡Quítateme de delante, hocico de *muzhik*! —vociferó—. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

Semión se desconcertó. No esperaba semejante escándalo.

—Adiós —dijo suspirando profundamente—. Qué le vamos a hacer... Adiós...

Después de murmurar estas palabras, se retiró. De confuso que iba, hasta se olvidó de ponerse el gorro al salir al patio.

A las dos horas, poco más o menos, compareció Maxim ante la señora: cara larga y ojos sombríos. Por su gesto se notaba que había venido a decir cuatro verdades o a armar un lío que fuese sonado.

—¿Qué te trae por aquí? —inquirió ella.

—Buenos días. He venido, señora, más que nada, a pedirle un favor. Necesito madera, señora. Quiero hacerle una isba a Stepán, y no tengo madera. Necesitaría unas tablas...

—Bueno, pues llévalas.

La cara de Maxim resplandeció.

—Fíjese: debo construir una isba, pero me falta madera... ¡Lo último! Es como ponerse a comer sopa y no tenerla. ¡Je, je, je! Unas cuantas tablas, unas chapas... Creo que Semión le ha faltado al respeto... No se enfade usted, señora. Es un majadero. Aún no ha echado juicio ni sentimientos. Así es la gente... De modo que, señora, ¿puedo venir por la madera?

—Claro que sí.

—Pues haga el favor de prevenir a Félix Acemich. Que Dios le dé a usted salud. Stepán tendrá ahora una isba.

—Pero ten en cuenta que cobro caro, Zhurkin. Como bien sabes, no vendo la madera porque la necesito yo misma. De modo que, quien quiera comprarla debe pagarla cara...

A Maxim se le descompuso el rostro:

—¿Qué dice usted?

—Pues eso. En primer lugar, tienes que pagar ahora mismo, y en segundo...

—Pagándola no la quiero.

—Y entonces, ¿cómo la quieres?

—Pues, ya se sabe... Usted misma lo comprenderá... ¿Qué dinero tiene hoy un *muzhik*? No llega a dos ochavos.

—Mi madera no la doy de balde.

Maxim estrujó el gorro entre los dedos y se puso a mirar al techo.

—¿De manera que habla usted en serio? —preguntó, tras un silencio momentáneo.

—Completamente en serio. ¿Tienes algo más que decirme?

—¡Qué más voy a decir yo! Si no me da usted la madera, ¿qué tengo que decir? Adiós. Pero le advierto que hace mal... Usted misma lo sentirá... A mí me importa poco, pero usted se arrepentirá... ¿Está Stepán en la cuadra?

—No sé.

Maxim lanzó a la señora una mirada significativa, tosió y salió confuso. Iba temblando de rabia.

«¡Mira qué bruja!», pensó, camino de la cuadra. Stepán, sentado en un banco, estaba lavando perezosamente a un caballo. Maxim se quedó a la entrada:

—¡Stepán! —llamó.

El hijo no respondió ni miró a su padre. El caballo se movió.

—Vente a casa —dijo Maxim.

—No quiero.

—¿Cómo puedes hablarme así?

—Si te hablo es porque puedo.

—¡Te ordeno que te vengas!

Stepán se levantó de un salto y cerró ruidosamente la puerta ante las narices del padre.

Por la tarde, un chico llegó corriendo desde la aldea para comunicar a Stepán que Maxim había echado de casa a María y que ésta no sabía ni siquiera dónde recogerse a pasar la noche.

—Se ha sentado a la puerta de la iglesia y está llorando —le refirió el zagal—. Y la gente que se ha juntado alrededor no hace más que maldecirte.

A la mañana siguiente, cuando en la casa señorial nadie se había despertado aún, Stepán se puso su ropa vieja y se dirigió al pueblo. Tocaban a misa. Era una clara y alegre mañana dominical que invitaba a la vida y al regocijo. Stepán pasó ante la iglesia, miró, torvo, al campanario y siguió hacia la taberna, que, por desgracia, estaba abierta antes que la iglesia. Cuando entró ya había gente bebiendo en los mostradores.

—¡Vodka! —pidió Stepán.

Le sirvieron. Él se tomó la copa, permaneció sentado un ratito y volvió a beber. Embriagose poco a poco, empezó a convidar a los otros, y entre todos armaron un jaleo más que regular.

—¿Te paga bien la Strelchija? —le preguntó uno llamado Sidor.

—Lo que merezco. ¡Bebe, animal!

—Magnífico. Le felicito, Stepán Maximich. Feliz domingo tenga usted. ¿Y usted, qué?

—Yo..., yo también bebo...

—Me alegro mucho... Todo eso, Stepán Maximich, a decir verdad, está la mar de bien. Desde luego... Pero permítame que le pregunte: ¿llega usted a ganar diez rublos?

—¡Ja, ja, ja! —intervino otro—. ¿Crees tú que todo un señor puede arreglarse con diez rublos? Debe ganar lo menos cien.

Stepán miró al que esto dijo y reconoció a su hermano Semión, que estaba bebiendo sentado en un rincón. Tras él asomaba su ebria carátula de sacristán Manafuilov, que sonreía sarcástico.

—Permítame preguntarle, señor —dijo Semión quitándose el gorro—. ¿Tiene buen coche la señora? ¿Le gusta a usted?

Stepán se sirvió vodka en silencio y en silencio se lo tomó.

—Debe de ser muy bueno —continuó Semión—. Lo malo es que no tiene cochero, porque sin cochero ya no es lo mismo...

Manafuilov se llegó hasta Stepán y movió la cabeza:

—Eres... Eres... un cochino. ¡Un cochino! ¿Crees que no estás cometiendo un pecado? Cristianos: ¿es un pecado o no? ¿Qué es lo que dicen las Escrituras, eh?

—¡Déjame en paz, idiota!

—Idiota... Ahí estás tú, que eres tan listo... Un cochero que huye del coche. ¡Je, je, je! Oiga, ¿le invita a usted también a café?

Stepán blandió una botella y descargó un golpe sobre la gorda cabeza del sacristán. Manafuilov se tambaleó, pero siguió hablando:

—El amor... ¡Qué sentimiento!... ¡Fuu!... Lástima que no pueda casarse con ella. ¡Menudo señor nos saldría! Fijaos bien, muchachos, qué señor más imponente haría: serio, instruido...

Resonaron risas. Stepán tomó a alzar el brazo y a asestar un botellazo en la cabeza del sacristán que, esta vez, vaciló y cayó al suelo.

—¿Por qué le pegas? —gritó Semión avanzando hacia su hermano—. Cástate con ella y entonces tendrás derecho a pelearte. Muchachos, ¡no se lo permitamos! ¿Por qué le pegas?

Así diciendo, entornó los ojos, agarró del pecho a Stepán y le dio un puñetazo en el costado. Manafuilov se levantó y agitó sus largos dedos ante los ojos de Stepán.

—¡Pelea, muchachos, pelea! ¡Dadle, dadle!

Alborotose la taberna. Los gritos alternaban con las risas.

Ante la puerta se agolpó gente. Stepán asió al sacristán por el cuello y lo arrojó de un empujón hacia la salida. Manafuilov exhaló un chillido y rodó escaleras abajo como una pelota. Arreciaron las risotadas. La taberna se había llenado de gente. Sidor, metiéndose donde nadie le llamaba y sin saber él mismo por qué, asestó un puñetazo en la espalda a Stepán. Éste agarró a su hermano por los hombros y también lo arrojó hacia la salida. Semión chocó de cabeza contra el quicio, huyó escaleras abajo y fue a caer de cara sobre el polvoriento suelo. El hermano acudió corriendo y se puso a bailar sobre su vientre. Daba saltos encima de él, complaciéndose, furioso, en hacerle daño. Y el baile duró un buen rato...

Tocaron las campanas. Stepán miró a su alrededor. Vio caras a cual más ebria y alegre. ¡Muchas caras! Semión, descompuesto y sangrando, se levantó con los puños

cerrados y el gesto de fiera. Manafuilov, tendido en el suelo, lloraba. El polvo le había recubierto los ojos. Todo era desorden en derredor.

Stepán se estremeció y, pálido, echó a correr como loco. Los demás salieron en su persecución.

—¡Detenedlo, detenedlo! —gritaban los perseguidores—. ¡Detenedlo! ¡Ha matado a un hombre!

El pánico se apoderó de Stepán. Creía que, de atraparlo, le matarían. Y aceleró su carrera.

—¡Cogedlo! ¡Detened al asesino!

Sin darse cuenta él mismo, Stepán corrió hacia la casa de su padre. El portalón del patio estaba abierto de par en par, y sus dos hojas se mecían impulsadas por el viento... Stepán se metió a la carrera en el patio.

María, su María, estaba sentada sobre un montón de virutas y astillas a pocos pasos de la puerta. Con las piernas cruzadas en el suelo y las manos, impotentes, extendidas hacia adelante, no levantaba la vista un solo instante. Al ver a María una idea luminosa brilló, de pronto, en el cerebro de Stepán, aturdido por la embriaguez: huir de allí, huir lo más lejos posible, en compañía aquella mujer abatida, pálida como la muerte y amada sobre todas las cosas. Huir de aquellos monstruos; irse, por ejemplo, al Kubán. ¡Qué región más hermosa! De ser verdad lo que decían las cartas del tío Piotr, ¡qué bella inmensidad la de las estepas del Kubán! Y la vida era más diversa, y el verano más largo, y la gente más intrépida... En los primeros tiempos, vivirían los dos contratados como braceros, y después comprarían tierra... Allí no estarían ni el calvo Maxim, de ojos de gitano, ni el borracho y burlesco Semión...

Animado por estos pensamientos, se acercó a María y se detuvo ante ella. La cabeza le daba vueltas por la embriaguez; ante sus ojos aparecían y desaparecían manchas multicolores; notaba en todo el cuerpo un dolor intenso; y apenas podía tenerse en pie.

—Al Kubán... —profirió, dándose cuenta de que la lengua no le obedecía—. Al Kubán... Con el..., con el tío Piotr... ¿Te acuerdas? El de..., el de las cartas...

Pero ¡ay!, se dispararon al instante los sueños del Kubán. María levantó los ojos implorantes hacia el rostro lívido, embrutecido, medio cubierto por el pelo en desorden, y se incorporó. Los labios le temblaban...

—¿Eres tú, bandido? —gritó—. ¿Eres tú? Ya veo que te han roto la cara en la taberna. ¡Maldito! ¡Torturador mío! ¡Ojalá en el otro mundo te condenen para siempre, canalla, que me has chupado toda la sangre! ¡Me has asesinado, pobre de mí!

—Calla...

—¡Mal nacidos! ¡No tenéis piedad de un alma cristiana! Me habéis destrozado la vida, ladrones... ¡Eres un asesino, Stiopa! La madre de Dios te castigará. ¡Espera! Esto te costará caro. ¿Crees que soy yo sola quien sufrirá? No lo pienses... A ti también te tocará...

Stepán pestañeó fuertemente y vaciló sobre sus pies:

—¡Calla! ¡Cállate, por Dios!

—¡Borracho! Ya sé de quién es el dinero con que te has emborrachado. ¿De alegría bebes? Estarás muy satisfecho...

—¡Calla, María, calla!

—¿Para qué has venido? ¿Qué quieres? ¿Presumir? No hace falta que presumas: todo el mundo lo sabe... De fijo que no te quitan el ojo de encima en todo el día, condenado...

Stepán dio una patada en el suelo, se tambaleó y, echando chispas por los ojos, empujó con el codo a María:

—¡Te digo que te calles! ¡No me quemes la sangre!

—¡No me callaré, no! ¿Qué quieres, pegarme? Anda, pégame... Pégale a esta pobre desamparada... Da igual... No vamos a esperar caricias... ¡Pégame, pégame! ¡Mátame, verdugo! ¿Para qué me necesitas? Ya tienes a la señora... Rica... Guapa... Yo una pordiosera, ella una señora... ¿Por qué no me pegas, bandido?

Stepán alzó el puño y descargó un terrible golpe, con toda su fuerza, en el rostro de María, demudado por la ira. El ebrio puñetazo cayó sobre la sien. La infeliz María se tambaleó y, sin un solo grito, se desplomó en el suelo. Mientras caía, recibió otro puñetazo en el pecho.

El marido se inclinó sobre el cuerpo de su mujer, caliente aún, pero ya muerto, miró con ojos turbios aquella cara desfigurada por los sufrimientos y, como sin percatarse de lo sucedido, se sentó junto al cadáver.

Ya calentaba el sol, remontado sobre las isbas. El aire estaba caldeado. Una tristeza abrumadora se apoderó del ambiente cuando los temblorosos vecinos se aglomeraron en torno de Stepán y de María. Todos veían que acababa de cometerse un asesinato, mas nadie daba crédito a sus ojos. Stepán pasó revista a la multitud con sus ojos turbios, rechinando los dientes y murmurando palabras sin ilación. Nadie se propuso aprehenderle. Maxim, Semión y Manafuilov estaban entre la gente, apretados el uno contra el otro.

—¿Por qué la ha matado? —se preguntaban, pálidos como muertos.

La madre de Stepán corría, llorosa, de un lado para otro.

Al enterarse de lo sucedido, la señora se llevó las manos a la cabeza y pidió un pomo de sales, pero no se desmayó.

—¡Qué gente más horrible! —murmuró—. ¡Qué gentuza, qué canalla! Está bien: me las pagarán y verán quién soy yo.

Rzhevetski acudió a consolarla. Y como consiguió darle consuelo, recuperó el puesto que la caprichosa señora le quitó para otorgárselo a Stepán. Un puesto rentable, cómodo y muy a propósito para él. Diez veces al año le dejaban cesante y otras diez le pagaban la gratificación correspondiente. Y no le pagaban mal.

MERCANCÍA VIVA

(ЖИВОЙ ТОВАР)

Dedicado a F. F. Popudoglo^[105]

I

Grojolski abrazó a Liza, le besuqueó todos los dedos, que tenían las uñas rosadas y mordisqueadas, y la sentó en un sofá tapizado con terciopelo barato. Liza cruzó las piernas, se colocó las manos bajo la cabeza y se tumbó.

Grojolski se sentó a su lado, en una silla, y se inclinó hacia ella. Era todo ojos.

¡Qué guapa le parecía, así iluminada por los rayos del poniente!

El sol de la tarde, dorado, levemente teñido de púrpura: todo eso podía verse por la ventana.

Toda la estancia, Liza incluida, quedaba iluminada por una luz viva, que no llegaba a herir la vista, como bañada en oro momentáneamente...

Grojolski estaba embobado. Liza tampoco es que fuera una belleza extraordinaria. Es verdad que su carita de gato, de ojos castaños y nariz respingona, resultaba fresca y hasta picante, que sus ralos cabellos rizados eran negros como el carbón, que su cuerpo menudo parecía gracioso, ágil y correcto, como el cuerpo de una anguila eléctrica, pero en conjunto... En fin, mi gusto es lo de menos. Grojolski, mimado por las mujeres, que se había enamorado y desenamorado cien veces a lo largo de su vida, veía en ella a una belleza. La amaba, y el ciego amor encuentra en todas partes la belleza ideal.

—Escucha —empezó, mirándola a los ojos—. Necesitaba hablar un rato contigo, cariño. El amor no soporta lo impreciso, lo confuso... Las relaciones indefinidas, ya sabes... Ya te lo dije ayer, Liza. Vamos a intentar zanjar hoy la discusión que ayer se planteó. Venga, tenemos que tomar una decisión de común acuerdo. ¿Qué podemos hacer?

Liza bostezó y, torciendo el gesto, sacó de debajo de la cabeza la mano derecha.

—¿Qué podemos hacer? —repitió las palabras de Grojolski con voz casi inaudible.

—Sí, ¿qué? Tienes que decidirte, cabecita sabia... Yo te quiero, y al hombre enamorado no le gusta compartir. Es peor que egoísta. Yo no tengo fuerzas para compartirte con tu marido. Me entran ganas de hacerle pedazos cada vez que pienso que él también te quiere. En segundo lugar, tú a quien quieres es a mí. Una condición indispensable para el amor es disfrutar de plena libertad. Pero ¿acaso tú eres libre? ¿Es que no te hace sufrir la idea de que ese hombre esté siempre presente en tu

espíritu? Un hombre al que no amas, al que puede que odies, cosa que sería muy natural... Eso en segundo lugar. Y en tercer lugar... ¿Qué era lo que te iba a decir? Ah, sí... Le estamos engañando, y eso... no está bien. La verdad ante todo, Liza. ¡Nada de mentiras!

—Muy bien, pero entonces ¿qué hacemos?

—Ya te lo puedes imaginar... Considero necesario, imprescindible, que le pongas al corriente de nuestra relación y que le dejes, que te vayas a vivir por tu cuenta. Y tanto lo uno como lo otro tienes que hacerlo cuanto antes. No sé, esta misma tarde... deberías tener una explicación con él. Ya es hora de acabar con esta situación. ¿No estás cansada de este amor furtivo?

—¿Tener una explicación? ¿Con Vania?

—Pues ¡claro!

—¡Eso es imposible! Ya te lo dije ayer, Michel, ¡es imposible!

—Pero ¿por qué?

—Se sentirá ofendido, se pondrá a gritar, a hacer toda clase de cosas desagradables... ¿Es que no sabes cómo es él? ¡Dios no lo quiera! ¡Nada de explicaciones! ¡Menuda ocurrencia!

Grojolski se pasó la mano por la frente y suspiró.

—Sí —dijo—. Tiene razones para sentirse ofendido. Le estoy arrebatando su felicidad. ¿Te quiere?

—Sí. Me quiere mucho.

—¡Menuda papeleta! No sabe uno por dónde empezar. Ocultárselo es una vileza, confesárselo supone matarlo... ¡Cualquiera se aclara! Bueno, ¿qué hacemos?

Grojolski se quedó pensativo. Su pálido rostro se cubrió de arrugas.

—Seguiremos así, como estamos ahora —dijo Liza—. Que lo descubra él si quiere.

—Pero eso... eso no está bien y... Al fin y al cabo, tú eres mía, y nadie tiene derecho a pensar que no eres mía, sino de otro. ¡Eres mía! ¡No pienso ceder ante nadie! Siento lástima de él, ¡sólo Dios sabe cuánta lástima, Liza! ¡Cada vez que le veo, me pongo enfermo! Pero... pero ¿qué podemos hacer, en definitiva? Si tú no le quieres... Entonces ¿a santo de qué tienes que seguir a su lado pasándolo mal? ¡Tenemos que aclarar las cosas! Aclaremos las cosas con él y te vienes a vivir conmigo. Tú eres mi mujer, no la suya. Tiene que saberlo. Ya verás cómo se sobrepone a su pena... No es el primero, ni será el último... ¿Quieres fugarte? ¿Eh? ¡Dímelo ahora mismo! ¿Quieres fugarte?

Liza se levantó y miró a Grojolski con ojos inquisitivos.

—¿Fugarme?

—Pues claro... A mi hacienda, conmigo... Después a Crimea... Se lo explicaremos por carta. Podemos irnos esta misma noche. Hay un tren a la una y media. ¿Eh? ¿De acuerdo?

Liza se rascaba indolentemente el entrecejo, pensativa.

—De acuerdo —dijo y se echó a llorar.

Unas manchitas coloradas comenzaron a brillar en sus mejillas, los ojos se le hincharon y las lágrimas se deslizaron por su rostro felino...

—¿Qué te pasa? —se inquietó Grojolski—. ¡Liza! ¿Qué te pasa? ¡Pero bueno! ¿Por qué lloras? ¡Hay que ver! Pero ¿por qué? ¡Cariño! ¡Tesoro!

Liza tendió los brazos hacia Grojolski y se colgó de su cuello. Se la oía sollozar.

—Me da pena... —murmuró Liza—. ¡Ay, me da mucha pena!

—¿Quién te da pena?

—Va... Vania...

—¿Y yo no te doy pena? Pero ¿qué podemos hacer? Vamos a causarle un sufrimiento... Va a sufrir, va a maldecir... Pero ¿qué culpa tenemos nosotros de querernos?

Nada más decir esto, Grojolski se apartó de un salto de Liza, como si le hubieran pinchado, y se sentó en una butaca. Liza se desprendió de su cuello y rápidamente, en un santiamén, se dejó caer en el sofá.

Ambos se pusieron muy colorados, bajaron los ojos y empezaron a toser.

Un individuo alto y fornido, de unos treinta años, con uniforme de funcionario, acababa de aparecer en el cuarto de estar. Había entrado discretamente. Sólo el ruido que había hecho al tropezar con una silla que había junto a la puerta había advertido a los amantes de su llegada, obligándolos a reparar en su presencia. Era el marido.

Habían tardado en darse cuenta. Para entonces, el marido ya había visto a Grojolski cogiendo a Liza por el talle y a ella colgada del cuello, blanco y aristocrático, de él.

«¡Nos ha visto!», pensaron simultáneamente Liza y Grojolski, procurando ocultar como pudieron sus manos repentinamente inmóviles y sus ojos perplejos...

El rostro sonrosado del estupefacto marido había perdido su color.

Un silencio penoso y extraño, que removía el alma, reinó durante tres minutos. ¡Oh, aquellos tres minutos! Grojolski aún no los ha olvidado.

El primero en reaccionar y romper el silencio fue el marido. Dio unos pasos en dirección a Grojolski y, con una mueca absurda, parecida a una sonrisa, le tendió la mano. Grojolski estrechó suavemente aquella mano blanda y sudorosa y tembló de pies a cabeza, como si estuviera apretando con el puño a una fría rana.

—Buenos días —farfulló.

—¿Cómo está usted? —dijo el marido con voz ronca, apenas audible, y se sentó enfrente de Grojolski, arreglándose la parte de atrás del cuello de la camisa.

Una vez más se hizo un silencio abrumador. Pero este silencio ya no resultaba tan estúpido. El primer impulso, el más difícil, el más molesto, ya había pasado.

Ya sólo quedaba que alguno de los dos se retirase a buscar unas cerillas o algún otro objeto trivial. Los dos hombres tenían unas ganas locas de marcharse. Estaban allí sentados y, sin mirarse, dándose tirones de la perilla, buscaban en sus mentes alteradas alguna salida para aquella situación extremadamente embarazosa. Ambos

estaban bañados en sudor. Ambos sufrían de un modo insoportable, a ambos los consumía el odio. De buena gana se habrían enzarzado en una pelea, pero... ¿cómo empezar? Y ¿quién tendría que empezar? ¡Si al menos ella se ausentara!

—Ayer le vi en la velada —balbuceó Bugrov (así se llamaba el marido).

—Sí, estuve allí... sí... ¿Bailó usted?

—Hum... sí. Con la hija menor de los Liukotski. Es muy pesada bailando. Resulta inaguantable. Sólo sabe parlotear. —Hizo una pausa—. Nunca se cansa de hablar.

—Sí... fue aburrido. Ya lo vi...

Grojolski, sin querer, miró a Bugrov. Sus ojos se encontraron con la mirada perdida del marido engañado, y fue incapaz de seguir aguantando. Se levantó impetuosamente, le tendió bruscamente la mano a Bugrov, se la estrechó, cogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta, sintiendo algo a su espalda. Le dio la sensación de que mil ojos se clavaban en su espalda. La misma sensación que experimenta un actor abucheado cuando se retira del proscenio, la misma sensación que tiene un hombre fatuo a quien dan un pescozón y se lo lleva escoltado la policía...

En cuanto se apagaron los pasos de Grojolski y rechinó la puerta del vestíbulo, Bugrov se levantó de un salto y, tras dar unas cuantas vueltas por el cuarto de estar, se acercó a su mujer. El rostro felino se contrajo y empezó a pestañear, como esperando recibir un manotazo. Al llegar hasta ella, el marido le pisó el vestido, le golpeó las rodillas con las suyas y, con la cara pálida y descompuesta, le sacudió los brazos, la cabeza y los hombros.

—Como se te ocurra, desvergonzada —dijo con voz sorda y llorosa—, volver a admitirle aquí otra vez, entonces yo... ¡No te atrevas a dar un solo paso! ¡Te mato! ¿Entendido? Aaah... ¡Monstruo inmundito! ¡Tiembla! ¡Infame! —Bugrov la agarró del codo, la zarandeó y la arrojó, como una pelota de goma, hacia la ventana—. ¡Basura! ¡Miserable! ¡No tienes vergüenza!

La mujer salió despedida en dirección a la ventana, rozando apenas el suelo con los pies, y se agarró a las cortinas.

—¡Silencio! —gritó el marido; llegó hasta ella y, con los ojos rojos de ira, le dio una patada.

La mujer se quedó callada. Miraba al techo y sollozaba, con una expresión de niña arrepentida a la que van a castigar.

—¿Conque esas tenemos? ¿Eh? ¿Con un petimetre? ¡Muy bien! Y ante el altar, ¿qué? ¡Una buena esposa y madre! ¡Silencio! —Y le golpeó el hermoso y delicado hombro—. ¡Cállate! ¡Basura! ¡No te tolero ni una más! Si ese canalla se atreve a aparecer por aquí otra vez, si te vuelvo a ver una sola vez... ¡óyeme bien!... una sola vez con ese miserable, entonces... ¡no me pidas piedad! ¡Aunque me manden a Siberia, yo te mato! ¡Y lo mismo a él! ¡No me importa nada! ¡Largo de aquí! ¡No quiero verte!

Bugrov se enjugó la frente y los ojos con la manga y se puso a dar vueltas por el

cuarto. Liza, sollozando cada vez con más fuerza, contrayendo los hombros y la nariz respingona, se quedó mirando los encajes de las cortinas.

—¡Caprichos! —gritó su marido—. ¡Cuántas memeces en esa cabeza de chorlito! ¡Nada más que antojos! Pues yo, Lizaveta, por ahí... ¡no paso! ¡No hay más que hablar! ¡No me gusta! Si quieres hacer marranadas, entonces... ¡largo! ¡En mi casa no hay sitio para ti! Lárgate de aquí si... Una vez casada, tenías la obligación de olvidarte, de apartar de esa cabeza loca a todos esos lechuguinos. ¡Cuánta tontería! ¡Que no se vuelva a repetir! ¡Y encima habla! ¡A quien tienes que querer es a tu marido! Te has unido a tu marido, pues ¡tienes que querer a tu marido! ¡Eso es! ¿Piensas que uno es poco? Lárgate, antes de que... ¡Verdugos! —Y gritó, después de una pausa—: ¡Que te largues, te he dicho! ¡Vete al cuarto del niño! ¿A qué viene ese llanto? ¡Tiene ella la culpa y no para de llorar! ¡Lo que hay que ver! El año pasado se encaprichó de Petka Tochkov, y ahora de este... que el Señor me perdone... de este diablo. ¡Uf! ¡Ya va siendo hora de saber quién eres! ¡Mujer! ¡Madre! El año pasado ya tuvimos problemas, y ahora otra vez... ¡Uf! —Bugrov suspiró con fuerza, y el aire se impregnó de olor a jerez. Venía de una comida y estaba un tanto achispado—. ¿Acaso no sabes cuáles son tus deberes? ¡No! ¡Habrás que enseñártelos! ¡No habéis aprendido nada! ¡Si vuestras madres ya eran unas busconas! ¡Llora más fuerte! ¡Venga! ¡Llora, anda, llora! —Bugrov se acercó a su mujer y le quitó las cortinas de las manos—. No te quedes aquí al lado de la ventana... Te van a ver llorando. Que no se vuelva a repetir. Esos abrazos van a ser tu ruina. Te estás metiendo en un buen lío. ¿O es que te crees que me gusta llevar cuernos? Pues me los pones cada vez que te revuelcas con uno de esos desvergonzados. Bueno, ya basta... La próxima vez que no... Porque yo... Liza... Déjalo ya... —Suspiró y envolvió a su mujer en vapores de jerez—. No eres más que una joven estúpida, no te enteras de nada. Yo nunca estoy en casa... Y, claro, entonces ellos se aprovechan. ¡Hay que tener cabeza, hay que ser sensato! ¡Me engañan! ¡Y eso ya no lo aguanto! ¡Por ahí sí que no paso! ¡Se acabó! Eso sería la muerte. Antes que consentir el adulterio, yo... yo, *mátushka*^[106], estoy dispuesto a cualquier cosa. Soy capaz de molerte a palos y... echarte de casa. Y vete tú entonces a vivir con esos caraduras.

Y Bugrov, con su mano grande y suave (*horribile dictu!*)^[107], enjugó el rostro empapado en lágrimas de la infiel Liza. ¡Trataba a su mujer de veinte años como a una criatura!

—Bueno, ya basta. Te perdono, pero la próxima vez... ¡que Dios te ampare! Te perdono por quinta vez, pero a la sexta ya no te voy a perdonar. Como hay Dios. Estas cosas no las perdona ni el mismísimo Dios.

Bugrov se inclinó y acercó sus labios brillantes a la cabeza de Liza.

Pero no llegó a besarla.

Sucesivamente, las puertas del vestíbulo, el comedor, la sala y el cuarto de estar se fueron cerrando de un portazo, y Grojolski entró precipitadamente, como un torbellino, en el cuarto. Estaba pálido y temblaba. Hacía aspavientos, traía chafado en

las manos su valioso sombrero. La levita le colgaba por todas partes. Daba la impresión de sufrir un agudo acceso febril. Al verlo, Bugrov se apartó de su mujer y se puso a mirar por otra ventana. Grojolski se dirigió corriendo hacia él y, agitando las manos, respirando con esfuerzo y sin mirar a nadie, dijo con voz temblorosa:

—¡Iván Petróvich! ¡Vamos a dejarnos de comedias! ¡Bastante nos hemos engañado ya! ¡Ya es suficiente! ¡Yo ya no aguanto más! Haga usted lo que quiera, pero yo ya no puedo más. Ya sabe, ¡se trata de algo vil y repugnante! ¡Es un verdadero escándalo! ¡Tiene que admitir que es un escándalo! —Grojolski se atropellaba y se ahogaba—. Esto no va con mis principios. También usted es un hombre honrado. ¡Yo la quiero! ¡La quiero más que a nada en el mundo! Usted ya ha podido verlo y... ¡Estaba obligado a decírselo!

«¿Qué puedo decirle?», pensaba Iván Petróvich.

—¡Hay que acabar con esto! ¡Esta comedia no puede durar más tiempo! Hay que resolver esto de algún modo. —Grojolski tomó aire y prosiguió—: Yo no puedo vivir sin ella. Tampoco ella sin mí. Usted es un hombre culto, es consciente de que en estas condiciones su vida familiar es imposible. Esta mujer no le pertenece. Sí... En una palabra, le ruego que considere este asunto desde un punto de vista humano... con indulgencia. ¡Iván Petróvich! ¡Tiene que entender que yo la amo, que la amo más que a mí mismo, más que a nada en el mundo, y que resistirme a este amor es algo superior a mis fuerzas!

—¿Y ella qué dice? —preguntó Bugrov en tono lúgubre y un tanto burlón.

—¡Pregúntele! ¡Vamos, pregúntele a ella! Para ella, vivir con un hombre al que no ama, vivir con usted, amando a otro, pues eso... eso... ¡eso supone un tormento!

—¿Y ella qué dice? —repitió Bugrov, sin sombra ya de burla.

—Ella... ¡ella me quiere! Estamos enamorados... ¡Iván Petróvich! Puede usted matarnos, puede usted despreciarnos, puede usted perseguirnos, haga usted lo que le venga en gana... pero ¡nosotros ya no estamos dispuestos a seguir escondiéndonos! ¡No tenemos nada que ocultar! Puede usted juzgarnos con toda la severidad que cabe esperar de una persona a la que nosotros... ¡a la que el destino le ha arrebatado la felicidad!

Bugrov se puso colorado como un cangrejo recocado y miró a Liza de reojo. Empezó a pestañear. Le temblaban los dedos, los labios y los párpados. ¡Pobre hombre! Los ojos llorosos de Liza le decían que Grojolski estaba en lo cierto, que la cosa iba en serio...

—¿Y entonces? —balbuceó—. Si ustedes... En estos tiempos... En todo caso, ustedes...

—¡Dios es testigo —chilló Grojolski con voz aguda de tenor— de cómo le comprendemos! ¿O acaso piensa usted que no le comprendemos, que no sentimos lo que le pasa? Sé qué clase de sufrimientos le estoy causando. ¡Bien lo sabe Dios! Pero ¡tiene que ser comprensivo! ¡Se lo suplico! ¡No es culpa nuestra! Nadie tiene la culpa de amar. No hay voluntad capaz de oponerse al amor... ¡Entréguemela, Iván

Petróvich! ¡Permita que se venga conmigo! Quíteme lo que quiera en pago por sus sufrimientos, quíteme la vida, pero ¡deme usted a Liza! Estoy dispuesto a lo que sea... Vamos, indíqueme cómo puedo compensarle, aunque sólo sea en parte. ¡A cambio de la dicha que pierde yo puedo ofrecerle otra dicha! ¡Sé que puedo, Iván Petróvich! ¡Estoy conforme con cualquier cosa que usted me diga! Sería una vileza por mi parte no darle a usted una satisfacción... Le entiendo perfectamente en estos momentos.

Bugrov hizo un gesto con la mano, como diciendo: «¡Márchese, por el amor de Dios!». Sus ojos empezaban a cubrirse de una humedad delatora. No iban a tardar en verlo llorar.

—¡Si yo le comprendo, Iván Petróvich! Yo puedo ofrecerle otra clase de felicidad, una como jamás ha experimentado. ¿Qué desea usted? Yo soy rico, mi padre es un hombre influyente... ¿Quiere algo? Diga, ¿cuánto quiere?

De pronto a Bugrov el corazón empezó a latirle con violencia... Tuvo que agarrarse de las cortinas con ambas manos.

—¿Quiere usted... cincuenta mil? Iván Petróvich, se lo suplico... Esto no es un soborno, no es una compra... Lo único que pretendo es reparar en alguna medida su inmensa pérdida con un sacrificio por mi parte... ¿Quiere cien mil? ¡Estoy dispuesto! ¿No quiere cien mil?

¡Dios mío! Dos colosales martillos machacaban las sienes sudorosas del desdichado Iván Petróvich... Por sus oídos corrían, con sus campanillas y cascabeles, unas troikas rusas...

—¡Acepte este sacrificio que le ofrezco! —insistía Grojolski—. ¡Se lo suplico! Me quitaría usted un peso de encima. ¡Por favor!

¡Dios mío! Bajo la ventana por la que miraban los ojos llorosos de Bugrov, sobre el pavimento ligeramente humedecido por la suave llovizna de mayo, pasaba una ostentosa calesa de cuatro plazas. Los caballos eran veloces, bravíos, lustrosos, con estilo. Los pasajeros llevaban sombreros de paja y tenían cara de satisfacción; viajaban con cañas y redes de pesca. Un estudiante con una gorra blanca sostenía una escopeta. Se dirigían a la dacha a pescar, a cazar, a tomar té al aire libre. Marchaban a los mismos lugares benditos por los que había corrido en su día, por campos, bosques y riberas, descalzo, quemado por el sol, pero mil veces feliz, el hijo de un diácono de aldea, el pequeño Bugrov. ¡Oh, qué endiabladamente seductor era aquel mes de mayo! Qué felices aquellos que, despojándose de los pesados uniformes, podían subir a una calesa y correr al campo, donde chillaban las codornices y olía a heno recién segado. Una sensación grata y refrescante sobrecogió el corazón de Bugrov... ¡Cien mil rublos! Junto con la calesa desfilaron por delante de él sus sueños más secretos, aquéllos con los que solía distraerse en medio de su rutina de funcionario, sentado en la oficina del gobierno provincial o en su diminuto despacho... Un río profundo, lleno de peces, un amplio jardín con estrechos paseos, con fuentes, umbrías flores, cenadores, una dacha lujosa con su terraza y su torre, con un arpa de Eolo y unas

campanillas de plata... (Sabía de la existencia de las arpas de Eolo por las novelas alemanas). El cielo azul y despejado; un aire transparente, puro, empapado de aromas que le hicieran recordar su infancia hambrienta, descalza y atemorizada... Levantarse a las cinco, acostarse a las nueve; pasarse los días pescando, cazando, platicando con los aldeanos... ¡Qué maravilla!

—¡Iván Petróvich! ¡No me haga sufrir! ¿Quiere los cien mil?

—Hum... ¡Ciento cincuenta mil! —mugió Bugrov con voz sorda, con voz de toro ronco. Mugió aquellas palabras y se inclinó, avergonzado de lo que acababa de decir, esperando la respuesta...

—Muy bien —dijo Grojolski—. ¡De acuerdo! Se lo agradezco, Iván Petróvich. Ahora mismo... No le haré esperar...

Grojolski dio un salto, se puso el sombrero y, reculando, salió a toda prisa del cuarto de estar.

Bugrov se agarró aún con más fuerza de las cortinas. Estaba avergonzado. Se sentía miserable y estúpido en el fondo de su alma, pero, a pesar de todo, ¡qué esperanzas tan radiantes, tan hermosas, pululaban entre sus sienes palpitantes! ¡Era rico!

Liza, que no entendía nada, temerosa de que su marido se acercara a la ventana donde ella estaba y la apartara de un empujón, temblando de pies a cabeza, se coló rápidamente por la puerta entreabierta. Se marchó al cuarto del niño, se tumbó en la cama de la niñera y se acurrucó. Tiritaba de fiebre.

Bugrov se quedó solo. Se sentía sofocado y abrió la ventana. ¡Qué aire tan maravilloso notó en la cara y el cuello! Con ese aire daba gusto respirar, dejándose caer sobre los cojines del cochecito... Allá, lejos de la ciudad, cerca de las aldeas y las dachas, el aire era aún más puro... Bugrov llegó a sonreír soñando con el aire que le envolvería cada vez que saliese a la terraza de su dacha a disfrutar de las vistas. Estuvo mucho tiempo soñando. El sol ya se había puesto, pero él seguía soñando, procurando con todas sus fuerzas desterrar de su cabeza la imagen de Liza, imagen que le perseguía obsesivamente en todos sus sueños.

—¡Aquí lo traigo, Iván Petróvich! —le susurró al oído Grojolski, que acababa de entrar—. Aquí lo traigo... Tenga... Mire, en este fajo hay cuarenta mil. Con este impreso, pasado mañana podrá usted obtener de Valentinov otros veinte mil. Aquí tiene esta otra letra de cambio... Y este cheque... Los treinta mil que faltan los tendrá dentro de unos días. Se los traerá mi administrador.

Grojolski, sonrosado, agitado, moviendo todos sus miembros, colocó ante Bugrov un montón de fajos, de papeles, de sobres. Era un montón enorme, multicolor, variopinto. ¡En su vida había visto Bugrov un montón semejante! Abrió sus gruesos dedos y, sin mirar a Grojolski, se puso a examinar los fajos de billetes y los impresos...

Una vez desplegado todo el dinero, Grojolski se puso a corretear por las habitaciones en busca de su Dulcinea, que acababa de ser vendida y comprada.

Tras llenar bolsillos y billeteras, Bugrov guardó los documentos en una mesa, se bebió media jarra de agua y salió apresuradamente a la calle.

—¡Cochero! —gritó con voz salvaje.

Aquella noche, a las once y media, se presentó en el hotel París. Subió ruidosamente las escaleras y llamó a la puerta de la habitación en la que estaba alojado Grojolski. Le abrieron. Grojolski estaba haciendo las maletas. Liza estaba sentada detrás de una mesa, probándose unas pulseras. Los dos se asustaron al ver entrar a Bugrov. Les dio la impresión de que venía a buscar a Liza y a devolver un dinero que acaso había aceptado sin convicción, en un arrebato. Pero Bugrov no venía a llevársela. Avergonzado de su nueva indumentaria, sintiéndose terriblemente incómodo con ella, saludó con una reverencia y se quedó junto a la puerta, adoptando una postura de lacayo. Su nueva indumentaria era primorosa. Bugrov estaba irreconocible. Un traje de estreno, impecable, de factura francesa, a la última moda, envolvía su enorme corpachón, habituado hasta entonces a vestir un vulgar uniforme. En los pies exhibía unos botines con unas hebillas relucientes. Se quedó allí parado, avergonzado de su nuevo envoltorio, tapando con la mano derecha unos colgantes por los que había pagado, una hora antes, trescientos rublos.

—He venido por lo siguiente... —empezó a decir—. Conviene llegar a un acuerdo. No pienso ceder a Míshutka...

—¿Qué Míshutka? —preguntó Grojolski.

—Nuestro hijo.

Grojolski y Liza intercambiaron una mirada. A Liza se le desencajaron los ojos, se le encendieron las mejillas y le temblaron los labios.

—De acuerdo —dijo. Pensó en la tibia camita de Míshutka. Sería muy cruel reemplazar esa tibia camita por el frío diván de un cuarto de hotel, así que se mostró conforme—. Pero iré a verlo.

Bugrov inclinó la cabeza, salió de la habitación y bajó exultante las escaleras, cortando el aire con su valioso bastón.

—¡A casa! —le dijo al cochero—. Mañana por la mañana, a las cinco, necesito un coche. Ven a buscarme. Si estoy dormido, me despiertas. Saldremos de la ciudad...

II

Era un precioso atardecer de agosto. El sol, orlado por un fondo de oro, ligeramente velado de púrpura, brillaba en el horizonte occidental, listo para ocultarse tras las lejanas colinas. En los jardines ya habían desaparecido las sombras y penumbras, el aire se había vuelto gris, pero en las cimas de los árboles relucía aún un resplandor dorado. La temperatura era agradable. Había llovido recientemente y el aire, ya de por sí fresco, transparente, aromático, refrescaba aún más.

No estoy describiendo el mes de agosto de la capital: brumoso, lloroso, oscuro, con sus crepúsculos fríos, extremadamente húmedos. ¡Dios me libre! No estoy

describiendo nuestro crudo agosto norteno. Le ruego al lector que se desplace a una de las riberas de Crimea, cerca de Teodosia^[108], al lugar preciso donde se hallaba la dacha de uno de mis personajes. Era una dacha muy bonita, limpia, rodeada de flores y setos bien podados. A su espalda, a un centenar de pasos, relucía un huerto por donde solían pasear los veraneantes. Grojolski pagaba un buen dinero por esa dacha: mil rublos al año, por lo visto. La dacha no los valía, pero era tan bonita... Alta, grácil, con paredes finas y balaustradas aún más finas, delicada, tierna, pintada de azul claro, toda adornada con cortinas, guardapuertas, colgaduras: recordaba a una señorita graciosa, delicada y un tanto melindrosa.

Aquella tarde, en la terraza de esa dacha estaban sentados Grojolski y Liza. Grojolski leía *Nuevos Tiempos*^[109] y tomaba leche en una jarrita verde. En la mesa, delante de él, había un sifón con agua de Seltz. Grojolski se creía enfermo, con catarro pulmonar, y, siguiendo los consejos del doctor Dmitriev, daba cuenta de ingentes cantidades de uvas, de leche y de agua de Seltz. Liza estaba sentada lejos de la mesa, en una mullida butaca. Con los codos sobre la balaustrada y con su rostro menudo apoyado en los puños, contemplaba la dacha de enfrente. El sol daba de lleno en las ventanas del edificio. Los brillantes cristales arrojaban en los ojos de Liza unos rayos cegadores. Más allá del cercado y de los escasos árboles que rodeaban la dacha se veía el mar con sus olas, su azul, su infinitud, sus blancos mástiles... ¡Era tan placentero!

Grojolski leía la crónica del Desconocido^[110] y cada diez líneas levantaba sus ojos azules y los dirigía hacia la espalda de Liza. El mismo amor de antes, apasionado, ardiente, brillaba en esos ojos. Era infinitamente feliz, a pesar del presunto catarro pulmonar. Liza notaba los ojos de su amante en su espalda, pensaba en el brillante porvenir de Míshutka y sentía tanta paz en su alma, tanta dicha... Para ella, lo más ameno no era el mar ni los cegadores destellos de los cristales de la dacha de enfrente, sino los carros cargados que, uno tras otro, pausadamente, iban llegando hasta ella.

Los carros llegaban llenos de muebles y toda clase de enseres domésticos. Liza había visto abrir el portón enrejado de acceso y la gran puerta acristalada, y asistía al alboroto de los carreteros, con sus incesantes disputas, en torno a los muebles. Habían introducido por la puerta acristalada unas grandes butacas y un diván, tapizado en terciopelo de color carmesí, unas sillas destinadas a la sala, el cuarto de estar y el comedor, una amplia cama de matrimonio, una cama de niño... Después metieron un objeto grande, envuelto con esteras, pesado...

«Un piano», pensó Liza, y el corazón le palpitó con fuerza.

Llevaba ya tiempo sin escuchar las notas de un piano, ¡con lo que a ella le gustaba! En su dacha no había un solo instrumento musical. A Grojolski y a ella les gustaba la música, pero sólo de espíritu, nada más.

Después del piano, metieron un sinfín de cajas y fardos en los que se leía:

«Precaución». En esos cajones venían los espejos y la vajilla.

Una lujosa y reluciente calesa franqueó el portón; tiraban de ella dos caballos blancos que parecían dos cisnes.

«¡Dios mío! ¡Cuánto lujo!», se dijo Liza, pensando en el viejo poni que, por cien rublos, había comprado Grojolski, a quien no le gustaban ni los paseos ni los caballos. Aquel poni, comparado con esos cisnes, le parecía ahora una chinche. Como a Grojolski le daban miedo las cabalgadas veloces, le había comprado a propósito a Liza un caballo malo.

«¡Cuánto lujo!», pensaba y musitaba Liza, observando a los ruidosos carreteros.

El sol se había ocultado detrás de las colinas, el aire empezaba a perder su nitidez y sequedad, pero aún seguían trayendo y arrastrando muebles. Llegó un momento en que estaba tan oscuro que Grojolski dejó de leer el periódico, pero Liza no se cansaba de admirar el espectáculo.

—¿Y si encendemos la lámpara? —propuso Grojolski, temeroso de que le cayera una mosca en la leche y de que pudiera tragársela en la oscuridad—. ¡Liza! ¿Y si encendemos la lámpara? ¿O prefieres que sigamos a oscuras, ángel mío?

Liza no contestó. Estaba más pendiente de un charabán que se situaba en ese momento enfrente del portón de la dacha vecina. ¡Qué preciosidad de caballo tiraba del vehículo! De una altura mediana, no muy grande, gracioso... En el charabán venía montado un caballero con sombrero de copa. Sentado en sus rodillas, agitando las manos, venía una criatura como de tres años, un niño al parecer. Agitaba las manos y gritaba entusiasmado...

De pronto, Liza dio un chillido, se levantó e inclinó el tronco hacia delante.

—¿Qué te pasa? —preguntó Grojolski.

—Nada... Sólo que... Me había parecido...

El hombre del sombrero de copa, alto y fornido, saltó del charabán, cogió al chiquillo en brazos y echó a correr animosamente hacia la puerta acristalada.

La puerta se abrió ruidosamente, y el hombre desapareció en la oscuridad de las estancias.

Dos lacayos se acercaron rápidamente al caballo que tiraba del charabán y lo introdujeron por el portón, con muchos miramientos. Enseguida en la dacha de enfrente prendieron las luces y se oyó el golpeteo de los platos, los cuchillos y los tenedores. El hombre del sombrero de copa se sentó a cenar y, a juzgar por lo que duró el tintineo de la vajilla, la cena fue larga. Liza tenía la sensación de que olía a *shchi*^[111] con gallina y a pato asado. Después de la cena se oyeron en la dacha las notas confusas del piano. Muy probablemente, el hombre del sombrero de copa, queriendo distraer al niño como fuera, le habría dado permiso para pulsar las teclas.

Grojolski se acercó a Liza y la cogió por la cintura.

—¡Qué tiempo más maravilloso! —dijo—. ¡Qué aire! ¿No lo notas? Yo, Liza, soy muy feliz... demasiado incluso. Mi felicidad es tan inmensa que tengo miedo de que se desmorone. Por lo general, son los objetos grandes los que se desploman. Y ¿sabes

una cosa, Liza? A pesar de tanta dicha, yo no acabo de estar del todo... tranquilo... Me atormenta un pensamiento obsesivo. Me atormenta de una forma atroz. No me deja descansar ni de día ni de noche.

—¿Qué pensamiento?

—¿Qué pensamiento? Un pensamiento horrible, alma mía. Me atormenta pensar en... tu marido. Hasta ahora no te había dicho nada, temiendo alterar tu paz interior. Pero ya no soy capaz de seguir callado. ¿Dónde está? ¿Qué es de él? ¿Qué ha hecho con su dinero? ¡Es horrible! Todas las noches me imagino su cara: demacrada, torturada, suplicante... ¡Date cuenta, ángel mío! ¡Si es que nosotros le arrebatamos la alegría! ¡Se la destruimos, se la pulverizamos! Hemos edificado nuestra felicidad sobre las ruinas de la suya. ¿Acaso el dinero, que él aceptó en un gesto magnánimo, puede sustituirte? Porque me imagino que te querría mucho...

—¡Sí, mucho!

—¡Ya lo ves! O se ha dado a la bebida o... ¡Me da miedo! ¡Ay, no sabes cuánto! ¿No convendría escribirle? Haría falta consolarle. Una buena palabra, ya sabes...

Grojolski suspiró hondo, sacudió la cabeza y, agotado por sus profundas reflexiones, se desplomó en su asiento. Con la cabeza apoyada en los puños, se puso a meditar. A juzgar por la expresión de su rostro, sus pensamientos le hacían sufrir...

—Me voy a dormir —dijo Liza—. Ya es hora...

Liza se retiró a su cuarto, se desvistió y se puso a flotar entre las sábanas. Solía acostarse a las diez de la noche y levantarse a las diez de la mañana. Le gustaba vivir como una sibarita.

Morfeo no tardó en acogerla en sus brazos. Toda la noche tuvo unos sueños fascinantes. Sus sueños fueron verdaderas novelas, relatos, cuentos árabes... El protagonista de todos esos sueños fue... el caballero del sombrero de copa, que la había hecho chillar esa misma tarde.

El caballero del sombrero de copa se la quitaba a Grojolski, cantaba, pegaba a Grojolski y también a ella, le daba unos azotes al niño pequeño al pie de su ventana, le declaraba su amor, la conducía a rastras hasta el charabán... ¡Ah, los sueños! En una sola noche, con los ojos cerrados y acostados, a veces es posible vivir más de una década de años dichosos... En el curso de aquella noche Liza vivió muchas cosas, y muy felices, a pesar incluso de la paliza...

Se despertó antes de las ocho, se echó un vestido por encima, se atusó a toda prisa el pelo y, sin enfundarse siquiera sus afiladas chinelas tártaras, corrió precipitadamente a la terraza. Protegiéndose con una mano los ojos del sol y sujetándose como podía el vestido con la otra, se fijó en la dacha de enfrente... Su rostro se iluminó.

Ya no cabía ninguna duda. Era él.

Bajo la terraza de la dacha vecina, delante de la puerta acristalada, había una mesa. Sobre la mesa brillaba, resplandecía y relumbraba el servicio de té, empezando por un pequeño samovar de plata. Sentado a aquella mesa estaba Iván Petróvich.

Tenía en las manos un platillo de plata y tomaba té. Lo tomaba con avidez. Esto último se podía apreciar por el chasqueo que llegaba hasta oídos de Liza. Llevaba puesto un batín marrón con flores negras. Las recias manos le colgaban hasta el suelo. Era la primera vez que Liza veía a su marido en batín, y para colmo en uno tan lujoso. En una de sus rodillas estaba Míshutka, que le estorbaba y apenas le dejaba tomar el té. Daba saltitos e intentaba agarrarle el brillante labio a su papá. Éste, después de tres o cuatro tragos, se inclinó hacia su hijo y le besó en la coronilla. Cerca de una de las patas de la mesa, con la cola levantada, se restregaba un gato gris que expresaba con sus maullidos lastimeros sus ganas de comer.

Liza se ocultó detrás de la balaustrada y clavó los ojos en los miembros de su antigua familia. La alegría iluminaba su rostro...

—¡Michel! —susurró—. ¡Misha! ¡Estás aquí, Misha! ¡Tesoro! ¡Hay que ver cómo quiere a Vania! ¡Señor!

Y Liza se desternilló de risa cuando Míshutka se puso a remover el té de su padre con la cucharilla.

—¡Y lo que quiere Vania a Michel! ¡Queridos míos!

Y a Liza, de pura felicidad, se le desbocó el corazón y le empezó a dar vueltas la cabeza. Se dejó caer en un sillón y desde allí se dedicó a espiar.

«¿Cómo habrán venido a parar aquí? —se preguntaba, mandando a Míshutka besos por el aire—. ¿Quién les habrá recomendado este sitio? ¡Señor! ¿Será posible que todas estas riquezas les pertenezcan? ¿Que aquellos dos caballos, que parecían dos cisnes, que entraron ayer por ese portón, sean propiedad de Iván Petróvich? ¡Ay!».

Después de tomar el té, Iván Petróvich entró en la casa. Al cabo de diez minutos apareció en el porche y... Liza se quedó pasmada. Aquel jovencito al que hacía apenas siete años aún llamaban Vanka o Vániushka^[112], que se mostraba siempre dispuesto, por una triste moneda, a jugarse el cuello o a poner la casa patas arriba, estaba ahora admirablemente vestido. Llevaba un sombrero de paja de ala ancha, unas primorosas botas de montar, todas relucientes, un chaleco de piqué... Un millar de soles, grandes y pequeños, se reflejaban en sus dijes. En la mano derecha sostenía con ostentación unos guantes y una fusta...

¡Cuánta arrogancia, cuánta distinción transmitió su voluminosa figura cuando, con un gracioso gesto con la mano, ordenó al criado que le acercara el caballo!

Se sentó en el charabán con gravedad y mandó a los criados que flanqueaban el vehículo que le entregaran a Míshutka y le pasaran unas cañas de pescar. Tras acomodar al niño a su lado, rodeándolo con su brazo izquierdo, tomó las riendas y se pusieron en marcha.

—¡Eaaa! —gritó Míshutka.

Liza, sin darse cuenta de lo que hacía, agitó un pañuelo, a modo de despedida. Si se hubiera mirado en el espejo, habría visto su carita colorada, risueña y, a la vez, llorosa. Le daba rabia no estar al lado de Míshutka, viéndolo tan animado, y no poder,

por una serie de razones, comérselo a besos en ese mismo instante.

¡Por una serie de razones! ¡Al diablo con los escrúpulos!

—¡Grisha! ¡Grisha! —Liza entró corriendo en el dormitorio y empezó a despertar a Grojolski—. ¡Levanta! ¡Están aquí! ¡Cariño!

—¿Quiénes están aquí? —preguntó Grojolski nada más despertarse.

—Los nuestros... Vania y Misha... ¡Están aquí! En esa dacha de ahí enfrente... Resulta que me he asomado, y ahí estaban... Tomando el té... Y también Misha... Está hecho un ángel, ¡si lo hubieras visto! ¡Virgen santísima!

—¿Quién? Pero tú de qué... ¿Quién dices que está aquí? ¿Dónde?

—Vania y Misha. Estaba mirando la dacha de enfrente, y los he visto allí, tomando el té. Misha ya sabe tomar sólo el té... ¿No te fijaste ayer en todo lo que trajeron? ¡Eran ellos!

Grojolski se puso muy serio, se enjugó la frente y palideció.

—¿Que ha venido? ¿Tu marido? —preguntó.

—Pues sí...

—¿A qué?

—Probablemente vivirán aquí. No saben que estamos aquí. Si lo hubieran sabido, habrían mirado hacia nuestra dacha, pero estaban tomando el té y... no se han fijado en ningún momento...

—¿Dónde está él ahora? ¡Y habla claro, por el amor de Dios! ¡Ay! Bueno, ¿dónde está?

—Se ha marchado con Misha a pescar... En el charabán. ¿Viste ayer los caballos? Eran suyos. De Vania... Vania los monta. ¿Sabes una cosa, Grisha? Podríamos tener aquí a Misha con nosotros, como invitado. ¿Qué te parece? ¡Es un niño tan bueno! ¡Es una maravilla!

Grojolski se quedó pensativo, y Liza no paraba de hablar.

—Vaya un encuentro más imprevisto —dijo Grojolski tras una larga y, como de costumbre, penosa reflexión—. ¿Quién iba a esperar que fuéramos a encontrarnos aquí? Bueno... qué se le va a hacer... Así son las cosas. Así lo ha querido el destino. ¡Me imagino que se va a sentir muy incómodo cuando nos vea!

—¿Podemos traernos a Misha?

—Sí, claro... Pero no me gustaría ver a tu marido. No sé, ¿para qué iba a hablar con él? ¿De qué íbamos a hablar? Él se sentiría incómodo, y yo también. Es mejor que no coincidamos. Podemos entendernos, en caso de necesidad, a través de la servidumbre. No sabes cómo me duele la cabeza, Lizochka. Los brazos, las piernas... Estoy molido. ¿Tengo la cabeza caliente?

Liza le puso la mano en la frente y detectó que la tenía caliente.

—He tenido unas pesadillas espantosas toda la noche. No me voy a levantar en todo el día, me voy a acostar. Tendré que tomar quinina. Di que me sirvan aquí el té, cariño.

Grojolski tomó quinina y se pasó todo el día en la cama. Bebió agua caliente,

gimió, le cambiaron la ropa de cama, se quejó y acabó con la paciencia de todos cuantos le rodeaban. Se ponía insoportable siempre que se creía acatarrado. Liza se veía obligada a interrumpir cada dos por tres su atenta vigilancia en la terraza para acudir corriendo a su cuarto. Durante la comida no tuvo más remedio que aplicarle unos sinapismos. Imagina, lector, qué fastidioso le habría resultado todo esto a mi heroína de no haber tenido a su alcance la dacha de enfrente. Liza se pasó todo el día observando esa dacha y no cabía en sí de gozo.

A las diez Iván Petróvich y Míshutka, de vuelta de pescar, desayunaron. A las dos almorzaron y a las cuatro salieron a dar un paseo en calesa. Los blancos caballos partieron raudos como centellas. A las ocho tuvieron invitados, unos hombres. Estuvieron hasta medianoche en la terraza, jugando a las cartas en dos mesas. Uno de aquellos hombres tocó el piano divinamente. Los invitados jugaron, bebieron, comieron, rieron a carcajadas. Iván Petróvich, riendo como un condenado, les contó un chiste sobre las costumbres de los armenios; lo contó a grito pelado, así que lo oyeron en todas las dachas de los alrededores. ¡Se lo pasaron en grande! Y Míshutka estuvo con ellos hasta medianoche.

«Misha está alegre, no llora —pensaba Liza—, lo cual quiere decir que no se acuerda de su madre. ¡Así que se ha olvidado de mí!».

Y Liza sintió un terrible pesar en el alma. Se pasó llorando toda la noche. Se lamentaba de su escasa conciencia, sentía rabia, y angustia, y un vivo deseo de hablar con Míshutka, de besarlo... A la mañana siguiente se levantó con dolor de cabeza, con los ojos enrojecidos por el llanto. Esas lágrimas se las anotó Grojolski en su propia cuenta.

—¡No llores, preciosa! —le dijo—. Hoy ya me encuentro mejor... Tengo una pequeña molestia en el pecho, pero no es nada.

Mientras tomaban el té, en la dacha de enfrente estaban desayunando. Iván Petróvich miraba al plato y lo que veía era una jugosa tajada de ganso.

—Estoy encantado —musitó Grojolski, mirando de reojo a Bugrov—. ¡Realmente encantado de que pueda vivir decentemente! Así al menos las buenas condiciones de vida le ayudarán a mitigar su dolor. ¡Ocúltate, Liza! Nos van a ver... Ahora mismo no me apetecería tener una charla con él... ¡Que Dios le guarde! ¿Para qué molestarle?

Pero el almuerzo ya no fue tan tranquilo. Durante la comida se produjo esa «situación embarazosa» a la que tanto miedo le tenía Grojolski. Nada más servirse las perdices, el plato favorito de Grojolski, Liza de repente se quedó desconcertada, y él empezó a enjugarse el rostro con la servilleta. Habían visto a Bugrov en la terraza de la dacha de enfrente. Estaba de pie, con las manos apoyadas en la balaustrada, y los miraba fijamente, con los ojos a cuadros.

—Entra, Liza... Entra... —susurró Grojolski—. ¡Ya te había dicho que teníamos que comer dentro! Hay que ver cómo eres...

Bugrov miraba y miraba y de pronto soltó un grito. Grojolski se fijó en él y

advirtió una profunda sorpresa en su rostro...

—¿Es usted? —gritó Iván Petróvich—. ¿Usted? ¿Están aquí? ¿Qué tal?

Grojolski arrastró los dedos de un hombro a otro. Quería hacer ver que estaba flojo del pecho y no le era posible gritar desde esa distancia. A Liza se le aceleró el corazón y se le nubló la vista. Bugrov abandonó a toda prisa su terraza, cruzó corriendo el camino y a los pocos segundos ya se encontraba al pie de la terraza donde Liza y Grojolski estaban comiendo. ¡Se les quitaron las ganas de tomar las perdices!

—¿Qué tal? —dijo, ruborizándose y metiéndose las manazas en los bolsillos—. ¿Así que están aquí? ¿También ustedes?

—Pues sí, aquí estamos.

—¿Cómo es que están aquí?

—¿Y usted?

—¿Yo? ¡Menuda historia! ¡Toda una peripecia, amigo mío! Pero no se preocupen, ¡sigan comiendo! No sé si saben que he estado viviendo, desde que... en la provincia de Oriol... Tenía arrendada una pequeña hacienda. ¡Una hacienda estupenda! Pero ¡coman! Estuve allí viviendo hasta finales de mayo, sí, pero ahora lo he dejado... Es un sitio frío, la verdad, y el médico me recomendó viajar a Crimea...

—No me diga que está usted enfermo —dijo Grojolski.

—Pues sí... parece que está todo aquí dentro como... alterado...

Iván Petróvich, al pronunciar las palabras «aquí dentro», se llevó la mano desde el cuello hasta la mitad de la tripa.

—Así que ustedes también están aquí... Ya veo... Qué cosa más agradable. ¿Llevan aquí mucho tiempo?

—Desde junio.

—Muy bien. Y tú, Liza, ¿cómo estás? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —respondió Liza, y se sintió turbada.

—¿Has echado de menos a Míshutka? ¿Eh? Pues está aquí conmigo... Ahora mismo os lo mando con Nikifor. ¡Qué agradable! Bueno, ¡adiós! Ahora tengo que salir. Ayer conocí al príncipe Ter-Gaimazov. ¡Un hombre encantador, a pesar de ser armenio! Hoy hay partido de *croquet* en su casa. Así que jugaremos al *croquet*... ¡Adiós! El caballo ya está preparado.

Iván Petróvich titubeó, sacudió la cabeza y, diciendo *adieu* con la mano, regresó rápidamente a su casa.

—¡Pobre desdichado! —dijo Grojolski, siguiéndole con la mirada, y suspiró profundamente.

—¿Por qué desdichado? —preguntó Liza.

—¡Verte y no tener derecho a llamarte «suya»!

«¡Imbécil! —se atrevió a pensar Liza— ¡Blandengue!».

Esa tarde Liza pudo abrazar y besar a Míshutka, al que había llevado Nikifor. Al principio Míshutka se cogió una pataleta, pero cuando le ofrecieron mermelada de

cornejo sonrió con agrado.

Durante tres días Grojolski y Liza no vieron a Bugrov. Se pasaba el día por ahí y sólo de noche regresaba a casa. Al cuarto día volvió a presentarse en casa de sus vecinos a la hora de comer... Llegó, les dio a los dos la mano y se sentó a la mesa. Traía el semblante serio...

—Tengo un asunto que tratar con ustedes —dijo—. ¡Lea! —Y le dio una carta a Grojolski—. ¡Léala! ¡Léala en voz alta!

Grojolski leyó en voz alta lo siguiente:

—«¡Mi muy querido y añorado Ioann^[113], hijo mío del alma! He recibido tu carta, henchida de respeto y amor, en la que invitas a este anciano padre tuyo a la benigna y salutífera Crimea, a fin de que respire sus aires purísimos y pueda visitar unas tierras ignotas. Por la presente respondo a tu misiva y te hago saber que, una vez recibida la oportuna licencia, me dispongo a hacerte compañía, si bien será por una breve temporada. Mi compañero, el padre Guerásim, es un hombre débil y enfermo y no puede estar solo largo tiempo. Yo aprecio en lo que vale que no te olvides de tus progenitores, de tu padre y de tu madre... A tu padre lo haces muy feliz con tu cariño, y a tu madre la tienes presente en tus oraciones; y así es como debe ser. Ve a recibirme a Teodosia. ¿Qué clase de ciudad es Teodosia? ¿Cómo es? Será muy grato visitarla. Tu madrina, la mujer que te tomó en la pila bautismal, se llamaba Teodosia. Me escribes que Dios te ha permitido ganar doscientos mil rublos. Eso me resulta muy grato. Pero, en cambio, no me parece bien que tú, habiendo servido hasta alcanzar un rango estimable, hayas renunciado al servicio al Estado. Servir es apropiado incluso para la gente acaudalada. Recibe mi bendición, ahora y siempre. Te saludan respetuosamente Andrónov Iliá y Seriozhka. Podrías enviarles diez rublos a cada uno. ¡Están en la miseria! Tu amante padre, el sacerdote Piotr Bugrov».

Grojolski leyó en voz alta la carta y tanto él como Liza le dirigieron a Bugrov una mirada inquisitiva.

—Pues miren lo que ocurre —empezó, balbuceante, Iván Petróvich—. Yo, Liza, te pediría que, mientras él esté aquí, no te dejes ver, que te ocultes a su vista. Yo le había escrito diciéndole que estabas enferma y habías viajado al Cáucaso para tratarte. Si te ve, entonces... ya sabes... Sería embarazoso... Hum...

—De acuerdo —dijo Liza.

«Puede ser —pensó Grojolski—. Ya que él se sacrifica, ¿por qué no podemos sacrificarnos nosotros?».

—Por favor... Si no, como te vea, va a pasar algo... Es tremendamente riguroso. Enseguida pone el grito en el cielo. Tú, Liza, no salgas de tu cuarto, eso es lo único que te pido. No va a estar aquí mucho tiempo. No te preocupes...

El padre Piotr no se hizo esperar demasiado. Una hermosa mañana llegó corriendo Iván Petróvich y, en tono enigmático, cuchicheó:

—¡Ha llegado! ¡Ahora está durmiendo! Ya saben... ¡se lo ruego!

Y Liza se encerró entre aquellas cuatro paredes. No se permitía a sí misma salir al

patio o a la terraza. Sólo podía ver el cielo a través de las cortinas. Para su desgracia, el progenitor de Iván Petróvich estaba todo el rato al aire libre e incluso dormía en la terraza. Habitualmente el padre Piotr, un pope menudo, vestido con una sotana marrón y tocado con un sombrero de copa con el ala levantada, paseaba despacio alrededor de la dacha y observaba con curiosidad, a través de sus gafas de anciano, aquellas «tierras ignotas». Le acompañaba Iván Petróvich con la Cruz de San Estanislao prendida del ojal. Por lo general no llevaba puesta la condecoración, pero ante la parentela a Iván Petróvich le gustaba presumir. En presencia de sus deudos siempre lucía la Cruz de San Estanislao.

Liza estaba muerta de aburrimiento. Grojolski también lo pasaba mal. Se veía obligado a pasear solo, sin su pareja. A punto estuvo de echarse a llorar, pero... había que someterse al destino. Además, cada mañana se acercaba corriendo Bugrov y, bisbiseando, les transmitía el parte sanitario del menudo padre Piotr, algo que nadie echaba de menos. Los tenía aburridos con sus partes.

—¡Esta noche ha dormido bien! —informaba—. Ayer se enfadó porque no teníamos pepinos en salmuera. Le ha cogido mucho cariño a Míshutka. Siempre está acariciándole la cabeza...

Por fin, al cabo de un par de semanas, el menudo padre Piotr dio su último paseo alrededor de las dachas y, para gran alegría de Grojolski, se marchó. Había paseado hasta hartarse y se marchó satisfecho. Grojolski y Liza retomaron su vida anterior. Grojolski volvió a bendecir su destino. Pero su dicha no duró mucho. Se produjo una nueva desgracia, peor aún que el padre Piotr.

Iván Petróvich adoptó la costumbre de visitarlos a diario. Iván Petróvich, para ser sinceros, era una bellísima persona, pero era un hombre muy pesado. Llegaba a la hora de comer, se sumaba a ellos y se quedaba largo rato haciéndoles compañía. Y eso era lo de menos. Encima había que servirle vodka con las comidas, a pesar de que Grojolski no soportaba esa bebida. Se bebía unas cinco copas y no paraba de hablar en toda la comida. Pero aún había más... Y es que se quedaba con ellos hasta las dos de la madrugada y no les dejaba dormir. Y, para colmo, se permitía hablar de temas de los que debería callar. A eso de las dos, harto ya de vodka y de champán, cogía de la mano a Míshutka y, llorando, le decía en presencia de Grojolski y de Liza:

—¡Hijo mío! ¡Mijaíl! ¿Quién soy yo? ¿Quién? Yo soy un... ¡un canalla! ¡Vendí a tu madre! La vendí por treinta monedas de plata... ¡Que el Señor me castigue! ¡Mijaíl Ivánich! ¡Lechoncito mío! ¿Dónde está tu madre? ¡Se ha largado! ¡Ya no está! ¡Vendida como esclava! ¿Entonces? Soy un canalla... Está claro...

Aquellas lágrimas y aquellas palabras a Grojolski le partían el alma. Miraba tímidamente a Liza, que estaba pálida, y se retorció las manos.

—¡Váyase a dormir, Iván Petróvich! —apenas se atrevía a decir.

—Ya me voy... ¡Vámonos, Míshutka! ¡Que Dios nos perdone! Soy incapaz de pensar en dormir, sabiendo que mi mujer es una esclava. Pero la culpa no es de Grojolski. Mía era la mercancía, suyo el dinero. La voluntad es para los libres, el

paraíso para los salvados...

De día, la presencia de Iván Petróvich se le hacía igualmente insoportable a Grojolski. Para gran horror de éste, no dejaba a Liza ni a sol ni a sombra. Iba con ella a pescar, le contaba chistes, paseaban juntos. Una vez, incluso, aprovechando un catarro de Grojolski, se la llevó en su calesa, a saber adónde, hasta bien entrada la noche.

«¡Es indignante! ¡Inhumano!», pensaba Grojolski, mordiéndose los labios.

A Grojolski le gustaba besar a Liza continuamente. Sin esos dulcísimos besos no podía vivir, y en presencia de Iván Petróvich resultaba muy embarazoso besarse. ¡Qué tormento! El pobrecillo se sentía solo. Pero el destino no tardó en apiadarse de él. De buenas a primeras, Iván Petróvich desapareció una semana entera. Se presentaron unos conocidos y se lo llevaron consigo. También se llevaron a Misha.

Una hermosa mañana, después de su paseo, Grojolski regresaba a su dacha alegre y radiante.

—Ha vuelto —le dijo a Liza, frotándose las manos—. Estoy encantado de que haya vuelto... ¡Ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes?

—Ha venido con unas mujeres...

—¿Qué clase de mujeres?

—No sé... Pero está muy bien que haya invitado a unas mujeres... Es algo estupendo... Es tan joven aún, tan fresco... ¡Ven aquí un momento! Fíjate...

Grojolski salió con Liza a la terraza y le señaló la dacha de enfrente. Los dos se desternillaron de la risa. Era muy divertido. En la terraza de enfrente estaba Iván Petróvich, sonriente. Debajo, al pie de la terraza, había dos señoras morenas con Míshutka. Las señoras estaban comentando algo en francés, en voz alta, y se reían a carcajadas.

—Unas francesas —advirtió Grojolski—. Esa que está más cerca es bastante guapa. Caballería ligera, pero es lo de menos... También entre ellas hay buenas mujeres. Aunque es verdad que son un tanto... descaradas.

Fue divertido ver a Iván Petróvich inclinarse al borde de la terraza, extender sus largos brazos hacia abajo, coger de los hombros a una de las francesas y, entre risotadas, tirar de ella hasta depositarla en la terraza.

Tras subir a las dos señoras, cogió también a Míshutka. Las damas bajaron corriendo de la terraza y él volvió a levantarlas...

—¡Vaya unos músculos robustos! —farfulló Grojolski, que estaba contemplando la escena.

Hasta seis veces se repitió la operación. Las señoras eran tan simpáticas que no mostraron la menor turbación cuando el viento sopló con fuerza mientras las estaban levantando y dispuso libremente de sus vestidos hinchados. Grojolski apartaba la vista avergonzado cada vez que las damas, al alcanzar el balcón, pasaban las piernas por encima de la balaustrada. ¡Liza, en cambio, no les quitaba ojo y se reía a

carcajadas! ¿A ella qué más le daba? No eran hombres los que se estaban comportando de forma indecorosa, sino mujeres, así que ¿por qué iba a avergonzarse?

Aquella tarde llegó corriendo Iván Petróvich y, turbado, les comunicó que ahora era un hombre hogareño...

—No se vayan a creer que son unas cualesquiera —dijo—. Naturalmente, son francesas, no paran de gritar, beben vino... ¡ya se sabe! ¡Cosas de la educación de los franceses! Qué se le va a hacer...

—A mí —añadió Iván Petróvich— me las ha cedido el príncipe... Prácticamente de balde. Dicho y hecho. Deberían ustedes conocer alguna vez al príncipe. ¡Es un hombre muy educado! No hace más que escribir y escribir... Y ¿saben cómo se llaman? Una es Fanny, la otra es Isabella... ¡Europa! Ja, ja, ja... ¡Occidente! ¡Adiós!

Iván Petróvich dejó en paz a Grojolski y a Liza y se pegó a sus señoras. Todo el santo día se oían en su dacha voces, risas, ruido de platos... Hasta altas horas de la noche no se apagaban las luces. Grojolski podía descansar tranquilo. Por fin, después de aquel largo y penoso entreacto, volvía a sentirse feliz y relajado. Iván Petróvich con aquellas dos mujeres no saboreaba tanta dicha como él con una sola. Pero... ¡ay! El destino no tiene corazón. Juega con los Grojolski, las Liza, los Iván, los Míshutka, como si fueran peones. Grojolski volvió a perder la paz.

Un día, al cabo de una semana y media, se levantó tarde, se asomó a la terraza y se encontró con un cuadro que le turbó, le escandalizó y le indignó profundamente. Al pie de la terraza de la dacha de enfrente vio a las francesas, y en medio de ellas estaba... Liza. Mientras charlaba con ellas, miraba de reojo hacia su propia dacha, como preguntándose: «¿No se habrá levantado ese tirano, ese déspota?». (Así fue como interpretó Grojolski aquellas miradas). Iván Petróvich, desde la terraza, remangado, subió a Isabella, luego a Fanny y luego... a Liza. Mientras subía a Liza, a Grojolski le dio la impresión de que la estrechaba contra su cuerpo. También Liza pasó una pierna por encima de la balaustrada. ¡Ay, estas mujeres! ¡Todas, de la primera a la última, son unas esfinges!

Cuando Liza volvió a casa y entró de puntillas en el dormitorio, como si no pasara nada, se encontró a Grojolski pálido, con manchas sonrosadas en las mejillas, tumbado en una postura de completa postración, gimiendo.

Al ver a Liza, se levantó de la cama de un salto y dio unos pasos por la habitación.

—¿Cómo ha podido usted ^[114]? —chilló con voz de tenor—. ¿Cómo ha podido? ¡No sabe cuánto se lo agradezco! ¡Es algo escandaloso, señora mía! ¡Es algo inmoral, en definitiva! ¡Entiéndalo!

Liza palideció y, naturalmente, se echó a llorar. Las mujeres, cuando sienten que tienen razón, discuten y lloran; en cambio, cuando saben que tienen la culpa, únicamente lloran.

—¿Se entiende usted con esas pervertidas? Eso... eso... ¡eso supera cualquier

indecencia! ¿Acaso no sabe quiénes son? ¡Son mujeres venales! *Cocottes*! ¿Y usted, una mujer decente, se ha arrastrado por los mismos lugares que ellas? En cuanto a ese... ¡ése! ¿Qué quiere? ¿Qué más quiere de mí? ¡No comprendo! ¡Le di la mitad de mis bienes, le di más! ¡Usted lo sabe bien! Le di lo que no tenía... Casi todo se lo di... Y él... He soportado que te tratara de «tú», algo a lo que no tiene ningún derecho, he soportado vuestros paseos, los besos después de la comida... Todo lo he soportado, pero esto ya no lo soporto. ¡O él o yo! ¡Si él no se marcha de aquí, me marchó yo! Ahora mismo voy a hablar con él. ¡En este preciso instante! ¿Quién es ese hombre, al fin y al cabo? ¡Valiente es él! Bueno... Tanto pensar en sí mismo no va a servirle de nada...

Grojolski soltó aún muchos sarcasmos y muchas bravuconadas, pero ese «preciso instante» no acababa de llegar: se acobardó y se avergonzó. Fue a ver a Iván Petrovich a los tres días...

Al entrar en su vivienda, se quedó boquiabierto. Se asombró del lujo y la riqueza que rodeaban a Bugrov. Las tapicerías de terciopelo, las sillas tremendamente caras... Daba miedo entrar allí. Grojolski había conocido a lo largo de su vida a mucha gente rica, pero ninguno de ellos vivía con un lujo tan frenético. Pero ¡cuánto desbarajuste se encontró al entrar en la sala con un temblor inexplicable! Encima del piano había platos con restos de pan, en una silla había un vaso, debajo de la mesa un cesto con unos trapos indecentes. Las ventanas estaban cubiertas de cáscaras de nuez... El propio Bugrov, cuando llegó Grojolski, tampoco estaba muy presentable. Paseaba por la sala, sonrosado, sin peinar, en *déshabillé*, y hablaba solo... Al parecer, estaba muy alterado. Sentado en un sofá, en esa misma sala, estaba Míshutka, que agitaba el aire con un grito penetrante.

—¡Es terrible, Grigori Vasílich! —dijo Bugrov al ver a Grojolski—. Cuánto desorden, cuánto desorden... ¡Siéntese, se lo ruego! Disculpe que le reciba vestido como Adán y Eva. Eso es lo de menos... ¡Un trastorno terrible! ¡No comprendo cómo nadie puede vivir aquí! ¡No lo comprendo! El servicio no obedece, el clima es horrible, todo está caro... ¡Cállate! —gritó Bugrov, parándose de pronto delante de Míshutka—. ¡A callar! ¡Te están hablando! ¡Serás animal! ¿No te callarás?

Y Bugrov le dio un tirón de orejas al niño.

—¡Es escandaloso, Iván Petróvich! —dijo Grojolski con voz quejumbrosa—. ¿Cómo se puede pegar a un niño tan pequeño? Hay que ver cómo es usted, la verdad sea dicha...

—Con tal de que no berree... ¡A callar! ¡O te zurro!

—No llores, Misha, tesoro... Papá no te va a tocar más. ¡No le pegue usted, Iván Petróvich! Si no es más que un bebé... Bueno, bueno... ¿Quieres el caballito? Ya te traigo yo el caballito... Pero qué... cruel es usted... —Y Grojolski, tras una pausa, preguntó—: ¿Cómo están las señoras, Iván Petróvich?

—Ni bien ni mal... Las he echado. Sin miramientos. Yo las habría tenido aquí más tiempo, pero resultaba incómodo: el crío está creciendo... Toma ejemplo de su

padre... Si hubiera estado solo, entonces ya sería otra cosa. Aparte de eso, ¿qué sentido tenía que siguieran aquí? Uf... ¡Era una pura comedia! Yo les hablaba en ruso, y ellas a mí en francés. No entendían ni jota, eran muy duras de mollera.

—Yo venía a tratar de un asunto, Iván Petróvich, a hablarle un momento... Hum... No es nada especial, únicamente... dos o tres palabras... En realidad, quería pedirle una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Sería posible, Iván Petróvich, que se marchara usted... de aquí? Nosotros estamos encantados con su presencia, nos resulta muy agradable, pero ya sabe, no es lo más conveniente... Es un tanto embarazoso... Hay cierta indefinición en las relaciones, una permanente incomodidad en el trato mutuo... Es preciso separarse. Y hasta imprescindible... Perdóneme, pero... usted, naturalmente, se hace cargo de que en estas situaciones la vida en común desemboca en... ciertas reflexiones... No exactamente reflexiones, pero sí surge una especie de sensación incómoda.

—Sí... Así es. Yo mismo lo había pensado. Muy bien, me marcharé.

—Vamos a estarle muy agradecidos. ¡Puede estar seguro, Iván Petróvich, de que guardaremos un magnífico recuerdo de usted! Una víctima, a la que...

—Muy bien... Pero ¿dónde meto todas estas cosas? Escuche, ¿por qué no me compran estos muebles? ¿Qué le parece? No son caros... Ocho mil, pongamos... diez mil... El mobiliario, la calesa, el piano...

—De acuerdo... Le doy diez mil...

—¡Estupendo! Me voy mañana mismo... Me voy a Moscú. ¡Aquí no hay quien viva! ¡Está todo carísimo! ¡Horriblemente caro! Se gasta el dinero a espuertas. A cada paso, son mil rublos... Yo así no puedo... Tengo una familia... Bueno, gracias a Dios que me compra usted los muebles. Así tendré más dinero; de otro modo, me quedaba en la ruina...

Grojolski se levantó, se despidió de Bugrov y, exultante de felicidad, se dirigió a su casa. Por la tarde le hizo llegar los diez mil rublos.

A la mañana siguiente, muy temprano, Bugrov y Míshutka ya estaban en Teodosia.

III

Transcurrieron algunos meses. Llegó la primavera.

Con la primavera llegaron también los días claros y radiantes, cuando la vida no es tan odiosa y aburrida y la tierra resulta más agradable. Una cálida brisa soplaba desde el mar y los campos. La tierra se cubría de tiernos pastos, en los árboles brotaban las hojas verdes. La naturaleza resucitaba y se exhibía con nuevos ropajes...

Se diría que nuevas esperanzas y nuevos deseos tendrían que bullir en el hombre cuando en la naturaleza todo aparece renovado, joven, fresco... Pero al ser humano le cuesta mucho resucitar.

Grojolski seguía viviendo en la misma dacha. Sus esperanzas y deseos, pequeños, sin pretensiones, seguían reduciéndose a Liza, a ella sola, a nada más. Como al principio, no apartaba los ojos de ella y se deleitaba con una sola idea: «¡Qué feliz soy!». El pobrecillo, en efecto, se sentía tremendamente feliz. Liza, igual que antes, se sentaba en la terraza y miraba aburrida y perpleja la dacha de enfrente y los árboles que la rodeaban, a través de los cuales podía verse el mar azul. Igual que antes, estaba callada casi todo el tiempo, lloraba a menudo y de vez en cuando le aplicaba sinapismos a Grojolski. Con todo, sí se le podía dar la enhorabuena por una novedad. En su interior crecía un gusano. El gusano de la añoranza. Sentía una gran añoranza, añoranza de su hijo, de su vida pasada, de su alegría. Su vida anterior no había sido especialmente alegre, pero en cualquier caso sí más alegre que la presente. Cuando vivía con su marido, de vez en cuando iba al teatro, a fiestas, a visitar a los amigos. ¿Y aquí, con Grojolski? Aquí todo era vacío, silencio... A su lado sólo había un hombre, y aun éste, con sus achaques y sus continuos besos, tan empalagosos, parecía un viejo chocho, siempre lloriqueando de alegría. ¡Qué aburrimiento! Allí no tenía a Mijéi Sergueich, que solía bailar la mazurca con ella, ni a Spiridón Nikolaich, hijo del redactor de *La Gaceta Provincial*^[115]. Spiridón Nikolaich cantaba y recitaba versos divinamente. Tampoco había una mesa con entremeses, ni había invitados, ni estaba allí con ella Gerásimovna, la niñera que la regañaba por comer tanta confitura. ¡Allí no había nadie! Allí se moría una de aburrimiento. Grojolski se regocijaba con su soledad, pero... hacía mal en regocijarse. Antes de lo previsto le tocó pagar por su egoísmo. A principios de mayo, cuando hasta el aire parecía amar y no cabía en sí de gozo, Grojolski lo perdió todo: la mujer amada y...

Ese año Bugrov también viajó a Crimea. No alquiló la dacha de enfrente, sino que estuvo de gira con Míshutka por distintas ciudades. En ellas bebió, comió, durmió y jugó a las cartas. Había perdido por completo la afición a la pesca, a la caza y a las francesas, las cuales, dicho sea entre nosotros, le habían desvalijado lo suyo. Había adelgazado, ya no se mostraba radiante ni sonreía francamente, vestía ropas de lona. También visitó Iván Petróvich en alguna ocasión la dacha de Grojolski. Le llevaba a Liza confitura, bombones, frutas, en un intento de distraerla un poco. A Grojolski no le inquietaban esas visitas, sobre todo porque eran esporádicas, breves y, aparentemente, se hacían por el bien de Míshutka, a quien no había por qué privar del derecho a verse con su madre. Bugrov llegaba, sacaba sus regalos y, tras pronunciar unas pocas palabras, se marchaba. Y esas pocas palabras no las intercambiaba con Liza, sino con Grojolski. Con Liza callaba. Y Grojolski estaba tranquilo... Pero hay un dicho que no le habría venido mal recordar a Grojolski: «Más hace el lobo callando que el perro ladrando»... Es un dicho malicioso, pero a veces para la vida práctica resulta muy conveniente.

En cierta ocasión, paseando por el jardín, Grojolski oyó el murmullo de dos voces. Una de las voces era de hombre, la otra de mujer. La primera era la de Bugrov, la segunda la de Liza. Grojolski escuchó con atención, se puso pálido como la muerte

y se acercó en silencio a los que estaban conversando. Se escondió detrás de un lilo y se dedicó a observar y escuchar. Tenía los pies y las manos helados. Un sudor frío le cubrió la frente. Para no tambalearse y caer, tuvo que agarrarse con ambas manos a las ramas del lilo. ¡Todo había terminado!

Bugrov tenía cogida a Liza de la cintura y le decía:

—¡Amada mía! ¿Qué podemos hacer? Así lo ha querido Dios. Soy un miserable. Te vendí. Me dejé tentar por el monstruo de la riqueza, mil veces maldito... ¿Y de qué me ha servido esta riqueza? ¡Sólo me ha traído inquietud y presunción! Ni paz, ni felicidad, ni dignidades... Te quedas ahí parado, como un zoquete, sin avanzar un paso... ¿Sabías? Andriushka Markuzin ya es jefe de despacho. ¡Andriushka, ese bobo! Y yo sin hacer nada... ¡Señor, Señor! Renuncié a ti y renuncié a la felicidad. ¡Seré miserable! ¡Canalla! ¿Tú crees que saldré bien parado en el Juicio Final?

—¡Vámonos de aquí, Vania! —Liza se echó a llorar—. Me aburro... Me muero de pena.

—No es posible... Acepté su dinero.

—Pues ¡devuélveselo!

—Se lo devolvería encantado, sí... ¡Alto ahí, no hay que correr tanto! Hay que resignarse, *mátushka*. Dios nos ha castigado. A mí por mi codicia, a ti por tu frivolidad. Así pues, nos tocará sufrir... En el otro mundo todo será más fácil.

Y arrastrado por la ola de sentimientos religiosos Bugrov levantó los ojos al cielo.

—Pero ¡yo aquí no puedo vivir! ¡Me aburro!

—¿Qué se le va a hacer? ¿Es que yo no me aburro? ¿Acaso estoy alegre sin ti? ¡No puedo más, estoy consumido! ¡Y el pecho ha empezado a dolerme! Tú eres mi legítima esposa, carne de mi carne... Eres una conmigo... ¡Vive, aguanta! Y, en cuanto a mí... tengo que ir a hacer unas visitas... —E, inclinándose hacia Liza, Bugrov le susurró unas palabras, pero tan alto que se pudo oír a varios *sazheny*^[116] de distancia—: Vendré también a verte por las noches, Lízanka. No te preocupes. Estoy en Teodosia, cerca de aquí. Voy a estar viviendo cerca de ti, hasta que acabe de gastármelo todo. ¡Y pronto me habré gastado hasta el último kopek! ¡Ayayay! ¿Qué vida es ésta? Un aburrimiento, siempre estoy enfermo... Me duele el pecho, me duele la tripa...

Bugrov se calló. Era el turno de Liza. ¡Dios mío, qué mujer más cruel! Se puso a llorar, a quejarse, a enumerar todos los defectos de su amante, sus sufrimientos... Grojolski, escuchándola, se sintió un bandido, un ladrón, un rompecorazones...

—¡Me ha hecho la vida imposible! —concluyó Liza.

Tras despedirse de ella con un beso, Bugrov al salir del jardín se topó con Grojolski, que le estaba esperando junto al portillo.

—¡Iván Petróvich! —dijo Grojolski con voz de agonizante—. Lo he visto y lo he oído todo... No ha sido nada honroso por su parte, pero tampoco le culpo. También usted la ama. Pero ¡entienda que es mía! ¡Mía! ¡Yo no puedo vivir sin ella! ¿Es que no lo entiende? Muy bien, pongamos que usted la ama, que sufre por ella, pero

¿acaso no le compensé yo, al menos en parte, por su sufrimiento? ¡Márchese, por el amor de Dios! ¡Por el amor de Dios! Márchese de aquí para siempre. ¡Se lo suplico! De otro modo, acabará usted conmigo...

—No tengo adónde ir —declaró Bugrov sordamente.

—Hum... Ya se lo ha gastado todo. Es usted un hombre apasionado. Muy bien... Puede ir usted a mi hacienda en la provincia de Chernígov... ¿Quiere? Le regalo esa hacienda. Es pequeña, pero es magnífica. Le doy mi palabra, es magnífica...

A Bugrov se le iluminó la cara con una sonrisa. De pronto se sentía en el séptimo cielo.

—Se la regalo... Hoy mismo escribo al administrador y le envío un poder para que redacte el título de compraventa. Dígale usted a todo el mundo que ha comprado la hacienda. ¡Márchese! ¡Se lo suplico!

—De acuerdo... Me iré. Comprendo.

—Podemos ir al notario. Ahora mismo —propuso Grojolski, más animado, y fue a ordenar que engancharan los caballos.

Al día siguiente, por la tarde, estando Liza sentada en el banco donde solían celebrarse sus *rendez-vous* con Iván Petróvich, Grojolski se acercó a ella con mucha cautela. Se sentó a su lado y la tomó de la mano.

—¿Estás aburrida, Lizochka? —dijo después de un breve silencio—. ¿Te aburres? ¿Por qué no nos vamos por ahí? ¿A santo de qué tenemos que quedarnos siempre en casa? Conviene moverse, divertirse, hacer amistades... ¿O no?

—Yo no necesito nada —dijo Liza, pálida y desmejorada, mirando hacia el camino por el que solía venir Bugrov.

Grojolski se quedó pensativo. Sabía a quién esperaba y a quién necesitaba.

—Vámonos a casa, Liza —dijo—. Aquí hay mucha humedad...

—Ve tú... Yo voy enseguida.

Grojolski volvió a quedarse pensativo.

—¿Le esperas a él? —preguntó y torció el gesto, como si le hubieran hundido en el corazón unas tenazas al rojo vivo.

—Sí... Quería darle unos calcetines para Misha.

—No va a venir.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Se ha marchado.

Liza puso cara de asombro.

—Se ha marchado. Se ha ido a la provincia de Chemígov. Le he regalado mi hacienda.

Liza palideció de un modo espantoso y, para no derrumbarse, tuvo que agarrarse de los hombros de Grojolski.

—Le he acompañado al barco. A las tres.

Liza, de repente, se llevó las manos a la cabeza, intentó moverse y, tras desplomarse en el banco, empezó a temblar de la cabeza a los pies.

—¡Vania! —empezó a vociferar—. ¡Vania! ¡Yo también quiero irme, Vania! ¡Cariño!

Sufrió un ataque de histeria.

Desde aquella tarde hasta el mes de julio, en el jardín por donde paseaban los veraneantes podían verse dos sombras. Las sombras caminaban de la mañana a la noche, llenando de tristeza a los veraneantes. Por detrás de la sombra de Liza se movía la sombra de Grojolski. Si hablo de sombras es porque ambos habían perdido su aspecto anterior.

Estaban flacos, pálidos, encorvados, y parecían sombras, más que personas vivas. Estaban consumidos, como la pulga de aquel viejo chiste sobre un judío que vendía unos polvos contra las pulgas.

A principios de julio Liza abandonó a Grojolski, dejándole una nota en la que decía que iba a reunirse con su «hijo» por un tiempo... ¡Por un tiempo! Se marchó de noche, cuando Grojolski estaba dormido.

Después de leer su carta, Grojolski se pasó una semana entera deambulando alrededor de la dacha como un enajenado, sin comer ni dormir. En agosto sufrió unas fiebres reincidentes, y en septiembre se marchó al extranjero. Allí se dio a la bebida. Creía que hallaría consuelo en el vino y la depravación. Dilapidó todos sus bienes, pero el pobrecillo fue incapaz de apartar de su cabeza la imagen de la mujer amada con su carita felina. La gente no muere de felicidad, tampoco muere de tristeza. Grojolski encaneció, pero no se murió. A día de hoy, aún sigue vivo. De vuelta del extranjero, quiso ir a ver a Liza «con el rabillo del ojo». Bugrov lo recibió con los brazos abiertos y lo invitó a quedarse en su casa por un tiempo indefinido. Aún sigue viviendo en casa de Bugrov...

Este mismo año tuve ocasión de visitar Grojolevka, la hacienda de Bugrov. Cuando llegué, los señores estaban cenando. Iván Petrovich se alegró enormemente de verme y empezó a agasajarme. Había engordado y tendía a la obesidad. Como en otros tiempos, tenía la cara rolliza, lustrosa y sonrosada. Conservaba el cabello. Liza también había engordado. La gordura no le sentaba bien. Su carita empezaba a perder su aire gatuno y —¡ay!— recordaba más bien a la de una foca. Le rebosaban las mejillas hacia arriba, hacia delante y hacia los lados. Los Bugrov vivían por todo lo alto. No les faltaba de nada. En su casa abundaba la servidumbre y los alimentos...

Cuando acabamos de cenar, nos entretuvimos con la sobremesa. Yo no me acordaba de que Liza no toca y le pedí que nos interpretara alguna pieza al piano.

—¡Ella no toca! —dijo Bugrov—. No está aquí para eso... ¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¡Iván! ¡Dile a Grigori Vasilích que venga! ¿Qué es lo que está haciendo? —Y, dirigiéndose a mí, Bugrov añadió—: Ahora viene el músico... Toca la guitarra. El piano lo tenemos por Míshutka, le dan clases...

Al cabo de unos cinco minutos entró Grojolski en la sala; venía adormilado, despeinado, sin afeitarse... Entró, me saludó con una reverencia y se sentó algo retirado.

—Bueno, ¿cómo es que nos acostamos tan temprano? —le preguntó Bugrov—. ¡Cómo eres, hermano! Siempre durmiendo, siempre durmiendo... ¡Dormilón! Venga, tócanos algo alegre.

Grojolski afinó la guitarra, tañó las cuerdas y rompió a cantar:

Ayer esperaba a su amigo...

Yo escuchaba la canción, observaba la oronda fisonomía de Bugrov y pensaba: «¡Tiene una cara repelente!». Me entraron ganas de llorar. Al acabar la canción, Grojolski hizo una reverencia y se fue.

—¿Qué puedo hacer con él? —dijo Bugrov, dirigiéndose a mí, tras la salida de Grojolski—. ¡Menuda me ha caído encima! De día está todo el rato pensando y pensando... y de noche gimiendo. Incluso dormido no hace más que gemir y quejarse. Es una enfermedad... No sé qué hacer con él, ¡no alcanzo a comprenderlo! No nos deja dormir. Me temo que me voy a volver loco. La gente cree que no es bueno para él vivir en mi casa... pero ¿por qué no? Come con nosotros, bebe con nosotros... Dinero es lo único que no le damos. Si le diéramos dinero, se lo gastaría en bebida o lo derrocharía. ¡Sólo me faltaría esto! ¡Señor, apiádate de mí!

Me quedé a pasar la noche. A la mañana siguiente, cuando me desperté, en la habitación vecina Bugrov estaba leyéndole a alguien la cartilla:

—¡Dale a un tonto una cuerda y se ahorcará con ella! ¿A quién se le ocurre pintar los remos con pintura verde? ¡A ver, piensa un poco! ¡Reflexiona! ¿Por qué no respondes?

—Yo... yo... me he equivocado... —se justificaba una voz ronca de tenor...

Era la voz de Grojolski.

Fue él quien me acompañó a la estación...

—Es un déspota, un tirano —fue murmurando todo el camino—. Es un hombre generoso, pero ¡es un tirano! No se le ha desarrollado el corazón, tampoco el cerebro... ¡Me tortura! Si no fuera por esa mujer tan noble, yo ya me habría marchado hace tiempo... Me da pena dejarla. Estando los dos juntos, la situación se sobrelleva mejor. —Grojolski suspiró y prosiguió—: Está embarazada. ¿Se ha dado usted cuenta? De hecho, es hijo mío. Sí señor, mío. No tardó en darse cuenta de que había cometido un error y ha vuelto a mis brazos. A él no lo soporta.

—¡Es usted incorregible! —le dije a Grojolski, sin poder reprimirme.

—Sí, soy débil de carácter. Eso es verdad. He nacido así. ¿Conoce usted mi origen? Mi difunto padre traía por la calle de la amargura a un pobre empleado. ¡Lo maltrataba de un modo terrible! ¡Le hacía la vida imposible! En fin... Pero mi difunta madre tenía un gran corazón, venía de una familia modesta, de clase media. Por pura compasión, le tomó cariño a ese empleado. Y claro... Así que yo desciendo... del maltratado. ¿Cómo iba yo a tener carácter? ¿De dónde iba a sacarlo? Bueno, ya es la segunda llamada... ¡Adiós! ¡Vuelva otra vez a visitarnos, pero no le vaya a comentar

a Iván Petróvich lo que le he contado!

Le di la mano a Grojolski y subí de un salto al tren. Él inclinó la cabeza en dirección a mi vagón y se acercó a beber agua de una tina. Sin duda, estaba sediento.

FLORES TARDÍAS

(Цветы запоздалые)

Dedicado a N. I. Korobov^[117]

I

La escena tuvo lugar una oscura tarde otoñal, justo después de la comida, en casa de los príncipes Priklonski.

La anciana princesa y su hija Marusia estaban en la habitación del joven príncipe, retorciéndose los dedos e implorando. Imploraban como sólo saben hacerlo las mujeres infelices y compungidas: invocando a Dios nuestro Señor, invocando el honor, las cenizas del padre.

La princesa estaba enfrente del joven, llorando. Dando rienda suelta a las lágrimas y a las peroratas, interrumpiendo a cada paso a Marusia, no se cansaba de abrumar al príncipe con sus reproches, sus palabras ásperas y hasta injuriosas, con sus caricias, con sus ruegos... Mencionó mil veces al comerciante Fúrov, que les había protestado una letra de cambio, al difunto padre, cuyos huesos tenían que estar removiéndose en la tumba, y todas esas cosas. Mencionó incluso al doctor Toporkov.

El doctor Toporkov siempre había traído por la calle de la amargura a los príncipes Priklonski. Su padre había sido siervo, ayuda de cámara del difunto príncipe Senka^[118]. Nikifor, su tío materno, seguía siendo ayuda de cámara personal del príncipe Yegórushka. Y el propio doctor Toporkov, siendo apenas un chiquillo, se había llevado sus buenos pescozones por no dejar bien limpios los cuchillos, tenedores, botas y samovares de los príncipes. Y ahí estaba ahora —había que ver, ¡qué situación más ridícula!—, hecho todo un doctor, joven y brillante, viviendo como un señor en una casa descomunal, disponiendo de un coche de dos caballos, como si quisiese restregárselo por la cara a los Priklonski, que tenían que ir a pie y se veían obligados a regatear interminablemente cada vez que alquilaban un carruaje.

—Todo el mundo le respeta —dijo la princesa llorando, sin enjugarse las lágrimas—, todo el mundo le aprecia: es rico, apuesto, todos le abren sus puertas... ¡Tu antiguo sirviente, el sobrino de Nikifor! ¡Vergüenza da decirlo! Y ¿por qué? Pues porque se porta como es debido, no está siempre de juerga, no anda en malas compañías... Trabaja de sol a sol... ¿Y tú? ¡Ay, Señor, Señor!

La princesa Marusia, una joven de unos veinte años, de una belleza que recordaba a las protagonistas de las novelas inglesas, con sus preciosos rizos claros como el lino, con sus grandes ojos inteligentes del color del cielo meridional, exhortaba a su hermano Yegórushka con la misma energía.

Hablaba a la vez que su madre y le besaba a su hermano los erizados bigotes, que olían a vino agrio, le acariciaba los hombros y las mejillas y se apretaba contra él como un perrillo asustado. Lo único que salía de su boca eran palabras tiernas. Era incapaz de decirle a su hermano nada mínimamente hiriente. ¡Le quería tanto! En su opinión, su depravado hermano, el príncipe Yegórushka, húsar retirado, era el depositario de la verdad más elevada y un ejemplo extraordinario de bondad. Estaba convencida, fanáticamente convencida, de que aquel alocado bebedor tenía un corazón que podría ser la envidia de todas las hadas de los cuentos. Veía en él a un fracasado, a un hombre incomprendido cuyas virtudes no eran debidamente reconocidas. Disculpaba, casi con arrebatos, su desordenada inclinación a la bebida. ¡No faltaba más! Yegórushka la había convencido hacía tiempo de que, si bebía, era por culpa de su tristeza: ahogaba en vino y en vodka su pesar por un amor sin esperanza que le quemaba el alma, y hundiéndose en los brazos de mujeres licenciosas intentaba borrar de su cabeza de húsar la prodigiosa imagen de *aquella*. Y ¿qué mujer, en la situación de Marusia, podía dejar de ver en el amor una causa válida, capaz de disculpar cualquier cosa? ¿Qué mujer?

—¡George! —decía Marusia, pegándose a él y besando su rostro demacrado, con la nariz colorada—. Ya sé que bebes para ahogar tus penas... Pero ¡olvídate ya de todo eso! ¿Es que todos los desdichados tienen que beber? ¡Tienes que aguantar, ser más fuerte, luchar! ¡Como los héroes! ¡Con la inteligencia que tú tienes, con esa alma noble, llena de afecto, puedes soportar los embates del destino! ¡Ay, todos los fracasados sois unos pusilánimes!

Y Marusia —¡discúlpala, lector!— se acordó del Rudin^[119] de Turguéniev y se puso a hablarle de él a Yegórushka.

El príncipe estaba tumbado en la cama, mirando al techo con sus ojillos rojos de conejo. Un ligero ruido resonaba en su cabeza, y en la zona del estómago tenía una agradable sensación de saciedad. Acababa de comer, se había bebido una botella de vino tinto y en esos momentos, fumándose un cigarro de tres kopeks, se sentía en la gloria. Sentimientos e ideas de muy diverso calibre pululaban por su mente nublada y su alma doliente. Sentía lástima de su llorosa madre y de su hermana, pero al mismo tiempo tenía unas ganas locas de echarlas de su cuarto: no le dejaban dormir tranquilo, descabezar un sueño... Le daba rabia que se atrevieran a leerle la cartilla, aunque también es cierto que unos ligeros remordimientos de conciencia (sin duda, aún más ligera) le hacían sufrir. Era un estúpido, pero no tanto como para no reconocer que la casa de los Priklonski, efectivamente, se estaba hundiendo y que, en buena medida, era por culpa suya...

La princesa y su hija Marusia estuvieron un buen rato suplicándole. Ya habían encendido las luces en el salón, y llegó una visita, pero ellas seguían suplicándole. Por fin, Yegórushka se cansó de estar allí tumbado, sin poder dormir. Se desperezó con estrépito y dijo:

—¡Muy bien, me corregiré!

—¿Palabra de honor? ¿De caballero?

—¡Que Dios me castigue!

Su madre y su hermana le agarraron con fuerza y le obligaron una vez más a dar su palabra y prometer por su honor. Yegórushka repitió su promesa, comprometió su palabra y pidió que un rayo acabara con su vida en aquel mismo lugar si no renunciaba a su vida desordenada. La princesa le hizo besar un icono. Él besó la imagen y, además, se persignó tres veces. En una palabra, había hecho un verdadero juramento.

—¡Confiamos en ti! —dijeron la princesa y Marusia, y se arrojaron en brazos de Yegórushka.

Creían en él. ¿Cómo no iban a creer en aquella palabra tan sincera, en aquel juramento desesperado, en aquel beso estampado sobre la imagen, y todo eso a la vez? Además, allí donde hay amor hay también una fe ciega. De ese modo, las dos mujeres revivieron y, al igual que los judíos celebran la restauración de Jerusalén, se dirigieron a celebrar la restauración de Yegórushka. Tras despedir a la visita, se sentaron en un rincón y se pusieron a hablar en voz baja de cómo se iba a corregir su Yegórushka, de su nueva vida... Llegaron a la conclusión de que llegaría lejos: no tardaría en arreglar la situación y ellas no se verían obligadas a soportar la pobreza extrema, ese abominable Rubicón que deben cruzar todas las familias que se arruinan. Decidieron incluso que Yegórushka, inevitablemente, se casaría con una mujer rica y bella. Él era tan apuesto, tan listo, tan eminente, que difícilmente se encontraría a una mujer que tuviera la osadía de no quererlo. Para concluir, la princesa relató la biografía de sus antepasados, a quienes pronto empezaría a imitar Yegórushka. El abuelo Priklonski había sido embajador y hablaba todas las lenguas europeas, el padre había sido comandante de uno de los regimientos más importantes, y el hijo sería... sería... ¿qué podía ser?

—¡Ya lo veréis, ya! —decidió la princesa—. ¡Ya lo veréis!

Después de acostarse, todavía estuvieron comentando un buen rato el brillante futuro. Y, cuando al fin cerraron los ojos, tuvieron unos sueños maravillosos. Dormidas, sonreían felices: ¡así de dichosos eran sus sueños! Muy probablemente, con esos sueños el destino las compensaba por todos los horrores que iban a sufrir al día siguiente. El destino no siempre es tacaño: en ocasiones paga por adelantado.

A eso de las tres de la madrugada, justo en el momento en que la princesa soñaba con su *bébé*, enfundado en un brillante uniforme de general, y Marusia aplaudía en sueños a su hermano, que estaba pronunciando un brillante discurso, una modesta calesa de punto llegaba a casa de los príncipes Priklonski. Venía en la calesa un camarero del Château de Fleurs que sostenía el noble cuerpo del príncipe Yegórushka, borracho como una cuba. Yegórushka se encontraba en un estado de total inconsciencia y colgaba de los brazos del «mozo» como un ganso recién degollado camino de la cocina. El cochero saltó del pescante y llamó a la puerta. Salieron Nikifor y el cocinero, pagaron al cochero y llevaron el cuerpo ebrio

escaleras arriba. El viejo Nikifor, que ya estaba curado de espantos, con mano experta desvistió el cuerpo inmóvil, lo acostó en las profundidades del colchón de plumas y lo cubrió con la colcha. A la sirvienta no se le dijo ni palabra. Estaba acostumbrada desde hacía tiempo a ver a su señor como algo que había que trasladar, desvestir y tapar, de modo que ella tampoco se iba a asombrar ni asustar. Lo normal para ella era ver a Yegórushka borracho.

A la mañana siguiente se llevaron un buen susto.

Alrededor de las once, mientras la princesa y Marusia estaban tomando café, entró Nikifor en el comedor y comunicó a sus excelencias que algo malo le pasaba al príncipe Yegórushka.

—¡Cualquiera diría que se está muriendo! —dijo Nikifor—. ¡Tengan la bondad de venir a ver!

Las caras de la princesa y de Marusia se pusieron blancas como una pared. A la princesa se le cayó un trocito de bizcocho de la boca. Marusia volcó la taza y se llevó ambas manos al pecho, donde el corazón, sorprendido y alarmado, se le había desbocado de súbito.

—Llegó a las tres de la madrugada, bebido, naturalmente —informó Nikifor con voz temblorosa—. Como de costumbre... El caso es que ahora, Dios sabrá por qué, no hace más que revolverse y gemir...

La princesa y Marusia se cogieron la una a la otra y corrieron al dormitorio de Yegórushka.

Éste, de un color verde pálido, desgredado y demacrado, yacía bajo una pesada colcha de franela; respiraba con dificultad, tiritaba y se revolvía sin parar. Los lamentos le escapaban del pecho. De los bigotes le colgaba un pedacito de una cosa roja, aparentemente sangre. Si Marusia se hubiera inclinado hasta su rostro, habría podido ver una pequeña herida en el labio de arriba y habría notado que le faltaban dos piezas de la dentadura superior. Todo el cuerpo desprendía calor y olor a alcohol.

La princesa y Marusia cayeron de hinojos y empezaron a sollozar.

—¡Nosotras somos las culpables de su muerte! —dijo Marusia, llevándose las manos a la cabeza—. Ayer lo abrumamos con nuestros reproches y... ¡no lo ha podido resistir! ¡Es un alma tan tierna! ¡Nosotras tenemos la culpa, *maman*!

Y, en la conciencia de su culpabilidad, las dos abrieron los ojos de par en par y, temblando de pies a cabeza, se abrazaron con fuerza. Igual que tiemblan y se abrazan aquellas personas que están viendo cómo en cualquier momento les va a caer encima el techo con estrépito, aplastándolas con su peso.

El cocinero había tenido la idea de ir corriendo a buscar a un médico. Llegó el doctor, Iván Adolfovich, un hombre menudo que se reducía a una enorme calva, unos estúpidos ojillos porcinos y una panza redonda. Se alegraron de verle, tanto como si hubiera sido su propio padre. Olfateó el aire en la habitación de Yegórushka, le tomó el pulso, suspiró profundamente y frunció el ceño.

—¡No se preocupe, excelencia! —le dijo a la princesa con voz implorante—.

Nunca se sabe, pero, en mi opinión, excelencia, yo no veo que su hijo corra, por así decir, un grave peligro... ¡No es nada!

Pero a Marusia le dijo algo completamente distinto:

—Nunca se sabe, princesa, pero, en mi opinión... Cada uno tiene su opinión, princesa. Pero, en mi opinión, su excelencia... ¡uf!... está débil, *schwach*, como diría un alemán... Pero todo depende... depende, por así decir, de la crisis.

—¿Es peligroso? —preguntó en voz baja Marusia.

Iván Adolfovich frunció el entrecejo y se dispuso a explicar que cada uno tiene su opinión. Le dieron un billete de tres rublos. Dio las gracias, se mostró desconcertado, tosió y se esfumó.

Tras recobrase, la princesa y Marusia decidieron llamar a alguna eminencia. Las eminencias son caras, pero... ¿qué podían hacer? La vida de un ser querido es algo máspreciado que el dinero. El cocinero fue corriendo a avisar a Toporkov. Como es natural, no lo encontró en casa. Tuvo que dejar una nota.

Toporkov no se dio mucha prisa en atender la llamada. Estuvieron esperándolo, con el corazón en un puño, todo aquel día, toda la noche, la mañana siguiente... Pretendían incluso avisar a otro médico, y decidieron llamar ignorante a Toporkov en cuanto llegara, decírselo a la cara para que otra vez no se atreviera a hacerse esperar tanto tiempo. Los moradores de la casa de los príncipes Priklonski, a pesar de su dolor, estaban profundamente indignados. Por fin, a las dos de la tarde del día siguiente, una calesa se acercó al portón de entrada. Nikifor acudió al trote cochinero y a los pocos segundos, con suma circunspección, le quitaba de los hombros a su sobrino el abrigo de paño. Toporkov anunció su llegada con una tos y, sin saludar, se dirigió a la habitación del enfermo. Atravesó el salón, la salita de las visitas y el comedor, sin mirar a nadie, con gravedad, como un general; sus relucientes botas chirriaron por toda la casa. Su figura enorme infundía respeto. Tenía garbo y aplomo, era un hombre de mucho fuste, endiabladamente cabal, igual que si lo hubiesen tallado en marfil. Unas gafas doradas y un rostro serio e inmóvil hasta la exageración completaban su orgullosa prestancia. Era de ascendencia plebeya, pero lo único que tenía de plebeyo era una desarrollada musculatura. Todo en él era señorial, propio de un *gentleman*, más bien. Su cara sonrosada era atractiva, e incluso, si hemos de creer a sus pacientes, muy atractiva. Tenía el cuello blanco, como el de una mujer. El cabello suave como la seda, y hermoso, aunque lo llevaba corto, por desgracia. De haberse preocupado por su aspecto, Toporkov no llevaría el pelo tan corto, sino que dejaría que le cayera ondulado hasta el cuello de la camisa. Su cara era atractiva, sí, pero demasiado seca y demasiado seria para resultar agradable. Seca, seria e inmutable, lo único que expresaba era el profundo cansancio tras una prolongada jornada de duro trabajo.

Marusia salió a recibir a Toporkov y, retorciéndose las manos en su presencia, empezó a suplicarle. Nunca le había suplicado nada a nadie.

—¡Sálvele, doctor! —dijo, levantando hacia él sus grandes ojos—. ¡Se lo suplico!

¡Todas nuestras esperanzas están depositadas en usted!

Toporkov esquivó a Marusia y se dirigió a la habitación de Yegórushka.

—¡Esto hay que ventilarlo! —ordenó, según entraba en el cuarto del enfermo—. ¿Cómo es que no está abierta la ventilación? ¿Cómo quieren que respire?

La princesa, Marusia y Nikifor se lanzaron hacia las ventanas y la estufa. En las ventanas, donde se habían instalado ya los bastidores dobles, no había respiraderos. La estufa no calentaba.

—No hay ventilación —dijo tímidamente la princesa.

—Qué raro... Hum... ¡Cualquiera trata a nadie en estas condiciones! ¡Yo no estoy dispuesto! —Y, levantando ligerísimamente la voz, Toporkov añadió—: ¡Trasládenlo a la sala! ¡Allí el ambiente no es tan sofocante! ¡Llamen a los criados!

Nikifor se abalanzó sobre el lecho y se colocó en la cabecera. La princesa, poniéndose colorada porque en su casa toda la servidumbre estaba formada por Nikifor, el cocinero y una doncella medio ciega, agarró la cama. También Marusia la agarró, y se puso a tirar de ella con todas sus fuerzas. Un anciano decrepito y dos mujeres débiles levantaron la cama con un gemido y, sin creer en sus propias fuerzas, a trompicones y temiendo soltarla, la transportaron. A la princesa se le descosió el vestido en un hombro y se le desprendió algo del vientre, a Marusia se le pusieron los ojos verdes y sintió un dolor insoportable en los brazos: ¡cómo pesaba Yegórushka! Pero él, el doctor en medicina Toporkov, caminaba muy serio por detrás de la cama y arrugaba la frente enfadado porque le hacían perder el tiempo con semejantes bobadas. ¡Y no movía un dedo para ayudar a las damas! ¡Menudo animal!

Colocaron la cama al lado del piano. Toporkov levantó la colcha y, mientras le hacía una serie de preguntas a la princesa, se puso a desnudar al inquieto Yegórushka. En un segundo le retiró el camisón.

—¡Sea breve, se lo ruego! ¡Eso no viene al caso! —decía Toporkov al escuchar las palabras de la princesa—. ¡Aquí hay gente que está de más!

Tras percutir con un martillito en el pecho de Yegórushka, puso al enfermo boca abajo y volvió a percutir; lo auscultó con un resoplido (los médicos siempre resoplan cuando están auscultando) y constató una calentura causada por la embriaguez, sin mayores complicaciones.

—No estaría de más ponerle un camisón más abrigado —dijo con su tono monótono, marcando cada palabra.

Tras impartir algunos otros consejos, escribió una receta y se dirigió rápidamente hacia la puerta. Al escribir la receta, preguntó, entre otras cosas, el apellido de Yegórushka.

—Príncipe Priklonski —dijo la princesa.

—¿Priklonski? —se aseguró Toporkov.

«¡Muy pronto te has olvidado tú del apellido de tus antiguos... hacendados!», se dijo la princesa.

No se atrevió a pensar en la palabra «señores»: ¡la figura del antiguo siervo era

demasiado imponente!

En el vestíbulo la princesa se acercó al doctor y, con el alma en vilo, le preguntó:

—Doctor, ¿no corre peligro?

—No creo.

—En su opinión, ¿se pondrá bien?

—Supongo —respondió él con frialdad y, con una leve inclinación de la cabeza, bajó las escaleras, en dirección a sus caballos, tan garbosos y graves como él.

Tras su marcha, la princesa y Marusia, por primera vez después de las fatigas del último día, respiraron aliviadas. La fama de Toporkov les infundía esperanza.

—¡Qué hombre tan atento, qué agradable! —dijo la princesa, bendiciendo en su alma a todos los médicos del mundo. ¡Las madres adoran la medicina y tienen fe en ella cuando sus hijos están enfermos!

—¡Tooodo un señor! —comentó Nikifor, que llevaba ya tiempo sin ver aparecer por la casa señorial a nadie que no fueran los compañeros de parranda de Yegórushka. El anciano ni se imaginaba que aquel señor importante era ni más ni menos que Kolka, a quien tantas veces había sacado por los pies de debajo del carro del aguador, cubierto de barro, y le había dado unos azotes.

La princesa le había ocultado que el doctor era su sobrino.

Aquella misma noche, tras ponerse el sol, a Marusia, extenuada por el dolor y el cansancio, le entró de pronto una fuerte tiritona que la obligó a tumbarse en la cama. Después de la tiritona, le vino una fiebre alta y sintió un dolor en el costado. Se pasó toda la noche delirando y gimiendo:

—¡Me muero, *maman*!

Así que a Toporkov, que se presentó pasadas las nueve de la mañana, le tocó tratar no a un paciente, sino a dos: al príncipe Yegórushka y a Marusia. A ésta le diagnosticó una pulmonía.

En casa de los príncipes Priklonski empezó a oler a muerte. Ésta, invisible pero terrible, se dejaba ver junto a las cabeceras de los dos lechos, amenazando a cada paso a la princesa madre con arrebatarse sus hijos. La princesa estaba fuera de sí, desesperada.

—¡No lo sé! —le decía Toporkov—. No puedo saberlo, yo no soy un profeta. En unos días todo estará más claro.

Pronunció estas palabras secamente, con frialdad, y con ellas acuchilló a la infeliz anciana. ¡Ni una palabra de esperanza! Para completar su desdicha, Toporkov no les recetaba casi nada a los enfermos, y se limitaba a percutir, a auscultar y a quejarse de que el aire no era puro o de que una compresa no la habían puesto en su sitio ni en el momento oportuno. Y la anciana consideraba que todas estas novedades, que estaban tan de moda, no eran más que tonterías que no conducían a nada. Día y noche vagaba sin cesar de una cama a otra, olvidada de todo en el mundo, haciendo promesas y rezando.

Estaba convencida de que la calentura y la pulmonía eran las enfermedades más

mortales y, cuando apareció sangre entre las flemas de Marusia, creyó que su hija padecía «tisis en grado terminal», y perdió el sentido.

Puede el lector imaginarse cuál sería su júbilo cuando la joven princesa, en el séptimo día de su enfermedad, sonrió y dijo:

—Me encuentro bien.

También Yegórushka se recuperó al séptimo día. Rezándole como a un semidiós, riendo de alegría y llorando, la princesa salió a recibir a Toporkov y le dijo:

—¡Doctor, estoy en deuda con usted por la salvación de mis hijos! ¡Le doy las gracias!

—¿Cómo?

—¡Le debo tanto! ¡Ha salvado usted a mis hijos!

—Pero... ¡al séptimo día! Yo esperaba que fuera al quinto. Pero bueno, qué más da. Hay que darle estos polvos por la mañana y por la noche. Y hay que seguir con las compresas. Se puede cambiar esta colcha tan gruesa por otra más liviana. Y a su hijo debería darle alguna bebida amarga. Volveré a pasarme mañana por la tarde.

Y la celebridad, inclinando la cabeza, se dirigió hacia las escaleras con su paso regular, de general.

II

Un día claro, transparente, ligeramente fresco, uno de esos días de otoño en los que uno se resigna de buena gana al frío, a la humedad, a los molestos chanclos. El aire es tan cristalino que puede verse el pico de una chova posada en lo alto de un campanario, y todo está impregnado del aroma del otoño. Sale uno a la calle y las mejillas se le cubren de un extenso y saludable rubor que recuerda a las buenas manzanas de Crimea. Las hojas amarillas, caídas hace tiempo, que esperan con paciencia las primeras nieves, sufriendo constantes pisotones, se doran al sol, despidiendo reflejos como si fueran monedas de oro. La naturaleza se adormece, dócil y silenciosa. No sopla el viento, no se oye un ruido. Inmóvil y muda, como si se hubiera quedado exhausta tras la primavera y el verano, remolonea bajo los rayos de sol, tibios y acariciantes, y cualquiera que contempla ese sosiego incipiente siente a su vez deseos de sosegar...

En uno de esos días Marusia y Yegórushka estaban sentados junto a la ventana, esperando por última vez a Toporkov. La luz, cálida, dulce, penetraba por las ventanas de los Priklonski, jugaba en las alfombras, en las sillas, en el piano. Todo estaba bañado en esa luz. Marusia y Yegórushka miraban a la calle y celebraban su restablecimiento. Los convalecientes, sobre todo si son jóvenes, son siempre muy dichosos. Sienten y comprenden lo que es la salud, algo que ni siente ni comprende un individuo sano. La salud es la libertad, y ¿quiénes, salvo los manumisos, disfrutan de la conciencia de la libertad? Marusia y Yegórushka se sentían manumisos a cada instante. ¡Qué bien se encontraban! Tenían ganas de respirar, de mirar por la ventana,

de moverse: de vivir, en una palabra, y todos sus deseos se veían constantemente satisfechos. Fúrov, el comerciante que les había protestado una letra de cambio, los chismes, la conducta de Yegórushka, la pobreza: todo eso quedaba olvidado. Lo único que no se olvidaba eran las cosas agradables, que no entrañaban ninguna inquietud: el buen tiempo, los bailes próximos, la buena *maman* y... el doctor. Marusia se reía y no paraba de hablar. Su principal tema de conversación era el doctor, que estaba al llegar.

—¡Es un hombre admirable, nada se le resiste! —decía—. ¡Su habilidad no tiene límites! Imagínate, George, qué gran hazaña: ¡luchar contra la naturaleza y dominarla!

Y, según hablaba, después de cada frase grandilocuente, aunque pronunciada con franqueza, hacía con las manos y los ojos un enorme signo de admiración.

Yegórushka escuchaba el exaltado discurso de su hermana, parpadeaba y hacía gestos de asentimiento. También él respetaba el rostro severo de Toporkov y estaba convencido de que sólo a él le debía su recuperación. La *maman* estaba sentada a su lado y compartía, jubilosa y radiante, el entusiasmo de sus hijos. Le gustaba de Toporkov no sólo su talento para curar, sino también la «buena disposición» que había alcanzado a leer en su faz.

A las personas mayores, por alguna razón, les encanta esa «buena disposición».

—La pena es que sea de... de tan baja cuna —dijo la princesa, mirando tímidamente a su hija—. Y que su oficio... no sea especialmente limpio. Siempre hurgando en toda clase de cosas... ¡Fu!

Marusia se sonrojó y se sentó en otra butaca, algo más lejos de su madre. También Yegórushka se quedó sorprendido.

No podía soportar la arrogancia señorial ni la presunción.

¡La pobreza, al menos, le había servido de lección! Más de una vez había sufrido en sus propias carnes la arrogancia de personas que eran más ricas que él.

—En estos tiempos, *Mutter* —dijo, encogiéndose de hombros con desdén—, quien tiene la cabeza sobre los hombros y un bolsillo grande en los pantalones es de buena familia, y quien, donde tendría que tener la cabeza, tiene las posaderas, y en vez de bolsillo una pompa de jabón, ese... ése es un cero a la izquierda, ¡eso es lo que hay! —al decir eso, Yegórushka se limitaba a repetir como un loro. Esas mismas palabras se las había oído dos meses antes a un seminarista con el que se había peleado en un salón de billar—. Con mucho gusto cambiaría mi título de príncipe por su cabeza y su bolsillo —añadió.

Marusia levantó unos ojos llenos de gratitud a su hermano.

—Yo le diría a usted tantas cosas, *maman*, pero no las iba a entender —dijo con un suspiro—. No hay forma de hacer que cambie de opinión... ¡Es una lástima!

La princesa, viendo que su espíritu rutinario había quedado desenmascarado, se turbó y empezó a justificarse.

—El caso es que en San Petersburgo conocí a un doctor, un barón... —dijo—. Sí,

sí... Y también en el extranjero... Es verdad... La educación cuenta mucho. Bueno, sí...

Antes de la una llegó Toporkov. Entró tal y como había entrado la primera vez: con aire muy serio, sin dignarse mirar a nadie.

—No consumir bebidas alcohólicas y evitar, en la medida de lo posible, los excesos —se dirigió a Yegórushka, después de quitarse el sombrero—. Vigilar el hígado. Le ha crecido a usted bastante. Su crecimiento se debe atribuir, enteramente, al consumo de bebidas alcohólicas. Tomar las aguas prescritas.

Y, volviéndose hacia Marusia, le dio también a ella algunos consejos finales.

Marusia escuchó con atención, como si se tratara de un cuento interesante, sin apartar la mirada de los ojos del sabio.

—¿Y bien? Confío en que me habrá entendido —le preguntó Toporkov.

—Oh, sí. *Merci*.

La visita duró cuatro minutos justos.

Toporkov tosió, recogió su sombrero y saludó con la cabeza. Marusia y Yegórushka clavaron los ojos en su madre. Marusia incluso se puso colorada.

La madre, tambaleándose como un pato y ruborizándose, se aproximó a Toporkov e introdujo torpemente su mano en el puño blanco del doctor.

—¡Permita que le mostremos nuestra gratitud! —dijo.

Yegórushka y Marusia agacharon la mirada. Toporkov se acercó el puño a las gafas y observó el paquete. Sin turbarse, sin bajar los ojos, se humedeció un dedo en la boca y, en voz muy baja, contó los billetes. Contó doce billetes de veinticinco rublos. ¡No en vano la víspera Nikifor había ido corriendo a no se sabe dónde con los brazaletes y los pendientes de la princesa! Una nubecilla luminosa recorrió la cara de Toporkov, algo semejante a la aureola con la que pintan a los santos; su boca esbozó una ligera sonrisa. Por lo visto, estaba muy satisfecho con la retribución. Tras contar el dinero y guardárselo en el bolsillo, volvió a saludar con la cabeza y se volvió hacia la puerta.

La princesa, Marusia y Yegórushka clavaron sus ojos en la espalda del médico, y los tres sintieron a la vez cómo se les encogía el corazón. Un buen sentimiento había iluminado su mirada: aquel hombre se marchaba para no volver nunca más, y ellos ya se habían acostumbrado a sus pasos regulares, a su forma de marcar las palabras y a su cara seria. Una pequeña idea surgió en la cabeza de la madre. De pronto le habían entrado ganas de halagar a aquel hombre tan tieso.

«Es huérfano el pobre —pensó—. Está solo».

—Doctor —dijo con su suave voz de anciana.

El doctor se volvió.

—¿Sí?

—¿Se tomaría usted una taza de café con nosotros? ¡Tenga la bondad!

Toporkov frunció el ceño y se sacó despacio el reloj del bolsillo. Tras consultar el reloj y pensárselo un poco, dijo:

—Yo tomaré té.

—¡Siéntese, por favor! ¡Aquí mismo!

Toporkov se quitó el sombrero y se sentó; se sentó muy rígido, como un maniquí al que le hubieran doblado las rodillas y le hubieran enderezado los hombros y el cuello. La princesa y Marusia empezaron a trajinar. Marusia tenía los ojos muy abiertos, con aire de preocupación, como si le hubieran encomendado una tarea imposible. Nikifor, ataviado con un gastado frac negro y unos guantes grises, empezó a correr por todas las habitaciones. En todos los rincones de la casa tintineó el servicio de té y rodaron al suelo con estrépito las cucharillas. A Yegórushka, por alguna razón, le pidieron que saliera un momento de la sala; le llamaron en voz baja, con mucho misterio.

Toporkov se pasó unos diez minutos esperando a que le sirvieran el té, sin despegar la vista del pedal del piano, sin mover un solo miembro y sin emitir un solo sonido. Por fin se abrió la puerta que daba al vestíbulo. Apareció un radiante Nikifor, con una gran bandeja en las manos. En la bandeja, sujetos en portavasos de plata, había dos vasos: uno para el doctor, el otro para Yegórushka. Alrededor de los vasos, observando una estricta simetría, estaban las jarritas con la nata fresca y hervida, el azúcar con las pinzas, las rodajas de limón con unos tenedorcitos y los bizcochos.

Detrás de Nikifor venía Yegórushka, con el rostro embotado por la fatuidad. Cerraban la procesión la princesa, con la frente bañada en sudor, y Marusia, con los ojos como platos.

—¡Cuando gusten! —dijo la princesa, dirigiéndose a Toporkov.

Yegórushka tomó un vaso, se volvió hacia un lado y le dio un sorbo con cuidado. Toporkov tomó su vaso y también le dio un sorbo. La princesa y su hija se sentaron en un lado y se dedicaron a estudiar la fisonomía del médico.

—¿Tal vez lo quiera usted más dulce? —preguntó la princesa.

—No, está bien así.

Y, como era de esperar, sobrevino el silencio: ese silencio espantoso, detestable, en el que todo el mundo se siente terriblemente incómodo y desconcertado. El médico bebía y callaba. Evidentemente, ignoraba a quienes le rodeaban y no veía nada de lo que tenía enfrente, salvo el té.

La princesa y Marusia, que se morían de ganas de conversar con un hombre inteligente, no sabían por dónde empezar; ambas tenían miedo de parecer estúpidas. Yegórushka miraba al doctor, y en sus ojos se veía que quería preguntarle algo pero no acababa de decidirse. Reinaba un silencio sepulcral, interrumpido de cuando en cuando por los sonidos de la deglución. Toporkov hacía mucho ruido al tragar. Era evidente que no le daba vergüenza, y bebía como le parecía bien. Al tragar, emitía un sonido que recordaba a un «glu». Se diría que cada trago caía desde la boca a una especie de abismo, donde chapoteaba en una masa grande y lisa. A veces Nikifor interrumpía el silencio; cada dos por tres chasqueaba los labios y masticaba como si compartiera lo degustado por el doctor agasajado.

—¿Es verdad eso que dicen, que fumar es malo? —se animó finalmente a preguntar Yegórushka.

—La nicotina, el alcaloide del tabaco, actúa sobre el organismo como un fuerte veneno. El veneno que se introduce en el organismo con cada cigarrillo constituye una cantidad insignificante, pero, por otra parte, se trata de una introducción continuada. La cantidad de veneno, así como su energía, se encuentra en una relación inversa con la duración de su consumo.

La princesa y Marusia intercambiaron una mirada: ¡menuda lumbrera! Yegórushka parpadeó y estiró su cara de pez. El pobre no había entendido al médico.

—En mi regimiento —empezó a decir, deseoso de convertir la conversación científica en otra ordinaria— había un oficial. Un tal Koshechkin, un buen tipo. ¡Se parecía muchísimo a usted! ¡Muchísimo! Como dos gotas de agua. ¡No hay forma de distinguirlos! ¿No será pariente suyo?

Por toda respuesta, el médico emitió un sonido deglutivo, y las comisuras de los labios se le levantaron levemente y se contrajeron en una sonrisa desdeñosa. Despreciaba a Yegórushka de forma manifiesta.

—Dígame, doctor, ¿estoy ya del todo restablecida? —preguntó Marusia—. ¿Puedo dar por sentado mi pleno restablecimiento?

—Supongo. Yo cuento con su pleno restablecimiento, sobre la base...

Y el médico, con la cabeza muy alta y mirando fijamente a Marusia, empezó a disertar sobre la fase final de la pulmonía. Hablaba con regularidad, subrayando cada palabra, sin alzar ni bajar la voz. Le escucharon de muy buena gana, con deleite, pero, por desgracia, aquel hombre tan seco no sabía divulgar y no estimaba necesario acomodarse al talento de los demás. Mencionó varias veces la palabra «absceso», se refirió a la «degeneración grumosa» y, en general, habló muy bien, y con mucha elocuencia, pero no se le entendía demasiado. Dictó toda una conferencia salpicada de términos médicos, y no pronunció una sola frase que pudieran comprender sus oyentes. Pero eso no les impidió escucharle boquiabiertos y admirar al sabio casi con veneración. Marusia no apartaba los ojos de su boca y atrapaba cada palabra. Lo observaba y comparaba su rostro con los rostros que tenía que ver a diario. ¡Cuán diferentes de este cansado rostro de sabio eran los rostros macilentos y obtusos de sus pretendientes, todos esos amigos de Yegórushka que la abundan con sus visitas diarias! Los rostros de esos jaraneros, de esos juerguistas a quienes Marusia jamás había escuchado una sola palabra bondadosa y decente, y que no le llegaban a la suela del zapato a ese rostro frío, impasible, pero inteligente y altivo.

«¡Una cara atractiva! —pensaba Marusia, extasiada ante aquel rostro, ante aquella voz, ante aquellas palabras—. ¡Qué inteligencia! ¡Cuántos conocimientos! ¿Por qué se haría George militar? Él también tendría que haberse dedicado a la ciencia».

Yegórushka miraba conmovido al médico y pensaba: «Si está hablando de cuestiones profundas, eso quiere decir que nos tiene por personas inteligentes. Está bien que nos hagamos un hueco en la sociedad. La verdad es que ha sido una enorme

estupidez soltar esa mentira sobre Koshechkin».

Cuando el médico terminó su disertación, sus oyentes suspiraron profundamente, como si hubieran realizado alguna hazaña memorable.

—¡Qué bueno es saberlo todo! —exclamó la princesa.

Marusia se levantó y, como si deseara corresponder al médico por su lección, se sentó al piano y pulsó las teclas. Tenía unas ganas locas de arrastrar al doctor a una conversación, de arrastrarlo de una forma más profunda, más sensible, y la música siempre nos lleva a la conversación. Y además quería presumir de sus habilidades ante un hombre inteligente y sensato...

—Esto es de Chopin —apuntó la princesa, sonriendo lánguidamente y colocando las manos como una estudiante—. ¡Es una maravilla! Y mi hija, doctor, me atrevo a presumir, canta divinamente. Ha aprendido de mí... En mis tiempos, yo tuve una voz estupenda. Fíjese en ésa... —Y la princesa mencionó el apellido de una célebre cantante rusa—. ¿La conoce usted? Está en deuda conmigo. Sí, señor... Yo le di lecciones. ¡Era una muchacha encantadora! En parte, era pariente de mi difunto marido, el príncipe. ¿A usted le gusta el canto? Pero ¿cómo se me ocurre preguntarlo? ¿A quién no le gusta el canto?

Marusia empezó a interpretar el mejor pasaje de un vals y volvió la vista con una sonrisa. Necesitaba leer en el rostro del médico qué impresión le producía su interpretación.

Pero no consiguió leer nada. La cara del doctor seguía tan impasible y seca como antes. Apuró rápidamente el té.

—Estoy enamorada de este pasaje —dijo Marusia.

—Muy agradecido —dijo el doctor—. No quiero más.

Dio el último trago, se levantó y cogió el sombrero, sin manifestar el menor deseo de escuchar el vals completo. La princesa se puso de pie bruscamente. Marusia se quedó desconcertada y, humillada, cerró la tapa del piano.

—¿Se marcha usted ya? —dijo la princesa, muy contrariada—. ¿No quiere nada más? Confío, doctor... Ya conoce usted el camino. Cualquier tarde de éstas... No se vaya a olvidar de nosotros...

Él sacudió dos veces la cabeza, a modo de despedida, estrechó torpemente la mano que le tendió Marusia y se acercó en silencio a recoger su pelliza.

—¡Puro hielo! ¡Madera! —exclamó la princesa tras la partida del médico—. ¡Es terrible! ¡Es incapaz de reírse, valiente leño! ¡De poco te ha servido tocar para él, Mary! ¡Sólo se ha quedado para tomar el té! ¡En cuanto se lo ha acabado, se ha marchado!

—Pero ¡hay que ver lo listo que es, *maman*! ¡Listísimo! ¿Con quién de nosotros querías que hablara? Yo soy una ignorante, George es muy reservado y siempre está callado... ¿Acaso podemos mantener una conversación inteligente? ¡No!

—¡Caray con el plebeyo! ¡Caray con el sobrino de Nikifor! —dijo Yegórushka, tomando nata directamente de las jarritas—. ¿Cómo es? Racional, indiferente,

subjetivo... ¡Así se las gasta el bribón! ¡Valiente plebeyo! ¿Y su calesa? ¡Fijaos! ¡Cómo presume!

Y los tres miraron por la ventana y contemplaron la calesa en la que se había acomodado aquella eminencia, enfundada en su enorme pelliza de oso. La princesa se puso colorada de envidia, y Yegórushka guiñó el ojo de un modo muy significativo y silbó. Marusia no se fijó en la calesa. No le dio tiempo: únicamente tenía ojos para el doctor, que le había causado una fortísima impresión. Todo el mundo se deja llevar por las novedades.

Y Toporkov, para Marusia, era muy novedoso...

Cayó la primera nevada, después la segunda, la tercera, y el invierno se instaló por una buena temporada, con sus recias heladas, sus montones de nieve y sus carámbanos. A mí no me gusta el invierno, y no creo a quienes dicen que les gusta. Frío en las calles, humo en las habitaciones, humedad en los chanclos. Ya se muestre severo como una suegra, ya plañidero como una solterona, el invierno —con sus mágicas noches de luna, sus troikas, sus cacerías, conciertos y bailes— nos cansa muy pronto y se nos hace muy largo, tanto como para amargar más de una vida desamparada y marchita.

La vida en casa de los príncipes Prikлонski seguía su curso. Yegórushka y Marusia se habían restablecido por completo y hasta su propia madre había dejado de considerarlos enfermos. Las circunstancias no habían mejorado, ni tenían intención de hacerlo. Las cosas iban cada vez peor, el dinero menguaba y menguaba... La princesa empeñó y volvió a empeñar todas sus joyas, las familiares y las adquiridas. Nikifor, como siempre, se dedicaba a parlotear en la tienda, adonde le mandaban a comprar a crédito menudencias varias, diciendo que los señores le debían trescientos rublos y no tenían intención de pagarle. Eso mismo contaba el cocinero, al cual, por compasión, el tendero le regaló unas botas viejas. Fúrov fue aún más insistente. No estaba dispuesto a aceptar más aplazamientos y despachó con malos modos a la princesa cuando ésta le suplicó que esperase antes de protestar una letra de cambio. Siguiendo el ejemplo de Fúrov, los demás acreedores también empezaron a vocear. Cada mañana a la princesa le tocaba recibir a los notarios, los ujieres de juzgado y los acreedores. Se puso en marcha, al parecer, un concurso por un supuesto de insolvencia.

Igual que antes, las lágrimas nunca llegaban a secarse en la almohada de la princesa. De día se hacía fuerte, pero de noche daba rienda suelta al llanto y lloraba hasta el amanecer. No había que ir muy lejos para encontrar la razón de ese llanto. Las causas estaban bien a la vista: herían los ojos con su relieve y su brillantez. La pobreza, el amor propio herido cada dos por tres, herido... ¿por quiénes? Por personajillos insignificantes, por tipos como Fúrov, por los cocineros, por las tenderas. Los objetos amados iban a parar a la casa de empeños; a la princesa se le partía el corazón cada vez que tenía que separarse de ellos. Yegórushka seguía llevando la misma vida disipada de siempre, Marusia aún no se había colocado...

¿Acaso no eran razones suficientes para llorar? El futuro resultaba nebuloso, pero incluso a través de la niebla la princesa vislumbraba unas imágenes siniestras. Ese futuro no prometía nada bueno. No lo aguardaba con esperanza, sino con temor...

Cada vez disponían de menos dinero, pero las juergas de Yegórushka eran cada vez más sonadas; se entregaba a ellas con tenacidad, con encarnizamiento, como si deseara recuperar el tiempo perdido durante su enfermedad. Se gastaba en borracheras lo que tenía y lo que no, lo propio y lo ajeno. En su libertinaje era insolente y descarado hasta la locura. No le costaba nada pedirle dinero prestado al primero que veía. Sentarse a jugar a las cartas sin un grosh^[120] en el bolsillo se había convertido en un hábito para él; beber y comer de gorra o pasearse ostentosamente en un coche ajeno y no pagarle al cochero no lo consideraba ningún pecado. Había cambiado muy poco: antes se enfadaba cuando se reían de él; ahora se limitaba a experimentar un leve desconcierto cuando lo echaban de un sitio o lo sacaban a rastras.

La única que había cambiado era Marusia. Para ella sí había novedades, y novedades terribles. Había empezado a desencantarse de su hermano. De pronto, por alguna razón, había dejado de creer que parecía un hombre subestimado, incomprendido: ahora lo veía, sencillamente, como un individuo de lo más vulgar, un hombre como tantos otros, o peor incluso... Había dejado de creer en aquel amor desesperado de su hermano. ¡Terribles novedades! Se pasaba las horas muertas sentada junto a la ventana, mirando distraída a la calle; se imaginaba el rostro de su hermano y trataba de ver en él algo armonioso, donde no tuviera cabida el desencanto, pero lo único que conseguía ver en ese rostro insulso era: «¡Soy un hombre vacío! ¡Un hombre despreciable!». También otros rostros pasaban fugazmente por su imaginación, los rostros de los camaradas de su hermano, los de los invitados, los de las viejas consoladoras, los de los novios; y el rostro de la propia princesa, compungido, embotado por el dolor; y la angustia le oprimía el corazón a la pobre Marusia. ¡Qué trivial, qué descolorida y obtusa, qué estúpida, aburrida e indolente era la vida junto a esas personas cercanas y queridas, pero insignificantes!

La angustia le oprimía el corazón y un solo deseo, intensísimo, herético, se adueñaba de su espíritu. Había momentos en que ansiaba locamente huir... pero ¿adónde? Allá, se entiende, donde vivieran hombres que no temblaran ante la pobreza, que no se entregaran a una vida disipada, que trabajaran y no estuvieran todo el santo día charlando con viejas estúpidas o con borrachos imbéciles. Y en los pensamientos de Marusia resaltaba como un clavo un rostro honrado y sensato; en ese rostro ella veía inteligencia, una gran masa de conocimientos y fatiga. Era imposible olvidar ese rostro. Lo veía a diario en las circunstancias más propicias: precisamente en el momento en que su dueño trabajaba, o hacía ver que trabajaba.

El doctor Toporkov pasaba a toda prisa cada día por delante de la casa de los Priklonski, en su lujoso trineo con una manta de oso y un cochero gordo. Tenía numerosos pacientes. Hacía visitas desde primera hora de la mañana hasta última

hora de la tarde y en un mismo día se recorría todas las calles y callejones. Iba sentado en el trineo como si estuviera en una butaca: muy serio, con la cabeza y los hombros erguidos, sin mirar a los lados. Por detrás del mullido cuello de su pelliza de oso sólo se veían la frente blanca y lisa y las gafas doradas, pero a Marusia le bastaba con eso. Le parecía que de los ojos de aquel benefactor de la humanidad salían a través de las lentes unos rayos helados, orgullosos, desdeñosos.

«¡Ese hombre tiene derecho a mostrar su desprecio! —pensaba—. ¡Es un sabio! ¡Y hay que ver qué trineo tan lujoso, qué maravilla de caballos! ¡Pensar que ha sido siervo! ¡Qué fuerte hay que ser para nacer siendo un lacayo y convertirse en alguien como él, inaccesible!».

Sólo Marusia se acordaba del doctor: los demás empezaron a olvidarse de él y pronto lo habrían olvidado del todo de no haber sido porque él hizo que lo recordaran. Y lo hizo de forma bien patente.

El segundo día de Navidad, a mediodía, cuando los Priklonski estaban en casa, tintineó tímidamente la campanilla de la entrada. Nikifor fue a abrir la puerta.

—¿Está la princesaaa? —se oyó desde el vestíbulo la vocecilla de una anciana, y, sin esperar respuesta, una viejecilla menuda entró en el salón—. Saludos, princesa... ¡mi bienhechora! ¿Cómo está su excelencia?

—¿Qué se le ofrece? —preguntó la princesa, mirando a la vieja con curiosidad.

Yegórushka se rió disimuladamente. La cabeza de la vieja le había recordado a un melón, pequeño y maduro, con el rabillo hacia arriba.

—¿No me reconoce, *mátushka*? ¿Será posible que no me recuerde? ¿Que se haya olvidado de Prójorovna? ¡Si yo ayudé a venir al mundo a su querido príncipe!

Y la anciana se acercó rápidamente a Yegórushka y le estampó sendos besos sonoros en el pecho y la mano.

—No lo entiendo —farfulló Yegórushka enojado, limpiándose la mano en la levita—. Ese viejo diablo de Nikifor deja pasar a cualquier basu...

—¿Qué se le ofrece? —repitió la princesa, y le dio la sensación de que la ancianaapestaba a aceite de quemar.

La vieja se sentó en una butaca y después de interminables preámbulos, sonriendo maliciosamente y coqueteando —como hacen siempre las casamenteras—, declaró que la princesa tenía la mercancía y que ella tenía al mercader. Marusia se ruborizó. Yegórushka resopló y, picado por la curiosidad, se aproximó a la vieja.

—Qué raro —dijo la princesa—. Entonces ¿has venido a hacer de casamentera? ¡Felicidades por el novio, Mary! ¿Y quién es él, si se puede saber?

La anciana se sofocó, se rebuscó en el seno y se sacó un pañuelo de percal rojo. Tras soltar los nudos del pañuelo, lo sacudió sobre la mesa y, además de un dedal, cayó una fotografía.

Todos amigaron la nariz: del pañuelo rojo con flores amarillas se esparció un olor a tabaco.

La princesa cogió la fotografía y se la acercó con desgana a los ojos.

—¡Es muy guapo, *mátushka*! —la casamentera se puso a comentar el retrato—. Es rico, noble... Es un hombre maravilloso, sobrio...

La princesa se puso colorada y le pasó la fotografía a Marusia. Ésta palideció.

—Es extraño —dijo la princesa—. Si ése es el deseo del doctor, supongo que él mismo podría... Lo último que hace falta es una mediación. Un hombre instruido, y resulta... ¿Ha sido él quien la ha enviado? ¿En persona?

—En persona... Ustedes le causaron muy buena impresión. Una familia estupenda.

Marusia soltó un chillido repentino y, apretando con fuerza la fotografía, salió precipitadamente del salón.

—Es extraño —prosiguió la princesa—. Asombroso... No sé ni qué decir. De ningún modo me esperaba esto del doctor. ¿Por qué ha tenido usted que molestarse? El doctor tendría que haberse presentado personalmente. Resulta hasta ofensivo... ¿Por quién nos toma? No somos unos simples comerciantes. Hoy en día ni los comerciantes viven ya así.

—¡Vaya pinta! —mugió Yegórushka, dirigiendo una mirada desdeñosa a la cabeza de la anciana.

El húsar retirado habría pagado lo que fuera con tal de poder darle un papirotazo a esa cabeza. Las viejas le gustaban tan poco como los gatos a los perros grandes, y llegaba al delirio cada vez que veía una cabeza parecida a un melón.

—¿Bueno, qué, *mátushka*? —dijo la casamentera, suspirando—. Aunque no tenga la dignidad de un príncipe, puedo decirle, princesa mía... Es usted tan buena, *mátushka*. ¡Ay, por mis pecados! ¿Acaso no es noble? Ha recibido una formación excelente, es rico, el Señor le ha favorecido con toda clase de lujos, Virgen Santa... Pero, si desea que venga él a verla, no se preocupe... La honrará con su visita. ¿Por qué no iba a venir? Siempre se puede venir... —Y, tomando a la princesa por el hombro, la atrajo y le susurró al oído—: Pide sesenta mil... ¡Es cosa sabida! La mujer es la mujer, y el dinero es el dinero. Ya sabe usted... Dice: «Sin ese dinero, yo no me caso, porque ella conmigo tiene que disfrutar de toda clase de comodidades... Que tenga su propio capital»...

La princesa se puso colorada y, haciendo frufrú con su voluminoso traje, se levantó del sillón.

—Tenga la bondad de transmitirle al doctor que estamos asombrados en extremo —dijo—. Ofendidos... Así es imposible. Eso es todo cuanto puedo decirle... ¿Por qué estás tan callado, George? ¡Que se vaya! ¡Toda paciencia tiene un límite!

Una vez que hubo salido la casamentera, la princesa se llevó las manos a la cabeza, se desplomó en el diván y gimió:

—¡A esto hemos llegado! —vociferó—. ¡Dios mío! ¡Un medicucho, un don nadie, que ayer mismo era un lacayo, nos viene con una propuesta! ¡Noble! ¡Noble! ¡Ja, ja! ¡Decidme qué nobleza es ésa, por favor! ¡Y nos manda a la casamentera! ¡Porque no está vuestro padre! ¡Él no lo habría consentido! ¡Valiente imbécil!

¡Ordinario!

Pero lo que más había ofendido a la princesa no había sido que un plebeyo cortejara a su hija, sino que le hubiese pedido sesenta mil rublos, que no tenía. Cualquier alusión a su pobreza le parecía insultante. Estuvo despotricando hasta el anochecer, y por la noche se despertó dos veces para llorar.

Pero a nadie le hizo más efecto la visita de la casamentera que a Marusia. La pobre muchacha sufrió una fortísima calentura. Temblando con todo el cuerpo, cayó en la cama, escondió la cabeza ardiente bajo la almohada y trató, en la medida de sus fuerzas, de responder a una pregunta: «¿Será posible?».

Se trataba de un verdadero quebradero de cabeza. Marusia no sabía cómo responderse a esa pregunta. Con ella expresaba su asombro, su turbación y su recóndita alegría, que, por algún motivo, le daba vergüenza reconocer y que quería ocultarse a sí misma.

«¿Será posible? Él, Toporkov... ¡No puede ser! ¡Aquí hay algo que no encaja! ¡La vieja ha mentido!».

Y mientras tanto los sueños, los sueños más dulces, secretos y mágicos, que hacen que el alma desfallezca y la cabeza arda, pululaban por su mente, y un éxtasis inefable se apoderaba de todo su menudo ser. Él, Toporkov, quería tomarla por mujer, ¡y era un hombre tan apuesto, tan garboso, tan inteligente! Había consagrado su vida a la humanidad y... ¡viajaba en un trineo tan lujoso!

«¿Será posible?».

«¡A ese hombre se le puede amar! —decidió Marusia aquella tarde—. ¡Sí, sí, estoy conforme! ¡Estoy libre de prejuicios y seguiré a ese siervo al fin del mundo! Como mi madre diga una sola palabra, ¡me apartaré de ella! ¡Estoy conforme!».

No tuvo tiempo para ocuparse de otras cuestiones, de importancia secundaria y terciaria. ¡No estaba para pensar en esas cosas! ¿A qué había venido la casamentera? ¿Por qué y cuándo se había enamorado de ella ese hombre? ¿Por qué no se había presentado en persona, si la quería? ¿Qué más le daban a ella esas cuestiones, y otras muchas? Estaba pasmada, sorprendida... dichosa... Eso era más que suficiente.

—¡Estoy conforme! —susurraba, intentando dibujar en su imaginación el rostro de aquel hombre, con sus lentes doradas, a través de las cuales miraban unos ojos sensatos, respetables, cansados—. ¡Que venga! ¡Estoy conforme!

Y mientras de ese modo Marusia se revolvía en el lecho y sentía con todo su ser cómo se abrasaba de dicha, la casamentera recorría las casas de los comerciantes y repartía a manos llenas fotografías del doctor. Yendo de una casa rica a otra, buscaba una mercancía que pudiera recomendar al «noble» mercader. Toporkov no la había mandado expresamente a casa de los Priklonski. La había mandado «a donde le pareciera bien». En relación con su matrimonio, de cuya necesidad era consciente, se mostraba indiferente: a él, claramente, le daba lo mismo adónde fuera la casamentera. Él lo que necesitaba eran... los sesenta mil rublos. ¡Sesenta mil, ni uno menos! La casa que pretendía comprar no se la dejaban por menos de esa suma. No tenía dónde

pedir prestado ese dinero, no había llegado a un acuerdo sobre los plazos. Sólo había una solución: casarse por dinero, y eso era lo que iba a hacer. Pero ¡Marusia, en su deseo de quedar enredada en los lazos de Himeneo, no tenía, desde luego, ninguna culpa!

Pasada la medianoche Yegórushka entró sigilosamente en el dormitorio de Marusia. Ésta ya estaba desvestida e intentaba dormir. La había dejado agotada la dicha imprevista: quería calmar como fuera su corazón, el cual, según le parecía, latía sin descanso por toda la casa. En cada arruga del rostro de Yegórushka se ocultaban mil secretos. Tosió de un modo enigmático, dirigió a Marusia una mirada significativa y, como si deseara comunicarle algo tremendamente importante y confidencial, se sentó a sus pies y se inclinó ligeramente sobre su oído.

—¿Sabes lo que te digo, Masha? —empezó en voz baja—. Te digo sinceramente... En mi opinión, pues... Pensando únicamente en tu felicidad... ¿Duermes? Únicamente en tu felicidad... Cástate con... ¡con Toporkov! No le des más vueltas, y cástate con él, y... ¡asunto concluido! Es un hombre en todos los sentidos... Y es rico. No pasa nada por que sea de cuna humilde. No te preocupes por eso.

Marusia cerró los ojos con fuerza. Estaba avergonzada. Por otra parte, le resultaba muy agradable que su hermano simpatizara con Toporkov.

—¡Lo importante es que sea rico! El pan, por lo menos, no te va a faltar. En cambio, si esperas a un príncipe o a un conde, me temo que te vas a morir de hambre... ¡Nosotros no tenemos ni un kopek! ¡Uf! ¡Nada! ¿Estás dormida o qué? ¿Eh? ¿Callas en señal de aprobación?

Marusia sonrió. Yegórushka se echó a reír y, por primera vez en su vida, le besó la mano con fuerza.

—Tú cástate... Es un hombre instruido. ¡Para nosotros será algo estupendo! ¡La vieja dejará de chillar!

Y Yegórushka se entregó a sus ensoñaciones. Después de un rato soñando, movió la cabeza y dijo:

—Sólo hay una cosa que no acabo de entender... ¿Por qué demonios nos ha mandado a esa casamentera? ¿Cómo es que no ha venido él personalmente? Aquí hay algo que no encaja... No es de la clase de hombres que recurren a una casamentera.

«Es verdad —pensó Marusia, estremeciéndose por alguna razón—. Aquí hay algo que no encaja... No tiene ningún sentido mandar a una casamentera. Realmente, ¿qué querrá decir eso?».

Yegórushka, que habitualmente no destacaba por su perspicacia, en esta ocasión cayó en la cuenta:

—El caso es que a él tampoco le sobra el tiempo para perderlo en esas cosas. Está todo el santo día ocupado. Tiene que ir corriendo, como un condenado, a visitar a sus pacientes.

Marusia se tranquilizó, aunque por poco tiempo. Yegórushka estuvo un rato en

silencio, y dijo:

—Y hay otra cosa que tampoco entiendo: le mandó decir a esa bruja que la dote no podía bajar de sesenta mil rublos. ¿Lo oíste? «Dice que, si no, no se casa».

De repente Marusia abrió los ojos, le tembló todo el cuerpo, se incorporó rápidamente y se quedó sentada, olvidándose incluso de cubrirse los hombros con la colcha. Los ojos le echaban chispas y las mejillas le ardían.

—¿Eso ha dicho la vieja? —dijo, tirando a Yegórushka de la mano—. Pues ¡tú dile que es mentira! Esas personas, me refiero a los hombres como él... no pueden decir esas cosas. El... ¿dinero? ¡Ja, ja! ¡Esa bajeza sólo la pueden pensar quienes no sepan lo orgulloso, lo honrado, lo desprendido que es! ¡Sí! ¡Es un hombre maravilloso! ¡Lo que pasa es que no quieren entenderlo!

—Eso mismo pienso yo —dijo Yegórushka—. La vieja ha mentido. Seguro que ha querido prestarle ese servicio por su cuenta. ¡Estará acostumbrada a hacer eso con los comerciantes!

La cabeza de Marusia hizo un gesto de asentimiento y luego se hundió debajo de la almohada. Yegórushka se levantó y se desperezó.

—Nuestra madre está llorando —dijo—. Bueno, vamos a ver qué le pasa. Entonces, ¿qué? ¿Estás de acuerdo? Perfecto. No hay que darle más vueltas. Doctora... ¡Ja, ja! ¡Doctora!

Yegórushka le dio unas palmadas a Marusia en la planta del pie y salió del dormitorio muy satisfecho. Cuando se acostó, elaboró en su cabeza una larga lista con las personas que pensaba invitar a la boda.

«El champán habrá que comprárselo a Aboltújov —pensaba en el momento de dormirse—. Los entremeses, a Korchátov. Tiene caviar fresco. Bueno, y langostas...».

A la mañana siguiente, Marusia, vestida modestamente, pero con afectación y cierta coquetería, se sentó junto a la ventana y se quedó esperando. A la once apareció por allí Toporkov, pero pasó de largo, sin entrar a visitarlos. Después de comer, volvió a pasar a toda prisa con sus caballos moros, justo por delante de sus ventanas, pero tampoco esta vez se detuvo, y ni siquiera echó un vistazo a la ventana junto a la que estaba Marusia, con una cinta rosada en el pelo.

«No tiene tiempo —pensó ella, admirándolo—. El domingo vendrá...».

Pero tampoco fue a verlos el domingo. No fue a verlos en un mes, ni en dos, ni en tres... Evidentemente, ni siquiera se acordaba de los Priklonski, pero Marusia esperaba y se consumía en la espera. Era como si un gato, nada común, de largas garras amarillas, le arañase el corazón.

«¿Por qué no vendrá? —se preguntaba—. ¿Por qué? Aunque... ya sé... Se siente ofendido, porque... ¿Por qué estará ofendido? Será porque mamá trató con tan poca delicadeza a la vieja casamentera. Ahora estará pensando que yo no puedo quererlo...».

—¡Mala bestia! —farfullaba Yegórushka, que ya había pasado diez veces por la

tienda de Aboltújov y le había preguntado si podía encargarse de la mejor clase.

Después de Pascua, que cayó a finales de marzo, Marusia dejó de esperar.

En cierta ocasión Yegórushka entró en su dormitorio y, carcajeándose maliciosamente, le comunicó que su «novio» se había casado con la hija de un comerciante...

—¡Es todo un honor felicitarle! ¡Un honor! ¡Ja, ja, ja!

Esta noticia resultó demasiado cruel para nuestra pequeña heroína.

Perdió el ánimo y, no durante un día, sino durante meses personificó la angustia indescriptible y la desesperación. Se arrancó la cinta rosada del pelo y odió la vida. Pero ¡qué parciales, qué injustos son los sentimientos! Marusia aún supo cómo justificar la conducta de aquel hombre. No en vano había leído novelas en las que tanto los hombres como las mujeres se casaban para hacer sufrir a las personas amadas, para darles una lección, para pincharlas, para zaherirlas.

«Se ha casado con esa boba por despecho —pensaba Marusia—. ¡Ay, qué mal hicimos tratando a su casamentera de un modo tan ofensivo! ¡Las personas como él no perdonan las ofensas!».

El rubor sonrosado desapareció de sus mejillas, los labios olvidaron cómo se compone una sonrisa, el cerebro se negaba a soñar con el futuro: ¡Marusia creyó enloquecer! Le parecía que, al perder a Toporkov, su vida había perdido todo sentido. ¿De qué le servía ahora la vida si sólo le habían caído en suerte necios, parásitos y juerguistas? Se volvió melancólica. Sin fijarse en nada, sin prestar atención a nada, sin escuchar nada, llevaba esa clase de vida aburrida, descolorida, para la que están tan capacitadas nuestras doncellas, viejas y jóvenes... No reparaba en los muchos pretendientes que tenía entre sus parientes y conocidos. Encaraba las circunstancias adversas con indiferencia y apatía. Ni siquiera reaccionó cuando el banco vendió la casa de los príncipes Priklonski, con todo su aparato histórico, tan entrañable para ella, y no tuvieron más remedio que mudarse a un nuevo apartamento, modesto, barato, al gusto burgués. Fue aquél un sueño prolongado, denso, en el que no faltaron, a pesar de todo, las ensoñaciones. Soñaba con Toporkov en todas sus formas: en el trineo, con pelliza, sin pelliza, sentado, caminando con prestancia. Toda su vida se encerraba en los sueños.

Pero estalló el trueno, y el sueño echó a volar desde los ojos azules con pestañas de lino... La princesa madre, incapaz de soportar la ruina, enfermó en la nueva vivienda y falleció, dejando únicamente a sus hijos su bendición y algunos vestidos. Su muerte fue una desgracia terrible para Marusia. El sueño había volado para ceder su sitio a la tristeza.

III

Llegó el otoño, tan húmedo y fangoso como el del año anterior.

Era una mañana gris y llorosa. Unas nubes de un color gris oscuro, como embarradas, velaban el cielo por completo y resultaban angustiosas con su inmovilidad. Parecía que el sol no existiese; en toda una semana no había echado una mirada a la tierra, como si temiera manchar sus rayos en aquel barrizal.

Las gotas de lluvia tamborileaban en las ventanas con una fuerza especial, el viento lloraba en las chimeneas y aullaba como un perro que ha perdido a su amo... No se veía una sola cara en la que no pudiera leerse un tedio desesperado.

Mejor el tedio más desesperado que la tristeza impenetrable que brillaba aquella mañana en el rostro de Marusia. Chapoteando en los charcos embarrados, nuestra heroína se arrastraba hacia la casa del doctor Toporkov. ¿A qué iba?

«¡Tengo que tratarme!», pensaba.

Pero el lector no debe fiarse. No en vano, en su rostro podía leerse una lucha.

La joven princesa llegó hasta casa de Toporkov y tímidamente, con el corazón en vilo, llamó a la campanilla. Al cabo de un minuto se oyeron unos pasos al otro lado de la puerta. Marusia sintió que las piernas se le helaban y se le doblaban. Chasqueó la cerradura y Marusia se encontró con el rostro inquisitivo de una sirvienta de aspecto agradable.

—¿Está el doctor en casa?

—Hoy no recibimos a nadie. ¡Mañana! —respondió la sirvienta y, estremeciéndose al percibir el olor a humedad, dio un paso atrás. Le cerró a Marusia la puerta en sus mismas narices y echó el cerrojo con estrépito.

La princesa, desconcertada, regresó con desgana a casa. Allí la esperaba un espectáculo gratuito, pero del que ya estaba harta hacía mucho. ¡Un espectáculo escasamente principesco!

En la salita, en un diván tapizado de percal nuevo y reluciente, estaba el príncipe Yegórushka, sentado al estilo turco, con las piernas dobladas. A su lado, en el suelo, estaba tumbada su amiga Kaleria Ivánovna. Estaban jugando a *noski*^[121] y bebiendo. El príncipe tomaba cerveza; su Dulcinea, vino de Madeira. El ganador, además del derecho a dar un golpe en la nariz al contrincante, obtenía un *dvugrívenny*^[122]. Kaleria Ivánovna, por ser una dama, disfrutaba de una pequeña ventaja: en lugar de pagar con un *dvugrívenny*, podía pagar con un beso. Este juego les producía a ambos un placer indescriptible. Se desternillaban de la risa, se pellizcaban, cada dos por tres se levantaban de un salto y empezaban a perseguirse. Yegórushka se volvía loco de contento cada vez que ganaba. Le entusiasmaba la afectación con la que Kaleria Ivánovna pagaba su derrota con un beso.

Kaleria Ivánovna, una morena alta y delgada, con unas cejas negras como el carbón y unos ojos saltones de cangrejo, iba a visitar a Yegórushka a diario. Se presentaba en casa de los Priklnski a eso de las diez de la mañana y allí tomaba el té, almorzaba, cenaba y se marchaba pasada la medianoche. Yegórushka le había asegurado a su hermana que Kaleria Ivánovna era cantante, que era una dama muy respetable y todo eso.

—¡Tienes que hablar con ella! —trataba de convencerla—. ¡Es muy lista! ¡No sabes tú cuánto!

Más acertado estaba Nikifor, en mi opinión, cuando tildaba a Kaleria Ivánovna de pindonga y la llamaba «Caballería» Ivánovna. La odiaba con toda su alma y le sacaba de sus casillas tener que servirla. Olfateaba la verdad y su instinto de criado viejo y fiel le decía que el lugar de aquella mujer no estaba al lado de su señor... Kaleria Ivánovna era estúpida y banal, pero eso no le impedía marcharse cada día de casa de los Priklonski con el estómago lleno, con el dinero ganado en el bolsillo y con el convencimiento de que no podían pasarse sin ella. Era la mujer de un simple *marqueur*^[123] de club, pero eso no le impedía ser el ama absoluta en casa de los Priklonski. A esa cerda le gustaba poner los pies encima de la mesa.

Marusia vivía de la pensión que le había quedado de su padre. La pensión del padre había sido mayor que la habitual en un general, pero la parte que le correspondía a Marusia era insignificante. No obstante, incluso esa parte habría bastado para vivir sin apuros si Yegórushka no hubiera tenido tantos caprichos.

Éste, que ni quería ni sabía trabajar, se negaba a aceptar que era pobre y se ponía hecho una furia si trataban de hacerle ver la realidad y le obligaban a moderar, en la medida de lo posible, sus antojos.

—A Kaleria Ivánovna no le gusta la carne de ternera —le decía con cierta frecuencia a Marusia—. Hay que asar unos pollos para ella. ¡No hay quien os entienda! ¡Os empeñáis en llevar la casa y no sabéis hacerlo! ¡No quiero ver mañana esa maldita carne de ternera! ¡Vamos a matar de hambre a esa mujer!

Marusia apenas le contradecía y, para evitar los disgustos, compraba pollo.

—¿Cómo es que hoy no había pollo asado? —gritaba Yegórushka en ocasiones.

—Porque ayer ya comimos pollo —contestaba Marusia.

Pero Yegórushka conocía mal la aritmética administrativa y no quería saber nada. Un día, durante la comida, empezó a exigir con insistencia cerveza para él y vino para Kaleria Ivánovna.

—¿Cómo puede haber una comida decente sin vino? —le preguntó a Marusia, encogiéndose de hombros y asombrándose de la estupidez humana—. ¡Nikifor! ¡Trae vino! ¡Es tarea tuya ocuparte de esas cosas! ¡Y a ti, Masha, debería darte vergüenza! ¡No querrás que me ocupe yo personalmente de llevar la casa! ¡Cómo os gusta poner a prueba mi paciencia!

¡Era un sibarita sin freno! Kaleria Ivánovna no tardaba en acudir en su ayuda.

—¿No hay vino para el príncipe? —preguntaba mientras estaban poniendo la mesa—. Y ¿dónde está la cerveza? ¿Hay que ir a comprarla? ¡Princesa, dele a este hombre dinero para cerveza! ¿Tiene usted suelto?

La princesa decía que sí, que tenía suelto, y entregaba lo que le quedaba. Yegórushka y Kaleria bebían y comían, y no se daban cuenta de cómo el reloj, los anillos y pendientes de Marusia, uno tras otro, iban a parar a la casa de empeños, de cómo se vendían a los traperos sus costosos vestidos.

No veían ni escuchaban los lamentos y susurros del viejo Nikifor al abrir su cofrecillo cada vez que Marusia le tomaba dinero prestado para la comida del día siguiente. ¡A aquellas dos personas banales y estúpidas, el príncipe y su pequeña burguesa, todo eso les traía sin cuidado!

A la mañana siguiente, cerca de las diez, Marusia se dirigió nuevamente a casa de Toporkov. Le abrió la puerta la misma criada de aspecto agradable. Tras introducir a la princesa en el vestíbulo y quitarle el abrigo, la criada suspiró y le dijo:

—No sé si sabrá, señorita, que el doctor no cobra menos de cinco rublos por consulta. Ya lo sabe.

«¿Por qué me dice eso? —pensó Marusia—. ¡Qué desfachatez! ¡El pobre no sabe qué clase de criada tan descarada tiene!».

Pero, al mismo tiempo, a Marusia se le encogió el corazón: sólo tenía tres rublos en el bolsillo, aunque tampoco iba a echarla únicamente por un par de rublos.

Desde el vestíbulo Marusia pasó a la sala de espera, donde ya había gran cantidad de enfermos. La mayoría de quienes ansiaban curación eran, naturalmente, señoras. Ocupaban todos los asientos disponibles en la sala de espera, estaban divididas en grupos y charlaban. Las conversaciones eran de lo más animado, y versaban sobre toda clase de temas y personas: sobre el tiempo, las enfermedades, el doctor, los hijos... Hablaban todas en voz alta y se reían a carcajadas, como si estuvieran en su propia casa. Algunas, mientras esperaban su turno, tejían y bordaban. No había en aquella sala personas mal vestidas, con descuido. Toporkov pasaba consulta en la habitación vecina. La gente iba entrando por turnos. Todos entraban con la cara pálida, serios, temblando ligeramente; salían, en cambio, colorados, sudorosos, como si acabaran de confesarse, igual que si se hubieran quitado de encima un peso insoportable, reconfortados. A cada paciente Toporkov no le dedicaba más de diez minutos. Las enfermedades, seguramente, no serían muy graves.

«¡Todo esto recuerda tanto a la charlatanería!», habría pensado Marusia de no haber estado ocupada en sus reflexiones.

Marusia fue la última en pasar al gabinete del doctor. Al entrar en ese despacho, abarrotado de libros con inscripciones en alemán y francés en las cubiertas, temblaba como tiembla una gallina cuando la sumergen en agua fría. Allí estaba *él*, en medio del cuarto, con la mano izquierda apoyada en el escritorio.

«¡Qué guapo es!», fue lo primero que se le pasó por la cabeza a su paciente.

Toporkov nunca mostraba afectación, y difícilmente sería capaz de llegar a mostrarla nunca, pero todas las poses que adoptaba le salían especialmente solemnes. Aquélla en la que le sorprendió Marusia recordaba a esas poses majestuosas en las que los artistas retratan a los grandes caudillos. Cerca de la mano que tenía apoyada en la mesa se veían los billetes de cinco y diez rublos que acababan de entregarle las pacientes. También estaban allí, rigurosamente ordenados, los instrumentos, las maquinillas, los tubos: todo extremadamente incomprensible, extremadamente «científico» para Marusia. Eso, y el gabinete lujosamente decorado, todo eso tomado

en conjunto, completaba el cuadro solemne. Marusia cerró la puerta al entrar y se detuvo. Toporkov le señaló una butaca con la mano. Nuestra heroína se acercó en silencio a la butaca y se sentó. Toporkov se inclinó solemnemente, se sentó en otra butaca, *vis-à-vis*, y clavó sus ojos inquisitivos en el rostro de Marusia.

«¡No me ha reconocido! —pensó ella—. De otro modo, no estaría tan callado... Dios mío, ¿por qué no dice nada? A ver, ¿cómo puedo empezar?».

—¿Y bien? —mugió el doctor.

—Tos —murmuró Marusia y, como si quisiera confirmar sus palabras, tosió un par de veces.

—¿Hace mucho?

—Hace ya dos meses... Sobre todo de noche.

—Hum... ¿Fiebre?

—No, fiebre parece que no...

—Yo a usted ya la he tratado, ¿verdad? ¿Qué fue lo que tuvo anteriormente?

—Una pulmonía.

—Hum... Sí, ya recuerdo... ¿No es usted Priklónskaia?

—Sí... En aquella ocasión, también mi hermano estuvo enfermo.

—Va a tomar usted estos polvos... antes de dormir... Hay que evitar los resfriados...

Toporkov escribió la receta a toda prisa, se levantó y adoptó la misma pose de antes. Marusia también se levantó.

—¿Nada más?

—Nada más.

Toporkov la observó. La miraba y miraba también a la puerta. No tenía tiempo y aguardaba a que se fuera. Pero ella estaba parada y lo miraba con admiración, esperando que le dijera alguna cosa. ¡Qué guapo era! Hubo unos instantes de silencio. Finalmente reaccionó, leyó un bostezo en sus labios y una espera en sus ojos, le dio un billete de tres rublos y se volvió hacia la puerta. El doctor arrojó el dinero sobre la mesa y cerró la puerta tras ella.

De camino a casa, Marusia se puso furiosa: «Pero ¿por qué no he hablado con él? ¿Por qué? ¡No soy más que una cobarde, eso es lo que pasa! Ha resultado todo tan estúpido... Lo único que he hecho ha sido molestarle. ¿Por qué habré sujetado ese maldito dinero en las manos, como queriendo demostrar algo? El dinero es una cosa tan delicada... ¡Válgame Dios! ¡Se puede ofender a la gente! Hay que pagar sin que se note. Sí, pero ¿por qué me he quedado callada? Él me habría contado, me habría explicado... Se habría aclarado para qué vino a casa la casamentera...».

Al llegar a casa, Marusia se acostó y escondió la cabeza bajo la almohada, cosa que hacía siempre que estaba excitada. Pero no logró calmarse. Yegórushka entró en su habitación y empezó a pasear de una esquina a la otra, dando golpes y haciendo rechinar sus botas.

La expresión de su rostro era enigmática...

—¿Qué te pasa? —preguntó Marusia.

—Eeeh... Y yo que creía que estabas dormida; no quería molestarte. Me gustaría comunicarte una cosa... muy agradable. Kaleria Ivánovna quiere vivir con nosotros. Yo se lo he rogado.

—¡No puede ser! *C'est impossible!* Pero ¿a quién le has preguntado?

—¿Cómo que es imposible? Si ella es muy buena... Te ayudará a llevar la casa. La alojaremos en la habitación de la esquina.

—¡En esa habitación murió *maman!* ¡Imposible! —Marusia empezó a moverse, a temblar, como si la hubieran pinchado. Unas manchas rojas brotaron en sus mejillas—. ¡Imposible! ¡Vas a matarme, George, si me obligas a vivir con esa mujer! ¡George, cariño, no hace falta! ¡No hace ninguna falta! ¡Querido mío! ¡Anda, te lo ruego!

—Pero ¿por qué no te gusta? ¡No lo entiendo! Si es una mujer como otra cualquiera... Inteligente, alegre.

—A mí no me gusta...

—Bueno, pues a mí sí. ¡A mí me gusta esa mujer y quiero que viva conmigo! Marusia se echó a llorar. Su pálido rostro se descompuso de la desesperación.

—Moriré si ella se viene a vivir aquí...

Yegórushka farfulló algo entre dientes y, tras dar unos pasos, salió de la habitación. Al cabo de un minuto regresó.

—Préstame un rublo —dijo.

Marusia le dio un rublo. Había que aliviar de algún modo la tristeza de Yegórushka, en quien, a juicio de su hermana, se estaría librando en esos momentos una lucha terrible: ¡el amor a Kaleria luchaba contra el sentimiento del deber!

Aquella tarde Kaleria entró a ver a la princesa.

—¿Por qué no me quiere usted? —preguntó, abrazando a la princesa—. ¡Soy tan desgraciada!

Marusia se libró de su abrazo y dijo:

—¡Yo no tengo por qué quererla a usted!

¡Bien cara pagó esa frase! Kaleria, que se instaló una semana más tarde en la habitación donde había muerto *maman*, consideró que lo más importante era vengarse de esa frase. Escogió la venganza más burda.

—¿A qué vienen tantos melindres? —le preguntaba a la princesa en cada comida—. Con una pobreza como la suya los melindres están de más; lo que hay que hacer es inclinarse ante las buenas personas. De haber sabido que tenía usted tales defectos, no me habría venido a vivir aquí. ¿Quién me mandaría enamorarme de su hermano? —añadió con un suspiro.

Los reproches, las alusiones y las sonrisas culminaron con una carcajada ante la pobreza de Marusia. A Yegórushka le traía sin cuidado esa risa. Se consideraba en deuda con Kaleria y se resignaba. Pero a Marusia aquella carcajada estúpida de la mujer del *marqueur*, de la mantenida de Yegórushka, le amargó la existencia.

Marusia se pasaba las tardes encerrada en la cocina y, sabiéndose débil, desamparada e indecisa, derramaba lágrimas en las anchas manos de Nikifor. Éste gimoteaba a su lado y avivaba la herida de Marusia con los recuerdos del pasado.

—¡Dios los castigará! —la consolaba—. Y usted no llore.

Aquel invierno, Marusia fue otra vez a ver a Toporkov.

Al entrar en su gabinete, lo vio sentado en su butaca, tan guapo y tan majestuoso como siempre... En esta ocasión su rostro estaba extremadamente fatigado. Los ojos le parpadeaban, como si le impidieran dormir. Sin mirar a Marusia, le señaló con la barbilla la butaca que tenía delante. Ella se sentó.

«Tiene la tristeza grabada en el rostro —pensó Marusia, mirándole—. ¡Seguro que es muy infeliz con esa mujer suya!».

Estuvieron callados unos instantes. ¡Oh, con qué placer se habría quejado ella de la vida que llevaba! Le habría revelado algunas cosas que él jamás habría podido descubrir en ninguno de aquellos libros con inscripciones en francés y alemán.

—Tos —susurró Marusia.

El doctor le dirigió una mirada fugaz.

—Hum... ¿Fiebre?

—Sí, por las tardes...

—¿Suda por las noches?

—Sí.

—Desvístase.

—¿Cómo dice?

Toporkov, con un gesto impaciente, se señaló el pecho. Marusia, ruborizándose, se desabrochó despacio los botones del pecho.

—Desvístase. ¡Más deprisa, por favor! —dijo Toporkov, y cogió un martillito.

Marusia se sacó un brazo de la manga. Toporkov se acercó a ella rápidamente y en un instante, con mano diestra, le bajó el vestido hasta la cintura.

—¡Desabróchese la camisa! —dijo y, sin esperarse a que lo hiciera la propia Marusia, le desabrochó la camisa por el cuello y, con gran horror de su paciente, se puso a percutir con el martillito por todo el pecho blanco y delgado—. Baje las manos... No moleste. No me la voy a comer —farfulló Toporkov, y ella se puso colorada, con un deseo ardiente de que se la tragase la tierra.

Tras percutir, Toporkov empezó a auscultar. El sonido del ápice del pulmón izquierdo resultaba bastante enervado. Se oían claramente unos ronquidos rechinantes y una respiración agitada.

—Tiene usted que viajar a Samara —dijo, tras dictarle toda una conferencia sobre la forma de llevar una vida adecuada—. Allí podrá tomar *kumys*^[124]. Yo ya he terminado. Está usted libre...

Marusia se abrochó los botones como pudo, le entregó cinco rublos, sintiéndose incómoda, y, tras unos momentos de indecisión, salió del gabinete del sabio.

«Me ha retenido nada menos que media hora —pensaba de camino a casa—, ¡y

yo me he quedado callada! ¡Callada! ¿Por qué no habré hablado con él?».

Marchaba para casa y no pensaba en Samara, sino en el doctor Toporkov. ¿Qué se le había perdido a ella en Samara? Es verdad que allí no estaría Kaleria Ivánovna, pero ¡tampoco estaría Toporkov!

¡Al diablo con Samara! Marusia caminaba irritada, y al mismo tiempo se sentía triunfante: *él* había reconocido que estaba enferma, y ella, en lo sucesivo, podía acudir a su consulta sin cumplidos, cuantas veces le viniera en gana, todas las semanas si hacía falta. ¡Se estaba tan a gusto en su gabinete, era tan acogedor! Sobre todo, era tan bonito aquel diván que se veía al fondo. Le habría encantado sentarse con él en ese diván para charlar de todo un poco, para quejarse un rato, para recomendarle que no les cobrara tan caro a sus pacientes. A los ricos, naturalmente, se puede y se debe cobrarles caro, pero a los enfermos pobres hay que hacerles un descuento.

«No sabe nada de la vida, es incapaz de distinguir un rico de un pobre —pensaba Marusia—. ¡Yo podría enseñárselo!».

También en esta ocasión la esperaba en casa un espectáculo gratuito. Yegórushka estaba tirado en un diván, presa de un ataque de histeria. Sollozaba, maldecía, temblaba como con fiebre. Las lágrimas corrían por su rostro ebrio.

—¡Se ha marchado Kaleria! —vociferaba—. ¡Lleva ya dos noches sin venir! ¡Se ha enfadado!

Pero Yegórushka sollozaba en vano. Aquella tarde se presentó Kaleria, le perdonó y se lo llevó al club.

La mala vida de Yegórushka llegó a su apogeo. No le alcanzaba con la pensión de Marusia, y empezó a «trabajar». Le tomaba dinero prestado a la sirvienta, hacía trampas a las cartas, le hurtaba dinero y objetos a su hermana. Una vez, pasando junto a Marusia, le sacó del bolsillo dos rublos que ella había ahorrado para unos zapatos. Él se quedó con un rublo y con el otro le compró unas peras a Kaleria. Los amigos le abandonaron. Quienes antes visitaban la casa de los Priklonski, los conocidos de Marusia, ahora le llamaban a la cara «ilustre tahúr». Hasta las «doncellas» del Château de Fleurs lo miraban con desconfianza y se reían cada vez que, tras pedirle dinero prestado a algún nuevo conocido, las invitaba a cenar.

Marusia asistía a ese apogeo de su mala vida y era consciente de lo que ocurría...

También iba *in crescendo* la desenvoltura de Kaleria.

—Haga el favor de no hurgar en mis vestidos —le dijo una vez Marusia.

—No les va a pasar nada a sus vestidos por eso —replicó Kaleria—. Y, si usted me considera una ladrona, entonces... allá usted. Yo me marchó.

Y Yegórushka, tras maldecir a su hermana, se pasó una semana entera arrastrándose a los pies de Kaleria, implorándole que no se marchara.

Pero esa clase de vida no puede durar mucho tiempo. Toda historia tiene un final y también terminó esta pequeña novela.

Llegó el Carnaval, y con él los días que anuncian la primavera. Los días se

volvían más largos, caían gotas de los tejados, los campos exhalaban una frescura que hacía presentir la primavera a quienes la respiraban...

Una de aquellas noches de Carnaval Nikifor estaba sentado junto al lecho de Marusia. Yegórushka y Kaleria habían salido.

—Estoy ardiendo, Nikifor —dijo Marusia.

Pero Nikifor murmuraba y reavivaba sus heridas con los recuerdos del pasado. Hablaba del príncipe, de la princesa, de su vida cotidiana... Describía los bosques donde solía cazar el difunto príncipe, los campos por los que cabalgaba en pos de las liebres, Sebastopol. En Sebastopol el difunto príncipe había sido herido^[125]. Muchas cosas contó Nikifor. A Marusia le gustó en particular la descripción de la hacienda, vendida cinco años antes por culpa de las deudas.

—Salía uno a la terraza... La primavera ya apuntaba. ¡Dios mío! ¡No podía apartar uno la vista del mundo de Dios! El bosque aún estaba negro, pero ¡ya rebosaba placidez! Aquel riachuelo maravilloso, profundo... Su madre, de joven, solía pescar con caña... Pasarse días enteros al borde del agua... Les gustaba estar al aire libre... ¡La naturaleza!

A Nikifor se le quebraba la voz contando estas cosas. Marusia le escuchaba y no dejaba que se apartara de su lado. Leía en el rostro del viejo lacayo todo lo que éste le contaba de su padre, de su madre, de la hacienda. Le escuchaba, observaba su rostro y le entraban ganas de vivir, de ser feliz, de pescar en el mismo río en el que había pescado su madre... El río, y el campo en la otra orilla, y los bosques azules más allá de ese campo, y por encima de todo la caricia del sol que brilla y calienta... ¡Qué hermoso era vivir!

—Mi buen Nikifor —decía Marusia, apretando su mano seca— querido amigo... Mañana préstame cinco rublos. Por última vez... ¿Es posible?

—Sí, es posible. Cinco rublos es todo lo que tengo. Cójalos, y Dios proveerá...

—Te los devolveré, querido amigo. Préstamelos...

A la mañana siguiente, Marusia se puso su mejor vestido, se recogió el cabello con una cinta rosada y se dirigió a casa de Toporkov. Antes de salir de casa se había mirado diez veces en el espejo. En el vestíbulo de Toporkov la recibió una nueva sirvienta.

—¿Ya lo sabe usted? —le preguntó a Marusia la nueva sirvienta mientras la ayudaba a quitarse el abrigo—. El doctor no cobra menos de cinco rublos por consulta...

En esta ocasión había más pacientes que nunca en la sala de espera. Todos los asientos estaban ocupados. Había incluso un hombre sentado encima del piano. Las consultas empezaron a las diez. A las once el doctor hizo una pausa para una operación y sólo volvió a admitir pacientes a partir de las dos. A Marusia no le llegó el turno hasta las cuatro.

Sin haber tomado ni un té, agotada por la espera, temblando por la fiebre y la inquietud, cuando se quiso dar cuenta ya estaba sentada en una butaca enfrente del

doctor. Notaba la cabeza vacía, la boca seca, los ojos como entre nieblas. A través de esa niebla apenas veía unos destellos... Vio pasar fugazmente la cabeza del médico, sus manos, el martillito...

—¿Ha estado usted en Samara? —le preguntó él—. ¿Cómo es que no ha ido?

No le contestó. Él percutió en su pecho y la auscultó. La enervación en el lado izquierdo se extendía ya por casi toda la región pulmonar. Se oía un sonido embotado en el ápice del pulmón derecho.

—No le hace ninguna falta viajar a Samara. No vaya usted —dijo Toporkov.

Y Marusia, a través de la niebla, leyó en su rostro seco, serio, algo parecido a la compasión.

—No voy a ir —susurró.

—Dícales a sus padres que no le dejen estar al aire libre. Evite las comidas pesadas, de cocción difícil...

Toporkov empezó a darle consejos, se dejó llevar y le dictó una verdadera conferencia.

Ella no escuchaba nada de lo que decía, y miraba a través de la niebla cómo se movían sus labios. Le pareció que llevaba demasiado tiempo hablando. Por fin el doctor se calló, se levantó y, aguardando a que se fuera, fijó sus lentes en ella.

Marusia no se movía. Le gustaba estar sentada en aquella butaca tan confortable y le daba miedo volver a casa, donde estaba Kaleria.

—Ya he terminado —dijo el doctor—. Es usted libre.

Ella volvió la cara hacia él y se quedó mirándole.

«¡No me eche!», habría leído el doctor en sus ojos de haber sido, siquiera, un pasable fisonomista.

Unas gruesas lágrimas brotaron de sus ojos, los brazos le colgaron inertes a ambos lados de la butaca.

—¡Yo le amo, doctor! —susurró, y un resplandor rojizo, efecto del intenso incendio de su alma, se extendió por su cara y su cuello—. ¡Le amo! —volvió a susurrar, y sacudió dos veces la cabeza, la dejó caer sin fuerzas y rozó la mesa con la frente.

¿Y el doctor? El doctor... se ruborizó por primera vez desde que ejercía la medicina. Sus ojos pestañearon como los de un chiquillo al que hacen arrodillarse. ¡Nunca le había oído a ninguna paciente decir unas palabras semejantes, y menos de ese modo! ¡Ni a ninguna mujer! ¿No habría entendido mal?

El corazón le dio un vuelco y le palpitó con inquietud... Empezó a toser, desconcertado.

—¡Mikolasha! —se oyó una voz en la habitación vecina, y por la puerta entreabierta asomaron las dos mejillas sonrosadas de su mujer, la hija de unos comerciantes.

El doctor aprovechó esa llamada para salir rápidamente del despacho. Cualquier pretexto le venía bien con tal de alejarse de aquella situación tan embarazosa.

Diez minutos más tarde, cuando volvió a su gabinete, encontró a Marusia tendida en el diván. Estaba tumbada de espaldas, boca arriba. Un brazo le caía hasta el suelo, junto con una mata de pelo. Estaba inconsciente. Toporkov, colorado, con el corazón desbocado, se acercó a ella en silencio y le soltó el cordoncillo del vestido. Arrancó un broche y, sin darse cuenta, desgarró la tela. De los volantes, hendiduras y recovecos del vestido cayeron al diván las recetas del médico, sus tarjetas de visita, su fotografía...

El doctor le roció la cara con agua. Marusia abrió los ojos, se incorporó, apoyándose en un codo, y se quedó mirándole pensativa. Se preguntaba dónde estaba.

—¡Le amo! —gimió al reconocer al doctor. Y sus ojos, llenos de amor y de súplica, se concentraron en el rostro de aquel hombre. Miraba como una fierecilla herida.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Toporkov, sin saber qué hacer. Lo dijo con una voz que a Marusia le resultó desconocida, una voz que no era medida ni marcada, sino suave, casi tierna...

A Marusia le falló el codo, y la cabeza le cayó nuevamente al diván, pero no apartó la mirada de él.

El doctor, parado delante de ella, leía la súplica en sus ojos y se encontraba en una situación espantosa. El corazón le palpitaba en el pecho, y en la cabeza le ocurría algo inusitado, desconocido... Millares de recuerdos imprevistos hormigueaban en su cabeza ardiente. ¿De dónde habían salido todos esos recuerdos? ¿Acaso los habían despertado esos ojos, con su amor y su súplica?

Recordó su primera infancia, cuando tenía que limpiar los samovares de los señores. Tras los samovares y los pescozones, pasaron fugazmente por su memoria sus benefactores y sus benefactoras, con sus pesados *salopy*^[126], y la escuela parroquial, adonde lo habían enviado por su «voz». La escuela, con sus azotes y sus gachas con arena, dejó paso al seminario. En el seminario el latín, el hambre, los sueños, la lectura, el amor con la hija del ecónomo. Recordó cómo, contraviniendo los deseos de sus benefactores, se fugó del seminario para ingresar en la universidad. Se fugó con los bolsillos vacíos, con unas botas gastadas. ¡Aquella fuga tuvo tantos alicientes! En la universidad el hambre y el frío en aras del trabajo... ¡Un camino difícil!

Finalmente había triunfado, gracias a su esfuerzo había cavado un túnel que le permitiría avanzar en la vida, había recorrido ese túnel y... ¿ahora qué? Dominaba su oficio a la perfección, leía mucho, trabajaba mucho y estaba dispuesto a trabajar día y noche...

Toporkov miró de reojo los billetes de cinco y diez rublos que estaban tirados sobre la mesa, se acordó de las señoras a las que acababa de cobrar ese dinero y se sonrojó... ¿De veras había recorrido ese camino tan sacrificado sólo por los billetes de cinco rublos y por las señoras? Sí, sólo por eso...

Y bajo el peso de los recuerdos se consumió su majestuosa figura, se esfumó su

porte altivo y se llenó de arrugas su terso rostro.

—¿Y qué puedo hacer yo? —susurró una vez más, mirando a los ojos de Marusia. Tenía vergüenza de aquellos ojos.

¿Y si le preguntaba qué había hecho, qué había conseguido desde que practicaba la medicina?

Billetes de cinco y de diez rublos, ¡y nada más! La ciencia, la vida, la tranquilidad... todo sacrificado por esos billetes. Y éstos le habían proporcionado una residencia principesca, una mesa refinada, caballos... en una palabra, todo eso que se llama confort.

Recordó Toporkov sus «ideales» del seminario y sus sueños universitarios, y aquellas butacas, aquel diván tapizado de caro terciopelo, aquel suelo cubierto por una tupida alfombra, aquellas lámparas, aquel reloj de trescientos rublos, le parecieron un barrizal espantoso, intransitable.

Se inclinó hacia delante y levantó a Marusia del barrizal en el que estaba tendida, la levantó bien alto, con brazos y piernas...

—¡No sigas aquí tumbada! —dijo, y se apartó del diván.

Y, como en señal de agradecimiento, toda una cascada de maravillosos cabellos de lino se derramó sobre su pecho. Cerca de sus gafas doradas brillaron unos ojos ajenos. ¡Y menudos ojos! ¡Daban ganas de tocarlos con el dedo!

—¡Dame un poco de té! —susurró ella.

Al día siguiente Toporkov viajaba a su lado en un compartimento de primera clase. La llevaba al sur de Francia. ¡Qué hombre más raro! Sabía que no había esperanzas de curación, lo sabía perfectamente, al dedillo, pero la llevaba... Por el camino no dejó de percutir, de auscultarla, de interrogarla. No quería creer en sus conocimientos y trataba con todas sus fuerzas de encontrar, percutiendo y auscultándola en el pecho, un mínimo resto de esperanza.

El dinero que había estado acumulando con tanto empeño hasta la misma víspera se disipaba ahora, en dosis colosales, a lo largo del camino.

¡Lo habría dado todo con tal de no oír, al menos en uno de los pulmones de esa joven, aquellos malditos ronquidos! ¡Tenían, tanto él como ella, tantas ganas de vivir! El sol había salido para ellos, y esperaban el día... Pero el sol no los salvó de las tinieblas y... ¡las flores no florecen cuando el otoño está avanzado!

La princesa Marusia murió: no vivió ni tres días en el sur de Francia.

Toporkov, a su regreso de Francia, retomó su vida anterior. Siguió, como siempre, tratando a las señoras y amasando billetes de cinco rublos. Con todo, se pudo advertir un cambio en él. Al hablar con una mujer, miraba hacia un lado, al vacío... Lo pasaba muy mal si tenía que mirar a la cara a una mujer.

Yegórushka gozaba de buena salud. Había dejado a Kaleria y se había ido a vivir con Toporkov. El doctor le había dado acogida en su casa y le tenía un enorme cariño. La barbilla de Yegórushka le recordaba a la barbilla de Marusia, y por ese motivo le

permitía derrochar sus billetes de cinco rublos.
Yegórushka estaba encantado.

EL DISCURSO Y LA CORREÍTA

(Речь и ремешок)

Él nos reunió en su gabinete y, con una voz trémula por las lágrimas, conmovida, tierna, amistosa, pero que no admitía objeciones, nos pronunció un discurso.

—Yo lo sé todo —dijo—. ¡Todo! ¡Sí! Veo a través. Hace tiempo ya que advertí ése, así decir, eh... eh... eh... espíritu, atmósfera... hálito. Tú, Zitziúlskii, lees a Schedrin, tú, Spíchkin, lees también algo así... Todo lo sé. Tú, Tuponósov, compones... este... artículos ahí, de toda clase... y te conduces con libertad. ¡Señores! ¡Les ruego! Les ruego no como jefe, sino como hombre... En nuestro tiempo así no se puede. Ese liberalismo debe desaparecer.

Habló en ese género mucho tiempo. Nos penetró a todos, penetró la tendencia actual, celebró las ciencias y las artes, con una reserva sobre el límite y los marcos, de cuáles ciencias no se puede salir, y recordó el amor de las madres... Nosotros palidecíamos, nos sonrojábamos y escuchábamos. Nuestra alma se limpiaba con sus palabras. Queríamos morirnos de contrición. Queríamos besarlo, caer postrados... empezar a sollozar... Yo miraba la espalda del archivero, y me parecía que esa espalda no lloraba, sólo porque temía interrumpir el silencio en sociedad.

—¡Anden! —terminó él—. ¡Yo lo olvidé todo! No soy rencoroso... Yo... yo... ¡Señores! La historia nos dice... No me crean a mí, créanle a la historia... La historia nos dice...

¡Pero, ay! Nosotros no supimos qué nos dice la historia. Su voz empezó a temblar, en sus ojos brillaron las lágrimas, sudaron sus lentes. En ese mismo momento, se oyeron unos sollozos: eso sollozaba Zitziúlskii. Spíchkin se sonrojó, como un cangrejo hervido. Nos buscamos los pañuelos en los bolsillos. Él parpadeó, y buscó el pañuelo también.

—¡Anden! —empezó a balbucear con voz llorosa—. ¡Déjenme! Dejen... me... Msí...

¡Pero, ay! Sáquenle ustedes al reloj una pieza pequeña, o échenle un ínfimo grano de arena, y se parará el reloj. La impresión, producida por el discurso, desapareció como humo a las mismas puertas de su apogeo. La apoteosis no se dio... ¿y gracias a qué? ¡A lo ínfimo!

Él se buscó en el bolsillo trasero y, con el pañuelo, sacó cierta correíta. Sin intención, se entiende. La correíta, pequeña, sucia, áspera, se balanceó en el aire como una culebra, y cayó a los pies del archivero. El archivero la levantó con ambas manos y, con una respetuosa palpitación en todos sus miembros, la puso sobre la mesa.

—La correíta —murmuró.

Zitziúlskii sonrió. Tras advertir su sonrisa yo, sin desearlo, me reí en el puño...

como un imbécil, ¡como un chiquillo! Después de mí se rió Spíchkin, tras él Triojkapitánskii, ¡y todo sucumbió! Se derrumbó el edificio.

—¿Y tú por qué te ríes? —escuché una voz de trueno.

¡Padrecitos del mundo! Miro: *sus* ojos me miran a mí, sólo a mí... ¡fijamente!

—¿Dónde estás? ¿Ah? ¿Estás en la vinatera? ¿Ah? ¿Te olvidas? ¡Presenta la dimisión! Yo no necesito liberales.

IMPRUDENCIA

(PÁGINA DE LA HISTORIA DEL BANCO LIGOVSKO-CHERNORECHENSKI)

(Нарвался)

«¡Qué sueño tengo! —pensaba yo, sentado en mi despacho del Banco—. Apenas llegue a la fonda me echo, a dormir».

«¡Qué delicia! —exclamé, para mis adentros después de comer y dispuesto a acostarme—. ¡Qué bien se vive en este mundo! ¡Qué bien!».

Sonriendo beatíficamente y regodeándome de estar en la cama, como gato al sol, cerré los ojos y comencé a adormilarme. Sentí un hormigueo en los ojos cerrados; una especie de neblina invadió mi cerebro; oí algo así como un aleteo; de mi cabeza volaron hacia el cielo unas pieles raras; y del cielo llegaron esponjosos algodones que se me alojaron en la cabeza... Todo era voluminoso, blando, esponjoso, oscuro. Unos homúnculos corrían entre la niebla... Cuando desapareció el último de ellos y los brazos de Morfeo se abrían ya para darme el consabido abrazo, me estremecí.

—¡Venga usted aquí, Iván Osipich! —voceó alguien por allí cerca.

Abrí los ojos. En la habitación vecina se oyó el disparo de una botella de champaña al ser descorchada. Me volví del otro costado y me tapé la cabeza con la manta.

«La amo y puede que la ame todavía», cantó una voz de barítono en la habitación contigua.

—¿Por qué no compra usted un piano? —preguntó otra voz.

—¡Maaalditos! —gruñí—. ¡No me dejan dormir!

Abrieron otra botella y llegó hasta mis oídos tintineo de copas. Alguien empezó a andar con ruido de espuelas. Sonó un portazo.

—¿Vas a traer pronto el samovar, Timofei? ¡Deprisa, hermano! ¡Trae también unos cuantos platos más! ¡Caballeros: bebamos según el rito cristiano! Una copita... *Mademosille*, patitas de cordero, *ye vous prie*.

En la habitación de al lado comenzó la juerga. Yo metí la cabeza bajo la almohada.

—Timofei —oí decir—, si viene un señor alto y rubio, con abrigo de oso, dile que estamos aquí.

Escupí de rabia, me levanté de un salto y di varios golpes en la pared. Los de la habitación vecina callaron un instante. Tornaron a cerrárame los ojos; de nuevo aparecieron el hormigueo, las pieles, los copos de algodón. Pero ¡ay!, un minuto después se reanudó el escándalo.

—¡Señores! —les grité con voz suplicante—. Tengan un poco de consideración, se lo ruego. Estoy enfermo y quisiera dormir.

—Duerma, que nadie se lo impide. Y si está enfermo, vaya a ver al médico. «Para los caballeros, el amor y la honra»... —cantó la voz de barítono.

—¡Qué majadería! —protesté—. ¡Qué estúpido es todo esto! ¡Y qué bajo!

—¡Cállese! —resonó tras la pared una voz senil.

—¡Vaya, hombre, menudo emperador nos ha salido! ¡Debe de tenerse por un mandamás! ¿Quién es usted?

—¡¡¡A ca-llar!!!

—¡Valiente gentuza! Se hinchán de vodka, ¡y a escandalizar!

—¡¡¡A ca-llar!!! —repitió, ronca, la voz senil, cosa de diez veces.

Me volví a la cama. La idea de que unos troneras desaprensivos me impedían dormir iba poniéndome furioso. En la otra habitación empezaron a bailar.

—¡Si no cesan en sus ruidos, llamo a la policía! —rugí, ahogado por la cólera—. ¡Camarero! ¡Timofei!

—¡¡A callar!! —vociferó nuevamente la misma voz de viejo.

Salté del lecho; y, como alocado, corrí a la habitación vecina, dispuesto a hacer valer mis derechos.

Allí estaban de jarana. Sobre la mesa se veían numerosas botellas. Alrededor se hallaban unos tipos de ojos saltones como los de los cangrejos. Al fondo del aposento, un viejo calvo aparecía medio tendido en un sofá; y sobre su pecho descansaba la rubia cabeza de una *cocotte* muy conocida. El carcamal miraba en dirección a la pared de mi cuarto y gritaba con voz temblona:

—¡¡A ca-llar!!

Abrí la boca para soltar una reprimenda; pero ¡qué horror!; en la persona del vejete reconocí al director del banco donde prestaba mis servicios. Se me fueron al momento el sueño, la ira, el amor propio. Y me apresuré a retirarme.

El director estuvo un mes entero sin mirarme ni dirigirme una sola palabra. Los dos evitábamos encontrarnos. Pasado un mes, se acercó a mi mesa y, con la cabeza gacha, me dijo, mirando al suelo:

—Yo esperaba..., suponía que usted mismo se daría cuenta... Pero veo que no... ¡Ejem!... No se altere. Incluso puede quedarse sentado... Yo pensaba que... No es posible que trabajemos en el mismo sitio... Su conducta en la fonda de Bultijin... Dio usted tal susto a mi sobrina... ¿Me entiende? Entregue todos los asuntos a Iván Nikitich...

Así diciendo, levantó la cabeza y se retiró...

Y yo me quedé más muerto que vivo.

VISITA INFORTUNADA

(Неудачный визит)

Un dandi llega por primera vez a una casa. Va de visita. Le abre la puerta del recibidor una chica de unos dieciséis años, con vestido de percal y delantal blanco.

—¿Están en casa los señores? —pregunta el visitante a la muchacha, con gran desenvoltura.

—Sí, señor.

—¡Uuuh! ¡Qué capullito! ¿Y la señora, también está?

—Sí, señor —responde la joven ruborizándose.

—¡Mmmm! ¡Eres un bombón, pillina! ¿Dónde pongo el gorro?

—¡Póngalo donde quiera, pero suélteme! Es muy extraño...

—¡Vaya, vaya, no te pongas colorada, que no te voy a aplastar!...

Y el desconocido da un golpe con el guante en el talle de la chica:

—Oye, ¿sabes que no estás mal? Anda, ve y anúnciame.

Ella se pone del color de una amapola y huye hacia adentro.

«¡Demasiado joven!», piensa el señorito mientras penetra en la sala.

Allí le espera la dueña. Se sientan, charlan...

Minutos después atraviesa la sala la chica del delantal.

—Es mi hija mayor —dice la dueña señalando hacia ella.

Bonita situación.

DOS ESCÁNDALOS

(Два скандала)

—¡Quietos, el diablo que les lleve! Si esas voces agudas, que parecen de chivos, no dejan de balar, yo me voy. ¡Fíjese en las notas, cabeza de azafrán! ¡Se lo digo a usted, pelirroja, a la tercera de la derecha! Si no sabe cantar, ¿a qué viene al teatro con esos graznidos de cuervo? Comencemos desde el principio.

Así gritaba el director, golpeando la partitura con la batuta. A estos melenudos directores se les perdonan muchas cosas. Y no puede ser de otro modo, pues cuando mandan a uno al diablo, o blasfeman, o se arrancan los pelos, es en aras de una cosa tan sagrada como el arte, con el que nadie osa jugar. El director está alerta; y a no ser por él, ¿quién no emitiría esos abominables semitonos que tan a menudo estropean y destruyen la armonía? Él es el guardián de ésta, y por ella ahorcaría al mundo entero y hasta se ahorcaría él mismo. No es posible incomodarle con él. Otra cosa sería si obrase en provecho propio.

La mayor parte de la bilis de este director, amarga y espumante, se desahogaba en la chica pelirroja que hacía la tercera por la derecha. La hubiera aniquilado, sepultado, arrojado por la ventana. Era la que más desentonaba, y él odiaba, y despreciaba a la pelirroja más que a nadie en el mundo. Si se la hubiera tragado la tierra, o se hubiera muerto allí, a los ojos de todos, o el tiznado farolero la hubiese encendido a ella en vez de encender un farol, o la hubiese azotado públicamente, el director se habría reído a carcajadas, lleno de contento.

—¡Mire, váyase a la...! ¡A ver si comprende de una vez que sabe de canto y de música menos que yo de cazar ballenas! ¡A usted le estoy hablando, pelos de mazorca! Explíqueme usted que eso no es fa sostenido, sino sencillamente fa. ¡Enseñe solfeo a esta analfabeta! ¡A ver, cante sola! Comience. ¡El segundo violín, que se vaya a la porra con ese arco sin resina!

Ella, una chica de dieciocho años, miraba el papel, temblando como una cuerda de guitarra golpeada con el dedo. Su pequeña cara se coloreó, encendida. En sus ojos brillaron lágrimas, prestas a caer a cada momento sobre los signos musicales de negras cabezas, semejantes a las de los alfileres. ¡Cuánto hubiera dado por que los sedosos cabellos de oro, que caían como una cascada sobre sus hombros y su espalda, le hubieran ocultado la cara a los ojos de los demás!

Su pecho, oprimido por el corsé, subía y bajaba como una ola. Dentro de él bullía un caos de horribles sensaciones: tristeza, remordimiento, desprecio de sí misma, temor... La pobre muchacha sentíase culpable, y el arrepentimiento le taladraba el cerebro. Era culpable ante el arte, ante el director, ante los compañeros y ante la orquesta; y probablemente lo sería ante el público. Si la censuraban, tendrían mil veces razón. Temía mirar a los demás; pero notaba que a ella la miraban con odio y

desdén. ¡Y más que nadie, él! La hubiera arrojado al fin del mundo, lo más lejos posible de su oído, tan sensible a la música.

«¡Dios mío, haz que me salga bien!», imploraba ella en su interior. Y una nota desesperada se percibía en su trémula voz de soprano.

Pero él no quería comprender esta nota. Lejos de ello, gruñía y se tiraba de la larga melena. ¡Qué le importaban las tribulaciones de nadie, si aquella noche era la función!

—¡Es para morirse! ¡Esta señorita me mata hoy con su voz de chivo! ¡Más que para *prima donna*, serviría usted para lavandera! ¡A ver, quítenle los papeles a esa pelirroja!

Ella hubiera cantado bien de buena gana. Sabía hacerlo y hasta era una virtuosa del canto, pero ¿qué culpa tenía de que los ojos no la obedecieran? Aquellos ojos hermosos, pero desobedientes, aquellos ojos que ella maldeciría hasta el momento de su muerte, en lugar de mirar el papel y seguir los movimientos de la batuta, se quedaban fijos en la melena y en los ojos del director... Le gustaban sus cabellos desgredados y sus ojos, de los que salían centellas y a los que daba miedo mirar. La infeliz amaba con pasión demencial aquel rostro, por el que corrían negros nubarrones, y que despedía rayos. ¿Era ella culpable de que su corto entendimiento, en lugar de embeberse en el ensayo, se abstrajese pensando en cosas que le impedían cumplir con su deber, vivir y estar tranquila?

Sus ojos miraban las notas escritas; de allí se trasladaban a la batuta del director; de la batuta a la corbata blanca, a la barbilla, etcétera.

—¡Quítenle esos papeles! ¡Debe de estar enferma! —gritó, por fin, el director—. ¡Yo no sigo!

—Sí, estoy enferma —musitó ella dócilmente, dispuesta a presentar mil excusas.

Marchose la muchacha, y su puesto fue ocupado por otra de peor voz, pero capaz de autocriticarse y de trabajar concienzudamente, sin pensar en la corbata blanca ni en el bigote.

En casa tampoco dejaron de importunarla. Al llegar del teatro se tendió en la cama, ocultando la cabeza bajo la almohada; vio en tinieblas la cara del director, contraída por la ira, y le pareció que le golpeaba las sienes con la batuta. ¡Aquel hombre atrevido era su primer amor!

Y la primera tortilla había de salir quemada.

Al día siguiente del ensayo acudieron a su casa los compañeros de arte, a fin de interesarse por su salud. En los periódicos y en los carteles se la dio por enferma. La visitaron el director del teatro y el *regisseur*, testimoniándole ambos su respetuoso pesar. Y también se presentó él.

Cuando él no estaba dirigiendo la orquesta ni mirando la partitura, era un hombre totalmente distinto: cortés, amable y respetuoso como un niño; una sonrisa dulce y afable iluminaba su rostro; no sólo no mandaba a nadie al diablo, sino que incluso se recataba de fumar y de poner una pierna encima de la otra en presencia de las damas.

Resultaba difícil encontrar una persona más bondadosa y cumplida que él.

Llegó muy preocupado, y dijo a la joven que su enfermedad constituía una gran desgracia para el arte, y que todos los compañeros —entre ellos él— darían lo que fuese con tal que *notre petit rossignol*^[127] gozase de salud y de tranquilidad. ¡Oh las enfermedades! ¡Cuántas pérdidas habían acarreado al arte! Tendrían que decir al empresario que si en escena continuaba la corriente de aire como hasta entonces, nadie se avendría a trabajar y todos se marcharían. ¡La salud era lo primordial en este mundo! Y dicho esto, le apretó cariñosamente la mano, suspiró lleno de sinceridad, le pidió permiso para volver a visitarla y se marchó maldiciendo las enfermedades.

¡Qué simpático! Pero cuando ella dijo haberse restablecido y regresó a los ensayos, él tomó a mandarla al más negro de los diablos, y su cara volvió a despedir rayos y centellas.

En esencia, ella le tenía por un hombre de bien. Una vez estaba tras los bastidores y, apoyada en un rosal de madera, seguía los movimientos del director con el alma llena de júbilo. Él, tomando champán con Mefistófeles y Valentín, reía a carcajadas. Las agudezas brotaban como un raudal de sus labios, acostumbrados a mandar a todos al diablo. Después de beberse tres copas, se apartó de los cantantes para incorporarse a la orquesta, donde ya estaban poniendo a punto los violines y los violonchelos. Al llegar junto a ella iba sonriendo, resplandeciente, con cara de satisfacción. ¿Quién se atrevería a decir que era un mal director? ¡Nadie! Ella enrojeció y le sonrió. Él, embriagado, se detuvo, y le dijo:

—Estoy que no me tengo en pie. ¡Me siento tan a gusto hoy! ¡Ja, ja, ja! ¡Y a todos ustedes los encuentro muy bien! ¡Qué cabellera tan maravillosa la suya! ¿Cómo no me habré dado cuenta hasta ahora de que este ruiseñor tiene un moño tan lindo?

Y, agachándose, la besó en el hombro, sobre el que caían los cabellos.

—El maldito champaña me ha dejado sin fuerzas. Querido ruiseñor, ¿verdad que ya no vamos a equivocarnos nunca? ¿Verdad que vamos a cantar con atención? ¿Por qué desentona usted tan a menudo? Antes no le sucedían tales cosas, cabecita de oro.

El director, lánguido y decaído, le besó la mano. Ella contestó:

—No se enfade conmigo... Yo... Yo... ¡Me mata usted con sus reproches! No lo puedo resistir... ¡Se lo juro!

A sus ojos asomaron las lágrimas. La muchacha, casi sin percatarse de ello, se apoyó en el brazo del director.

—Usted no se da cuenta... Es usted tan colérico... Le juro...

Él quiso reclinarse sobre el rosal y estuvo a punto de caer. Para evitarlo se asió al talle de la chica.

—Ya están llamando, pequeñita mía. Hasta el próximo entreacto.

Terminada la función, ella no se marchó sola a su casa. La acompañó él, embriagado, riendo de felicidad. ¡Qué dichosa era! Oprimida por el brazo del director, no daba crédito a tanta ventura. Creía que el Destino la engañaba. Lo cierto es que el público vio durante toda una semana carteles anunciando que *él y ella*

estaban enfermos. El director no salió de casa de la chica en todo este tiempo, y la semana les pareció a los dos un minuto. Ella le dejó ir cuando ya resultaba violento permanecer oculta.

—Conviene airear nuestro amor —dijo el director al séptimo día—. Echo de menos mi orquesta.

Al octavo día ya estaba moviendo la batuta y maridando al diablo a todos, incluso a la «pelirroja».

Y es que las mujeres son para el amor como los gatos. Mi heroína no abandonó sus insensatas costumbres, ni siquiera después de amancebada con aquel ogro espantable. En vez de mirar al papel y a la batuta, se quedaba embobada contemplando la corbata y la cara del director... Lo mismo en los ensayos que en las funciones, desafinaba aún más que antes. ¡Por eso la recriminaba él! Anteriormente la reñía sólo en los ensayos; ahora podía hacerlo también en casa, después de la función. ¡Era muy sentimental aquella niña! Le bastaba mirar, mientras cantaba, el rostro amado, para retrasarse en todo un cuarto de tiempo o para que le temblase la voz. Durante las funciones lo miraba desde el escenario; cuando no cantaba, seguía, desde detrás de los bastidores, sin apartar la vista de la larga figura del director; durante los entre actos se juntaban en el camerino, donde bebían champaña y se reían de los pretendientes de ella; y mientras la orquesta tocaba la obertura, ella miraba a su adorado a través del pequeño agujero del telón: el mismo agujero por el que los actores se ríen de las calvas de la primera fila y calculan el volumen de la recaudación según el número de cabezas visibles.

Fue el agujero del telón el que dio al traste con su felicidad, provocando un escándalo.

En un día de Carnaval, cuando el teatro suele hallarse menos vacío, iban a representar *Los hugonotes*. Cuando el director, pasando entre los atriles, se dirigió a su puesto, ella se hallaba tras el telón mirando, ansiosa y palpitante, a través del orificio.

Él puso una cara entre seria y avinagrada y agitó la batuta en todas las direcciones. Comenzó la obertura. Al principio, su bello rostro permaneció relativamente sereno. Mas luego, cerca ya de la mitad, su mejilla derecha empezó a despedir rayos y su ojo derecho se entornó. Era por la derecha por donde se notaban las disonancias: desentonaba un clarinete, y la tos de un fagot sonó muy a despropósito. Aquella tos podría impedirle comenzar a tiempo. Después enrojeció y se estremeció la mejilla izquierda del director. ¡Cuánto movimiento y cuánto fuego había en aquella cara! Ella, contemplándolo, sentíase en el séptimo cielo, en la cima de la felicidad.

—¡Al diablo ese violonchelo! —rugió el director entre dientes, ahogando la voz.

¡Aquel violonchelo conocía la partitura, pero no quería conocer el espíritu de la obra! ¿Podía confiarse un instrumento tan sutil y melodioso a gente insensible? Un estremecimiento recorrió de un lado a otro el semblante del director, cuya mano libre

se aferró fuertemente al atril como si el atril tuviese la culpa de que el gordo violonchelista tocara por dinero y no por impulso espiritual.

—¡Fuera del escenario! —se oyó decir por allí cerca.

De pronto, la cara del director resplandeció iluminada por la satisfacción: los violines habían ejecutado más que brillantemente uno de los fragmentos más difíciles. ¡Cómo se alegra en tales casos el corazón de un director! También el alma de mi azafranada heroína se llenó de contento como si ella tocase alguno de los primeros violines o tuviese corazón de director de orquesta. Pero su corazón no era de director, aunque perteneciese al director. La «diablilla pelirroja», viendo aquellas facciones sonrientes, sonrió a su vez.

En mala hora lo hizo. Sucedió algo sobrenatural. Sobrenatural y estúpido. El agujero desapareció súbitamente. ¿Dónde se había metido? Arriba se oyó un rumor parecido al del viento. Algo se elevó rozándole la cara. ¿Qué había pasado? La moza se puso a buscar el orificio para ver el rostro amado, pero lo que se ofreció a sus ojos fue un mar de luz, ancho y profundo, en el que se distinguía una infinidad de reflejos y de cabezas. Y, entre otras muchas, vio la del director. La cabeza del director se le quedó mirando, petrificada de estupefacción. El asombro dio luego paso al horror y a una desesperación indescriptible. Sin darse cuenta de sus actos, la pelirroja avanzó hacia el proscenio. En el segundo piso resonaron risas, y a poco tardar el teatro entero rompió en carcajadas y silbidos interminables. ¡Qué demonio! ¡En *Los hugonotes* iba a cantar una señora con guantes, sombrero y vestido de última novedad!

—¡Ja, ja, ja!

En la primera fila se removieron las calvas sonrientes. Levantose un ruido estrepitoso. El rostro del amado se tornó viejo y rugoso como el de Esopo; exhalaba odio y maldiciones. El director dio una patada en el suelo y arrojó la batuta, que no hubiera cambiado por un bastón de mariscal. La orquesta emitió durante segundos unos sonidos incoherentes para terminar callando. La pelirroja retrocedió y, tambaleándose, miró a su alrededor: a los lados estaban los bastidores, y desde los bastidores la fulminaban muchos ojos llenos de odio sobre caras pálidas y trastornadas. Aquellas caras de fiera rugían por lo bajo.

—¡Nos lleva usted a la ruina! —vociferó el empresario.

El telón descendió lentamente, indeciso, como si no le llevasen al sitio debido. Nuestra heroína se tambaleó y tuvo que apoyarse en los bastidores.

—¡Va usted a arruinarme, imbécil, perversa! ¡¡Mal no te lleve el diablo, bicho asqueroso!!

Esto decía la misma voz que una hora antes, cuando ella estaba componiéndose para ir al teatro, le susurraba dulcemente: «¿Cómo sería posible no amarte, palomita mía? ¡Tú eres el genio del bien! ¡Un beso tuyo vale el paraíso de Mahoma!». ¿Y ahora? Ahora estaba perdida. ¡Perdida sin remisión!

Cuando se restableció el orden en el teatro y el enfurecido director requirió por segunda vez la batuta para reiniciar la obertura, ella estaba ya en su casa. Desnudose

rápidamente y se metió en la cama. Morir acostada le parecía menos horrible que morir de pie o sentada. Aquello tenía su importancia, segura como estaba de que el remordimiento y la pena la matarían. Hundida la cabeza en la almohada, temblorosa, procurando no pensar y muerta de vergüenza, se revolvía bajo la manta. La manta olía a los cigarros que fumaba *él*... ¿Qué diría *él* cuando llegara?

Llegó después de las dos. Llegó borracho. Había bebido para ahogar su amargura y su cólera. Se le doblaban las piernas; las manos y los labios le temblaban como las hojas de un árbol al contacto del viento. Sin quitarse el abrigo ni el gorro, se aproximó a la cama y permaneció un instante en silencio. Ella contuvo la respiración.

—¡Podemos dormir tranquilos después del bochorno sufrido ante todo el mundo! —profirió él—. ¡Los artistas auténticos sabemos ponernos a bien con nuestra conciencia! ¡Una artista genuina! ¡Ja, ja, ja! ¡Bruja!

Quitándole la manta de un tirón, la arrojó a la chimenea.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Me has puesto en ridículo, el diablo que te lleve! ¿O no te das cuenta? ¡Levántate!

Le tiró de un brazo. Ella se sentó al borde de la cama y ocultó el rostro entre los revueltos cabellos. Sus hombros temblaban:

—¡Perdóname!

—¡Ja, ja, ja! ¡Cabeza de azafrán!

Dándole otro tirón de la camisa, puso al descubierto el hermoso hombro, de blancura nívea. Pero no estaba para tales observaciones.

—¡Fuera de aquí! ¡Vístete, y a la calle! ¡Has envenenado mi vida, trasto inútil!

Ella se dirigió a una silla sobre la que yacía, revuelta, su ropa y comenzó a vestirse. ¡Le había amargado la vida! ¡Era un crimen abominable amargar la vida a un hombre tan grande! Se marcharía para no continuar cometiendo tal delito. Eran muchos de por sí los que le hacían la vida imposible a *él*.

—¡Fuera! ¡Enseguida!

El director, rechinando los dientes, le tiró la blusa a la cara. Ella se la puso y quedó, irresoluta, junto a la puerta. Él se mantuvo callado un momento. Pero su silencio no duró mucho: con ebrio ademán, le señaló la salida. Ella pasó al recibidor, y él le abrió la puerta de la calle.

—¡Fuera, asquerosa!

Y agarrándola por la espalda, le dio un empujón.

—Adiós —musitó ella con voz de arrepentimiento y desapareció en la oscuridad.

En la calle, entenebrecida por la neblina, hacía frío. Una menuda llovizna caía del cielo.

—¡Vete al diablo! —le gritó el director y, sin prestar atención al chapoteo de los pies de ella sobre el barro, cerró la puerta. Después de echar a la calle a su amiga, se acostó en el lecho, caliente aún, y no tardó en roncar.

«¡Llevó su merecido!», se dijo por la mañana al despertarse. Pero se mentía a sí mismo. El remordimiento arañaba en su alma de músico, y la añoranza de la pelirroja

le oprimía el corazón. Pasó una semana como borracho, esperándola y atormentado por la incertidumbre. Pensaba que regresaría. Estaba seguro de ello... Vana seguridad. Entre las intenciones de la cantante no figuraba la de amargarle la vida a un hombre a quien quería más que a su propia vida. Había sido despedida del teatro por «inmoralidad». No se le perdonó el escándalo a que había dado lugar. Y no se le notificó el despido porque nadie conocía su paradero. Nadie sabía nada, aunque todos se figuraban muchas cosas...

«O se heló o se tiró al río», pensaba el director.

Al cabo de medio año, todo el mundo se había olvidado de ella. También se olvidó el antiguo amante. Los artistas apuestos tienen sobre su conciencia muchas mujeres, y para acordarse de todas se necesita una memoria privilegiada.

Si creemos a los piadosos y virtuosos, todo delito se paga. ¿Pagó el suyo el director?

Sí, lo pagó.

Cinco años más tarde pasó por la ciudad de J***. Deseoso de ver la ópera local, que gozaba de gran fama, decidió quedarse allí un par de días. Se hospedó en el mejor hotel, y a la mañana siguiente a su llegada, recibió una carta que demostraba a las claras la extensa popularidad de mi melenudo protagonista. Se le pedía en ella que dirigiera la representación de *Fausto*. El director N*** había enfermado repentinamente, y la batuta estaba vacante. ¿No accedería él a sustituirle, admirando con su arte a la afición musical de la ciudad? Y nuestro hombre aceptó.

Empujó la batuta, y los músicos «ajenos» tuvieron ocasión de verle la cara exhalando truenos y relámpagos. Los relámpagos, como era de esperar, abundaron: no habían tenido ensayo, y el director hubo de mostrar su arte sobre la marcha en la propia función.

El primer acto transcurrió normalmente. Y lo mismo el segundo. Mas en el tercero...

Un director no debe embebecerse contemplando el escenario o mirando a cualquier otro sitio. Su atención ha de estar concentrada en la partitura. En el tercer acto, cuando Margarita, con excelente voz de soprano, cantó su aria junto a la rueda, el director sonrió complacido: la artista había rayado a gran altura. Pero cuando la misma artista se retrasó un octavo de tiempo, la cara del director despidió mil centellas y miró con odio a la escena. ¡Jaque y mate a las centellas! Su boca se abrió de asombro, y sus ojos se desorbitaron, poniéndose grandes como los de un ternero: la actriz sentada al lado de una rueda no era ni más ni menos que la pelirroja a quien él echó al arroyo, levantándola del cálido lecho y dándole un empujón en las espaldas para que desapareciera entre la fría niebla. Era ella, la pelirroja; pero muy distinta de la que él arrojara de casa. Su semblante no había cambiado gran cosa; pero su voz y su cuerpo se habían transformado totalmente: eran mucho más finos, más elegantes, más audaces en sus movimientos y modulaciones.

Embobado y boquiabierto, el director palideció. La batuta tuvo un

estremecimiento nervioso, osciló en un mismo sitio y quedó suspendida e inmóvil en el aire.

—¡Es ella! —exclamó el director en voz alta, y se echó a reír.

Un sentimiento inmenso, mezcla de admiración y de alegría, le inundó el alma. ¡Su pelirroja, a la que repudió y echó a la calle, lejos de perderse, se había convertido en una figura! ¿Cabía algo más grato para su corazón de músico? Había aparecido un nuevo astro; y el arte, en su persona, resplandecía de júbilo.

—¡Es ella! ¡Ella!

La batuta continuaba inmóvil. Y cuando él quiso moverla para restablecer la situación, se le cayó de la mano y resonó al chocar contra el suelo. El primer violín le miró sorprendido, y se agachó para recoger la batuta. Un violonchelista, creyendo en una súbita indisposición del director, calló un instante, y cuando quiso proseguir lo hizo perdiendo el compás... Los sonidos hendieron el aire cada uno por su lado, y buscando salida de aquel caos, se confundieron en horrísono estruendo.

Ella, la pelirroja Margarita, se alzó enfurecida y clavó una mirada colérica en aquellos borrachos que... Pero de pronto livideció y sus ojos quedaron fijos en el director.

Mientras tanto, el público, que había pagado su dinero sin que le importasen un bledo los asuntos de los demás, comenzó a silbar y a patear.

Para acabarla de enmendar, Margarita exhaló un alarido que llenó toda la sala y, levantando los brazos, arqueó el cuerpo hacia el proscenio. Acababa de reconocer al director y no veía otra cosa que los rayos y las centellas que proyectaba su cara.

—¡Oh, víbora maldita! —gritó él, asestando un puñetazo a la partitura.

¿Qué hubiera dicho Gounod al ver maltratar de tal modo su obra? Le hubiera matado. Y con razón.

Era la primera vez que el director se equivocaba. Y nunca se perdonó su equivocación.

Huyó del teatro con el labio inferior ensangrentado a mordiscos. Llegó al hotel, se encerró en su habitación y estuvo sin salir tres días con sus noches, dedicado tal vez a la autocontemplación y a la autoflagelación.

Cuentan los músicos que en esos tres días encaneció y se arrancó la mitad de la melena.

—¡La insulté, la ofendí! —suele llorar ahora, cuando se emborracha—. ¡La hice fracasar! ¡No soy un director!

¿Por qué no se le ocurriría decir nada semejante cuando la echó de casa?

EL FIN DE UN IDILIO

(Идиллия — увы и ах!)

—¡Mi tío es magnífico! —me dijo más de una vez el pobre sobrino y único heredero del capitán Nasechkin—. Le quiero con toda mi alma. Venga conmigo a verle alguna vez. ¡Cómo se alegrará!

Y las lágrimas asomaban a los ojos de Grisha, el sobrino, siempre que hablaba de su tío. Consignaremos, en su honor, que no se avergonzaba de estas lágrimas generosas; y lloraba públicamente. Atendiendo a sus requerimientos, fui a ver al capitán hace una semana. Al entrar en el recibidor y asomarme a la sala observé un cuadro conmovedor: sentado en un amplio butacón, en medio del aposento, el señor Nasechkin, viejo y flaco, estaba tomando té; y ante él, con una rodilla en el suelo, Grisha movía, servicial, el té con una cucharilla.

Uno de los mórbidos brazos de la novia de Grisha rodeaba el curtido cuello del anciano. El pobre sobrino y su novia se disputaban el honor de besar antes al tío; y, naturalmente, no escatimaban los besos para él.

—¡Y ahora besaos vosotros, queridos herederos! —balbucía Nasechkin, henchido de felicidad...

Entre aquellos tres seres existía un vínculo envidiable. Yo, tan duro y áspero, me ahogaba de alegría y de envidia al verlos.

—Sí, sí —decía Nasechkin—. Puedo asegurar que he vivido lo mío. Ojalá todos pudieran decir lo mismo. ¡La de esturiones que me habré comido! ¡Una barbaridad! Por ejemplo, el que nos zampamos en Skopin. ¡Huum! ¡Hasta ahora se me hace la boca agua!

—¡Cuéntelo, cuéntelo! —le rogó la novia.

—Pues veréis. Llego a Skopin con unos cuantos miles, queridos míos, y me voy directamente... ¡ejem!..., a casa de Ríkov, del señor Ríkov. ¡Qué hombre! ¡Un caballero con todas las de la ley! ¡Un *gentleman*! Me recibió como a un hermano... A decir verdad, ¿qué necesidad tenía de ello? Pues como a un hermano me recibió. De veras. Me invitó a café. Después del café me dio de merendar. En la mesa... había de todo. Hasta para llevarse. Un esturión que ocupaba de un extremo al otro, langostas, caviar... Un restaurante completo.

Penetré en la sala e interrumpí a Nasechkin. Era, precisamente, el día en que llegó a Moscú la primera noticia de la quiebra del banco de Skopin.

—Yo disfruto con estos niños —me dijo el capitán, después de los saludos; y dirigiéndose a los «niños», continuó en tono fatuo—: Estaba allí lo mejor de la sociedad..., las autoridades, el clero, abades, presbíteros... Después de cada copa íbamos a que nos echaran la bendición... Yo llevaba el pecho cargado de condecoraciones. Como para dejar chico a un general... Nos comimos el esturión.

Trajeron otro. También dimos cuenta de él... Luego sirvieron sopa de pescado, faisanes...

—Esos esturiones me hubieran producido a mí ardores de estómago hasta hoy; usted, en cambio, presume de aquella comilona —intervine yo—. ¿Ha perdido usted mucho con ese señor Ríkov?

—¿Perder? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque el banco ha quebrado.

—Tonterías. Eso es un cuento muy viejo. Siempre nos han venido asustando con patrañas semejantes.

—¿De modo que no lo sabe? Serapión Yegórich, padrecito mío; lea... eso... Lea...

Metiéndome la mano en el bolsillo, saqué un periódico. Nasechkin se caló las gafas y, con una sonrisa incrédula, se puso a leer. Cuanto más avanzaba en la lectura, tanto más palidecía y tanto más lúgubre era su expresión.

—¡Ha que..., ha quebrado! —gritó, temblando con todo su cuerpo—. ¡Infeliz de mí!

Grisha enrojeció al principio. Leyó luego el periódico; y livideció... Su mano trémula se alargó para coger el gorro. La novia se tambaleó.

—¿Ahora se enteran ustedes, caballeros? Pero si lo comenta ya todo Moscú. Señores, cálmense...

Una hora más tarde, era yo el único que quedaba al lado del capitán, tratando de consolarle.

—No tiene importancia, Serapión Yegórich. Ha perdido el dinero, pero le quedan los sobrinos.

—Cierto, cierto... El dinero es vanidad... Los chicos, en cambio... Lleva usted razón.

Pero ¡ay!, al cabo de una semana me encontré con Grisha.

—Vaya a ver a su tío —le abordé—. ¿Por qué no le visita? Ha abandonado totalmente al pobre anciano.

—¡Que se vaya a la porra! ¿Para qué necesito a ese vejestorio? ¡Valiente idiota! ¿No pudo encontrar otro banco?

—De todas maneras, vaya a verle. Al fin y al cabo, es su tío...

—¿Mi tío? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gana de bromas tiene usted! ¿De dónde ha sacado ese parentesco? Es primo tercero de mi madrastra. Nada entre dos platos. Herrero tercero de nuestro cerrajero...

—Pues hombre, por lo menos mande a su novia a verle...

—Sí, claro... ¡El diablo le empujó a usted a enseñar el periódico antes que nos casáramos! No pudo esperar con sus noticias. Ahora mi novia no quiere ni mirarme. Como también esperaba hincarle el diente a la hogaza del tío... La muy imbécil está enfadada conmigo.

Así fue como, sin la menor intención, destruí el idílico trío, aquel trío tan

envidiable.

EL BARÓN

(Барон)

Es un vejete pequeño y flaco, de unos sesenta años. Su cuello forma con la columna vertebral un ángulo obtuso que pronto será recto. Tiene un gran cabezón anguloso, ojos agrios, nariz de piña y papada lilácea. Por toda su cara se extiende un leve tinte azulino debido, quizá, a que los frascos del alcohol se guardan en un armario sin llave. Dicho sea de paso, además del alcohol de la empresa, el barón toma a veces champaña: lo suele encontrar en el fondo de las botellas y de los envases que los artistas dejan en los camerinos. Los carrillos y las bolsas de debajo de los ojos le tiemblan como trapos colgados al sol. Se le aprecia en la calva un ramalazo verdoso, reflejo del verde forro del gorro de orejeras que el barón lleva en la cabeza o cuelga en el estropeado mechero del gas, tras el tercer bastidor. Su voz tiene el sonido de una cacerola cascada. ¿Y su indumentaria? Si se ríe usted de su traje es señal de que no admite autoridad alguna, cosa que no le hace mucho honor. Su chaqueta marrón sin botones, con los codos relucientes y el forro convertido en flecos, es admirable. Se balancea sobre los escuálidos hombros del barón como en una percha quebrada, pero... ¿qué importa? Esa misma chaqueta cubrió en tiempos la genial figura del más famoso de los cómicos. El chaleco de terciopelo con flores azules tiene veinte orificios y un sinfín de manchas, mas no es posible tirarlo: fue encontrado en la habitación donde se alojó el eximio Salvini^[128]. ¿Quién puede asegurar que no lo usó el propio trágico? Fue hallado al día siguiente de marcharse el artista gigante; por consiguiente, se podría hasta jurar que es auténtico. El lazo que ciñe y da calor al cuello del barón no es menos venerable y digno de alabanza aunque, por razones de higiene y de estética, valdría la pena cambiarlo por otro más sólido y menos pringoso. ¡Pero está cortado de los restos de la gloriosa capa en que iba envuelto Ernesto Rossi^[129] cuando hablaba con las brujas durante la representación de *Macbeth*!

—Mi lazo huele a sangre del rey Duncan —solía decir el barón, mientras trataba de despiojarlo.

Ríanse cuanto quieran del pantalón a rayas que luce el barón: no perteneció nunca a ningún personaje, aunque los actores bromean diciendo que ha sido hecho de una vela del barco que llevó a América a Sara Bernhardt, cuando la verdad es que se lo compró al acomodador número dieciséis.

En invierno y en verano el barón usa grandes chanclos de goma para no gastar las botas y para que sus piernas reumáticas no estén tan expuestas al viento que, en corriente, pasa por el suelo de la concha del apuntador.

Se le puede ver en tres sitios: en la caja, en la concha del apuntador y en el camerino de actores. Fuera de estos tres lugares no existe ni es posible imaginárselo.

En la caja pasa la noche, y de día apunta los nombres de las personas que adquieren los palcos o juega a las damas con el cajero. Éste, un viejo escrofuloso, es el único ser viviente que oye al barón y que contesta a sus preguntas. Metido en la concha, el barón cumple su sagrada función de apuntador y se gana el pedazo de pan de cada día. La concha está pintada de blanco por fuera; por dentro, en cambio, está llena de telarañas, de grietas y de astillas, y huele a humedad, a pescado ahumado y a alcohol. Durante los entreactos, el barón acude al camerino de los actores. Los que no le conocen, al entrar por primera vez, se echan a reír y le aplauden, tomándole por artista:

—¡Bravo, estupendo! —exclaman—. ¡Qué disfraz más fenomenal! ¡Hay que ver la cara que se ha puesto usted! ¿Dónde ha encontrado un traje tan original?

¡Pobre barón! La gente no admite que él pueda tener fisonomía propia.

En el camerino se deleita contemplando a las grandes estrellas; y si no se trata de astros de primera magnitud, se atreve, incluso, a intervenir en las conversaciones ajenas con numerosos comentarios. Nadie hace caso a sus observaciones porque todos están ya hartos de oírlas y porque huelen a rutina, de modo que entran por un oído y salen por el otro. Es general la falta de contemplaciones con el barón. Si nuestro hombre molesta con sus zascandileos, le gritan: «¡Váyase!», y asunto concluido. Si apunta demasiado bajo o demasiado alto, le echan una reprimenda y le amenazan con una multa o con el despido. Es el blanco de la mayoría de las burlas y de los chistes de entre bastidores. Cada cual puede ensayar en él su ironía, con la seguridad de no encontrar respuesta.

Hace ya veinte años que le llaman *El Barón*, y a lo largo de estos cuatro lustros no ha protestado una sola vez contra el apodo.

Se le puede obligar a copiar a mano un papel entero sin pagarle un céntimo. ¡Todo lo aguanta! Cuando le pisan un pie, sonríe azorado y... pide perdón. Estoy seguro de que si alguien le da públicamente dos bofetadas en los rugosos carrillos no se le ocurrirá ir a quejarse a la policía. Arránquenle, como hace poco hizo el *jeune premier*^[130], un pedazo del forro de su admirable y amada chaqueta: se limitará a pestañear y enrojecer: ¡tanta es la fuerza de su miseria y de su resignación! Nadie le respeta. Mientras viva le aguantarán, y cuando se muera, se olvidarán de él a la media hora. ¡Pobre criatura!

Pero hubo, sin embargo, una época en que estuvo a punto de hacerse amigo y cofrade de personas a quienes veneraba y quería más que a su propia vida. (¡Cómo no amar a hombres que a veces encarnaban a Hamlet o a Franz Moore!). Le faltó poco para ser artista, y lo hubiera sido de no haber mediado una circunstancia pequeña, pero funesta. Talento le sobraba; deseo, también; en un principio tuvo hasta protectores, pero lo que no tuvo fue audacia. Temía que ellas, las cabezas de que estaban sembrados los cinco pisos del teatro, de abajo arriba, soltasen la carcajada y armasen un tumulto si él tenía el atrevimiento de salir a escena. De ahí que palideciese, enrojeciese y se quedase mudo de horror cada vez que le proponían

debutar.

—Esperemos un poco —respondía.

Y estuvo esperando hasta que se hizo viejo, se arruinó y tuvo que ir a parar, y eso por influencias, a la caseta del apuntador.

Esto no le descorazonó: ahora no pueden echarle del teatro por carecer de billete, pues es empleado; ocupa un lugar delante de la primera fila, ve el espectáculo mejor que nadie y no paga por ello ni un kopek. Es feliz y está contento.

Atiende a sus obligaciones maravillosamente. Antes de cada función lee la obra unas cuantas veces a fin de no equivocarse, y cuando suena el primer timbrazo ya se encuentra en su puesto hojeando el cuaderno. Imposible hallar persona más cumplidora en todo el teatro.

Sin embargo, hay que despedirle.

En un teatro no pueden permitirse desórdenes; y el barón, escandaloso por naturaleza, provoca, a veces, líos horribles.

Cuando los actores interpretan su papel con mayor inspiración, él aparta la vista del cuaderno e interrumpe su murmullo de apuntador. A menudo deja de leer y grita: «¡Muy bien, magnífico!», osando, incluso, aplaudir cuando no aplaude el público. Una vez tuvo el valor de sisear, lo cual estuvo a punto de costarle el puesto.

Fíjense ustedes en él cuando, sentado en su pestilente garita, apunta en voz baja; enrojece, palidece, acciona con las manos, habla más fuerte de lo necesario, jadea... En ocasiones se le oye hasta en los pasillos, donde los acomodadores, junto a los guardarropas, bostezan aburridos. El barón llega al extremo de permitirse jurar desde su concha y dar consejos a los actores.

—¡Arriba la mano derecha! —ruge, a veces, enojado—. ¡Está usted pronunciando palabras llenas de calor, pero tiene la cara como un témpano de hielo! Este papel no se ha hecho para usted... Es usted un mocoso para encarnar semejante personaje... ¡Si hubiera visto cómo lo representaba Ernesto Rossi! ¿A qué viene ese énfasis? ¡Ay Dios mío! ¡Este hombre lo echa todo a perder con esos ademanes tan rebuscados!

Y en lugar de apuntar lo que pone en el cuaderno, dice a los actores cosas como esas u otras por el estilo. Es insensato mantener en su puesto a este chusco. De haberle despedido a tiempo, el público no hubiera sido testigo del escándalo ocurrido hace unos días.

Consistió en lo siguiente:

Estaba representándose *Hamlet* con el teatro abarrotado, pues en nuestros días se oye a Shakespeare con el mismo agrado que hace cien años.

Cuando ponen en escena alguna obra shakespeariana, el barón llega a un paroxismo nervioso: bebe mucho, habla mucho y se frota sin cesar las sienes con los puños. Entre sien y sien se desarrolla un violento y fatigoso proceso. Su cerebro senil es agitado por una envidia rabiosa, por la desesperación, por el odio y por las ilusiones... El papel de Hamlet debiera interpretarlo él, aunque la figura del príncipe de Dinamarca no se avenga con la joroba ni con el alcohol que se olvidan de guardar

bajo llave. ¡Él debiera interpretarlo, y no aquellos pigmeos, que hoy hacen de lacayos, mañana de alcahuetes, y pasado mañana de Hamlets! Cuarenta años lleva él estudiando aquella figura, sueño dorado de tantos actores sublimes, que ha coronado de laurel no sólo a Shakespeare. ¡Cuarenta años de estudio, de angustia, de ardientes ilusiones! Se acerca la muerte, que llegará pronto, y se le llevará para siempre del teatro... Ansía, aunque sólo sea una vez en la vida, pasar por el escenario con la guerrera del príncipe, a la orilla del mar, junto a las rocas, donde la soledad del paraje

pudiera, de por sí, desesperar
mirando el gran abismo
y oyendo de las olas el bramar.

Si hasta los sueños deleitan, ¡cuál no sería el regocijo del calvo barón si el sueño suyo se trocase en realidad!

Aquella noche eran tan intensas su rabia y su envidia, que se hubiera tragado al mundo entero. ¡Le habían confiado el papel de Hamlet a un chiquillo de voz atiplada que, para colmo, era pelirrojo! ¿Dónde se había visto un Hamlet azafranado?

El barón, sentado dentro de su concha, creía estar encima de una hoguera. Mientras Hamlet no salía a escena, él mantenía una tranquilidad relativa, pero apenas aparecía el tenorino rojizo, nuestro buen hombre se retorció, inquieto, en su asiento, y hasta gimoteaba. Más que apuntar parecía gemir. Las manos le temblaban, confundía las páginas, colocaba las velas más cerca o más lejos... Clavada la vista en el rostro de Hamlet, dejaba de leer... ¡De buena gana hubiera arrancado uno a uno todos los pelos de aquella cabeza rojiza! ¡Mejor estaría Hamlet calvo que pelirrojo! Ya que sacaban una caricatura, la caricatura debía ser completa, ¡qué diablo!

Durante el segundo acto, en vez de apuntar, se dedicó a reírse descaradamente, ¡a jurar y a sisear! Por fortuna, los actores se sabían de memoria los papeles y no reparaban en su silencio.

—¡Bonito Hamlet! —refunfuñaba el barón—. ¡Estupendo! ¡Ja, ja, ja! Estos señoritos debieran saber estar en sus puestos. Lo suyo es hacer la corte a las modistillas y no meterse a actores. Si Hamlet hubiera tenido una cara tan estúpida, de fijo que Shakespeare no hubiera escrito su tragedia...

Harto de murmurar, comenzó a aleccionar al azafranado artista. Con las manos y con el gesto, hablando y dando puñetazos en el cuaderno, exigía que el mozo siguiera sus consejos: tenía necesidad de salvar a Shakespeare de la profanación, y para ello estaba dispuesto a todo, incluso a dar cien mil escándalos.

En su conversación, el pelirrojo Hamlet era horrible. Hacía las mismas cursiladas que aquel mozo robusto y melenudo de quien el propio Hamlet dijo: «A un actor como ése le azotaría». Y cuando comenzó a declamar, el barón no pudo resistirlo: jadeante, dando golpes con la calva en el techo de la concha, colocóse la mano izquierda en el pecho y se puso a accionar con la derecha. Su voz, senil y cascada,

interrumpió al rojizo Hamlet y le obligó a volver la cara hacia el sitio del apuntador:

Encendido de cólera,
la sangre sobre el cuerpo coagulada,
busca Pirro, con sus ojos de fuego,
al viejo Príamo.

Asomándose a medias desde su escondrijo, el barón hizo una seña con la cabeza al primer actor y añadió, no en tono declamatorio, sino con voz como despectiva y acento sofocado:

—¡Sigue!

El primer actor continuó, pero no inmediatamente: vaciló unos instantes, y en el teatro reinó todo ese tiempo un silencio profundo.

Fue el propio barón quien deshizo el silencio cuando, al tratar de sentarse nuevamente, chocó con la cabeza en el borde de la concha. Sonaron risas.

—¡Bien por el tamborilero! —gritaron varias voces desde el gallinero.

Creían que no había sido el apuntador quien interrumpió a Hamlet, sino el viejo tamborilero de la orquesta, que dormitaba en su asiento.

El tamborilero, de broma, hizo una reverencia a los que le aplaudían, y la hilaridad en la sala se generalizó. Al público le agradan estos incidentes teatrales; y si en lugar de obras dramáticas le presentasen sólo líos de esta clase, pagaría el doble.

Por su parte, el primer actor continuó representando su papel, y el silencio se restableció poco a poco.

¡Pobre y extravagante barón! Al oír las carcajadas, sintió tal vergüenza, que se puso como la grana y se llevó las manos a la cabeza con ánimo de tirarse de los pelos, olvidando, tal vez, que ya no le adornaba la exuberante cabellera que en tiempos remotos enamoró a tantas mujeres hermosas.

Ahora no sólo se convertiría en el hazmerreír de la ciudad entera y en el blanco de todas las revistas humorísticas, sino que, por añadidura, le despedirían del teatro. Rojo de vergüenza, se maldecía a sí mismo; sin embargo, todo él temblaba de júbilo: ¡acababa de declamar en la representación de *Hamlet*!

«¡Ten cuidado, que eso no se ha hecho para ti, viejo cerrojo oxidado! —se dijo a sí mismo—. Dedícate a tu tarea de apuntador si es que no quieres que te den en la cresta como al último de los lacayos... Sin embargo, esto es verdaderamente irritante. El mozalbete pelirrojo parece que no quiere representar el papel como es debido... ¿Acaso es así ese pasaje?».

Y, volviendo a clavar la vista en el actor, el barón tomó a murmurar un consejo tras otro, llegando a exaltarse de tal manera, que de nuevo se desmandó y de nuevo hizo reír al público. El infeliz era demasiado nervioso. Cuando Hamlet, recitando el último monólogo del segundo acto, hizo una pequeña pausa para mover la cabeza silenciosamente, de la concha volvió a salir una voz llena de bilis, de desprecio y de

odio, pero ¡ay!, impotente ya y cascada por el tiempo:

¡Asesino lascivo! ¡Impostor!
¡Insensible, vendido, monstruo vil!

Tras una pausa de segundos, el barón respiró profundamente y agregó, aunque en voz baja:

¡Idiota, idiota! ¡Prueba mi valor!

Esta voz hubiera sido la del verdadero Hamlet, no la del Hamlet pelirrojo, si no existiera la vejez en la tierra. Son muchas las cosas que la vejez malogra y estropea en este mundo.

¡Pobre barón! Aunque, por otra parte, no es el primero ni será el último.
Ahora le despedirán del teatro. Convendrán ustedes que es necesario.

EL BUEN CONOCIDO

(Добрый знакомый)

Por el hielo espejeante patinan las botas de montar masculinas y las botas de ribetes femeninas. Los pies que patinan son tantos que, si estuvieran en China, no alcanzarían para éstos los palos de bambú. El sol brilla con una viveza peculiar, el aire tiene una nitidez peculiar, las mejillas arden con más viveza que la habitual, los ojos prometen más de lo debido... ¡Vive y disfruta el hombre, en una palabra! Pero...

—¡Caramillo! —dice el destino en la persona de mi... buen conocido.

Yo, lejos del patinaje, estoy sentado en un banco, bajo un árbol pelado, y converso con «ella». Estoy dispuesto a comérmela con el sombrero, la pelliza y las piernas, en las que brillan los patines, ¡es tan bonita! ¡Sufro y, al mismo tiempo, disfruto! ¡Oh, amor! Pero... *caramillo*...

Ante nosotros pasa nuestro «abre y cierra» del departamento, nuestro Argos y Mercurio, nuestro pastelero y recadero, Spiévsip Makárov. En sus manos los chanclos de alguien, masculinos y femeninos, deben ser de sus eminencias. Spiévsip me hace el saludo militar y, mirándome con ternura y amor, se detiene junto al mismo banco.

—Hace frío, su excellen... ex... ¡Para un tecito, pues! Je, je, je...

Yo le doy una moneda de dos *grívens*. Esa amabilidad lo conmueve hasta lo imposible. Él parpadea fuertemente, mira alrededor y dice en susurro:

—¡Mucha lástima me da con usted, es ofensivo, su excelencia! ¡Un horror de lástima! Como si usted fuera mi hijo... ¡Un hombre es usted, de oro! ¡Un alma! ¡La bondad! ¡El humilde nuestro! Cuando hace poco *él*, o sea, su eminencia, se abalanzó sobre usted, ¡me agarró la angustia! ¡Por Dios! Pienso, ¿por qué *él*, a *él*? Tú eres un vago, y un mocosito, y te voy a echar, esto, lo otro... ¿Por qué? Cuando usted salió, así no tenía su cara. Por Dios... Y yo miro, y me da lástima... ¡Oh, yo siempre siento cordialidad por los funcionarios!

Y, dirigiéndose a mi vecina, Spiévsip agrega:

—Y son muy malos aquí, en cuanto a los papeles pues. No es asunto de ellos, los papeles mentales... Si fueran por la línea comercial o... por la religiosa... ¡Por Dios! Ni un papel les sale bien... ¡Todo en vano! Bueno, y cascan las nueces... Él mismo se lo comió a *él* por completo... Mandarlo a paseo quiere... Y a mí me da lástima. Su excelencia es buena...

¡Ella me mira a los ojos con la más ofensiva compasión!

—¡Vete! —le digo a Spiévsip, sofocado...

Siento que hasta los chanclos se me sonrojaron. ¡Me abochornó, el canalla! Y a un costado, tras unos arbustos pelados, está sentado su *pápienka*, que escucha y nos mira con curiosidad para que yo, en lo adelante, hasta el «titular», no me atreva a pensar en... Al otro costado, tras otros arbustos, deambula su *mámienka* y la observa

a «ella». Yo siento esos cuatro ojos... y estoy dispuesto a morirme...

VIL VENGANZA

(МЕСТЬ)

Era el día de la función a beneficio de nuestra *ingénue*.

A las diez de la mañana, el actor cómico se presentó ante la habitación de ella; y se puso a golpear las dos puertas con sus grandes puños. Necesitaba verla. Y ella tuvo que despertarse, por más que deseara seguir durmiendo.

—¡Abra, caramba! ¿Voy a tener que seguir mucho tiempo helándome, con esta corriente? ¡Si usted supiera que en este pasillo hay veinte grados bajo cero, no me haría esperar tanto! ¿O es que no tiene corazón?

A las diez y cuarto, el cómico oyó un profundo suspiro. Siguió luego un salto de la cama al suelo; y, tras el salto, un ruido de babuchas.

—¿Quién es? ¿Qué desea?

—Soy yo...

El cómico no tenía necesidad de decir su nombre. Era fácil identificarle por la voz, silbante y siseante, como la de un enfermo de difteria:

—Espere, que voy a vestirme.

A los tres minutos, la *ingénue* le abrió. El cómico entró, besó la mano de la actriz y se sentó en la cama.

—Vengo a verla para tratar de un asunto —comenzó diciendo, mientras encendía un cigarro puro—. Sólo voy a casas ajenas para cosas serias; el hacer visitas de cumplido es de gente ociosa. Pero, al grano. En la función de hoy represento el papel de conde... Doy por seguro que usted lo sabe...

—Sí.

—El papel de viejo conde. En el segundo acto aparezco con una bata de casa. Supongo que también lo sabrá. ¿Lo sabe?

—Sí.

—Magnífico. Si no salgo con bata, faltaré a la verdad. En la escena, como en cualquier otra parte, lo esencial es la verdad. Pero, por otra parte, *mademoiselle*, ¿para qué digo si soy un hombre, y el hombre ha sido creado para buscar la verdad?

...

—Cierto, cierto.

—Después de lo dicho, comprenderá que necesito la bata. Pero resulta que no dispongo de una bata digna de un conde. Si me presento al público con la que tengo, de percal, usted perderá mucho, ya que sobre la función de su beneficio habrá caído una mancha.

—¿Puedo servirle en algo?

—Desde luego. Después de marcharse *su hombre*, le ha quedado aquí una hermosa bata azul, con cuello de terciopelo y borlas rojas. Una prenda magnífica,

maravillosa.

Nuestra *ingénue* se puso de mil colores. Sus ojos enrojecieron, parpadearon y refulgieron, como abalorios al sol.

—Podría usted prestarme la bata para la función de hoy.

La *ingénue* dio unos pasos por la habitación. El cabello, enmarañado, le caía en desorden por la cara y los hombros... Sus dedos y sus labios temblaban.

—No, imposible —contestó.

—Pues me parece extraño... ¡Jem! ¿Quiere explicarme por qué?

—¿Por qué? ¡Oh Dios mío, si está a la vista! ¿Puedo yo hacer eso? ¡No, no, jamás! Él se portó conmigo muy mal, sin ningún derecho. Así es. Se portó como el peor de los canallas. Lo reconozco. Me abandonó porque gano poco y no sé desplumar a los hombres. Quería que yo les sacara el dinero a los señores y le llevara a él esta ganancia infame. ¡Eso es lo que quería! ¡Una bajeza repugnante! Solamente un truhán desalmado se atreve a tales cosas.

La *ingénue* se dejó caer en un sillón, sobre el que yacía una camisa recién planchada; y se tapó la cara con las manos. A través de sus diminutos dedos, el cómico vio unos puntos brillantes: la ventana se reflejaba en las lágrimas.

—¡Me ha robado sin piedad! —prosiguió ella entre sollozos—. Y todavía, que me hubiera robado...; pero ¿por qué me abandonó? ¿Por qué? ¿Qué mal le he hecho? ¿Qué mal le he hecho?

El cómico se levantó y se acercó a la *ingénue*:

—Dejémonos de llantos. Las lágrimas son signo de cobardía. Además, tenemos el consuelo al alcance de la mano. Consuélese. El arte es el más eficaz de los consuelos.

Pero el más eficaz de los consuelos no surtió efecto alguno.

Tras los sollozos sobrevino un ataque de histerismo.

—Esperaré a que pase —dijo el cómico.

Mientras ella se reportaba, él dio unos cuantos paseos por la habitación, bostezó varias veces; y se tendió en la cama, que, aunque de mujer, no era tan blanda como los lechos en que duermen las *ingénues* de los buenos teatros. Un muelle lastimó un costado del cómico, y las puntas de las plumas que asomaban tímidamente por la rosácea funda de la almohada le pincharon la calva. Los bordes de la cama tenían la frialdad del hielo. Mas nada de esto impidió al desaprensivo cómico estirarse con deleite. ¡Maldito diablo, qué bien huelen las camas de las señoras!

Él, tendido, se estiraba desperezándose, mientras los hombros de la *ingénue* subían y bajaban, su pecho emitía sollozos entrecortados y sus dedos se crispaban, rasgando sobre su pecho la blusa de franela. El cómico acababa de recordarle la página más triste de una historia tristísima. El ataque histérico duró cosa de diez minutos. Al recobrarse, la *ingénue* se echó el pelo hacia atrás, abarcó la habitación con la mirada y continuó hablando.

Cuando una dama habla, un caballero no debe permanecer tendido en la cama. La cortesía, ante todo. El cómico carraspeó, incorporose y quedó sentado.

—Él cometió conmigo una villanía —siguió diciendo ella—. Pero de ahí no se infiere que yo deba darle a usted la bata. Pese a la vileza de sus actos, continuó amándole; y la bata es la única prenda suya que me queda. Al verla pienso en él... y lloro.

—Nada tengo que oponer a tan loables sentimientos —aseguró el cómico—. Por el contrario, en este siglo tan realista y tan satánicamente práctico, da gusto encontrar una persona con un corazón y un alma como los de usted. Si me deja la bata por una noche hará un sacrificio. No lo niego. Pero ¡piense en el placer de sacrificarse por el arte!

Y después de una breve reflexión, añadió, suspirando:

—Tanto más cuanto que mañana se la devuelvo.

—¡Por nada del mundo!

—Pero ¿por qué? Si no me la voy a comer. Se la devolveré. Tiene usted cada cosa...

—¡Que no, que no! ¡De ningún modo!

La *ingénue* recorrió la habitación, agitando los brazos.

—¡De ninguna manera! Quiere usted privarme de la única prenda preciada para mí. Pero antes me moriré que dársela. Todavía quiero a ese hombre.

—Lo comprendo perfectamente. Lo único que no concibo es una cosa, señora: ¿cómo puede usted cambiar una bata miserable por el arte? ¡Usted, una artista!

—¡Por nada del mundo! ¡No me la pida!

El cómico enrojeció y se rascó la calva. Después de una breve pausa, volvió a la carga:

—¿De modo que no me la presta?

—¡No!

—¡Jem! Bueee-no... Esto se llama compañerismo... Es una acción digna de un colega...

Siguió otro breve silencio; y el actor continuó:

—¡Es una verdadera lástima, caramba! Es una verdadera lástima que no seamos compañeros más que de palabra. Aunque, por otra parte, la divergencia entre las palabras y los hechos es cosa muy característica de nuestra época. Fíjese, por ejemplo, en la literatura. Da lástima ver lo que sucede. Y en particular a nosotros, los artistas, nos pierde la falta de solidaridad, de auténtico compañerismo... ¡Ay, qué daño nos causa! Aunque yo diría que no: ello no hace más que demostrar que no somos artistas. Somos lacayos, no artistas. La escena no constituye para nosotros sino un medio de mostrar al público nuestros brazos y nuestros hombros desnudos, de hacerle carantoñas y de especular con los instintos del gallinero... ¿Me prestará usted la bata, no?

—Le he dicho que por nada del mundo.

—¿Es su última palabra?

—Sí.

—Estupendo...

El cómico se encasquetó el gorro, se inclinó ceremoniosamente y salió del aposento de la *ingénue*.

Más colorado que un cangrejo, temblando de ira y soltando una blasfemia a cada paso, se encaminó al teatro. Por la calle iba golpeando con el bastón el pavimento helado. ¡Con qué deleite hubiera ensartado a sus viles colegas en aquel pedazo de palo! O acaso hubiera sido mejor atravesar la Tierra de parte a parte con aquel artístico garrote. De haber sido astrónomo, ya se habría encargado de demostrar que la Tierra era el peor de los planetas.

Se hallaba el teatro al extremo de la calle, a cosa de trescientos pasos de la cárcel. Estaba pintado de color ladrillo; y la pintura lo cubría todo menos las grietas, que constituían una prueba fehaciente de que el edificio era de madera. En tiempos había sido un granero donde se guardaban sacos de cereales y de harina, y se le ascendió al rango de teatro, no por sus méritos, sino por ser el cobertizo más alto de la ciudad.

El cómico llegó a la taquilla. Sentado junto a una sucia mesa de tilo, encontró al taquillero Stamm, un alemán amigo suyo, que se hacía pasar por inglés. Era algo cegato, sordo y estúpido; pero escuchaba atentamente a sus compañeros.

Entró el cómico en la taquilla, arrugó el ceño, se plantó ante el alemán en la actitud de un boxeador cruzado de brazos, se mantuvo así un instante, movió la cabeza como enfadado, y exclamó:

—¿Qué nombre se puede dar a tales gentes, míster Stamm?

Así diciendo, descargó un puñetazo sobre la mesa y se dejó caer, indignado, sobre un banco de madera. No fue un raudal, sino todo un océano de juramentos ponzoñosos, desesperados, locos, lo que salió de su boca, circundada por un espacio sin afeitar desde hacía mucho tiempo. ¡Que por lo menos el taquillero se apiadase de él! ¡Aquella mozuela, sentimental y mohína, había desatendido el ruego de una persona, sin cuya ayuda se vendría abajo el indecente cobertizo! ¡Negarse a prestar una bata (¡no digamos ya a hacer un favor!) a quien diez años antes había sido el primer cómico de los teatros de la capital! ¡Era indignante!

Pero ¡qué frío hacía en aquel teatrillo miserable! No haría más en una perrera al aire libre. Por algo el viejo taquillero tenía puesto el abrigo y los *valienki*^[131]. La ventana estaba cubierta de hielo; y corría por el cuartucho un viento al que hubiera envidiado el mismísimo polo Norte. Como la puerta ajustaba mal, en las rendijas se formaba hielo. ¡Una delicia! Hasta para enfadarse daba frío.

—¡Ésa se acordará de mí! —terminó el cómico su lamentación.

Colocando los pies sobre el banco, se los tapó con el faldón del abrigo, heredado de un amigo actor que había muerto tísico doce años atrás. Bien arrebujaado, guardó silencio y se puso a echarse el vaho de la respiración en el pecho, por debajo del abrigo.

Su lengua callaba, pero su cerebro seguía en acción, buscando un modo de vengarse de la moza insolente e irrespetuosa.

Lo único que no se tapó fueron los ojos. Los dejó en libertad para que mirasen adonde quisieran. Además, como son la única parte del cuerpo que no se hiela... En el cuartucho de la taquilla no había nada interesante para la vista: tras la valla de madera, una mesa; ante la mesa, un banco; y en el banco, el viejo taquillero con su abrigo de pellejo canino y con sus botas de fieltro. Todo gris, todo aburrido, todo viejo. Era vieja hasta la suciedad. Sobre la mesa había un talonario de localidades sin empezar. El público no acudía para sacar entradas; comenzaría a venir a la hora de la comida. A excepción de la mesa, el banco, el talonario y un montón de papeles en un rincón, no había nada en aquel cuchitril. ¡Una pobreza horrible!

Mejor dicho había, además, un objeto de lujo: un objeto arrumbado bajo la mesa entre papeluchos inútiles; si no lo barrían y lo tiraban a la calle era porque hacía frío y porque la escoba se había perdido.

Había bajo la mesa un gran cartón polvoriento y agrietado. El taquillero lo pisoteaba con sus *valienki* y escupía encima de él, sin el menor miramiento. Precisamente ese cartón era el objeto de lujo. Ostentaba una inscripción en grandes caracteres: *No hay localidades para la función de hoy*. En lo que llevaba de existencia, jamás había estado expuesto sobre la taquilla, y ni un solo espectador podía blasonar de haberlo visto colgado. ¡Magnífico y sarcástico cartón! ¡Lástima que no encontrase aplicación alguna! El público lo detestaba, pero todos los artistas estaban enamorados de él.

Los ojos del cómico, recorriendo las paredes y el suelo del cuartucho, habían de tropezar necesariamente con aquella alhaja.

Y aunque el hombre no era un maestro de la inventiva, en esta ocasión tuvo una ocurrencia. Al ver el cartón se dio una palmada en la frente y exclamó:

—¡Ya está! ¡Qué idea tan genial!

Agachose y recogió el cartón con el cuento de las localidades agotadas.

—¡Magnífico! ¡Estupendo! ¡Esto le va a salir más caro que la bata azul con borlones rojos!

Diez minutos más tarde, el cartón de marras, por primera y última vez en todos los días de su existencia, pendía sobre la ventanilla, con el falso anuncio de que las entradas estaban vendidas.

El anuncio era falso, pero la gente lo creyó. Por la noche, nuestra *ingénue*, tendida en su cama, alborotaba toda la fonda con sus lloros.

—¡El público no me quiere! —se lamentaba.

Sólo el viento se tomó el trabajo de compadecerse de ella. El viento, bondadoso, lloraba en la chimenea y en los tubos de ventilación; lloraba con voces distintas y, probablemente, con sincero pesar.

Aquella misma noche el cómico, sentado en la taberna, tomaba cerveza. Tomaba cerveza... y nada más.

ANSIEDAD

(ESBOZO PSICOLÓGICO)

(Пережитое. Психологический этюд)

Era el día de Año Nuevo.

Salí al vestíbulo de la oficina. Además del ujier encontré a varios de mis compañeros: Iván Ivanich, Piotr Kuzmich, Yegor Sidorich... Todos habían acudido a firmar la felicitación al jefe: un pliego de papel que yacía sobre una mesa. (El papel, dicho sea de paso, era de los más baratos, del n.º 8).

Observé el pliego. Había muchas firmas, pero ¡oh, hipocresía; oh, doblez! ¿Dónde estaban los garabatos, las filigranas, las rúbricas enrevesadas y los rabos? Todas las letras eran redondas, parejas, iguales, como las rosadas mejillas de un ángel. Conocía los nombres, pero no reconocía las firmas. ¿No habrían cambiado de escritura los autores?

Mojé cuidadosamente la pluma en el tintero, confuso por no sé qué motivo, contuve la respiración y dibujé mi nombre con esmero. Aunque no suelo poner el signo *yer*^[132] al final de mi apellido, esta vez lo puse.

—¿Quieres que te busque la ruina? —percibí junto a mi oído la voz y el aliento de Piotr Kuzmich.

—¿Cómo?

—Ya me las arreglaré. ¿Quieres probar? ¡Je, je, je!

—Éste no es sitio para reírse, Piotr Kuzmich. No olvide dónde se encuentra. Las risas son más que inoportunas. Perdone usted, pero creo que... es una profanación, una falta de respeto, yo diría que...

—¿Quieres que te busque la ruina?

—¿De qué modo lo haría?

—¿De qué modo? Del mismo que me la buscó a mí Von Klausen, hace cinco años. ¡Je, je, je! Es facilísimo. Me bastaría con poner un garabato, junto a tu apellido. Añadirle un rabo. ¡Je, je, je! Así tu firma sería poco respetuosa. ¿Probamos?

Palidecí. Efectivamente, mi vida estaba en manos de aquel hombre de nariz grisácea. Miré a sus siniestros ojos lleno de temor y con cierto respeto.

¡Qué poco se necesita para anonadar a un hombre!

—O echo un borrón de tinta junto a tu firma. ¿Qué te parece?

Silencio... Callamos los dos: él, seguro de su fuerza, soberbio, altivo, con el veneno mortífero en la mano; yo, convencido de mi impaciencia, acongojado, dispuesto a perecer. Clavó la garra de sus ojos en mi cara pálida; y yo rehuí su mirada.

—Era de broma —terminó diciendo—. No temas.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamé, estrechándole la mano, henchido de gratitud.

—Era de broma, pero puedo hacerlo... Tenlo en cuenta... Y, ahora, márchate...
Hoy ha sido de broma... En otra ocasión, Dios dirá.

DEFINICIONES FILOSÓFICAS DE LA VIDA

(Философские определения жизни)

La vida nuestra se puede comparar con estar acostado en el baño de vapor, en el banquito superior. Es caluroso, sofocante y nublado. El mazo hace lo suyo, la hoja de baño se te pega y los ojos te arden con el jabón. Por todas partes se oyen gritos: ¡Den vapor! Te enjabonan la cabeza y remueven todos los huesitos. ¡Está bien! (Sarah Bernhardt).

La vida nuestra se puede comparar con una bota rota: ésta siempre pide de comer, pero nadie le da (G. Sand).

La vida nuestra se puede comparar con el príncipe Mieschérski, que siempre se atropella, siempre se desgasta, exclama, gimotea y agita las manos, siempre nace y muere, pero nunca ve los frutos de sus labores. Siempre pare, pero todo lo parido es abortivo (Buckle).

La vida nuestra se puede comparar con un insensato, que se lleva a sí mismo a la comisaría y se pone pleito a sí mismo (Coquelin).

La vida nuestra se parece a un periódico, al que ya le han hecho la segunda advertencia (Kant).

La vida nuestra no se puede comparar con una carta que no es peligroso leer en voz alta, pero se puede comparar con una carta que teme no llegar a su destino (Drapper).

La vida nuestra se parece a una caja de composición llena de signos de puntuación (Confucio).

La vida nuestra se parece a una vieja doncella que no pierde las esperanzas de casarse, y a una jeta cubierta de granos y arrugas: no es una jeta bonita, pero se ofende cuando le pegan (Arabi Pasha).

La vida nuestra, finalmente, se puede comparar con la oreja de un congelado, que no cortan sólo porque esperan que ésta, la oreja, se restablezca (Charcot).

De diversas obras filosóficas lo extrajo
Antosha Chejonté.

IMPOSTORES A LA FUERZA

(HISTORIETA DE AÑO NUEVO)

(Мошенники поневоле. Новогодняя побрехушка)

En casa de Zajar Kuzmich Diadechkin hay fiesta. Celebran el Año Nuevo y felicitan, con motivo de su santo, a la dueña de la casa, Melania Tijonovna.

Se han reunido muchos invitados, todos ellos respetables, serios, enemigos de las borracheras. No hay ni un solo granuja. En las caras, ternura, agrado y sentido de la dignidad. Sentados en un amplio diván recubierto de hule, están el casero Gusev y el tendero Razmajalov, al que los Diadechkin hacen sus compras. La conversación gira en torno al problema de los novios y de las hijas.

—Hoy es difícil encontrar un hombre que no beba, que se dé a respetar y que trabaje como Dios manda. ¡Es muy difícil! —asegura Gusev.

—Lo principal en una casa es el orden, Alexei Vasilich. Y no puede haber orden mientras no haya quien... En la casa, el orden...

—Cuando no hay orden en una casa, todo anda manga por hombro... Con las tonterías que se han ido juntando en este mundo, ¿cómo va a haber orden? ¡Ejem!...

A poca distancia, sentadas en sillas, hay tres viejas que les oyen embobadas. Sus ojos denotan asombro ante tanta «sabiduría». De pie, en un rincón, el compadre, Gurí Markovich, contempla los iconos. Se oyen voces en el dormitorio: las señoritas y los jóvenes caballeros están jugando a la lotería, a kopek por cartón. Junto a la mesa, el pequeño Kolia, alumno de primer año de bachillerato, llora porque quiere jugar y no le dejan. ¿Acaso tiene él la culpa de ser pequeño y no disponer de un solo kopek?

—¡No llores más, imbécil! —le amonesta—. ¿Por qué berreas de ese modo? ¿Quieres que te pegue tu madre?

—¿Ya está lloriqueando, Kolia? —llega desde la cocina la voz de la madre—. Se ve que no le he zurrado bastante... Varvara Gurievna, agárrelo de una oreja.

Dos señoritas de vestidos de color rosa están sentadas en la cama de los dueños, cubierta por una desteñida colcha de percal. Ante ellas, haciéndoles la corte, se halla un mozo de unos veintitrés años, llamado Kopaiski, que trabaja en una compañía de seguros y que, *en face*, se parece mucho a un gato.

—Yo no pienso casarme —dice, petulante, mientras, con los dedos, procura separarse de la garganta los cortantes bordes del cuello—. La mujer es un punto resplandeciente en la imaginación humana; pero puede perder al hombre. Es una criatura funesta.

—Pues anda que el hombre... El hombre no sabe ni amar. Y comete cada grosería...

—¡Qué ingenua es usted! No soy ni cínico ni escéptico; pero estimo que el hombre se encontrará siempre en la cima de los sentimientos.

Diadechkin y su primogénito Grisha van de un rincón a otro, igual que lobos enjaulados. Están como sobre ascuas. Bebieron mucho a la hora del almuerzo, y ahora arden en deseos de tomarse una copa para aplacar la resaca. El padre se dirige a la cocina. Encuentra a su mujer espolvoreando un pastel con azúcar molida.

—Malasha —le suplica—: Bien podíamos servir unos entremeses, para que los invitados se fueran entreteniendo...

—Que esperen. Sois capaces de bebéroslo y de comérslo todo. ¿Y qué voy a poner a las doce? Descuida, que no os moriréis de hambre. Fuera de aquí; que me estorbas...

—Aunque sólo sea una copita, Malasha... Por eso no te vas a quedar en déficit. ¿Podremos tomárnosla?

—¡Qué castigo, Señor! ¡Te he dicho que te vayas! Haz compañía a los huéspedes, en vez de molestar en la cocina.

Diadechkin suspira profundamente, y se va a ver la hora que es. El reloj señala las once y ocho. Faltan todavía cincuenta y dos minutos para el momento ansiado. ¡Qué horror! No hay espera tan amarga como la de la vodka. Vale más aguardar un tren cinco horas a la intemperie que esperar cinco minutos una libación... Diadechkin mira con odio el reloj; y, aproximándose un poco, adelanta el minuterio cinco minutos. ¿Y Grisha? Grisha está que, si no le dan de beber al instante, se irá a emborracharse a la taberna. No quiere morir de tristeza...

—Mamita —dice—: los invitados se enfadan de que no se les den unos aperitivos. No está ni medio bien matarlos de hambre... Ya podían servir aunque fuera una copa.

—Esperad... Ya falta poco. Pronto lo tendré todo listo. Vete, que me estorbas...

Grisha da un portazo; y por centésima vez acude junto al reloj. El minuterio no tiene misericordia: ¡está casi en el mismo sitio que la vez anterior!

—¡Este reloj va atrasado! —trata de consolarse Grisha; y con el dedo índice adelanta la manilla en siete minutos.

Kolia pasa corriendo ante el reloj. Se detiene al verlo y se pone a contar el tiempo. Ansía el momento en que los mayores griten: «¡Hurra!».

La inmovilidad de las agujas le oprime el corazón. El chico se sube en una silla, y, cuidando de que no le vean, roba cinco minutos a la eternidad.

—Vaya usted a ver *quelle heure est-il*^[133] — ordena una de las dos señoritas a Kopaiski—. Me muero de impaciencia: ¡llega el nuevo año con nueva felicidad!

Kopaiski da un taconazo a lo militar y corre a cumplir el encargo.

—¡Por vida del diablo! —murmura al ver la hora—. ¡Cuánto falta todavía! ¡Con el hambre que tengo! Desde luego, a Katia le doy un beso cuando griten: «¡Hurra!».

Emprende el regreso, pero se detiene; piensa un instante, vuelve a acercarse al reloj; y acorta en seis minutos el año viejo. Diadechkin se toma dos vasos de agua;

pero arde por dentro. Va de un lado para otro. Su mujer le echa varias veces de la cocina. Las botellas, que esperan en el poyo de la ventana, le desgarran el alma. ¿Qué hacer? La impaciencia le ahoga. Recurre nuevamente al último remedio: tiene el reloj a su disposición. Se dirige a la habitación de los hijos, donde está el reloj, y presencia una escena deprimente para su corazón de padre: ve a Grisha moviendo hacia adelante el minuterero.

—¿Qué..., qué haces? ¿Eh? ¿Por qué has movido la aguja? ¡Habrase visto idiota! ¿Para qué la mueves?

Diadechkin tose, queda pensativo, arruga la frente y termina haciendo un ademán de asentimiento.

—¿Para qué la mueves? ¿Eh? ¡Venga, adelántala, así revienta la maldita! —gruñe y, apartando al hijo, adelanta el minuterero.

Quedan once minutos hasta el Año Nuevo. El padre y el hijo se van al comedor y comienzan a preparar las mesas.

—¡Malasha! —grita Diadechkin—. ¡Están a punto de dar las doce!

Melania Tíjonovna sale presurosa de la cocina y corre a comprobar las palabras del marido. Contempla el reloj un buen rato: no le ha mentido su cónyuge.

—¡Arreglados estamos! —se alarma—. Y yo que tengo aún sin cocer los guisantes para el jamón... ¡Uuuh! ¡Vaya compromiso! ¿Cómo lo sirvo?

Tras una breve reflexión, Melania Tíjonovna, con mano temblorosa, atrasa el minuterero. El reloj viejo ha vuelto a ganar veinte minutos.

—¡Que esperen! —decide la dueña y corre a la cocina.

ADIVINOS Y ADIVINAS

(ESCENAS NAVIDEÑAS)

(Гадалычики и гадалыцицы. Подновогодние картинки)

La vieja nana le adivina al *papásha* intendente.

—Un camino —dice ella.

—¿Adónde?

La nana agita la mano hacia el norte. El rostro del *papásha* palidece.

—Usted va —agrega la vieja—, y tiene en las rodillas un saco de dinero...

Por el rostro del *papásha* corre un resplandor.

Un burócrata está sentado a la mesa y, a la luz de dos velas, mira un espejo. Adivina: de qué estatura, color y temperamento será su nuevo jefe, aún no designado por nadie. Mira el espejo una hora, otra, la tercera... Por sus ojos corre un hormigueo, brincan unos palillos, vuelan unas plumas, ¡y el jefe no y que no! No se ve nada, ni jefes, ni subordinados. Pasa la cuarta hora, la quinta... Finalmente, se cansa de esperar al nuevo jefe. Se levanta, deja de la mano y suspira.

—El puesto queda vacante entonces —dice—. Y eso no es bueno. ¡No hay mal mayor que la falta de jefe!

La señorita está parada en el patio, tras el portón, y espera a un transeúnte. Necesita averiguar cómo se llamará su prometido. Alguien va. Ella abre la portezuela con rapidez y pregunta:

—¿Cómo se llama usted?

En respuesta a su pregunta oye un mugido, y por la portezuela entreabierta ve una gran cabeza oscura... En la cabeza unos cuernos...

«Es posible, cierto —piensa la señorita—. La diferencia está sólo en la jeta».

El redactor del periódico se sienta a adivinar sobre el destino de su hijo.

—¡Déjelo! —le dicen—. ¡Qué gusto encuentra en deprimirse! ¡Déjelo!

El redactor no escucha y mira la borra de café.

—Dibujos hay muchos —dice—. Y el diablo los entiende... esto son unas

costuras... Parecen asentadas... Y aquí una nariz... Como la de mi Makár... Un
ternerito ahí... ¡No entiendo nada!

Una doctora adivina ante el espejo y ve... unas tumbas.

»Una de dos —piensa—. O alguien morirá, o mi esposo este año va a tener
mucho práctica.

EL ESPEJO TORCIDO

(CUENTO DE NAVIDAD)

(Кривое зеркало. Святочный рассказ)

Entré con mi esposa en el salón. Allí se sentía olor a moho y humedad, y, al alumbrar sus paredes, que durante un siglo habían permanecido a oscuras, millares de ratas y ratones huyeron a sus escondrijos. Sopló el viento y se movieron los papeles amontonados en los rincones. Cerramos la puerta.

La luz de la vela iluminó aquellos papeles y pudimos ver que se trataba de viejos manuscritos y antiguos grabados. De las paredes, enmohecidas por el transcurso del tiempo, colgaban los retratos de mis antepasados, quienes miraban, entre severos y altaneros, como diciéndome: «¡Te merecerías una buena paliza, pillastre!».

Nuestros pasos resonaban por toda la casa, y el eco, aquel mismo eco que contestara a mis antepasados, repetía mi tos...

El viento gemía quejumbroso. Se diría que alguien, dentro del tubo de la chimenea, lloraba con sollozos de desesperación. Gruesas gotas de lluvia hipeaban los empañados y oscuros cristales, incidiendo con su rumor tristeza y angustia.

—¡Antepasados! —exclamé, suspirando enfáticamente—. Si yo fuera escritor, el contemplar estos retratos me inspiraría una larga novela, porque cada uno de estos ancianos fue un día joven, y todos, ellos y ellas, tuvieron su historia de amor, ¡y qué historia! Mira, por ejemplo, a esta viejecita. Fue mi tatarabuela. Pues bien: esta mujer tan fea, casi horrible, también tiene su historia, y por cierto, no exenta de interés. ¿Ves aquel espejo? ¿Aquel que está en el rincón?

Señalé a mi mujer un espejo de grandes dimensiones, con marco de bronce negro, situado en una esquina, junto al retrato de mi tatarabuela.

—Este espejo tiene poder mágico. Causó la perdición de mi tatarabuela. Por él pagó una suma fabulosa y nunca quiso desprenderse de su compañía mientras vivió. Se pasaba el día y la noche contemplándose, e incluso comía con él. Al acostarse se lo llevaba consigo a la cama, y al morir rogó la enterrasen también con él. No pudieron, sin embargo, cumplir su deseo, porque el espejo no cabía en el ataúd.

—¿Era coqueta? —preguntó mi mujer.

—Es de suponer. Pero, de todos modos, tenía otros espejos. ¿Por qué se encaprichó precisamente de este espejo y no de otro cualquiera? ¿Acaso no tenía otro más bonito? No, querida; aquí se oculta algún terrible misterio. No puede ser de otra manera. Dice la leyenda que el espejo estaba endemoniado y que mi tatarabuela tenía tratos con el demonio. Desde luego que todo eso son tonterías, pero, indiscutiblemente, el espejo del marco de bronce negro tiene un poder misterioso.

Le quité el polvo, y mirándome en él me eché a reír. Un eco sordo contestó a mi carcajada.

El espejo estaba torcido y por eso mi cara aparecía torcida en todas direcciones; mi nariz se torció hacia la mejilla izquierda; mi barbilla, no menos torcida, resultaba dividida en dos.

—¡Qué gusto tan raro el de mi tatarabuela! —exclamé.

Mi mujer se acercó también al espejo, con aire poco seguro. Se miró en él. Y entonces ocurrió la catástrofe. Se quedó lívida. Empezó a temblar de pies a cabeza, mientras prorrumpía en exclamaciones. La palmatoria resbaló de su mano y la vela se apagó. Quedamos en tinieblas, y entonces oí como si algo pesado cayese al suelo; era mi mujer, desvanecida.

El viento aullaba aún más lastimeramente. Las ratas corrían por la habitación y los ratones empezaron otra vez su infernal ajetreo entre los papeles. Los pelos se me erizaron, y mi espanto llegó al paroxismo cuando el viento arrancó la persiana de una ventana, que se derrumbó con estrépito. Al instante la luna se asomó por la ventana...

Cogí a mi mujer en brazos y la saqué de la habitación de los antepasados. Hasta el día siguiente por la noche no volvió en sí.

—¡El espejo! ¡Que me den el espejo! —fue lo primero que dijo al despertar—. ¿Dónde está el espejo?

Durante toda una semana estuvo sin comer ni dormir, pidiendo a cada momento que le dieran el espejo, y llorando, arrancándose los pelos de la cabeza, andaba por la habitación como una loca, hasta que por fin el médico declaró que podía morir de agotamiento y que su estado era muy grave. Venciendo mis temores, bajé a la habitación de los antepasados y le traje el espejo de mi tatarabuela.

Apenas lo vio prorrumpió en una risa de felicidad; después lo cogió, lo besó y quedó contemplándolo.

Así han pasado diez años y ella continúa sin apartarse de su lado ni por un segundo.

—¿Es posible que sea yo? —murmura, mientras su cara, sonrosada por la emoción, expresa felicidad y entusiasmo—. Sí, soy yo. Todos mienten. ¡Tan sólo este espejo dice la verdad! ¡Miente mi marido y mienten las amistades! ¡Oh! Si antes me hubiera visto y hubiera sabido cómo soy en realidad, no me habría casado con un hombre como él. ¡No es digno de mí! Tendría postrados a mis pies los hombres más hermosos, los más nobles...

Pero un día en que me hallaba detrás de mi mujer sorprendí casualmente el terrible secreto al mirar en el espejo.

Allí vi la imagen de una mujer de belleza deslumbrante, como nunca jamás vi otra en mi vida. Era un milagro de hermosura, de gracia, de armonía y de amor. ¿Cómo era esto posible? ¿Qué habría sucedido? ¿Por qué mi mujer, que era fea y torpe, aparecía tan guapa en el espejo? ¿Por qué? Porque el espejo torció los rasgos de mi mujer en todas direcciones, y de esta descomposición de sus rasgos resultó, por

casualidad, un rostro hermosísimo.

Ahora estamos mi mujer y yo sentados juntos ante el espejo, y no apartamos de él la mirada ni por un instante. Mi nariz se tuerce hacia mi mejilla izquierda; mi barbilla está torcida y dividida, pero la cara de mi mujer es encantadora. Una pasión loca e impetuosa se apodera de mí.

Prorrumpo en una carcajada salvaje, y mi mujer murmura en voz baja:

—¡Qué hermosa soy!

DOS NOVELAS

(Два романа)

I

LA NOVELA DE UN MÉDICO

Si has llegado a edad adulta y terminado tu carrera, *recipe feminam unam*^[134] que tenga de dote *quantum satis*^[135].

Así hice yo: tomé *feminam unam* (porque no está permitido tomar dos) con una dote más que regular. Ya los sabios antiguos censuraban a quienes, al casarse, no exigían la dote correspondiente (Ictiosauro, XII, 3).

Inmediatamente compré un coche y un magnífico *bel étage*, comencé a beber *vinum gallicum rubrum*^[136] y me hice un abrigo de setecientos rublos. Es decir, que me puse a vivir con arreglo a *lege artis*^[137].

Su *habitus*^[138] no está mal. Tiene una estatura mediana. El coloide su epidermis y de sus membranas mucosas es completamente normal. Su estrato celular subcutáneo presenta un desarrollo satisfactorio. Línea pectoral correcta. Respiración vesicular, sin ruidos extraños. Tonos cardíacos netos.

En la esfera de sus fenómenos psíquicos sólo se advierte una alteración: es parlanchina y chillona. A causa de su charlatanería, sufro fuerte hiperestesia del nervio auditivo derecho. Cuando estoy reconociendo a un enfermo y le miro la lengua, me acuerdo de mi mujer, y este recuerdo me produce palpitaciones. Llevaba razón aquel filósofo que dijo: *Lingua est hostis hominum amicusque diaboli et feminarum*^[139].

Del mismo defecto adolece *mater feminae*, es decir, mi suegra, perteneciente al género *mammalia*^[140].

Cuando se ponen a gritar las dos y se pasan chillando veintitrés horas del día, a mí me dan amagos de demencia y me entran ganas de suicidarme. Según certifican mis respetables colegas, las nueve décimas partes de las mujeres padecen una temible enfermedad a la que Charcot dio el nombre de hiperestesia del centro rector del habla. Como medio seguro de combatirla este ilustre doctor sugirió la amputación de la lengua.

Con semejante operación, prometía liberar al género humano de una de sus más funestas dolencias, pero ¡ay!, Billerot, que la practicó en multitud de ocasiones, consigna en sus clásicas *Memorias* que las mujeres sometidas a tales intervenciones aprenden después a hablar con los dedos y, de tal manera, el efecto que producen a sus maridos es muchísimo peor, llegando, incluso, a hipnotizarlos (*Memorias de la Academia*, 1878).

A mí se me ha ocurrido un procedimiento distinto (véase mi tesis doctoral). Sin rechazar la extirpación de la lengua, propuesta por Charcot, y dando pleno crédito a las afirmaciones de una autoridad tan competente como el doctor Billerot, recomiendo añadir a la amputación del órgano del habla el uso de manoplas. Mis observaciones han demostrado que los sordomudos que llevan manoplas de un solo dedo callan hasta cuando tienen hambre.

II

LA NOVELA DE UN PERIODISTA

Nariz recta, busto divino, maravillosos cabellos; ojos adorables: ni una sola errata. Después de corregidas convenientemente las primeras pruebas, me casé.

—Has de pertenecerme sólo a mí —le advertí el día de nuestro himeneo—. ¡Queda terminantemente prohibida la venta al detalle! Tenlo en cuenta.

Al día siguiente ya noté en ella ciertos cambios: la cabellera, menos espesa; las mejillas, sin aquella palidez tan sugestiva; y las cejas, rojizas en lugar de aquel color negro diabólico que tenían antes.

Ya no me parecían tan plásticos sus movimientos ni tan dulces sus palabras. ¡Ay, una esposa es una novia medio tachada por la censura!

Ya en el primer semestre la sorprendí un día con un adorador que la estaba besando. (A los adoradores les gustan los placeres gratuitos). Hice a mi mujer la primera advertencia y le prohibí por segunda vez, con toda severidad, la venta al por menor.

En el segundo semestre me trajo un regalo. Me miré al espejo, miré al regalo y declaré a mi mujer:

—El argumento de este artículo es un plagio, hermana. La cara lo denuncia. No creas que me la vas a dar con queso.

Dicho esto, le di el segundo aviso con prohibición de presentarse ante mi vista durante tres meses.

Mas tampoco estas medidas surtieron efecto. Al segundo año no era ya un adorador, sino unos cuantos. En vista de su pertinacia y no deseando tener socios en aquella empresa, le di el tercer aviso y la mandé con el regalo a su tierra, bajo la vigilancia de sus padres, donde se encuentra hasta hoy.

Todos los meses envío mis honorarios a los padres para que la mantengan.

DISFRACES

(Ряженные)

Ha atardecido. Por la calle avanza una abigarrada turbamulta de borrachos con guerreras y camisolas. Risas, bromas y baile. Abre la marcha un soldado bajito, de viejo capote y gorro ladeado.

En dirección contraria va un suboficial.

—¿Por qué no haces el saludo? —se lanza contra el soldado—. ¿Por qué? ¡Alto! ¿De qué regimiento eres? ¿Cómo andas así?

—¡Pero, amigo, si vamos disfrazados! —responde el soldado con voz atiplada.

Y los del grupo, e incluso el suboficial, sueltan una sonora carcajada.

Una señora guapa y gruesa, está sentada en un palco. Resulta difícil determinar su edad, pero es joven y aún lo será durante bastantes años. Va vestida con elegancia y lujo. Lleva en cada brazo una maciza pulsera, y en el pecho un broche de brillantes. En el respaldo de una silla vecina descansa su abrigo de pieles, que ha de valer miles de rublos. Un lacayo de librea y galones la espera en el pasillo, y en la calle, un trineo de negros caballos con una piel de oso por manta de viaje...

La cara, llena y hermosa, y los atavíos de la señora parecen decir: «Soy feliz y rica». Pero no lo crea, lector.

«Esto es un disfraz —piensa ella—. Mañana o pasado, el barón se juntará con Nadine y me lo quitará todo».

A la mesa de juego está sentado un caballero de frac, papada de tres pisos y manos de damisela. Tiene ante sí una montaña de dinero. Pierde, pero no se apura. Al contrario, se mantiene siempre sonriente. Le importa poco perder dos o tres mil rublos. En el comedor, varios criados se hallan preparando para él ostras, champaña y faisanes. Nuestro caballero es amigo de la buena cocina. Después de cenar irá en su coche a casa de *ella*. Ella le espera.

¿Verdad que lo pasa bien este señor? Es feliz. Pero mirad la idea que le trastorna el cerebro, agobiado por las grasas:

«Esto es un disfraz. Apenas se presente una inspección, todo el mundo sabrá que estoy disfrazado».

Un abogado está defendiendo a una mujer ante el tribunal. La acusada es bella, y su rostro, compungido hasta no poder más, denota su inocencia. ¡Dios sabe que no es culpable! Los ojos del defensor centellean, las mejillas le arden, y su voz está empañada por las lágrimas... Dice que sufre por la acusada, y que si la condenan morirá de pena. El público le oye extasiado, temeroso de que acabe de hablar. «Es un poeta» —susurran entre sí los presentes.

Pero es sólo un poeta contrahecho. Lleva un disfraz.

«Si el demandante me hubiera dado cien rublos más —piensa el poeta—, hubiera puesto a esta como un trapo. El papel de fiscal me hubiera ido mucho mejor».

Un *muzhik* borracho va por la aldea cantando y sacando horribles chirridos a un acordeón. Tiene su cara una expresión de ebrio deleite. Soltando unas risillas conejiles, se pone a bailotear. ¡Qué bien vive!, ¿eh? Pues no, señores, lleva un disfraz.

«¡Qué hambre tengo!», va pensando.

Un joven catedrático de Medicina da su primera lección. Afirma que no existe mayor felicidad que servir a la ciencia. «¡La ciencia es todo! —dice—. ¡La ciencia es la vida!». Y le creen.

Pero dirían que está disfrazado si hubieran oído lo que dijo a su mujer después de la conferencia:

—Ahora, hijita, ya soy profesor. En el ejercicio de la Medicina, un profesor cobra, diez veces más que un médico corriente. Creo que ahora llegaré a los veinticinco mil rublos anuales.

Seis entradas, miles de luces, gentío, guardias, revendedores. Es un teatro. Sobre la puerta principal, un letrero como el del *Hermitage: Sátira y Moral*. Allí se pagan precios muy altos, y escriben largos artículos críticos, se aplaude mucho y se sisea muy rara vez. ¡Es un templo!

Pero también se trata de un disfraz. Si arañáis lo de *Sátira y Moral*, no os será difícil leer: *Chismorrería y Bufonada*.

DOS EN UNO

(ДВОЕ В ОДНОМ)

¡No crean a los judas ni a los camaleones! En nuestra época es más fácil perder la fe que perder un guante. ¡Y yo la he perdido!

Atardecía. Yo iba en un tranvía de caballo. Cierto que, como alto funcionario que soy, no me corresponde viajar en semejantes vehículos, pero esta vez llevaba un abrigo muy grande y podía ocultar la cara en el cuello de marta. Y, además, resulta más barato ¿saben?

Pese a lo tardío de la hora y al frío reinante, el vagón iba repleto. Nadie me reconoció. El cuello de marta guardó mi incógnito. Yo, adormilado, contemplaba a los viajeros.

«No, no es él —pensé, fijándome en un hombrecillo envuelto en un abrigo con cuello de conejo—. No es él. ¡Pues sí, es él! ¡Es él!».

No sabía a qué carta quedarme...

El hombrecillo del abrigo de cuello de conejo se parecía enormemente a uno de mis subordinados: un ser minúsculo, raquítico, menguado, que respondía por Iván Kapitónich y sólo vivía para recoger algún pañuelo que se cayese y para felicitar a los jefes en las festividades señaladas. No obstante ser joven, tenía el espinazo corvo y las rodillas dobladas. Las manos, siempre sucias, nunca abandonaban la posición de firmes. Su cara parecía haber sido presionada por una puerta o azotada con un trapo húmedo, y su expresión era agria y triste. Al verle daban ganas de cantar la *Luchinushka*^[141] y echarse a llorar. En presencia mía temblaba, palidecía o enrojecía, como si me dispusiera a devorarlo o a degollarle; y cuando le echaba una reprimenda se estremecía todo él.

No conozco a nadie más sumiso, más callado ni más insignificante. Ni siquiera entre los animales he encontrado ninguno tan dócil como él.

El del cuello de conejo me recordaba a Iván Kapitónich. ¡Una copia exacta! Pero el hombrecillo en cuestión no llevaba la espalda tan encorvada ni parecía decaído; lejos de ello, accionaba con desenvoltura y, lo que era más extraño, iba hablando de política con su acompañante.

—¡Ha muerto Gambetta! —lamentábase, agitando las manos—. Una buena baza para Bismarck. Gambetta sabía dónde le apretaba el zapato. Hubiera hecho la guerra a los alemanes y les hubiera obligado a pagar una contribución, Iván Matveich. Porque Gambetta era un genio. Aunque era francés, tenía alma de ruso. Un verdadero genio...

—¡Oh bicho inmundo!

Cuando el cobrador se acercó, nuestro hombre dejó tranquilo a Bismarck.

—¿Por qué están tan oscuros los tranvías? —asedió al empleado—. ¿No tienen ustedes velas? ¿Adónde vamos a parar con tal desidia? ¡No hay quien les dé a ustedes una lección buena! En el extranjero ya se la darían. No es el público el que está al servicio de ustedes, sino ustedes al servicio del público, ¡qué diablos! No me explico qué es lo que hacen los superiores...

Un instante más tarde nos exigió a todos que nos apartásemos.

—¡Apártense! ¡Les estoy diciendo que se aparten! ¡Dejen pasar a *Madame*! Tengan un poco más de educación. ¡Cobrador! ¡Venga usted aquí cobrador! ¿No cobra usted el billete? Pues dele un sitio a la señora. ¡Qué vergüenza!

—¡Aquí está prohibido fumar! —le gritó el cobrador.

—¿Quién lo ha prohibido? ¿Con qué derecho? ¡Esto es un atentado contra la libertad! ¡Yo no permito a nadie que coarte mi libertad! ¡Soy un hombre libre!

«¡Habrás descarado! —me dije, mirando aquel hocico y sin dar crédito a mis ojos—. No, no es él. No puede ser... Aquél no sabe palabras como *libertad* o *Gambetta*».

—¡Estamos arreglados con semejantes disposiciones! —protestó el homúnculo tirando la colilla—. ¡Cualquiera vive con estos señores! ¡Para ellos no existe más que la forma, la letra! ¡Formalistas, filisteos, estranguladores!

No pude reprimir una risotada. Al oírla, el hombrecillo me lanzó una mirada fugaz, y su voz tembló. Había reconocido mi risa y quizá también mi abrigo. La espalda se le encorvó como por ensalmo, la cara se le agrió, ahogósele la voz, las manos adoptaron la posición de firmes, y se le doblaron las rodillas. Fue una metamorfosis instantánea. No cabía duda: era Iván Kapitónich, mi oficinista. Sentándose con toda rapidez, hundió la nariz en el cuello de conejo.

Le miré a la cara y pensé:

«¿Será posible que esa figurilla exigua y mezquina conozca palabras como *filisteo* y *libertad*? ¿Será posible? Sí, lo es. Inverosímil, pero cierto. ¡Valiente mamarracho!».

¡Como para fiarse de las caras sumisas de estos camaleones!

¡Se acabó! ¡A mí no me la dan más!

ALEGRÍA

(Радость)

Eran las doce de la noche.

Totalmente excitado y despeinado entró volando Mitia Kuldarov en el piso habitado por sus padres, corriendo rápidamente de uno a otro aposento. Los padres se disponían a dormir; la hermana, ya en la cama, terminaba la última página de una novela, y los hermanos colegiales dormían.

—¿Dé dónde vienes? —se asombraron los padres—. ¿Qué te pasa?

—¡Ah!... ¡No me pregunten!... ¡Esto no lo esperaba de ningún modo!... ¡No!... ¡De ningún modo lo esperaba!... ¡Si es hasta inverosímil!...

Y Mitia, echándose a reír y sin fuerzas de tenerse en pie de pura felicidad, se sentó en una butaca.

—¡Es inverosímil!... ¡No pueden ustedes ni imaginárselo!... ¡Miren!

La hermana saltó de la cama y, echándose encima la manta, se acercó al hermano. Los colegiales se despertaron.

—Pero ¿qué te pasa?... ¿Por qué pones esa cara?

—¡Es la alegría, mamaíta!... ¡Ahora toda Rusia me conoce!... ¡Toda!... Antes sólo ustedes sabían que existía en el mundo el escribiente colegiado Dmitri Kuldarov; pero ahora ¡lo sabe ya toda Rusia!... ¡Mamaíta!... ¡Oh Dios mío!...

Levantándose de un salto, Mitia se puso a recorrer las habitaciones; luego se volvió a sentar.

—Pero ¿qué ha ocurrido?... ¡Habla sensatamente!

—¡Ustedes aquí viven como las fieras!... ¡No leen los periódicos! ¡No prestan la menor atención a la cuestión pública!... Y, sin embargo, ¡hay tanto notable en los periódicos!... ¡Todo cuanto ocurre se sabe enseguida!... ¡Nada queda oculto! ¡Oh, qué feliz soy!... ¡Oh Dios mío!... ¡Pensar que sólo de las celebridades se escribe en los periódicos y que, sin embargo, éstos han hablado de mí!...

—¿Qué dices? ¿Dónde?

Papaíta se puso pálido, mamaíta alzó los ojos hasta la imagen y se santiguó, los colegiales se levantaron de un salto y, tal como estaban, vestidos solamente con un camisón cortito, se acercaron a su hermano mayor.

—¡Sí, señores!... ¡Los periódicos han hablado de mí!... ¡Rusia entera me conoce ahora!... ¡Usted, mamaíta, guarde este número como recuerdo...! ¡Lo leeremos de cuando en cuando!... ¡Miren!

Y Mitia, sacando de su bolsillo un número de periódico y señalando con el dedo un pasaje acotado con lápiz azul, se lo tendió a su padre.

—¡Lea!

El padre se caló los lentes.

—¡Vamos, lea!

Mamaíta alzó los ojos a la imagen y se santiguó. Papaíto se aclaró la voz y empezó a leer.

—«El veintinueve de diciembre, a las once de la noche, Dimitri Kuldarov, escribiente colegiado...».

—¡Lo ven! ¡Lo ven!... ¡Siga!

—«... escribiente colegiado..., saliendo de la cervecería sita en la calle Malaia Brosnaia, en la casa Kosijin, y encontrándose en estado de embriaguez...».

—¡Éramos Simion Petrovich y yo!... ¡Todo se describe!... ¡Hasta los más ligeros detalles!... ¡Continúe! ¡Siga! ¡Escuchen!...

—«... encontrándose en estado de embriaguez: resbaló, yendo a caer bajo el caballo del *isvoschik* Iván Durotov, vecino de la aldea Durikina, allí detenido. El caballo, encabritado, después de pasar sobre Kuldarov, arrastrándole por encima del trineo en que se encontraba el comerciante de Moscú, de segundo grado, Stepan Lukov, voló calle abajo, teniendo que ser sujetado por los porteros. Kuldarov, hallándose en el primer momento sin sentido, fue llevado a la Comisaría del distrito, siendo allí reconocido por el médico... El golpe... recibido en la nuca...».

—¡Me dio la lanza del trineo, papaíto!... ¡Siga! ¡Siga leyendo!

—«... recibido en la nuca se considera de pronóstico leve. Ha sido levantada acta del suceso. La víctima recibió asistencia facultativa...».

—¡Me mandaron poner agua fría en la nuca!... ¿Estás leyendo?... ¿Eh?... ¡Así es como fue!... ¡Y ahora por toda Rusia ha corrido la noticia!... ¡Dadme el periódico!

Mitia cogió el periódico, lo dobló y se lo metió en el bolsillo.

—¡Corro a enseñárselo a los Makarov!... ¡Me falta todavía enseñárselo a los Ivanitzki, a Natalia Ivanovna, a Ansim Vasilich!... ¡Me voy a escape! ¡Adiós!

Y Mitia, calándose el gorro de la escarapela, triunfante y alegre, sale corriendo a la calle.

DIVAGACIONES DE UN LECTOR

(Мысли читателя газет и журналов)

No lean ustedes *La Gaceta de Ufa*: no encontrarán nada que se refiera a aquella ciudad ni a su provincia.

Tiene la prensa rusa innumerables títulos luminosos: *La Luz*, *La Aurora*, *El Arco Iris*, *Luz y Sombras*, *El Rayo*, *La Antorcha*, *Amanecer*, etcétera. Pero ¿por qué vive entre tinieblas?

Tiene un *Vigilante*, un *Inválido* y una *Siberia*. También tiene una *Distracción* y un *Pasatiempo*, mas no por ello ha de creerse que lo pasa muy divertido.

Posee, asimismo, una *Voz* y un *Eco*. ¿Son propios? ¿De veras?

Lo que no es duradero no puede ufanarse de su *Siglo*.

Rusia tiene muy poco de común con *Moscú*.

El Pensamiento Ruso lleva una cubierta muy opaca.

Existen una *Sanidad* y un *Médico*, pero ¡cuántas tumbas!

AMOR NO CORRESPONDIDO

(TRADUCCIÓN DEL ESPAÑOL)

(Отвергнутая любовь. Перевод с испанского)

I

Por entre las altas nubes, de afiligranados contornos, asoma la luna e ilumina a las parejas de enamorados que se arrullan a la sombra de naranjos y limoneros.

El aire, de una calidez voluptuosa y saturado de fragancia de heliotropo, se recalienta más aún por el fuego de las palabras de amor y de las ardientes canciones. Los jardines, los bosques y los ríos, plácidamente adormilados, oyen el trino del ruiseñor. ¡Amor, amor!

Un apuesto hidalgo, bajo la ventana de una casita, temple las cuerdas, se estremece, se engalla y canta. La ventana sigue cerrada, pero él no decae: ¡por algo es español! Su copla encenderá el corazón de la hermosa esquiva, la ventana cederá a la presión de una manecita diminuta y de un corazón sumiso y... ¡al cabo de la calle!

II

El hidalgo lleva cantando una hora, dos horas, tres... El cielo comienza a clarear y a colorearse por Oriente. Saltan en la guitarra la quinta y la tercera. La frente del hermoso rostro se llena de sudor que cae sobre la cálida tierra..., y el hidalgo sigue cantando:

—*Plenus venter non studet libenter! Imperfectum conjunctivi pasivi!*

Lo cual significa «¡Mátame si quieres, pero sal! ¡Si no sales, mi sangre salpicará tu ventana! ¡Me muero!», aunque el traductor afirma que no, que la primera frase significa: «A barriga llena, poco estudio», y la segunda: «Imperfecto de subjuntivo pasivo».

Tras la ventana se oyen pasos. ¡Por fin! Los postigos se abren con estrépito y aparece la señora, bella, sublime, ardiente... El hidalgo se extasía de júbilo y se ahoga de felicidad. ¡Oh instante maravilloso! La bella se asoma a la ventana y, refulgentes los negros ojos, gruñe:

—¿Piensa usted acabar de cantar alguna vez? ¡Da verdadero asco! ¡No me deja dormir! Si no termina usted, caballero, me veré obligada a llamar al sereno.

III

La ventana se cierra ruidosamente. El hidalgo se mata de una puñalada. Se levanta acta.

BIBLIOGRAFÍA

(Библиография)

Sobre el significado de los «bastos»^[142] en la vida rusa antigua, según el Domostrói^[143] y otras fuentes, investigación de I. S. Aksákov^[144]. Moscú 1883, 255 páginas, precio 1 rublo y 50 kopeks.

Sobre la mejor colocación de los pendones, conferencia del antiguo profesor Chi...n^[145], precio 10 kopeks.

La intriga, los bastidores y la escena, conferencias populares, obra de G. Kór...ov^[146], antiguo cantante. Se reparte gratis a todos los que estén a la mano.

Relato sobre la expulsión de Petersburgo. «Novella», de él mismo, precio 10 kopeks.

Diccionario explicativo completo de «las palabras obscenas», con ejemplos. Obra y edición de Sokolóv^[147], Buriénin^[148] y Suvórin^[149], precio 10 kopeks por número. Cantidad de números indefinida.

Preparación de paté de carne de muzhik. Proyecto de Blum. Compuesto exclusivamente para gastrónomos y médicos que estudian la perturbación mental primaria. Precio... inapreciable.

Yo tenía fe porque recibí 2000, de Jeremiád Bludoslóv Kurílov^[150] (defensor del señor Mielníski^[151]). En este interesante libro se demuestra que la fe aumenta a medida que aumenta el honorario. La fe por la que pagaron no disminuye incluso entonces, cuando es imposible tener fe. Precio 5 rublos.

El sueño con iluminación y gritería. Novela del prefecto de Berdíchevsk. Precio un altin^[152] de cinco.

EL ÚNICO REMEDIO

(A PROPÓSITO DEL PROCESO DE LA SOCIEDAD DE CRÉDITO MUTUO DE SAN PETERSBURGO)

(Единственное средство. А propos процесса Петерб. Общества взаимного
кредита)

Hubo una época en que los cajeros saqueaban también los fondos de nuestra Sociedad. Da miedo recordarlo. No robaban la caja; se la sorbían materialmente. Se llevaron hasta el terciopelo de que estaba revestida en su interior. Uno de ellos se aficionó tanto, que, junto con el dinero, hurtó la cerradura y la tapa. En los últimos cinco años hemos tenido nueve cajeros, y los nueve nos envían ahora desde Krashoiarsk^[153] sus tarjetas de visita en las grandes festividades. ¡Los nueve!

—¡Es horrible! ¿Adónde vamos a parar? —suspirábamos cuando denunciarnos al noveno—. ¡Qué vergüenza! ¡Nueve cajeros y todos ellos truhanes!

Nos pusimos a cavilar: ¿a quién pondríamos de cajero? ¿Quién no era un canalla? ¿Quién no era un ladrón? Nuestra elección cayó en Iván Petrovich, ayudante del contable, una mosquita muerta, muy beato, que vivía pobremente, como un cerdo. Le elegimos, pues, le incitamos a combatir las tentaciones y nos quedamos tranquilos. Pero ¡ay!, no duró mucho nuestra tranquilidad.

Al día siguiente, Iván Petróvich apareció con una corbata nueva. Y dos días después llegó al trabajo en coche, cosa insólita en él.

—¿Habéis visto? —murmurábamos al cabo de una semana—. Corbata nueva... Lentes... Ayer nos invitó a celebrar su santo... Aquí debe de haber gato encerrado... Reza mucho más que antes...

Es de suponer que tenga la conciencia menos limpia.

Y comunicamos nuestras sospechas a su excelencia.

—¿Nos va a salir rana hasta el décimo? —suspiró nuestro director—. No, es imposible. Un hombre tan escrupuloso, tan tímido... Pero, en fin, vamos a hablar con él.

Fuimos a verle y rodeamos la caja.

—Perdone usted, Iván Petróvich —le dijo el director, con voz de súplica—. Tenemos en usted entera confianza... La tenemos... ¡Desde luego! Pero... permítanos que revisemos la caja... Háganos ese favor.

—Muy bien, magnífico —respondió sin titubear el cajero—. Revisen cuanto quieran.

Contamos el dinero, y faltaban cuatrocientos rublos. ¿De manera que también el

décimo? ¡Qué horror! Ésta fue nuestra primera conclusión. Pero, además, pensamos que si en una semana había devorado una suma tan respetable, ¿cuánto se embolsaría en un año o en dos? Quedamos petrificados de terror, de asombro, de desesperación. ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? ¿Denunciarlo a los tribunales? No; eso era anticuado e inútil: el undécimo y el duodécimo también desfalcaban la caja, y contra todos no íbamos a querellarnos. ¿Darle una paliza? Se enfadaría... ¿Destituirle y contratar a otro? Bueno; pero es que el nuevo también robaría. El director, rojo, y nosotros, pálidos, mirábamos fijamente a Iván Petróvich, y, apoyados en la reja amarilla, pensábamos... Pensábamos, forzábamos nuestros cerebros y sufríamos... Él, en cambio, manejaba impertérrito el ábaco como si la cosa no fuera con él. Permanecemos callados un buen rato.

—¿En dónde has metido ese dinero? —le preguntó, por fin, nuestro director, medio llorando y con voz trémula.

—Lo he gastado en necesidades perentorias, excelencia.

—¡Ehem!... De modo que en necesidades... ¡Pues mira qué bien...! ¡A callar! ¡Te voy a...!

El director dio un paseo por la sala y prosiguió:

—¿Qué les parece? ¿Cómo preservarnos de semejantes... sujetos? Señores, ¿por qué callan ustedes? ¿Qué hacemos? Porque, claro, no vamos a darle una paliza a este canalla.

Su excelencia meditó y añadió:

—Oye, Iván Petrovich, nosotros repondremos ese dinero. No es cosa de cubrirnos de oprobio dándole publicidad al asunto, el diablo te lleve; pero dinos francamente, sin equívocos: ¿te gusta el bello sexo?

Iván Petrovich sonrió turbado.

—Entendido —dedujo el director—. ¿A quién no le gusta? Es natural... Todos pecamos. Todos ansiamos el amor, como dijo aquel... filósofo... Te comprendemos perfectamente. Bueno, pues verás: si tanto te gusta, te daré una carta para una... que está muy bien. Ve a verla por cuenta mía. ¿Te interesa? Y te daré otra carta para otra... y para una tercera. Las tres son guapísimas, regordetas, hablan francés... ¿Y el vino, te gusta?

—Hay vinos distintos, excelencia... El de Lisboa, por ejemplo, no lo puedo probar... Cada bebida tiene, por así decirlo, su significación, excelencia.

—Déjate de divagaciones... Todas las semanas te mandaré una docena de botellas de champaña. Bebe cuanto quieras, pero no malverses el dinero ni nos metas en compromisos. No te lo ordeno; te lo suplico. También serás aficionado al teatro ¿verdad?

Y así sucesivamente. Decidimos, además de enviarle el champaña, abonarle a una butaca en el teatro, triplicarle el sueldo, comprarle un coche con caballos negros y darle un paseo diario en troika por las afueras, todo ello a cargo de la Sociedad. Acordamos, asimismo, costearle el sastre, los habanos, las fotografías, los ramos de

flores para las artistas homenajeadas y hasta los muebles de su casa. ¡Que disfrutase, pero que no robara! Con tal que no hubiera desfalcos, que hiciera lo que se le antojase.

¿Qué creen ustedes? Iván Petrovich lleva ya un año de cajero y no nos cansamos de alabarle, ¡Qué honradez, qué nobleza! En todas las inspecciones semanales se descubre la falta de diez o quince rublos, pero eso no es dinero. Algo hay que sacrificar a los instintos del cajero: lo que importa es que no se lleve miles de rublos.

Y aquí nos tienen ustedes tan felices. Nuestra caja está siempre llena. Cierto que el cajero nos sale por un ojo de la cara, pero no deja de resultar diez veces más barato que cada uno de sus antecesores. Les juro que pocas sociedades y pocos bancos tienen un cajero tan barato. Salimos ganando con él y serán ustedes unos chuscos si no imitan nuestro ejemplo.

MANÍA GRANDIOSA

(A LA ATENCIÓN DEL PERIÓDICO *EL MÉDICO*)

(Случаи mania grandiosa. Вниманию газеты «Врач»)

Nadie pone en duda que, entre muchas ventajas, la civilización ha traído a la Humanidad un perjuicio siniestro. Quienes más insisten en tal aseveración son los médicos, que, no sin fundamento, ven en el progreso el motivo de los trastornos nerviosos tan frecuentes en las últimas décadas. En América y en Europa cunden las dolencias nerviosas de toda índole, desde la simple neuralgia hasta la psicosis más grave. Yo mismo he visto casos de psicosis aguda, cuyas causas sólo podían radicar en la civilización.

Conozco a un capitán retirado, excomisario comarcal de Policía, cuya chifladura tiene por tema la divisa: «Las reuniones están prohibidas». Y como las reuniones están prohibidas, ha mandado talar su bosque, no come con la familia, impide que el rebaño del pueblo entre en sus terrenos, etcétera. En cierta ocasión, al invitarle a tomar parte en las elecciones, respondió:

—Pero ¿no saben ustedes que las reuniones están prohibidas?

Un antiguo gendarme, expulsado del cuerpo no sé si por su amor a la verdad o por su amor a las propinas, tiene una manía que pudiera titularse: «¡A la cárcel, amigo!». Encierra en un baúl gatos, perros o gallinas y los mantiene recluidos cierto tiempo. Dentro de botellas mete cucarachas, chinches y arañas. Y cuando dispone de algún dinero va por la aldea contratando gente que quiera hacer el papel de reclusos.

—¡Anda, amiguete! —ruega al que se encuentra—. ¿A ti qué más te da, si terminaré soltándote? Hazlo por respeto a mí.

Si convence a alguno lo recluye, lo vigila día y noche; y jamás lo pone en libertad antes del plazo convenido.

Mi tío, que es del cuerpo de Intendencia, come galletas medio podridas, usa suelas de cartón y recompensa generosamente a los familiares que le imitan.

Un cuñado mío, agente del fisco, padece la manía de que la publicidad es una desdicha. Una vez los periódicos denunciaron que aceptaba propinas, y esto dio lugar a su locura. Está suscrito a casi todos los periódicos de la capital; mas no los recibe para leerlos. En cada número que llega busca pasajes «censurables», y al encontrarlos, echa mano al lápiz rojo, pintarrajea todas las planas y se las da a los cocheros para que lleen cigarrillos. Y se siente bien hasta que recibe la siguiente remesa de periódicos.

EN LA NOCHE OSCURA

(ТЕМНОЮ НОЧЬЮ)

Ni luna, ni estrellas... Ni contornos, ni siluetas, ni un exiguo punto luminoso... Todo se ahogó en la tiniebla continua, impenetrable. Miras, miras, y no ves nada, como si te hubieran sacado los ojos... Llueve a chorros, a cántaros... Un fango terrible...

Por el camino vecinal trota una pareja de pencos de correo. En la tartana está sentado un hombre con un capote de ingeniero-ferroviario. A su lado su esposa. Ambos están empapados. El cochero está borracho como una cuba. El de vara cojea, bufa, se estremece y trota a duras penas... El asustadizo encuarte a cada rato tropieza, se detiene y se lanza a un costado. El camino es terrible... A cada paso es una hondonada, un montículo, un puente derribado. A la izquierda aúlla el lobo, a la derecha, dicen, hay un abismo.

—¿No nos salimos del camino? —suspira la ingeniera—. ¡Un camino terrible! ¡No nos vuelques!

—¿Para qué volcarlos? ¡Ee...h! ¿Qué necesidad tengo yo de volcarlos? ¡Eh, vi... villano! ¡Tiembra! ¡Que-rido!

—Nosotros, me parece, nos salimos del camino —dice el ingeniero—. ¿Adónde nos llevas, diablo? ¿No ves, o qué? ¿Acaso esto es el camino?

—¡Debe ser el camino!

—¡El terreno no es ése, jeta borracha! ¡Vuelve! ¡Vira a la derecha! ¡Bueno, arrea! ¿Dónde está el látigo?

—Lo per... perdí, su excelen...

—Te mato si lo... ¡Recuerda! ¡Arrea, villano! Espera, ¿a dónde vas? ¿Acaso por ahí es el camino?

Los caballos se detienen. El ingeniero se levanta con rapidez, se cierne sobre los hombros del cochero, tira de las riendas y jala la derecha. El aborígen chapotea en el fango, se vuelve en redondo y de pronto, sin más ni más, empieza como a forcejear de modo extraño... El cochero se cae y desaparece, el encuarte la emprende con cierta peña, y el ingeniero siente que la tartana, junto a los pasajeros, vuela a algún lugar al diablo...

El abismo no es profundo. El ingeniero se levanta, toma en sus brazos a su esposa y sale a duras penas hacia arriba. Arriba, al borde del abismo, está sentado el cochero y gime. El ferroviario se le acerca corriendo y, levantando el puño, está listo a destruirlo, eliminarlo, aplastarlo...

—¡Te mato, baaandido! —grita.

El puño se levanta y ya está a medio camino hacia el físico del cochero... Un

segundo más y...

—¡Mísha, recuerda Kukúevskaya^[154]! —dice la esposa.

Mísha se estremece y su puño amenazante se detiene a medio camino. El cochero está salvado.

MI CONFESIÓN

(ИСПОВЕДЬ)

Era un día claro y frío... Me sentía tan a gusto como el cochero a quien, por equivocación, le dan un rublo en vez de veinte kopeks. Tenía ganas de llorar, y de reír, y de rezar... Creía estar en el decimosexto cielo: ¡me habían hecho cajero! Y no me regocijaba porque de allí en adelante tendría ocasión de forrarme los bolsillos: aún no me había convertido en un ladrón; y hubiera descuartizado a quien se hubiese atrevido a insinuarme que, con el tiempo, caería en la trampa. Mi contento se debía tan sólo al ascenso en el empleo y al insignificante aumento de sueldo.

Tenía, sin embargo, otro motivo de júbilo. Al ocupar el puesto de cajero fue como si me hubieran colocado sobre la nariz unas gafas de cristales rosáceos. Se me antojaba que la gente había cambiado. ¡Palabra de honor! Todo el mundo había mejorado. Los feos eran guapos; los malos, buenos; los soberbios, humildes; y los misántropos, filántropos. Creí haberme despejado. Vi en las personas cualidades magníficas anteriormente insospechadas. «¡Qué extraño! —me decía a mí mismo, restregándome los ojos—. O algo les ha pasado a los demás, o yo era tonto e incapaz de descubrir estas cualidades. ¡Qué delicia de gente!».

El mismo día de mi nombramiento cambió por completo Z. N. Kazusov, uno de los miembros de nuestra administración, orgulloso, fatuo, que ni siquiera advertía la presencia de los peces pequeños. Se me acercó y —¿qué le habría sucedido?—, sonriendo afectuosamente, me dio unas palmadas en el hombro.

—No está bien tanto orgullo para tan pocos años —me dijo—. No está bien. ¿Por qué no viene nunca a mi casa? Le advierto que es una falta. ¡Y hay que ver la de jóvenes que allí se reúnen y lo alegremente que lo pasan! Mis hijas no hacen más que preguntarme: «Papito, ¿por qué no invita a Grigori Kuzmich? ¡Es tan simpático!». «¡Cualquiera le trae! —suelo responder—. Pero procuraré hacerlo... Le invitaré». No se haga rogar tanto, padrecito. Pase por casa...

¡Asombroso! ¿Qué mosca le habría picado? ¿O se habría vuelto loco? Era un ogro y, de buenas a primeras...

Al llegar a mi casa me esperaba otra sorpresa: mi madre no sirvió dos platos, como de costumbre, sino cuatro. Por la noche, para la cena, nos puso, con el té, mermelada y tortas. Al día siguiente, otros cuatro platos; y otra vez mermelada. Vinieron unos invitados y se les agasajó con chocolate. Y al tercer día, el mismo cuadro.

—Madre —le dije—. ¿A santo de qué viene todo esto? ¿Por qué tanta esplendidez? Tenga en cuenta que no me han duplicado el sueldo. El aumento es mísero.

Mi madre me miró sorprendida.

—¿Dónde piensas meter el dinero? —preguntó—. ¿Vas a guardarlo en una hucha?

¡El diablo que les entendiera! Mi padre se encargó un abrigo, se compró un gorro nuevo, comenzó a tratarse con aguas minerales y con uvas (¡en invierno!). Y cinco o seis días más tarde, recibí una carta de mi hermano: ¡de un hermano que no podía ni verme! Nos separaba la diversidad de convicciones. Yo le parecía un egoísta, un zángano incapaz de sacrificarse. Por eso me odiaba. No obstante, leí en la carta: «Querido hermano: Siempre te he amado, y no puedes imaginarte cómo me tortura nuestra disputa. ¡Hagamos las paces! ¡Démonos la mano, y reine la concordia! ¡Te lo suplico! En espera de tu respuesta, te besa y abraza tu hermano que te quiere, Evlampi». ¡Oh amado hermano! Le contesté que me alegraba de su decisión y le enviaba un abrazo. Una semana después, recibí un telegrama de él: «Gracias. Soy feliz. Mándame cien rublos. Los necesito mucho. Te abraza, E.». Le mandé los cien rublos.

¡Incluso *ella* cambió! Antes me detestaba. Una vez que se me ocurrió insinuarle los anhelos de mi corazón, me llamó desvergonzado y me dio un bufido en mi propia cara, en cambio, a la semana de mi nombramiento sonrió al encontrarme, haciéndosele unos hoyitos muy graciosos en la cara, y se ruborizó...

—¿Qué le ha sucedido? —me preguntó, mirándome embelesada—. ¡Cuánto ha mejorado usted! ¿Cómo ha sido posible? Vamos a bailar...

¡Paloma mía! Al cabo de un mes, su madre era ya mi suegra. ¡Fíjense si yo habría mejorado! Necesitábamos dinero para la boda, y saqué de la caja trescientos rublos. ¿Qué tenía de particular, si los restituiríamos cuando cobrase? De camino, saqué otros cien rublos para Kazusov... Me los pidió prestados; y no convenía negárselos, porque era un tipo influyente, que podía echarme de mi puesto en el momento que quisiera... *(La editorial, considerando un poco largo este relato, ha tachado aquí ochenta y tres líneas, con grave perjuicio para los honorarios del autor).*

Una semana antes de ser detenido, les ofrecí un ágape, a petición de ellos mismos. ¡A ver si reventaban de un hartón, ya que tanta gana de comer tenían! No conté cuántos huéspedes hubo. Recuerdo, tan solo, que mis nueve habitaciones estaban atestadas de gente. Había viejos y jóvenes. Asistieron, incluso, algunos personajes ante los que doblaba el espinazo el propio Kazusov. Las hijas de éste (la mayor de ellas era mi adorada esposa) cegaban con sus atavíos. Solamente las flores que llevaban me habían costado más de mil rublos. ¡Qué alegría reinó! Música que toca; arañas que resplandecen, champaña que corre a raudales... Se pronunciaron largos discursos y brindis breves. Un periodista me dedicó una oda y otro una balada...

—En Rusia no se sabe apreciar a personas como Grigori Kuzmich —gritó, durante la cena, Kazusov—. ¡Qué lástima! ¡Qué lástima de Rusia!

Pero todos los que me enaltecían, me dedicaban versos y me besaban, se ponían a murmurar o me hacían la *figa* en cuanto yo daba la vuelta. Vi sonrisas, vi *figas* y oí murmuraciones:

—¡Todo lo ha robado, el muy canalla! —cuchicheaban, sonriendo con malicia.

Sin embargo, ni las *figas* ni las habladurías les impidieron atiborrarse, beber y disfrutar.

Ni los lobos ni los diabéticos son capaces de comer como lo hicieron ellos. Mi mujer, refulgente de pedrería y de oro, se me acercó para musitar a mi oído:

—Ahí dicen que lo has robado todo. Si es verdad, ten cuidado. ¡Yo no puedo vivir con un ladrón! ¡Me marcharía!

Al hablar así se reacomodaba el vestido, valorado en cinco mil rublos. ¡Cualquiera les entendía! En la misma fiesta, Kazusov me sacó cinco mil rublos más. Y otros cinco mil, Evlampi.

—Si lo que se murmura es cierto —me dijo el puritano de mi hermanito, mientras se metía el dinero en el bolsillo—, ten mucho cuidado: ¡yo no puedo ser hermano de un ladrón!

Después del baile los llevé a todos a dar un paseo en troika por el campo...

Serían las seis de la mañana cuando terminamos. Debilitados por el vino y las mujeres, se tendieron en los trineos para regresar. Y en el momento de partir, me gritaron como despedida:

—¡Mañana habrá inspección! *Merci!*

Señoras y señores: he caído en el garlito... Dicho de otro modo, ayer era un hombre respetable, honesto, digno de toda alabanza; hoy soy un granuja, un malversador y un ladrón. ¡Gritad, blasfemad, alborotad, asombraos, condenadme, deportadme, escribid editoriales, apedreadme; pero, por favor, no todos, no todos!

HIPNOTISMO

(На магнетическом сеансе)

Era una gran sala profusamente iluminada y repleta de público. De rey de la velada hacía un hipnotizador que, pese a su insignificancia física, brillaba y resplandecía en medio de la concurrencia. Todos los presentes le sonreían, le prodigaban aplausos y le obedecían sumisos. Algunos llegaban, incluso, a palidecer ante él.

Realizaba verdaderos prodigios. A uno le adormeció; a otro le dejó sin movimiento; a un tercero le tendió con la nuca apoyada en una silla y los talones en otra; y a un periodista largo y flaco le retorció en espiral... En una palabra, hacía auténticas diabluras. Y su influjo era particularmente grande entre las señoras.

Las señoras caían, al conjuro de su mirada, como las moscas al de la miel. ¡Oh nervios femeninos! ¡A no ser por vosotros, este mundo resultaría muy aburrido!

Después de probar sus diabólicas artes en otras personas, el hipnotizador se acercó a mí:

—Me parece que usted tiene una naturaleza muy propicia a los experimentos —me dijo—. Es usted tan nervioso, tan expresivo... ¿No le parece que debiera dormirse?

¿Dormirme? Con mil amores. Que hiciera la prueba.

Me senté en una silla en medio de la sala. Apagaron las luces. El hipnotizador tomó asiento frente a mí, me cogió de las manos y fijó sus horribles ojos de serpiente en mis pobres pupilas.

El público nos rodeó, agolpándose junto a nosotros.

—¡Tsss! ¡Silencio, señores! ¡Tsss!

Se hizo la calma. Sentados frente a frente, nos mirábamos a los ojos... Pasó un minuto, otro... Un hormigueo recorrió mis espaldas, y mi corazón latió aceleradamente; pero no sentía el menor deseo de dormir.

Seguimos sentados seis o siete minutos más.

—¡Ése no se rinde! —exclamó alguien—. ¡Muy bien! ¡Es un tío rebelde!

Continuamos mirándonos. Yo no sólo no sentía sueño sino que estaba completamente desvelado. Un acta de la sesión del Ayuntamiento o de la Diputación me hubiera hecho dormir mucho antes. El público empezó a murmurar y a sonreír... El hipnotizador, desconcertado, se puso a parpadear rápidamente... ¡Pobrecillo! ¿A quién le gusta fracasar? ¡Ojalá le salvaran los espíritus mandando a mis ojos los rayos de Morfeo!

—¡Que no se duerme! —volvió a decir la misma voz—. Basta ya de engaños. ¿No decía yo que no eran más que trucos?

Precisamente en el instante en que yo, obedeciendo a esta voz, me disponía a

levantarme, noté en la mano un cuerpo extraño... Palpándolo, noté que se trataba de un papel. Mi padre fue médico y los médicos identifican los papeles por medio del tacto. Con arreglo a la teoría de Darwin, yo había heredado de mi papá ésta y algunas otras facultades. Reconocí en el papel un billete de cinco rublos. Y al reconocerlo no tardé en dormirme.

—¡Bien por el hipnotizador!

Los médicos que asistían a la sesión se acercaron a mí, dieron varias vueltas alrededor, olisquearon y sentenciaron:

—Pues sí, señores: está dormido...

El hipnotizador, halagado por el triunfo, agitó las manos sobre mi cabeza, y yo eché a andar por la sala a pesar de encontrarme dormido.

—¡Introdúzcale el tétanos en un brazo! —pidió alguien.

—¿Será usted capaz de conseguirlo? Déjele paralizado un brazo.

El hipnotizador, nada tímido, me estiró el brazo derecho y se puso a manipular sobre él, tan pronto frotándolo como soplándole y dándole palmadas. Mi brazo no se sometía; lejos de ello, quedaba suspendido como un trapo, sin el menor asomo de rigidez.

—No consigue tetanizarlo... Despiértele, que puede ser perjudicial... Es hombre endeble, nervioso.

Pero he aquí que en aquel preciso momento mi mano izquierda percibió en su palma el contacto de otro billete de cinco rublos...

La excitación se transmitió, por vía de reflejo, de la izquierda a la derecha, y acto seguido se me «tetanizó» el brazo.

—¡Bravo! —oyéronse exclamaciones—. Fijaos qué duro y qué frío se le ha quedado. Parece el de un muerto.

—Anestesia total, descenso de la temperatura y debilitamiento del pulso —certificó el hipnotizador.

Los médicos se apresuraron a tomarme el pulso.

—Verdaderamente, lo tiene más débil —declaró uno de ellos.

—*Tetanus* completo —afirmó otro—. Su temperatura es mucho más baja de lo normal.

—¿Qué explicación tiene todo esto? —interesose una de las señoritas presentes.

Un doctor, hundiendo la cabeza entre los hombros, suspiró significativamente y respondió:

—Sólo tenemos los fenómenos... Explicaciones, ¡ay!, no podemos hallarlas...

Ellos tendrían todos los fenómenos que quisieran, pero yo tenía dos billetes de cinco rublos. Lo mío valía más. Con esto me bastaba para estar agradecido al hipnotismo. Y me sobraban todas las explicaciones del mundo...

¡Pobre hipnotizador! ¿Por qué habría venido a toparse con un áspid como yo?

P. S.: ¿No es esto una maldición? ¿No es una canallada?

Acabo de enterarme de que no fue el hipnotizador quien me puso en la mano los billetes, sino Piotr Fiodorich, mi jefe...

—Lo hice para probar tu honradez —me ha dicho.

¡Maldito diablo!

—Debiera darte vergüenza, amigo... Es una bajeza... No lo esperaba de ti...

—Es que tengo hijos, excelencia... Mi mujer... Mi madre... Con la carestía de la vida...

—Muy mal, muy mal... Y luego quieres publicar un periódico... Lloras cuando tomas la palabra en los banquetes... para después hacer estas ruindades vergonzosas... Te creía persona honesta, y me resultas un...

Tuve que devolverle los dos billetes. ¡Cómo no! La reputación vale más que el dinero...

—Contigo no me enfado —prosiguió el jefe—. ¡A la porra con tus mezquindades! Pero ella... ¡Qué sorpresa! ¡Ella! La candidez, la inocencia en persona... ¡y también se dejó seducir por el dinero! ¡También se durmió!

Ella es la «amiga» de mi jefe, Matriona Nikolaievna...

SE FUE

(Ушла)

Comieron. El estómago sentía un pequeño bienestar, las bocas bostezaban, los ojos se cerraban por una dulce somnolencia. El marido se puso a fumar un puro, se desperezó y se tumbó en el sofá. La esposa se sentó en la cabecera y empezó a tararear... Eran felices.

—Cuéntame algo... —bostezó el marido.

—¿Qué te cuento? Mmm... ¡Ah, sí! ¿Sabes? Sofía Okúrkova se ha casado con ese... ¿Cómo se...? ¡Con Von Tramb! ¡Qué escándalo!

—¿Qué tiene de escándalo?

—Pues que Tramb es un desgraciado. Un miserable..., un canalla. Un tipo sin principios. ¡Una mala bestia! Fue administrador del conde y se hizo rico, ahora trabaja en el ferrocarril y roba... Arruinó a su hermana... Vamos, que es un canalla y un ladrón. ¡Mira que casarse con un tipo así! ¿Y vivir con él? ¡Me extraña! ¡Una chica tan decente...! ¡Vaya! ¡Por nada del mundo me casaría con ese sujeto! ¡Aunque fuera millonario! ¡Ni aunque fuese más guapo que no sé quién! ¡No puedo imaginarme a un marido canalla!

La esposa se levantó indignada y, ruborizándose, anduvo por la habitación. Sus ojos ardían de rabia. Se veía que era sincera...

—¡Vaya criatura ese Tramb! ¡Las mujeres que se casan con señores así son tontas de remate!

—Entonces... tú, desde luego, no te casarías... Ya... ¿Y si ahora te enteraras de que yo también... soy un canalla? ¿Qué harías?

—¿Yo? ¡Te dejaría! ¡No me quedaría contigo ni un momento! ¡Sólo puedo amar a un hombre honrado! Si sé que has hecho una pizca de lo que ha hecho Tramb, al instante, te digo... *Adieu!*^[155].

—¡Caramba! ¡Cómo eres...! ¡No lo sabía...! Je, je, je... ¡La mujer miente y no se sonroja!

—¡Yo nunca miento! ¡Prueba a hacerme una canallada y verás!

—¿Y para qué tengo que probar? Tú misma sabes... que soy más canalla que tu Von Tramb... Comparado conmigo Tramb no es nada. ¿Te sorprendes? Es raro... (*Pausa*). ¿Qué sueldo tengo?

—Tres mil al año.

—¿Y cuánto cuesta el collar que te compré la semana pasada? Dos mil... ¿No es así? Y el vestido de ayer, quinientos... La dacha, dos mil... Je, je, je. Ayer tu padre me pidió mil...

—Pero, Pierre, es que son ingresos suplementarios...

—Los caballos... el médico de cabecera... las cuentas de los modistos. Hace tres días perdiste a las cartas cien rublos...

El marido se incorporó, apoyó la cabeza en los puños y leyó el acta de acusación entera. Se acercó al escritorio y enseñó a su mujer las pruebas del delito...

—¿Te das cuenta ahora que tu Von Tramb es una minucia, un carterista en comparación conmigo...? *Adieu!* ¡Vete, y de ahora en adelante no hagas reproches!

He acabado. Tal vez el lector aún se pregunte:

—¿Y ella dejó al marido? ¿Se fue?

Sí, se fue... a otra habitación.

EN LA BARBERÍA

(В циркульне)

Primeras horas de la mañana. Aún no son las siete, pero la barbería de Makar Kuzmich Blestkin ya está abierta. El dueño, un joven de unos veintitrés años, sucio, vestido con ropas mugrientas que pretenden pasar por elegantes, está poniendo en orden el local. En realidad, no tiene nada que limpiar, pero el trabajo le ha hecho sudar. Aquí pasa una bayeta, allí rasca con la uña, más allá encuentra una chinche y la retira de la pared.

La barbería es pequeña, estrecha, destartalada. Las paredes de troncos están cubiertas de un empapelado que recuerda una camisa de cochero desteñida. Entre las dos ventanas con cristales mates y lacrimosos hay una puertecilla delgada, miserable, chimante, coronada por una campanilla medio verdosa por la humedad que tintinea de vez en cuando, sin razón aparente, se estremece y emite un sonido quejumbroso. Si miráis el espejo suspendido de una de las paredes, veréis vuestro rostro deformado en todos los sentidos de la manera más lamentable. Es delante de ese espejo donde el barbero corta los cabellos y afeita a sus clientes. En una mesita tan sucia y mugrienta como Makar Kuzmich, todo está dispuesto: peines, tijeras, navajas, fijadores y polvos de a kopek y agua de colonia muy diluida también de a kopek. La verdad es que toda la barbería no vale ni medio rublo.

El chirrido de la enfermiza campanilla suena por encima de la puerta y un hombre de edad madura, con zamarra de piel de cordero y botas de fieltro, entra en la barbería. Lleva la cabeza y el cuello cubiertos por un chal de mujer.

Es el padrino de Makar Kuzmich, Erast Ivánich Yágodov. Antaño trabajaba como guardián en el consistorio, ahora vive cerca del Estanque Rojo y ejerce el oficio de cerrajero.

—¡Buenos días, Makar! —le dice al barbero, que sigue ocupado en su labor de limpieza.

Se besan. Yágodov se quita el chal de la cabeza, se santigua y se sienta.

—¡Sí que queda esto lejos! —dice, carraspeando—. No es poca cosa. Del Estanque Rojo a la puerta de Kaluga.

—¿Qué tal le va?

—Nada bien, hermano. He tenido fiebre.

—¿Qué me dice? ¡Fiebre!

—Fiebre. He pasado un mes en cama; creí que me moría. Me administraron la extremaunción. Ahora se me cae el cabello. El doctor me ha ordenado que me lo corte. Dice que me saldrá un pelo nuevo y más fuerte. Entonces pensé: vete a ver a Makar. Antes que ir a cualquier otro sitio, vale más ir a casa de un pariente. Lo hará mejor y no te cobrará nada. Queda un poco lejos, es verdad, pero ¿qué importa? Así

te darás un paseo.

—No faltaría más. ¡Siéntese!

Makar Kuzmich, chocando los talones, le señala una silla. Yágodov se sienta, se mira en el espejo y parece satisfecho con lo que ve: en el cristal aparece una jeta torcida, con labios de calmuco, una nariz ancha y chata y ojos en la frente. Makar Kuzmich cubre los hombros de su cliente con una servilleta blanca salpicada de manchas amarillas y empieza a manejar las tijeras.

—¡Se lo voy a cortar al rape! —dice.

—Naturalmente. Que tenga aspecto de tártaro o de bomba. Así nacerá más tupido.

—¿Qué tal está la tía?

—Bien. Hace poco asistió al parto de la mujer del comandante. Le dieron un rublo.

—Un rublo, nada menos. ¡Agárrese la oreja!

—Ya lo hago... No me cortes, ten cuidado. ¡Ay, qué daño! Me tiras del pelo.

—No es nada. En nuestro oficio es imposible hacer las cosas de otra manera. Y ¿qué tal se encuentra Anna Erástovna?

—¿Mi hija? Estupendamente. El miércoles de la semana pasada se prometió en matrimonio con Sheikin. ¿Por qué no viniste?

El ruido de las tijeras se interrumpe. Makar Kuzmich deja caer los brazos y pregunta con terror:

—¿Quién se ha prometido?

—Anna.

—¿Cómo es posible? ¿Con quién?

—Con Prokofi Petrov Sheikin. Su tía trabaja como gobernanta en el callejón Zlatoustenski. Es una buena mujer. Naturalmente, todos estamos muy contentos, alabado sea Dios. La boda se celebrará dentro de una semana. Ven, nos correremos una juerga.

—Pero ¿qué me dice? —pregunta Makar Kuzmich, pálido, sorprendido, encogiéndose de hombros—. ¡No puedo creerlo! ¡Es... es totalmente imposible! Si Anna Erástovna... si yo... si yo albergaba sentimientos por ella, tenía intenciones. ¿Cómo ha ocurrido algo así?

—Pues ya lo ves. Se han prometido, eso es todo. Es un buen hombre.

El rostro de Makar Kuzmich se cubre de un sudor frío. Deja las tijeras en la mesa y empieza a frotarse la nariz con el puño.

—Tenía intenciones... —dice—. ¡No es posible, Erast Ivánich! Yo... estoy enamorado y le he ofrecido mi corazón... La tía había dado su consentimiento. Siempre le he respetado como a un padre... Siempre le corto el pelo gratis... Siempre me he mostrado servicial con usted y, cuando mi padre murió, se quedó usted con el sofá y diez rublos en dinero que no me ha devuelto. ¿Se acuerda usted?

—¿Cómo no voy a acordarme! Claro que me acuerdo. Pero ¿qué clase de novio serías tú, Makar? No tienes dinero, ni posición, te ocupas de un oficio

insignificante...

—Y ¿Sheikin es rico?

—Sheikin es maestro de obras. Tiene quinientos rublos en títulos. Así es, hermano... Di lo que quieras, pero el asunto está cerrado. No es posible dar marcha atrás, Makar. Búscate otra novia... No es el fin del mundo... ¡Bueno, sigue cortando! ¿Qué haces ahí parado?

Makar Kuzmich guarda silencio y no se mueve de su sitio; luego se saca un pañuelo del bolsillo y se echa a llorar.

—¡Bueno, basta! —le consuela Erast Ivánich—. ¡Déjalo ya! ¡Sollozas como una mujer! Acaba de cortarme el pelo y llora luego todo lo que quieras. ¡Coge las tijeras!

Makar coge las tijeras, durante un minuto las mira con aire abstraído y a continuación vuelve a dejarlas sobre la mesa. Le tiemblan las manos.

—¡No puedo! —dice—. ¡Ahora no puedo, me faltan las fuerzas! ¡Soy muy desdichado! ¡Y ella también! Nos queríamos, nos habíamos prometido, pero personas sin corazón y sin piedad nos han separado. ¡Váyase, Erast Ivánich! No puedo verle.

—En ese caso volveré mañana, Makar. Terminarás de cortarme el pelo mañana.

—De acuerdo.

—Cálmate. Vendré mañana por la mañana, a primera hora.

Con la mitad de la cabeza pelada al rape, Erast Ivánich parece un presidiario. Le resulta molesto irse con esa pinta, pero no hay nada que hacer. Se envuelve la cabeza y el cuello con el chal y sale. Una vez solo, Makar Kuzmich se sienta y sigue llorando en silencio.

Al día siguiente, por la mañana temprano, Erast Ivánich aparece de nuevo en la barbería.

—¿Qué se le ofrece? —le pregunta Makar Kuzmich con frialdad.

—Acaba de cortarme el pelo, Makar. Aún te queda la mitad de la cabeza.

—Págume por adelantado. No trabajo gratis.

Erast Ivánich se marcha sin pronunciar palabra. Hasta la fecha sigue teniendo el pelo largo en una mitad de la cabeza y corto en la otra. Considera un lujo pagar por un corte de pelo y espera a que los cabellos cortados crezcan por sí mismos. Así fue a la boda.

PLEGARIAS MODERNAS

(Современные молитвы)

A Apolo. ¡Lárgate!

A Esterpe, musa de la música. ¡Te ruega uno que terminó el curso en el conservatorio y tomó lecciones con Rubinstein! ¿No tienes, *mátushka*, por algún lugar a la vista, un puestito de pianista en una rica casa de mercaderes? ¡Enséñame asimismo a componer polcas y cuadrillas de treinta kopeks! *A propos:* ¿no puedes correr del puesto a nuestro primer violín? Ya me sería hora de dejar de ser el segundo... *Voz del público:* ¡¡¡De Komaríns... kii!!! ¡Canta!

A Urania, musa de la astronomía (la suplicante, con timidez, mira alrededor, se confunde, y en voz baja): «¡Y de todas formas se mueve!». (En voz alta): ¿No se puede imponer colectas a los planetas y los cometas? ¡Explora, pues, e intenta! Vas a recibir un por ciento. *Voz del público:* ¡Y de todas formas no se mueve!

A Polimnia, musa de la canción. Quisiera yo, musa, pasarme de la ópera al bufo, pero como que, sabes, es incómodo... Y en el bufo pagan más, y la gloria de allá es más *ayeante*... ¡Arráncame los escrúpulos! ¡Estropea las voces de mis colegas, para que yo sea mejor que ellos, siembra una intriga entre ellos, y destruye a los reseñistas! *Voz del público:* ¡Cante algo, joven!

A Calíope, musa de la poesía épica. Reduce en mí el ardor poético, quítame los temas, cuadriplica la censura, zúrrame, haz lo que quieras conmigo, pero sólo auméntame un kopek por rengloncito. ¡Persuade, oh musa, a los pagadores!

A Melpómene, musa del teatro. ¡Danos nuestros beneficios, sinvergüenza! ¡Más mercaderas! ¡Empresarios!

A Érato, musa de la poesía erótica. Desde que empecé a rogarte, *Ératochka*, ni un verso mío fue tachado. ¡Todos pasaron! ¡Tralalá! ¡Tralalá! ¡No hay poeta más de moda que yo! Pero... de todas formas, estoy insatisfecho: a la poesía escotada no a todas partes la dejan entrar. ¡Persuade a los ignorantes! *Voz del público:* ¡Que viva el *Salon des variétés*!

A Terpsícore, musa de la danza. ¡Llena las primeras filas de ancianos calvos, sin dientes, enciende sus sangres frías! ¡Suprime el drama, la comedia y la tragedia, y restaura la antigua gloria del *ballet*! *Voz del público—:* ¡Cancán! ¡Sale al medio! ¡Pst! ¡Pst!

A Talla, musa de la comedia. No me hace falta la gloria de Ostrovskii... ¡No! ¡No te pondrás las botas de la inmortalidad! ¡Dame la fuerza y el poder de Víctor Alexándrov, que escribe diez comedias por noche! ¡Cuánto dinero pues, *mátushka*!

A Clío, musa de la historia. *Voz del público:* ¡Pasa! ¡No nos adviertas! ¿Por qué abriste los ojos? ¿Nunca viste un escándalo, o qué?

A Baco y Venus. ¡Vueeeestra mano! *Merci!* ¡Puesto de honor!

EN EL CLAVO

(На гвозде)

Por la avenida Nevski regresaba de la oficina un grupo de registradores colegiales^[156] y de secretarios provinciales^[157]. Conducía les su compañero Struchkov, que iba a convidarles con motivo del día de su santo.

—¡Menudo hartón nos vamos a dar, hermanos! —soñaba en alto el autor de la invitación—. ¡Vamos a comer igual que lobos! Mi mujer ha preparado una empanada como para chuparse los dedos. Yo mismo fui ayer por la harina. Tenemos también coñac..., vodka... De fijo que mi mujer está impaciente esperándonos.

Struchkov vivía donde el diablo dio las tres voces. Después de andar y más andar, llegaron, por fin, a la casa. Entraron en el recibidor y sus sensibles olfatos percibieron un apetitoso olor a empanada y a ganso asado.

—¿Huelen ustedes? —preguntó Struchkov, riendo de satisfacción—. Señores, quítense los abrigos. Quítenselos y pónganlos encima de ese baúl. ¿Dónde está Katia? ¡Eh, Katia! ¡Ha llegado el grueso de la columna! ¡Akulina, acude aquí y ayuda a los señores a quitarse los abrigos!

—Pero ¿qué es eso? —inquirió uno de los funcionarios señalando a la pared.

De esta sobresalía un clavo, y del clavo pendía una gorra flamante, con resplandeciente visera de celuloide y una escarapela sobre ella.

Los recién llegados se miraron los unos a los otros y palidieron.

—¡Ésta es *su* gorra! —cuchichearon entre sí—. ¿Será posible que *él* esté aquí?

—Sí, aquí está —masculló Struchkov—. Está con Katia. Señores, vámonos un momento. Nos sentaremos en cualquier taberna y esperaremos a que se vaya.

Los del grupo se abotonaron de nuevo los abrigos, salieron a la calle y se encaminaron perezosamente a la taberna.

—En tu casa huele a ganso porque hay un ganso en ella —dijo el subjefe del archivo arriesgándose a hacer un comentario tirando a liberal—. ¡El diablo se lo lleve! ¿Tardará mucho en irse?

—Se irá pronto. Nunca está más de dos horas. ¡Tengo una gana de comer! Lo primero que haremos será tomarnos una copa de vodka con unas anchoas como aperitivo. Repetiremos luego, hermanos; y después de la segunda copa le meteremos mano a la empanada, pues de otro modo se nos irá el apetito. Mi mujer hace unas empanadas tan ricas... Y también tendremos *schi*.

—¿Has comprado sardinas?

—Dos latas. Embutidos de cuatro clases... Mi mujer, probablemente, también tendrá hambre. ¡Nos ha fastidiado ese demonio!

Se pasaron en una taberna cosa de hora y media; pidieron, por pedir algo, una taza

de té, y volvieron a casa de Struchkov. Al entrar en el recibidor, el olor era más intenso aún que la primera vez. Por la puerta de la cocina, que estaba entreabierta, los funcionarios vieron un ganso asado y una fuente de pepinillos. Akulina se hallaba sacando algo del horno.

—¡Tampoco ahora hemos tenido suerte, hermanos!

—¿Qué sucede, pues?

Los estómagos de los invitados se contrajeron de pena. El hambre no es ninguna broma; y en el maldito clavo seguía colgada la gorra en cuestión.

—Es la gorra de Prokatílov —dijo Struchkov—. Salgamos, señores. Esperaremos en cualquier parte. No suele tardar mucho en irse...

—¡Y que un grullo como ese tenga una mujer tan guapa! —se oyó una voz de bajo profundo en la sala de estar.

—Todos los tontos tienen suerte, excelencia —le respondió otra voz, de mujer esta última.

—Vámonos —gimió Struchkov.

Regresaron a la taberna y pidieron cerveza.

—Prokatílov es un tío de influencia —comenzaron los compañeros a consolar a Struchkov—. Pasa una hora entretenido con tu mujer, pero tú ganas con ello... diez años de bienestar. ¡Es una verdadera fortuna, hermano! ¿Para qué apenarse? No te aflijas.

—Ya sé que no debo entristecerme. No se trata de eso. Lo que siento es el hambre que tengo.

Al cabo de otra hora y media volvieron a casa de Struchkov y también ahora encontraron la gorra en el clavo. Tuvieron, pues, que retirarse de nuevo.

Sólo a las ocho de la noche hallaron el clavo solo y pudieron emprenderla con la empanada. La empanada estaba seca, el *schí* tibio y el ganso algo quemado. ¡Todo lo había echado a perder la carrera de Struchkov! Sin embargo, comieron con apetito.

LA NOVELA DE UN ABOGADO

(ACTA)

(Роман адвоката. Протокол)

Con fecha diez de febrero de mil ochocientos setenta y ocho en la ciudad de San Petersburgo, barrio Moskovski, sector segundo, casa del comerciante Zhivotov, de la Segunda Corporación, sita en la calle Ligovka, el abajo firmante encontró a María Alexeievna Barabanova, hija de un consejero titular, de dieciocho años, religión ortodoxa, que sabe leer y escribir. Al encontrar a la susodicha Barabanova, me sentí atraído por ella. Como, en virtud del artículo 994 del Código de Justicia Civil, la convivencia ilegítima trae consigo, amén de la excomunión eclesiástica, la multa prevista por el artículo citado (véase la sentencia recaída en el caso del comerciante Solodovnikov en 1881, Recopilación de Decisiones del Tribunal de Casación), le ofrecí mi mano y mi corazón. Nos casamos, pero no viví con ella mucho tiempo, porque dejé de amarla. Después de traspasar a mi nombre toda su dote, comencé a rodar por tabernas, Livadias^[158] y Eldorados, durando esta delicia cinco años. Y como, en virtud de lo dispuesto por el artículo 54 X del Código, la ausencia ininterrumpida de uno de los cónyuges durante cinco años da derecho al divorcio, tengo el honor de solicitar de V. E. se sirva considerar invalidado mi matrimonio.

Póliza
de
60
kopeks

¿QUÉ ES MEJOR?

(DIVAGACIONES OCIOSAS DEL CADETE KROKODILOV)

(Что лучше? Праздные рассуждения штык-юнкера Крокодилова)

A la taberna pueden ir los mayores y los niños, mientras que a la escuela sólo pueden ir estos últimos.

El alcohol hace más lento el metabolismo, contribuye a la sedimentación de las grasas, alegra el corazón del hombre. La escuela no es capaz de tanto. Lomonósov dijo: «Las ciencias alimentan a los jóvenes y contentan a los viejos». En cambio, el príncipe Vladimir repetía, una y otra vez: «La alegría de Rusia está en la bebida». ¿A cuál de los dos hemos de creer? Evidentemente, al más viejo.

No es la escuela la que proporciona tanto ingreso al fisco, por el impuesto del timbre.

La utilidad de la instrucción se halla todavía en tela de juicio; su daño, en cambio, salta a la vista.

Para estimular el apetito no se emplea el abecedario, sino una copa de vodka.

Tabernas hay en todas partes; escuelas, no.

De todo ello se deduce una conclusión: no es posible abolir las tabernas; y respecto a la escuela, será cosa de pensarlo.

Imposible renegar de toda la instrucción. Sería una locura, pues siempre es útil saber leer letreros como «Casa de bebidas».

GRATITUD

(ESTUDIO PSICOLÓGICO)

(Благодарный. Психологический этюд)

Aquí tienes los trescientos rublos —dijo Iván Petrovich entregando unos billetes a su secretario y pariente lejano Misha Bobov—. No hay más remedio. Tómalos. No quería dártelos, pero... ¿qué le vamos a hacer? Aquí los tienes, y conste que es la última vez. A mi mujer le debes el favor. A no ser por ella, no hubieras visto ni un ochavo. Ella es la que me ha persuadido.

Misha cogió el dinero y entornó los párpados. Le faltaban palabras para expresar su reconocimiento. Sus ojillos enrojecieron y se cubrieron de humedad. Hubiera dado un abrazo a Iván Petrovich; pero... ¡es tan delicado abrazar a los jefes!

—A ella tienes que agradecérselo —repitió Iván Petrovich—. Ella fue la que me ablandó, a fuerza de ruegos... La conmoviste tanto con esa jeta llorona... Es a ella a quien se lo debes.

Misha retrocedió, salió del gabinete y se dirigió a dar las gracias a la esposa de Iván Petrovich, parienta lejana suya. La mujer, una rubita pequeña y graciosa, estaba sentada en su salita, en un sofá, leyendo una novela. Misha se detuvo ante ella y exclamó:

—¡No sé cómo agradecérselo!

Ella sonrió, condescendiente; dejó el libro y, con gesto magnánimo, le indicó un lugar a su lado. Misha se sentó:

—¿Cómo agradecérselo, cómo? ¡Dígamelo, María Semiónovna! ¡Lo que ha hecho por mí es más que una obra de caridad! ¡Con este dinero celebraré mi boda con mi hermosa y adorada Katia!

Una lágrima rodó por la mejilla de Misha. Su voz tembló.

—¡Muchas gracias!

Así diciendo, se agachó y besó la mano regordeta de María Semiónovna.

—¡Es usted tan buena! ¡Y qué generoso es Iván Petrovich! ¡Qué bondadoso y qué benévolo! ¡Un corazón de oro! Debe usted dar gracias al Cielo por haberle dado un marido como el que tiene. ¡Querida mía, ámele usted! ¡Ámele, yo se lo suplico!

Misha se inclinó de nuevo; y le besó las dos manos a la vez. Las lágrimas le corrieron por la otra mejilla, y un ojo se le puso más pequeño.

—Es viejo y feo; pero ¡qué alma la suya! ¡Pruebe a buscar un alma igual! No la encontrará. ¡Ámele! Ustedes, las esposas jóvenes, son tan volubles... Lo primero que buscan en el hombre es la apariencia, el efecto... ¡Se lo suplico!

Misha la agarró de los brazos y se los apretó. Su voz estaba empañada por los

sollozos.

—¡No le engañe jamás! Engañar a este caballero equivale a traicionar a un ángel... ¡Apréciele en lo que vale y ámele! ¡Qué delicia amar a un hombre así, pertenecerle!... Ustedes, las mujeres, se resisten a comprender tantas, tantas cosas... ¡Yo la quiero a usted por el solo hecho de pertenecer a él! Beso esta reliquia que pertenece a él... El mío es un beso santo... No tenga miedo, que estoy a punto de casarme. No tema.

Misha, tembloroso y sofocado, alargó la cabeza hasta la mejilla de su parienta y la rozó con el bigote.

—¡No le engañe, querida! ¿Verdad que le ama? ¿Verdad que sí?

—Sí.

—¡Maravilloso!

Durante un momento la miró, embelesado, a los ojos; y vio reflejada en ellos un alma noble...

—¡Es usted maravillosa! —continuó, alargando la mano hasta rodearle la cintura—. Le ama usted... Ama a ese ángel encantador..., a ese corazón de oro..., a ese corazón...

Ella trató de desprenderse del abrazo del mozo; removiose un poco y lo que consiguió fue verse más aprisionada de lo que estaba. Su cabecita —¡qué incómodos son estos sofás!— se reclinó sobre el pecho del pariente.

—Su alma..., su corazón... ¿Dónde encontrar hoy un hombre como él? ¡Qué placer amarle! Oír los latidos de su corazón... Ir del brazo con él... Sufrir... Compartir las alegrías... ¡Compréndame usted! ¡Compréndame!

De los ojos de Misha brotaron las lágrimas a raudales. Su cabeza sufrió un estremecimiento febril; y se apoyó en el pecho de la joven señora. El agradecido muchacho, entre sollozos, estrechó en sus brazos a María Semiónovna.

¡Qué difícil era estar sentados en el sofá! Ella quiso zafarse del abrazo, consolar a Misha, tranquilizarlo. ¡Estaba tan nervioso!... La parienta deseaba agradecer su adhesión al marido... ¡Pero no podía levantarse!

—¡Ámele, no le engañe, se lo suplico! Ustedes, las mujeres, son tan volubles... No comprenden ustedes...

Misha no dijo una palabra más. La lengua se le trabó, quedándosele como muerta...

Cinco minutos después entró Iván Petrovich. ¡Desdichado! ¿Cómo no se le ocurriría entrar antes? Cuando los dos parientes vieron la cara purpúrea del jefe y sus puños crispados, cuando oyeron su voz sorda y sofocada, pegaron un salto.

—¿Qué te pasa? —preguntó, pálida, María Semiónovna, por decir algo.

—Yo... lo hacía... sinceramente, excelencia —balbució Misha—. Palabra de honor que lo hacía... sinceramente...

UN CONSEJO

(COBET)

Una puerta de lo más corriente. Es la puerta de un despacho. Hecha de madera, pintada de blanco, con pintura ordinaria, está sujeta por simples bisagras. Pero... ¿por qué impresiona tanto? ¡Tiene una majestad olímpica! Al otro lado de la puerta se halla... Bueno, se halle quien se halle, no es cosa nuestra.

A este lado de la puerta conversan dos personas:

—*Merci!*

—Que le sirva de provecho. Un regalito para sus nenes, en premio a sus trabajos, Maxim Ivanich. Mire que el pleito dura ya tres años. Tres años no son ninguna broma... Perdone que no le haya dado tanto como yo quisiera. ¡Ponga interés, padrecito! (*Pausa*). También desearía, bienhechor mío, expresar mi gratitud a Porfiri Semiólnich... Es mi protector principal; y mi pleito depende de él en primer lugar. No estaría de más hacerle un presente de doscientos o trescientos rublos...

—¿Cientos de rublos? ¿A Porfiri Semiólnich? ¿Se ha vuelto usted loco, amigo? ¡Santígüese! Porfiri Semiólnich no es hombre que...

—¿No admite regalos? ¡Qué lástima! Porque yo se lo haría con toda el alma, Maxim Ivanich. No se trata de un soborno. Es una recompensa de un alma agradecida... por su infatigable labor. No soy insensible, y comprendo cuán enormes son sus preocupaciones... ¿Quién realiza tal tarea en esta época tan sólo por el sueldo? ¡Ejem!... Vaya, vaya... No se trata de un soborno, sino de una compensación lícita, por así decirlo.

—¡Imposible! Es una persona tan..., tan...

—¡Lo sé, Maxim Ivanich! Una persona excelente, con un corazón de oro y un alma filantrópica humanitaria... ¡Qué afectuoso! Te mira y le da la vuelta a todo tu ser. Día y noche rezo por él. Pero el pleito dura demasiado. Sin embargo, no me importa... Y quisiera agradecerle todas esas virtudes... Cosa de trescientos rublos...

—¡No los aceptará! Su modo de ser es muy distinto. Tan severo en todas sus cosas... No hay manera de abordarle con dinero... Trabaja, se interesa, se pasa noches enteras sin dormir; pero en lo que respecta a recompensas y demás, que a nadie se le ocurra... Son sus normas. Y, por otra parte, ¿para qué necesita el dinero que usted vaya a darle, si es millonario?

—Pues lo siento en el alma... ¡Tenía tanta gana de mostrarle mi agradecimiento! (*Para sí*). Y, además, movería un poco el asunto, que son ya tres años, padre mío, ¡tres años! (*En voz alta*). No sé qué hacer... Me ha dejado usted abatido, bienhechor mío... Ayúdeme, padrecito: puedo ofrecerle hasta trescientos rublos... Ahora mismo se los daría.

—¡Ejem!... Pues sí, señor... ¿Qué podemos hacer? (*Pausa*). ¿Sabe lo que le

aconsejo? Ya que tiene usted tal deseo de agradecerle sus desvelos y sus favores..., espere e informaré a Porfiri Semiónich... Le pasaré el recado... Y también puedo aconsejarle...

—¡Hágame ese favor, padrecito! (*Larga pausa*).

—*Merci...* El jefe se hará cargo... Pero no le vaya con trescientos cochinos rublos. Para él esa suma es cero, nada, aire... Ofrézcale mil...

—¡Dos mil! —gritó alguien, al otro lado de la puerta.

Cae el telón. Que nadie lo tome a mal.

LA CRUZ

(Крест)

A la sala llena de gente entra el poeta.

—¿Bueno qué, cómo está su gentil poema? —se dirige a él la ama—. ¿Lo publicó? ¿El honorario, lo recibió?

—Y no pregunte... La cruz recibí.

—¿Usted recibió la cruz? ¡¿Usted es poeta?! ¿Acaso los poetas reciben cruces?

—¡De alma lo felicito! —le estrecha la mano el amo—. ¿La *Stanislav* o la *Anna*? Me alegro mucho... Mucho me alegro... ¿La *Stanislav*?

—No, la cruz roja...

—Por lo tanto, ¿usted, el honorario lo sacrificó en favor de la Sociedad de la Cruz Roja?

—No sacrifiqué nada.

—Y a usted le vendrá bien la orden... ¡A ver pues, muestre!

El poeta busca en el bolsillo lateral y saca de ahí un manuscrito...

—Aquí está...

El público mira el manuscrito y ve una cruz roja^[159] ... pero tal cruz, que no prenderás en la levita.

MUJER SIN PREJUICIOS

(NOVELA)

(Женщина без предрассудков. Роман)

Maxim Kuzmich Salutov es alto, fornido, corpulento. Sin temor a exagerar, puede decirse que es de complexión atlética. Posee una fuerza descomunal: dobla con los dedos una moneda de veinte kopeks, arranca de cuajo árboles pequeños, levanta pesas con los dientes; y jura que no hay en la tierra hombre capaz de medirse con él. Es valiente y audaz. Causa pavor y hace palidecer cuando se enfada. Hombres y mujeres chillan y enrojecen al darle la mano. ¡Duele tanto! No hay modo de oír su bella voz de barítono, porque hace ensordecen. ¡El vigor en persona! No conozco a nadie que le iguale.

¡Pues esa fuerza monstruosa, sobrehumana, propia de un buey, se redujo a la nada, a la de una rata muerta, cuando Maxim Kuzmich se declaró a Elena Gavrilovna! Maxim Kuzmich palideció, enrojeció, tembló; y no hubiera sido capaz de levantar una silla en el momento en que hubo de extraer de su enorme boca el consabido «¡La amo!». Disipose su energía, y su corpachón se convirtió en un gran recipiente vacío.

Se le declaró en la pista de patinaje. Ella se deslizaba por el hielo con la grácil ligereza de una pluma, y él, persiguiéndola, temblaba, se derretía, susurraba palabras incomprensibles. Llevaba en el semblante escrito el sufrimiento... Sus piernas, ágiles y diestras, se torcían y se enredaban cada vez que debía describir en el hielo alguna curva difícil... ¿Creen ustedes que temía unas calabazas? No, Elena Gavrilovna le correspondía y ansiaba oír de sus labios la declaración de amor. Morena, menudita, guapa, ardía de impaciencia. El elegido de su corazón había cumplido ya los treinta; su rango no era nada elevado, y su fortuna tampoco tenía mucho que envidiar; pero, en cambio, ¡era tan bello, tan ingenioso, tan hábil! Bailaba admirablemente, tiraba al blanco como un as, y nadie le aventajaba montando a caballo. Una vez, paseando con ella, se saltó una zanja que no la hubiera salvado el mejor corcel de Inglaterra.

¿Cómo no amar a un hombre como aquél?

Y él sabía que era amado. Estaba seguro de ello. Pero un pensamiento le hacía sufrir. Un pensamiento que le oprimía el cerebro, que le hacía desvariar, llorar, no comer, no beber, no dormir. Un pensamiento que le amargaba la vida. Mientras él hablaba de su amor, la maldita obsesión bullía en su cerebro y le martilleaba las sienes.

—¡Sea usted mi mujer! —suplicaba a Elena Gavrilovna—. ¡La amo locamente con pasión torturante!

Pero al mismo tiempo pensaba:

«¿Tengo derecho a ser su marido? ¡No, no tengo derecho! ¡Si ella conociese mi origen, si alguien le contase mi pasado, sería capaz de abofetearme! ¡Un pasado infeliz y vergonzoso! ¡Ella, de buena familia, rica e instruida, me escupiría si supiese qué clase de pájaro soy!».

Cuando Elena Gavrilovna se le lanzó al cuello, jurándole amor eterno, él no se sintió feliz.

Le atormentaba el dichoso pensamiento... Mientas volvía de la pista a su casa, iba mordiéndose los labios y cavilando:

«¡Soy un canalla! De ser un hombre honrado, se lo contaría todo, ¡todo! Antes de hacerle la declaración debí revelarles mi secreto. ¡Pero como no lo hice, soy un granuja y un infame!».

Los padres de Elena Gavrilovna dieron su consentimiento para el matrimonio. El atleta les gustaba: era respetuoso, y como funcionario hacía concebir grandes esperanzas. Elena Gavrilovna se sentía en el séptimo cielo. Era feliz. En cambio, ¡cuán desdichado era el pobre atleta! Hasta el día de la boda sufrió la misma tortura que en el momento de declararse.

También le atormentaba un amigo que conocía el pasado de Maxim Kuzmich como la palma de su mano..., y que le sacaba casi todo el sueldo.

—Convídame a comer en el Hermitage —le intimaba—. Convídame, o lo cuento todo... Y, además, préstame veinticinco rublos.

El infeliz Maxim Kuzmich adelgazó a ojos vistas. Hundiéronsele las mejillas, y los puños se le volvieron huesudos. Su idea fija le hizo enfermar. A no ser por la mujer amada, se hubiera pegado un tiro...

«¡Soy un bribón, un canalla! —se decía a sí mismo—. ¡Tengo que contárselo todo antes de la boda! ¡Aunque me escupa a la cara!».

Mas le faltó valor para contárselo. La idea de que después de la explicación tendría que separarse de la mujer amada, era para él la más aterradora.

Llegó el día de la boda. Bendijo el cura a los novios, y todo eran felicitaciones y augurios de felicidad. El pobre Maxim Kuzmich recibía los parabienes, bebía, bailaba, reía; pero era horriblemente desdichado: «¡Confiesa, pedazo de animal! Nos han casado, pero todavía estamos a tiempo. ¡Aún podemos separarnos!».

Y confesó.

Cuando llegó la hora ansiada y condujeron a los desposados al dormitorio, la conciencia y la honradez se sobrepusieron a todo... Maxim Kuzmich, pálido, tembloroso, aturdido, respirando a duras penas, se aproximó tímidamente a Elena Gavrilovna, y musitó:

—Antes que pertenezcamos... el uno al otro, debo..., debo explicar...

—¿Qué te pasa, Max? ¡Estás demacrado! Te encuentro todos estos días pálido y taciturno. ¿Te sientes mal?

—Yo... debo contártelo todo, Liolia... Sentémonos... Me veo obligado a

anonadarte, a malograr tu felicidad..., pero ¿qué otra cosa cabe hacer? El deber ante todo... Voy a contarte mi pasado...

Liolia abrió desmesuradamente los ojos y sonrió:

—Bueno, pues cuéntamelo... Pero acaba pronto, por favor. Y no tiembles de ese modo.

—Yo nací en Tam..., en Tam... bov. Mis padres eran humildes y muy pobres... Y ahora te diré qué clase de elemento soy. Vas a horrorizarte. Espera un poco... Ahora lo verás... Fui un mendigo. Cuando niño vendí manzanas... peras...

—¿Tú?

—¿Te horrorizas? Pues aún te queda por oír lo peor, querida. ¡Oh, qué desgraciado soy! ¡Cuando se entere usted, me maldecirá!

—Pero ¿de qué se trata?

—A los veinte años fui..., fui... ¡Perdóneme! ¡No me arroje de su lado! ¡Fui... payaso de circo!

—¿Tú? ¿Tú fuiste payaso?

Salutov, en espera de una bofetada, se cubrió la cara con ambas manos. Le faltaba poco para desmayarse.

—¿Tú, payaso?

Liolia se cayó del sofá en que se había tendido. Incorporose. Corrió de una parte a otra de la habitación...

¿Qué le sucedía? Se llevó las manos al vientre... Por el dormitorio se expandió una risa semejante a una carcajada histérica...

—¡Ja, ja, ja! ¿De manera que fuiste payaso? ¿Tú? Maximka, palomo mío, haz para mí algún número. ¡Demuéstrame que fuiste payaso! ¡Ja, ja, ja! ¡Palomito de mi alma!

Así diciendo se arrojó al cuello de Salutov y le abrazó.

—¡Haz alguna payasada, querido, rico!

—¿Te burlas, desdichada? ¿Me desprecias?

—¡Haz algo para que yo lo vea! ¿Sabes también andar por una cuerda? ¡No te creo!

Mientras hablaba cubría de besos la cara del marido, se apretaba contra él, le hacía mil zalamerías, sin la menor señal de enojo. Y él, desconcertado, sin comprender una palabra de lo que sucedía, accedió de buena gana a los ruegos de su mujer.

Aproximose a la cama, contó hasta tres e hizo la vela, con los pies para arriba, apoyando la frente en el borde de la cama.

—¡Bravo, Max! ¡Bis, bis! ¡Ja, ja, ja! ¡Eres un tesoro! ¡Hazlo otra vez!

Max se balanceó y, en la posición anterior, saltó al suelo y se puso a andar con las manos...

Por la mañana, los padres de Liolia estaban asombradísimos.

—¿Quién dará esos golpes ahí arriba? —se preguntaban—. Los recién casados

deben de estar dormidos. ¿No serán los criados bromeando? ¡Hay que ver el alboroto que arman, los muy tunos!

El padre subió al piso de arriba, pero no encontró allí a nadie de la servidumbre.

Para asombro suyo, comprobó que el ruido provenía del dormitorio de los desposados. Después de permanecer un instante junto a la puerta, la empujó ligeramente con el hombro y la entreabrió. Al mirar al interior por poco se muere de susto: Maxim Kuzmich, en medio de la habitación, estaba ejecutando un arriesgadísimo salto mortal. Y Liolia, a su lado, le aplaudía. Las caras de los dos resplandecían de felicidad.

UN ADICTO

(Ревнитель)

Por el espejo de hielo resbalaban grandes zapatones de caballero y minúsculas bolitas de señora, con guarnición de piel. Son tantos los pies de los patinadores, que de estar en China no hubiera suficientes cañas de bambú para ellos. Tiene el sol un brillo extraordinario; el aire es de una transparencia excepcional; las mejillas arden más que de costumbre; y los ojos prometen más de lo que debieran. Dicho de otro modo, ¡vive y disfruta, amigo! Pero..., «que te crees tú eso»...

Pasa ante nosotros el «abre y cierra» de nuestro departamento, nuestro Argos y Mercurio, nuestro pastelero y recadero Spevsip Makarov. Lleva en las manos dos pares de chanclos, de caballero el uno y de señora el otro. Probablemente son de su excelencia. Spevsip me saluda a lo militar; y, contemplándome con ternura y cariño, se detiene junto al banco donde estamos sentados.

—Hace frío, seño... señoría... Si me diera para una tacita de té... ¡Je, je, je!

Le doy veinte kopeks. Tanta amabilidad le conmueve hasta lo más íntimo. Pestañeando, nervioso, mira en torno suyo; y murmura:

—No sabe cuánto le compadezco, señoría. ¡Le tango tanta lástima! Más que si fuera mi hijo. Su señoría es un hombre de lo que no hay. Un alma de Dios, la bondad andando, un santo resignado. Ayer, cuando *él*, quiero decir su excelencia, le echó aquella bronca a su señoría, me entró una pena tan grande... Se lo juro. «¿Por qué le dirá esas palabrotas?», pensé. Porque le llamé vago y mocoso, y le amenazó con despedirle y con otras cosas... ¿Por qué? Cuando usted, señoría, salió del despacho llevaba una cara muy distinta de la suya. Yo, Dios mío, le miré y me sentí apenado. ¡Qué afecto les tengo a los funcionarios del departamento!

Y dirigiéndose a la joven que me acompañaba, Spevsip añade:

—El señor se da poca maña para andar con papeles. No es su fuerte el manejar *documentos*... Más le hubiera valido dedicarse al comercio o... quizá meterse a cura... De veras que sí. Ni un solo papel sale bien de sus manos, ¡Es inútil! Y, claro está, le calientan las orejas... Su excelencia, el jefe, lo trae de cabeza. Quiere quitárselo de encima... Y a mí me da lástima. Porque el señor es buena persona...

Ella me mira con una compasión de lo más ofensivo.

—¡Vete! —ordenó, sofocado, a Spevsip.

Noto que hasta los chanclos se me han puesto colorados. ¡Me ha hecho correr un buen ridículo, el canalla! A poca distancia, tras unos arbustos deshojados, está el padre de ella, que ha oído todo lo dicho y nos mira, como advirtiéndome que hasta que consiga llegar al rango de consejero titular no me atreva a pensar en... Algo más allá, tras otros arbustos, se pasea la madre observándola a *ella*. Yo siento sobre mí estos cuatro ojos... y preferiría morirme.

BUENA COLECCIÓN

(Коллекция)

Hace días fui a visitar a mi amigo, el periodista Misha Kovrov. Le hallé sentado en un sofá, limpiándose las uñas y tomando té. Me ofreció un vaso.

—Sin pan no suelo tomarlo —rehusé—. Manda por pan.

—¡De ningún modo! —exclamó él—. A un enemigo le daría pan. ¡A un amigo, jamás!

—¡Qué raro! ¿Y por qué?

—Ahora lo verás. Ven aquí.

Misha me condujo a una mesa, de la que sacó un cajón.

—Fíjate.

Por más que me fijé, nada de particular se ofreció a mi vista.

—La verdad, no veo nada, basura; clavos, trapos, unos rabos extraños.

—Pues eso es lo que quería enseñarte. ¡Diez años llevo coleccionando esos trapos, esas cuerdas y esos clavos! ¡Una colección estupenda!

Misha recogió toda aquella basura y la fue echando en una hoja de periódico.

—¿Ves este fósforo? —me dijo, mostrándome una cerilla a medio quemar—. Es la mar de interesante. La encontré el año pasado en una rosquilla que compré en la panadería de Sevastianov. Por poco me ahogo. Menos mal que mi mujer estaba en casa y me dio unos golpes en la espalda para que la despidiera; que si no llega a estar, se me queda la cerilla en la garganta. Mira esta uña. Apareció hace tres años dentro de un bizcocho que me vendieron en la panadería y confitería de Filippov. El bizcocho, como ves, no tenía manos ni pies, pero sí uñas. ¡Caprichos de la naturaleza! Este pedazo de trapo verde habitaba, hace cinco años, dentro de un salchichón adquirido en una de las mejores tiendas de Moscú. Esta cucaracha seca se bañaba en una sopa que me sirvieron en la cantina de una estación de ferrocarril; y este clavo, en una albóndiga que me comí en la misma estación. Este rabo de rata y este trozo de tafilete fueron hallados ambos dentro de un panecillo de la misma panadería de Filippov. Esta anchoa, de la que ya no queda sino la raspa, venía en una tarta que le regalaron a mi mujer el día de su santo. Esta fiera llamada ciempiés me fue servida con una jarra de cerveza en una cervecería alemana. Este pegote de guano estuve a punto de tragármelo con una empanadilla, en una fonda. Y así sucesivamente, querido.

—¡¡Magnífica colección!!

—Desde luego. Pesa libra y media. Y eso no contando lo que, por descuido, me habré tragado y digerido, que no será menos de cinco o seis libras...

Misha levantó cuidadosamente la hoja de periódico, contempló admirado la colección durante un instante, y la volvió a echar en el cajón.

Yo cogí el vaso y me puse a tomarme el té, sin volver a pedir que mandara por pan.

EL CABALLERO Y LA SEÑORITA

(EPISODIO DE LA VIDA DE LOS «MUY SEÑORES MÍOS»)

(Баран и барышня. Эпизодик, из жизни «милостивых государей»)

La cara del caballero, aunque rolliza y reluciente, reflejaba un aburrimiento mortal. Acababa de salir de entre los brazos de Morfeo, en los que se había abandonado después de almorzar, y no sabía qué hacer. Hasta bostezar, le costaba trabajo... De leer había perdido la costumbre desde tiempos inmemoriales. Para marcharse al teatro era todavía demasiado temprano, y le daba pereza irse a pasear en coche. ¿Qué hacer? ¿Cómo matar el tedio y distraerse un poco?

—Ha llegado una señorita que desea verle —anunció el criado Yegor.

—¿Una señorita, dices? ¡Ejem!... ¿Quién podrá ser? Pero da lo mismo... Dile que pase.

En el gabinete entró tímidamente una morena bien parecida, aunque de modesta indumentaria. Demasiado modesta, incluso. Al entrar inclinó la cabeza.

—Dispénsame el señor —comenzó diciendo con voz temblorosa e indecisa—. Yo, ¿sabe el señor?... Me aseguraron que..., que solamente a las seis podría encontrarle en casa... Yo..., yo... soy hija del consejero palatino^[160] Paltsev...

—Encantado de conocerla, señorita... Sssiéntese. ¿En qué puedo servirla? Siéntese, por favor, siéntese. No tenga reparo.

—He venido a pedirle un favor —dijo la señorita sentándose, cohibida y nerviosa, y dando vueltas, con mano temblorosa, a un botón del abrigo—. He venido a solicitarle... un billete gratuito para regresar a mi tierra. He oído decir que el señor puede conceder... Deseo volver y carezco de... Soy pobre... Necesito ir de San Petersburgo a Kursk.

—¡Jm!... Vaya, vaya... ¿Y por qué quiere marcharse a Kursk? ¿No le gusta Petersburgo?

—No es por eso, no... Me gusta, pero ¿sabe?, los padres... Voy a reunirme con ellos. Hace mucho que no los he visto. Escriben que mi madre está enferma...

—¡Ah! ¿Y a qué se dedica usted aquí? ¿A trabajar, o a estudiar?

La señorita le refirió punto por punto las empresas y los lugares en que había prestado servicio, indicando lo que ganaba y si el trabajo era mucho o poco.

—Ya, ya; de manera que ha estado usted trabajando —comentó el señor—. Ciertamente, no puede decirse que ganara usted mucho. No puede decirse, no... Sería inhumano negarle el billete gratuito... ¡Ejem!... De modo que va usted a reunirse con sus padres... Pero, claro, no cabe duda que tendrá usted algún amorcillo en Kursk,

¿verdad? ¿A que hay por allí un mozo que le hace tilín? ¡Je, je, je! ¿Está allí el novio? ¡Fíjese qué roja se ha puesto! Bueno, bueno; me parece muy bien. Váyase, váyase a Kursk. La verdad es que ya tiene usted edad de casarse... ¿Y puede saberse quién es él?

—Un funcionario...

—¡Magnífico! Váyase sin vacilar. Aunque he oído decir que a cien kilómetros de Kursk huele ya a sopa de repollo y se ven las cucarachas de la ciudad... ¡Je, je, je! Aquello debe de ser enormemente aburrido. Pero quítese el sombrero, no le dé vergüenza. ¡Yegor, tráenos un poco de té! De seguro que se aburrirá uno como una ostra en... ¿cómo era eso?... En Kursk...

La señorita, que no esperaba tan afectuoso recibimiento, resplandeció de contento y contó al caballero todos los atractivos de la ciudad. Le dijo también que tenía un hermano funcionario, un tío maestro de escuela y varias primas estudiantes de bachillerato.

Yegor sirvió el té. La señorita alargó tímidamente el brazo y adelantó el cuerpo para coger su vaso. Mientras bebía el té procuró no hacer ruido con la boca. El caballero la contemplaba embelesado... Por fin había conseguido vencer su aburrimiento.

—¿Es guapo su novio? —se atrevió a preguntar—. ¿Y cómo se conocieron ustedes?

La señorita, ruborizada, respondió a las dos preguntas. Cada vez más confiada, acercó su asiento al del caballero y, sonriente, le contó los pretendientes que le habían salido en San Petersburgo, y a los cuales había dado calabazas... Habló largamente, y terminó sacando una carta de sus padres y leyéndosela al caballero. Dieron las ocho.

—¿Sabe usted que su padre tiene buena letra? ¡Qué filigranas y qué rabitos más artísticos! ¡Je, je, je! Pero resulta que se me va haciendo tarde. El teatro ha debido de comenzar ya... Adiós, María Efimovna...

—¿Puedo tener esperanza? —preguntó la señorita mientras se levantaba.

—¿Esperanza? ¿De qué?

—De que me conceda usted el billete gratuito.

—¿El billete? ¡Jm!... Es que yo no tengo nada que ver con los billetes... Me parece que se ha equivocado usted, señorita... ¡Je, je, je! Creo que se ha confundido de escalera. En la de al lado vive, efectivamente, un señor empleado de ferrocarriles. Yo trabajo en un banco. ¡Yegor, que preparen el coche! Adiós, *ma chère* María Semiónovna... Encantado de haberla conocido. Encantado...

La señorita se puso el abrigo y salió. En la escalera de al lado le dijeron que *el señor* se había marchado a Moscú a las siete y media.

BLANDURA

(Размазня)

Hace días llamé a mi despacho a Yulia Vasilievna, institutriz de mis hijos.

—Siéntese —le rogué—. Vamos a ajustar cuentas. Usted, probablemente, necesita dinero; pero es tan pundonorosa, que jamás se le ocurriría reclamarlo... Vamos a ver... Habíamos quedado en que serían treinta rublos mensuales...

—Cuarenta...

—No, señorita. Treinta. Lo tengo aquí apuntado. Siempre he pagado a las institutrices treinta rublos al mes... Como son dos meses los que lleva usted aquí...

—Son dos meses y cinco días.

—Dos meses exactos. Lo llevo aquí apuntado. Por consiguiente, se le deben sesenta rublos. Mas hay que descontar nueve domingos, pues los domingos no tuvo usted clase con Kolia. Nueve domingos y tres días festivos...

Yulia Vasilievna enrojeció y estrujó entre los dedos el volante del vestido; pero... ¡ni una sola palabra!

—Tres días festivos... Deben descontarse, pues, doce rublos. Kolia estuvo enfermo cuatro días; y no hubo clase más que con Varia. Otros tres días le dolieron a usted las muelas, y la señora le permitió que no diera clase por la tarde. Doce y siete, diecinueve. Quiere decirse... que le quedan... ¡ejem!... cuarenta y un rublos. ¿No es así?

Los ojos de Yulia Vasilievna se humedecieron. Tembló su barbilla. Tosió con nerviosismo. Se sonó. Pero ¡ni una palabra!

—La noche de Año Nuevo rompió usted una taza de té con su plato. Otros dos rublos menos. La taza valía más, por ser un recuerdo de familia; pero ¡que el Señor la ampare! ¡Nos toca perder tantas veces! Además, por descuido de usted, Kolia se subió a un árbol y se desgarró la chaqueta. Diez rublos menos. También por falta de atención de usted, la sirvienta se llevó unas botas de Varia. Tiene usted la obligación de cuidar de todo, pues por algo se le paga. Hay que descontar cinco rublos más... El diez de enero me pidió usted prestados diez rublos...

—¡No es cierto! —murmuró la institutriz.

—¡Yo lo tengo apuntado aquí!

—Bueno, bueno...

Los ojos de Yulia Vasilievna se llenaron de lágrimas. Una leve capa de sudor cubrió su naricilla, de correcta línea. ¡Pobre muchacha!

—Sólo una vez pedí dinero prestado —dijo, con voz trémula—. Tres rublos que me dejó la señora. Y nada más...

—¡Cómo! Pues ya ve, no lo tengo apuntado. Catorce, menos tres, once. Aquí los tiene, querida. Tres, tres, tres, uno y uno. Tenga...

Y le entregué once rublos, que ella recogió con mano temblorosa y se guardó en el bolsillo.

—*Merci* —murmuró.

Me levanté de un salto y empecé a dar vueltas por la habitación, lleno de cólera.

—¿Por qué me da las gracias? —inquirí.

—Por este dinero...

—¡Pero si lo que he hecho ha sido expoliarla, robarla! ¡Si ha sido un atraco, qué diablo! ¿A qué viene el darme las gracias?

—Es que en otras casas no me pagaban ni eso...

—¿Qué no le pagaban? ¡Me lo explico! Todo ha sido una broma. He querido darle una lección... Le pagaré los ochenta rublos que le corresponden. Aquí los tengo preparados, en este sobre. Pero ¿cómo se puede ser así? ¿Por qué no protesta usted? ¿Por qué calla? ¿Hay modo de vivir en el mundo sin enseñar los dientes? ¿Acaso se puede ser tan blanda?

Ella sonrió amargamente; y leí en su rostro: «Sí, se puede».

Le pedí perdón por la cruel lección que le había dado; y, ante su estupefacción, le entregué los ochenta rublos. Me dio las gracias, tímidamente; y se marchó.

La seguí con la mirada y pensé: «¡Qué fácil es ser fuerte en este mundo!».

EL NABO

(TRADUCCIÓN DEL LENGUAJE INFANTIL^[161])

(Репка. Перевод с детского)

Éranse que se eran un hombre y una mujer. Y después de estar casados mucho tiempo tuvieron un hijo al que llamaron Sergio. Sergio tenía las orejas largas y un nabo en lugar de cabeza. El niño creció y se hizo grandote, grandote... Y su padre, para ver si lo sacaba adelante en la vida, le agarró de las orejas y se puso a tirar. Pero por más que tiró no consiguió nada. En vista de eso, llamó a su mujer.

La mujer se puso a tirar del marido, y el marido del nabo. Pero por más que tiraron no consiguieron sacarlo adelante. Entonces, la madre llamó a una tía que era princesa.

La tía se puso a tirar de la madre, la madre del padre, y el padre del nabo. Pero por más que tiraron no consiguieron sacarlo adelante. Entonces, la tía princesa llamó a un compadre suyo, que era general.

El general se puso a tirar de la tía, la tía de la madre, la madre del padre y el padre del nabo. Pero por más que tiraron no consiguieron sacarlo adelante. El padre no pudo aguantar más: casó a su hija con un comerciante rico, y llamó al comerciante para que acudiera con buenos billetes de cien rublos.

El comerciante se puso a tirar del general, el general de la tía, la tía de la madre, la madre del padre, y el padre del nabo. Y a fuerza de tirar consiguieron sacarle adelante.

Y Sergio alcanzó el grado de consejero civil.

UN CASO VENENOSO

(Ядовитый случай)

Cuán peligroso es a veces suscribirse a los periódicos lo atestigua el siguiente caso, que tuvo lugar no hace tanto tiempo en una de las redacciones moscovitas.

El folletinista S. M., en espera del redactor, a quien se presentó para el cobro del honorario, estaba sentado en la oficina, bostezaba y, sin nada que hacer, hojeaba los libros de la oficina. Junto a él estaba sentado el secretario y pasaba el lápiz por la mesa tontamente. ¿Y han visto ustedes alguna vez las mesas de las redacciones? ¡Interesantes mesas! Están todas arañadas, manchadas, abarrotadas de garabatos, firmas. Se encuentran no raras veces firmas de personas célebres... Esos garabatos son notables: atestiguan cuán largo tiempo se espera el honorario y qué aburrido es su cobro... Tras lidiar con los libros, S. M. tomó maquinalmente el lápiz de manos del secretario, y empezó a pasarlo por *La abeja del Don*^[162] ... ¡Qué aburrido! Del lápiz pasó a la barrita de direcciones. Éstas son unas barritas comunes, en las que yacen unas cajetillas pequeñas. Cada cajetilla está compuesta de papelitos, en cada papelito está inscrita la dirección del suscriptor. S. M. empezó a examinar las cajetillas con pereza... Yélzis, Berdiánsks, Orlís, Skurátovs... Ivánovs, Petróvs, Sidorovs... ¡Qué aburrido!

«Hum... ¿Y cuál Elena Petrovna Piávkina es ésta? Hum... En Rostov del Don... ¡Qué diablos! ¡Es ella!».

S. M. volteó en sus manos la dirección de Piávkina y la leyó otra vez...

«¡Sí, es ella! —decidió—. Cinco años antes me abandonó y me llevó mil rublos... Hum... Cinco años la busqué y no la encontré... ¡Me alegro mucho! Hay que tomar medidas».

El folletinista apuntó la dirección de Elena Petrovna, sonrió y, regocijado, empezó a caminar por la oficina.

—¡Lo convido hoy a un almuerzo! —se dirigió al secretario—. ¡Va por mí la moneda!

Al otro día S. M. estuvo donde su abogado. ¡Pobre Elena Petrovna!

EL PATRIOTA DE SU PATRIA

(Патриот своего отечества)

Una pequeña ciudad alemana. El nombre de esa ciudad lo lleva una de las más famosas aguas curativas. En esta hay más hoteles que casas, y más extranjeros que alemanes.

La buena cerveza, las sirvientas bonitas y la vista sublime las puede encontrar en el hotel, que se yergue en el límite (izquierdo) de la ciudad, en una alta montaña, a la sombra del jardín más encantador.

Un hermoso atardecer, en la terraza de ese hotel, estaban sentados dos rusos a una mesita de mármol blanco. Éstos tomaban cerveza y jugaban a las damas. Ambos «hacían dama» con empeño, y conversaban sobre los avances de la curación. Ambos habían venido a curarse del abdomen grande y la adiposis del hígado.

A través del follaje de los tilos olorosos los miraba la luna alemana... Un vientecito menudo, coqueto tiraba, tiernamente, de los bigotes y las barbas rasas, e insuflaba en las orejas de los pequeños gordiflones rasos los sonidos más sublimes. A los pies de la montaña tocaban una música. Los alemanes celebraban el aniversario de cierto acontecimiento alemán. Los motivos no llegaban hasta la cumbre de la montaña, ¡estaba lejos! Llegaba sólo la melodía... Una melodía melancólica, la más alemana, llorosa, lánguida... La escuchabas, y querías quejarte dulcemente...

Los rusos «hacían dama» y escuchaban pensativos. Ambos estaban en el estado de espíritu más beatífico. El susurro de los tilos, el vientecito coqueto, la melodía con su melancolía, todo eso, tomado en conjunto, transportaba sus almas rusas.

—Con este ambiente, Tarás Ivánich, es bueno, este... amar —dijo uno de ellos—. Enamorarse de alguna y pasearse por la alameda oscura...

—M-sí...

Y nuestros rusos entablaron conversación sobre el amor, la amistad... ¡Dulces instantes! Terminó en que ambos sin advertirlo, inconscientemente, dejaron en paz las damas, apoyaron sus cabezas rusas sobre los puños y se quedaron pensativos.

La melodía se hacía más y más audible. Pronto cedió su lugar al motivo. Se hicieron audibles no sólo las trompetas y los contrabajos, sino también los violines.

Los rusos miraron hacia abajo y vieron una procesión de antorchas. La procesión se movía hacia arriba. Pronto, a través de los tilos, brillaron las luces rojas de las antorchas, se oyó un canto esbelto, y la música retumbó en las mismas orejas de los rusos. Muchachas, mujeres, soldados, sirgadores, ancianos llenaron en un segundo la larga, esbelta alameda, iluminaron todo el jardín y vocearon terriblemente... Detrás llevaban barrilitos de cerveza y de vino. Lanzaban flores y quemaban luces de bengala multicolores.

A los rusos se les enterneció el espíritu. Y también quisieron participar en la

procesión. Tomaron sus botellas y se mezclaron con la multitud. La procesión se detuvo en el calvero detrás del hotel. Salió al medio cierto viejecito y dijo algo. Lo aplaudieron. Algún sirgador se trepó a una mesa y pronunció un discurso bombástico. Tras él otro, el tercero, el cuarto... Hablaban, chiflaban, agitaban las manos...

Piótr Fomích se enterneció. Sintió en su pecho claridad, calidez, holgura. Ante la vista de una multitud hablante uno mismo quisiera hablar. El habla es contagiosa. Piótr Fomích se abrió paso a través de la multitud y se detuvo cerca de la mesa. Tras agitar las manos se trepó a la mesa. Otra vez agitó las manos. Su rostro se sonrojó. Se tambaleó, y empezó a gritar en una lengua tartajada, borracha: «¡Muchachos! ¡A los ale... alemanes, péguenles!».

¡Suerte para él que los alemanes no entienden ruso!

EL TRIUNFO DEL VENCEDOR

(RELATO DE UN REGISTRADOR COLEGIADO EN RETIRO)

(Торжество победителя. Рассказ отставного коллежского регистратора)

El viernes de Carnaval fueron todos a comer blinis a casa de Aleksei Ivanich Kosulin... ¡Usted no sabe quién es Kosulin!... ¡Puede que para usted sea una nulidad..., un cero!... Pero para nosotros, que no nos andamos por las nubes, ¡Kosulin es un ser grande..., todo poder y sabiduría!...

Se reunían en su casa cuantos componían su pedestal. Yo iba también con mi padre. Me sería imposible, señor mío, describirle lo succulentos que eran los blinis..., gordos, rosados, esponjosos... Cogías uno, lo mojabas en mantequilla caliente y te lo llevabas a la boca y sabe el diablo cómo se venía otro solo detrás... Para ornamentación y acompañamiento había crema agria, caviar, salmón y queso rallado... ¡Pues y de vino y de vodkas!... ¡Todo un mar!... Después de los blinis tomamos sopa de pescado y perdices en salsa. ¡Nos atiborramos de tal manera, que papá tuvo que desabrocharse a escondidas los botoncitos que le caían sobre el vientre y taparse con la servilleta para que nadie reparara en su liberalismo...! Aleksei Ivanich, como era el jefe y se lo podía permitir todo, se desabrochó el chaleco y la camisa. Después de la comida, antes de levantarnos de la mesa, y con permiso de la *autoridad*, nos pusimos a fumar nuestros puros y empezó la conversación. Todos escuchábamos mientras su excelencia Aleksei Ivanich hablaba. Los temas de su charla eran en su mayor parte de carácter humorístico y festivo. El jefe contaba muchas cosas y, al parecer, pretendía resultar gracioso. No sé si lo que contaba sería divertido; lo único que recuerdo es que papá a cada momento me pegaba un codazo y me decía:

—¡Ríete!

Yo abría la boca todo lo que podía y empezaba a reír. Una vez la risa hasta me hizo pegar un chillido, con lo que atraje la atención general.

—¡Así, así!... —murmuraba papá—. ¡Muy bien! Te está mirando y se está riendo. Has estado muy bien. ¡Quién sabe si te dará el puesto de ayudante de escribiente!

—¡Sí! —dijo entre otras cosas Kosulin, nuestro jefe, respirando fatigosamente y lanzando resoplidos—. ¡Ahora ya puede uno comer blinis y caviar del más fresco!... ¡Se tiene una mujer de buenas carnes y unas hijas tan guapas, que no solamente los pelagatos como vosotros, sino los príncipes y los condes las admiran, y suspiran por ellas!... ¡Y en cuanto a la casa! ¡Je, je, je!... ¡Eso también!... ¡Vaya, que hasta el fin nadie es dichoso...! ¡La vida trae muchos cambios!... Hoy, por ejemplo, no eres más

que un nada, un cero, una pasa..., pero con el tiempo..., ¡vaya usted a saber!... ¡A lo mejor agarras la suerte por los pelos!... ¡Todo llega en este mundo!...

Aleksei Ivanich calló un momento, meneó la cabeza y siguió diciendo:

—¡En cambio, antes!... ¡Por qué cosas no tendría uno que pasar antes!..., ¿verdad? ¡Dios! ¡No puede uno dar crédito a la memoria!..., ¡sin zapatos..., con los pantalones rotos... y temblando siempre!... ¡Para ganar un rublo te estabas trabajando dos semanas!... ¡Y ese rublo no es que te lo dieran!... ¡No!... ¡Después de arrugarlo te lo tiraban a la cara!... «¡Anda!... ¡Zámpatelo!...». ¡Además, cualquiera podía pisarte, pincharte, darte un golpazo..., avergonzarte!... ¡Hasta el perrito que veías sentado junto a la puerta cuando entrabas con el informe!... Te acercabas a él, le cogías la patita, como diciéndole: «Perdona que pase por delante. Buenos días», y por toda respuesta te hacía: «¡Guá, guá, guá!...». Luego el portero, que con disimulo te daba con el codo y tú tenías que decirle: «Perdone, Iván Potapich..., no llevo suelto...». Sin embargo, el que más me hizo sufrir de todos... fue ese pez..., ese cocodrilo..., ¡ese humilde Kuritzin ahí presente!...

Diciendo esto, Iván Aleksei señaló a un viejecito pequeño y encorvado que estaba sentado junto a mi papá. El viejecito, cuyos cansados ojuelos parpadeaban, fumaba su cigarro con evidente repulsión. No tenía costumbre de fumar, pero cuando la *autoridad* le ofrecía un cigarro consideraba de mala educación rehusarlo. Al ver aquel dedo señalando en su dirección se revolvió en la silla.

—¡Mucho me ha hecho sufrir ese humilde personaje! —prosiguió Kosulin—. Fue mi primer jefe... Me llevaron a él... ¡Pobrecito de mí!... ¡Muchachito gris..., insignificante!... Y me sentaron a la mesa... Y entonces fue cuando empezó a devorarme... Cada una de sus palabras era un cuchillo afilado..., cada minuto una bala en el pecho... Ahora tiene todo el aspecto de un gusanillo..., de un infeliz..., pero antes..., ¿qué no era antes?... ¡Un Neptuno!... ¡Me martirizó durante mucho tiempo!... Yo le hacía las escrituras, corría a buscarle pastelillos, le afilaba las plumas..., acompañaba de teatro en teatro a su vieja suegra y le hacía toda clase de servicios. ¡Hasta aprendí a aspirar rapé!... ¡Sí!... ¡Todo para él!... Tenía que ir siempre cargado de la cajita de rapé por si se le ocurría pedírmela... ¿Te acuerdas, Kuritzin?... Una vez fue mi madrecita..., la pobre viejecita que en paz descanse, a pedirle un permiso de dos días para que su hijito pudiera ir a recoger la herencia de su tía..., ¡y cómo arremetió con ella!... ¡Cómo se puso a gritar!: «¿En qué estás pensando, tonta? ¡Tu hijo es un vago, un parásito! ¡Acabará en la cárcel!». La viejecita se volvió a casa, cayó enferma del susto y a poco se muere.

Aleksei Ivanich se enjugó los ojos con el pañuelo y se bebió de un trago un vaso de vino.

—Pensaba casarme, pero, afortunadamente, por entonces caí enfermo y tuve que pasar medio año en el hospital... ¡Así eran las cosas en un tiempo!... ¡Así es como vivía yo antes!... ¡En cambio, ahora!... ¡Bah!... ¡Ahora soy yo el que está por encima de él!... ¡Él es el que acompaña a mi suegra a los teatros!... ¡Él, el que me

ofrece la caja de rapé! ¡Y ahí le tenéis, fumando un cigarro mientras yo pongo un poco de pimienta en su vida! ¡Kuritzin!...

—¿Qué desea usted? —preguntó Kuritzin levantándose y cuadrándose.

—¡Representéanos alguna escena de tragedia!

—¡A sus órdenes!

Kuritzin enderezó su figura, frunció el entrecejo, levantó una mano, hizo una mueca y declamó con una voz ronca y cascada:

—«¡Muere, traidora! ¡Tengo sed de sangre!...».

Todos soltamos la carcajada.

—¡Kuritzin, cómete un pedazo de pan con pimienta!

Ya repleto de comida, Kuritzin cogió, sin embargo, un gran pedazo de pan, lo roció de pimienta y se lo comió en medio de la fuerte risa general.

—¡Sí!... ¡La vida trae muchos cambios! —prosiguió diciendo Kosulin—. ¡Siéntate, Kuritzin! ¡Cuando nos levantemos, nos cantarás algo!... ¡Antes eras tú..., ahora soy yo!... ¡Sí!... ¡Así es como se murió la viejecita!...

Kosulin se levantó del asiento y se tambaleó...

Yo estaba callado, porque era pequeño..., sólo un muchachito gris... (¡Verdugos! ... ¡Bárbaros!...). Pero ahora soy yo..., ¡je, je, je!..., el que...

—¡Oye, tú..., sin bigote! ¡Te estoy hablando a ti! —el dedo de Kosulin señalaba a mi padre—. ¡Corre alrededor de la mesa y canta como el gallo!

Mi padre sonrió, enrojeció de satisfacción y empezó a dar carreritas alrededor de la mesa. Yo iba detrás de él.

—¡Kikirikí! —gritábamos ambos acelerando el paso.

Yo corría, corría, y mientras corría pensaba: «¡Seré ayudante de escribiente!».

UN DVORNIK INTELIGENTE

(Умный дворник)

En pie, en el centro de la cocina, el *dvornik* Filipp moralizaba. Sus oyentes eran los lacayos, el cochero, dos doncellas, el cocinero, la cocinera y dos pinches, sus hijos. Todas las mañanas moralizaba sobre algo, siendo en aquélla el tema de su discurso *la instrucción*.

—¡Todos vosotros —decía, sosteniendo con las manos un gorro con insignia de metal— vivís cochinamente!... ¡Os pasáis el tiempo ahí sentados y no se os ve más que ignorancia!... ¡No se os ve civilización!... ¡Mischka, jugando al ajedrez! ¡Matriona, cascando nueces!... ¡Nikifor, siempre a vueltas con sus chuflas!... ¿Es eso acaso *inteligencia*?... ¡Eso no es *inteligencia*!... ¡Eso es pura tontería!... ¡Vosotros no tenéis ni una chispa de inteligencia!... ¿Y por qué?

—¡Desde luego, Filipp Nikandrich —observó el cocinero—, ya se sabe!... ¿Qué inteligencia va a tener uno?... ¡La del *muzhik*!... ¿Qué va uno a comprender?...

—¿Y por qué os falta inteligencia?... ¡Porque no arrancáis de un verdadero *punto*...! ¡No leéis libros, y para lo tocante a lo escrito, no tenéis ningún sentido!... ¡Si al menos cogierais un librejo, os sentarais y leyerais!... ¡Seguro que sois *alfabetos* y que comprendéis lo que está impreso!... ¡Tú, por ejemplo, Mischka, si cogieras un libro y leyeras..., sería un gran provecho para ti y de mucho gusto para los demás!... ¡En los libros, sobre todo, hay una *extensión* muy grande!... ¡Allí verás que te hablan de la Naturaleza, de lo divino, de los países terrestres!... ¡De que si esto se hace, de lo otro..., de las diversas gentes que hay..., de los idiomas que hay!... También del paganismo. ¡Sobre todas las cosas encontrarás tema en los libros..., sólo que hay que tener ganas de buscarlas!... Pero vosotros..., ¡ahí os estáis sentados junto a la estufa, sin hacer más que zampar y beber!... ¡Exactamente como las bestias!... ¡Puf!...

—Ya es hora de que se vaya a la guardia, Nikandrich —observó la cocinera.

—¡Lo sé...! ¡No eres tú la que tiene que hacerme observaciones!... ¡Esto, por ejemplo!... ¡Digamos, yo!... ¿En qué puedo yo ocuparme a mi edad?... ¿Con qué puede uno satisfacer el alma?... ¡Para eso no hay cosa mejor que un libro o un periódico! Ahora me voy a la guardia... Me estaré tres horas junto a la puerta cochera..., pero ustedes pensarán que me voy a pasar el tiempo bostezando o charlando con las *babas*. ¡Nada de eso! ¡Yo no soy así!... Cogeré un librito y me pondré a leer muy a gusto. ¡Eso es!

Y Filipp, sacándose del gorro un libro deteriorado, lo deslizó entre sus ropas.

—¡Así es mi ocupación! «Desde que era un crío me acostumbré a que la sabiduría es luz, y la ignorancia, tinieblas...». ¿Con seguridad habéis oído eso?... ¡Así es!

Después Filipp se caló el gorro, y mascullando abandonó la cocina. Una vez fuera, con nublado semblante, tomó asiento junto al portalón.

—¡No son personas!... ¡Son unos químicos cochinos! —masculló con el pensamiento siempre en la gente de la cocina.

Luego, apaciguándose, sacó un libro, lanzó un suspiro con mucha dignidad y se puso a leer.

«¡Tan bien escrito está, que no cabe cosa mejor!» —pensó, moviendo la cabeza al terminar la lectura de la primera página—. ¡Cuánta sapiencia ha concedido el Señor!

El libro, de edición moscovita, era un buen libro: *El cultivo de las hortalizas. ¿Tenemos o no necesidad de la calabaza?*... Después de leídas las dos primeras hojas, el *dvornik* movió la cabeza con un gesto lleno de significación, y tosió:

—¡Todo está muy bien dicho!

Terminada la lectura de la tercera página, Filipp quedó pensativo; sentía deseos de meditar sobre la educación y, sin saber por qué, sobre los franceses. Reclinó la cabeza en el pecho y apoyó los codos en las rodillas. Sus ojos se entornaron.

Y Filipp tuvo un sueño. Vio cómo todo había cambiado: la tierra era la misma, las casas las mismas, el portalón el mismo, y, sin embargo, la gente completamente distinta. ¡Todos eran muy sabios! No había ningún tonto, y por las calles andaban franceses y más franceses. Hasta el propio aguador reflexionaba de este modo: «He de confesar que no me siento nada satisfecho del clima. Voy a consultar el termómetro». Mientras esto decía, sostenía un grueso libro entre las manos.

«Lo que tienes que hacer es leer el calendario», le contestaba Filipp.

La cocinera, aunque necia, también se mezclaba en las conversaciones inteligentes y se permitía observaciones. Filipp se dirigió a la Comisaría a hacer la inscripción de los inquilinos, y, por extraño que parezca, incluso en este severo lugar sólo se hablaba de temas *inteligentes*. Por todas partes, por encima de las mesas se veían libros... He aquí, sin embargo, que alguien se acercaba al lacayo Mischa y, dándole un empujón, le gritaba:

—¿Te has dormido?... ¿Te pregunto si te has dormido?

—¡Te duermes estando de guardia, estúpido! —oye decir Filipp a una voz tronante—. ¿Duermes, canalla?... ¿Bestia?

Filipp se levanta de un salto y se restriega los ojos. Ante él se encuentra el ayudante del jefe de Policía del distrito.

—¡Hum!... ¿Conque estabas dormido?... ¡Buena multa voy a ponerte, bestia! ¡Ya te enseñaré yo a dormirte mientras estás de guardia!

Dos horas después, el *dvornik* es reclamado en la Comisaría. Luego vuelve a la cocina. Todos aquí, impresionados por sus sermones, hallábanse sentados alrededor de la mesa, escuchando a Mischa deletrear algo.

Filipp, con el rostro nublado, rojo, se acercó a Mischa, y dando con la manopla de su guante un golpe sobre el libro, dijo sombríamente:

—¡Déjate de todo eso!

EN ESTE SIGLO PRÁCTICO...

(UN NOVIO)

(Жених)

Un empleado, de nariz grisácea, se acercó a la campana y tocó como a regañadientes. El público, tranquilo hasta entonces, se removi6, inquieto, y empezó a correr... Por el andén rodaban, estrepitosas, las carretillas de los maleteros. Silbó la locomotora y se acercó a los vagones. La engancharon. Alguien, con las prisas, rompió una botella. Voces de despedida, sollozos, cháchara femenina...

Junto a un coche de segunda, una muchacha y un muchacho se despedían, llorosos.

—¡Adiós, encanto! —decía el mozo, besando la rubia cabeza de la chica—. ¡Adiós! ¡Qué desgraciado soy! Me abandonas por una semana entera... Para un corazón amante, es toda una eternidad. Adiós... Limpíate las lágrimas... No llores.

De los ojos de la joven brotaron lágrimas. Una de ellas cayó sobre el labio del muchacho.

—Adiós, Varia. Saludos a todos. ¡Ah, a propósito! Si ves allí a Mrakov, dale estos..., éstos... No llores, almita... Dale estos veinticinco rublos.

Sacando un billete, se lo entregó a Varia.

—Procura dárselos. Se los debo... ¡Ay, qué pena que te vayas!

—No llores, Petia. El sábado vuelvo... sin falta... No te olvides de mí en estos días.

La rubia cabeza se apoyó en el pecho de Petia.

—¿Olvidarte? ¿Olvidarte a ti? ¿Crees que es posible?

Sonó la segunda campanada. Petia abrazó fuertemente a Varia, pestañeó y rompió en llanto, como un chiquillo. Ella se colgó de su cuello entre sollozos. Entraron en el coche.

—¡Adiós, querida! ¡Adiós, encanto! ¡Hasta dentro de una semana!

El joven besó a Varia por última vez y saltó del coche al andén. Situándose frente a la ventana, sacó el pañuelo para hacer señas cuando el tren arrancase. Varia no apartaba de él los ojos, bañados en lágrimas.

—¡Viajeeeeeros al tren! —se oyó una orden.

Sonó la tercera campanada. Petia agitó el pañuelo. Pero, de pronto, su cara se dilató. Dándose una palmada en la frente, penetró de nuevo en el coche como un loco.

—¡Varia! —dijo jadeante—. Te he entregado veinticinco rublos para Mrakov... Hazme un recibo, querida... ¡Pronto! ¡Hazme un recibo, encanto! ¿Cómo se me había

olvidado?

—¡Es tarde, Petia! ¡Oh, el tren se ha puesto en marcha!

El tren arrancó. El mozo saltó del coche, llorando amargamente, y agitó el pañuelo.

—¡Mándame el recibo por correo! —gritó a la rubia cabeza que le decía adiós.

«¡Si seré idiota! —pensó Petia, cuando el convoy se perdió de vista—. ¡Mira que darle el dinero sin recibo! ¡Qué descuido, qué chiquillada! (*Un suspiro*). Ya debe de estar llegando a la otra estación. ¡Palomita mía!».

CUENTO DIFÍCIL DE TITULAR

(Рассказ, которому трудно подобрать название)

Era un día de fiesta. A la hora del almuerzo, unos veinte hombres estábamos sentados a una larga mesa, disfrutando de la vida. Nuestros ojillos, ebrios, iban del magnífico caviar a las succulentas langostas, al maravilloso salmón y a la infinidad de botellas puestas en fila a lo largo de toda la mesa. En los estómagos hacía calor o, empleando la expresión de los árabes, salían los soles. Comíamos sin dar paz a la boca. Y manteníamos conversaciones de tendencia liberal... Hablábamos de... (*¿Puedo confiar en tu discreción, lector?*). No hablábamos del tiempo ni de caballos, no. Estábamos resolviendo problemas decisivos. Tratábamos del *muzhik*, del policía, del rublo... (*¡No me denuncie, amigo mío!*). Uno de los presentes sacó un papel y leyó unos versos satíricos, en los que se recomendaba cobrar a los ciudadanos diez rublos por mirar con los dos ojos y cinco por mirar con uno; los ciegos quedaban exentos de este impuesto. Lubostiazhayev (Fiodor Andreich), ponderado y respetuoso habitualmente, dejase llevar por la corriente y dijo: «Su excelencia Iván Projorich es un fantoche..., es un fantoche». Después de cada frase, todos gritábamos: *Pereat*^[163]! Y apartamos del buen camino hasta a los camareros, obligándoles a beber por la *fraternité*. Los brindis fueron punzantes, atrevidos, subversivos. Yo, por ejemplo, brindé por el florecimiento de las cien... (*¿Puedo confiar en tu discreción, lector?*) de las ciencias naturales.

Cuando sirvieron el champaña, pedimos que hablara el secretario provincial Ottiagaiev, nuestro Renan y Spinoza, que, después de hacerse rogar un poco, accedió y, mirando previamente a la puerta, dijo:

—¡Camaradas! ¡Entre nosotros no hay superiores ni inferiores! Yo, por ejemplo, soy secretario provincial^[164], no abrigo la menor intención de mostrar mi autoridad sobre los registradores colegiales^[165] aquí presentes; y al mismo tiempo, espero que los consejeros titulares^[166] y los consejeros palatinos^[167] que aquí hay no me considerarán un gusano. Permitidme, pues... Mmm... Permitidme... Mirad a vuestro alrededor. ¿Qué es lo que vemos?

Todos miramos a nuestro alrededor y vimos las caras de los camareros, que sonreían servilmente.

—Lo que vemos son infortunios y sufrimientos —prosiguió el orador, mirando, receloso, a la puerta—. No vemos más que fraudes, malversaciones, robos, saqueos, sobornos... Borracheras por todas partes... Arbitrariedades a cada paso... ¡Cuántas lágrimas! ¡Cuántos desdichados! ¡Apiadémonos de ellos! Llo... lloremos... (*El orador comenzó a derramar lágrimas*), lloremos y bebamos por...

En esto chirrió la puerta. Entró alguien. Volvimos la cabeza y vimos a un

hombrecillo de enorme calva y sonrisa de mentor. ¡Cómo conocíamos a aquel homúnculo! Al entrar, se detuvo para oír el brindis.

—... lloremos y brindemos por nuestro jefe, protector y bienhechor —terminó Ottiagaiev—. ¡Por Iván Projorich Jalonadaiev!

¡Hurra!

—¡Hurra!! —tronaron las veinte gargantas; y en todas ellas penetró el champaña en grato torrente agridulce...

El vejete se acercó a la mesa y nos hizo un afectuoso saludo con la cabeza. Debía de estar en el séptimo cielo.

EL HERMANITO

(Братец)

De pie junto a la ventana, una muchacha miraba, pensativa, hacia la sucia calzada de la calle. Tras ella, un joven con uniforme de funcionario, pellizcándose el bigote decía, con voz trémula:

—¡Recapacita, hermana mía, antes que sea tarde! Hazlo por mí: no te cases con ese tendero barrigudo, con ese ceporro. Escúpele a la cara a ese hereje mofletudo, que no tenga paz ni en el cielo ni en la tierra. ¡Hazme ese favor!

—Imposible. Le he dado palabra.

—¡Te lo suplico! Ten compasión de nuestro apellido. Eres noble de abolengo, instruida; él, en cambio, es un cervecero, un *muzhik*, un villano, ¡un lacayo! Compréndelo, boba. Se dedica a vender *kvas* y arenques podridos. ¡Es un golfo! Ayer le diste palabra de matrimonio, y esta mañana ha engañado a nuestra cocinera en cinco kopeks. A la gente pobre le saca hasta el tuétano. Además, ¿qué va a ser de tus ilusiones? ¡Dios mío de mi alma! ¿Qué va a ser de ellas? Sé muy bien, ¿me oyes?, sé muy bien que quieres a Misha Triojvostov, de nuestro departamento, que sueñas con él. Y él también te quiere...

La muchacha enrojeció. Le tembló la barbilla, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Notábase que el hermano había tocado la cuerda más sensible.

—Te estás matando a ti misma y lo estás matando a él... Se ha echado a la bebida, el infeliz. ¡Ay hermana, hermana! Te han cegado el dinero del villano, los zarcillos y las pulseras... Te casas por interés con un perfecto idiota... Es una verdadera porquería... Tendrás por marido a un ignorante. No sabe ni escribir su nombre como es debido: «Mitri Niekolaiev». Niekolaiev en vez de Nikolaiev, ¿te enteras? Niekolaiev... ¡Valiente animal! Viejo, grosero, patizambo... ¡Hazlo por mí, no te cases!

La voz del hermano tembló y enronqueció. El muchacho tosió y se enjugó los ojos. Su barbilla también se estremeció.

—Le he dado mi palabra, querido hermano. Y, además, ya estoy harta de tanta pobreza.

—Bueno, mira, terminaré diciéndote una cosa, ya que hemos llegado a este extremo. No quería empañar mi reputación ante ti, pero ya no me importa. Prefiero cubrirme de oprobio antes que ver sucumbir a mi hermana... Escucha, Katia: conozco un secreto referente a tu mercachifle. Apenas te lo descubra, no querrás saber nada de ése... Verás en qué consiste. ¿Sabes en qué antro de perdición me encontré con él un día? ¿Lo sabes?

—¿Dónde?

El hermano despegó los labios con intención de descubrir el secreto, pero se lo

impidieron: en aquel preciso instante entró en el aposento un muchacho de vieja guerrera y sucias botas altas llevando un gran paquete. Después de santiguarse, el recadero quedó a poca distancia de la puerta.

—Dmitri Terentich les envía un saludo —dirigióse al hermano—. Me ha dicho que les felicite con motivo de la festividad del domingo... Y me mandó que les entregase esto...

El hermano torció el gesto, cogió el paquete, le echó una ojeada y sonrió despectivamente.

—¿Qué habrá mandado aquí? Cualquier insignificancia, de seguro... ¡Gm!... Parece que es azúcar.

Así diciendo extrajo del paquete un bloque de azúcar, le quitó la funda y le dio un papirotazo con el dedo.

—¡Ejem!... ¿De qué fábrica es? ¿De la de Bobrinski? Eso parece... ¿Y esto, qué es, té? Huele a algo raro... Despide un olor a sardinas... Una pomada que no tiene ninguna aplicación... Pasas revueltas con suciedad... Quiere ablandarnos. Por eso vienen estos obsequios. Pero no te equivocas, amiguito: a nosotros no se nos compra así como así. ¿Y para qué habrá metido aquí este café de achicoria? Yo no tomo café. Es malo para la salud. Pone los nervios de punta... Bueno, puedes marcharte. Saludos.

El recadero se marchó. Katia corrió hacia su hermano y le agarró de un brazo: sus palabras le habían causado fuerte impresión; muy pocas más hubieran bastado para desahuciar al tendero.

—¡Dímelo, dímelo! ¿Dónde le viste?

—En ninguna parte. Era de broma... Haz lo que quieras —dijo el hermano, y dio otro papirotazo al azúcar.

UN FILÁNTRPO

(Филантроп)

En el lujoso y elegante *boudoir* de una dama *chic* muy conocida en Moscú estaba el doctor. Era mediodía. La linda dueña del *boudoir* acababa de levantarse del lecho y, tendiéndose en un mullido sofá, se despertaba y miraba interrogativamente a los ojos del médico. El médico, joven de unos veintiséis años, estaba sentado frente a ella, con el ceño fruncido. El sol de mediodía jugaba en sus gruesos dijes, le quemaba la ancha frente y le hacía entornar los ojos, sin que él mismo lo advirtiera.

Mas no estaba él para sensaciones físicas, pues otras inquietudes más candentes y sensibles le quitaban el sosiego: le dolía el alma.

Se maldecía a sí mismo, se despreciaba, se odiaba... Estaba dispuesto a despedazar su propio cuerpo.

Y todo porque *ella* esperaba una palabra suya... Pero ¿qué podía decirle él?

«Soy un canalla —pensaba, mirando de reojo la carita de la primorosa criatura sentada frente a él—. ¡Mil veces canalla! Me he pasado dos semanas persiguiéndola, atosigándola, cortejándola como el último lechuguino y presumiendo ante ella igual que un idiota. ¿Para qué todo ello? He conseguido engatusarla. No pasa día que no mande tres o cuatro veces a buscarme. La he hecho interesarse por mí, pero... ¿acaso puedo corresponderle? ¡Qué desgraciada! ¡Y con qué tristeza me mira! ¡Con qué impaciencia espera la declaración decisiva!»

En efecto, aquellos ojos, fijos en la cara del doctor, estaban llenos del amor más tierno, de la pasión más ardiente, más impulsiva, más loca.

«¿Para qué trataba de conseguir su amor? —continuó su cavilación el médico—. Pues... por presunción. Quería halagar mi amor propio. A los presumidos y a los idiotas les gusta rendir a las mujeres. Lo que no se preguntan es para qué necesitan tales victorias. Yo, por ejemplo, ¿qué voy a hacer con esta muñeca? ¡Pobrecilla!».

—Me duele también el brazo derecho —dijo la damisela interrumpiendo las meditaciones del doctor—. Me ha estado doliendo toda la noche. Y la cabeza también me dolía...

—¡Ejem!... ¿Y qué tal ha dormido?

—Mal... Tenía un ruido en la cabeza...

—¿Y palpitaciones? —preguntó el doctor por preguntar algo.

—También —mintió la damisela—. Tengo los nervios destrozados horribilmente. No sé qué hacer. Le molesto a usted todos los días...

Transcurrió cosa de media hora en medio de preguntas y respuestas por el estilo. A la postre, la situación se hizo insostenible. El doctor se levantó y cogió el sombrero.

—Necesita usted más movimiento —sentenció—. Evite las emociones... El

verano próximo váyase al extranjero o quizá al Cáucaso... Mañana pasaré a verla.

Ella también se levantó y, en silencio, depositó un sobre en la mano que él le tendía. El médico lo cogió desviando la mirada. Pero de pronto, casualmente, miró al espejo y allí observó que la linda carita de la caprichosa damisela estaba a punto de llorar. Sus ojitos, sus pobres ojitos celestes, parpadeaban con rapidez y se cubrían de humedad. Sus labios se contraían de furia y enojo.

«¡Desdichada!», pensó el doctor, y, dando un suspiro, *se compadeció* de ella...

—Y si no, verá usted lo que haremos —murmuró—. Pruebe a tomar estas píldoras... Ahora mismo se lo escribo... Pruebe a ver...

El médico tomó asiento, cortó un trozo de papel blanco para la receta y escribió:

«La espero esta noche a las ocho en la esquina de Kuznetski Most y la calle Neglínnaia, junto a la tienda de Daciaro».

Hecha la receta, se puso los guantes, saludó y se fue.

A las ocho de la noche... Pero, en fin, pondremos punto. Prefiero siempre el punto final a los puntos suspensivos. También ahora lo preferiré.

PÁGINA DE LA CRÓNICA JUDICIAL

(Случай из судебной практики)

Sucedió este caso en una de las últimas sesiones de la Audiencia Comarcal de N***.

Ocupaba el banquillo Sidor Shelmetsov, sujeto de unos treinta años con nervioso rostro agitanado y ojillos de pícaro. Se le acusaba de robo con fractura, fraude y suplantación de personalidad.

En este último delito concurría la agravante de apropiación de títulos ajenos. Ejercía la acusación el sustituto del fiscal, un sustituto como hay miles. Carecía de esas cualidades y signos distintivos que granjean popularidad y honorarios crecidos. Era, pues, un semejante de sus semejantes. Hablaba por la nariz, no pronunciaba la «к» y se sonaba a cada instante.

En cambio, el defensor era un letrado famosísimo y popularísimo. Un abogado al que conocía todo el mundo. Sus admirables discursos se citaban; y su nombre se pronunciaba con veneración.

Son abogados de esta clase los que hacen de protagonistas en las novelas chabacanas que terminan con la absolución total del héroe en medio de una ovación del público. En tales novelas se da a estos jurisconsultos nombres derivados de truenos, rayos y otros fenómenos de la naturaleza, no menos impresionantes.

Cuando el sustituto del fiscal demostró que Shelmetsov era culpable y no merecía clemencia, cuando aclaró todos los puntos, convenció al auditorio y terminó con el consabido: «He dicho», se levantó el defensor. Todos los presentes aguzaron el oído. Se hizo el silencio. Comenzó su discurso el abogado y... ¡adiós, nervios del público! El defensor alargó su oscuro cuello, ladeó la cabeza, echó lumbre por los ojos, alzó una mano, y un raudal de inefable dulzura penetró en los oídos anhelantes. Su lengua estremeció los nervios de los oyentes como las cuerdas de una *balalaika*.

Apenas pronunciadas sus dos o tres primeras frases, alguien del público exhaló un ¡ah!; y hubieron de retirar de la sala a una dama, completamente pálida. A los tres minutos, el presidente hubo de coger la campanilla y tocarla por tres veces. El ujier de nariz roja se removió en su asiento y empezó a lanzar miradas amenazadoras al entusiasmado público. Agrandáronse todas las pupilas, lividecieron los rostros, ávidos de oír los párrafos siguientes. Alargáronse los cuellos. ¿Y qué sería de los corazones?

—Somos hombres, señores del Jurado; juzguemos, pues, humanamente —dijo, entre otras cosas, el defensor—. Antes de comparecer ante ustedes, este hombre ha sufrido una reclusión provisional de seis meses. ¡Seis meses en que la esposa estuvo privada de su amado marido y en que los ojos de los niños permanecieron bañados en lágrimas por no tener junto a ellos a su adorado padre! ¡Oh, si vieran ustedes a esos

niños! Están hambrientos, porque no tienen quien los mantenga; y lloran porque son profundamente desgraciados. ¡Mírenlos! Tienden hacia ustedes sus tiernas manecitas, pidiendo que les devuelvan a su padre. No asisten a este juicio; pero pueden ustedes imaginárselo. (*Pausa*). Recluido... ¡Ejem!... Le encerraron con ladrones y asesinos... ¡A él! (*Pausa*). Basta figurarse su tormento espiritual en la mazmorra, lejos de su esposa y de sus hijos, para... Pero, bueno, ¡para qué vamos a hablar!

Oyéronse sollozos entre el público. Una muchacha que llevaba un hermoso broche en el pecho rompió a llorar; y la secundó su vecina de asiento, una viejecilla.

El defensor seguía habla que habla. Esquivando los hechos, hacía hincapié en el factor psicológico:

—Conocer su alma es descubrir un mundo original, extraordinario, en incesante movimiento. Yo he estudiado ese mundo. Y al estudiarlo, lo confieso, he visto por primera vez al hombre. He comprendido al hombre. Cada impulso de su alma dice que en la persona de mi cliente tengo el honor de ver al hombre ideal...

El ujier dejó de mirar al público con ojos severos y extrajo el pañuelo del bolsillo. Sacaron de la sala a otras dos señoras. El presidente, dejando en paz la campanilla, calose las gafas para ocultar las lágrimas que brotaron de su ojo derecho. Todos sacaron los pañuelos. El fiscal, aquella piedra ruda, aquel témpano de hielo, el más insensible de los organismos, se removi6 inquieto en su sillón, enrojeció y bajó los ojos, fijando la mirada bajo la mesa. Las lágrimas brillaron a través de sus lentes...

«Más me hubiera valido retirar la acusación —pensó—. ¡Menudo fiasco me espera!».

—¡Fíjense en sus ojos! —continuó el defensor, temblorosas la cara y la voz, mientras por sus pupilas asomaba su alma atormentada—. ¿Creen ustedes que esos ojos tímidos y afables podrían permanecer impasibles ante el crimen? ¡No, no! ¡Esos ojos lloran! ¡Bajo esos pómulos de calmuco se ocultan fibras delicadas y sensibles! ¡Bajo ese pecho deforme y grosero late un corazón que odia el delito! ¿Y ustedes, personas humanas, osarán afirmar que es culpable?

En este punto no pudo contenerse el acusado. Llegó su turno de llorar. Después de un acelerado pestañeo, rompió en llanto y, nervioso, cambió de sitio en el banquillo.

—¡Soy culpable! —exclamó interrumpiendo la perorata del defensor—. ¡Me reconozco culpable! ¡He robado y cometido mil fraudes, maldito de mí! Fui yo quien se llevó el dinero del baúl. Y el abrigo robado se lo di a mi cuñada para que lo escondiese. ¡Me arrepiento de todo y me declaro culpable!

A renglón seguido, lo confesó todo. Y fue condenado.

UNA ENIGMÁTICA CRIATURA

(Загадочная натура)

Un compartimento de primera clase.

En el asiento, tapizado con terciopelo carmesí, se halla recostada una linda señorita. Un caro abanico cruje en su prieta y convulsa mano, el *pince-nez*^[168] cae a cada instante de su hermosa naricilla, el broche sube y baja del pecho como una barca entre las olas. Está agitada... Frente a ella está sentado un funcionario del gobierno regional, en comisión de servicio, un joven e incipiente escritor que ha publicado en las gacetas de la región pequeños relatos o, como él los llama, «nouvelles» sobre la vida del gran mundo... La mira a la cara, la mira fijamente, con el aire de un experto. Observa, estudia, percibe a esta excéntrica y enigmática criatura, la entiende, la comprende... Su alma, toda su psicología, están claras, como la palma de la mano.

—¡Oh, la comprendo! —dice el funcionario en comisión de servicio, besando su mano cerca del brazalete—. Su alma sensible y delicada busca la salida del laberinto... ¡Sí! Es una lucha terrible, monstruosa, pero... no se desanime. Usted triunfará. ¡Sí!

—Describame, Voldemar —dice la señorita, sonriendo tristemente—. Mi vida es tan intensa, tan variada, tan abigarrada... Y lo principal, soy tan desgraciada. Soy una sufridora al gusto de Dostoievski... Muestre al mundo mi alma, Voldemar, muestre esta pobre alma. Usted es psicólogo. Apenas hace una hora que estamos sentados en el compartimento y usted ya me ha comprendido totalmente.

—¡Hable, se lo suplico, hable!

—Escuche. Yo nací en la familia de un funcionario pobre. Mi padre era bueno, inteligente, pero... el espíritu de la época y el medio... *vous comprenez*^[169], no culpo a mi pobre padre. Bebía, jugaba a las cartas... aceptaba sobornos... Y mi madre... ¡Qué le voy a decir! La necesidad, la lucha por un mendrugo de pan, el ser consciente de la miseria... ¡Ah, no me haga recordar aquello! Tuve que abrirme camino yo sola... La horrible educación del Instituto, la lectura de novelas estúpidas, los errores de juventud, el tímido primer amor... ¿Y la lucha con el medio? ¡Horrible! ¿Y las dudas? ¿Y los tormentos que surgen de no tener fe en la vida, en sí misma? ¡Ah! Usted es escritor y nos conoce a las mujeres. Usted lo comprende... Por desgracia, fui dotada de un espíritu generoso... Esperaba la felicidad, ¡y qué felicidad! Ansiaba ser una persona. ¡Sí! En ser una persona veía mi felicidad.

—¡Maravillosa! —balbucea el escritor besándole la mano cerca del brazalete—. No le beso a usted, encanto, sino al sufrimiento humano. ¿Recuerda a Raskolnikov^[170]? Él besaba así.

—¡Oh, Voldemar! Yo necesitaba la gloria, el ruido, el esplendor, como todo

espíritu fuera de lo corriente. ¿Para qué caer en una falsa modestia? Ansiaba algo extraordinario... que no fuese femenino. Y he aquí... He aquí que en mi camino se cruza un general rico y viejo... Compréndame, Voldemar. Eso significaba sacrificarse, renunciar a mí misma, compréndame. No podía actuar de otra manera. Hice rica a mi familia, comencé a viajar, a hacer el bien... Pero cómo sufría, qué insoportables, qué bajos y vulgares se me hacían los abrazos de ese general, aunque, hay que hacerle justicia, en su tiempo combatió valientemente. Había minutos... minutos horribles. Pero me reconfortaba la idea de que el viejo moriría de un día a otro y que yo viviría como quisiera, me entregaría al hombre amado, sería feliz... Porque ese hombre existe, Voldemar, Dios lo sabe.

La señorita se abanica enérgicamente. Su rostro adquiere una expresión plañidera.

—El viejo ha muerto... Me ha dejado algo, soy libre como un pájaro. Ahora es cuando puedo vivir feliz. ¿No es cierto, Voldemar? La felicidad llama a mi puerta. Basta con dejarla entrar. Pero ¡no! Escúcheme, Voldemar, se lo suplico. Es el momento de entregarse al hombre amado, ser su compañera, su ayudante, la portadora de sus ideales, ser feliz... descansar... ¡Pero qué vulgar, repugnante y estúpido es todo en este mundo! ¡Qué ruin es todo, Voldemar! ¡Soy desgraciada, desgraciada, desgraciada! De nuevo, hay un obstáculo en mi camino. De nuevo siento que mi felicidad está lejos, lejos. ¡Ah, cuántos tormentos, si usted supiera! ¡Cuántos tormentos!

—¿Qué es? ¿Qué se interpone en su camino? Dígalo, se lo ruego. ¿Qué es?

—Otro viejo rico...

El abanico roto oculta el bello rostro. El escritor apoya en el puño su cabeza rebosante de ideas, suspira y con el aire de un experto psicólogo se queda pensativo. La locomotora silba y jadea, los visillos de la ventana enrojecen con el crepúsculo.

EL PÍCARO

(Хитрец)

Iban dos amigos una vez al atardecer y mantenían entre sí una conversación juiciosa. Iban por la Nevski. El sol ya se ponía, pero no del todo... En algún lugar llameaban aún las chimeneas de las casas y brillaban las cruces de las iglesias... El aire levemente helado olía a primavera...

—¡La primavera está cerca! —le decía un amigo al otro, tratando de tomarlo por el brazo—. ¡Es asquerosa esta primavera! Fango en todas partes, indisposición, muchos gastos... Alquila una casa de campo, una cosa, la otra... Tú, Pável Ivánich, eres un provinciano y no entiendes eso... Tú no puedes entender. Ustedes en provincia, como se expresó una vez cierto escritor, sólo tienen bondad de alma... No hay pena, ni tristeza. Comen, beben, duermen, y no saben de ningún asunto. No lo que nosotros... Empezó a helar... ¿lo notas? Por lo demás, ustedes tampoco viven sin pena... Ustedes en primavera tienen su tristeza. Je, je, je. Ahora a ustedes, a los provincianos, se les empieza a agitar la sangre... se les desatan las pasiones. Nosotros, los capitalinos, somos gente de piedra, de hielo, no hay llama en nosotros, y no sabemos de pasiones, ¡y ustedes son volcanes, vesubios! ¡Psh! ¡Psh! ¡Exhala! Je, je, je... ¡Oy, me quemo! Y confiesa pues, Pável Ivánich, ¿se te agita fuerte la sangre?

—No tiene por qué agitarse... —respondió Pável Ivánich sombríamente.

—¡Pues sí, basta, deja! Tú eres soltero, no eres un hombre viejo, ¿por qué, pues, no se te va a agitar? ¡Que se te agite, si quiere! Y en vano te confundes... No hay nada confuso ahí... ¡Así, solamente! (*Pausa*). ¡Y qué muchacha vi hace poco, hermano, qué muchacha! ¡Te chupas los dedos! ¡Chasqueas con los labios cien veces cuando la ves! ¡Un fuego! ¡Unas formas! Palabra de honor... ¿Quieres que te la presente? Una polaquita... Sózia, se llama... ¿Quieres que te lleve a verla?

—Hum... ¡Disculpa, Semión Petróvich, pero yo te diré que así, a un noble, no le corresponde proceder! ¡No le corresponde!! ¡Eso es asunto de mujeres, de taberna, pero no tuyo, no de nobles!

—¿Qué pasa? ¿Pero tú... qué? —se acobardó Semión Petróvich.

—¡Es una vergüenza, hermano! Tu finado padre era nuestro decano, tu *mátushka* de respeto... ¡Es una vergüenza! Yo ya hace un mes que visito tu casa, y noté un rasgo en ti... ¡No tienes tú un conocido, no hay un cada cual o un cada quisque al que no le propongamos una muchacha! Ya a uno, ya al otro... Y otra conversación no tienes... Al casamiento te dedicas. Y aún eres casado también, honorable, pronto te vas a meter a activo^[171], a excelencia... ¡Es una vergüenza, una deshonra! Hace un mes que vivo en tu casa, y tú ya es la décima que me propones... ¡Casamentero!

Semión Petróvich se confundió, empezó a voltearse, como si lo hubieran agarrado

robando del bolsillo.

—Pero yo, nada... —empezó a farfullar—. Yo eso, sólo así... Je, je, je... Cómo eres...

Caminaron unos veinte pasos callados.

—¡Yo soy un hombre infeliz! —rompió a gemir de pronto Semión Petróvich, amoratándose y parpadeando—. ¡Soy un infeliz! ¡Tú estás en lo cierto, que yo soy un casamentero! ¡Es cierto! ¡Y fui así, y voy a ser así hasta la misma lápida de la tumba, si lo quieres saber! ¡En el infierno, por eso mismo, voy a arder!

Semión Petróvich, desolado, agitó la mano derecha y se pasó la izquierda por los ojos. El cilindro se le deslizó hacia la nuca, sus chanclos crujieron por la vereda fuertemente. La punta de la nariz se le llenó de sangre...

—¡Me va a perder mi conducta por completo! ¡Y no voy a morir mi muerte! ¡Voy a sucumbir! Yo siento mi vicio, hermano, y lo entiendo, pero no puedo hacer nada conmigo. ¿Para qué, pues, los empalago a todos con el sexo femenino? ¡A la fuerza, hermano! ¡A ella, a ella, a la fuerza! ¡Soy celoso, como un perro! Te lo confieso, como mi amigo... ¡El celo me venció! Yo me casé, tú mismo lo sabes, con una jovencita, con una belleza... Cada uno la corteja, o sea, puede ser, que nadie quiere ni verla, pero a mí siempre me parece... *Para la gallina ciega, sabes, todo es maíz.* A cada paso temo... Hace poco tú, después del almuerzo, sólo le diste la mano, y a mí ya me pareció todo... quería darte una puñalada... ¡A todo le temo! Bueno, y tengo que emplear la astucia a la fuerza. Tan pronto noto que alguien empieza a rondarla, yo enseguida me le acerco con una muchacha: ¿no la quieres, le digo? La retirada es una astucia militar... ¡Soy un imbécil! ¡Qué hago! ¡Una vergüenza, una deshonra! Cada día corro por la Niévskii, recluto para mis amigos a esas bichas cola-sucias... ¡A esas villanas! ¡Y cuánto dinero se me va en ellas, si tú supieras! Algunos amigos captaron mi debilidad, y se aprovechan... Se divierten a cuenta mía, villanos... ¡Ah!

Semión Petróvich dio un aullido y palideció. Por la Niévskii, por delante de los amigos, pasó una calesa. En ésta estaba sentada una dama joven, *vis-à-vis* con la dama estaba sentado un hombre.

—¿Ves, ves? Ahí va mi esposa. Bueno, ¿cómo no celar ahí? ¿Ah? ¡Pues ése es ya la tercera vez que se pasea con ella! ¡No en vano! ¡No en vano, el bribón! ¿Viste cómo le echa miradas? Adiós... Corro... ¿Así, no quieres a Sózia? ¿No? ¡No la quieres! Adiós... Así, yo a él se la... a Sózia pues...

Semión Petróvich se encajó más el sombrero y, golpeando con el bastón, echó a correr, tratando de no perder de vista la calesa.

—El padre era un decano —suspiró Pável Ivánich—. La *mátushka* de respeto... Y la familia ilustre, de pura cepa... ¡A-a-ah! ¡Se apocó el pueblo!

LA CONVERSACIÓN

(Разговор)

Unas personas de ambos sexos estaban sentadas en unas butacas blandas, comían frutas y, por hacer algo, criticaban a los doctores. Decidieron que si en este mundo no existieran los doctores en absoluto, pues sería excelente; por lo menos, las personas no se enfermarían y morirían tan a menudo.

—Por lo demás, señores, a veces... por lo demás... —rompió a hablar al final de todo una rubia pequeña, endeble, comiendo una pera y sonrojándose—. A veces los doctores son útiles... No se puede negar su utilidad en ciertos casos. En la vida familiar, por ejemplo. Imagínense que la esposa... ¿Mi esposo no está aquí?

La rubia echó una mirada a los interlocutores y, convencida de que en la sala no estaba su esposo, continuó:

—Imagínense que la esposa, a fuerza de cuales sean las razones, no desea que, supongamos, él... no se atreva ni a acercarse a ella... Imaginen que ella no puede, en una palabra... amar al esposo, porque... en una palabra, se entregó a otro... ser amado. Bueno, ¿qué le ordenan hacer? Ella se dirige al doctor y le ruega que él... encuentre las razones... El doctor va a ver al esposo y le dice que si... en una palabra, ustedes me entienden. Písiemskii incluso tiene algo en ese género^[172]... El doctor va a ver al esposo y, en nombre de la salud de su esposa, le ordena a este renunciar a sus deberes maritales... ¿*Vous comprenez*^[173]?

—Pues yo no tengo nada en contra de los señores doctores —dijo sentado a un costado un viejecito, un funcionario—. ¡Unas muy gentiles y, les puedo asegurar, inteligentes personas! Son los benefactores nuestros, sin profundizar. Razonen ustedes mismos, muy señores míos... Usted pues, *madame*, hablaba ahora de los deberes maritales, y yo le diré sobre nuestros deberes. Nosotros también, pues, amamos el sosiego y el anhelo de alma ése, de que todo esté bien. Mi servicio yo lo conozco, pero si, supongamos, su excelencia, usted se digna a exigir que por encima del servicio, pues disculpe, eso es ya un *attande*^[174]. A nosotros nuestro sosiego nos es caro también... ¿Usted conoce a nuestro general? ¡Un alma de hombre! ¡La generosidad! Todos los actos, se puede decir, de alma. Y no te ofende, te da la mano, te pregunta por la familia... El jefe, y al igual que tú la conducta. Bromas así, dichos de todo tipo, chistes... Como un padre, en una palabra, hablando en resumen. Pero unas tres veces al año, en ese gran hombre hay un cambio. ¡Cambia! Se hace otro por completo, y... ¡no quiera Dios! Le gusta, saben, introducir reformas... Ésa es su cuerda, su idea, como dicen los socialistas. Y cuando él —unas tres veces al año sucede eso con él— empieza a introducir reformas, ¡no te le acerques entonces! ¡Es como algún tigre o un león! Anda rojo así, sudado, tiembla, dice que no tiene gente.

Andamos todos nosotros entonces pálidos, y... nos morimos de terror. Y nos retiene en el servicio hasta tarde en la noche, escribimos, corremos, hurgamos en los archivos y los informes... y no quiera el Señor, *ni al maldito tártaro se lo deseo*. En el infierno oscuro es mejor. Y hace poco lloró, que no lo entienden, que no tiene unos verdaderos ayudantes... ¡Lloró! ¿Y acaso nos es grato ver cómo el jefe llora?

El viejecito calló y se volteó, para no mostrar las lágrimas que brillaban en sus ojos.

—¿Y qué tienen que ver los doctores ahí? —preguntó la rubia.

—Y mire qué tienen que ver... Espere... Tan pronto empezamos a advertir, por lo tanto, que empieza ese mismo cambio, vamos ahora al doctor: «¡Iván Matvéich, hijito! ¡Benefactor, padre carnal, ayúdanos! Sólo en ti tenemos esperanza. ¡Haz una gracia divina, despáchalo tú al extranjero! No se puede vivir... Bueno... El doctor pues, es un viejecito bondadoso, así... Es sabido, él mismo fue subordinado, y probó todo el dulce. Va a ver al nuestro, certifica... «El hígado —dice— no está... Algo en este ahí no está, su excelencia... Si usted fuera —le dice— al extranjero, a disfrutar las aguas...». Bueno, lo asusta con el hígado, y aquél, es sabido, un hombre aprensivo, las enfermedades le espantan... Al instante al extranjero, y las reformas, ¡tiu, tiu! ¡Mire!

—Y ¿si fuera el jurado, digamos... —empezó un mercader—, a quién ver si...?

Después del mercader empezó a hablar una dama madura, cuyo hijo hacía poco casi había ido al servicio militar.

Y empezaron a elogiar a los doctores, dijeron que sin ellos no se podía de ningún modo, que si en este mundo no hubiera doctores, pues sería horrible. Y decidieron al final de todo que, si no hubiera doctores, las personas se enfermarían y morirían mucho más a menudo.

CABALLEROS SIN MIEDO Y SIN TACHA

(Рыцари без страха и упрека)

En casa del jefe de la estación de Razbeisia reinaba la alegría. Se habían reunido jefes de estación, jefes de trayectos, jefes de almacenes, jefes de depósitos y otros jefes, jubilados y sin jubilar, viejos y jóvenes. Entre las guerreras de uniforme sobresalían por su colorido las *modes et robes*^[175] de las señoras; e incluso se veían algunas caritas infantiles. Los reunidos tomaban té, jugaban a las cartas, oían música y se deleitaban conversando. Hablaban de *casos casuales* acaecidos en tal o cual línea. Refirieron tantos que no hay manera de escribirlos todos. El señor Ukusilov habló, por sí solo, dos horas. ¡Como para copiarlo! Siguiendo mi costumbre, seré breve.

—¡Tres vagones se hicieron trizas! —terminó el señor Ukusilov su relato de dos horas—. Dos muertos, cinco heridos... Y lo más gracioso de todo fue que resultó como hecho por mano del maligno: no tuvo repercusión oficial, ¡je, je, je! De un solo taller hubo seis heridos... Los mandé llamar: «¡Como me entere... de que alguno... se va de la lengua...! Tú di que te has caído». A dos soldados que andaban por allí se les dieron tres rublos para taparles la boca: «¡A callar y a no contar nada!». Tomamos todas las precauciones habidas y por haber, pero no pudimos evitar ciertos daños: me destituyeron y hasta me amenazaron con procesarme, acusado de estar durmiendo y de no haber puesto un telegrama. ¡Como si un jefe de estación no tuviera derecho a dormir! ¡Qué poca conciencia hay en el mundo! ¡Por una insignificancia dejar cesante a un padre de familia! En uno de los vagones siniestrados le traían al jefe de movimiento una cesta de cangrejos de su finca; y se perdieron en el accidente. El pobre señor, de una educación esmeradísima, soñaba con comer aquella tarde cangrejos *à la bordelaise*... Y a no ser por los malditos cangrejos no hubiera habido inspección y no me hubieran dejado cesante.

—¿Sigue usted cesante hasta ahora? —interesose la hija del pope de la aldea vecina, que había venido a ver si «por amistad» le facilitaban a su madre billete gratis para ir a visitar a su tía.

—¡Qué va! A la semana estaba ya en otra línea, aunque figurase como encartado en un expediente.

—Pues oigan ustedes otro caso —comenzó el señor Gartsunov, sirviéndose vodka—. Todos ustedes conocen, ni que decir tiene, a Iván Mijailich, que trabajaba de jefe de tren. ¡Un animal! Un hombre honradísimo y buenísimo; pero un canalla, a su modo... Vamos, no es que fuese un canalla, sino... un genio a su manera, un cernícalo... Pues una vez llegó a Yivodiorovo con un tren... Un tren de mercancías, porque no se le podía poner en trenes de viajeros, ya que al ver a las mujeres sufría

verdaderos ataques. Pues, como les iba diciendo, llegó con su tren... Y en el andén había alrededor de treinta segadores. Era en verano, época de faenas...

»—¿Adónde vais, amigos segadores? —les preguntó—. Si queréis, os llevo en el tren hasta la próxima estación. No os cobraré más que un *grivennik*^[176] por cabeza.

»¿Qué más querían los otros? Iván Mijailich les cobró a razón de un *grivennik* y los metió a todos en el coche de servicio, iban nuestros segadores más contentos que unas pascuas. De alegría que llevaban se pusieron a cantar. ¡Qué riii-saaa! Yo iba en el tren porque me dirigía a casa de Ilia Petrovich, que bautizaba aquel día a su hija Olechka...

»—¿Por qué los ha subido usted? —le pregunté—. ¿No sabe que en la estación hay revisores?

»—¡Al diablo!

»—Pues ya verá...

»Iván Mijailich se quedó pensativo... Naturalmente, no quería comprometerse. La cosa no tiene importancia, ¿saben? Todo el mundo lleva gente de extranjis y no hay quien no lo sepa; pero resulta molesto que lo descubran... Además, hay revisores y revisores... ¡Se atraviesa cada uno que es capaz de amargarte la vida! Hay de todo. Más que nada lo hacen por maldad o por distinguirse ante los jefes.

»—El tren no hay forma de pararlo —dijo Iván Mijailich—, y a estos demonios conviene quitárselos de encima. ¿Qué hacer?

»En esto se nos cruzó un tren con tres faroles en el coche de servicio. Los jefes de tren tienen esa señal: tres faroles o dos banderines, o algún otro signo distintivo en el coche de servicio, quieren decir que en la estación hay revisores o inspectores. Se confirmaron mis augurios. Iván Mijailich, piensa que te piensa. ¡Qué risa! De buenas a primeras, va y abre la puerta del vagón, agarra del cuello a los señores segadores y, a toda marcha, ¡abajo! ¡Je, je, je! Los segadores saltaban y caían como gavillas...

»—¡Saltad! —les gritaba Iván Mijailich—. Saltad hacia adelante y no os pasará nada. ¡Salta, hijo de tal, maldito, diablo!

»Nosotros nos moríamos de risa viendo el espectáculo. Todos saltaron. Sólo uno se rompió una pierna. A los demás no les pasó nada. Y perdieron sus *grivenniks*. ¡Ja, ja, ja! Al cabo de una semana salió a relucir el asunto... Sacaron de no sé dónde al segador con la pata rota... Algún granuja debió de dar el chivatazo. ¡No se lo lleve el demonio! ¡Mala fe que tiene la gente! Total, que al segador le dieron una indemnización de cinco rublos y a Iván Mijailich lo echaron del trabajo, ¡Ja, ja, ja!

—¿Y sigue sin colocación?

—Me han dicho que va a entrar en la Ópera. Tiene una estupenda voz de barítono. A veces, yendo en el tren, se emborrachaba y le daba por cantar. Hasta las fieras se quedaban quietas oyéndole y los pájaros se echaban a llorar. Un hombre de talento, no cabe duda...

EL SAUCE

(Берёза)

¿Quién de ustedes ha viajado por la carretera de B. a T.?

Quien haya viajado recordará, sin duda, el molino de Andreievskaja, que se eleva, solitario, a la orilla del río Koziavka. Un molino pequeño, de dos piedras. Tiene más de cien años; lleva muchísimo sin trabajar, y, por consiguiente, no es de extrañar que parezca una viejecilla encorvada y harapienta, a punto de derrumbarse a cada instante. Verdaderamente, esta viejecilla hace tiempo que se hubiera desplomado a no ser por el sostén que le ofrece un viejo y ancho sauce, de tronco tan grueso que no lo abarcarían dos hombres. Su brillante follaje descende al techo y a la compuerta del molino; y hay hojas que se bañan en el agua y que alfombran el suelo. El sauce es también viejo y encorvado. Su nudoso y corvo tronco aparece afeado por un agujero grande y oscuro. Meta la mano en él y se la embadurnará de miel. Abejas silvestres zumbarán alrededor de su cabeza y le agujonearán. ¿Cuántos años tendrá el sauce? Arjip, buen amigo suyo, afirma que el árbol era ya viejo cuando él hacía de «francés» en casa del señor y de «negro» con la señora; y todo ello fue hace muchísimo, muchísimo, tiempo.

El sauce sirve de sostén a otra ruina, al anciano Arjip que, sentado a su pie, se pasa el día pescando con caña, de sol a sol. Arjip es viejo y encorvado como el sauce, y su desdentada boca recuerda el agujero del árbol. Pesca durante el día y, por la noche, sentado entre sus raíces, cavila. El viejo sauce y el viejo Arjip cuchichean día y noche. Ambos han visto tantas cosas en su vida... Óiganles.

Hace treinta años, el día del Domingo de Ramos, es decir, en el santo del anciano sauce, el anciano Arjip, sentado en su sitio de costumbre, estaba pescando y contemplando el paisaje de primavera. En derredor, como siempre, quietud. Sólo se oía el susurro de los dos viejos y el espaciado chapoteo de algún pez travieso. El anciano pescador esperaba la llegada del mediodía. A mediodía comenzaba a hacer la sopa. Cuando la sombra del sauce empezaba a separarse de la orilla opuesta, llegaba el mediodía. Arjip adivinaba también la hora por el cascabeleo de la diligencia postal, que pasaba por la presa exactamente a las doce.

También aquel domingo oyó Arjip el campanilleo. Dejando la caña a un lado, miró hacia la presa. La troika rebasó un montículo, descendió pendiente abajo y siguió a paso de peatón. El correo iba dormido. Al llegar a la presa, el carruaje se detuvo. Mucho tiempo llevaba Arjip sin sorprenderse, pero esta vez fue grande su sorpresa. Sucedió algo extraordinario. El cochero miró a su alrededor, se agitó, nervioso, quitó el pañuelo de la cara del correo y blandió una porra. El correo no se movió. Una mancha purpúrea cubrió su cabeza. El cochero bajó a tierra y, volteando el brazo, descargó otro golpe. Un minuto después, Arjip oyó pasos a poca distancia:

el cochero venía directamente hacia él. Su cara, curtida, estaba pálida, y sus ojos miraban sin dirección determinada. Temblando como azogado, corrió hacia el sauce y, sin percatarse de la presencia de Arjip, metió en el agujero del árbol la saca del correo, tras de lo cual retornó al carruaje a toda prisa y, cosa extraña para Arjip, se asestó un golpe a sí mismo en la sien. Después de ensangrentarse la cara, arreó a los caballos:

—¡Socorro, que me matan! —gritó.

El eco repitió su grito, y la llamada de socorro siguió sonando largo rato en los oídos de Arjip.

Seis o siete días después se presentó el Juzgado. Los miembros de la comisión sacaron un plano del molino y de la presa, midieron la profundidad del río y, luego de almorzar a la sombra del sauce, marcháronse por donde habían venido. Mientras duró la inspección, Arjip estuvo metido bajo la rueda, tembloroso, sin dejar de mirar la saca. Vio en ella sobres con cinco sellos. De día y de noche contemplaba aquellos sellos cavilando; y el viejo sauce callaba de día y lloraba de noche. «¡Valiente tonto!», pensaba Arjip oyéndole llorar. Una semana más tarde, el anciano iba ya camino de la ciudad llevando consigo la saca.

—¿Dónde está el juzgado? —preguntó nada más entrar en la ciudad.

Le indicaron una gran casa de color amarillo con una garita rayada a la puerta. Penetró, y ya en el vestíbulo encontró a un señor de botones muy brillantes, que fumaba en pipa y estaba echando una reprimenda al guarda. Arjip se acercó y, temblando todo él, refirió al funcionario el episodio del viejo sauce. El funcionario cogió la saca, desató las correas, palideció, enrojeció...

—Un momento —dijo, y corrió al interior.

Allí le rodearon otros funcionarios. Carreras, nerviosismo, comentarios... A los diez minutos, el funcionario le trajo de nuevo la saca a Arjip y le dijo:

—No es aquí donde tenías que ir, hermano. Vete a la calle Nizhnaia, y allí te dirán dónde está la Policía, porque ésta es la Delegación de Hacienda.

Arjip se fue con la saca.

—Pesa mucho menos —pensó—. Se ha quedado en menos de la mitad.

En la calle Nizhnaia, le mostraron otro edificio amarillo con dos garitas. Arjip entró. No había vestíbulo, y las oficinas comenzaban en la misma escalera de entrada. Llegose el viejo a una mesa y contó a los escribientes la historia que le traía. Los escribientes le arrebataron la saca, le dieron muchos gritos y mandaron a buscar al jefe. Apareció un gordo bigotudo que, tras un breve interrogatorio, se apoderó de la saca y se encerró con ella en otra habitación.

—¿Y dónde está el dinero? —se oyó decir en esta habitación al cabo de un instante—. ¡La saca está vacía! Decidle al viejo que puede marcharse. O, si no, será mejor detenerlo. Conducidle a presencia de Iván Markovich. No, no, que se vaya...

Arjip hizo una reverencia y se marchó. Al día siguiente, los carasinos y las percas volvieron a ver su blanca barba.

Era bien entrado el otoño. El anciano, sentado en el lugar de costumbre, estaba pescando. Tenía el semblante tan sombrío como el amarillento sauce: no le gustaba el otoño. Pero su rostro se ensombreció mucho más al ver a poca distancia al cochero que, sin reparar en él, se aproximó al sauce y metió la mano en el agujero. Las abejas, húmedas y perezosas, se arrastraron por su mano. Después de hurgar en el interior, el cochero palideció, y al cabo de una hora, sentado a la orilla, miraba inconsciente al río.

—¿Dónde está *aquello*? —preguntó a Arjip.

Arjip, al principio, guardó silencio y trató de esquivar al asesino, pero terminó compadeciéndose de él.

—Se lo llevé a la Policía —dijo—. Pero tú, tontuelo, no temas... Al entregarlo declararé que lo había encontrado debajo del sauce.

El cochero rugió y, dando un salto, se abalanzó contra Arjip. Estuvo pegándole mucho tiempo. Le golpeó el viejo rostro y le pateó en el suelo. Pero después de dar una tremenda paliza al anciano, se quedó a vivir con él en el molino.

De día dormía, o callaba si estaba despierto; de noche deambulaba junto a la presa: por la presa erraba la sombra del correo, y conversaba con ella. Llegó la primavera sin que el cochero dejase de permanecer en silencio y de pasear por la presa. Una noche se le acercó el viejo:

—Déjate de tonterías y márchate —le dijo, y miró de soslayo la sombra del correo.

La sombra repitió sus palabras. Y el sauce repitió lo mismo.

—No puedo —respondió el cochero—. Me iría, pero me duelen las piernas y también el alma.

El viejo le agarró del brazo y le llevó a la ciudad, a la calle Nizhnaia, a la misma oficina donde él entregara la saca. El cochero cayó de rodillas ante el «jefe» y confesó su delito. El bigotudo se asombró:

—¿Por qué quieres echarte tierra encima, imbécil? ¿Estás borracho? ¿O quieres que te meta en el calabozo? Aquí se ha vuelto loco todo el mundo. ¡Qué canallas! No hacen más que enredar las cosas... El autor del crimen no ha sido hallado, ¡y se acabó! ¿Qué más quieres? ¡Largo de aquí!

Cuando el viejo recordó la saca, el bigotudo soltó la carcajada, y los escribientes se sorprendieron. Debían de tener mala memoria... Y el cochero no halló expiación en la calle Nizhnaia: tuvo que volverse junto al sauce...

Para huir de los remordimientos, hubo de buscar refugio en el agua, enturbiando precisamente el lugar en que andaban los flotadores. Se ahogó nuestro cochero. Y ahora, los dos viejos, Arjip y el sauce, ven en la presa dos sombras... ¿No será con ellas con quienes cuchichean?

SUPER-EXTRAS

(Обер-верхи)

EL COLMO DE LA CREDULIDAD

Hace días, en la ciudad de T., se descerrajó un tiro el terrateniente K., uno de los magnates de la localidad, riquísimo y padre de una numerosa familia. Disparose el tiro en la boca, y la bala se le alojó en el cerebro. En el bolsillo de la chaqueta del infeliz terrateniente fue hallada una carta que decía:

«Acabo de leer en el almanaque que la cosecha de este año se perderá. Esto me acarreará la ruina. Como no deseo verme en situación tan bochornosa, me quito la vida y ruego que no se acuse a nadie de mi muerte».

EL COLMO DE LA DISTRACCIÓN

De fuente fidedigna se nos informa que hace días tuvo lugar en un hospital este hecho lamentable: El ilustre cirujano M., que debía amputar ambas piernas a un guardagujas, se distrajo y se cortó una a sí mismo y otra al practicante que le asistía en la operación. Los dos fueron convenientemente asistidos.

EL COLMO DEL CIVISMO

Soy hijo de un ciudadano notable, leo *El ciudadano*, visto traje civil y estoy casado con Aniuta por lo civil...

EL COLMO DE LA VIGILANCIA

Hemos recibido una carta en la que se nos dice que, recientemente, un redactor del *Kievlianin*^[177], después de leer varios periódicos moscovitas, sufrió un arrebató de suspicacia y efectuó un registro en su propia casa. Como no hallara nada sospechoso, se condujo a sí mismo a la comisaría del distrito, por si acaso.

UN LADRÓN

(Bop)

Dieron las doce. Fiódor Stepánich se echó el abrigo sobre los hombros y salió al patio. Le envolvió la humedad de la noche. Soplaban un viento crudo y frío. Del negro cielo caía una lluvia diminuta. Fiódor Stepánich atravesó la valla semidestruida y tiró calle adelante. Era una calle ancha, parecida a una plazoleta. Rara vez se encuentran calles como aquélla en la Rusia europea: ni luz, ni aceras, ni nada que recordara semejantes lujos.

A lo largo de las vallas y de las paredes destacaban las negras siluetas de los vecinos que se dirigían a la iglesia. Delante de Fiódor Stepánich chapoteaban en el barro los pies de dos figuras. En una de ellas, pequeña y encorvada, reconoció al médico, la única «persona instruida» de la comarca. El anciano doctor no rehuía su compañía, y siempre suspiraba amistosamente al verle. Ahora llevaba el deteriorado sombrero de tres picos, pues iba de uniforme; y su cabeza parecía dos cabezas de pato pegadas por la nuca. Bajo el faldón del capote asomaba la espada. Y a su lado avanzaba una figura alta y flaca, coronada también por un tricornio.

—¡Cristo ha resucitado^[178], Gurí Ivánich! —dijo Fiódor Stepánich deteniendo al doctor.

Éste le estrechó la mano en silencio y entreabrió el capote para mostrar al *deportado* una cinta de la que pendía la Orden de san Estanislao.

—Después quisiera pasar por su casa, doctor —añadió Fiódor Stepánich—. Permítame que vaya a cenar con ustedes... Se lo suplico. Cuando estaba *allí* siempre cenaba en familia esta noche. Me servirá de recuerdo...

—Creo que resultará un poco violento —azorase el médico—. Tengo una familia, ¿sabe?, mi mujer... Y usted, aunque sea lo que es, no es..., ya me entiende... Existen prejuicios... Yo, por mi parte, no tendría inconveniente... ¡Ejem!... Esta tos...

—¿Y Barabaiev? —replicó Fiódor Stepánich con una mueca y una sonrisa de hiel—. Conmigo lo condenaron: juntos nos deportaron; y, sin embargo, almuerza y cena con ustedes todos los días. Sepa usted que robó más que yo...

Fiódor Stepánich se detuvo y se arrimó a la húmeda valla, para dejarles pasar. A lo lejos brillaban luces que, apagándose y encendiéndose, avanzaban en la misma dirección.

«Alguna procesión —pensó el deportado—. Como *allí*, en nuestra tierra».

De las luces llegaban alegres sonos. Campanillas de fino tañido repiqueteaban con los matices más distintos, aceleradamente, como si tuvieran prisa por llegar a alguna parte.

«Es mi primera Pascua aquí, en medio de estos fríos —pensó Fiódor Stepánich—.

Y... no será la última. ¡Qué rabia! *Allí*, probablemente...».

Su pensamiento voló hacia su tierra. De seguro que *allí* no iría pisando nieve sucia ni fríos charcos, sino hierba joven; el viento no azotaría el rostro como un trapo húmedo, sino que traería el hálito de la primavera. *Allí*, el cielo era oscuro, pero estrellado, con una franja blanca por oriente... En lugar de una sórdida valla, vería una verde empalizada y su casa de tres ventanas. Dentro, habitaciones claras y abrigadas. Y en una de ellas, una mesa cubierta de blanco mantel con panes de Pascua, bocadillos y vodka de diversas clases...

«¡Qué bien estaría un poquito de vodka de *allí*! El de aquí es tan malo que no se puede tomar...».

A la mañana siguiente, un sueño profundo, placentero; y luego, a beber de nuevo. Fiódor Stepánich recordó, ¡cómo no!, a Olia, con su cara felina, mimosa y linda. Ahora estaría durmiendo y de fijo que no soñaría con él: las mujeres se consuelan pronto. De no haber sido por Olia, no hubiera ido él a parar al destierro. Ella engatusó al muy bobo: necesitaba dinero, lo necesitaba de manera apremiante, como todas las *cocottes*. Sin dinero no podía vivir, ni amar, ni sufrir...

«¿Y si me deportan a Siberia? —le preguntó él—. ¿Me seguirás?».

«¡Pues claro! Hasta el fin del mundo».

Él robó; fue descubierto y enviado a Siberia; y Olia, naturalmente, se asustó y no le siguió. Su estúpida cabeza estaría ahora hundida en la blanda almohada de encaje, y sus pies, muy lejos de la sucia nieve.

«Se presentó en el juicio empingorotada y no me miró ni una vez... Se reía cuando el defensor decía alguna gracia... ¡Más que la muerte merece!».

Estos recuerdos fatigaron grandemente a Fiódor Stepánich. Estaba lánguido y como enfermo; diríase que había pensado con todo el cuerpo en aquellas cosas lúgubres. Las piernas, flaqueantes, se le doblaban; y le faltaron fuerzas para llegar a la iglesia. Regresó a su casa y, sin quitarse el abrigo y los zapatos, se desplomó en la cama.

Pendía sobre ella una jaula con un pajar propiedad del dueño de la casa. El ave era muy rara, esquelética y de largo pico, totalmente desconocida para Fiódor Stepánich. Tenía cortadas las alas y arrancado el plumaje de la cabeza. La alimentaba con una sustancia agria, que hacía apestar la habitación entera. El pájaro revoloteaba: inquieto en la jaula, picoteaba en la lata del agua y tan pronto imitaba el canto del estornino como el de la oropéndola.

«¡Este demonio no me deja dormir!», pensó Fiódor Stepánich.

Levantose y sacudió la jaula con la mano. El ave se calló. Se tendió el deportado y ayudándose con el borde de la cama se quitó las botas. Al cabo de un minuto, el ave comenzó de nuevo a agitarse. Un trozo de comida agria cayó sobre la cabeza de Fiódor Stepánich y se le metió entre los cabellos.

—¡A ver si paras de una vez! ¿Vas a callarte o no? Eres lo único que me faltaba...

Pero cosa de cinco minutos más tarde, al deportado le pareció ver al pájaro salir

del rincón al centro de la pieza y dar vueltas con el pico en el suelo de tierra. El pico era como una barrena: giraba, giraba, y no tenía fin. Se oyó el ruido de las alas al chocar entre sí; y a Fiódor Stepánich se le antojó que estaba tendido en el suelo y que sobre sus sienes caían, uno tras otro, los rápidos aletazos del pájaro. Por último, el pico terminó rompiéndose y todo se convirtió en plumas. Fiódor Stepánich se durmió...

—¿Por qué has matado al pobre pájaro, asesino? —fue lo primero que oyó al despertar por mañana.

Abrió los ojos y vio ante sí al dueño de la casa, un anciano cismático y beato, con la cara temblando de cólera y bañada en lágrimas.

—¿Por qué has matado a mi pajarito, condenado? ¿Cómo has tenido valor de dar muerte a mi cantor, Satanás diabólico? ¡Contesta! ¿A quién has matado? ¿Y por qué? ¡Tienes ojos de sinvergüenza, perro carnicero! ¡Márchate de mi casa y no vuelvas a aparecer ni en pintura! ¡Fuera de aquí ahora mismo! ¡Ahora mismo!

Fiódor Stepánich se puso el abrigo y salió a la calle. La mañana era gris, nubosa. Mirando el cielo de plomo no había modo de creer que por encima de aquel techo pudiera resplandecer el sol. La llovizna continuaba...

—*Bonjour, mon cher!*^[179], felicidades —oyó decir cuando hubo traspuesto el portalón del patio.

Ante él, en un coche flamante, pasó su paisano Barabaiev, tocado con chistera y protegido por un paraguas.

«Iré de visita —comentó Fiódor Stepánich—. Incluso aquí ha sabido arreglárselas ese pillo... Como tiene conocidos... ¡Ay, quién hubiera podido robar más!».

Ya cerca de la iglesia, Fiódor Stepánich oyó otra voz, femenina esta vez. A su encuentro venía la diligencia de postas atestada de maletas, tras de las cuales asomaba una cabecita de mujer:

—¿Puede indicarme dónde está...? —inició una pregunta; pero luego exclamó, al reconocer al deportado—: ¡Fiódor Stepánich! ¿Es usted?

El interpelado corrió hacia la diligencia, clavó los ojos en aquella cara, la reconoció y se apoderó de la mano de la recién llegada:

—¿No es un sueño? ¿Será posible? ¿Por fin te has decidido, Olia, a venirte conmigo?

—¿Dónde vive Barabaiev?

—¿Para qué lo quieres?

—Me ha mandado llamar... Me envió dos mil rublos, figúrate... Además, me dará trescientos mensuales. ¿Hay teatros aquí?

El deportado erró buscando alojamiento por la ciudad hasta la noche. La lluvia no cesó en todo el día ni salió el sol.

«¿Podrán estas fieras vivir sin sol? —cavilaba Fiódor Stepánich arrastrando con los pies la nieve húmeda—. Están tan alegres y tan contentos sin sol... Aunque, por otra parte, sobre gustos no hay nada escrito».

FELICITACIONES

(COSAS DE PASCUA)

(Лист. Кое-что пасхальное)

Un recibidor. En un rincón, una mesita. Sobre la mesita, un pliego de papel de barba, grisáceo, tintero y pluma. Un ujier, ansioso y avariento, se pasea de un rincón a otro. En sus gordos mofletes lleva pintada la codicia, y en sus bolsillos tintinea el fruto de su venalidad.

A las diez de la mañana comienza a llegar de la calle la gentecilla insignificante o, como tiene a bien llamarla su excelencia «los sujetos». El sujeto llega como arrastrándose, se acerca de puntillas a la mesa, coge tímidamente la pluma y, con mano temblorosa, stampa en el pliego modestísimo apellido. Lo hace con lentitud, con sentimiento, con cuidado, como si estuviese aprendiendo caligrafía... Moja la pluma muy poco, humedeciéndola apenas, cinco o seis veces, por temor a un borrón. ¡Un borrón lo echaría todo a perder! Hubo en cierta ocasión un caso... Pero no hay tiempo de referirlo. No se atreve a rasguear en el papel... Y algunas letras las dibuja artísticamente. Una vez acabada la ceremonia de colocar su Anna, se queda embobado contemplando aquella preciosidad caligráfica, y buscando faltas en ella. Al no encontrarlas se seca el sudor de la frente.

—¡Cristo ha resucitado^[180]! —saluda al ujier. Un bigote teñido entra en contacto por tres veces con un bigote punzante^[181]. Suenan los besos de rigor, y en el bolsillo del cancerbero cae, con agradable tintineo, otro «pequeño óbolo». Tras el primer «sujeto» viene el segundo, y luego el tercero... Y así hasta la una de la tarde. El pliego se va cubriendo de firmas por todas partes. Pasadas las tres, el cancerbero lo lleva solemnemente al interior. El viejo jefe lo coge y se pone a leerlo.

—Están todos —comenta—. Sin embargo, ¿qué significa esto? ¡Psss! Aquí, eee..., no veo ni una sola escritura conocida. La letra es de una misma persona. Algún calígrafo lo ha escrito todo: le habrán contratado para que firme por todos. ¡Muy bonito! ¿Tanto trabajo les costaba venir personalmente a saludarme? ¡Ay! ¿Qué mal les habré hecho? ¿Por qué me tienen este odio? (*Pausa*). ¡Eh, Maxim! Llégate, amigo, a ver al ujier y que...

Son las once. Un joven de escarapela sobre el gorro, sudoroso, jadeante, rojo, trepa por la interminable escalera hasta el quinto piso... Ya arriba, tira de la cuerda de la campanilla con verdadero frenesí. Le abre una mujer joven.

—¿Está en casa Iván Kapitonich? —pregunta el mozo casi sin aliento— ¡Oh! Dígale que vaya a toda prisa a casa de su excelencia para firmar el pliego de felicitación otra vez. El primer pliego lo han robado... ¡Fu! Ahora hace falta firmar otro. ¡Que se dé prisa!

—Pero ¿cómo lo han robado? ¿Para qué lo necesita nadie?

—Ha sido esa demonia de... ¡fu!, su ama de llaves. Junta papel para venderlo al peso... ¡Es una tía tan avariciosa! ¡Ojalá no encuentre nunca paz ni sosiego! Bueno, adiós, que tengo que avisar a ocho todavía.

Otro vestíbulo. Otra mesa y otro pliego. En un rincón, sentado en un taburete, hay un ujier más viejo que *El hijo de la Patria* y más seco que un espárrago. A las once se abre la puerta del apartamento y se asoma una cabeza calva.

—¿Es que no ha venido nadie todavía, Efimushka? —pregunta.

—Nadie, excelencia.

A la una vuelve a asomarse la misma cabeza:

—¿Sigue sin venir nadie, Efimushka?

—Ni un alma, excelencia.

—¡Ejem! Vaya, vaya. ¡Ejem!

A las dos, la misma historia, y a las tres, igual. A las cuatro aparece ya no sólo la cabeza, sino el cuerpo con manos y piernas. El vejete se aproxima a la mesita y contempla largamente el pliego vacío. Su rostro expresa un dolor profundo.

—¡Ejem! ¡Qué diferencia con los últimos años, Efimushka! —suspira—. Así es la vida. Ni que llevase escrita en la frente la palabra fatal: «¡Jubilado!». Creo que es así como lo cuenta Nekrasov, ¿verdad? Para que mi mujer no se burle de mí, vamos a firmar tú y yo por todos. A ver, coge la pluma.

PALABRAS, PALABRAS Y PALABRAS

(СЛОВА, СЛОВА И СЛОВА)

El telegrafista Gruzdev estaba tendido en el amplio diván de su habitación de la fonda. Con la rubia cabeza apoyada sobre los puños, contemplaba, sin dejar de suspirar, a una muchacha pelirroja.

—Dime, Katia, ¿cómo es posible que hayas caído tan bajo? —le preguntó, siempre suspirando—. Pero, oye, ¡tienes mucho frío!

Era una de esas noches de marzo tan desapacibles y crudas. Las luces macilentas de los faroles apenas iluminaban la nieve, negruzca y reblandecida. Todo estaba mojado, sucio, gris... El viento cantaba con voz baja y apagada, como temeroso de que se lo prohibieran. Se oía el chapoteo de los pies en el fango. ¡Daba asco aquel tiempo!

—Katia, ¿por qué has caído tan bajo? —repitió Gruzdev su pregunta.

Ella le miró tímidamente a los ojos. Aquellos ojos le parecían honestos, afectuosos, sinceros. Y es notorio que las criaturas que han caído acuden a los ojos honestos como las mariposas a la luz. Prefieren una mirada dulce a comerse un pavo. Katia, desgranando entre los dedos los flecos del mantel, refirió a Gruzdev su triste historia, llena de confusión. Era una historia de lo más vulgar y corriente: *él*, promesas, engaño, etcétera.

—¡Qué tipo más canallesco! —rugió el telegrafista, ardiendo de indignación—. Hay miserables que merecerían ser quemados vivos. ¿Es rico?

—Sí.

—Ya me lo imaginaba. Sin embargo, vosotras también sois buenas... ¿A qué se debe que os guste tanto el dinero? ¿Para qué lo queréis?

—Me juró por Dios que me aseguraría una vida tranquila para siempre —musitó Katia—. Y me dejé llevar de sus palabras... Tengo una madre anciana...

—¡Ejem!... Sois unas desgraciadas. Verdaderamente desgraciadas. Y todo a causa de vuestra estupidez, de los pajaritos que tenéis en la cabeza... Todas las mujeres pecáis de cobardes. Sois unas desdichadas, unas miserables... Escucha, Katia: esto no es asunto mío, ni me gusta entremeterme en las cosas de los demás, pero la tristeza de tu cara hace que no pueda dejar de inmiscuirme. Dime, ¿por qué no cambias de vida? ¿No te da vergüenza seguir así? Todo hace pensar que aún no estás estropeada sin remedio, que puedes recuperarte... ¿Por qué no procuras volver al camino de la verdad? Podrías hacerlo, Katia. Con esa cara tan bonita, con esos ojos tan bondadosos, tan tristes... Y, además, tienes una sonrisa tan simpática...

Gruzdev cogió entre sus manos las de la muchacha y, mirándola a los ojos, como para penetrar hasta en su propia alma, le dirigió un sinfín de palabras tiernas. Hablaba en voz queda, temblorosa, con lágrimas en los ojos. Su cálido aliento rozaba el rostro

y el cuello de la chica:

—Todavía puedes corregirte, Katia. Eres tan joven... Haz la prueba...

—La prueba ya la he hecho, pero... ha salido mal. He hecho de todo. Una vez me fui de sirvienta, a pesar de que... mis padres eran hidalgos. Pensaba enmendarme. El trabajo más sórdido es mejor que este oficio mío. Entré a servir en casa de un comerciante... Pasé allí un mes y, a decir verdad, es soportable la vida de criada... Pero la dueña tenía unos celos horribles del marido, a pesar de que yo no le hacía el menor caso... Y claro, con los celos, un día me despidió, me quedé sin medios de subsistir y... vuelta a empezar.

Katia abrió desmesuradamente los ojos, palideció y exhaló un grito repentino. En el cuarto contiguo a alguien se le cayó un objeto, quizá a causa del susto al oír el grito, agudo e histérico, que atravesó los endebles tabiques de las habitaciones. Gruzdev corrió en busca de agua. Diez minutos más tarde, Katia, tendida en el diván, sollozaba:

—¡Soy una perdida repugnante! ¡No hay nadie peor en el mundo! ¡Nunca me corregiré, nunca me corregiré, nunca seré una mujer decente! ¿Cómo voy a volverme decente? ¡Soy una infame!

¿No te da vergüenza, te duele? ¡Pues eso es lo que te mereces, mujer innoble!

Katia habló poco; menos que Gruzdev, pero era mucho lo que cabía comprender. Quería hacer una confesión completa, una de esas confesiones tan conocidas de cualquier «libertino honrado»; pero no consiguió otra cosa que autoflagelarse moralmente. ¡Se desgarró toda el alma!

—Ya he probado a corregirme, pero no lo consigo. ¡No lo consigo! Estoy perdida —terminó con un suspiro y procuró ordenarse un poco la cabellera.

El joven electricista miró al reloj.

—No tengo remedio —prosiguió ella—. De todos modos, muchas gracias... Por primera vez en la vida oigo palabras tan afectuosas como las de usted... Es la única persona que me ha tratado humanamente, sin mirar que soy una cualquiera, una tirada...

De pronto calló. Acababa de pasar por su imaginación, con la celeridad de un rayo, una novela leída no sabía cuándo ni dónde: el protagonista lleva a su casa a una mujer «de la calle», le suelta unos sermones larguísimos, la reintegra al camino del bien y... la convierte en su querida. Katia se puso pensativa: ¿no sería el rubio Gruzdev como el protagonista de la novela? Lo parecía... Incluso era mucha la semejanza. Con el corazón palpitante, miró la cara del muchacho, y las lágrimas, siempre importunas, brotaron nuevamente de sus ojos.

—Bueno, Katia, ya está bien —la consoló Gruzdev con un suspiro, consultando su reloj—. Si Dios quiere, y tú quieres, volverás a ser buena.

La llorosa Katia desabrochó lentamente los tres botones superiores de su abrigo. La novela de locuaz protagonista se esfumó en su mente.

El viento aulló desesperadamente en la ventana, como si viera, por primera vez en

la vida, la violencia que puede consumir a veces el mendrugo de pan de cada día. En algún cuarto de los pisos de arriba se oyó el rasgueo de una guitarra desvencijada. ¡Música ratonil!

VEINTISÉIS

(EXTRACTOS DE DIARIO)

(Двадцать шесть. Выписки из дневника)

2 del mismo mes. Tras desayunar me he puesto a pensar en la lamentable situación de las finanzas europeas occidentales. He contratado un ama de llaves.

18 de junio. Durante la comida ella se ha rebelado. Por lo que se ve está atravesando una revolución espiritual. Me preocupa que sean amores. He leído un artículo en *La voz*... ¡Es imposible!

4 de diciembre. Han estado golpeando el portón toda la noche. A las cinco de la mañana he visto al secretario Kariavov saliendo de mi patio. Cuando le he preguntado qué hacía aquí, Kariavov se ha desconcertado. Algo trama, el muy canalla. Tendré que despedirlo.

28 del mismo mes. Ella ha estado todo el día inquieta. ¿Por qué demonios deambula? He encontrado un ratón en el despacho 1302. Lo he matado.

Año nuevo. He recibido felicitaciones. A ella le he regalado un libro edificante, para que se instruya. Todo el día ha estado inquieta. Como me encontraba desanimado, he escrito una obra: *Acerca del asalto de los pechenegos al gobierno de Ufimskaya*. He tenido una visión.

4 del mismo mes. Ha roto el libro y mi obra. Me ha ordenado que vuelva Kariavov. ¡Y lo haré, querida! Al anoecer se ha vuelto a rebelar, ha destrozado mis papeles, se ha puesto en histeria y ha anunciado que los próximos días se irá a Samárskaya, para curarse los senos. ¡No lo voy a permitir!

6 de febrero. ¡Se ha ido! He estado todo el día acostado en su cama, llorando, y he pensado: Ella está bien de salud, así que no se ha ido para curarse. Tiene que ser otro asunto: amores. Sospecho que se ha encaprichado de alguno de mis jóvenes secretarios. Pero ¿de quién y cómo? Mañana lo averiguaré, porque el culpable me pedirá vacaciones para ir a verla. El muy canalla me entregará la solicitud de vacaciones, y yo a él... ¡zap! Esta noche no han golpeado la puerta, pero aun así he dormido mal. Pese al desánimo, he estado dándole vueltas a la lamentable situación de Francia. He tenido dos visiones al mismo tiempo. ¡Perdónanos, Señor, a los pecadores!

7 de febrero. Han consignado veintiséis solicitudes de vacaciones. ¡Todos! Un momento... Piden ir a Kronstadt. ¡Justo donde está ella! ¡Eso es en Samárskaya! Un momento...

8 del mismo mes. No estoy menos angustiado. Vivo en el desánimo. He contagiado a todos y a todo. Toda la cancillería está sudando y no está para amoríos

ahora mismo. He visto Kronstadt en un sueño.

14 del mismo mes. Ayer, domingo, Kariavov se marchó a algún sitio fuera de la ciudad, y hoy ya está por la cancillería y sonríe sarcásticamente... Lo despediré.

25 del mismo mes. He recibido una carta de ella. Me insta a enviarle dinero y aceptar de nuevo los servicios de Kariavov. ¡Lo haré, querida! ¡Espera! Tres más se marcharon ayer fuera de la ciudad... ¿La puerta de quién estarán golpeando ahora?

LA SUEGRA ABOGADA

(Теща-адвокат)

Sucedió esto una hermosa mañana, al mes de casarse Michel Puziriov con Liza Mamúnica. Michel acababa de desayunarse y estaba buscando el sombrero para irse a la oficina, cuando entró su suegra.

—Voy a entretenerle unos minutos, Michel —le dijo—. No se apure, amigo mío... Sé que a los yernos no les gusta hablar con las suegras, pero usted y yo hemos congeniado, según parece, Michel. No somos un yerno y una suegra, sino dos personas inteligentes. Tenemos muchos rasgos comunes, ¿verdad?

La suegra y el yerno tomaron asiento en un diván.

—¿En qué la puedo servir?

—Es usted un hombre de talento, Michel, de mucho talento... Yo tampoco soy tonta. Sabremos comprendernos el uno al otro. Así lo espero. Hace tiempo que me dispongo a hablar con usted, *mon petit*. Sea sincero, por lo que..., por lo más sagrado: ¿qué quiere hacer con mi hija?

El yerno abrió los ojos asombrado.

—Yo... no tengo inconveniente —prosiguió la señora—. ¿Cómo voy a oponerme? La ciencia es una gran cosa... La literatura, imprescindible... ¡Poesía! Lo comprendo perfectamente. Siempre agrada una mujer culta... Yo también he recibido instrucción y me hago cargo... Pero ¿qué necesidad hay de llegar a tales extremos, *mon ange*?

—¿A qué se refiere? No la entiendo.

—Lo que yo no entiendo es su actitud para con Liza. Se ha casado usted con ella, pero ¿es que ella es su esposa, la compañera de su vida? ¡Es una víctima suya! La ciencia, los libros, las teorías... Todo eso está muy bien, pero, amigo mío, no olvide que se trata de mi hija... ¡No lo permitiré! Es sangre de mi sangre. ¡La está usted matando! Aún no hace un mes que se casaron y la infeliz parece ya una estaca. Se pasa el día entero enfrascada con los libros, o en la lectura de esas estúpidas revistas, o copiando no sé qué papeles... ¿Es oficio de mujer? Ni la saca usted nunca ni la deja respirar. La pobre no hace vida de sociedad, ni baila... ¡Parece increíble, pero no ha asistido a un solo baile desde el día de la boda! ¡Ni a uno solo!

—No ha asistido ni a uno sólo porque no ha querido. Vaya y dígaselo a ella misma. Ya verá la opinión que tiene sobre los bailes y las fiestas que tanto le interesan a usted. No, *ma chère*. Le repugna la ociosidad de ustedes. Si se pasa el día leyendo o trabajando, créame que nadie la obliga. Por eso la quiero. Así, pues, tengo el honor de saludarla y le ruego que, en lo sucesivo, no se inmiscuya en nuestras relaciones. Si Liza tiene que decir algo, lo dirá ella misma.

—¿Está seguro? ¿Acaso no ve usted lo tímida y lo callada que es? El amor le ha

atenazado la lengua. A no ser por mí, usted terminaría por colocarle el yugo, caballero. Sí, señor. ¡Es usted un tirano, un déspota! Sírvese cambiar de conducta desde hoy mismo.

—Por un oído me entra...

—¿No quiere oírme? Ni falta que hace. No crea que hablar con usted es un honor para mí. De no estar por medio Liza, tenga por seguro que no me dignaría dirigirle la palabra. Pero me da pena de ella: me ha suplicado que hable con usted.

—Bueno, eso ya es mentira. Confiese que miente...

—¿Mentira? ¡Pues ahí tienes la prueba, alma de pedernal!

La suegra se levantó con agilidad y tiró del picaporte. Abrióse la puerta, y Michel vio a su Liza que, con aire de angustia, sollozaba. Su lindo hociquito estaba bañado en lágrimas. Michel corrió hacia ella:

—¿Has oído? ¡Dile la verdad! ¡Que aprenda a comprender a su hija!...

—Mamá..., mamá es la que dice la verdad —gimoteó Liza—. No puedo resistir esta vida. Sufro mucho...

—¡Caramba, qué extraño! ¿Y por qué no me has hablado de esto tú misma?

—Porque..., porque... temía que te enfadases...

—Pero, bueno: si siempre criticabas la sociedad. Decías que me amabas sólo por mis ideas, que odiabas el ambiente en que vivías. Por eso me enamoré de ti. Antes de casarte despreciabas, odiabas esta vida vana. ¿Cómo se explica semejante cambio?

—Entonces temía que no te casaras conmigo... Querido Michel, vamos hoy al *jour fixe* de María Petrovna.

Y Liza se dejó caer sobre el pecho del marido.

—¿Lo ve usted? ¿Se ha convencido? —dijo la suegra, y abandonó solemnemente el aposento.

—¡Valiente idiota! —sollozó Michel.

—¿Quién? —inquirió Liza.

—El que se equivocó.

MI NANA^[182]

(Моя Нана)

Esto fue entonces, cuando yo aún no era un literato desconocido y mis bigotes erizados no eran aún, ni siquiera, unas rayitas visibles...

Era una bonita noche de primavera. Yo regresaba del «círculo» campestre, en el que armamos un bailoteo, como posesos. En mi organismo juvenil, expresándome metafóricamente, no quedaba piedra sobre piedra, se rebelaba la lengua contra la lengua, el reino contra el reino. En mi alma desesperada se encandecía y bullía el amor más desesperado. El amor era ardiente, punzante, sobrecogía el espíritu: el primero, en una palabra. Me enamoré de una señorita alta, garbosa, de unos veintitrés años, con una carita tontita pero bonita, con unos maravillosos hoyuelos en las mejillas. Me enamoré de esos hoyuelos y de los cabellos rubios, que caían en ricitos sobre los bellos hombros, bajo el sombrero de pajilla de alas anchas... ¡Ah, en una palabra! Al regresar del círculo, me tumbé en mi lecho y empecé a gemir, agobiado. A la hora estaba sentado a la mesa y, con todo el cuerpo temblando, tras emborronar toda una mano de papel, escribí una carta con el siguiente contenido:

«¡Valeria Andréevna! Yo la conozco a usted muy poco, casi no la conozco, pero eso no me puede servir de obstáculo en el camino a alcanzar los objetivos que me he trazado. Evitando las frases altisonantes, procedo directamente al objetivo: ¡yo la amo a usted! ¡Sí, yo la amo, y la amo más que a la vida! Esto no es una hipérbole. Yo soy honrado, trabajo (sigue una larguísima descripción de mis valores)... Mi vida no me es cara. Si no hoy, pues mañana, si no mañana, pues dentro de un año... ¿acaso no es lo mismo? Sobre mi mesa, a dos pasos de mi pecho, yace un revólver (de seis balas). Yo estoy en sus manos. Si a usted le es cara la vida de un hombre que la ama con pasión, pues responda. Espero la respuesta. Su Palasha me conoce. Puede responder a través de ella. Su *vis-à-vis* de ayer (tal, fulano de tal)...

»P. S.: ¡Apiádese!».

Tras sellar esta carta, puse ante mí, sobre la mesa, el revólver —más para la «fantasía» que para el suicidio—, y fui entre las casas de campo a buscar el buzón de correo. Hallé el buzón y eché la carta.

He aquí lo que sucedió, según me contó después Palasha, con mi carta. Al otro día por la mañana, a eso de las once, Palasha, tras la llegada del cartero, puso mi carta en una bandeja de plata y la llevó a la alcoba de la ama. Valeria Andréevna yacía bajo una ligera cobija de seda y se desperezaba abúlicamente. Recién se había despertado

y prendía su primer cigarrillo. Sus ojos se entornaban de modo caprichoso por un rayo que, a través de la ventana, golpeaba su rostro de modo importuno. Al ver mi carta, hizo una mueca agria.

—¿De quién es eso? —preguntó—. ¡Léela tú misma, Palasha! A mí no me gusta leer esas cartas. Tonterías todo...

Palasha deselló mi carta y emprendió la lectura. Cuanto más se adentraba en la lectura de mi composición, más redondos y anchos se hacían los ojos de su señora. Cuando leyó hasta el revólver, Valeria Andréevna abrió la boca y, con horror, le echó una mirada a Palasha.

—¿Qué significa eso? —preguntó sin entender.

Palasha leyó otra vez. Valeria Andréevna parpadeó.

—¿Quién es éste? ¿Quién es él? Bueno, ¿por qué escribe así? —rompió a hablar llorosa—. ¿Quién es él?

Palasha se lo recordó y me describió.

—¡Ah! ¿Y para qué escribe eso? Bueno, ¿acaso se puede ser así? ¿Qué puedo hacer yo? ¡No puedo, Palasha! ¿Él es rico, o qué?

Palasha, a quien yo había dado para el té casi todos mis dividendos, pensó un poco y dijo que yo, probablemente, era rico.

—¡No puedo! Hoy va a estar Alexéi Matvéich en casa, mañana el barón... El jueves va a estar Romb... ¿Cuándo puedo recibirlo a él? ¿Por el día acaso?

—Grigori Grigórich prometió estar en su casa ahora, por el día...

—¡Bueno!, ¿lo ves? ¿Acaso puedo? Bueno, dile a él... que... que venga siquiera a tomar el té hoy... Más no puedo...

Valeria Andréevna estaba presta a llorar. Por primera vez en la vida sabía qué clase de cosa era el revólver, ¡y lo supo por mi escrito! Por la noche yo estuve en su casa y tomé té. Me tomé cuatro vasos, aunque sufría... Para mi dicha llovió, y no vino a ver a Valeria su Alexéi Matvéich. Al final de todo me regocijé.

EL BANQUETE

(RECUERDO GRATO)

(Закуска. Приятное воспоминание)

Estábamos en vísperas de Pascuas. Una hora antes de misa vinieron a buscarme dos amigos, vestidos ambos de frac y luciendo corbatas blancas.

—Llegáis muy a propósito, caballeros —les saludé, jovial, al verlos entrar—. Así me ayudaréis a poner la mesa como es debido... Soy soltero empedernido; por aquí no hay bello sexo que valga y, en vista de ello..., una mano amiga. A ver, Plumbov, vamos a correr la mesa.

Mis amigos pusieron manos a la obra, y no habían transcurrido cinco minutos cuando la mesa presentaba ya un cuadro conmovedoramente apetitoso: lomo, salchichones, vodka, vinos, cochinillo en salsa... Una vez preparada la mesa, cada cual requirió su chistera: era hora de irnos. Pero no estaba escrito que así fuese. Alguien llamó a la puerta.

—¿Está en casa? —oímos una voz carraspeante—. Pasa, Ilia, no tengas miedo.

Entró Prekrasnovkusov, inspector de incendios.

Tras él, con paso indeciso y tímido, venía un hombrecillo bajo y enclenque. Los dos llevaban sendas carteras bajo el brazo.

—¡Tsss!... —advertí a mis amigos—. Cuidado con la lengua.

—Le presento a Ilia Drobiskulov —dijo Prekrasnovkusov indicando al homúnculo—. Presta servicio en nuestras oficinas desde hace unos días. Quiere decirse que ha pasado a formar parte de nuestro gremio. Tú no te azares, Iliusha. ¡Hay que ir acostumbrándose! Pues verá usted —dirigióse a mí—, íbamos por ahí, dando un paseo, y decidimos entrar. «Pasemos hoy —dije—, y recojamos el aguinaldo para no tener que molestar mañana».

Di a cada uno un billete. Drobiskulov se mostró un tanto azarado.

—Sí, señor —continuó Prekrasnovkusov contemplándose el puño con la presa—. De manera que ya se disponen a salir... ¿No les parece algo temprano? Sentémonos un ratito... Así descansaremos un poco. Siéntate, Ilia, no temas. Debes ir acostumbrándote. ¡Qué bocadillos tan succulentos! ¡Y cuántos! ¿Eh, no ves qué enfermedad de ellos? A mí el lomo me trae a la memoria una anécdota...

Y Prekrasnovkusov, devorando con los ojos mis bocadillos, nos contó un chiste de muy mal gusto.

Transcurrió un cuarto de hora. Para ver si conseguía que los intrusos se marchasen, mandé a mi criado Andriushka que saliese a la calle pidiendo socorro a voz en grito. Pidió socorro cosa de cinco minutos, y mis huéspedes, como si nada. No

hicieron el menor caso.

—Todavía queda tiempo hasta el fin de la vigilia —comentó Prekrasnovkusov—. Sería pecado, pero ¡de qué buena gana nos tomaríamos una! ¿Verdad, Iliusha? Señores, ¿y si nos tomásemos aunque sólo fuese una copa? Al fin y al cabo, el vodka no es de carne... ¿Eh, qué les parece?

La idea les gustó a mis amigos. Llegándose a la mesa, llenaron y vaciaron unas copas, acompañándolas con unos arenques como aperitivo, y limitándose a contemplar nostálgicamente todo cuanto olía a carne. Prekrasnovkusov elogió la calidad del vodka; y, deseoso de adivinar de qué fábrica era, se tomó otra copa. Su acompañante Iliusha, también sintió deseo de adivinar la procedencia del vodka. Pero con la segunda copa no lo adivinaron tampoco.

—¡Magnífico vodka! —exclamó Prekrasnovkusov—. Mi tío era dueño de una fábrica de aguardientes. Y también tenía..., por así decirlo...

Y se puso a referir sus citas amorosas, en la atalaya de los bomberos, con la querida de su tío. Mis amigos lo asediaron pidiéndole que contase alguna cosa más... Tornaron a beber. Drobiskulov, con suma destreza, capturó con la manga un trozo de mortadela, lo envolvió en el pañuelo y, haciendo como que se sonaba la nariz, se lo metió en la boca inadvertidamente. Prekrasnovkusov se comió un trozo de tarta de requesón.

—¡Oh, había olvidado que es alimento prohibido por la vigilia! —exclamó—. Habrá que mojarlo...

Dicen que a medianoche tocaron las campanas llamando a la misa, pero nosotros no las oímos, enfrascados, como estábamos, en dar vueltas a la mesa preguntándonos qué otra cosa podríamos beber. Drobiskulov, sentado en el suelo, y siempre con su aire de aturdimiento, daba cuenta de una tajada de cochinillo. Prekrasnovkusov, golpeando su cartera con el puño, farfullaba:

—Usted no me quiere a mí, pero yo, en cambio, le quiero a usted. ¡Le doy mi palabra de honor! Soy un raposo, un lobo, un cernícalo, un ave de rapiña; pero tengo el talento suficiente para comprender que no se me quiera. Un ejemplo: hoy he cogido el aguinaldo. ¿Quién duda que lo he cogido? Bueno, pues mañana vendré diciendo que no me lo han dado... ¿Cómo puede quererme nadie con esta manera de ser?

Drobiskulov, que ya había terminado de comerse el cochinillo, venció su timidez y declaró:

—Sin embargo, a mí sí que se me puede amar todavía... Soy un hombre de cultura, ocupado en una cosa ajena a mis facultades. ¡No es esta mi profesión! Ni yo le tengo ningún afecto. Me dedico a ella tan sólo *pour manger*^[183]. Soy poeta... Sí, señores... Borracho, puedo levantar un acta en verso. Y me encanta la celebridad. Los periódicos no me gustan por su parcialidad. Yo no haría distinguos entre un conservador y un liberal. La imparcialidad ante todo. ¿Que un conservador ha cometido una canallada? ¡Pues se le da en la jeta! ¿Que la ha cometido un liberal?

¡Pues duro a los hocicos! ¡Duro con todos! Mi sueño es publicar un periódico. ¡Je, je, je! Sentado en la redacción, pondría cara de juez y me dedicaría a abrir los sobrecitos que fueran llegando. ¡Viene en ellos cada cosa..., cada cosa! ¡Je, je, je! ¿No sería curioso?

A las tres de la madrugada, los inesperados huéspedes cogieron sus carteras y se marcharon a la taberna para efectuar una inspección. De mi banquete no quedaron más que los cuchillos, los tenedores y dos cucharas. Las otras seis desaparecieron.

CONGRESO DE NATURALISTAS EN FILADELFIA

(ARTÍCULO DE CONTENIDO CIENTÍFICO)

(Съезд естествоиспытателей в Филадельфии.
Статья научного содержания)

Primero se leyó una ponencia, «Sobre la procedencia del hombre», dedicada a la memoria de Darwin. Debido a que la sala de audiencia está enlazada con el teléfono, la ponencia se leyó en susurros. El honorable ponente declaró que conviene con Darwin totalmente. El culpable de todo es el mono. Él dijo que si no hubiera monos no habría hombres, y donde no hay hombres no hay delincuentes. El congreso decidió por unanimidad: expresar al mono su disgusto y poner en conocimiento de todo al señor fiscal (!). Entre las objeciones se destacan más las siguientes:

1. El delegado francés, conviniendo totalmente con la opinión del congreso, no encuentra sin embargo métodos para aclararse la posible procedencia del mono, de tipos tan chillones como el *cerdo triunfante* y el *cocodrilo llorón*. Declarando esto, el honorable oponente mostró ante el congreso las imágenes del *cerdo triunfante* y el *cocodrilo llorón*. El congreso fue llevado a un callejón sin salida y decretó: aplazar la solución de esta cuestión hasta la próxima sesión, y antes de su solución tapar con algo el tubo telefónico.

2. El delegado alemán, asimismo corresponsal extranjero del periódico *El pensa...*^[184], se inclina más bien a pensar que el hombre procede del mono y del papagayo, de los dos juntos. Toda la humanidad, en su opinión, sucumbe por la imitación a los extranjeros. (Del tubo telefónico se escucha un rugido de aprobación).

3. El delegado belga conviene con el congreso sólo relativamente ya que, en su opinión, no todos los pueblos proceden del mono. Así, el ruso procede de la urraca, el hebreo del zorro, el inglés del pescado congelado. Con suficiente originalidad demuestra la procedencia del ruso de la urraca. Al congreso, que se encuentra bajo la impresión de los procesos de Bush y Makshéev^[185], no le fue difícil convenir con la última demostración... (*Times*).

EL GATO

(КОТ)

Varvara Petrovna se despertó y aguzó el oído con atención. Palideció su cara; sus ojos, negros y grandes, se agrandaron más aún y relumbraron de pánico al darse cuenta de que no se trataba de un sueño... Horrorizada, se cubrió la cara con las manos, incorporase sobre un codo y se puso a zamarrear a su marido que, enroscado como una culebra, roncaba plácidamente, echándole el aliento en un hombro.

—Aliosha, palomo mío, despierta. Despierta, querido... ¡Oh, esto es horrible!

El marido dejó de exhalar ronquidos y estiró las piernas. Varvara Petrovna le dio un pellizco en un carrillo. Aliosha se desperezó, respiró profundamente y acabó despertándose.

—Aliosha, Aliosha de mi vida, despierta —repitió la mujer—. Alguien está llorando...

—¿Cómo que alguien está llorando? ¿De dónde sacas esas figuraciones?

—Escucha y te convencerás. ¿No oyes? Son gemidos... Probablemente habrán abandonado algún niño a nuestra puerta. ¡Ay, yo no puedo oírlo!

Aliosha se sentó en la cama y prestó atención. La noche gris asomaba por la ventana, abierta de par en par. Una leve brisa traía hasta el lecho, junto con la fragancia de las lilas y el sutil rumoreo de los tilos, unos sonidos extraños. No era fácil determinar, al pronto, si se trataba de llanto infantil o de un aullido. Imposible saberlo a ciencia cierta. Una sola cosa estaba clara: los sonidos provenían de junto a la ventana, y no eran de una sola garganta, sino de varias; había voces de bajo, de tenor, de barítono...

—¡Son los gatos, Varia! —dijo Aliosha—. ¡Hay que ver qué tontuela!

—¿Gatos? ¡Imposible! ¿Y esas voces de bajo?

—Gruñidos de un cerdo. No olvides que nos encontramos en el campo... ¿Oyes? En efecto, son gatos... Anda, tranquilízate y duerme tranquila.

Varia y Aliosha se acostaron, cubriéndose con la manta. El frescor de la mañana comenzó a penetrar por la ventana, produciendo al matrimonio ligeros escalofríos. Los dos esposos se acurrucaron y cerraron los ojos. A los cinco minutos, Aliosha se removió para volverse del otro costado:

—¡No nos dejan dormir! ¡El diablo que los lleve!... ¡Cómo chillan!

El concierto gatuno iba *in crescendo*. Al coro, por lo visto, iban incorporándose elementos nuevos, fuerzas frescas; y lo que había sido ligero rumor bajo la ventana convirtiose en estruendo, en algarabía, en alboroto... El anterior *piano* suave alcanzaba el nivel del *fortissimo*, y el aire no tardó en llenarse de unos ruidos indignantes. Algunos gatos emitían aullidos entrecortados; otros, gorjeos arrogantes, como si interpretasen una partitura; los terceros daban una nota larga y monótona...

Y uno, quizá el más viejo y fogoso, cantaba con voz antinatural, nada gatuna, que tan pronto se aproximaba al timbre del tenor como al del bajo:

—Miau... Miau... Tu... tu... tu... carriau...

A no ser por los maullidos, hubiera sido difícil distinguir que eran gatos los que cantaban... Varia se dio la vuelta y emitió unos cuantos gruñidos. Aliosha saltó de la cama, lanzó mil blasfemias y cerró la ventana. Pero ¿qué es una ventana? Por ella pasa el sonido, y la luz...

—Tengo que levantarme a las ocho para ir la oficina —dijo Aliosha, añadiendo un juramento—; pero estos malditos diablos no paran de berrear y nos impiden dormir. ¡Cállate tú, por lo menos, mujer! Estás gruñe que gruñe junto a mi propio oído, y no paras de dar la lata. ¿Qué culpa tengo yo? ¿Son míos, acaso?

—Echalos, asústalos...

El marido tomó a despedir por la boca sapos y culebras, saltó de la cama y se fue para la ventana. La noche iba dejando paso a la aurora.

Mirando al cielo, Aliosha sólo vio una estrellita que relucía ya como entre nubes, casi imperceptiblemente. En el tilo rumorearon los gorriones, atemorizados por el ruido de la ventana al abrirse. Aliosha miró al pie de la ventana y descubrió diez o doce mininos que, levantados los rabos, resoplando y pisando suavemente la hierba, andaban como dromedarios en torno a una bella gatita, que estaba sentada en una tinaja puesta boca abajo, y le cantaban la serenata. Era difícil discernir qué sería mayor: su amor a la gata o su empaque. ¿Habían acudido allí impulsados por el amor, o sólo para hacer gala de su sentido del honor? Sus actitudes expresaban un odio refinado... Al otro lado de la empalizada una cerda se rascaba contra la valla en compañía de sus gorrinillos y pedía que la dejaran pasar al jardín.

—¡Zape, zape! —gritó Aliosha—. ¡Zape, demonios! ¡Fuera de aquí, zape!

Pero los gatos no le hicieron caso. Sólo la gatita se dignó mirar, y eso de soslayo, como a regañadientes. Era feliz y no estaba para reparar en Aliosha.

—¡Zape, zape, condenados! ¡Fuera, el diablo que os lleve a todos! ¡Varia, dame la garrafa! ¡Vamos a darles un baño a estos malditos!

Varia saltó de la cama y le llevó al marido no la garrafa, sino la jarra de la palangana. Aliosha se repechó en el poyo y preparó la jarra.

—¡Ay, señores, señores! —oyó de pronto una voz sobre su cabeza—. ¡Esta juventud, esta juventud! ¿Cómo se puede hacer eso? ¡Ay, qué juventud!

Tras las palabras siguió un suspiro. Aliosha levantó la cabeza y vio unos hombros, de los que pendía un batín de percal con grandes flores estampadas, y unos dedos huesudos. De los hombros en cuestión sobresalía una cabeza pequeña y cana, con gorro de dormir; y los dedos hacían movimientos de amenaza. Un anciano, desde la ventana de arriba, no quitaba ojo a los gatos. Sus ojillos mostraban gran interés, como si asistiesen a un espectáculo de *ballet*.

Aliosha abrió la boca, palideció y sonrió.

—¿Estaba durmiendo vucencia? —preguntó lo primero que se le ocurrió.

—Hace muy mal, caballero. Va usted contra los mandatos de la Naturaleza, joven. Está usted quebrantando..., eee..., por así decirlo, las leyes naturales. Y eso está muy mal. ¿Qué le importa a usted? Al fin y al cabo... es... cosa del organismo. ¿Qué opina usted? ¿No es el organismo? Pues hay que comprender las cosas. No me parece bien, caballero.

Aliosha, acobardado, se fue de puntillas a la cama y se acostó dócilmente. Varia se acurrucó a su lado y contuvo el aliento.

—Es nuestro jefe... —musitó el marido—. El mismo, en persona. Y no duerme, mirando a los gatos. ¡Qué diablo! ¡Es una verdadera lata vivir al lado del jefe!

—¡Joven! —oyó Aliosha la voz del viejo al cabo de unos instantes—. ¿Dónde se ha metido? Haga el favor de salir.

Aliosha se asomó a la ventana y puso atención a las palabras del jefe:

—¿Ve usted ese gato blanco? Pues es mío. ¿Qué le parece? ¡Fíjese qué movimientos, qué andares! Fíjese, fíjese. ¡Miau, miau! Vaska, ven aquí. Acércate, pillo. ¡Hay que ver qué bigotazos tiene el pícaro! Es siberiano... De lugares muy alejados, ¡je, je, je! Y la gatita... lo va a pasar mal. ¡Je, je, je! A mi gato no hay gata que se le resista. Va usted a verlo ahora mismo. ¡Mire qué elegancia!

Aliosha elogió la piel del felino. El viejo le describió el modo de vida del animal, sus costumbres... Y se entusiasmó tanto, que le tuvo allí hasta la salida del sol. Se lo refirió todo con mil detalles, chasqueando la lengua de emoción y chupándose los huesudos dedos.

¡No hubo manera de dormir!

Pasadas las doce de la noche siguiente, los gatos reanudaron su algarabía y despertaron a Varia. Aliosha no se atrevió a espantarlos: entre ellos estaba el de su excelencia. Marido y mujer oyeron hasta el amanecer el concierto gatuno.

UNA VEZ AL AÑO

(Раз в год)

La pequeña casita de tres ventanas, perteneciente a la princesa, tenía aire de fiesta. Parecía haber envejecido: los alrededores estaban limpios; el portalón del jardín, abierto; las persianas, quitadas. En los cristales de las ventanas, recién fregados, jugueteaba el sol primaveral. A la entrada de la casa estaba el ujier Mark, viejo y decrepito, con una librea devorada por la polilla. Su punzante mentón, que había tratado, inútilmente, de afeitar, con mano temblorosa, toda la mañana, sus botas embetunadas ¡y sus botones de metal con las armas de la casa, también reflejaban los rayos del sol! Mark había salido de su cuchitril por ser el día del santo de la princesa: debía abrir la puerta a los visitantes, anunciándolos en alta voz. El vestíbulo no olía a posos de café ni a sopa viuda, como de ordinario, sino a una esencia cuyo aroma recordaba el del jabón de huevo. Reinaba en las habitaciones una limpieza esmerada. Estaban puestas las cortinas, quitada la gasa de los cuadros, encerados los pisos, viejos y llenos de astillas. La gruñona perra *Yulka*, la gata con sus crías y los pollitos permanecerían encerrados en la cocina hasta la tarde.

Sentada en un sillón, la princesa, una vieja rugosa y encorvada, se ordena a cada instante los pliegues del blanco vestido de tul. Tan sólo una rosa prendida en su escuálido pecho dice que aún queda allí algo de juventud. La princesa espera a varios visitantes que han de acudir a felicitarla: el barón Tramb con su hijo; el príncipe Jalajadze; el gentilhombre de cámara Burlastov; su primo, el general Bitkov, y muchos otros. ¡Alrededor de veinte! Llegarán y llenarán de algarabía la sala. El príncipe Jalajadze cantará algo; y el general Bitkov se pasará dos horas pidiéndole la rosa. Pero ella sabe cómo tratar a estos caballeros: en todos sus actos y ademanes se mostrará inaccesible, majestuosa y educada. También acudirán, por cierto, los comerciantes Itulkin y Pereulkov. Para estos señores habrá a la entrada un pliego de papel y una pluma. Que firmen y se vayan: cada mochuelo debe saber cuál es su olivo.

Dan las doce. La princesa se arregla el vestido y la rosa. Pone oído: ¿no estarán llamando? Pasa con estrépito un coche y se detiene. Transcurren cinco minutos.

«No venía aquí», piensa la princesa.

¡No, princesa! Se repite la historia de todos los años. ¡Triste historia! A las dos de la tarde, la dueña de la casa, como el año pasado, se retira a su dormitorio, aspira amoníaco y rompe a llorar.

—¡No ha venido nadie! ¡Nadie!

El viejo Mark va y viene junto a la señora, no menos apenado que ella. ¡La gente está echada a perder! Antes acudían como moscas y atestaban la sala; ahora, en cambio...

—¡¡No ha venido nadie!! —llora la princesa—. Ni el barón, ni el príncipe Jalajadze, ni George Buvitski... ¡Todos me han abandonado! Y eso que a no ser por mí, ¿qué hubiera sido de ellos? ¡A mí me deben su posición, su carrera! ¡A mí y sólo a mí! ¡Qué hubieran hecho sin mí todos ellos!

—¡Nada! —corroboraba Mark.

—¡No pido gratitud! ¡No la necesito! ¡Lo que necesito es sentimientos! ¡Qué ofensa, Dios mío, qué ofensa! ¡Ni siquiera mi sobrino Jean ha venido! ¿Por qué? ¿Qué mal le he hecho? He abonado todos sus pagarés; he casado a su hermana Tania, buscándole un buen partido... ¡Y hay que ver lo que me ha costado él! Siempre fui fiel a la palabra que di a su padre: bien sabes lo que habré gastado en él...

—Y hasta para los padres de estos sobrinos puede decirse también que la señora fue una madre.

—Pues ahí tienes el pago. ¡Ay, qué gente!

A las tres, igual que el año anterior, la princesa es víctima de un ataque de histerismo. Mark, nervioso, se pone el engalanado sombrero, regatea largamente con un cochero y va a ver al sobrino de su señora. Por fortuna, la fonda en que habita el príncipe Jean no está demasiado lejos. El criado le encuentra tendido en la cama: acaba de volver de la francachela de la noche anterior. Tiene la frente sudorosa, el rugoso hocico amoratado, la cabeza llena de ruidos y una revolución en el estómago. Se dormiría de buena gana; pero no puede, porque se marea. Sus ojos tediosos están fijos en la palangana, atestada de basura revuelta con agua sucia.

Penetra Mark en el sórdido cuartucho; y, encogiéndose con repugnancia, se aproxima, tímidamente, a la cama.

—No está bien, Iván Mijaílich —reprocha al tronera, moviendo la cabeza—. No está bien.

—¿Qué es lo que no está bien?

—¿Por qué no ha ido a felicitar a su tía en el día de su santo? ¿Le parece bien?

—¡Vete a la porra! —gruñe Jean, sin quitar los ojos de la palangana.

—¿Cree que su tía no lo siente? ¡Ay, excelencia! No tiene usted sentimientos de ninguna clase. ¿Por qué la hace sufrir de este modo?

—No hago visitas... Díselo así... Es una costumbre pasada de moda. Me falta tiempo para dedicarlo a visitas. Hacedlas vosotros si es que no tenéis nada en qué ocuparos, pero a mí dejadme en paz. ¡Anda, ya te estás largando! Tengo sueño...

—¡Tengo sueño...! ¡Vuelva la cara para acá! ¿O es que le da vergüenza mirarme a los ojos?

—¡Cállate ya, basura inmundada! ¡Calla, que eres una plaga!

Mark pestañea, asustado. Sigue un largo silencio.

—Pero vaya usted a verla, señorito —dice meloso—. Está llorando, revolcándose en la cama. Sea usted condescendiente y vaya a presentarle sus respetos. ¡Vaya, señor!

—Ni hablar. Ni hay motivo ni tengo tiempo. Además, ¿qué voy a hacer en casa de

esa vieja solterona?

—¡Vaya a verla, excelencia! ¡Por respeto, señor! ¡Hágale ese favor! ¡No puede imaginarse cuánta pena le causan su ingratitud y su insensibilidad, por así decirlo!

Mark se pasa la manga por los ojos.

—¡Tenga compasión!

—¡Ejem!... ¿Y habrá coñac? —pregunta Jean.

—Habrà coñac, excelencia.

—Mmm... No está mal...

El príncipe hace un guiño.

—¿Y cien rublos?

—No; eso es imposible. Bien sabe su excelencia que ya no tenemos los capitales que tuvimos en otros tiempos. Nos han arruinado los parientes, Iván Mijaílich. Cuando había dinero en casa, todos acudían. Ahora, en cambio... ¡Hágase la voluntad de Dios!

—¿Cuánto me disteis el año pasado por la visita? Doscientos rublos. ¿Y ahora no queréis darme ni ciento? ¡Déjate de bromas, cuervo! Rebusca entre los trastos de la vieja y los encontrarás... Pero, mira: lo mejor es que te vayas. Quiero dormir.

—¡Tenga un poco de misericordia, excelencia! Mire que la pobre es vieja, débil... El alma apenas se le tiene en el cuerpo. ¡Apiádese de ella, Iván Mijaílich, excelencia!

Jean se muestra irreducible. Mark empieza a regatear. Pasadas las cuatro de la tarde, el príncipe se rinde; se pone el frac y se va a casa de su tía.

—*Ma tante*^[186] —balbucea, sofocado, apretando los labios a la mano de la vieja.

Y, sentándose en el sofá, comienza la misma conversación que el año anterior:

—Marie Kriskina ha recibido carta de Niza, *ma tante*. ¡Carta de su maridito! ¿Qué le parece? Le describe, con una desfachatez enorme, el duelo que ha sostenido con un inglés a causa de no sé qué canzonetista... Se me ha olvidado el nombre...

—¿Será posible?

La princesa pone ojos de espanto, junta las manos y repite, entre horrorizada y sorprendida:

—¿Será posible?

—Como lo oye... Duelos van y vienen; y corteja a las canzonetistas, mientras su mujer, aquí..., a pudrirse y a anquilosarse por su culpa... No comprendo a esa clase de gente, *ma tante*.

La princesa, feliz al fin, se sienta más cerca de Jean, y comienza el cotilleo. Poco después sirven té y coñac.

Y mientras la dichosa princesa ríe, se horroriza o se admira oyendo a Jean, el viejo Mark revuelve sus baúles en busca de dinero. El príncipe le ha hecho una considerable rebaja: ¡no ha exigido más que cincuenta rublos! Pero, para pagar estos cincuenta rublos, hay que revolver más de un baúl.

EL BENEFICIO DEL RUISEÑOR

(RESEÑA)

(Бенефис соловья. Рецензия)

Ocupamos nuestros sitios al lado del río. Ante nosotros descendía la abrupta orilla, parda y arcillosa, y a nuestras espaldas negreaba un ancho soto. Nos acomodamos boca abajo sobre la joven y mullida hierba, apoyando la barbilla en los puños y dando a los pies libertad completa para colocarse como quisieran.

Nos quitamos los abrigos de entretiem po y no tuvimos que pagar los veinte kopeks de rigor porque, gracias a Dios, no había acomodadores. La arboleda, el cielo y el campo, en toda su extensión, aparecían bañados por la luz de la luna, y en lontananza relampagueaba pacíficamente una lucecilla roja. El aire era transparente, aromático. Reinaba una quietud total. Las circunstancias no podían ser más propicias para el homenajeado. Lo único que hacía falta era que no abusase de nuestra paciencia y que comenzara cuanto antes. Pero tardaba en comenzar... Y en espera de su actuación, oímos la de los otros artistas incluidos en el programa.

Empezó la velada con el canto del cuculillo que, después de soltar diez o doce veces su irreverente cu-cu, guardó silencio. Inmediatamente volaron sobre nuestras cabezas dos azores con estridente chillido. Oímos a continuación la voz de contralto de la oropéndola, cantante famosa, conocida por la constancia de sus ensayos. La oímos con satisfacción y hubiéramos seguido escuchando un buen rato a no ser por una bandada de grajos que venían al soto a pasar la noche. El negro nubarrón apareció a lo lejos, avanzó hacia nosotros y descendió entre los árboles en medio de horribles graznidos, que tardaron en apagarse.

Le hicieron eco las ranas, que habitan entre las cañaveras, en alojamiento gratuito; y durante media hora, el espacio se llenó de los ruidos más diversos, que pronto se fundieron en uno solo.

En alguna parte pió un soñoliento mirlo, y le acompañaron una perdiz y una curruca.

Siguió un intermedio. Se hizo el silencio, alterado tan sólo de cuando en cuando por el canto de un grillo escondido entre la hierba, junto al público. Nuestra paciencia llegó a su límite. Ya comenzábamos a murmurar contra el homenajeado. Pero cuando la noche descendió sobre la tierra, y la luna se detuvo en medio del cielo, sobre la arboleda, llegó su turno. Apareció en un pequeño arce desde donde se trasladó a un endrino y, tras de mover la cola, quedó inmóvil. Llevaba un traje gris pardusco: el rui se ñor no tiene al público el menor respeto y suele presentarse ante él con el atuendo proletario del gorrión. (¡Debiera darle vergüenza, joven! ¡No es el público el

que se debe a usted, sino usted al público!).

Mantúvose inmóvil y en silencio cosa de tres minutos. Pero de pronto rumorearon las cimas de los árboles, sopló una leve brisa, arreció el cri-cri del grillo, y, acompañado por tal orquesta, inició sus trinos el «beneficiario».

Me creo incapaz de describir su canto. Diré tan sólo que hasta la orquesta calló, extasiada, cuando el artista, levantando ligeramente el pico, derramó sobre el soto sus divinos gorjeos repiqueteados. Había en su voz vigor y dulzura... En fin, no quiero quitarles el pan a los poetas. Que lo describan ellos. Mientras el ruiseñor cantaba, había en derredor un silencio atento. Sólo una vez gruñeron, desabridos, los árboles y siseó el viento: era porque un mochuelo, celoso, pretendió ahogar con su graznido la voz del artista.

Cuando el cielo se tornó gris, cuando se apagaron las estrellas y la voz del cantor adquirió un matiz más suave y quedo, apareció en la linde del soto el cocinero del terrateniente, un conde ricachón. Agachado, sosteniéndose el gorro con la mano izquierda, avanzaba sigilosamente. En la mano derecha llevaba un canasto. Se le vio pasar entre los árboles para desaparecer enseguida. El pajarillo cantó unos momentos más y, de pronto, dejó de oírsele. Nos dispusimos a marcharnos.

—¡Aquí le tengo ya al condenado! —llegó a nuestros oídos una exclamación, y pronto vimos al cocinero. Venía hacia nosotros y, riendo alegremente, nos mostraba la mano apretada, por la que asomaban la cabeza y la cola del homenajeado. ¡Pobre artista! ¡Dios nos libre de hacer semejante recaudación el día de nuestro beneficio!

—¿Por qué le ha atrapado? —preguntamos al cocinero.

—Para meterlo en una jaula.

Amanecía. Gritó tristemente un rascón y rumoreó, inquieto, el soto, que había perdido a su cantor. El cocinero metió en el canasto al amante de las rosas y corrió, alegre, hacia la aldea. Nos dispersamos.

EL DELEGADO

0

¡ADIÓS, VEINTICINCO RUBLOS!

(Депутат, или Повесть о том, как у Дездемонова 25 рублей пропало)

A L. I. Palmin...

—¡Chiss! Vámonos a la portería, que aquí pueden oírnos...

Marcháronse a la portería. Para que el portero Makar no oyese la conversación y no los delatase, acordaron enviarlo a Tesorería. Makar cogió el libro de registro y se puso el gorro; pero, lejos de ir a donde le mandaban, se escondió en el hueco de la escalera, seguro de que habría lío.

El primero en hablar fue Kashalotov; le siguió Desdemonov, y luego intervino Srachkov. ¡Se desataron las pasiones! Estremecimientos convulsivos recorrieron los rostros enrojados; los puños golpearon los pechos...

—Vivimos en la segunda mitad del siglo XIX y no en la época antediluviana, o el diablo sabe cuándo —dijo Kashalotov—. Lo que antes se les permitía a estos barrigudos no se les permite ahora. ¡Ya estamos hartos! Han pasado los tiempos en que...

Y así sucesivamente.

Desdemonov vociferó con los mismos argumentos poco más o menos. Srachkov llegó a soltar una blasfemia indecorosa. ¡Todos alborotaron! Por fin salió uno con un poco de prudencia. El prudente puso cara de preocupación, se limpió el sudor con un pañuelo sucio y profirió:

—¿Vale la pena soliviantarse? ¡Bah!... Admitamos que..., que todo es cierto; pero ¿a santo de qué armar jaleo? Con el mismo rasero que medís os medirán a vosotros: también se os sublevarán los subordinados cuando seáis jefes. Creedme. Con ello no hacéis más que perjudicaros.

Mas no hicieron caso de las palabras del prudente. Sin darle tiempo a que terminase, le empujaron hacia la puerta. Y, viendo que nada ganaba con la prudencia, se tornó imprudente y se unió a los que refunfuñaban.

—¡Ya es hora de que aprenda que somos personas igual que él! —declamó Desdemonov—. Repito que no somos siervos ni plebeyos. ¡No somos gladiadores! ¡No permitiremos que se mofen de nosotros! ¡Nos tutea, no responde a los saludos, vuelve la jeta cuando nos habla, jura y blasfema! ¡Ahora no se puede tutear, no digo yo a personas de buena familia, sino ni siquiera a los criados! ¡Así hay que decírselo!

—Hace unos días va y me pregunta: «¿De qué tienes manchado el hocico? Vete a ver a Makar y que te lo limpie con el trapo de fregar». Bonitas bromas... Pues otra

vez...

—Iba yo una vez con mi mujer —le interrumpió Srachkov— y nos encontramos con él. «¡Eh, bocaza! —me espetó—. ¡Siempre vas con fulanas! Hasta en pleno día». «Es mi esposa, excelencia», le respondí. Pues no se excusó. Lo que hizo fue dar un chasquido con los labios. Mi mujer estuvo tres días llorando a causa del insulto. Ya sabéis que no es una *fulana*. Al contrario...

—Resumiendo, señores, que no se puede vivir así. O él, o nosotros; pero es imposible que continuemos juntos en la misma oficina. Que se vaya él, o nos iremos nosotros. Más vale estar cesantes que envilecer nuestro nombre. Corre el siglo XIX. ¡Cada cual tiene su amor propio! Yo, aunque humilde, no soy un sujeto cualquiera y tengo mi alma en mi armario. ¡No permitiré más abusos! Así hay que decírselo. Que uno de nosotros vaya a verle y le comunique que se ha puesto imposible. ¡Que hable en nuestro nombre! A ver quién va. Así hay que decírselo. No temáis, no pasará nada. ¿Quién va? ¡Puf, diablo, que me he quedado ronco!

Procedieron a elegir delegado. Tras largas discusiones, declararon a Desdemonov el más listo, el más elocuente y el más audaz: estaba inscrito en una biblioteca, tenía una letra estupenda y conocía a chicas instruidas; por consiguiente, era listo y sabría lo que decir al jefe. Y en cuanto a su arrojo, no cabía la menor duda. Todo el mundo sabía que en cierta ocasión exigió excusas a un guardia municipal que le tomó por el camarero en el club. Antes de que el guardia saliese de su asombro, ya se había corrido por toda la ciudad la noticia de la intrepidez de Desdemonov...

—¡Anda, Soenia! ¡No te amigues! ¡Suéltaselo en la cara! ¡Para que aprenda! ¡No has tropezado con un rebaño, excelencia! ¡A ver qué te has creído! ¡Vete a otra parte a buscar esclavos, que nosotros, excelencia, también tenemos bigotes y sabemos darnos postín! ¡No nos vengas con altanerías! Eso es... Anda, amigo Senia... Péinate un poco antes de ir. Pero suéltaselo todo sin rodeos...

—Es que, señores, con mi vehemencia... soy capaz de soltar alguna barbaridad. Mejor sería que fuese Srachkov.

—No, Senia, ve tú. Srachkov, como dice el refrán, es altanero con los corderos, y eso cuando está borracho... Es un imbécil, mientras que tú a pesar de todo... Anda, amigo, ve tú...

Desdemonov se peinó, arregló el chaleco, tosió llevándose el puño a la boca, y se encaminó al despacho del jefe... Todos contuvieron la respiración.

Al entrar en el despacho, Desdemonov se detuvo a la puerta y se pasó por los labios la mano temblorosa. ¿Cómo empezaría? Un escalofrío le recorrió la espalda y el pecho, oprimiéndole como una faja, cuando vio la calva y la negra barbilla tan conocida. Sintió como si un viento frío le soplase en el espinazo... Mas la cosa no tenía importancia: a todos les sucedía igual en casos parecidos; no había que amilanarse. ¡Valor!

—¿E-e-eh? ¿Qué quieres?

Desdemonov dio un paso al frente y movió la lengua sin que emitiera ningún

sonido. Algo raro le pasaba en la boca. El delegado notó, además, que no sólo en la boca, sino en todas sus interioridades reinaba la misma confusión. La valentía se le fue del corazón al vientre, le armó en él un revoltijo, descendió piernas abajo hasta llegar a los talones, y como las botas estaban rotas... ¡adiós valor!

—¿E-e-eh? ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Te has vuelto sordo?

—¡Gm!... Pues no, señor... Es porque... He oído, Excelencia, he oído...

Desdemonov trató de contener la lengua, pero la lengua no le obedecía, y continuó:

—He oído que la señora de su excelencia está rifando un coche... Quisiera una papeletita, excelencia. ¡Ejem!... Excelencia...

—¿Una papeleta? Magnífico... No me quedan más que cinco. ¿Te las llevas todas?

—No... No... No, excelencia... Con una me basta...

—¡Te pregunto si te las llevas todas!

—Está bien, excelencia...

—Son a seis rublos, pero a ti te las dejaré a cinco. Firma aquí. Te deseo que te toque...

—¡Ji, ji, ji! *Merci*, excelencia. ¡Gm!... Muchas gracias...

—Adiós.

Un minuto después, Desdemonov estaba en la portería; y, más colorado que un cangrejo, pedía prestados a sus amigos veinticinco rublos con lágrimas en los ojos.

—¡Hermanos, he tenido que darle veinticinco rublos que no eran míos! Me los había dado mi suegra para pagar la casa... Prestadme veinticinco rublos, señores.

—¿Por qué te quejas? Podrás viajar en coche.

—¿En coche? ¡Maldita sea! ¿Voy a asustar a la gente con el coche? No soy un eclesiástico... Y, además, ¿dónde voy a guardarlo si me toca? ¿Dónde lo meto?

Siguieron hablando largo tiempo, y, mientras hablaban, Makar, que sabía escribir, fue apuntando, y cuando terminó de apuntar... ¡Es una historia larga, señores! Una historia de la que se deduce una moraleja: ¡Aguantar!

HEROÍNAS

(Грой-барыня)

Lidia Yegorovna salió a la terraza a desayunarse.

Aunque se acercaba el cálido y sofocante mediodía, se había puesto un vestido negro, de seda, abrochado bajo la misma barbilla y ceñido en la cintura. Sabía que el negro armonizaba con sus dorados cabellos y su correcto perfil; de ahí que no se lo quitase más que de noche. Cuando tomó el primer sorbo de la taza de porcelana china, llegó el cartero y le dio una carta. Era de su marido: «Como el tío no me dio ni un céntimo, he vendido tu finca. No he podido hacer otra cosa...». Lidia Yegórovna palideció, vaciló en su asiento y siguió leyendo: «Me marchó un par de meses a Odesa, para un asunto importantísimo. Besos».

—¡Estamos arruinados! —sollozó Lidia Yegórovna—. ¡Dos meses a Odesa! ¡Claro, a ver a su querida! ¡Dios mío!

Puestos los ojos en blanco, se tambaleó, apoyose en la barandilla, y estaba ya a punto de caerse cuando resonaron voces abajo. Por la escalerilla subía hacia la terraza su vecino y primo, el general retirado Zazubrin, más viejo que el cuento del perro Kakuas y más flaco que un gato recién nacido. Caminaba penosamente, con gran cautela, tanteando con el bastón todos los peldaños, como si temiera por la solidez de éstos. Le seguía un vejete minúsculo, rasurado, con una chistera antediluviana, de anchas alas curvadas hacia arriba: el profesor jubilado Pavel Ivanovich Knopka. El general, como de costumbre, iba de punta en blanco; y el profesor asombraba por la blancura de su traje y el esmero de su afeitado. Resplandecían los dos.

—Venimos a verla, *charmamochka* —farfulló el general, muy ufano por la originalidad con que había sabido transmitir la palabra francesa *charmante*^[187]—. Buenos días, hada. *Une fée*^[188] tomando café...

Aunque el juego de palabras no podía ser más estúpido, Lidia Yegórovna y Knopka se echaron a reír como si tuviera mucha gracia. Retirando la mano de la barandilla, la señora enderezó el cuerpo, sacó a relucir la más amplia de sus sonrisas y tendió las manos a los huéspedes que, después de besárselas, se sentaron.

—Usted, primo, siempre tan alegre —inició la prima la conversación—. ¡Qué felicidad de carácter!

—¿Qué fue lo que dije? ¡Ah, sí! *Une fée* tomando café. ¡Ja, ja, ja! Pues el profesor y yo ya nos hemos bañado, ya nos hemos desayunado y ya andamos de visita... ¡Qué plaga me ha caído encima con este profesor! ¡Vengo a quejarme ante usted, hada bienhechora! ¡Una verdadera calamidad! Hasta pienso denunciarlo para que lo procesen. ¡Je, je, je! ¡Es un liberal! ¡Un Voltaire de tomo y lomo!

—¡Qué me dice! —sonrió Lidia Yegórovna y pensó:

«Dos meses en Odesa... con aquélla».

—Lo que oye. ¡Si viera usted qué ideas predica! ¡Qué ideas! ¡Es un rojo con todas las de la ley! Pues oiga usted, Pavel Ivanich, ¿sabe usted a quién le gusta lo rojo? ¿Lo sabe? ¡Je, je, je! Responda, hombre, responda... Para que aprendan los liberales...

—¿Qué le parece el general? —rió Knopka con un mesurado gesto—. También nosotros, excelencia, podemos enseñar algo a ustedes, los conservadores: los únicos que se enfurecen ante lo rojo son los toros. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué, amigo?, ¿se ha tragado usted la píldora?

—¡Cómo! ¿Qué veo? ¡Tiene usted las adelfas en flor! —oyose abajo una voz femenina; y al instante hizo aparición en la terraza la princesa Dromadiorova, dueña del chalet vecino—. ¡Oh, hay aquí caballeros, y yo vengo tan desarreglada! Perdonen ustedes. ¿De qué hablaban? Continúe, general. No quiero estorbarles...

—Hablamos del color rojo —respondió el militar—. A propósito de los toros, es cierto lo que ha señalado usted, Pavel Ivanich. Una vez, en Georgia, donde yo mandaba un batallón, me embistió un toro al ver el forro encarnado de mi capa. ¡Qué cuernos, Dios mío! Tuve que desenvainar el sable... Y menos mal que un cosaco que estaba por allí cerca con una lanza ahuyentó al bicho. ¿De qué se ríe? ¿No lo cree? Pues téngalo por seguro...

Lidia Yegórovna se asombró, exhaló una exclamación y pensó: «El muy granuja estará ahora en Odesa».

Knopka se puso a hablar de toros y de búfalos. La princesa Dromadiorova declaró que todo aquello era muy aburrido. Y salió de nuevo a colación el forro rojo.

—Respecto a ese forro —dijo Zazubrin chupando una galleta—, se me viene a la memoria un caso curioso. Había en mi habitación un teniente coronel llamado Konvertov, Piotr Petrovich: un viejo la mar de simpático, de grato recuerdo, simplote, dicharachero... De soldado raso subió hasta los mandos superiores, por méritos de guerra. Yo le profesaba un gran afecto. Frisaba en los setenta años cuando lo ascendieron a coronel; ya era incapaz de montar a caballo, y la gota le traía de cabeza: a veces sacaba el sable durante las maniobras y ya no podía envainarlo sin su ayudante. Si se desabrochaba —y perdonen ustedes— se le hacía imposible volver a abotonarse. Pues aquel despojo soñaba con ser general. Viejo, decrepito, con un pie en el otro mundo; y aún soñaba... Naturaleza de soldado... No quería retirarse, pensando en el generalato. Pasó cinco años de coronel; por fin, propuesto para el ascenso y, ¿qué creen ustedes? ¡Caprichos del Destino! El mismo día en que salió el nombramiento, ¡zas!, una parálisis. Perdió el infeliz el movimiento de la mejilla izquierda y del brazo derecho, y las piernas apenas las podía menear. ¡Tuvo que retirarse sin poder lucir el entorchado! ¡Lo que es la ambición! Retirose y se marchó a Tiflis con su vieja. Iba llorando y riendo al oír a su cochero llamarle excelencia. Un carrillo reía y lloraba, mientras que el otro permanecía inerte como un monumento. Tan sólo le quedó un consuelo: el forro encarnado de la capa. Iba por Tiflis con los

faldones abiertos como las alas de un ave, mostrando al público su rojo interior como si dijera: «Para que veáis quién soy». Se pasaba el día deambulando por la ciudad y presumiendo con su forro. El pobre amigo no disfrutaba más alegría que aquélla. Si iba al baño, colocaba la capa en una banqueta con el forro hacia afuera. Se regocijaba como un chiquillo al contemplarla, hasta que se quedó ciego de viejo. Contrataron un lazarillo para que le llevase por la ciudad enseñando el forro... Ciego, canoso, arrastrando los pies a duras penas y sin poder con su alma, su rostro era la propia imagen del orgullo. En pleno invierno, con un frío de perros, llevaba siempre la capa abierta... ¡Si sería chusco! Su mujer no tardó en morir. En el cementerio, llorando por ella y pidiendo que lo metieran en la misma sepultura, no dejaba de mostrar el forro a los sacerdotes. A fin de que le cuidara, le buscaron una vieja viuda. La viuda, como es natural, miraba por lo suyo más que por lo del señor. Era una avara de siete suelas. Hoy le escamoteaba azúcar; mañana, té; el otro, unos kopeks. Le fue desplumando poquito a poco; y llegó la muy ruin al colmo del desplume; un buen día, la desvergonzada agarró y le quitó el forro encarnado de la capa para hacerse una blusa, poniendo en su lugar un trozo de indiana gris. El desdichado Piotr Petrovich abría ante la gente su capa; y, como era ciego, no veía que en lugar de un forro de general llevaba una tela de mala muerte con lunares.

Dromadorova encontró aburrido el relato y se puso a hablar de su hijo, el teniente. Poco antes de la hora del almuerzo se presentaron otras vecinas: las señoritas de Klanchin con su *maman*. Sentándose al piano, cantaron la romanza favorita de Zazubrin. Y después, todos a almorzar...

—Magníficos rábanos —observó el profesor—. ¿Dónde los compra usted?

—Ahora está en Odesa, con esa mujer —respondió Lidia Yegórovna.

—¿Cómo?!

—¡Ay, perdón, no quería decir eso! Pues no sé dónde los agencia el cocinero... ¿Qué me pasa?

Y Lidia Yegórovna, inclinando la cabeza hacia atrás, se rió de su distracción. Después del almuerzo llegó la obesa señora del profesor con los niños. Organizaron una partida de naipes. Y por la tarde acudieron unos conocidos de la ciudad.

Sólo por la noche, después de despedir al último huésped y de oír extinguirse el rumor de sus pasos, Lidia Yegórovna pudo apoyarse de nuevo con una mano en la barandilla; y, trémula toda ella, romper en sollozos.

—¡No ha tenido bastante con arruinarme divirtiéndose! ¡No ha tenido bastante! Además, me ha engañado...

Lágrimas ardientes afluyeron a sus ojos; y su pálido rostro se contrajo de desesperación. ¡Ahora, libre ya de la etiqueta, podía llorar!

El diablo sabe en qué se gastan las fuerzas a veces...

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

(CUENTECILLO)

(О том, как я в законный брак вступил. Рассказец)

Una vez que nos bebimos todo el ponche, nuestros padres cuchichearon entre sí y nos dejaron solos.

—¡Anda! —me incitó el mío—. ¡Adelante!

—Pero ¿cómo le voy a hacer la declaración si no la quiero? —objeté.

—¡Déjate de monsergas! No eres más que un bobo sin luces...

Dicho esto, mi padre me lanzó una mirada colérica; y salió del cenador. Por la puerta entornada entró la mano de una vieja que se llevó la vela de la mesa. Quedamos a oscuras.

«Bueno —me dije a mí mismo—, sea lo que Dios quiera». Tosí, para animarme; y comencé, con soltura desacostumbrada en mí:

—Las circunstancias me son propicias, Zoia Andreievna. Por fin estamos solos, y la oscuridad me favorece, ocultando el rubor de mi cara; el rubor que me producen los sentimientos de que está llena mi alma...

Pero al llegar aquí me detuve. Oí latir el corazón y castañetear los dientes de Zoia. Todo su cuerpo era presa de una vibración que se oía y se notaba por el temblor del banco. La pobre muchacha no me quería. Lejos de ello, me odiaba como el perro al palo; y me despreciaba, si puede admitirse que las tontas sean capaces de despreciar. Yo ahora parezco un orangután y soy feísimo, por más que me adornen condecoraciones y cargos; pero en aquella época era por el estilo de cualquier otro animal: mofletudo, granuloso, peludo... Un catarro crónico y el uso de bebidas espirituosas me habían puesto la nariz gorda y colorada. Ni los osos hubieran envidiado mi agilidad. Y en cuanto a prendas morales, ¡para qué vamos a hablar!... Además, a Zoia, cuando aún no era mi novia, le había sacado una propina descomunal por un servicio prestado. No quise continuar mi mentirosa declaración, porque sentí lástima de ella.

—Salgamos al jardín —le sugerí—. Aquí hace bochorno...

Salimos y echamos a andar por un sendero. Nuestros padres, que escuchaban con el oído pegado a la puerta del cenador, se escondieron entre los arbustos. La luz de la luna resbaló por el rostro de Zoia. Pese a ser muy inocente todavía, supe leer en aquella cara la dulzura de la esclavitud. Suspiré y proseguí:

—¿Oye ese ruiñeñor? Está distrayendo a su compañera. Yo, en cambio, ¿a quién puedo distraer solo como vivo?

Zoia enrojeció y bajó los ojos. Era la postura teatral que le habían ordenado

adoptar. Nos sentamos en un banco, de cara al río. En la orilla opuesta destacaba la blanca silueta de una iglesia, tras la cual se erguía la mansión del conde Kuldarov, en la que vivía el oficinista Bolnitsin, por quien Zoia suspiraba. Sentada junto a mí, mantenía la vista fija en aquella casa. Mi corazón se contrajo de piedad. ¡Señor, señor! Dios tenga en la gloria a nuestros padres, pero... ¡ojalá hayan pasado en el infierno aunque sólo sea una semana!

—Mi felicidad depende de una persona —volví a la carga—. De una persona a la que profeso un sentimiento... La amo, y si ella no me correspondiera, mi perdición y mi muerte serían irremisibles... Esa persona es usted... ¿Puedo aspirar a su amor? ¿Me quiere usted?

—Sí —musitó ella.

Confieso que me sentó como un mazazo. ¡Yo que pensaba que haría mil remilgos y terminaría dándome calabazas, porque amaba a otro! ¡Miren que salir diciéndome que sí, con las esperanzas que yo tenía de lo contrario! La pobre no tuvo fuerzas para ir contra la corriente.

—Le quiero —dijo; y rompió en llanto.

—¡Imposible! —protesté, sin hacerme cargo de lo que decía y temblando de arriba abajo—. ¿Cómo es posible que me quiera? ¡Zoia Andreievna, paloma mía, no me crea! ¡Por Dios, no me crea! Yo no la quiero a usted. ¡Que Dios me confunda mil veces si la quiero! Y usted tampoco me quiere a mí. ¡Todo es pura ficción!

Me levanté de un salto y me puse a pasear, nervioso, junto al banco.

—¡No hay que seguir adelante! Esto es pura comedia. Nos casan a la fuerza, Zoia Andreievna. Por interés. Antes que casarme con usted, me colgaría al cuello una piedra de amolar. ¡Malditos diablos! ¿Qué derecho tienen a esto? ¿Por quién nos han tomado? ¿Por siervos? ¿Por perros? ¡No nos casaremos! ¡Para que se fastidien, los muy raídos! ¡Ya les hemos bailado el agua más de la cuenta! ¡Ahora mismo voy y les digo que no quiero casarme con usted!

Zoia dejó de llorar, repentinamente; y su cara se secó al instante.

—¡Voy y se lo suelto! —seguí encolerizado—. Y usted también vendrá. Les dirá que no me quiere a mí, sino a Bolnitsin. Y yo estrecharé la mano de ese muchacho... Sé con qué pasión le ama usted.

Ella sonrió, llena de felicidad; y, levantándose también, se puso a andar a mi vera.

—Usted también ama a otra —dijo, frotándose lentamente las manos—. A *mademoiselle* Debé.

—Cierto —asentí—. A *mademoiselle* Debé. Aunque no es ni ortodoxa ni rica, me fascinan su inteligencia y sus cualidades morales... Ya pueden maldecir mis padres, que me casaré con ella por encima de todos. ¡La quiero, quizá, más que a mi vida! ¡Vivir sin ella no es vivir! ¡Si no consigo hacerla mi mujer, prefiero la muerte! Ahora mismo me voy para allá... Venga conmigo, y les haremos saber a esos payasos... ¡Gracias, paloma! ¡Qué peso me ha quitado usted de encima!

En un arrebató de contento, di las gracias a Zoia, y ella me las dio a mí. Dichosos

y agradecidos, nos besamos las manos el uno al otro; y nos llamamos almas generosas y otras lindezas. Mientras yo le besaba las manos, ella me besó la cabeza, la dura pelambre. Creo que hasta la abracé, olvidado de toda etiqueta. Les aseguro que aquella declaración de desamor fue mucho más feliz que todas las declaraciones de amor juntas. Gozosos, encendidos y trémulos, nos encaminamos a la casa, para exponer a nuestros padres la decisión tomada. Íbamos animándonos el uno al otro.

—¡Que nos riñan! —dije—. ¡Que nos peguen, y hasta que nos echen de casa! Pero seremos felices.

Nada más poner el pie en la casa nos encontramos con nuestros padres, que nos esperaban en el zaguán. Al vernos tan radiantes hicieron una seña a un criado. Este trajo enseguida champaña para celebrar el fausto suceso. Yo comencé a protestar, a manotear, a patear el suelo. Zoia gritaba, hecha un mar de lágrimas. Se armó un gran alboroto, y no hubo manera de tomarse el champaña.

Pero, a pesar de todo, nos casaron.

Hoy celebramos nuestras bodas de plata. ¡Un cuarto de siglo juntos! Al principio, se nos hacía cuesta arriba. Yo la reñía, le pegaba... Empecé a quererla por puro cansancio. Tuvimos hijos para matar la pena... Después... fuimos acostumbrándonos. Y en este preciso instante, Zoia está detrás de mí; y, apoyando las manos en mis hombros, me besa la calva.

DEL DIARIO DE UN AYUDANTE DE CONTABLE

(Из дневника помощника бухгалтера)

Día 11 de mayo de 1863: Nuestro sexagenario contable Glotkin, como tenía tos, ha bebido leche con coñac. Le ha dado la fiebre blanca. Los médicos afirman, con su seguridad de siempre, que se morirá mañana. ¡Por fin seré contable! Es un puesto que me ha sido prometido hace tiempo.

El secretario Klescher tiene que comparecer ante los tribunales por haber pegado a un solicitante que le llamó *burócrata*. Por lo visto, ya ha sido llamado a juicio.

He tomado *dekot* para el catarro intestinal.

3 de agosto de 1865: Al contable Glotkin le ha vuelto a doler el pecho. Ha empezado a toser y está bebiendo leche con coñac. Si se muere, el puesto será mío. Tengo algunas esperanzas, aunque débiles, pues, según parece, la fiebre blanca no siempre es mortal. Klescher arrancó de un tirón la letra al armenio y la rompió. Quizá el asunto vaya al juzgado. Una viejecita (Gurievna) me decía ayer que lo que yo tengo no es catarro intestinal, sino hemorroides internas. Puede que tenga razón.

30 de junio de 1867: Escriben de Arabia que allí hay cólera. Quizá llegue hasta Rusia, con lo que quedarán muchos empleos vacantes. Puede que entonces muera el viejo Glotkin y a mí me den el puesto de contable. ¡Qué longevidad la del hombre! ¡Vivir tanto, a mi parecer, es hasta inmoral!

No sé qué tomar para ese catarro. Tal vez granos de cipresillo.

2 de enero de 1870: el perro se ha pasado la noche aullando en el patio de Glotkin. Mi cocinera Pelagea dice que esto es un presagio seguro. Hasta las dos de la mañana he estado hablando con ella de que cuando sea contable me compraré una pelliza forrada de piel y un gorro. Quizá también me case. ¡Claro que no con una mujer joven! (ya no tengo edad para ello), sino con una viuda.

Ayer, Klescher fue echado del Círculo porque contó en voz alta una anécdota inconveniente y porque tomó a broma el patriotismo del miembro de la diputación comercial, Puniujov. Éste dicen que ha presentado una querrela. Pienso ir a consultar al doctor Botkin sobre mi catarro. Dicen que lo cura muy bien.

4 de junio de 1878: Escriben de Vetlianka que allí reina la peste y que la gente se muere a montones. Por ese motivo, Glotkin se ha puesto a beber *pertzovka*^[189]. Pero ¿de qué le puede servir ya la *pertzovka* a un hombre tan viejo?... Si la peste llega hasta aquí es seguro que seré contable.

4 de junio de 1883: Glotkin se está muriendo. Estuve en su casa y le pedí perdón con lágrimas en los ojos, por haber esperado con tanta impaciencia su muerte. Con gran magnanimidad me perdonó, también entre lágrimas, y me aconsejó tomara café de bellotas para el catarro.

Klescher ha estado a punto otra vez de ser llevado a los tribunales. Había empeñado a un hebreo el piano que tenía alquilado. A pesar de todo, ya tiene la *Stanislav*^[190] y el grado de asesor colegiado. ¡Las cosas que pasan en este mundo son asombrosas!

«Tómense dos onzas de hinojo, onza y media de galanga, una onza de vodka fuerte. Mézclese todo en una botella de vodka y bébase para el catarro una copa en ayunas».

7 de junio del mismo año: ¡Ayer enterraron a Glotkin!... ¡Ay de mí!... ¡En nada me ha aprovechado la muerte de este viejo!... ¡Por la noche le veo vestido de blanco y haciéndome señas con el dedo! ¡Oh, qué pena!... ¡Qué pena de mí mismo!... ¡Maldito de mí!... ¡El contable no soy yo! ¡El contable es Chalikov!... ¡No ha sido a mí a quien han dado el empleo, sino a un joven, que por tener una tía generala dispone de influencias! ¡Todas mis esperanzas resultaron fallidas!

10 de junio de 1886: A Chalikov se le ha fugado la mujer. El pobre está muy triste. Quién sabe si la pena le hará suicidarse. Si se suicidara, el contable sería yo. Ya se ha empezado a hablar de ello. Esto quiere decir que no hay que perder la esperanza. Aún queda vida por delante y quizá el momento de la pelliza forrada de piel no esté tan lejos. En cuanto al matrimonio..., no soy opuesto a él. ¿Por qué no casarme, si se me presenta una buena ocasión? Eso sí..., será preciso aconsejarme de alguien. ¡Es un paso muy serio!

Klescher, en lugar de sus chanclos, se llevó los del consejero secreto Lirmans. ¡Qué escándalo se armó!

El portero Paisii me recomienda el sublimado para el catarro. Probaré.

COMO EL ABUELO

(Весь в дедушку)

Una noche asfixiante. Ventanas abiertas de par en par. Pulgas y mosquitos. Una sed como después de un atracón de arenques. Tendido en mi cama, doy vueltas de un costado al otro y procuro dormirme.

Tabique por medio, en la habitación vecina, tampoco duerme y también da vueltas mi abuelo, general retirado, que vive en mi casa como pupilo. A los dos nos devoran las pulgas, y los dos rezongamos contra ellas, llenos de enojo. Mi abuelo carraspea, resopla y hace ruido con su almidonado gorro de dormir.

—¡Insensato! —gruñe—. ¡Mm... mocososo! Te han zurrado poco, joven tarambana...

—¿A quién se refiere, abuelo?

—Me parece que está claro a quién me refiero... Claro: como todo son mimos y halagos para vosotros, y nadie se encarga de castigaros...

Mi abuelo toma aliento y da rienda suelta a su tos senil:

—Sería cosa de hacerte pasar una buena baqueta... Entonces entenderías mejor... ¿Por qué no has comprado polvos persas contra las pulgas? Te pregunto por qué no lo has comprado. ¿Por pereza? ¿Por desidia?

—Abuelo, no me deja usted dormir. Cállese.

—¡A callar tú! ¿O es que no sabes con quién estás hablando?

Mi abuelo se rasca ruidosamente y eleva el tono de voz:

—Repito: ¿por qué no has comprado esos polvos? ¿Y cómo te atreves, señorito, a realizar actos que provocan quejas contra ti? ¿Eh? El coronel Dubiakin se quejó ayer de que te habías llevado a su mujer. ¿Quién te lo había permitido? ¿Y qué derecho tienes?

El abuelo me llena de vituperios, y de ellos pasa a prédicas de moral: el sexto mandamiento, las bases del matrimonio, etcétera.

—Lo comprendo todo mejor que usted, abuelo —replico—. Me arrepiento, me remuerde la conciencia, pero no puedo hacer nada. He salido a usted. Con la carne y con la sangre, he heredado de usted todas sus virtudes. Es muy difícil combatir lo que le viene a uno de herencia...

—Yo..., yo no he tocado jamás a una mujer ajena... No me vengas con invenciones.

—¿Invenciones? ¿Y hace diez años, cuando tenía usted sesenta? Acuérdesese... No fue la mujer del prójimo, sino la novia, la que se llevó usted. ¿O es que no se acuerda ya de Ninochka?

—Pero es que yo... me casé.

—¡Como para no casarse! Ninochka era una chica instruida, cuidada con esmero.

Desde luego, no la destinaban a casarse con un vejestorio de sesenta años. El mozo más gentil bebería los vientos por una muchacha tan inteligente y hermosa. Ella tenía ya un partido apropiado, pero llegó usted con su graduación y su dinero, atemorizó a los padres y le llenó de pajaritos la cabeza a una chiquilla de diecisiete años. ¡Cómo lloraba en el momento de la boda! ¡Y cómo se arrepintió después, la infeliz! Con tal de alejarse de usted, se escapó con un teniente que era un borrachín... Es usted un ganso, abuelo...

—¡Cuidado, cuidado, eh...! Eso a ti no te interesa... Si te metieran cinco a seis baquetas seguidas, de fijo que..., que no robarías como robas a su hermana Dasha... Eres un abusón... ¿Por qué le has quitado las cien *desiatinas* de tierra?

—Guiado por el ejemplo de usted. Es que he salido a usted, abuelo. De usted aprendí a «afanar». ¿Recuerda cuando servía usted en intendencia y, después, cuando le destinaron a la provincia de Ufa, y...?

La discusión dura bastante. Mi abuelo me acusa de cien delitos, y yo los achaco a mi árbol genealógico, a la herencia. Por último, el viejo suelta un rugido y comienza a arañar la pared, de cólera.

—Abuelo —le digo—. Así no hay manera de dormir. ¿Qué le parece si nos bañamos y luego nos tomamos un trago de vodka? Creo que dormiremos estupendamente.

Chasqueando los labios con enojo, el abuelo se viste, y nos vamos al río. La noche es buena. Alumbra la luna. Después de darnos unos chapuzones, regresamos a la casa. La garrafita está sobre la mesa. Lleno dos copas. El viejo coge una, se santigua y dice:

—Si te dieran... ocho o diez baquetas seguidas, ya verías cómo se te aclaraban las entendederas... Bo... ¡borracho!

Después de gruñir un poco, se bebe la copa, con ceño de ira, y la acompaña con una rodaja de salchichón. Yo, que también he heredado la afición a las bebidas fuertes, me tomo la mía y me acuesto.

La historia se repite cada noche.

UNA DE DOS

(Козел или негодяй?)

Es un caluroso mediodía. En el sofá del salón está semitendida una joven de dieciocho años. Las moscas le corren por la cara; a sus pies yace un libro abierto; los labios, entornados, dejan apenas escapar el sutil aliento. La joven duerme.

Entra en el salón un vejete de los que Gógol llamó «sementales de ratón». Al ver a la muchacha durmiente, sonrío y se acerca a ella de puntillas.

—¡Qué encanto! —musita, chasqueando los labios con fruición—. Es la bella... ¡je, je, je!, la bella durmiente... ¡Qué lástima no ser pintor! Esta cabecita..., esta mano...

El viejo se inclina hacia la doncella, le acaricia el brazo con su mano acorchada y... ¡paf, un beso! La muchacha respira profundamente, abre los ojos y mira extrañada al anciano.

—¡Ah, es usted, señor duque! —murmura, tratando de vencer su somnolencia—. Perdón, creo que me he dormido.

—Sí, sí, está usted dormida —balbucea el duque—. Está usted dormida y soñando conmigo... Me ve usted en sueños... Duerma, duerma... Está usted soñando...

La joven le cree y cierra los ojos.

—¡Qué fastidio! —se lamenta mientras procura dormirse de nuevo—. ¡Siempre sueño con bestias o con bribones!

El duque, al oírla, se esfuma.

ALGO

(Кое-что)

1. EL SEÑOR GULIÉVICH (AUTOR) Y EL AHOGADO

El viernes 10 de junio, en el jardín Hermitage, ante los ojos del público, se suicidó el conocido y talentoso publicista Iván Ivánovich Ivánov. Éste se ahogó en el estanque... ¡Descansa en paz honrado, generoso, caído en la flor de los años trabajador! (El difunto no tenía aún treinta años).

Aún en la mañana del viernes, el difunto consumió pepino en salmuera y escribió un folletín travieso, a mediodía almorzó en su círculo de amigos alegremente, a las siete de la noche paseaba con las cortesanas por el jardín, y a las ocho... ¡se quitó la vida! Iván Ivánovich pasaba por un hombre alegre, disipado, amante del vivir...

En la muerte nunca pensaba, y más de una vez se jactó de que viviría «aún mucho», aunque se embriagaba mortalmente. ¡Se pueden imaginar por eso cuán asombrosamente se alargaron las fisonomías de todos los que lo conocían, cuando su cadáver fue sacado del verde estanque!

—¡Aquí algo no está bien! —repitió por el jardín—. ¡Aquí huele a violencia! El difunto no tenía ni acreedores, ni esposa, ni suegra... ¡él amaba la vida! ¡No pudo ahogarse él mismo!

La idea de la violencia cedió su lugar a la sospecha cuando el imitador de sonidos, el señor Yegórov, declaró que él vio cómo, un cuarto de hora antes de su trágico deceso, el difunto paseaba en bote con el señor Guliévich (autor). Se aprestaron a buscar al señor Guliévich, y resultó que el autor entre paréntesis había escapado.

Detenido en Siérpujov, el señor Guliévich (autor) demostró al principio que saber, no sabía nada, pero después, cuando le dijeron que la confesión atenúa la culpa, rompió a llorar, y confesó todo de puro corazón. En el sumario preliminar atestiguó lo siguiente.

—A Ivánov lo conozco no hace mucho. Lo conocí porque respeto a la gente de la prensa (en el acta la palabra «respeto» está tachada). Emparentado con él no estaba, asuntos no tenía ninguno. La tarde fatídica lo convidé a té y *porter*, porque respeto la literatura («respeto» está tachado de nuevo y junto a éste, con una menuda letra protocolar, está escrito: «¡Qué terquedad!!»). Después del té, Iván Ivánovich dijo que ahora no estaría mal pasear en botecito. Yo convine con él, y nos montamos en el bote.

«¡Cuente algo!» —me rogó Iván Ivánovich, cuando nos alejamos hacia el centro del lago.

—Yo no me hice de rogar mucho, y empecé con mi clásico: «Si a usted le

place»... Después de las primeras dos-tres frases, Iván Ivánovich se agarró la barriga, se tambaleó, y en el copioso, frondoso follaje (?) del Hermitage repercutió la risa amistosa (?) del venerable publicista... Cuando yo (autor) terminé el segundo chiste, Iván Ivánovich se empezó a carcajear, se tambaleó con la carcajada... Era una carcajada homérica. Así podía carcajearse sólo Homero (?). Se tambaleó, cayó en el borde... el bote se inclinó, y la marejada plateada ocultó a los ojos de la generosa Rusia... ¡y no puedo!, ¡¡me... ahogan las lágrimas!!

Este testimonio en nada concuerda con el testimonio del señor Yegórov. El venerable imitador de sonidos demostró que Ivánov no se carcajeó en absoluto. Al contrario, cuando él escuchaba al señor Guliévich (autor), su rostro estaba triste y agrio hasta lo imposible. El señor Yegórov, hallándose en la orilla, oyó y vio cómo, al final del segundo chiste, Ivánov se agarró la cabeza y exclamó: «¡Qué viejo y aburrido es todo en este mundo! ¡Qué tedio!» —exclamó y ¡cayó al agua!

Al jurado le queda ahora decidir, cuál de estos testimonios merece más crédito. El señor Guliévich está bajo fianza.

La muerte de Ivánov no es el primer caso mortal en el jardín Hermitage, y ya es hora de proteger, al público no culpable de nada, de la repetición de semejantes hechos... Por lo demás, yo bromeo ^[191].

2. LA PATATA Y EL TENOR

Cuán nocivos son a veces los víveres, lo puede atestiguar el siguiente extracto de *El charlatán médico*:

«Hace días, tuve que convencerme otra vez del daño de las sustancias feculentas —escribe el doctor B-. En mi policlínico, se presentó el cantante Sh-mov, con una queja de estrechez y espasmos en la garganta. Al examinar su garganta con el espejo, advertí en las mismas cuerdas vocales una patata del tamaño de un huevo de gallina; la patata ya se había hinchado y dado retoños. Respondiendo a mis preguntas, el desdichado tenor me dijo que la patata se le había trabado en la garganta unos cinco años antes, y ya había dado fruto unas cinco veces (¡sic!).

»—¡En cinco años escupí cinco sacos de patatas! —dijo, sonriendo con amargura.

»Cuando le propuse al enfermo una operación, se negó en redondo, tras declarar que la patata no le molestaba en nada para cantar. Yo le rogué cantar algo. Él, amablemente, aceptó mi ruego y cantó algo de Cagliostro. Realmente, su voz servía aún para el canto.

»—¿Y eso no importa, que su voz recuerde un poco la voz de un chacal joven? —le pregunté.

»—Pienso que no importa... —me respondió el cantante».

(*El charlatán médico*, 22)

MUERTE DE UN FUNCIONARIO

(Смерть чиновника)

En una tarde maravillosa, el no menos maravilloso alguacil Iván Dmítrich Cherviakov se hallaba sentado en la segunda fila de butacas y miraba con los gemelos *Las campanas de Corneville*^[192]. Miraba y se sentía lleno de felicidad. Pero de pronto... En los relatos aparecen con frecuencia estos «pero, de pronto». Los autores tienen razón: la vida está llena de imprevistos. Pero, de pronto su rostro se amigó, sus ojos se pusieron en blanco, su respiración cesó... apartó los gemelos de los ojos, se inclinó y... ¡atchís! Como ven, estornudó. En ninguna parte se prohíbe a nadie estornudar. Estornudan los *muzhiks*, los jefes de policía y a veces hasta los Consejeros secretos. Todos estornudan. Cherviakov no se azoró en absoluto, se limpió con el pañuelo y, como persona bien educada, miró a su alrededor para ver si había molestado a alguien con su estornudo. Entonces le llegó la hora de azorarse. Vio que un viejo, sentado delante de él en la primera fila de butacas, se frotaba cuidadosamente la calva y el cogote con un guante, refunfuñando algo. En el viejo Cherviakov reconoció al general del Estado Brizhálov, del Ministerio de Caminos.

«¡Le he salpicado! —pensó Cherviakov—. No es mi jefe, pero de todos modos es una situación incómoda. Tengo que disculparme».

Cherviakov tosió, se inclinó hacia delante y susurró al oído del general:

—Disculpe, Excelencia, le he salpicado... no era mi intención...

—No es nada, no es nada...

—Por el amor de Dios, discúlpeme. Es que... ha sido sin querer.

—¡Por favor, siéntese! ¡Déjeme escuchar!

Cherviakov se azoró, sonrió estúpidamente y comenzó a mirar al escenario. Miraba, pero ya no sentía felicidad alguna. Comenzó a sentirse molesto. En el descanso se acercó a Brizhálov, pasó a su lado y, venciendo su timidez, balbuceó:

—Le he salpicado, Excelencia... Discúlpeme... Es que... no era para...

—¡Déjelo ya! Ya lo había olvidado y usted sigue con lo mismo —dijo el general moviendo con impaciencia el labio inferior.

«Lo ha olvidado, pero me mira con mal ojo —pensó Cherviakov mirando recelosamente al general—. Ni siquiera quiere hablarme. Tendría que explicarle que yo en absoluto quería... que es ley de la naturaleza. Si no, pensará que quería escupirle. Si no lo piensa ahora, lo pensará después...».

Al llegar a casa, Cherviakov contó su grosería a su mujer. Le pareció que ésta se tomaba el suceso muy a la ligera; sólo se inquietó al principio, pero luego, cuando supo que Brizhálov no era su jefe, se tranquilizó.

—De todos modos, ve y pídele disculpas —dijo ella—. Si no, creará que no sabes

comportarte en público.

—¡Eso es! Yo me he disculpado, pero él estaba tan raro... No dijo ni una palabra sensata. Además, no hubo tiempo para hablar.

Al día siguiente Cherviakov se puso el uniforme nuevo, se cortó el pelo y fue a ver a Brizhánov para explicarse... Al entrar en la sala de espera del general vio a muchos demandantes, y entre ellos, al propio general que ya había empezado a atender las solicitudes. Tras despachar con algunos demandantes, el general alzó la vista hacia Cherviakov.

—Ayer, en el «Arcadia^[193]», quizás lo recuerde, Excelencia —comenzó a exponer el alguacil—, yo estornudé y, sin querer, le salpiqué... Le ruego...

—¡Por Dios! ¡Qué tontería! ¿Qué se le ofrece? —preguntó el general al siguiente demandante.

«No quiere hablar —pensó Cherviakov, poniéndose pálido—. O sea, que está enfadado... No, esto no hay que dejarlo así... Se lo explicaré...».

Cuando el general terminó de hablar con el último demandante y se dirigía a las salas de dentro, Cherviakov dio un paso hacia él y balbuceó:

—¡Excelencia! Si me atrevo a importunar a Su Excelencia es precisamente por sentir, puedo decir, arrepentimiento... No fue a propósito... permítame asegurárselo.

El general puso cara de llanto y agitó la mano.

—Usted se burla de mí, Señor mío —dijo, desapareciendo tras la puerta.

«¿De qué burla se trata? —pensó Cherviakov—. No hay en absoluto ninguna burla. Es general, y no puede entenderlo. Pues bien, no pienso pedir más disculpas a ese fanfarrón. ¡Que se vaya al diablo! Le escribiré una carta, pero no vuelvo. ¡Por Dios, que no vuelvo!».

Así pensaba Cherviakov de camino a casa. No escribió la carta al general. Pensó una y otra vez en ella, pero no consiguió redactarla. Tuvo que volver al día siguiente a explicarse en persona.

—Ayer vine a importunar a Su Excelencia —empezó a decir, cuando el general levantó hacia él unos ojos inquisidores— no para reírme de usted, como usted tuvo a bien decirme. Le pedía disculpas porque al estornudar, le salpiqué..., pero para nada pensé en reírme de usted. ¿Cómo me iba a atrever a burlarme? Si nos burláramos, entonces no tendríamos respeto alguno... a las personas...

—¡Fuera! —bramó de pronto el general, lívido y trémulo.

—¿Cómo? —susurró Cherviakov, pasmado de terror.

—¡Fuera! —repitió el general, pataleando.

Algo se quebró en el vientre de Cherviakov... Sin ver ni oír nada, retrocedió hacia la puerta, salió a la calle y echó a andar despacio... Al llegar maquinalmente a su casa, sin quitarse el uniforme, se tumbó en el diván y... murió.

LA PURA VERDAD

(Сушная правда)

Seis registradores colegiales^[194] y otra persona sin graduación estaban emborrachándose en un bosque cercano a la ciudad.

La reunión era ruidosa, pero triste: ni sonrisas, ni ademanes alegres, ni carcajadas, ni conversaciones joviales. Reinaba un ambiente fúnebre.

Hacía una semana, el registrador colegial Kanifoliev llegó a la oficina en estado de embriaguez, resbaló en un escupitinajo, cayó sobre un armario de cristales y lo rompió, quedando también él descalabrado. Al día siguiente perdió dos documentos del expediente 2432. Además..., solía presentarse en la oficina llevando en los bolsillos pólvora y una pistola. Por lo general, su vida era alcohólica y subversiva. Tomado todo ello en consideración, le despidieron; y ahora sus ex compañeros le daban un almuerzo de despedida.

—¡Adiós para siempre, Aliosha! —exclamaban los funcionarios, después de apurar cada copa, dirigiéndose a Kanifoliev—. ¡Amén!

Kanifoliev, un hombrecillo de larga cara llorosa, gemía al oír semejantes palabras, daba un puñetazo en la mesa y decía:

—¡De todas maneras, estaba perdido!

Tras de lo cual apuraba de un trago su copa, sollozaba ruidosamente, y se ponía a besuquear a sus amigos.

—¡Me han despedido! —gritaba, meneando trágicamente la cabeza—. ¡Me han despedido por borracho! ¡Y no se dan cuenta de que bebía para matar la pena!

—¿Qué pena?

—La que me producían las arbitrariedades de ellos. ¡Sus viles atropellos me asaeteaban el corazón! ¡No podía ver con indiferencia sus innumerables canalladas! Eso es lo que se niegan a comprender... Bueno, no importa: ¡ya les enseñaré yo lo que es bueno! ¡Para que aprendan! ¡Iré a ver al jefe y le escupiré a la cara! ¡Le soltaré toda la verdad! ¡La pura verdad!

—Lo que tú harás es callarte la boca. ¡No nos vengas con baladronadas! Cuando estamos borrachos, todos parecemos capaces de comernos el mundo; pero, en cuanto vemos a un superior metemos el rabo entre las piernas. Y lo mismo te pasa a ti.

—¿De modo que no crees que se lo voy a decir? ¿No lo crees? ¡Ah, conque no lo crees! Bueno, pues ya se verá. ¡Que me parta un rayo si...! ¡Mátame, llámame perro en mi propia cara, escúpeme si no se lo digo!

Kanifoliev asestó un puñetazo en la mesa, y enrojeció.

—¡De todas maneras, estoy perdido! ¡Ahora mismo voy y se lo suelto! ¡Ahora mismito! ¡Vive cerca de aquí, con su mujer! ¡De perdidos, al río! Pero me van a oír,

¡qué diablo! ¡Le voy a poner las cartas boca arriba! ¡Para que se entere de quién es Aliosha Kanifoliev!

Kanifoliev se levantó de un salto y corrió haciendo eses. Cuando los amigos quisieron percatarse y trataron de sujetarlo, ya estaba lejos. Y antes que se decidiesen a correr tras él para detenerle, ya se hallaba ante el jefe diciéndole:

—Exce..., excelencia... He penetrado en su casa sin anunciarme; pero lo he hecho con buena intención. Perdóneme, pues... Vengo un poco bebido, excelencia... No lo niego... Pero me doy cuenta de mis actos... Como bien dice el refrán, los niños y los borrachos son los que dicen la verdad. ¡Y yo vengo a decirle toda la verdad! ¡La pura verdad! ¡Sí, excelencia! ¡La paciencia se está acabando! ¿Por qué hace tanto tiempo que no han encerado el piso de la oficina? ¿Cómo se permite al contable dormir hasta las once? ¿Por qué se tolera que Mitiayev se lleve a su casa los periódicos de la oficina, mientras que a los demás no se les permite? Como ya estoy perdido, quiero decirle a su excelencia la pura...

Y esta pura verdad la decía Kanifoliev con voz trémula y ojos llorosos, dándose puñetazos en el pecho.

El jefe le miraba boquiabierto, sin comprender a qué venía todo aquello.

UN NIÑO MALIGNO

(Злой мальчик)

Iván Ivánich Liapkin, joven de exterior agradable, y Anna Semiónovna Samblitzkaia, muchacha de nariz respingada, bajaron por la pendiente orilla y se sentaron en un banquito. El banquito se encontraba al lado mismo del agua, entre los espesos arbustos de jóvenes sauces. ¡Qué maravilloso lugar era aquél! Allí sentado se estaba resguardado de todo el mundo. Sólo los peces y las arañas flotantes, al pasar cual relámpago sobre el agua, podían ver a uno. Los jóvenes iban provistos de cañas, frascos de gusanos y demás atributos de pesca. Una vez sentados se pusieron enseguida a pescar.

—Estoy contento de que por fin estemos solos —dijo Liapkin mirando a su alrededor—. Tengo mucho que decirle, Anna Semiónovna..., ¡mucho!... Cuando la vi por primera vez... ¡están mordiendo el anzuelo!..., comprendí entonces la razón de mi existencia... Comprendí quién era el ídolo al que había de dedicar mi honrada y laboriosa vida... ¡Debe de ser un pez grande! ¡Está mordiendo!... Al verla..., la amé. Amé por primera vez y apasionadamente... ¡Espere! ¡No tire todavía! ¡Deje que muerda bien!... Dígame, amada mía... se lo suplico..., ¿puedo esperar que me corresponda?... ¡No! ¡Ya sé que no valgo nada! ¡No sé ni cómo me atrevo siquiera a pensar en ello!... ¿Puedo esperar que?... ¡Tire ahora!

Anna Semiónovna alzó la mano que sostenía la caña y lanzó un grito. En el aire brilló un pececillo de color verdoso plateado.

—¡Dios mío! ¡Es una pértiga!... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Pronto!... ¡Se soltó!

La pértiga se desprendió del anzuelo, dio unos saltos en dirección a su elemento familiar y se hundió en el agua. Persiguiendo al pez, Liapkin, en lugar de éste, cogió sin querer la mano de Anna Semiónovna, y sin querer se la llevó a los labios. Ella la retiró, pero ya era tarde. Sus bocas se unieron sin querer en un beso. Todo fue sin querer. A este beso siguió otro, luego vinieron los juramentos, las promesas de amor... ¡Felices instantes!... Dicho sea de paso, en esta terrible vida no hay nada absolutamente feliz. Por lo general, o bien la felicidad lleva dentro de sí un veneno o se envenena con algo que le viene de afuera. Así ocurrió esta vez. Al besarse los jóvenes se oyó una risa. Miraron al río y quedaron petrificados. Dentro del agua, y metido en ella hasta la cintura, había un chiquillo desnudo. Era Kolia, el colegial hermano de Anna Semiónovna. Desde el agua miraba a los jóvenes y se sonreía con picardía.

—¡Ah!... ¿Conque se besaron?... ¡Muy bien! ¡Ya se lo diré a mamá!

—Espero que usted..., como caballero... —balbució Liapkin, poniéndose colorado—. Acechar es una villanía, y acusar a otros es bajo, feo y asqueroso... Creo que usted..., como persona honorable...

—Si me da un rublo no diré nada, pero si no me lo da, lo contaré todo.

Liapkin sacó un rublo del bolsillo y se lo dio a Kolia. Éste lo encerró en su puño mojado, silbó y se alejó nadando. Los jóvenes ya no se volvieron a besar. Al día siguiente, Liapkin trajo a Kolia de la ciudad pinturas y un balón, mientras la hermana le regalaba todas las cajitas de píldoras que tenía guardadas. Luego hubo que regalarle unos gemelos que representaban unos morritos de perro. Por lo visto, al niño le gustaba todo mucho. Para conseguir aún más, se puso al acecho. Allá donde iban Liapkin y Anna Semiónovna, iba él también. ¡Ni un minuto los dejaba solos!

—¡Canalla! —decía entre dientes Liapkin—. ¡Tan pequeño todavía y ya un canalla tan grande! ¿Cómo será el día de mañana?

En todo el mes de junio, Kolia no dejó en paz a los jóvenes enamorados. Los amenazaba con delatarlos, vigilaba, exigía regalos... Pareciéndole todo poco, habló, por último, de un reloj de bolsillo... ¿Qué hacer? No hubo más remedio que prometerle el reloj.

Un día, durante la hora de la comida y mientras se servía de postre un pastel, de pronto se echó a reír, y guiñando un ojo a Liapkin, le preguntó: «¿Se lo digo?... ¿Eh...?».

Liapkin enrojeció terriblemente, y en lugar del pastel masticó la servilleta. Anna Semiónovna se levantó de un salto de la mesa y se fue corriendo a otra habitación.

En tal situación se encontraron los jóvenes hasta el final del mes de agosto..., hasta el preciso día en que, por fin, Liapkin pudo pedir la mano de Anna Semiónovna. ¡Oh, qué día tan dichoso aquél!... Después de hablar con los padres de la novia y de recibir su consentimiento, lo primero que hizo Liapkin fue salir a todo correr al jardín en busca de Kolia. Casi sollozó de gozo cuando encontró al maligno chiquillo y pudo agarrarlo por una oreja. Anna Semiónovna, que llegaba también corriendo, lo cogió por la otra, y era de ver el deleite que expresaban los rostros de los enamorados oyendo a Kolia llorar y suplicar...

—¡Queriditos!... ¡Preciositos míos!... ¡No lo volveré a hacer! ¡Ay, ay, ay!... ¡Perdónenme...!

Más tarde ambos se confesaban que jamás, durante todo el tiempo de enamoramiento, habían experimentado una felicidad..., una beatitud tan grande... como en aquellos minutos, mientras tiraban de las orejas al niño maligno.

3000 VOCABLOS EXTRANJEROS INCORPORADOS A LA LENGUA RUSA

(3000 иностранных слов, вошедших в употребление
русского языка)

Hora del almirante. Hora bautizada así en homenaje a vicealmirantes y contraalmirantes.

Actor. Cristiano verdadero que ayuna.

Bestia. Hombre con talento.

Water-closet. Según opina un consejero civil, gabinete de meditación.

Honorario. Trabajo cobrado por la cantidad de renglones, que rara vez supera los cinco.

Instituto de suboficiales. Instituto al que no le aconsejo enviar a sus hijas. Aceptan en cualquier época del año. Se aceptan gallinas, gansos y demás seres vivos.

Canalla. Palabra despectiva que los vigilantes de apartamentos liberales usan en ocasiones con sentido cariñoso.

Registrador colegiado. Los más grandes de todos, como el gobio entre los peces.

Curosap (de las palabras latinas: *curo*, cuidado, y *sapor*, cotilleo). Guardián que se preocupa por ciertos aspectos de los habitantes.

Curso. Barómetro que se puede estropear fácilmente.

Obj. La «ella» de alguien, a quien «él» mantiene.

Sujeto. Palabra ultrajante.

Tra-la-lá. Pantalones de hombre en el lenguaje de las veraneantes.

El hombre sin bazo. Seudónimo bajo el cual, tal vez, se encuentre el rey de las Islas Sándwich o un *grande* español. Pero, sea quien sea, con todo el respeto pone el punto y final.

ANUNCIOS EQUIVOCADOS

(Перепутанные объявления)

Con los anuncios ofrecidos se produjo en las fiestas un pequeño escándalo que no tiene, por lo demás, especial importancia, y no está contemplado por el legislador: tras componerlos y recogerlos en las galeras, el cajista dejó caer todos los tipos al suelo. Las galeras se mezclaron y salió una papilla que no tiene, por lo demás, carácter delictivo. Esto es lo que se obtuvo tras la impresión:

Portero de tres pisos busca puesto de institutriz.

Las Flores y serpientes de L. I. Palmin informan con profundo pesar a familiares y conocidos sobre la defunción del esposo y padre de su paje, A. K. Pustokvásov.

El perro maltés de la fábrica *Siu y cía* se escapó con permiso de la dirección.

Garañón de pelaje moro, de carrera, especialista en afecciones femeninas y nerviosas, da lecciones de esgrima.

La sociedad naviera *El aeroplano* busca puesto de sirvienta.

La redacción de la revista *El campo* tiene para las puérperas habitaciones separadas. Discreción y comodidad. Los niños y los rangos bajos pagan la mitad. Se ruega no tocar con las manos.

La dirección del concurso sobre las causas de insolvencia del mercader Rrichálov vende por inservible cáncer de estómago y caries.

En ocasión de mal tiempo el dentista Krachtier pone muelas. Misas de réquiem a diario.

¡Novedad! Estudiante de matemática con medalla de oro, hallándose en situación calamitosa, propone al honradísimo público ropa blanca y ajuar. Almuerzos y desayunos de variadísimo menú.

A partir del 1 de febrero va a salir sin censura previa la comadrona Díldina. Cualquier imitación será castigada severamente por la ley.

EL TRÁGICO

(Трагик)

Con la obra titulada *Príncipe de plata* celebrábase el beneficio del trágico Fenogenov.

A cargo del propio beneficiado estaba el papel de Viasemsky, el empresario representaba el de Drujina Morosov y la señora Beobajtova el de Elena... El espectáculo fue una maravilla. El trágico hizo verdaderos milagros: al secuestrar a Elena la pasó por el escenario sosteniéndola (a mayor altura que la de su cabeza) con una sola mano; gritó, jadeó, pataleó..., arrancándose del pecho el caftán. Cuando se negaba a batirse con Morosov, todo su cuerpo temblaba como jamás ha temblado en la realidad cuerpo alguno, mientras su aliento se agotaba ruidosamente. Los aplausos hacían retemblar el teatro. El número de veces que los artistas hubieron de salir a saludar resultó incontable. Una pitillera de plata y un ramo adornado con largas cintas fueron ofrecidos a Fenogenov. Las señoras agitaron los pañuelos, obligaban a los caballeros a aplaudir, y muchas de ellas lloraban... Pero la que más entusiasmada se mostraba de la interpretación, la que más se agitaba, era Mascha, la hija de Sidorezky, el jefe de Policía. Sentada en la primera fila de butacas, junto a su papá, no apartaba los ojos del escenario ni aun siquiera durante los entreactos. Llena de entusiasmo, temblorosos los pies y las finas y pequeñas manos, sus ojos se arrasaban de lágrimas y su rostro se tornaba por momentos más y más pálido. No había nada de extraño en todo esto ya que era la primera vez que asistía en su vida a una representación teatral.

—¡Qué bien trabajan!... ¡Qué espectáculo tan magnífico! —decía a su padre, el jefe de Policía, cada vez que bajaban el telón—. ¡Qué maravilloso es este Fenogenov!

Y si el papá hubiera sabido leer en los rostros humanos, en la pálida carita de su hija hubiera leído un entusiasmo que llegaba al sufrimiento. La interpretación, la obra, el ambiente..., ¡todo le hacía sufrir!

Cuando en el entreacto empezó a tocar la banda militar, agotada, cerró los ojos.

—¡Papá!... —dijo a su padre en el último entreacto—. ¡Ve al escenario e invita a todos a comer mañana!

El jefe de Policía fue al escenario, alabó la buena interpretación y dijo este cumplido a la señora Beobajtova:

—Su lindo rostro está pidiendo ser llevado al lienzo... ¡Oh!... ¿Por qué no seré yo pintor?

Luego, cuadrándose ante todos, les invitó a comer en su casa:

—Venga toda la compañía (con exclusión de la parte femenina) —murmuró después en un aparte—. Las artistas, no..., porque tengo una hija.

Al día siguiente algunos de los artistas comían en casa del jefe de Policía. Éstos eran solamente el empresario, Limonadov; el trágico Fenogenov, y Vodoloso, el

cómico; los demás se excusaron legando falta de tiempo. La comida transcurrió en medio del mayor aburrimiento; Limonadov estuvo haciendo constantemente, al jefe de Policía, protestas de respeto (respeto que decía sentir en general por todos los superiores), mientras Vodolosoov se conducía como los comerciantes y los armenios borrachos, y Fenogenov (Knisch, según su pasaporte), alto y robusto ucraniano, de ojos negros, declamaba frunciendo el entrecejo:

—«Junto a un portal lujoso...» y «Ser o no ser...».

Con los ojos arrasados en lágrimas, refirió Limonadov su entrevista con el que fue en un tiempo gobernador, general Kaniuchin. El jefe de Policía escuchaba aburrido y sonriendo con benevolencia, y a pesar de que Limonadov exhalaba un fuerte olor a plumas quemadas y de que Fenogenov iba vestido con un frac prestado y calzado con unos zapatos que tenían los tacones torcidos, se sentía contento. Agradaban a su hija, la distraían, y esto le bastaba. Entre tanto, Mascha no apartaba los ojos ni por un minuto de los artistas. Jamás había conocido personas tan instruidas, tan extraordinarias. Aquella noche el jefe de Policía y Mascha se fueron de nuevo al teatro. Una semana después comían otra vez los artistas en su casa. A partir de este día comenzaron a frecuentar la casa del jefe de Policía, a la que acudían, tan pronto a comer como a cenar, mientras Mascha se sentía por momentos más y más ligada al teatro, al que asistía diariamente.

Se enamoró del trágico Fenegenov, y un buen día en que el jefe de Policía se había ausentado para ir al encuentro del arcipreste, uniéndose a la compañía de Limonadov, se fugó de su casa, casándose en ruta con su amado. Tras la celebración de la boda, los artistas redactaron una larga y conmovedora carta y se la enviaron al jefe de Policía. Todos tomaron parte en la redacción.

—Explícale las razones..., las razones —decía Limonadov a Vodolosoov mientras éste escribía—. Alude también al *respeto*. A esta gente *graduada* le gusta mucho eso. Hay que encontrar la manera de... conmoverle y de hacerle llorar...

La respuesta a aquella carta fue, sin embargo de lo más desconsolador.

El jefe de Policía renegaba de su hija, ya que ésta se había casado con un (como decía la carta) ucraniano vago, tonto y sin ocupación determinada.

Al día siguiente de recibida dicha respuesta, Mascha escribía a su padre:

«¡Me pega..., papá! ¡Perdónanos!».

Le pegaba, efectivamente. Le pegaba entre bastidores, en presencia de Limonadov, de la lavandera y de los tramoyistas. Recordaba Fenogenov el día (unos cuatro antes de la boda) en que, sentado con la compañía en la taberna London, todos le hablaban de Mascha... Recordaba a la compañía entera aconsejándole que se arriesgara, y a Limonadov diciéndole con las lágrimas en los ojos: «¡Es estúpido e irrazonable despreciar una ocasión como ésta! Por todo ese dinero sería una capaz, ¡no ya de casarse..., sino de ir a Siberia!... Cuando te cases tendrás tu teatro propio y me llevarás a mí a tu compañía. Ya no seré yo el amo, lo serás tú».

Fenogenov recordaba todo esto, y por eso ahora se apretaba los puños,

masculando:

—Si no me manda el dinero, la haré astillas. ¡No tolero que se me engañe! ¡Diablos!

En una ocasión, la compañía intentó abandonar una ciudad provinciana sin decir nada a Mascha, pero ésta, enterada a tiempo, llegó corriendo a la estación después de dado el segundo toque de salida del tren y cuando los artistas estaban ya sentados en sus vagones.

—He sido ofendido, por su padre —le dijo el trágico—. Entre nosotros todo ha terminado.

Pero ella, a pesar de que el vagón estaba lleno de gente, dobló sus piernecitas, cayó de rodillas ante él y tendió sus manos suplicantes.

—¡Le amo! —decía—. ¡No me rechace, Kondratii Ivanich! ¡Sin usted no puedo vivir!

Los demás escucharon su súplica, y después de consultarse entre sí resolvieron admitirla en la compañía para hacerla representar papeles de *condesa* (así eran llamadas las pequeñas artistas que salían a escena en grupo, por lo general encargadas de papeles mudos).

Al principio Mascha sólo actuaba de doncella o de paje, pero luego, cuando la señora Beobajtova, la flor y nata de la compañía, se fugó..., le fue adjudicado un papel de ingenua. Trabajaba mal, azaraba y se trabucaba. Sin embargo, llegó a acostumbrarse y empezó a gustar al público. Fenogenov se sentía muy descontento.

—¿Es acaso una artista? —decía—. ¡Ni tiene figura ni sabe moverse! ¡No tiene más que tontería!...

Una vez la compañía de Limonadov representaba en una ciudad provinciana *Los ladrones*, de Schiller. Fenogenov hacía el papel de Francisco y Mascha el de Amalia. El trágico gritaba y trepidaba: Mascha se limitaba a recitar su papel, como el que se ha aprendido bien una lección, y la función hubiera probablemente transcurrido como transcurre por lo general una función cualquiera, de no haber ocurrido un pequeño incidente. Todo iba bien hasta el momento aquel en que Francisco se declara a Amalia y ésta se apodera de su espada. El ucraniano grita, silba, tiembla y estrecha a Mascha entre sus brazos de hierro. Pero Mascha, en lugar de rechazarle y de gritar «¡Aparta!...», quedó temblorosa en sus brazos como un pajarillo. Se sentía como petrificada.

—¡Tenga compasión de mí!... ¡Soy tan desgraciada! —le murmuraba al oído.

—¡No te sabes el papel! ¡Escucha al apuntador! —rugía sordamente el trágico, blandiendo la espada.

Después de la función, Limonadov y Fenogenov, sentados en el recinto de la taquilla, sostenían la siguiente conversación:

—¡Tu mujer no se estudia los papeles! ¡Ésa es la verdad!... —decía el empresario—. ¡No sabe cumplir su cometido! ¡Toda persona tiene un cometido que cumplir, y ella no cumple con el suyo!...

Fenogenov escuchaba, suspiraba y fruncía más y más el entrecejo.
A la mañana siguiente, Mascha, sentada en un tenducho de comestibles, escribía:
«Papá... ¡Me pega!... ¡Perdónanos! ¡Mándanos dinero!».

EL DOTE

(Приданое)

Muchas casas he visto en mi vida: grandes y pequeñas, de piedra y de madera, viejas y nuevas; pero una de ellas llevo especialmente grabada en la memoria. En realidad, no es una casa sino una casita. Pequeña, con un solo piso y sus tres ventanas, se asemeja atrozmente a una viejecita encorvada y tocada de una cofia. Blanqueada por fuera y con un tejado de tejas y una chimenea rota, está sumergida en el verdor de las acacias, de los sauces y de las moreras, plantados un día por los abuelos y los bisabuelos de sus actuales propietarios. No se la distingue entre la masa de verdor; verdor que, dicho sea de paso, no la impide ser una casita de la ciudad. Su ancho patio es uno más entre la fila de patios, también anchos y llenos de verdor, que forman la calle Moskovkaia. Nadie va nunca en vehículo alguno por aquella calle y es raro que alguien transite por ella.

Las persianas de la casita están siempre entornadas. Sus inquilinos no necesitan luz, no les hace falta. Las ventanas de la casita no se abren nunca, porque a los inquilinos de la casita no les gusta el aire puro. Las gentes que viven siempre entre moreras, acacias y bardana, son indiferentes a la Naturaleza. Tan sólo a los veraneantes concedió Dios capacidad para comprender sus bellezas, mientras el resto de la Humanidad permanece sumido en la más profunda ignorancia con respecto a ellas. Las gentes no dan valor a aquello de lo que son ricos, y, por si fuera poco, no sabemos amar lo que tenemos. Alrededor de la casita hay un paraíso terrestre, todo es verdor..., viven alegres pájaros... Y, en cambio, dentro de la casita... ¡Ay!... Durante el verano, en su interior, la atmósfera es sofocante y agobiadora; durante el invierno hace el mismo calor que en un establecimiento de baños. Hay tufo, aburrimiento y aburrimiento... Hace ya mucho que, con motivo de un asunto, visité por primera vez esta casita. Estaba encargado por su dueño, el coronel Chikamasov, de saludar de su parte a su mujer y a su hija. Me acuerdo perfectamente de esta mi primera visita. No es posible dejar de recordarla.

Imagínese a una mujer de unos cuarenta años, pequeña y fofa, que le mira a usted con espanto y con asombro cuando, dejando el recibimiento, penetra usted en el salón. Es usted un *extraño*, una visita, un *joven*, y esto basta para sumergirla en aquel asombro y aquel espanto. En las manos lleva usted un *kisten*^[195], ni un hacha, ni una pistola... Incluso sonríe usted al encuentro con aire temeroso.

—¿A quién tengo el honor y el gusto?... —le pregunta a usted con voz temblorosa una señora de edad, en la que reconoce usted a Chikamasova, el ama de la casa. Usted da su nombre y explica el motivo de su visita. El espanto y el asombro se retiran entonces para dejar sitio a un alegre y agudo «¡Ah!», a un poner los ojos en

blanco... Este «¡Ah!» se transmite como un eco del recibimiento al salón, del salón a la cocina, y así sucesivamente, hasta llegar a la bodega. Pronto la casita se llena de regocijados «¡Ah!» en diferentes tonos. Cinco minutos después está usted sentado en la sala en un amplio, mullido y caliente diván y escucha cómo toda la calle Moskovskaia exclama: «¡Ah!».

Olía a polvos contra la polilla y a la piel de cordero de unos zapatos que envueltos en un pañolito estaban echados a mis lados sobre una silla. En las ventanas, geranios y trapitos de muselina. Sobre los trapitos, moscas satisfechas. Colgado de la pared, el retrato de un arcipreste, pintado al óleo y cubierto de un cristal con una esquinita rota. Del arcipreste partía una fila de antepasados con rostros de gitanos color amarillo limón. Encima de la mesa, un dedal, un carrete de hilo y una media tejida hasta la mitad. En el suelo, patrones y una blusita negra hilvanada. En el cuarto inmediato, dos viejas perturbadas en su labor, aturcidas, recogiendo del suelo patrones y percalinas...

—¡Tenemos un terrible desorden! —dijo Chikamasova.

Mientras conversaba conmigo, miraba de reojo, azarada, a la puerta tras la que continuaba la recogida de patrones. A su vez la puerta, como también azarada, se abría tan pronto una pulgada como se cerraba.

—¿Qué quieres? —dijo Chikamasova a la puerta.

—*Où est mon cravate lequel mon père m'avait envoyé de Kusk?* —preguntó, a través de ella, una voccecita femenina.

—¡Ah!... *Est-ce que Marie?*... ¿Qué?... ¿Será posible?... *Nous avons donc chez nous un homme très peu connu par nous!*... ¡Pregunta a Lukeria...! «Fíjese en lo bien que hablamos francés», leí en los ojos de Chikamasova, que enrojecía de gusto. Pronto se abrió la puerta y vi aparecer a una señorita de unos diecinueve años, delgada y ataviada de un largo vestido de muselina y un cinturón de oro sobre el que recuerdo colgaba un abanico de nácar. Al entrar hizo una pequeña reverencia y se ruborizó. Se ruborizó primero su larga y poco tersa nariz; después, desde la nariz el rubor se extendió hasta los ojos y de los ojos a las sienes.

—Es mi hija —dijo con acento cantarín Chikamasova—. Máshenka, éste es el joven que...

Tras hacer conocimiento, expresé mi asombro sobre aquella inmensidad de patrones. La madre y la hija bajaron la vista.

—Por las fiestas de la Ascensión, tuvimos una feria —dijo la madre—. En feria solemos comprar siempre muchas telas que luego cosemos durante todo el año, hasta la feria siguiente. No encargamos nada fuera. Lo que gana mi Piotr Semiónich no es mucho, y nosotras no podemos permitirnos lujos... Tenemos que coser nosotras mismas.

—Pero ¿quién emplea toda esa cantidad de prendas? Aquí son ustedes dos solamente...

—¡Oh!... ¿Es que iba a poder emplearse?... ¡Eso no es para emplearse! ¡Es el

dote!

—¡Ay mamá!... ¿Qué está usted diciendo? —intervino la hija ruborizándose—. El señor podría pensar seriamente que... ¡Yo nunca me casaré! ¡Nunca!

Dijo esto, y mientras pronunciaba las palabras «me casaré», sus ojitos revelaban su anhelo de casarse.

Trajeron el té con tostadas secas, mermeladas y mantequilla; luego me obsequiaron con frambuesa y nata. A las siete fue servida una cena de seis platos, en el curso de la cual percibí un sonoro bostezo; alguien bostezaba ruidosamente en la habitación contigua. Miré asombrado a la puerta. De esa manera sólo podía bostezar un hombre.

—Es Yegor Semiónich, el hermano de Piotr Semiónich —explicó Chikamasova al observar mi asombro—. Vive con nosotras desde el año pasado. Perdóneme usted que no pueda salir a saludarle, pero..., ¡es tan salvaje! ¡Se azara ante los extraños! Piensa entrar en un monasterio (en el servicio pasó muchos disgustos...). Por eso quiere retirarse a un convento.

Terminada la cena, Chikamasova me enseñó una estola que Yegor Semiónich estaba bordando para ofrecerla después a la iglesia. Máshenka, despojada por un minuto de su timidez, me enseñó a su vez una bolsita para tabaco que bordaba para su papá. Cuando manifesté mi asombro ante aquel trabajo, se volvió hacia su madre y murmuró algo en su oído.

Ésta resplandeció y me propuso que fuera con ella al cuarto-despensa. Allí vi unos cinco grandes baúles e infinidad de baulitos y cajoncitos.

—Es el dote —me susurró la madre—. Todo lo hemos cosido nosotras.

Después de contemplar los sombríos baúles, empecé a despedirme de mis hospitalarias amas de casa. Éstas me obligaron a que les diera palabra de visitarlas alguna vez. Siete años después, cuando en calidad de experto fui enviado a la ciudad con motivo de un asunto judicial, tuve ocasión de cumplir aquella palabra. Al entrar en la casita familiar, escuché los mismos «¡Ah!» de antaño. Me reconocieron..., ¡ya lo creo que me reconocieron!...

Mi visita había sido todo un acontecimiento, y donde de estos hay pocos, se recuerdan largamente. Cuando hice mi entrada en el salón, la madre, aún más gorda y ya canosa, se arrastraba por el suelo cortando una tela de color azul. La hija, sentada en el diván, bordaba. Los patrones eran los mismos, el olor de los polvos contra la polilla, el mismo, de la pared colgaba el mismo retrato con la esquinita rota y, sin embargo, algo había cambiado. El retrato de Piotr Semiónich pendía de la pared, junto al del arcipreste, y ambas damas estaban de luto. Piotr Semiónich había muerto una semana después de haber sido ascendido a general. Diose comienzo a las evocaciones... La generala vertió algunas lágrimas.

—»¡Tenemos una pena muy grande!... ¿sabe? ¡Perdimos a Piotr Semiónich! ¡Estamos huérfanas y nos vemos obligadas a cuidar de nosotras mismas! ¡Yegor Semiónich vive, pero de él no podemos decir nada bueno! ¡No le admitieron en el

monasterio a causa de su afición por las bebidas ardientes, con lo que ahora tiene tanta pena que bebe todavía más! ¡Pienso ir a visitar al mariscal de la nobleza y presentar una queja sobre él! ¡Figúrese que no fue una, sino varias, las veces que abrió los baúles... y cogió del dote de Máshenka para repartir donativos a los caminantes!... ¡De dos de los baúles lo sacó todo! ¡Desde luego, si hubiera seguido así, Máshenka se hubiera quedado sin dote!...

—¿Qué dice usted, mamá? —se azaró ésta—. El señor puede pensar seriamente sabe Dios en qué. ¡Yo nunca, nunca me casaré!

Mientras así hablaba, Máshenka contemplaba el techo con aire inspirado y lleno de esperanza; sin dar seguramente crédito a sus propias palabras. Por el recibimiento, con el ruido de un ratón, se deslizó rápidamente una figura masculina de gran calva que vestía con una levita color castaño y calzaba unos chanclos a guisa de zapatos.

«Será seguramente Yegor Semiónich», pensé.

Yo miraba a la madre y a la hija, la una junto a la otra. Ambas habían envejecido, sus rostros aparecían ajados y la cabeza de la madre tenía reflejos de plata. La hija se había marchitado y aparentaba ser solamente cinco años menor que la madre.

—¡Pienso dirigirme al mariscal de la nobleza! —repitió ésta olvidando que ya me lo había dicho antes—. ¡Quiero presentar una queja!... Todo lo que bordamos nos lo coge Yegor Semiónich, y hace con ello donativos para la salvación de las almas. ¡Ha dejado a mi Máshenka sin dote!

Máshenka se ruborizó pero no dijo una palabra.

—Tenemos que ponernos a coser otra vez, porque no somos ningunas ricachonas. ¡Las dos somos huérfanas!

—¡Somos huérfanas! —repitió Máshenka.

El Destino me condujo de nuevo en el pasado año a la casita familiar. Lo primero que vi al entrar en la sala fue a la viejecita Chikamasova. Sentada en el diván, completamente vestida de negro y cubierta de crespones de luto, cosía. A su lado hallábase sentado un viejecito de levita color castaño y chanclos a guisa de zapatos. Al verme, el viejecito se levantó de un salto y salió corriendo de la sala...

En respuesta a mi saludo, la viejecita sonrió y dijo:

—*Je suis charmée de vous revoir, monsieur.*

—¿Qué está usted cosiendo? —pregunté un poco después.

—Una camisita. Cuando termine de coserla la llevaré a casa del señor cura para que la guarde él, porque si no, Yegor Semiónich se la llevará. Ahora lo guardo todo en casa del señor cura —cuchicheó.

Y echando una mirada al retrato de la hija colocado sobre la chimenea, suspiró y dijo:

—¡Somos huérfanas!

¿Dónde estaría la hija? ¿Dónde estaría Máshenka?... No pregunté nada. No quise preguntar nada a la viejecita vestida de un luto profundo.

Y mientras estuve sentado en la casita y después al marcharme, Máshenka no

salió a saludarme. No oí su voz ni sus quedos, tímidos, pasos... Todo estaba claro y uno sentía el alma fuertemente oprimida...

EL TABERNERO COMPASIVO

(LLANTO DE UN ARRUINADO)

(Добродетельный кабатчик. Плач оскудевшего)

Tráeme un bocadillo frío. Y, de camino, un poco de vodka.

Epitafio

Aquí me tienen ustedes, triste y meditabundo.

En otros tiempos tenía yo en mi hacienda gallinas, gansos y pavos: aves todo lo estúpidas que se quiera, pero sabrosas si las hay. En mi granja crecían y se multiplicaban «¡ay, caballos, caballos míos!»^[196]. Los molinos no estaban nunca inactivos. Las minas daban carbón. Las aldeanas recolectaban las bayas. Fanegas y fanegas de tierra, cubiertas de flora y de fauna: si quieres, come; y si no, dedícate a la zoología. Podía uno ir a primera fila de butacas, jugar a las cartas, blasonar de amantes...

¡Ahora es todo muy distinto!

Hace un año, el día de San Elías, estaba yo sentado y aburrido en la terraza, con la tetera llena de té, de a rublo el paquete, el alma revuelta y una gana espantosa de llorar...

Tan apenado me encontraba, que ni me percaté de cómo se me acercó el tabernero Efir Tsutsikov, antiguo siervo mío, que se detuvo, respetuosamente, al lado de la mesa.

—Señor: convendría que mandase usted pintar el tejado —dijo poniendo ante mí una botella de vodka—. Es de chapa y se enmohece si no se le pinta. Y ya se sabe lo que es el moho... Terminará teniendo agujeros.

—¿Con qué dinero quieres que lo pinte, Efímushka? —respondí—. Bien sabes que...

—Pídamelo. Mire que, si no lo hace, acabará agujereándose la chapa... Y otra cosa que debiera ordenar es poner un guarda en el huerto. ¡Le están robando los árboles!

—¡Ay, también para eso hace falta dinero!

—Yo se lo presto. Ya me lo devolverá. Al fin y al cabo, no es la primera vez.

Me dejó quinientos rublos, se llevó un pagaré y se marchó. Cuando quedé solo, apoyé la cabeza en los puños; y me entregué a una meditación acerca del pueblo y de sus cualidades... Hasta tuve intención de mandar un artículo a *Rus*.

«No cesa de hacerme favores magnánimos... ¿Por qué? Porque antaño le azoté... ¡Qué ausencia de rencor! ¡Aprended, extranjeros!».

Una semana después se quemó un cobertizo en mi patio. El primero en acudir fue Tsutsikov. No sólo salvó lo que pudo, sino que trajo unas lonas para cubrir mi casa, si era necesario. Rojo y mojado, temblaba como si se tratase de bienes propios.

—Habría que construir otro cobertizo —me dijo, después del incendio—. Ya le enviaré un poco de madera. Debiera usted ordenar que limpiasen el estanque, *barin*. Ayer estuvieron pescando, y se rompieron las redes con tantas algas. La limpieza valdrá trescientos rublos. ¡Tómelos! Al fin y al cabo, no es la primera vez...

Etcétera, etcétera. Limpiaron el estanque, pintaron el tejado, arreglaron las cuadras... Y todo ello, con el dinero de Tsutsikov.

La semana pasada se presenta éste en mi casa; se detiene a la puerta, y tose respetuosamente, en el puño:

—Está la hacienda que no se la conoce. Como para que viva en ella un conde o un príncipe: los estanques limpios, la siembra de otoño terminada, caballos nuevos...

—¡Y todo gracias a ti, Efimushka! —le contesté, a punto de llorar, enternecido.

Me levanté y di al *muzhik* un abrazo de lo más efusivo.

—Dios mediante, las cosas se arreglarán y te devolveré lo que me has prestado. Te lo devolveré con creces, Efimushka. ¡Déjame que te abrace otra vez!

—Todo está ya reparado y compuesto. ¡Gracias a Dios! No queda más que echar de aquí al raposo...

—¿A qué raposo, Efimushka?

—Pues ya se sabe a cuál...

Y después de un breve silencio, añadió:

—Ahí están los del juzgado... Esconda usted las botellas, no vaya a creer el juez que lo único que se hace en mi hacienda es emborracharse... ¿Quiere usted que le alquile una habitación en el pueblo, o piensa marcharse a la ciudad?

Aquí me tienen ustedes, meditabundo.

LA HIJA DE ALBIÓN

(Дочь Альбиона)

Una magnífica calesa con llantas de caucho, asiento de terciopelo y un grueso cochero en el pescante se detuvo ante la casa del hacendado Griabov. Fiódor Otsov, mariscal de la nobleza del distrito, se apeó de un salto. En el vestíbulo le recibió un soñoliento lacayo.

—¿Está el señor en casa? —preguntó el mariscal.

—No, excelencia. La señora y los niños se han ido de visita y el señor está pescando con *mademoiselle* la gobernanta. Se fueron por la mañana.

Otsov, tras reflexionar durante un instante, se dirige a la orilla del río en busca de Griabov. Lo encuentra a unas dos verstas de la casa. Nada más verlo desde lo alto de la escarpada ribera, Otsov se ríe a carcajadas... Griabov, hombre grueso, corpulento, con una cabeza muy grande, está sentado a la turca sobre la arena, con una caña en la mano. Lleva el sombrero echado hacia atrás, la corbata cuelga hacia un lado... A su lado hay una inglesa alta y delgada, con ojos saltones de cangrejo y una gran nariz aguileña, más parecida a un gancho que a una nariz. Viste un traje blanco de muselina a través del cual se transparentan los hombros amarillentos y descamados. Del cinturón dorado cuelga un reloj de oro. También está pescando. En torno a ellos reina un silencio de muerte. Ninguno de los dos se mueve, como tampoco las aguas, sobre las que flotan las veletas.

—¡Ánimo no falta, pero no hay suerte! —dijo Otsov, riendo—. ¡Buenos días, Iván Ruzmich!

—Ah... ¿eres tú? —preguntó Griabov, sin apartar los ojos del agua—. ¿Has venido?

—Ya lo ves... y tú, ¿sigues ocupándote de estas naderías? ¿Cómo es posible que no te canses?

—Que el diablo... Llevo todo el día pescando, desde por la mañana... Hoy no pica ni uno. Ni yo ni este adefesio hemos cogido nada. Pasan las horas y nada. ¡Es para perder la paciencia!

—¡Mándalo todo a paseo! ¡Vámonos a tomar una copa de vodka!

—Espera... Quizá cojamos algo... Por la tarde pican más... ¡Llevo aquí desde por la mañana, amigo! No soy capaz de expresar lo mucho que me he aburrido. ¡Sin duda es el diablo quien me ha hecho aficionarme a la pesca! Sé que es una tontería, pero no me muevo del sitio. Sigo aquí como un canalla, como un presidiario, mirando el agua, lo mismo que un imbécil... Debería estar supervisando la siega y estoy pescando. Ayer ofició la misa en Japónevo el arzobispo, pero yo, en lugar de ir, me quedé aquí con este esturión... con esta diablesa...

—Pero... ¿te has vuelto loco? —le preguntó Otsov, mirando de soslayo a la

inglesa con aire confuso—. Decir esas groserías en presencia de una dama... y encima sobre ella...

—¡Que se vaya al diablo! Da igual, no entiende ni una palabra de ruso. Ya puedes dedicarle un cumplido o insultarla, a ella le da lo mismo. ¡Mira qué nariz tiene! ¡Es para desmayarse! ¡Pasamos días enteros juntos y no cruzamos ni una palabra! Se queda ahí plantada, como un espantapájaros, mirando el agua con ojos como platos.

La inglesa bostezó, cambió el cebo y volvió a lanzar.

—¡No salgo de mi asombro, amigo! —continuó Griabov—. ¡La muy idiota lleva viviendo en Rusia diez años y no ha aprendido ni una palabra! Cuando uno de nuestros hidalgüelos va a su país, aprende a chapurrear en nada de tiempo, mientras que ellos... ¡el diablo los entiende! ¡Mira qué nariz tiene! ¡Mira qué nariz!

—Bueno, basta... No está bien... ¿Por qué la has tomado con esa mujer?

—No es una mujer, es una señorita... Apuesto a que sueña con casarse, ese adefesio del demonio. Y encima huele a podrido... ¡La odio, hermano! ¡Me saca de mis casillas! Cuando me mira con sus ojos saltones tengo la misma sensación que si me hubiera rozado el codo con una barandilla. También le gusta pescar. Mírala: pesca como si estuviera oficiando misa. Todo lo mira con desprecio... La muy canalla está convencida de que es un ser humano y hasta quizá piense que es la reina de la Creación. ¿Sabes cómo se llama? ¡Wilka Charlzovna Tfais! ¡Uf! ¡Es impronunciable!

La inglesa, al escuchar su nombre, volvió poco a poco la nariz hacia Griabov y lo miró de arriba abajo con desdén. A continuación posó los ojos en Otsov, al que también cubrió de desprecio. Todo eso lo hizo en silencio, con lentitud y aire de importancia.

—¿Has visto? —preguntó Griabov, riéndose a carcajadas—. ¡Ahí queda eso! ¡Ah, adefesio! Sólo por mis hijos mantengo en casa a este tritón. De no ser por ellos, no la dejaría acercarse ni a diez verstas de mi hacienda... Su nariz parece el pico de un gavilán... ¿Y su talle? Esta muñecona me recuerda un clavo largo. Con qué gusto la hundiría en la tierra. Espera... Parece que pican...

Griabov se abalanzó sobre la caña y tiró. El sedal se tensó... Griabov volvió a tirar, pero no pudo soltar el anzuelo.

—¡Se ha enganchado! —dijo y frunció el ceño—. Seguramente ha quedado prendido en una piedra... Maldita sea...

El rostro de Griabov expresaba sufrimiento. Con movimientos destemplados, acompañados de suspiros y blasfemias, se puso a tirar del sedal. Pero sus esfuerzos no tuvieron resultado. Se puso pálido.

—¡Vaya desgracia! Hay que meterse en el agua.

—¡Déjalo ya!

—Imposible... Por la tarde es cuando mejor pican... ¡Menuda tarea, que Dios me perdone! Hay que meterse en el agua. No hay más remedio. ¡Y si supieras qué pocas ganas tengo de desnudarme! Es necesario que la inglesa desaparezca de aquí... Me resulta embarazoso desnudarme delante de ella. ¡A pesar de todo es una dama!

Griabov se quitó el sombrero y la corbata.

—Miss... eh... —exclamó, dirigiéndose a la inglesa—. ¡Miss Tfais! *Je vous prie...* ¿Cómo explicárselo? ¿Cómo voy a decírtelo para que lo entiendas? Escucha... ¡Vete allí! ¡Allí! ¿Me oyes?

Miss Tfais respondió con una mirada de desprecio y un ruido nasal.

—¿Qué? ¿No entiendes? ¡Te están diciendo que desaparezcas! ¡Tengo que desnudarme, muñecona del diablo! ¡Márchate de aquí! ¡Márchate!

Griabov cogió a la inglesa por la manga, le señaló unos arbustos e hizo ademán de sentarse; con esos gestos trataba de decirle que se fuera y se ocultara en ese lugar... La inglesa, moviendo enérgicamente las cejas, pronunció con apresuramiento una larga retahíla en inglés. Los hacendados se echaron a reír.

—Es la primera vez en mi vida que oigo su voz... ¡Y qué vocecita, por cierto! ¡No se entera! ¿Qué hacer?

—¡Déjalo! ¡Vamos a tomar un vaso de vodka!

—Imposible, están a punto de picar... Ya cae la tarde... Bueno, ¿qué puedo hacer? ¡Menudo asunto! Tendré que desnudarme delante de ella...

Griabov se quitó la chaqueta y el chaleco, y se sentó en la arena para desatarse las botas.

—Escucha, Iván Kuzmich —dijo el mariscal de la nobleza, tapándose la boca con la mano para ocultar la risa—. Esto ya es una burla, amigo mío, un escarnio.

—¡La culpa es suya por no entender nada! ¡Que le sirva de lección a los extranjeros!

Griabov se quitó las botas y los pantalones, se despojó de la ropa interior y se quedó como Dios lo trajo al mundo. Rojo por la risa y la vergüenza, Otsov se cogía el vientre con las manos. La inglesa levantó las cejas y parpadeó... Una sonrisa despectiva y altiva cruzó su rostro amarillento.

—Hay que dejar que el cuerpo se enfríe —dijo Griabov, dándose unas palmadas en las caderas—. Dime, Fiódor Andreich, ¿porqué todos los veranos me sale alguna erupción en el pecho?

—¡Métete de una vez en el agua o cúbrete con algo! ¡Animal!

—¡Ni siquiera se ha turbado, la muy canalla! —exclamó Griabov, entrando en el agua y santiguándose—. Brrr... ¡Qué fría! ¡Mira cómo mueve las cejas! No se va... ¡Está por encima de la masa! Je, je, je... ¡No nos considera personas!

Cuando el agua le llegó por las rodillas, estiró su enorme cuerpo, guiñó un ojo y dijo:

—¡Que se entere, hermano, de que no está en Inglaterra!

Miss Tfais cambió el cebo con la mayor sangre fría, bostezó y lanzó el sedal. Otsov se dio la vuelta. Griabov desenganchó el anzuelo, se zambulló y salió del agua resoplando. Al cabo de dos minutos estaba de nuevo sentado en la arena, pendiente de su caña.

BREVE ANATOMÍA HUMANA

(Краткая анатомия человека)

A un seminarista le preguntaron en el examen: «¿Qué es el hombre?». Él respondió: «Un animal»... Y, tras pensar un poco, agregó: «pero... racional»... Los instruidos examinadores convinieron sólo con la segunda mitad de la respuesta, y por la primera le pusieron una unidad.

El hombre, anatómicamente, lo componen:

El esqueleto o, como dicen los enfermeros y las damas de clase, el «squileto». Tiene el aspecto de la muerte. Cubierto por una sábana «asusta de muerte», y sin sábana no de muerte.

La cabeza la tiene cada uno, pero no cada uno la necesita. En opinión de unos, ha sido dada para pensar, en opinión de otros, para llevar el sombrero. La segunda opinión no es tan arriesgada... A veces contiene en sí sustancia cerebral. Un inspector vigilante, presente una vez en la autopsia de un fallecido prematuro, vio el cerebro. «¿Eso qué es?», le preguntó al doctor. «Eso es, con lo que piensan», respondió el doctor. El inspector sonrió con desprecio...

La cara. El espejo del alma, pero no sólo en los abogados. Tiene multitud de sinónimos: jeta, fisonomía (entre el clero, fisognomonía y cara), faz, fisojeta, morrura, catadura, hocico, mueca y demás.

La frente. Su función: golpear el suelo ante la obtención de los bienes, y pegarse con la pared ante la no obtención de esos bienes. A menudo da reacción con el cobre.

Los ojos, son las cabezas de los jefes de policía. Observan y se dan por enterados. El ciego parece una ciudad de la que salió la jefatura. En los días de tristeza lloran. En los tiempos actuales, sin tristeza, lloran sólo de ternura.

La nariz ha sido dada para la coriza y el olfato. En la política no se inmiscuye. De vez en cuando participa en el aumento de las accisas de tabaco, en aras de lo que puede contarse entre los órganos útiles. Suele ser roja, pero no de librepensamiento; así suponen, por lo menos, los hombres versados.

La lengua. Según Cicerón: *hostis hominum et amicus diaboli feminarumque*^[197]. Desde que las denuncias empezaron a escribirse en papel, se quedó fuera de plantilla. En las mujeres y las serpientes sirve como órgano de agradable pasatiempo. La mejor lengua: la hervida.

La nuca le hace falta sólo a los *muzhiks* en caso de acumulación de retrasos. Un órgano, para las manos separadas, tentador en extremo.

Las orejas. Aman las rendijas de las puertas, las ventanas abiertas, la hierba alta y los cercados delgados.

Las manos. Escriben folletines, tocan el violín, pescan, agarran, llevan, plantan,

golpean... En los pequeños sirven de medio de alimentación, en aquellos que son más grandes: para diferenciar el lado derecho del izquierdo.

El corazón. Recipiente de los sentimientos patrióticos y muchos otros. En las mujeres posada: los ventrículos están ocupados por los militares, las aurículas por los paisanos, el ápice por el esposo. Tiene aspecto de as de corazones.

El talle. Talón de Aquiles de las lectoras de *El mundo de la moda* ^[198], las modelos, las costureras y los alféreces idealistas. Lugar femenino preferido de los novios jóvenes y... los vendedores de corsés. Segundo punto de ofensiva en el ataque amoroso-declarativo. El primero se considera el beso.

La panzita. Órgano no congénito, sino adquirido con trabajo. Empieza a crecer desde el rango de consejero provincial. Un consejero civil sin pancita no es un verdadero consejero civil. (¿¡Un retruécano!? ¡Ja, ja!). En los rangos por debajo de consejero provincial se llama panza, entre los mercaderes entraña, entre las mercaderas vientre.

Subcostal. Órgano no investigado por la ciencia. En opinión de los porteros, se encuentra debajo del pecho, en opinión de los sargentos encima del estómago.

Las piernas crecen desde ese lugar, en aras del cual la naturaleza inventó el abedul. De gran uso entre los carteros, deudores, reporteros y recaderos.

Los pies. Lugar de residencia del alma del esposo caído en falta, del habitante ido de lengua y del militar escapado del campo de batalla.

LA CERILLA SUECA

(Шведская спичка)

I

En la mañana del 6 de octubre de 1885, un joven correctamente vestido se presentó en la oficina del comisario de policía del segundo sector del distrito de S. y declaró que su señor, el corneta de la guardia retirado Mark Ivánovich Kliauzov, había sido asesinado. El hombre que informaba de esa novedad estaba pálido y extremadamente agitado. Sus manos temblaban y sus ojos estaban llenos de terror.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —le preguntó el comisario.

—Soy Psekov, el administrador de Kliauzov, agrónomo y mecánico.

El comisario y los agentes, conducidos por Psekov al lugar de los hechos, se encontraron con el siguiente cuadro: junto al pabellón en el que vivía Kliauzov se apiñaba una gran cantidad de personas. La nueva se había propagado por los alrededores a la velocidad del rayo y, como era día festivo, la gente afluía al pabellón desde todas las aldeas vecinas. En el lugar todo era ruido y discusiones. Aquí y allá se veían rostros pálidos y llorosos. La puerta que daba al dormitorio de Kliauzov estaba cerrada. La llave estaba puesta por dentro.

—Es evidente que los criminales entraron por la ventana —señaló Psekov tras examinar la puerta.

Se dirigieron al jardín, adonde daba la ventana del dormitorio. La ventana tenía un aire sombrío y siniestro, con su cortina de un verde desteñido, uno de cuyos bordes estaba ligeramente doblado, permitiendo ver el interior de la estancia.

—¿Ha mirado alguno de ustedes por la ventana? —preguntó el comisario.

—Nadie, excelencia —dijo el jardinero Yefrem, un viejecito achaparrado y canoso con cara de suboficial retirado—. ¡Quién va a atreverse a mirar cuando a todos nos tiemblan las piernas!

—¡Ah, Mark Ivánich! ¡Mark Ivánich! —suspiró el comisario, mirando por la ventana—. ¡Ya te decía yo que acabarías mal! ¡Te lo decía, mi pobre amigo, pero no me hacías caso! ¡El desenfreno no conduce a nada bueno!

—Hay que dar las gracias a Yefrem —dijo Psekov—, sin él no nos habríamos dado cuenta de nada. Fue el primero que pensó que aquí pasaba algo raro. Esta mañana vino a verme y me dijo: «¿Cómo es que nuestro señor tarda tanto en despertarse? ¡No ha salido del dormitorio en toda la semana!». Al oír esas palabras, sentí como si alguien me hubiera dado un martillazo... La idea me vino de pronto a la cabeza... ¡No se había dejado ver desde el sábado pasado y hoy estamos a domingo! Siete días. ¡No es poca cosa!

—Sí, el pobre... —suspiró una vez más el comisario—. Era un muchacho

inteligente, instruido, de buen corazón. En las reuniones siempre era el primero de todos. ¡Pero era un libertino, que Dios lo tenga en su gloria! ¡Lo que ha pasado no me coge de sorpresa! Stepán —dijo, dirigiéndose a uno de los agentes—, vete enseguida a mi oficina y dile a Andriuska que informe sin falta al jefe de policía. Dile que han asesinado a Mark Ivánovich. Y corre también a buscar al cabo. ¿Por qué se entretiene tanto? ¡Que venga! ¡Y tú dirígete cuanto antes a casa del juez de instrucción Nikolái Yermoláievich y dile que se presente aquí! Espera, voy a escribirle una nota.

El comisario dispuso un cordón policial alrededor del pabellón, escribió la nota y se dirigió a casa del administrador a tomar el té. Al cabo de unos diez minutos estaba sentado en un taburete, sorbiendo un té ardiente como la brasa, al tiempo que mordisqueaba con delicadeza un terrón de azúcar.

—Así es... —comentaba con Psekov—. Así es... Un hombre noble y rico... amado por los dioses, como decía Pushkin. Y ¿a qué ha llegado? ¡A nada! Se emborrachaba, llevaba una vida licenciosa y... ¡ya ve!, lo han asesinado.

Al cabo de dos horas llegó el juez de instrucción. Nikolái Yermoláievich Chúbikov (así se llamaba) era un anciano alto y corpulento de unos sesenta años, que ejercía sus funciones desde hacía ya un cuarto de siglo. Tenía fama en toda la región de ser un individuo honrado, inteligente, enérgico y amante de su profesión. Su secretario y ayudante Diukovski, joven de elevada estatura y unos veinte años de edad, su compañero inseparable, se desplazó con él al lugar de los hechos.

—¿Es posible, señores? —dijo Ghúbikov, entrando en la habitación de Psekov y estrechando con prontitud la mano de todos los presentes—. ¿Es posible? ¿Mark Ivánich? ¿Asesinado? ¡No, es imposible! ¡Im-po-si-ble!

—Véalo usted mismo... —suspiró el comisario.

—¡Dios nuestro Señor! ¡Si lo vi el viernes pasado en la feria de Tarabankovo! ¡Hasta estuvimos bebiendo juntos, perdonen ustedes, una copa de vodka!

—Vaya y véalo... —exclamó de nuevo el comisario.

Después de suspilar un rato, expresar su espanto y beber un vaso de té, se dirigieron todos al pabellón.

—¡Abran paso! —gritó el cabo a la gente.

Al entrar en el pabellón, el juez de instrucción examinó ante todo la puerta del dormitorio. Era de madera de pino, estaba pintada de amarillo y aparecía intacta. No se encontró ninguna señal que pudiera servir de indicio. Se procedió a forzar la puerta.

—¡Señores, ruego a las personas que no tengan nada que ver con el asunto que se alejen! —dijo el juez de instrucción una vez que, tras muchos golpes y crujidos, la puerta cedió al hacha y al cincel—. Se lo pido en interés de la investigación... ¡Cabo, que no entre nadie!

Chúbikov, su ayudante y el comisario abrieron la puerta y, con paso vacilante, entraron uno tras otro en el dormitorio. A sus ojos se ofreció el siguiente espectáculo: junto a la única ventana había una gran cama de madera con un enorme edredón.

Sobre el edredón, muy arrugado, se extendía una manta desordenada y revuelta. La almohada, con una funda de algodón también muy arrugada, estaba en el suelo. Sobre una mesilla situada delante de la cama descansaban un reloj de plata y una moneda de veinte kopeks de idéntico metal. Al lado había una caja de cerillas de azufre. La cama, la mesilla y una única silla constituían todo el mobiliario de la habitación. Tras echar un vistazo debajo de la cama, el comisario descubrió unas veinte botellas vacías, un viejo sombrero de paja y un cuarto de litro de vodka. Bajo la mesilla apareció una bota cubierta de polvo. Cuando su mirada recorrió la habitación, el juez de instrucción frunció el ceño y se ruborizó.

—¡Canallas! —farfulló, apretando los puños.

—Y ¿dónde está Mark Ivánich? —preguntó en voz queda Diukovski.

—¡Le ruego que no se entrometa! —le respondió con rudeza Chúbikov—. ¡Haga el favor de examinar el suelo! ¡Es el segundo caso de este género al que me enfrento en mi carrera, Yevgraf Kuzmich! —le comentó al comisario, bajando la voz—. En 1870 me encargué de un caso semejante. Sin duda lo recuerda usted... Me refiero al asesinato del comerciante Portréto. Las circunstancias eran las mismas. Los criminales lo mataron y arrastraron el cadáver por la ventana...

Chúbikov se acercó a la ventana, apartó la cortina y empujó el batiente con cuidado. La ventana se abrió.

—Si se abre es que no estaba cerrada... ¡Hum...! Hay huellas en el alféizar. ¿Las ve usted? Aquí tenemos la huella de una rodilla... Alguien ha trepado por aquí... Hay que examinar a fondo la ventana.

—En el suelo no hay nada digno de atención —dijo Diukovski—. Ni manchas, ni arañazos. Sólo he encontrado una cerilla sueca consumida. ¡Aquí la tiene! Si no recuerdo mal, Mark Ivánich no fumaba y en la casa utilizaba cerillas de azufre, en ningún caso suecas. Esta cerilla podría ser una prueba.

—Ah... ¡Cállese, por favor! —exclamó el juez de instrucción, haciendo un gesto de disgusto con la mano—. ¡La que ha organizado con su cerilla! ¡No puedo soportar las mentes calenturientas! ¡En lugar de buscar cerillas, mejor haría en inspeccionar la cama!

Tras el examen, Diukovski ofreció su informe:

—No hay manchas de sangre ni de ningún otro tipo... Tampoco se advierten desgarrones recientes. En la almohada hay marcas de dientes. Sobre la manta se ha vertido un líquido que tiene el olor y el sabor de la cerveza... El aspecto general de la cama da pie a pensar que en ella se ha desarrollado algún forcejeo.

—¡Que ha habido algún forcejeo lo sé sin necesidad de que usted me lo diga! No es eso lo que le he preguntado. En lugar de buscar rastros de lucha, haría mejor en...

—Sólo hay una bota. La otra no aparece.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que lo estrangularon mientras se las quitaba. No había tenido tiempo de quitarse la otra bota cuando...

—¡Ya está fantaseando...! Y ¿cómo sabe usted que lo han estrangulado?

—En la almohada hay marcas de dientes. La propia almohada estaba muy arrugada y ha aparecido a más de dos metros de la cama.

—¡Eso es hablar por hablar! Mejor será que vayamos al jardín. Más valdría que reconociera usted el jardín, en lugar de andar rebuscando por aquí... Para eso no lo necesito.

Una vez en el jardín, la investigación se centró ante todo en el examen de la hierba, que estaba aplastada debajo de la ventana, como también un arbusto de bardana muy próximo a la pared. Diukovski tuvo la fortuna de descubrir algunas ramas quebradas y un trozo de guata. En las flores más altas aparecieron unas hebras de lana de color azul oscuro.

—¿De qué color era el traje que llevaba la última vez que se lo vio? —preguntó Diukovski a Psekov.

—Amarillo. Era un traje de lienzo.

—Estupendo. En consecuencia, los asesinos vestían de azul.

Cortó algunas flores de bardana y las envolvió con cuidado en un papel. En ese momento llegaron el jefe de policía Artsibashev, Svistakovski y el doctor Tiutiúiev. El jefe de policía saludó a los presentes y, sin más preámbulos, trató de satisfacer su curiosidad; el doctor, hombre alto y de una delgadez extrema, con ojos hundidos, larga nariz y prominente barbilla, se sentó en un tocón y, sin saludar a nadie ni hacer ninguna pregunta, suspiró y dijo:

—¡Ya están de nuevo en danza los serbios! ¡No entiendo qué es lo que quieren! ¡Ah, Austria, Austria! ¡Tú tienes la culpa!

El examen de la cara externa de la ventana no aportó absolutamente nada, mientras que el reconocimiento de la hierba y los arbustos cercanos proporcionó a la investigación muchas indicaciones útiles. Por ejemplo, Diukovski consiguió seguir sobre la hierba un largo rastro oscuro compuesto de manchas, que partía de la ventana y se internaba varios metros en el jardín. El rastro terminaba bajo un arbusto de lila con una gran mancha de color marrón oscuro. Bajo ese mismo arbusto se encontró una bota que resultó ser la pareja de la hallada en el dormitorio.

—¡Es sangre seca! —dijo Diukovski, examinando las manchas.

Al oír la palabra «sangre», el doctor se levantó y, con cierta indolencia, echó un vistazo a las manchas.

—Sí, es sangre —murmuró.

—¡La presencia de la sangre demuestra que no fue estrangulado! —dijo Chúbikov, mirando a Diukovski con aire sarcástico.

—En el dormitorio lo estrangularon; luego llegaron aquí y, temiendo que recobrara el sentido, le golpearon con un objeto punzante. La mancha que hay debajo del arbusto demuestra que pasó allí un tiempo relativamente largo, mientras los asesinos buscaban el modo de sacarlo del jardín.

—Bueno, ¿y la bota?

—Esa bota refuerza aún más mi convencimiento de que lo asesinaron mientras se descalzaba para meterse en la cama. Ya se había desembarazado de una bota; la otra, es decir, ésta, sólo tuvo tiempo de quitársela a medias. De modo que con las sacudidas y la caída del cuerpo se desprendió por sí misma...

—¡Qué imaginación! —exclamó Chúbikov, con una sonrisa irónica en los labios—. ¡Se le ocurre una tras otra! ¿Cuándo perderá usted la costumbre de molestar a todo el mundo con sus razonamientos? ¡En lugar de eso, mejor sería que cogiera una muestra de hierba ensangrentada para analizarla!

Una vez concluido el examen y trazado un plano del lugar, el equipo investigador se dirigió a casa del administrador para redactar el atestado y almorzar. Durante la comida las lenguas se soltaron.

—El reloj, el dinero y lo demás... todo está intacto —dijo Chúbikov, iniciando la conversación—. El móvil del crimen no ha sido el dinero: tan cierto como que dos y dos son cuatro.

—Debe de haberlo cometido un hombre cultivado —terció Diukovski.

—¿Qué le ha llevado a esa conclusión?

—La cerilla sueca, cuyo uso aún desconocen los campesinos del lugar. Sólo los hacendados, y no todos, emplean cerillas de ese tipo. Por otro lado, el asesino no estaba solo: al menos tres personas participaron en el crimen: dos lo sujetaron y el tercero lo estranguló. Kliauznov era fuerte y los asesinos probablemente lo sabían.

—¿De qué podía valerle su fuerza si, por ejemplo, estaba durmiendo?

—Los asesinos lo sorprendieron cuando se quitaba las botas. Se estaba descalzando, de modo que no dormía.

—¡Lo que no inventará! ¡Más valdría que comiera!

—En mi opinión, excelencia —dijo el jardinero Yefrem, mientras ponía el samovar en la mesa—, la única persona que ha podido cometer esta vileza es Nikolashka.

—Es muy posible —dijo Psekov.

—Y ¿quién es ese Nikolashka?

—El ayuda de cámara del señor, excelencia —respondió Yefrem—. ¿Quién pudo haber sido sino él? ¡Es un bandido, excelencia! Un borracho, un depravado. ¡Que la Reina de los Cielos nos proteja de la gente como él! Era quien le llevaba el vodka al señor y quien le ayudaba a acostarse... No puede haber sido otro. Además, me atrevo a informar a su excelencia de que un día, en la taberna, el muy granuja se jactó de que mataría al señor. Y todo por culpa de Akulka, una mujer... La esposa de un soldado... Al señor le gustaba y consiguió ganársela, entonces el otro... como es normal, se enfadó... Ahora está en la cocina, borracho como una cuba, y llora... Finge que le da pena del señor...

—Realmente, por una mujer como Akulka cualquiera se enfadaría —dijo Psekov—. Es la esposa de un soldado, una campesina, pero... No en vano Mark Ivánich la llamaba Naná. Hay en ella algo que recuerda a Naná^[199]... Algo que atrae...

—La he visto... Lo sé —comentó el juez de instrucción, sonándose con un pañuelo rojo.

Diukovski se ruborizó y bajó los ojos. El comisario tamborileaba con el dedo sobre su platillo. El jefe de policía tuvo un ataque de tos y se puso a buscar algo en su cartera. Por lo visto, el médico era el único a quien dejaba indiferente el recuerdo de Akulka y de Naná. El juez ordenó que trajeran a Nikolashka. Era un muchacho desgarrado, con larga nariz picada de viruelas y el pecho hundido, vestido con una chaqueta que había sido del señor; al entrar en la habitación de Psekov, hizo una profunda reverencia. Tenía una expresión soñolienta y llorosa. Estaba borracho y apenas se tenía en pie.

—¿Dónde está el señor? —le preguntó Chúbikov.

—Lo han matado, excelencia.

Al decir esas palabras, Nikolashka parpadeó y se echó a llorar.

—Ya lo sabemos. ¿Dónde está ahora? ¿Dónde se encuentra su cadáver?

—Dicen que lo sacaron por la ventana y lo enterraron en el jardín.

—¡Hum...! Los resultados de la investigación ya son conocidos en la cocina... Lamentable. Dime, amigo, ¿dónde estabas la noche que mataron a tu señor? Fue el sábado, ¿no es así?

Nikolashka levantó la cabeza, extendió el cuello y se quedó pensativo.

—No puedo saberlo, excelencia —dijo—. Estaba borracho y no me acuerdo.

—¡Un *alibi*! —susurró Diukovski, sonriendo con aire burlón y frotándose las manos.

—Bueno. Y ¿por qué hay sangre debajo de la ventana?

Nikolashka levantó de nuevo la cabeza y se quedó pensativo.

—¡Piensa más deprisa! —exclamó el jefe de policía.

—Enseguida. Esa sangre no tiene importancia, excelencia. Es de una gallina que maté. Le había cortado el cuello como de costumbre, pero se me escapó de las manos y echó a correr... Por eso hay sangre.

Yefrem declaró que, en realidad, Nikolashka mataba todas las tardes una gallina en lugares diferentes, pero nadie había visto que una gallina medio degollada corriera por el jardín; no obstante, no se podía negar ese hecho de manera tajante.

—Un *alibi* —dijo Diukovski con una sonrisa—. ¡Y qué *alibi* tan estúpido!

—¿Te veías con Akulka?

—Sí, pecador de mí.

—¿Y el señor te la quitó?

—¡Nada de eso! Fue el señor Psekov quien me la birló y a él se la arrebató el señor. Así es como sucedieron las cosas.

Psekov se turbó y empezó a rascarse el párpado izquierdo. Diukovski, que tenía los ojos fijos en él, advirtió su embarazo y se estremeció. Acababa de reparar en que el administrador llevaba unos pantalones azules, detalle que antes había escapado a su atención. Esos pantalones le recordaron las hebras azules encontradas en la mata de

bardana. Chúbikov, a su vez, miró a Psekov con aire de sospecha.

—¡Vete! —le dijo a Nikolashka—. Y ahora, señor Psekov, permítame que le haga una pregunta. Seguramente, pasó usted aquí la noche del sábado al domingo, ¿no es cierto?

—Sí, a las diez cené con Mark Ivánich —Psekov, confundido, se levantó de la mesa—. Luego... Luego... La verdad es que no me acuerdo —farfulló—. Esa noche bebí mucho... No recuerdo dónde y cuándo me quedé dormido... ¿Por qué me miran todos así? ¡Ni que lo hubiera matado yo!

—¿Dónde se despertó usted?

—En la cocina de los criados, sobre la estufa... Todos pueden confirmarlo. Cómo fui a parar allí, no lo sé...

—No se ponga nervioso... ¿Conocía a Akulka?

—Eso no tiene nada de particular...

—¿Pasó de usted a Kliauzov?

—Sí... Yefrem, ¡sirve más setas! ¿Quiere té, Yevgraf Kuzmich?

Se produjo un silencio embarazoso, agobiante, que se prolongó durante cinco minutos. Diukovski seguía callando y no apartaba su penetrante mirada del pálido rostro de Psekov. El juez de instrucción fue el primero en hablar.

—Será necesario que vayamos al edificio principal —dijo— para hablar con María Ivánovna, la hermana del difunto. Tal vez ella pueda proporcionarnos alguna pista.

Chúbikov y su ayudante dieron las gracias por el almuerzo y se pusieron en marcha. Encontraron a María Ivánovna, la hermana de Kliauzov, una solterona de cuarenta y cinco años, rezando ante la alta urna con los iconos de la familia. Al ver en las manos de los recién llegados carteras y gorras con escarapelas, palideció.

—Ante todo le pido disculpas por haber interrumpido, por decirlo así, sus piadosas actividades —dijo con galantería Chúbikov, haciendo chocar los talones—. Venimos a hacerle una petición. Como sin duda ha oído usted... existen indicios de que su hermano ha sido asesinado. La voluntad de Dios, ya sabe... La muerte no respeta a nadie, ni a reyes ni a campesinos. ¿No podría proporcionarnos algún indicio o aclaración?

—¡Ah, no me pregunte nada! —dijo María Ivánovna, palideciendo aún más y ocultando el rostro en las manos—. ¡No puedo decirle nada! ¡Nada! ¡Se lo suplico! No sé nada... ¿Qué puedo decirle? Ah, no, no... ¡No diré una palabra sobre mi hermano! ¡Antes de hablar, prefiero morir!

María Ivánovna se echó a llorar y se retiró a otra habitación. Los investigadores intercambiaron miradas, se encogieron de hombros y se marcharon.

—¡Qué diablo de mujer! —exclamó Diukovski en tono insultante al salir de la espaciosa casa—. Por lo visto, sabe algo y lo oculta. Y la doncella también tiene aspecto de guardar algún secreto... ¡Esperad un poco, diablesas! ¡Ya lo aclararemos todo!

Era ya de noche cuando Chúbikov y su ayudante, alumbrados por la pálida luz de la luna, regresaban a sus casas; sentados en la calesa, hacían balance de los acontecimientos del día. Ambos estaban agotados y guardaban silencio. A Chúbikov, en general, no le gustaba hablar cuando estaba de camino, mientras Diukovski, charlatán por naturaleza, callaba por consideración al anciano. Sin embargo, al final del viaje el ayudante no pudo contenerse y comentó:

—Que Nikolashka ha tomado parte en este asunto *non dubitandum est*. Basta verle la jeta para darse cuenta de la clase de pájaro que es... Su *alibi* nos lo entrega atado de pies y manos. También está fuera de toda duda que él no es el instigador. Sólo ha sido un instrumento ciego del que alguien se ha servido. ¿Está usted de acuerdo? También el modesto Psekov desempeña un papel de cierta importancia en este caso. Los pantalones azules, su turbación, el miedo que le llevó a buscar la estufa después del asesinato, su *alibi* y Akulka. ¡Siga dándole a la lengua! En su opinión, basta con conocer a Akulka para ser sospechoso de asesinato. ¡Ah, tiene usted una mente calenturienta! ¡Debería usted volver al biberón en lugar de instruir procesos! También usted ha cortejado a Akulka. ¿Significa eso que ha tomado parte en el asunto?

—También usted la empleó durante un mes como cocinera... pero no digo nada. La noche del sábado al domingo estuvimos usted y yo jugando a las cartas y por tanto le vi, de otro modo me habría ocupado de usted. No se trata de esa mujer, señor, sino de un sentimiento vil, repugnante y vergonzoso... A ese joven modesto le ha disgustado no haber quedado por encima, ¿ve usted? Es una cuestión de amor propio. Quería vengarse... Luego... Sus gruesos labios delatan una naturaleza sensual. ¿Recuerda cómo chasqueaba la lengua cuando se comparó a Akulka con Naná? ¡Es indudable que a ese canalla le devora la pasión! En definitiva: amor propio herido y pasión insatisfecha. Suficiente para cometer un asesinato. Tenemos a dos en nuestras manos; pero ¿quién es el tercero? Nikolashka y Psekov sujetaron a Kliuzov. ¿Quién lo ahogó? Psekov es tímido, miedoso y, en general, cobarde. Los tipos como Nikolashka no saben ahogar con una almohada; prefieren servirse de un hacha o una maza... Lo hizo una tercera persona, pero ¿quién?

Diukovski se caló el sombrero hasta las cejas y se quedó pensativo. Guardó silencio hasta que el carricoche se detuvo delante de la casa del juez de instrucción.

—¡Eureka! —dijo, mientras entraba y se quitaba el abrigo—. ¡Eureka, Nikolái Yermolaich! ¡No sé cómo no se me ha ocurrido antes! ¿Sabe quién es el tercero?

—¡Basta, por favor! ¡La cena está lista! ¡Siéntese a cenar!

El juez y su ayudante se sentaron a la mesa. Este último se sirvió una copa de vodka, se puso en pie, se estiró cuán largo era y, con los ojos centelleantes, exclamó:

—Sepa que esa tercera persona, la que actuó en consonancia con ese canalla de Psekov y ahogó a Kliuzov, es una mujer. ¡Sí, señor! ¡Me refiero a la hermana del difunto, María Ivánovna!

Chúbikov se atragantó con el vodka y clavó los ojos en Diukovski.

—¿Está usted... en sus cabales? ¿No le dolerá la cabeza?

—Me encuentro perfectamente. Pero piense que estoy loco, si lo desea. En cualquier caso, ¿cómo explica usted su turbación cuando fuimos a verla? ¿Cómo explica su negativa a prestar declaración? Supongamos que nada de eso tiene importancia. ¡Está bien! ¡De acuerdo! ¡Pero recuerde usted las relaciones que existían entre ambos! ¡Ella odiaba a su hermano! Es una antigua creyente^[200] y él un libertino, un descreído... ¡Ésa es la razón de su odio! Dicen que había logrado convencerla de que era un ángel de Satán. ¡En su presencia se entregaba a prácticas de espiritismo!

—Bueno, ¿y qué?

—¿No lo comprende usted? ¡Ella, antigua creyente, lo mató por fanatismo! No sólo ha arrancado la cizaña y ha acabado con un libertino, sino que también ha librado al mundo del Anticristo. En eso, piensa, reside su mérito, su hazaña religiosa. ¡Ah, no conoce usted a esas solteronas partidarias de la antigua fe! ¡Lea usted a Dostoievski! ¡Y qué cosas escriben Leskov y Pecherski...! ¡Es ella, ella, por mucho que le disguste a usted! ¡Ella lo ahogó! ¡Ah, pérfida mujer! ¿Acaso no se situó delante de los iconos, cuando entramos, con la única intención de engañarnos? Voy a ponerme a rezar para que piensen que estoy tranquila y no los esperaba, se habrá dicho. Es el método de los delincuentes novatos. ¡Querido Nikolái Yermolaich! ¡Amigo mío! ¡Asígneme este caso! ¡Déjeme que lo lleve hasta el final! ¡Hágame el favor! ¡Yo lo he empezado y yo lo terminaré!

Chúbikov sacudió la cabeza y frunció el ceño.

—También nosotros sabemos desentrañar casos difíciles —dijo—. Su función no consiste en meterse donde no le llaman. Escribir cuando le dictan: ésa es su función.

Diukovski se ruborizó y salió dando un portazo.

—¡Es inteligente el granuja! —murmuró Chúbikov, siguiéndolo con la mirada—. ¡Muy inteligente! Pero se acalora sin motivo. Tendré que comprarle una pitillera en la feria y regalársela...

Al día siguiente por la mañana fue conducido ante el juez un joven de la aldea de Kliauzova, de enorme cabeza y labio leporino; era un pastor llamado Danilo, que hizo una deposición muy interesante.

—Estaba un poco bebido —dijo—. Hasta medianoche no me moví de casa de mi compadre. Al volver a casa, borracho como una cuba, se me ocurrió bañarme en el río. Me metí en el agua... y ¿qué cree que vi? Dos hombres pasaban por la presa llevando un bulto negro. «¡Eh!», les grité. Ellos se asustaron y se dirigieron a todo correr a los huertos de Makáriev. ¡Que Dios me castigue si no llevaban al señor!

Ese mismo día, al caer la tarde, Psekov y Nikolashka fueron detenidos y enviados bajo escolta a la capital del distrito. Una vez allí, los metieron en la cárcel.

II

Pasaron doce días.

Una mañana el juez de instrucción Nikolái Yermolaich, sentado tras su mesa de tapete verde, hojeaba el expediente de Kliauzov. Diukovski, inquieto como un lobo en la jaula, iba y venía de un lado a otro de la habitación.

—Está usted convencido de la culpabilidad de Nikolashka y Psekov —dijo, mesándose con nervioso ademán su incipiente barbita—. ¿Por qué no quiere convencerse de la de María Ivánovna? ¿Es que no tiene suficientes pruebas?

—No digo que no esté convencido. Lo estoy, pero no acabo de creer... Carecemos de pruebas concretas, todo se reduce a cierta filosofía... Que si el fanatismo, que si esto, que si lo otro...

—¡Necesita usted a toda costa el hacha y las sábanas ensangrentadas! ¡Ah, los juristas! ¡Pues se lo voy a demostrar! ¡Dejará de descuidar el lado psicológico del caso! ¡Su María Ivánovna acabará en Siberia! ¡Yo aportaré las pruebas! Si la filosofía no le satisface, le aportaré algo más tangible... ¡Eso le demostrará lo acertado de mi filosofía! Sólo le pido que me deje hacer un recorrido por el distrito.

—¿De qué se trata?

—De la cerilla sueca... ¿La había olvidado usted? ¡Pues yo no! ¡Me enteraré de quién la encendió en la habitación del difunto! No fue Nikolashka, ni Psekov, a quienes no se les encontraron cerillas durante el registro, sino una tercera persona, es decir, María Ivánovna. ¡Se lo demostraré...! Lo único que le pido es que me permita recorrer el distrito e indagar...

—Bueno, de acuerdo, siéntese... Procedamos al interrogatorio.

Diukovski se sentó ante su mesita y hundió su larga nariz en los papeles.

—¡Que traigan a Nikolái Tétejov! —gritó el juez de instrucción.

Nikolashka, pálido y delgado como un clavo, entró en la habitación. Estaba temblando.

—¡Tétejov! —empezó Chúbikov—. En 1879 fue usted procesado por robo y condenado a prisión por el juez de primera instancia. En 1882 fue juzgado otra vez por idéntico delito y enviado de nuevo a la cárcel... Lo sabemos todo.

El rostro de Nikolashka expresaba sorpresa. La omnisciencia del juez de instrucción le llenaba de espanto. Pero pronto la sorpresa se trocó en una aflicción extrema. Estalló en sollozos y pidió permiso para ir a refrescarse la cara y serenarse un poco. Se lo llevaron.

—¡Que traigan a Psekov! —ordenó el juez.

Entró Psekov. Sus facciones habían cambiado mucho en los últimos días. Había adelgazado, estaba pálido y tenía las mejillas hundidas. Sus ojos sólo expresaban apatía.

—Siéntese, Psekov —dijo Chúbikov—. Espero que hoy se muestre usted razonable y no trate de mentirnos como las otras veces. Durante todos estos días ha negado su participación en el asesinato de Kliauzov, a pesar de las numerosas pruebas que lo incriminan. Esa actitud no es razonable. La confesión atenúa la culpa. Hoy es

la última vez que le hablo. Si no confiesa usted, mañana será demasiado tarde. Bueno, cuéntenos...

—Yo no sé nada... Y no conozco sus pruebas —susurró Psekov.

—¡Hace usted mal! Bueno, en tal caso, permítame que le cuente yo cómo sucedió todo. El sábado por la noche se encontraba usted en el dormitorio de Kliauzov, bebiendo con él vodka y cerveza —Diukovski clavó su mirada en el rostro de Psekov y no la apartó de él en el transcurso de todo el monólogo—. Les servía Nikolái. Algo después de medianoche Mark Ivánich le anunció su deseo de acostarse. Siempre se iba a la cama a esa hora. Mientras se quitaba las botas y le daba algunas disposiciones relativas a la hacienda, Nikolái y usted, a una señal convenida, agarraron a su señor, que estaba borracho, y lo arrojaron sobre la cama. Uno de ustedes se sentó sobre sus piernas; el otro le sujetó la cabeza. En ese momento, procedente del vestíbulo, una mujer vestida de negro a la que ambos conocen muy bien, entró en la habitación; su participación en el crimen había sido pactada de antemano con ustedes. Cogió la almohada y se sirvió de ella para ahogar a Mark Ivánich. Durante el forcejeo la vela se apagó. La mujer sacó del bolsillo una caja de cerillas suecas y volvió a encenderla. ¿No es así? Por la expresión de su rostro veo que digo la verdad. Sigamos... Tras ahogar a Kliauzov, convencidos de que ya no respiraba, Nikolái y usted lo sacaron por la ventana y lo depositaron junto a la mata de bardana. Temiendo que recobrara el conocimiento, le golpearon con un objeto punzante. A continuación lo arrastraron hasta el arbusto de lilas, donde lo dejaron durante un tiempo. Tras una breve pausa para recobrar el aliento y reflexionar, se lo llevaron... Atravesaron la cerca... Luego salieron al camino... Más allá se encuentra la presa. Cerca de allí un campesino les asustó. Pero ¿qué le pasa?

Psekov, pálido como una sábana, se puso en pie y se tambaleó.

—¡Me ahogo! —exclamó—. Bueno... Sea... Pero déjeme salir... Por favor...

Se lo llevaron.

—¡Por fin ha confesado! —dijo Chúbikov, estirándose con aire satisfecho—. ¡Se ha delatado! No obstante, ¡con qué habilidad lo he cazado! Le he abrumado con mi exposición...

—¡Ni siquiera ha negado lo de la mujer vestida de negro! —comentó Diukovski, echándose a reír—. En cualquier caso, sigue obsesionándome la cerilla sueca. ¡No puedo aguantar más! ¡Adiós! Me marchó.

Diukovski se puso la gorra y salió. Chúbikov empezó el interrogatorio de Akulka, quien declaró que no sabía nada de nada...

—¡He vivido sólo con usted, con nadie más! —dijo.

Pasadas las cinco, regresó Diukovski. Estaba más alterado que nunca. Las manos le temblaban de tal manera que no era capaz de desabotonarse el abrigo. Sus mejillas ardían. Era evidente que traía noticias frescas.

—¡Veni, vidi, vinci! —exclamó, irrumpiendo en el despacho de Chúbikov y desplomándose en un sillón—. Le doy mi palabra de honor de que empiezo a creer en

mi genio. ¡Escuche, por todos los diablos! ¡Escúcheme y sorpréndase, venerable señor! ¡Es triste y cómico a la vez! Ya tiene en sus manos a tres, ¿no es así? Pues yo he encontrado al cuarto, o, mejor dicho, a la cuarta, ya que se trata de una mujer. ¡Y qué mujer! ¡Sólo por rozar sus hombros, daría diez años de mi vida! Pero... escuche... Me dirigí a Kliauzova y me puse a husmear por los alrededores. De camino entré en todas las tiendas, tabernas y ventas, pidiendo en cada una de ellas cerillas suecas. Pero siempre me enfrentaba con la misma respuesta: «No tenemos». No he parado hasta ahora. Veinte veces perdí la esperanza y otras tantas la recobré. Me he pasado el día entero deambulando de un lado para otro y hasta hace una hora no he encontrado lo que andaba buscando. A unas tres verstas de aquí pedí cerillas y me sacaron un paquete de diez cajas. Faltaba una... Sin pérdida de tiempo pregunté: «¿Quién la ha comprado?». «Fulana... Le gustó cómo crepitan». ¡Amigo mío! ¡Nikolái Yermolaich! ¡Hasta dónde puede llegar a veces un hombre expulsado del seminario que ha leído en profundidad a Gaboriau^[201]! ¡Es inconcebible! ¡Hoy me he ganado mi propia estima...! ¡Uf...! Bueno, ¡vámonos!

—¿Adónde?

—A casa de la otra, de la cuarta... Hay que darse prisa, de otro modo... ¡De otro modo voy a consumirme de impaciencia! ¿Sabe quién es? ¡Jamás lo adivinaría! Es la joven mujer de nuestro viejo comisario Yevgraf Kuzmich: Olga Petrovna. ¡Ésa es! ¡Fue ella quien compró la caja de cerillas!

—Usted... Tú... Usted... ¿Ha perdido la razón?

—¡Está todo muy claro! En primer lugar, ella fuma; en segundo, está locamente enamorada de Kliauzov. Él rechazó su amor por una Akulka cualquiera. Se trata de una venganza. Ahora recuerdo que en una ocasión los sorprendí en la cocina, detrás de un biombo.

Ella le juraba amor eterno, mientras él fumaba un cigarrillo y le echaba el humo en la cara. Pero vamos... Hay que darse prisa, pues ya está oscureciendo... ¡En marcha!

—¡Aún no estoy lo bastante loco para ir a molestar en plena noche a una mujer noble y honrada por culpa de un chiquillo como usted!

—Noble y honrada... ¡Más que un juez de instrucción, parece usted un guiñapo! ¡Nunca me he atrevido a insultarle, pero ahora me veo obligado a ello! ¡Guiñapo! ¡Inútil! ¡Vamos, mi querido Nikolái Yermolaich! ¡Se lo pido por favor!

El juez de instrucción hizo un gesto destemplado con la mano y escupió.

—¡Se lo ruego! ¡No por mí, sino en interés de la justicia! ¡Se lo suplico! Por una vez, atienda a mi petición —Diukovski se puso de rodillas—. ¡Nikolái Yermolaich! ¡Sea bondadoso! ¡Si me equivoco con esa mujer le permito que me tilde de canalla y miserable! ¡Qué caso! ¡Menudo caso! ¡Más que un proceso es una novela! ¡Su fama se extenderá por toda Rusia! ¡Le pedirán que instruya las causas más importantes! ¡Trate de comprender, viejo insensato!

El juez de instrucción frunció el ceño y con indecisión extendió la mano hacia su

sombrero.

—¡Bueno, que el diablo te lleve! —exclamó—. ¡Vamos!

Ya era de noche cuando el carricoche del juez se detuvo ante la casa del comisario.

—¡Somos unos cerdos! —dijo Chúbikov, tirando de la campanilla—. ¡Qué manera de molestar a la gente!

—No importa, no importa... No sea pusilánime... Le diremos que la ballesta del coche se ha roto.

Chubnikov y Diukovski fueron recibidos en el umbral por una mujer alta y regordeta, de unos veintitrés años, con cejas negras como el azabache y labios rojos y carnosos. Era Olga Petrovna.

—¡Ah... encantada! —exclamó con una amplia sonrisa—. Llegan a tiempo para cenar. Yevgraf Kuzmich no está... Ha debido de entretenerse en casa del pope... Pero nos las arreglaremos sin él... ¡Siéntense! ¿Vienen de instruir alguna causa?

—Sí... Figúrese, se nos ha roto una ballesta —dijo Chúbikov, entrando en el salón y tomando asiento en un sillón.

—¡A qué espera...! ¡Desconciértela! —le susurró Diukovski—. ¡Desconciértela!

—Una ballesta... Mmm... Sí... Así que decidimos entrar.

—¡Le estoy diciendo que la desconcierte! Si empieza a dar rodeos, acabará adivinándolo todo.

—¡Haz lo que te parezca, pero libérame de esa obligación! —murmuró Chúbikov, poniéndose en pie y acercándose a la ventana—. ¡No puedo! ¡Tú te lo has guisado, así que cómetelo tú!

—Sí, la ballesta... —empezó Diukovski, acercándose a la mujer del comisario y frunciendo su larga nariz—. No hemos venido para... eh... cenar ni para ver a Yevgraf Kuzmich. Hemos venido para preguntarle dónde se encuentra Mark Ivánich, a quien asesinó usted.

—¿Cómo? ¿Qué Mark Ivánich? —balbució la mujer del comisario y al punto su grueso rostro se puso como la grana—. No... no comprendo.

—¡Se lo pregunto en nombre de la ley! ¿Dónde está Kliauzov? ¡Lo sabemos todo!

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó la mujer con voz queda, incapaz de soportar la mirada de Diukovski.

—¿Le importaría indicarnos dónde está?

—Pero ¿cómo lo han sabido? ¿Quién se lo ha contado?

—¡Lo sabemos todo! ¡Le exijo una respuesta en nombre de la ley!

El juez de instrucción, animado por la turbación de la mujer, se acercó a ella y dijo:

—Díganoslo y nos marcharemos. De otra manera...

—Y ¿para qué lo quieren?

—¿A qué vienen todas esas preguntas, señora? ¡Le pedimos que nos diga dónde está! Tiembla usted, está confundida... Sí, ha sido asesinado; y eso no es todo: ha

sido asesinado por usted. ¡Sus cómplices la han delatado!

La mujer del comisario palideció.

—Vengan —dijo en voz baja, retorciéndose las manos—. Lo tengo escondido en el baño. ¡Pero, por Dios, no se lo digan a mi marido! ¡Se lo suplico! ¡No lo soportaría!

La mujer descolgó de la pared una gran llave y condujo a sus huéspedes a través de la cocina y el zaguán hasta el patio. Allí reinaba la oscuridad. Caía una lluvia menuda. Olga Petrovna abría la marcha. Chúbikov y Diukovski caminaban tras ella por la alta hierba, aspirando un olor a cañas salvajes y aguas sucias, en las que sus pies chapoteaban. El patio era grande. Pronto dejaron atrás ese terreno encharcado y pisaron tierra labrada. En la oscuridad surgieron las siluetas de los árboles y entre ellas apareció una casita con la chimenea torcida.

—Ahí está el baño —dijo la mujer—. ¡Pero les ruego que no se lo digan a nadie!

Al acercarse, los dos hombres vieron un grueso candado sobre la puerta.

—¡Prepare un cabo de vela y una cerilla! —le susurró el juez de instrucción a su ayudante.

La mujer del comisario abrió el candado y les dejó entrar. Diukovski encendió una cerilla e iluminó el antebañ. En medio de la pieza había una mesita. Sobre ella, junto a un samovar pequeño y panzudo, se veía una sopera con *schi*^[202] frío y un plato con restos de salsa.

—¡Sigamos!

Entraron en la habitación siguiente, el baño propiamente dicho. Allí también había una mesa, en la que descansaban una gran fuente con jamón, una garrafa de vodka, platos, cuchillos y tenedores.

—Pero ¿dónde está... el muerto? —preguntó el juez de instrucción.

—¡En la tabla superior! —susurró ella, toda pálida y temblorosa.

Diukovski cogió la vela y subió. Vio un largo cuerpo humano, que yacía inmóvil sobre un gran colchón de plumas. El cuerpo emitía un ligero ronquido...

—¡Nos está tomando el pelo, demonios! —gritó Diukovski—. ¡No es él! ¡El imbécil que está aquí tumbado está bien vivo! ¡Eh! ¿Quién eres? ¡Que el diablo te lleve!

El cuerpo aspiró el aire con un silbido y se movió. Diukovski lo empujó con el codo. El cuerpo levantó los brazos, se estiró e incorporó la cabeza.

—¿Quién está ahí? —preguntó con profunda y ronca voz de bajo—: ¿Qué quieres?

Diukovski acercó la vela al rostro del desconocido y pegó un grito. Había reconocido la nariz purpúrea, los cabellos erizados y despeinados, el bigote negro como la pez, una de cuyas guías estaba gallardamente retorcida y parecía mirar el techo con arrogancia, del alférez Kliauzov.

—¿Es... usted... Mark... Ivánich? ¡No puede ser!

El juez de instrucción levantó la vista y se quedó petrificado...

—Sí, soy yo... ¡Y usted es Diukovski! ¿Qué diablos hace aquí? ¿Y de quién es esa jeta que asoma por ahí debajo? ¡Dios santo, pero si es el juez de instrucción! ¿Qué viento les ha traído a este lugar?

Kliauzov bajó y abrazó a Chúbikov. Olga Petrovna se escabulló por la puerta.

—¿Cómo han venido a parar aquí? ¡Bebamos una copa, diablos! Tra-ta-ti-to-tom... ¡Bebamos! Pero ¿quién les ha traído? ¿Cómo sabían que estaba aquí? ¡En cualquier caso, da lo mismo! ¡Bebamos!

Kliauzov encendió una lámpara y llenó tres vasos de vodka.

—No entiendo nada —dijo el juez de instrucción, separando los brazos—. ¿Eres tú o no?

—Basta... ¿Vas a venirme ahora con lecciones de moral? ¡No te esfuerces! ¡Vacía tu copa, joven Diukovski! Celebremos, amigos míos, ésta... Pero ¿por qué me miráis así? ¡Bebed!

—De todos modos, no entiendo nada —comentó el juez, vaciando maquinalmente su copa—. ¿Qué haces aquí?

—¿Y por qué no voy a estar aquí si me encuentro a gusto?

Kliauzov bebió y tomó un trozo de jamón.

—Vivo con la mujer del comisario, como ves. En un lugar recóndito y apartado, como un duende. ¡Bebe de una vez! ¡Me daba pena de ella, amigo! Así que me compadecí y me instalé en este baño abandonado como un eremita... Como, bebo... Pienso marcharme la semana que viene... Ya estoy cansado...

—¡Es inconcebible! —exclamó Diukovski.

—¿Por qué?

—¡Es inconcebible! Por el amor de Dios, dígame cómo fue a parar su bota al jardín.

—¿Qué bota?

—Encontramos una bota en el dormitorio y otra en el jardín.

—Y ¿para qué queréis saberlo? No es asunto vuestro... ¡Pero bebed, por todos los diablos! ¡Me habéis despertado, así que bebed! Lo de la bota es una historia curiosa, amigo. Yo no quería venir aquí. Estaba de mal humor y un poco achispado... Ella se llegó hasta mi ventana y me montó una escena... Ya sabes cómo son las mujeres... en general... Como estaba borracho, cogí una bota y se la tiré... Ja, ja... Para que se callara. Ella entró por la ventana, encendió la lámpara y me dio una tunda. Me zurró, me trajo aquí y me encerró... Ahora vivo a cuerpo de rey... ¡Amor, vodka y aperitivos! Pero ¿adónde vais? ¿Adónde vas, Chúbikov?

El juez de instrucción escupió y salió del baño. Tras él, con la cabeza gacha, iba Diukovski. Ambos se montaron en silencio en el carricoche y se pusieron en camino. Nunca el viaje se les antojó tan largo y tedioso. Los dos callaban. Durante todo el trayecto Chúbikov temblaba de ira, mientras Diukovski ocultaba la cara en el cuello del abrigo, como si temiera que la oscuridad y la llovizna pudieran leer en ella su vergüenza.

Al llegar a su casa, el juez de instrucción se encontró con el doctor Tiutiúiev. Sentado a la mesa, lanzaba profundos suspiros y hojeaba un número de la revista *Niva*.

—¡Qué cosas pasan en este mundo! —exclamó, recibiendo al juez con una triste sonrisa—. ¡Otra vez está Austria haciendo de las suyas! Y también Gladstone^[203], en cierta manera...

Chúbikov arrojó el sombrero debajo de la mesa y empezó a temblar.

—¡Esqueleto de los demonios! ¡Déjame en paz! ¡Te he dicho mil veces que no me des la lata con tu política! ¡No tengo la cabeza para esas cosas! Y en cuanto a ti —añadió, dirigiéndose a Diukovski, al tiempo que blandía el puño—, en cuanto a ti, ¡no te lo perdonaré jamás!

—¡Pero... la cerilla sueca! ¡Cómo podía yo saber!

—¡Vete al diablo con tu cerilla! ¡Márchate y no me irrites! De lo contrario, ¡no sé lo que podría hacer contigo! ¡Que no vuelva a verte por aquí!

Diukovski suspiró, cogió su sombrero y salió.

—¡Voy a emborracharme! —decidió, al atravesar la cancela, y se encaminó con aire abatido a la taberna.

La mujer del comisario, al regresar del baño, se encontró con su marido en el salón.

—¿A qué ha venido el juez de instrucción? —preguntó.

—A decirte que ya ha aparecido Kliauzov. ¡Imagínate, lo han encontrado en casa de una mujer casada!

—¡Ah, Mark Ivánich, Mark Ivánich! —suspiró el comisario, levantando los ojos al cielo—. ¡Ya te decía yo que el vicio no conduce a nada bueno! ¡Te lo decía, pero no querías escucharme!

PROTECCIÓN

(Протекция)

Por la avenida Nevski iba un vejete de cara rugosa, con una condecoración al cuello. Le seguía, al trote, un jovenzuelo de corta estatura, gorra con escarapela y nariz liliácea. El anciano parecía sombrío y concentrado; el mozo, inquieto, pestañeaba a menudo, con sus minúsculos ojillos, como si fuera a romper en llanto. Ambos se dirigían a casa de Evlampi Stepánovich.

—¡Yo no tengo la culpa, tío! —lamentábase el muchacho, que apenas podía ir al paso del viejo—. Me han despedido sin motivo. Driankovski bebe mucho más que yo; y, sin embargo, no le echan. Llega borracho a la oficina todos los días y yo, solamente, de cuando en cuando. Su excelencia ha cometido una injusticia, que no sé cómo calificarla, tío.

—¡Calla, cochino!

—¡Ejem!... Bueno, pasaré por cochino, aunque yo también tengo mi amor propio. No me han despedido por borracho, sino por lo del retrato. Le regalaron un álbum con nuestras fotografías. Todos nos retratamos; pero mi foto no estaba presentable, tío. Me salieron los ojos saltones y las manos abiertas. Nunca he tenido una nariz tan larga como la que allí salió. Por eso me dio reparo poner en el álbum mi retrato. A su excelencia le visitan damas que ven las fotos; y no quiero quedar mal ante las damas. Aunque feo, tengo una cara atractiva; pero en aquel retrato parecía enteramente un payaso. Como era de esperar, Evlampi Stepánovich se enfadó porque faltaba mi fotografía, pensando que no la habían puesto por orgullo o por librepensador. ¡Fíjese! ¡Librepensador yo, que voy a la iglesia, y observo el ayuno, y no levanto la nariz con la fatuidad de Driankovski! ¡Interceda, tío! ¡Toda la vida rezaré por usted! ¡Antes que estar sin empleo, prefiero morir!

El vejete y su acompañante doblaron una esquina, atravesaron otras tres callejas; y, por último, tiraron de la campanilla de la casa de Evlampi Stepánovich.

—Quédate aquí —ordenó el viejo al sobrino, una vez que hubieron penetrado en el recibidor—. Pasaré a verle. No me acarreas más que preocupaciones, imbécil. Espérame aquí, cochino.

Se sonó, se arregló la condecoración del cuello y entró en el gabinete, dejando en el recibidor al mozo con el corazón en un hilo.

«¿De qué hablarán? —se preguntaba, moviendo, nervioso, los pies, mientras le llegaba, desde el gabinete, el murmullo de las dos voces—. ¿Está oyendo al tío?».

Incapaz de resistir la incertidumbre, se acercó a la puerta; y aplicó en ella una de sus grandes orejas.

—¡Imposible! —oyó decir a Evlampi Stepánovich—. ¡Por Dios le juro que no puedo! Le aprecio a usted como a un amigo, Projor Mijailich. Haría por usted

cualquier cosa, pero no ésta. No insista.

—Estoy de acuerdo con su excelencia. Es un mozalbete perverso. No pretendo negarlo; y le diré más, amigo y bienhechor mío: no es sólo un borracho; eso tendría perdón; es un canalla. Puede robar lo que se le ponga a mano, y es un maestro en el arte de desvalijar y hasta en el de calumniar. ¡Un truhán de lo que no se encuentra! Hoy le hace usted un verdadero favor, y mañana escribe una denuncia contra usted. Un verdadero miserable. No le tengo ni pizca de lástima. De estar en mi mano, le hubiera mandado hacer mucho a freír espárragos. Pero la que me da pena, excelencia, es su madre. Por ella se lo pido. El muy bribón le ha robado todo el dinero y se lo ha gastado en vino...

El mozo se apartó de la puerta, dio un paseo por el recibidor, y, al cabo de unos minutos, volvió a aplicar el oído.

—¡Hágalo por la pobre viejecita, excelencia! —suplicaba el tío—. Se muere de pena al ver sin empleo al bellaco del hijo...

—Bueno, bueno. Que vuelva; pero con una condición: ¡al menor desliz, fuera!

—¡Échelo a la calle, al muy pillo, en cuanto se desmande!

El sobrino tomó a retirarse de la puerta y empezó a dar vueltas por el recibidor.

—¡Bravo por el tío! —exclamó para sí, frotándose las manos de contento—. ¡Vaya si sabe conmover! A pesar de su incultura, le salen las frases bordadas...

En la puerta del gabinete apareció el tío.

—Te han readmitido —pronunció, severo—. Vamos, cochino.

—Gracias, tío —suspiró el mozalbete, pestañeando, lleno de gratitud, y besándole la mano—. Sin su protección, estaría perdido hace mucho...

Salieron a la calle y se encaminaron a su casa: el viejo, sombrío y concentrado; el joven, resplandeciente y alegre.

EL CERTIFICADO

(Справка)

Era mediodía. El hacendado Voldíriev, un hombre alto, robusto, con la cabeza pelada y los ojos saltones, se quitó el paleta, se secó la frente con el pañuelo de seda e, indeciso, entró a la oficina pública. Allí escribían...

—¿Dónde puedo tomar un certificado aquí? —se dirigió al portero, que traía del fondo de la oficina una bandeja con vasos—. Me hace falta consultar, y tomar una copia del decreto de la gaceta.

—¡Diríjase allí! ¡A ese que está sentado cerca de la ventana! —dijo el portero, señalando con la bandeja el extremo de la ventana.

Voldíriev tosió y se dirigió hacia la ventana. Allí, tras una mesa verde con manchas, como el tifus, estaba sentado un joven con cuatro mechones en la cabeza, una nariz larga, barrosa, y un uniforme desteñido. Metiendo su gran nariz en los papeles, escribía. Cerca de su fosa nasal derecha paseaba una mosca, y él, a cada rato, estiraba el labio inferior y se soplaba bajo la nariz, lo que otorgaba a su rostro una expresión preocupada en extremo.

—¿Puedo yo aquí... con usted —se dirigió a él Voldíriev—, conseguir un certificado sobre mi asunto? Yo soy Voldíriev... Y, a propósito, me hace falta una copia del decreto de la gaceta del dos de marzo.

El funcionario mojó la pluma en el tintero y miró si no había tomado mucha tinta. Convencido de que la pluma no goteaba, empezó a escribir. Su labio se estiró, pero ya no le hizo falta soplar: la mosca se posó en su oreja.

—¿Puedo obtener un certificado aquí? —repitió al minuto Voldíriev—. Yo soy Voldíriev, el terrateniente...

—¡Iván Alexéich! —gritó el funcionario al aire, como sin advertir a Voldíriev—. ¡Le dices al mercader Yálikov, cuando venga, que legalice la copia del informe a la policía! ¡Mil veces se lo he dicho!

—Respecto a mi pleito con los herederos de la princesa Gugúlina —farfulló Voldíriev—. Un asunto conocido. Le ruego encarecidamente ocuparse de mí.

Siempre sin advertir a Voldíriev, el funcionario atrapó la mosca en su labio, la miró con atención y la tiró. El hacendado tosió y se sonó la nariz con su pañuelo a cuadros ruidosamente. Pero eso no ayudó. Siguieron sin escucharlo. El silencio se prolongó unos dos minutos. Voldíriev sacó del bolsillo un billete de rublo y lo puso delante del funcionario, sobre el libro abierto. El funcionario arrugó la frente, trajo hacia sí el libro y, con un rostro preocupado, lo cerró.

—Un certificado pequeño... Yo sólo quisiera saber, sobre qué fundamento los herederos de la princesa Gugúlina... ¿Lo puedo molestar un poco?

Y el funcionario, ocupado con sus ideas, se levantó y, rascándose el codo, fue a

por algo al armario. Tras regresar al minuto a su mesa se ocupó de nuevo del libro: sobre este yacía el rublo.

—Lo voy a molestar sólo un minuto... Hacer el certificado, solamente...

El funcionario no escuchaba, empezó a copiar algo.

Voldíriev frunció el ceño y echó una mirada sin esperanza a toda la hermandad escribiente.

—«¡Escriben! —pensó, suspirando—. ¡Escriben, para que el diablo se los lleve del todo!».

Se apartó de la mesa y se detuvo en medio de la habitación, dejando caer los brazos sin esperanza. El portero, que pasaba con los vasos de nuevo, advirtió probablemente la expresión de impotencia en su rostro, porque se le acercó mucho y le preguntó quedamente:

—¿Bueno, qué? ¿Lo consultó?

—Consulté, pero no quieren hablar conmigo.

—Dele tres rublos... —le susurró el portero.

—Ya le di dos.

—Pues dele más.

Voldíriev regresó a la mesa y puso sobre el libro abierto un billete verde.

El funcionario tiró hacia sí el libro de nuevo y se dedicó a hojearlo, y de pronto, como de súbito, levantó los ojos hacia Voldíriev. Su nariz empezó a brillar, se sonrojó y se arrugó en una sonrisa.

—Ah... ¿qué se le ofrece? —preguntó.

—Yo quería obtener un certificado respecto a mi asunto... Yo soy Voldíriev.

—¡Mucho gusto! ¿Por el asunto de Gugúlina? ¡Muy bien! ¿Y entonces qué, hablando con propiedad?

Voldíriev expuso su petición.

El funcionario revivió como si lo hubiera agarrado un remolino. Entregó el certificado, dispuso que hicieran una copia, le dio una silla al solicitante, y todo eso en un segundo. Incluso habló un poco del tiempo y preguntó sobre la cosecha. Y cuando Voldíriev se fue, lo acompañó por la escalera hasta abajo, sonriendo con afabilidad y respeto, y haciendo ver que estaba dispuesto, a cada instante, a postrarse ante el solicitante. Voldíriev sintió algo de embarazo y, obedeciendo a cierto impulso interior, sacó del bolsillo un rublo y se lo dio al funcionario. Y éste seguía haciendo reverencias y sonriendo, y aceptó el rublo como un ilusionista, de modo que aquél sólo se deslizó por el aire...

«Bueno, la gente...» —pensó el hacendado saliendo a la calle, se detuvo y se secó la frente con el pañuelo.

UN ESCLAVO JUBILADO

(Отставной раб)

Nuestro río corría en zigzag, como una culebra. Iba por el campo haciendo curvas y recodos. Al mirarlo desde la colina, se le veía lo mismo que en la palma de la mano. De día era un espejo; y por la noche parecía de azogue. Las cañaveras de las orillas contemplaban el agua. ¡Qué bonito era todo aquello! Aquí juncales, allí álamos, más allá sauces...

Nikifor Filimonich hacía esta descripción sentado en la cervecería y tomándose una jarra de cerveza. Hablaba entusiasmado, con calor. Su cara, rugosa y rasurada, y su cuello, de un tinte pardusco, temblaban convulsivamente cada vez que en su narración salía a relucir algún paraje muy poético. Le escuchaba la dependienta, una bonita chica de dieciséis años, llamada Tania: repechada sobre el mostrador, apoyando la barbilla en los puños, captaba ansiosa todas las palabras, inmóviles los ojos, pálido el rostro, asombrada la expresión.

Todas las tardes acudía Nikifor Filimonich a charlar con Tania. La quería por ser huérfana y por la apacible dulzura que irradiaba su rostro, pálido y atento. A las personas de su agrado, Nikifor Filimonich les confiaba todos los secretos de su vida pasada. Solía comenzar describiendo la naturaleza; pasaba luego a hablar de cacerías: y, por último, recordaba a su difunto *barin*, el príncipe Svintsov.

—¡Era una celebridad! —exclamaba—. Y debía su fama no tanto a su riqueza y a sus muchas tierras cuanto a su carácter. ¡Un verdadero don Juan!

—¿Y qué significa eso?

—Pues eso significa que era un verdadero don Juan con las mujeres. Les tenía una afición enorme; y en ellas se le fue toda su hacienda. Sí, hija, sí. Cuando estuvimos en Moscú, casi todo el último piso del Grand Hotel vivía a costa nuestra. En San Petersburgo *anduvimos* muy relacionados con la baronesa von Tussich; y *tuvimos* con ella un hijo. La baronesa perdió en una noche a las cartas toda su fortuna, y quiso suicidarse; pero el príncipe se lo impidió. Era tan lozana y tan guapa... Siguió liada con él un año y se murió luego. ¡Cómo lo querían las mujeres, Tania, cómo lo querían! ¡No podían vivir sin él!

—¿Tan guapo era?

—¿Guapo? Pues ahí está la cosa: que era viejo y feo. De veras... Usted también le gustaría, Tania. Le agradaban las delgaditas y pálidas... No se azare, que no hay ningún motivo. En mi vida he dicho una mentira, y tampoco ahora miento.

A renglón seguido, Nikifor Filimonich se ponía a describir las carrozas, los caballos, los vestidos y atavíos. Era un gran perito en todo ello. Y luego enumeraba los vinos...

—Hay vinos que valen a veinticinco rublos la botella. Con una sola copa se siente

uno morir de felicidad.

Lo que más gustaba a la chica era la descripción de las noches de luna: en verano, estruendosas orgías entre árboles y flores; y en invierno, paseos en trineo, arrebujaos entre pieles, volando con celeridad de relámpago...

—El trineo va como una flecha; y a uno le parece que la luna corre por el cielo. ¡Qué delicia!

Nikifor Filimonich continuaba largamente su narración. Terminaba cuando el chico de la cervecería apagaba el farol de la puerta y metía dentro el letrero.

Una noche de invierno, Nikifor Filimonich, con una borrachera fenomenal, estuvo tumbado mucho tiempo junto a una valla y atrapó un resfriado. Le llevaron al hospital. Dado de alta al cabo de un mes, ya no encontró a su oyente en la cervecería. La muchacha había desaparecido.

Año y medio después iba Nikifor Filimonich por la calle Tverskaya de Moscú, tratando de vender un abrigo usado de verano, cuando vio venir a su amada Tania en dirección contraria. Empolvada, recompuesta, con un sombrero de estafalarias alas dobladas, iba del brazo con un caballero de chistera, riendo estruendosamente. El viejo lacayo la reconoció, la acompañó con la mirada y se quitó el gorro, respetuosamente. Su semblante se enterneció; y una lágrima brilló en sus ojos.

—Que Dios la ayude —murmuró—. Es tan buena...

Y, volviendo a ponerse el gorro, soltó una risilla conejil.

MIS RANGOS Y TÍTULOS

(Мои чины и титулы)

Yo soy *un enviado*. Cada mañana, mi esposa *me envía* al mercado por los víveres.

Yo soy *un consejero provincial*. Cada mañana, antes de salir al mercado, yo *me aconsejo en provincia* con el portero respecto a cuestiones corrientes.

Yo soy *un urbano*^[204], porque vivo en *la urbe*, y no en el campo.

Yo soy *un noble*, eso es indudable. Por las noches me paseo por *el corral*, en verano me gusta dormir en *el corral*, hablo con *el corralero* a menudo, y mis perros se llaman *de corral*^[205].

Yo soy *el compañero del fiscal*^[206] Iván Ivánich, que a veces viene a verme y, en base a todos los artículos del tomo X del *Código de leyes*, toma cerveza en mi casa. Nuestras relaciones son las más *compañeriles*.

Yo era *una persona* de IV, III, II y hasta I *clase* cuando estudiaba en el gimnasio.

Yo soy *un seguidor de asuntos importantes y especiales*^[207]. No soportando la mediocridad, comúnmente, yo *sigo* el ejemplo sólo de ése, que resuelve *asuntos importantes y especiales...*

Yo soy *un caballero*, porque tengo una «Anna»^[208] al cuello... ¡y qué Anna! Gorda, de mejillas rosadas, atractiva...

Yo soy de buen *rango*^[209]. Nadie se conduce con tanto *rango* como yo. Nuestros porteros pueden atestiguar eso.

Yo soy *un cajero*, porque tengo *una caja*; *un contador*, porque llevo unos libritos de despacho, lavandería y *cuentas*^[210]; *un corresponsal*, porque tengo *una correspondencia*; *un guarda*, porque siempre *guardo* mis bienes, y *un campanero*, porque llamo a *mi campanilla* a menudo.

Yo soy *un recaudador*, porque me gusta *recaudarme*^[211].

Yo soy *un consejero secreto*, porque *me aconsejo* con la esposa *en secreto* sobre la suegra.

Yo soy *un hombre versado*, en las bebidas y los fiambres.

Yo soy *un comandante de batería*, cuando tengo a mi disposición *una batería* de botellas.

Yo soy *un hombre sin bazo*, cuando pongo el punto.

LA TONTA O EL CAPITÁN RETIRADO

(ESCENA DE UN SAINETE IMAGINARIO)

(Дура, или Капитан в отставке. Сценка из несуществующего водевиля)

Es la temporada de los casamientos. *El capitán retirado Sousov*, sentado en un sofá recubierto de hule tiene una pierna sobre el asiento y con las dos manos se sujeta la otra. Al hablar mece el cuerpo. *La casamentera Lukinishna*, una vieja gorda, de cara estúpida, aunque bonachona, está a un lado, sentada en un taburete. Su cara expresa temor mezclado con asombro. De perfil parece un caracol; *en face* ^[212], una cucaracha negra. Habla con acento y aire de servilismo, hipando detrás de cada palabra.

EL CAPITÁN. Por otra parte, si miramos las cosas desde el punto de vista, no cabe duda de que Iván Nikolaich ha procedido muy esencialmente. Ha hecho muy bien en casarse. Ya puedes ser profesor, o incluso un genio, que si no estás casado, no vales un ochavo: careces de censo y de opinión pública... Un soltero jamás alcanza a tener un peso auténtico en la sociedad... Si no, aquí vemos mi ejemplo... Pertenezco a la clase instruida, poseo casas y dinero... También tengo una graduación... y estoy condecorado. Pero, a pesar de todo, ¿qué pinto en este mundo? ¿Qué represento, si se me mira desde ese punto de vista? Un vividor... Un sinónimo y nada más. (*Queda pensativo*). Todos están casados, tienen hijos, y sólo yo..., como en aquella romanza... (*Canta con voz de tenor una romanza melancólica*). Lo mismo me sucede a mí en la vida... Si al menos se me terciara una novia, por fea que fuese...

LUKINISHNA. ¿Y por qué tiene que ser fea? Contigo, padre de mi alma, se casaría también una guapa y hermosa. Con tu linaje y, yo diría, con las cualidades tuyas, te aceptaría cualquiera, incluso alguna con dinero.

EL CAPITÁN. Lo del dinero me tiene sin cuidado. No cometeré nunca la canallada de casarme por el interés. Soy rico, y quiero que mi mujer coma mi pan, no yo el de ella. Si me caso con una pobre, ella sabrá apreciarlo, lo comprenderá... No soy tan egoísta como para casarme por el interés...

LUKINISHNA. Pues llevas razón, padrecito... Una pobre puede ser más guapa que una rica.

EL CAPITÁN. Tampoco es la belleza lo que busco. ¿Qué falta me hace? De la hermosura no se vive. No es la belleza física la que vale, sino la espiritual. Lo que necesito es bondad, mansedumbre, una inocencia de esas que... Deseo que mi esposa me tenga respeto, que me estime...

LUKINISHNA. ¡Ejem!... ¿Cómo no te va a respetar siendo su marido legítimo?

¿O crees que va a ser una mujer sin educación?

EL CAPITÁN. Calla y no me interrumpas. Tampoco me importa gran cosa que sea o no instruida... Naturalmente, la instrucción se ha puesto de moda y no se puede vivir sin ella. Ni que decir tiene. Pero es que la instrucción se presta a muchas interpretaciones. Es muy agradable que tu mujer sepa francés y alemán, o que cante con todas las voces que pueda. Estupendo. Pero ¿de qué vale todo eso si resulta que no sabe pegarte un botón? Pertenezco a la clase instruida; se me da entrada en todas partes; con el príncipe Kanitelin puedo estar, como quien dice, igual que contigo en este momento. Pero soy de carácter llano. Lo que necesito es una muchacha sencilla. No es imprescindible que sea una lumbrera. La inteligencia pesa cuando se trata de un hombre; en cuanto a una mujer, puede arreglárselas sin ella.

LUKINISHNA. Llevas razón, padrecito. De las inteligentes se escribe ahora que no sirven para nada.

EL CAPITÁN. Una pazguata podrá quererme, y respetarme, y darse cuenta de mi categoría y rango. Tendrá temor de mí. En cambio, una de esas que lo saben todo se comerá tu pan sin reparar en quién se lo da. Preferible será que me busques una tonta... Ya lo sabes: una tonta. ¿No tienes a la vista ninguna por el estilo?

LUKINISHNA. Como tener, tengo muchas. (*Queda en actitud pensativa*). Tontas hay, lo que pasa es que todas son tontas listas... Te encuentras unas mosquitas muertas, que luego resultan tener sus entendederas... ¿La necesitas tonta de remate? (*Vuelve a pensar*). Conozco a una tontuela que no sé si te gustará... Hija de un tendero y cinco mil rublos de dote. De aspecto no es que sea fea, pero, vamos, ni lo uno ni lo otro... Flacucha, delgaducha... Eso sí: muy cariñosa y delicada... ¡Y qué tesoro de bondad! Si se lo piden, es capaz de dar el último pedazo de pan. Además, obediente como pocas. Su madre la arrastra de las trenzas, y ella ni un grito, ni una palabra. Sus padres la han enseñado a ser respetuosa, y a acudir a la iglesia como Dios manda, y a llevar una casa si es necesario... Pero en cuanto a esto... (*Se lleva un dedo a la sien como para indicar poco seso*). No te enfades por los juicios de esta pecadora, pero te digo mi verdad como si estuviera jurando ante Dios: ¡no está en sus cabales! Tonta de remate. Se pasa el día callada; callada como una muerta. Está sentada, sin decir esta boca es mía, cuando, de pronto, ¡zas!, salta como si la hubieran rociado con agua hirviendo. Se levanta de un brinco, y venga darle a la lengua; parece que no se va a callar nunca. Entonces llama idiotas a sus padres, no encuentra buena ninguna comida, y todo lo que oye le parecen estupideces. Dice que no puede vivir con nadie y que le han hecho la vida imposible... «Ninguno de ustedes puede comprenderme», gruñe la muy tonta. La pretendió el comerciante Kashalotov. ¿Querrás creer que le dio calabazas? Se rió de él en sus propias barbas. Y es rico, hermoso, elegante, con tipo de cadete jovencito. Y otras veces, la moza agarra un libro, se mete en el camaranchón y se pone a leer...

EL CAPITÁN. Una tonta de esa clase no es la que conviene a mi categoría. Búscame otra. (*Se pone en pie y mira al reloj*). Bueno, *bonjour*. Tengo que irme. Me

voy a hacer vida de soltero.

LUKINISHNA. Adiós padrecito. Buen camino lleves. (*Se levanta*). El sábado por la tarde vendré para hablarte de la novia que te haya encontrado. (*Se dirige a la salida*). Y, de esas... ¿no necesitas alguna para la vida de soltero?

MAYONESA

(Майонез)

Los astrónomos se alegraron muchísimo al descubrir manchas en el sol. ¡Un caso inaudito de malicia!

Un funcionario se dejaba sobornar. En el preciso instante en que estaba cometiendo este pecado, entró su jefe y fijó la vista en la mano del funcionario, que apretaba en ella el billete de la propina. El empleado se turbó:

—¡Oiga usted! —terminó dirigiéndose al visitante y abriendo la mano—. Se ha olvidado algo entre mis dedos...

Hay veces en que un macho cabrío se convierte en un cerdo. He aquí lo que refirió un terrateniente:

—Un macho cabrío dio en venir en busca de nuestras cabras. Para quitarle las ganas, lo atrapamos y le dimos una buena paliza. No obstante, siguió viniendo. Volvimos a agarrarlo, le propinamos otra tunda y le atamos al hopo una estaca. Pero tampoco esto sirvió de nada. El infame siguió acudiendo a buscar a nuestras cabras. Bueno, pues le echamos mano de nuevo, le llenamos de rapé la nariz y lo rociamos con aguarrás. A raíz de este castigo estuvo tres días sin venir, pero al cuarto ya apareció. Dígame, después de esto, si no es un cerdo.

Es éste un caso de inventiva.

Un periodista de San Petersburgo, N. Z., visitando la Exposición Industrial del año pasado, se detuvo ante un pabellón y se puso a tomar notas.

—¿No se le han caído estos veinticinco rublos? —le dijo el dueño del pabellón, alargándole un billete.

—He perdido dos como éste —contestó, avisado, el periodista. El expositor, admirado de tanta agilidad mental, le dio otro billete de veinticinco.

No es cuento.

EN OTOÑO

(Осенью)

Anocheecía. En la taberna del tío Tijon se había congregado un grupo de cocheros y de peregrinos, acorralados allí por un aguacero otoñal y por un furioso vendaval húmedo, que azotaba la cara como un látigo. Los caminantes, calados y fatigados, ocupaban unos bancos junto a la pared y dormitaban, arrullados por el viento. Tenían cara de aburrimiento. Un joven cochero, picado de viruelas, con varios arañazos en el rostro, sostenía sobre las rodillas un acordeón. Estaba tocando y dejó de hacerlo, maquinalmente.

Sobre la puerta, en torno al aceitoso y macilento farolillo, volaban las salpicaduras de la lluvia. El viento, aullando como un lobo, parecía empeñado en arrancar de sus goznes la puerta del tabernucho. Llegaban de la calle bufidos de caballos y chapoteo en el barro. El tiempo era crudo y frío.

Tras el mostrador estaba el tío Tijon, un *muzhik* corpulento y hocicudo, de ojillos soñolientos y turbios. Ante él, al otro lado del mostrador, había un individuo de unos cuarenta años, vestido con ropa sucia y harapienta, mas no sin cierto aire de distinción. Llevaba un abrigo de verano, arrugado y lleno de barro, pantalón a cuadros y chanclos de goma sobre los pies desnudos. Su cabeza, sus manos, metidas en los bolsillos, y sus codos, esqueléticos y agudos, temblaban como presa de fiebre. Una leve convulsión recorría de cuando en cuando su flaca figura, desde la cara, horriblemente alcoholizada, hasta los chanclos.

—¡Dámela, por Dios! —imploraba al tabernero, con cascada y trémula voz chillona—. ¡Una sola copa..., esa pequeñita! ¡Ya te la pagaré!

—¡Anda, anda! ¡Pues no sois pocos los granujas que andáis por estas tierras!

El borrachín miró a Tijon con desprecio y odio. ¡De haber podido, lo hubiera matado!

—¡Entérate de una vez, imbécil, ignorante! ¡No soy yo quien lo pide, sino mi interior, para emplear tu grosero vocabulario! ¡Es mi enfermedad la que lo pide! ¡Entiéndelo!

—No tengo por qué entender nada. Ya te estás marchando...

—Mira que si no bebo ahora, si no satisfago esta pasión, puedo cometer hasta un crimen. Dios sabe lo que soy capaz de hacer. A lo largo de tu vida tabernaria habrás visto muchos borrachos, so grosero. ¿Cómo ha sido posible que hasta ahora no hayas comprendido qué clase de gente son? ¡Son enfermos! ¡Aunque los carguen de cadenas, los azoten o los hagan picadillo, todo les parecerá bien si les dan vodka! ¡Hazme ese favor, te lo pido por lo que más quieras! Ya ves cómo me humillo... ¡Dios mío, hasta qué punto llega mi humillación!

Dicho esto, movió la cabeza y escupió.

—Con el dinero por delante tendrás vodka —replicó Tijon.

—¿De dónde voy a sacar el dinero? ¡Me lo he bebido todo! ¡Hasta el último ochavo! No me queda más que el abrigo, y no puedo dártelo porque lo llevo sobre el cuerpo, sin más chaqueta ni más camisa... ¿Quieres el gorro?

Y alargó al tabernero un gorro de paño, al que en algunas partes se le veían las tripas de guata. Tijon cogió la *prenda*, la examinó y movió negativamente la cabeza:

—Ni de balde. Es pura porquería...

—¿No te agrada? Pues entonces dame de beber fiado. Cuando regrese de la ciudad te traeré los cinco kopeks, a ver si se te atragantan y te ahogas.

—¡Buen granuja estás hecho! ¿Quién eres y para qué has venido?

—Quiero beber. Es decir, no soy yo quien quiere, sino mi enfermedad. ¡Hazte cargo de una vez!

—¡No me des la lata! Sois muchos los bribones que andáis por las carreteras. Mira, anda y pídeles a esos peregrinos que te conviden, por el amor de Dios, si es que quieren, porque yo, por el amor de Cristo, sólo doy pan. ¡Menudo canalla!

—El sacarles las entrañas a esos desgraciados es cosa tuya. Yo, en cambio... ¡No seré yo quien los desplume! ¡No seré yo!

De pronto, interrumpiendo sus gruñidos, enrojeció y se tornó hacia los peregrinos:

—¡Es una gran idea, cristianos! ¡Dadme cinco kopeks! ¡Mi interior lo pide! ¡Mi enfermedad!

—Bebe agua —sonrió, burlón, el picado de viruela.

El pedigüeño, como avergonzado, tosió y guardó silencio. Pero al cabo de un minuto ya estaba otra vez suplicando a Tijon. Por último, se echó a llorar y se puso a ofrecer por una copa de vodka su abrigo empapado. A causa de la oscuridad, nadie advirtió sus lágrimas, y el abrigo fue rechazado por haber mujeres peregrinas, que se hubieran escandalizado ante la desnudez del borrachín.

—¿Qué va a ser de mí? —gimió éste, con acento desesperado—. ¿Qué hago ahora? No beber es imposible, porque soy capaz de cometer un crimen o de suicidarme... ¿Qué hago ahora?

En su desesperación, dio varias vueltas por el local.

Llegó, campanillero, un coche de postas. El postillón, calado hasta los huesos, penetró en la taberna, se tomó un vaso de vodka y salió al momento. El coche siguió su camino.

—Escucha, te voy a dar una prenda de oro —dirigióse el borracho, pálido como la cera, a Tijon, el tabernero—. Te la voy a dar, puesto que no hay más solución. Aunque es una canallada y una vileza de mi parte, tómala. Realizo ésta villanía en estado de enajenación. Hasta en los tribunales me darían la razón. Toma esto, pero con una condición: me lo tienes que devolver cuando regrese. Te lo entrego en presencia de testigos...

Llevo la mano húmeda al pecho, sacó un pequeño medallón de oro, lo abrió y lo contempló un momento.

—Habría que sacar el retrato, pero ¿dónde voy a guardarlo, empapado como estoy? Vete al diablo: tómallo con retrato y todo. Pero a condición de que... Te lo suplico, amigo de mi alma: no toques con los dedos esa cara. Te lo imploro, amigo. Perdóneme las groserías que te dije antes... Soy un animal... No toques con los dedos esta cara ni la mires con tus ojos...

Tijon cogió el medallón, miró la prueba y se lo guardó en el bolsillo.

—Anda, bebe —profirió, llenando un vaso—. Bebe, ¡qué le vamos a hacer!...

El pedigüeño se apoderó del vaso y le lanzó la mirada más resplandeciente de que eran capaces sus ojos ebrios y turbios. Lo apuró con delectación, con lentitud febril. Después de gastarse en vodka el medallón y el retrato, bajó la cabeza como avergonzado y se refugió en un rincón. Acurrucándose en un banco, al lado de una peregrina, cerró los ojos.

Transcurrió media hora en silencio. Tan sólo el viento alborotaba, cantando en la chimenea su rapsodia otoñal. Las peregrinas, después de encomendarse a Dios, se dispusieron a tenderse bajo los bancos, para pasar la noche. Tijon abrió el medallón y se extasió, contemplando la cabecita de mujer, que desde su círculo de oro sonreía a la taberna, al tabernero, a las botellas...

Chirrió en la calle una *telega*^[213]. Se oyó un grito del carrero para detener a los caballos, y un chapoteo de pies sobre el barro. En la taberna penetró un hombrecillo de larga pelliza y barba puntiaguda, mojado y sucio.

—¡Eh, a ver! —gritó, golpeando el mostrador con una moneda de cinco kopeks—. ¡Un vaso de vino de Madera! ¡Pero del verdadero!

Y girando gallardamente sobre una pierna, lanzó una mirada a todos los presentes.

—¡Qué delicados sois, hombres! ¡Ni que fuerais de azúcar, por vuestra tía! ¿Os asusta la lluvia, melindrosos? ¡Qué gente más fina! ¿Y quién es esta perla?

Sin esperar respuesta, corrió hacia el borrachín y le miró a la cara.

—¡Pero si es el *barin*! —exclamó—. ¡Semión Sergueich! ¡Éstos son nuestros señores! ¡Ay, ay! ¿Qué hace usted, expuesto a atrapar una pulmonía, en este tabernucho? No es sitio apropiado para usted. ¡Ay, qué infeliz!

El *barin* miró al *muzhik* y se tapó la cara con la manga. El cartero suspiró, movió la cabeza con aire de pesadumbre; hizo un ademán de desaliento y se dirigió al mostrador para tomarse su bebida.

—Es nuestro *barin* —explicó a Tijon indicando con la cabeza al borrachín—. Semión Segueich, el antiguo dueño de nuestra hacienda. Fíjate hasta dónde ha llegado. ¿Verdad que no parece una persona? Pues a eso le ha llevado la bebida...

Después de vaciar el vaso, el *muzhik* se limpió los labios con la manga y prosiguió:

—Yo soy de su pueblo, de Ajtílovka, a más de cuatrocientas verstas de aquí. Todos fuimos siervos de su padre. ¡Qué pena, hermano, qué pena! Éste era todo un señor. ¿Ves ese caballo que tengo ahí, en la calle? Pues él me dio el dinero para comprarlo. ¡Ja, ja, ja! Cosas del Destino.

Diez minutos más tarde, en torno del *muzhik* se había formado un corro de carreteros y peregrinos. Aquél hacía su narración con voz atiplada, queda y nerviosa. Semión Sergueich, acurrucado en su rincón, murmurando y sin abrir los ojos, también escuchaba.

—Todo esto ha sido por falta de valor —accionaba el *muzhik* con las manos durante su relato—. Era un señor rico, de mucho poder, conocido en toda la provincia. Vosotros mismos lo habréis visto: ¡cuántas veces habrá pasado en su carroza por esa puerta! Mucha riqueza tenía. Recuerdo que hace cinco años, al pasar el río en el pontón de Mikíshinski, dio un rublo en lugar de cinco kopeks. Pues comenzó su ruina por la tontería más grande del mundo: por una mujerzuela. Se enamoró el infeliz de una lagarta de la ciudad. Como suele decirse, le gustó más el cuervo que el halcón. María Egorovna eran su nombre y patronímico. Y tenía un apellido tan raro, que no hay manera de pronunciarlo. Se enamoró y pidió la mano, como Dios manda. Ella, ni que decir tiene, dijo que sí, porque el *barin* no era de los de tres al cuarto: rico y nada bebedor. Recuerdo que una tarde pasé por su jardín: miro y los veo a los dos sentados en un banco besándose. A cada beso de él, la muy víbora le daba dos. Él le cogió la mano, y ella, ¡zas!, se apretó contra él, la maldita: «¡Te quiero, te quiero, Senia!». Y Senia, como un bobo, iba por todas partes hablando de su felicidad: a éste, un rublo; a aquél, dos; a mí, ya lo veis, me dio para el caballo. De contento que estaba, nos perdonó a todos las deudas. Llegó el día de la boda. Se casaron con todas las de la ley. Y en el preciso instante en que los invitados se sentaban a la mesa, ella huyó en la carroza. Se fue a la ciudad, a vivir con un abogado, que era su querido. ¡Y eso el mismo día de la boda! ¿Qué os parece? ¡Bonito momento escogió! Él se volvió loco desde entonces. Se dio a la vodka. Ahí lo tenéis. Un guiñapo, y siempre pensando en ella, porque la quiere. De fijo que ahora va a pie a la ciudad para verla, aunque no sea más que un momentito. Y la segunda causa de su ruina, hermanos, fue su cuñado, el marido de su hermana. A este desgraciado se le ocurrió salir fiador por su cuñado en un banco. Fiador por treinta mil rublos. El cuñado, como es natural, sabe dónde le aprieta el zapato. El muy granuja no movió un dedo para pagar. Y, claro está, le sacaron a nuestro *barin* los treinta mil rublos. Por tonto tiene que aguantar todas estas calamidades. La mujer se ha hartado de hacer hijos con el querido; el cuñado se compró una hacienda magnífica en Poltava; y el pobre Semión Sergueich anda como un loco de taberna en taberna y no hace más que lamentarse de los *muzhiks*: «¡He perdido la fe, hermanos! ¡Ahora ya no puedo tener confianza en nadie!». Es una cobardía. Todos sufrimos nuestras penalidades. ¿Vamos, por eso, todos a entregarnos a la borrachera? Fijaos lo que le sucede al alcalde de nuestro pueblo: su mujer anda liada con el maestro de escuela y lo lleva a su casa en pleno día; se gasta en vodka el dinero del marido; pero éste va tan campante y tan sonriente. Lo único que ha hecho es encorvarse un poco...

—Cada cual obra según el carácter que Dios le ha dado —suspiró el tabernero.

—Verdaderamente, no todos tenemos el mismo aguante.

El *muzhik* siguió su narración largo rato. Cuando terminó se hizo el silencio.

—¡Eh, tú! ¿Cómo te llamas? Ven a beber un poco —llamó Tijon al *barin*, acurrucado en el rincón.

El borrachín acudió al mostrador y se tomó con deleite la limosna que se le ofrecía.

—Déjame un momentito el medallón —masculló, dirigiéndose al tabernero—. Es para mirarlo un instante. En seguida te lo devuelvo.

Tijon, sombrío, le entregó el medallón. El picado de viruela exhaló un suspiro, sacudió la cabeza y pidió vodka:

—Toma, *barin*. Sin vodka se pasa bien, pero con vodka, mejor. Bebiendo se alivian las penas. ¡Atízate un trago!

Después de apurar cinco vasos, el *barin* se refugió en el rincón, abrió el medallón y, con ojos turbios y ebrios, se puso a buscar el rostro amado. Vano empeño: las uñas del virtuoso Tijon lo habían borrado totalmente.

El farol soltó una llamarada y se apagó. Una peregrina, presa de delirio, se puso a hablar con rapidez de trabalenguas. El picado de viruela rezó una oración, en voz alta, y se tendió en un banco. Llegó alguien más. Y afuera, llueve que te llueve. Arreciaba el frío; y parecía que el maldito otoño desapacible y lúgubre no iba a tener fin. El *barin*, con los ojos clavados en el medallón, no cesaba de buscar aquella cara de mujer. Se apagó la vela.

¿Dónde estás, primavera?

DE PASEO EN EL LANDÓ

(В ландо)

Kiti y Zina, hijas del consejero civil efectivo Brindin, iban paseando en su landó por la avenida Nevski. Las acompañaba su prima Marfusha, una pequeña provinciana de dieciséis años, hija de hacendados, que había venido a pasar en San Petersburgo una temporada en casa de sus encumbrados parientes, y a ver las «notabilidades» de la capital. Sentado junto a ella iba el barón Dronkel, un hombrecillo muy retocado y acicalado, de levita azul y sombrero del mismo color. Las dos hermanas miraban de reojo a la prima: les parecía ridícula, y las comprometía con su presencia. La ingenua muchacha, que jamás había paseado en landó ni oído el estruendo de la capital, miraba embobada la guarnición del coche y el sombrero y los galones del cochero; y gritaba al ver pasar el tranvía, tirado por caballos. Y si todo esto era ingenuo y ridículo, sus preguntas lo eran más.

—¿Cuánto gana Porfiri? —preguntó una vez, señalando al lacayo.

—Creo que son cuarenta rublos al mes...

—¿De veeraaas? Pues mi hermano Seriozha, que es maestro, no gana más que treinta. ¿Tanto se aprecia el trabajo en Petersburgo?

—No pregunte esas cosas, Marfusha, ni mire de esa manera a un lado y a otro, pues no es correcto —la aleccionó Zina—. ¡Fíjese qué oficial más ridículo! Mírelo, pero sólo de reojo, porque mirarlo fijamente es falta de educación. ¡Ja, ja, ja! ¡Parece que se haya tomado un vaso de vinagre! ¿Usted, barón, pone también esa cara cortejando a Amfiladova?

—Ustedes, *mesdames*, van tan contentas y risueñas —repuso el barón—. A mí, en cambio, me remuerde la conciencia. Nuestros empleados celebran hoy el funeral de Turguéniev, y yo, por la gracia de ustedes, no asisto. Resulta un poco violento, ¿saben? No deja de ser una comedia, pero convenía haber ido, mostrar mi adhesión a..., a las ideas... *Mesdames*, díganme sinceramente, poniéndose la mano en el corazón: ¿les gusta Turguéniev?

—¡Oh, claro que sí! Naturalmente... Es que Turguéniev...

—Lo que son las cosas... A todos los que pregunto les gusta. Pero yo... no lo comprendo. O me faltan entendederas o soy un escéptico impenitente: lo cierto es que me parece exagerada, ya que no risible, la fama que se ha dado a Turguéniev. No voy a negar que es un buen escritor. Compone bien las frases, su prosa llega a brillar en algunos pasajes, posee sentido del humor... Y, sin embargo, no veo en él nada de particular... Escribe como todos los literatos rusos. Como Grigorievich, como Krayevski... Ayer cogí de la biblioteca sus *Notas de un cazador*^[214]; las leí de cabo a rabo y no encontré ni un solo pasaje notable. Ni se habla de la conciencia, ni de la

libertad de prensa, ni de ninguna idea digna de ser tenida en consideración. Y lo curioso es que tampoco se dice nada de la cacería. Eso sí, está bien escrito...

—¡Mejor que bien! ¡Es un escritor excelente! ¡Y qué cosas dice del amor! —suspiró Kiti—. ¡Es el mejor de todos!

—No está mal lo que ha escrito del amor; pero hay quien lo ha hecho mejor: Jean Richepin, por ejemplo. ¡Qué delicia! ¿Han leído ustedes algo de él? ¡Es otra cosa! Lo lee uno y parece que lo está viviendo. En cambio, Turguéniev... ¿qué es lo que ha escrito? Ideas y más ideas; pero ¿qué ideas hay en Rusia? Todo copiado del extranjero. Nada de original y de autóctono.

—¿Y sus descripciones de la Naturaleza?

—No me gustan tales descripciones. Son largas, pesadas... «Salió el sol... Cantaron los pájaros... Murmuró el bosque...». Siempre paso por alto estos primores. No niego que Turguéniev sea un buen escritor; mas tampoco le reconozco la facultad de hacer milagros que se le atribuyen. Quizá haya impulsado el surgimiento de una conciencia... Acaso haya despertado el sentido político en el pueblo ruso. Pero yo no veo nada de eso... No lo comprendo.

—¿Usted ha leído su *Oblomov*^[215]? —inquirió Zina— Allí se pronuncia contra el derecho de servidumbre.

—Cierto... Pero yo también estoy en contra del derecho de servidumbre; y nadie habla una palabra de mí.

—¡Por Dios, pídale que se calle! —musitó Marfusha al oído de Zina.

Ésta miró sorprendida a la ingenua y tímida chiquilla. Los ojos de la provinciana erraban, inquietos, por el landó, de una cara a otra, henchidos de algún sentimiento amargo; y parecían buscar en quién desahogar su odio y su desprecio. Los labios le temblaban de cólera.

—¡Marfusha, eso no es correcto! —cuchicheó Zina—. ¡Está usted llorando!

—Se afirma también que ha ejercido gran influencia en el desarrollo de nuestra sociedad —continuó el barón—. ¿En qué se nota? Yo, pecador de mí, no advierto tal influencia. Por lo menos, en mí no ha influido para nada.

El landó se detuvo ante la casa de los Brindin.

EN MOSCÚ EN LA PLAZA TRÚBNAYA

(В Москве на Трубной площади)

En una plaza pequeña cerca del Monasterio de la Resurrección, que llaman Trúbnaya o simplemente Trúba, los domingos hay comercio. Pululan, *como cangrejos en jaula*, cientos de pellizas, paletos, casquetes de piel, cilindros. Se oye el canto disorde de los pájaros, que recuerda la primavera. Si el sol brilla y no hay nubes en el cielo, el canto y el aroma del heno se sienten más fuertemente, y ese recuerdo de la primavera excita la mente y la lleva lejos-lejos. En uno de los extremos de la placita se extiende una hilera de carretas. En las carretas no hay ni heno, ni col, ni habas, sino jilgueros, pardillos, pimpollos, alondras, sinsontes negros y grises, paros y pinzones. Todo eso brinca en jaulas malas, artesanales, echa miradas con envidia a los gorriones y gorjeadores libres.

—¿A cuánto la alondra?

El vendedor mismo no sabe qué precio tiene su alondra. Se rasca la nuca y pide *cuanto Dios le ponga en el alma*, un rublo o tres kopeks, a juzgar por el comprador. Hay también pájaros caros. Sobre una varita embarrada está posado un viejo sinsonte desvaído, con la cola desplumada. Tiene un aire respetable, importante, y está inmóvil, como un general retirado. Ya hace tiempo que «dejó de la mano» su no libertad, y ya hace tiempo que mira al cielo azul con indiferencia. Debe ser, por su misma indiferencia, se considera un pájaro juicioso. No se le puede vender más barato que en cuarenta kopeks. Alrededor de los pájaros se amontonan, andando por el fango, alumnos de gimnasio, chicos de taller, jóvenes con paletos de moda, aficionados hasta lo imposible de los gorros usados, con los pantalones recogidos, gastados, como comidos por ratones. A los jóvenes y los chicos de taller les venden las hembras por machos, los jóvenes por viejos... Entienden poco de pájaros. En cambio, al aficionado no lo engañas. El aficionado ve y entiende al pájaro desde lejos.

—No hay positividad en este pájaro —dice el aficionado, mirando la boca del pardillo y contando las plumas de su cola—. Él canta ahora, es cierto, pero ¿y qué hay de eso? Yo también canto en compañía. No, tú cántame sin compañía, hermano, cántame solito, si puedes... ¡Tú dame ese de ahí, el que está posado y callado! ¡Dame una mosca muerta! Ése calla, por lo tanto, sabe lo que hace...

Entre las carretas con pájaros se encuentran carretas con otro tipo de bichos. Ahí usted ve fiebres, conejos, erizos, conejillos de Indias, hurones. Hay una fiebre que rumia paja por pena. Los conejillos de Indias tiemblan de frío, y los erizos, con curiosidad, echan miradas al público desde abajo de sus espinas.

—Y yo leí en algún lugar —dice un funcionario del departamento de correos con un paleta desvaído, sin dirigirse a nadie y echando miradas amorosas a la liebre—, yo

leí que cierto científico tenía un gatito, un ratón, un azor y un gorrión que comían de la misma taza.

—Es muy posible eso, señor. Porque al gatito le pegaron, y al azor, seguro, le arrancaron toda la cola. No hay nada científico ahí, señor. Mi compadre tenía un gatito que, disculpe, comía pepino. Unas dos semanas le pegó con el mango del látigo, hasta que aprendió. La fiebre, si le pegas, puede prender un cerillo. ¿De qué se asombran? ¡Muy sencillo! Agarra con la boca el cerillo, y ¡chirc! El animal es lo mismo que la persona. La persona, con los golpes, se hace más inteligente, como los bichos.

Entre la multitud se apresuran los caftanes con gallos y patos en los sobacos. Las aves están todas flacas, con hambre. Desde las jaulas los pollitos asoman sus cabezas feas, peladas, y pican algo en el fango. Los chiquillos con palomas intentan mirar el rostro, y reconocer en usted un aficionado a las palomas.

—¡Si-í! ¡No tiene que hablar! —grita alguien con enojo—. ¡Usted mire, y hable después! ¿Acaso eso es una paloma? ¡Eso es un águila, y no una paloma!

Un hombre alto, delgado, con patillas y de bigotes afeitados, por su aspecto un lacayo, enfermo y borracho, vende una perrita faldera blanca como la nieve. La faldera-viejecita gime.

—Me mandó a vender esta basura —dice el lacayo, sonriendo con desprecio—. Cayó en bancarrota en edad avanzada, no tiene qué comer, y ahora vende los perros y los gatitos. Lloro, les besa las caras asquerosas, y ella misma los vende por necesidad. ¡Por Dios, es un hecho! ¡Compren, señores! Hace falta dinero para el café.

Pero nadie se ríe. Un chiquillo está parado detrás y, entornando un ojo, lo mira con seriedad, con compasión.

Lo más interesante es la sección de peces. Unos diez *muzhiks* sentados en hilera. Ante cada uno de ellos un balde, en los baldes un pequeño, auténtico infierno. Ahí, en un agua verdosa, turbia, pululan carasios, lochas, alevinos, caracoles, ranitas, tritones. Grandes escarabajos de río, con las patas rotas, se ajetrean por la pequeña superficie, trepando sobre los carasios y saltando entre las ranitas. Las ranitas se trepan sobre los escarabajos, los tritones sobre las ranitas. ¡Los bichos vivos! Las tencas verde oscuro, como peces más caros, gozan de privilegio: las tienen en un botecito especial donde no se puede nadar, pero que con todo no es tan estrecho...

—¡Un pez importante, el carasio! El carasio mantenido, su excelencia, ¡que se muera! ¡Aunque lo tengas un año en el balde, todavía está vivo! Ya hace una semana que pesqué estos mismos peces. Los cogí, muy señor mío, en Periérva, y de ahí a pie. Los carasios a dos kopeks, las lochas a tres, y los alevinos a un *grívenik* la decena, ¡que se mueran! Dígnese los alevinos por un quinto. ¿Unos gusanos, no ordena?

El vendedor busca en el balde y saca de ahí con sus dedos rudos, toscos un alevino o un carasio tierno, del tamaño de una uña. Junto a los baldes se extienden los sedales, los anzuelos, los aparejos, y los gusanos de estanque se irisan al sol en rojo vivo.

Alrededor de las carretas con pájaros y los baldes con peces, anda un anciano-aficionado con casquete de piel, lentes de hierro y unos chanclos parecidos a dos acorazados. Él, como lo llaman aquí, es un «tipo». En el alma no tiene ni un kopek pero, a pesar de eso, comercia, se inquieta, importuna a los compradores con consejos. En apenas una hora alcanza a examinar todas las liebres, palomas y peces, a examinarlos hasta las sutilezas, a definir la raza de todos y cada uno de esos bichos, la edad y el precio. A él, como a un niño, le interesan los jilgueros, los carasios, los alevinos. Póngase a hablar con él, por ejemplo, de los sinsontes, y el excéntrico le contará algo, que usted no hallará en ningún libro. Le contará con admiración, con pasión, y en añadidura le reprochará por ignorancia. De los jilgueros y los pinzones está dispuesto a hablar sin fin, abriendo los ojos y agitando las manos fuertemente. Aquí, en la Trúba, se le puede encontrar sólo en tiempo frío, en verano está en algún lugar afuera de Moscú, cazando codornices con el caramillo o pescando con la caña.

Y hay también otro «tipo», un señor muy alto, muy flaco, con lentes oscuros, afeitado, con una visera con cucarda, parecido a un escribano de los viejos tiempos. Es un aficionado, tiene no poco rango, sirve de maestro en el gimnasio, y eso es conocido de los asiduos de la Trúba; y éstos lo tratan con respeto, lo reciben con una reverencia, e incluso inventaron para él un título peculiar: «su pronombre». En la Sujarióva hurga en los libros, y en la Trúba busca buenas palomas.

—¡Dígnese! —le gritan los palomeros—. ¡Señor maestro, su pronombre, préstele atención a las *tumbler*! ¡Su pronombre!

—¡Su pronombre! —le gritan de distintas partes.

—¡Su pronombre! —repite un chiquillo en algún lugar del bulevar.

Y «su pronombre», evidentemente, habituado ya hace tiempo a su título, serio, severo, toma con ambas manos la paloma y, alzándola por encima de su cabeza, la empieza a examinar, y al hacer eso frunce el ceño y se pone aún más serio, como un conjurado.

Y la Trúba, ese pequeño pedazo de Moscú, donde quieren a los animales con tanta ternura, y donde tanto los torturan, vive su vida pequeña, se alborota e inquieta, y esas personas diligentes, que pasan de largo por el bulevar, no entienden para qué se reunió esa multitud de personas, esa mezcla abigarrada de gorros, casquetes y cilindros, de qué hablan ahí, con qué comercian.

LA NUEVA ENFERMEDAD Y EL VIEJO MEDIO

(Новая болезнь и старое средство)

La fustigación, por sus síntomas, es análoga a la fiebre intermitente (*febris intermittens*). Antes de la fustigación, el enfermo está pálido por el espasmo de los vasos periféricos. Sus pupilas están dilatadas. Hay que observar en general, que el aspecto de la jefatura irrita el centro vasomotor y el *nervus oculomotorius*. El enfermo siente escalofríos. Durante la fustigación, observamos un aumento de la temperatura e hipertensión de la piel. Después de la fustigación, el enfermo siente calor. Está todo sudado.

Sobre la base de esta analogía, aconsejo a los estudiantes, antes de su salida a la escuela, tomar quinina.

EL GORDO Y EL FLACO

(ТОЛСТЫЙ И ТОНКИЙ)

En la estación de ferrocarril de Nikolaevski se encontraron dos amigos: uno gordo y otro flaco. El gordo acababa de comer en la estación y sus labios manchados de mantequilla lucían como cerezas maduras. Olía a jerez y a agua de azahar. El flaco acababa de bajarse del tren e iba cargado de maletas, bultos y cajas de cartón. Olía a jamón y a posos de café. A su espalda estaban una mujer delgada de mentón alargado y un colegial alto con los ojos entornados, su hijo.

—¡Porfiri! —exclamó el gordo al ver al flaco—. ¿Eres tú? Ah, querido. ¡Cuántos años sin vernos!

—¡Señor! —se asombró el flaco—. ¡Misha^[216]! ¡Mi amigo de la infancia! ¿De dónde sales?

Los dos amigos se abrazaron tres veces y se miraron uno a otro con los ojos llenos de lágrimas. Ambos estaban gratamente sorprendidos.

—¡Querido mío! —empezó a decir el flaco después de los abrazos—. ¡No me esperaba esto! ¡Qué sorpresa! A ver, deja que te mire. ¡Tan guapo como antes! ¡Tan encantador y galán! ¡Ay, Señor! ¿Y qué es de tu vida? ¿Eres rico? ¿Estás casado? Yo, como ves, sí lo estoy. Ésta es mi mujer, Luisa, de soltera Wazenbach... luterana... Y éste es mi hijo, Natanael, que hace tercero de bachiller. Y éste es Natán, mi amigo de la infancia. Estudiamos juntos en el Instituto.

Natanael, tras pensárselo un poco, se quitó la gorra.

—Estudiamos juntos en el Instituto —prosiguió el flaco—. ¿Te acuerdas cómo te llamaban? Te llamaban Eróstrato porque quemaste un manual con el cigarrillo. Y a mí, Efialtes, porque me gustaba chivarme. ¡Ja, ja!... ¡Qué chiquillos éramos! ¡No tengas miedo, Natanael! ¡Acércate a él! Ésta es mi mujer, de soltera Wazenbach... luterana.

Natanael, tras pensárselo un poco, se escondió a la espalda de su padre.

—¡Bien! ¿Y tú qué tal, amigo? —preguntó el gordo, mirando con admiración a su amigo—. ¿Eres funcionario? ¿Has ascendido?

—Sí, amigo, soy funcionario. Soy asesor colegiado^[217] desde hace dos años y tengo la Estanislao^[218]. El sueldo es malo..., pero, algo es algo. Mi mujer da clases de música y yo, en los ratos libres, hago pitilleras de madera. ¡Unas pitilleras estupendas! Las vendo a un rublo. Y si alguien se lleva diez o más, le hago un descuento, ¿comprendes? En fin, vamos tirando. Estaba en un departamento, ya sabes, y ahora me han trasladado aquí, como Jefe de sección en el mismo Ministerio. Y aquí voy a trabajar. Bueno, y tú, ¿qué tal? Seguro que ya eres Consejero de Estado^[219], ¿eh?

—No, amigo, sube más alto —dijo el gordo—. He llegado a Consejero secreto^[220]. Tengo dos estrellas^[221].

El flaco palideció de repente, se quedó de piedra, pero pronto todo su rostro se transformó en una amplia sonrisa; parecía que su cara y sus ojos echaban chispas. Se arrugó, se encorvó, se encogió... Sus maletas, bultos y cajas de cartón se arrugaron y encogieron... El largo mentón de su mujer se alargó aún más. Natanael se puso firme y se abrochó todos los botones del uniforme...

—Yo, Excelencia... ¡Encantado! Un amigo... de la infancia, puede decirse, y que de pronto se haya convertido en una persona tan ilustre. ¡Ji, ji!

—¡Basta ya! —dijo el gordo haciendo una mueca—. ¿Por qué usas ese tono? Somos amigos de la infancia, ¿a qué viene ese respeto al rango?

—¡Por Dios, Señor! —replicó con una risita el flaco, encorvándose aún más—. La generosa atención que Su Excelencia me dispensa... es como un bálsamo tonificante... Éste, Excelencia, es mi hijo, Natanael..., mi mujer Luisa, luterana, de alguna manera...

El gordo quiso objetar algo, pero el rostro del flaco expresaba tanta obsequiosidad, dulzura y reverente acritud, que el Consejero secreto sintió náuseas. Dio la espalda al flaco y le tendió la mano para despedirse.

El flaco le estrechó tres dedos, se inclinó con todo su cuerpo y echó una risita, como un chino: «Ji, ji, ji». La mujer sonrió. Natanael apretó los talones y dejó caer la gorra. Los tres estaban gratamente sorprendidos.

EL ALEMÁN AGRADECIDO

(Признательный немец)

He conocido a un alemán agradecido.

Lo vi por primera vez en Fráncfort del Maine. Él iba por la Dummstrasse^[222] con un mono milagrero. Llevaba pintado en el semblante el hambre, el amor a la patria y la resignación ante el Destino. Cantaba de un modo quejumbroso y hacía bailar al simio. Compadecido, le di un tálero.

—¡Oh, gracias, gracias! —exclamó, apretándose la moneda contra el pecho—. Hasta la muerte recordaré su limosna.

Le encontré, por segunda vez, en Francfort del Oder, vendiendo salchichas fritas en la Eselstrasse^[223]. Al verme se le saltaron las lágrimas, y, levantando los ojos al cielo, dijo:

—¡Oh, gracias, *mein herr*! Jamás olvidaré el tálero con que salvó usted del hambre a mi difunto mono y a mí. ¡Su moneda nos confortó!

La tercera vez que le vi fue en Rusia, *in diesem Russland*^[224]. Aquí enseñaba a los niños rusos lenguas muertas, trigonometría y teoría de la música. En los ratos libres, gestionaba el puesto de director de un ferrocarril.

—¡Oh, cómo me acuerdo de usted! —extasiose, estrechándome la mano—. Todos los rusos son unos malvados; pero usted es una excepción. ¡No me gustan los rusos, pero me acordaré de su tálero hasta que muera!

No volví a verle más.

MIS DEFINICIONES INGENIOSAS Y MIS DICHOS

(Мои остроты и изречения)

Supongamos que yo le pegara al señor Krokodilov, que vive en mi mismo bloque, justo cuando acepta un soborno del casero. ¿Significaría que le pegué mientras cumplía con el ejercicio de sus deberes de servicio?

El *muzhik* Piotr tenía cinco gansos, seis patos y diez gallinas. En su santo, degolló un ganso y dos de las gallinas. Se cuestiona: ¿qué le quedaría si, como es sabido, durante la comida lo visitó una personalidad, y qué tipo de personalidad? Respuesta: le quedarían sólo plumas.

El príncipe Hamlet dijo: «Si se tratara a cada uno por sus méritos, ¿quién se libraría de ser abofeteado?». ¿Sería posible que esto mismo pueda decirse también de los críticos teatrales?

Hay más carniceros voluntarios en Rusia que carne.

Los abusos de autoridad y la arbitrariedad administrativa de un dentista se dan con la extracción de una muela sana al lado de una enferma. Esto lo dijo un oficial de policía leyendo la *Lógica* de Mili.

Es al mismo tiempo una víbora con gafas, una liberal y una conservadora. Su liberalismo radica en el uso de las gafas. El resto de sus cualidades son culpa del conservadurismo.

LISTA DE CONDECORADOS

(CON MEDALLAS DE LATÓN EN LA SECCIÓN RUSA DE LA EXPOSICIÓN DE AMSTERDAM)

(Список экспонентов, удостоенных чугунных медалей по русскому отделу на выставке в Амстердаме)

- 1) La Comisión de la Feria de Nizhegorod y el público de Tomsk, por las cartas anónimas.
- 2) El teniente Grachiov de Simferopol, por su imparcialidad sin parangón y su inventiva.
- 3) La ciudad de Moscú, por culpa del mercader Kúkin.
- 4) El *pompadour* provinciano Shliter, de Orenburgo, por preparar y distribuir falsos proyectos de ley.
- 5) Los registradores colegiados de Petersburgo, por las columnas vertebrales elásticas.
- 6) Los funcionarios, por la deshonra de los gitanos.
- 7) La administración del teatro de Rostov del Don, por la perfecta imbecilidad, manifiesta de forma relevante con la puesta en escenas vividas el día de los funerales de Turguéniev.
- 8) La Justicia en Moguilióv de Dniéster, por falso testimonio.
- 9) La moneda de medio rublo rusa, por comprimirse a cualquier temperatura.
- 10) Los aspirantes rusos, por el maquillaje.
- 11) El conductor de las líneas ferroviarias de Kursk-Járkov-Azov y de carbón de piedra del Dónietz, por los polizones.
- 12) Los pedagogos de Tviér, por su perfecta imparcialidad al valorar como tal a malos escritores, igual algún Turguéniev.
- 13) Al señor Pchélnikov y su factótum judío Gershelman, de la Dirección de Teatros de Moscú, por su disposición, tacto en general, y el comunicado a las bailarinas en particular.
- 14) Yo, por ser yo.

El hombre sin bazo

LA HIJA DEL CONSEJERO COMERCIAL

(NOVELA)

(Дочь коммерции советника. Роман)

El consejero comercial Mejanízmov tiene tres hijas: Zína, Másha y Sásha. Para cada una de ellas hay depositado en el banco una dote de cien mil. Por lo demás, no está en eso el asunto.

Sásha y Másha por sí mismas, en particular, no representan nada. Bailan, tejen, se arrebatan, sueñan, aman a los tenientes a la perfección y, al parecer, nada más; pero en cambio la mayor, Zína, pertenece al grupo de las naturalezas únicas, poco comunes. Es más fácil encontrar en el camino de la vida a un reportero no bebedor, que a semejante naturaleza.

Era el onomástico de Sásha. Nosotros, los vecinos-hacendados, nos vestimos con los mejores ropajes, enganchamos a los mejores caballos, y fuimos con felicidad a la hacienda de Mejanízmov. Unos veinte años antes, en lugar de esta hacienda, había una taberna. La taberna había crecido, crecido, y convertido en una *farm* excelente con jardines, estanques, fuentes y lacayos parecidos a *bulldogs*. Después de llegar y felicitar, nos sentamos a almorzar enseguida. Sirvieron sopa *juliane*. Antes de la *juliane*, nos bebimos dos copitas y picamos.

—¿Nos tomamos la tercera? —propuso Mejanízmov—. A Dios le gusta la trinidad, y este... tres *faciunt consilium*...^[225] ¡Latín, hermanos! ¡Yáshka, sirve tú, cara de cerdo, el arenque en aquella mesa! ¡Señores nobles, bueno, a comer! ¡Sin ceremonias! ¡Mítrii Piétrich, *je vous prie allez, ma chère*!^[226]

—¡Ah, papá! —observó Másha—. ¿Para qué molestas? Eres como el mercader Vodiánkin... con los convites.

—¡Sé lo que digo! Es tu asunto, ¡zas! ¡Sólo delante de la visita les permito tutearme! —me susurró Mejanízmov a través de la mesa—. ¡Por civilización! Y sin la visita, ¡ni-ni!

—¡*Del fresco no sale un señor!* —suspiró un general con banda, sentado junto a mí—. Un cerdo era, un cerdo es...

Mejanízmov, poco a poco, se embriagó, recordó sus viejos tiempos de tabernero, y empezó a decir tonterías. Tenía hipo, se puso a hablar en francés, blasfemaba...

—¡Basta! —le observó su amigo el general—. ¡*Para cada escándalo hay su decencia!* ¡Cómo eres... hermano!

—¡Escandalizo no con tu dinero, sino con el mío! ¡Tengo *El león y el sol!* Señores, ¿y cuánto me cobraron ustedes por hacerme un honorable juez de paz?

En una punta de la mesa empezó a moverse y chirrió la silla de alguien de modo frenético. Miramos en dirección del chirrido, y vimos dos grandes ojos negros, que lanzaban rayos y centellas hacia Mejanízmov. Esos dos ojos pertenecían a Zína, una trigueña alta, esbelta, vestida toda de negro. Por su rostro pálido corrían manchas rosadas, y en cada mancha había furia.

—¡Te ruego, padre, basta! —dijo Zína—. ¡No me gustan los bufones!

Mejanízmov la miró a los ojos con timidez, empezó a volverse, se bebió de golpe un vaso de coñac, y se calló.

«¡Ajá! —pensamos—. Ésta no es Sáscha ni es Másha... Con ésta no se puede bromear... Una natura poco común... Ésta...».

Empecé a admirar el rostro colérico. Confieso que yo, desde antes, no era indiferente a Zína. Era hermosa, miraba como Diana, y siempre estaba callada. ¡Y una doncella que siempre está callada, ustedes mismos saben, posee en sí tanto misterio! Es una botella con un líquido de género desconocido, te la beberías pero temes: ¿y si de pronto es veneno?

Después del almuerzo me acerqué a Zína y, para mostrarle que había personas que la entendían, empecé a hablarle del medio devorador, de la verdad, el trabajo, la libertad femenina. De la libertad femenina pasé, bajo la influencia del «achispado», al sistema de pasaporte, el curso financiero, los cursos femeninos... Hablaba con ardor, con temblor, unas diez veces me esforcé por tomarla de la mano... Hablaba, por lo demás, con franqueza y coherencia, como si leyera un artículo editorial en voz alta. Y ella escuchaba y me miraba. Sus ojos se hacían cada vez más anchos y redondos... Sus mejillas palidecían, visiblemente, bajo la influencia de mi discurso... Finalmente, por algo, brilló en sus ojos el susto.

—¿Es posible que usted, diga todo eso con franqueza? —preguntó algo pasmada de horror.

—Yo... ¡¿sin franqueza?! ¿A usted? A mí... Pero le juro que...

Me tomó de la mano, se inclinó hacia mi rostro y, sofocada, susurró:

—Esté hoy a las diez en la glorieta de mármol... ¡Le suplico! ¡Se lo diré todo! ¡Todo!

Susurró y se esfumó tras la puerta. Yo me quedé helado...

—«¡Se enamoró! —pensé, mirándome en el espejo—. ¡No resistió!».

Yo —¿para qué ser modesto?— soy un hombre encantador. Gallardo, garboso, con una barba negra como el betún... En mis ojos azules y mi rostro moreno la expresión del sufrimiento sobrevivido. En cada gesto se trasluce el desencanto. Y, además de todo eso, soy rico. (La fortuna la hice con la literatura).

A las diez ya estaba sentado en la glorieta, y me moría de esperar. En mi cabeza y pecho se desataba una tormenta. Con una languidez dulce, torturante, cerraba los ojos, y veía en la tiniebla de sus órbitas a Zína... Junto a ella, en la tiniebla, había por algo una escena zahiriente, que había visto en cierta revista: el centeno crecido, el sombrero femenino, la sombrilla, el bastón, el cilindro... ¡Pero que no me condene el

lector por esa escena! No soy el único que tiene un *alma de fresa*. Conozco a un poeta lírico, que se relame y chasquea con los labios cada vez que, estando inspirado, se le aparece la musa... Si el poeta se permite tales libertades, pues para nosotros, los prosistas, es más que perdonable.

Puntualmente a las diez, en las puertas de la glorieta, apareció Zína iluminada por la luna. Me acerqué a ella y la tomé de la mano.

—Mi querida... —empecé a murmurar—. Yo la amo... ¡La amo salvaje, apasionadamente!

—¡Permítame! —dijo sentándose, y volviendo su rostro pálido hacia mí con lentitud—. ¡Retire [sic!] su mano!

Esto fue dicho con tal solemnidad, que se me borraron de la memoria con rapidez, uno tras otro, el cilindro, el bastón, el sombrero femenino y el centeno...

—Usted dice que me ama... Usted también me gusta. Yo me puedo casar con usted, pero ante todo debo salvarlo, infeliz. Usted está al borde de la muerte. ¡Sus convicciones lo van a perder! ¿Es posible que no vea eso, infeliz? ¿Y es posible que se atreva a pensar, que yo voy a unir mi destino a una persona que tiene esas convicciones? ¡No! Usted me gusta, pero yo sabré sobreponerme a mi sentimiento. ¡Sálvese mientras no es tarde! Por primera vez, siquiera, mire... ¡mire, lea esto! ¡Lea y verá, cómo se equivoca!

Y me metió en la mano cierto papel. Yo encendí un cerillo, y vi en mi pobre mano un número de *El ciudadano* del año pasado. Estuve sentado un minuto callado, inmóvil, después me levanté y me agarré la cabeza.

—¡Una natura poco común en todo el distrito Lojmótievskii, y es...! —exclamé—, ¡y es una imbécil! ¡Dios mío!

A los diez minutos ya estaba sentado en la calesa, y viajaba hacia mi casa.

EL TUTOR

(Опекун)

Venciendo mi timidez, penetré en el despacho del general Shmigalov. Le encontré sentado junto a la mesa y haciendo el solitario *Caprice de dame*.

—¿Qué le trae por aquí, amigo? —me preguntó, afectuosamente, indicándome un sillón.

—He venido, excelencia —respondí, sentándome y abrochándome la levita sin necesidad—, para tratar de un asunto de índole particular, sin ninguna relación con el servicio. Vengo a pedirle la mano de su sobrina Varvara Maximovna.

El general se tornó lentamente hacia mí; me miró de hito en hito, y dejó caer las cartas al suelo. Después de mover los labios largo rato sin articular palabra, profirió:

—¿Usted está... en su...? ¿Se ha vuelto loco? ¡Le pregunto si se ha vuelto loco! ¿Cómo se atreve usted? —rugió, poniéndose del color de la púrpura—. ¿Cómo se atreve usted, un mozalbete, un mocoso? ¿Cómo se atreve a venirme con tales bromas, caballero?

Y, dando una patada en el suelo, exhaló tal bramido, que hasta los cristales se estremecieron.

—¡Levántese! ¡Usted olvida con quién está hablando! ¡Haga el favor de marcharse y quitarse de mi vista! ¡Ya se está usted yendo! ¡Fuera!

—Pero es que quiero casarme, excelencia.

—¡Cásese donde le plazca, siempre que no sea en mi casa! Le falta categoría para tomar por esposa a mi sobrina, caballero. No hace pareja con ella. Ni su fortuna ni su posición social le dan derecho a proponerme... semejante proposición. ¡Es una osadía de su parte! Se la perdono, porque es usted un chiquillo; y le ruego que no me moleste más.

—¡Jem! Son cinco los pretendientes que ha rechazado su excelencia de la misma manera. Pero al sexto no conseguirá echarlo. Conozco muy bien el motivo de sus negativas. Excelencia: le doy palabra de honor y de caballero que si me caso con Varia^[227] no reclamaré ni un kopek del dinero malgastado por usted y perteneciente a ella. Le doy mi palabra de honor.

—¡Repita lo que ha dicho! —gruñó el general, con voz tonante y sobrenatural, encorvándose y corriendo hacia mí, al trole, como un ganso furioso—. ¡Repítelo, repítelo, canalla!

Lo repetí. El general, más rojo que la grana, trotaba por el despacho.

—¡Era lo único que nos faltaba! —chilló sin dejar de correr y elevando los brazos al cielo—. ¡Lo único que me faltaba era que mis subordinados me infiriesen insultos terribles e irreparables en mi propia casa! ¡Dios mío, hasta dónde hemos llegado! ¡Ay,

ay! Me siento..., me siento mal...

—Pero le aseguro, excelencia, que no sólo no reclamaré nada, sino que ni siquiera, por alusión, le recordaré nunca el dinero de Varia, dilapidado por la flaqueza suya... ¡Y a Varia le ordenaré callar! Palabra de honor. ¿Para qué se sulfura y lo toma tan a pecho? Créame que no le llevaré a los tribunales.

—¡Un mozalbete de mala muerte, un mocoso..., un mendigo..., se atreve a soltarme en mi propia cara semejantes canalladas! Haga el favor de irse, joven; y recuerde que jamás olvidaré su acción. ¡Me ha inferido el peor de los insultos! Sin embargo..., le perdono. Ha osado decir tales insolencias por frivolidad y estupidez... ¡Ah, quite esas manazas de mi mesa, el diablo que le lleve! ¡No se le ocurra tocar las cartas! Márchese, que estoy ocupado...

—Si no toco nada... Es pura figuración de usted. ¡Le doy mi palabra de caballero, general! ¡Le doy mi palabra de que no habrá ni una alusión al asunto! Y a Varia le prohibiré que hable de él y que le reclame el dinero. ¿Qué más quiere? Me extraña que no acepte. Malgastó usted, siendo tutor de Varia, los diez mil rublos que el padre le dejó a ella... Pero eso puede perdonarse... Diez mil rublos, al fin y al cabo, no son tanto dinero...

—¡Yo no malgasté un solo kopek! ¡No, señor! ¡Y se lo voy a demostrar ahora mismo! ¡Ahora mismo! ¡Se lo voy a demostrar!

El general, con manos temblorosas, abrió un cajón de la mesa, extrajo un montón de papeles; y, colorado como un cangrejo cocido, se puso a ojearlos. Así estuvo largo rato, repasando papel tras papel, lentamente, sin objeto alguno. Era mucha la turbación del infeliz. Por fortuna, entró un criado y anunció que el almuerzo estaba servido.

—¡Bueno, ya se lo demostraré después de comer! —farfulló el general, guardando los papelotes—. ¡De una vez y para siempre, a fin de acallar murmuraciones! ¡En cuanto almuerce lo verá! ¡Que un cualquiera, el Señor me perdone, que un mocoso, un don nadie, apenas salido del cascarón...! Venga a almorzar. Después de comer le...

Nos fuimos a almorzar. Mientras tomábamos el primero y el segundo platos, el general permaneció sombrío y enojado: se echó una barbaridad de sal en la sopa; rugía como un trueno y se removía ruidosamente en su silla.

—¿Por qué estás hoy de tan mal humor? —le preguntó Varia—. No me gusta cuando te pones así...

—¿Cómo te atreves a decir que no te gusto? —se enfurruñó el general.

Cuando sirvieron el tercero y último plato, Shmigailov suspiró profundamente y pestañeó más que de costumbre. Su semblante adquirió una expresión de afligido abatimiento. ¡Parecía tan infeliz, tan ultrajado! Gruesas gotas de sudor afloraron a su frente y a su nariz. Terminado el almuerzo, me invitó a seguirle a su despacho.

—¡Palomo mío! —comenzó diciéndome, sin mirarme y estrujando entre los dedos la punta del faldón de mi levita—. Cásese con Varia; no me opongo... Es usted

buena persona... Cuente con mi consentimiento. Yo os bendigo... A ella y a ti, ángeles míos... Perdona que antes te tratara como te traté... Es que estaba enfadado... Pero lo hice por amor... Como un padre... Ahora bien: no fueron diez mil, sino dieciséis mil. También perdí a las cartas los seis mil rublos que le dejó su tía Natalia. Mira; para celebrar esto, vamos a descorchar unas botellas de champán... ¿Me has perdonado?

Y el general fijó en mí sus ojos grises, a punto de llorar; pero, al mismo tiempo, llenos de júbilo. Le perdoné también los seis mil rublos y me casé con Varia.

¡Las buenas novelas siempre terminan en boda!

EL SIGNO DE LOS TIEMPOS

(Знамение времени)

Se declaraban su amor en un salón tapizado con papel celeste.

Un muchacho de agradable apariencia tenía la rodilla hincada ante una joven mientras hacía juramentos.

—¡Querida mía, yo no puedo vivir sin usted! ¡Se lo juro! —se acaloraba—. ¡Perdí los nervios desde el momento en que la vi! Mi querida, dígame... dígame... ¿Sí o no?

La joven abría la boca para responder cuando en ese momento por la puerta asomó la cabeza de su hermano.

—¡Un minuto, Lily! —dijo el hermano.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Lily, saliendo hacia donde estaba el hermano.

—Perdóname, querida mía, que os moleste, pero soy tu hermano, y mi sagrada obligación es advertirte... Debes tener mucho cuidado con este caballero. Muérdete la lengua... Procura no hablar de más.

—¡Pero me está haciendo una proposición!

—Eso es asunto tuyo... Declárate, espóstate con él, pero por amor de Dios, ten cuidado... Conozco a este sujeto... ¡Es un bribón de los grandes! Ahora mismo haría contigo cualquier cosa...

—*Merci*, Max... ¡No lo sabía!

La muchacha volvió a la sala. Le respondió al joven que «sí», lo besó, se abrazaron, se prometieron, pero tuvo cuidado: únicamente habló de amor.

EN EL DEPARTAMENTO DE CORREOS

(В почтовом отделении)

Hace pocos días enterramos a la joven esposa de nuestro viejo compañero Sladkopertzev. Después del entierro de aquella belleza, y según costumbre seguida por nuestros padres y abuelos, nos reunimos en el departamento de Correos para *honrar su memoria*. Cuando se sirvieron los *blinis*^[228], el viejo viudo se echó a llorar, y dijo:

—¡Estos blinis tan sonrosados me recuerdan a la difunta! ¡Son igual de bonitos! ¡Exactamente igual!

—En efecto —asintieron los que honraban la memoria de ésta—, tenía usted una mujer que era realmente una belleza. ¡Una mujer de primera clase!

—Sí, señores... Al verla quedaba todo el mundo asombrado... Pero yo no la quería por su belleza ni por su buen carácter. Esas dos cualidades son comunes a cualquier naturaleza femenina y se encuentran con bastante frecuencia en la vida. La quería por otra cualidad de su alma. Quería a la difunta porque, a pesar de la viveza y animación de su carácter, era fiel a su marido. Me era fiel, aunque sólo tenía veinte años, mientras que yo estoy próximo a cumplir los sesenta. ¡A mí..., un viejo..., me era fiel!...

El diácono, que comía con nosotros, expresó su duda con una tos y un mugido elocuentes.

—¿Quiere usted decir que no lo cree? —dijo el viudo, dirigiéndose a él.

—No es que no lo crea —se azaró el diácono—. Pero es que hoy en día las mujeres jóvenes... son demasiado *rendez vous*..., demasiado *sauce provençale*...

—Pues aunque lo dude, se lo he de demostrar. Yo me valía de distintos medios..., llamémoslos estratégicos..., como una especie de fortificación... para sostener su fidelidad. Con aquel proceder y con mi astucia no había posibilidad de que mi mujer me engañara jamás. Defendía mi vida matrimonial empleando la astucia. Utilizaba unas palabras..., como una contraseña... Sabía que me era suficiente pronunciar una sola de aquellas palabras para poder dormir tranquilo en lo tocante a su fidelidad.

—¿Y qué palabras eran ésas?

—Las más sencillas. Hice correr un rumor maligno por la ciudad. Un rumor que les es a ustedes muy conocido. A todos iba diciendo: «Mi mujer, Alena, tiene relaciones amorosas con nuestro jefe de Policía, Iván Alekséich Salijvatsky». Estas palabras bastaban. Por miedo a la ira del jefe de Policía, no había un solo hombre que se atreviera a hacer la corte a Alena. Hasta se daba el caso de que salieran huyendo cuando la veían para no dar qué pensar a Salijvatsky. ¡Je..., je..., je!... ¡Porque, eso sí!... ¡Si alguno se hubiera tropezado con ese ídolo bigotudo, lo hubiera pasado muy

mal! ¡Por menos de nada es capaz de echarte encima cinco denuncias oficiales, amparándose en la cuestión sanitaria..., o de, si ve tu gato en la calle, denunciártelo como si se tratara de una bestia vagabunda!

—¿Su mujer no tenía entonces relaciones con Iván Alekséich? —nos asombramos.

—¡Qué iba a tener, señores! ¡Todo era astucia mía! ¡Je..., je..., je...! ¿Verdad, jóvenes, que los he tenido muy bien engañados?... ¡Así es!

Transcurrieron cerca de tres minutos en silencio. Estábamos sentados, callados, dolidos y a la vez avergonzados de que aquel viejo gordo de la nariz colorada hubiera sabido engañarnos de modo tan taimado.

—Bien. Si Dios quiere, te volverás a casar —gruñó el diácono.

UNA JURISTA

(Юристка)

La hija de un ministro europeo de justicia, que con frecuencia ayudaba a su papá a llevar a cabo toda clase de proyectos de ley, le decía a su padre cuando tenía 18 años: ¡Papá, en tus decretos prohíbe que los novios inútiles puedan molestar a las jovencitas! ¡Se les avisará cuando se les necesite! ¡Prohíbe de paso que los jóvenes puedan casarse antes de los treinta y cinco años! ¡Los matrimonios prematuros nos arrebatan los mejores caballeros!

20 años: Papá, que sea posible casarse antes de los treinta años. ¡Haz una rebaja! Eso es...

22 años: Ah, sí, por cierto, si vieras al ministro de asuntos interiores, pídele que le recomiende a los gobernadores cobrar a cada uno de solteros una multa de 30-40 francos al año.

25 años: ¡Me asustas, papá! ¿Qué ha sido de tu talento administrativo? ¡Es que no notas lo que está pasando a tu alrededor! ¡Estipula cuanto antes una multa para los solteros de 1500 francos para cada uno anualmente! ¡Se deben tomar medidas de una vez por todas!

28 años: Papá, simplemente eres tonto... Pero ¿se pueden llevar así las cosas? ¡No has puesto en el Código Penal ningún artículo contra esos inútiles solteros! ¡Designa una multa per cápita de por lo menos 10 000 francos al año! Si añades a esa multa al menos dos meses de reclusión penitenciaria con privación de algunos derechos y permisos concretos, ¡enseguida no verás ni una sola solterona en nuestro estado!

30 años: ¡Cien mil francos! ¡Definitivamente, doscientos mil! ¡Rápido! Un año de reclusión penitenciaria... ¡Treinta latigazos! ¡Y si no obedecen nada impedirá llamar incluso a un pelotón de soldados! ¡Ráaapido... bbbárbaros!

35 años: ¡Pena de muerte por fusilamiento! ¡Te lo ruego, padre! ¿Pero no ves que yo, que yo... estoy dispuesta a arañarle los ojos a cada uno de ellos? Pena de muerte... ¡No! ¡Reclusión penitenciaria y aislados de por vida! ¡Así será más fuerte! Pero redáctalo más deprisa...

40 años: Papi... querido... ángel... Reúnete con el ministro de economía y ruégale que asigne una cantidad para entregar unos premios anuales, a los solteros que tengan la intención de casarse... ¡Corre, querido! ¡Sé bueno! Y, de paso, prohíbe que los jóvenes se casen con muchachas que no aún no hayan llegado a los 35-40 años de edad... ¡Papi, papi!

DEL DIARIO DE UNA SEÑORITA

(Из дневника одной девицы)

Día 13 de octubre. ¡Por fin hay fiesta en mi calle! Lo miro y no creo lo que ven mis ojos. Por mi ventana, hacia atrás y hacia adelante, pasa un chico alto y moreno, bien dispuesto, con unos ojos negros profundos. ¡Qué bigote tan bonito! Es ya el quinto día que pasa, desde por la mañana temprano hasta que es tarde por la noche, y siempre mira hacia nuestras ventanas. Finjo que no estoy prestando atención.

Día 15. Hoy cae una lluvia torrencial desde por la mañana, y el pobre sigue pasando. A cambio le eché miraditas y le envié un beso por el aire. Respondió con una sonrisa encantadora. ¿Quién es él? Mi hermana Varia dice que él está enamorado de ella, y que es por ella por quien se moja bajo la lluvia. ¡Qué ignorante! Pero ¿es que puede acaso un moreno amar a una morena? Mamá nos mandó arreglarnos y sentarnos junto a las ventanas. «Podría ser un granuja, pero pudiera ser un señor honrado», dijo ella. Un granuja... *quel*^[229]... ¡Está usted tonta, *mamasha*!

Día 16. Varia dice que me he zampado su vida. ¡Que soy culpable de que él me ame a mí y no a ella! Como con disimulo le dejé caer una nota en la acera. ¡Oh, truhán! Apoyándose en el brazo escribió con una tiza: «Después». Y siguió andando y andando, y escribió en las puertas *vis-à-vis*: «No me opongo, sólo que después». Lo escribió con la tiza y lo borró rápidamente. ¿Por qué está latiendo así mi corazón?

Día 17. Varia me dio con el codo en el pecho. ¡Qué miserable envidiosa, qué vil! Hoy él detuvo a un policía, y estuvo hablando con él un buen rato, señalando en la dirección de nuestras ventanas. ¡Qué intriga! Le debe estar sobornando... ¡Qué tiranos y despóticos son los hombres, pero qué ladinos y hermosos!

Día 18. Tras una larga ausencia hoy por la noche llegó mi hermano Seriozha. No se había acostado aún en la cama cuando lo llamaron desde la comisaría.

Día 19. ¡Canalla! ¡Miserable! Resulta que, durante estos doce días, él estaba siguiendo las huellas de mi hermano Seriozha, porque dilapidó el dinero de otra persona y huyó. Hoy ha escrito en las puertas: «Yo estoy libre y puedo». Bestia... Le saqué la lengua.

EN EL MAR

(RELATO DE UN MARINO)

(В море. Рассказ матроса)

Sólo se veían las luces mortecinas del puerto, ya lejano; y el cielo, negro como boca de lobo. Soplaban un viento desapacible y crudo. Notábamos la presencia de pesados nubarrones, prestos a descargar un chaparrón. Y sentíamos bochorno, pese al viento y al frío.

Los marinos, arracimados en un camarote, echábamos a suertes. Resonaban risotadas ebrias; cundían las bromas; alguien remedó el canto del gallo, para advertir a los demás.

Un rápido escalofrío recorrió mi cuerpo, de arriba abajo, como si desde un agujero abierto en mi cabeza me cayese hasta los pies un chorro de agua helada. Me hacían temblar el frío y otros motivos, que quiero relatar.

A mi entender, el hombre es repugnante; y, confesémoslo, el marino suele ser lo más repulsivo del mundo: mucho más que el peor de los animales, pues éstos tienen una justificación, ya que obran por instinto. Acaso yo esté equivocado, pues no conozco la vida, pero creo que el marino tiene muchos más motivos que nadie para odiarse a sí mismo. Un hombre que a cada instante puede caerse del mástil y hundirse en las aguas para siempre, que sólo se acuerda de Dios cuando naufraga o cuando se precipita cabeza abajo, no necesita nada ni se compadece de nada. Bebemos mucho y cometemos mil perversidades, porque no sabemos para qué hace falta la virtud en el mar.

Pero continuaré mi relato.

Estábamos echando a suertes. Los libres de servicio éramos veintidós, y únicamente a dos podía caberles la dicha de gozar de un espectáculo extraordinario. El asunto consistía en que el «camarote nupcial» llevaba pasajeros aquella noche; y en sus paredes había tan sólo dos agujeros. Uno lo había abierto yo con un sacacorchos, agrandándolo después con una pequeña lima y taponándolo con un taquito cuadrado; el otro lo hizo un compañero con una navaja. Trabajando a ratos, nos costó más de una semana.

—¡Uno te ha tocado a ti! —oí decir.

—¿A quién?

Vi que indicaban hacía mí.

—¿Y para quién es el otro?

—Para el «Padre».

El «Padre», un marino viejo y cheposo, con cara de manzana cocida, se me acercó

y me dio una palmada en el hombro.

—Hemos tenido suerte, chicuelo. ¿Oyes lo que te digo, muchacho? La suerte nos ha caído a los dos al mismo tiempo. Eso quiere decir algo.

Preguntó la hora con aire de impaciencia. No eran más que las once.

Yo salí del camarote, encendí la pipa y me puse a contemplar el mar. La noche era oscura, pero, al parecer, mis ojos reflejaban lo que ocurría en mi alma; pues sobre el fondo negro de las tinieblas distinguía unas imágenes y veía lo que tanto faltaba en mi vida, joven aún, pero ya descarriada...

A las doce pasé junto al salón y miré al interior. El recién casado, un joven pastor de hermosa cabeza rubia, estaba sentado junto a una mesa, con el Evangelio entre las manos, explicando algo a una vieja inglesa, alta y delgada. La desposada, joven, esbelta, muy bella, sentada al lado del marido, no apartaba sus ojos azules de la rubia cabeza de él. De un extremo a otro del salón iba y venía un viejo banquero inglés, alto, grueso, pelirrojo, de cara repelente. Era el marido de la vieja dama con quien conversaba el recién casado.

«Los pastores suelen pasarse charlando horas enteras; y éste no acabará hasta el amanecer», pensé.

A eso de la una se me acercó el «Padre»; y, tirándome de una manga, me anunció:

—¡Ha llegado el momento! Han salido del salón.

Bajé al vuelo la empinada escalera y me dirigí a la famosa pared. Entre ella y el casco del buque había un espacio lleno de hollín, de agua y de ratas. Pronto llegaron a mis oídos las fuertes pisadas del «Padre». Venía tropezando con los sacos y los barriles de petróleo; y a cada tropezón, soltaba una blasfemia.

Palpé el orificio que me correspondía, extraje el taquito de madera que con tanto celo preparara y vi una gasa fina y transparente a través de la cual se distinguía una suave luz rosácea. Casi al mismo tiempo percibí un aroma embriagador, agradable sobre manera. Debía de ser el perfume de un dormitorio aristocrático. Para ver bien el aposento había que apartar un poco la gasa con un dedo, cosa que me apresuré a hacer.

Vi bronce, terciopelo, encajes. Todo ello bañado de luz rosa. A unos tres metros de mí se hallaba el lecho.

—¡Déjame mirar por ese agujero! —gruñó de pronto el «Padre», empujándome impaciente en un costado—. Desde ahí se ve mejor.

No contesté.

—Muchacho, tú tienes mejor vista que yo, y te da igual mirar desde lejos que desde cerca.

—¡Silencio! —le advertí—. No hagas ruido, que pueden oírnos.

La novia se había sentado al borde de la cama, y sus piececitos colgaban sobre la piel que hacía de alfombra. Tenía la mirada fija en el suelo. Ante ella, de pie, se hallaba su marido, el joven pastor, diciéndole algo que no logré oír por impedírmelo el ruido del barco. Hablaba agitado, con muchos gestos y ademanes, brillantes los

ojos. Ella escuchaba y movía negativamente la cabeza...

—¡Maldito diablo! —rugió el «Padre»—. ¡Me ha mordido una rata!

Yo apreté el pecho contra la pared como si temiera que se me saliese el corazón. Mi cabeza ardía.

La conversación de los recién casados duró largo rato. Por último, el pastor se hincó de rodillas y, extendidas las manos hacia la mujer, se puso a implorar. Ella siguió denegando con la cabeza. Y él, entonces, levantose de un salto y comenzó a recorrer, excitado, la habitación. Por la expresión de su cara y el movimiento de sus brazos, comprendí que la amenazaba. La joven se puso en pie, avanzó lentamente hacia la pared donde yo estaba y se detuvo ante el orificio. Permaneció un momento pensativa; y yo devoré su rostro con la mirada. Me pareció que sufría, que luchaba consigo misma, que vacilaba. Y al mismo tiempo, sus ojos tenían una expresión de ira. Yo no conseguía entender nada.

Estaríamos así, cara a cara, cosa de cinco minutos, al cabo de los cuales ella dio unos pasos; y, deteniéndose en medio del aposento, hizo al pastor una señal que debía de ser de asentimiento. El marido sonrió, satisfecho, le besó la mano y salió del dormitorio.

Minutos después se abrió la puerta y entró el pastor seguido del inglés alto y grueso a quien antes aludí. Éste se aproximó a la cama y preguntó algo a la hermosa joven. Ella, pálida, sin mirarle, afirmó con la cabeza.

El banquero sacó del bolsillo un paquete, que me pareció un fajo de billetes de banco, y se lo dio al pastor. Y el pastor examinó el fajo, lo contó, hizo una reverencia y se marchó. El viejo inglés cerró la puerta tras él...

Yo me aparté presuroso de la pared, como picado por una avispa. Estaba atónito. Tuve la sensación de que el viento había destrozado nuestro buque y nos íbamos al fondo.

El viejo «Padre», aquel hombre borracho y pervertido, me agarró de un brazo y murmuró:

—¡Vámonos! ¡Tú no debes ver eso! ¡Eres todavía un chiquillo!...

Apenas podía tenerse en pie. Le ayudé a subir la escalera de caracol. Arriba se había desatado ya la lluvia de otoño...

EL JEFE DE ESTACIÓN

(Начальник станции)

El jefe de la estación de «Drebiesgui» se llama Stepán Stepánich y su apellido es Sheptunov. El verano pasado hubo un pequeño escándalo en torno a él, que aunque tuvo nula repercusión le salió bastante caro. Perdió la gorra nueva de su uniforme y la fe en la humanidad gracias a él.

En verano el tren número 8 pasaba por su estación a las dos y cuarenta de la madrugada. Es una hora poco agradable. En vez de dormir, Stepán Stepánich tenía que recorrer la plataforma y quedarse junto a la telegrafista hasta que amanecía.

Aleútov, su ayudante, se marchaba cada verano a algún lugar por una boda, y al pobre Sheptunov le tocaba hacer guardia a solas. ¡Qué jugarreta del destino! Pero, pese a esto, no todas las noches se aburría. En ocasiones, de noche, venía a verlo María Ilínichna, la mujer del administrador Nazar Kutzapiétov, desde la hacienda vecina. No era una mujer particularmente joven, ni particularmente guapa, pero, caballeros, ¡en la oscuridad hasta un poste se confunde con un alguacil! Y además, *el aburrimiento es hermano del hambre*. Normalmente, cuando Kutzapiétov llegaba a la estación, Sheptunov la cogía de la mano, descendían hasta la plataforma y se dirigían hasta los vagones de mercancía. Y entre los vagones, esperando al tren número 8, se arrancaba con promesas hasta que se escuchaban los silbidos del tren.

Una noche hermosa estaba él junto a María Ilínichna entre los vagones mientras esperaba el tren. La luna flotaba en silencio, casi de modo imperceptible, en un cielo sin nubes. Iluminaba con su luz la estación, el campo, la lejanía inabarcable... A su alrededor, todo tranquilo, en silencio... Sheptunov agarraba a María Ilínichna por la cintura y permanecía en silencio. También ella. Ambos disfrutaban de una dulce ausencia, silenciosa como la luz de la luna...

—¡Qué tiempo tan estupendo! —suspирaba Sheptunov de vez en cuando—. ¿No tienes frío?

Ella en vez de responder se acercaba más y más a la chaqueta de su uniforme.

A las dos y cuarenta minutos, el jefe de la estación miró el reloj y dijo:

—Está al llegar el tren... Vamos a ver cómo pasa, Masha. Aquel que primero advierta las luces del tren será el que ame más tiempo... Vamos a verlo...

Fijaron su mirada en la profundidad de la lejanía. Dos pequeñas luces brillaban, tranquilamente, en algún lugar de la ruta. Todavía no se veía el tren... Mientras escrutaba la lejanía, Sheptunov vio otra cosa... Dos sombras alargadas que caminaban sobre las traviesas... Las sombras se dirigían hacia donde estaba, mientras se hacían más grandes y anchas... Parecía que una de las sombras era la de una figura humana, mientras la otra era la de un largo palo que portaba la figura...

La sombra estaba cerca. Enseguida se escuchó silbar *Madame Angot*^[230].

—¡No se puede caminar por los raíles! Está prohibido... —gritó Sheptunov—. ¡Fuera de las vías!

—¡Menos enfadarse, escoria! —se escuchó como respuesta. Un ofendido Sheptunov se lanzaba hacia adelante cuando María Ilínichna lo agarró por el faldón.

—¡Por favor, Stiopa! —le susurró—. ¡Es mi esposo! ¡Nazarka!

Apenas había dicho eso cuando Kutzapiétov ya estaba frente al ofendido jefe de estación. El ofendido jefe de estación gritó, se había golpeado con algún hierro en la cabeza y caído bajo el vagón. Tras arrastrarse por debajo, salió corriendo por las vías. Saltando las traviesas, tropezando con los raíles, alocado como un perro que tuviera atado a la cola un palo con pinchos, voló hacia la torreta del agua...

—¿Qué tipo de palo llevará? —pensaba mientras corría.

Al llegar a la torreta se detuvo para reponer el aliento, pero unos pasos se escucharon en ese momento. Al girarse para mirar vio tras de sí la sombra de un hombre y de un palo que se movían rápidamente. Poseído por el pánico reanudó la carrera.

—¡Espere! ¡Deténgase! —escuchó, en la voz de Kutzapiétov detrás suyo—. ¡Deténgase! ¡Tenga cuidado! ¡El tren!

Al echar una ojeada por delante, Sheptunov vio ante sí el tren, con su par de ojos aterradores, incendiados... Los pelos se le erizaron... El corazón empezó a palpar, pero de repente se le congeló... Reunió todas sus fuerzas y saltó directo hacia los ojos... Durante unos cuatro segundos voló por el aire, cayendo sobre algo duro e inclinado, y rodó hacia abajo mientras se agarraba a una planta.

«Un terraplén —pensó—. No es nada. Mejor caer por un terraplén que recibir una paliza de un patán».

Un minuto después una bota pesada y grande pisaba un charco junto a su oreja derecha. Unas manos tanteaban a su espalda...

—¿Es usted? —preguntaba la voz de Kutzapiétov—. ¿Es usted, Stepán Stepánich?

—¡Tenga piedad! —sollozó Sheptunov.

—¿Pero qué es lo que pasa, amigo mío? ¿Por qué se asusta? ¡Soy yo, Kutzapiétov! ¿Es que no me ha reconocido? Corría detrás de usted, corría... Le gritaba, gritaba... Por poco no me he caído bajo el tren, amigo mío... Cuando le vio salir corriendo también Masha se asustó, y ahora está rendida en la plataforma, sin sentido... ¿Puede ser que usted se asustara porque le llamé escoria? No se vaya a ofender... Lo confundí con el guardaguasas...

—Ah, no se burle... Si se va tomar venganza, vénguese ya... Estoy en sus manos... —gimió Sheptunov—. Golpéeme... Déjeme incapacitado...

—Mmm... ¿Pero qué le pasa, compadre? ¡Si yo sólo venía a verlo por un tema beneficioso! Corría para hablar de un asunto...

Kutzapiétov permaneció un poco en silencio, y continuó:

—Un asunto importante... Mi Masha me dijo que se confunde cuando, por placer, pasa junto a ella. No tengo nada contra eso, porque a mí, María Ilínichna, me da, en general, un poco lo mismo, pero si hay que ser justos, como yo soy, en cualquier caso, su marido, su guía, debería llegar a un acuerdo conmigo... por escrito. El príncipe Mijaíl Dmítrich, cuando se confundía, me daba dos *cuartos* de rublo al mes. ¿Cuánto va a sacrificar usted? Un acuerdo es mejor que el dinero. Pero espere...

Sheptunov se detuvo. Al notarse destrozado, rendido, avanzó a duras penas hasta el terraplén...

—¿Cuánto gana usted? —prosiguió Kutzapiétov—. Le cobraré un *cuarto*... Y, de paso, quería preguntarle si no tendrá, por casualidad, un empleílllo para mi sobrino...

Sheptunov, sin mirar y sin escuchar, caminó hasta la estación con cierta torpeza, y se tumbó en la cama. Cuando se despertó al día siguiente no halló ni su gorra del uniforme ni su insignia.

Todavía está avergonzado.

LA CALUMNIA

(Клевета)

El profesor de caligrafía Serguéi Kapitonich Ajineiev daba en matrimonio su hija Natalia al profesor de geografía e historia Iván Petrovich Lochadinij.

La boda transcurría en medio de la mayor alegría. En el salón todo el mundo cantaba, bailaba y jugaba. Los criados prestados por el Club recorrían de un lado a otro las habitaciones, con su frac negro y las corbatas blancas, ya un poco manchadas... La alegría y la animación reinaban por doquier.

El profesor de matemáticas, Tarantulov; el francés, Pasdequoui y el revisor de segunda categoría de la Cámara de Control, Egor Venediktich Mzda se encontraban los tres juntos sentados en un diván y contando a los invitados casos de gente enterrada viva y exponiendo opiniones sobre el espiritismo. Hablaban muy de prisa, quitándose unos a otros la palabra de la boca. Ninguno de los tres creía en el espiritismo, pero admitían la existencia de hechos fuera del alcance de la inteligencia humana.

En la habitación vecina, el profesor de literatura, Dodonski, explicaba a otros invitados en qué casos puede un centinela disparar sobre los transeúntes.

Como podrá ver el lector, el tema de las conversaciones era terrorífico, pero parecía resultar en extremo agradable.

Pegados a los cristales de las ventanas que daban al patio, miraban las personas que por su condición social no tenían derecho a entrar.

Cuando fue medianoche, Ajineiev, el dueño de la casa, se dirigió a la cocina para ver si estaba todo dispuesto para la cena. En la cocina reinaba una humareda tal que todo lo invadía, desde el suelo hasta el techo; se olía a gansos, a patos asados y a otros muchos aromas agradables. Sobre dos mesas estaban expuestos en artístico desorden los entremeses y las bebidas. Y, junto a ellas, se ajetreaba Marfa, la cocinera, una mujer rolliza de voluminoso y fajado vientre.

—¿A ver, preciosa, dónde está el esturión? —preguntó Ajineiev, restregándose las manos y pasando la lengua por los labios—. ¡Qué olor tan apetitoso! ¡De buena gana me comería toda la cocina! Bueno, vamos, ¿dónde está el esturión?

Marfa se acercó a uno de los bancos y, cuidadosamente, levantó una hoja de periódico manchada de grasa. Debajo de la hoja, y en una fuente enorme, yacía un esturión de gran tamaño, bien sazonado de aceitunas y zanahorias. Ver el esturión y prorrumpir en exclamaciones fue todo uno para Ajineiev. Su cara resplandecía. Se inclinó ligeramente y, poniendo los ojos en blanco, produjo con los labios un sonido parecido al de una rueda sin engrasar. Permaneció un momento contemplándolo y volvió a emitir idéntico sonido.

—¡Vaya! ¡Éste es el sonido de un beso apasionado! Marfucha^[231], ¿con quién te estás besando por ahí? —dijo una voz desde la habitación contigua, y en el acto apareció por la puerta la pelada cabeza del auxiliar Vankin—. ¿Quién es el afortunado? ¡Muy bien! Conque es Serguéi Kapitonich. ¡Vaya con el abuelo! ¡Sabe buscarse los *tête à tête* con las mujeres!

—Yo no estoy besando a nadie —respondió Ajineiev turbándose—. Tonto, ¿quién te ha dicho semejante cosa? El sonido que he producido con los labios... fue... de placer al ver el esturión.

—No me tome el pelo —y Vankin sonrió largamente y desapareció detrás de la puerta.

Ajineiev se sonrojó.

«¡Caramba! —pensó—. El muy canalla irá a contar sus chismes a todo el mundo y me pondrá en ridículo por toda la ciudad. ¡Valiente sinvergüenza!».

Ajineiev entró tímidamente en el salón y miró de reojo hacia un lado, buscando con la vista a Vankin. Éste se hallaba en pie junto al piano, y con ademán gallardo, pero un poco inclinado, parecía contar algo al oído de la cuñada del inspector, que se reía.

«¡Seguramente hablan de mí! ¡De mí! ¡Ojalá revientes!... ¡Y la otra se lo cree todo!... Se está riendo. ¡Dios mío! No; esto no puede quedar así; no. Tendré que hacer algo para que no le crean... Hablaré con todos ellos y me las arreglaré para hacerle pasar por un estúpido chismoso».

Ajineiev se rascó la cabeza, y, sin que disminuyera su turbación, se acercó a Pasdequoi.

—Fui ahora a la cocina a dar órdenes para la cena —dijo al francés—. Sé que a usted le gusta el pescado. ¡Tengo un esturión de primera, amigo! ¡Tiene dos varas!... ¡Ja, ja!... A propósito, por poco más se me olvida... Estando en la cocina me ocurrió un caso gracioso con este esturión. Voy a echar una ojeada a la comida..., veo el esturión y, de puro placer, se me escapa un chasquido. En este momento entra ese imbécil de Vankin y dice..., ¡ja, ja!..., figúrese que dice: «¡Ah! ¡Conque se están ustedes besando aquí!». ¡Con María! ¡Con la cocinera, imagínese usted! ¡Qué ocurrencias tiene ese idiota! La pobre mujer no tiene ni cara ni cuerpo... Es como un animal... Y él habla de besarse... ¡Qué caso de hombre!

—¿Quién es un caso? —pregunta Tarantulov que se les acercó en aquel momento.

—Pues ese Vankin entró en la cocina... —y repitió la historia que acababa de contar—. Me hace gracia el hombre. Creo que preferiría besar a un perro antes que a Marfa —Ajineiev miró a su alrededor y vio a Mzda—. Estamos hablando de Vankin —le dijo—. ¡Qué gracioso! Entra en la cocina y me ve al lado de Marfa, y ni más ni menos, se le ocurre que nos estábamos besando. Imaginaciones de borracho. «Antes besaría a un pavo que a Marfa», le dije. Además, el muy tonto sabe que estoy casado. Pero ¡me hizo gracia!

—¿Quién le hizo gracia? —preguntó a Ajineiev el sacerdote profesor de religión,

acercándose al grupo.

—Vankin. Verá usted: estaba en la cocina viendo el esturión y...

No había transcurrido ni media hora y todos los invitados estaban enterados de la historia de Vankin y del esturión.

«¡Que vaya ahora a contarles lo que quiera! —pensaba Ajineiev, restregándose las manos—. Por mí, puede hacerlo. En cuanto empiece a hablar le dirán: ¡Basta ya de chismes tontos! Lo sabemos todo».

Y Ajineiev se tranquilizó hasta tal punto que se tomó, de pura alegría, unas cuantas copas más que de costumbre. Después de acompañar a los recién casados a su dormitorio se retiró al suyo, y se quedó dormido como un inocente niño... Al día siguiente ni se acordaba de la historia del esturión.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Las malas lenguas trabajaron de firme, y su astucia no sirvió para nada. Una semana más tarde, precisamente el miércoles, después de la tercera lección, y cuando Ajineiev se encontraba en la sala de profesores censurando las viciosas inclinaciones del alumno Vicekin, se le acercó el director y le condujo aparte.

—Verá usted, Serguéi Kapitonieh —le dijo—. Debe perdonarme... Ya sé que no es asunto mío, pero tengo que hacerle comprender... Mi deber me obliga... El caso es que la gente dice que usted vive con esa..., con la cocinera... A mí me tiene sin cuidado... Viva con ella..., bésense... Pero, por favor ¡hágalo con discreción! Se lo ruego. No debe olvidarse usted de que es un pedagogo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ajineiev, quien quedó boquiabierto.

Se fue a su casa tan dolorido como si le hubiera picado un enjambre de abejas o le hubieran echado un puchero de agua hirviendo. Caminaba por la calle y tenía la sensación de que todo el mundo le miraba como si estuviera embreado...

En su casa le aguardaba una nueva desgracia.

—¿Por qué no comes nada? —le preguntó su mujer durante la comida—. ¿En qué piensas? En tus amores, ¿verdad? ¿Echas de menos a Maríucha? ¡Ah! Estoy enterada de todo. ¡Musulmán! No han faltado almas caritativas que me abrieran los ojos. ¡Qué marido más bárbaro tengo!

Y... ¡zas!, le dio un bofetón en plena cara. El pobre Ajineiev se levantó completamente mareado y se fue a ver a Vankin sin ponerse el gabán ni el sombrero.

Y justamente estaba en casa.

—¡Canalla! —le apostrofó en pleno rostro Ajineiev—. Sí, eres un perfecto canalla. ¿Por qué me cubriste de oprobio ante todo el mundo? ¿Por qué lanzaste esa calumnia contra mí?

—Pero ¿qué calumnia? ¿Qué estás contando?

—¿Y quién sino tú pudo ir con el chisme de que yo besaba a Marfa? ¿Acaso no fuiste tú? ¡Di! ¿No fuiste tú? ¡Bandido!

Vankin parpadeó, todos los músculos de su cara se agitaron convulsivamente y, alzando los ojos hacia los iconos, consiguió murmurar:

—Que Dios me castigue, se me salten los ojos y me muera si he dicho una sola palabra de usted. ¡Que se me lleve el demonio! ¡Incluso el cólera!

No cabía dudar de la sinceridad de Vankin. Por lo visto no era el autor de la calumnia.

«¿Quién pudo haber sido? ¿Quién? —pensaba Ajineiev pasando revista a todos sus amigos y dándose golpes en el pecho—. ¿Quién habrá sido?».

¿Quién pudo haber sido?, preguntamos nosotros al lector...

LIBRO PARA NIÑOS

(Сборник для детей)

Prólogo. ¡Gentiles y queridos niños! Sólo es feliz en esta vida, quien es honrado y justo. Los miserables y los canallas no pueden ser felices, y por eso sean honrados y justos. No hagan trampas a las cartas, no porque les pueden pegar por eso con un candelabro, sino porque eso no es honrado; obedezcan a los mayores, no porque por desobedecer los conviden con una papilla de abedul^[232], sino porque así lo exige la justicia. Les propongo de enseñanza varios cuentos y relatos...

1. *La avaricia castigada.* Tres amigos, Ivánov, Petrón y Smirnov, entraron a una taberna a almorzar. Ivánov y Petrón no eran avariciosos, y por eso pidieron enseguida para sí un almuerzo de sesenta kopeks. Pero Smirnov, siendo avaricioso, renunció al almuerzo. Le preguntaron sobre el motivo de su renuncia.

—No me gusta el *schi* de las tabernas —dijo—. Y además pues, tengo nada más que seis *grívens* en el bolsillo. Tengo que dejar pues para los cigarrillos. Miren qué: me voy a comer una manzana.

Tras decir esto, Smirnov pidió una manzana y empezó a comerla, echando miradas con envidia a sus amigos, que se comían el *schi* y las ortigas sabrosas. Pero la idea de que había gastado lo consolaba poco. Cuál no sería su asombro, cuando en la cuenta entregada leyó lo siguiente: «2 almuerzos: 1 r. 20 k., una manzana: 75 k.». Desde ese entonces, él nunca escatima ni compra frutas en los bufés de las tabernas.

2. *El mal ejemplo es contagioso.* Un rublo de oro se hizo amigo de un almuerzo pastoso de un rabio, y empezó a desviarlo del camino de la verdad.

—¡Amigo mío! —le decía al almuerzo de un rabio—. ¡Échame una mirada! ¡Yo soy mucho menor, pero cuán mejor que tú soy! ¡Sin hablar ya del resplandor que despido, qué caro soy! ¡Mi valor nominal es igual a 5 r. 15 k., y entre tanto la gente da por mí ocho y pico!

Y largo tiempo turbó él de esa forma al almuerzo de un rabio. El almuerzo escuchó-escuchó, y finalmente se desvió. Al poco tiempo le decía al rublo de crédito ruso:

—¡Qué lástima me da contigo, rublo infeliz! ¡Y qué ridículo eres! Mi valor nominal es igual a un rublo, y entre tanto, por mí pagan ahora en las tabernas un rublo y cuarto, ¡tú pues... tú!, ¡oh, vergüenza!, ¡tú eres más barato que tu valor! ¡Ja, ja!

—¡Amigo mío! —le observó el rublo dócilmente—. ¡Tú y tu amigo, el rabio de oro, construyeron su grandeza sobre mi humillación, y yo me alegro de que pude servirles!

Al almuerzo de un rublo le dio mucha vergüenza.

3. *La ingratitud ejemplar.* Un hombre piadoso convocó a su patio, el día de su onomástico, a todos los cojos, ciegos, purulentos e indigentes de toda la ciudad, y empezó a convidarlos con un almuerzo. Los convidó con *schí* de vigilia, guisantes y empanadas con pasas. «¡Coman a la gloria de Dios, hermanos míos!» —decía a los mendigos, rogándoles comer. Estos comían y no agradecían. Tras almorzar, los indigentes, cojos, ciegos y purulentos le rezaron a Dios con rapidez, y salieron a la calle.

—¿Bueno, qué? ¿Cómo los convidó el hombre piadoso? —se dirigió a uno de los cojos un alguacil que estaba parado no lejos.

El cojo dejó de la mano y no respondió nada. Entonces el alguacil se dirigió con la misma pregunta a uno de los purulentos.

—¡Me hizo perder el apetito! —respondió el purulento, dejando de la mano con despecho—. ¡Hoy nos espera aún almorzar en el entierro de la mercader Yárlíkova!

4. *El castigo merecido.* Un chico malo tenía la mala costumbre, de escribir en las vallas palabras indecentes. Escribía, y no pensaba que sería castigado por eso. Pero niños, ni una mala acción pasa sin castigo. Una vez, yendo junto a la valla, el chico malo tomó una tiza y, en el lugar más visible, escribió: «¡Imbécil! ¡Imbécil! ¡Imbécil!». La gente pasaba junto a la valla y leía. Pasó el Inteligente, leyó y siguió adelante. Pasó el Imbécil, leyó y llevó al chico malo a juicio por difamación.

—¡Lo llevo a juicio, no porque me sea ofensivo ese escrito —dijo el Imbécil—, sino por principio!

5. *El celo excesivo.* En un periódico aparecieron gusanos. Entonces el redactor llamó a los pájaros del pantano, y les dijo: «¡Picoteen a los gusanos!». Los pájaros empezaron a picotear, y se comieron no sólo a los gusanos, sino también al periódico y al mismo redactor.

6. *La mentira vale hasta la verdad.* El rey persa Darío, antes de morir, llamó a su lugar a su hijo Artajerjes, y le dijo:

—¡Hijo mío, me muero! Después de mi muerte convoca a todos los sabios de la tierra, y proponles resolver esta tarea. A los que la resuelvan hazlos tus ministros.

Y tras inclinarse hacia el oído del hijo, Darío le susurró el secreto de la tarea.

Después de la muerte de su padre, Artajerjes convocó a todos los sabios de la tierra y, dirigiéndose a ellos, dijo:

—¡Sabios! Mi padre me encargó darles esta tarea para resolver. Quien la resuelva, ése será mi ministro.

Y Artajerjes les dio a los sabios la tarea. Todos los sabios eran cinco.

—Pero ¿quién pues, soberano, va a controlar nuestras soluciones? —preguntó al rey uno de los sabios.

—Nadie —respondió el rey—. Yo creeré en vuestra palabra honrada. Si ustedes

me dicen que la resolvieron, les creeré sin verificar.

Los sabios se sentaron a la mesa y empezaron a resolver la tarea. Ese mismo día, por la tarde, uno de los sabios se presentó al rey y le dijo:

—Yo resolví la tarea.

—Excelente. Sé mi ministro.

Al otro día la tarea fue resuelta por tres sabios más. Se quedó en la mesa sólo un sabio, de nombre Artozoster. Éste no podía resolver la tarea. Pasó una semana, pasó un mes, y él todavía estaba sentado con la tarea y sudaba con la solución. Pasó un año, pasaron dos años. Palideció, adelgazó, se encogió, emborronó cien resmas de papel, pero la solución aún estaba lejos.

—¡Mándalo a ejecutar, rey! —decían los cuatro ministros que resolvieron la tarea—. Él, al hacerse pasar por un sabio, te engañó.

Pero el rey no ejecutó a Artozoster, y esperó con paciencia. A los cinco años Artozoster fue a ver al rey, cayó de rodillas ante él y dijo:

—¡Soberano! ¡Esa tarea es insoluble!

Entonces el rey levantó al sabio, lo besó y le dijo:

—¡Tienes razón, sabio! Esa tarea es realmente insoluble. Pero, al intentar resolverla, tú resolviste la tarea principal escrita en mi corazón: tú me demostraste que en la tierra hay aún personas honradas. ¡Y ustedes —se dirigió a sus cuatro ministros— son unos rufianes!

—¿Ahora nosotros, por lo tanto, debemos largarnos de aquí?

—¡No, quédense! —dijo Artajerjes—. Aunque son unos rufianes, me es penoso separarme de ustedes. Quédense.

Y ellos, gracias a Dios, se quedaron.

7. *Y por el mal hay que estar agradecido.* «¡Oh, gran Zeus! ¡Oh, fuerte tenante! —rezaba un poeta a Zeus—. ¡Mándame a la musa para la inspiración! ¡Te lo ruego!».

Zeus no había estudiado historia antigua. No es extraño por eso que se equivocó y, en lugar de Melpómene, le mandó al poeta a Terpsícore. Terpsícore se le apareció al poeta, y el último, en lugar de trabajar en las revistas y cobrar por eso un honorario, ingresó a una clase de baile. Bailó cien días y cien noches sin descanso, hasta que pensó:

«Zeus no me escuchó. Se rió de mí. Yo le pedí inspiración, y él me enseñó a sacar la rodilla...».

Y el insolente escribió un epigrama corrosivo sobre Zeus. El tenante se enfureció y le lanzó uno de sus rayos. Así murió el poeta.

Conclusión. Así niños, la virtud triunfa.

EN EL SALÓN

(В гостиной)

Se había quedado a oscuras y más a oscuras... La luz que salía de la chimenea alumbraba ligeramente el suelo y la pared del retrato de un general con dos estrellas. El crujido de los troncos ardiendo rompía el silencio y, cada cierto tiempo, entraba en el salón, a través del marco doble de la ventana, un ruido de pasos y caminar por nieve fresca.

Una pareja de enamorados estaba sentada en un pequeño sofá azul, cubierto con encaje de muselina, frente a la chimenea. Él, hombre alto, bien parecido, con patillas pobladas y cuidadas, y una perfecta nariz griega, estaba recostado, con una pierna sobre la otra, mientras aspiraba el humo perfumado de un caro habano. Ella, una pequeña criatura, guapa, con rizos rubios y ojos inquietos, picarones, estaba junto a él sentada y miraba el fuego con ensoñación mientras apoyaba la cabeza contra su pecho. Una ligera tranquilidad cubría los rostros de ambos... Sus movimientos estaban llenos de una dulce placidez...

—¡Le amo, Vasili Lúkich! —susurraba ella—. ¡Le amo con fuerza! ¡Es usted tan apuesto! De hecho, cuando le hace una visita a Pável Ivánich, la baronesa lo mira. ¡Le gusta usted mucho a las mujeres, Vasili Lúkich!

—Mmm... ¡No será tanto! ¡Y cómo la mira a usted, Nastia, el profesor mientras está preparándole el té a Pável Petróvich! Está enamorado de usted como que dos por dos son...

—¡Deje de burlarse!

—¿Cómo no amar a un ser tan delicado? ¡Usted es bella! ¡No, no es que sea bella, es que es preciosa! ¿Cómo no amar algo así?

Vasili Lúkich atrajo hacia sí a la bella criatura y comenzó a llenarla de besos. Un crujido se escuchó en la chimenea: un nuevo tronco había comenzado a arder. Desde la calle llegaba una canción...

—¡No hay nada mejor que usted en la tierra! La amo como un tigre o como un león...

Vasili Lúkich estrechó entre sus brazos a la hermosa joven... Pero en ese instante, una voz se escuchó desde el pasillo, y pocos segundos después entró en el salón un viejo con gafas doradas. Turbado, Vasili Lúkich se alzó rápidamente y se metió el puro en el bolsillo. La joven se levantó, se agachó hacia la chimenea y comenzó a remover con las tenacillas... Al ver a la turbada pareja, el viejo carraspeó y frunció el ceño.

—¿No será éste el marido engañado? —se preguntará tal vez el lector.

El viejo dio unos pasos por el salón y se quitó los guantes.

—¡Aquí han fumado! —exclamó—. ¿Te has vuelto a fumar mis puros, Vasili?

—¡En absoluto, Pável Ivánich! Esto... No fui yo...

—Si lo noto de nuevo, te pasaré la cuenta... Venga, prepárame el frac y abrillántame las botas. Y tú, Nastia —el viejo se dirigía a la muchacha—, enciende las velas y pon el samovar...

—¡Ahora mismo! —dijo Nastia.

Y salió del salón junto a Vasili.

UN EXAMEN

(DE UNA CONVERSACIÓN ENTRE DOS PERSONAS MUY INTELIGENTES)

(Экзамен. Из беседы двух очень умных людей)

Algunos días atrás, el hijo mayor se presentó en el despacho del padre y le comunicó su deseo de escapar de su tutela e incorporarse a la sociedad por su propia cuenta. La reciente llegada a la mayoría de edad (había cumplido exactamente veintiún años) fue lo que provocó este anuncio.

—¡Muy bien, hijo mío! —dijo el padre cuando lo escuchó—. Estoy de acuerdo, pero antes de iniciar la vida por tu cuenta, tendrás que pasar un pequeño examen corriente. Siéntate, te examinaré...

El hijo se sentó. El padre frunció el ceño y comenzó:

—¿A qué huele la boca cuando comes embutidos?

—A tienda de embutidos.

—Eso es, hijo mío. ¿Qué enjabonan las esposas sin jabón?

—La cabeza de sus maridos.

—¿Qué ocurriría si la gente caminara patas arriba?

—Que entonces Pirone cosería gorros y Posch cosería zapatos...

—Completamente cierto. ¿Por qué es salada el agua de mar?

—Porque es donde nadan los arenques...

—¡Ya eres grande! ¡Invéntate algo!

—El agua de mar es salada porque... porque... es donde a veces se bañan los humoristas.

—Pudiera ser... Antes nos preguntaban: ¿por dónde nadan los gansos? Y nosotros respondíamos: por la orilla... Respóndeme tú ahora: ¿de qué se alejan nadando los gansos palmeados?

—De las deudas, del servicio militar...

—¿Por qué no llevan gafas en la cabeza?

—Porque las gafas se rompen con los cabezazos.

—¿Por qué no se le puede llamar cerdo a un hombre?

—Porque te mandará al juez de paz.

—¿Qué pardillo terminó los cursos de la universidad?

—El doctor Pardillo.

—¿A quién se le puede llamar criatura caída?

—A un hombre que se haya caído de una atalaya.

—¿Dónde se puede conseguir dinero prestado?

El hijo alzó la cabeza y se quedó pensando.

—¿No lo sabes, hijito? Entonces no estás hecho a la sociedad. ¡Vivirás bajo mi tutela todavía un mes más! Dentro de un mes tendrás un nuevo examen.

UN LIBERAL

(CUENTO DE AÑO NUEVO)

(Либерал. Новогодний рассказ)

La humanidad presentaba un cuadro hermoso y conmovedor el día de Año Nuevo. Alegría, júbilo, felicitaciones. El ambiente estaba lleno de los augurios más sinceros y cordiales. Todos se sentían contentos y felices.

Solamente el secretario provincial Ponimaiev se mostraba disgustado. A mediodía, y en plena calle de la capital, manifestaba su protesta. Asido con el brazo derecho al poste de una farola y agitando la mano izquierda como si se preservara de un enigmático ataque, murmuraba cosas imperdonables y previstas en el artículo... Su mujer le tiraba de una manga con ánimo de llevárselo. Tenía la cara llorosa y triste.

—¡Vente, Judas! —refunfuñaba—. ¡Vente, que eres una plaga, sinvergüenza, Mahoma! ¡Te estoy diciendo que vengas! ¡Vamos antes que sea tarde, y pon tu firma! ¡Vamos, pedazo de borracho!

—¡Ni hablar! Soy persona ilustrada y no estoy dispuesto a inclinarme ante la ignorancia. Ve y firma tú si quieres; pero a mí déjame en paz. No me da la gana de ser esclavo.

—¡Anda, anda! ¡Como no firmes, buena te va a caer encima! Te echarán del trabajo, so granuja, y me moriré de hambre. ¡Venga, perro!

—Muy bien... Estoy dispuesto a morir... ¿Es por la verdad? ¡Pues ahora mismo!

Levantó Ponimaiev la mano para zafarse de su mujer y describió en el aire un semicírculo. Un sargento de guardias, con flamante capote, que pasaba por allí, se detuvo un instante y recriminó al alborotador:

—Tenga un poco de vergüenza y compórtese como los demás.

Ponimaiev se azoró. Parpadeando como avergonzado, retiró el brazo de la farola. Aprovechando la ocasión, su mujer le arrastró tras de sí, calle adelante, tirándole de una manga y apartándose de todo cuanto pudiera servir de agarradero al marido. Al cabo de diez minutos consiguió llevárselo hasta la entrada de la casa del jefe.

—Entra, Aliosha —le invitó afablemente, empujando al marido hasta el porche—. Entra, Aliosha. No tienes más que firmar y salir. En recompensa te compraré té y coñac. Ni siquiera te reñiré cuando vengas borracho... ¡Ten piedad de esta huérfana!

—¡Ah! ¡Gmm!... ¿Conque ésta es su casa? Magnífico. Me alegro. ¡Firmaremos, qué diablo! Firmaremos de modo que se acordará mucho tiempo. ¡Se lo escribiré todo en este papel! Le diré cuál es mi opinión. ¡Que me eche! Pero si me echa, la culpa será tuya, ¡tuya!

Ponimaiev tomó impulso, dio un empujón con el hombro a la puerta y penetró ruidosamente en el zaguán. Allí se hallaba el ujier Egor, recién afeitado, a tono con la festividad de Año Nuevo. Ante una mesita, sobre la que se veía un pliego de papel, estaban Vesuviev y Chemosvinski, compañeros de Ponimaiev. El primero, alto y flaco, se disponía a estampar su firma; el segundo, minúsculo y picado de viruela, esperaba turno. Ambos llevaban en el semblante la salutación al jefe: «¡Feliz Año Nuevo!». Adivinábase que no sólo firmaban con la pluma, sino con el corazón. Al verlos, Ponimaiev sonrió despreciativo y se arrebujo, indignado, en su abrigo.

—Naturalmente —parloteó—. ¡Naturalmente! ¡Cómo no felicitar a su excelencia! ¡Cómo no felicitarlo! ¡Ja, ja, ja! ¡Hay que expresar los sentimientos lacayunos de cada cual!

Vesuviev y Chemosvinski le miraron asombrados. ¡Jamás habían oído tales palabras!

—¿No es eso un acto de ignorancia, de servilismo? —prosiguió Ponimaiev impasible—. ¡No firmes! ¡Expresa tu protesta!

Así diciendo, descargó un puñetazo en la mesa y emborronó la firma de Vesuviev.

—¡Eso es insubordinarse, señor! —exclamó Egor, corriendo hasta la mesa y levantando el pliego de papel por encima de su cabeza—. ¿Sabe usted... lo que les pasa a los que...?

En esto se abrió la puerta y entró un caballero alto, de alguna edad, abrigo de oso y dorado sombrero de tres picos. Era Veleleptov, el jefe de Ponimaiev. Al verlo aparecer, diríase que Egor, Vesuviev y Chemosvinski se habían tragado un bastón, de tiosos que se pusieron. También se cuadró Ponimaiev, pero sonrió, sarcástico, y se puso a retorcerse el bigote.

—¡Ah! —exclamó Veleleptov al ver a sus subordinados—. ¿Estáis... aquí?... Bueno, bueno..., amigos... Ya lo veo. (Al parecer venía un poco alumbrado). Lo comprendo... Lo mismo os deseo a vosotros... Gracias, no me habéis olvidado... Muy bien... Da gusto ver... Os deseo a todos... Tú, Ponimaiev, ¿ya te has apimplado? No tiene importancia, hombre, no te azores... Ponte alegrete; pero con talento... Bebed y divertíos...

—Hasta la última escoria beneficia al hombre, excelencia —se atrevió a interrumpirle Vesuviev.

—Claro, claro, naturalmente. ¿Cómo has dicho? ¿Dónde está la escoria? Bueno..., marchaos... con Dios... O si no, esperad. ¿Habéis estado ya en casa de Nikita Projorich? ¿Que no? Pues tanto mejor. Os daré unos libros... para que se los llevéis... Me tiene prestado *El peregrino* hace más de dos años. Conviene devolvérselo... Venid y os lo daré... Quitaos los abrigos...

Obedecieron los funcionarios; y, despojándose de los abrigos, siguieron a Veleleptov. Primero entraron al recibidor, y luego a una gran sala, lujosamente amueblada, donde, junto a una mesa redonda, estaba sentada la propia generala^[233]. A ambos lados de ella había dos damas jóvenes, una con guantes blancos y otra con

guantes negros. Veleleptov pasó a su gabinete, dejando en la sala a los funcionarios confusos y azorados.

Los tres permanecieron cosa de diez minutos en silencio, inmóviles, sin saber qué hacer con las manos. Las señoras hablaban en francés y de cuando en cuando les miraban... ¡Qué martirio! Por fin salió el jefe, llevando en las manos sendos paquetes de libros de gran tamaño.

—Aquí los tenéis —dijo—. Devolvédseles y dadle las gracias. Éste es *El peregrino*. Algunas tardes suelo leer... Y a vosotros os agradezco mucho que no me hayáis olvidado y que hayáis acudido a cumplimentarme... ¿Les causan curiosidad mis funcionarios? —dirigiose Veleleptov a las señoras—. ¡Je, je, je! Mírenlos, mírenlos... Éste es Vesuviev, este Chemosvinski... y éste es mi Ponimaiev. Entro una vez en el gabinete de guardia y me encuentro allí a Ponimaiev imitando el ruido de las locomotoras: ¡Pfff! ¡Pfff! Silbaba y pataleaba en el suelo que era un contento... Le salía con una naturalidad... A ver, a ver, repítelo. Haz una demostración para nosotros...

Las señoras, sonrientes, fijaron los ojos en Ponimaiev. Éste tosió.

—Si no sé hacerlo... Se me ha olvidado, Excelencia —balbuceó—. Ni puedo ni quiero...

—¿Que no quieres? —sorprendiose el jefe—. ¡Ay, qué lástima!... Es una verdadera pena que no respetes las canas de este viejo... Adiós... Lo lamento... Puedes marcharte...

Vesuviev y Chemosvinski dieron sendos codazos en los costados de Ponimaiev, que también se había asustado de su atrevimiento: se le nublaba la vista; los guantes negros confundíanse con los blancos; los muebles comenzaron a saltar, y Veleleptov se convirtió en un dedo muy grande que se movía. Tras un momento de vacilación, y luego de mascullar unas palabras ininteligibles, Ponimaiev apretó *El peregrino* contra su pecho y salió a la calle. A la puerta de la casa encontró a su mujer pálida, temblorosa de frío y de horror. Vesuviev y Chemosvinski estaban a su lado y, agitando las manos desordenadamente, le debían de estar contando algo espantoso, los dos a la vez y cada uno a un oído.

«¿Qué va a ser de él ahora?», leíase en sus semblantes y en sus movimientos.

Ponimaiev, echando a su mujer una mirada de desesperación, siguió a sus compañeros con los libros.

De regreso, en su domicilio, no almorzó ni cenó. Por la noche tuvo una pesadilla que le despertó.

Se levantó de la cama y miró en derredor suyo. En medio de la oscuridad, los guantes negros y blancos y las patillas de Veleleptov se pusieron a bailar ante sus ojos y a girar a su alrededor. Y Ponimaiev recordó lo ocurrido por la mañana.

—¡Soy un animal, un zopenco! —gruñó para sí—. ¡Protesta si quieres, pedazo de borrico, pero no faltes al respeto a los viejos! ¿Qué te costaba imitar los ruidos de la máquina?

Imposible conciliar el sueño. Toda la noche estuvo atormentado por su conciencia y por los sollozos y la tristeza de su mujer. Al mirarse al espejo por la mañana, no fue su cara la que vio, sino otra, lívida, demacrada, lastimera...

—¡No voy a la oficina! —decidió—. De todas maneras, el resultado será el mismo...

Se pasó el segundo día del año yendo y viniendo de un rincón a otro.

Mientras iba y venía, no dejaba de cavilar:

—¿Quién podría prestarme un revólver? Antes que vivir así, más vale... Es lo cierto: un balazo en la cabeza, y asunto concluido...

Al tercer día, muerto de angustia, se marchó a la oficina.

«¡Menuda le va a caer encima!», pensaban los funcionarios mirándole desde detrás de sus respectivos escritorios.

Y lo mismo pensaba Ponimaiev.

—Que me despida —cuchicheó a Vesuviev—. Que me despida. Él mismo lo sentirá si me suicido...

A las once se presentó Veleleptov. Al pasar ante Ponimaiev y ver aquella cara pálida, flaca y asustada, se detuvo, movió la cabeza y le reprochó:

—¡Buena merluza agarraste, hermano! Hasta ahora tienes descompuesta la jeta. Debes ser un poco más moderado, amigo. No está bien... Puedes perder la salud...

Y, dándole una palmadita en el hombro, pasó adentro.

«¿Nada más?», se preguntó admirada la oficina entera.

Ponimaiev se echó a reír de contento. Fue tanta su alegría, que pió como un pajarillo. Pero pronto cambió su expresión: ensombreciose su cara y una sonrisa desdeñosa pasó por ella.

—La suerte tuya fue que me encontraste borracho —murmuró cuando el jefe hubo pasado—. Si no llega a ser por eso... ¿Te acuerdas, Vesuviev, la lección que le di?

Al volver a su casa, Ponimaiev almorzó con un apetito magnífico.

TESTAMENTO DEL VIEJO AÑO 1883

(Завещание старого, 1883-го года)

¡Amadísimo hijo mío, Año 1884!

Estando en mi sano juicio y con plena razón, un poco, por lo demás, «achispado» (estuve, ¿sabes?, donde Savrasiénkov^[234], y me tomé antes de la partida media botella de champán finlandés, aunque el «achispado» no impide preparar las actas notariales a nadie, incluso a los notarios), te testo lo siguiente:

1) Todo el globo terráqueo con sus cinco partes del mundo, los océanos, las cordilleras, los periódicos, los comprachicos^[235], París, las cortesanas de ambos sexos y todas las edades, el Polo norte, el talco pérsico, el teatro de Móshnin, el ungüento de Ivánov, Schestiórkin^[236], los hacendados en bancarrota, las colonias, los cocodrilos, Okréitz^[237] y demás.

2) Dinero no te testo, ya que no tengo. En toda mi estancia anual en el globo terráqueo no lo vi en ningún lugar, ni en la caja de una vía tan rica como la Lozóvo-Sevastópol. Algo parecido al dinero vi sólo en las cajas de crédito, en las cañas de las botas de los señores taberneros, en el baúl del turco de Taganrog, Valiano^[238], y en los bolsillos de los camareros moscovitas.

3) Junto a los viejos chanclos te testo lo que me testaron los abuelos y los bisabuelos (empezando desde el año 1800), y lo que tendrás que, probablemente, dejar a tus nietos y bisnietos:

- a) El coro de cantores y jetudos.
- b) Los compositores de polcas y valsos.
- c) El cuentista Guliévich (autor^[239]), su frac, cilindro y maneras.

Si sabes vender estos trastos viejos a los traperos tártaros, pues te llamarán, por lo menos, benefactor de la humanidad.

4) Termina el asunto de Kórsov y Zakzhévski^[240] y, para complacer a las señoras moscovitas, empieza otro.

5) Pon en este testamento los signos de puntuación, y si tú mismo no sabes, pues encárgale hacer eso a alguno de los colaboradores de *El despertador*.

6) En calidad de secretario me llevo conmigo al Estío al poeta y exredactor Stálski^[241].

7) Me llevo conmigo también la pelliza del pintor Ch^[242], con lo que haré un gran servicio a los señores estetas.

8) Más nada te testo.

Tu padre, Año 1883.

Fiel al original:

El hermano de mi hermano.

UNA CONDECORACIÓN

(Орден)

Leo Pustiakov, profesor en el Colegio Militar, cuyo domicilio estaba próximo al de su amigo el teniente Ledentzov, dirigióse a casa de este una mañana de Año Nuevo.

—Verás de lo que se trata, Grisha —dijo a este después de desearle feliz entrada de año—. ¡No vendría a molestarte si no fuera porque me encuentro en un apuro!... ¡Préstame, amigo, por el día de hoy tu *Stanislav*^[243]!... Como voy en casa del comerciante Spichkin... ¡Ya conoces a ese bribón de Spichkin!... ¡Le gustan enormemente las condecoraciones y considera casi como unos canallas a los que no las llevan colgadas del cuello o del ojal!... ¡Además, tiene dos hijas, Nastia y Zina!... ¡Te estoy hablando como a un amigo!... ¡Tú ya me comprendes, querido!... ¡Préstamela..., hazme el favor!

Todo esto lo pronunciaba Pustiakov tartamudeando, enrojeciendo y volviendo tímidamente la cabeza hacia la puerta. El teniente, después de injuriarle, acabó accediendo.

A las dos de la tarde, Pustiakov, mientras se dirigía en un *isvoschik* a casa de Spichkin, se miraba el pecho a través de la pelliza ex profeso un poquito entreabierta, sobre el que, resplandeciente de oro y esmaltes, brillaba la *Stanislav* ajena.

«¡Parece como si se inspirara uno a sí mismo más respeto! —pensaba el profesor—. ¡Que una cosita tan insignificante..., que no valdría arriba de cinco rublos, produzca esa sensación!».

Cuando el *isvoschik* se detuvo ante la casa de Spichkin, Pustiakov, al pagar al cochero, entreabrió su pelliza, pareciéndole que aquél, al ver su charretera, sus botones y su *Stanislav*, quedaba petrificado. Dejando escapar una tosecita de satisfacción, entró en la casa. Mientras se quitaba la pelliza, asomó la cabeza por el salón. Allí, ante una larga mesa, hallábanse sentadas, comiendo unas quince personas. Oíase ruido de voces y el tintinear de la vajilla.

—¡Alguien ha llamado! —oyose decir al dueño de la casa—. ¡Ah!..., ¿es usted, Lev Nikoláich? ¡Pase, por favor!... ¡Llega usted un poco retrasado, pero no importa! ... ¡Acabamos de sentarnos!

Pustiakov enderezó su figura, alzó la cabeza y frotándose las manos, entró en el salón. Pero ¡allí vio algo terrible!...

A la mesa, y al lado de Zina, hallábase sentado Tramblian, el profesor de francés, compañero suyo de trabajo. Permitir que el francés viera la condecoración era tanto como despertar una serie de preguntas de lo más desagradables..., significaba su vergüenza y eterno descrédito... La primera idea de Pustiakov fue arrancarse la

condecoración y escapar corriendo, pero ésta estaba muy bien cosida y retroceder era imposible. Cubriéndose rápidamente la condecoración con la mano derecha, Pustiakov se encorvó, dirigió torpemente a todos un saludo general, sin estrechar a nadie la mano, y fue a sentarse en la única silla, libre, justamente enfrente de su compañero el francés.

«Debe de venir algo bebido», pensó Spichkin observando su rostro azorado.

Le fue servido un plato de sopa. Con ademán perezoso y utilizando la mano izquierda, coge la cuchara; pero luego, recordando que en sociedad no está bien considerada esta manera de comer, declaró que había comido ya y no tenía apetito.

—Ya he comido... *Merci*... —balbució—. Fui a visitar a mi tío, el arcipreste Eleev..., y me rogó insistentemente que me quedara a comer con él.

El corazón de Pustiakov comenzó a llenarse de una lánguida tristeza y de un colérico enojo. La sopa exhalaba un olor muy sabroso y del esturión salía un vaporcito sumamente apetecible. El profesor intentó liberar su mano derecha y cubrirse la condecoración con la izquierda, pero el cambio no resultó ser cómodo.

«Lo notarán... Tendré que tener la mano extendida sobre el pecho, como si fuera a cantar... ¡Dios mío!... ¡Ojalá termine pronto la comida! ¡Yo ya comeré luego en la taberna!».

Después del tercer plato alzó tímidamente los ojos hacia el francés. Tramplian, azorado sin motivo aparente, le miraba a su vez, y tampoco comía nada. Sus miradas se cambiaron y ambos bajaron estas sobre sus platos vacíos, aún más azorados.

«¡Ya se ha fijado el muy canalla! —pensó Pustiakov—. Le noto en la cara que se ha fijado. ¡Vaya con el bribón!... ¡Seguro que mañana mismo se lo cuenta todo al director!». Los dueños de la casa y los demás invitados terminaron el cuarto plato. Después, terminaron también el quinto.

Un señor alto, al que la Naturaleza había dotado de una nariz de caballete, anchas y velludas ventanas en ella y unos ojos que guiñaba constantemente, tras levantarse de la mesa y acariciarle con una mano la cabellera, anunció:

—¡Hem, hem..., ep, ep!... ¡Propongo beber en honor de las damas aquí presentes!

Los comensales levantáronse ruidosamente de sus asientos y alzaron sus copas. Un fuerte «¡Hurra!» resonó por todas las habitaciones. Las damas sonreían y tendían sus copas para brindar. Pustiakov, levantándose cogió la suya con la mano izquierda.

—¡Lev Nikoláich..., tenga la bondad de ofrecer esta copa a Nastasia Timofeevna! —dijo, dirigiéndosele un caballero al tiempo que le presentaba una copa—. ¡Haga que se la beba!

Esta vez, con gran espanto suyo, Pustiakov se veía obligado a emplear la mano derecha, con lo que la *Stanislav* relució, y con su cinta roja, arrugada, vio la luz del día. El profesor se puso pálido, bajó la cabeza y miró tímidamente hacia el francés. Éste le miraba también, con unos ojos a la vez interrogativos y asombrados. Sus labios sonreían maliciosamente, y en su rostro se desvanecía poco a poco la expresión

de azoramiento.

—¡Julii Avgustovich! —díjole de pronto el dueño de la casa—. ¡Haga el favor de pasarme esa botellita!

Tramblian alargó, indeciso, la mano derecha hacia la botella, y..., ¡oh felicidad! ... Pustiakov vio colgando de su pecho una condecoración. ¡No era esta una *Stanislav*, sino toda una *Anna*^[244]!... ¿Sería posible que también el francés hubiera hecho trampa?...

Pustiakov, riendo de placer, se sentó tranquilo en su silla... Ahora no tenía ya necesidad de esconder su *Stanislav*; el pecado de ambos era el mismo. Ninguno de los dos podía, en consecuencia, denunciar ni desacreditar al otro...

—¡Aj!... ¡Hem!... —mugió Spichkin al ver la condecoración en la solapa del profesor.

—Sí... —dijo Pustiakov—. ¡Es curioso que hayan dado tan pocas condecoraciones este año, Julii Avgustovich!... Sólo las obtuvimos usted y yo. ¡Es curioso!

Tramblian asintió alegremente con la cabeza y mostró su solapa izquierda, sobre la que colgaba ostentosamente la *Anna* de tercer grado.

Después de la comida, Pustiakov daba vueltas por las habitaciones enseñando la condecoración a las señoritas, contento y despreocupado a pesar de que el hambre hacía sentir su presencia.

»¡Si lo hubiera sabido! —pensaba mirando a Tramblian, que conversaba con Spichkin con ojos envidiosos—. ¡Me hubiera colgado una *Vladimir*^[245]!... ¡Qué lástima no haberlo adivinado!

Sólo este pensamiento le torturaba. Por lo más se sentía feliz, completamente feliz.

CONTRATO DEL AÑO 1884 CON LA HUMANIDAD

(Контракт 1884 года с человечеством)

En el año mil ochocientos ochenta y cuatro, el primer día de enero, nosotros, los abajo firmantes, *la Humanidad* por una parte y el *Nuevo año 1884* por la otra, concertamos entre sí un convenio por el cual:

Póliza
de
60
kopeks

1) Yo, *la Humanidad*, me comprometo a esperar y despedir al *Nuevo año 1884* con champán, visitas, escándalos y actas. 2) Me comprometo a nombrar con su nombre a todos los calendarios existentes en el globo terráqueo. 3) Me comprometo a depositar en él grandes esperanzas. 4) Yo, *el Nuevo año 1884*, me comprometo a no satisfacer esas esperanzas. 5) Me comprometo a tener no más de doce meses. 6) Me comprometo a dar a todos los Kasián, deseosos de celebrar el onomástico, un veintinueve de febrero. 7) En caso de incumplimiento de alguno de estos puntos por una de las partes, se pagará 10 000 rublos de multa en billetes de banco, a *gríviennik* por rublo. 8) Este convenio se conserva por ambas partes de forma sagrada e inviolable; el convenio original lo tiene *la Humanidad*, y la copia el *Nuevo año 1884*.

El Nuevo año 1884 metió la mano en esto.

La Humanidad.

Este convenio lo presenta a mí, al *Hombre sin bazo*, notario temporal, en mi oficina situada en casa del diablo, el no portador de rango *Nuevo año 1884*, viviente en el calendario del secretario de gobierno, A. S. Suvórin, y *la Humanidad*, viviente bajo la luna, conocidos míos en persona y tenedores de capacidad legal para la ejecución de las actas.

De la Asamblea municipal se recauda 18 rub. 14 kop., de *Las campanas de Corneville* 3 rub. 50 kop., a favor de los heridos en la batalla de B. Markiéovich con el Comité literario teatral 1 rub. 12 kop.

Notario: *El hombre sin bazo*.

M. P.

SETENTA Y CINCO MIL

(75 000)

Era de noche. Por el bulevar Tverskoy iban dos amigos: uno, alto, moreno, bien parecido, envuelto en una vieja pelliza de oso y tocado con chistera; el otro, pequeño, azafranado, llevaba un abrigo rojizo, con botones blancos, de hueso. Marchaban en silencio. El moreno silbaba por lo bajo una mazurca; el pelirrojo, sombrío, miraba al suelo y, de cuando en cuando, escupía hacia un lado.

—¿Y si nos sentásemos un poco? —sugirió el moreno, cuando vieron la negra silueta de la estatua de Pushkin y la lucecita sobre la entrada del monasterio de la Pasión.

Accedió, silencioso, el pelirrojo; y los dos amigos se sentaron.

—Tengo un pequeño favor que pedirte, Nikolai Borísich —dijo el primero después de permanecer callados un instante—. ¿No podrías prestarme, amigo, diez o quince rublos? Te los devuelvo dentro de una semana.

El azafranado no respondió palabra.

—No te los pediría si no fuera por necesidad. La suerte me ha jugado hoy una mala pasada. Mi mujer me dio esta mañana su brazalete para que lo empeñase, porque tenía que pagar el instituto a su hermana. Yo lo empeñé, y ya ves... En presencia tuya he perdido el dinero a la stukolka^[246].

El pelirrojo se removió en su asiento y carraspeó:

—No eres hombre de fundamento, Vasili Ivánich —repuso, torciendo la boca en una sonrisa maligna—. Estás completamente vacío. ¿Qué derecho tenías a ponerte a jugar con las señoras sabiendo que el dinero no era tuyo? Dime si no eres un hombre huero, un fatuo... Calla, no me interrumpas, que quiero decirte cuatro verdades de una vez para siempre. ¿A qué viene ese constante estrenar trajes o llevar ese alfiler en la corbata? La moda no se ha hecho para mendigos como tú. ¿Por qué usas esa estúpida chistera? Viviendo a cuenta de tu mujer, pagas quince rublos por un sombrero cuando, sin perjuicio para la moda ni para la estética, podías llevar un gorro de tres rublos. ¿Por qué estás siempre blasonando de tener amistades que no tienes? ¡Él conoce a Jojlov, a Plevako y a todos los directores de publicaciones! Hoy, cuando mentías presumiendo de amistades influyentes, me ardían de vergüenza los oídos y los ojos. ¡Sueñas mil embustes y te quedas tan tranquilo! Y cuando juegas con esas señoras y pierdes el dinero de tu mujer, sonríes de un modo tan estúpido y bajo, que hasta darte una bofetada resulta repugnante.

—Bueno, déjame en paz; hoy no estás de humor...

—Admitamos que esa fatuidad es cosa de chiquillos, de colegiales. Estoy dispuesto a creerlo así, Vasili Ivánich. Aún eres joven... Pero lo que no puedo admitir

ni comprender es una cosa: ¿cómo te atreves a hacer trampas jugando con aquellas muñecas? Mientras dabas las cartas, observé que sacaste de debajo de la baraja el as de picas.

Vasili Ivánich enrojeció como una amapola; y trató de justificarse. El pelirrojo insistió en sus reproches. Discutieron larga y ruidosamente hasta que, poco a poco, terminaron callándose y quedaron pensativos.

—Llevas razón —habló el moreno, al cabo de una larga pausa—. He perdido la cabeza. Es cierto... He dejado el dinero en el juego, estoy entrampado hasta los ojos, he despilfarrado bienes ajenos y ahora no sé cómo salir de este atolladero. Me encuentro como el que siente una picazón irresistible en todo el cuerpo y carece de medios para combatirla. Ése es el sentimiento que me embarga ahora. Me he metido en el fango hasta la rodilla... Me da vergüenza de los demás y de mí mismo. Cometo un sinfín de idioteces y de bajezas, llevado de los móviles más ruines; y al mismo tiempo, no puedo detenerme. ¡Qué horrible! Aunque heredase una fortuna o me tocase la lotería, creo que lo abandonaría todo en el mundo y preferiría nacer de nuevo... Pero tú, Nikolai Borísich, no me condenes, no me echés tierra encima... Acuérdate de Nekluzhev...

—Me acuerdo muy bien de tu Nekluzhev. Me acuerdo. Se comió el dinero ajeno, se llenó la panza y, después de almorzar, quiso dárselas de arrepentido y se puso a lloriquear ante una damisela... Antes de comer no se le ocurrió salir con sus lloriqueos. Es una vergüenza que haya escritores que idealicen a tales granujas. A no tener el tal Nekluzhev una figura gallarda y unos modales finos, no se hubiera enamorado de él la hija del comerciante ni hubiera habido necesidad de arrepentirse. A los truhanes les da el Destino una apariencia agradable. Todos sois unos Adonis. Las chicas se enamoran de vosotros. En ese sentido, tenéis la gran suerte.

El pelirrojo se levantó y comenzó a pasearse junto al banco:

—Tu mujer, por ejemplo, es honrada, noble. ¿Qué pudo inducirla a quererte? Y esta tarde, mientras tú mentías y te dabas tono, una rubia preciosa estaba pendiente de ti, sin quitarte ojo de encima. A vosotros, los Nekluzhev, os aman las mujeres y se sacrifican con tal de agradaros. Nosotros, en cambio, trabajamos toda la vida, empujamos como el pez al hielo, somos honrados como la honradez misma, ¡y ni un solo instante de felicidad! Acuérdate: yo fui novio de tu mujer, Olga Alexeievna, mientras ella no te conoció; disfruté entonces un ápice de felicidad; pero apareciste tú, y todo se vino por los suelos...

—¡Celos! —sonrió el moreno—. No me imaginaba que fueras tan celoso...

Una sensación de repugnancia y enojo pasó por el pecho de Nikolai Borísich que, maquinalmente, sin percatarse él mismo de sus actos, alargó la mano y... la descargó. El sonido de una bofetada rompió el silencio de la noche. La chistera voló de la cabeza del moreno y rodó por la nieve apisonada. Todo ocurrió en un segundo, de manera inesperada y absurda. El pelirrojo se avergonzó al instante de su vehemencia. Hundiendo la cabeza en el descolorido cuello de su abrigo, echó a andar por el

bulevar. Al llegar al monumento a Pushkin volvió la cabeza hacia su compañero, se mantuvo inmóvil cosa de un minuto y, como asustado, corrió hacia la calle Tverskaya.

Vasili Ivánich siguió sentado, silencioso y quieto, bastante rato. Pasó una mujer y, riéndose, recogió la chistera y se la entregó. Él le dio las gracias maquinalmente, levantose y se marchó.

«Ahora vendrá lo peor —pensaba media hora después, subiendo por la larga escalera que conducía a su morada—. ¡Buena me la va a armar mi mujer por la pérdida del dinero! ¡Sermón para toda la noche! ¡No se la llevará el diablo! Le diré que se me ha extraviado el dinero...».

Llamó a la puerta tímidamente. Salió a abrirle la cocinera.

—¡Le felicito! —le dijo, sonriente.

—¿Con qué motivo?

—Ya lo verá. ¡Dios se ha compadecido!

Vasili Ivánich se encogió de hombros y entró en el dormitorio. Sentada a la mesa de escritorio estaba su mujer, Olga Alexeievna, una rubia menudita, con rizados en el pelo. Se hallaba escribiendo y tenía ante sí varias cartas ya preparadas. Al ver al marido, se arrojó a su cuello.

—¿Has venido? —exclamó—. ¡Qué felicidad! ¡No puedes figurarte qué alegría! Ha sido todo tan inesperado, que hasta he sufrido un ataque de histerismo... Toma, lee.

Dando un salto hacia la mesa, cogió el periódico y lo puso ante los ojos del marido.

—¡Fíjate! ¡Mi bono ha salido premiado con setenta y cinco mil rublos! Tengo un bono del tesoro. ¡De veras! No te lo he dicho porque..., porque temía que lo empañases. Me lo regaló Nikolai Borísich cuando era mi novio, y luego no quiso recogerlo. ¡Qué buena persona es Nikolai Borísich! ¡Ahora somos ricos! Tú te corregirás y no llevarás esa vida de crápula que has llevado hasta ahora. Ya sé que te ibas de juerga, y me engañabas; pero todo ello era a causa de la estrechez y de la pobreza. Lo comprendo. A pesar de todo, eres inteligente y bueno...

Olga Alexeievna recorrió, sonriente, la habitación.

—¡Qué sorpresa! Yo, enojada, iba de un rincón a otro maldiciéndote por tu vida libertina.

Aburrida como estaba, me senté a leer el periódico y ¡así fue como vi lo del premio! He escrito a todo el mundo, a mis hermanas, a mi madre... ¡Cómo se alegrarán, las pobrecillas! Pero ¿adónde vas?

Vasili Ivánich miró el periódico. Aturdido, pálido, sin hacer caso de las palabras de su mujer, estuvo un momento callado y pensativo, y luego se puso la chistera y salió a la calle.

—¡A la Bolshaia Dmítrovka! ¡Pensión NN***! —gritó al cochero.

En la pensión no encontró a quien necesitaba. La habitación a que se dirigió

estaba cerrada.

«Seguramente habrá ido al teatro —pensó—; y del teatro, a cenar. Esperaré un poco».

Se puso a esperar. Pasó media hora, una hora entera. Vasili Ivánich se dio una vuelta por el pasillo y charló un momento con el camarero del piso, que estaba amodorrado. En el reloj de la planta inferior sonaron las tres... Por último, perdida la paciencia, descendió lentamente por la escalera... Pero el Destino se apiadó de él.

Ya casi a la salida se encontró con una morena alta y delgada, envuelta en un largo boa. Tras ella iba un señor de gafas azules y gorro de *mouton*.

—Perdón —dirigióse Vasili Ivánich a la dama—. ¿Me permite que la moleste un instante?

La dama y el caballero pusieron cara de vinagre.

—Un momentito —dijo ella a su acompañante; y se apartó con Vasili Ivánich junto a la luz de gas—. ¿Qué desea?

—He venido a verte..., a verla a usted, Nadine, por un asunto importante —comenzó diciendo, entrecortado, Vasili Ivánich—. Es una lástima que venga contigo ese señor. De venir sola, pudiera habértelo contado todo...

—Pero ¿qué pasa? Tengo prisa...

—¡Claro, con tus nuevos admiradores, no tienes tiempo para mí! ¡La mar de bonito! ¿Por qué me echaste el día de Nochebuena? Te negaste a vivir conmigo porque..., porque no te daba lo suficiente para vivir... Pues resulta que te equivocabas. Como lo oyes... ¿Recuerdas el bono del tesoro que te regalé el día de tu santo? Pues lee esto: ¡ha ganado setenta y cinco mil rublos!

Ella cogió el periódico y con ojos ávidos, como asustados, buscó las noticias de Petersburgo. Y encontró la que ansiaba...

A la misma hora, otros ojos, llorosos, ciegos de amargura, casi demenciales, escudriñaban un cofrecillo en busca del bono. Toda la noche buscaron y no encontraron nada. El bono había sido robado; y Olga Alexeievna conocía al autor del robo.

Y a la misma hora también, el pelirrojo Nikolai Borísich daba vueltas en la cama y trataba de dormir; mas no logró conciliar el sueño hasta el amanecer: le remordía la conciencia de aquella bofetada.

EL JOVEN

(Молодой человек)

A la mesa, cubierta de manchas de tinta imponentes, está sentado Pravdoliúbov. Ante él está parado Upriámov, un joven con una expresión de ligereza en el rostro.

PRAVDOLIÚBOV (*Con lágrimas en los ojos*). ¡Joven! Yo mismo tengo hijos... tengo corazón... Yo entiendo... por eso me es tan amargo. Le aseguro, como hombre honrado, que su denegación sólo le servirá de mal. Díganos con franqueza, ¿adónde iba usted ahora?

UPRIÁMOV. A la... la redacción de la revista humorística.

PRAVDOLIÚBOV. Hum... ¿Usted, por lo tanto, es humorista? (*Mueve la cabeza con reproche*). ¡Avergüéncese! Tan joven y tan maleado... ¿Y qué es lo que tiene en las manos?

UPRIÁMOV. Los manuscritos.

PRAVDOLIÚBOV. ¡Démelos acá! (*Los toma y los examina*). Así... vamos a ver... ¿Esto qué es?

UPRIÁMOV. Temas para los dibujos de los editoriales.

PRAVDOLIÚBOV. (*Estalla de indignación pero, venciendo pronto al sentimiento, recobra la sangre fría y la ecuanimidad, a lo jurado de tribunal*). ¿Y qué es lo que está dibujado?

UPRIÁMOV. Eso, ve, está dibujado un hombre. Está parado con un pie en Rusia, con el otro en Austria. Hace trucos. «¡Señores! —dice—. El rublo, pasado del bolsillo derecho al izquierdo, se convierte en 65 kopeks!». *Pendant* a este dibujo se adjunta otro. Ve usted, ahí hay un billete de rublo con manitas y piecitos. Éste a cada rato se cae, y tras él corre un alemán y lo recorta con unas tijeras... ¿Entendió? Esto es una taberna... Esto es nuestra prensa, y esto la presión... Y esto unos plantadores de bosques de abedules, ahí mismo hay unos niños que piden papilla... La papilla, como se sabe, es distinta... Ahí está dibujado un lacayo...

PRAVDOLIÚBOV. ¿Y quién está en la ratonera?

UPRIÁMOV. Ése es el consejero secreto, Rossítskii, en el garfio tiene un tocino estatal...

PRAVDOLIÚBOV (*Ante la palabra «tocino» se relame*). El consejero secreto... (*Se sonroja por la humanidad*). Tan joven y tan maleado... Pero ¿sabe usted, muy señor mío, que el consejero secreto corresponde en el ejército al teniente general? ¿Es posible que no entienda eso? ¡Qué grosera incomprensión, qué profanación! (*Suspira*). ¿Qué puedo hacer yo ahora con usted? ¿Qué? (*Se queda pensativo, pero pronto el sentimiento personal prevalece sobre el sentimiento del deber, y el botón se escurre entre las manos*). ¡Yo no puedo verlo, joven miserable, infeliz! ¡Usted me es repulsivo, usted es un miserable! ¡Fuera de aquí! ¡Que le sirva de castigo mi

desprecio!

UPRIÁMOV (*Sin arrepentirse de nada y sonriendo con doble sentido, se va a la redacción*).

EL CÓMICO

(КОМИК)

El cómico Iván Akimovich metió las manos en los bolsillos de su pantalón ancho, se volvió hacia la ventana, y clavó sus ojos indolentes en la ventana de la casa de enfrente. Pasaron unos cinco minutos en silencio...

—¡Qué aburrimiento! —bostezó la *ingénue* María Andréevna—. ¿Y por qué calla, Iván Akímich? ¡Si vino y me impidió aprenderme el papel, pues siquiera converse! Es insufrible usted, en verdad...

—Hum... Me dispongo a decirle una cosa, pero como que es incómodo... Se lo digo con franqueza, sin delicadeza... a lo *muzhik*, y usted ahora me condena, lo toma a burla... ¡No, mejor no se lo digo! Me muerdo la lengua contra el mal...

«¿De qué se dispone a hablar? —pensó la *ingénue*—. Está excitado, como que mira extraño, cambia un pie por el otro... ¿Y no querrá acaso, declararme el amor? Hum... ¡Una desgracia con estos golfillos! Ayer el primer violín se me declaró, hoy todo el ensayo el *raisonneur*^[247] suspiró... ¡Se arrebataron todos con el aburrimiento!».

El cómico se apartó de la ventana y, acercándose a la cómoda, se puso a examinar las tijeras y la latita de pomada labial.

—Asssí... Quisiera decírselo, pero tengo miedo... es incómodo... Se lo digo con franqueza, a la rusa, y usted ahora: ¡ignorante!, ¡*muzhik*!, esto, lo otro... La conozco... Mejor es callar...

«¿Y qué decirle, si en realidad empieza a declararme el amor? —continuó pensando la *ingénue*—. Él es bueno, generoso así, talentoso, pero... no me gusta. No es nada bonito... Anda encorvado, y en la cara como que unas ampollas... La voz ronca... Y además, esas maneras... ¡No, nunca!».

El cómico caminó en silencio por la habitación, se tumbó en la butaca con pesadez y, ruidosamente, atrajo hacia sí el periódico de la mesa. Sus ojos recorrieron el periódico, como buscando algo, después se detuvieron en una letra, y se adormecieron.

—¡Señor... siquiera si hubiera moscas! —rezongó él—. Con todo, es más alegre...

«Por lo demás, sus ojos no son feos —continuó pensando la *ingénue*—. Pero lo mejor que tiene es el carácter, y en los hombres no es tan importante la belleza como el alma, la mente... Casarse con él es posible, se puede aún, pero vivir así con él... ¡por nada! Cómo él, no obstante, me miró ahora... ¡Me quemó! ¡Y por qué tiene miedo, no entiendo!».

El cómico suspiró con pesadez y gimió. Se veía que le costaba caro su silencio.

Se puso rojo como un cangrejo, y torció la boca hacia un lado... Su rostro expresaba sufrimiento...

«Es posible, con él, vivir así, se puede —no dejaba de pensar la *ingénue*—. Recibe un buen salario... En todo caso, es mejor vivir con él, que con algún capitán mugroso. ¡En verdad, agarraré y le diré que estoy de acuerdo! ¿Para qué ofenderlo, al pobre, con un rechazo? ¡Él así, vive con tanta amargura!».

—¡No! ¡No puedo! —gimió el cómico, levantándose y arrojando el periódico—. ¡Así es pues, mi naturaleza anatómica! ¡No me puedo vencer! ¡Pégume, regáñeme, y se lo diré, María Andréevna!

—Pero hable, hable. ¡Basta de hacer de mendigo!

—¡*Mátushka*! ¡Hijita! Perdóneme generosamente... le beso la mano de rodillas... De los ojos del cómico brotaron unas lágrimas del tamaño de guisantes.

—¡Sí, hable... maldito! ¿Qué pasa?

—¿No tiene usted, hijita... una copita de vodka? ¡Me arde el alma! ¡Tengo en la boca, después de la bebedera de ayer, tal óxido, acidez y peróxido, que no hay químico que entienda! ¿Me cree? ¡Me revuelve el alma! ¡No puedo vivir!

La *ingénue* se sonrojó, frunció el ceño, pero después cayó en la cuenta, y le dio al cómico una copita de vodka... Éste bebió, revivió, y empezó a contar chistes.

PERPETUUM MOBILE

(Perpetuum mobile)

El viejo juez instructor Grischutkin, que estaba en ejercicio desde los tiempos anteriores a las reformas, y el médico Svistitzki, melancólico caballero, se dirigían a una autopsia. Era otoño y su camino era un camino vecinal en el que reinaba terrible oscuridad y llovía a cántaros.

—¡Qué atrocidad! —gruñía el juez instructor—. ¡Aquí no solamente no hay civilización ni humanidad, sino que ni siquiera se disfruta de un clima soportable! ¡Vaya país!... ¡Y que esto se llame Europa!... ¡Santo Dios! ¡Qué lluvia! ¡Ni que la hubieran contratado!... ¡Canalla!... ¡Anda! ¡Corre más deprisa, bribón, si no quieres que te pegue una paliza! ¡Canalla! —gritaba al cochero sentado en el pescante.

—¡Es curioso, Aguei Alekséich! —dijo, suspirando, el médico mientras se envolvía en la pelliza mojada—. ¡Yo ni siquiera me fijo en el tiempo que hace! Sobre mí pesa un presentimiento extraño y agobiador. Me parece sentir una desgracia cerniéndose sobre mí. Creo en los presentimientos... espero algo. Puede ocurrir todo; una inoculación de un cadáver..., la muerte de un ser querido...

—¡Por lo menos delante de Mischka debía a usted darle vergüenza hablar de presentimientos como una mujer! ¡Peor que lo que está pasando no puede pasar nada! ¿Puede haber algo peor que una lluvia como ésta?... ¿Sabe lo que le digo, Timofei Vasilich?... ¡Que no estoy dispuesto a servir ni un momento más! ¡No sigo aunque me aten! ¡Es menester que nos detengamos en alguna parte y pasemos allí la noche! ¿Quién vive cerca de aquí?

—Iván Ivanich Ejov —dijo Mischka.

—¿Ejov?... ¡Pues a Ejov! ¡Precisamente hace mucho tiempo que no visito a ese viejo pecador!

Atravesaron el bosque y un puentecillo, torcieron primero hacia la derecha, después hacia la izquierda, y al fin entraron en el patio de Ejov, presidente del Congreso y general mayor retirado.

—Está en casa —dijo Grischutkin cuando al bajar del carruaje vio iluminadas las ventanas de la casa—. ¡Beberemos, comeremos y dormiremos! Aunque es un mal personaje, hay que hacerle la justicia de decir que es hospitalario.

El propio Ejov, viejecillo amigado, con un rostro semejante a un rebuño con púas, les salió al encuentro en el vestíbulo.

—¡Muy oportunamente! ¡Muy oportunamente!... —dijo—. Acabamos de sentarnos a la mesa y estamos comiendo el asado de cerdo. ¡Treinta y tres y treinta y tres!... Tenemos aquí al vicesfiscal, ¡a ese ángel bueno al que doy gracias de que haya venido a buscarme! Mañana iremos juntos al Congreso. Hay Congreso mañana, ¡treinta y tres y treinta y tres!...

Grischutkin y Svistitzki entraron en la sala, en la que había servida una gran mesa cargada de entremeses y de vinos. La hija del amo, Nadejda Ivanovna, joven morena, vestida de riguroso luto por el reciente fallecimiento de su marido, hallábase sentada ante uno de los cubiertos. A su lado y frente al cubierto inmediato, encontrábase el vicefiscal Tiulpanski, joven, de patillas y de rostro surcado por infinidad de venitas azules.

—¿Se conocen ustedes? —dijo Ejov indicando con el dedo a unos y a otros—. El vicefiscal... Mi hija...

La joven morena, con una sonrisa y entornando los ojos, tendió la mano a los recién llegados.

—¡Bien, señores!... Hay que tomar una copita —dijo Ejov llenando tres de éstas—. ¡Atrévanse benditos de Dios! ¡Yo también beberé para hacerles compañía! ¡Treinta y tres y treinta y tres! ¡Bien!... ¡A su salud!...

Bebieron. Grischutkin, después de picar de un pequeño pepino, atacó el asado de cerdo; el médico bebió y lanzó un suspiro. Tiulpanski encendió un cigarro, solicitando primero el permiso de la dama presente y mostrando al hacerlo de tal manera sus dientes, que parecía que su boca contenía por lo menos ciento.

—¡Bien, señores! ¡Las copas esperan!... ¿No?... ¡Usted, vicefiscal!... ¡Usted, doctor!... ¡A la salud de la Medicina! ¡Me gusta la Medicina! ¡En general me gusta todo lo que es joven! ¡Digan lo que digan, la juventud siempre irá a la cabeza! ¡A su salud, pues!

Pronto empezaron a hablar. Todos tomaban parte en la conversación, excepto el fiscal Tiulpanski, que, sentado y silencioso, dejaba escapar por las ventanillas de su nariz el humo de su tabaco. Claramente podía verse que, considerándose un aristócrata, miraba con desprecio al médico y al instructor. Después de la cena, Ejov, Grischutkin y el vicefiscal se pusieron a jugar una partida de *whist*^[248], mientras el doctor y Nadejda se sentaban junto al piano y empezaban a conversar.

—¿Va usted a hacer una autopsia? —comenzó diciendo la bella viudita—. ¿La autopsia de un cadáver?... ¡Ah!... ¡Qué fuerza de voluntad hay que tener..., qué carácter de hierro..., para alzar el cuchillo y sin pestañear hundirlo hasta el mango en el cuerpo de un hombre sin vida!... ¡Le admiro, doctor!..., ¿sabe?... Las personas como usted son personas extraordinarias..., ¡santas!... Doctor... —preguntó después—, ¿por qué está tan triste?

—Porque tengo un presentimiento... Porque me exprime un extraño y agobiante presentimiento... ¡como si me amenazara la pérdida de un ser querido!

—¿Es usted casado, doctor? ¿Tiene parientes?

—¡Ni un alma! ¡Soy un solitario sin siquiera conocidos!... Dígame, señora: ¿cree usted en los presentimientos?

—¡Oh, sí, creo en los presentimientos!

Mientras el doctor departía con la viudita sobre el tema de los presentimientos, Ejov y el instructor Grischutkin interrumpían frecuentemente la partida y se

acercaban a la mesa de los entremeses. A las dos de la madrugada, Ejov, que estaba perdiendo a las cartas, recordó de pronto la sesión del Congreso que le esperaba al día siguiente, y dándose una palmadita en la frente exclamó:

—¡Cáspita! ¿Qué hacemos aquí..., hombres sin freno? ¡Teniendo que salir mañana al amanecer para el Congreso, estamos jugando!... ¡A dormir a dormir!... ¡Treinta y tres y treinta y tres!... ¡A dormir, Nadka!... ¡Levanto la reunión!

—¡Dichoso usted, doctor, si es capaz de dormir en una noche como ésta! —dijo al doctor Nadejda Ivanovna cuando se despedía de él—. Yo, mientras la lluvia golpea en mi ventana y gimen mis pobres pinos, no puedo dormir. Iré, pero sé que me aburriré con un libro. No está mi ánimo dispuesto al sueño. Cuando hay luz sobre la ventana del pasillo, frente a mi puerta, quiere decir que no duermo y que me consume el aburrimiento.

El doctor y Grischutkin encontraron en la habitación que les había sido designada dos inmensos lechos consistentes en dos colchones de pluma descansando sobre el suelo. Después de desvestirse, el doctor se echó en uno de ellos y se tapó hasta la cabeza. A su vez, el instructor se desvistió y se acostó, pero durante largo rato permaneció dando vueltas en su lecho; luego se levantó y se puso a pasear por la habitación. Era un hombre molestísimo.

—No puedo olvidar a esa señora, la viudita —dijo—. ¡Es maravillosa!... ¡Daría la vida por ella! ¡Qué ojos..., qué hombros..., qué piecitos recubiertos de medias color malva!... ¡Mujer de fuego! ¡Se ve enseguida! ¡Y pensar que esa beldad pertenecerá sabe el diablo a quién!... ¡A un vicefiscal!... ¡A ese tonto de los tendones, con cara de inglés!... ¡No puedo soportar a tal clase de gente, amigo mío! Cuando estabas hablando con ella sobre los presentimientos..., ¡reventaba de celos! ¡Por supuesto, la mujer es magnífica! ¡Maravillosa! ¡Magnífica!... ¡Un prodigio de la Naturaleza!

—En efecto..., es una persona digna de estima —dijo el doctor asomando la cabeza por debajo de la manta—. Una persona impresionable... Nerviosa... de gran sensibilidad... Usted y yo, por ejemplo, vamos a dormirnos ahora mismo, mientras que ella la pobre no puede hacerlo. Sus nervios no resisten una noche tan tormentosa. Me ha dicho que va a pasarse toda la noche aburrida y leyendo un libro... ¡Pobrecita! ... Seguramente la lamparita estará encendida.

—¿Qué lamparita?

—Me dijo que si junto a su puerta y sobre la ventana había una lamparita encendida, esto significaría que no estaba dormida.

—¿Te ha dicho eso? ¿A ti?

—Sí, a mí.

—En ese caso, no te comprendo. Si te lo ha dicho, eres el más feliz de los mortales. ¡Magnífico, doctor! ¡Magnífico! ¡Te alabo, amigo! ¡Aunque te envidie, te alabo! ¡Y no tanto me alegro por ti como por fastidiar a ese canalla del pelo rojo! ¡Me alegro de que se la pegue! ¡Anda, vístete!

Cuando Grischutkin estaba borracho, tuteaba a todo el mundo.

—¡Qué cosas se le ocurren, Aguei Alekséich! ¡Dios sabrá lo que dice! —contestó, azarándose, el doctor.

—Bueno, bueno, basta de conversación. ¡Vístete y anda!... ¿Cómo era aquello de *La vida por el zar*?... «Y al pasar cortamos un día de amor..., como cortamos una flor...». ¡Vístete, alma mía!... ¡Timoscha!... ¡Anda, doctor! ¡Anda, bestia!

—Perdone, pero no le entiendo.

—¿Y qué es lo que hay que entender? ¿Se trata acaso de astronomía? ¡Vístete y vete a la lamparita! ¡Nada más!

—Me choca que tenga usted una opinión tan desfavorable de esa señora y de mí.

—Bueno, déjate de filosofías —se enfadó Grischutkin—. ¿Será posible que todavía vaciles? ¡Qué cinismo sería el tuyo!

Largo rato pasó Grischutkin intentando convencer al doctor. Se enfadó, suplicó, llegó a ponerse de rodillas, le riñó fuertemente, escupió y se arrojó en la cama. Sin embargo, al cabo de un cuarto de hora se levantó otra vez de un salto y despertó al doctor.

—Escuche. ¿Decididamente se niega usted a ir? —preguntó con voz severa.

—¡Uf!... ¿Por qué voy a ir?... ¡Qué hombre tan cargante es usted, Aguei Alekséich!... ¡Es horrible tenerle de compañero en las autopsias!...

—¡Que le lleve el diablo! ¡Yo seré el que vaya a verla! ¡Yo!... ¡Yo no soy menos que el otro o que cualquier médico cobarde como una mujer! ¡Me voy!

Y vistiéndose rápidamente se dirigió a la puerta.

El médico le miraba interrogativamente, como si no comprendiera; luego se levantó de un brinco.

—¡Aj!... ¡No faltaba más!... ¡María! ¡Sirve el té!

—No..., no quiero té; no tengo tiempo de tomar té. En vez de té, mejor sería que bebiéramos un poco de *kvas*^[249]. Bebamos *kvas* y vayamos luego a la autopsia del cadáver.

—¿De qué cadáver?

—Del mismo. A la autopsia del suboficial a que íbamos y no llegamos a ir.

Y Grischutkin y Svistizki bebieron *kvas* y se fueron a la autopsia.

—Le presento mis disculpas —seguía diciendo por el camino el juez instructor—. Cierto que me acaloré, pero es lástima, sin embargo, que no se la pegara usted a ese fiscal. ¡Canalla!

Al pasar por Alimonov, vieron detenida ante la taberna la troika de Ejov.

—Ejov está aquí —dijo Grischutkin— Esos caballos son suyos. Entremos a saludarle... Beberemos un poco de agua de seltz y de paso echaremos una mirada a la enfermerita. ¡Hay aquí una enfermera notable! ¡Qué mujer! ¡Qué maravilla de la Naturaleza!

Los viajeros bajaron del trineo y entraron en la taberna, en la que, sentados ante una mesa, Grischtkin y Tiulpanski tomaban té.

—¿Adónde vais? ¿De dónde salís? —se asombró Ejov al ver aparecer a Grischutkin y al doctor.

—Siempre a la autopsia, pero sin llegar nunca. ¡Como en un círculo vicioso! ¿Y vosotros? ¿Adónde vais vosotros?

—Al Congreso, padrecito.

—¿Por qué tan a menudo? ¿No fuiste la víspera de anteayer?

—¡Qué diablos íbamos a ir! Al fiscal le dolían las muelas, y yo también anduve algo pachucho en los pasados días. Bueno..., ¿qué vais a beber?... Sentaos, ¡treinta y tres y treinta y tres!... ¿Vodka o cerveza?... ¡A ver, enfermerita! ¡Tráenos de la una y de la otra!... ¡Vaya enfermera!

—En efecto, la enfermera es notable... —asintió el juez instructor—. ¡Es una enfermera extraordinaria! ¡Una mujer de una vez!

Dos horas después, Mischka salía de la taberna a decir al cochero del general que podía desenganchar los caballos.

—Es orden del Señor. Se han puesto a jugar a las cartas —añadió con un ademán despectivo—. Ya no saldremos de aquí hasta mañana. Pero... ¡uyuyuy!... ¡Ahora llega el jefe de Policía!... Eso quiere decir que nos quedaremos hasta pasado.

Ante la taberna se detuvo el trineo del jefe de Policía, y éste, al reconocer los caballos de Ejov, sonrió complacido y subió corriendo la escalera.

LA VENGANZA DE LAS MUJERES

(Месть женщины)

Alguien tironeaba la campanilla. Nadiézhda Petrovna, la dueña del apartamento donde ocurría la historia que se describe, se levantó del diván y corrió a abrir la puerta.

«Debe ser mi esposo...» —pensó.

Pero al abrir la puerta, vio no al esposo. Ante ella estaba un hombre alto, bonito, con una costosa pelliza de oso y unos lentes dorados. Su frente estaba fruncida, y sus ojos soñolientos miraban el mundo de Dios con indiferencia y pereza.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó Nadiézhda Petrovna.

—Yo soy el doctor, señora. A mí me llamaron aquí unos... eh-eh-eh... Chelobitióvi... ¿Usted es Chelobitióvi?

—Nosotros somos los Chelobitióvi, pero... por Dios, disculpe doctor. Mi esposo tiene flujo y fiebre. Él le mandó una carta, pero usted no vino en tanto tiempo, que él perdió la paciencia y fue al dentista.

—Hum... Él podía haber ido al dentista sin molestarme...

El doctor frunció el ceño. Pasó un instante en silencio.

—Disculpe, doctor, que lo molestamos y lo obligamos a viajar en vano... Si mi esposo hubiera sabido que usted vendría pues, créame, no hubiera ido al dentista... Disculpe...

Pasó aún otro instante en silencio. Nadiézhda Petrovna se rascó la nuca.

«¿Qué espera él pues, no entiendo?» —pensó, mirando de soslayo la puerta.

—¡Libéreme, señora! —musitó el doctor—. No me retenga. El tiempo vale tanto, sabe, que...

—O sea... Yo, o sea... Yo no lo retengo...

—¡Pero, señora, no puedo yo irme pues, sin recibir por mi trabajo!

—¿Por el trabajo? Ah, sí... —empezó a farfullar Nadiézhda Petrovna, sonrojada fuertemente—. Tiene razón... Por la visita hay que pagar, es cierto... Usted trabajó, viajó... Pero, doctor... a mí hasta me da vergüenza... mi esposo salió de la casa y se llevó todo nuestro dinero... En la casa yo ahora, resueltamente, no tengo nada...

—Hum... Es extraño... ¿Cómo hacer? ¡Yo no puedo pues esperar a su esposo! Pero busque usted, acaso encuentre algo... Es una suma, en esencia, ínfima...

—Pero le aseguro, que mi esposo se lo llevó todo... Me da vergüenza... Yo no me pondría, por un rublo, a soportar semejante... situación estúpida...

—Es extraña la visión que tienen ustedes, el público, del trabajo de los médicos... por Dios, es extraña... Como si nosotros no fuéramos personas, como si nuestro trabajo no fuera trabajo... Pues yo vine a verla, perdí tiempo... trabajé...

—Y yo entiendo eso muy bien pero, convenga, ¡hay pues tales ocasiones, cuando

en la casa no hay ni un kopek!

—Ah, ¿y qué asunto mío son esas ocasiones? Usted señora, simplemente... es inocente e ilógica... No pagarle a una persona... eso es hasta deshonesto... Se aprovecha, de que yo no la puedo entregar al juez de paz y... tan sin ceremonia, por Dios... ¡Es más que extraño!

El doctor se turbó. Le dio vergüenza la humanidad... Nadiézhda Petrovna se encendió. Se disgustó...

—¡Está bien! —dijo en tono brusco—. Espere... Yo mandaré a la tienda, y allá acaso me den dinero... Yo le pagaré.

Nadiézhda Petrovna fue a la sala y se sentó a escribir una esquila para el tendero. El doctor se quitó la pelliza, entró a la sala y se arrellanó en la butaca. En espera de la respuesta del tendero, ambos se sentaron y callaron. A los cinco minutos llegó la respuesta. Nadiézhda Petrovna sacó un rublo de la esquila y se lo metió al doctor. Al doctor se le encendieron los ojos.

—Usted se ríe, señora —dijo él, poniendo el rublo sobre la mesa—. Mi mozo, es posible que cobre un rublo, pero yo... ¡no, disculpe!

—¿Cuánto le hace falta?

—Comúnmente, yo cobro diez... A usted, es posible, le cobraré cinco, si quiere.

—Bueno, cinco de mí no espere... Yo no tengo dinero para usted.

—Mande al tendero. ¿Si él pudo darle un rublo, por qué no puede darle cinco? ¿No es lo mismo acaso? Yo le ruego, señora, no me retenga. No tengo tiempo.

—Escuche, doctor... Usted no es amable, sino... ¡atrevido! ¡No, usted es grosero, inhumano! ¿Entiende? ¡Usted es... ruin!

Nadiézhda Petrovna se volteó hacia la ventana y se mordió el labio. De sus ojos brotaron gruesas lágrimas.

«¡Canalla! ¡Miserable! —pensaba ella—. ¡Animal! ¡Se atreve... se atreve! ¡No puede entender mi horrible, lastimosa situación! ¡Bueno, espera pues... diablo!».

Y, tras pensar un poco, volteó su rostro hacia el doctor. Esta vez su rostro expresaba sufrimiento, ruego.

—¡Doctor! —dijo con voz queda, suplicante—. ¡Doctor! Si usted tuviera corazón, si usted quisiera entender... no se pondría a atormentarme por ese dinero... Y sin eso ya hay bastante tormento, bastante tortura.

Nadiézhda Petrovna se oprimió la sien, y fue como si hubiera apretado un resorte: sus cabellos se cernieron en mechones sobre sus hombros...

—Sufres por la ignorancia de tu esposo... soportas este medio espantoso, penoso, y aquí aún un hombre educado se permite hacerte un reproche. ¡Dios mío! ¡Esto es insoportable!

—Pero entienda pues, señora, que la situación especial de nuestro estamento...

Pero el doctor tuvo que interrumpir su discurso. Nadiézhda Petrovna se tambaleó y cayó sin sentido en sus brazos tendidos... Su cabeza se inclinó sobre su hombro.

—Aquí, a la chimenea, doctor —susurró ella tras un instante—. Más cerca... Yo

le voy a contar todo... todo...

A la hora el doctor salía del apartamento de los Chelobitióvi. Sentía fastidio, vergüenza y deleite...

»Qué diablos... —pensaba, sentándose en el trineo—. ¡Nunca se debe tomar mucho dinero al salir de casa! ¡Sin darte cuenta, qué te buscas!

EL VANKA^[250]

(Ванька)

Eran las dos de la madrugada.

El consejero comercial, Iván Vasílievich Kotlón, salió del restaurante *El bazar eslavo*, y caminó despacio a lo largo de la Nikolskaya, hacia el Krémlin. La noche era hermosa, estrellada... Tras los jirones y retazos de nubes las estrellas titilaban contentas, como si les agradara mirar la tierra. El aire estaba sereno y diáfano.

«Alrededor del restaurante los cocheros son caros —pensaba Kotlón—, hay que alejarse un poco... Ahí más adelante son más baratos... Y además, me hace falta caminar: me harté y estoy borracho».

Cerca del Krémlin alquiló a un *vanka* nocturno.

—¡A la Yakimánka! —ordenó.

El *vanka*, un muchacho de unos veinticinco años, chasqueó con los labios y tiró de las riendas con pereza. El caballo arrancó del lugar y anduvo despacio con un trote menudo, malito... El *vanka* le parecía a Kotlón el más auténtico, típico... Mirabas su rostro soñoliento, cuerudo, barroso, y enseguida precisabas en éste al cochero.

Fueron a través del Krémlin.

—¿Qué hora es ahora? —preguntó el *vanka*.

—Las dos —respondió el consejero comercial.

—Así... ¡Y hace más calor! Había frío, y ahora hace más calor de nuevo... ¡Cojeas villano! ¡E-e-e... forzado!

El cochero se levantó y paseó el látigo por el lomo del caballo.

—¡El invierno! —continuó éste, sentándose más cómodo y volviéndose hacia el viajero—. ¡No me gusta! ¡Yo soy demasiado friolento! Estoy parado en la helada y me entumezco todo, tiemblo... Sopla el frío, y a mí ya se me hinchó la jeta... ¡Una complexión así! ¡No estoy acostumbrado!

—Acostúmbrate... Tú tienes, hermano, tal oficio, que debes acostumbrarte...

—El hombre se puede acostumbrar a todo, eso es cierto, su excelencia... Pero hasta que te acostumbras, así te hielas unas veinte veces... Yo soy un hombre delicado, mimado, su excelencia... A mí mi padre y mi madre me mimaron. No pensaban que yo iba a ser cochero. Me colmaron de cariño. ¡El reino de los cielos para ellos! Desde que me parieron en una estufa cálida, así, hasta los diez años no me sacaron de ahí. Me acostaba en la estufa y me zampaba las empanadas, como cerdo bellaco... Era su preferido... Me vestían de la mejor manera, me enseñaron a leer para la finura. Pasaba que si corría descalzo: «¡Te vas a resfriar, querido!». Como si no fuera un *muzhik*, sino un señor. Me pegaba mi padre, y mi madre lloraba... Me pegaba mi madre, y a mi padre le daba lástima. Iba con mi padre al bosque por ramas

secas, y mi madre me arropaba con tres pellizas, como si fuera a Moscú o a Kiev...

—¿Acaso vivían en la opulencia?

—A la usanza vivíamos, a lo *muzhik*... Pasó el día, y gracias a Dios. Ricos no éramos, pero de hambre, gracias a Dios, no nos moríamos. Vivíamos, señor, en familia... de la familia, por lo tanto... Mi abuelo entonces estaba vivo, y con él vivían dos hijos. Un hijo, mi padre o sea, estaba casado, el otro no estaba casado. Y yo era el único chiquillo nada más, para consuelo de toda la familia; bueno, y me mimaban. El abuelo también me mimaba... El abuelo, sabes, tenía dinero escondido, y tenía en su imaginación esto, que yo no fuera por la línea del *muzhik*... «A ti, Petrúja —decía—, te abriré una tienda. ¡Crece!». Me colmaron de cariño pues, me colmaron, vivieron-vivieron, y salió después tal malentendido, que no es para el cariño del todo... Mi tío pues, el hijo de mi abuelo y hermano de mi padre, agarró y le robó al abuelo el dinero. Unos dos mil habían... desde que se los robó, así, desde ese entonces, vino la mina... Los caballos los vendieron, las vacas... Mi padre y mi abuelo fueron a emplearse... Se sabe, cómo es eso en el campesinado... Y a mí, siervo de Dios, de pastor... ¡Ahí tiene el cariño pues!

—Pero ¿tu tío pues? ¿Él que es?

—Él no es nada... como es debido... Arrendó en el camino real una taberna, y empezó a *vivir canturreando*... En unos cinco años se casó con una burguesa rica de Siérpujov. Ocho mil cobró por ella... Después de la boda la taberna se quemó... ¿Por qué, este mismo, no se va a quemar, si está asegurada en la sociedad? Así es debido... Y después del incendio se fue a Moscú, y arrendó allí una tienda de abarrotes... Ahora, dicen, se hizo rico, y no hay modo de llegar a él... Nuestros *muzhiks*, los de Jabárovsk, lo vieron allí, contaron... Yo no lo vi... Su apellido es Kotlón, y de nombre y patronímico, Iván Vasíliev... ¿No oyó?

—No... ¡Bueno, ve más rápido!

—¡Nos ofendió Iván Vasíliev, uh cómo nos ofendió! Nos arruinó y nos soltó por el mundo... ¿Si no fuera por él, acaso me helaría yo aquí, con mi complexión, con mi debilidad? Viviría yo, y estaría viviendo en mi pueblito... ¡Ehh! Lllaman pues a maitines... Quisiera rezarle al señor Dios, para que lo castigue por todo mi suplicio... ¡Bueno, que vaya con Dios! ¡Que Dios lo perdone! ¡Aguantaremos!

—¡A la derecha, hacia la entrada!

—Obedezco... Bueno, pues y llegamos... Y por la fábula un *quintito* debería...

Kotlón sacó del bolsillo un *altin* de cinco y se lo dio al *vanka*.

—¡Agregarle debería! ¡Lo llevé pues cómo! Y aún de rango...

—¡Basta para ti!

El señor tiró de la campanilla y al minuto desapareció tras una puerta de roble labrada.

Y el cochero subió al pescante y fue de regreso con lentitud... Sopló un viento frío... El *vanka* frunció el ceño y empezó a meter sus manos friolentas en las mangas rotas.

Él no estaba acostumbrado al frío... Era un mimado...

EL REPETIDOR

(Репетитор)

El estudiante de séptimo Egor Ziberov tiende la mano a Petia Udodov con un gesto de condescendencia. Petia, chiquillo de doce años, vestido con un trajecito gris, gordiflón, de mejillas coloradas, frente estrechita y cabellos como cerdas, hace chocar los talones y saca del armario los cuadernos. Comienza el estudio. De acuerdo con lo estipulado con papá Udodov, Ziberov deberá dar a Petia dos horas de clase diarias, recibiendo en pago de ello seis rublos al mes. Su tarea consiste en prepararle para el segundo año de bachillerato. En el pasado le preparó para el primero, no obstante lo cual Petia fue suspendido.

—Bien... —empezó diciendo Ziberov, mientras encendía un cigarrillo—. Quedamos en que iba usted a preparar la cuarta declinación. A ver... ¡Decline usted *fructus*!

Petia empieza a declinar.

—¡Otro día que no se la sabe usted! —dijo Ziberov levantándose—. ¡Es la sexta vez que le pongo a estudiar la cuarta declinación y que no se la sabe! ¿Cuándo, por fin, va a usted a estudiar la lección?

—¿Hoy tampoco la sabe? —dice a través de la puerta una voz tosiqueante.

Y el papá de Petia, el secretario provincial retirado Udodov, entra en la habitación.

—¿Otra vez?... ¿Y se puede saber por qué no has estudiado? ¡Asqueroso chiquillo! Ayer le azoté... ¡Créamelo, Egor Alekseich!

Suspirando fatigosamente, Udodov se sienta junto a su hijo y examina su gastado método de latín de Kuner. Ziberov empieza a preguntar a Petia en presencia de su padre. ¡Que sepa el tonto del padre lo tonto que es su hijo!...

Con ardor propio del examen, el repetidor comienza a acalorarse. Odia al pequeño y torpón colegial, de rojas mejillas, al que querría golpear, y hasta le irrita cuando el chiquillo contesta acertadamente. ¡Tanto le asquea Petia!

—¡De la segunda declinación no tiene usted ni idea siquiera! ¡La primera tampoco la sabe! ¡Ésta no es manera de estudiar! Bueno... Dígame ahora cuál es el ablativo de *meus filius*.

—*De meus filius...*, de *meus filius...*, pues...

Durante largo rato, Petia contempla el techo y mueve los labios, pero no da con la respuesta.

—Y el dativo plural de *dea*. ¿Cuál será?

—*Deabus...*, *filiabus...* —contesta Petia.

El viejo Udodov aprueba con la cabeza, y el estudiante, que no esperaba una respuesta justa, se siente enojado.

—¿Y qué sustantivo forma también el dativo en *abus*? —pregunta.

—Pues... creo que *anima* forma también el dativo en *abus*, aunque no lo dice el Kuner.

—¡Qué sonoridad la de la lengua latina! —observa Udodov—. *Alón...*, *tron...*, *bopus...*, *antropus...* ¡Cuánta sabiduría! ¡Y pensar que hay que aprenderse todo eso! —añade suspirando.

«Es molesto tener aquí a este animal, mientras trabajamos —piensa Ziberov—. Se sienta ahí y todo lo fisga. Detesto el control».

—Bien —se dirige a Petia—. El próximo día volverá usted a traer la misma lección de latín. Pasemos ahora a la aritmética. Coja la pizarra. ¿Qué problema toca?

Petia escupe sobre la pizarra, y la borra después con la manga. El profesor coge el libro de problemas y dicta:

—Un comerciante compró ciento treinta y ocho varas de paño negro y azul por valor de quinientos cuarenta rublos. Se pregunta: ¿Cuántas varas compró del uno y del otro si el azul costaba a cinco rublos la vara y el negro a tres? ¡Repita usted el problema!

Petia lo repite; y comienza inmediatamente, sin decir palabra, a dividir quinientos cuarenta entre ciento treinta y ocho.

—¿Para qué divide usted? ¡Espere!... Bueno, sí..., siga. ¿Hay residuo? No tiene que haberlo. Traiga, yo lo dividiré.

Ziberov lo divide y obtiene de resultado tres con residuo, lo que se apresura a borrar.

«Es extraño —piensa, tirándose del cabello y enrojeciendo—. ¿Cómo es este problema?... ¡Hum!... Debe de ser de ecuación indeterminada y no de aritmética —el profesor consulta las soluciones y halla setenta y cinco y sesenta y tres—. ¡Hum! ¡Qué extraño!... Quizá haya que sumar cinco y tres y luego dividir quinientos cuarenta entre ocho. ¿Será eso?... No, tampoco es eso».

—¡Bueno!... ¡Haga el favor de resolverlo de una vez! —dice Petia.

—Pero ¿por qué lo piensas tanto? ¡El problema es sencillísimo! —dice Udodov a Petia—. ¡Qué bobo eres, hijito! ¡Resuélvaselo usted por esta vez, Egor Alekseich!

Egor Alekseich coge el pizarrín y se dispone a resolverlo. Tartamudea. Enrojece. Palidece.

—El caso es que este problema es de álgebra —dice—. Podría resolverse con X C y también sin esto... ¿Ve?... Yo aquí divido... ¿Comprende?... Ahora esto hay que restarlo... ¿Comprende?... o si no... Lo mejor será que me lo traiga usted resuelto mañana... ¡Piénselo bien!

Petia sonríe maliciosamente; Udodov sonríe también. Ambos comprenden la turbación del profesor. El estudiante de séptimo se azara todavía más, se levanta y empieza a pasear por la habitación.

—Puede resolverse sin acudir al álgebra —dice Udodov. Y tendiendo la mano hacia el *schioti*^[251] añade con un suspiro—: Mire. Es así...

Hechos los cálculos sobre el *schioti*, obtiene sin dificultad los setenta y cinco y sesenta y tres precisados.

—Esto está hecho a nuestra manera..., no científica.

El profesor se siente terriblemente incómodo. Con el corazón sin latidos, mira el reloj y comprueba que para el fin de la lección falta todavía hora y cuarto. ¡Toda una eternidad!

—Ahora el dictado.

Después del dictado viene la geografía; luego, la religión; después, el idioma ruso. ¡Hay tanta ciencia en este mundo!... Por fin terminan las dos horas de lección. Ziberov coge el gorro, tiende condescendiente la mano a Petia y se despide de Udodov.

—Dígame... —pregunta tímidamente—. ¿No podría usted darme algo de la cuenta? Tengo mañana que pagar mis estudios. Son seis meses los que me debe usted...

—¿Yo?... ¡Ah, sí, sí! —masculla Udodov sin mirar a Ziberov—. ¡Desde luego..., con mucho gusto...! La cosa es que no puedo en este momento..., pero dentro de una semana... o de dos..., le pagaré.

Ziberov no protesta; y, tras de calzarse los pesados y sucios chanclos, se dirige a dar otra lección.

DE CAZA

(Ha oxote)

La exposición canina, con sus corceles y sus galgos, me recordó un pequeño episodio que tuvo una gran influencia en mi vida.

Una hermosa mañana recibí de un tío hacendado, del gobierno de Ekaterinoslávsk, una carta. Entre tanto, éste escribía:

«Si no vienes a verme la próxima semana, ya no te voy a considerar mi sobrino, y a tu padre lo borraré del libro de memorias... ¡Vamos a cazar, ven!...».

Había que ir.

El tío me recibió con los brazos abiertos y, como es costumbre incluso entre los cazadores más hospitalarios, sin dejarme recuperar después del largo camino ni descansar, me condujo a la perrera para mostrarme sus caballos y sus perros. Los perros, en mi opinión, son grandes, pequeños y medianos; blancos, negros y grises, fieros y mansos; pero el tío distinguía entre éstos a los manchados, los marrones oscuros, los parduscos, los avellanos, los negros píos, los negros con manchas rojizas, los moteados, un lenguaje canino por completo; me parece que si los perros supieran hablar, hablarían exactamente ese lenguaje. El tío mostraba, besaba a los perros en el hocico, y todo el tiempo me compelia a que palpara los hocicos de los perros, a que tocara sus patas.

Al otro día por la mañana me ataviaron con una pelliza y unas botas de fieltro, y me llevaron de caza.

Recuerdo ahora el gran bosque de alisos, plateado de escarcha. Un silencio reinaba en este sepulcral. Desde el bosque hasta el horizonte se extendía el campo blanco... Y no se veía final al campo. En el bosque y por el campo galopaban a caballo las pellizas... Todos tenían rostros preocupados, tensos, como si a todas esas pellizas les esperara descubrir algo nuevo, inusitado... Mi tío, rojo como un cangrejo, cabalgaba de una pelliza a la otra, daba órdenes, repartía injurias... Se oían los sonidos de las trompetas... Recuerdo esa escena ahora. Recuerdo también cómo se me acercó mi tío y me llevó al lindero del bosque.

—Párate aquí... ¡Cuando la fiera corra hacia ti desde el bosque, dispara!

—¡Pero es que yo, tío, ni el arma pues, la sé aguantar como es debido!

—Tonterías... Aprende... ¡Y mira pues! Tan pronto venga la fiera, ¡¡fuego!!

Dicho esto, el tío se alejó de mí, y yo me quedé solo. Las pellizas cabalaron hacia el bosque. Largo tiempo esperé a la fiera. Esperaba, y en ese tiempo pensaba en Moscú, soñaba, dormitaba...

«¿Y qué si yo mato a la fiera? —me imaginaba—. ¡La mato yo, y no ellos! ¡Pues qué jaleo será!».

Tras una larga espera se oyó, finalmente, un ladrido discreto... Por el bosque se

extendió el griterío... Yo monté el martillo y agucé la vista y el oído... Me empezó a latir el corazón, y se despertó en mí el instinto del cazador carnívoro. Crujieron no lejos de mí los arbustos, y vi a la fiera... Era una fiera un poco extraña, de patas largas y jeta erizada, corría directo hacia mí... Yo apreté con el dedo, el disparo retumbó y todo terminó. ¡Hurra! Mi fiera pegó un salto, cayó y empezó a retorcerse.

—¡Aquí! ¡A mí! —grité—. ¡Tío!

Señalé a la fiera moribunda. Mi tío la miró y se agarró la cabeza.

—¡Ése es mi *Skáchka*! —gritó él—. ¡Mi perro! ¡Mi muy amado perro!

Y, tras saltar del caballo, abrazó a su *Skáchka*. Y yo pronto al trineo, y me esfumé.

El no premeditado asesinato de *Skáchka* me malquistó con el tío para siempre. Éste dejó de enviarme el sustento. Al morir hace tres años, ordenó decirme que él, aún después de la muerte, no me perdonaría el asesinato de su amado perro. Y su posesión la legó no a mí, sino a cierta dama, antigua amante suya.

¡OH, MUJERES, MUJERES!

(О женщины, женщины!)

Serguéi Kuzmich Pochitáev, redactor del periódico provincial *Higos con nueces*, fatigado y agobiado, volvió de la redacción a su casa y se tumbó en el diván.

—¡Gracias a Dios! Estoy en casa, finalmente... Voy a descansar de alma aquí... junto al fuego del hogar, junto a mi esposa... Mi Másha, la única persona que me puede entender, compadecer francamente...

—¿Por qué estás tan pálido hoy? —le preguntó su esposa, María Denisovna.

—Pues así, tengo el alma infame... Vine pues a verte, y estoy contento: descansaré de alma.

—Pero ¿qué sucedió?

—En general es infame, y hoy en particular. Petrón no quiere remitir más el papel al crédito. El secretario se emborrachó... Pero todo eso son tonterías, se va a componer de algún modo... He aquí donde está la desgracia, Mániechka... Estoy sentado hoy en la redacción y leo la corrección de mi editorial. De pronto, ¿sabes?, se abre la puerta y entra el príncipe Prochujántziev, mi viejo amigo y colega; ese mismo que siempre interpreta a los primeros amantes en los espectáculos de aficionados, y que le dio a la actriz Zriákina su caballo blanco por un beso. «¿Para qué —pienso—, lo trajeron los diablos? Esto no es en vano... A Zriákina —pienso—, vino a hacerle promoción»... Empezamos a conversar... *Esto y esto, el quinto, el décimo...* Resulta que no vino por la promoción. Trajo sus versos para publicarlos...

«Sentí en mi pecho —dice—, una llama fogosa y... un fuego llameante. Quisiera probar la dulzura de la autoría...».

—Saca del bolsillo un papelito rosado, perfumado, y me lo entrega...

«Son versos —dice—... Yo en éstos —dice—, soy un poco subjetivo, pero de todas formas... Y Nekrásov era subjetivo...».

—Agarro yo esos mismos versos subjetivos y leo... ¡Una tontería imposible! Lees, y sientes que te pican los ojos y te dan punzadas en el estómago, como si te hubieras tragado una piedra molar... Le dedicó los versos a Zriákina. ¡Si me hubiera dedicado esos versos a mí, lo hubiera entregado al juez de paz! ¡En un verso cinco veces la palabra «precipitado»! ¡Y la rima! ¡Múguete en lugar de muguete! ¡La palabra «caballo» rima con «cerillo»!

«No, digo, usted es mi amigo y colega, pero yo no puedo colocar sus versos...».

«¿Y por qué?».

«Y porque sí... Por circunstancias ajenas a la redacción... No son apropiados para el programa de la redacción...».

—Me sonrojé todo, empecé a frotarme los ojos, mentí que se me partía la cabeza... Pero ¿cómo decirle que sus versos no sirven para nada? Él advirtió mi

turbación y se infló como un pavo.

«Usted, dice, está enojado con Zriákina, y por eso no quiere publicar mis versos. Yo entiendo... ¡En-entiendo, muy señor mío!».

—Por parcialidad me reprochó, me llamó fariseo, clérigo y algo más... Dos horas enteras me leyó la cartilla. Al final de todo, prometió tejer una intriga contra mi persona... Se fue sin despedirse... ¡Tales asuntos pues, *mátushka*! El cuatro de diciembre, en Varvara, es el santo de Zriákina, y los versos deben aparecer en la prensa sea como sea... ¡Siquiera muérete, pero colócalos! Publicarlos es imposible: deshonoras al periódico ante toda Rusia. No publicarlos tampoco se puede: Prochujántziev tejerá una intriga, y te hundes por menos de un grosh^[252]. ¡Dígnate pues a inventar, cómo salir de esta estúpida situación!

—¿Y qué versos son? ¿De qué? —preguntó María Denisovna.

—De nada... Un disparate... ¿Quieres, los leo? Empiezan así:

*A través del humo de un tabaco soñador
Aparecías en mis sueños,
Trayendo contigo los golpes del amor
Con una fogosa sonrisa en los labios...*

—Y después, enseguida, un cambio:

*Perdóname, mi ángel blanco como la nieve,
Amiga de mis días y mi ideal tierno,
Que yo, olvidando el amor, me lanzo desbocado ahí,
A donde las fauces de la muerte... ¡Oh, me aterro!*

—Y demás... una tontería.

—¿Y qué? ¡Son unos versos muy gentiles! —Juntó las manos María Denisovna —. ¡Incluso muy gentiles! ¿En qué no son versos? ¡Tú, simplemente, le buscas las cosquillas, Serguéi! «A través del humo... con una sonrisa fogosa». ¡Entonces, tú no entiendes nada! ¡Tú no entiendes, Serguéi!

—¡Tú no entiendes, y no yo!

—No, disculpa... ¡La prosa yo no la entiendo, pero los versos los entiendo perfectamente! ¡El príncipe escribió admirablemente! ¡Excelente! ¡Tú lo odias, y no los quieres publicar!

El redactor suspiró y golpeó con el dedo primero la mesa, después su frente...

—¡Los expertos! —musitó, sonriendo con desprecio.

Y, tomando su cilindro, movió la cabeza con amargura y salió de la casa...

«Voy a buscar por el mundo, donde haya para el ofendido una sensación de refugio^[253]... «¡Oh, las mujeres, las mujeres! ¡Por lo demás, todas las mujeres son iguales!», pensaba, caminando hacia el restaurante Londres.

Quería beber...

EL DEMONIO INGENUO

(CUENTO INFANTIL)

(Наивный леший. Сказка)

En el bosque, a la orilla de un riachuelo que un junco alto cuida día y noche, estaba parado una hermosa mañana un demonio joven, simpático. Junto a él, en la hierba, estaba sentada una sirenita jovencita y tan bonita que, si yo supiera su dirección exacta, lo dejaría todo —la literatura, la esposa y las ciencias— y volaría a ella... La sirenita tenía el ceño fruncido y, enojada, tiraba de la hierba verde.

—Yo le ruego entenderme —decía el demonio, gagueando y parpadeando confundido—. Si usted me entendiera, pues no sería tan severa. Permítame explicarle todo desde el mismo principio... hace veinte años, en este mismo lugar, cuando le pedí la mano, usted me dijo que se casaría conmigo, sólo en caso de que yo no tuviera en la cara una expresión estúpida, y para eso me aconsejó dirigirme a la gente, y aprender de esta razón y juicio. Yo, como sabe, la obedecí y me dirigí a la gente. Excelente... Al llegar a ésta, me informé ante todo de qué especialidades y oficios había. Un jurista me dijo, que la especialidad mejor y más inofensiva era acostarse en el diván, poner las piernas arriba y escupir al techo; ¡pero yo, demonio honrado, estúpido, no le creí! Ante todo, caí bajo la protección del jefe de correos. ¡Un cargo, *ma chère*, terrible! ¡Las cartas de los habitantes son tan aburridas, que simplemente te dan náuseas!

—¿Para qué pues las leía, si son aburridas?

—Así se acostumbra... Y además, no se puede sin eso... Las cartas son diversas... Uno firma «teniente fulano de tal», y bajo ese teniente Lassalle hay que entender Spinoza o... Bueno... después entré a la protección del jefe de bomberos... ¡También un cargo terrible! A cada rato un incendio... Pasaba, que te sentabas a almorzar o a jugar al *whist*, un incendio. Te acostabas a dormir, un incendio. Y dígnate pues ahí a ir al incendio, si ya se sabe por la historia natural, que a los caballos públicos no se les puede alimentar con avena. Una vez mandé a alimentar a los caballos con avena, ¿y qué cree pues?; el inspector se asombró tanto, que a mí hasta me dio vergüenza... Lo dejé...

Hay en la tierra, *ma chère*, gente que vela por que el prójimo no tenga en la cabeza ni en los bolsillos nada de más. De jefe de bomberos a ese cargo, a la mano. Entré. Todo mi servicio, en las primeras instancias, estribaba en que yo recibía la «gratitud» de la gente... Al principio, eso me gustaba terriblemente... En nuestro siglo práctico, tales sensaciones como la gratitud, pueden no gustarle sólo a las piedras, y deben ser alentadas... Pero después me desilusioné por completo. La gente

está terriblemente maleada... Agradece con cupones del año 1889, y hasta pone en circulación cupones falsos. Y además de eso, agradece, y ella misma, en los ojos, no expresa ninguna sensación agradable... ¡Trivial! De ese cargo a la pedagogía, a la mano. Entré a la pedagogía. Al principio tuve suerte, y hasta el director me estrechó la mano varias veces. Le gustaba terriblemente mi cara estúpida. ¡Pero ay! Una vez leí en *El heraldo de Europa* un artículo sobre el perjuicio de la deforestación^[254], y sentí que me remordía la conciencia. A mí antes, hablando con franqueza, me daba lástima utilizar nuestro querido, verde abedul para fines tan bajos como la pedagogía^[255].

»Le expresé al director mi duda, y la expresión estúpida de mi cara fue calificada de falsa. Yo, ¡uf! Después entré con los doctores. Al principio tuve suerte. Las difterias, ¿sabe?, los tifus... Aunque no aumenté la tasa de mortalidad, de todas formas fui notable. En ascenso, me nombraron médico de la *Casa cuna* de Moscú. Aquí, además de las recetas y la visita a los pabellones, me exigían reverencias, inclinaciones, y el saber viajar en la trasera con dignidad... El doctor mayor, Solovióv^[256], ese mismo que en Odesa, en un congreso, se sentía en el empíreo, me exigía hasta que le hiciera ojitos. Cuando le dije que las reverencias y los ojitos no se enseñaban en la facultad de medicina, me consideraron un librepensador que no respeta el linaje...

»Tras una fracasada doctoría, me dediqué al comercio. Abrí una panadería y empecé a hornear panes. ¡Pero, *ma chère*, en la tierra hay tantos insectos, que es simplemente un horror! Cualquier bollo que partía, en cada uno había una cucaracha o un renacuajo.

—¡Ah, basta de decir disparates! —exclamó la sirenita, perdiendo la paciencia—. ¿Quién diablos le pidió a un imbécil como usted, entrar de jefe de bomberos y hornear panes? ¿Es posible que un cerdo como usted, no pudo encontrar en la tierra algo más inteligente y elevado? ¿Acaso la gente no tiene ciencias, literatura?

—Yo, sabe, quería entrar a la universidad, pero un recaudador de accisas me dijo que ahí son todo desórdenes... Fui y literato... ¡los diablos me arrastraron a esa literatura! Escribía bien, y hasta brindaba esperanza pero, *ma chère*, en las cárceles hace tanto frío y hay tantas chinches, que hasta en el recuerdo el aire huele a chinches. Con la literatura terminé... Morí en el hospital... El fondo literario me enterró por su cuenta. Los reporteros de diez rublos tomaron vodka en mis funerales. ¡Querida mía! ¡No me envíe a la gente de nuevo! ¡Le aseguro que no soportaré esa prueba!

—¡Esto es horrible! ¡Me da lástima usted, pero eche una mirada al río! ¡Su cara se hizo más estúpida que antes! ¡No, vaya de nuevo! ¡Dedíquese a las ciencias, a las artes... viaje, finalmente! ¿No quiere eso? ¡Bueno, váyase así, y siga ese consejo que le dio el jurista!

El demonio empezó a suplicar... ¡Y qué no dijo para librarse del viaje ingrato!

Dijo que no tenía pasaporte, que estaba en observación, que ante el curso actual era penoso hacer cualquier viaje que fuera, pero nada lo ayudó... La sirenita se salió con la suya. Y el demonio está entre la gente de nuevo. Él ahora sirve, sirvió ya hasta consejero civil, pero la expresión de su cara no cambió nada: ésta, como antes, es estúpida.

EL PERDÓN

(Прощение)

En el día del perdón^[257] yo, según la costumbre cristiana y según mi cordialidad, los perdono a todos...

Al cerdo triunfante^[258] lo perdono, porque este... contiene en sí triquina.

Perdono en general todo lo viviente, apretado, opresivo y asfixiante... como: las botas apretadas, el corsé, las ligas y demás.

Perdono a los boticarios, porque preparan tintas rojas.

Al soborno, porque lo aceptan los funcionarios.

A la papilla del abedul^[259] y a las lenguas antiguas, porque nutren a los jóvenes y brindan placer a los ancianos^[260], y no al revés.

A *La voz*^[261], porque se cerró.

A los consejeros activos, porque gustan de comer bien.

A los *muzhiks*, porque son malos gastrónomos.

Perdono al billete del rublo... A propósito: un secretario del consistorio, teniendo en sus manos un rabio recién ganado, decía al diácono: «¡Pues ves, mira tú conmigo, padre diácono! ¡De ningún modo entiendo mi carácter! Tomemos siquiera pues, este rublo de ejemplo... ¿Qué es? Cae pues, está humillado, deshonrado, se ennegreció más que el hollín, perdió toda honesta reputación, ¡y yo lo quiero! Lo quiero a pesar de todos sus defectos, y lo perdono... ¡Nada puedes hacer, hermano, con mi buen carácter!». Así pues y yo...

Me perdono, porque no soy un noble y no empecé aún la posesión de mis padres.

A los literatos los perdono, porque aún y hasta ahora existen.

Perdono a Okréitz^[262], porque su *Rayo* no es tan suave como se requiere.

Perdono a Suvórin^[263], los planetas, los cometas, las damas de clase, *a ella* y, finalmente, al punto, que me impide perdonar hasta el infinito.

EL SUEÑO DEL REPORTERO

(Сон репортера)

«Ruego encarecidamente estar hoy en el baile de disfraces de la colonia francesa. Excepto usted, no hay nadie que vaya. Haga una nota, en lo posible con detalle. Si por algún motivo no puede estar en el baile, pues informe de inmediato, le rogaré a algún otro. Con esta adjunto un billete. Suyo... (sigue la firma del redactor).

»P. S.: Habrá una lotería-tómbola. Se rifará un jarrón, regalado por el presidente de la República francesa. Le deseo ganar».

Leída esta carta, Piotr Semiónovich, el reportero, se acostó en el diván, encendió un cigarrillo y, con suficiencia, se acarició el pecho y el estómago. (Recién había almorzado).

—Le deseo ganar —remedó al redactor—. ¿Y con qué dinero voy a comprar el billete? Seguro, no me va a dar dinero para los gastos, cer-rdo. Tacaño, como Pliúshkin^[264]. Si tomara ejemplo de las redacciones extranjeras... Allá saben valorar a las personas. Tú eres, supongamos, Steily^[265], vas a buscar a Livingstone. Bueno. ¡Toma tantos miles de libras esterlinas! Eres John Bull^[266], vas a buscar al Jeanette^[267]. Bueno. ¡Toma diez mil! ¿Vas a describir el baile de la colonia francesa? Bueno. Toma... unas cincuenta mil... ¡Así es en el extranjero! Y éste me mandó un billete, después me pagará un quinto por línea, y se figura... ¡Cer-rdo!

Piotr Semiónich cerró los ojos y se quedó pensativo. Una multitud de ideas, pequeñas y grandes, pulularon por su cabeza. Pero pronto todas esas ideas se cubrieron con una suerte de agradable neblina rosada. De todas las rendijas, agujeros y ventanas se empezó a derramar con lentitud, hacia todas partes, una gelatina semitraslúcida, suave... El techo empezó a descender... Entraron corriendo unos enanitos, unos caballos pequeños con cabezas de ánade, algo batió su ala grande, suave, corrió un río... Pasó de largo un cajero pequeño con unas letras muy grandes, y sonrió... Todo se ahogó en su sonrisa y... Piotr Semiónich empezó a soñar.

Se puso el frac, los guantes blancos y salió a la calle. En la entrada ya hace tiempo que lo espera la carroza con el monograma de la redacción. Del pescante salta un lacayo con librea y lo ayuda a sentarse en la carroza, lo acomoda, como a una señorita aristócrata.

Al minuto la carroza se detiene a la entrada del Club de nobles. Él, arrugando la frente, entrega su abrigo y, con importancia, sube por la escalera iluminada, ricamente decorada. (Un lujo terrible). Plantas tropicales, flores de Niza, trajes que

valen miles.

—El corresponsal... —corre el murmullo entre la multitud numerosa—. Es él...

Hacia él corre un viejecito pequeño con un rostro preocupado, con órdenes.

—¡Disculpe, por favor! —le dice a Piotr Semiónich—. ¡Ah, disculpe, por favor!

Y toda la sala repite tras él:

—¡Ah, disculpe, por favor!

—¡Ah, basta! Usted me confunde, en verdad... —dice el reportero.

Y de pronto, para su gran asombro, empieza a parlotear en francés. Antes sabía sólo «merci», pero ahora ¡fluido! Así, qué hay de bueno, hasta hablas en chino.

Piotr Semiónich toma una flor y lanza cien rublos, y en ese mismo instante le entregan un telegrama del redactor: «Gane el regalo del presidente de la República francesa y describa sus impresiones. La respuesta de mil palabras está pagada. No escatime el dinero». Va a la tómbola y empieza a tomar billetes. Toma uno... dos... diez... Toma cien, finalmente mil, y recibe un jarrón de porcelana de Sevres. Abrazando con ambas manos el jarrón, se apresura adelante.

A su encuentro viene una damita con unos suntuosos cabellos linosos y de ojos azules. Su vestido es notable, por encima de toda crítica. Tras ella la multitud.

—¿Quién es? —pregunta el reportero.

—Y ésa es una francesita célebre. Encargada a Niza con las flores.

Piotr Semiónich se le acerca y se recomienda. Al minuto, la toma de la mano y anda, anda... Él necesita averiguar mucho de la francesita, mucho, mucho... ¡Ella es tan encantadora!

«¡Ella es mía! —piensa—. ¿Y dónde pondré el jarrón en mi habitación?» —considera, admirando a la francesita. Su habitación es pequeña, y el jarrón crece, crece y crece tanto, que no se acomoda incluso en la habitación. Está listo a llorar.

—Aah... así, ¿usted ama al jarrón más que a mí? —dice de pronto, ni por lo uno ni lo otro, la francesita, ¡y pum al jarrón con el puño!

El vaso precioso se quiebra ruidosamente y vuela en pedazos. La francesita se ríe a carcajadas y corre a algún lugar en la neblina, en la nube. Todos los gaceteros están parados y se ríen a carcajadas... Piotr Semiónich, enfurecido, con espuma en la boca, corre tras ellos y de pronto, hallándose en el Teatro Bolshói, cae cabeza abajo desde la sexta grada.

Piotr Semiónovich abre los ojos y se ve en el suelo, junto a su diván. Le duelen, por la contusión, la espalda y el codo.

«Gracias a Dios no está la francesita —piensa, frotándose los ojos—. El jarrón, entonces, está entero. Bien que no estoy casado, si no, es posible, los niños se pondrían a retozar y romperían el jarrón».

Frotados los ojos como es debido, no ve el jarrón tampoco.

«Todo esto es un sueño —piensa—. No obstante, ya es la una de la madrugada... El baile ya hace tiempo que empezó, es hora de ir... Me acostaré aún un poco, ¡y en marcha!».

Acostado aún un poco se desperezó y... se durmió, y así no fue al baile de la colonia francesa.

—¿Bueno, qué? —le preguntó al otro día el redactor—. ¿Estuvo en el baile? ¿Le gustó?

—Más o menos... Nada peculiar... —dijo, poniendo cara aburrida—. Lánguido. Aburrido. Escribí una nota de doscientas líneas. Amonesto un poquito a nuestra sociedad, porque no sabe divertirse.

Y dicho esto, se volvió hacia la ventana y pensó del redactor:

«¡Cer-rdo!».

CANTORES

(Певчие)

Por haber recibido el juez de paz una carta de Pitier, corrió la voz por Efremovo de que en breve el señor, el conde Vladimir Ivánich, llegaría a la localidad. No se sabía, sin embargo, cuándo llegaría.

—Cae aquí como un espíritu en la noche... —decía el padre Kuzma, el pequeño y canoso pope de sotana color malva—. ¡Si viene, en efecto, con la nobleza y las clases altas, se nos acabó la tranquilidad!... ¡El vecindario en pleno se irá allá, seguramente! ... ¡Tú, Alekseich..., pon por tu parte todo el mayor interés posible!... ¡Te lo pido de corazón!

—¿Yo, qué?... —dice Alekséi Alekseich frunciendo el entrecejo—. ¡Ya tendré bastante con ocuparme de lo mío!... ¡Conque mi enemigo entone la *ektenia*^[268] como es debido!...

—¡Bueno, bueno!... ¡Ya se lo suplicaré yo al diácono!... ¡Ya se lo suplicaré!

Alekséi Alekseich ejerce el oficio de sacristán en la iglesia de los Tres Santos, de Efremovo. Al mismo tiempo da clase de canto religioso y civil a los chicos de la escuela, por lo que percibe, del despacho del conde, sesenta rublos al año. A cambio de esta enseñanza obliga a los escolares a cantar en la iglesia. Alekséi Alekseich es un hombre robusto, de alta estatura, andar reposado, y grasiento y afeitado rostro, parecido a la ubre de una vaca. Su aire imponente y su barbilla de dos pisos, antes bien dan el aspecto de un hombre situado en el peldaño superior de la alta jerarquía civil que de un sacristán. Resultaba singular verle hincar las rodillas en tierra y dar con la cabeza en el suelo para saludar a su ilustrísima, y el que un día, por orden de éste, y a consecuencia de una querella particularmente fuerte con el diácono Evlampii Audiesov, hubiera tenido que permanecer dos horas arrodillado. La grandeza se acomodaba más a su figura que la humillación.

Habiendo corrido la voz de que el conde estaba próximo a llegar, todos los días y todas las noches hacía ensayar a sus coros. Los ensayos tenían lugar en la escuela y sin que los estudios sufrieran perturbación, pues al dar estos comienzos, el profesor, Serguei Makarich, ocupaba a los escolares en ejercicios de caligrafía, mientras él mismo se unía a los tenores en calidad de aficionado.

He aquí cómo transcurre el ensayo. Dando un portazo y sonándose la nariz entra en la clase Alekséi Alekseich; de detrás de las mesas salen los tiples y barítonos, y haciendo ruido con los pies, como los caballos, llegan del patio (en el que llevan largo tiempo esperando), los tenores y los bajos. Todos ocupan sus sitios. Alekséi Alekseich endereza su figura, da la señal de silencio y hace sonar el diapasón:

—¡To-to-to-tón!... ¡Do, mi, sol, do!...

—¡A-a-a-mén!...

—¡Adagio!... ¡Adagio!... ¡Otra vez!...

Al *amén* sigue el *¡Dios nos salve!* de la gran *ektenia*. Hace tiempo que todo esto ha sido ya aprendido, que se ha cantado mil veces, que está masticado y sólo se canta por fórmula. Se canta perezosamente, sin conciencia de lo que se canta. Alekséi Alekseich mueve pausadamente la mano y se une tan pronto a los tenores, como a los bajos. Todo se hace tranquilamente, sin nada interesante. Sin embargo, cuando llega el momento de cantar la *jeruvimskaia*^[269], el coro empieza de repente a sonarse, a toser, a volver rápidamente las hojas. El maestro de coro da la espalda a éste y, con expresión misteriosa, se pone a afinar su violín. Los preparativos duran aproximadamente dos o tres minutos.

—¡Cada cual a su sitio!... ¡Miren con más atención a la partitura!... ¡Que los bajos no canten demasiado fuerte!... ¡Más piano!...

Se elige la *jeruvimskaia*, de Bortniamski, número siete, y a una señal dada se hace el silencio. Los ojos se fijan en las partituras y los tiples abren sus bocas. Alekséi Alekseich deja caer pausadamente la mano.

—¡Piano!... ¡Piano!... ¡Está escrito *piano*!... ¡Más ligero! ¡Más ligero!

—Viiii..., iiiii..., miiiiii...

Cantando *piano*, el rostro de Alekséi Alekseich se llena de bondad y de ternura; como si estuviera viendo en sueños un buen entremés.

—¡Fuerte!... ¡Fuerte!...

Cantando fuerte, la grasienta cara del maestro de coro expresa un susto tan grande que llega al espanto.

La *jeruvimskaia* sale siempre bien. Tanto, que escolares, dejando su caligrafía, se ponen a seguir con la vista los movimientos de Alekséi Alekseich. Bajo las ventanas se para la gente, y entrando en la clase con el delantal puesto y un cuchillo de mesa en la mano, el guarda Vasilií escucha con profunda atención. Como brotado de la tierra surge el padre Kuzma, con semblante preocupado... Terminado el canto, Alekséi Alekseich se enjuga el sudor de la frente, y presa de excitación se acerca al padre Kuzma.

—¡No comprendo, padre Kuzma —dice encogiéndose de hombros—, por qué el pueblo ruso tiene poca comprensión!... ¡No lo comprendo..., y Dios me castigue!... ¡Es una gente tan inculta que no hay manera de saber lo que guardan en el gañote o en cualquier otra entraña!... ¡Conque te has atragantado!... —dice después, dirigiéndose al bajo Gennadii Semichev, el hermano del tabernero.

—¿Y qué?...

—¡Que no parece tu voz!... ¡Rechina como una cazuela! ¡Lo que pasará es que ayer habrás empinado el codo!... ¡Eso!... ¡De tu boca sale el mismo olor que de una taberna!... ¡Pues sí que!... ¡Eres un *muzhik*, hermano! ¡Un patán!... ¡Vaya un cantor... que se reúne en la taberna con los *muzhiks*!... ¡Eres un burro, hermano!...

—Eso es un pecado, hermano... Eso es un pecado —balbucea el padre Kuzma—.

Piensa que Dios todo lo ve..., que su mirada todo lo penetra.

—¿Cómo habrá de comprender nada en absoluto cuando el pensamiento lo tiene ocupado con la vodka y no con lo divino?... ¡Tonto! ¡Más que tonto!

—No te excites. No te excites —dice el padre Kuzma—. No te enfades. Yo le suplicaré...

Y el padre Kuzma, dirigiéndose a Gennadii Semichev, empieza a suplicar a éste:

—¿Por qué eres así?... ¡Compréndelo con la inteligencia!... ¡El hombre, al cantar, debe abstenerse de beber..., porque tiene la garganta... como si dijéramos tierna!...

Como si la cosa no fuera con él, Gennadii se rasca el cuello y mira de reojo a la ventana. Tras la *jeruvimskaia* se canta el credo; después, con mucho sentimiento y sin tropiezos, otro cántico, y así sucesivamente hasta el *Padre nuestro*.

—A mi parecer, padre Kuzma, el *Padre nuestro* corriente es mejor que el de la partitura... ¡Ése es el que deberíamos cantar ante el conde!

—¡No, no!... Canta el de la partitura. El que acostumbra oír el conde en las capitales es el de la partitura... Seguramente que allí las capillas... ¡Qué partituras no hay allí, hermano!...

Después del *Padre nuestro* se oyen otra vez toses, un nuevo sonar de narices y volver de hojas. Se disponen a ejecutar lo más difícil... Alekséi Alekseich tiene dos cosas en estudio: el *Santo Dios* y el *Gloria*. Lo que salga mejor será lo que se cante delante del conde. Durante el curso del concierto el maestro de coro se apasiona y la expresión bondadosa de su rostro cede su sitio a la de susto. Alza y baja los brazos, mueve los dedos y sacude los hombros...

—¡Fuerte!... ¡Andante!... ¡Fortísimo!... ¡Tú..., cara de ídolo! ¡Canta!... ¡Más suave, tenores! To-to-ti-to-ton!... ¡Sol! ¡Si! ¡Sol!... ¡Tu..., cabeza de tonto!... ¡Santo!... ¡Esos bajos!... ¡Sa... aaanto!...

El arco de su violín se pasea por las cabezas y los hombros de los tiples y barítonos que desafinan, su mano izquierda agarra a cada momento por las orejas a los pequeños cantores e incluso una vez, llevado por el entusiasmo, su dedo doblado golpea al bajo Gennadii bajo la barbilla. Pero los cantores no lloran..., los golpes no les ofenden..., comprenden toda la importancia de la ejecución de aquella tarea.

Después del concierto pasa un minuto en silencio. Alekséi Alekseich, sudoroso, rojo, agotado, se sienta en el alféizar de la ventana y pasea una mirada turbia y pesada, pero victoriosa, sobre los presentes. De pronto, con gran disgusto, divisa entre el grupo de oyentes al diácono Avdiesov. El diácono, hombre alto y robusto, de encarnado rostro picado de viruelas y con paja en el cabello, en pie y apoyado en la estufa, sonríe despreciativamente.

—¡Canta, canta!... ¡Canta tus partituras!... —masculla con voz de bajo profundo—. ¡Como si el conde necesitara de tus cánticos!... ¡A él..., que cantes o no cantes la partitura!... ¡Con lo ateo que es!...

El padre Kuzma mira asustado a su alrededor y mueve los dedos.

—¡Bueno, bueno!... ¡Cállate, diácono! ¡Te lo suplico!...

Tras el concierto se entona otro cántico y termina el ensayo. Los cantores se separan para volver a reunirse por la noche y celebrar un nuevo ensayo. Y así día por día...

Pasa un mes; otro... Ya el administrador ha recibido la noticia de la próxima llegada del conde. He aquí que, por fin, las persianas polvorientas son arrancadas de las ventanas de su casa y que Efremovo escucha los sonidos desafinados de un piano. El padre Kuzma se consume poco a poco sin saber él mismo qué es lo que le consume, si el entusiasmo o el susto. El diácono se pasea y sonríe.

El sábado por la tarde, el padre Kuzma entra en la casa del maestro de coro. Su rostro está pálido, sus hombros se encorvan, el brillo de su sotana color malva se ha apagado.

—Vengo de ver a su excelencia —dice tartamudeando al maestro de coro—. Es hombre instruido..., de sentimientos delicados..., pero... ¡hay cosas que le ofenden a uno, hermano!... «¿A qué hora —le digo— desea su excelencia que empiece mañana la liturgia?», y él me contesta: «Cuando usted quiera, sólo que... hágala, si puede, lo más corta posible..., sin cantores...». ¡Sin cantores! ¿Comprendes eso?... ¡Sin cantores!...

El rostro de Alekséi Alekseich se tiñe de un rojo escarlata. Le sería más fácil estarse otra vez dos horas de rodillas que escuchar estas palabras. Se pasa la noche sin dormir y no le ofende tanto el haber realizado en vano su trabajo, como el saber que Avdiesov no le dejará en paz con sus burlas. Avdiesov se alegrará de su dolor.

Éste, al día siguiente, mientras dura la misa mira de soslayo, despreciativamente, hacia el sitio en que deberían estar los cantores, y en donde sola como un hongo, canta la voz de bajo de Alekséi Alekseich. Al pasar ante él con el incensario, masculla:

—¡Anda!... ¡Canta la partitura!... ¡Esmérate!... Quién sabe si el conde dará cinco rublos para el coro...

Después de la misa, el maestro de coro, empequeñecido y enfermo por la ofensa, se dirige a su casa. Junto a la entrada de ésta, Avdiesov, rojo el semblante, le da alcance.

—¡Espera, Alioscha! —dice el diácono—. ¡Espera, tonto!... ¡No te enfades!... ¡No eres tú solo! ¡Yo también he llevado mi parte!... Figúrate que en cuanto termina la misa, el padre Kuzma se acerca al conde y le pregunta: «¿Qué opina su excelencia de la voz del diácono?... ¿No le parece perfectísima su octava?...». ¿Y sabes lo que opinó el conde?... ¡Todo un cumplido! «¡Gritar —dice— lo hace cualquiera!... ¡En una persona no importa tanto la voz como la inteligencia!». ¡Es un ateo!... ¡Un ateo y nada más!... ¡Ven, hermano! ¡Vamos a bebernos juntos un trago para consuelo de la ofensa!

Y cogidos del brazo, los enemigos salen del portalón.

DOS CARTAS

(Два письма)

I. LA CUESTIÓN SERIA

¡Gentil y querido tío mío, Anísim Petróvich!

Ahora estuvo en casa su paisano Kuroshéev y me informó, entre tanto, que en estos días regresó del extranjero su vecino Murdashévich con su familia. Esa noticia me sorprendió aún más, porque antes corrieron rumores, de que los Murdashévich se quedarían para siempre en el extranjero.

¡Querido y gentil tío! Si usted quiere siquiera un poco a su sobrino, pues vaya a ver, hijito, a Murdashévich, y averigüe cómo anda su pupila Máshenka. Le confieso el atesorado secreto de mi alma. Sólo a usted sólo se lo puedo confiar. ¡Yo amo a Máshenka, la amo con pasión, más que a la vida! Seis años de separación no aminoraron mi amor por ella ni en una gota. ¿Está viva ella, saludable? Escriba, ¿con qué aspecto la encontró, si me recuerda ella, si me ama como antes? ¿Puedo yo escribirle a ella una carta? Averigüe todo, hijito, y describa con más detalle.

Dígale a ella que yo ya no soy ese tímido, pobre estudiante... Yo ya soy un jurado acreditado, tengo práctica, dinero... En una palabra, para la felicidad absoluta sólo me falta ella... ¡Sólo!

En espera de prontísima respuesta le abraza.

Vladimir Grechniév.

II. LA RESPUESTA DETALLADA

¡Gentil sobrino mío, Volodia!

Recibida pues tu carta, yo al otro día fui a ver a Murdashévich. ¡Un hombre excelente! Envejeció y encaneció en el extranjero, pero conservó su recuerdo de mí, de su viejo amigo; así que, cuando entré, me abrazó y, mirándome largo tiempo a la cara, dijo con una tímida, tierna exclamación: «¡No lo reconozco!». Cuando pues nombré mi apellido, él otra vez me abrazó y dijo: «Ahora recuerdo». ¡Buen hombre! Estando en su casa, bebí y piqué, y después nos sentamos con el *préférence* a una decena. Me explicó de muchas formas y diversas maneras sobre el extranjero, y me divirtió mucho su juguetona descripción de las ridículas costumbres alemanas. Pero la ciencia de los alemanes, dice, es de lejos trivial. Me enseñó asimismo un cuadro, comprado de paso por Italia, que representa a una persona del sexo femenino con una ropa extraña, indecente. Vi también a Máshenka. Estaba con un rico vestido de color rosado y unos adornos sencillos de carácter precioso. Te recuerda, y hasta le brotaron las lágrimas de los ojos cuando preguntó por ti. Espera cartas de ti y te agradece por

la memoria y el sentimiento. ¡Tú escribes que tienes práctica y dinero! Cuida, almita, el dinero, y condúctete con moderación y abstinencia. Yo, cuando era joven, me entregaba a los excesos voluptuosos, pero con prontitud y abstinencia, y con todo me arrepiento. Después de esto, te bendigo y deseo todo lo mejor.

Tu tío y benévolo, *Anísim Grechnióv*.

P. S.: Escribes tú de modo, aunque no legible, muy atractivo y elocuente. Le enseñé tu carta a todos los vecinos. Tras leerla, te tomaron como por cuentista, así que hasta el hijo del padre Grigori, Vladimir, la copió para mandarla al periódico. Se la enseñé asimismo a Máshenka y a su esposo, el alemán Urmager, con el que Máshenka se casó el año pasado. El alemán leyó y elogió. Y ahora yo les enseño y leo tu carta a todos. ¡Escribe más! Y el caviar de Murdashévich es muy rico.

EL LIBRO DE RECLAMACIONES

(Жалобная книга)

Este libro está dentro de un pupitre construido especialmente para él, en las estaciones de tren. La llave del pupitre la guarda el jefe de estación, aunque en realidad no hace falta, puesto que está siempre abierto. Abra el libro y lea:

«Muy señor mío: Estoy probando la pluma».

Debajo hay dibujada una cara con una nariz larga y cuernos. Bajo la cara está escrito:

«Tú eres un dibujo. Yo soy un retrato. Tú eres una bestia y yo no. Yo soy tu morro».

«Cuando estaba llegando a esta estación, se me voló la gorra al contemplar el paisaje por la ventanilla. I. Yarmonkin».

«No sé quién es el escritor, yo soy el tonto lector».

«Testimonio del jefe del servicio de reclamaciones, Koroliiov».

«Presento mi reclamación a las autoridades contra el conductor Kuchkin por mostrarse grosero con mi mujer. Mi mujer no armaba ningún escándalo, al contrario, intentaba no hacer ruido. Me quejo también del gendarme Kliatvin que, sin ninguna consideración hacia mi persona, me agarró groseramente del hombro. Resido en la hacienda de Andrei Ivánovich Ischeev, quien conoce mi conducta. El empleado Samoluchschev».

«¡Nikándrov es socialista!».

«Hallándose bajo el efecto de la reciente impresión de un acto indignante... (tachado). Al pasar por esta estación, me sentí indignado hasta el fondo de mi alma por lo siguiente... (tachado). Ante mis ojos tuvo lugar el escandaloso suceso que expongo a continuación y que ilustra vivamente el orden de nuestros ferrocarriles... (todo lo que sigue está tachado, excepto la firma). El alumno de 7.º curso del Instituto Alexei Zudiov de Kursk».

«Mientras esperaba la salida del tren, me puse a examinar la fisionomía del jefe de estación y quedé muy descontento de ella. Dejo constancia de ello por la vía jerárquica. Un veraneante que no se aburre».

«Yo sé quién ha escrito eso. Ha sido M. D.».

«¡Señores! ¡Teltsovski hace trampas!».

«La mujer del gendarme se fue ayer al río con el tabernero Kostka. Para ellos, los mejores deseos. ¡Ánimo, gendarme!».

«Al pasar por esta estación, hallándome hambriento, no he podido encontrar en ella ninguna comida de Cuaresma. El diácono Dújov».

«Zampa lo que te den».

«El que encuentre una pitillera de piel, que la entregue en la taquilla a Andrei

Yegórich».

«Ya que me han expulsado del servicio bajo el pretexto de que me emborracho, declaro que todos ustedes son unos bribones y unos ladrones. El telegrafista Kozmodemianski».

«¡Que la virtud sea vuestra insignia!».

«Katinka, te quiero con locura».

«Les ruego que no escriban asuntos extraños al servicio en este libro de reclamaciones. Por orden del jefe de estación, Ivánov Séptimo».

«Aunque seas el séptimo, eres idiota».

LA LECTURA

(RELATO DE UN VIEJO EXPERIMENTADO)

(Чтение. Рассказ старого воробья)

En el despacho de nuestro jefe, Iván Petrovich Semipalatov, hallábase un día sentado el empresario del teatro de la localidad, Galamidov, hablando con aquel de la belleza y manera de interpretar de nuestras actrices.

—No estamos de acuerdo —decía Iván Petrovich al tiempo que firmaba papeles—. Sofía Iurievna tiene un talento fuerte y original. ¡Es simpática, graciosa, encantadora!...

Iván Petrovich se disponía a continuar; pero, no permitiéndole el entusiasmo articular una palabra más, se limitó a sonreír de una manera tan amplia y dulzona que el empresario, al mirarlo, sintió que la boca se le llenaba de algo dulce.

—Me agrada de ella esa inquietud..., ese palpar de su pecho juvenil cuando lee un monólogo... ¡Arde..., lo que se dice arde!... ¡Dígale de mi parte, que en esos momentos yo me siento dispuesto a todo!

—Excelencia..., sírvase firmar esta comunicación de la Comisaría de Jerson, referente a...

Semipalatov alzó su rostro sonriente y vio ante sí al funcionario Merdiaev, que con ojos inexpresivos le presentaba un papel para la firma. Semipalatov hizo una mueca de desagrado. La prosa venía a interrumpir a la poesía en el momento más interesante.

—Esto podía haberse dejado para después. ¿No ve usted que estoy conversando? ¡Qué gente tan mal educada y tan poco delicada!... ¿No decía usted, señor Galamidov, que ya no quedaban tipos gogolianos?... Pues aquí tiene usted uno. ¿No es este uno de sus tipos?... Descuidado, con los codos rotos, bizco, sin peinarse jamás... ¡Y mire cómo escribe!... ¡Algo horrible!... Escribe sin sentido y haciendo faltas como cualquier zapatero. Mire usted, ¡por favor!

—¡Hum!... —bramó Galamidov mirando el papel—. En efecto... Usted, señor Merdiaev, con seguridad lee muy poco.

—¡Y así no es posible, amigo! —prosiguió el jefe—. ¡Me avergüenzo de usted! ¡Si por lo menos hubiera usted leído!...

—La lectura hace mucho —dijo Galamidov, suspirando sin motivo alguno—. ¡Mucho!... Debe usted leer, y cuando lea ya verá cómo su horizonte cambia radicalmente. Usted puede procurarse libros donde quiera..., en mi casa, por ejemplo. Yo mismo, si usted quiere, le traeré alguno.

—Dé las gracias, amigo —dijo Semipalatov.

Merdiaev saludó torpemente, movió los labios y se retiró.

Al día siguiente Galamidov llegó a nuestra oficina trayendo consigo un montón de libros. Y éste es el preciso momento en que dio comienzo nuestra historia. ¡Ni los descendientes de Semipalatov perdonaron nunca a éste un proceder tan ligero! Si hubiera sido un adolescente podría habersele perdonado; pero siendo, como era, un consejero, el perdón era imposible.

Merdiaev, a la llegada del empresario, fue llamado al despacho.

—¡Tome, amigo, y lea! —dijo Semipalatov entregándole un libro—. ¡Lea con atención!

Con manos temblorosas cogió Merdiaev el libro y salió del despacho. Estaba pálido, sus ojos bizcos giraban inquietos, como si buscaran una ayuda entre los objetos que le rodeaban. Nosotros le quitamos el libro de las manos y lo examinamos atentamente.

Era éste *El conde de Montecristo*.

—Nadie puede oponérsele —dijo con un suspiro Projov Semiólnich Budilda, nuestro viejo contable—. Tú procura esforzarte como puedas..., vete leyendo poco a poco, y más tarde, si Dios quiere quizá se le olvide y te sea posible dejarlo... Tú no te asustes... Lo principal es no penetrar en la lectura. ¡Lee..., pero no penetres en esas inteligencias!...

Merdiaev envolvió el libro en un papel y se sentó a escribir. Aquella vez, sin embargo, no se encontraba en disposición de hacerlo. Le temblaban las manos y los ojos se le torcían en todas direcciones, uno se le iba al techo y otro al tintero. Al día siguiente, cuando llegó al trabajo, en su rostro se veían señales de llanto.

—¡He empezado cuatro veces —dijo—, pero no me ha sido posible comprender nada! ¡No sé qué de unos extranjeros!...

Cinco días después, al pasar por delante de las mesas, Semipalatov se detuvo ante Merdiaev y preguntó:

—Bien, ¿y qué?... ¿Leyó usted el libro?

—Sí, excelencia. Lo he leído.

—¿Y de qué trata lo que ha leído usted, amigo? ¡A ver..., cuéntenoslo!

Merdiaev levantó la cabeza y movió los labios.

—¡Se me ha olvidado, excelencia!... —dijo al cabo de un minuto.

—Eso significa que no lo ha leído usted..., o que lo ha leído sin poner atención..., automáticamente. ¡Así no puede ser!... Tiene usted que leerlo otra vez, ¡Esto se lo recomiendo a ustedes, señores, a todos en general! ¡Todos tienen que leer! ¡Cojan ustedes libros de los que están en mi despacho, encima de la ventana, y lean! ¡Paramonov, vaya usted ahora mismo y coja un libro! ¡Vaya usted también, amigo Podjodzev!... ¡Y usted, Smirnov, también! ¡Vayan todos, señores..., se lo ruego!

Todos fueron y cogieron cada uno un libro. Budilda fue el único que se atrevió a protestar. Moviendo las manos y la cabeza, dijo:

—Perdóneme, excelencia...; pero yo, antes le pediría el retiro que... Yo ya sé lo

que ocurre cuando se leen esas críticas y composiciones... ¡Por culpa de ellas mi nieto mayor llama estúpida a su propia madre en su misma cara y se pasa la Cuaresma bebiendo leche! ¡Perdóneme!

—¡Es que usted no comprende de lo que se trata! —dijo Semipalatov, que por lo general solía perdonar al viejo todas sus rudezas.

Pero Semipalatov se equivocaba. El viejo comprendía perfectamente. Al cabo de una semana, todos pudimos ver el fruto que daba aquella lectura.

Podjodzev, que leía el segundo tomo de *El judío errante*, llamó a Budilda jesuita. Smirnov empezó a venir borracho al trabajo. Sin embargo, sobre ninguno produjo la lectura tanto efecto como sobre Merdiaev. Éste adelgazó, palideció y se dio a la bebida.

—¡Projov Semiólnich! —implorábale Budilda—. ¡Rezaré por usted eternamente, pero pida a su excelencia que me disculpe...! ¡Dígale que no puedo leer más! Me paso leyendo la noche y el día, no duermo, no como... Mi mujer agota sus fuerzas leyéndome en voz alta, pero yo no entiendo nada. ¡Dios me es testigo!... ¡Hágame esa merced!

Varias veces intentó Budilda poner a Semipalatov al corriente de lo que ocurría; pero éste se limitaba a hacer un ademán de impaciencia y, en unión de Galamidov, acusaba a todos de ignorancia. Transcurridos en esta manera unos dos meses, la presente historia estuvo a punto de tener un espantoso final.

Un día, al llegar a su trabajo, Merdiaev, en lugar de sentarse ante su mesa, se puso de rodillas en el centro de la habitación, se echó a llorar y dijo:

—¡Perdónenme, hermanos, por haber falsificado documentos!

Luego corrió al despacho de Semipalatov, se hincó nuevamente de rodillas ante él y exclamó:

—¡Perdóneme, excelencia!... ¡Ayer tiré a un pozo a un niño chiquitín!

Después, golpeando el suelo, rompió a sollozar.

—¿Qué significa esto? —se asombró Semipalatov.

—¡Esto significa, excelencia —dijo Budilda avanzando y con los ojos llenos de lágrimas—, que se ha vuelto loco! ¡Que ha perdido el juicio! ¡He aquí lo que ha conseguido Galamidov con la famosa *lectura*!... ¡Pero Dios misericordioso todo lo ve, excelencia..., y si mis palabras no le agradan, permítame que presente mi dimisión! ¡Más vale morir de hambre que presenciar semejantes cosas a la vejez!

Semipalatov palideció y dio unos cuantos pasos por la habitación.

—¡Que no vuelva a recibirse a Galamidov! —dijo con voz sorda—. Y ustedes, señores, tranquilícense. Ahora veo mi culpa. ¡Gracias, viejo!

Desde entonces no volvió a ocurrir nada. Merdiaev se curó, pero no del todo. Aún ahora, cuando ve un libro, tiembla y vuelve la cabeza.

SEMBLANZA DE LAS CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS

(Жизнеописание достопримечательных современников)

I. CARTA A LA REDACCIÓN

¡Muy señor mío, señor redactor!

La semana pasada, el viernes, falleció de cáncer de estómago mi hermano mayor, Piótr Gúrich Jmstáliev, capitán ayudante que vivía en la segunda Yamskáya, en la casa del mercader Chemobriújov, y se llamaba a sí mismo con humor, con motivo de la dipsomanía, «capitán bebiente». Estando moribundo, me llamó a su lecho de muerte y me dijo con voz piadosa:

—¡Nikifor! Me llegó el fin y el confín... Pero no me desanimo, ya que la vida humana por su carácter, como todo lo demás, está recluida en marcos. Así es costumbre, desde luengos tiempos, en la naturaleza. Si todos los hombres vivieran y no murieran, pues no habría lugar para ellos no sólo en las casas, sino ni en los tejados... ¡Escucha! Tú sabes que yo, toda mi vida, sufrí de una mala cualidad, y exactamente de dipsomanía. Además de eso, tenía propensión a la literatura. Toma este cuaderno y, después de mi muerte, llévalo a alguna redacción, para que la gente sepa qué clase de hombre era yo, y cómo lo entendía todo. Ruega que publiquen con letra grande.

Dicho esto, el hermano me dio el cuaderno y murió. En ese cuaderno está escrito: *Semblanza de las celebridades contemporáneas*. De obras yo, por ignorancia, entiendo poco, pero la *Semblanza* de mi hermano me gusta terriblemente. Por su estilo y elocuencia, se parece un poco a *Las noticias imparciales* del señor Nikolái Bazunóv, incluidas en *Las novedades del día*^[270], y por eso tengo el honor de rogar a su excelencia no desdeñar y cumplir la voluntad del difunto.

Su hermano, *Nikifor Jrustáliev*.

II. ALEXÁNDER IVÁNOVICH IVÁNOV^[271]

Célebre inventor de ungüentos para sotacolas, ungulados, ruedas y otros ungüentos.

Alexánder Ivánovich Ivánov, ese gran sotacolado, ungulado varón, nació en el siglo XIX de padres pobres, pero nobles, en un lugar desconocido. En opinión de muchos científicos, historiadores y filósofos, el día y la hora de su nacimiento coinciden con la aparición en el cielo del cometa^[272] de 1848. Pero la Academia de

ciencias de París niega eso, y establece el día de su nacimiento el 23 de marzo de 1849, día en que se produjo una erupción del Vesubio^[273]. Cuentan que A. I., en su primer instante de vida, mirando a la comadrona que lo recibía, lloró con amargura, y con eso demostró ya su disgusto con la medicina moderna. En los primeros años, el ojo experto podía advertir en la criatura sus geniales capacidades sotacoladas, unguladas y alopáticas. Al mismo tiempo que sus contemporáneos se entregaban a las diversiones infantiles, él estaba sentado en algún lugar por una esquina, y hurgaba en las diversas, líquidas necesidades hogareñas. Así, gustaba de revolver el betún, modelar hombrecitos de masilla, hacer pasta con arena y otras cosas semejantes, lo que hablaba no tanto de la utilidad de lo realizado, como de las inclinaciones y el talento del realizador. Otra ocupación preferida asimismo era andar descalzo, remangado el pantalón, por los charquitos y restantes lugares mojados. A los siete años fue entregado por sus padres, para el aprendizaje del arte de leer y escribir y de los números. Tras aprender a leer con rapidez, mostró aún una nueva peculiaridad de su carácter. Y exactamente: empezó a leer con aplicación y atención los anuncios de Hugo^[274], Johann Hof^[275] y de nuestro compatriota Lewgin^[276]. Cuando le preguntaban sobre las razones, por las que él prefería esos anuncios a todas las restantes ramas de la ciencia, pues él respondía con modestia: «Yo estudio». Tras aprender la lectura, los modelos de escritura y la aritmética, abandonó la ciencia y dedicó su vida a la búsqueda de nuevos medios para la curación de los sufridos caballos y, si alcanzaban las capacidades, de las personas. Mezclaba arena con miel, miel con betún, betún con tocino, y mezclaba esas y otras muchas sustancias, hasta que se producía una perturbación que no tenía ni olor ni aspecto, pero en cambio servía para cualquier uso. Tras untarse ese ungüento y no morir de ello, A. I. concluyó con mucha razón que el ungüento era curativo, y que se debía vender a dos rublos la lata. Tras concluir eso, publicó anuncios en los periódicos, y desde ese entonces (1875) empieza su fama. Pero donde hay fama, ahí hay envidiosos y malintencionados. El ungüento, capaz de curar toda clase de enfermedades y, al mismo tiempo, empleado con éxito en lugar de las pomadas, los betunes, las breas y las masillas, condujo a muchas mentes limitadas a la turbación. Llovieron las acusaciones por charlatanería, descaro y explotación de la ignorancia. Y, para vergüenza de la humanidad, esas acusaciones llegaban a veces, a que el gran inventor era remitido de modo reiterado, en calidad de acusado, a la cámara del juez de paz. Pero al mismo tiempo la justicia no dormitaba. Ya desde la antigüedad es sabido, que la virtud triunfa y el vicio es derrotado. Los compradores iban por multitudes a ver a A. I. a su almacén, situado en el bulevar Strástni, y compraban a cual más su ungüento. Además de esto, miles de agradecidos destinatarios llovieron en la dirección del inmortal curador. Como culminación de todo, la Academia de ciencias de Nápoles lo eligió entre sus miembros ilustres^[277], y con esto demostró claramente que nosotros no sabemos valorar a los nuestros. En 1882, la panadería Varsovia^[278] lo

eligió entre sus visitantes ilustres. En 1883, Venecia^[279] y Praga^[280] nombraron al gran inventor su «honorable frecuentador de descendencia», y después, en 1884, por su inventado Rafanistol^[281], entró en mi *Semblanza de las celebridades contemporáneas*. Pues su nuevo ungüento yo lo empleaba no sólo para los granos, sino asimismo me curaba con éste la dipsomanía, y lo usaba contra las chinches y restantes parásitos.

Capitán ayudante, *Jrustáliev*.

FRUTOS DE LARGAS REFLEXIONES

(Плоды долгих размышлений)

Los ancianos son como los muertos: de ellos *aut bene, aut nihil*^[282].

No vivimos para comer, sino para no saber qué comer.

Tan sólo nos hace falta lo que nos hace falta...

Para las mujeres es más sencillo encontrar muchos maridos, que sólo uno...

La estabilidad y la persistencia de las leyes de la naturaleza radican en que ni un solo abogado puede obviarlas (excepto Lójbvitzki, por supuesto).

La vodka es blanca, pero enrojece la nariz y ennegrece la reputación.

Se puede decir: «Yo soy amigo de esa casa», pero no se puede decir: «Yo soy amigo de esa casa de madera»: De todo esto se extrae que se debe ocultar las características de los objetos al hablar de ellos.

Evita suscribirte en Cuaresma a *El mundo ilustrado*, o de lo contrario te arriesgas no sólo a no comer carne, sino higos y nueces.

VARIAS IDEAS SOBRE EL ALMA

(Несколько мыслей о душе)

En opinión de las institutrices leídas y las gobernadoras científicas, el alma es una objetividad indefinida de sustancia psíquica. Yo no tengo razones para no convenir con eso.

En un científico leemos: «Para buscar el alma, se debe tomar a un hombre a quien recién regañó el jefe, y apretarle la pierna con el cinturón. Después descubra el pie y hallará lo buscado».

Yo creo en la trasmigración del alma... Esa creencia me fue dada por la experiencia. Mi alma personal, en todo el tiempo de mi vegetación terrenal, estuvo en muchos animales y plantas, y pasó por todos esos estadios y gradaciones animales, de que habla Buda...

Yo era un *cachorro* cuando nací, un *ganso palmeado*^[283] cuando ingresé a la vida. Afianzado en el servicio estatal, me convertí en una *semilla de ortiga*. El jefe me llamaba *alcornoque*, los amigos *asno*, los librepensadores *cerdo*. Viajando por la vía férrea era una *liebre*^[284], viviendo en el campo entre los *muzhiks* me sentía una *sanguijuela*. Después de uno de los desfalcos fui, por cierto tiempo, un *burro de carga*. Casado me convertí en *ganado de cuerna*. Al salir finalmente al camino verdadero, adquirí panzita y me convertí en un *cerdo triunfante*^[285].

¿HABLAR O CALLAR?

(UN CUENTO POPULAR)

(Говорить или молчать? Сказка)

Había una vez en un reino, en un estado, dos amigos: Kruger y Smirnov. Kruger tenía unas brillantes facultades intelectuales, mientras que Smirnov no era tan inteligente como amable, humilde y de fácil carácter. El primero era un elocuente conversador, el segundo silencioso.

Los dos iban en una ocasión en un vagón, por la línea ferroviaria, e intentaban conquistar a una dama. Kruger se sentó al lado de la señorita y la llenaba de cumplidos, mientras Smirnov permanecía callado, parpadeando y relamiéndose los labios con cierta avidez. Al llegar a una estación, Kruger salió del vagón con la dama y tardó un buen tiempo en regresar. Cuando volvió, hizo un guiño de ojos y chasqueó la lengua.

—¡Qué bien se te da, hermano! —dijo Smirnov con envidia—. ¡Y cómo lo haces! Apenas te habías sentado con ella y ya estaba todo hecho... ¡Qué suerte!

—¿Y tú por qué bostezas? ¡Has estado tres horas sentado junto a ella y apenas has abierto la boca! ¡Estabas callado como un tronco! ¡Permaneciendo callado, hermano, no conseguirás nada en el mundo! ¡Tienes que estar despierto y charlar! ¿Por qué a ti no te sucede nada? ¡Porque eres un andrajo!

Smirnov estaba de acuerdo con esas razones y en el fondo de su alma decidió cambiar de comportamiento. Una hora después había vencido su timidez, y se sentó junto a un caballero de traje azul, con el que empezó a charlar alegremente. El caballero resultó ser muy dicharachero, y enseguida comenzó a preguntarle a Smirnov sobre todo cosas de carácter científico. Que si le gustaba la tierra, el cielo, que si estaba contento con las leyes naturales y el desarrollo humano, preguntó, mientras hacía alusión también al librepensamiento europeo, a la posición de las mujeres en América y cosas así. Smirnov contestaba con brillantez, educación y efusividad. Pero cuál sería su sorpresa, cuando al llegar a una estación, lo tomó del brazo, sonrió con sorna y dijo:

—Venga conmigo.

Smirnov lo siguió y desapareció no se sabe dónde. Dos años después, Kruger lo halló pálido, demacrado y delgado como la raspa de un pescado.

—¡¿Pero dónde te perdiste?! —preguntó Kruger asombrado.

Smirnov sonrió amargamente, y fue describiéndole cada uno de los pesares a los que había sobrevivido.

—¡Deja de decir tonterías y no hables más! —exclamó Kruger—. ¡Muérdete la

lengua al menos!

EL HOMBRE ORGULLOSO

(CUENTO)

(Гордый человек. Рассказ)

El hecho ocurrió en la boda del mercader Sinierílov.

El chófer Nedoriézov, un joven alto, con los ojos saltones y la cabeza pelada, con un frac de faldones parados, estaba parado entre una multitud de señoritas, y razonaba:

—En la mujer hace falta la belleza, y el hombre se las arregla sin la belleza. En el hombre tienen peso la inteligencia, la instrucción, y la belleza para él: ¡escupir! Si en tu cerebro no hay instrucción ni facultades mentales, pues tu precio es un grosh^[286], aunque seas buen mozo... Sí... ¡No me gustan los hombres bonitos! ¡Fi done^[287]!

—Eso usted lo explica así, porque usted mismo no es bonito. ¡Pero ahí, mire a la puerta, a la otra habitación, hay un hombre sentado! ¡Eso es un verdadero buen mozo! ¡Sólo los ojos valen! ¡Eche una mirada pues! ¡Un encanto! ¿Quién es?

El chófer echó una mirada a la otra habitación, y sonrió con desprecio. Allí estaba sentado en una butaca, arrellanado, un bonito trigueño de ojos negros. Puesta una pierna sobre la otra y jugando con una cadenita, el trigueño entornaba los ojos y, con dignidad, echaba miradas a los visitantes. En sus labios bailaba una sonrisa de desprecio.

—¡Nada particular! —dijo el chófer—. Más o menos... Incluso deforme, se puede decir. Y la cara como que imbécil... En el cuello una nuez de dos *arshins*.

—¡Y de todas formas es una almita!

—Para usted es bonito, y para mí no. Y si es bonito, pues entonces es un hombre estúpido, sin instrucción. ¿Quién es?

—No sabemos... No debe ser un mercader de título...

—Hum... Estoy dispuesto a jugar a la lotería, que es un hombre estúpido... Mueve las piernas... ¡Es repugnante mirar! Ahora voy a averiguar qué clase de pájaro es... de qué inteligencia es ese hombre. Ahora.

El chófer tosió y fue con valentía a la otra habitación. Tras detenerse ante el trigueño, tosió otra vez, pensó un poco y empezó:

—¿Cómo anda?

El trigueño echó una mirada al chófer y sonrió con malicia.

—De a poquito —dijo sin ganas.

—¿Por qué de a poquito? Hay que ir adelante siempre.

—¿Por qué, seguro adelante?

—Pues así. Todo ahoritita va adelante. Y la electricidad, si la tomamos, y los telégrafos, todos esos finifónzos, teléfonos. ¡Sí! El progreso, tomemos de ejemplo... ¿Qué significa esa palabra? Pues esta significa, que cada uno debe ir adelante... Pues, y usted vaya adelante...

—¿A dónde pues, por ejemplo, irme ahora? —sonrió el trigueño con malicia.

—¿Acaso hay poco a dónde ir? Si hubiera ganas... Lugares hay muchos... Pues siquiera al bufé, por ejemplo... ¿No desea? Por el habernos conocido, un coñacito... ¿Ah? Por la idea...

—Por favor —convino el trigueño.

El chófer y el trigueño se dirigieron al bufé. Un camarero pelado, de frac y con una corbata blanca manchada, les sirvió dos copitas de coñac. El chófer y el trigueño bebieron.

—Buen coñac —dijo el chófer—, pero hay objetos más sustanciales... Vamos, por el habernos conocido, a bebernos un vasito de tintito...

Bebieron un vaso de tinto.

—Ahoritita que nos conocimos —dijo el chófer, limpiándose los labios— y, se puede decir, bebimos...

—No «ahoritita», sino «ahora»... —corrigió el trigueño—. No sabe hablar todavía, y sobre el teléfono lo muestra. Con esa falta de instrucción, si yo estuviera en su lugar, me callaría, no me difamaría... Ahoritita... ahoritita... ¡Ja!

—¿Y por qué se ríe? —se ofendió el chófer—. Yo decía «ahoritita» para la risa, por broma... ¡Los dientes pues, no hay por qué enseñarlos! Eso a las señoritas les gusta, y a mí no me gustan los dientes pues... ¿Quién es usted? ¿De qué parte?

—No es asunto suyo...

—¿Su título, cuál es? ¿Apellido?

—No es asunto suyo... Yo no soy tan imbécil, como para explicarle mi título a cualquiera que encuentre... Yo soy un hombre tan orgulloso, que no me extiendo mucho pues, con su prójimo. Yo a ustedes les presto poca atención...

—Mira tú... Hum... ¿Así que, no me va a decir cuál es su apellido?

—No deseo... Si yo le pronunciara mi nombre y me recomendara a cada imbécil, pues la lengua no me alcanzaría... Y yo soy un hombre tan orgulloso, que ustedes para mí, son lo mismo que el camarero... ¡Ignorancia!

—Mira tú... Qué generoso es usted... Bueno, ahora vamos a averiguar, qué clase de artista es usted.

El chófer levantó la barbilla y se dirigió al novio, que por ese tiempo estaba sentado con la novia y, rojo como un cangrejo, parpadeaba...

—¡Nikísha! —se dirigió el chófer al novio, señalando con la cabeza al trigueño—. ¿Cuál es el apellido de ese artista?

El novio movió la cabeza negativamente.

—No sé —dijo—. Ése no es mi conocido. Hay que suponer, que mi padre lo invitó. Tú a mi padre pregúntale.

—Pero tu padre está en el gabinete, inconsciente y embriagado, ronca como una fiera acostada. ¿Y usted no lo conoce? —se dirigió el chófer a la novia.

La novia dijo que no conocía al trigueño. El chófer se encogió de hombros, y empezó a interrogar a los visitantes. Los visitantes declararon, que veían al trigueño por primera vez en su vida.

—Es un ratero, entonces —decidió el chófer—. Vino aquí sin billete, y se pasea, como si estuviera en casa de unos conocidos. ¡Está bien! ¡Le vamos a enseñar «ahoritita»!

El chófer se acercó al trigueño y se puso en jarras.

—¿Y billete de entrada, usted tiene? —le preguntó—. Dígnese a mostrar su billete.

—Yo soy un hombre tan orgulloso, que no empezaré a mostrarle mi billete a cualquier sujeto. Apártese de mí... ¿Por qué se pegó?

—¿Por lo tanto, usted no tiene billete? Y si no tiene billete, entonces, es un ratero. Ahora sabemos de qué parte es usted, y cuál es su título. Sabemos ahoritita... ahora o sea, qué clase de agente es... Usted es un ratero, eso es todo.

—Si esa grosería me la dijera un hombre inteligente, yo le daría por la jeta, pero a ustedes, los imbéciles, no hay nada que pedirles.

El chófer empezó a correr por las habitaciones, reunió a unos seis hombres entre los amigos, y se acercó con éstos al trigueño.

—¡Permita, muy señor mío, echarle una mirada a su billete! —dijo éste.

—No deseo. Déjeme, mientras que yo no, este...

—¿No desea mostrar el billete? ¿Por lo tanto, usted, entró sin billete? ¿Con qué derecho? ¿Usted es un ratero, entonces? ¡Dígnese a salir de aquí! ¡Por favor! ¡Tenga la bondad! Nosotros ahora a usted, por la escalera...

El chófer y sus amigos tomaron al trigueño por el brazo y lo llevaron a la salida. Los visitantes empezaron a comentar. El trigueño empezó a hablar en voz alta de la ignorancia y de su amor propio.

—¡Por favor! ¡Tenga la bondad, hombre bonito! —farfullaba triunfante el chófer, llevándolo a la puerta—. ¡Los conocemos a ustedes, los buenos mozos!

En la misma puerta, le tiraron el paleta por encima al trigueño, le pusieron el gorro y lo empujaron por la espalda. El chófer soltó una risilla de placer, y lo golpeó con la sortija en la nuca... El trigueño se tambaleó, cayó de espaldas y rodó hacia abajo por la escalera.

—¡Adiós! ¡Reverencie ahí! —celebró el chófer.

El trigueño se levantó, palmoteó el paleta y, levantando la cabeza, dijo:

—Los imbéciles como imbéciles proceden. Yo soy un hombre orgulloso, y no empezaré a humillarme ante ustedes, y que mi cochero les explique, qué clase de hombre soy. ¡Dígnense aquí! ¡Grigórii! —gritó a la calle.

Los visitantes bajaron. Al minuto, el cochero entró desde el patio al zaguán.

—¡Girgórii! —se dirigió a éste el trigueño—. ¿Quién soy yo?

—El amo, Semión Panteléich...

—¿Y qué título tengo yo, y cómo alcancé ese título?

—Ciudadano honorable, y ese título lo alcanzó con estudio...

—¿Dónde yo me encuentro, y cuál es mi servicio?

—Sirve en la fábrica del mercader Podshókin, en la mecánica, por la parte técnica, y de salario le corresponde tres mil...

—¿Entendieron ahora? ¡Y aquí tienen mi billete! Me invitó a la boda el padre de los novios, el mercader Sinierílov, que está ahora en estado de ebriedad...

—¡Hijito mío! ¡Querida tú, alma mía! —empezó a vociferar el chófer—. ¿Por qué pues no lo dijiste antes?

—Yo soy un hombre orgulloso... Tengo amor propio... ¡Adiós!

—Pero no, espera... ¡Es pecado, hermano! ¡Voltea los pértigos, Semión Panteléich! Ahora se ve, qué clase de hombre eres tú... Vamos, beberemos por tu instrucción... por la idea...

El hombre orgulloso frunció el ceño y fue hacia arriba. A los dos minutos, estaba parado ya en el bufé y bebía coñac.

—Sin orgullo, en este mundo, no se puede vivir —explicaba—. ¡Yo nunca cedo ante nadie! ¡Ante nadie! Entiendo mi precio. ¡Por lo demás ustedes, los ignorantes, no pueden entender!

EL ÁLBUM

(Альбом)

El consejero titular Kraterov, delgado y afilado como el pararrayos del Almirantazgo, adelantose, y dirigiéndose a Jmijov, dijo:

—¡Excelencia! ¡Movidos y conmovidos hasta el fondo del alma por el acierto de su jefatura de muchos años... y por sus desvelos paternales!...

—Durante el curso de diez años completos —añadió Sakusin.

—Durante el curso de diez años completos... ¡Nosotros..., vuestros subordinados!..., ¡hoy!..., en este día memorable para nosotros..., es decir... ¡en este día!..., nos permitimos ofrecer a vuestra excelencia, en testimonio de nuestro respeto y profunda gratitud, este álbum que contiene nuestros retratos, deseando que en el curso de su destacada vida..., durante largo..., largo tiempo... ¡hasta la misma muerte!..., no cese de darnos...

—¡Sus paternales admoniciones en el camino de la verdad y el progreso!... —intervino Sakusin enjugándose la frente llena de sudor.

Era indudable que tenía muchos deseos de hablar, pero, sin duda, no había preparado su discurso.

—¡Y que también por largo tiempo permanezca izada la bandera en el camino del genio, del trabajo y de la satisfacción de la propia conciencia!...

Por la rugosa mejilla izquierda de Jmijov resbaló una lágrima.

—¡Señores! —dijo con voz temblorosa—. ¡No esperaba..., no esperaba... que iban ustedes a celebrar mi modesta jubilación! ¡Me siento conmovido..., demasiado conmovido!... ¡Hasta la tumba conservaré el recuerdo de todo esto, y créanme!... ¡Créanme, amigos! ¡Nadie les desea tanto bien como yo!... ¡Lo que hasta ahora haya podido pasar... habrá estado dirigido para su provecho!...

Aquí el consejero civil Jmijov se abrazó al consejero titular Kraterov, que, no esperando este honor, palideció de entusiasmo. Luego el superior hizo un ademán que quería decir que la emoción le impedía hablar y lloró como si en lugar de hacérsele ofrenda de aquel álbum se lo estuvieran quitando.

Después de serenarse un poco, de pronunciar unas cuantas sentidas palabras y de dar a estrechar su mano a todos, bajó la escalera acompañado por gritos de júbilo, se sentó en la berlina, y, seguido de un coro de bendiciones, se marchó. Dentro de la berlina, y sintiendo que una serie de hasta entonces desconocidas y gozosas emociones afluían a su pecho, lloró otra vez.

En su casa le esperaban nuevas alegrías. Allí, su familia, amigos y conocidos, le recibieron con tal ovación que llegó a parecerle que, en efecto, su vida había sido de tal utilidad para la patria que si él no hubiera existido en el mundo la patria lo hubiera pasado muy mal. Al banquete de la jubilación se unió un conjunto de brindis,

discursos, abrazos y lágrimas. En una palabra..., Jmijov no hubiera esperado en modo alguno que sus méritos fueran apreciados con tanto calor.

—¡Señores! —dijo antes que se sirvieran los postres—. ¡Desde hace dos horas me siento satisfecho por todos los sufrimientos que afligen al hombre que trabaja..., digamos..., no por fórmula, sino por la conciencia del deber!... Yo siempre..., durante mi mandato..., he sustentado este principio: «El público no está a nuestro servicio, sino nosotros al del público». ¡Y hoy he recibido la mejor recompensa! Mis subordinados me ofrecieron un álbum... ¡Vedlo aquí! ¡Estoy muy emocionado!

Las caras de fiesta de los invitados, inclinándose, se pusieron a examinar el álbum.

—Es un álbum muy bonito —dijo Olia, la hija de Jmijov—. Por lo menos habrá costado cincuenta rublos. ¡Qué preciosidad! ¡Qué encanto!... Tienes que dármelo, papáito, ¿oyes?... Yo te lo guardaré. ¡Qué bonito es!

Terminada la comida, Olechka se llevó el álbum a su habitación y lo encerró en el cajón de su mesa. Al día siguiente arrancó de él a todos los funcionarios, los tiró al suelo y en su lugar colocó los retratos de todas sus amigas de internado. Los funcionarios cedieron su puesto a las capitas blancas. Después Kolia, el hijo de su excelencia, recogió a los funcionarios e iluminó sus uniformes con tinta roja. A los que no tenían bigote les pintó unos bigotes verdes, y a los que no tenían barba, unas barbas marrones. Cuando ya no quedaba nada por pintar, recortó figuritas con los retratos, les agujereó los ojos con un alfiler y se puso a jugar a los soldados. Una vez recortado el consejero titular Kraterov, le clavó en una cajita de cerillas y de esta guisa le llevó al despacho de su padre.

—¡Papá!... ¡Mira qué monumento!

Jmijov se echó a reír y besó conmovido la pequeña mejilla de Kolia.

—¡Bien!..., traviesillo... Vete a enseñárselo a mamá. Que lo vea ella también.

IDEAS IMPROPIAS

(Несообразные мысли)

Un maestro de lenguas antiguas, un hombre de aspecto severo, positivo y bilioso, pero en secreto un fantaseador y librepensador, se me quejaba de que siempre, cuando está en la *extemporalia* estudiantil^[288] o en los consejos pedagógicos, lo torturan preguntas diversas, impropias e insolubles. A cada rato, se quejaba, le venían a la cabeza preguntas como: «¿Qué sería, si en lugar del suelo estuviera el techo, y en lugar del techo el suelo? ¿Qué traen las lenguas antiguas: ganancia o pérdida? ¿De qué forma los maestros harían visitas al director, si el último viviera en la luna?», y demás. Todas éstas y semejantes preguntas, si están en la cabeza de modo obsesivo, se denominan en psiquiatría «imaginaciones forzadas». Una enfermedad incurable, grave, pero interesante para la observación. Hace días el maestro se presentó en mi casa, y me dijo que lo había empezado a torturar la pregunta: «¿Qué sería si los hombres se vistieran de mujer?». Una pregunta impropia, sobrenatural y hasta indecente, pero no se puede decir que sea difícil de responder. El pedagogo se respondió así: si los hombres se vistieran de mujer, pues...

Los registradores colegiados llevarían vestido de percal y, es posible, en los días muy solemnes, de lana. Llevarían corsés de a rublo, medias de rayas, de papel, el escote no se prohibiría sólo en su compañía...

Los carteros y los reporteros, al caminar por los canales y los charcos, serían remitidos por desacato a la moral social;

el Yúriev^[289] de Moscú andaría en crinolina y bata de baño; los guardas de clase Mijéi y Makár, cada mañana, irían a ver «al mismo», para apretarle el corsé;

los funcionarios de encargos especiales y los secretarios de sociedades benéficas se vestirían no de acuerdo a los medios;

el poeta Máikov llevaría bucles, un vestido verde con cintas rojas y cofia;

las carnes de I. S. Aksákov yacerían dentro de un sarafán y un corpiño;

los cabecillas de la vía Lozovó-Sevastópol, por pobreza, se exhibirían en enaguas, y demás.

Y aquí están las conversaciones:

—¡El túnico, su excelencia, por encima de toda crítica! ¡El polisón excelente! El escote un poco grande.

—¡En forma, hermano! ¡Un escote de cuarta clase! ¡A ver, arrégrame abajo el volante!, y lo demás.

LA OBCECACIÓN

(CUENTO INFANTIL)

(Самообольщение. Сказка)

Un inteligente, muy respetado comisario de distrito tenía una mala costumbre, exactamente: estando en compañía, le gustaba jactarse de sus dotes que, hay que hacerle justicia, tenía muchas. Se jactaba de su mente, energía, fuerza, forma de pensar, y demás.

—¡Yo soy fuerte! —decía—. Quiero, y rompo la cerradura, quiero, y me como a un hombre con trigo... Puedo destruir Cartago, y cortar el nudo gordiano con un hacha. ¡Miren cómo soy!

Él se jactaba y todos se admiraban. Por desgracia, el comisario no había terminado un curso en ningún lugar, y no leía las Escrituras; no sabía que la obcecación y el orgullo son, en esencia, vicios indignos de un alma generosa. Pero un hecho lo ajuició. Una vez, pasó por casa de su amigo, un viejo jefe de bomberos y, viendo allí una sociedad numerosa, empezó a jactarse. Tras beberse tres copitas de vodka, abrió los ojos y dijo:

—¡Miren, insignificantes! ¡Miren y entiendan! ¡El sol, que está en los cielos con los demás astros y nubes! ¡Él va de oriente a occidente, y nadie puede cambiar su ruta! ¡Y yo puedo! ¡Puedo!

El viejo jefe de bomberos le sirvió la cuarta copita y observó amistosamente:

—¡Creo! Para la mente humana no hay nada imposible. Esa mente lo ha superado todo. Esa puede romper las cerraduras, construir una torre hasta el cielo, cobrarle un soborno a un muerto... ¡todo lo puede! Pero, Piótr Yevtrópich, me atrevo a agregar, hay una cosa que no puede vencer no sólo la mente humana, sino hasta su fuerza.

—¿Y qué cosa es? —sonrió el obcecado con desprecio.

—Usted puede vencer todo, pero no se puede vencer a sí mismo. ¡Sí! *Gnothi seauton*^[290], decían los antiguos... Conócete a ti mismo... Y usted, a sí mismo, no se puede ni conocer, ni vencer. Contra tu propia naturaleza no irás. ¡Sí!

—¡No, iré! ¡Y me venceré!

—¡Ay, no se vencerá! ¡Créale al viejo, no se vencerá!

Se armó una discusión. Terminó en que el viejo jefe de bomberos llevó al orgulloso a una tienda de baratijas, y le dijo:

—Ahora les mostraré... Este tendero, en ese cofrecito, tiene un billete de diez rublos. Si usted se puede vencer, pues no tome ese dinero...

—¡Y no lo tomaré! ¡Me venceré!

El orgulloso cruzó las manos sobre el pecho y, ante la atención general, empezó a vencerse. Largo tiempo luchó y sufrió. Media hora abrió los ojos, se sonrojó y apretó los puños, pero al final no resistió, extendió maquinalmente la mano hacia el cofrecito, sacó el billete de diez rublos y, temblorosamente, lo metió en su bolsillo.

—¡Sí! —dijo él—. ¡Ahora entiendo!

Y desde entonces ya jamás se jactó de su fuerza.

LA VERANEANTE

(Дачница)

Lelia N. N., una rubia bonita de veinte años, está parada junto al cercado de la casa de campo y, puesta la barbilla sobre el travesaño, mira a la lejanía. Todo el campo lejano, los jirones de nubes en el cielo, la estación ferroviaria que se oscurece en la lejanía y el riachuelo, que corre a diez pasos del cercado, están bañados de la luz púrpura de la luna, que se levanta tras un montículo. Un vientecito, por hacer algo, riza el riachuelo con júbilo y susurra entre la hierba... Alrededor hay silencio... Lelia piensa... Su rostro bonito está tan triste, en sus ojos se oscurece tanta angustia que, en verdad, es indelicado y cruel no compartir su pena.

Ella compara el presente con el pasado. El año pasado, por este mismo mayo sofocante y poético, estaba en el instituto y daba los exámenes finales. Ella recuerda cómo la dama de clase, *mademoiselle* Morceau, una criatura agobiada, enferma y terriblemente limitada, con un rostro eternamente asustado y una nariz grande, sudada, llevaba a las egresadas a tomarse la fotografía.

—¡Ah, le suplico —rogaba ésta a la oficinista en la fotografía—, no les enseñe las tarjetitas de los hombres!

Rogaba ella con lágrimas en los ojos. Esta pobre lagartija, que nunca conoció hombre, llegaba a un horror sagrado ante la visión de la fisonomía masculina. En los bigotes y las barbas de cada «demonio», sabía leer una beatitud paradisiaca, que conducía de modo inevitable a un abismo ignoto, terrible, del que no había salida. Las estudiantes se reían de la tonta Morceau pero, saturadas de «ideales» por completo, no podían no compartir su horror sagrado. Ellas creían que allá, tras las paredes del instituto, sin contar al *papásha* acatarrado y a los hermanos de libre albedrío, pululaban los poetas greñudos, los cantores pálidos, los viejos biliosos, los patriotas arrojados, los millonarios desmedidos, los elocuentes hasta las lágrimas, los defensores terriblemente interesantes... ¡Mira a esa multitud que pulula y escoge! En particular, Lelia estaba convencida de que, saliendo del instituto, tropezaría de modo inevitable con los héroes turguenianos y otros luchadores por la verdad y el progreso, sobre los que trataban a porfía todas las novelas e, incluso, todos los manuales de historia antigua, medieval y moderna...

Este mayo Lelia ya está casada. Su esposo es bonito, rico, joven, educado, respetado por todos pero, a pesar de todo eso, él (¡da vergüenza confesarlo a este mayo poético!) es grosero, no pulido y absurdo, como los cuarenta mil hermanos absurdos^[291].

Se despierta él, puntualmente, a las diez de la mañana y, tras ponerse la bata, se sienta a afeitarse. Se afeita con un rostro preocupado, con sentimiento, con sentido,

como si inventara el teléfono. Después de la afeitada bebe ciertas aguas, también con un rostro preocupado. Después, tras vestirse todo de cepillado y planchado con esmero, le besa la mano a su esposa y, en su propio carruaje, va al servicio en la *Sociedad de seguros*. Qué hace él en esa «sociedad», Lelia no lo sabe. Copia acaso sólo papeles, compone acaso proyectos inteligentes o, puede ser, maneja incluso los destinos de la «sociedad», se ignora. A las cuatro llega del servicio y, quejándose de la fatiga y la transpiración, se cambia la ropa interior. Después se sienta a almorzar. En el almuerzo come y conversa mucho. Habla más de materias elevadas. Resuelve las cuestiones femenina y financiera, critica por algo a Inglaterra, elogia a Bismarck. Reciben de él los periódicos, la medicina, los actores, los estudiantes... «¡La juventud se ha apocado terriblemente!». En un almuerzo, alcanza a resolver cientos de cuestiones. Pero lo más temible de todo, es que las visitas que almuerzan, escuchan a este hombre pesado y asienten. Él, que dice cosas absurdas y triviales, resulta más inteligente que todas las visitas, y puede servir de autoridad.

—¡No tenemos ahora buenos escritores! —suspira en cada almuerzo, y esa convicción la sacó él no de los libros. Él nunca lee nada, ni libros, ni periódicos. A Turguéniev lo mezcla con Dostoievski, las caricaturas no las entiende, las bromas tampoco, y tras leer una vez, por consejo de Lelia, a Schedrin, halló que Schedrin escribe «nublado».

—Pushkin, *ma chère*, es mejor... ¡Pushkin tiene cosas muy graciosas! Yo leí... recuerdo...

Después del almuerzo, él va a la terraza, se sienta en una butaca blanda y, tras entrecerrar los ojos, se queda pensativo. Piensa largo tiempo, de modo concentrado, frunciendo y arrugando el ceño... En qué piensa él, Lelia lo ignora. Ella sólo sabe que, tras dos horas de pensamiento, él no se hace más inteligente en absoluto, y dice el mismo disparate. Por la noche juego de cartas. Juega él con esmero. Cada jugada la piensa largo tiempo y, en caso de error de su compañero, con una voz regular, articulada, expone las reglas del juego de cartas. Después de las cartas, tras el retiro de la visita, bebe las mismas aguas y, con un rostro preocupado, se acuesta a dormir. En el sueño es sereno, como un tronco yacente. A veces sólo delira, pero su delirio es absurdo también.

—¡Cochero! ¡Cochero! —le oyó decir Lelia la segunda noche después de la boda. Toda la noche él gorgotea. Le gorgotea en la nariz, en el pecho, en el estómago...

Nada más puede decir Lelia de él. Ella está parada ahora junto al cercado, piensa en él, lo compara con todos los hombres que conoce, y halla que él es mejor que todos, pero ella no se siente más aliviada por eso. El horror sagrado de *mademoiselle Morceau* prometía más.

SE PELEÓ CON LA ESPOSA

(UN CASO)

(С женой поссорился. Случай)

—¡Que se los lleve el diablo! ¡Llegas del servicio a la casa con un hambre de perro, y sabe el diablo qué te dan de comer! ¡Y decirlo aún no se puede! ¡Lo dices, y enseguida el llanto, las lágrimas! ¡Que sea yo tres veces anatema porque me casé!

Dicho esto, el esposo tintineó con la cuchara en el plato, se levantó y, con exasperación, azotó la puerta. La esposa empezó a sollozar, se pegó al rostro la servilleta y salió también. El almuerzo terminó.

El esposo llegó a su gabinete, se tumbó en el diván y hundió su rostro en la almohada.

«¡El diablo te mandó a casarte! —pensó—. ¡Buena vida “familiar”, ni qué decir! ¡No alcanzaste a casarte, cuando ya te quisieras suicidar!».

Al cuarto de hora, tras la puerta se oyeron unos pasos ligeros...

«Sí, en el orden de cosas... Me insultó, me injurió, y ahora anda por la puerta, quiere reconciliarse... ¡Pero qué diablos! ¡Primero me cuelgo, antes de reconciliarme!».

La puerta se abrió con suave chirrido y no se cerró. Alguien entró y, con unos pasos suaves, tímidos, se dirigió al diván.

«¡Está bien! Pide perdón, suplica, llora... ¡Una higa con nuez vas a recibir!, ¡diablo peludo! Ni una palabra lograrás, aunque te mueras... ¡Yo duermo pues, y no deseo hablar!».

El esposo metió su cabeza en la almohada de modo más profundo, y empezó a roncar suavemente. Pero los hombres son tan débiles como las mujeres. A éstos es fácil amargarlos y calentarlos. Al sentir a su espalda un cuerpo cálido, el esposo se arrimó con terquedad al espaldar del diván, y dio una patada.

«Sí... Ahora se mete, se pega, lame... Pronto va a empezar a besarme el hombro, a ponerse de rodillas. ¡No soporto esas ternuras! Con todo... habrá que disculparla. Para ella, en su estado, es nocivo alarmarse. La torturaré una hora, la castigaré y la perdonaré...».

Sobre su misma oreja voló suavemente un suspiro profundo. Tras este otro, un tercero... El esposo sintió en el hombro el roce de una mano pequeña.

«¡Bueno, que vaya con Dios! La perdonaré por última vez. ¡Basta de torturarla, pobrecita! ¡Además, de que yo mismo soy culpable! Por una tontería armé un motín...».

—¡Bueno, basta, mi miguita!

El esposo extendió su mano hacia atrás y abrazó un cuerpo cálido.

—¡Tfú!

Junto a él yacía su gran perra Diánka.

EL CARBÓN RUSO

(Русский уголь)

Una hermosa mañana de abril, el conde ruso Tulupov iba en un barco alemán río abajo por el Rin y, por hacer algo, conversaba con un «salchichero». Su interlocutor, un enjuto joven alemán muy compuesto, de fisonomía arrogante y científica, suficiencia personal y unos cuellitos fuertemente almidonados, se presentó como el maestro de minas Arthur Imbs, y con terquedad no cambiaba el tema de la empezada conversación, que ya cansaba al conde, sobre el carbón de piedra ruso.

—El destino de nuestro carbón es muy lamentable —dijo entre tanto el conde, soltando un suspiro de conocedor científico—. Usted no se puede imaginar: Petersburgo y Moscú viven con carbón inglés, Rusia quema en sus estufas sus lujosos bosques vírgenes, ¡y entre tanto, las entrañas de nuestro sur contienen unas riquezas inagotables!

Imbs movió tristemente la cabeza, graznó con fastidio y solicitó un mapa de Rusia.

Cuando el lacayo trajo el mapa, el conde pasó la uña del meñique por la orilla del Mar de Azov, arañó con la misma uña al lado de Jarkov y dijo:

—Aquí pues... en general... ¿Entiende? ¡¡Todo el sur!!

Imbs quería averiguar con más exactitud cuáles eran esos lugares donde se esconde nuestro carbón, pero el conde no dijo nada definido; señaló desordenadamente con su uña por toda Rusia y una vez incluso, deseando mostrar la rica región del Don, señaló el territorio de Stavropol. El conde ruso, por lo visto, conocía mal la geografía de su patria. Se asombró terriblemente, e incluso expresó incredulidad en su rostro, cuando Imbs le dijo que en Rusia hay montañas de los Cárpatos.

—Yo mismo tengo, sabe, en la región del Don, una granja —dijo el conde—. Ocho mil desiatínas^[292] de tierra. ¡Una hermosa granja! Carbón hay en ésta, imagínese... *eine zahllose... eine oceanische Menge*^[293]! Millones ocultos en la tierra... se pierden en vano... Hace tiempo ya que sueño con dedicarme a esa cuestión. Busco una ocasión... un hombre apropiado. ¡Nosotros en Rusia no tenemos pues especialistas! ¡Un despoblado absoluto!

Empezaron a hablar en general de los especialistas. Hablaron mucho y largo tiempo. La conversación terminó cuando el conde saltó de pronto, como si lo hubieran pinchado, se golpeó la frente y dijo:

—¿Sabe qué? Me alegro mucho de haberme encontrado con usted. ¿No quiere ir a mi granja? ¿Qué tiene que hacer aquí, en Alemania? ¡Aquí hay muchos científicos alemanes, sin contarlos a usted, en cambio en mi granja usted hará una obra! ¡Y qué

obra! ¿Quiere? ¡Acepte pronto!

Imbs frunció el ceño, caminó por el camarote de una esquina a la otra y, tras razonar y sopesar, aceptó.

El conde le estrechó la mano y gritó por champán.

—Bueno, ahora estoy tranquilo —dijo—. Voy a tener carbón.

A la semana Imbs, cargado de libros, planos y esperanzas, iba ya a Rusia, soñando insensatamente con los rublos rusos. En Moscú el conde le dio doscientos rublos, la dirección de la granja y le ordenó ir al sur.

—Vaya nomás y empiece allí. Yo puede ser que llegue en otoño. Escribame.

Al llegar a la granja de Tulupov, Imbs se instaló en una de las alas, y desde el día después de su llegada se dedicó a «abastecer a Rusia de carbón». A las tres semanas, le envió al conde la primera carta. «Yo ya estudié el carbón de su tierra —escribía después de un largo y tímido preámbulo—, y encontré que, por su baja calidad, no merece que lo extraigan de la tierra. Ni siquiera si fuera tres veces mejor convendría tocarlo. Además de la calidad del carbón, me sorprende la total ausencia de demanda. Su vecino, el productor carbonero Alpatov, tiene preparados quince millones de puds^[294]. Entre tanto, no hay nadie que le dé siquiera un kopec por pud. El camino que pasa por su granja está construido especialmente para el transporte del carbón de piedra pero en toda su existencia, no ha pasado aún ni un pud por él. Hay que ser deshonesto o demasiado superficial para darle a usted siquiera una gota de esperanza en el éxito. Me atreveré asimismo a agregar que su propiedad está a tal punto arruinada y abandonada que la extracción de carbón —y en general, cualquier innovación, sea cual sea— constituyen un derroche». Al final de todo, el alemán rogaba al conde recomendarlo a otro «*Fürsten oder Grafen*^[295]» ruso o enviarle «*ein wenig*^[296]» para regresar a Alemania. En espera de la benévola respuesta, Imbs se dedicó a pescar y a cazar codornices al son del caramillo.

La respuesta a esta carta no la recibió Imbs sino el gerente, el polaco Dzierzhinski. «Y al alemán dígame que él no entiende nada —escribía el conde en la posdata—. Yo le enseñé su carta a un ingeniero de minas (consejero secreto de Mleev) y ésta provocó risa. Por lo demás, no lo retengo. Que se vaya cuando quiera. Dinero para el camino tiene. Yo le di 200 rublos. Si él gastó en el camino 50, pues entonces le quedarán 150 rublos». Al conocer esta respuesta, Imbs se asustó terriblemente. Se sentó y cubrió de corrido, con su letra alemana, dos hojas de papel de correo. Le rogaba al conde perdonarlo generosamente, porque le había ocultado en la primera carta muchas cosas «muy importantes». Con lágrimas en los ojos y remordimiento de conciencia, escribía que, después del camino de Moscú, cometió la imprudencia de perder a las cartas con Dzierzhinski los restantes 172 rublos. «Posteriormente, yo le gané a él 250 rublos, pero él no me los da, aunque recibió de mí todo lo que yo perdí, y por eso me atrevo a acudir a su autoridad. Obligue al estimado señor Dzierzhinski a pagarme siquiera la mitad, para que yo pueda dejar

Rusia y no comer en vano de su pan». Mucha agua corrió bajo los puentes, y muchos peces y codornices cazó Imbs, antes de recibir la respuesta a esta segunda carta. Un día, a fines de julio, el polaco entró en su habitación y, tras sentarse en la cama, empezó a recordar en voz alta todas las palabrotas que existen en la lengua alemana.

—¡Un asno asombroso este conde! —dijo, golpeando con la visera el borde de la mesa—. Me escribe que se va por unos días a Italia y no me da ninguna instrucción respecto a usted. ¿Dónde lo voy a meter a usted? ¡El carbón al conde le hace falta tanto como a mí su fisonomía, que se lo lleve el diablo! ¡Y usted también es bueno, ni qué decir! ¡Un tonto, un mimado andariego, por hacer algo, le parloteó un poco, y usted le creyó!

—¿El conde se va a Italia? —se asombró Imbs, palideciendo—. ¿Y el dinero, me lo envió? ¡¿No?! ¿Y cómo me iré yo de aquí? ¡No tengo ni un kopek! Escúcheme, estimado señor Dzierzhinski, si usted no me puede dar lo que perdió, ¿no me compraría acaso mis libros y planos? ¡En Rusia los venderá por una suma muy grande!

—En Rusia no hacen falta sus libros y planos.

Imbs se sentó y se quedó pensativo. Mientras el polaco llenaba el aire de su bilis, el alemán resolvía su cuestión utilitaria y sentía con todos sus instintos alemanes cómo se le malograba la sangre en esos minutos. La expresión de arrogancia científica del rostro cedió lugar a una expresión de dolor, de desesperación... La conciencia de un cautiverio sin salida, lejos de las olas del Rin y de la compañía de los maestros de minas, lo hizo llorar. Por la noche, se sentaba junto a la ventana y miraba la luna... Alrededor había silencio. En algún lugar lejano chirriaba una armónica y gemía una quejumbrosa cancioncita rusa. Esos sonidos le apretaron el corazón a Imbs. Se apoderó de él tal añoranza por la patria, por el derecho y la justicia, que habría dado toda su vida sólo por hallarse esa noche en su casa.

«Aquí brilla esta luna y allá brilla también. ¡Y qué diferencia!» —pensaba.

Toda la noche Imbs añoró su tierra. A la mañana, no soportó la añoranza y decidió irse. Tras colocar sus libros y planos «inútiles en Rusia» en el morral, bebió agua en ayunas y, exactamente a las cuatro de la mañana, se encaminó a pie hacia el norte. Decidió ir a ese mismo Jarkov, que hacía tan poco había arañado el conde en la carta con su uña rosada. En Jarkov esperaba encontrar alemanes que pudieran darle dinero para el camino.

—En el camino, dormido, me quitaron las botas —contaba Imbs a sus amigos, sentado al mes en el mismo barco—. ¡Tal es la «honestidad rusa»! Pero, a fin de cuentas, hay que hacerles justicia: de Slaviansk a Jarkov, un cochero ruso me llevó por cuarenta kopeks, el dinero que me entregaron por mi pipa de pacotilla. ¡Viajar por esa suma es deshonesto, pero es muy barato!

REGLAS VERANIEGAS

(Дачные правила)

—Se prohíbe vivir en la casa de campo a los locos, los insensatos, los portadores de enfermedades contagiosas, los ancianos, los menores de edad y a quienes se encuentran en el orden de los rangos bajos, ya que en ningún lugar hay tanto peligro de contraer matrimonio legal, como al aire libre.

—Vivid, creced y multiplicaos.

—Si tú, sentado en la casa de una vecina hospitalaria, te tomaste tres tacitas de té y, tras todo eso, sentiste de pronto en tus entrañas la irritación de las mentes pues, sin acudir a ningún remedio farmacéutico, ponte el gorro y vete.

—Al bañarte en el río no te pongas de espalda a la orilla, ya que en la última, en ese momento, puede haber damas.

—Los granos en los labios por los besos frecuentes se curan no tanto con los ungüentos, como con los sermones de los padres y los suegros.

—Si te salió un flemón en la mejilla izquierda, pues trata con todas tus fuerzas que te salga un flemón igual en la derecha, ya que nada acaricia tanto la vista como la simetría.

Observación. Si tienes un flemón, pues no permitas a tu esposa pegarte en la mejilla.

—Si *pápienka* te convida con tabacos de modo gratuito, y te oculta afanosamente que su mobiliario e inmobiliario está empeñado, si *mámienka* te convida con café y futilidades de hojaldre, si su hijita canta *La luna nada*^[297] y no teme quedarse a solas contigo, pues corre por el alguacil: te quieren envolver.

—No aplastar la hierba, no ensuciar la tierra y no romper los abedules. Lo último puede ser permitido sólo en interés de la pedagogía y la justicia^[298].

—Si estás enamorado, pues toma: media libra de casia, un litro de vodka, una cucharita de aguarrás, un cuarto de libra de *sangre siete hermanos* y media libra de *Las novedades de Petersburgo* quemadas, mezcla todo eso y consúmelo en una dosis. La enfermedad ocasionada por este remedio te obligará a salir de la casa de campo a la ciudad por ayuda médica, y no estarás para el amor.

—A los alguaciles y los porteros se les impone la obligación de observar por: a) que las declaraciones de amor se hagan en un estilo elevado; b) que en esas declaraciones no haya expresiones inclinadas a la destrucción del sentido común permitido por la ley; c) que los pupilos de los centros docentes, al declarar el amor sólo en latín o en griego, estén en plena forma, aprecien el honor de su centro docente y, al conjugar el verbo «amar», no se salgan de los límites señalados por Kuner^[299]; d) que las personas por debajo del titular se mantengan a prudente distancia de las hijas

de las personas no por debajo de V clase.

—A los dueños de casas de campo y los comisarios de distrito, se recomienda inculcar en los jóvenes que las expresiones como: «¡Yo estoy listo a dar por ti todo el mundo! ¡Tú para mí vales más que la vida!» y demás, por lo menos, están fuera de lugar, ya que estas pueden inculcar en los porteros y los alguaciles conceptos tergiversados sobre los objetivos de la vida y la grandeza del universo.

—Al acostarte a dormir ponte, en caso de lluvia fuerte por la noche, los chanclos, y cúbrete con la lona, alegrándote de que a través de la lona se puede oír el murmullo de tu esposa, el lamento de tus niños helados y los silbatos policiales.

—En caso de que te despojen los rateros veraniegos, pues ingresa a los alguaciles y véngate. Otra salida no hay.

—Para resguardar tu casa de campo de la invasión de los parientes y los amigos, expande el rumor de tu no confiabilidad.

—En general: no andes en pantalón claro, no tomes *kvas* después de la leche, temple tu oído con los conciertos felinos y el «estilo» elevado de las viejas doncellas, come de gratis, toma aguachirle, ama a cuenta de Sheremétiev, menosprecia los elementos, paga los festivos puntualmente, respeta a tus padres, ama al jefe, y serás feliz.

CARTA A UN REPORTERO

(Письмо к репортеру)

Esta semana hubo seis incendios grandes y cuatro pequeños. Se suicidó un joven por el amor apasionado hacia una dama, y esa misma dama enloqueció al conocer su muerte. El portero Guskin se ahorcó porque había consumido en exceso. El día de ayer se hundió un bote con dos tripulantes y un niño pequeño... ¡Pobre niño! En los jardines públicos de *La Arcadia*, le agujerearon la espalda a cierto comerciante y casi le rompen la crisma. Atraparon a cuatro ladronzuelos bien vestidos, y un tren de mercancías naufragó. ¡Lo sé todo, estimado señor mío! ¡Qué circunstancias tan diferentes! ¡Cuánto dinero tiene usted ahora y no me da a mí ni un kopek! ¡Los buenos caballeros no hacen eso!

Su sastre, Zmirlov.

Informó, *El hombre sin bazo*

GOZO EN LA DACHA

(Дачное удовольствие)

El funcionario de la oficina del catastro Chudakov y un tal Kosinúsov estaban nadando en silencio hacia el baño de las mujeres y, una vez localizaron la rendija más ancha, comenzaron a mirar.

—Seguro que ésa está por aquí —murmuró Kosinúsov.

—Pues yo no la veo.

—La veo... En el rincón de la derecha, sobre la sábana...

—Sí, sí... la estoy viendo... Que me lleve el demonio...

—¡Y está llena!

—No me lo parece... Está más o menos a la mitad... como mucho. Digamos que proporcionada. ¿Demonios, cómo sería?

—No merece la pena complicarse, hermano... ¡Al diablo con ella!

—Nadie se va a enterar... Yo me lanzo, Misha...

—Te romperás la crisma con el fondo... No te lances...

—Yo me meto, entro en el baño y entonces...

Kosinúsov puso un pie en el borde y se metió...

Los ojos de Chudakov ardieron de envidia sin apartar la mirada de la rendija.

Pero me apresuro a finalizar aquí, para que la desilusión del lector no sea mayor: lo que había era una botella de licor que la mamá de Kosinúsov había perdido una hora antes mientras se bañaba y que olvidó llevarse con ella al salir. Moraleja: incluso la gente joven puede ser una borracha.

EXAMEN IDEAL

(Идеальный экзамен)

Conditio sine qua non: un maestro muy inteligente y un alumno muy inteligente. El primero zahiriente e insistente, el segundo implacable. Así como el comando de bomberos ideal llega media hora antes del incendio, así el alumno ideal tiene preparadas las respuestas media hora antes de la pregunta. Para la brevedad y evitación del honorario grande^[300], expongo la esencia en forma dramática.

MAESTRO. Usted dijo ahora que la tierra constituye en sí un globo. ¡Pero usted olvida que en esta hay montañas altas, abismos profundos, puentes moscovitas que le impiden ser redonda!

ALUMNO. Éstos le impiden ser redonda tanto, como los hoyitos en las naranjas o los granos en la fisonomía.

MAESTRO. ¿Y qué es la fisonomía?

ALUMNO. La fisonomía es el espejo del alma, que se rompe tan fácil como cualquier otro espejo.

MAESTRO. ¿Y qué es el espejo?

ALUMNO. El espejo es un aparato, en el que la mujer sopesa su arma diez veces al día. El espejo es la oficina de contraste de las mujeres.

MAESTRO. (*Zahiriente*). ¡Dios mío, qué inteligente es usted! (*Tras quedarse pensativo*). Ahora le haré una pregunta... (*Rápido*). ¿Qué es la vida?

ALUMNO. La vida es el honorario cobrado no por los autores, sino por sus obras.

MAESTRO. ¿Y cuán grande es ese honorario?

ALUMNO. Es igual a ese honorario, que pagan las malas redacciones por las muy malas traducciones.

MAESTRO. Así... ¿Y no puede usted decirnos algo de las vías férreas?

ALUMNO (*Rápido y preciso*). Vía férrea, en el inmenso significado de esa palabra, se llama el instrumento que sirve para el transporte de tesoros, sangrías y concesión de emociones fuertes a las personas indigentes. Ésta se compone, propiamente, de la vía y las reglas ferroviarias. Las últimas, en esencia, son las siguientes: Las estaciones ferroviarias están sujetas a inspección sanitaria, al igual que los mataderos, y la ruta de la vía férrea está al nivel de los cementerios: con vistas a la conservación de la limpieza del aire tanto ésta, como el otro, deben hallarse a una prudente distancia de los lugares poblados. La persona transportada por la vía férrea se denomina pasajero, y llegada a su lugar de destino se redenomina difunto. El hombre que va a ver a la tía en Tambóv o al cuñado en Sarátov, en caso de su no deseo de llegar por voluntad del destino *ad patres*^[301], debe informar de su no deseo,

pero no más tarde de seis meses después del descarrilamiento. Los deseosos de escribir el testamento obtienen pluma y tinta con el sub-conductor por el pago establecido. Ante el choque de trenes, la salida de los rieles y demás, los pasajeros se comprometen a mantener silencio y permanecer en tierra. Ante el choque de dos trenes el tercero no debe inmiscuirse...

MAESTRO. Suficiente, espere... Bueno, ¿y qué es la justicia?

ALUMNO. La justicia es una tasa ferroviaria colgada en la pared interior de cada vagón: por el vidrio roto 2 rublos, por la cortina arrancada 3 rublos, por la tapicería del diván rasgada 5 rublos, por la rotura de la propia persona, en caso de descarrilamiento, el pasajero no paga nada.

MAESTRO. ¿Quién riega las calles moscovitas?

ALUMNO. La lluvia.

MAESTRO. ¿Y quién recibe dinero por eso?

ALUMNO. (*Nombre de los ríos*).

MAESTRO. Bueno... ¿Y qué puede usted decir de la vía férrea de caballos?

ALUMNO. La ferroviaria de caballos, o la llamada, simplemente, vía férrea caballuna, está compuesta del interior, los exteriores y las reglas ferroviarias de caballos. El interior cuesta cinco kopeks, el exterior tres kopeks, y las reglas ferroviarias de caballo nada. El primero ha sido dado a la humanidad para la comodísima contemplación de las costumbres de los conductores, el segundo para el vistazo, por las mañanas, de las ventanas abiertas de los segundos pisos, y las terceras para su cumplimiento. Esas reglas, en esencia, son las siguientes: No es el tranvía para el público, sino el público para el tranvía. Ante la entrada del conductor al vagón, el público debe sonreír con agrado. El movimiento adelante, el movimiento atrás y la quietud absoluta son, en esencia, sinónimos. La velocidad es igual a la cantidad negativa, raras veces al cero, y en las grandes fiestas a dos verstas por hora. Por la salida del vagón de los rieles el pasajero no paga nada.

MAESTRO. Dígame, por favor, ¿por qué dos vagones, al encontrarse el uno con el otro, tocan las campanas, y por qué los inspectores le arrancan las esquinas a los billetes?

ALUMNO. Lo uno y lo otro constituye un secreto de los inventores.

MAESTRO. ¿Qué escritor le gusta más de todos?

ALUMNO. El que sabe poner el punto a tiempo.

MAESTRO. Razonable... ¿Y no sabe usted, quién armó el exceso que le encallece los ojos al lector en el presente instante?

ALUMNO. Eso constituye un secreto de la redacción... Por lo demás, para usted yo, es posible... Yo, si quiere, le revelaré ese secreto... (*en susurro*). El exceso lo armó en edad avanzada...

A. Chejonté

EL VODEVIL

(Водевилъ)

El almuerzo terminó. A la cocinera le ordenaron recoger la mesa en lo posible en silencio, y no hacer ruido con la vajilla ni con los pies... A los niños se apuraron a llevarlos al bosque... El asunto era que el dueño de la casa de campo, Osip Fedórich Klochkóv, un hombre enjuto, tuberculoso, de ojos caídos y nariz aguileña, se sacó un cuaderno del bolsillo y, tosiendo con confusión, empezó a leer un vodevil de su propia creación. La esencia de su vodevil no era compleja, era de censura y breve. Es ésta: El funcionario Yasnosiérdziev entra corriendo a la escena, y le anuncia a su esposa que ahora vendrá de visita a la casa su jefe, el consejero civil activo Kleshéev, a quien le gustó la hija de los Yasnosiérdziev, Liza. Luego sigue un largo monólogo de Yasnosiérdziev sobre el tema: ¡qué agradable es ser suegro de un general! «¡Todo lleno de estrellas... todo lleno de bandas rojas... y estás sentado a su lado, y no importa! ¡Como si tú, en la misma realidad, no fueras el último chichón en la rotación del universo!». Soñando de esta manera, el futuro suegro advierte, de pronto, que las habitaciones huelen a ganso frito fuertemente. Es embarazoso recibir a un visitante importante si en las habitaciones hay tufo, y Yasnosiérdziev empieza a hacerle a su esposa una reprensión. La esposa, con las palabras: «¡A ti no hay quien te complazca!», rompe en llanto. El futuro suegro se agarra la cabeza y le exige a la esposa que deje de llorar, ya que a los jefes no se les recibe con ojos llorosos. «¡Imbécil! ¡Cálmate... momia, monstruosa tú, ignorante!». La esposa está histérica. La hija declara que no está en condición de vivir con unos padres tan violentos, y se viste para irse de la casa. *Cuanto más al bosque, más leña.* Termina en que el visitante importante encuentra en la escena a un doctor, que aplica a la cabeza del esposo fomentos de extracto de Saturno, y a un comisario particular, que levanta un acta sobre la violación del silencio comunal y el sosiego. Eso es todo. Ahí mismo está pegado el novio de Liza, Gránskii, candidato de derecho, un hombre de los «nuevecitos», que habla de los principios y, por lo visto, representa en el vodevil el buen principio.

Klochkóv leía y miraba de soslayo: ¿se reían acaso? Para gusto suyo, los visitantes, a cada rato, se tapaban las bocas con los puños e intercambiaban miradas.

—¿Bueno? ¿Qué me dicen? —levantó los ojos hacia el público Klochkóv, tras terminar la lectura—. ¿Cómo está?

En respuesta a esto, el más viejo de los visitantes, Mitrofán Nikoláevich Zamazúrin, canoso y calvo como la luna, se levantó y, con lágrimas en los ojos, abrazó a Klochkóv.

—Gracias, hijito —dijo—. Me calmaste... Tú lo escribiste, este mismo, tan bien, que hasta me sacaste las lágrimas... Deja que te abrace... otra vez...

—¡Excelente! ¡Notable! —se levantó Polumrákov—. ¡Un talento, un talento absoluto! ¿Sabes qué, hermano? ¡Deja el servicio y dínate a escribir! ¡A escribir y escribir! ¡Es vil enterrar el talento!

Empezaron las felicitaciones, las exaltaciones, los abrazos... Mandaron por el champán ruso.

Klochkóv se confundió, se sonrojó y, con la abundancia de sentimientos, empezó a caminar alrededor de la mesa.

—¡Yo ese talento, hace tiempo ya que lo siento en mí! —rompió a hablar, tosiendo y agitando las manos—. Casi desde la misma infancia... Expongo de forma literaria, tengo ingenio... conozco el precio, porque pasé unos diez años entre los aficionados... ¿Qué hace falta aún? Trabajar sólo en esa palestra, aprender... ¿y en qué soy peor que los demás?

—Realmente, aprender... —dijo Zamazúrin—. Eso tú, cierto... Sólo mira qué, hijito... Tú discúlpame, pero yo la verdad... La verdad ante todo... Ahí tienes representado a Kleshéev, el consejero civil activo... Eso, amigo, no está bien... Eso pues, en esencia, no es nada, pero como que, ¿sabes?, es incómodo... El general, una cosa, la otra... ¡Déjalo, hermano! Todavía el nuestro se va a enojar, va a pensar que tú eso a él... Le va a ser ofensivo al viejo... Y de él nosotros, excepto beneficios... ¡Déjalo!

—Eso es verdad —se alarmó Klochkóv—. Va a haber que cambiarlo... Voy a poner en todas partes «su excelencia»... O no, simplemente así, sin rango... Simplemente Kleschéev...

—Y mira qué aún —advirtió Polumrákov—. Esto, por lo demás, son tonterías, pero también es incómodo... quiebra los ojos... Ahí el novio ese, Gránskii, le dice a Liza, que si sus padres no quieren que ella se case con él, pues él va a ir en contra de su voluntad. Eso, éste, puede ser, y no importa... puede ser, que los padres de verdad sean unos cerdos en su tiranía, pero en nuestro siglo, cómo expresarlo así... ¡Te va a tocar algo bueno!

—Sí, es un poco brusco —convino Zamazúrin—. Tú, de algún modo, tapa ese lugar... Quita asimismo, el razonamiento sobre cuán agradable es ser suegro del jefe. Es agradable, y tú te ríes... Con eso, hermano, no se puede bromear. El nuestro también se casó con una pobre, ¿así de eso sigue, que él procedió de forma infame? ¿Así es según tú? ¿Acaso a él no le es ofensivo? Bueno, supongamos que él está sentado en el teatro, y ve eso mismo... ¿Acaso le es agradable? ¡Y pues, él sostuvo tu propia mano, cuando tú pediste el subsidio con Salaliéev! «Él, dijo, es un hombre enfermo, a él, dijo, le hace más falta el dinero que a Salaliéev»... ¿Ves?

—¡Y tú pues, confiesa, aludes a él aquí! —guiñó el ojo Buliáguin.

—¡Y no pensaba! —dijo Klochkóv—. ¡Que me castigue Dios, no aludía a nadie en absoluto!

—¡Sí, bueno, bueno... deja, por favor! A él, realmente, le gusta correr tras el sexo femenino... Tú eso lo captaste acertadamente... Sólo tú, este... al comisario

particular sácalo... No hace falta... Y al Gránskii ese sácalo... Es un héroe así, el diablo sabe a qué se dedica, habla con mañas distintas... Si lo condenaras, pero tú pues, por el contrario, lo compadeces... Puede ser, es un buen hombre, pero... ¡el diablo lo entiende! Todo se puede pensar...

—¿Y saben quién es Yasnosiérdziev? Es nuestro Eniákin... Klochkóv alude a él... Es el consejero titular, siempre se pelea con su esposa, y con su hija... Es él... ¡Gracias, amigo! ¡Así, al canalla, le hace falta! ¡Para que no se envanezca!

—Siquiera ése, por ejemplo, Eniákin... —suspiró Zamazúrin—. Es una basura de hombre, un granuja, y de todas formas siempre te invita a su casa. A Nastiúsha te la bautizó... ¡No está bien, Ósip! ¡Sácalo! ¡En mi opinión... mejor déjalo! Dedicarse a ese asunto... por Dios... Van a empezar ahora los comentarios: ¿quién, cómo... por qué? ¡Y no estarás contento después!

—Eso es cierto... —confirmó Polumrákov—. Una travesura, y de esa travesura puede salir algo, que en diez años no la compones... En vano lo emprendes, Ósip... No es asunto tuyo... A Gógol meterte, y a Krilóv... Ésos, realmente, eran unos científicos, y tú, ¿qué educación recibiste? ¡Un gusano, apenas lo vemos! A ti, cualquier mosca te puede aplastar... ¡Déjalo, hermano! Si el nuestro se entera, pues... ¡Déjalo!

—¡Tú rómpelo! —susurró Buliáguin—. Nosotros no se lo diremos a nadie... Si preguntan, pues diremos que tú nos leíste algo, y que nosotros no entendimos...

—¿Para qué decir? Decir no hace falta... —dijo Zamazúrin—. Si preguntan, bueno, entonces... no te pondrás a mentir... *La camisa propia es más cercana al cuerpo...* ¡Así pues, usted emborrona distintas porquerías, y después responde por usted! ¡Para mí eso es lo peor de todo! A ti, al enfermo, no le empezarán a preguntar, pero hasta nosotros llegarán... ¡No me gusta, por Dios!

—Más bajito señores... Alguien va... ¡Escóndelo, Klochkóv!

El pálido Klochkóv escondió el cuaderno con rapidez, se rascó la nuca y se quedó pensativo.

—Sí, eso es verdad... —suspiró—. Van a empezar los comentarios... lo van a entender diferente... Puede ser, hasta que en mi vodevil hay algo que nosotros no vemos, y los otros lo van a ver... Lo voy a romper... Y ustedes pues, hermanos, por favor, este... no le digan a nadie...

Trajeron el champán... Los visitantes bebieron y se separaron...

EXAMEN DE ASCENSO

(Экзамен на чин)

—Al profesor de geografía, Galkin, le tengo en contra..., y créame..., me suspenderá hoy —decía, frotándose las manos nerviosamente y sudando, el empleado de la sucursal X*** de Correos, Efim Zajarich Fendrikov, hombre canoso y barbudo, de respetable calva y sólido vientre—. Me suspenderá... Seguro... Le tengo en contra por algunas pequeñeces... Figúrese que un día me viene con una carta certificada, pretendiendo, delante de todo el mundo, que la tomara antes que las de los demás... ¡Y eso no podía ser!... ¡Aunque se sea de clase instruida, hay que saber respetar el orden y esperar! Yo le hice correctamente una observación... «Espere usted en la cola, caballero», le dije... Pero él se molestó, y desde entonces le tengo en contra como Saulo... A mi hijito Egoruschka le pone siempre malas notas; y a mí sé que va llamándome por la ciudad de muchas maneras... Pasaba yo una vez por delante de la taberna de Kujtin, y él, que estaba borracho, se asomó a la ventana con un taco de billar en la mano y se puso a gritar de un modo que se le oía por toda la plaza: «¡Miren, señores! ¡Por ahí va un sello usado!».

El profesor de lengua rusa, Pivomedov, que se encontraba con Fendrikov en la antesala de la Escuela Regional X***, fumando un cigarrillo con aire condescendiente, se encogió de hombros y le tranquilizó:

—No se preocupe... Nunca se ha dado el caso de que a ustedes se les suspenda... ¡Todo es pura fórmula!

Fendrikov se quedó muy calmado, pero no por mucho tiempo. Galkin, un joven con barbita delgada y mal recortada, vestido con unos pantalones de hilo y un frac azul, cruzó en aquel momento la antesala. Miró severamente a Fendrikov y prosiguió su camino.

Corrió la voz:

—¡Que viene el inspector!

Fendrikov se quedó frío, esperando, con ese terror tan conocido de los que se sientan en el banquillo de los acusados o de los que se presentan a examen por primera vez. Corriendo hacia la calle, pasó por la antesala Jamov, el vigilante de plantilla, de La Escuela Regional. Tras él se apresuraba también a salir al encuentro del inspector el profesor de religión, Zmiejaiov, con el bonete puesto y la cruz colgando sobre el pecho. En la misma dirección corrieron los demás profesores. El inspector de escuelas rurales, Ajajov, saludó con voz sonora, expresó su descontento por el polvo del camino y penetró en la escuela. Al cabo de cinco minutos empezaron los exámenes. Examinose a dos hijos del pope para maestros de aldea. Uno de ellos fue aprobado y el otro no. El que había sido suspendido se sonó las narices con un pañuelo de color rojo, permaneció unos instantes en pie, meditó un poco y se marchó.

Examinose luego de tercer grado a dos voluntarios del ejército. Después de esto le llegó el turno a Fendrikov.

—¿Dónde presta usted servicio? —dijo el inspector, dirigiéndose a él.

—Soy colector de la sucursal de Correos de esta zona, señoría —dijo, cuadrándose y esforzándose en ocultar al público su temor—. Tengo veintiún años de servicio..., señoría..., y ahora exigen que me examine para el ascenso a registrador colegiado^[302] ..., por lo que me atrevo a presentarme a esta prueba..., con el fin de obtener el grado primero...

—Bien. Escriba al dictado.

Pivomedov se levantó, tosió y empezó a dictar en voz baja y a la vez profunda y chillona, tratando de coger en falta al que se examinaba, sobre todo, en esas palabras que se escriben de modo distinto a como se pronuncian. El dictado, sin embargo, a pesar de los esfuerzos del vivo y astuto Pivomedov, salió bien. El futuro registrador colegiado había hecho pocas faltas, aunque atendiera más a la belleza de la letra que a la gramática. Escribió la palabra *chresvichaino*^[303] con dos enes; en lugar de *luchsche*^[304], puso *lutschet* y al escribir *novoe podprische* en vez de *novoe poprische* hizo asomar una sonrisa al rostro del inspector. Después de todo, aquéllas no eran faltas de importancia...

—El dictado ha resultado satisfactorio —dijo el inspector.

—Me atrevo a poner en conocimiento de su señoría —dijo Fendrikov más animado y mirando de reojo a su enemigo Galkin—, me atrevo a comunicarle que la geometría la estudié por el libro de Davidov, y que, además, la estudié con mi sobrino Varsonofii, que vino del seminario Troitze Sergievski a pasar aquí las vacaciones. También estudié planimetría y estereometría...

—No se pide estereometría en el programa.

—¿No se pide?... ¡Y yo que me pasé un mes estudiándola!... ¡Lástima de tiempo! —suspiró Fendrikov.

—Bien, dejemos ahora la geometría y vayamos hacia aquella ciencia por la que usted, como funcionario de Correos, sentirá afición: la geografía. La ciencia de los carteros.

Todos los profesores sonrieron respetuosamente, aunque Fendrikov no estaba conforme en eso de que la geografía fuera la ciencia de los carteros. Sobre esto no decían nada ni el reglamento de Correos ni las disposiciones oficiales. Sin embargo, por un sentimiento de propia estimación, contestó:

—Desde luego..., señoría...

Tosió nerviosamente y, presa de espanto, permaneció en espera de las preguntas. Su enemigo Galkin se recostó en el respaldo de la silla y, sin mirarle, le preguntó, alargando las palabras:

—Dígame... ¿Qué forma de gobierno es la de Turquía?

—¡Hum!... ¿La de Turquía?... Pues turca...

—Turca, ¡hum!... Eso es un poco vago... La forma de gobierno allí es constitucional. Y dígame..., ¿qué afluentes tiene el río Ganges?

—Yo estudié geografía... por el libro de Smirnov..., y perdóneme que no la estudiara muy a fondo... ¿El Ganges? ¿El río ese que pasa por la India?... Ese río fluye hacia el Océano...

—Yo no le pregunto eso. Le pregunto los afluentes que tiene el Ganges. ¿No lo sabe?... ¿y el Araks? ¿Por dónde pasa?... ¿Tampoco sabe eso?... Es extraño... ¿A qué provincia pertenece Jitomir?

—Tracción dieciocho, lugar ciento veintiuno.

De la frente de Fendrikov brotó un sudor frío, movió los ojos y, al tragar saliva, hizo tal movimiento que parecía estarse tragando su propia lengua.

—¡Como si estuviese delante de Dios!... ¡El mismo padre arcipreste puede confirmarlo!... ¡Llevo veintiún años en el servicio, y esto ahora...! ¡Toda mi vida pediré a Dios!...

—Bien, dejemos la geografía. ¿Qué ha preparado usted de aritmética?...

—De Aritmética... El mismo padre arcipreste puede confirmarlo... ¡Toda, mi vida pediré a Dios!... Llevo estudiando..., estudiando... desde la misma fiesta de la Asunción... con poco resultado... ¡Ya me he hecho viejo para los trabajos de mollera!... ¡Si fuera usted tan generoso, señoría..., eternamente pediré a Dios!...

De las pestañas de Fendrikov colgaban unas lágrimas.

—He prestado servicio honradamente..., de modo irreprochable... Confieso y comulgo todos los años... El mismo padre arcipreste puede confirmarlo. ¡Sea usted generoso!... Señoría...

—¿Entonces no trae usted nada preparado?

—Prepararlo, lo he preparado todo..., pero no me acuerdo ya de nada. Voy a cumplir pronto los sesenta, señoría... ¿Cómo voy a correr ya detrás de la ciencia?... ¡Hágame la merced!...

—Ya se ha encargado la gorra con la escarapela —dijo Zmiejalov, el arcipreste, sonriendo.

—Bien, retírese —dijo el inspector.

Media hora después, radiante, se dirigía Fendrikov, en compañía de los profesores, a la taberna de Kujtin para tomar el té. Su rostro resplandecía y sus ojos lanzaban destellos de gozo. A cada momento, sin embargo, se rascaba la nuca, como aquél a quien martiriza una idea.

—¡Qué lástima! —mascullaba—. ¡Qué tontería la mía!...

—Pero ¿cuál es la tontería? —preguntó Pivomedov.

—¡Haberme metido a estudiar estereometría cuando no la pedían en el programa! ... ¡Un mes entero trabajando!... ¡Qué lástima!

CIRUGÍA

(Хирургия)

Un hospital provincial. En ausencia del médico, que ha emprendido viaje para casarse, se ocupa de los pacientes el enfermero Kuriatin, un hombre gordo de unos cuarenta años, con raída chaqueta de seda y gastados pantalones de lana. En la expresión de su rostro se lee que es un hombre afable y amante del deber. Entre los dedos índice y corazón de la mano izquierda sostiene un cigarrillo que despidе un olor apestoso.

En la sala de espera entra el sacristán Vonmiglásov, un anciano alto y rechoncho, con una sotana pardusca y un ancho cinturón de cuero. En el ojo derecho, semicerrado, tiene una catarata y en la nariz una verruga que de lejos parece una mosca de gran tamaño. Por un instante el sacristán busca con los ojos el icono y, al no encontrarlo, se santigua delante de una botella de fenol; luego saca de su pañuelo rojo un pan bendito y, con una inclinación, lo pone delante del enfermero.

—¡A-a-ah...! ¡Hola! —bosteza el enfermero—. ¿Qué le trae por aquí?

—Le deseo un buen día de domingo, Serguéi Kuzmich... Necesito su ayuda... Como dice el salmo, perdóneme, con mucha verdad y justicia: «Mi bebida está mezclada con lágrimas». El otro día me senté a tomar el té con mi vieja, pero no pude pasar ni una sola gota, nada de nada, Dios mío, y creí que me moría... Tomé un sorbo... y no pude más. No sólo me molestaba la muela, sino toda esta parte... ¡Qué dolor, qué dolor! Llega hasta la oreja, perdóneme, y es como si me hundieran un clavo o algo parecido. ¡Qué punzadas, qué punzadas! Soy un pecador, he faltado a la ley... Pues he dejado que el pecado enfriara mi alma y he pasado mi vida sumido en la pereza... ¡Me lo merezco por mis pecados, por mis pecados, Serguéi Kuzmich! Tras la misa, el sacerdote me ha reprendido: «Tartajeas, Yefim, y tu voz se ha vuelto gangosa. Cuando cantas, no hay manera de entender ni una palabra». Pero cómo voy a cantar, hágase cargo, cuando no puedo ni abrir la boca; tengo toda la mandíbula hinchada, perdóneme, y no he pegado ojo en toda la noche...

—Bueno... Siéntese... ¡Abra la boca!

Vonmiglásov se sienta y abre la boca.

Kuriatin frunce el ceño, examina la boca y, entre los dientes amarillentos por los años y el tabaco, descubre una muela adornada con un gran agujero.

—El diácono me dijo que aplicara vodka con rábano, pero no ha surtido efecto. Glikeria Anisimovna, que Dios le conserve la salud, me dio un hilo del monte Athos para que me lo atara a la muñeca y me aconsejó que me enjuagara la muela con leche tibia; me puse el hilo, pero confieso que, en lo que respecta a la leche, no hice nada: temo a Dios, estamos en cuaresma...

—Prejuicios... (*Un silencio.*) ¡Hay que arrancarla, Yefim Mijeich!

—Usted sabrá, Serguéi Kuzmich. Para eso ha estudiado, para saber lo que hay que hacer en estos casos: si es necesario arrancar o basta con aplicar gotas o alguna otra cosa... Para eso estáis aquí, bienhechores nuestros, que Dios os conserve la salud, para que nosotros recemos por vosotros, que sois nuestros verdaderos padres, día y noche... hasta la hora final...

—Una nadería... —dijo el enfermero, dándoselas de modesto, al tiempo que se acercaba al armario y rebuscaba entre los instrumentos—. La cirugía es una nadería... Basta con tener práctica y mano firme... Es muy sencillo... El otro día vino al hospital, como usted, el hacendado Aleksandr Ivánich Yeguípetski... También le dolía una muela... Es un hombre instruido, no para de hacer preguntas, todo lo quiere saber, el qué y el cómo. Me aprieta la mano, me llama por mi nombre... Ha vivido siete años en San Petersburgo, se ha codeado con todos los profesores... Hablamos durante un buen rato... «¡Por el amor de Dios —me dijo—, arránquemela, Serguéi Kuzmich!».

¿Arrancarla? ¿Por qué no? No hay de qué preocuparse. Pero hay que saber lo que se hace, de otro modo es imposible... Hay muchas clases de muelas. En un caso hay que usar las tenazas, en otro las pinzas, en un tercero la llave... A cada una lo suyo.

El enfermero coge las pinzas, se queda mirándolas un momento con indecisión, luego las deja en su sitio y toma las tenazas.

—Bueno, abra bien la boca... —dice, acercándose con ellas al sacristán—. Ahora mismo... así... es muy sencillo... Sólo hay que separar la encía... efectuar una tracción en sentido vertical... y ya está... (*separa la encía*) y ya está.

—Sois nuestros bienhechores... Nosotros, pobres idiotas, no comprendemos nada, pero a vosotros el Señor os ha iluminado...

—Déjese de razonamientos mientras tiene la boca abierta... Esta muela es fácil de arrancar, pero a veces no quedan más que las raíces... Es muy sencillo... (*Aplica las tenazas*). Espere, no se mueva... Estese quieto... En un abrir y cerrar de ojos... (*Efectúa una tracción*). Lo esencial es coger la muela lo más abajo posible (*tira*)... para que la corona no se rompa...

—Por todos los santos... Madre de Dios... ¡Ay!

—No... No... Así no puedo. ¡No me coja usted las manos! ¡Deje las manos! (*Tira*). Ahora... Ya está, ya está... No es un caso fácil.

—Por todos los santos... Padres de la Iglesia... (*Grita*). ¡Angeles del cielo! ¡Ay! ¡Ay...! ¡Pero arránquela, arránquela! ¿Va a pasarse cinco años tirando?

—Es que... la cirugía... no es cosa de un momento... Ya está, ya está...

Vonmiglássov levanta las rodillas hasta los codos, mueve los dedos, desentaja los ojos, respira con dificultad... Su rostro purpúreo se cubre de sudor, sus ojos se llenan de lágrimas. Kuriatin jadea, se afana alrededor del sacristán y tira... Pasan treinta segundos de una tortura inenarrable y las tenazas se desprenden de la muela. El sacristán pega un salto y se mete los dedos en la boca, pero encuentra la muela en su lugar.

—¡Pues sí que has tirado bien! —dice con voz llorosa y al mismo tiempo burlona—. ¡Ojalá tiren así de ti en el otro mundo! ¡Te estoy muy agradecido! ¡Si no sabes arrancar muelas, mejor no te metas! No veo nada...

—¿Y por qué me has cogido las manos? —pregunta enfadado el enfermero—. Mientras yo trato de tirar, tú me apartas el brazo y dices toda suerte de idioteces... ¡Imbécil!

—¡Tú sí que eres un imbécil!

—¿Acaso crees que es fácil arrancar una muela semejante, *muzhik* del demonio? ¡Inténtalo! ¡Esto no es como subir al campanario y darle a la cuerda! (*Le imita*). «¡No sabes, no sabes!». ¿Es que vas a enseñarme mi oficio? Lo que hay que ver... Cuando le arranqué la muela al señor Aleksandr Ivánich Yeguípetski no dijo ni una palabra... Es un hombre más respetuoso que tú y no se puso a cogerme las manos... ¡Siéntate! ¡Siéntate, te digo!

—No veo nada... Deja que me recupere... ¡Ay! (*Se sienta*). Sólo te pido que no tires mucho tiempo, que la arranques. No tires, arráncala... ¡De un tirón!

—¡Y todavía pretende darme lecciones! ¡Ah, Señor, qué pueblo más ignorante! ¡Vivir en medio de esta gente embrutece! Abre la boca... (*Aplica las tenazas*). La cirugía, amigo, no es ninguna broma... No es como cantar en el coro... (*Efectúa una tracción*). No te retuerzas... Es una muela vieja, tiene raíces profundas... (*Tira*). No te muevas... Así... Así... No te muevas... Bueno, bueno... (*Se oye un crujido*). ¡Ya lo sabía yo!

Vonmiglásov se queda inmóvil durante un minuto, como privado de sentido. Está aturdido... Sus ojos miran el vacío con aire estúpido, el sudor baña su rostro demudado.

—Tenía que haber empleado las pinzas... —murmura el enfermero—. ¡Menuda historia!

Al volver en sí, el sacristán se mete los dedos en la boca y en el lugar de la muela enferma encuentra dos raigones salientes.

—Diablo sarnoso... —exclama—. ¡Para martirizarnos os ha creado Dios, malditos!

—Y todavía me insulta... —farfulla el enfermero, dejando las tenazas en el armario—. Grosero... No te debieron zurrar mucho en el seminario... El señor Aleksandr Ivánich Yeguípetski, que ha vivido siete años en San Petersburgo... es un hombre educado... sólo su traje costará unos cien rublos... y, sin embargo, no se atrevió a insultarme... ¿Quién te has creído que eres? ¡No te preocupes, no te morirás de ésta!

El sacristán coge el pan bendito que había dejado sobre la mesa y, sujetándose la mejilla con la mano, se vuelve a su casa...

LA «SUMA» DE LA FERIA

(Ярмарочное «ИТОГО»)

En los bolsillos de un mercader moscovita de primera categoría, regresado recientemente de la feria Nizhegoródsкая, es hallado por la esposa un montón de papelitos. Los papelitos están rasgados, arrugados, la escritura gastada pero, a pesar de eso, se podía entender lo siguiente:

¡Estimado señor Semión Ivánovich! El golpeado por usted, artista Jriapúnov, conviene en resignarse a cien rublos. No acepta ni un kopek de menos. Espero la respuesta. Su abogado, *N. Yerzáev*.

¡Señor ignorante con título de mercader! Siendo ofendido por usted, por su falta de educación, yo entregué una queja al señor juez de paz. Si usted mismo no entiende, pues que la justicia y el juicio público le indiquen, de qué título soy hombre yo. Su abogado Yerzáev, dijo que usted no conviene en pagar cien rublos. En ese caso, yo puedo rebajar, y le cobraré 75 rublos por su vileza. Sólo por indulgencia a su mente limitada, a su animal, así decir, instinto, le doy a usted tan barato, a las personas educadas yo les cobro, por una ofensa, más caro.

El artista, Jriapúnov... por el asunto del recaudo de 539 rublos y 43 kopeks, tras la tasación del espejo roto y el piano arruinado por usted en el restaurante de Glujariónv...

... Untar en los cardenales por la mañana y por la noche...

... Y después que se dignó a soltar el percal manchado por uno verdadero, yo debo pelear. Vete por la noche a casa de Fedósia. Agarra al músico Kuzmá, y a untarle mostaza en la cabeza, y de *mademoiselles* unas

cuatro piezas. Escoge cuáles más rollizas...

... en cuanto al endoso, ¡muerde al cabrón! De a *gríviennik*, con gusto mío, y respecto a la bancarrota fraudulenta la abuela dijo por dos...

Estando usted con fiebre delirante por consumo excesivo de bebidas (*delirium tremens*), yo le puse ventosas para traerlo a la respectiva conciencia, por cual trabajo ruego pagar al portador de esta esquila tres rublos. El enfermero, *Yegór Friákov*.

Sénia, no te ofendas. Te apunté con el de paz como testigo, en cuanto a la ofensa en lugar público, por la discusión de esa ocasión, cuando nos golpearon, y tú dices que yo por gusto. No porfíes, pues a ti también te tocó un pescozón. No dejes que te salga un cardenal, encona...

Cuenta

1 p. de sopa de acipenser... 1 r. 80 k.

1 bot. de champán fin... 8 r.

Por la garrafa rota... 5 r.

Al cochero por las *mademoiselles*... 2 r.

Schi para el gitano... 60 k.

Por el frac roto del camarero... 10 r.

... Te beso muchas veces, y ven a la siguiente dirección Mobiliaria. Habitaciones de Fáyansov número 18, preguntar a Márfa Siviáguina. Tu amada, *Angélica*.

Fiel al original:

El hombre sin bazo.

LAS LÁGRIMAS INVISIBLES DEL MUNDO

(CUENTO)

(Невидимые миру слезы. Рассказ)

—Ahora, señores, no estaría mal cenar —dijo el teniente coronel y jefe militar Rebrotsov, alto y enjuto como un poste de telégrafos, al salir del club en una oscura noche de agosto—. En las ciudades buenas, en Sarátov, por ejemplo, en los clubes siempre se puede cenar, pero en nuestra apestosa Cherbiansk, salvo vodka y té con moscas no te dan nada de nada. No hay nada peor que beber sin comer algo.

—Sí, no estaría mal comer algo ahora... —convino el inspector del colegio religioso Iván Ivánovich Dvoetóchiev, resguardándose del viento en su abrigo bermejo—. Ahora son las dos y las tabernas están cerradas y no estaría mal comer arenques, setas o algo por el estilo, saben...

El inspector movió los dedos en el aire y en su rostro se dibujó alguna comida, sin duda muy sabrosa, porque todos se lamieron los labios al mirarle. La pandilla se detuvo y se puso a pensar. Por mucho que pensaban no encontraban nada para comer. Tuvieron que resignarse a soñar despiertos.

—Ayer cené en casa de los Golopesov un pavo de postín —suspiró Pruzhin Pruzhinski, el ayudante del jefe de policía—. Por cierto, señores, ¿han estado ustedes alguna vez en Varsovia? Allí hacen así... Cogen una carpa dorada, aún viva..., palpitante, y la echan en leche..., la canalla nada un día en la leche, y después la cocinan con nata en una sartén caliente. Así que después, hermano mío, no hacen falta tus piñas. ¡Por Dios! Te amodorras y después bebes una copa tras otra. ¡Comes y no sientes de qué aroma perdido morirás!

—Puede que de pepinillos en salmuera... —añadió Rebrotsov con tono animado—. Cuando estuvimos en Polonia, sucedía que te zampabas doscientos raviolis de una sentada... Llenabas el plato, les echabas pimienta, eneldo y perejil picado y... ¡no hay palabras para expresarlo!

De pronto, Rebrotsov se detuvo y se puso a pensar. Recordó la sopa de pescado que comió en 1856 en el monasterio Troitski. El recuerdo de esa sopa era tan exquisito que el jefe militar sintió de repente olor a pescado, comenzó a masticar inconscientemente sin darse cuenta de que se ensució las botas de barro.

—No, no puedo —dijo Rebrotsov—. No puedo resistirlo más. Iré a casa y me quedaré satisfecho. Señores, vengan a mi casa. ¡Por Dios! Tomaremos una copa y comeremos lo que Dios nos envíe. Pepinillos, salchichas, encenderemos el samovar... ¿eh? Comeremos, hablaremos del cólera, recordaremos los viejos tiempos... Mi mujer duerme, pero no la despertaremos, no haremos ruido. ¡Vamos!

La emoción con la que fue aceptada dicha invitación, no hace falta describirla. Diré tan sólo que en ningún otro tiempo tuvo Rebrotéssov tantos afectos como esa noche.

—¡Te voy a arrancar las orejas! —dijo el jefe militar al ordenanza, al pasar los invitados al recibidor a oscuras—. Te he dicho mil veces, canalla, que cuando duermas en el recibidor no fumes ese tabaco de picadillo. Anda, tonto, enciende el samovar y dile a Irina que a los ami..., que traiga de la cava pepinillos y rábanos... Limpia el arenque... Y échale por encima cebolla y eneldo... así... sabes, corta patatas en rodajas... Y remolacha... Todo eso con vinagre y mantequilla, sabes, y con mostaza... y pimienta... Vamos, que lo adereces. ¿Entiendes?

Rebrotéssov movió los dedos, como si removiera el plato, y con gestos añadió a la guarnición lo que no podía añadir con palabras... Los invitados se quitaron las botas y entraron en la sala en penumbra. El anfitrión encendió una vela con una cerilla y se iluminaron las paredes decoradas con premios «Niva», con vistas de Venecia y con retratos del escritor Lazhevnikov y de un general con ojos llenos de asombro.

—Nosotros ahora... —susurró el dueño de la casa, acercando con cuidado el sillón a la mesa—. Pondré la mesa y nos sentaremos... Mi Masha se sentía un poco mal hoy. Disculpen... Cosa de mujeres... El doctor Gusin dice que es por la vigilia... Es muy probable. «Cariño, le digo, guardas la vigilia y te irritas como antes... Mortificas tu cuerpo, es mejor, le digo, que no te enfades, que no digas nada...». Pero no me hace caso. «Desde niños, me dice, estamos acostumbrados a eso».

Entró el ordenanza y, alargando el cuello, susurró algo al oído del anfitrión. Rebrotéssov enarcó las cejas...

—Hum —murmuró—, bueno... No pasa nada... Disculpen un momento, ahora vuelvo... Saben, Masha ha cerrado con llave la despensa y los armarios, por los sirvientes, y se ha llevado las llaves. Hay que ir a cogerlas...

Rebrotéssov se puso de puntillas, abrió la puerta sigilosamente y se acercó a la habitación de su mujer, que dormía.

—¡Máshenka! —le dijo, acercándose con cuidado a la cama—. Despierta, es sólo un momento.

—¿Quién es? ¿Eres tú? ¿Qué quieres?

—Yo, Máshenka, pues eso... Dame, angelito, las llaves y no te preocupes... Duerme... Yo me ocuparé de ellos... Les daré pepinillos en salmuera y no gastaré nada más... Que Dios me castigue. Dvoetóchev, sabes, Pruzhina-Pruzhinski y algunos más... Todos son buenas gentes... Respetados por la sociedad... Pruzhinski incluso tiene la medalla de Vladimir de cuarto grado... Te tiene tanta estima...

—¿Dónde te has emborrachado?

—Ves, ya te has enfadado... Cómo eres, de verdad... Les daré pepinillos y nada más... Y se irán... Yo me ocuparé de todo y no te molestaremos... Descansa, muñeca... ¿Cómo está tu salud? ¿Ha estado Gusin sin mí? Te beso hasta la mano... Y los invitados te estiman tanto... Dvoetóchek es una persona religiosa, sabes.

Pruzhina, también es tesorero. Todos te aprecian... «María, dicen, Petrovna, no es una mujer, sino un ser inefable... que ha iluminado nuestro camino...».

—¡Mientes! ¡Qué disparates dices! Te emborrachas en el club con tus compañeros de parranda y luego sigues la juerga toda la noche. Debería darte vergüenza. ¡Tienes hijos!

—Yo... tengo hijos, pero no te enojés, Mánechka... no te enfades... Yo te aprecio y te quiero... Y, con ayuda de Dios, sacaré adelante a mis hijos. Mira, a Mitia le llevo al instituto... Además, no les puedo echar de casa. No estaría bien... Me han seguido y me pidieron de comer. «¡Denos de comer!», dicen...

«Dvoetóchev, Pruzhina-Pruzhinski... son gente adorable... Te compadecen, te aprecian. Les daré un pepinillo y una copa y... que se vayan con Dios... Yo me ocuparé de todo...».

—¡Vaya castigo! ¿Estás chiflado o qué? ¿Qué invitados a estas horas? Debería darles vergüenza a esos muertos de hambre de molestar a la gente de noche. ¿Dónde se ha visto que vayan como invitados de noche? ¿Es que esto es una taberna, o qué? Sería tonta si te diera las llaves. Que duerman la mona y vuelvan mañana.

—Hum... ya lo has dicho... Y no me humillaré ante ti... Resulta que no eres mi amiga de la vida, ni quien consuela mi sufrimiento, como dicen las Escrituras, sino quien se expresa con palabras indecentes... Era una sierpe y sigue siendo una sierpe...

—¿Y ahora te enfadas, apestoso?

La esposa se levantó y el jefe militar se rascó la mejilla y prosiguió:

—*Merci*... Es verdad lo que leí en una revista: «Con la gente, es un ángel, no una mujer, y en casa, con el marido, es Satanás»... Es una verdad verdadera... Era Satanás y sigue siendo Satanás...

—¡Anda y que te den!

—Lucha, lucha... Pega a tu único marido. Te lo pido de rodillas... Te lo suplico... ¡Mánechka! ¡Perdóname! ¡Dame las llaves! ¡Mánechka! ¡Ángel! Ser cruel, no me avergüences delante de la sociedad. Bárbara mía, ¿hasta cuándo me vas a atormentar? Lucha... Pega... *Merci*... Te lo suplico por última vez.

Largo rato conversaron de esa manera el marido y la esposa... Rebrotéssov se puso de rodillas, lloró dos veces, blasfemó, se rascó la mejilla... Al final, la esposa se levantó de la cama, escupió y dijo:

—Veo que mi suplicio no tendrá fin. Tráeme mi vestido de la silla, Mohamed.

Rebrotéssov le llevó solícito el vestido, se arregló el cabello y fue a ver a los invitados. Los invitados permanecían delante del retrato de un general, le miraban con ojos asombrados y se hacían la pregunta de quién tenía más mérito el general o el escritor Lazhéchnikov. Dvoetóchev estaba del lado de Lazhéchnikov, basándose en la inmortalidad, Pruzhinski dijo:

—Ese escritor, supongamos, es bueno, no lo vamos a discutir... escribe de manera divertida y compasiva, pero si le enviamos a la guerra, no sabrá dirigir una

compañía, mientras que el general puede dirigir todo un batallón y no pasará nada...

—Mi Masha viene ahora... —interrumpió la discusión el anfitrión al entrar—. Esperen un momento...

—Les molestamos, de verdad... Fiódor Akímich, ¿qué le pasa en la mejilla? Pero si tiene un cardenal bajo el ojo. ¿Dónde se lo ha hecho?

—¿La mejilla? ¿Dónde está? —replicó confuso el anfitrión—. ¡Ah, sí! Al acercarme a Mánechka para darle un susto, me he golpeado a oscuras con la cama. ¡Ja, ja...! Aquí está Mánechka... ¡Con esos pelos, Mánechka, pareces el vivo retrato de Louise Michel^[305]!

Entró en la sala María Petrovna, despeinada, soñolienta, pero resplandeciente y alegre.

—¡Es muy amable de su parte venir de visita! —dijo ella—. Ya que no vienen de día, gracias a mi marido, que les ha arrastrado hasta aquí de noche. Estaba durmiendo y oí voces. «¿Quién podrá ser?» —pensé—. Fedia me mandó que me quedara en la cama, que no saliera, pero no he podido resistirlo...

La esposa acudió a la cocina y comenzó a preparar la cena...

—¡Qué bueno es estar casado! —suspiró Pruzhina-Pruzhin al salir una hora más tarde con sus compañeros de la casa del jefe militar—. Comes cuando quieres y bebes cuando tienes ganas... Sabes que hay alguien que te quiere... Y que toca el piano... ¡Qué feliz es Rebrotéssov!

Dvoetóchev permaneció callado. Suspiró y pensó. Al llegar a casa y desvestirse, suspiró tan hondamente que despertó a su mujer.

—No des golpes con las botas, sacamuelas —le dijo su mujer—. ¡No me dejas dormir! Bebes en el club y luego haces ruido. ¡Vaya jeta!

—¡Si supieras de qué me quejo! —exclamó el inspector—. ¡Si hubieras visto cómo viven los Rebrotéssov! ¡Por Dios, cómo viven! Les miras y te entran ganas de llorar del sentimiento. Y yo soy tan desgraciado que tú pareces una bruja. ¡Muévete!

El inspector se tapó con el edredón y, lamentándose con el pensamiento por su destino, se durmió.

IDILIO

(Идиллия)

Un día abrasador usted se acerca a la velocidad del rayo hasta la entrada, cubierta de luz... Cruza por delante del respetable portero y su bastón brillante, pone un pie en el escalón cubierto por una alfombra de terciopelo, y al momento lo embriaga la fragancia de las plantas tropicales. Las altas palmeras, latanias y filodendros se reflejan en espejos infinitos y gracias al verde océano que forman, llevan vuestra imaginación hasta el país de Fernimore Cooper y de Mayne Reid. Fascinado, usted se queda pasmado, aunque enseguida el fogonazo furioso de un agitado vals resucitará su delicada alma, y se siente otra vez en Europa, cuna de toda civilización... Miradas ardientes de criaturas celestiales y poéticas le hacen llegar su amor, sus hombros desnudos lo convocan hacia el pasado... Usted empieza a recordar... La infancia, la juventud, *ella*... ¡Qué extraño! Hace una hora, estaba usted seguro de no ser capaz de amar, de que su alma estaba muerta ya por siempre, por los siglos de los siglos, de lo ridículo de este balbuceo, de lo ridículo de este vals... ¿Y ahora? Su alma está viviendo ahora aquello de lo que usted se burlaba ayer.

Cansado por el vals, agotado y con una dulce sensación de languidez, se sienta usted ante una mesa verde... Y allí, una nueva serie de placeres... Transcurre media hora, y el billete amarillo que había puesto delante al inicio del juego se convierte en una montaña de billetes, de acciones, de pagarés... La misma sensación que conocieron Creso y Rothschild se apodera de su interior... Y eso no es todo... Parece ser que la suerte no quiere detenerse... Dos lacayos demacrados por el trabajo y el sufrimiento lo alzan en brazos y lo portan... Se siente usted como un pontífice al que acompañan sacerdotes sumisos... Espera durante un minuto completo, y dos fuertes manos lo bajan por una escalera de mármol flanqueada por estatuas. Rebota en el aire el sonido del típico cabezazo, y usted, mientras rueda hacia abajo, ve la sonrisa que le muestra una Venus de mármol...

EL CAMALEÓN

(Хамелеон)

El inspector de policía Ochumélov, con su capote nuevo y un paquete en la mano, atraviesa la plaza del mercado. Le sigue un agente pelirrojo con un tamiz lleno a rebosar de grosellas confiscadas. A su alrededor reina el silencio... En la plaza no hay ni un alma... Las puertas abiertas de tiendas y tabernas contemplan con tristeza este mundo de Dios, como bocas hambrientas; ni siquiera se ven mendigos a su lado.

—¿Así que quieres morderme, maldito? —oye de pronto Ochumélov—. ¡No lo dejéis escapar, muchachos! ¡Ahora está prohibido morder! ¡Cogedlo! ¡Ah...! ¡Ah!

Se oye un aullido. Ochumélov vuelve la cabeza y ve un perro que, saltando sobre tres patas, se aleja corriendo del almacén de madera del comerciante Pichuguin, sin dejar de mirar a un lado y a otro. Lo persigue un hombre con camisa de percal almidonada y chaleco desabotonado que se lanza con el torso hacia delante y, tras caer al suelo, atrapa al animal por las patas traseras. De nuevo se oye un aullido y un grito: «¡Que no escape!». Algunas caras soñolientas se asoman desde las tiendas y en un abrir y cerrar de ojos, como salida de debajo de la tierra, una muchedumbre se agolpa delante del almacén de madera.

—¡Están alterando el orden, excelencia...! —dice el agente.

Ochumélov gira a la izquierda y se encamina al lugar de la reunión. Junto a la puerta del almacén ve cómo el hombre del chaleco desabotonado, mencionado más arriba, levanta la mano derecha y muestra a la concurrencia un dedo ensangrentado. En su rostro de borracho puede leerse: «¡Me las pagarás, granuja!»; y el mismo dedo parece un signo de victoria. Ochumélov reconoce en ese hombre al orfebre Jriukin. En medio de la multitud, con las patas delanteras separadas y todo el cuerpo tembloroso, está sentado el responsable del escándalo, un cachorro de galgo blanco con el hocico afilado y una mancha amarillenta en el lomo. Sus llorosos ojos expresan tristeza y pavor.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Ochumélov, abriéndose paso entre el gentío—. ¿Qué es esto? ¿Qué estás haciendo con el dedo...? ¿Quién ha gritado?

—Iba tranquilamente por la calle, excelencia, sin meterme con nadie... —empieza Jriukin, tosiendo en el puño—. Para tratar de la leña con Mitra Mítirch; de pronto, este canalla, sin razón alguna, me mordió el dedo... Perdóneme, pero soy un trabajador... Mi actividad requiere una gran minuciosidad. Quiero que me paguen, porque tal vez no pueda mover el dedo en una semana... En ninguna parte está escrito, excelencia, que haya que aguantar que estas bestias... Si todos se ponen a morder, más valdría no vivir en este mundo...

—¡Hum...! Está bien... —dice Ochumélov con aire severo, tosiendo y moviendo las cejas—. Está bien... ¿De quién es este perro? Las cosas no van a quedar así. ¡Os

voy a enseñar a dejar sueltos a los perros! ¡Ya es hora de ocuparse de esos señores que no quieren respetar las ordenanzas! ¡Cuando le haya puesto una multa a ese miserable sabrá lo que significa dejar en plena calle un perro o cualquier otro animal! ¡Se va a enterar de quién soy yo...! ¡Yeldirin! —dijo, dirigiéndose al agente—. ¡Encuentra al propietario de este perro y levanta el atestado! ¡Y al perro hay que sacrificarlo! ¡Ahora mismo! Seguro que tiene la rabia... ¿De quién es este perro? ¿Es que no me oís?

—¡Me parece que es del general Zhigálov! —grita alguien entre la multitud.

—¿Del general Zhigálov? Hum... Ayúdame a quitarme el capote, Yeldirin... ¡Hace un calor insoportable! Seguro que va a llover... Sólo hay una cosa que no entiendo: ¿cómo ha podido morderte? —dice dirigiéndose a Jriukin—. ¿Acaso puede llegarte al dedo? ¡Con lo pequeño que es y el corpachón que tú tienes! Seguro que te has arañado el dedo con un clavo y luego se te ha ocurrido la idea de sacar provecho. ¡Te... conozco muy bien! ¡Os tengo muy calados a todos, demonios!

—Le ha puesto un cigarrillo en el hocico para divertirse, excelencia, y el perro, que no es tonto, le ha mordido... ¡Siempre está armando líos, excelencia!

—¡Mientes, tuerto del demonio! No has visto nada, así que ¿por qué mientes? Su excelencia es un hombre inteligente y sabe quién miente y quién habla en conciencia, como delante de Dios... Si miento, que sea el juez de paz quien lo diga. En sus leyes está escrito... Hoy día todos somos iguales... Un hermano mío es gendarme... por si quieren saberlo...

—¡Nada de comentarios!

—No, no es del general... —observa el agente, sumido en profunda meditación—. El general no tiene perros así. Casi todos los suyos son perros de muestra...

—¿Estás seguro?

—Completamente, excelencia...

—Ya lo sabía. El general tiene perros caros, de raza, mientras que este... ¡el diablo sabe lo que es! No tiene pelo, ni prestancia... Es una birria... ¿Cómo va a tener un perro así? ¿Dónde tenéis la cabeza? Si un perro como éste apareciera en San Petersburgo o Moscú, ¿sabéis lo que pasaría? ¡No se pararían a ver lo que dice la ley, sino que lo matarían de inmediato! Tú has resultado herido, Jriukin, y no debes dejar que este asunto acabe así... ¡Hay que darle una lección! Ya es hora...

—Aunque es posible que sea del general... —piensa en voz alta el agente—. No es algo que se lleve escrito en el hocico... El otro día vi uno parecido en su patio.

—¡Es del general, no cabe duda! —dice alguien entre la multitud.

—Hum... Ayúdame a ponerme el capote, amigo Yeldirin... Se ha levantado algo de viento... Tengo escalofríos... Llévalo a casa del general y pregunta si es suyo. Diles que lo he encontrado y que se lo envíe... Y añade que no lo dejen suelto por la calle... Puede que sea un perro caro y, si cualquier cerdo le pone un cigarrillo en el hocico, no tardará mucho en echarse a perder. Un perro es un animal delicado... ¡Y tú, granuja, baja el brazo! ¡No hay razón, imbécil, para que enseñes el dedo! ¡La

culpa la tienes tú!

—Por ahí viene el cocinero del general. Vamos a preguntarle... ¡Eh, Prójor! ¡Ven aquí un momento, amigo! Échale un vistazo a este perro... ¿Es vuestro?

—¡Qué dices! ¡Jamás hemos tenido un perro así!

—Bueno, ya no hay necesidad de seguir preguntando —dice Ochumélov—. ¡Es un perro vagabundo! No tiene sentido seguir dándole vueltas al asunto... Si digo que es un perro vagabundo, es que es un perro vagabundo... Hay que acabar con él, eso es todo.

—No es nuestro —continúa Prójor—. Es del hermano del general, que ha llegado hace unos días. Al general no le gustan los galgos. Es de su hermano...

—¿Ha llegado el hermano del general? ¿Vladimir Ivánich? —pregunta Ochumélov y una afectuosa sonrisa ilumina todo su rostro—. ¡Vaya por Dios! ¡Y yo sin saber nada! ¿Ha venido de visita?

—Así es...

—Vaya por Dios... Echaba de menos a su hermanito... ¡Y yo sin saberlo! ¿Así que este perro es suyo? Estupendo... Cógelolo... Menudo ejemplar... Es muy vivaracho... ¡Le ha dado un mordisco en el dedo a ése!! ¡Ja, ja, ja! Bueno, ¿por qué tiemblas? Rrr... rr... Está enfadado el muy bribón... Qué cachorro más bonito...

Prójor llama al perro y se aleja con él del almacén de madera... El gentío se ríe a carcajadas de Jriukin.

—¡Todavía tengo que ajustar cuentas contigo! —le dice Ochumélov, amenazándole, y, tras envolverse en su capote, sigue su camino por la plaza del mercado.

DE MAL EN PEOR

(Из огня да в полымя)

El abogado Kaliakin estaba en casa de Grádusov, maestro de capilla de la catedral, y, mientras daba vueltas en las manos a una citación del juez de paz a nombre de Grádusov, decía:

—Diga lo que quiera, Dosiféi Petróvich, pero la culpa es suya. Le respeto y aprecio su benevolencia, pero, a pesar de todo eso, debo hacerle notar, por mucho que me pese, que no tiene usted razón. Como lo oye, no tiene usted razón. Ha ofendido a mi cliente Dereviashkin... Dígame, ¿por qué le ha ofendido usted?

—¿Quién diablos le ha ofendido? —se acaloró Grádusov, anciano de elevada talla, con la frente estrecha y poco despejada, cejas espesas y una medalla de bronce en el ojal—. ¡No he hecho más que darle una lección de moral, eso es todo! ¡A los imbéciles hay que enseñarles! De no ser así, no habría manera de vivir.

—Pero, Dosiféi Petróvich, no le ha dado usted ninguna lección. Según ha declarado en su deposición, lo tuteó en público, le llamó asno, miserable y otras cosas parecidas... y en un determinado momento hasta levantó la mano con intención aparente de ofenderle de obra.

—¿Por qué no darle un golpe si se lo merece? ¡No lo entiendo!

—¡Pero comprenda que no tiene usted ningún derecho a hacer algo así!

—¿Que no tengo derecho? Bueno, en cuanto a eso, usted perdone... Váyale con esos cuentos a otros, pero a mí no me maree más, se lo ruego. Cuando lo sacaron por el cuello del coro del arcipreste, lo tuve diez años en el mío. Soy su benefactor, por si quiere saberlo. Y si está enfadado porque le he echado del coro, sólo él tiene la culpa. Lo he expulsado por andarse con filosofías. Filosofar sólo está al alcance de los hombres instruidos y con estudios, pero cuando uno es tonto y no tiene ni dos dedos de frente, lo mejor es quedarse en un rincón y guardar silencio... Calla y escucha lo que dicen las personas inteligentes; pero ese tunante no deja pasar ocasión de soltar alguna. Aunque estemos ensayando o en plena misa, él no para de hablar de Bismarck y de no sé qué Gladstone. ¡Creerá usted que el muy canalla se ha suscrito a un periódico! ¡No puede imaginarse cuántas veces he tenido que darle en los morros a cuenta de la guerra ruso-turca^[306]! Van allí para cantar, pero él se inclina sobre los tenores y empieza a hablar de cómo los nuestros han hecho saltar con dinamita el acorazado turco *Lufti-Djelil*... ¿Acaso está eso bien? Claro que nos alegramos de que los nuestros hayan salido victoriosos, pero de ahí no se desprende que no se deba cantar... Esos asuntos pueden tratarse perfectamente después de la misa. En una palabra, es un cerdo.

—¡En definitiva, ya lo había injuriado antes!

—Antes no se ofendía. Se daba cuenta de que lo hacía por su propio bien, lo entendía... Sabía que es un pecado contradecir a los mayores y benefactores, pero cuando entró como escribiente en la policía se acabó, empezó a darse aires de importancia y dejó de comprender. «Ahora —dice— ya no soy un chantre, sino un funcionario. Voy a examinarme para registrador colegiado». Eres tonto, le digo yo... Deberías filosofar menos y sonarte más a menudo; más te valdría eso que pensar en los grados. Tú no estás hecho para los títulos, sino para pasar hambre. ¡Y no quiere escuchar! Examinemos, por ejemplo, el presente caso: ¿por qué me lleva ante el juez de paz? ¿No hace falta ser un sinvergüenza? Estaba en la posada de Samopliúiev tomando té con el mayordomo de la parroquia. El local estaba a rebosar, no había ni un solo sitio libre... De pronto veo que está allí sentado, tomándose una cerveza con sus colegas del trabajo. Parecía un petimetre; tenía el mentón levantado, voceaba... gesticulaba con las manos... Me quedé escuchando: hablaba del cólera... ¿Qué le parece? ¡Estaba filosofando! Durante un rato guardé silencio y traté de mantener la calma... Parlotea, pensaba, parlotea todo lo que quieras... No será el hueso de la lengua el que te lo impida... Pero de pronto, por desgracia, empezó a sonar un organillo... El muy granuja se emociona, se pone en pie y les dice a sus amigos: «¡Bebamos por la prosperidad! ¡Soy hijo de mi patria y eslavófilo! ¡Daría mi vida por ella! ¡Venid, enemigos, todos a una! ¡Si hay alguien que no esté de acuerdo conmigo, que lo diga!». ¡Y en ese instante descargó un puñetazo sobre la mesa! Entonces ya no pude contenerme... Me acerqué a él y le dije con delicadeza: «Mira, Ósip... Cuando no se comprende nada, cerdo, lo mejor es callarse y no emitir juicios. Un hombre instruido puede dárselas de listo, pero en tu caso es mejor que te tranquilices. No eres más que un pulgón, un montón de polvo...». Yo le decía una palabra y él me respondía con diez... De una cosa pasábamos a otra... Yo, naturalmente, se lo decía por su bien, pero él me contestaba movido por la estupidez. El caso es que se ofendió y, ya lo ve, me ha llevado ante el juez de paz...

—Sí —suspiró Kaliakin—. Un feo asunto... De tonterías como éstas, el diablo sabe lo que puede resultar. Es usted un respetable padre de familia, y ahora se enfrenta a una citación, a las habladurías y rumores de la gente, a un posible arresto... Hay que arreglar este incidente, Dosiféi Petróvich. Tiene usted una salida con la que también está de acuerdo Dereviashkin. Venga conmigo a la posada de Samopliúiev a las seis, hora en que se reúnen los escribientes, los actores y los otros parroquianos ante los cuales lo ofendió usted, y pídale disculpas. En ese caso, retirará la denuncia. ¿Lo ha entendido? Supongo que estará usted de acuerdo, Dosiféi Petróvich... Le hablo como un amigo... Ha ofendido usted a Dereviashkin, le ha cubierto de oprobio y, lo que es más importante, ha puesto en duda sus loables sentimientos e incluso... puede decirse que los ha profanado. En nuestros tiempos, sabe usted, no se puede actuar de esa manera. Hay que ser más circunspecto. A sus palabras se le ha atribuido un matiz, cómo decirle, que en nuestros tiempos... en una palabra... que no... Son las seis menos cuarto... ¿Quiere venir conmigo?

Grádusov empezó negando con la cabeza, pero cuando Kaliakin le pintó con tonos encendidos el «matiz» atribuido a sus palabras y las consecuencias que de él podían derivarse, Grádusov se asustó y dio su conformidad.

—Trate de disculparse como es debido, guardando las formas —le aleccionaba el abogado camino de la posada—. Acérquese a él, trátele de «usted»... «Discúlpeme... Retiro mis palabras», o algo por el estilo.

Al llegar a la posada, Grádusov y Kaliakin la encontraron llena a rebosar. Había comerciantes, actores, funcionarios, escribientes de la policía y, en general, toda la «chusma» que tenía por costumbre reunirse allí por las tardes para beber té o cerveza. Entre los escribientes se encontraba el propio Dereviashkin, hombre de edad incierta, con las mejillas rasuradas, grandes ojos que no pestañeaban, nariz aplastada y unos cabellos tan ásperos que al verlos le entraban a uno ganas de cepillarse las botas con ellos... Su rostro había sido cincelado con tanto acierto que una mirada bastaba para saberlo todo: que era un borracho, que tenía voz de bajo y que era estúpido, aunque no hasta el punto de no considerarse un hombre muy inteligente. Cuando vio entrar al maestro de capilla, se estiró y sus bigotes se estremecieron como los de un gato. La concurrencia, que por lo visto estaba avisada de que iba a haber un acto de desagravio público, aguzó los oídos.

—Bueno... ¡El señor Grádusov está de acuerdo! —dijo Kaliakin nada más traspasar la puerta.

El maestro de capilla saludó a algunas personas, se sonó de manera ruidosa y, ruborizándose, se acercó a Dereviashkin.

—Perdóneme... —balbució sin mirarle, al tiempo que se guardaba el pañuelo en el bolsillo—. Delante de todos los presentes retiro mis palabras.

—Le perdono —respondió Dereviashkin con su voz de bajo y paseando una mirada triunfante por todo el público, se sentó—. ¡Me doy por satisfecho! Señor abogado, le ruego que retire la denuncia.

—Me disculpo —continuó Grádusov—. Perdóneme... No me gusta que nadie esté descontento... ¿Quieres que te trate de «usted»? Pues muy bien... ¿Quieres que te considere un hombre inteligente? Como te plazca... Me importa un bledo... Yo, hermano, no soy rencoroso. Vete al diablo...

—Pero, permítame, ¡límitese a disculparse y no insulte!

—¿Qué más puedo hacer para disculparme? ¡Me disculpo! Si no le he tratado de usted, ha sido porque se me ha olvidado. ¡No creo que tenga que ponerme de rodillas por eso...! Me disculpo e incluso doy gracias a Dios de que hayas tenido la suficiente inteligencia para poner fin a este asunto. No tengo tiempo que perder en los juzgados... Nunca en mi vida he tenido que comparecer en un juicio, no tengo intención de hacerlo ni te lo aconsejo a ti... quiero decir a usted...

—¡Por supuesto! ¿Quiere brindar por la paz de San Esteban^[307]?

—Podría... Sólo que tú, Osip, eres un cerdo... No te lo digo con intención de ofenderte, sino... a título de ejemplo... ¡Eres un cerdo, hermano! ¿Recuerdas cómo te

arrastrabas a mis pies cuando te echaron sin contemplaciones del coro del arcipreste? ¿Eh? ¿Y te atreves a presentar una denuncia contra tu benefactor? ¡Qué jeta de cerdo tienes! ¿No te da vergüenza? ¿Es que no debería sentir vergüenza, señores?

—¡Permítame! ¡Está usted insultándome de nuevo!

—¿Que te estoy insultando? Te lo digo por tu propio bien... He hecho las paces y te digo por última vez que no tengo intención de insultarte... ¡No quiero tener nada que ver con un salvaje como tú, capaz de presentar una denuncia contra su benefactor! ¡Vete al diablo! ¡No quiero ni hablar contigo! Y si te he llamado cerdo sin querer es simplemente porque eres un cerdo... En lugar de rezar eternamente a Dios por tu benefactor, que te ha alimentado durante diez años y además te ha enseñado música, presentas contra él una estúpida denuncia y le envías a esos demonios de abogados.

—Permítame, Dosiféi Petróvich —se ofendió Kaliakin—. ¡En su casa no ha estado ningún demonio, sino yo...! ¡Modérese, se lo ruego!

—¿Acaso le he nombrado a usted? Venga todos los días si quiere; será bien recibido. Lo que me sorprende es que haya acudido usted a la escuela, que haya recibido una educación y que, en lugar de aleccionar a este ignorante, haya tomado su partido. ¡Si yo estuviera en su lugar, habría dejado que se pudriera en la cárcel! Además, ¿por qué se enfada usted? ¿Acaso no he presentado mis excusas? ¿Qué más quiere de mí? ¡No lo entiendo! Señores, son ustedes testigos de que me he disculpado, ¡y no estoy dispuesto a disculparme otra vez delante de ningún imbécil!

—¡Usted sí que es imbécil! —soltó Osip con voz ronca, golpeándose el pecho con indignación.

—¿Yo un imbécil? ¿Yo? ¿Es posible que me hables así? —Grádusov se puso como la grana y empezó a temblar—. ¿Cómo te has atrevido? ¡Te vas a enterar! ¡No sólo te voy a dar un bofetón ahora mismo, canalla, sino que te voy a llevar ante el juez de paz! ¡Ya te enseñaré yo a insultar! ¡Señores, ustedes han sido testigos! Señor inspector, ¿qué hace ahí parado, mirando? ¿Me ofenden y se queda con los brazos cruzados? Para cobrar el sueldo bien que se da usted prisa, pero cuando se trata de mantener el orden no mueve ni un dedo. ¿Acaso piensa que no hay jueces para usted?

El inspector de policía se acercó a Grádusov y se montó una buena.

Al cabo de una semana Grádusov comparecía ante el juez de paz, acusado de ofender a Dereviashkin, al abogado y al inspector, a este último en el cumplimiento de sus funciones. En un principio no comprendía si era el demandante o el acusado; luego, cuando el juez de paz le condenó a dos meses de prisión, por «acumulación de penas», sonrió con amargura y rezongó:

—Hum... Me ofenden y encima tengo que ir a la cárcel... Sorprendente... Hay que juzgar de acuerdo con la ley, señor juez, y no dárselas de listo. Su difunta madre, Varvara Serguéievna, que Dios la tenga en su gloria, hacía azotar a los individuos como Osip; usted, en cambio, los trata con indulgencia... ¿En qué acabará todo esto? Si usted absuelve a los canallas, los demás harán lo mismo... En ese caso, ¿dónde

podremos presentar nuestras quejas?

—Tiene usted un plazo de dos semanas para presentar apelación... ¡Y haga el favor de no hacer comentarios! ¡Pueden retirarse!

—Claro... En nuestros tiempos no se puede vivir sólo del sueldo —dijo Grádusov, guiñando el ojo con aire de entendido—. A la fuerza, si uno quiere comer, hay que meter al inocente en la cárcel... Así es... Y no se puede culpar a quien lo hace...

—¿Qué?

—Nada... Hablaba... del *happen sie gewesen*^[308] ¿Se figura que por llevar una cadena de oro no hay justicia para usted? Pues no lo crea... Ya pondré yo las cosas en su sitio...

Estuvo a punto de ser procesado por «desacato a la autoridad», pero el arcipreste intervino y, mal que bien, se echó tierra sobre el asunto.

Al recurrir la sentencia, Grádusov estaba convencido no sólo de que le absolverían, sino también de que enviarían a la cárcel a Osip. Tal fue su pensamiento durante todo el tiempo que duró la instrucción. Ante los jueces se comportó con compostura y moderación, sin decir una palabra de más. Sólo en una ocasión, cuando el presidente le pidió que se sentara, se ofendió y dijo:

—¿Acaso está escrito en la ley que un maestro de capilla deba sentarse al lado de un chantre?

Y cuando la corte confirmó la sentencia del juez de paz, entornó los ojos...

—¿Cómo? ¿Qué? —preguntó—. ¿Cómo debo interpretarlo? ¿Estamos hablando del mismo asunto?

—La corte ha confirmado la sentencia del juez de paz. Si no está usted conforme, puede recurrir al tribunal supremo.

—Muy bien. Le estoy muy agradecido, excelencia, por su juicio rápido y equitativo. Me hago cargo de que sólo con el sueldo no se puede vivir, lo comprendo perfectamente; pero, perdóneme, ya encontraré un tribunal íntegro.

No voy a referir todo lo que Grádusov le dijo a sus señorías... En la actualidad está procesado por «desacato al tribunal» y cuando sus conocidos tratan de explicarle que la culpa es suya, se niega a escucharlos... Está convencido de su inocencia y cree que, tarde o temprano, le darán las gracias por haber revelado esos abusos.

—¡No hay nada que hacer con ese imbécil! —dice el arcipreste, haciendo un gesto de desesperación con la mano—. ¡No se entera!

MEDIDAS SANITARIAS

(Надлежащие меры)

La pequeña ciudad de N***, que, según palabras del vigilante de la prisión del lugar, no se encuentra en el mapa ni aun buscándola con telescopio, está bañada por el sol del mediodía. Todo en ella es silencio y tranquilidad. Procedente de la Diputación y camino de la plaza en que se encuentran los comercios, marcha lentamente la Comisión de Sanidad, compuesta del médico del lugar, del inspector de Policía, de los miembros de la Diputación y de un delegado comercial. Detrás de ellos van los guardias urbanos. La ruta de la Comisión, como la ruta del infierno, está sembrada de bonísimas intenciones. Los sanitarios gesticulan y conversan sobre la suciedad, la pestilencia, las medidas rigurosas a adoptar y demás materias relacionadas con el cólera. Cuanto se dice es a tal punto atinado, que el inspector de Policía, que marcha a la cabeza de la Comisión, se llena de pronto de entusiasmo y, volviéndose, dice:

—¡Así es, señores! Esto es lo que debemos hacer... Reunirnos más a menudo y cambiar impresiones... ¡Es tan sumamente grato!... Le parece a uno encontrarse en sociedad, y no como solemos estar entre nosotros, solamente regañando... ¡A fe mía que así es!

—¿Y por quién vamos a empezar? —dice el diputado comercial dirigiéndose al médico y con el tono del verdugo que elige su víctima—. ¿Podríamos empezar, Nanikita Nikolaich, por la tienda de Oscheinikov? En primer lugar, es un bribón, y, en segundo, ya va siendo hora de que le atrapemos. El otro día me trajeron de su casa granos de sarraceno y estaban llenos de excremento de rata: Mi mujer no los quiso comer.

—Bien. Empecemos por Oscheinikov —dice en tono indiferente el médico.

Los sanitarios entran en el almacén de té, azúcar, café y otros productos coloniales de A. M. Oscheinikov, e inmediatamente, sin largos preámbulos, proceden a la revisión.

—¡Vaya, vaya! —dice el médico contemplando unas bonitas pirámides de jabón de Kasan—. ¡Mira las Babilonias que te has construido! ¡Qué gran inventor eres! Pero..., ¿qué es esto? ¡Vean, señores! ¡Demian Gavrilich se permite cortar el jabón y el pan con el mismo cuchillo!

—¡Por eso no le va a entrar a uno el cólera, Nikita Nikolaich! —contesta con aire razonador el dueño.

—¡Claro que no..., pero da asco! ¡Yo también te compro el pan!

—Para la gente principal tenemos un cuchillo aparte. No tenga cuidado.

Mientras tanto, el inspector de Policía guiña los ojos, miopes sobre un jamón, le rasca durante largo rato con la uña, le huele ruidosamente y, dándole una palmadita,

pregunta:

—¿Los tienes alguna vez sin triquina?

—¡Oh, qué cosas dice, señor! ¡Por Dios! ¿Cómo iba a ser posible?...

El inspector se azara, se aparta del jamón y se pone a guiñar los ojos sobre la lista de precios de Asmolov y Compañía. El diputado comercial mete la mano en el tonel que contiene los granos de sarraceno y palpa algo blanco y aterciopelado... Mira dentro de él, y su rostro se llena de ternura.

—Minino..., minino... Micifuz chiquitín —balbuce—. Se ha echado sobre los granos y ha levantado el morrito... Estás en tus glorias..., ¿verdad? Oye, Demian Gávrilich; tienes que mandarme un gatito.

—Con mucho gusto, señor. Aquí están, señores, los entremeses, por si desean examinarlos... Arenques..., queso..., salmón... El salmón lo recibí el jueves, y es de clase superior. ¡Mischa, trae un cuchillo!

Los sanitarios cortan cada uno un pedazo, lo huelen y lo prueban.

—También yo voy a probarlo —dice, como hablando consigo mismo, el dueño del almacén, Demian Gávrilich—. Por ahí..., en alguna parte, debe de haber una botellita... No estaría mal beber un poco antes del salmón... Le da otro gusto... ¡Mischa, trae para acá la botellita!

Mischa infla los carrillos y desencaja los ojos mientras descorcha la botella y la hace sonar sobre el mostrador.

—Eso de beber en ayunas... —dice, indeciso, el inspector de Policía, rascándose la nuca—. ¡Claro que una copa!... ¡Pero tú, Demian Gávrilich, date prisa! ¡No podemos perder el tiempo con tu vodka!

Un cuarto de hora después, los sanitarios, limpiándose la boca y hurgándose los dientes con una cerilla, se dirigen a la tienda de Goloribenko. Aquí, como hecho de intento, no hay por donde entrar. Unos cinco jóvenes con el rostro rojo y sudoroso ruedan por la tienda un tonel de aceite.

—¡Tira para la derecha! ¡Agárralo de aquel lado! ¡Agárralo!... ¡Pon una cuña!... ¡Diablos! ¡Quítense de ahí, señorías, que podemos pisarles los pies!

El tonel se atranca en la puerta y no hay posibilidad de moverlo... Los jóvenes lo empujan con todas sus fuerzas, dejando escapar tan fuertes voces y resoplidos que se oyen por toda la plaza. Después de grandes esfuerzos y cuando ya el aire ha comenzado a perder bastante de su pureza, el tonel sale por fin rodando, pero sin saber por qué, y a pesar de las leyes de la Naturaleza, retrocede y se atranca de nuevo en la puerta.

—¡Puf!... —escupe el inspector—. Vámonos a la tienda de Schibukin. Estos diablos van a seguir sudando hasta la noche.

Los sanitarios encuentran cerrada la tienda de Schibukin.

—¡Pero si hace nada estaba abierta! —se asombran, mirándose unos a otros—. Cuando entramos en la tienda de Oscheinikov, el mismo Schibukin estaba en el umbral enjuagando la tetera. ¿Dónde ha ido? —preguntaban al mendigo sentado

junto a la tienda cerrada.

—¡Una limosnita, por el amor de Dios! —pide el mendigo—. ¡Tengan compasión, señores, del pobre lisiado!...

Los sanitarios apartan al mendigo y siguen su camino, excepto Pliunin, uno de los miembros de la Diputación, que da al mendigo un kopek, se santigua como el que se asusta de algo y corre a reunirse con el resto de la compañía. Ésta, al cabo de dos horas, está de regreso. Todos tienen un aire cansado y torturado. No en balde llevan un rato andando. Uno de los guardias avanza victorioso llevando entre los brazos un tenderete ambulante lleno de manzanas podridas.

—Ahora, después de tanto trabajar, no sería malo echarse algo a la garganta —dice el inspector, mirando de reojo el rótulo: «Bodega Renskov. Vinos y vodkas»—. No estaría mal reponer un poco las fuerzas...

—No estaría mal, en efecto... Entremos si queréis.

Los sanitarios bajan a la bodega y se sientan alrededor de una mesa redonda con las patas torcidas. A una señal del inspector, aparece una botella sobre la mesa.

—¡Qué lástima que no haya algo para picar! —dice el diputado comercial haciendo una mueca después de apurar el vaso—. Por ejemplo, un pepino...

El diputado se vuelve hacia el guardia portador del tenderete, escoge la manzana que presenta mejor aspecto y la muerde.

—¡Oh!... ¡Algunas no están demasiado podridas! —dice el inspector aparentando asombro—. Yo también voy a escoger una. Pon aquí el mostrador... Escogeremos las que no estén muy malas y las limpiaremos. Las demás puedes inutilizarlas. ¡Beba, por favor, Nanikita Nikolaich! ¡Lo que tenemos que hacer es esto!... Reunirnos a menudo..., cambiar impresiones... ¡Si no..., es como si viviera uno en el último rincón del mundo!... ¡Esto sin instrucción..., ni círculo..., ni sociedad..., sería una Australia y nada más! ¡Sírvanse, señores! Doctor... ¿puedo ofrecerle manzanas?... Las he limpiado personalmente para usted...

—¿Dónde dispone su señoría que pongamos el mostrador? —pregunta el guardia al inspector, que en unión del resto de la Comisión sale de la bodega.

—¿Mos... mostrador...? ¿De qué mostrador hablas? ¡Ah, sí!... ¡Que lo inutilicen con las manzanas!... ¡Puede ser un contagio!

—Es que... las manzanas tuvieron ustedes a bien comérselas.

—¡Ah! ¡Es verdad..., sí! Pues oye...: vete a casa de María Vasilievna y dile que no se enfade... No es nada más que una horita... Me voy a dormir en casa de Pliunin, ¿comprendes?... ¡Dormir!... ¡Los brazos de Morfeo!... *Sprechen Sie Deutsch?*, Iván Adreich.

Y alzando los ojos al cielo y sacudiendo amargamente la cabeza, alza los hombros y exclama:

—¡Ésta es nuestra vida!

En una desapacible noche de otoño, Andrei Stenanich Peresolin salía del teatro. Camino de su casa, meditaba sobre lo beneficioso que sería éste si en él se representaran obras de contenido moral. Al pasar ante el edificio en el que tenía su despacho, dejó de pensar en dicha utilidad, y alzando los ojos hacia aquella casa, de la cual era él el timón, miró a las ventanas. Dos de las correspondientes al cuarto de guardia estaban vivamente iluminadas.

«¿Será posible que sigan todavía ocupados con la *Memoria*...? —pensó Peresolin—. ¡Que estén ahí sentados cuatro tontos y ésta sea la hora en que no hayan terminado!... ¡Y a lo mejor creará la gente que soy yo el que no les dejo en paz ni por la noche!... ¡Voy a meterles prisa!... ¡Para Gurii!».

Peresolin bajó del carruaje y entró en el edificio. La puerta principal estaba cerrada y la trasera que sólo tenía un cerrojo estropeado, abierta de par en par. Peresolin utilizó esta última, y un minuto después se encontraba ante la puerta del cuarto de guardia. Ésta estaba ligeramente abierta, y Peresolin, asomando la cabeza por ella, vio algo extraordinario. Ante la mesa, que cubría las grandes páginas de la *M&Ttvorid*, y jugando a los naipes a la luz de dos lámparas, hallábanse sentados cuatro funcionarios. Concentrados e inmóviles, iluminados los rostros por el color verde de las pantallas, recordaban a los gnomos de un cuento... o..., ¡Dios nos libre! ..., a monederos falsos.

El juego que les ocupaba les prestaba un aspecto aún más misterioso. A juzgar por los gestos y los términos, empleados de cuando en cuando en voz alta, jugaban al *whist*. Sin embargo..., por todo cuanto oía Peresolin, aquel juego no podía llamarse *whist*..., ni siquiera juego de naipes... Tratábase de algo nunca visto, extraño y misterioso.

En los funcionarios reconoció Peresolin a Serafín Zvisdulin, a Stepan Kulakevich, a Jeremei Nedoiejov y a Iván Pisulin.

—¿Cómo sales así..., diablo de holandés?... —se enfadó Zvisdulin fijando una mirada furibunda en su compañero de juego sentado *vis à vis*—. ¿Es manera de salir ésa?... ¡Yo tenía en la mano al mismo Dorofeev, a Schepeliyov y su mujer, a Stiopka Erlakov, y tú vas y sales de Kofeikin! ¡Ya llevamos dos perdidas!... ¿No comprendes, cabeza de atún, que tenías que haber salido de Pogankin?

—¿Y qué hubiéramos adelantado? —gruñó el compañero—. ¡No hacía nada con salir de Pogankin, porque Iván Andreich tenía en las manos a Peresolin!

«¡Usan mi apellido no se sabe para qué! —pensó encogiéndose de hombros Peresolin—. ¡No me lo explico!».

Pisulin repartió de nuevo las cartas, y los funcionarios prosiguieron el juego.

—¡Banco de Estado!...

—¡Dos Delegaciones de Hacienda!

—¡No tengo del palo!

—Tú... ¿no tienes del palo?... ¡Hum!...

—Alcaldía... ¡Dos!... ¡Si hay que perecer, a perecer!

—¡Ese una vez las perdió todas con su Instrucción Pública! ¡Ahora vas a tropezar con la Alcaldía!

—¡Bastante me importa!

—¡El *schelem*^[310] pequeño de Instrucción Pública! «No comprendo» —murmuró Peresolin.

—¡Salgo de un Civil!... ¡Vamos, Varia..., echa algún Titular o algún Regional!

—¿Por qué a un titular?... Echaré a Peresolin...

—Pero nosotros, a tu Peresolin..., le daremos en las narices. ¡En las narices! ¡Tenemos a Ribnikov, y perderán ustedes el tres!... ¡Vamos!... ¡Saquen a Peresolina! ¡Basta ya de esconder a la muy canalla en el puño!

«¡Ya salió a relucir mi mujer! —pensó Peresolin—. ¡No comprendo esto!».

Sin ganas de permanecer más tiempo en semejante perplejidad, Peresolin abrió la puerta y entró en el cuarto de guardia. Si el mismo diablo, con cuernos y rabo hubiera surgido ante los funcionarios, éstos no se hubieran asustado tanto como se asustaron y sorprendieron con la entrada de su superior. Si ante ellos hubiera aparecido el ejecutor fallecido en el pasado año diciendo con voz de ultratumba: «¡Venid conmigo al lugar preparado para los canallas!», y si hubiera exhalado sobre ellos un frío soplo sepulcral, no hubieran palidecido de la manera que palidieron al reconocer a Peresolin.

A Nedoiejov, del susto, empezó a sangrarle la nariz; a Kulakeivich le zumbó el oído derecho y se le desató por sí sola la corbata. Los funcionarios se levantaron lentamente y soltaron las cartas, y después de cambiar entre sí la mirada bajaron ésta al suelo. Por espacio de un minuto, en el cuarto de guardia reinó el silencio.

—¡Vaya con lo bien que copian la Memoria! —empezó diciendo Peresolin—. ¡Ahora comprendo por qué les gusta tanto trabajar en ella!... ¿Qué hacían ustedes hace un momento?

—Fue sólo un minuto, excelencia... —murmuró Zvisdulin—. Nos entreteníamos mirando las cartitas... Estábamos descansando...

Encogiéndose lentamente de hombros, Peresolin se acercó a la mesa. No eran naipes lo que había encima de ésta, sino retratos de formato corriente, arrancados de sus cartones y pegados sobre las cartas de la baraja. Los había en gran cantidad.

Examinándolas, Peresolin encontró su propia efigie, la de su mujer, la de muchos subordinados y conocidos...

—¡Qué tontería!... ¿Y cómo juegan ustedes?

—¡No fuimos nosotros, excelencia, los que lo inventamos!... ¡Dios nos libre!...

¡No hicimos más que seguir el ejemplo!...

—Bueno, Zvisdulin, ¡explíquemelo! ¿Cómo jugaban? ¡Ya vi y oí cómo me comían con Ribnikov!... ¡Vamos!... ¿por qué vacilas?... ¡No te voy a comer yo! ¡Cuéntamelo!

Zvisdulin continuó largo rato azarado y acobardado; pero, al fin, cuando Peresolin empezó a enfadarse y a enrojecer de impaciencia, obedeció. Reunió las fotos, las barajó, las extendió sobre la mesa y se puso a explicar:

—Cada retrato, excelencia, significa una carta... Aquí hay, lo mismo que en una baraja, cincuenta y dos cartas y cuatro palos... Los funcionarios de la Delegación de Hacienda son los corazones; los de la Alcaldía, los tréboles; los empleados de Instrucción Pública, los *piques*^[311], y los de la sucursal del Banco del Estado, los *carreaux*^[312]... Luego, los consejeros civiles efectivos son los ases; los consejeros civiles, los reyes; las esposas de los funcionarios de quinta y sexta clase, las damas^[313]; los consejeros colegiados, los *valets*^[314]; los consejeros de Corte, los dieces..., y así sucesivamente... Yo, por ejemplo, he aquí mi foto, como no soy más que secretario de Alcaldía, soy un tres...

—¡Vaya, vaya!... Entonces, según eso, ¿yo soy un as?

—Sí, excelencia. El as de trébol..., y su señora, la dama.

—¡Hum!... ¡Es original!... ¿A ver?... ¿Jugamos una partida? ¡Veamos!

Peresolin se despojó del abrigo, y, sonriendo, incrédulo, se sentó a la mesa. Los funcionarios, obedeciendo su orden, se sentaron también, y el juego empezó...

Cuando a las seis de la mañana, Nazar, el guardián, entró a barrer el cuarto de guardia, quedó asombrado. El cuadro que al llegar con su escobón se ofrecía ante su vista le dejó tan asombrado, que todavía ahora cuando está borracho y su mente se nubla, le recuerda. Peresolin, pálido, soñoliento y despeinado, en pie ante Nedoiejov, agarraba a éste por un botón y le decía:

—¡Compréndeme!... ¡No debías haber salido de Schepeliov sabiendo que yo me tenía en la mano a mí mismo!... ¡Zvisdulin tenía a Ribnikov, a su esposa, a tres profesores del Colegio y a mi mujer!... ¡Nedoiejov, a los del Banco y a tres pequeños de la Alcaldía!... ¡Con lo que tenías que haber salido tú era con Krischkin!... ¡No haberte importado que ellos salieran con la Delegación!... ¡Son muy vivos!

—Yo..., excelencia, salí del Titular porque pensaba que tenían ellos el efectivo...

—Pero ¡amigo mío!... ¡No se puede pensar así!... ¡Ésa no es manera de jugar!... ¡Así solo juegan los zapateros!... ¡Cuando Kulakevich echó la Alcaldía, tú tenías que haber echado a Iván Ivánovich Grendlaskii, porque yo ya sabía que él tenía a Natalia Dmitrievna y a Egor Egorich! ¡Lo fastidiaste todo..., y ahora mismo te lo voy a demostrar!... ¡Siéntense, señores! ¡Otra partida!...

Y dando orden de salir al asombrado Nazar, los funcionarios volvieron a sentarse y prosiguieron el juego.

EL ECLIPSE DE LUNA

(DE LA VIDA PROVINCIANA)

(Затмение Луны. Из провинциальной жизни)

Circular

Nº 1032

El 22 de septiembre, a las diez de la noche, tiene lugar un eclipse del planeta luna. Ya que semejante fenómeno de la naturaleza no sólo no es censurable, sino incluso es aleccionador, en el sentido de que incluso los planetas obedecen a menudo a las leyes de la naturaleza, pues a modo de incentivo le propongo a usted, su excelencia, tomar la disposición del encendido por esa noche, en su distrito, de todos los faroles de calle, para que la oscuridad nocturna no impida a las personas de autoridad y pobladores contemplar ese eclipse, y asimismo le ruego, muy señor mío, observar con severidad que en las calles no haya con este motivo tumultos, gritos de júbilo y demás. Sobre las personas que interpreten tergiversadamente este fenómeno de la naturaleza, si tales resultan (lo que yo, por lo demás, conociendo el sentido común de los habitantes, no espero), ruego infórmame.

Gnilodúshin.

Fielmente: *Secretario Triasúnov.*

En respuesta a la relación de su excelencia n.º 1032, tengo el honor de declarar que en mi distrito faroles de calle no hay, y por eso el eclipse del planeta luna se produjo con una completa oscuridad del aire pero, a pesar de esto, a muchos éste les fue visible con la pertinente claridad. Violaciones del silencio y sosiego público, al igual que interpretaciones tergiversadas y expresiones de disgusto no hubo, excepto la ocasión cuando el maestro casero, hijo del diácono Amfilójii Bab-el-Mandeb, a la pregunta de un habitante, de en qué estribaba la causa de ese oscurecimiento del planeta luna, empezó a inculcar una larga interpretación, claramente tendiente a la destrucción del concepto del sentido común. En qué estribaba su interpretación yo no entendí, ya que él, explicando según los temas de la ciencia, empleó en sus palabras muchas expresiones extranjeras.

Ukúsi-Kalanchévskii.

En respuesta a la relación de su excelencia n.º 1032, tengo el honor de informar que, en el distrito confiado a mí, eclipse de luna no hubo, aunque, por lo demás, se produjo en el cielo cierto fenómeno de la naturaleza, que estribaba en el oscurecimiento de la luz lunar, pero si hubo ese eclipse, fidedignamente, no lo puedo

decir. Faroles de calle, tras una minuciosa pesquisa, resultaron haber en mi distrito sólo tres que, tras el lavado de los cristales y la limpieza de los interiores, fueron encendidos, pero todas estas medidas no tuvieron el pertinente provecho, ya que el mencionado oscurecimiento se produjo entonces, cuando los faroles, a causa de la sopladura del viento y la penetración por los cristales rotos, se apagaron y, por consiguiente, no pudieron despejar la mencionada por su excelencia en su relación oscuridad. Tumultos no hubo, ya que todos los habitantes dormían, con excepción del escribano del consejo estatal, Iván Áveliev, que estaba sentado en la valla y, mirando por el puño el oscurecimiento, sonreía con doble sentido y decía: «Por mí, como si no hubiera luna por completo... ¡No me importa!». Y cuando yo le observé que esas palabras eran ligeras, él declaró con insolencia: «¿Y tú, murrio, por qué intercedes por la luna? ¿Acaso fuiste a felicitarla por la fiesta?». Además, agregó una expresión inmoral, en el sentido de la palabrota popular, de lo que tengo el honor de informar.

Glotálov.

Fiel al original: *El hombre sin bazo*

EN EL CEMENTERIO

(На кладбище)

¿Adónde se fueron sus equívocos y sutilezas,
sus litigios, sus interpretaciones,
sus embrollos?...
Shakespeare: Hamlet.

—¡Señores, se ha levantado viento y empieza a oscurecer! ¿No sería mejor que nos marcháramos a tiempo?...

Por entre las hojas amarillas de los viejos abedules paseó el viento, y sobre nosotros cayó un chaparrón de gruesas gotas. Al resbalar alguien en la tierra arcillosa y al asirse, para no caer, a una gran cruz, leyó sobre ésta lo siguiente:

«El caballero y consejero titular Egor Griasnorukov^[315] ..., etcétera».

—Conocí a este señor —dijo—. Fue un hombre que amó a su mujer..., que tenía la *Stanislav*^[316] ... No leía nunca nada... Su estómago funcionaba regularmente... ¡Qué buena vida la suya! ¡No tenía por qué haberse muerto! Pero... ¡ay!... ¡El Destino le acechaba! ¡Le perdió su afán de observar!... ¡Estaba escuchando un día detrás de una puerta y le pegaron con ella tan fuerte golpetazo que sufrió una conmoción en la sesera (hay que decir que tenía sesos) y se murió!... Bajo otro monumento yace otro hombre que desde que estaba en pañales aborrecía los versos y los epigramas... ¡Ahora su monumento, como por burla, está todo lleno de versos!... Pero... Alguien viene.

Un hombre de rostro afeitado, tez a la vez rojiza y azulada y cubierto con un raído abrigo se acercaba a nosotros. Debajo del brazo llevaba una botella de vodka y por un bolsillo del pantalón le asomaba un pequeño envoltorio que contenía una salchicha.

Mientras le conducíamos a la tumba del actor Muschkin, fallecido dos años antes, le preguntamos:

—¿Es usted, por casualidad, funcionario?

—No. Soy actor. ¡Claro que hoy en día es difícil distinguir a un actor de un funcionario consistorial!... Seguramente lo han observado. Es algo característico, aunque para el funcionario no suponga ningún elogio...

Por fin dimos con la tumba del actor Muschkin. Presentaba ésta un aspecto lamentable. Hierbas silvestres la cubrían y había perdido hasta la forma de tumba. Su pequeña y pobre cruz, torcida y cubierta de musgo, parecía contemplarnos con la triste mirada de un viejo o un enfermo.

«Al... olvidable amigo Muschkin», leímos.

El tiempo había borrado la partícula «in», corrigiendo de este modo la mentira humana.

—¡Actores y periodistas hicieron una colecta para este monumento, y después las palomitas se la bebieron! —suspiró el actor, haciendo un saludo hasta el suelo.

Sus rodillas y su gorro tocaron la tierra mojada.

—¿Cómo que se la bebieron?

—¡Muy sencillo!... ¡Hicieron una colecta, la reseñaron en los periódicos y se bebieron su producto!... ¡No lo digo por censurarles!... ¡Lo digo, así porque sí! ¡Por hablar!... ¡Que les aproveche! ¡A la salud, angelitos!... ¡La salud para ellos, y para él, el recuerdo eterno!

—¡Beber no da ciertamente la salud!... ¡Y en cuanto a eso del recuerdo eterno!... ¡Qué tristeza!... ¡Que Dios nos conceda el recuerdo temporal, que el eterno...!

—Habla usted con razón... Muschkin era sumamente popular... ¡Detrás de su féretro llevaba unas diez coronas, y sin embargo, ya le han olvidado!... ¡Los que le quisieron le olvidaron y ya sólo le recuerdan aquéllos a los que causó algún daño!... ¡Yo, por ejemplo, en la vida le olvidaré, pues nunca vi más que mal en él!... ¡No quise al difunto!

—¿Qué daño le hizo?

—¡Un grave daño! —suspiró el actor, sobre cuyo rostro, con el recuerdo de la ofensa, se extendía una expresión de amargura—. ¡Considero que era un bandido y un malvado!... ¡Que en paz descansa!... ¡Escuchándole y contemplándole me hice actor!... ¡Su arte me atrajo fuera de la casa paterna! ¡Fue mi tentación despertando en mí la vanidad artística! ¡Me prometió mucho y sólo me dio lágrimas y pesares!... ¡Cuán amargo es el destino del actor!... ¡Perdí la juventud, la sobriedad y la hechura de criatura de Dios!... ¡Ahora voy por el mundo sin un grosh^[317], con un tablero de ajedrez y flecos en los pantalones y la cara como mordida por los perros!... ¡En la cabeza llevo el libre pensamiento y la insensatez!... ¡Aquel mi malhechor me quitó la fe!... ¡Y si siquiera hubiera tenido talento!... Pero ¡me perdí, así porque sí!... ¡Por nada!... ¡Hace frío, respetables señores!... ¿Gustan ustedes?... ¡Para todos habrá!... Brrrrr... ¡Beberemos a su descanso eterno!... ¡Aunque no le quiera y aunque se haya muerto, no tengo a nadie más que él en el mundo!... ¡Estoy solo como un hongo!... Hoy vengo a verle por última vez... Los médicos me han anunciado ya que, a causa de mis borracheras, he de morirme pronto y vengo a despedirme de él... ¡Hay que perdonar a los enemigos!...

Dejamos al actor conversando con Muschkin, el muerto, y proseguimos nuestro camino. Empezaba a caer una fría llovizna.

Al torcer por la alameda principal, cubierta de grava, tropezamos con un cortejo funerario. Cuatro mozos de las pompas fúnebres, con blancos cinturones de percal y sucias botas, a las que se adherían las hojas, conducían un ataúd color castaño. Como empezaba a oscurecer, entre tropezones y balanceos aceleraron la marcha...

—¡Sólo dos horas llevamos dando vueltas por aquí y ya hemos visto pasar al tercero!... ¿Nos vamos a casa, señores?...

UNA CONVERSACIÓN ENTRE GANSOS

(Гусиный разговор)

Por el azul del cielo, llevando a cabo su habitual migración, los gansos salvajes volaban en una larga fila. Al frente volaban los mayores, los verdaderos consejeros de estado de los gansos, mientras sus familias, la jefatura y la cancillería iban por detrás. Los viejos graznaban discutiendo asuntos cotidianos, las gansas charloteaban sobre moda, y los gansitos más jóvenes, por detrás, se contaban chistes entre ellos con alboroto. A los jóvenes les parecía que los viejos volaban por delante demasiado lento, no tan rápido como establece la ley de la naturaleza...

—¡No hay quién vuele así! —decían cuando hubieron agotado la pila de chistes obscenos—. ¡A saber a qué demonios se parece esto! ¡Volamos, volamos, todavía no hemos llegado al Mar Negro! ¡Ey, excelencias! ¿Piensan volar como Dios manda o qué?

Sin embargo, los razonables viejos razonaban de otra manera:

—¡No entiendo por qué únicamente volamos, Ganso Gánsich! —le decía uno de los viejitos a otro, que iba apuntando los apellidos de los alborotadores—. ¡Estamos volando a occidente, hacia un abismo desconocido, hacia el país de la opereta! Estoy de acuerdo, la opereta es algo bueno, incluso puede ser necesaria. ¡Pero nosotros no somos aún maduros para algo así! Puede que para usted y para mí el cuplé «Todos nacemos inocentes» no sea nada, pero para una mente inmadura es una perdición.

—Me alegra de todo corazón, excelencia, hallar en usted un partícipe de mi pesar. La naturaleza nos obliga a volar, pero el sentido común se pregunta: «¿hacia qué volamos?». Podríamos permanecer aquí el invierno, con tanto espacio, comida en abundancia, donde es autóctona la moral de un ganso. ¡Mire sus gansos! ¡Qué envidiable es su suerte! Viven de forma sedentaria... Tienen comida gratis, agua y estiércol, que tiene muchas propiedades, y se acepta la poligamia desde hace siglos... ¡Cuántas hazañas registran sus anales! ¡No tendrían rival en la historia de no haber salvado Roma, ese nido de putrefactas ideas romanas! ¡Mire cómo están de satisfechos, qué correctas son sus esposas!

—Pese a ello, excelencia —interrumpió uno de los gansos jóvenes y precoces—, ellos pagan cara su vida por esa aparente satisfacción. Pagan con su independencia. ¡Es con ellos, excelencia, con quienes se cocina el ganso con col, el tocino de ganso y las plumas de ganso!

—¡Si en tu cabeza hubiera menos de ese tipo de ideas —espetó el viejo—, no le hablarías así a tus mayores! ¿Cuál es tu apellido?

Etcétera. Los gansos volaron con éxito hasta su destino. No ocurrió nada destacable. Sólo que en una ocasión los viejos vieron en tierra a una de sus jóvenes gansitas, y tras parpadear y chasquear la lengua, cogieron el dinero para el forraje y

descendieron, aunque por poco tiempo. La gansa aceptó el dinero, pero rechazó los sentimientos de los viejos, alegando ser inocente.

LA LENGUA TE LLEVA HASTA KÍEV

(Язык до Киева доведет)

1.º ¡Quítese el gorro! ¡Aquí no se permite!

2.º ¡Yo no tengo un gorro, sino un cilindro!

1.º ¡Es lo mismo!

2.º No, no es lo mismo... ¡El gorro lo compras con un *poltínnik*, y ve pues a comprar un cilindro!

1.º El gorro o el sombrero... en general...

2.º (*Quitándose el sombrero*). Así, exprese más claro... (*Remeda*). El gorro, el gorro...

1.º ¡Le ruego no hablar! ¡Usted no deja a los demás escuchar!

2.º Es usted quien habla y molesta, y no yo. Yo me callo, hermano... Y en general me callaría, si no me tocaran.

1.º Sch...

2.º No hay por qué *sch*... (*Callándose*). Yo mismo sé *sch*... Y los ojos, no tiene por qué fijarlos en mí... No le temo... No tales he visto...

ESPOSA DEL 2.º ¡Pero déjalo! ¡Basta para ti!

2.º ¿Y por qué se me pegó? ¿Pues yo no lo toqué? ¿Pues no? ¿Así, por qué se mete conmigo? ¿O quiere que me queje de usted al señor comisario?

1.º Después, después... Cállese...

2.º ¡*Ajá, se asustó! Así-así...* Un bravo, *como se dice*, contra la oveja, y contra el bravo, tú mismo eres una oveja.

EN EL PÚBLICO. Sch...

2.º Hasta el público lo notó... Para el orden está puesto, y él mismo arma el desorden... (*Sonríe con sarcasmo*). Y todavía con medallas en el pecho... un sable... ¡La gente, habrase visto!

(*El primero se va por un minuto*).

2.º Le dio vergüenza, se fue... Por lo tanto, todavía no ha perdido la vergüenza por completo, si las palabras le dan vergüenza... Si hubiera hablado más, así, yo no le diría eso. ¡Sé cómo tratar a este hermano!

ESPOSA DEL 2.º ¡Cállate, el público mira!

2.º Deja que mire... Pagué con mi dinero, y no con el de otro... Y si converso, pues no me agotes la paciencia... Se fue ese... ese mismo, bueno, y me callo ahora... Si nadie me toca pues, ¿para qué voy a empezar a conversar? Conversar no hay para qué... Yo entiendo... (*Aplauda*). ¡Bis! ¡Bis!

1.º, 3.º, 4.º, 5.º y 6.º (*Como saliendo de la tierra*). ¡Dígnese! ¡Ande!

2.º ¿Adónde pues? (*Palideciendo*). ¿Por qué cosa?

1.º, 3.º, 4.º, 5.º y 6.º ¡Dígnese! (*Toman de la mano al 2.º*) No agite los pies...

¡Dígnese! (*Lo sacan*).

2.º Pagué con mi dinero, y de pronto... esto mismo... (*Se aficiona*).

EN EL PÚBLICO. ¡Sacaron a un ratero!

HASTA LA PERFECCIÓN DEBE TENER LÍMITES

(И прекрасное должно иметь пределы)

En el cuaderno de notas de un reflexivo registrador colegiado que murió el año pasado se encontró lo siguiente:

El orden de las cosas reclama que no sólo el mal, sino que hasta la perfección tenga límites. Me explicaré con ejemplos:

Incluso la comida más perfecta, si se consume sin medida, provoca en el estómago dolor, hipo y ventriloquia.

El mejor de los adornos para una cabeza humana es el cabello. ¿Pero alguien duda que ese mismo cabello, si es largo (no me refiero a las mujeres), es el rasgo por el que reconocer las mentes frívolas y maliciosas?

Un funcionario, hijo de padres piadosos y de buenas maneras, tenía por gran placer quitarse el sombrero ante personas mayores. Esa gran costumbre de su carácter se hacía evidente cuando salía a andar por la ciudad y buscaba encontrarse premeditadamente con ancianos para después hacerles una reverencia. Su naturaleza era tan reverente y respetuosa que no sólo se quitaba el sombrero ante sus superiores directos e indirectos, sino ante los de mayor edad. Las consecuencias de tal nobleza consistían en tener que desnudarse la cabeza cada segundo. En una ocasión, al encontrarse con el sobrino de un comisario de distrito una fría mañana de invierno se quitó el sombrero, cogió frío en la cabeza, se resfrió y murió sin poder confesarse. A partir de esto se extrae que ser respetuoso es importante, pero dentro de unos límites moderados.

Tampoco puedo permanecer en silencio acerca de la ciencia. La ciencia tiene preciosas y útiles cualidades, pero recuerden, ¿cuánto daño se puede hacer si un hombre dedicado a ella traspasara las fronteras de la moral establecida, las leyes de la naturaleza y así sucesivamente? ¡Ay de aquel que...! Mejor guardar silencio.

El enfermero Egor Nikitich, que trató a mi tía, amaba por completo la exactitud, la pulcritud y la corrección, características dignas de un espíritu sublime. Él tenía unas reglas establecidas para cada acto y cada paso, regidas por la experiencia, y se distinguía por cumplir con estas reglas con ejemplar constancia. Un día llegué a su casa a las cinco de la mañana, lo desperté y, con cara de dolor, exclamé:

—¡Egor Nikitich, corra hasta nuestra casa! ¡Mi tía se está desangrando!

Egor Nikitich se levantó, se calzó las botas y fue hasta la cocina para asearse. Tras hacerlo con jabón y lavarse los dientes, se peinó delante del espejo y comenzó a ponerse los pantalones, no sin antes limpiarlos y adecentarlos. Después cepilló la levita y chaleco, le dio cuerda al reloj e hizo la cama con pulcritud. Después de la cama, comenzó a coser un botón que se había caído de su abrigo.

—¡Se desangra! —le repetía yo, nervioso por la comprensible impaciencia.

—Un minuto... Sólo rezarle a Dios y estoy.

Egor Nikitich se plantó ante los iconos y comenzó a rezar.

—Listo... Aunque, deje que mire a la calle, por ver qué chanclos ponerme. ¿Los hondos o los llanos?

Cuando por fin salimos de su casa, cerró la puerta, se persignó con devoción mirando hacia el oeste y durante todo el camino por la acera, en silencio, intentó pisar piedras lisas, por temor a estropearse los zapatos. También la puntualidad debe, por tanto, tener límites.

Por lo visto la escritura es una perfecta ocupación. Enriquece la mente, ejercita la mano y ennoblece el corazón. Pero tampoco es conveniente escribir mucho. Hasta la literatura debe tener límites, porque demasiada escritura puede llevar a la tentación. Por ejemplo, yo estoy escribiendo estas líneas y el portero Evsevi se acerca hasta mi ventana y lanza una mirada sospechosa a mis escritos. Planté la duda en su alma. Me doy prisa por apagar la lámpara.

LA MÁSCARA

(Macka)

Un baile de máscaras o baile *vestido* (como decían las señoras de la localidad), celebrado con un fin benéfico, tenía lugar en el Círculo de la ciudad de X***.

Eran las doce de la noche. Las cinco únicas personas que no bailaban ni llevaban careta, sentadas ante una gran mesa y con las narices hundidas en los periódicos, leían o dormitaban, aunque (según frase de un redactor del periódico de la localidad, un señor muy liberal), a juzgar por la expresión de sus rostros, lo que hacían era *meditar*. Del salón principal llegaban las notas del *quadrille Viuschka*, y por delante de la puerta y armando mucho ruido con los pies y la vajilla, pasaban corriendo a cada momento los camareros. En la sala de lectura reinaba un profundo silencio.

—¡Aquí seguramente estaremos más cómodos! —dijo de pronto una voz baja y ahogada, que parecía salir de la estufa—. ¡Entrad aquí!... ¡Aquí, muchachas!

La puerta se abrió, y un hombre de anchas espaldas, robusto, vestido con traje de cochero, tocado con un sombrero adornado con plumas de pavo real y con un antifaz puesto, entró en la sala de lecturas. Tras él penetraron dos damas también con antifaces y un camarero cargado con una gran bandeja en la que descansaba una botella de licor, tripuda, dos o tres botellas de vino tinto y varios vasos.

—¡Por aquí!... ¡Aquí tendremos menos calor! —dijo el hombre—. ¡Pon la bandeja sobre la mesa!... Siéntense *je vous prie*, a la *trimontrán*, y ustedes señores, córranse.

El hombre se tambaleó, por lo que su mano dejó caer al suelo varios periódicos de los que estaban encima de la mesa.

—¡Ponla, aquí!... ¡Y ustedes, señores lectores, córranse! ¡Nada de periódicos ni de política! ¡Fuera todo eso!

—Yo le rogaría que procediera con más orden —dijo uno de los caballeros, mirando a la máscara a través de sus lentes—. Ésta es la sala de lectura y no el bufé... No es el lugar adecuado para beber.

—¿Y por qué no?... ¿Es que se mueve la mesa o hay peligro de que se caiga el techo?... ¡Qué gracioso!... Pero bueno... No tengo tiempo de conversación. ¡Fuera los periódicos! ¡Basta con lo que lleváis leído! ¡Sois muy inteligentes y no los necesitáis! ¡Además..., os vais a estropear los ojos! ¡Y, sobre todo, lo principal es que yo lo quiero!

El camarero colocó la bandeja sobre la mesa, y con la servilleta al brazo se situó junto a la puerta. Las damas atacaron inmediatamente, y en primer lugar, el vino tinto.

—¿Cómo es posible que haya gente tan inteligente que prefiera los periódicos a estas bebidas?... —empezó diciendo el hombre de las plumas de pavo real,

sirviéndose licor—. A mi juicio, les gustan a ustedes los periódicos, respetables señores, porque no tienen qué beber. ¿No es verdad lo que digo?... ¡Ja, ja, ja!... ¡Bueno... dejadlo! ¡Anda!... ¡Basta de pamplinas! ¡Mejor harías bebiendo!

Y el hombre de las plumas de pavo real, levantándose, arrancó el periódico de las manos del señor de los lentes. Éste se puso primero pálido, luego rojo; miró asombrado a los otros caballeros y éstos a él.

—¡Se olvida usted de sí mismo señor mío! —dijo acalorándose—. ¡Convierte usted el salón de lectura en una taberna..., se permite usted introducir el desorden y hasta arrebatarse a la gente el periódico de las manos! ¡No se lo consiento! ¡Usted no sabe, muy señor mío, con quién tiene que habérselas! ¡Soy Jestiakov, el director del Banco!...

—¡Me importa un pepino que seas Jestiakov!... ¡En cuanto a tu periódico..., mira el honor que va a recibir!...

El hombre alzó el periódico del suelo y lo hizo trizas.

—Pero ¿qué es esto..., señores? —masculló, estupefacto, Jestiakov—. ¡Esto es algo inaudito..., casi sobrenatural!...

—¡Miradle!... ¡Se ha enfadado! —rió el hombre—. ¡Mira lo que me asusto! ¡Hasta las piernas me tiemblan!... ¡Bueno, apreciables señores, dejemos aparte las bromas! ¡No tengo ninguna gana de hablar con vosotros! ¡Y como quiero estar aquí solo con estas damiselas..., como quiero concederme ese gusto..., les ruego que no discutan y que se marchen! ¡Belebujin!... ¡Anda y que te lleven los cerdos!... ¿Por qué frunces la carota? ¡Te digo que salgas y sales!... ¡De prisa!... ¡Mira que si no..., te puede volar algo al cogote!...

—Pero ¿esto qué es? —pregunta enrojeciendo y encogiéndose de hombros Belebujin, el cajero del patronato de huérfanos—. ¡No puedo comprenderlo!... ¡Que entre aquí de pronto un fresco cualquiera y ocurra esto!...

—¿Qué palabra has dicho?... ¿Fresco?... —gritó el hombre de las plumas de pavo real, enfadado y pegando tan fuerte puñetazo sobre la mesa que los vasos saltaron—. ¿A quién estás hablando? ¿Crees que porque llevo un antifaz puedes decirme cosas semejantes?... ¡Mamarracho!... ¡Sal de aquí, te digo!... ¡Director del Banco!... ¡Lárgate de aquí por las buenas! ¡Fuera todo el mundo! ¡Que no quede aquí ni un solo pillo! ¡Fuera! ¡Todos con los cerdos!

—¡Eso lo veremos! —dijo Jestiakov, al que hasta los lentes temblaban de excitación—. ¡Ahora va usted a ver!... ¡Eh!... ¡Llamen al que esté de jefe de servicio!

Un minuto después entraba el jefe, hombre pequeñito y rojizo, que ostentaba una cinta azul en la solapa y traía el aliento entrecortado por el baile.

—¡Le ruego tenga la bondad de salir! —empezó diciendo—. Éste no es lugar de beber. ¡Sírvasse pasar al bufé!

—¿A qué vienes tú? ¿Acaso te he llamado? —preguntó el hombre del antifaz.

—¡Le ruego que no me tutee y que se sirva salir de aquí!

—Escucha, buen hombre... Te doy un minuto de plazo. Tú..., como eres el jefe y la principal autoridad, tienes que sacar de aquí por el brazo a todos estos... artistas. ¡A mis damiselas no les gusta que haya gente extraña!... Se azaran, y como el dinero es mío..., quiero que estén naturales...

—¡Este medio loco no comprende, sin duda, que no está en una pocilga! —gritó Jestiakov—. ¡Qué llamen a Evstrat Spiridonich!

—¡Evstrat Spiridonich! —resonó por todo el Círculo—. ¿Dónde está Evstrat Spiridonich?

Evstrat Spiridonich, un viejo vestido con uniforme policial, no tardó en aparecer.

—¡Le ruego salga usted de aquí! —carraspeó saltándosele los ojos y agitando los bigotes teñidos.

—¡Mira lo que me asusto! —contestó el hombre, retorciéndose de risa gozosa—. ¡A fe mía que me asusto mucho! ¡Qué sustos se lleva uno en la vida! ¡Dios mío!... ¡Si tiene los bigotes de gato... y los ojos saltones! ¡Ja, ja, ja!...

—¡Le ruego deje esas consideraciones! —gritó con todos sus bríos Evstrat Spiridonich, que temblaba—. ¡Fuera de aquí! ¡Daré orden de que le saquen a la fuerza!

En el salón de lectura se armó un ruido inverosímil. Evstrat Spiridonich, rojo como un cangrejo, gritaba y pataleaba; Jestiakov gritaba... Pero las ahogadas y profundas notas de la voz de bajo del hombre del antifaz sobrepujaban a las de todos. Aquel barullo general motivó la interrupción del baile, y la gente, abandonando el salón, se abalanzó a la sala de lectura.

Con objeto de darse más importancia, Evstrat Spiridonich mandó llamar a todos los policías que se encontraban en el Círculo, y se sentó a redactar el acta.

—¡Anda..., escribe, escribe! —decía la máscara, metiéndole el dedo bajo la pluma—. ¿Qué irá a ser de mí ahora?... ¡Infeliz!... ¡Ay de mí!... ¡Pobre cabeza la mía!... ¿Por qué buscarán la pérdida de ese huerfanito?... ¡Ja, ja, ja!... Bueno... ¿qué? ¿Está ya extendida el acta? ¿Habéis firmado todos?... Pues mirad ahora... A la una..., a las dos..., ¡a las tres!

El hombre se levantó, se enderezó todo lo alto que era y se arrancó el antifaz. Con el rostro beodo al descubierto, y después de mirar a todos, asombrado del efecto que producía, se dejó caer en la butaca y rompió a reír con gran regocijo. La impresión era, en efecto, extraordinaria. Todos los caballeros se miraban estupefactos y habían palidecido. Algunos se rascaban la nuca. Evstrat Spiridonich, como la persona que se da cuenta de que ha cometido involuntariamente una torpeza, dejó oír una exclamación.

En aquel rebelde habían todos reconocido al millonario de la localidad, Piatigorov, fabricante y honorable ciudadano, popular por sus escándalos, su beneficencia y, según palabras del periódico del lugar, «su amor a la cultura».

—¿Qué?... ¿Salís..., sí o no? —preguntó Paitigorov, después de un minuto transcurrido en silencio.

Sin pronunciar palabra, los caballeros abandonaron de puntillas el salón de lectura, y Piatigorov cerró la puerta tras ellos.

—Si sabías que era Piatigorov..., ¿por qué te callaste? —carraspeó bajito, al cabo de un minuto, Evstrat Spiridonich, sacudiendo por un hombro al camarero que había llevado el vino al salón de lectura.

—¡Me ordenó que no dijera nada! —contestó este...

—¡Te ordenó que no dijeras nada!... ¡Ya verás cuando te haga pasar un mes encerrado, lo que es que te ordenara no decir nada!... ¡Largo de aquí!... ¡Y ustedes también, señores!... ¡Dar lugar a esta rebelión!... ¡Como si les hubiera costado tanto pasarse diez minutos fuera de la sala de lectura!... ¿Y ahora qué?... ¡Tendrán que arreglar este lío!... ¡Ah..., señores, señores!... ¡Cuánto, a fe mía, me desagradan estos asuntos!

Los caballeros, abatidos, entre perplejos y culpables, salieron del Círculo cuchicheando unos con otros, como si presintieran algo malo. En cuanto a sus mujeres y sus hijas, al saber estas que Piatigorov se había *ofendido y enfadado*, iniciaron la retirada a sus casas en medio de la mayor desanimación. El baile cesó.

Eran las dos de la madrugada cuando salió Piatigorov de la sala de lectura. Estaba borracho y se tambaleaba. Entrando en el salón se sentó junto a la orquesta a dormitar bajo el sonido de la música. Después inclinó tristemente la cabeza y empezó a roncar.

—¡No toquéis más! —dijeron a los músicos los jefes de servicio—. ¡Egor Nilich duerme!

—¿Dispone usted que se le acompañe a casa? —preguntó Belebujin inclinándose sobre el oído del millonario.

Piatigorov hizo un movimiento con los labios, como si quisiera ahuyentar una mosca de su mejilla.

—¿Dispone usted que se le acompañe a casa —repitió Belebujin—, o prefiere que venga el coche?

—¿Eh?... ¿Qué?... ¿Qué quieres?...

—Acompañar a casa a su señoría... ¡Ya es hora de irse a la camita!

—¡Quiero irme a ca... sa! ¡Acompáñame!

Radiante de satisfacción, Belebujin ayudó a Piatigorov a levantarse. Otros caballeros se acercaron presurosos, sonriendo afablemente, y entre todos alzaron de su asiento al respetable ciudadano y le condujeron con sumo cuidado hasta el carruaje.

—¡De poner en ridículo a toda una reunión... sólo es capaz un verdadero artista! —decía alegremente Jestiakov, ayudándole a introducirse en el coche—. ¡Estoy completamente asombrado, Egor Nilich!... ¡Todavía me río!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Pensar que hasta llegamos a acalorarnos!... ¡Y hasta a tomar algunas medidas!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Créame! ¡Ni en el teatro me he reído nunca tanto! ¡La cosa es de una comicidad infinita!... ¡Toda la vida recordaré esta noche inolvidable!...

Después de haber acompañado a Piatigorov, los caballeros se sintieron alegres y

tranquilos.

—¡Me ha dado la mano al despedirse! —dijo Jestiakov muy contento—. ¡Lo que quiere decir que no ha pasado nada!... ¡Que no está enfadado!...

—¡Dios le oiga! —suspiró Evstrat Spiridonich—. Es un individuo ruin y canallesco, pero, al mismo tiempo..., un *benefactor*!... y... ¡qué se le va a hacer!...

EN EL HOSPICIO DE ANCIANOS Y ENFERMOS INCURABLES

(В приюте для неизлечимо больных и престарелых)

Cada sábado, al atardecer, la alumna de gimnasio Sasha Eniákina, una pequeña muchacha escrofulosa con los borceguíes rasgados, va con su mamá al «hospicio de enfermos y ancianos incurables de N-skii». Allí vive su abuelito carnal Parfiénii Sávvich, teniente de la guardia retirado. La habitación del abuelito es asfixiante y huele a aceite de oliva. De las paredes cuelgan malas estampas: una bañista recortada del *Niva*, unas ninfas que se calientan al sol, un hombre con el cilindro en la nuca, mirando por la rendija a una mujer desnuda, y demás. En los rincones hay telarañas, en la mesa migajas y escamas de pescado... Y el mismo abuelito no es atractivo a la vista. Está viejo, jorobado y aspira rapé sin cuidado. Sus ojos lagrimean, su boca sin dientes está eternamente abierta. Cuando entra Sasha con su madre, el abuelito sonríe, y su sonrisa suele parecerse a una gran arruga.

—¿Bueno, qué? —pregunta el abuelito, acercándose a la manita de Sasha—. ¿Qué tal tu padre?

Sasha no responde. La mamá empieza a llorar callada.

—¿Todavía toca los fortepianos por las tabernas? Así, así... Todo eso por desobediencia, por orgullo... Se casó con esta pues, tu madre, y... salió un imbécil... Sí... Un noble, hijo de un padre hidalgo, y se casó con una «tfú», con esta pues... con una actriz, con la hijita de Seriózhka... Seriózhka en mi casa era clarinetista y limpiaba la caballeriza... ¡Llora, llora *mátushka*! Yo digo la verdad... ¡Una descarada eras, una descarada eres!

Sasha, mirando a su madre, la hija de Seriózhka y actriz, empieza a llorar también. Sobreviene una pausa penosa, espantosa... El viejecito, con una pata de palo, adelanta un pequeño samovar de cobre rojizo. Parfiénii Sávvich vierte en la tetera una pulgarada de cierto té extraño, muy grueso y gris, y lo prepara:

—¡Tomen! —dice, llenando tres tazas grandes—. ¡Toma, actriz!

Las visitantes toman las tazas en las manos... El té es infame, suelta verdín, pero no se puede no beber: el abuelito se ofenderá... Después del té, Parfiénii Sávvich se sienta en sus rodillas a la nietecita y, mirándola con ternura lacrimosa, la empieza a acariciar...

—Tú, nietecita, eres de familia ilustre... No lo olvides... La sangre nuestra no es de ninguna artista... Tú no mires que yo estoy en la miseria, y que tu padre aporrea fortepianos por las tabernas. Tu padre lo hace por salvajismo, por orgullo, y yo por pobreza, pero nosotros somos importantes... ¡Pregúntale al cabrón quién era yo! ¡Te vas a asombrar!

Y el abuelito, acariciando la cabecita de Sasha con la mano huesuda, cuenta:

—Nosotros, en todo el gobierno, teníamos sólo tres hombres grandes: el conde Yegór Grigórich, el gobernador y yo. Éramos los primerísimos y los importantísimos... Rico yo, nietecita, no era... Nada más tenía unas cinco mil desiatinas de tierrita sarnosa, y unas seiscientas almas mortales^[318], y ni una pizca más. No tenía relaciones ni con los caudillos, ni con la parentela ilustre. No era ni escritor, ni ningún Rafael, ni filósofo... Un hombre como cualquier otro, en una palabra... Y entre tanto, ¡escucha nietecita!, ante nadie bajaba la cabeza; al gobernador lo llamaba Vásia, al ilustrísimo le estrechaba la mano, y del conde Yegór Grigórovich era primerísimo amigo. Y todo porque sabía vivir en la ilustración, con una forma de pensar europea...

Después de un largo preámbulo, el abuelito cuenta de su vida cotidiana pasada... Habla largo tiempo, con afición:

—A las mujeres, comúnmente, las ponía de rodillas sobre guisantes, para que arrugaran la cara —farfulla entre tanto—. La mujer amiga la cara, y al *muzhik* le da risa... Los *muzhiks* se ríen, bueno, y tú mismo empiezas a reírte, y te pones contento... Para los letrados tenía otro castigo, más suave. O los obligaba a aprender de memoria el libro de cuentas, o les ordenaba subirse al tejado y leer desde ahí, en voz alta, el *Yúrii Miloslávskii*^[319]; pero leerlo así, que yo lo oyera en las habitaciones... Si lo espiritual no funcionaba, funcionaba lo corporal...

Tras contar sobre la disciplina, sin la que, en sus palabras, «el hombre se parece a la teoría sin la práctica», advierte que al escarmiento se debe oponer la recompensa.

—Por acciones muy atrevidas, como por ejemplo, por la atrapada de un ladrón, yo pagaba bien: a los viejos los casaba con jovencitas, a los jóvenes los liberaba del reclutamiento, y demás.

Se contentaba el abuelito en los tiempos de antaño así, como «nadie se contenta ahora».

—Entre músicos y cantores tenía, a pesar de mi escasez de recursos, unas sesenta personas. La música me la dirigía un judío, y el canto un diácono exclaustroado... El judío era un gran músico... El diablo no toca así como él, el maldito, tocaba. En el contrabajo, pasaba que sacaba, el granuja, unos equívocos, como Rubinstein o Beethoven, digamos, no sacan en el violín... Había estudiado notas en el extranjero, tocaba todos los instrumentos, y en mover la mano era un maestro. Sólo tenía un defecto: apestaba a pescado podrido, y estropeaba el decorado con su desorden. Durante las fiestas, por esa razón, había que ponerlo detrás del biombo... El exclaustroado tampoco era un imbécil. Y conocía las notas, y sabía dirigir. Su disciplina era a tal punto, que hasta yo me asombraba. Él siempre alcanzaba. El bajo lo cantó con él, una vez, una tiple; la mujer, en la voz gruesa, se igualaba a los bajos... Era un maestro, el bandido... De aspecto era importante, imponente... Sólo que se emborrachaba fuerte, pero es que eso, nietecita, *para quién cómo*... Para quien es perjudicial, y para quien es ventajoso. El cantor debe beber, porque con vodka la

voz se pone más gruesa... Al judío le pagaba al año cien rublos asignados, y al exclaustado no le pagaba nada... Vivía en mi casa sólo por la manduca, y el salario lo recibía en especie: grano, carne, sal, muchachas, leña y demás. Vivía en mi casa como el gato, aunque yo lo azotaba al aire libre a menudo... Recuerdo que una vez lo extendí a él y a Seriózhka, al padre de ella pues, al padre de tu madre, y...

Sasha de pronto se levanta y se aprieta contra la madre, que está pálida como un lienzo y tiembla ligeramente...

—¡Mamá, vamos a casa! ¡Tengo miedo!

—¿Qué te da miedo, nietecita?

El abuelito se acerca a la nietecita, pero ésta se aparta de él, tiembla y se aprieta más fuerte contra la madre.

—A ella, debe ser, le duele la cabecita —dice la madre con voz de disculpa—. Ya le es hora de dormir... Adiós...

Antes de salir, la madre de Sasha se acerca al abuelito y, sonrojándose, le susurra algo en la oreja.

—¡No te voy a dar! —farfulla el abuelito, frunciendo las cejas y chasqueando con los labios—. ¡No te voy a dar ni un kopek! Que el padre le consiga para los borceguíes en sus tabernas, pero yo ni un kopek... ¡Basta de malcriarlos a ustedes! Les haces un bien, y de ustedes, excepto cartas insolentes, no ves nada más. ¿Acaso, sabes, qué carta me envió hace poco tu *muzhikito*?... «Mejor, escribe, voy a andorrear por las tabernas y recoger migajas, que humillarme ante Pliúshkin^[320]...». ¿Ah? ¡Eso al padre carnal pues!

—Pero usted perdónelo —ruega la madre de Sasha—. Él es tan infeliz, tan nervioso...

Largo tiempo ruega ella. Finalmente, el abuelito escupe con cólera, abre el baulito y, tapándolo con todo el tronco, saca de ahí un billete amarillo, muy arrugado... La mujer toma el billete con dos dedos y, como temiendo mancharse, se lo mete rápido en el bolsillo... Al minuto, ella y la hijita salen rápido por los oscuros portones del hospicio.

—¡Mamá, no me llesves a ver al abuelito! —tiembla Sasha—. Él me da miedo.

—No se puede, Sasha... Hay que venir... Si no vamos a venir, pues no tendremos nada que comer... Tu padre no tiene dónde conseguir. Está enfermo y... toma.

—¿Por qué toma, mamá?

—Es infeliz, por eso toma... Tú mira pues, Sasha, no le digas a él que vinimos a ver al abuelito... Él se va a enojar, y va a toser mucho por eso... Él es orgulloso, y no le gusta que nosotras roguemos... ¿No le vas a decir?

EL LETRERO

(ВЫВЕСКА)

En Rostov del Don, en la calle Sadóvaya, sobre la tienda de un comerciante de monumentos sepulcrales, cuelga este letrero:

Maestro de oficios monumentales

Informó *An. Ch.*

SOBRE EL DRAMA

(ESCENITA)

(О драме. Сценка)

Dos amigos, el juez de paz Poluiéjtov y el teniente de estado general Fintifléev, estaban sentados ante un entremés fraternal y hablaban de artes.

—Yo leí a Taine^[321], a Lessing^[322]... ¿y acaso es poco lo que leí? —decía Poluiéjtov, convidando a su amigo con vino *kajetiano*—. La juventud la pasé entre artistas, yo mismo escribía y entiendo mucho... ¿Sabes? ¡Yo no soy un escritor, un artista, pero tengo ese olfato, intuición! ¡Tengo corazón! Enseguida, hermano, entiendo dónde está lo falso o lo no natural. ¡A mí no me engañas, aunque seas Sarah Bernhardt^[323] o Salvini^[324]! Enseguida entiendo si hay algo así... algún truco. ¿Y tú por qué no comes? ¡Pues yo no tengo nada más!

—Yo ya me harté, hermano, gracias... Y que nuestro drama, como tú dices, cayó, pues es cierto... ¡Cayó del todo!

—¡Por supuesto! ¡Pero tú juzga, Filia! El dramaturgo y el actor actuales intentan, como expresarlo de forma más asequible para ti... intentan ser vitales, reales... En la escena tú ves, lo que ves en la vida... ¿Y acaso eso nos hace falta? ¡A nosotros nos hace falta la expresión, el efecto! La vida así ya te cansó, te hiciste a ésta, estás acostumbrado, te hace falta algo... así, ¡que te retuerza todos los nervios, que te revuelva las entrañas! El viejo actor hablaba con una voz no natural, de sepulcro, se golpeaba el pecho con el puño, gritaba, se hundía en la tierra, ¡pero en cambio era expresivo! ¡Y en sus palabras había expresión! Él hablaba del deber, del humanismo, de la libertad... ¡En cada acción tú veías la abnegación, las hazañas del filántropo, los sufrimientos, una pasión salvaje! ¡¿Y ahora?! Ahora, ves, nos hace falta vitalidad... Miras a la escena y ves... ¡puf! y ves a algún basura... a un granuja, a un gusano con el pantalón roto, que dice alguna estupidez... Shpazhínskii^[325] o algún Nieviézhin^[326] ahí, consideran a ese sarnoso un héroe, pero yo —¡por Dios, es enojoso!—, si me cayera en mi cámara, lo agarraría a ése, al bellaco, y sabes, por el artículo 119, por convicción personal, ¡unos tres meses así, cuatro!

Se oyó la campanilla... Poluiéjtov, que se había parado para caminar nervioso de una esquina a la otra, se sentó de nuevo... A la habitación entró un pequeño estudiante de gimnasio de mejillas rosadas, con capote y mochila a la espalda... Éste se acercó a la mesa con timidez, chocó los tacones y le entregó a Poluiéjtov una carta.

—Lo reverencia la *mamasha*, tío —dijo—, y me mandó a entregarle esta carta.

Poluiéjtov deselló el sobre, se puso los lentes, resopló fuertemente y empezó la

lectura.

—¡Ahora, almita! —dijo, tras leer la carta y levantándose—. Vamos... Disculpa, Filia, te voy a dejar por un segundo.

Poluiéjtoy tomó al estudiante de la mano y, recogiendo los faldones de su bata, lo condujo a la otra habitación. Al minuto el teniente oyó unos sonidos extraños. Una voz infantil empezó a suplicar sobre algo... Las súplicas pronto se convirtieron en un aullido, y tras el aullido sobrevino un llanto que desgarraba el alma.

—¡Tío, no lo hago más! —oyó el teniente—. ¡Hijito, no lo hago más! ¡A-y-a-y-a-y! ¡Camalito, no lo hago!

Los sonidos extraños continuaron unos dos minutos... Después todo calló, la puerta se abrió y Poluiéjtoy entró a la habitación. Tras él, abrochándose el paletó y conteniendo los sollozos, iba el estudiante con una cara llorosa. Tras abrocharse el paletó, el chico chocó los tacones, se limpió los ojos con la manga y salió. Se oyó el sonido de la puerta al cerrarse...

—¿Qué fue lo que hubo ahora aquí? —preguntó Fintifléev.

—Pues éste, mi hermana me rogó en la carta zurrar al chiquillo... Recibió un dos en griego...

—¿Y tú con qué zurras?

—Con el cinturón... es lo mejor... Bueno, así que... ¿en qué me quedé? Antes, pasaba que estabas sentado en la butaca, ¡mirabas a la escena y sentías! ¡Tu corazón trabajaba, hervía! Oías palabras humanas, veías acciones humanas... veías, en una palabra, lo bello y... ¿lo crees? ¡Yo lloraba! Pasaba, que estaba sentado y lloraba, como un imbécil. «¿Por qué lloras, Petia?» —me preguntaba mi esposa. Y yo mismo no sabía por qué lloraba... En mí, hablando en general, la escena influye de una forma didáctica... Sí, hablando con franqueza, ¿a quién no le conmueve el arte? ¿A quién no lo ennoblece? ¡A quién sino al arte, debemos la presencia en nosotros de sentimientos elevados, que no conocen los salvajes, que no conocían nuestros antepasados! Yo tengo pues lágrimas en los ojos... ¡Son buenas lágrimas, y no me avergüenzo de ellas! ¡Bebamos, hermano! ¡Que florezcan el arte y el humanismo!

—Bebamos... quiera Dios, que nuestros hijos sepan sentir así, como nosotros... sentimos.

Los amigos bebieron y empezaron a hablar de Shakespeare.

BODA POR INTERÉS

(NOVELA EN DOS PARTES)

(Брак по расчету. Роман в 2-х частях)

PRIMERA PARTE

En casa de la viuda Mimrina, domiciliada en el callejón de Piatisobachii^[327], se celebra una cena de bodas.

Los comensales son veintitrés, de entre los cuales, ocho, quejándose de repugnancia de estómago, no comen nada. Las velas, las lámparas y una araña coja, alquilada en la taberna, despiden una luz tan viva que un telegrafista invitado, sentado a la mesa, guiña los ojos con expresión coquetona y discurre sin ton ni son sobre el tema del alumbrado eléctrico. Predice a éste y a la electricidad en general, no obstante el aire despreciativo con que le escuchan los comensales, un futuro brillante.

—¡La electricidad!... ¡Bah!... —masculla el padrino, cuya mirada vaga está fija en su plato—. A mi entender, el alumbrado eléctrico no es más que una bribonada. Se les figura que por meter ahí dentro un carboncillo van a distraer la atención... Y no, hermano... Si quieres alumbrarme, no sólo es un carboncillo lo que me tienes que dar..., sino algo más esencial... ¡Algo que se pueda tocar! ¡Tienes que darme fuego!, ¿comprendes? ¡Fuego natural y no esas cosas sacadas de la mollera!

—Si hubiera visto usted la composición de una batería eléctrica —dice, dándose tono, el telegrafista— razonaría usted de modo muy distinto.

—No deseo verla. ¡Bribonadas! ¡Engañifas para la gente cándida!... ¡Para exprimirlle los últimos jugos! ¡Ya las conocemos!... Y sepa usted, caballere, cuyo nombre y apellido no tengo el honor de conocer, que sería mejor que bebiera y sirviera de beber a los demás en lugar de hacer la defensa de las bribonadas.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, papaíto —dice, con voz de tenor un poco ronca, Aplombov, el novio, joven de cuello largo y cabellos como cerdas—. ¿Para qué meterse en conversaciones científicas? Y no es que yo sea contrario a tratar de los descubrimientos que se han hecho en el terreno de la ciencia..., pero para eso hay otros momentos. ¿Qué opinas tú, *ma chère*? —añade, dirigiéndose a su novia, sentada junto a él.

La novia, Daschenka, en cuyo rostro aparecen impresas todas las cualidades, excepto una, la facultad de pensar, se ruboriza y dice:

—Es que el caballero quiere hacer ver que está muy instruido... y por eso habla de cosas que no se entienden...

—A Dios gracias, siempre hemos vivido sin instrucción, y ahora, a Dios gracias,

casamos a la tercera hija con un hombre de bien —dice, dirigiéndose al telegrafista y suspirando, la madre de Daschenka—. Pero si para usted no somos *instruidos*, no tiene porqué venir a nuestra casa. Podía haberse quedado usted con sus instruidos.

Se hace un silencio. El telegrafista se encuentra azarado. No hubiera esperado nunca que el tema de la electricidad adquiriera un giro tan extraño. Como el silencio que reina a su alrededor tiene carácter hostil y parece ser síntoma de disgusto general, considera necesario sincerarse.

—Yo..., Tatiana Petrovna..., he estimado siempre mucho a su familia, y si me he referido al alumbrado eléctrico no ha sido por orgullo. Ya ve usted que estoy aquí bebiendo con ustedes... Siempre he deseado a Daria Ivánovna un buen novio. En nuestros días, Tatiana Petrovna, es difícil casarse con un hombre de bien... Hoy en día todo el mundo procura casarse por el dinero...

—¿Es esa una alusión? —dice el novio, enrojeciendo y parpadeando.

—No es ninguna alusión —dice el telegrafista un tanto acobardado—. No me estaba refiriendo a nadie presente... Sólo que suele ser así, en general... ¡Por Dios!... ¡Si todo el mundo sabe que usted por amor...! ¡Que el dote es insignificante!...

—¡Nada de eso! ¡No tan insignificante! —se ofende la madre de Daschenka—. ¡Para hablar, caballero, hay que saber lo que se dice!... ¡Además de mil rublos le damos tres *salop*^[328], la cama y todos estos muebles! ¡Pues vaya!... ¡A ver si encuentran por ahí un dote parecido!

—Si yo no digo nada... Los muebles son, efectivamente, muy buenos... Yo sólo en el sentido... Se ha ofendido porque ha creído que yo quería aludir...

—Usted no tenía por qué hacer ninguna alusión —dice la madre de la novia—. Le hemos invitado a la boda por respeto a sus padres, y en pago de ello nos sale usted con esas palabras. Porque, vamos a ver..., si usted sabía que Egor Fedorovich se casaba por el dinero, ¿por qué se callaba usted? ¿Por qué no vino a decirnos, como se hace entre parientes, que si esto... y que si lo otro..., y que si es por interés? ¡Y tú, padrecito...! ¡Qué bochorno! —se dirige ahora al novio de repente, parpadeando y con las lágrimas saltadas—: ¡Haberla educado!... ¡Haber guardado a mi nenita con más cuidado que se guarda a una piedra preciosa para que tú!, ¡tú...!, ¡por el interés! ...

—¿Y ha sido usted capaz de creer esa calumnia? —dice Aplombov levantándose de la mesa y tirando nerviosamente de las púas de sus cabellos—. ¡Muy agradecido! ¡*Merçi*, por el concepto en que me tiene! Y usted, señor Blinichikov —se dirige al telegrafista—, aunque sea usted amigo mío, no le permito esa fea manera de proceder en casa ajena. ¡Haga el favor de largarse de aquí inmediatamente!

—¿Cómo? ¿Largarme yo?

—¡Usted! ¡Y deseo que su honradez sea tan grande como la mía! En una palabra... ¡Lárguese de aquí!

—¡Déjale! ¡Ya está! —interceden los amigos del novio—. ¡No vale la pena! ¡Siéntate y déjalo!

—¡No! He de demostrar que no le asiste ninguna razón. Yo me he casado por amor. No comprendo qué hace usted ahí todavía sentado. ¡Haga el favor de largarse!

—Yo..., nada..., solamente... —dice el telegrafista aturdido, levantándose de la mesa—. Ni siquiera comprendo lo que pasa..., pero bueno..., me marcharé... Eso sí..., devuélvame primero los tres rublos que le presté para el chaleco de piqué. Beberé primero un poco y me marcharé, aunque antes tiene que pagarme la deuda.

Después de conversar largo rato en voz baja con los amigos, de los que obtiene los tres rublos, el novio, indignado, arroja éstos al telegrafista, que, tras detenida búsqueda de su gorro oficial, saluda y se marcha.

¡Así termina a veces una ingenua charla sobre electricidad! Pero he aquí que la cena ha terminado. La noche llega. Un autor bien educado pone fuerte freno a su fantasía y corre sobre el curso de los acontecimientos el oscuro velo del misterio. La rosada aurora encuentra a Himeneo todavía en el callejón de Piatishobachii, pero tras ella llega la mañana gris ofreciendo al autor abundante materia para...

SEGUNDA PARTE

Es una mañana gris y otoñal. Aún no han dado las ocho y ya en el callejón de Piatishobachii reina un movimiento inusitado. Por las aceras circulan agitados guardias y *dvorniki*^[329]. Junto a la entrada de la casa se agolpan cocineras, muertas de frío y con expresión de incertidumbre en los rostros... A todas las ventanas asoman los vecinos y por la del lavadero surgen, apretadas unas contra otras, las sienes o las barbillas, caras femeninas.

—¡No se distingue lo que es! ¡Parece nieve! —se oye decir a algunas voces.

En efecto, por el aire, desde la tierra a los tejados, voltea algo blanco muy semejante a la nieve. La calle está toda blanca..., los faroles, los tejados, los bancos de junto a la entrada, los hombros y los gorros de los transeúntes. ¡Todo está blanco!

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido? —pregunta la lavandera a los *dvorniki* cuando pasan corriendo.

Éstos hacen un gesto con la mano por toda contestación y prosiguen su carrera. Ellos son los primeros que no saben lo que pasa. He aquí, sin embargo, que al fin uno de los *dvorniki*, gesticulando y hablando consigo mismo, avanza lentamente. Indudable es que ha estado en el lugar del suceso y lo sabe todo ya.

—¿Qué ha ocurrido, hermanito? —le pregunta la lavandera desde la ventana.

—¡Ha habido un disgusto! —contesta él—. Resulta que en casa de Mimrina, donde se celebró la boda ayer, han estafado al novio. En lugar de mil rublos parece ser que le han dado novecientos.

—¿Y qué dice él?

—Está furioso. «¡Estoy tan enfadado —dice— que he descosido el colchón y he tirado el plumón por la ventana!». Y mira... ¡mira qué cantidad de plumón! ¡Parece nieve!

—¡Ya se los llevan!... ¡Ya se los llevan! —se oye decir.

De casa de la viuda Mimrina parte, en efecto, una procesión. A la cabeza marchan dos guardias con rostros preocupados. Sigue a estos Aplombov, con el abrigo y la chistera puestos. En su rostro lleva impresas estas palabras: «Soy un hombre honrado, pero no tolero que se me engañe...».

—¡En el juicio se demostrará la clase de hombre que soy! —gruñe a cada instante volviendo hacia atrás la cabeza.

Detrás de él van Tatiana Petrovna y Daschenka, que lloran. La procesión se cierra con un *dvorniki*, portador de un libro, y un tropel de chiquillos.

—¿Por qué lloras, muchacha? —dicen a Daschenka las lavanderas.

—¡Lástima de colchón! —contesta en su lugar la madre—. ¡Pesaba tres pud^[330]! ¡Y qué plumón! ¡Del más fino! ¡Sin una sola pluma!... ¡En la vejez recibo el castigo de Dios!

La procesión dobla la esquina y el callejón de Piatisobachii recobra la calma. El plumón continúa volteando hasta la noche.

LA BODA CON EL GENERAL

(CUENTO)

(Свадьба с генералом. Рассказ)

El contraalmirante retirado, Rievúnov-Karaúlov, pequeño, viejecito y mohoso, venía una vez del mercado y llevaba por las branquias un lucio vivo. Tras él caminaba su cocinera Uliána, llevando bajo el sobaco un cucurucho de zanahorias y una cajetilla de tabaco en hojas, que el honorable almirante empleaba «contra las chinches, las pulgas (la misma polilla), las cucarachas y restantes infusorios, que viven en el cuerpo del ser humano y en su vivienda».

—¡Tío! ¡Philip Ermílich! —oyó de pronto, al doblar hacia su callejón—. ¡Y yo recién estuve en su casa, toqué toda una hora! ¡Qué bueno que no nos cruzamos!

El contraalmirante levantó los ojos, y vio delante de sí a su sobrino Andriúsha Niúnin, un joven que servía en la sociedad de seguros *Drián*.

—Tengo un ruego para usted —continuó el sobrino, estrechando la mano del tío y adquiriendo por eso un fuerte olor a pescado—. Nos sentamos en el banquito, tío... Así mismo... Bueno, el asunto es éste... Hoy se casa mi buen amigo y compinche, cierto Liubímskii... un hombre, hablando entre nosotros, honradísimo... ¡Pero usted, tío, ponga el lucio! ¿Cómo le va a ensuciar el capote?

—Eso no es nada... Una basura de pescado, vale un grosh, pero entre tanto el caviar, ¡es asombroso! Le rajas la panza, le sacas el caviar de ahí, lo mezclas, ¿sabes?, con pan rallado, cebolla, pimienta ¡y venga, vamos a disfrutar!

—Un hombre honradísimo... Sirve de tasador en una caja de ahorro, pero no piense que es algún mequetrefe o un valet... En las cajas de ahorro ahora, sirven hasta las damas nobles... La familia, le puedo asegurar... el padre, la madre y demás... una gente excelente, contentos así, religiosos... En una palabra, una familia rusa, patriarcal, con la que va a estar encantado... Liubímskii se casa con una huérfana, por amor... ¡Una gente buena! Así pues, ¿no puede acaso usted, querido tío, hacerle el honor a esa familia, y presentarse hoy en su casa, en la cena nupcial?

—Pero es que yo, este... ¡no los conozco! ¿Cómo voy a ir?

—¡Eso no significa nada! ¡No es ir a casa de un barón o un conde! Son gente sencilla, sin ninguna etiqueta... Natura rusa: ¡tengan la bondad, todos los conocidos y los no conocidos! Y además pues... yo a usted, con franqueza... una familia patriarcal, con distintos prejuicios, fantasías... Es hasta risible... ¡Quieren terriblemente, que en la boda esté presente un general! ¡No les hacen falta mil rublos, sólo siéntele en su mesa a un general! Convengo, una vanidad *groshera*, un prejuicio, pero... pero ¿por qué pues no darles ese gusto inocente? Además de que a usted, no

le va a ser tan aburrido... A propósito para usted, guardaron una botella de *zimliánskoe* y una latita de langosta... Y va a brillar, hablando con franqueza. Ahora su rango se pierde en vano, está como hundido en la tierra, y nadie siente que usted es de ese título, y allí, por lo menos, ¡todos van a entender! ¡Sí, por Dios!

—Pero ¿acaso eso va a ser decente para mí, Andriúsha? —preguntó el contraalmirante, mirando a un cochero de modo pensativo—. Yo, sabes, lo voy a pensar...

—Es extraño, ¿sobre qué se puede pensar ahí? ¡Vaya, eso es todo! Y en cuanto a la decencia, pues es hasta ofensivo... ¡Como si yo pudiera llevar a mi tío carnal a un lugar indecente!

—Es posible... Como sepas...

—Así, voy a pasar por usted a la noche... A eso de las once, tardecito, para llegar, precisamente, a la cena... a lo aristocrático...

A las once Niúnin pasó por el tío. Rievúnov-Karaúlov se puso su uniforme y pantalón de bandas doradas, se prendió las órdenes y se fueron. La cena nupcial ya había empezado cuando el lacayo, alquilado a una taberna, le quitaba al almirante el paleta con capucha, y la madre del novio, la señora Liubímskaya, al recibirlo en el vestíbulo, entornaba los ojos hacia él.

—¿El general? —suspiró ella, mirando de modo inquisitivo a Andriúsha, que se quitaba el paleta y hacía una reverencia—. Mucho gusto, su excelencia... Pero qué poco presentable... abandonado... Hum... Ninguna severidad en el aspecto, y hasta no tiene charreteras... Hum... Bueno, es lo mismo, no hay que darle vueltas, como Dios nos lo dio... Así y será, ¡dígnese, su excelencia! Gracias a Dios, siquiera tiene bastantes órdenes...

El contraalmirante levantó la barbilla recién afeitada, tosió de modo imponente y entró a la sala... Ahí se presentó a su vista un cuadro, capaz de ablandar y convertir en ceniza, incluso, a una piedra. En medio de la sala había una gran mesa, cubierta de fiambres y botellas... En la mesa, en el lugar más visible, estaba sentado el novio, Liubímskii, con frac y guantes blancos. En su rostro sudado nadaba una sonrisa. Evidentemente, le regocijaban no tanto los eminentes manjares, como el saborear de antemano los inminentes placeres conjugales. Junto a él estaba sentada la novia con ojos llorosos y una expresión de extrema inocencia en el rostro. El contraalmirante entendió enseguida que era virtuosa. Todos los puestos restantes estaban ocupados por visitantes de ambos sexos.

Los visitantes miraron de soslayo a los entrantes, se limpiaron los labios con deferencia y se levantaron.

—¡Permítame presentarle, su excelencia! El recién casado, Epaminónd Sávich Liubímskii, con su esposa... Iván Ivánich Yát, servidor del telégrafo... Un extranjero de título griego, por la parte de la pastelería, Jarlámpii Spiridónich Dímba... Fiódor Yákovlievich Napoleónov y... restantes... ¡Siéntese, su excelencia!

El contraalmirante tosió un poco, se sentó y al instante se acercó el arenque.

—¿Cómo lo reportó? —se dirigió en susurro la dueña a Andriúsha, echando miradas sospechosas y preocupadas al venerable visitante—. Yo le pedí un general, y no éste... ¿cómo se? Un contra... contra...

—Contraalmirante... Pero usted no entiende, Nastásia Timoféevna. Por cuanto, al consejero civil activo, de rango civil, le corresponde en la tabla de rangos el general mayor, por tanto el contraalmirante corresponde al consejero civil activo... La diferencia está sólo en las secciones; en esencia pues, es el mismo diablo... El mismo precio.

—Sí, sí... —confirmó Napoleónov—. Es correcto...

La dueña se calmó y puso delante del contraalmirante una botella de *zimliánskoe*.

—¡Coma, su excelencia! Disculpe solo, por favor... Ahí, en su casa, usted está acostumbrado a las delicadezas, ¡y en nuestra casa es tan sencillo!

—Sí-i... —empezó el contraalmirante después de un silencio prolongado—. Antaño la gente vivía siempre de modo sencillo, y estaba satisfecha... Yo soy un hombre que tengo rango, y pues vivo de modo sencillo...

—¿Hace tiempo que está retirado, su excelencia?

—Desde el año 1865... Antaño todo era sencillo... Bueno...

El almirante dijo «bueno», cobró aliento y vio en ese momento a un guardia marino, sentado frente a él.

—¿Usted, este... en la flota, por lo tanto? —preguntó.

—¡Así mismo, su excelencia!

—Ajá... Así... Seguro, ahora todo se hace a lo nuevo, no así como era en nuestros tiempos... Ahora todos son de cuerpo blanco, velludos... Por lo demás, el servicio en la flota siempre fue difícil... Eso no es lo que una infantería cualquiera o, pongamos, la caballería... En la infantería no hay nada intelectual. Ahí hasta un *muzhik* entiende, cómo y qué... ¡Y pues, yo y usted, joven, nooo! ¡Bromeas! Yo y usted tenemos sobre qué pensar... Cada palabra mínima tiene, así decir, su secreto... eh... su equívoco... Por ejemplo: ¡los vigías a los obenques, al foque y a la vela mayor! ¿Qué significa eso? Eso significa, que los que están puestos para fijar los juanetes, deben estar seguro, en ese tiempo, en las gavias, de otro modo hay que ordenar: ¡los vigías a los obenques! Ahí es ya otro sentido... Je-je... ¡Una finura, qué matemática! Y pues, si va viento en popa... Dios me dé memoria... ¡Al juanete y al sobrejuanete! Ahí los vigías, que están puestos para dar las gavias y los sobrejuanetes, corren con toda el alma de las gavias a las vigas y las contravigas, después... Dios me dé memoria... se reparten por las perchas y fijan las velas mencionadas, y en ese tiempo, ¿entiende?, ¡en ese mismo tiempo!, la gente que está abajo, se pone para la verga y las escotas de la botavara, las drizas y las brazas.

—¡A la salud de los muy estimados visitantes! —proclamó el novio.

—Sí-i, —interrumpió el contraalmirante, levantándose y chocando la copa—. Acaso son pocas las diversas órdenes... Y pues, siquiera tomar ésta... Dios me dé memoria... ¡¡estirar la verga y las escotas de la botavara, izar las drizas!! Bieen...

Pero ¿qué significa eso, y qué sentido hay ahí? ¡Muy sencillo! Estiran, sabe, la verga y las escotas de la botavara, e izan las drizas... ¡todo de pronto! Además, igualan las escotas de la botavara y las drizas de la botavara al izarlas, y en ese tiempo, según la necesidad, pisan las brazas de esas velas; y cuando ya, por lo tanto, las escotas están estiradas y todas las drizas izadas hasta su lugar, pues se estiran las vergas y las brazas de la botavara, y las perchas se bracean conforme a la dirección del viento...

—¡Tío! —susurró Andriúsha—. La dueña le ruega hablar de alguna otra cosa. Eso los visitantes no lo entienden, y... es aburrido.

—Espera... Me alegra, que encontré al joven... ¡Joven! Yo siempre deseé y... deseo... ¡De alma deseo! Dios me dé... Me agrada... Sí-i... Y pues, si la nave va ceñida a bolina, bordada a estribor, a toda vela, excepto la vela mayor, pues, ¿qué es menester ordenar? Muy sencillo... Dios me dé memoria... ¡Todos arriba, virar contra viento en popa! ¿Pues es así? Je-je...

—¡Basta, tío! —susurró Andriúsha.

Pero el tío no se calmaba. Gritaba orden tras orden, y cada grito ronco suyo, lo explicaba con un largo comentario. Se acercaba ya el final de la cena, y entre tanto, por su bondad, no se había dicho aún ni un brindis largo, ni un discurso. Iván Ivánich Yat, al que ya hacía tiempo le colgaba de la lengua un discurso florido, empezó a moverse en la silla con inquietud, a arrugarse y a susurrar con los vecinos. En un momento del postre, en que el general se atragantó con un *zimliánskoe* y empezó a toser, aprovechó la pausa, se levantó y empezó:

—En el día de hoy, así decir... Hum... en que nos hemos reunido, para honrar a nuestro amado...

—Sí-i... —lo interrumpió el almirante—. ¡Y pues, hay que recordar todo eso! Por ejemplo... Dios me dé memoria... ¡soltar las cuerdas y las jarcias, los backestays a estribor por la gavia!

—Nosotros somos gente oscura, su excelencia —dijo la ama—, no entendemos nada de eso, y usted cuéntenos mejor algo que nos competa...

—Ustedes no entienden, porque son... ¡términos! ¡Por supuesto! Y el joven entiende... Sí. Recordé con él los tiempos de antaño... ¡Y pues es agradable, joven! Navegas por el mar a gusto, sin saber de penas, y...

Al almirante se le saltaron las lágrimas, y empezó a hablar con voz trémula:

—Por ejemplo... Dios me dé memoria... ¡Iza el foque, suelta la brasa, pon el foque y las jarcias de la vela mayor!

El almirante se enjugó los ojos, sollozó y continuó:

—Ahí ahora izan las drizas de los foques, bracean la vela-gavia y las demás, que están sobre ésta; el velamen a la bolina, y después ponen en su lugar el foque y las jarcias de la vela mayor, estiran las escotas y sacan las jarcias... Llo... llo... Me alegra...

—¡Un general, y arma escándalo! —estalló la ama—. ¡Si le diera vergüenza a su edad avanzada! ¡Nosotros, a usted, no le pagamos dinero para eso, para que arme

escándalo!

—¿Cuál dinero? —abrió los ojos el contraalmirante.

—Se sabe cuál... ¡Seguro ya recibió, a través de Andréi Ilích, un *cuarto*! ¡Y para usted, Andréi Ilích, es pecado! Nosotros no le pedimos alquilar uno así...

El viejo echó una mirada al sonrojado Andriúsha, a la ama, y entendió todo. El «prejuicio» de la familia patriarcal, del que le había hablado Andriúsha, se presentó ante él en toda su vileza... En un segundo se le fue la ebriedad... Se levantó de la mesa, fue a pasitrote al vestíbulo y, tras vestirse, salió...

Más nunca fue a una boda.

PARA LAS CARACTERÍSTICAS DE LOS PUEBLOS

(DE LOS APUNTES DE UN MIEMBRO INOCENTE DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA RUSA)

(К характеристике народов. Из записок одного наивного члена Русского географического общества)

Los *franceses* son notables por su ligereza. Leen novelas indiscretas, se casan sin permiso de los padres, no obedecen a los porteros, no respetan a los mayores, e incluso no leen *Las noticias moscovitas*. Son tan inmorales, que todos los consistorios franceses están abarrotados de causas de divorcio. Sarah Bernhardt, por ejemplo, se divorcia tan a menudo de sus esposos, que un secretario de consistorio, por su gracia, se hizo de dos casas. Las mujeres se hacen actrices de opereta y pasean por la Nievski, y los hombres hornean panes franceses y cantan la *Marsellesa*. Hay muchos alfonso: Alphonse Daudet, Alphonse Rallet^[331], y otros...

Los *suecos* lucharon contra Pedro el Grande, y le dieron a nuestro compatriota la macarrónica idea de los cerillos suecos, pero no le enseñaron cómo hacer esos cerillos fácilmente inflamables y servibles para el consumo. Montan a las suecas, escuchan en los restaurantes el canto de las suecas y engrasan las ruedas con brea noruega. Viven en lugares apartados.

Los *griegos* se dedican con preferencia al comercio. Venden esponjas, pececitos dorados, vino *santorino* y jabón griego, los que no tienen derechos comerciales llevan monos, o se dedican a la enseñanza de lenguas antiguas. En el tiempo libre de ocupaciones, pescan cerca de las aduanas de Odesa y de Taganrog. Se alimentan con alimentos de mala calidad, preparados en los bodegones griegos, y mueren de estos mismos. Entre ellos se encuentran a veces hombres elevados: así, el dueño del restaurante tártaro de Moscú, Vlados, es un hombre muy alto y muy gordo.

Los *españoles* tocan la guitarra día y noche, se baten en duelo bajo las ventanas y mantienen correspondencia con el hacendado de Zvienígorod, Konstantin Shilóvskii, que compuso *El tigrecito y Deseo ser español*^[332]. En el servicio estatal no son aceptados, ya que llevan cabellos largos y capas. Se casan por amor, pero al instante, después de la boda, acuchillan a sus esposas por celos, a pesar incluso de la exhortación de los inspectores españoles, que en España son estimados. Se dedican a la confección de moscas cantáridas.

Los *cherquesos* todos, hasta el último, tienen el título de «excelencia». Comen trocitos de carnero, toman vino *kajetiano* y se pelean en las redacciones. Se dedican a la confección de la antigua arma caucasiana, no piensan nunca en nada, y poseen largas narices para su cómoda retirada de los lugares públicos, donde producen desórdenes.

Los *persas* luchan contra las chinches, pulgas y cucarachas rusas, con cuyo objetivo preparan el talco pérsico. Luchan ya hace tiempo, sin embargo aún no vencieron y, a juzgar por los tamaños de las plumas de los mercaderes y las rajaduras en las camas de los funcionarios, vencerán apenas no pronto. Los persas ricos se sientan en las alfombras persas, y los pobres en los palos; además, los primeros experimentan mucho más placer que los segundos. Llevan la orden de *El león y el sol*^[333], cuya orden tienen nuestro Yúlii Shreyer^[334], que conquistó las simpatías pérsicas, Ríkov^[335], que brindó a Rusia servicios pérsicos, y muchos mercaderes moscovitas, por su no endeble apoyo a la causa de la mencionada guerra contra los insectos.

Los *ingleses* valoran mucho el tiempo. «El tiempo es dinero», dicen ellos, y por eso a su sastre, en lugar de dinero, le pagan con tiempo. Están ocupados de modo constante: pronuncian discursos en los mítines, viajan en barcos y envenenan a los chinos con opio. No tienen ocio... No tienen tiempo para almorzar, estar en los bailes, andar al *rendez-vous*, darse vapor en el baño. Al *rendez-vous*, en su lugar, envían a los comisionistas, a los que conceden ilimitadas plenipotencias. Los hijos, nacidos de los comisionistas, son reconocidos como legales. Vive este pueblo práctico en los clubes ingleses, en el malecón inglés y en el almacén inglés. Se alimenta de sal inglesa y muere de enfermedad inglesa.

LA NOCHE ANTERIOR AL JUICIO

(RELATO DE UN ACUSADO)

(Ночь перед судом. Рассказ подсудимого)

—¡Va a ocurrir alguna desgracia, señor! —dijo el cochero volviéndose hacia mí y señalando con la fusta a la liebre que se cruzaba en nuestro camino.

Yo, sin necesidad de la liebre, sabía perfectamente que mi futuro se presentaba desesperado. Me dirigía al juzgado de N***, en el que habría de sentarme en el banquillo, acusado de bigamia. Hacía un tiempo espantoso. Cuando casi de noche llegué a la estación ofrecía yo el aspecto del hombre al que se ha pegado la nieve, han echado agua encima y dado una fuerte paliza. ¡Hasta tal punto tenía frío y estaba empapado y aturdido por el monótono traqueteo del camino! En la estación, el jefe de ésta me salió al encuentro. Era un hombre alto, vestido con unos calzones a rayas azules, calvo, con cara adormilada y unos bigotes que parecían salirle de la nariz impidiéndole oler.

Sobre este último punto, a decir verdad, hay que reconocer que no faltaba qué oler. Cuando el jefe, entre gruñidos y resoplidos por la nariz, abrió la puerta de los locales de la estación, indicándome sin decir nada, con el codo, mi lugar de descanso, un olor..., un fuerte olor a algo amargo, a lacre y a chinches aplastadas, me invadió, faltándome poco para perder la respiración. Un farolito de hierro colocado sobre la mesa, humeante como una astilla, iluminaba las paredes de madera sin pintar...

—¡Vaya peste la que hay aquí! —dije al entrar, poniendo mi maleta encima de la mesa.

El jefe de estación olfateó el aire e incrédulo movió la cabeza.

—Huele igual que siempre —dijo. Y se rascó—. Se le figura a usted porque viene de la calle; pero los cocheros duermen con los caballos y los señores no huelen.

Me despedí del jefe de estación y me puse a considerar atentamente mi vivienda provisional. El diván sobre el que tenía que acostarme era ancho como una cama de matrimonio, tapizado de hule y frío como el hielo.

Además del diván había en la habitación una gran estufa, una mesa sobre la que descansaba la arriba citada lamparita, unos *valenkii*^[336] y un maletín que no se sabía a quién podía pertenecer, y protegiendo un rincón, un biombo. Detrás de este biombo dormía alguien plácidamente.

Después de examinado todo, hice mi cama sobre el diván y comencé a desnudarme. Mi nariz se acostumbró pronto a aquella peste. Luego de quitarme la levita, los pantalones y los zapatos, y de estirar todo el cuerpo, sonriendo y encogiéndome, me puse a saltar alrededor de la estufa, alzando muy altos los pies

desnudos. Estos saltos contribuyeron a hacerme entrar en calor. Ya no quedaba otra cosa que hacer más que tenderse en el diván y dormir; pero he aquí que en este momento sobrevino el pequeño *quid pro quo*. Mi mirada tropezó casualmente con el biombo e... ¡imagínese mi espanto!... Tras el biombo asomaba una cabecita de mujer con el cabello suelto, ojos negros y dientes resplandecientes. Sus cejas negras se arqueaban y en sus mejillas aparecían unos lindos hoyuelos, indicadores de que se estaba riendo. Me azaré. La cabecita, al observar que yo la había visto y azarándose también, desapareció. Como un culpable, bajando la mirada, me dirigí al diván, me acosté y me cubrí con la pelliza.

«Vaya, vaya —pensé—. Entonces, ¿me ha visto saltar?... No me parece bien...».

Recordando los rasgos de la linda cabecita, me puse a soñar sin poderlo impedir. Diversos cuadros, unos más bonitos y tentadores que otros, desfilaron por mi imaginación y... Pero de pronto, y como un castigo a mis pensamientos pecadores, sentí en la mejilla un agudo dolor. Me di un cachete, y aunque no atrapé nada, adiviné enseguida de lo que se trataba. Olía a chinche aplastada.

—¡Qué diablos será! —oí decir en este momento a una voz de mujer—. ¡Malditas chinches! Se conoce que quieren comerme.

¡Hum!... Recordé mi buena costumbre de llevar en el viaje polvos persas para las chinches. Tampoco esta vez había olvidado esta costumbre. En un segundo el bote de polvos fue extraído de la maleta. Sólo faltaba ya ofrecer a la linda cabecita aquel remedio para que el conocimiento quedara hecho. Pero ¿cómo ofrecérselo?

—¡Esto es terrible!

—Señora... —empecé a decir con la más dulce de las voces—, su última exclamación me hace comprender que le pican las chinches. Aquí tengo unos polvos contra ellas, y si usted lo desea...

—¡Oh..., por favor!

—En ese caso..., enseguida... —me alegré—. Sólo el tiempo de ponerme la pelliza y se los llevo.

—No, no. Démelos a través del biombo, pero no venga aquí.

—Ya sé que a través del biombo..., no se asuste. No soy un cualquiera...

—¿Y qué sabe uno?... La gente de paso...

—¡Hum!... ¿Y si fuera al otro lado del biombo? No habría en ello nada de particular, teniendo en cuenta que soy médico —mentí—. Los médicos, los policías y los peluqueros de señoras tienen derecho a penetrar en nuestra vida privada.

—¿Es verdad que es usted médico? ¿Lo dice usted en serio?

—¡Palabra de honor! ¿Me permite usted, entonces, que le lleve los polvos?

—Bueno... Si es usted médico..., quizá... Sólo que para qué va usted a molestar. Mi marido puede ir a buscarlos. ¡Fedia! —añadió la morenita en voz baja—. ¡Despiértate, anda!... ¡Foca!... ¡Levántate y ve al otro lado del biombo! El doctor es tan amable que nos ofrece polvos para las chinches.

La presencia de Fedia tras el biombo fue para mí una asombrosa novedad. Me

quedé aturdido y los sentimientos que seguramente experimenta el gatillo de la escopeta al fallar invadieron mi pecho. Una mezcla de vergüenza, enojo y pena. Tal desagrado sentía en el alma y tan canalla se me antojó aquel Fedia que surgía de detrás del biombo, que poco me faltó para pedir socorro. Fedia era un hombre de alta estatura y musculosa constitución. Tenía unos treinta años, patillas grises, apretados labios de funcionario y unas venillas azules que corrían desordenadamente por su nariz y sus sienes. Estaba vestido con una bata y en zapatillas.

—Es usted muy amable, doctor —me dijo al recibir los polvos persas, volviendo a desaparecer tras el biombo—. *Merci*. ¿También a usted le ha sorprendido la ventisca?

—Sí —gruñí, mientras me tendía en el diván y, enfadado, me cubría con la pelliza—. Sí.

—¡En efecto, Zinotchka..., sobre tu naricilla corre una chinche! ¿Me permites que te la quite?

—Te lo permito —rió Zinotchka—. Pero ¡no la has cogido!... ¡Todo un consejero civil que inspira tanto temor y que no puede con una chinche!...

—¡Zinotchka!..., delante de un extraño... (*un suspiro*). Tú siempre..., a fe mía...

—¡Canallas! —gruñí enfadado y sin saber yo mismo por qué.

Pronto, sin embargo, el matrimonio se quedó tranquilo. Yo cerré los ojos y me dispuse a no pensar en nada para poder dormir. Transcurrió, sin embargo, media hora..., una hora y continuaba despierto. Al cabo de algún tiempo mis vecinos comenzaron a agitarse y a hablar en voz baja.

—¡Esto es pasmoso! ¡Ni siquiera los polvos persas sirven de algo! —gruñó Fedia—. ¡Qué cantidad de chinches!... ¡Doctor!... Zinotchka me pide le pregunte por qué las chinches huelen de un modo tan asqueroso.

La conversación había empezado. Hablamos de las chinches, del tiempo, del invierno ruso y de medicina, de la que entiendo tanto como de astronomía. Hablamos también de Edison...

—No te preocupes, Zinotchka, es médico —oí susurrar después de agotado el tema de Edison—. No te preocupes y pregúntale... No tienes por qué tener miedo. Schaervetzov no ha acertado, pero este puede que acierte.

—Pregúntale tú —murmuró Zinotchka.

—Doctor —se dirigió a mí Fedia—, ¿por qué sentirá mi mujer una opresión en el pecho?... Tose... y algo la oprime... Como si tuviera dentro alguna sequedad...

—Eso podrían ser muchas cosas... imposibles de explicar en un momento... —dije intentando evadirme.

—¿Y qué importa que no se pueda explicar en un momento?... Tenemos tiempo... De todas maneras, no dormimos... ¡Auscúltela, amigo! He de decirle primero que la visita Schervetzov... Es una buena persona, pero ¿quién puede saber?... La verdad es que no tengo confianza en él... No tengo confianza... Veo que no está usted muy dispuesto; sin embargo, si fuera tan amable. Auscúltela mientras yo

busco al jefe de estación y le digo que nos prepare un samovar.

Arrastrando sus pantuflas, salió Fedia de la habitación y yo pasé al otro lado del biombo. Zinochka estaba sentada en el amplio diván, rodeada de infinidad de cojines y sujetando con una mano su cuellecito de encaje.

—Enséñeme la lengua —empecé a decir, sentándome a su lado y frunciendo el entrecejo.

Ella me enseñó la lengua y se echó a reír. La lengua era normal..., roja. Me dispuse entonces a tomarle el pulso.

—¡Hum! —mugí al no encontrarlo.

Ya no recuerdo qué otras fueron las preguntas que le dirigí mientras miraba su sonriente carita. Sólo recuerdo que cuando llegué al final de mi diagnóstico, me sentía tan tonto, tan idiota, que ya no me importaba lo que preguntaba.

Poco después me encontraba sentado en compañía de Fedia y de Zinochka junto al samovar tomando el té. Como no había más remedio que extender una receta, compuse esta según las reglas de la ciencia médica:

R. P.

Sic transit... 0,05

Gloria mundi... 1,0

Aquae destillatae... 0,1

A tomar una cucharada cada dos horas.

Para la señora Sielova.

Doctor Zaitzev

A la mañana siguiente, cuando ya preparado para la marcha y con la maleta en la mano me disponía a despedirme hasta la eternidad de mis nuevos conocimientos, Fedia, sujetándome por un botón de la levita y ofreciéndome un billete de diez rublos, intentaba convencerme de que debía aceptarlos.

—¡Sí!... ¡Tiene que tomarlos! Tengo costumbre de pagar siempre el trabajo honrado. A usted le ha costado estudiar..., trabajar... Ha adquirido usted sus conocimientos a costa de su sudor y de su sangre... ¡Comprendo esto perfectamente!

...

No había nada que hacer y tuve que aceptar los diez rublos.

Así fue, pues, en reglas generales, como pasé la noche anterior a mi juicio.

No voy a describir los sentimientos que experimenté cuando al abrirse ante mí las puertas, el ujier me señaló al banquillo de los acusados. Sólo puedo decir que me puse pálido y me aturdí cuando, mirando hacia atrás, descubrí miles de ojos observándome. Luego, al ver los serios, solemnes e importantes rostros de los jueces, perdí toda esperanza. Pero lo que nunca podré yo describir ni ustedes imaginar cuál fue mi espanto cuando, al alzar los ojos hacia la mesa cubierta de paño rojo, vi ante ellos, en el sitio ocupado por el procurador, a..., ¿a quién se figuran ustedes?... ¡A

Fedia!... Estaba sentado y escribía algo. Mirándole, recordé las chinches, Zinochka, mi diagnóstico, y no fue sólo una corriente fría, sino todo el océano glacial lo que corrió por mi espalda. Cuando terminó de escribir, Fedia fijó los ojos en mí. Al principio no pareció reconocerme, pero luego sus pupilas se dilataron, su mandíbula inferior se descolgó ligeramente, su mano tembló... Levantose lentamente y clavó en mí una mirada de plomo. Yo también me levanté sin saber lo que hacía y le miré...

—¡Acusado! ¡Diga al Tribunal su nombre, etcétera...! —empezó a decir el presidente.

El procurador se sentó y se bebió un vaso de agua. Un sudor frío le brotaba de la frente.

«Va a haber jaleo...», pensé.

A juzgar por todos los síntomas, el procurador había resuelto perderme. Su actitud era de constante irritación. Hurgaba en las declaraciones de los testigos, procedía caprichosamente y refunfuñaba.

Ya es hora, sin embargo, de terminar esta historia. Escribo todo esto en el mismo edificio del Juzgado, durante el descanso para la comida.

Ahora viene el discurso del procurador... ¿Qué irá a ocurrir?

NOVÍSIMO EPISTOLARIO

(Новейший письмовник)

¿Qué es una carta? La carta es uno de los medios de intercambio de ideas y sentimientos, pero ya que muy a menudo las cartas son escritas por personas sin ideas ni sentimientos, esta definición no es del todo exacta. Tendremos que detenernos en la definición dada por un instruido funcionario de correos: «Una carta es tal nombre sustantivo, sin el cual los funcionarios de correo estarían fuera de plantilla, y los timbres de correo no serían vendibles». Las cartas son abiertas y cerradas. Las últimas deben ser deselladas con todo cuidado, y después de la lectura repetida, minuciosa de lo sellado, para que sobre el destinatario no pueda haber duda. Las cartas ajenas leerlas, en general, no se recomienda, aunque, por lo demás, el bien del prójimo supone esa lectura. Los padres, las esposas y los mayores que se preocupan por nuestra moral, forma de pensar y pureza de convicciones, deben leer las cartas ajenas. Las cartas es menester escribirlas con claridad y raciocinio. La amabilidad, la deferencia y la modestia en las expresiones sirven de adorno a toda carta; en las cartas a los mayores es menester, además de esto, guiarse por la tabla de rangos, anteponiendo al nombre del destinatario su título completo, por ejemplo: «¡Su excelencia, padre y benefactor, Iván Ivánovich! La ilustre atención vuestra, y demás...».

Los literatos, los artistas y los escritores no tienen rangos ni títulos, y por eso las cartas a esas personas empiezan con el sencillo: ¡E. Sr.!

Modelos de cartas:

Al jefe. ¡Su excelencia, muy padre mío y benefactor! Me atrevo a informar a su excelencia con toda deferencia, que el ayudante de contable Pieresiékin, estando ayer en el bautizo de Chertobolótov, expresó reiteradamente la idea sobre la necesidad de pintura de los pisos de la dirección, la compra de un tapete nuevo para las mesas, y demás. Aunque en esa idea no hay nada pernicioso, no se puede no advertir en esta cierta insatisfacción con el orden existente. ¡Lástima que entre nosotros hay aún personas que, por ligereza, no pueden valorar el bienestar recibido de su excelencia! ¡¿Qué quieren ellos y qué les hace falta?! No entiendo y deploro... ¡Su excelencia! Los beneficios, en los que usted es infatigable, no tienen número, pero culmine su excelencia su beneficio, y expulse de nuestro medio a las personas que, por sí mismas, se pierden y arrastran a las otras a la perdición... Reciba su excelencia, y demás... Su devocionario, *Semión Gnúsnov*.

PS. Me atrevo a recordar a su excelencia sobre el puesto de ayudante de contable,

que usted se dignó a prometer a mi sobrino Kapitón. Una persona no instruida, pero deferente y sobria.

Al subordinado. Hace tres días, al ofrecerme a mí y a mi esposa los chanclos, tú estabas en la corriente de aire y, como dicen, te resfriaste, por cuya razón no te presentas en el servicio. Por esa negligencia con tu salud te anuncio una severa amonestación...

Carta amorosa. ¡Muy señora mía, María Ereméevna! Teniendo una extrema necesidad de dinero, tengo el honor de pedir su mano y su corazón. En caso de algún tipo de duda, adjunto a ésta un certificado policial de conducta. Amándola, M. Tprunóv.

Amistosa. ¡Amable Vasia! ¿No puedes tú, hijito, darme prestado hasta mañana cinco rublos? Tuyo, Ipojóndrikov. (Se debe responder así: «No puedo»).

De negocio. ¡Su excelencia, princesa Miliktrisa Kirbítiévna! Me atrevo a recordar a su excelencia con toda deferencia, sobre la deuda de cartas con monto de 1 r. 12 k., que tuve el honor de ganarle a su excelencia hace tres años en casa de Bieloíédov, y que hasta ahora no tuve aún el honor de cobrar. En espera, y demás... Zilionopúpov.

Nociva y nefasta. ¡Su excelencia! Ayer supe casualmente, que las condecoraciones que recibí hacia año nuevo se las debo no a mis méritos personales, sino a mi esposa. Mi servicio con usted, por supuesto, es ya imposible, y le ruego sobre el traslado. Reciba la aseveración de mi desprecio hacia usted, y demás. Fulano de tal.

Injuriosa. ¡E. Sr.! ¡Usted es un reseñista!

Carta al literato. ¡E. Sr.! Aunque yo no lo conozco, no puedo, por amor al prójimo, y apiadándome sinceramente de usted (por todas las apariencias, usted es un hombre capaz), no dirigirme a usted con un buen consejo: ¡abandone su perniciosa ocupación! Uno de sus benévolos. (La firma se debe evitar debido a la posibilidad de compromiso).

JUNTO A LA CAMA DEL ENFERMO

(У постели больного)

Junto a la cama del enfermo están los doctores Popóv y Miller, y discuten:

POPÓV. Yo, confieso, soy un mal partidario del método conservador.

MILLER. Yo, colega, no le hablo nada del conservadurismo... Su cuestión es creer o no creer, reconocer y no reconocer... Yo hablo del régimen, que se debería cambiar *in concreto*...

ENFERMO. ¡Oh! (*Se levanta a la fuerza de la cama, va hacia la puerta y se asoma con timidez a la habitación contigua*). Ahora las paredes oyen.

POPÓV. Él se queja de que el pecho le aprieta... oprime... asfixia... No nos arreglamos sin un estimulante fuerte...

El enfermo gime y se asoma a la ventana con timidez.

MILLER. Pero antes de darle el estimulante, yo le rogaría prestar atención a su constitución...

ENFERMO (*Palidecido*). ¡Ah, señores, no hablen tan alto! Yo soy un hombre de familia... empleado... Bajo las ventanas pasa gente... yo tengo sirvienta... ¡Ah! (*Sin esperanzas deja de la mano*).

ESCENAS DEL PASADO RECIENTE

(Картинки из недавнего прошлого)

En la dirección del banco público, en el gabinete del director, ante un entremés decente, están sentados el mismo director Ríkov^[337] y un señor con patillas canosas, una *Anna*^[338] al cuello y un fuerte olor a *fleur d'orange*. En la fisonomía afeitada del último nada una sonrisa indulgente, en los ademanes suavidad...

—Sí —dice el señor, echando la ceniza del tabaco—. ¡Qué asuntos! Está el parto de mi esposa, después el viaje a Niza, luego la boda de mi hermana... ¡hasta el cuello! A la fuerza me disponía a verlo. Me dispuse, me dispuse, y finalmente estoy donde usted, alma mía... ¿Bueno? ¿Cómo andan mis endosos? ¿Seguro se aburren? Je, je... El plazo de éstos era para agosto, y ahora ya es diciembre. ¿Qué le parece semejante esmero? Je, je... A quién, a quién, y un servidor de las finanzas debería ser más esmerado... ¡*Pardon*, me disculpo!

—¡Qué le pasa... perdone! ¡Nosotros lo olvidamos!... Je, je...

—Ahí, por mis endosos, se debe, al parecer, unos trescientos mil y los por cientos... si no miento, unos veinte mil y pico. ¿Así? El endoso, por supuesto, lo pasaremos, alma mía, Iván Gavrílich, pero cómo hacer con los por cientos, por Dios no sé... Ahora pagárselos yo no puedo, dejarlos así también es incómodo. Usted, hijito, conoce la teneduría mejor que yo, y conoce todas esas sutilezas... ¿Cómo hacer?

—¡Muy sencillo! Los endosos los cambiaremos por unos nuevos, y los por cientos, su excelencia, se los anotaremos a la deuda capital...

—¡Usted es grande, *mon cher*! Bueno, ahora el segundo ruego... Mi esposa se compró una pequeña casa de campo... tal granja sabe... con un plazo de tres años. Mañana, alma mía, imagine, es el plazo de pago. ¡Necesito a toda costa cuarenta y cuatro mil! Yo sé, que usted no me los negará, querido mío, pero hay sólo una incomodidad... aquí en Skopín, excepto usted, ¡yo no tengo a ningún conocido! ¿Quién me firmará el impreso?

—Eso no es, en esencia, importante, su excelencia... Le hallaremos un firmante de impreso. ¡Iván, ven acá!

Entra el guarda Iván.

—Sirve el té —le dice Ríkov—, ¡y mira, fírmale a su excelencia el impreso!

El impreso es firmado, y el señor satisfecho presenta a Iván una moneda de dos *grívens*.

Asamblea de la duma^[339] de Skopín. Se examinan los balances anuales del banco. Ríkov está sentado junto al alcalde.

—Necesitamos, señores, elegir al cajero del banco —dice el alcalde—. Recomendando a Kíchkin. Es un hombre honesto y honrado...

—Los ausentes no pueden ser elegidos —dice Ríkov, que sospecha en Kíchkin un hombre «dañino».

—¿Y dónde está pues Kíchkin, hermanos? —se susurran los unos a los otros los votantes, intercambiando miradas—. ¿Acaso no está?

—No... Él dispuso así, que Kíchkin tuvo que irse de la ciudad, a mirar los rieles, y la citación se la entregaron en el mismo momento, cuando tomaba el tren...

—¡Picaro, bribón! A Afonásov lo emborrachó, a Iván lo sobornó, a Igor lo tomó de esclavo... Estos mismos balances, supongamos, examinar... ¿Pero para qué verlos? ¡Es sólo una burla! ¡Una ratería!

—¡Y usted, señor, más bajito! —bisbisea un idiota de nariz roja con unos zapatos rugosos nuevos, por todas las señas un secuaz de Ríkov—. ¡Usted mismo debe, y dice esas palabras!

—¡No sólo yo debo, todos le deben!

—Cállense todos entonces.

—Los balances, señores, propongo aprobarlos sin discusión —dice el alcalde—. En el banco todo marcha favorablemente, y si en los periódicos escriben, pues ustedes mismos saben que los periódicos están creados por un espíritu impuro para eso, para inculcarle la mentira diabólica a la gente... Yo encuentro todo correcto y detallado... ¿Nadie desea objetar nada?

Semión, Piótr y Yóna quisieran objetar, pero cada uno debe 30 000.

—¡En ese caso propongo —continúa el alcalde—, expresar nuestra gratitud a I. G. Ríkov por la excelente tenencia de los asuntos bancarios!

—¡Agradecemos! ¡Agradecemos!

Ríkov asiente con la cabeza y se va a casita.

Oficina de correos. El administrador de correos Peróv, que recibe mensualmente de Ríkov 57 rublos, conversa con el «solicitante» (en Skopín, el administrador de correos es el jefe).

—¿Qué se le ofrece?

—Hace dos meses envié una carta a la redacción de *Tiempo nuevo*, y resulta que esa carta no fue recibida. ¿Puedo acaso averiguar sobre el destino de esa carta? Después, no recibí el n.º 41 de *El Herald*, donde se incluye la correspondencia de Skopín. El club tampoco recibió ese número.

—¡Le ruego no acodarse!

—Hace tres días que mi conocido no recibe las *Novedades*, donde hay también

correspondencia de Skopín. Después, ¿no me puede acaso explicar dónde está esa carta mía, que yo envié en julio a Moscú, a la redacción de *El Correo*? ¡Ésa, imagine, tampoco fue recibida!

—¡Ahora ya son las tres, y se suspende la recepción de toda clase de correspondencia! ¡Venga mañana!

OSTRAS

(Устрицы)

No necesito forzar demasiado mi memoria para recordar con todo detalle aquella noche lluviosa de otoño en la que me encontré en compañía de mi padre en una de las calles más concurridas de Moscú, cuando una misteriosa indisposición tomó posesión de mi persona. No siento dolor de ningún tipo, pero una extraña debilidad conquista mis piernas, las palabras se me quedan encajadas en mitad de la garganta, mi cabeza se descuelga hacia un lado sin que pueda hacer nada por evitarlo... No falta mucho para que me desplome inconsciente sobre el suelo.

Si me dirigiera al hospital ahora mismo los médicos tendrían que escribir sobre mi pizarra *fames*^[340], una enfermedad que no aparece en ningún tratado médico. A mi lado en la acera se encuentra mi padre. Lleva puesta una desgastada levita de verano y una gorra con un trozo de algodón blanco saliéndose de la misma, y en los pies unos chanclos muy pesados que le quedan grandes. Como es un hombre vanidoso, se ha cubierto los pies con dos lengüetas para que nadie vea que debajo de los chanclos está descalzo.

Este pobre y estúpido bufón, por quien mi amor se incrementa cada día a medida que más se ensucia y más desaliñada se vuelve su levita de verano, una levita que no ha carecido de cierta elegancia, se ha trasladado a la capital cinco meses antes en busca de un trabajo administrativo. Durante los cinco meses ha recorrido la ciudad persiguiendo una ocupación, y hoy es la primera vez que se ha decidido a salir a las calles en busca de caridad...

Frente a nosotros se levanta un edificio muy alto de tres plantas con un cartel azul en el que puede leerse *Taberna*. Mi cabeza está echada a un lado a causa de mi repentina debilidad, y no puedo evitar contemplar las ventanas iluminadas de la taberna, por delante de las cuales se desplazan figuras humanas. Hay un órgano mecánico a la derecha, dos oleografías, lámparas colgadas del techo. Escudriñando a través de una de las ventanas alcanzo a ver una mancha blanquecina e inmóvil, que se destaca contra el fondo oscuro por sus líneas rectas. Me adelanto hasta que veo que se trata de un cartel blanco colgado sobre la pared. Aunque tiene algo escrito no alcanzo a ver de qué se trata...

Durante media hora no aparto mis ojos del cartel. Su blancura mantiene mis ojos pegados y parece hipnotizar mi entendimiento. Intento leerlo, pero todos mis esfuerzos son vanos.

Al cabo la insólita enfermedad toma posesión de mí.

Los ruidos de los carruajes asemejan poderosos truenos, el hedor de la calle se transforma en un millar de perfumes distintos, mis ojos son cegados por relámpagos

que no son más que las lámparas de la taberna y las farolas. Mis cinco sentidos están agudizados, y funcionan mejor que de costumbre. De inmediato comienzo a ver cosas que nunca antes había observado.

Ostras, alcanzo a ver en el cartel.

¡Qué extraña palabra! He vivido en este mundo durante ocho años y tres meses, pero nunca antes la he escuchado. ¿Qué querrá decir? ¿Podría tratarse del nombre del dueño de la taberna? Pero ¿no se pone el nombre sobre la puerta de entrada, en lugar de en un cartel pegado en la pared?

—Papá, ¿qué quiere decir ostras? —preguntó en una voz de lisiado, tratando de girar mi cabeza en su dirección. Mi padre no me presta atención. Tiene los ojos fijos sobre los movimientos de la multitud, y persigue con los ojos a todo el que pasa a nuestro lado. Por cómo los mira entiendo que desea pedirles alguna cosa, pero las palabras permanecen colgadas de sus labios temblorosos como un funesto presagio, y no es capaz de dejarlas salir. Llega a caminar detrás de alguno y a agarrarle la manga; pero cuando el caballero en cuestión se da la vuelta mi padre se limita a decir que lo siente, y se retira avergonzado.

—Papá, ¿qué quiere decir ostras? —repito.

—Es un tipo de animal... Vive en el mar...

En un segundo he imaginado a la criatura marina desconocida. Debe de ser un cruce entre un pescado y una langosta. Puesto que sale del mar, entonces debe ser posible hacer con ella una sabrosa sopa de pescado con pimienta y hojas de laurel, o bien una sopa amarga con trocitos de hueso; o una salsa, o comérsela fría con un poquito de rábano... Me imagino como si tuviera delante a la criatura comprada en el mercado y limpiada con rapidez, para luego echarla en la cazuela sin perder un minuto... Rápido, rápido, todo el mundo quiere comer sin más dilación... ¡Quieren comer! Desde la cocina nos alcanza un olor a pescado frito, o tal vez sea sopa de langosta. Siento cómo cosquillea el cielo de mi boca y mis orificios nasales, y toma control sobre mí... La taberna, mi padre, el cartel blanco, mi manga, todo tiene este mismo aroma, tan intenso que empiezo a mascararlo. Y muerdo y trago como si tuviera un trocito de esta bestia marina dentro de mi boca. Me tiemblan las piernas, pero de dicha, y para no caerme al suelo me agarro de la manga de mi padre, y me apoyo sobre su levita de verano mojada. Noto cómo es mi padre el que tiembla, abrazándose las mangas, aterido...

—Papá, ¿son las ostras comida de cuaresma? —pregunto.

—Las comes vivas... —murmura mi padre—. Viven en conchas, como las tortugas... Pero en dos partes.

El sabroso aroma deja de cosquillear mi cuerpo de inmediato, y la ilusión se desvanece en el aire... ¡Ahora lo entiendo todo!

—¡Qué asco! —susurro.

¡Así que eso es lo que son las ostras! Me imagino un animal parecido a una rana. La rana está sentada sobre su concha, oteando el exterior con sus ojos alargados y

acuosos, mientras roe sus asquerosas mandíbulas. Veo entonces cómo han traído a este animal desde el mercado dentro de su concha, con sus garras y sus ojos brillantes y su piel untosa... Los niños se esconden, pero el cocinero, frunciendo el cejo asqueado, coge al animal por la garra, lo coloca encima de un plato y lo lleva al comedor. Los adultos lo agarran y se lo comen... Se lo comen vivo, con sus ojos y sus dientes y sus zarpas, mientras que se retuerce y emite un quejido lastimero, y trata de morderlos en los labios...

Frunzo el ceño pero... Pero ¿por qué he empezado a castañetear los dientes? Es un animal asqueroso, desagradable, horrible, pero me lo estoy comiendo, comiéndomelo con furia, porque me asusta descubrir su auténtico sabor y olor. He comido un animal y ya veo los ojos brillantes del segundo, del tercero... Me los zampo también... Al cabo me como la servilleta, el plato, los chanclos de mi padre, el cartel blanco... Me como todo lo que veo porque sé que sólo comiendo me curaré de mi enfermedad. Las ostras me miran, asustadas y repugnantes, y tiemblo con sólo pensar en ellas, pero quiero comer, ¡comer!

—¡Dame ostras! ¡Dame ostras! —el grito explota en mi pecho y en mis manos extendidas.

—Ayúdenme caballeros —escucho a la vez, la voz ahogada de mi padre—. Me avergüenza pedirlo, pero señor, no puedo soportarlo más.

—¡Ostras, dame ostras! —grito, agarrando los faldones de la levita de mi padre.

—¿De veras comes ostras? ¿Un niño como tú? —escucho risas detrás de mí.

Dos caballeros con sombreros de copa están de pie cerca de nosotros, mirándome y riéndose.

—Tú, pequeñín, ¿tú comes ostras? ¿De veras? Eso sí que es interesante. ¿Y cómo te las comes?

Recuerdo cómo las manos fuertes de alguien me arrastran dentro de la taberna iluminada. En un minuto una multitud se agrupa a mi alrededor, mirándome con curiosidad y entre risas. Estoy sentado en una mesa comiendo algo resbaladizo y salado, que huele a humedad y podredumbre. Como con avaricia, sin masticar, sin mirar, sin preguntarme de qué se trata. Estoy convencido de que si abro mis ojos me encontraré con esos otros ojos brillantes, las garras y los dientes afilados...

De pronto empiezo a masticar algo duro, y escucho el ruido de algo que cruje.

—¡Ja, ja! ¡Se está comiendo las conchas! —ríe la multitud—. ¡Tontito! ¿Cómo vas a comerte las conchas?

Después de aquello recuerdo una sed terrible. Estoy echado en mi cama y no puedo dormirme porque me duele el estómago, y un sabor extraño que inunda mi boca que arde. Mi padre recorre la habitación de cabo a rabo gesticulando.

—¡Debo de haberme resfriado! —murmura—. Tengo una extraña sensación en la cabeza... Es como si alguien estuviera sentado encima... O a lo mejor es porque yo... En fin... No he comido hoy... Me siento extraño, soy un estúpido... Veo esos hombres pagando diez rublos por ostras, ¿por qué no me acerqué a ellos y les pedí

algo? Aunque fuera un préstamo... Me lo habrían dado.

Me duermo hacia la mañana. Me duermo y sueño con una rana con garras sentada sobre una concha y con sus ojos clavados en mí. A mediodía me despierto mascando la fiebre y busco a mi padre, que sigue gesticulando, y recorriendo la habitación de cabo a rabo.

UNA NOCHE DE ESPANTO

(Страшная ночь)

Iván Ivanovitch Panijidin palideció y empezó su historia con voz emocionada:

—Una niebla densa se extendía por encima del pueblo, cuando en la víspera del año nuevo de 1883 volvía yo a casa. Había pasado la velada en la de un amigo, entreteniéndonos en una sesión espiritista. Las callejuelas que tenía que atravesar no estaban alumbradas y había que andar casi a tientas. En aquel tiempo vivía en Moscú, en un barrio muy apartado. El camino era largo; los pensamientos pesados; mi corazón estaba oprimido...

«Tu existencia declina... arrepíentete...», me había dicho el espíritu de Espinosa, que habíamos consultado.

Le pedí que me dijera algo más, y entonces no solamente repitió la misma sentencia, sino que añadió: «Esta noche».

Yo no creo en el espiritismo; pero las ideas y hasta las alusiones a la muerte me abaten completamente.

La muerte es imprescindible e inminente; pero, a pesar de todo, es una idea que la naturaleza repele...

Ahora, cuando me encontraba en medio de las tinieblas, cuando la lluvia caía sin cesar y el viento aullaba lastimero; cuando alrededor no se veía ni un ser vivo, no se oía ni una voz humana, mi alma estaba llena de un temor incomprensible. Yo, hombre sin prevenciones, corría a toda prisa temiendo mirar atrás. Me parecía que si volvía la cara la muerte se me aparecería bajo la forma de un fantasma.

Panijidin suspiró, tomó un trago de agua y siguió.

Este miedo infundado, pero comprensible, no me abandonaba. Subí los cuatro pisos de mi casa y abrí la puerta de mi cuarto. Mi modesta habitación estaba oscura. El viento gemía en la chimenea; parecía que se quejaba de hallarse puertas afuera.

Si hay que creer en las palabras de Espinosa, esta noche mi muerte vendrá, acompañada de ese gemido... ¡brr!... ¡qué horror!... Encendí un fósforo. El viento aumentó y el gemido se convirtió en aullido furioso; los postigos se estremecían como si alguien tirase de ellos.

«Desgraciados los que carecen de hogar en una noche como ésta», pensé...

No tuve tiempo de seguir mis pensamientos; cuando la llama amarilla del fósforo alumbró el cuarto, un espectáculo inverosímil y horroroso se presentó ante mi vista...

Lástima que un golpe de viento no alcanzara a mi fósforo; apagándolo, hubiera evitado ver lo que me erizó los cabellos... Grité, di un paso hacia la puerta y, lleno de terror, de espanto y de desesperación, cerré los ojos.

En medio del cuarto había un ataúd.

La lucecita del fósforo ardió poco tiempo; sin embargo, el aspecto del ataúd

quedó grabado en mis ojos. Era de un brocado rosa, con una cruz de galón dorado en la tapa. El brocado, las asas y los pies de bronce, todo indicaba que el difunto había sido rico; a juzgar por el tamaño y el color del ataúd, el muerto era una joven de alta estatura.

Sin razonarlo ni detenerme, salí como loco y me eché escaleras abajo. En el pasillo y en la escalera todo era oscuridad; los pies se me enredaban en el abrigo. Cómo no me caí y no me rompí los huesos, no lo comprendo. Al verme en la calle me apoyé en un farol y traté de tranquilizarme. Mi corazón latía; la garganta estaba seca... No me hubiera asombrado si hubiera encontrado en mi cuarto un ladrón, un perro rabioso, un incendio... No me hubiera asombrado si el techo se hubiera hundido, si el piso se hubiera desplomado... Todo esto es natural y concebible. Pero ¿cómo vino a parar a mi cuarto un ataúd? Un ataúd de precio, hecho evidentemente para una joven rica; ¿cómo había ido a parar a la pobre morada de un empleado insignificante? ¿Estará vacío, o habrá dentro un cadáver? ¿Y quién es esa desgraciada que me hizo tan terrible visita? ¡Misterio!

Si no es un milagro, será un crimen.

Perdía la cabeza en conjeturas. La puerta estaba siempre cerrada en mi ausencia, y el sitio donde escondía la llave solamente lo sabían mis mejores amigos; pero ellos no iban a ponerme un ataúd en mi cuarto. Se podía pensar que el fabricante lo trajo aquí por equivocación; pero, en tal caso, no se hubiera ido sin cobrar su importe, o por lo menos un anticipo.

Los espíritus me han profetizado la muerte. ¿Me habrán provisto tal vez de ataúd?

Yo no creía, y sigo no creyendo, en el espiritismo; pero una coincidencia semejante desconcertaría a cualquiera.

«Es imposible. Soy un cobarde, un chiquillo. Habrá sido una alucinación. Al volver a casa estaba tan impresionado, que los nervios me hicieron ver lo que no existía. ¡Está claro! ¿Qué otra cosa puede ser?».

La lluvia me mojaba; el viento me arrebatava el gorro y me arremolinaba el abrigo... Estaba chorreando... Tenía frío... No podía quedarme allí. Pero ¿adónde ir? ¿Volver a casa y encontrarme otra vez frente al ataúd? No podía ni pensarlo; me hubiera vuelto loco al ver otra vez aquel ataúd, que probablemente contenía un cadáver. Me decidí por ir a pasar la noche en casa de un amigo.

Panijidin se secó la frente bañada de sudor frío, suspiró y siguió su relato:

—Mi amigo no estaba en casa. Después de llamar varias veces, me convencí de que se hallaba ausente. Busqué la llave detrás de la viga, abrí la puerta y entré. Me apresuré a quitarme el abrigo mojado, lo tiré al suelo y caí desplomado en el sofá. Las tinieblas eran completas; el viento rugía con más fuerza; en la torre del Kremlin se oyó el toque de las dos. Saqué los fósforos y encendí uno. Pero la claridad no me tranquilizó; al contrario, lo que vi me llenó de horror. Vacilé unos momentos y hui como loco de aquel lugar... En la habitación de mi amigo vi un ataúd... ¡de doble tamaño que el otro!

El color marrón le daba un aspecto más lúgubre... ¿Por qué se encontraba aquí? No cabía duda: era una alucinación... No era posible que en todas las habitaciones hubiese ataúdes. Evidentemente, adonde fuera, por todas partes llevaría conmigo la terrible visión de la última morada.

Por lo visto sufría una enfermedad nerviosa, contraída a consecuencia de aquella sesión espiritista y de las palabras de Espinosa.

«Me vuelvo loco», pensaba, aturdido, cogiéndome la cabeza. «¡Dios mío! ¿Cómo remediar esto?».

Sentía vértigos... Mis piernas se me doblaban... Llovía a cántaros; estaba mojado hasta los huesos, sin gorra y sin abrigo... Imposible volver a buscarlos; estaba seguro de que todo aquello era alucinación y, sin embargo, el temor me aprisionaba, mi cara estaba inundada de sudor frío, los pelos de punta...

Me volvía loco y me exponía a pillar una pulmonía. Por suerte, me acordé de que en la misma calle vivía un médico conocido mío, que precisamente había asistido también a la sesión espiritista. Me dirigí hacia su casa; en aquel tiempo aún no estaba casado y tenía su cuarto en un quinto piso de una gran casa.

Mis nervios tuvieron que soportar todavía otro choque... Al subir la escalera oí un ruido atroz: alguien bajaba corriendo, batiendo las puertas y gritando con todas sus fuerzas: «¡Socorro, socorro! ¡Portero!».

Un momento después vi aparecer una figura oscura que bajaba rodando las escaleras...

—¡Pagostof! —exclamé al reconocer a mi amigo el médico—. ¿Es usted? ¿Qué le ocurre?

Pagostof se paró y me agarró la mano convulsivamente; estaba lívido, respiraba con dificultad; su cuerpo temblaba; sus ojos erraban desmesuradamente abiertos...

—¿Es usted, Panijidin? —me preguntó con voz ronca—. ¿Es verdaderamente usted? ¡Pero está usted pálido como un muerto! ¡Dios mío! ¿No es una alucinación? ¡Me da usted miedo!...

—Pero ¿qué le pasa?... ¿Qué ocurre?...

—¡Amigo mío! ¡Gracias a Dios que es usted verdaderamente! ¡Qué contento estoy de verle! Esta maldita sesión espiritista me ha trastornado los nervios. Imagínese usted lo que se me ha aparecido en mi cuarto al volver. ¡Un ataúd!

No lo pude creer y pedí que me lo repitiera.

—¡Un ataúd, un verdadero ataúd! —dijo el médico cayendo extenuado en la escalera—. No soy cobarde; pero el diablo mismo se asustaría al encontrar un ataúd en su cuarto después de una sesión espiritista...

Entonces, balbuceando y tartamudeando, conté al médico lo de los ataúdes que había visto yo también. Por algunos momentos nos quedamos mudos mirándonos uno al otro. Luego, para convencernos de que todo esto no era sueño, empezamos a pellizcarnos.

—Nos duelen los pellizcos a los dos —dijo por fin el médico—; esto quiere decir

que no soñamos y que los ataúdes, el mío y los de usted, no son fenómenos ópticos, sino que existen de veras. ¿Qué haremos?

Pasó una hora en conjeturas y suposiciones; estábamos helados, y, por fin, resolvimos dominar nuestro temor y entrar en el cuarto del médico. Previnimos al portero, quien subió con nosotros. Al entrar encendimos una vela y vimos un ataúd de brocado blanco con flores y borlas doradas. El portero se persignó devotamente.

—Ahora vamos a enterarnos —dijo el médico temblando— de si el ataúd está vacío... o habitado.

Después de mucho vacilar, el médico se acercó y, rechinando los dientes de miedo, arrancó la tapa. Echamos una mirada y vimos que... el ataúd estaba vacío.

No había cadáver; pero había una carta con el contenido siguiente:

«Querido amigo: Ya sabrás que los negocios de mi suegro van de capa caída; tiene muchas deudas. Un día de estos vendrán a embargarle, y esto nos arruinará y nos deshonorará. Hemos decidido esconder todo lo de más valor, y como la fortuna de mi suegro consiste en ataúdes (es el de más fama en nuestro pueblo), tuvimos que poner a salvo los mejores. Confío que tú, como buen amigo, me ayudarás a defender nuestra honra y nuestra fortuna, y a consecuencia de esto te envío un ataúd, rogándote que lo guardes hasta que pase el peligro. Necesitamos la ayuda de amigos y conocidos. No me niegues este favor. El ataúd no se quedará en tu cuarto más que una semana. A cuantos se consideran amigos míos les he mandado muebles de éstos, contando con su nobleza y generosidad. Tu amigo, *Chelustin*».

Después de aquella noche tuve que curarme los nervios durante tres meses. Nuestro amigo, el yerno del fabricante de ataúdes, salvó su fortuna y su honra. Ahora tiene una funeraria y vende panteones; pero sus negocios no prosperan, y cada noche, al volver a mi casa, temo ver junto a mi cama un catafalco o un panteón.

EL ABETO

(Елка)

El siempre verde y alto abeto del destino tenía colgados los dones de la vida...

Desde arriba hasta abajo colgaban de él las carreras, las ocasiones felices, los partidos apropiados, las burlas, las tortas de higo, los golpes en el morro y demás. En torno al abeto, además, se apelotonan los niños mayores. El destino les trae regalos...

—Niños, ¿quién quiere una comerciante rica? —pregunta él, descolgando de una rama una comerciante de mejillas sonrojadas y cubierta de pies a cabeza con perlas y brillantes...—. ¡Tiene dos casas en Pliushija, tres negocios de hierro, una taberna y doscientas mil monedas! ¿Quién la quiere?

—¡Yo! ¡Yo! —Y cientos de manos se alargan hasta la comerciante—. ¡Yo quiero una comerciante!

—No os apelotonéis, niños, no os alborotéis... Todos vais a quedar contentos... La comerciante que se la quede el jovencito esculapio. Alguien que se ha dedicado a la ciencia y destaca entre los benefactores de la humanidad no puede estar sin un par de caballos, algunos muebles buenos y todo eso. ¡Toma, querido doctor! No hay de qué... ¡Y ahora la siguiente sorpresa! ¡Un puesto en la línea ferroviaria Chujlomo-Poshejonski! Un sueldo de diez mil, otros tantos de retribución, tres horas de trabajo al mes, una casa de trece habitaciones y más... ¿Quién lo quiere? ¿Lo quieres tú, Kolia? ¡Toma, querido! Más... ¡Un puesto como ama de llaves con el solitario barón Schmauss! ¡No empujéis, *mesdames*! ¡Tengan paciencia...! ¡La siguiente! ¡Una guapa muchacha, hija de padres pobres pero nobles! ¡No tiene ni un grosh como dote, pero es, a cambio, de naturaleza honrada, sensible, dulce! ¿Quién la quiere? (Pausa). ¿Nadie?

—¡Yo me la quedaría, pero no tengo para darle de comer! —se escucha la voz del poeta desde una esquina.

—Entonces, ¿nadie la quiere?

—Venga, yo me la quedo... —dice un viejito con gota que trabaja en la consistoria de la iglesia—. Puede ser...

—¡Un pañuelo de Zorina! ¿Quién lo quiere?

—¡Ay! ¡Yo! ¡Yo...! ¡Ay! ¡Me están aplastando el pie! ¡Yo!

—¡La siguiente sorpresa! Un biblioteca de lujo que contiene toda la obra de Kant, Schopenhauer, Goethe, todos los autores rusos y extranjeros, muchísimos infolios antiguos y más... ¿Quién la quiere?

—¡Yo! —dice Svinopasov, librero de viejo—. ¡Démela a mí!

Svinopasov se queda con la biblioteca, y escoge para sí *El oráculo*, *La oniromancia*, *El epistolario*, *El libro de cabecera de los solteros*... y el resto lo tira al suelo.

—¡La siguiente! ¡Un retrato de Okreitz!

Se escucha una fuerte risa...

—¡Démelo a mí...! —dice el propietario del Museo Winkler—. Me será útil...

—¡Siguiente! ¡Una lujosa placa del premio «Novi»! (*Pausa*). ¿Ninguno lo queréis? Entonces lo que sigue es... ¡Unas botas rotas!

Las botas le tocan al pintor... Y, al final, saquean el pequeño abeto y todos los asistentes se dispersan... Junto al abeto permanece tan sólo el colaborar de revistas de humor...

—¿Y a mí? —le pregunta al destino—. Todos se han llevado un regalo, pero a mí nada. ¡Es una marranada!

—Se lo han llevado todo, ya no queda nada... Sólo ha quedado una torta de higo... ¿La quieres?

—No lo necesito... Ya estoy cansado de esas tortas de higo. Algunas redacciones moscovitas están llenas de cajas de eso. ¿No hay nada mejor?

—Quédate estas placas...

—Ya tengo de eso...

—Aquí tengo una brida, unas riendas... Queda una cruz roja, si la quieres... Un dolor de muelas... Un guante de púas... Un mes de cárcel por difamación...

—Tengo de todo...

—Si quieres un soldadito de plomo... O una carta desde el norte...

El humorista deja caer la mano y vuelve a casa con la esperanza puesta en el abeto del próximo año...

DE MAL HUMOR

(He B дyxе)

El comisario de policía Semión Ilich Prachkin va de un lado a otro de su habitación, tratando de ahogar un sentimiento desagradable. La víspera había visitado al comandante militar por una cuestión del servicio, se había puesto a jugar a las cartas por pura casualidad y había perdido ocho rublos. La suma era insignificante, despreciable, pero el demonio de la avaricia y la codicia le reprochaba al oído ese despilfarro.

—Ocho rublos... ¡No es mucho dinero! —decía Prachkin, tratando de acallar a aquel demonio—. Algunas personas pierden sumas mucho más considerables y no le conceden ninguna importancia. Además, el dinero siempre puede recuperarse... Basta con pasar por la fábrica o por la posada de Rílov para obtener ocho rublos, puede que incluso más.

—«Es invierno... El campesino, solemnemente...» —lee con voz monótona en la habitación contigua Vania, el hijo del comisario—. «El campesino solemnemente... emprende el camino...».

—Además, siempre puedo tomarme la revancha... ¿Qué dice ese de «solemnemente»?

—«El campesino, solemnemente, emprende el camino... emprende...».

—«Solemnemente...» —sigue cavilando Prachkin—. Si le hubieran dado diez azotes, no tendría un aire tan solemne. En lugar de tanta solemnidad, más le valdría pagar regularmente sus impuestos... Ocho rublos... ¡No es mucho dinero! No estamos hablando de ocho mil, siempre es posible recuperarlos...

—«Su caballo, oliendo la nieve... oliendo la nieve, se lanza al trote con indolencia...».

—¡Sólo bastaba que hubiera partido al galope! ¡Ni que fuera un pura sangre! ¡Un penco será siempre un penco! Lo que le gusta a ese campesino embrutecido y borracho es azotar a su caballo, y luego, si se mete en un agujero de hielo o cae rodando por un barranco, hay que ocuparse de él... ¡Como te atrevas a galopar, te voy a recetar un jarabe de palo que ni en cinco años se te olvida! ¿Por qué se me ocurriría salir con una carta tan baja? Si hubiera salido con el as de trébol, no me habría quedado sin el dos...

—«Levantando vaporosos copos, vuela el osado carruaje... Levantando vaporosos copos...».

—«Levantando... levantando copos... copos...». ¡Las tonterías que hay que oír! ¡Cómo les permitirán escribir esas cosas, Dios mío! ¡La culpa de todo la tuvo el diez! ¡En qué mal momento lo sacó ese diablo!

—«Allí corre un muchacho de la aldea... Ha puesto en el trineo a su perro... a su

perro...».

—Si corre y brinca será que tiene el estómago lleno... Y los padres ni siquiera piensan en ocupar al niño en alguna tarea. En lugar de pasear al perro, más le valdría estar cortando leña o leyendo los Evangelios... Y la cantidad de perros que crían... ¡No hay modo de circular, ni en coche ni a pie! No tendría que haberme sentado a jugar después de la cena... Debería haberme marchado nada más terminar...

—«Le duele y se ríe, mientras su madre le amenaza... su madre le amenaza por la ventana...».

—Le amenaza, le amenaza... Lo que pasa es que le da pereza salir al patio y castigarlo... Deberías levantarle la pelliza y zumbarle. Vale más eso que amenazar con el dedo... Si no, ya verás cómo acaba haciéndose un borracho... ¿Quién ha escrito eso? —pregunta en voz alta Prachkin.

—Pushkin, papá.

—¿Pushkin? ¡Hum...! Algún chiflado, seguro. Se pasan el día con la pluma en la mano, pero ni ellos mismos entienden lo que escriben. ¡La cuestión es escribir!

—¡Papá, ha venido un campesino con la harina! —grita Vania.

—¡Cógela!

Pero ni siquiera la harina consiguió animar a Prachkin. Cuanto más trataba de consolarse, más le dolía la pérdida. Le daba tanta pena de esos ocho rublos como si en verdad hubiera perdido ocho mil. Cuando Vania se aprendió la lección y se calló, Prachkin se acercó a la ventana y, lleno de pesar, fijó su triste mirada en las montoneras de nieve... Pero esa visión sólo consiguió agravar su herida. Le recordaba su visita de la víspera al comandante militar. Se le revolvió la bilis; el corazón se le encogió... La necesidad de descargar en alguien su pena alcanzó tal grado que no admitía ninguna demora. No podía más...

—¡Vania! —gritó—. ¡Ven aquí! ¡Tengo que darte unos azotes por el cristal que rompiste ayer!

SUEÑO

(CUENTO DE NAVIDAD)

(Сон. Святочный рассказ)

Hay épocas en que el invierno, como enojado contra la naturaleza humana, llama en su ayuda al crudo otoño y opera en conjunto con él. Arremolínanse la nieve y el agua en el aire oscuro y nebuloso. El viento húmedo, frío y penetrante azota ventanas y techos con frenética furia, aúlla en las chimeneas y llora en las rendijas. Flota la tristeza en el ambiente. La Naturaleza se turba. Reinan la humedad y un frío desapacible...

Así era la Nochebuena de mil ochocientos ochenta y dos, cuando yo no me hallaba todavía en trabajos forzados y prestaba servicio en la Tasa de Empeños del capitán retirado Tupáiev.

Habían dado las doce de la noche. El almacén que, por obra y gracia del amo, era mi obligado albergue nocturno, donde yo había de imitar a los perros de presa, estaba débilmente iluminado por la lucecilla de una mariposa. Era una gran habitación cuadrada, llena de atadijos, baúles y estanterías. En las grises paredes de madera, por rayos intersticios asomaban desgarrones de estola, pendían abrigos de conejo, pellizas, escopetas, cuadros, candelabros, una guitarra... Yo, designado para guardar de noche todos aquellos cachivaches, me tendía sobre un largo cofre rojo tras la vitrina de las joyas y me quedaba pensativo contemplando la luz de la mariposa.

Sentía temor. Los objetos que se guardan en las casas de empeños dan miedo. Parecen vivos a la luz mortecina de las mariposas. Y aquella noche, con la lluvia murmurando fuera y con el viento gimiendo en la estufa y en el tejado, se me antojaba que emitían alaridos. Todos ellos antes de venir a parar al almacén, habían pasado por las manos del tasador, es decir, por las mías. De ahí que yo conociese sus secretos uno por uno. Sabía que el dinero sacado por el empeño de la guitarra había servido para adquirir unos polvos contra la tisis; sabía que con un revólver allí guardado se había suicidado un borracho, que la mujer había ocultado el arma a la Policía, que la había pignorado en nuestra casa y que con el dinero había comprado el ataúd para el marido. El brazalete que me miraba desde la vitrina lo trajo un individuo que lo había robado. Las dos camisas de encajes registradas con el número ciento setenta y ocho pertenecían a una muchacha que necesitaba un rublo para poder entrar en un salón donde pensaba ganar algo... Dicho de otro modo, cada prenda hablaba de infortunios, de enfermedades, de crímenes y de depravación...

Su elocuencia era particularmente grande en el día de Nochebuena.

—¡Déjanos volver a casa! ¡Déjanos volver a casa! —parecían llorar junto con el

viento.

Pero no sólo las prendas me infundían temor. Cuando alargaba la cabeza tras la vitrina y lanzaba una mirada irresoluta a la oscura ventana, empapada en agua de lluvia, creía que desde la calle miraban al almacén caras humanas.

«¡Qué bobada! —trataba de animarme—. ¡Vaya melindres estúpidos!».

Y era natural mi extrañeza: resultaba inverosímil y hasta fantástico que a un individuo dotado de nervios de tasador le remordiese la conciencia en Nochebuena. En las casas de empeños la conciencia está siempre hipotecada; se la considera objeto de compra y venta, sin que se le atribuyan jamás otras funciones... ¿De dónde pues, surgían mis escrúpulos? Yo daba vueltas sobre el duro cofre y, entornando los ojos para protegerlos de la lucecilla chisporroteante, procuraba ahogar el nuevo sentimiento, que se metía de rondón en mi alma como un intruso. Pero mis esfuerzos eran vanos.

Esto, en parte, se debía a la fatiga física y espiritual producida por una larga y dura jornada de trabajo. En vísperas de Navidad los pobres acudían como enjambres a la casa de empeños. Ante una gran festividad, y más aún con tan mal tiempo, la pobreza no será un delito, pero sí es una desgracia horrible; el necesitado busca entre los usureros el clavo ardiendo a que se aferra el náufrago para salvarse, pero lo que encuentra es un mazazo que le hunde. Fue tal la afluencia de público durante el día que, por no haber sitio suficiente en el almacén, tuvimos que llevar tres cuartas partes de los empeños a un cobertizo. Desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche, sin un minuto de respiro, estuve regateando con los infelices, escatimándoles los céntimos, viendo lágrimas y oyendo súplicas inútiles... Al final de la jornada apenas podía tenerme en pie, extenuado moral y físicamente. Se explicaba, pues, que no durmiese, que me sintiese tan mal y que no hiciera más que dar vueltas de un costado a otro.

Alguien llamó sigilosamente a la puerta. Tras los golpes oí la voz del amo:

—¿Duerme usted, Piotr Demiánich?

—No, todavía no. ¿Suced algo?

—Estoy pensando si no convendría abrir mañana por la mañana. La festividad es grande y el tiempo horrible. La gente pobre acudirá como las moscas a la miel. Por la mañana, en lugar de ir a misa, póngase en la caja. Buenas noches.

«Me siento tan mal —pensé al marcharse el dueño— porque me inquieta el temblor de la luz. Hay que apagarla».

Me levanté y me dirigí al rincón donde ardía la mariposa, pendiente del techo. La lucecilla azulina relampagueaba oscilante y parecía luchar contra la muerte. Cada relampagueo iluminaba momentáneamente el icono, las paredes, los atadijos, la oscura ventana... Y en la ventana dos caras pálidas, pegadas a los cristales, miraban al interior del almacén.

«Allí no hay nadie —razonaba yo—. Son figuraciones mías».

Cuando, una vez apagada la mariposa, me dirigía a tientos hacia mi cama, sucedió

algo que había de influir grandemente en mi ánimo. Sobre mi cabeza resonó de pronto un ruido fuerte, agudo, que duró cosa de un segundo. Algo crujió y, como aquejado de un dolor intenso, exhaló un gemido.

Era que se había roto la quinta de la guitarra. Yo, presa de pánico, me tapé los oídos y, como loco, tropezando con baúles y atadijos, corrí a mi cama, oculté la cabeza bajo la almohada y, muerto de miedo, sin respirar apenas, puse atención.

—¡Suéltanos! —ululaban el viento y las prendas—. ¡Déjanos libres para las fiestas! Tú mismo eres un desdichado, que has padecido hambre y frío. ¡Suéltanos!

Cierto: yo era un pobre desgraciado y sabía lo que significaban el hambre y el frío. La pobreza me había conducido al maldito oficio de tasador: la pobreza me había enseñado a despreciar los dolores y las lágrimas por un mendrugo de pan. A no ser por la pobreza, ¿hubiera tenido la osadía de tasar en unos céntimos prendas que valían la salud, el calor y la alegría de los hogares? ¿Por qué me acusaba el viento? ¿Por qué me atormentaba la conciencia?

Sin embargo, por más que me palpitase el corazón y por mucho que me martirizasen el miedo y los remordimientos, la fatiga terminó por imponerse. Me dormí. Fue un sueño muy ligero... Oí al amo llamar nuevamente, las campanas tocar a misa, el bramido del viento y el repiqueteo de la lluvia sobre la techumbre. Aunque tenía los ojos cerrados, veía los objetos empeñados, la vitrina, la oscura ventana, el icono... Las prendas se agolpaban a mi alrededor pidiéndome que les concediese la libertad. Las cuerdas de la guitarra se rompían una tras otra, sin cesar, con un zumbido penetrante. Por la ventana se asomaban viejas, mendigos y prostitutas a la espera de que yo abriese y les devolviera sus prendas.

Siempre entre sueños, oí como arañazos de ratones. Aquel ruido monótono duró largo rato. Di la vuelta y me encogí porque sentí frío y humedad. Mientras me arrebujaba en la manta, me llegó un cuchicheo.

«¡Qué pesadilla! —pensé—. ¡Qué horror! Ojalá me despertase...».

Percibí ruido de cristales al caer. Tras la vitrina osciló una luz que se proyectó sobre el techo.

—¡Cuidado! —dijo alguien en voz queda—. Mira que puedes despertar a este hijo de Barrabás. Quítate las botas.

Una figura se acercó a la vitrina, me miró y tanteó el candado colgante. Era un viejo barbudo, de cara pálida y alcohólica, capote militar raído y botas destrozadas. Un mozo larguirucho, de manos horriblemente largas, camisa atada por encima del pantalón y chaquetilla desgarrada se le acercó. Los dos cuchichearon algo y se pusieron a trajinar junto a la vitrina.

«Están robando», se me ocurrió.

Pese a estar adormilado, no dejaba de recordar que bajo mi almohada había un revólver. Le puse la mano encima sin el menor ruido y lo apreté en el puño. En la vitrina tintineó el cristal.

—Cuidado, no vayas a despertarlo, y entonces habrá que cerrarle el pico.

Luego soñé que exhalaba un grito salvaje. Asustado por mi propia voz, salté del cofre. El viejo y el mozo, abiertos de brazos amenazadoramente, avanzaron hacia mí, pero retrocedieron al ver el revólver. Recuerdo que un minuto después los dos, pálidos y lloriqueantes, me suplicaban que les dejase libres. Por la ventana, destrozada, penetraba, furioso, el viento agitando la llama de la vela que habían encendido los ladrones.

—¡Señor! —suplicó alguien desde la ventana—. ¡Tenga piedad, bienhechor nuestro!

Miré en aquella dirección y vi la cara de una anciana, pálida, flaca, mojada por la lluvia.

—¡No les toques! ¡Déjalos salir! —lloraba la vieja mirándome implorante—. Ha sido la pobreza...

—¡La pobreza! —confirmó el viejo.

—La pobreza —murmuró el viento.

El corazón se me encogió condolido. Para despertarme, me di un pellizco... Pero, en lugar de despertarme, me vi junto a la vitrina sacando alhajas y metiéndolas febrilmente en los bolsillos del viejo y del mozo.

—¡Llevaos todo esto! ¡Lleváoslo pronto! —les acuciaba jadeante—. ¡Mañana es fiesta, y sois pobres! ¡Lleváoslo!

Después de llenarles los bolsillos, hice un atadijo con las joyas restantes y se lo tiré a la vieja de la ventana. Luego le di un abrigo, un traje negro, camisas de encajes y hasta la guitarra. ¡Hay unos sueños tan extraños! En esto, recuerdo, rechinó la puerta. Como salidos de bajo tierra, aparecieron el amo, un suboficial de Policía, guardias... El amo estaba a mi lado, y yo, como si nada, continuaba envolviendo prendas.

—¿Qué estás haciendo, canalla?

—Mañana es fiesta, y deben comer —respondí.

Aquí cae el telón; vuelve a levantarse y veo una nueva decoración. Ya no me encuentro en el almacén, sino en otro sitio. Un guardia pasa junto a mí, me pone en el suelo una jarra de agua para la noche, y murmura: «¡Vaya con el mozo! ¡Lo que se le ha ocurrido precisamente en el día de Nochebuena!».

Cuando desperté era ya de día. Ni la lluvia azotaba las ventanas ni aullaba el viento. Un sol festivo jugueteaba en la pared. El primero en felicitarme las pascuas fue el guardia:

—Le felicito también por la mudanza —añadió.

Al cabo de un mes se celebró la vista de la causa. ¿De qué se me acusaba? Aseguré a los jueces que todo había sido un sueño, y que era una injusticia procesar a un hombre por haber sufrido una pesadilla. ¿Cree usted que yo iba a ponerme, de buenas a primeras, a repartir bienes ajenos entre ladrones y miserables? ¿Y dónde se había visto entregar las prendas sin recibir el dinero del rescate? No obstante, el tribunal tomó el sueño por realidad y me condenó. Como ve usted, estoy en trabajos

forzados. ¿No podría usted interceder por mí en alguna parte, señor? Le juro por Dios que soy inocente.

TRIBUTOS

(Праздничная повинность)

*... tontos malignos:
viejas siniestras: carcamales
que se mueren de puro insustanciales.
Griboiédov*

Para la festividad de Año Nuevo, a mediodía.

Ludmila Semiónovna, una vejuca sexagenaria, viuda del señor Lagavi-Grizlov, que fue vicegobernador de Chernogubsk, sentada en su salón esperaba a los visitantes. A juzgar por la cantidad de bocadillos y de bebidas preparados, debía de esperar muchísimas visitas; pero el único que se había presentado hasta entonces para felicitarla con motivo del nuevo año era el consejero mayor de la Administración provincial, un vejete decrepito llamado Okurkin, de cara amarillenta como un limón, y boca torcida. Sentado en un rincón, junto a media barrica con una planta de adelfa, y tomando rapé cuidadosamente, para no estornudar, refería al «hada bienhechora» las últimas noticias de la ciudad:

—Ayer, madrecita, un soldado borracho estuvo a pique de caerse de la torre. Se asomó a la baranda, ¿sabe?, y la baranda, ¡trac!, crujió... Menos mal que su mujer, que le había traído la comida, tuvo tiempo de agarrarle del faldón. A no ser por ella, se hubiera caído el tunante... Pues... hace tres días, excelentísima señora y madrecita mía, hubo una reunión en casa de Pértsev, el inspector del Banco... Los funcionarios hablaron allí de las visitas de hoy. Y acordaron todos como uno solo no hacer visita alguna. ¡Si serán payasos!

—Me parece, padrecito, que estás contándome infundios —sonrió la vieja—. ¿Cómo van a arreglárselas sin hacer las visitas de rigor?

—Por Dios se lo juro, excelentísima señora. Podrá ser todo lo extraño que se quiera, pero es cierto... En vez de hacer visitas, acordaron reunirse hoy en el club, felicitarse mutuamente y recoger a rublo por cabeza para los pobres.

—No lo entiendo... —alzó los hombros la anfitriona—. Cuentas unas cosas tan raras...

—Es lo que ahora se estila en muchas ciudades, madrecita: no ir a felicitar a nadie. Cada uno pone un rublo, y asunto arreglado. ¡Je, je, je! Así no tienen que ir de un lado para otro, ni rendir pleitesía a nadie, ni gastar nada en coches... Van al club, y de allí a casa...

—Tanto mejor —suspiró la señora—. Que no vengán. Mayor tranquilidad para nosotros...

Okurkin emitió un suspiro bronco y cascado, movió la cabeza y continuó:

—Lo consideran un prejuicio... Desgana y pereza para felicitar a los ancianos, que no prejuicios. Ahora ya no se considera personas a los mayores... No es como antes...

—Bueno —tornó a suspirar la vieja—. Que no vengan. Si no quieren, tampoco hace falta.

—Antes, madrecita, cuando no estaba en boga el liberalismo de ahora, las visitas no se consideraban un prejuicio. Y tampoco se hacían a la fuerza, sino con sentimiento y satisfacción... Después de haber pasado por todas las casas, se paraba uno en la acera y pensaba: «¿A quién visitar ahora?». Entonces amábamos a los superiores y los mayores, madrecita. ¡Cómo los adorábamos! Recuerdo cómo le gustaba que fuésemos respetuosos a Panteléi Stepénich, que en gloria esté. ¡Que Dios guardase al que dejara de hacerle una visita! ¡Rechinaba los dientes! Una vez recuerdo que estaba yo enfermo de tifus. Pues ¿qué tiene usted, madrecita? Me levanté de la cama, saqué fuerzas de flaqueza y me encaminé a casa e Panteléi Stepánich. Llegué que echaba fuego. Quise decirle: «Feliz Año Nuevo», y me salió: «¡Mátale con una baza!» ¡Je, je, je! Iba delirando... Y en otra ocasión veré: Zméisehev tenía viruela, y los médicos, naturalmente, habían prohibido que le visitasen; pero a nosotros nos importaban un comino todos los médicos: nos presentamos en su casa y le cumplimentamos. No lo teníamos por un prejuicio. Voy a tomarme una copita, excelentísima señora y madre mía...

—Tómatela, tómatela... De todas maneras no va a venir nadie. Aunque, vamos, yo creo que los de tu oficina sí vendrán...

Okurkin hizo un ademán de duda y torció la boca en una sonrisa desdeñosa.

—Son unos desvergonzados. Y todos ellos cortados por el mismo patrón.

—¿Cómo, Efim Efímich? —extrañose la anciana—. ¿Ni siquiera Verjushkin vendrá?

—Ni siquiera él. Está en el club...

—¡Pero si yo soy la madrina de ese bandolero! ¡Y la colocación la tiene gracias a mí!

—Pues como si nada. Ayer fue el primero en llegar a casa de Pértsev.

—Bueno, aquéllos, al fin y al cabo..., se han olvidado de esta vieja, y allá se arreglen; pero los de tu oficina no tienen perdón. ¿Y Vanka Trujin? ¿Tampoco vendrá?

Okurkin repitió su ademán negativo.

—¿Ni tampoco Podsilkín? ¡Pues a ese canalla le saqué yo del fango por una oreja! ¿Y Prorejin?

La vieja mentó otros diez o doce nombres más y todos ellos suscitaron una amarga sonrisa de Okurkin.

—¡Ninguno de ellos tiene sentimientos, madrecita!

—Se lo agradezco —suspiró ella recorriendo nerviosa, la habitación—. Se lo agradezco... Si ya detestan a su bienhechora..., a una anciana..., si soy tan mala y

tan antipática...

Así diciendo se dejó caer en un sillón. Sus ojos rugosos parpadearon con celeridad.

—Ya veo que no me necesitan. Ni falta que hace... Vete tú también, Efim Efímich. No te retengo... Marchaos todos...

La señora se llevó el pañuelo a los ojos y exhaló varios gemidos. Okurkin, viéndola tan compungida, se rascó la cabeza intranquilo y se le acercó tímidamente.

—Madrecita... —dijo lloriqueante—. Excelentísima señora... Bienhechora mía...

—¡Márchate tú también! Vete... Largaos todos...

—¡Madrecita, ángel mío! No llore... Lo he dicho de broma. Créame que todo ha sido en broma... Escúpame a esta jeta de viejo si es verdad. Vendrán todos. ¡Todos, madrecita!

Okurkin se arrodilló ante la vieja y, cogiéndole una de sus huesudas manos, se golpeó con ella la cabeza.

—¡Pégume, madrecita, ángel mío! ¡Para que este animal no vuelva a bromear! ¡En la cara, en la cara! ¡Toma, toma, embustero maldito!

—No, no era broma, Efim Efímich. El corazón me lo dice.

—¡Que me caiga encima...! ¡Que me trague la tierra! Que me quede muerto aquí ahora mismo si no... ¡Ya lo verá usted! Y ahora, adiós, madrecita... Por mis bromas malignas no merezco el afecto de usted. Me oculto. Me marchó, y haga cuenta que ha despachado a este maldito hijo de Mahoma. Déjeme besarle la mano...

Okurkin besuqueó la mano de la vieja y abandonó la sala presuroso.

A los cinco minutos llegó al club. Los funcionarios se habían felicitado ya mutuamente y, después de aportar su óbolo de un rublo, estaban despidiéndose.

—¡Quietos! —les detuvo Okurkin con aparatoso aspaviento—. ¿Qué ocurrencias son éstas? ¿Por qué no van a casa de Ludmila Semiónovna?

—¿No lo sabe usted? Hemos acordado no hacer más visitas...

—Lo sé, lo sé... *Merci*... Pero oigan lo que voy a decirles, señores progresistas: si no van ahora mismo a felicitar a la bruja aquélla, se arrepentirán. ¡Está que trina, hecha una furia! Y les echa a ustedes unas maldiciones que no se las deseo ni a un tártaro.

Los funcionarios intercambiaron miradas y se rascaron la cabeza.

—¡Ejem!... Es que si vamos a casa de ella tendremos que ir a las de los demás.

—Pues van ustedes también a las de los demás amiguitos. ¿Qué le van a hacer? No se les romperán las piernas... Aunque, por mí, hagan lo que les parezca. Sobre su cabeza lo sufrirán.

—¡Diablo! ¡Si, además, hemos pagado ya el rublo! —sollozó Yashin, maestro de la escuela del distrito.

—¡Un rublo! Da gracias a Dios que aún no has perdido el puesto...

Los funcionarios volvieron a rascarse la cabeza y, refunfuñando, se encaminaron

a casa de la viuda de Liagavi-Grizlov.

EL PROCESO DEL AÑO 1884

(CRÓNICA DE NUESTRO CORRESPONSAL)

(Дело о 1884 году. От нашего корреспондента)

En la Audiencia de N**** se ha celebrado la sexta sesión del proceso contra el año 1884, acusado de un delito de incumplimiento del deber. El tribunal está visiblemente fatigado. Y el acusado llora y cuchichea a menudo con su defensor. Hoy comenzó la prueba testifical... Cuando, a requerimientos del fiscal, se leyó un número del *Grazhdanin* y se mostró otro del *Luch* con un retrato de Okreits, la sala fue desalojada para evitar la tentación que los objetos mencionados pudieran producir en el público. Después se iniciaron las intervenciones de las partes.

—Ruego a su excelencia —terminó su informe el defensor— que conste en acta que durante todo el tiempo que ha durado mi discurso, el señor fiscal ha estado tosiendo, sonándose y haciendo ruido con la garrafa del agua...

EL PRESIDENTE. Puede el acusado pronunciar sus últimas palabras.

EL ACUSADO. (*Llorando*). Bueno, diré unas cuantas cosas, aunque todo será inútil, pues han decidido de antemano condenarme. Se me acusa, en primer término, de inactividad, de no haber hecho nada, de no haber mejorado en lo más mínimo la situación económica, ni elevado el curso de las acciones, de haber estancado la industria, etcétera... Pero la culpa no es mía... Recuerden lo que encontré cuando se me designó para sustituir al año anterior... (*Aquí cuenta lo que encontró*).

EL PRESIDENTE. Nada de eso guarda relación con el proceso. Haga el favor de ceñirse al asunto.

EL ACUSADO. (*Asustándose*). ¡A sus órdenes, excelencia! El señor fiscal me acusa de que mi tiempo se ha perdido en tonterías, en acarrear agua con una cesta... Ciertamente, durante mi existencia no se ha hecho nada que valga la pena: se han emitido nuevas etiquetas para las botellas, se han puesto remiendos a los andrajos y se ha obligado a rezar a los tontos, con lo que sólo se ha conseguido que se rompan la frente...

EL PRESIDENTE. Procesado, si se dedica usted a hacer alusiones personales, me verá obligado a retirarle la palabra.

EL ACUSADO. (*Pensativo*). ¿Y de qué voy a hablar? Bueno, me referiré a la Prensa... Se dice que todas las revistas han estado vacías, sin contenido alguno, que en los periódicos predominaba la táctica del avestruz y que el ingenio parece haberse hundido en el mar... Pero ¿qué puedo hacer yo si...?

EL PRESIDENTE. Señor agente: ¡saque al procesado de la sala!

Cumplida esta orden, les fue entregado el cuestionario a los miembros del Jurado.

El Tribunal sentenció al año 1884 a la confiscación de todos sus bienes y al destierro perpetuo en la Historia.

REGLAS DE DISCIPLINA CARNAVALESCA

(Масленичные правила дисциплины)

El carnaval recibió su nombre de la palabra rusa «aceite^[341]», que se usa en abundancia durante los buñuelos, como el *chujónski*^[342], y después de los buñuelos, como el *oleum ricino*^[343].

En opinión de Gatzúk^[344], Suvórin^[345] y otros calendaristas, este empieza el 28 de enero y termina el 3 de febrero. Pero los párvulos de Zamoskvoriéchie y los bonzos de las vías férreas, empiezan el primero de enero y terminan el 31 de diciembre.

Antes del carnaval ve a ver al maestro y estaña tu estómago. Toda la semana recuerda que eres un irresponsable y no respetas el linaje, y por eso cuídate de la realización de grandes proyectos, para no caer en grandes errores. Extermina los buñuelos, intriga a la viuda Popóva^[346], envuelve a Lánin^[347], espanta a los diablitos verdes de los objetos que te circundan, pero no elijas alcaldes de la ciudad, no te cases, no construyas vías férreas, no escribas libros de contenido moral y demás.

Al gastar en harina, vodka y caviar granuloso, no olvides que te espera aún vértelas con la tasa farmacéutica.

Si, con conocimiento o desconocimiento, tus amigos o enemigos te hacen un cardenal, pues no vayas al consejo municipal, y no ofrezcas allí tus servicios en calidad de cardenal callejero^[348], sino acuéstate a dormir y duerme la mona.

No todo para el gato es carnaval, llegará la cuaresma. Si tú eres un gato, pues ten eso en cuenta.

LA MARISCALA

(У предводительши)

El primero de febrero de cada año, día de San Trifón mártir, en la hacienda de la viuda de Trifón Lvovich Savsiatov, mariscal que fue de la nobleza de la región, reina un movimiento extraordinario.

En ese día su viuda, Liubov Petrovna, manda decir un *requiem* por el difunto y más tarde una misa de acción de gracias al Señor. Al *requiem* asiste la región en pleno. En él puede verse a Jrumov, el actual presidente de la nobleza; a Marfutkin, el intendente; a Potraschkov, miembro de la Alcaldía; a Krinolinov, jefe de Policía; a Dvorniaguin, el médico que huele siempre a yodoformo; a los dos jueces del distrito; a todos los terratenientes (lo mismo los acaudalados que los no acaudalados), y a mucha gente más: en total unas cincuenta personas.

A las doce en punto, los invitados, con la cara larga, se trasladan al salón. El suelo está recubierto de alfombra y no se oyen los pasos, pues la solemnidad del momento obliga a todos instintivamente a andar de puntillas, guardando el equilibrio con los brazos. En el salón todo está ya preparado. El padre Evmenii, viejecito de pequeña estatura, tocado con un alto y descolorido bonete se cubre de negras vestiduras. El diácono Konkordiev, rojo como un cangrejo y ya revestido, hojea en el misal, colocando papelitos de señal entre las páginas. Junto a la puerta que conduce al vestíbulo, Luca, el sacristán, con ojos saltones e inflando los carrillos, sopla en el incensario. Poco a poco el salón va llenándose de un humito azulado y transparente y de olor a incienso. El director de enseñanza Gelikovskii, joven de cara asustada, llena de granitos y vestido con una levita nueva de uniforme, que le sienta como un saco, reparte entre los presentes las velas que contiene una bandeja de metal blanco, mientras que Liubov Petrovna, el ama de la casa, en primera fila, junto a la mesilla del *kutia*^[349] se enjuga por anticipado el rostro con el pañuelo. Hay gran silencio, interrumpido de cuando en cuando por suspiros. Todos visten largas y solemnes casacas... Comienza el *requiem*. Del incensario fluye el humito azulado que juega con un oblicuo rayo de sol; las velas encendidas crujen débilmente. El canto, que en los primeros momentos resuena agudo y retumbante, poco a poco, al acomodarse los cantores a las condiciones acústicas del aposento, se torna suave y armonioso... Todos los motivos son tristes... Los invitados, melancólicos meditan. Ideas sobre la brevedad de la vida humana y su vanidad cruzan su cabeza... Recuerdan también al difunto Savstatov, hombre gordo, de mejillas coloradas, que solía beberse de un trago una botella de champaña y que rompía espejos con la frente. Cuando el coro entona los cánticos del funeral, y se oyen los sollozos del ama de la casa, los invitados se llenan de tristeza. Los más sensibles de entre ellos sienten un cosquilleo en la

garganta y junto a los párpados.

Marfutkin, el intendente, deseando sacudirse tan desagradable sensación se inclina sobre el oído del jefe de Policía y murmura:

—Ayer estuve en casa de Iván Fedorich... Ganamos Piotr Petrovich y yo... Olga Andreevna, a fe mía, se enfadó tanto, que hasta se le cayó un diente postizo...

Pero he aquí que resuena el último cántico: «Eterna memoria...». Gelikovskii procede en actitud respetuosa a recoger las velas, y termina el *requiem*. A él sigue un minuto de revuelo, un cambio de vestiduras y el tedeum. Tras esto, y mientras el padre Evmenii se despoja de sus ropas de ceremonia, los invitados se frotan las manos, tosen, y la dueña de la casa pondera la bondad del difunto Trifón Lvovich. Tennina su relato con un suspiro, y añade:

—¡Ruego a ustedes, señores, pasen al comedor!

Los invitados, cuidando de no darse codazos y de no pisarse los pies los unos a los otros, se dirigen apresurados al comedor... Aquí les espera el almuerzo. Tan opíparo suele ser este almuerzo, que todos los años el diácono Konkordiev, al verlo, considera su obligación abrir asombrado los brazos y decir sacudiendo la cabeza:

—¡Sobrenatural!... ¡Todo esto, padre Evmenii, más que alimento de los hombres, parece manjar de los dioses!

El almuerzo es, en efecto, extraordinario. La mesa contiene cuanto puedan ofrecer la fauna y la flora, pero en ella de sobrenatural quizá hay sólo una cosa: sobre la mesa se encuentra de todo, salvo... bebidas alcohólicas. Liubov Petrovna ha echo la promesa de no tener en su casa ni naipes ni bebidas alcohólicas, las dos cosas que perdieron a su marido, por lo que sobre la mesa no hay más botellas que las de las vinagreras, para escarnio y castigo de los comensales, muchos de ellos borrachos o bebedores sin igual.

—¡Coman, señores! —invita la presidenta—. Perdónenme esto, solamente... ¡no hay vodka!... ¡No la tengo en casa!...

Los invitados se aproximan a la mesa e indecisos empiezan a comer el *pirog*..., pero la comida transcurre sin animación. La manera de servirse, de cortar, de masticar, revela pereza, apatía... Se nota que falta algo.

—Me siento como si se me hubiera perdido alguna cosa... —murmura uno de los jueces al otro—. Es una sensación igual a la que experimenté cuando mi mujer se fugó con un ingeniero... ¡No puedo comer!...

Antes de sentarse a la mesa, Marfutkin permanece largo rato hurgándose en los bolsillos para sacar el pañuelo.

—¡Vaya!... Pero ¡si el pañuelo se me habrá quedado en la pelliza!... ¡Y yo aquí buscándole! —dice en voz alta, y se encamina al vestíbulo donde se encuentran las pellizas.

Cuando regresa del vestíbulo, el brillo de sus ojos es mayor y ataca el *pirog* con apetito.

—Seguramente que le repugna tragarse la comida así, en seco, sin humedecerla

con nada —murmura al oído del padre Evmenii—. Vaya, padre, al vestíbulo; allí, en el bolsillo de mi pelliza, hay una botella... Sólo que tenga cuidado de que no rechine.

El padre Evmenii recuerda de pronto que tiene alguna orden que dar a Luca, y se apresura con pequeños pasos hacia el vestíbulo.

—¡Dos palabras, padre!... ¡Tengo que decirle algo en secreto! —dice Dvomiaguin, dándole alcance.

—¡Señores, qué pelliza me he comprado... y de ocasión! —presume Jrumov—. ¡Valdrá lo menos mil rublos, pero no me creerán ustedes si les digo que sólo he pagado por ella doscientos cincuenta!

En otro momento, los invitados hubieran acogido esta noticia con indiferencia, pero ahora manifiestan su asombro y se niegan a creerlo. Al fin todos juntos, se dirigen en tropel al vestíbulo con objeto de examinar la pelliza y permanecen examinándola hasta que Mikeschaka, el criado del doctor, retira del vestíbulo, a escondidas, cinco botellas vacías...

Cuando llega el momento de servir el esturión cocido, Marfutkin recuerda de repente que ha dejado olvidada la pitillera en el trineo, y va a la cuadra; para que no se aburra, le acompaña el sacristán, que tiene también que inspeccionar su caballo.

Por la noche de aquel mismo día, Liubov Petrovna, sentada ante su mesa de despacho, escribe una carta a una antigua amiga de Petersburgo.

«Hoy, como otros años —dice entre otras cosas— tuvo lugar un *requiem*, dicho a la memoria del difunto, al que asistieron todos mis vecinos. Son gente sencilla y sin pulimentar; pero ¡qué corazones los suyos! ¡Les obsequié con una espléndida comida, en la que, naturalmente, como en años anteriores, no se servía ni una sola gota de bebida ardiente! Desde el día en que, víctima de sus excesos, murió *él*... Juré arrancar de raíz de nuestra región el hábito de la borrachera y obtener con ello el eterno perdón de sus pecados. Comencé por imponer esta regla de moral a mi propia casa. El padre Evmenii se muestra entusiasmado de mi empeño y me ayuda con palabras y hechos.

»¡Oh, *ma chére*!... ¡Si supiera cuánto me quieren mis osos!... Marfutkin, el intendente, cuando terminó de almorzar, apretó sus labios contra mi mano y permaneció largo rato sin soltar ésta; luego, moviendo la cabeza del modo más cómico, se echó a llorar. ¡Mucho sentimiento y pocas palabras!... El padre Evmenii, el maravilloso viejecito, sentado a mi lado, con los ojos llenos de lágrimas, balbuceaba algo como una criatura. No comprendí bien sus palabras, pero sí su sincero agradecimiento. El jefe de Policía, ese hombre apuesto sobre el que ya te he escrito anteriormente, se hincó de rodillas ante mí, intentando leer unos versos que había compuesto (escribe versos); pero... le faltaron las fuerzas, se tambaleó y cayó al suelo... Este gigante sufría un ataque de histerismo... Puedes imaginar cuál sería mi entusiasmo... Tengo que decirte, sin embargo, que tampoco faltaron cosas desagradables. Alalikin, el presidente del Congreso regional, hombre corpulento y de apoplética contextura, se sintió malo de repente y se tumbó en un diván, en el que

permaneció dos horas sin conocimiento. Hubo que echarle agua por encima... Gracias al buen doctor Dvorniaguin, que trajo de su farmacia una botella de coñac, con la que se le refrescaron las sienes, pudo volver en sí y ser trasladado a su casa...».

LA CRONOLOGÍA VIVIENTE

(Живая хронология)

El salón del consejero áulico Sharamikin se halla envuelto en discreta penumbra. El gran quinqué de bronce con su pantalla verde imprime un tono simpático al mobiliario, a las paredes; y en la chimenea, los tizones chisporrotean, lanzando destellos intermitentes que alumbran la estancia con una claridad más viva. Frente a la chimenea, en una butaca, está arrellanado, haciendo su digestión, Sharamikin, señor de edad, de aire respetable y bondadosos ojos azules. Su cara respira ternura. Una sonrisa triste asoma a sus labios. Al lado suyo, con los pies extendidos hacia la chimenea, se encuentra Lopniev, asesor del gobernador, hombre fuerte y robusto, como de unos cuarenta años.

Junto al piano, Nina, Kola, Nadia y Vania, los hijos del consejero áulico, juegan alegremente. Por la puerta entreabierta penetra una claridad que viene del gabinete de la señora de Sharamikin. Esta permanece sentada delante de su mesita de escritorio. Anna Pavlovna, que tal es su nombre, ejerce la presidencia de un comité de damas; es vivaracha, coqueta y tiene la edad de treinta y pico de años. Sus ojuelos vivos y negros corren por las páginas de una novela francesa, debajo de la cual se esconde una cuenta del comité, vieja de un año.

—Antes, nuestro pueblo era más alegre —decía Sharamikin contemplando el fuego de la chimenea con ojos amables—; ningún invierno transcurría sin que viniera alguna celebridad teatral. Llegaban artistas famosos, cantantes de primer orden, y ahora, que el diablo se los lleve, no se ven más que saltimbanquis y tocadores de organillo. No tenemos ninguna distracción estética. Vivimos como en un bosque. ¿Se acuerda usted, excelencia, de aquel trágico italiano?... ¿Cómo se llamaba? Un hombre alto, moreno... ¿Cuál era su nombre? ¡Ah! ¡Me acuerdo! Luigi Ernesto de Ruggiero. Fue un gran talento. ¡Qué fuerza la suya! Con una sola palabra ponía en conmoción todo el teatro. Mi Anita se interesaba mucho en su talento. Ella le procuró el teatro de balde y se encargó de venderle los billetes por diez representaciones. En señal de gratitud le enseñaba declamación y música. Era un hombre de corazón. Estuvo aquí, si no me equivoco, doce años ha..., me equivoco, diez años. ¡Anita! ¿Qué edad tiene nuestra Nina?

—¡Nueve! —gritó Anna Pavlovna desde su gabinete—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, mamaíta... Teníamos también cantantes muy buenos. ¿Recuerda usted el *tenore digrazia* Prilipchin?... ¡Qué alma tan elevada! ¡Qué aspecto! Rubio, la cara expresiva, modales parisienses, ¡y qué voz! Adolecía, sin embargo, de un defecto. Daba notas de estómago, y otras de falsete. Por lo demás, su voz era espléndida. Su maestro, a lo que él decía, fue Tamberlick. Nosotros, con Anita, le procuramos la sala grande del Casino de la Nobleza, en agradecimiento de lo cual

solía venir a casa, y nos cantaba trozos de su repertorio durante días y noches. Daba a Anita lecciones de canto. Vino, me acuerdo muy bien, en tiempo de Cuaresma, hace unos doce años; no, más. Flaca es mi memoria. ¡Dios mío! Anita, ¿cuántos años tiene nuestra Nadia?

—¡Doce!

—Doce; si le añadimos diez meses, serán trece. Eso es, trece años. En general, la vida de nuestra población era antaño más animada. Por ejemplo: ¡qué hermosas veladas benéficas les di entonces! ¡Qué delicia! Música, canto, declamación... Recuerdo que después de la guerra, cuando estaban los prisioneros turcos, Anita organizó una representación a beneficio de los heridos que produjo mil cien rublos. La voz de Anita trastornaba el seso de los oficiales turcos. Éstos no cesaban de besarle la mano. ¡Ja! ¡Ja! Aunque asiáticos, son agradecidos. Aquella velada tuvo tanta resonancia que hasta la anoté en mi libro de memorias. Esto ocurrió, me acuerdo como si fuera ayer, en el año 76..., no, 77...; tampoco; oiga usted, ¿en qué año estaban aquí los turcos?... Anita, ¿qué edad tiene nuestra Kola?

—Tengo siete años, papá —replicó Kola, niña de tez parda, pelo y ojos negros como el carbón.

—Sí; hemos envejecido; perdimos nuestra energía —dice Lopniev suspirando—. He ahí la causa de todo: la vejez; nos faltan los hombres de iniciativa, y los que la tenían son viejos. No arde el mismo fuego. En mi juventud no me gustaba que la sociedad se aburriera. Siempre fui el mejor cooperador de Anna Pavlovna. En todo lo que ella llevaba a cabo, veladas de beneficencia, loterías, protección a tal o cual artista de mérito, yo la secundaba con asiduidad, dejando a un lado mis otras ocupaciones. En cierto invierno, tanto me moví, tanto me agité, que hasta me puse enfermo. No olvidaré jamás aquella temporada. ¿No se acuerda usted del espectáculo que arreglamos a beneficio de las víctimas de un incendio?

—¿En qué año fue?

—No ha mucho...; me parece que en el 80.

—Decidme, ¿qué edad tiene Vania?

—¡Cinco años! —grita desde su gabinete Anna Pavlovna.

—Como quiera que sea, ya se han ido seis años. ¡Amigo mío! Ya no arde el mismo fuego.

Lopniev y Sharamikin permanecen pensativos. Los tizones de la chimenea lanzan un postrer destello y se cubren de ceniza.

NOTAS DEL SERVICIO

(Служебные пометки)

En el libro de solicitudes «entrantes», año de 1880-81, letra D, número 8, hay numerosas anotaciones a lápiz, con letra diversa, en los márgenes y huecos. Como todas ellas llevan un sello de sabiduría y están llenas de alta significación, es de suponer que han sido hechas por elementos de la jefatura. Elijamos las más características:

«No hay más remedio. Habrá que concederle un aplazamiento de dos meses y advertirle que, en lo sucesivo, no entre en el despacho con los chanclos puestos».

«A la solicitud del secretario provincial Osétrov, pidiendo se le conceda un subsidio por una sola vez, puedo responder con el ejemplo del Imperio romano, que fue víctima del lujo. El lujo y los excesos acarrearán la inmoralidad, y yo quiero que todos sean morales. Por otra parte, conviene que Osetrov vaya de uniforme a ver al tendero Jijikin para informarle de que su asunto va camino de resolverse».

«Los pájaros se conocen por las plumas, y los buenos solicitantes por la calidad de su agradecimiento».

«Aunque, según el sentido literal del artículo 64, punto primero, de la disposición sobre impuesto del Timbre, una solicitud pidiendo certificado de pobreza no necesita reintegro alguno, diré a la viuda Vónina que me parece que, al no acompañar su solicitud con una póliza de sesenta kopeks, no ha demostrado tanto su conocimiento y comprensión del espíritu de las leyes cuanto el deseo de obrar por su cuenta, haciendo caso omiso de las indicaciones de las autoridades competentes. Si, verdaderamente, la póliza era innecesaria, nosotros la hubiéramos despegado; pero ella no es quién para disponer. Se le negará el certificado».

«¡Delitsin, a ver si firmas un poquito más claro, que no eres consejero secreto!».

«A pesar de que en esta solicitud no hay pruebas concretas de que haya venido acompañada de algún “sentimiento de gratitud”, ciertos indicios denotan que algo había... ¿Dónde está el dinero?». Bajo esta frase, con otra letra, hay la siguiente anotación: «Tengo el honor de notificar a usía que el dinero, setenta y cinco rublos en total, le fue entregado a su esposa por Smirnov, en ausencia de usía. Firma: Liagavov».

En un pliego con la indicación: *Estrictamente confidencial*, alguien ha escrito:

«No comprendo estas indicaciones de *Confidencial* o *Estrictamente confidencial*. ¿Para qué hacer un secreto de estos hechos tan instructivos? Más valdría que los leyese todo el mundo y que se castigasen».

«No creo en la veracidad de esta baja por enfermedad. Shuliabin anuncia que se halla indispuesto, pero tengo noticias de que está en su casa y, con el pretexto de las almorranas, se dedica a redactar solicitudes para la gente.

»¡Que mañana se presente en la oficina!».

EN LOS BAÑOS PÚBLICOS

(В баһе)

I

—¡Oye, tú..., quien seas! —gritó un señor gordo, de blancas carnes, al divisar entre la bruma a un hombre alto y escuálido, con una barbita delgada y una cruz de cobre sobre el pecho—. ¡Dame más vaho!

—Yo no soy bañero, señoría... Soy el barbero. La cuestión del vaho no es de mi incumbencia. ¿Desea, en cambio, que le ponga unas ventosas?...

El señor gordo acarició sus muslos amoratados y después de pensar un poco contestó:

—¿Ventosas?... Bueno, ¿por qué no?... Pónmelas. No tengo prisa.

El barbero corrió a la habitación de al lado en busca de los aparatos, y unos cinco minutos después, sobre el pecho y la espalda del señor gordo proyectaban su sombra diez ventosas.

—Le he reconocido, señoría—... —empezó a decir el barbero, mientras aplicaba la undécima ventosa—. El sábado pasado se sirvió usted venir a bañarse aquí y me acuerdo de que le corté los callos. Soy Mijailo, el barbero... ¿No lo recuerda?... Aquel día me preguntó usted algo sobre las novias...

—¡Ah, sí!... ¿Y qué hay?

—Nada... Ahora estoy haciendo ejercicios espirituales y no quiero criticar porque es pecado, pero no puedo menos de decir a su señoría (y que Dios me perdone por mis censuras) que las novias ahora son muy ligeras y carecen de reflexión... Antes las novias aspiraban a casarse con un hombre serio, formal..., que tuviera un capitalito, que supiera hablar de todo y no se olvidara de la religión..., pero las de ahora..., ¡la instrucción es lo único que les interesa! No les des más que un hombre instruido...; de un comerciante o de un funcionario no quieren ni oír hablar... ¡Se ríen de ellos!... ¡Claro que la instrucción!... Un hombre instruido puede alcanzar un puesto muy elevado, mientras que otro que no lo es no pasa en toda su vida de escribiente y cuando se muere no deja ni siquiera para el entierro... ¡De esos hay muchos!... Por aquí suele venir uno de esos *instruidos*..., uno de Correos... Es un hombre que sabe de todo, hasta redactar telegramas..., pero no tiene ni para lavarse con jabón. ¡Da pena verlo!

—¡Pobre, pero honrado! —dijo una voz de bajo, ronca, que venía de la tabla de arriba—. ¡Hombres así deben ser nuestro orgullo! ¡La instrucción, cuando va unida a la pobreza, es testimonio de elevadas cualidades del alma!... ¡Mal educado!...

Mijailo miró de soslayo a la tabla de arriba.

Allí, golpeándose la frente con unos vergajos, estaba sentado un hombre

escuálido y huesudo... sólo compuesto, al parecer, de piel y de costillas. El largo pelo colgante que le cubría no permitía ver su cara, distinguiéndose tan sólo dos ojos llenos de desprecio y malignidad que miraban fijamente a Mijailo.

—Es uno de esos que se dejan el pelo largo... —dijo Mijailo haciendo un guiño significativo—. De esa gente que llaman... *de ideas*... ¡Cuántos de esos hay ahora! No se les puede cazar a todos. La conversación cristiana les repugna tanto como a las fuerzas maléficas el incienso... ¿Le oye usted defender la instrucción?... ¡Éstos son los que gustan a las novias de ahora! ¡Éstos precisamente señoría!... ¡Da asco!... Figúrese que este otoño me manda a llamar la hija de un pope y me dice «Búscame, *Michel*... (en las casas suelen llamarme *Michel*..., como rizo el pelo a las señoras...), búscame —dice— un novio. Pero que sea escritor». Por suerte, en aquel momento sabía yo de uno. Solía este frecuentar la taberna de Porfirii Emejianovich, a quien acostumbraba amenazar con hablar de él en el periódico. Cuando se le acercaba el mozo a cobrarle el vodka que se había bebido, le pegaba una bofetada y se ponía a gritar: «¿Cómo?... ¿Pedirme a mí que pague?... ¿No sabes acaso quién soy yo? ¿Ignoras que puedo perderte hablando de ti en el periódico?...». Era pequeñito y solía ir muy andrajoso... Yo le atraje hablándole del dinero del pope, le enseñé un retrato de la señorita, le alquilé un traje... ¡pero a la señorita no le gustó! «¡No tiene la cara bastante melancólica!», me dijo. Ella era la primera que no sabía qué diablo quería.

—¡Eso es una calumnia a la Prensa! —se oyó decir desde la misma tabla a la ronca voz de bajo—. ¡Y tú, una porquería!

—¿Porquería yo?... ¡Hum!... ¡Tiene usted la suerte, caballero, de que esta semana esté haciendo ejercicios espirituales!... ¡De no haber sido así, me hubiera dicho que *porquería* es una palabra...! Según eso, ¿también es usted escritor?

—Sea o no sea escritor, ¿con qué derecho hablas de lo que no entiendes? ¡Ha habido muchos escritores en Rusia y varios de ellos fueron de gran habilidad para su país, por lo que nuestro deber es honrarles y no hablar mal de ellos! Con esto me refiero lo mismo a los escritores profanos que a los religiosos.

—¡Los religiosos no se ocupan de tales asuntos!

—¡Eso no lo puedes comprender tú..., ignorante!... ¡Dmitrii Rostovskii, Innokentii Jersonskii, Filaret Moscovskii y demás hombres de la iglesia, contribuyentes con sus creaciones a la formación e la cultura!

Mijailo miró de reojo a su adversario y movió la cabeza.

—Éste me está resultando demasiado... —murmuró rascándose la nuca—, demasiado inteligente... ¡Por algo lleva esos pelos!... ¡Por algo!... Le comprendemos perfectamente —dijo en voz alta—, y ahora mismo vamos a demostrarle que sabemos la clase de persona que es. (Quédese un ratito con las ventosas, señoría, que yo enseguida vuelvo. Voy a decir solamente...).

Y Mijailo, acomodándose al andar los mojados pantalones y chapoteando con los pies descalzos, pasó a la habitación de al lado.

—Escucha... Ahora saldrá del baño uno de esos de pelo largo... —dijo

dirigiéndose al joven que vendía el jabón—. Vigílele... Es de esos que van sembrando la confusión entre la gente... De esos que andan a vueltas con las *ideas*... Habría que ir a buscar a Nazar Zajarevich...

—Debes decírselo a los muchachos.

Mijailo se dirigió a los muchachos encargados del guardarropa y les dijo en voz baja:

—Ahora va a salir uno de pelo largo... De esos que van sembrando la confusión entre la gente... Hay que vigilarlo e ir corriendo a avisar al ama y que mande a buscar a Nazar Zajarevich para que levante acta... ¡Dice unas cosas!... ¡Tiene unas ideas!...

—¿Cuál de pelo largo? —preguntan inquietos los muchachos—. Aquí no se ha quitado la ropa nadie de esas señas. En total se la han quitado seis. Dos tártaros, un caballero, dos comerciantes, un diácono... y nadie más. ¿A ver si es que has tomado al padre diácono por uno de esos de pelo largo de que hablas?...

—¡Diablo, las cosas que se os ocurren! ¡Yo sé lo que me digo!

Mijailo examinó la vestimenta del diácono, palpó su traje y se encogió de hombros... Una expresión de profundo asombro se deslizó por su rostro.

—¿Cómo es?

—Delgadito..., rubio..., con una barbita... Está constantemente tosiendo.

—¡Hum! —murmuró Mijailo—. ¡Entonces..., eso quiere decir que he ofendido a una persona del clero!... ¡Dios mío!... ¡Qué pecado! ¡Qué pecado!... ¡Yo, que estoy haciendo ejercicios espirituales, hermanos!..., ¿cómo voy a poder confesarme después de haber ofendido a una persona del clero?... ¡Perdona, Dios mío, al pecador!... ¡Corre a pedirle perdón!...

Y Mijailo, rascándose la nuca y con rostro afligido, se dirigió a los baños. Ya no estaba el diácono en la tabla de arriba, sino abajo, junto a los grifos y llenando de agua un barreño.

—¡Padre diácono! —le dijo Mijailo con voz llorosa—. ¡Perdone a este pecador, por el amor de Dios!

—¿Qué tengo que perdonarle?

Mijailo suspiró profundamente; se arrodilló ante el diácono e inclinándose hasta el suelo dijo:

—¡Haber pensado que en su cabeza había *ideas*...!

II

—Me asombra que su hija..., dada su belleza y su buena conducta... no se haya casado todavía —dijo Nicodim Egorich mientras subía a la tabla de arriba.

Nicodim Egorich Potichkin estaba desnudo como cualquier hombre desnudo, pero llevaba puesto un gorro sobre su cabeza calva. Tenía miedo a la congestión cerebral y al ataque de apoplejía, por lo que tomaba siempre su baño de vapor con su gorro encima de la cabeza. Su compañero Macar Tarasich Peschkin, viejecillo de

piernas delgaduchas y azuladas, al escuchar esta pregunta se encogió de hombros y dijo:

—No se ha casado porque Dios no me ha dotado de suficiente carácter. Soy demasiado tímido, Nicodim Egorich, y ahora no sirve de nada la timidez. Los novios de ahora son feroces y hay que tratarlos con procedimientos adecuados.

—¿Cómo feroces?... ¿Desde qué punto de vista?...

—¡Muy consentidos!... Hay que emplear con ellos la severidad, Nicodim Egorich... No andar con contemplaciones y, si es necesario, pegarles unas cuantas bofetadas y acudir a la Policía... ¡Eso es lo que hay que hacer!... Son gente inútil..., sin ningún valor...

Los dos amigos se tumbaron el uno al lado del otro sobre la tabla y empezaron a darse golpes con los vergajos.

—Sin ningún valor... —prosiguió Macar Tarasich—. A mí me han hecho sufrir bastante..., ¡canallas!... Si mi carácter fuera más firme..., hace tiempo que mi Dascha estaría casada y tendría una porción de niños... ¡Eso es!... A decir verdad, ahora, en el campo femenino, señor mío, hay un cincuenta por ciento de solteronas... ¡Y observe bien, Nicodim Egorich..., que todas estas mozas tuvieron novios en su juventud!... ¿Por qué no se casaron?... ¿Cuál fue la causa?... No se casaron porque los padres no supieron retener al novio y le dejaron escapar.

—Exacto.

—El hombre de hoy en día está muy consentido..., es necio y despreocupado. Todo lo quiere gratis y con ventaja. Le das lo que se le antoja y encima te pide dinero... Cuando se casa calcula: «Si me caso, tendré dinero». ¡Lo de menos es que coma, que zampe y que acepte mi dinero..., pero que haga siquiera la merced de casarse con la criatura!... Porque a veces, además de que te cuesta el dinero, acabas sufriendo y llorando. Los hay que hacen la corte a la muchacha y que cuando llegan al punto decisivo, esto es, al momento de ir a la iglesia, se vuelven atrás y se ponen a hacer la corte a otra. ¡Desde luego, el noviazgo es muy agradable!..., ¡encantador!... Le dan a uno de comer, de beber, le prestan lo que necesita... Por eso el novio sigue así hasta la vejez, y cuando le llega la muerte ya no le hace falta casarse. Algunos están calvos, tienen el pelo blanco y se les doblan las rodillas... ¡pero siguen de novios!... Hay otros que no se casan por pura estupidez. Un hombre tonto no sabe él mismo lo que quiere, y por eso tan pronto le parece mal una cosa como otra. Frecuenta las casas..., hace el amor..., y de pronto, sin que se sepa por qué, sale diciendo: «No puedo casarme. No me da la gana casarme». Como ejemplo puedo citarle al señor Catavasov, el primer novio de Dascha..., maestro de escuela y consejero titular al mismo tiempo... Había estudiado todas las ciencias. Francés, alemán, matemáticas..., y luego resultó ser un majadero. ¡Un perfecto estúpido y nada más!... ¿Se ha dormido usted, Nicodim Egorich?

—No, no... Es que me agrada cerrar los ojos.

—Así, pues..., como le digo..., empezó a hacer la corte a mi Dascha. He de

advertirle que entonces Dascha no había cumplido todavía los veinte años. ¡Era un asombro de muchacha! ¡Un dátíl!... Gruesa..., formal... El consejero civil Ciceronov le pidió de rodillas que fuera de institutriz a su casa, pero ella no quiso. Catavasov empezó a frecuentar la nuestra, venía diariamente y se quedaba hasta la noche conversando con ella sobre física y otras diversas ciencias. Le traía libros, le oía tocar el piano... Lo que más le interesaba eran los libros, pero mi Dascha no necesitaba libros... Como también ella era muy erudita, libros no le faltaban... Él, sin embargo, le estaba siempre diciendo que leyera esto y que leyera lo otro... ¡Un aburrimiento de muerte!... Observé, no obstante, que la quería y que ella tampoco parecía tener nada en contra de él..., aunque solía decirme: «No me gusta, papaíto, que no sea militar...». Cierto que no era militar, pero tenía una buena posición..., un carácter noble..., no era borracho..., conque ¿qué más se podía pedir?... Solicitó su mano..., se les bendijo ¡y ni siquiera se informó del dote!... Sobre este punto... ¡silencio! Lo mismo que si hubiera sido un ser incorpóreo que puede pasarse sin un dote. Se fijó el día de la boda, ¿y qué se figura usted que pasó?... ¿Eh?... Pues que tres días antes de ésta se me presenta en la tienda el propio Catavasov, con los ojos irritados, el rostro pálido como si le hubieran dado un susto y temblando con todo su cuerpo.

—¿Qué se le ofrece? —le pregunté yo.

—¡Perdóneme, Macar Tarasich! —dijo él—, pero no puedo casarme con Darla Macarevna, ¡Me he equivocado! —dijo—. ¡Su florida juventud..., su imaginación..., me hicieron pensar que había de encontrar en ella el terreno..., digamos..., la frescura espiritual!... ¡Veo, sin embargo, que ya ha tenido tiempo de adquirir otras inclinaciones!

Dice que le atrae la vanidad, que no sabe lo que es trabajar y que con la leche de su madre ha mamado... Yo no me recuerdo qué era lo que había mamado... Él seguía hablando y llorando al mismo tiempo. Yo, señor mío, me limité a enfadarme y le dejé marchar. Ni me dirigí al juez, ni fui a quejarme a su jefe, ni dije nada por la ciudad. Si hubiera acudido al juez, seguro que se hubiera asustado y se hubiera casado... A la autoridad le tendría sin cuidado lo que ella había mamado... ¿Te has prometido a una joven?... ¡Pues tienes que casarte, y se acabó!... ¿Oyó usted hablar de un comerciante llamado Kliakin?... Era un *muzhik*, ¡pero qué ocurrencia tuvo!... También el novio de su hija, que había reparado en que la cuestión del dote no estaba del todo clara, empezó a protestar. Kliakin entonces se encerró con él en la despensa, sacó de su bolsillo una gran pistola con todas las balas en regla y le dijo: «¡Jura delante de la imagen que te casarás! ¡Si no lo haces —dijo—, ahora mismo te mataré, canalla! ¡Ahora mismo!...». El joven juró y se casó. ¿Lo está usted viendo?... Yo, en cambio, no soy capaz de hacer eso ni de pegarme con nadie... En otra ocasión, un funcionario ucraniano..., un tal Briusdeneo..., vio a mi Dascha y se enamoró de ella. Iba tras de ella, rojo como un cangrejo y diciéndole una porción de cosas. Su boca despedía calor, como una estufa. Se pasaba el día entero sentado en nuestra casa y la noche paseando bajo las ventanas. También Dascha había empezado a quererle. Le

gustaban sus ojos, porque decía que en ellos había, ¡fuego y negrura de noche!... Así, pues, el ucraniano venía a visitarnos, y un día se decidió a pedir la mano de Dascha. Ésta, que puede decirse que estaba encantada..., se la concedió. «Comprendo, papaíto —me dijo—, que no es militar; pero como, en cambio, pertenece al departamento de *Asuntos Eclesiásticos*..., o sea, como si fuera de intendencia, le quiero mucho...». Se veía que la muchacha, a pesar de su juventud, sabía distinguir... ¿Se fija usted cómo dijo «¡De intendencia!»?... Cuando el ucraniano se enteró del dote, regateó un poco conmigo, pero dijo que estaba conforme con todo. Lo único que quería era que la boda se celebrara lo antes posible. Pues bien..., cuando llegó el día de los esponsales y vio reunidos a los invitados, se agarró la cabeza con las manos y exclamó: «¡Dios mío! ¡Cuántos parientes tiene! ¡No estoy conforme..., no! ¡No puedo! ¡No quiero! ...». Y así dale que dale. Yo intenté por todos los medios tranquilizarle. Pero ¿se ha vuelto loco su señoría?... ¡Cuántos más parientes, más honor!... Pero él no estaba de acuerdo con esto. Cogió su gorro y no volvimos a verle más. Le contaré también otro caso: El guardabosque Alialiev pretendió casarse con Dascha. La quería por su inteligencia y por su conducta. A su vez, Dascha se enamoró de él. Le agradaba su carácter equilibrado. Era, en efecto, un hombre bueno y noble. Procedió en aquella ocasión con mucha seriedad. Se enteró de la cuantía de la dote, revolvió todos los baúles y reprendió a Matriona por no haber sabido preservar bien las capas de la polilla. A mí también me dio una lista de sus haberes. Era, desde luego, un noble carácter y una persona seria (es un pecado hablar mal de él) y, a decir verdad, a mí me gustaba enormemente. Se pasó dos meses regateando conmigo. Yo le daba ocho mil, pero él quería ocho mil quinientos. Regateábamos y regateábamos constantemente. Se daba el caso de que nos sentáramos a tomar el té, lleváramos bebidos quince vasos y siguiéramos siempre regateando... Yo subí hasta doscientos, pero él no quiso aceptar. ¡Y eso fue lo que nos separó!... ¡Trescientos rublos!... Él se fue todo pálido y lloroso... ¡Quería tanto a Dascha!... Ahora, pecador de mí, me culpo a mí mismo... Debería haberle dado los trescientos rublos o haberle asustado o avergonzado delante de la ciudad entera..., o haberle metido en una habitación oscura y propinado unas cuantas bofetadas, ¡Ahora me doy cuenta de que el que perdió fui yo! ¡Perdí por tonto!... Pero ¡qué se le va a hacer, Nicodim Egorich!... Mi carácter es así..., demasiado tímido.

—Demasiado tímido..., exacto. Bien..., yo ya me voy. Siento la cabeza un poco pesada.

Nicodim Egorich se golpeó con los vergajos por última vez y bajó. Macar Tarasich agitó los suyos con renovado brío y suspiró.

EL HOMBRE Y EL PERRO

(Разговор человека с собакой)

Era una fría noche de luna. Alexei Ivanich Románsov alzó la aldabilla verde, abrió sigilosamente la cancela y penetró en el patio.

—El hombre —filosofaba tambaleándose y orillando el estercolero— no es más que un espejismo, polvo, cenizas... Hasta el gobernador, Pavel Nikolaich, está hecho de tierra. Su aparente majestad es una ilusión, una voluta de humo... Para deshacerla basta un soplo...

—¡¡Grrrr!! —llegó un rugido hasta los oídos del filósofo.

Románsov volvió la cara y vio, tan sólo a dos pasos, un descomunal perro negro, un perro pastor estepario, del tamaño de un lobo gigantesco. El terrible animal, apostado junto a la garita del guarda, hacía tintinear la cadena. Románsov le miró, meditó un instante y puso cara de asombro. Pero no tardó en encogerse de hombros, mover la cabeza y sonreír.

—¡¡Grrrr!! —repitió la fiera.

—No lo comprendo —exclamó Románsov abriendo los brazos extrañado—. ¿Tú..., tú te atreves a gruñirle a un hombre? ¿Eh? Nunca he podido ver cosa igual. ¡Que Dios me castigue si miento! ¿Acaso no sabes que el hombre es la cima de la creación? Fíjate bien... Me acercaré para que me veas... ¡Soy un hombre! ¿O crees que no? ¿Soy un hombre o no lo soy? ¡Explícate!

—¡¡Grrrr!! ¡¡Guau, guau!!

—¡Vengan esos cinco! —dijo Románsov alargando su mano al perro—. Venga esa pata... ¿No me la das? ¿No quieres? Pues ni falta que hace. Lo anotaremos. Pero permíteme que te toque el hocico... Es por amor...

—¡¡Guau, guau!! ¡¡Grrrr..., guau, guau!!

—¡Ah! ¿De manera que a morder? Muy bien, muy bien... Lo tendremos en cuenta. ¿De modo que te importa un bledo que el hombre sea la corona del universo, el rey de los animales? Quiere decirse que serías capaz de morder hasta a Pavel Nikolaich, ¿no es así? Ante Pavel Nikolaich todo el mundo cae de rodillas, pero a ti resulta que te da lo mismo él que el último de los objetos... ¿Es cierto o no es cierto? ¡Ah, entonces está claro que eres un socialista! ¡Quieto ahí, y contesta a lo que te pregunto! ¿Eres socialista?

—¡¡Grrrr..., guau, guau!!

—Cuidado..., cuidado..., no muerdas... ¿De qué te estaba hablando? ¡Ah, ya recuerdo! Del polvo. Se disuelve de un soplo. ¡Pff! Y uno se pregunta: ¿Para qué vivimos? Nuestras madres se atormentan para darnos a luz, comemos, bebemos, estudiamos, morimos... Y todo ello, ¿para qué? ¡Somos polvo! ¡El hombre no vale nada! Tú, como perro que eres, no entiendes ni una palabra, pero ¡si pudieras... mirar

dentro del alma de uno! ¡Si pudieras penetrar en la psicología!

Románsov agitó varias veces la cabeza y escupió:

—¡Fango!... ¿Crees que soy Románsov, secretario colegial^[350], rey de la creación? ¡Pues te equivocas! Soy un granuja, un concusionario, un hipócrita. ¡Soy un asco!

Dándose un puñetazo en el pecho, Alexei Ivánich se echó a llorar:

—Soy un delator, un soplón... ¿Piensas que no fue por culpa mía por lo que despidieron a Egorkal Komiushkin? ¿Eh? ¿Y quién fue, permítame la pregunta, el que se quedó con los doscientos rublos de una suscripción y luego le echó la culpa a Surguchov? ¿No fui yo? ¡Soy un reptil, un fariseo, un judas! ¡Un tiralevitas, un corrompido, un canalla!

Al llegar aquí, se limpió las lágrimas con la manga y rompió en sollozos:

—¡Toma, muérdeme! Nadie me ha dicho nunca una palabra de reconvención... Para sus adentros, todos me tienen por un truhán, pero ante mí, sonrisas y alabanzas. ¡Ojalá alguien me hubiera aporreado los hocicos alguna vez y me hubiera soltado cuatro frescas! ¡Toma, perro! ¡Muérdeme! ¡Despedaza a este maldito hereje! ¡Destroza a este traidor!

Románsov se tambaleó y cayó sobre el perro:

—¡Así, así! ¡Desgárrame la jeta! ¡No me importa! Me duele, pero no tengas piedad. ¡Toma, muérdeme también las manos! ¡Ya corre la sangre! ¡Es lo que te mereces, villano! ¡Así!... *Merci*, Zhuchka... o como te llames. *Merci*. Haz también jirones el abrigo. Todo es producto del crimen: ¡vendí a mi prójimo y compré este abrigo con lo que me dieron! Y también la gorra con la escarapela... Pero ¿de qué estaba hablando? Es hora de irse... ¡Adiós, perrito! ¡Adiós, tesoro!

—¡¡Grrrr!!

Románsov acarició al perro y, poniéndole la pantorrilla para que le mordiese una vez más, se arrebujó en el abrigo y se dirigió a su puerta haciendo eses...

Mediado el día siguiente, cuando se despertó, quedó sorprendido: tenía la cabeza, las piernas y los brazos envueltos en vendajes; y junto a la cama vio a su mujer, lloriqueando, y al médico con aire de preocupación.

SOBRE MARZO, ABRIL, MAYO, JUNIO, JULIO Y AGOSTO

(NOTAS FILOLÓGICAS)

(О марте. Об апреле. О мае. Об июне и июле. Об августе)

SOBRE MARZO

El mes de marzo recibió su nombre de Marte que, se cree al manual de Ilováiskii^[351], era el dios de la guerra. La hoja de servicio de esta almita-militar está perdida, y por eso no se sabe casi nada de su persona. A juzgar por el carácter de sus empresas amorosas y el crédito de que gozaba con Baco, se debe pensar que él, al ocupar el puesto de dios de la guerra, fue asignado a la infantería de la armada, y tenía un grado no menor al de capitán ayudante. Su tarjeta de visita era probablemente así: *Capitán ayudante Marte, dios de la guerra*. Por lo tanto, marzo es el mes de los militares y de todos aquéllos, que tienen roce con el departamento militar: los intendentes, los médicos militares, los pintores de batalla, las estudiantes de instituto y demás. Figura en la plantilla de rangos como el tercer mes del año, y tiene por permiso de la jefatura treinta y un días. Los romanos, en este mes, celebraban las tal llamadas *Hilaria*, festividad en honor de Nikíta Hiliárov-Platónov^[352] y de la diosa Cibeles. Cibeles se llamaba la diosa de la tierra. En su certificado de nacimiento consta que era hija del Sol, esposa de Saturno, madre de Júpiter, en una palabra, un personaje astronómico con derecho a apartamento público en el observatorio Púlkovskaya^[353]. Inventó el tambor, el trombón, el caramillo y el arte veterinaria. Era, por lo tanto, música y curandera, una combinación que las músicas modernas ignoran. En este mismo mes, los romanos celebraban el santo de Venus, la diosa del amor, el matrimonio (legal e ilegal), la belleza, los polisones y los ungüentos mercuriales. Nació esta Venus de la espuma marina, de la misma forma que nuestras señoritas nacen de la muselina^[354]. Fue esposa del cojo Vulcano, que acuñaba monedas falsas para los dioses y hacía redes finas para la caza de los amantes audaces. Vivía de la manutención de todos los dioses y amaba con desinterés sólo a Marte. Cuando le cansaban los dioses, descendía a la tierra y armaba pequeñas intrigas entre los funcionarios de la administración civil: Eneas, Adonis y otros. Protege a los peluqueros de damas, los maestros de literatura y al doctor Tamóvskii^[355]. En la fiesta de marzo, le traían de ofrenda gatos y alumnos de gimnasio, que empiezan a enamorarse comúnmente desde marzo. Entre nuestros antepasados, marzo se llamaba abedumal. Karamzin^[356] pensaba que nuestros

antepasados quemaban en marzo carbón de abedul, de donde procede, en su opinión, el motejo de abedumal. Las personas que han sido muy zurradas, saben que esa palabra procede de las palabras «abedul» y «mal», ya que el abedul nunca trabaja con tanto mal y energía, como antes de los exámenes^[357]. Para nuestro Néstor^[358], marzo era el primer mes del año. Para los romanos también.

SOBRE ABRIL

Abril recibió su nombre del verbo latino de cuarta conjugación *aperire*, que significa abrir, desplegar, ya que en este mes la tierra se despliega, para dejar brotar de sí las plantas. Así se le despliega al joven la barbilla, para dar paso libre a la barba deseosa de crecer. En el reinado de Nerón, este mes fue llamado Neroneus, por los méritos obtenidos por Nerón en el servicio a la patria; pero después, por descuido de la policía romana y enfriamiento del patriotismo romano, perdió ese motejo. Tiene treinta días, según la cantidad de monedas de Judas. En los monumentos de la antigüedad, este mes se representa con un holgazán bailando, guiñando el ojo izquierdo y con los faldones levantados. En sus manos unas castañuelas, a sus pies un caramillo, de su bolsillo asoma media botella. Evidentemente, era un borracho, sabía muchos chistes escabrosos y vivía de medios indefinidos. Comúnmente, delante de su imagen se ponía la estatua de Venus. En el pedestal de esta estatua, un lector joven podría percibir no pocas figuras geométricas, referentes a la semejanza de los triángulos y la doctrina de los límites. Tanto Abril como Venus no entendían nada de geometría, y por eso aquí conviene percibir una alegoría: por el placer del amor, se puede pisotear incluso la geometría, ¡un sentido, sin tomar en cuenta la cercanía de los exámenes, funesto! Nuestros antepasados nombraron a abril florecencia, o florecimiento, en honor de las flores, que florecen en este mes en las macetas de flores del lado petersburgués, y en las fisonomías de los junkers^[359].

La costumbre de timar al prójimo el primer día de abril existe en todas partes, incluso en las orillas de Makláí^[360]. Sobre la procedencia de esta costumbre disertan de forma diversa. Unos dicen que tuvo su inicio en las West Indies, donde los indios, ese día, se dedican a un timo inocente: se envían los unos a los otros a lugares distintos con pretextos inventados, y después se ríen a carcajadas de los engañados. Otros ponen esta costumbre en relación con las cuentas, que en la antigüedad preparaban los funcionarios de los consistorios para el primero de abril. Debido a que el timo mutuo se ha hecho en nuestro tiempo un fenómeno habitual, esta costumbre perdió su sal y empezó a esfumarse gradualmente, pero antaño, cuando mentían menos, estaba muy de moda. Cuentan que en uno de los primeros de abril, una *troupe* de actores alemanes, que brindaba funciones en Petersburgo, en tiempos de Pedro, prometió una «función brillante», y cuando el público empezó a quejarse en el teatro, colgó de la cortina una transparencia con el letrero: «Primero de abril». No

hubo espectáculo. Pedro no se enfadó con la broma y solo, al salir del teatro, profirió: «¡El libertinaje de los comediantes!». Si esa *troupe* no se olvidó de cobrarle dinero al público antes del espectáculo, pues se debe lamentar que no todos nuestros actores modernos conocen esa anécdota histórica.

SOBRE JUNIO Y JULIO

En mayo y agosto las personas rusas andan en pellizas y los dientes les chasquean, por consiguiente, el verano ruso se compone sólo de junio y julio. Entre las tormentas veraniegas y las bonanzas, entre el torbellino de Zukki^[361] y Montbazón^[362] estos dos meses pasan con tanta rapidez, que ya es hora de considerarlos un mes, además de que ambos empiezan con *ju*, están en el calendario juntitos y ambos son sudoríferos... La unificación de dos meses en uno traería consigo una disminución de los gastos: la fecha 20 ocurriría una vez, y no dos veces. Junio recibió su nombre de la palabra *junior*, que significa joven, alumno de gimnasio, ya que en este mes los alumnos de gimnasio maduran y, aunque los maduros no dan frutos, de todas formas reciben certificado de madurez.

Entre los romanos junio estaba dedicado a Mercurio, un dios de segunda categoría que se dedicaba al comercio. Este Mercurio se consideraba el protector de los dueños de las cajas de crédito, los tahúres y los caballos bayos de los mercaderes. Prestaba dinero a los dioses con interés, bailaba la cuadrilla en los salones y se tomaba nueve samovares al día; tenía la medalla del servicio a las instituciones benéficas, a las que abastecía de leña de modo gratuito, acumulando en esto «rublo tras rublo»; amaba a Moscú, donde tenía una taberna, comía palomas en las barracas y editaba un periódico obscuro bien intencionado. En junio ocurrieron los hechos siguientes: se emitió una orden que prohibía vender gente viva en los bazares, y fue fundada una escuela de jurisprudencia para la cría de ayudantes de fiscales en Rusia... En este mismo mes, por testimonio de Ilováiskii, ocurrieron en París hechos sangrientos (probablemente, la disentería). Julio, por patrocinio de Marco Antonio, recibió su nombre de Julio César, un buen chico que atravesó el Rubicón y escribió *De bello galico*, una obra, en opinión de los maestros de lengua latina, digna de doce lecciones por semana. Fue dedicada a su excelencia, el señor director de la cancillería celestial, consejero civil activo y caballero, Júpiter. Siendo de procedencia divina, el señor Júpiter, con todo, se dedicaba sólo a cuestiones humanas: jugaba al *wint*, se bebía la de la amargura y se paseaba por el lado de las fresitas. Los jóvenes clásicos no ignoran sus cortejos a la vaca Ío. El sol ingresa al signo de Leo en julio, en aras de lo que todos los caballeros de *El León y el Sol* tienen su santo en julio. Para los escritores julio es un mes infortunado. La muerte, con su lápiz rojo implacable, tachó en julio a seis poetas^[363] rusos y a un Pávva Berínda^[364]. Entre nosotros, en Rusia, debido a los fuertes calores julianos, el príncipe Mieschévskii^[365] escribe apuntes que

son leídos en las escenas de provincia por Andréev-Burlák^[366]. Después de julio sigue el otoño.

SOBRE AGOSTO

Mes de todas las clases de frutos. El aldeano recoge en su granero los frutos de su labor anual, y no tiene dónde hincar el diente. Los taberneros cobran las deudas, los campesinos descansan de las labores. La abundancia de frutos terrenos admira al extranjero a tal grado, que le da calambres: la manzana mediana vale cincuenta kopeks, la pera un rublo, y la compra de un melón trae consigo tuberculosis de bolsillo. Las señoras van en aras de la cura de la uva a Yalta, donde la uva es sólo dos veces más cara que en Helsingfors^[367]. ... Agosto es fructífero en todos los sentidos. Esa tarde encapotada, en que la virgen iba por los lugares desiertos y llevaba los frutos en sus manos trémulas, fue precisamente en agosto. Los frutos de mala índole crecen entre nosotros todos los meses. Entre los romanos agosto era el sexto del año y se llamaba *sextilis*, entre nosotros es el octavo, y se llama agosto en honor al emperador romano Augusto, fundador como es sabido de la orden agustiniana, y compositor de la romanza «*Ah, mein lieber Augustin*»^[368]. En este mes el sol ingresa al signo de Virgo, por lo que la naturaleza adquiere un aspecto lánguido, amargo, melancólico. Todo lo que alegraba la vista en verano, en agosto produce tristeza. Las hojas se ponen amarillentas, la hierba herrumbrosa, las veraneantes pierden la cabeza y corren de las casas de campo a la ciudad, donde son comidas vivas por los dueños de las casas. Los días se hacen más cortos, como si la luz del día ingresara a la dirección del departamento intendente; los hígados, el reumatismo y las malas esposas se desatan, como las puertas no aceitadas con las corrientes de aire. Los pantalones claros, los sombreros de pajilla, los chalecos de piqué, las guerreras, los paletos, todo eso se polvorea para las polillas con apestosa naftalina, y se esconde por un tiempo diabólicamente largo en los baúles de *mamásha* o de abuelita. Las temporadas teatrales, escolares y nupciales van vestidas con capuchones enguatados de funcionario. Quien en verano estuvo de perezoso, hizo travesuras y no obedeció a los padres, en agosto estudie o cáse... Los más inteligentes de todos en agosto resultan los pájaros y los osos. Los primeros se reúnen en bandadas, e intentan volar lo más lejos posible del invierno con sus diversiones, reseñas, unidades y montones de nieve; los segundos se llevan las garras a las bocas, se duermen plácidamente, y van a dormir a pesar de todo; incluso si Zúkki conviene quedarse todo el invierno en Rusia, ellos no se van a despertar. En agosto empieza el tal llamado «verano de mujer», cuando la naturaleza es una mujer por completo: ya sonríe, ya está de malas. Entre nuestros antepasados agosto se llamaba segador. «En los primeros días de este segador —escribían los antepasados—, el secretario Obdiránskii y el oficinista Oblupánskii le dieron cien vueltas a Mamái»...

PENSAMIENTOS NADA PERNICIOSOS

(Не тлетворные мысли)

¿Lo que desean es que en el Polo Norte crezcan dátiles y piñas? Manden hacia allí secretarios de consistorio eclesiástico y escribientes de consejo médico. Nadie sabrá *caldear el ambiente* mejor que ellos.

En la naturaleza todo es justo. Al convertir a un hombre en arena al final de su vida, la naturaleza está mitigando al mismo tiempo las manchas de tinta que ha ido dejando a lo largo de su vida...

Los parientes lejanos son nuestros más próximos. Ámalos.

El lugar no hace al hombre, sino que el hombre hace al lugar. Por eso un teatro no hace al policía que está a la entrada del teatro, pero el policía sí hace al teatro.

Mejor canario perverso que lobo piadoso.

Si tu mujer llora con frecuencia, utiliza papel secante. No es ingenioso, pero sí práctico.

A CUAL MEJOR

(Оба лучше)

—Que no dejéis de ir, *mes enfants*^[369], a casa de la baronesa de Sheppling (con dos pes) —repitió por décima vez mi suegra mientras mi joven esposa y yo nos acomodábamos en el coche—. La baronesa es vieja amiga mía... Y ya, de camino, pasad a ver a la generala Zherebehikova. Se enfadaría si no lo hicierais.

Instalados en el coche, salimos para hacer las visitas de recién casados. Me pareció que el rostro de mi mujer acababa de adquirir una expresión solemne; yo, en cambio, arrugué el mío y me puse melancólico. Muchas diferencias existían entre ella y yo, pero ninguna me ocasionaba tantos sufrimientos espirituales como la disparidad de rango de nuestros amigos y conocidos. En la lista de los suyos destacaban las coronelas, las generalas, la baronesa Sheppling (con dos pes), el conde Derzái-Chertovschínov y un montón de señoritas aristocráticas, compañeras de instituto; los conocidos por parte mía eran en su totalidad de *mauvais ton*^[370]: mi tío, oficial de prisiones retirado; mi prima, dueña de un taller de costura; los compañeros de oficina, borrachos recalcitrantes y troneras, ninguno de los cuales había alcanzado un rango superior al de consejero titular^[371]; el tendero Plevkov y otra morralla por el estilo. Me sentía cohibido. Para ahorrarme bochornos, lo mejor hubiera sido no visitar a ninguno de mis parientes o amigos, pero ello traería consigo mil reproches y disgustos. A la prima quizá hubiéramos podido dejarla de lado, pero las visitas al tío y a Plevkov eran inevitables: el primero me había prestado dinero para la boda, y al segundo le debía los muebles.

—Ahora, almita, vamos a casa de mi tío Pupkin —comencé a preparar a mi mujercita—. Procede de un linaje antiguo, y su tío es vicario de no sé qué episcopado; pero es muy original y vive como un cerdo. Aclaremos: el que vive como un cerdo no es el vicario, sino mi tío. Te llevo para darte ocasión de reírte un rato. Es un hablador horrible...

El coche se detuvo ante una casucha de tres ventanas con los postigos grises y mohosos. Descendimos y llamamos. Oyose un fuerte ladrido; tras él, un enérgico: «¡Fuera, maldito!», chirridos, trasteo en la cerradura. Por fin se abrió la puerta, y pasamos al recibidor. Allí nos recibió mi prima Masha, una chicuela vestida con la chaqueta de su madre, y con la nariz sucia. Fingiendo no reconocerla, avancé hasta el perchero, del que pendían el abrigo de mi tío, de piel de zorra, unos pantalones y una falda almidonada. Mientras me quitaba los chanclos, miré tímidamente a la sala: allí estaba mi tío, sentado a la mesa, en batín y con los pies descalzos metidos en unas babuchas. La esperanza de no encontrarle en casa se vino por los suelos. Entornados los ojos, y llenando con sus resoplidos toda la casa, el tío trataba de sacar con un

alambre varias cáscaras de naranja de una garrafita de vodka. Tenía un aire concentrado y atento, como si estuviera inventando el teléfono. Pasamos. Al vernos entrar, Pupkin, azorado, dejó caer el alambre y, recogién dose los faldones del batín, huyó de la sala.

—¡Ahora vengo! —gritó.

—Ha puesto pies en polvorosa —me eché a reír, rojo de vergüenza y temeroso de mirar a mi mujer—. ¿Verdad que es gracioso, Sonia? Un tipo originalísimo... Pues fíjate qué mobiliario: una mesa de tres patas, un piano paralítico, un reloj de cuclillo... Pudiera creerse que aquí no viven personas, sino mamuts...

—¿Qué representa ese dibujo? —me preguntó ella, mirando los cuadros que pendían de la pared alternando con fotografías.

—Es el anacoreta Serafín dando de comer a un oso en el desierto. Y éste es un retrato del vicario cuando no era más que inspector del seminario... Como verás, lleva la Orden de Santa Ana... Una figura venerable... Yo... (*Yo me soné la nariz*).

Pero nada me avergonzaba tanto como los olores. Olía a vodka, a naranjas podridas, a aguarrás, con el que combatían allí la polilla, y a posos de café, lo que, en su conjunto, daba un penetrante olor acre. Entró mi primo Mitia, un estudiantino pequeño de grandes orejas de soplillo, dio un taconazo al estilo militar, recogió las cáscaras de naranja, quitó la almohada del diván, aventó con la manga el polvo del piano, y volvió a salir. Probablemente, le habían mandado a «limpiar».

—¡Ya me tenéis aquí! —apareció, por fin, el tío abrochándose el chaleco—. ¡Aquí estoy ya! Me alegro mucho, una barbaridad... Sentaos, por favor. Pero no en el diván, que tiene rota una pata trasera. Siéntate, Sonia.

Tomamos asiento. Siguió una pausa, durante la cual, Pupkin estuvo pasándose la mano por las rodillas, y yo, totalmente corrido, procuré no mirar a mi esposa.

—Vaya, hombre... —comenzó a hablar mi tío, fumando un cigarro puro, como hacía siempre que tenía huéspedes—. Quiere decirse que te has casado... Pues sí... Por una parte está bien: un ser querido al lado, amor, romanzas... Pero en cuanto empiecen a venir chiquillos vas a dar más alaridos que un lobo: unas botas para éste, unos calzones para aquél, el instituto para el otro... y Dios sabe cuántas cosas más. Mi mujer, gracias al Señor, tuvo muertos la mitad de los que dio a luz.

—¿Qué tal va esa salud? —le pregunté deseoso de variar de tema.

—¡Mal, hermano! Hace poco me pasé tumbado un día entero: dolores de pecho, escalofríos, fiebre... Mi mujer me aconsejó que tomara quinina y no me excitase. Pero ¿cómo no va uno a excitarse aquí? Desde por la mañana tengo mandado que limpien la nieve del porche, y ya ves: no se mueve un ser viviente: ¡No voy a limpiarla yo mismo! Soy una persona enferma, débil... Tengo unas almorranas internas que me matan...

Confuso y avergonzado, me puse a sonarme ruidosamente.

—O quizá todo me lo produzca el baño —continuó mi tío, mirando pensativo, por la ventana—. Pudiera ser. El jueves, ¿sabes?, estuve en el baño de vapor cosa de tres

horas. Y el vapor irrita las almorranas. Los médicos dicen que el baño perjudica la salud. Eso, señora, no es cierto. Yo estoy acostumbrado desde pequeño, porque mi padre tenía una casa de baños en la calle Kreschátik, de Kiev. A veces pasaba todo el día metido allí. Es un placer que no se puede pagar con nada...

Mi bochorno llegó al máximo. Levánteme y, tartamudeando, traté de despedirme.

—¿Adónde tan pronto? —extrañose mi tío y me agarró de una manga—. Si va a salir la tía ahora mismo... Tomaremos un bocado, lo que Dios ha tenido a bien mandarnos, y probaremos un poco de licor casero. Tenemos algo de carne en salazón, y Matia ha ido por mortadela... ¡Hay que ver lo ceremoniosos que sois! Te has vuelto orgulloso, Senia. Y eso no está bien. El vestido de novia no se lo habéis encargado a Glasha. Mi hija Glasha, señora, tiene un taller de costura... Sé que se lo ha hecho a usted *madame Stepanide*, pero ¿es que la Stepanidka puede compararse con nosotros? Además, le hubiéramos llevado más barato...

No recuerdo cómo me despedí del tío ni cómo llegué hasta el coche. Me sentía destruido, pisoteado, y a cada instante esperaba oír la risa despectiva de mi mujer, que era persona educada en un instituto...

«¡Pues anda, que lo que nos espera en casa de Plevkov! —pensaba yo, petrificado de horror—. ¡Que se acabe esto pronto, no se los lleve a todos el diablo! ¡Para desgracia mía, no tengo un solo general conocido! Conozco un coronel retirado, pero tiene una cervecería... ¡Si seré desdichado!...».

—Sonia —me dirigí a mi mujer medio llorando—: Perdona que te haya traído al establo que acabamos de visitar... Quería que te rieses un rato, que vieses tipos raros... No tengo la culpa de que haya resultado todo tan bajo y repugnante... Perdóname...

La miré temeroso y vi más aún de lo que mi aprensión me hacía recelar: los ojos de mi esposa estaban llenos de lágrimas; tenía las mejillas rojas, sin que pudiera distinguirse si era de vergüenza o de ira; y sus manos pellizcaban febrilmente los flecos de la cortinilla del coche. Sentí como una ola de calor y una especie de estirones en todo el cuerpo.

«Aquí comienza mi martirio», pensé, mientras notaba que los brazos y las piernas se me ponían pesados como el plomo.

—Pero ¿qué culpa tengo yo, Sonia? —se me escapó la pregunta con un gemido—. Es tontería que te pongas así... Serán unos cerdos, unos ineducados, pero no soy yo quien los ha traído al mundo...

—Si no te gustan tus conocidos por simples —sollozó ella mirándome con ojos de súplica— no sé qué vas a pensar de los míos... Me da vergüenza, y no me atrevo a contártelo de ninguna manera... Palomito mío querido: la baronesa de Sheppling empezará por referirte que mi madre fue ama de llaves suya, que mi madre y yo somos unas ingratas porque no le recompensamos sus antiguos favores ahora que está arruinada y en la pobreza... Pero no la creas. Esa cínica encuentra gusto en mentir. Te juro que en todas las festividades le mandamos un paquete de azúcar y una libra de té.

—¿Hablas en serio, Sonia? —me maravillé al oírla y noté que el plomo abandonaba mis brazos y mis piernas mientras una deliciosa sensación de alivio me inundaba todo el cuerpo—. ¡A una baronesa un paquete de azúcar y una libra de té! ¡Qué ocurrencia!

—Y cuando veas a la generala Zherébehikova, procura no reírte de ella, amor mío. ¡Es tan desgraciada! Está siempre quejándose y no para de gruñir; pero todo es a causa del robo de que la hizo víctima el conde Derzái-Chertovschínov. De fijo que se lamentará de su suerte y te pedirá dinero prestado. No se te ocurra dárselo, ¿eh? Bueno sería que lo gastara en cosas para sí misma, pero es seguro que se lo dará al conde.

—¡Madrecita mía, ángel mío! —abracé entusiasmado a mi mujer—. ¡Requetebonita mía, vaya sorpresa que me has dado! Si me hubieras dicho que la baronesa de Seppling (con dos pes) anda en cueros por esas calles, mi sorpresa no hubiera sido mayor que la que me has dado. Déjame que te bese la mano.

Y de pronto me arrepentí de haber rehusado la carne en salazón que nos ofreció el tío, de no haber armado un poco de ruido con su piano paralítico, de no haber bebido el licor casero...

Pero en esto se me vino a la memoria que en casa de Plevkov daban buen coñac y cochinillo con raíz fuerte.

—¡Tira para la casa de Plevkov! —grité al cochero.

EL BRINDIS DE LOS PROSISTAS

(Тост прозаиков)

—La prosa permanece prosa incluso entonces, cuando la cabeza da vueltas y bailan las sensaciones. Por mucho que calienten ustedes el pedernal, no podrán hacer de éste un encaje, ¡de cuál divertido néctar no atiborren a un prosista, no podrán sacar de éste un ligero, divertido *impromptu*! No es mi culpa si el que me exige un brindis los obliga a fruncir el ceño, y si mi divertido vecino me tira de la manga y me llama al orden. ¡Yo estoy turbado, colegas, y no me es divertido! Si no hubiera la costumbre de reír en los almuerzos de aniversarios, pues yo los invitaría a llorar...

Si el hombre vivió veinte años, es aún tan joven que le prohíben casarse, si la revista pasó por veinte, pues la ponen de ejemplo de longevidad. Eso es uno... En segundo, la revista vivió veinte años y, entre nuestra hermandad almorzante, no hay ni uno que tenga derecho a llamarse veterano de *El despertador*; no hay, al parecer, ni uno que pueda decir que trabajó en nuestra revista más de diez años. Yo, personalmente, figuro en la plantilla de los prosistas hace cinco-seis años, no más, y entre tanto, tres cuartas partes de ustedes, mis colegas menores, y todos ustedes, me nombran *viejo* colaborador. ¡Bueno el viejo que no tiene aún unos bigotes decentes, y del que emana a raudales la más verdadera juventud! Las revistas son fugaces, y los que escriben son aún más fugaces... Vivió *El despertador* sólo veinte años, y ya entró a los viejos, y sobrevivió casi a veinte generaciones de colaboradores. Como las tribus indias, desaparecieron una tras otra esas generaciones... Nace y, sin florecer, se marchita... Es ridículo: ¡por *El despertador* tenemos antepasados!

¿Y dónde están *ellos*? Unos murieron... Cada año, y por algo infaliblemente en otoño, debemos enterrar a alguno de los colegas... Corres no sólo hacia los abogados privados o los notarios, sino y más allá: ¡hacia los conductores, los carteros, los litógrafos! Yo vi a unos terceros que, simplemente, me confesaron que se habían embrutecido... Y todas esas muertes, deserciones, embrutecimientos y restantes metamorfosis se producen en un asombroso corto plazo. ¡En verdad, se puede pensar que el destino toma a la multitud de escritores por una caja de cerillos! No me pondré a explicar esa fugacidad, pero con ella me propongo explicar mucho. Explico con ella tal triste fenómeno, como la ausencia de talentos robustos, formados y definidos. Explico la ausencia de escuelas y tradiciones dirigentes. En ella misma veo la causa de la visión sombría, establecida en unos cuantos, de los destinos de las revistas. Pero lo que más me perturba, es que esa misma fugacidad constituye el síntoma de una vida penosa, insana.

Si este orden, colegas, que se extiende durante veinte años, es natural y tiene como su punto final el bien, pues que permanezca. Pero si éste es un fenómeno enfermizo, y señala sólo nuestra debilidad y el no saber salir de la lucha íntegro, pues

que ceda su lugar a otro orden.

¡Por el nuevo orden, por nuestra integridad!

EL BRINDIS DE LAS MUJERES

(Женский тост)

—¡Señores! Después de un brindis foráneo no es difícil pasar a un brindis extraño, pero yo me cuidaré de ese peligro y *pronunciaré ¡un brindis por las mujeres!* Lamento que, viniendo aquí al almuerzo, no tomé conmigo un cañón de grano, ¡para disparar salvas en honor de las mujeres! La mujer para Shakespeare es la nulidad, ¡y para mí lo es todo! (*Gritos: ¡es suficiente!, ¡siéntese!*). Sin ella, el mundo sería lo mismo que el violinista sin violín, que la puntería sin pistola y que la llave sin corneta. (*¡No es agudo!, ¡siéntese!*). Personalmente, para nosotros, a la mujer no la puede sustituir ningún adelanto. Díganme ustedes, poetas, ¿quién los inspiró y les inyectó el fuego en sus frías venas cuando, en las hermosas noches de luna, al regresar del *rendez-vous*, se sentaban a la mesa y escribían unos versos que, a menudo, les devolvían las redacciones, y que a menudo, por escasez de material, se publicaban habiendo sufrido una considerable reducción? ¿Y ustedes, prosistas humoristas, es posible que no convengan, con que vuestros cuentos perderían nueve décimas partes de su hilaridad, si en éstos se ausentara la mujer? ¿No son acaso las mejores anécdotas, ésas cuya sal se esconde bajo las largas colas y los polisones? A ustedes, los artistas, no hay necesidad de recordarles, que muchos de ustedes están sentados aquí, porque saben representar a las mujeres. Tras aprender a dibujar a la mujer con su caos de corpiños, volantes, túnicas, festoncitos, sufriendo en el lápiz todos los caprichos de su moda alienante, ustedes pasaron por una penosa escuela tras la cual, a ustedes, representar cualquier *Noche de Walpurgis* o *Último día de Pompeya*, ¡no les importa! ¿Señores, quién libera de la carga a nuestros bolsillos, quién nos ama, tortura, perdona, despoja? ¿Quién dulcifica y envenena nuestra existencia? (*¡Viejo!, ¡basta!*). ¿Quién adorna con su presencia nuestro refectorio de hoy? ¡Ah! Un poco después, saliendo de aquí, estaremos débiles, indefensos... Descompuestos, nos sentaremos en los coches y, cabeceando, olvidando las direcciones de nuestros apartamentos, iremos a peregrinar por la tiniebla. ¿Y quién pues, qué estrella luminosa nos recibirá en el punto final de nuestra peregrinación? ¡Siempre la misma mujer! ¡Hurrrraaa!

CONSEJOS PARA AUTORES NOVELES

(REGALO DE FIESTAS)

(Правила для начинающих авторов. Юбилейный подарок — вместо почтового ящика)

A todo recién nacido se le ha de lavar cuidadosamente y, dejándole que se reponga de las primeras impresiones, deberán dársele muy buenos azotes, sin dejar de decirle: «¡No escribas, no escribas, no te metas a escritor!».

Si pese a la ejecución de este rito el niño comienza a mostrar afición a las letras, hay que probar a disuadirle con caricias; pero si tampoco este procedimiento surte efecto, den por perdida a la criatura. El prurito literario es incurable.

Desde su principio hasta su fin, el camino de escritor está sembrado de espinas, de tachuelas y de ortigas, y cualquier persona prudente y juiciosa debe rehuirlo. Pero si, a pesar de todas las precauciones, la fatalidad empuja a uno a abrazar semejante oficio, ha de atenerse a las siguientes reglas, si es que quiere aliviar su suerte:

1. Conviene tener presente que el escribir por mero pasatiempo o *á propos* da mejores resultados que el hacerlo de manera constante. Un conductor que escriba versos lo pasará siempre mejor que un poeta que no sea conductor.

2. También conviene grabarse en la nariz, para nunca perderlo de vista, que un fracaso en el terreno literario es mil veces mejor que un triunfo. El primero no apareja otro castigo que el desencanto y una zahiriente franqueza de las cartas que se reciban; el segundo, en cambio, trae consigo el constante calvario de ir a cobrar; el cobrar en cupones de 1899, las «consecuencias» correspondientes y los nuevos intentos para salir adelante.

3. Escribir por amor al arte es más beneficioso que escribir buscando el vil metal. Los escritores no compren casas, ni viajan en primera, ni juegan a la ruleta, ni comen sopa de tortuga. Su alimento es la bazofia de la casa de Savrasénkov; su morada, la fonda, y su medio de locomoción, los pies.

4. La fama es un remiendo brillante en los viejos harapos de un cantante, y la celebridad literaria sólo es concebible en aquellos países donde no hace falta recurrir al *Diccionario de 30 000 palabras extranjeras* para conocer el significado del vocablo *literato*.

5. Pueden probar a escribir todos los individuos sin distinción de título, creencia, edad, sexo, instrucción o estado social. No se les prohíbe ni siquiera a los locos, ni a los amantes del arte escénico, ni a los desposeídos de todos los derechos. Conviene, sin embargo, que los que pugnan por trepar hasta el Parnaso sean personas maduras y

que sepan escribir correctamente las palabras: *lejat yjlieb*^[372].

6. Es preferible que no sean cadetes ni estudiantes de bachillerato.

7. Se da por supuesto que, además de las facultades mentales ordinarias, el escritor ha de tener experiencia. Los honorarios más crecidos corresponden a los que están fogueados y han visto mucho mundo, y los más bajos a las naturalezas vírgenes e inmaculadas. A la primera categoría pertenecen los casados en terceras nupcias, los suicidas fracasados, los que han perdido a las cartas hasta la camisa, los que se han batido en duelos, los deudores fugitivos, etcétera; y a la segunda, los que no tienen deudas, los novios inocentes, los abstemios, los colegiales y otros seres por el estilo.

8. Ser escritor no presenta dificultad alguna. Así como no hay monstruo que no encuentre su pareja, tampoco hay estupidez que no encuentre su lector. No temas, pues. Pon el papel por delante, echa mano a la pluma, da rienda suelta a tus cautivos pensamientos y ve llenando renglones. Escribe acerca de lo que se te antoje: de las ciruelas pasas, del tiempo, del *kvas*, del Gran Océano, de la manilla del reloj, de las nieves de antaño... Terminada tu obra, coge el manuscrito y, con una palpitación sagrada en todas las fibras de tu ser, dirígete a la Redacción. Una vez que te hayas quitado los chanclos en el zaguán y hayas preguntado: «¿Está el señor director?», penetra en aquel santuario y, pletórico de esperanzas, entrega tu creación... Después estate una semana tendido en tu casa escupiendo al tejado y viviendo de ilusiones. Al cabo de una semana, preséntate en la Redacción y recoge el original. Tras esto vendrán las visitas a otras redacciones... Cuando las hayas recorrido todas, sin que ninguna haya aceptado tu obra, éditala por tu cuenta. Descuida, que encontrarás lectores.

9. Lo que sí resulta difícil es convertirse en uno de esos escritores que se editan y se leen. Para conseguirlo, posee una ortografía correcta y un talento por lo menos del tamaño de una lenteja: como no haya talentos grandes, se pagan bien los pequeños.

10. Sé honesto. No hagas pasar lo robado por tuyo, ni publiques la misma cosa en dos periódicos a la vez, ni te presentes como Kurochkin ni hagas pasar a Kurochkin por ti, ni des lo extranjero como original, etcétera. Resumiendo, acuérdate de los diez mandamientos.

11. En el mundo de la prensa existe el decoro. En él, como en los restantes órdenes de la vida, no se recomienda pisar unos callos dolorosos, ni sonarse en pañuelo ajeno, ni meter la mano en el plato del vecino...

12. Si quieres escribir, haz lo siguiente: primero elige el tema; dispones de libertad completa; puedes escribir a tu gusto e incluso a tu antojo; sin embargo, para no descubrir América por segunda vez ni inventar de nuevo la pólvora, huye de los caminos trillados desde tiempos inmemoriales.

13. Elegido ya el tema, coge tu pluma inmaculada y con letra legible, sin garabatear, escribe lo que desees en un lado de la hoja, dejando intacto el otro. Esta regla no persigue tanto el aumento de las ganancias de los fabricantes de papel cuanto otros objetivos más esenciales.

14. Al dar rienda suelta a la fantasía, retén la mano. No la dejes que corra tras el número de renglones. Cuanto más breves y raros sean tus escritos, tanto más se publicarán. La brevedad no es dañina. Una goma estirada no borra mejor que una goma sin estirar.

15. Después de escribir, firma. Si no persigues la popularidad y temes que te aborrezcan, emplea seudónimo. Pero recuerda que sea cual fuere el biombo que te oculte a los ojos del público, la Redacción conocerá tu nombre y tu dirección. Ello es necesario por si acaso el director quiere felicitarte con motivo de la festividad de Año Nuevo.

16. Cobra inmediatamente después de la publicación de tus escritos. Rehuye los anticipos. Recibir anticipos es devorar el porvenir.

17. Cobrados tus honorarios, haz con ellos lo que te parezca: cómprate un barco, seca un pantano, fotografíate, encárgale una campana a Finliandski, agranda en tres veces el miriñaque de mujer... En una palabra, lo que quieras. La Redacción, al entregarte tus emolumentos, te concede completa libertad de acción. Aunque si uno decide presentar a la Redacción una cuenta por la que se vea dónde y cómo ha gastado lo que cobró, la Redacción no tendrá inconveniente alguno.

Para terminar, lee de nuevo las primeras líneas de estos *Consejos*.

AGUINALDOS

(APUNTES DE UN PROVINCIANO APROVECHADO)

(Праздничные. Из записок провинциального хапути)

Llevo estos apuntes por orden riguroso:

Casa número 113. En el piso número 2 nos recibió un caballero instruido y, probablemente, de buena fe, pero extraño sobre manera. Al darnos el aguinaldo, dijo:

—Como dispongo de dinero, lo doy de buena gana; pero, al mismo tiempo, como hombre de ciencia, acostumbrado a interpretar los fenómenos y las acciones mediante el estudio de las causas y de las raíces, desearía saber si existe un derecho moral para que vayan ustedes de casa en casa pidiendo el aguinaldo o si tal derecho no existe y, por consiguiente, obran ustedes *á vol d’oiseau*^[373].

Pareciéndome curioso y útil el planteamiento de este problema, me senté junto a una mesa sobre la que había unos cuantos bocadillos y le expliqué:

—La gratitud es una cualidad propia de las almas nobles y de los espíritus elevados. Esa virtud la lleva el hombre desde su nacimiento, y es nuestro deber mantenerla viva entre la población, impidiendo que perezca. Los vecinos, al dar aguinaldos, se ejercitan en la percepción de la gratitud, nosotros debemos ejercitarles a ustedes siempre, en días de labor y en días festivos; pero como tenemos otras muchas obligaciones además del cobro de los aguinaldos, los habitantes han de contentarse con unos cuantos días al año hasta que, en el futuro, cuando se simplifiquen las relaciones humanas, se cobren los aguinaldos a diario.

Casa número 114. Schwein, el dueño de la casa, nos dio diez rublos, sonrió afablemente y nos estrechó la mano con fuerza. De seguro que el muy canalla tiene sucio el patio o algún indocumentado viviendo ilegalmente.

Casa número 115. La consejera titular Perejúdova se enojó porque yo llevaba sucios los chanclos cuando entré en el recibidor. Sin embargo, nos dio tres rublos. El inquilino Briujanski se negó a cumplir su deber cívico pretextando falta de dinero. Entonces le expliqué:

—En vísperas de las festividades, todo habitante, antes de efectuar los gastos ordinarios comprando artículos de lujo, piensa el aguinaldo que ha de dar, y a este efecto celebra consejo de familia, después de lo cual coge el dinero y lo divide en tantas partes como aguinaldos haya. Si no tiene dinero, lo pide prestado; y si, por la razón que fuere, no puede pedirlo, reúne a su familia y huye a Egipto... ¡Me asombra

que todavía tenga usted valor para hablar conmigo!

Anoté su nombre.

Casa número 116. El general Brindin, que habita en el piso número 3, nos dijo mientras nos daba cinco rublos:

—En tiempos traté de combatir este mal en mi provincia y salí trasquilado: terminaron dándome en la cresta. Por lo visto, es un mal irremediable. Tomen y váyanse al diablo.

¡Que un general tenga una noción tan extraña del deber cívico!

EL MONTECILLO ROJO

(Красная горка)

Así se llama entre nosotros la semana de Tomás, entre los rusos antiguos ese nombre lo llevaba una fiesta en honor de la primavera, que coincidía en el tiempo, precisamente, con la semana de Tomás. La primavera no es un funcionario importante y no hay por qué festejarla, pero los antiguos, los *krivichís*^[374], los *miéris*^[375] y restantes antecesores nuestros, que no contaban entre sí con laureados consejeros civiles ni comisarios de policía, tenían que festejar a la fuerza no a las personas, sino las estaciones del año y otras abstracciones. Ya que de la ignorancia salimos pero a la civilización, gracias a Dios, aún no hemos llegado, y habitamos el dorado intermedio, pues esta fiesta pagana se conservó hasta nuestro tiempo en toda su plenitud. Se celebra ésta en las montañas y los montecillos, donde la nieve se derrite antes y aparece la hierba verde, de aquí el nombre de la fiesta. Convendría llamarla realmente montecillo verde, pero nuestros antepasados salieron a nuestros contemporáneos: dar a todo lo destacado un matiz rojo era su pasión.

Las señoritas, la primavera, las plazas mejores, el pez más sabroso, todo eso se llamaba rojo y se hallaba bajo sospecha. En nuestro tiempo, el Montecillo rojo se celebra de esta manera: Los muchachos y las muchachas, con los rostros cubiertos de pecas en honor de la primavera, reunidos en algún lugar del montecillo, organizan coitos y cantan canciones. Se cantan canciones de toda clase, sin elección y sin ningún sistema. Unos cantan: ¡Ah tú, *pajarito canario!*, y otros, que sirven en la ciudad de botones o de sirvientas, canturrean *Nuestra China es país de libertad o Cuando el esposo quiere de pronto*^[376], una mezcla de criterios paganos y humanitarios... Alternativamente con las canciones, se zurren los unos a los otros por la espalda en honor de la primavera, recuerdan después de cada palabra a los padres y hablan de los atrasos. El asunto termina en que a la multitud se acerca un suboficial y, tras reprochar ignorancia, invita al público a regresar. En la antigüedad, el Montecillo rojo se celebraba con raciocinio. Los caballeros y las señoritas, trabados en un estrecho *grand-rond*, empezaban a cantar canciones de modo solemne y generoso, las *primaveras*, en las que cantaban a Svaróg^[377], a S. T. Aksákov^[378], al trueno, a la lluvia primaveral y demás. Todo aquel que dilataba un cuplecito o empezaba a jugar con los labios, era expulsado con deshonor. El contenido de las *primaveras* se podía considerar entonces censurable por completo: el sol, encarnado bajo la apariencia de un príncipe, iba hacia la radiante princesa primavera, venciendo por el camino los obstáculos helados; al final de todo, cuando los obstáculos habían sido sorteados, el sol encerraba entre sus brazos a la primavera liberada, y no había capital, y la inocencia no se observaba, pero por lo menos era conmovedor... Pero ahora, cuando

los matrimonios civiles están marcados por el desprecio de todas las personas bien pensadas, cuando por la apropiación de un título de príncipe ajeno, los culpables son castigados con toda la severidad de la ley, semejantes canciones no pueden no ser publicadas, no cantadas.

En nuestro tiempo, en el Montecillo rojo los habitantes van al cementerio rural y, bajo la apariencia de conmemorar a los parientes, organizan allí verdaderos *picnics*. Las conmemoraciones se acompañan de libaciones y dadivosos repartos de roscas, algo que gusta mucho a los diáconos supernumerarios y a las viudas salmistas, que no saben «dónde apoyar la cabeza» ni «dónde hay para el ofendido un sentido de rincón». Pero el Montecillo rojo no complacía tanto, con ninguna otra cosa, a los rusos antiguos, como con la comezón nupcial. Después de una prohibición de ocho semanas, los habitantes entraban en tal ardor febril, que las señoritas apenas alcanzaban a pescar el momento y los *papáshas* a registrar el adjetivo... Se casaban todos, al por menor y al por mayor, y se hallaban entre el número de las doncellas sabias no sólo las dignas, sino incluso las defectuosas e intactas tras los incendios e inundaciones... Tal epidemia nupcial se podía explicar sólo con las influencias atmosféricas y la larga cuaresma... Es extraño, entre nosotros, en cuaresma no puede uno casarse, y después de Pascua se puede; y entre los hebreos es al revés, en cuaresma se puede, y después de Pascua no se puede; por lo tanto, los hebreos ven el matrimonio como algo de cuaresma.

A veinte verstas de Kronshtadt, hay una elevación cubierta de arena rojiza, llamada Montecillo rojo. En ésta se construyó una estación de telégrafos, y en ese Montecillo rojo se casan sólo los telegrafistas. A propósito, una anécdota: Un alemán, miembro de nuestra Academia de ciencias, traduciendo algo del ruso al alemán, tradujo la frase «él se casó en el Montecillo rojo» de esta manera: «Er heiratete die mlle Montecilla Rojo^[379]».

UN PARTE

(Донесение)

PARTE

Al señor Comisario del 2. ° Distrito

Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de vuestrecesencia que en el Soto de Mijalkovskaia, cerca de Barranco Viejo, pasado el puentecillo, ha sido descubierto por mí, ahorcado y sin señales de vida, el cadáver de un muerto que, según se desprende de sus papeles, era el ex soldado Stepan Maximovich Kachagov, de cincuenta y un años de edad. Por la talega y otros andrajos se ve que es un mendigo. Aparte de la soga, no se le aprecian más señales en el cuerpo. No le faltaba ninguno de sus bártulos. No he podido descubrir los motivos de este suicidio pero todo es cosa del vodka: los *muzhiks* de Zhabrovo le vieron salir de la taberna. Sírvese indicar si levanto acta o debo esperar a vuestrecesencia.

El Alguacil,
Denis Ch.

SIN REMEDIO

(BOCETO)

(Безнадежный. Эскиз)

Egor Fiódorich Shmajin, presidente de la Diputación Provincial, de pie junto a la ventana, tamborileaba, nervioso, con los dedos en un cristal. La lentitud con que transcurrían las horas y los minutos le desesperaba. Dos veces se acostó y se despertó, se puso a comer otras tantas, se tomó cinco o seis vasos de té, y aún no había ni siquiera anochecido.

El panorama que se ofrecía a sus ojos le parecía gris y triste. Por entre los árboles desnudos del jardín abandonado se divisaba la arcillosa orilla del río; éste, recién puesto en libertad por los hielos, huía escapado, como si temiese que le volvieran atrás de nuevo y le recluyesen en la gélida cárcel. De cuando en cuando, Shmajin veía algún témpano tardío que también corría desalado, río abajo:

—¡Me montaría en ese pedazo de hielo y me marcharía a la porra!

Por la orilla, gacha la cabeza, el guarda Andrián abría lentamente el largo compás de sus piernas. Iba con un largo arpón, deteniéndose de trecho en trecho para mirar al río. Una vaca negra deambulaba entre los árboles olisqueando las hojas del año pasado... Esta pequeña estampa rural, con Shmajin y su finca, estaba cubierta, a modo de un enorme gorro lanudo, por pesados e inmóviles nubarrones; pero, no obstante, exhalaba un olor primaveral.

Shmajin, en cambio, sentía bochorno y hastío. Apostado tras la ventana, contemplaba el odioso cuadro y pensaba que en casa de Riablov, miembro permanente de la Diputación, se celebraría al caer la tarde una partida de *whist* y que María Nikolaievna festejaba el cumpleaños de su hijo Petia. De haberse ido a casa de él o de ella, el tiempo habría pasado sin sentirlo... Pero ¿cómo iba a irse si el río, salido de madre, había inundado todos los caminos, y la propia finca estaba rodeada de una cadena de barrancos y hoyos llenos de agua? Shmajin se encontraba como prisionero. Permaneció mucho rato junto a la ventana. Por último, la idea de que en casa de Riáblov habría comenzado ya la partida de naipes y de que en casa de María Nikolaievna estarían ya saboreando el té y hablando del cólera o de los caldeos, se tornó irresistible.

—¡Puf! —escupió el presidente refunfuñando contra el tiempo; y, apartándose de la ventana, tomó asiento al lado de una mesita redonda.

Sobre la mesa, junto a la lámpara y al cenicero, había un álbum. Shmajin lo había hojeado millones de veces, pero, de puro aburrimiento, lo cogió y se puso a mirar las fotos. Ante sus ojos desfilaron sus hermanas, sus descoloridas tías, un oficial de fina

cintura, su abuela con una cofia blanca, su padre y su madre, una actriz en *maillot*, él mismo, su difunta esposa con un lulú en las manos... Su vista se detuvo un instante en este último retrato: las cejas arqueadas, los ojos de extrañeza, el alto rodete y el broche del pecho despertaron en él todo un mundo de recuerdos.

—¡Puf!

Sonaron las seis y media. Shmajin se levantó del diván, recorrió el aposento de rincón a rincón y, sin objeto alguno, se detuvo en el centro.

«Hasta en la estación —pensó—, si se sienta uno a esperar, tiene la ilusión de que cuando llegue el tren podrá marcharse, pero aquí no hay espera que valga... Esto no tiene fin... Es como para ahorcarse, ¡demonio! ¿Y si me pusiera a cenar? No, es temprano todavía, y no tengo gana... Nos fumaremos un cigarrito...».

Al ir en busca de la caja del tabaco, vio casualmente, sobre una mesita redonda, situada en un rincón, un tablero de damas.

—¿Y si me echo una partida? —se dijo.

Después de colocar sobre el tablero las fichas blancas y negras, sentóse y comenzó a jugar consigo mismo. Los contrincantes eran la mano derecha y la izquierda.

—¿Tú mueves ésa?... ¡Ejem!... Aguarda un momento, hermano... Pues yo muevo ésta... Muy bien... Ya veremos ahora...

Pero como la derecha sabía lo que quería la izquierda, Shmajin perdió pronto la cuenta y se confundió.

—¡Iliushka! —gritó.

A su llamada acudió un mozo alto y delgado, con un sucio delantal y unas botas destrozadas, desecho del amo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó éste.

—Pues... nada, señor... Estoy sentado en el baúl...

—Vamos a echar una partida de damas. A ver, siéntate.

—De ningún modo, señor —sonrió, sumiso, Iliushka—. ¿Cómo voy a sentarme?

—¡Te he dicho que te sientes, idiota!

—No se preocupe, señor... Me quedaré de pie...

—¿No te he ordenado que te sientes? ¡Pues a sentarte! ¿Crees que me va a gustar verte ahí como una caña?

Iliushka, indeciso, sin dejar de sonreír, sentose en el borde de una silla parpadeando azarado.

—¡Tú sales!

El criado pensó un instante y movió la primera ficha con el dedo meñique.

—¿Ésa es tu salida? —dijo Shmajin poniéndose pensativo y apoyando la barbilla en la mano—. Bueno... Pues yo hago esto... Mueve tú ahora, chinchorro.

Iliushka movió.

—Vaya, vaya... Ya sabemos lo que quieres, pedazo de cochino. Lo sabemos... ¡Hay que ver cómo hueles a cebolla! Tú mueves ésa, y yo esta...

El juego se prolongó. Al principio, Shmajin llevaba las de ganar: se comía las fichas una tras otra, y ya estaba a punto de entrar en dama, pero una idea fija le impedía concentrarse en el juego...

«Resulta agradable vencer a un igual —pensaba—, a una persona que en la escala social ocupa la misma posición que tú... Pero ¿qué interés tiene ganarle a Iliushka? Le venzas o no, todo el gusto se lo lleva el diablo... ¡Míralo, se ha comido una dama y se ríe! ¡Le gusta vencer al amo! ¡Cómo no le va a gustar! ¡Con lo que apesta a cebolla, todavía se recrea tratando de pinchar a sus superiores!».

—¡Fuera de aquí! —vociferó irritado.

—¿Cómo?...

—¡Fuera de aquí! —volvió a gritar Shmajin, rojo como la grana—. ¿Cómo has tenido valor a sentarte, marrano?

Iliushka dejó caer la dama, miró estupefacto al *barin* y, reculando, abandonó la sala.

Shmajin miró al reloj. No eran más que las siete menos diez... Hasta la hora de acostarse quedaban alrededor de cinco horas. Gruesas gotas de lluvia repiquetearon en las ventanas. La vaca negra emitió desde el jardín un mugido ronco y lastimero, y el rumor de las aguas del río seguía siendo tan monótono y melancólico como una hora antes. El presidente de la Diputación hizo un ademán de desaliento y, tropezando con los quicios de las puertas, se dirigió sin saber por qué a su gabinete.

«¡Dios mío! —caviló—. Otros, cuando se aburren, se entretienen aserrando madera o practicando el espiritismo, o haciendo tomar a los *muzhiks* aceite de ricino, o escribiendo un diario... Yo, en cambio, desdichado de mí, soy el único que no sirve para nada... ¿Con qué puedo distraerme? ¿Con qué? Soy presidente de la Diputación, juez de paz honorario, hacendado... y, sin embargo, no sé cómo matar el tiempo... ¿Y si leyerá un poco?».

Shmajin se aproximó a una estantería llena de libros amontonados a voleo. Había entre ellos toda clase de boletines judiciales, guías, un número arrugado, pero sin abrir, de la revista *Sadovostvo*^[380], otro de cocina, muchos de sermones, revistas atrasadas... Cogiendo, irresoluto, un número del *Sovremiennik*^[381] de 1859, comenzó a hojearlo...

—*Nido de hidalgos*... —leyó un título—. ¿De quién es esta obra? ¡Ah, sí! Es de Turguéniev... La he leído... Recuerdo que... se me ha olvidado de qué trata, de modo que puedo volverla a leer. Turguéniev escribe muy bien...

Shmajin tendiose en el sofá y se puso a leer. Su espíritu inquieto halló la calma en el gran escritor. Diez minutos más tarde, Iliushka entró de puntillas, colocó un cojín bajo la cabeza del amo y le quitó del pecho el libro abierto.

El *barin* roncaba...

EN LAS HABITACIONES NUMERADAS

(В номерax)

—¡Escúcheme, querido! —la coronela Nashatírina, inquilina del número 47, se abalanzó enrojecida y alterada sobre el propietario—. ¡O me da otro número de habitación donde residir o me tendré que ir de sus malditas habitaciones! ¡Esto es un pesebre! ¡Me perdonará usted, pero tengo hijas grandes y aquí sólo se escuchan porquerías día y noche! ¿Qué le parece? ¡Día y noche! ¡A veces él suelta alguna cosas que se le atrofian a una las orejas! ¡Es tan simplón como un carretero! Menos mal que mis niñas aún no entienden nada, porque si no habría que huir con ellas a la calle... ¡Escuche! ¡Ahora está diciendo algo!

—Yo conozco, hermano mío, un caso aún mejor —desde la habitación vecina llegaba una débil voz ronca—. ¿Te acuerdas del teniente Druzhkov? Pues el tal Druzhkov realizó una vez una carambola con la bola amarilla a la esquina y, como suele hacer, levantó la pierna... De repente hizo algo y... ¡zras! Al principio pensábamos que había roto el tapete de la mesa de billar, pero cuando miramos, hermano mío, ¡sus costuras se parecían a los Estados Unidos! Tanto levantó la pierna el muy bestia que no le quedó ni una costura... Jajajá. Pero es que en ese momento había damas presentes... la esposa del baboso alférez Okurin... Okurin enfureció... ¿Cómo se atreve a comportarse de esa forma indecente ante mi esposa? Palabra por palabra, ya sabes cómo son los nuestros... Okurin envió sus compinches a Druzhkov, y Druzhkov, que no tiene ni un pelo de tonto, dijo: «No me los mande a mí sino al sastre que cosió este pantalón. ¡Es él el culpable!». Jajajá... Jajajá...

Las hijas de la coronela, Lilia y Mila, que estaban sentadas junto a la ventana con los puños apoyados en sus rollizas mejillas, bajaron los ojos, hinchados, y se ruborizaron.

—¿Lo ha escuchado? —prosiguió Nashatírina dirigiéndose al casero—. ¿Según usted esto no es nada? ¡Muy señor mío, soy coronela! ¡Mi marido es un mando militar! ¡No pienso permitir que un carretero diga estas abominaciones prácticamente en mi presencia!

—Pero él no es un carretero, señora, sino el subcapitán Kikin... Pertenece a la nobleza.

—¡Pues si se ha olvidado hasta tal punto de la nobleza que se expresa como un carretero, aún merece mayor desprecio! ¡Pero no me responda! ¡En dos palabras, tome medidas!

—¿Qué puedo hacer yo, señora? No es usted la única que se queja, todos lo hacen. ¿Pero qué hago con él? Uno va a verle a su habitación y comienza a avergonzarlo: «¡Aníbal Ivánich! ¡Por Dios! ¡Esto es vergonzoso!», pero él pone el puño frente a tu cara y con otras palabras te dice «Vete a freír espárragos» o cosas así.

¡Un escándalo! Por la mañana se despierta y sale al pasillo en ropa interior, con perdón. O coge su revólver cuando ha bebido y comienza a disparar balas contra la pared. De día, se atiborra de vino, y por la noche juega a las cartas... Y después de jugar arma el lío. ¡Vergüenza me da por mis inquilinos!

—¿Y por qué no desahucia a este sinvergüenza?

—¿Cómo te tragas algo así? Debe ya tres meses, no le reclamamos el dinero, sólo que se vaya, por caridad... El juez de paz lo sentenció a desalojar la habitación, pero él ha apelado, y esto se alarga... ¡Simplemente da pena! ¡Menudo hombre, Dios mío! Es joven, guapo, inteligente... Si no ha bebido no hay hombre mejor. El otro día no estaba borracho y estuvo escribiéndoles cartas a sus padres.

—¡Pobres de sus padres! —suspiró la coronela.

—¡Pobres, en efecto! ¿Es que es agradable tener un vago como éste? Lo reprenden, lo expulsan de las habitaciones, y no hay día que no lo juzguen por algún escándalo. ¡Una lástima!

—¡Pobre de su infeliz mujer! —suspiró la coronela.

—No está casado, señora. ¡Cómo podría estarlo! Gracias a Dios que tiene la cabeza intacta...

La coronela dio unos pasos de una esquina a otra.

—¿Dice usted que no está casado?

—En absoluto, señora.

La coronela volvió a pasearse de nuevo de una esquina a otra y se quedó pensando.

—Mmm... No está casado... —dijo pensativamente—. Mmm... ¡Lilia y Milia, no os sentéis junto a la ventana que hay corriente! ¡Qué pena! ¡Un hombre joven y se echa a perder de esta forma! ¿Y todo por qué? ¡No tiene buenas influencias! No tiene una madre que... ¿No está casado? Bueno, eso es porque... por eso... Por favor, sea usted amable... —continuó la coronela, pensando—, vaya a verlo y pídale en nombre mío que... bueno, absténgase de expresiones... Dígale que la coronela Nashatírina rogó... Vive con sus hijas, dígale, en la número 47... vino desde sus propiedades...

—Sí, señora.

—Dígale eso: la coronela con sus hijas. Que venga a pedir disculpas... Estamos siempre en casa por la tarde. ¡Ah, Mila, cierra la ventana!

—¿Qué le ha dado a mamá con ese... perdido? —soltó Lilia cuando salió el propietario—. ¡Ya ha encontrado a quién invitar! ¡A un borracho, pendenciero y desastroso!

—Pero no digas eso, *ma chère*... Siempre estáis hablando así, pero... ¡os quedáis aquí sentadas! ¿Entonces? Él será lo que sea, pero con todo y con eso, no se le debe hacer de menos... No hay mal que por bien no venga, ¿quién sabe? —suspiró la coronela mirando preocupada a sus hijas—. Puede que éste sea vuestro destino... Por si acaso, vestíos...

ENCAJE DE BOLILLOS

(Канитель)

El sacristán Otlukavin está en el coro, y sostiene entre sus grasientos dedos una pluma de ganso. Las arrugas se reúnen en su pequeña frente, en su nariz juegan manchas de todo color, comenzando por el rosa y terminando por el azul. Ante él, encima de la cubierta roja del *Santo Triodio* hay dos papeles. En uno de ellos hay escrito: «Por la salud»; en el otro: «Por los difuntos», y bajo ambos rótulos una lista de nombres... Junto al coro, está de pie una pequeña viejecita de rostro preocupado con una bolsa a la espalda. Pensativa.

—¿Quién va después? —pregunta el sacristán, rascándose la oreja con dejadez—. Vamos, señora, piense que no tengo tiempo. Debo leer *las horas* del Oficio.

—Ya, padre... Bien, escriba... «Por la salud» de los siervos de Dios: Andréi y Daria con su descendencia... Mitri, otra vez Andrei, Antip, María...

—Espera, no vayas tan rápido, que no estás corriendo detrás de una liebre... Tienes tiempo.

—¿Anotó María? Bien, ahora Kiril, Gordéi, Guerasim, el niño que acaba de morir, Pantaléi... ¿Apuntó al difunto Pantaléi?

—Espere, ¿Pantaléi ha muerto?

—Murió... —suspira la vieja.

—Pero entonces, ¿por qué me mandas anotarlo en «Por la salud»? —el sacristán tacha enfadado a Pantaléi y lo pasa a la otra hojita—. Entonces... Habla con propiedad y no me confundas. ¿A quién más «Por los difuntos»?

—¿En «Por los difuntos»? Un momento, a ver... Bien, escriba: Iván, Avdotia, otra Daria, Egor... Anote... al soldado Zajar... No se sabe nada de él desde que se fue al servicio hace cuatro años...

—Es decir, ¿se murió?

—¿Quién lo sabe? Puede que haya muerto o puede que esté vivo... Usted apúntelo...

—¿Pero dónde lo apunto? Si hubiese, digamos, muerto, entonces en «Por los difuntos», pero si está vivo, entonces en «Por la salud»... ¡Comprenda a su hermano!

—Mmm... Pues, apúntelo en las dos hojas y ya se verá. Además, a él le va a dar lo mismo dónde lo anote porque es un hombre licencioso, un perdido... ¿Lo anotó? Ahora en «Por los difuntos» a Mark, Lievonti, Arina... Ah, y a Kuzmá y Anna... A Fedosia, que está enferma...

—A Fedosia, que está enferma, ¿en «Por los difuntos»? ¡Uf!

—¿Qué tiene con los difuntos? ¿Se burla?

—¡Uf! ¡Me está usted enredando! No se ha muerto aún, lo ha dicho, así que si no se ha muerto, no hay por qué meterla en «Por los difuntos». ¡Me está confundiendo!

Así que tendremos que tachar con una cruz a Fedosia y ponerla en el otro sitio... ¡Ya he manchado todo el papel! Bueno, escucha que te leo: «Por la salud» de Andréi, Daria y su descendencia, de nuevo Andréi, Antip, María, Kiril, Guer... y el niño que acaba de morir... Espera, ¿por qué está aquí este Guerásim? Recién fallecido y, ¡de pronto en «Por la salud»! ¡No, me ha enredado, vieja! ¡Márchate con Dios! ¡Me ha enredado por completo!

El sacristán meneaba la cabeza, tacha a Guerásim y lo pasa a la hoja de «Por los difuntos».

—¡Escúcheme! «Por la salud» de María, Kiril, el soldado Zájar... ¿A quién más?

—¿A Avdotia la ha apuntado?

—¿A Avdotia? Mmm... Avdotia... Evdokia... —el sacristán vuelve a examinar las dos hojitas—. Recuerdo haberla anotado, pero el diablo sabrá... No aparece por ningún sitio... ¡Ah, aquí está! ¡En «Por los difuntos» está anotada!

—¿A Avdotia en «Por los difuntos»? —se asombra la vieja—. ¡No hace apenas un año que se casó y usted ya quiere su muerte! Usted mismo, querido, es el que se enreda, pero se enfada conmigo. Escriba con tranquilidad, porque si siente rabia en el corazón el demonio se alegra. Es eso, el demonio que le ronda y le enreda...

—Espera, no me moleste...

El sacristán frunce el ceño, piensa un poco y tacha lentamente a Avdotia de la lista de «Por los difuntos». La pluma chirría en la letra «d» y cae un borrón grande de tinta. Confundido, el sacristán se rasca la nuca.

—Entonces, Avdotia fuera de aquí... —murmura algo turbado—, y la apuntamos allí... ¿Así? Espera... Si la apuntamos aquí entonces es en «Por la salud», pero si la apuntamos allí es «Por los difuntos»... ¡Esta mujer me ha enredado por completo! Y al soldado este, Zájar, ya no sé dónde está... Que el diablo me lleve... ¡No entiendo nada! Hay que empezar de nuevo...

El sacristán se estira hasta un armario pequeño y saca un trozo de papel blanco.

—Si es por eso, quite de la lista a Zájar... —dice la vieja—. Que vaya con Dios, quítalo...

—¡Cállese!

El sacristán moja la pluma despacio y copia los nombres de los dos papeles en la hoja nueva.

—Los apuntaré todos seguidos —dice—, y se los llevará al diácono... Deje que sea el diácono quien descubra quién está vivo y quién muerto. Estudió en el seminario y es que yo de estos asuntos... no me mates, pero no entiendo nada.

La vieja agarra el papelito, le da al sacristán un kopek y medio de los antiguos y se marcha trotando hacia el altar.

LA VIDA ES BELLA

(CONSEJOS PARA LOS SUICIDAS)

(Жизнь прекрасна! Покушающим на самоубийство)

Ciertamente, la vida es desagradabilísima, pero cuesta poco hacerla estupenda. Para ello no se necesita ganar doscientos mil rublos a la lotería, conseguir la Orden del Águila Blanca, casarse con una mujer bonita o pasar por persona de orden. Todos estos bienes son corruptibles y ordinarios. Para sentirse feliz sin interrupción, incluir en los momentos de amargura y pena, es imprescindible:

- a) Saber conformarse con lo que se tiene.
- b) Alegrarse pensando que todo pudiera ser peor.

Lo cual no ofrece dificultad alguna:

Si la caja de las cerillas se te enciende dentro del bolsillo, alégrate y da gracias al cielo por no llevar en el bolsillo un polvorín.

Si vienen a visitarte unos parientes pobres a la casa de campo, no palidezcas, y exclama entusiasmado: «Menos mal que no son los guardias».

Si se te clava una espina en un dedo, relájate: «Menos mal que no ha sido en un ojo».

Si tu mujer o tu cuñada tocan el piano, en vez de enfadarte, llénate de contento por no estar oyendo aullidos de chacales o un concierto gatuno.

Alégrate de no ser el caballo del tranvía, ni un bacilo de Koch, ni una trichina, ni un cerdo, ni un jumento, ni un oso como el de los gitanos, ni una chinche... Considérate feliz de no ser ni ciego, ni tonto, ni mudo, ni atacado de cólera. Regocíjate de no estar en el banquillo de los acusados, de no tener ante ti a un acreedor y de no estar discutiendo tus honorarios con el editor.

Si no vives en lugar muy remoto, ¿no te hace dichoso la idea de que has tenido la suerte de no ir a parar tan lejos como pudieras haber ido?

Si te duele una muela, date por satisfecho de que no te duela toda la dentadura.

Llénate de júbilo al pensar que puedes no leer el periódico *Grazhdanin*, que no vas metido en el carro de la basura ni estás casado con tres mujeres a la vez...

Cuando te lleven a la comisaría, salta de contento considerando que no te llevan al *gehena* del fuego.

Si te azotan con una vara de álamo, baila y exclama: «¡Qué felicidad que no es con un manojo de ortigas!».

Si te ha traicionado tu mujer, da gracias a Dios por haberte traicionado a ti y no a la patria. Y así sucesivamente... Sigue mi consejo, amigo, tu vida será un júbilo permanente.

DE PASEO EN SOKÓLNIKI

(На гулянье в Сокольниках)

El primero de mayo iba hacia el ocaso. El susurro de los pinos del parque de Sokólniki y el gorjeo de los pajarillos eran ahogados por ruido de los coches, la algarabía de voces y la música. Los festejos estaban en su apogeo. Sentados en la terraza del bar *Staroie Gulianie* se hallaban un caballero de reluciente chistera y una dama tocada con un sombrerito azul celeste. Ante ellos sobre la mesa, tenían el samovar hirviendo, una botella de vodka vacía, tazas, copas, rodajas de mortadela, cáscaras de naranja y otras cosas por el estilo. El caballero, borracho como una uva, contemplaba fijamente las cáscaras de naranja y sonreía sin sentido.

—¡Hay que ver la que ha agarrado este hereje! —refunfuña la señora con rabia concentrada, mirando a todas partes llena de azoramiento—. Más valía que antes de ponerte a beber pensaras un poco lo que haces, ojos de cínico. No sólo da vergüenza mirarte sino que te has estropeado toda la fiesta a ti mismo. ¿Qué gusto le sacas ahora al té? Igual te da comer mermelada que salchichón... Y yo que he procurado traer lo mejor...

La estúpida sonrisa del caballero deja paso a una expresión de pesar:

—Mamá, ¿adónde llevan a toda esa gente?

—No llevan a nadie a ninguna parte. Están paseando por su cuenta.

—Y entonces, ¿por qué va con ellos un guardia?

—¿Un guardia? Pues debe de ser para mantener el orden. O quizá vaya paseando también. ¡Qué borrachera ha cogido, Dios mío!... Ya no sabe ni distinguir una cosa de otra.

—Yo... Yo... A mí no me pasa nada. Soy un pintor... Soy un costumbrista...

—¡Calla! ¡Ya que has empinado el codo de esa manera, lo mejor que puedes hacer es callarte la boca! Más te valiera pensar un poco las cosas en vez de charlar sin ton ni son. Estamos rodeados de árboles, de hierba verde, de pajaritos que cantan; y tú, como en Babia, sin darte cuenta de nada... Miras a tu alrededor y no ves más que nieblas... A los pintores de ahora les gusta contemplar la Naturaleza... Pero tú estás que ni sientes ni padeces...

—La Naturaleza... —barbotea el caballero meneando la cabeza—. La Naturaleza... Pájaros que cantan... Cocodrilos que se arrastran... Leones... Tigres...

—Charla, hijo, charla cuanto quieras... Todo el mundo va como las personas, como es debido... Unos pasean cogidos del brazo; otros se distraen oyendo la música, y sólo tú estás hecho un trapo. Pero ¿cuándo has podido agarrar esta borrachera? ¿Cómo es que yo no me he dado cuenta?

—M-masha —murmura el de la chistera palideciendo—. ¡Masha, pronto!

—¿Qué te pasa?

—Que quiero irme a casa... Cuanto antes mejor...

—Espera un poco. Nos iremos cuando anochezca porque ahora me da vergüenza. No puedes tenerte derecho, y harás reír a la gente. Espérate un poco.

—¡No puedo! Yo..., yo... me voy...

El caballero se levanta rápidamente y, tambaleándose, se aparta de la mesa. El público empieza a reírse, poniendo en confusión a la señora.

—¡Que Dios me castigue si vuelvo a salir con este hombre! —refunfuña ella, mientras ayuda al galán a tenerse en pie—. ¡Qué bochorno! Y luego, si fuera marido legítimo... Pero siendo, como es, pescado al vuelo...

—M-masha, ¿dónde estamos?

—¡Calla! ¿No te da vergüenza? ¡Todos te señalan con el dedo! A ti no te importa un comino, pero a mí... Y todavía, si fueras mi marido... Pero, ya ves: me das un rublo y luego te pasas un mes entero echándomelo en cara: «Yo te mantengo, yo te doy de comer». ¡Como si me hiciera mucha falta! ¡Me río yo de todo el dinero tuyo! El día menos pensado me voy a vivir con Pavel Ivánich...

—M-masha... A casa... Alquila un coche...

—Bueno, mira: tú vete por este paseo adelante, y yo iré separada, porque me abochorna ir contigo. Tira por ahí derecho.

La dama coloca a su «ilegítimo» de cara a la salida y le da un leve empujón en la espalda. El caballero se vence hacia adelante y echa a andar tambaleándose y tropezando con los paseantes y con los bancos. Ella, algo retrasada, vigila sus movimientos, confusa y alterada.

—¿No desea un bastón, señor? —se dirige al borracho un vendedor con un haz de bastones—. Son los mejores... De fresno, de bambú...

El caballero, como pasmado, mira al vendedor y luego se vuelve y corre en dirección contraria con una expresión de horror.

—¿Adónde diablos vas? —le detiene la señora, asiéndole de una manga—. ¿Adónde vas?

—¿Dónde está Masha? M-masha se ha ido...

—¿Pues quién soy yo?

La dama coge del brazo al caballero y le conduce a la salida del parque. Le da reparo dejarle solo.

—¡Que me parta un rayo si salgo más contigo! —gruñe, roja de vergüenza—. Es la última vez que aguanto semejante bochorno. Que Dios me mande el peor de los castigos... Mañana mismo me voy a vivir con Pavel Ivánich.

Dicho esto, alza la cabeza y echa una ojeada al público, esperando ver a su alrededor sonrisas de burla. Pero no ve más que caras ebrias. Todos se tambalean y mueven la cabeza, impotentes para mantenerla derecha. Este espectáculo consuela a la dama.

LA MUJER DESDE EL PUNTO DE VISTA DE UN BORRACHO

(Женщина с точки зрения пьяницы)

La mujer es un producto embriagador al que hasta ahora no adivinaron imponerle una recaudación de accisas. En caso, por si alguna vez adivinan, propongo un presupuesto de la fortaleza del producto mencionado en los distintos periodos de su existencia, tomando como fundamento no la cantidad de grados, sino su comparación con bebidas más o menos conocidas:

La mujer hasta los 16 años — agua destilada.

A los 16 años — agua de fruta *Láninskaya*.

De 17 a 20 — *chablis chateau d'iquem*.

De 20 a 23 — *tokai*.

De 23 a 26 — *champagne*.

26 y 27 años — madera y jerez.

De 28 — *cognac* con limón.

29, 30, 31, 32 — licores.

De 32 a 35 — cerveza de la fábrica *Viena*.

De 35 a 40 — *kvas*.

De 40 a 100 años — aceite de fusel.

Si como unidad de medida se toma no la edad, sino la posición familiar, entonces:

Esposa — agua de *seltz*.

Suegra — pepino en salmuera.

Encantadora desconocida — una copita de vodka antes del desayuno.

Viudita de 23 a 28 años — *muscat-lunelle y marsalla*.

Viudita de 28 y más — *porter*.

Vieja doncella — limón sin *cognac*.

Novia — agua de rosas.

Tía — vinagre.

Todas las mujeres tomadas juntas — el agriado, azucarado, coloreado con minio y muy diluido vino *kajetiano* de los hermanos Eliséev.



ANTÓN CHÉJOV (Tangarog, 1860 Badenweiler, 1904) es por derecho propio uno de los grandes clásicos de la literatura universal. Médico de profesión, comenzó a publicar sus primeros relatos en 1880 (bajo el seudónimo de Antosha Chejonté, entre otros). Recopilados, mientras aún vivía, en volúmenes como *Cuentos abigarrados* o *En el crepúsculo*, sus relatos están entre los más importantes del género. En 1887 escribe *Ivánov*, su primera pieza teatral y el comienzo de su carrera como dramaturgo, con obras tan importantes como *Las tres hermanas*, *La gaviota* o *Tío Vania*. Enfermo durante años y tras recorrer varios sanatorios, muere en Alemania a consecuencia de la tuberculosis.

Notas

[1] Сказки Мельпомены: шесть рассказов (Cuentos de Melpómene: seis cuentos), Moscú, Tipografía A. Levenson, 1884. 96 páginas. <<

[2] Полное собрание сочинений в 10-ти т (Obras completas en 10 tomos), *San Petersburgo, Editorial A. F. Marx, 1899-1903.* <<

[3] *Mijaíl P. CHÉJOV*, Вокруг Чехова. Встречи и впечатления (Alrededor de Chéjov. Encuentros e impresiones), Moscú, *Trabajadores moscovitas*, 1935 (1960²).

<<

[4] Стрекоза se editó en San Petersburgo desde el año 1875 hasta 1918. <<

[5] Осколки se editó en San Petersburgo desde el año 1881 hasta 1916. <<

[6] Пестрые рассказы, San Petersburgo, Editorial Fragmentos, 1886 (1899¹⁴). <<

[7] В сумерках. Очерки и рассказы, San Petersburgo, Editorial Suvorin, 1887. <<

[8] Escrito en abril de 1884. <<

[9] Escrito en noviembre de 1884. <<

[10] Pontífice supremo. En latín en el original. <<

[11] Miembro de la *Oprichnina*, guardia especial de Iván el Terrible. <<

[12] El último de los catorce rangos en que estaban clasificados los funcionarios en la Rusia de los zares. <<

[13] Entretenimiento. <<

[14] Antigua medida rasa equivalente a 0,71 m. <<

[15] Antigua medida rasa equivalente a 4,4 cm. <<

[16] Periódico político, social, económico y literario de Moscú, órgano monárquico.

<<

[17] Nikolai Pushkarión, dramaturgo, traductor, poeta que publicó sus poemas en *Luz y sombra* y en *El rumor mundano*, revistas que él mismo editaba. <<

[18] Novela de Émile Zola sobre una muchacha pobre que se hace cortesana y humilla a la clase responsable de su desgracia anterior. <<

[19] Coche. <<

[20] Christoph Wilhelm Hufeland (1762-1836), célebre médico alemán, director del Hospital de Berlín, autor de *La macrobiótica o el arte de prolongar la vida humana*, entre otros libros. <<

[21] Bribón. <<

[22] Lo similar cura lo similar. <<

[23] Revista literaria y de la vida moderna ilustrada. <<

[24] Para comer. <<

[25] Fuerte infusión a partir de hierbas y raíces varias. <<

[26] Auguste Debay, médico francés, autor de la *Historia natural del hombre y la mujer* y de la *Historia de las monstruosidades humanas*, entre otros libros. <<

[27] Émile Jozan, médico ginecólogo francés, autor del *Tratado de las enfermedades del hombre y la mujer*. <<

[28] Alabado (vulgarismo), motete que se canta en las iglesias ortodoxas en alabanza del Santísimo Sacramento. <<

[29] Padre de la patria. <<

[30] Ir de liebre (expresión familiar rusa): viajar de polizón. <<

[31] Samuil Poliakov, banquero, magnate ferroviario, constructor de las vías férreas Járkovsko-Azovski, Kúrsko-Járkovski y Fastóvbski. <<

[32] Medida rusa antigua, equivalente a 4,4 cm. <<

[33] ¡Quién te conoce! (expresión popular), ¡quién sabe! <<

[34] Diosa griega de la justicia, se representa con una espada en una mano y una balanza en la otra. <<

[35] Tocador. <<

[36] Señorita. <<

[37] Sopa de cerveza. <<

[38] Patria. <<

[39] Si usted no tiene nada que decirme. <<

[40] Cooperativa rusa. <<

[41] Nikolai Liébidiev («N. Morskói»), novelista, autor de *La felicidad comprada* (Niva, 1880). <<

[42] Auguste Debay, médico francés, autor del manual *Higiene y fisiología del matrimonio* (1849). <<

[43] «El periódico del sr. Gatzúk informa... que el colaborador de *Las novedades moscovitas*, filmante “Evguénii Lvov”, no es otro que el degradado junker-bandolero Evguénii Lvov-Kóchetov, retenido en Vilnius cerca de un año en las compañías de arrestados por alguna, es probable, muy patriótica hazaña» (*El rumor mundano*, 1882, n.º 29, p. 116). <<

[44] P. P. Zitóvich, publicista, autor del folleto *¿Qué hacían en la novela? ¿Qué hacer?* (Odesa, 1879). <<

[45] *Rusia*, periódico del eslavófilo Iván Aksákov, publicado en Moscú quincenalmente. <<

[46] Comedia de Vic. Alexandrov («Víctor Krilón») (SPb., 1882). <<

[47] *La gaceta rusa* publica su último número de 1881 el 18 de octubre (n.º 202), y un solo número en 1882, después de lo cual cierra. <<

[48] V. Winkler, dueño de una casa de fieras, un teatro de monos y un Museo y exposición de figuras de cera mecánicas de tamaño natural, en el bulevar Sviethói, de Moscú. <<

[49] Jalea de almendra. <<

[50] ¡Oh, simpleza equina!, variante de *Sancta simplicitas* (santa simpleza). <<

[51] Vine, vi, no vencí, variante de *Veni, vidi, vinci* (Vine, vi, vencí), expresión de Julio César en carta a su amigo Amantio (47 a. C.). <<

[52] Hombre máximo. <<

[53] Animal tonto. <<

[54] D. I. Filippov, conocido panadero moscovita. <<

[55] Seudónimo de Ippolit Vasílievskii, redactor de *La libélula* y colaborador de *Las noticias de la bolsa*. <<

[56] Seudónimo de Piótr Monteverde, articulista de *Las noticias de San Petersburgo* y *La gaceta de Petersburgo*. <<

[57] Alexánder Lukín («El observador discreto»), colaborador de *Las noticias rusas y Novedades*. <<

[58] Yúlii Shreyer, redactor y articulista de *Novedades*. <<

[59] Flavio Josefo, historiador judío, conocido además por su humildad. <<

[60] Calígula, emperador romano, conocido por su crueldad. <<

[61] Susana, mujer judía, conocida por su belleza y castidad (Biblia). <<

[62] Heroína de *Nana*, novela de Emilio Zola, conocida por cortesana. <<

[63] Declaración del dentista Grigórii Nikoláevich Walter («A mi conocimiento ha llegado que mis pacientes toman al recién llegado dentista Walter por mí»), publicado en *La hojita moscovita* (1882, n.º 30) y repetido después en varios números. <<

[64] Curación especial. Alexánder Alexándrovich Walter, miembro del Ministerio de asuntos internos, anuncio de *La hojita moscovita* (1882, n.º 43). <<

[65] Grabados en madera con forma de viñetas u otros dibujos. <<

[66] Ósip Notóvich, dramaturgo y folletinista, editor-redactor de *La Gaceta de las novedades y de la bolsa*. <<

[67] I. A. Batálin, redactor de *El minuto*, periódico de San Petersburgo. <<

[68] En los periódicos de Moscú se discute con escándalo en 1882 sobre el duelo de puño entre el abogado M. N. Smirnov y el presidente del Consejo de abogados del Tribunal electoral. <<

[69] Cuadro del pintor M. T. Sujoróvskii expuesto en 1882 en las Líneas comerciales Petróvskii, de Moscú. <<

[70] A. N. Molchánov, corresponsal extranjero de *Tiempo nuevo*. <<

[71] En Taganrog empieza el proceso judicial a M. Valiano, acusado de contrabando y maquinaciones aduaneras. <<

[72] «¡Hace frío, peregrinos, hace frío!», del poema «Los buhoneros», del libro *La canción del peregrino indigente*, de Nikolai Nekrásov. <<

[73] En su folletín «Hamlet en la escena pushkiniana», de 1882, Chejov escribe:
«Todo el primer acto, el sr. Ivánov-Koziélskii gimoteó». <<

[74] Dmítrii Avérkiev, escritor de dramas históricos y relatos de la vida moderna. <<

[75] N. P. Lánin, editor-redactor del periódico *El correo ruso*. <<

[76] Soy culpable acaso yo..., canción popular rusa. <<

[77] A. A. Briénko, actriz, funda «el teatro cerca del monumento a Pushkin», en 1882.

<<

[78] Piótr Shostakóvskii, pianista y director, fundador de la Sociedad filarmónica moscovita y de la Escuela de música. <<

[79] Se supone, el editor-redactor de *El compañero de viaje*, hojita literaria para la lectura ligera. <<

[80] Alusión a Vsiévolod Davídov, editor-redactor de *El espectador*, revista que sale con retrasos. <<

[81] Nombre inventado por Chéjov. <<

[82] En alemán: o... o... <<

[83] ¡Hable! Dé. <<

[84] Tía. <<

[85] Tío. <<

[86] Como es debido. <<

[87] Cita de *La amargura del ingenio*, comedia de Alexándex Griboyédov. <<

[88] E. S. Stálsinskii, editor-redactor del periódico político y literario *Járkov* (1877—1880). El n.º 563 de dicho periódico salió con la fecha de 30 de febrero. <<

[89] Variante familiar y despectiva de Evgraf. <<

[90] En latín en el original. <<

[91] Da horror decirlo. <<

[92] Diminutivo de Varvara. <<

[93] Gas inventado por los químicos. Dicen que es imposible vivir sin él. Tonterías. Lo único sin lo cual no se puede vivir es el dinero (Nota del Traductor del francés al ruso). <<

[94] Este instrumento existe en la realidad (Nota del Traductor del francés al ruso). <<

[95] A propósito. <<

[96] El *altin* era una vieja moneda de tres kopeks. <<

[97] Un viejo proverbio ruso dice que ni la gallina es ave ni la mujer persona. <<

[98] Esta ceremonia daba a entender que las dos partes realizaban la transacción de buen grado. <<

[99] La Flechita. <<

[100] A cada cual lo suyo. <<

[101] Termine, termine. <<

[102] El sufijo -ija en lugar de -ova en los apellidos femeninos rusos tiene un matiz de burla. <<

[103] Mujer de un soldado. <<

[104] Señor, en polaco. <<

[105] Fiódor Fedoséievich Popudoglo (1846-1883), periodista y dramaturgo, amigo de Chéjov. <<

[106] Literalmente, «madrecita»; esta forma de tratamiento combinaba la familiaridad y el respeto. <<

[107] ¡Da horror decirlo! <<

[108] Teodosia (o Feodosia) es una ciudad portuaria situada en la costa suroriental de la península de Crimea. Entre los siglos XIII y XV, con el nombre de Caifa, fue una pujante colonia genovesa. <<

[109] *Nuevos Tiempos* (*Nóvoie vremia*), diario publicado en San Petersburgo de 1868 a 1917. <<

[110] El periodista y dramaturgo Alekséi Serguéievich Suvorin (1834-1912) publicó, desde mediados de la década de 1860, unos artículos de opinión semanales en *La Gaceta de San Petersburgo* (*Sankt-Peterburgskie védomosti*), firmados con el seudónimo de «El Desconocido» (*Neznakómets*). A partir de 1876 Suvorin desarrolló su labor periodística en *Nuevos Tiempos*. <<

[111] Sopa de legumbres con carne. <<

[112] Vanka y Vániushka son diminutivos de Vania, hipocorístico del nombre de Iván.

<<

[113] Forma antigua, propia del eslavo eclesiástico, correspondiente al nombre ruso «Iván». <<

[114] En ruso resulta relativamente normal la alternancia entre el tratamiento de «tú» y de «usted» en función de los estados de ánimo de los interlocutores; de ahí que, en este caso, Grojolski, irritado, trate de «usted» a Liza, para volver, inmediatamente, al tuteo habitual («He soportado que te tratara...»). <<

[115] En las distintas capitales de provincia del Imperio ruso existieron a lo largo del siglo XIX, y hasta los primeros años del siglo XX, publicaciones oficiales con el nombre genérico de «gacetas provinciales» (*gubernskie védomosti*). <<

[116] El *sazhén* o *sazhen* (en plural, *sazheny* o *sázheny*) era una antigua medida rusa de longitud, equivalente a 2,13 m., aproximadamente. <<

[117] Fiódor Fedoséievich Popudoglo (1846-1883), periodista y dramaturgo, amigo de Chéjov. <<

[118] Forma hipocorística del nombre de Semión. <<

[119] Protagonista de la primera novela —titulada precisamente *Rudin* (1856)— de Iván S. Turguénev; el personaje de Dmitri Nikoláievich Rudin es un clásico ejemplo del «hombre superfluo», el héroe atrapado entre su talento y su incapacidad para la acción, que tanto abunda en la literatura rusa del siglo XIX. <<

[120] Moneda de medio kopek. <<

[121] Juego de naipes; literalmente, juego de «las naricitas». <<

[122] Moneda de veinte kopeks. <<

[123] Empleado en un club de billar, encargado, entre otras cosas, de controlar las anotaciones. <<

[124] Bebida nutritiva a base de leche de yegua fermentada. <<

[125] La ciudad portuaria de Sebastopol, situada a orillas del mar Negro, en la península de Crimea (Ucrania), sufrió un largo asedio durante la Guerra de Crimea (1853-1856), que enfrentó al Imperio ruso con la alianza formada por Francia, Reino Unido y el Imperio otomano. El 9 de septiembre de 1855, tras once meses de resistencia rusa, las tropas franco-británicas tomaron Sebastopol. <<

[126] El *salop* (en plural, *salopy*) era una prenda de abrigo femenina, amplia y larga, con mangas anchas y con esclavina. <<

[127] Nuestro pequeño ruiseñor. <<

[128] Actor trágico italiano que actuó varias veces en Rusia. <<

[129] Actor trágico italiano que, como el anterior, actuó repetidas veces en Rusia. <<

[130] Galán joven. <<

[131] Botas de fieltro, de mucho abrigo. <<

[132] Antiguo signo del alfabeto ruso, que daba a entender que la letra anterior era dura. Hoy está abolido. Durante un tiempo su uso fue facultativo. <<

[133] ¿Qué hora es? <<

[134] Toma una mujer. <<

[135] Suficiente. <<

[136] Vino tinto francés. <<

[137] Las leyes del arte. <<

[138] Aspecto. <<

[139] La lengua es enemiga del hombre y amiga del diablo y de la mujer. <<

[140] Mamífero. <<

[141] Canción popular de tonada y letra melancólicas. <<

[142] Alusión irónica a la práctica del castigo corporal en la Rusia antigua. <<

[143] Código de reglas cotidianas y preceptos de la Rusia antigua, regulado por el arcipreste Silvestre. <<

[144] Iván Aksákov (hijo de Serguei Aksákov), escritor, poeta, publicista, eslavófilo, editor del periódico *Rusia*. <<

[145] Boris Chichérin, historiador, filósofo, en 1883 alcalde de Moscú por breve tiempo. <<

[146] Bogomír Kórsov (nombre verdadero Gottfried Gering), y Y. F. Zakzhévski, actores de la Ópera imperial de Moscú involucrados en un largo proceso judicial, donde Zakzhévski acusó a Kórsov de calumnia. <<

[147] Nikita Sokolón, publicista, revolucionario, colaborador de la revista *La palabra rusa*. <<

[148] Víctor Buriénin, dramaturgo, crítico literario, colaborador del periódico *Tiempo nuevo*. <<

[149] Alexéi Suvórin, escritor, dramaturgo, periodista, autor de artículos políticos, dueño del periódico *Tiempo nuevo* y de la editorial Suvórin. <<

[150] Jeremiád Bludoslóv Kurílov, abogado de Moscú. <<

[151] F. Mielníski, tesorero de la Casa cuna de Moscú, juzgado por malversar grandes sumas de dinero estatal. <<

[152] Antigua moneda rusa de 3 o 5 kopeks. <<

[153] Es decir, desde Siberia. <<

[154] La catástrofe de Kukúevskaya. En 1882 se produjo el descarrilamiento de una locomotora de la línea Moscú-Kursk (cerca del pueblo Kukúevko), que despertó una encendida polémica sobre los reglamentos de las vías férreas en los periódicos de la capital. <<

[155] ¡Adiós! <<

[156] Última de las catorce categorías en que estaban clasificados los funcionarios en Rusia. <<

[157] Duodécima de dichas categorías. <<

[158] Livadia, hermosa zona de Crimea, es aquí sinónimo de lugar de placer. <<

[159] Cruz roja con que los censores marcan los manuscritos y las galeras en la Rusia zarista. <<

[160] Séptima de las catorce categorías en que estaban clasificados los funcionarios en Rusia. <<

[161] Se trata de una parodia de un cuento infantil ruso. <<

[162] La abeja del Don, periódico de Rostov del Don. <<

[163] ¡Muera! <<

[164] Duodécima de las catorce categorías en que estaban divididos los funcionarios en Rusia. <<

[165] Decimocuarta categoría. <<

[166] Novena categoría. <<

[167] Séptima categoría. <<

[168] Quevedos. En francés en el original. <<

[169] Usted ya comprende. En francés en el original. <<

[170] Protagonista de *Crimen y castigo*, de Fiódor Dostoievski. <<

[171] Consejero activo, rango civil en la Rusia zarista. <<

[172] *En el remolino*, novela de Alexéi Písiemskii. <<

[173] ¿Ustedes comprenden? <<

[174] Expresión popular, en los juegos de azar: espera, aguarda, no mezcles más, yo pongo. <<

[175] Modas y vestidos. <<

[176] Diez kopeks. <<

[177] Periódico de Kiev, de extrema derecha. <<

[178] Saludo que emplean los ortodoxos en Rusia al verse por primera vez en la Pascua de Resurrección. <<

[179] Buenos días, querido. <<

[180] Saludo de los creyentes rasos el día de la Resurrección. <<

[181] Recuérdese que, entre los esclavos, es frecuente que los hombres se besen al saludarse. En el día de la Resurrección, los creyentes, después de saludarse con las palabras «Cristo ha resucitado», se dan tres besos. <<

[182] *Nana*, novela de Émile Zola sobre una muchacha pobre que se hace cortesana y humilla a la clase responsable de su desgracia anterior. <<

[183] Para comer. <<

[184] *El pensamiento ruso*, revista científica, literaria y política mensual de Moscú, de orientación liberal. <<

[185] Bush y Makshéev, condenados por malversación de fondos públicos en famosos procesos judiciales de los años setenta. <<

[186] Mi tía. <<

[187] Encantadora. <<

[188] Un hada. <<

[189] Vodka con pimienta. <<

[190] Condecoración. <<

[191] En la revista, bajo esta frase, aparece la siguiente nota a pie de página: «La redacción de *El despertador*, por su parte, atestigua que el autor bromea, y que toda esta historia, de principio a fin, es inventada, para gran satisfacción del señor Guliévich (Nota de la redacción)». <<

[192] Opereta de R. J. L. Planquette (1848-1903). <<

[193] Jardín de verano de Petersburgo, que tenía un teatro donde se representaban obras cómicas. <<

[194] Último de los catorce rangos en que se dividían los funcionarios en Rusia. <<

[195] Correa rematada por una bola de hierro. <<

[196] Canción popular. <<

[197] Enemigo del hombre y amigo del diablo y de las mujeres. <<

[198] Revista ilustrada para damas, de San Petersburgo. <<

[199] Se refiere al personaje de la novela homónima de Zola. <<

[200] Los Antiguos creyentes eran una secta rusa formada en la segunda mitad del siglo XVII por aquellos que se negaban a aceptar las reformas del patriarca Nikon. <<

[201] Emilie Gaboriau (1835-1873), escritor francés, creador de novelas policiacas y detectivescas. <<

[202] Sopa de col típica de Rusia. <<

[203] William Ewart Gladstone (1809-1898), político inglés. Fue primer ministro en cuatro ocasiones. <<

[204] *Urbano*, milicia, policía urbana. <<

[205] Juego de palabras intraducible: *dvorianin*, *dvor*, *dvornik*, *dvorniazhka*, noble, corral, corralero y perro de corral. <<

[206] Compañero del fiscal, ayudante del fiscal. <<

[207] Seguidor de asuntos importantes y especiales, investigador de asuntos importantes y especiales. <<

[208] *Anna*, Orden del imperio zarista, *Anna al cuello*, cuento de Chéjov. <<

[209] Rango, situación social elevada. <<

[210] Juego de palabras intraducible: *zapisnoi*, *zapisnaya*, borracho, de apuntes. <<

[211] Juego de palabras intraducible: *tzelovalnik*, *tzelovatsia*, recaudador, besarse. <<

[212] De frente. <<

[213] Carreta rusa de cuatro ruedas. <<

[214] El barón desconoce el título de la obra: en lugar de *Zapiski Ojólnika* (Apuntes de un cazador) dice *Zamietki Ojólnika* (Notas de un cazador). <<

[215] *Oblomov* no es de Turguéniev, sino de Gonchárov. <<

[216] Apelativo familiar de Mijail. <<

[217] Sexto de los catorce rangos del escalafón de la administración civil establecido por Pedro I en 1722. <<

[218] Condecoración. <<

[219] Quinto de los catorce rangos del escalafón de la administración civil establecido por Pedro I en 1722. <<

[220] Tercero de los catorce rangos del escalafón de la administración civil establecido por Pedro I en 1722. <<

[221] Condecoraciones. <<

[222] Calle de los tontos. <<

[223] Calle de los burros. <<

[224] En esta Rusia. <<

[225] Tres hacen concilio. <<

[226] Yo le ruego, venga, mi querida. <<

[227] Diminutivo de Varvara. <<

[228] Especie de tortitas. <<

[229] *Cuál*, en francés. <<

[230] *La Filie de Madame Angot*, ópera cómica del compositor francés Charles Lecocq. <<

[231] Diminutivo despectivo de Marfa. <<

[232] En Rusia, en esa época, se zurraba a los niños con ramas de abedul. <<

[233] Téngase en cuenta que los funcionarios civiles en Rusia estaban divididos en categorías equivalentes a grados militares. <<

[234] K. E. Savrasiénkov, dueño de un hotel y un restaurante de Moscú, en el bulevar Tvierdskáya. <<

[235] Miembros de asociaciones delictivas dedicadas al secuestro, compra y venta de niños en España, Inglaterra, Alemania y Francia en los siglos XIII-XVII. <<

[236] I. I. Shestiórkin, jefe del Consejo de pequeños burgueses de Moscú. <<

[237] Stanisláv Okréitz, redactor de *El rayo*, revista semanal conservadora. <<

[238] Mark Valiano, mercader de Taganrog, que hace fortuna en el comercio de mercancías de contrabando. <<

[239] A. A. Guliévich, actor cómico del grupo teatral de Mijaíl Lientóvski, anunciado en los carteles de sus piezas como «Guliévich» (autor). <<

[240] Gottfried Gering («Bogomír Kórsov») e Y. F. Zakzhévski, actores de la Ópera imperial de Moscú involucrados en un largo proceso judicial, donde Zakzhévski acusa a Kórsov de calumnia. <<

[²⁴¹] E. Stáliniski, redactor de la revista Moscú, vendida en subasta en 1883. <<

[²⁴²] Probablemente, alusión a Nikolái Chéjov, hermano fallecido del escritor. <<

[243] Condecoración. <<

[244] Condecoración. <<

[245] Condecoración. <<

[246] Juego de azar. <<

[247] Personaje que representa la moral o el razonamiento correctos, encargado de dar a conocer la visión que el autor tiene de la situación. <<

[248] Juego de naipes. <<

[249] Bebida típica rusa sin alcohol. <<

[250] Expresión anticuada para designar al cochero de invierno con coche de plaza, caballo de tiro y arreos viejos. <<

[251] Ábaco. <<

[252] Antigua moneda rasa igual a medio kopek. <<

[253] Cita incorrecta del monólogo final de Chátzkii en la comedia *La amargura del ingenio*, de Alexándor Griboyédov. <<

[254] Artículo sobre la nueva ley de tala de bosques publicado en la revista *El heraldo de Europa* en 1882. <<

[255] Polémica sobre la autorización de los castigos corporales en las escuelas secundarias, reseñada por los periódicos de la capital. <<

[256] A. N. Solovióv, médico principal de la *Casa de educación imperial* de Moscú.

<<

[257] El día 19 de febrero de 1884 cae domingo, último día del carnaval y vísperas de cuaresma; ese domingo, por costumbre, las personas se piden perdón las unas a las otras, y se perdonan a sí mismas. <<

[258] La imagen proviene de la escena dramática *El cerdo triunfante o la plática del cerdo con la verdad*, cap. VI del ciclo *En el extranjero*, de Mijaíl Saltikóv-Schedrín.

<<

[259] Polémica sobre la autorización de los castigos corporales en las escuelas secundarias, en los que se utilizan ramas de abedul. <<

[260] Cita incorrecta de *En el día de la ascensión al trono de toda Rusia de su majestad la soberana emperatriz Elizavéta Petrovna*, en el año de 1747, oda de Mijaíl Lomonósov. <<

[261] *La voz*, periódico social, político y literario de San Petersburgo, suspendido en 1883 por tendencia liberal. <<

[262] Stanisláv Okréitz, redactor de *El rayo*, revista conservadora semanal. <<

[263] Alexéi Suvórin, periodista, editor del periódico *Tiempo nuevo*, amigo de Chéjov.

<<

[264] Pliúshkin, prototipo del tacaño, personaje de *Las almas muertas*, novela de Nikolai Gógol. <<

[265] Henry Morton Steily, corresponsal de *The New York Herald*, que en 1871-1872 encabeza la búsqueda del misionero inglés David Livingstone perdido en África. <<

[266] John Bull, héroe de la sátira política *Historia de John Bull*, de John Arbuthnot; su nombre deviene lugar común entre los ingleses. <<

[267] *Jeanette*, barco al mando del capitán norteamericano J. V. DeLonge, aprisionado entre los hielos del Océano Antártico durante la expedición de 1879-1881. <<

[268] Parte de la misa. <<

[269] Agnus Dei. <<

[270] Noticias aparecidas en los números de febrero y marzo de *Las novedades del día*, en 1884. <<

[271] A. I. Ivánov, conocido vendedor de ungüentos curativos, de Moscú. Su «ungüento para sotacolas y ungulados» se anuncia en *Las novedades del día* como «muy eficaz para los caballos» (1883, n.º 87, 29 de septiembre). Posteriormente, otros periódicos publican la noticia sobre el juicio a Ivánov por la venta del ungüento para sotacolas de su fabricación, «sin la autorización establecida». <<

[272] Los famosos cometas Shezo, de 1844, y Biela, de 1845-1846. <<

[273] Posiblemente, fecha inventada. Sólo en enero de 1884 se registra una intensa actividad del volcán (*Las novedades del día*, n.º 6, 7 de enero). <<

[274] Las cápsulas para el resfriado Hugo se anuncian en la revista *El despertador* (1883, n.º 2-5). <<

[275] Johann Hof, proveedor de la corte de productos comestibles (cerveza, caramelos, chocolate), anunciados en la revista *La ilustración universal* (1880, n.º 589, 19 de abril). <<

[276] S. I. Lewgin, editor y vendedor de maculatura. <<

[277] *Las novedades del día* informan que «el apoderado de Ivánov presentó al tribunal un certificado de la Academia de medicina internacional entregado a su poderdante, para la venta sin excepción de todos los medicamentos confeccionados por él». El mismo periódico informa días después, que «la atestación fue entregada al señor Ivánov por la Academia internacional napolitana, junto a una medalla de oro».

<<

[278] La panadería Varsovia, al final del *boulevard* Tvierdskáya, casa Borgest, en Moscú. <<

[279] Restaurante Venecia, en Puente Kuzniétkii, en Moscú. La notita «Los encantos del restaurante Venecia», de *Las novedades del día*, informa sobre «las albóndigas rancias servidas a los visitantes y el trato grosero ofrecido a éstos en el restaurante».

<<

[280] Hotel y restaurante Praga, en los Arcos de Arbát, en Moscú. <<

[281] *Las novedades moscovitas* anuncian el *Rafanistrol* o nuevo remedio de A. I. Ivánov para la curación de la piel, autorizado por la Dirección de médicos de Moscú (1884, n.º 60, 1 de marzo). Unos días después, el mismo periódico informa que el Rafanistrol fue inventado, en realidad, por el moscovita S. A. Kielsiév, quien se lo vendió a A. I. Ivánov. <<

[282] *De mortuis aut bene, aut nihil*: De los muertos o bueno, o nada. <<

[283] Buena pieza. <<

[284] *Ir de liebre*, viajar de polizón. <<

[285] La imagen proviene de la escena dramática *El cerdo triunfante o la plática del cerdo con la verdad*, cap. VI del ciclo *En el extranjero*, de Mijaíl Saltikóv-Schedrín.

<<

[286] Antigua moneda rusa igual a medio kopek. <<

[287] Expresión que denota desprecio. <<

[288] Ejercicio que consiste en la traducción del ruso al latín y al griego, típico del programa de educación clásica, que D. A. Tolstoi, ministro de instrucción pública, introduce en los gimnasios de Rusia de 1866 a 1880. <<

[289] S. A. Yúriev, hombre de teatro, literato, redactor de la revista *El pensamiento ruso*. <<

[290] Conócete a ti mismo. Inscripción en el frontón del templo de Apolo, en Delfos, que Sócrates toma como divisa. <<

[291] Alusión a las palabras de Hamlet: «Cuarenta mil hermanos que tuviera no podrían, con todo su amor junto, sobrepujar el mío», en la tragedia homónima (act. V, esc. I) de William Shakespeare. <<

[292] Medida equivalente a 1,09 hectáreas. <<

[293] ¡Un infinito, una masa oceánica! <<

[294] Medida equivalente a 16,3 kg. <<

[295] Príncipe o conde. <<

[296] Un poco. <<

[297] «La luna nada por las nubes de la noche», estrofa inicial de *El tigrecito*, serenata popular de Konstantin Shilóvskii. <<

[298] En Rusia, en esa época, se zurraba a los niños con ramas de abedul. <<

[299] *Gramática elemental de la lengua latina*, de R. Kuner. <<

[300] ¿No entiendo, qué tiene este de bueno?! *El autor. (Nota de Antón Chejov).* <<

[301] *Ad patres*, junto a los antepasados; ir *ad patres*, morir. <<

[302] Primer grado en Rusia del escalafón de Correos. <<

[303] Excesivamente. <<

[304] Mejor. <<

[305] Louise Michel (1830-1905). Escritora, poetisa y educadora francesa, de ideología anarquista que fue una de las principales figuras de la Comuna de París. <<

[306] Se refiere a la guerra ruso-turca de 1877-1878. <<

[307] La paz de San Esteban, firmada el 19 de febrero de 1878, puso fin a la guerra entre Rusia y Turquía. <<

[308] Combinación incomprensible de dos verbos alemanes que empleaban los funcionarios rusos como sinónimo de «soborno» por el parecido de *hapen* con *japet*, que significa «coger». <<

[309] Juego de naipes. <<

[310] Término del juego. <<

[311] Las espadas. <<

[312] Los oros. <<

[313] Los caballos. <<

[314] Las sotas. <<

[315] Este apellido significa *manos sucias*. <<

[316] Condecoración. <<

[317] Medio kopek. <<

[318] Alma, siervo de la gleba en la Rusia zarista. <<

[319] Novela histórica de Mijaíl Zagóskin, de espíritu patriótico. <<

[320] Prototipo del tacaño, personaje célebre de *Las almas muertas*, novela de Gógol.

<<

[321] Hipólito Taine, historiador, literato y crítico de arte francés. <<

[322] Gotthold Lessing, polígrafo, dramaturgo, esteta alemán. <<

[323] Sarah Bernhardt, actriz francesa que actúa en Rusia en 1881-1882. <<

[324] Tommaso Salvini, actor italiano que visita Rusia en 1880-1882. <<

[325] Ippolit Shpazhínskii, actor, dramaturgo. <<

[326] Piótr Nievíézhin, escritor, dramaturgo. <<

[327] De los cinco perros. <<

[328] Especie de pelliza de mujer. <<

[329] Portero encargado de las escaleras interiores. <<

[330] Medida equivalente a sesenta libras. <<

[331] Alphonse Rallet, dueño de una fábrica de perfumes. <<

[332] *El tigrecito, Deseo ser español*, romanzas populares de Konstantin Shilóvskii.

<<

[333] *El león y el sol*, orden extranjera popular en Rusia, obtenida a menudo por vía ilegal. <<

[334] Y. O. Shreyer, artillero de profesión, tras retirarse se convierte en periodista, y durante la guerra franco-prusiana publica reportes «desde el campo de batalla». <<

[335] Iván Ríkov, director del Banco de Skopin, juzgado y condenado por desfaltar y hacer quebrar dicha institución bancaria. <<

[336] Botas altas de lana. <<

[337] Iván Ríkov, director del Banco de Skopín, ciudad pequeña de la región Riazánskaya, al suroeste de Moscú. <<

[338] Orden del imperio zarista. <<

[339] Asamblea legislativa en la Rusia zarista. <<

[340] «Hambre» en latín. <<

[341] *Máslienitza*, carnaval; *máslo*, aceite. <<

[³⁴²] *Chujóntzi* (palabra en desuso), estonios, acaso aceite estonio. <<

[343] Aceite de ricino. <<

[344] A. A. Gatzúk, periodista, publicaba el *Calendario de la cruz*. <<

[345] Alexéi Suvórin, redactor de *Tiempo nuevo*, editaba el *Calendario ruso* desde 1872. <<

[346] Viuda Popóva, dueña del Almacén mayorista de vino y alcohol y fábrica de vodka al vapor de la viuda de Mijail Andréevich Popóv, en Moscú. <<

[347] N. P. Lánin, redactor de *El correo ruso*, dueño de *Aguas Láninskie*, fábrica de aguas minerales y de frutas, y de vinos de *champagne*. <<

[348] Juego de palabras intraducible, *fonar*, cardenal, farol, linterna, faro. <<

[349] Plato que se come después de celebrar oficios por los difuntos. <<

[350] Décima de las catorce categorías en que estaban divididos los funcionarios en Rusia. <<

[351] Dmítrii Ilováiskii, historiador, autor de *El mundo antiguo y la Edad Media*, *Guía de Historia universal*, *La nueva historia* y otros manuales célebres en la Rusia zarista.

<<

[352] N. H. Platónov, editor y publicista conocido. <<

[353] Observatorio astronómico central Púlkovskaya, fundado en 1839, en las cercanías de San Petersburgo. <<

[354] Señorita de muselina (sentido irónico), señorita melindrosa. <<

[355] Veniamin Tamóvskii, médico, venereólogo, especialista en la patología de la sífilis y la curación de las enfermedades venéreas. <<

[356] Nikolái Karamzin, escritor, historiador, autor de las *Cartas de un viajero ruso*. *La pobre Liza* e *Historia del estado ruso*, entre otras obras. <<

[357] En la Rusia zarista existe la costumbre de zurrar a los chicos con ramas de abedul. <<

[358] Néstor, escritor antiguo ruso de los siglos XI-XII, monje del Monasterio de Kíev-Pechóorskii, autor de la primera redacción de los *Relatos de los años pasajeros*. <<

[359] *Junker* (expresión anticuada), cadete en la Rusia zarista. <<

[360] Orilla de la isla Nueva Guinea, bautizada con el nombre del etnógrafo y viajero ruso Nikolai Miklújo-Makláí. <<

[361] Virginia Zukki, bailarina italiana que actúa en los teatros de Moscú y otras ciudades. <<

[362] Montbazon, actriz de opereta francesa de gira por Moscú en 1885. <<

[363] Mijaíl Chejov señala en su carta: «Escritores muertos: 7) Bátiushkov, 8) Dierzhávin, 17) Tatíschev, 18) Liérmontov, 26) Merzliakóv, 31) Nóvikov». <<

[364] Pamva Berínda, lexicógrafo ucraniano muerto en 1632. <<

[365] Vladimir Mieschérskii (*príncipe*), escritor, publicista, editor de *El ciudadano*, periódico conservador. <<

[366] V. N. Andréev-Burlák, actor ruso que lee en la escena obras de los clásicos de la literatura rusa (Dostoiévski, Gógol). Posible alusión a los *Apuntes de un loco*, de Nikolái Gógol, leídos por el actor. <<

[367] Helsingfors, Helsinki en sueco, capital de Finlandia, puerto del golfo del mismo nombre. <<

[368] «O, du liebre Augustin», línea primera de *Alies ist hin*, canción popular alemana.

<<

[369] Hijos míos. <<

[370] De mal tono, o, más propiamente, de poca categoría. <<

[371] Funcionario de novena categoría. <<

[372] *Viajar y Pan*. En el antiguo alfabeto ruso el sonido compuesto ie podía representarse por medio de dos signos diferentes. Aquí Chéjov ironiza contra los partidarios del mantenimiento de uno de ellos, que él consideraba superfluo. <<

[373] A vuelo de pájaro. <<

[374] *Krivichís* (palabra en desuso), eslavos orientales que habitaban las regiones del Dviná occidental, el Dniéper y el Volga en los siglos VI-X, y se dedicaban a la agricultura, la ganadería y la artesanía. <<

[375] *Miéris* (palabra en desuso), finlandeses y ucranianos que habitaban las tierras entre el Volga y el Óskii en el primer milenio d. C., y se dedicaban a la agricultura, la caza y la artesanía. <<

[376] Principio del aria de Elena en *La hermosa Elena*, opereta de Offenbach. <<

[377] Svaróg, Dios del cielo y del fuego celestial en la mitología eslava rusa. <<

[378] Serguéi Aksákov, escritor, poeta, crítico, censor, antiguo presidente del *Comité de Censura de Moscú*, autor de memorias noveladas. <<

[379] «Él se casó con la *mlle.* Montecilla Rojo» (Nota del Autor). <<

[380] Jardinería. <<

[381] El Contemporáneo. <<